Honoré de Balzac

Cuentos completos

de la Comedia humana

edición y traducción de Mauro Armiño



Un escritor inmenso para un inmenso proyecto: Balzac escribió en apenas veinte años los casi cien títulos que componen una obra sin parangón en la historia de la literatura, *La Comedia humana*. En ella nos encontramos con una descripción totalizante de la sociedad, un estudio psicológico, político y vital, un análisis certero de la vida en la ciudad y en el campo. No existe un conjunto de ficciones que, por ahora, haya sido capaz de revisar con tanto acierto una sociedad, y ninguno tan ambicioso.

Reunidos, traducidos y editados por MAURO ARMIÑO, este volumen aglutina todos aquellos cuentos breves y relatos extensos que BALZAC incorporó a su vasto proyecto. Aquí aparecen las principales venas temáticas de su obra, y descubrimos los gozos y los desastres del pensamiento enfrentado a una sociedad que sustituyó los valores por los intereses, con el oro por icono de las relaciones sociales. Se trata sin duda de un atractivo corpus, dependiente e independiente al mismo tiempo, que constituye una de las cumbres de la narrativa breve. En esta edición están todos los cuentos de una verdadera comedia humana. Inmenso BALZAC.

Honoré de Balzac

Cuentos completos de La Comedia Humana

ePub r1.0
Titivillus 09.11.2017

Título original: *Cuentos completos de La Comedia Humana*
Honoré de Balzac, 2014
Traducción: Mauro Armiño
Edición: Mauro Armiño

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

Es en 1830 cuando Balzac reúne en dos volúmenes seis novelas bajo el título genérico de *Escenas de la vida privada.* No era, desde luego, todo lo publicado por el novelista hasta entonces, sino una parte que tenía, en su opinión, un fondo común por más dispares que pudieran ser sus tramas. Cuatro años después, bajo el título general de *Estudios de costumbres,* se recogían esas escenas que, en el nuevo conjunto, se limitan a ser un apartado más al lado de otras: *Escenas de la vida de provincias, de la vida parisiense, de la vida política, de la vida militar* y *de la vida campesina.* En 1835, se le suma otro título global más: los *Estudios filosóficos,* que añade a nuevos textos algunos ya publicados en esas secciones citadas, porque a la casilla bautizada con el adjetivo de «filosóficos» pueden adscribirse títulos que, además de pertenecer por su trama a ambientes concretos –parisiense, provincianos, etcétera–, encierran un fondo de ideas sobre personajes y una visión del mundo que Balzac quiere exponer o demostrar, con intervenciones de lo fantástico, de lo misterioso, del vitalismo de la voluntad o del pensamiento que reaccionan sobre los órganos físicos del cuerpo.

En la década de 1830, a partir de ese agrupamiento de narraciones, va surgiendo en Balzac la idea de su obra como un todo, dividido por las distintas secciones ya apuntadas; piensa primero en un titulo, *Estudios sociales,* que subraya la intención básica del novelista: abrir con un escalpelo la sociedad para analizar las causas profundas de sus movimientos, la creación de los caracteres, las ambiciones de toda suerte de personajes, desde políticos a campesinos… En 1841, esa idea se perfila para terminar, todavía más, definiéndose por completo: recogerá toda su obra hasta la fecha, más la que escriba en el futuro, bajo el título general de *La Comedia humana.* Ha sido comparada, por la amplitud, con una catedral, que tiene sus naves, principal y laterales, su transepto, sus cruceros, su girola, su ábside y sus capillas, que van pegadas al muro exterior desde la entrada y, dando la vuelta al ábside, retornan por el otro lado hasta la puerta principal.

Seguro de lo que pretende, hacer de toda su obra un cuerpo único, Balzac se impone la tarea de revisar todos sus textos anteriores para hacerlos partícipes de ese conjunto catedralicio. Las revisiones de los textos anteriores no se limitan a un cambio de nombres para que se integren en una acción totalizadora, aunque en algún caso menor se limite a eso, sino que endereza las tramas y sus protagonistas hacia ese fin: personajes que hemos visto en la madurez, son dotados ahora, a partir de narraciones anteriores, de un pasado, en intrigas de juventud que denotan, bien la persistencia de sus caracteres o de sus andanzas, bien los cambios a que el choque con los turbulentos hechos históricos ha producido en ellos.

En estos *Cuentos completos* de *La Comedia humana* recojo las «capillas» laterales, relatos y narraciones que, creados en su mayoría antes de 1841, quedaron

más exentos; en algunos, ni siquiera aparece un solo nombre capital de *La Comedia humana;* en otros, Balzac se limita a convertir personajes con un peso específico en el conjunto en figuras menores o de acompañamiento: por ejemplo, la marquesa Béatrix de Rochefide, a la que dedicará toda una novela titulada con su nombre, es una mera interlocutora del narrador en «Sarrasine»; solo la condesa de Beauséant, que tan importante papel desempeña en *Papá Goriot,* y a la que se cita de refilón en «Un episodio bajo el Terror», se vuelve ahora protagonista de un relato, «La mujer abandonada». Con toda evidencia, y como toda decisión antológica, es discutible; han quedado fuera, además, *nouvelles* que parecen traspasar por su longitud los límites de términos tan indefinidos en ese terreno como cuento o relato.

En conjunto, las narraciones de estos *Cuentos completos* pertenecen a todas las divisiones citadas en que Balzac distribuyó su gran obra: desde escenas de la vida privada a la militar y política, desde escenas de la vida de provincias a la vida parisiense o rural, así como los estudios filosóficos; solo un apartado ha quedado al margen: el más incompleto de todos los que Balzac ideó: el de los *Estudios analíticos,* del que solo llegó a publicar *La Fisiología del matrimonio,* aunque tenía previstos cuatro obras más, ya tituladas en sus planes, pero que se quedaron en proyecto.

En las páginas siguientes trato de situar cada uno de los cuentos en el momento de su creación, indicando sus posibles fuentes de y algunas particularidades que me han parecido de interés para la lectura.

* * *

La bolsa

No parece que se haya conservado el manuscrito de este pequeño relato que hubo de esperar a la segunda edición de las *Escenas de la vida privada* (1832) para ser publicado. «La bolsa» respira un ambiente de interior semejante al de las primeras novelas de Balzac escritas en torno a 1829; la anécdota remite a una efímera moda extendida durante la Monarquía de Julio, el regalo social de bolsas entre ambos sexos que Balzac volverá a emplear en *La piel de zapa* (1831), por ejemplo; pero no solo él: Armance, protagonista de la novela homónima de Stendhal (1827), ya le había ofrecido una, como símbolo amoroso, a Octave de Malivert; algo más tarde, la bolsa que Aimé d'Alton había bordado para Alfred de Musset se convierte en arranque de una obra de este poeta romántico, *Un capricho* (1837).

Balzac teje una escena doméstica que relaciona a dos vecinas samaritanas con un joven pintor al que su talento artístico ha permitido superar la miseria de su educación: un leve accidente desencadena ese encuentro que provoca un amor a primera vista; pero esta pintura de interior no es tan idílica como podría dar a

entender su esquema: Balzac traza un cuadro lleno de claroscuros al reflejar el momento concreto de una época: esos dos jóvenes sin padre o con padre equívoco se mueven en un ambiente en el que jirones de dorados de antaño tratan de ocultar las estrecheces del presente. Las dos vecinas del joven pintor son los lastimosos restos de una existencia dedicada a la gloria de Francia que la vuelta de los Borbones ha soltado como lastre; no solo la señora Leseigneur y su hija han sido condenadas a una semi-indigencia; también sus viejos amigos que las socorren con un ardid que no hiera su orgullo –orgullo de otra época–, se han visto frente a los escollos impuestos por el paso de la historia reciente, el Imperio, la primera y la segunda Restauración, el interregno napoleónico de los Cien Días, que dentro de poco rematarán la Revolución de Julio y su corolario, el nuevo advenimiento de los Borbones con Luis XVIII en 1830.

Por la señora Leseigneur ha pasado la historia dejándola viuda, con una hija y una penuria en la que no ha vivido nunca: su rango social estaba incardinado en el Antiguo Régimen, y tiene, como su hija, ese espíritu de galantería y *politesse* que la induce a desvivirse para poner buena cara a los estragos del infortunio. El engaño de la bolsa responde a esa forma antigua de relaciones sociales y al juego picaresco de dos enamorados; pero la bolsa «robada» también es una prueba que el pretendiente, como en los juegos sentimentales de las comedias de Marivaux, ha de pasar, y superar, en un mundo donde todo son sospechas, en un París por el que pululan sobre todo ganapanes y aventureros sin ningún miramiento hacia los «buenos modales»; solo en esos buenos modales y en esas buenas costumbres pueden cristalizar los sentimientos de los dos jóvenes protagonistas.

La paz del hogar

Dejando a un lado los escritos de juventud, este sería el primer relato escrito por Balzac, que fecha su primera redacción en julio de 1829, aunque después ese primer manuscrito fue sometido a una profunda revisión, o, más que revisión, a un añadido que sitúa el entorno histórico de la anécdota en primer plano; en efecto, desde el segundo manuscrito parece importarle más ese contexto y las costumbres del Imperio en la fecha de su apogeo, en torno a 1809, año en el que «a finales del mes de noviembre» transcurre la acción. La historia del anillo que viaja por varios dedos era un tema tradicional, presente ya en el *Decamerón* de Boccaccio (III jornada, 9.º historia), pero tenía un antecedente inmediato, *La aventura del diamante,* incluido en el volumen de *Entretenimientos* (capítulo XI) publicado por Charles Dufresny (1657-1724), dramaturgo, narrador, jardinero real y periodista[1]. Pero el centro del interés de Balzac, ese estudio de costumbres de su propia época, no depende de la anécdota, que engasta como si se tratara de un diamante en los fastos de los triunfos napoleónicos (del primer Napoleón). Nacido en 1799, año en el que Napoleón da el golpe de Estado del 18 brumario y se convierte en Primer Cónsul –cinco años más

tarde será proclamado Emperador–, Balzac tiene en ese momento treinta años; prácticamente ha nacido con el Imperio, al que ha visto en su adolescencia y juventud triunfar y derrumbarse; pero en 1809, ese Imperio se encuentra en «el apogeo de su esplendor».

Si es cierto que el novelista sigue la descripción del círculo que figura en *La aventura del diamante*, el carácter de la maledicente y otros detalles dispersos, y si también lo es que adapta las costumbres del París de Luis XIV a la sociedad del Imperio, lo fundamental para el novelista estriba en el contexto, en esa intención que terminará llevándole a concebir *La Comedia humana* como un registro de las costumbres de toda una época. Y esa descripción proviene, para «La paz del hogar», de otra fuente.

Hacía un año que Balzac había conseguido un sueño que se le había negado: convertirse en amante de Laure Junot, duquesa d'Abrantes (1784-1838), a la que había ayudado a escribir unas *Memorias históricas sobre Napoleón I, la Revolución, el Imperio y la Restauración* (1831-1835), recurso con el que la viuda de uno de los generales napoleónicos más destacados, Jean-Andoche Junot, trataba de rehacer una ruinosa situación económica provocada por su prodigalidad. Ningún testigo mejor que la duquesa para contar lo que había ocurrido en esa etapa en la que, con sus fiestas, con las visitas constantes de reyes y dirigentes europeos que acudían a París para conocer y pactar con el «gran vencedor» de Europa, recordaba los fastos de Versalles de la mejor época, la de Luis XIV. Testigo privilegiado por su cercanía al Emperador, pero también cáustica hacia todo el exceso y suntuosidad del Imperio: Laure Junot, con su inteligencia, su afición a la intriga y al sarcasmo, convertía sus revelaciones en perfectas perspectivas de un momento histórico para quien no lo había vivido. Un rosario de damas y damiselas resplandecientes de oros, plumas y encajes se dedican a la caza de generales adiamantados durante el baile en el que la condesa de Soulanges trata de recuperar un anillo que le pertenece, la anécdota deriva directamente de la memoria y la mirada distante de la duquesa, que recuerda los detalles de un momento: senadores, políticos y militares cargados de joyas –moneda de cambio para el amor y la posesión de la belleza– actuaban, sobre todo los últimos, como si no hubiera día siguiente: el carpe diem se imponía y abría la puerta a todas las licencias imaginables: unos podían morir en el campo de batalla, otros podían ser desposeídos de sus privilegios, honores y cargos en un instante por el humor de Napoleón. La descripción que el relato hace de los rasgos físicos de la protagonista parece coincidir con los de la duquesa, que también se vio engañada por el general Junot. Pero, en la vida real, no fue indulgencia hacia el marido lo que ejercitó la duquesa, sino más bien venganza: la lección moral queda para el relato balzaquiano, que envuelve perfectamente ese mundo de oros y brillantes en el que liviandad y licencia eran moneda corriente.

Con la anécdota tradicional y la pintura de costumbres autentificadas por la memoria de una protagonista de la época, Balzac traza la primera de sus *Escenas de*

la vida privada. Incluida en ellas aparecerá en 1830. Cuando Balzac la integre en *La Comedia humana* (edición Furne, 1842), «La paz del hogar» contará ya con cinco ediciones.

El mensaje

En su primera versión, aparecida en febrero de 1832 en la *Revue des Deux Mondes,* este breve relato se hallaba incrustado, con el título de «El consejo», en una conversación de salón; en ese ambiente el narrador refería además otra historia, *La Grande Bretèche,* más tarde incorporada a *Otro estudio de mujer.* Una breve introducción sobre los peligros del adulterio y las «desgracias inevitables de las que son tributarias todas las pasiones ilegítimas», terminaría desapareciendo de ese texto enmarcado dentro de las *Escenas de la vida privada*; cuando los dos relatos alcancen autonomía narrativa, el meollo de la acción, ahora con el título de «El mensaje», formará parte de las *Escenas de la vida de provincia* (1834); pero en la edición Furne (1842) de *La Comedia humana* vuelve a situarse bajo su «portal» de origen: las *Escenas de la vida privada.* Al dar a «El consejo» su nuevo título, Balzac rehace la narración, elimina los decorados de salón, las reflexiones morales e incluso un excurso contra la arqueología, para reducir el relato a lo puramente esencial; el narrador que contaba una historia a un grupo de ociosos resulta ahora el protagonista de la acción, que narra en primera persona un sucedido personal, «una historia simple y verdadera». En ninguna otra de sus novelas cortas se dirige Balzac más derecho al grano, porque aquí narra únicamente dos escenas: un accidente durante un viaje en diligencia y la notificación a la persona amada de la muerte resultante. Cada una de las palabras de este narrador protagonista trata de ser un canto al amor verdadero entre una mujer de treinta y ocho años (en la época, con esa edad era su último amor) y un joven que se inicia con ella en los sentimientos. Balzac ha sabido encontrar el desgarramiento lírico de un amor doblemente trágico, pues a su edad, según la época, la condesa de Montpersan quedaba condenada de por vida al recuerdo del amor, que, dada su edad, ya no puede a llamar a su puerta.

Detrás de la condesa de Montpersan parece perfilarse la figura de Laure de Berny (1777-1836), primera gran pasión de Balzac, que, a sus veintitrés años, sentía hacia ella, de cuarenta y cinco y con nueve hijos a sus espaldas, un amor cuasi maternal. Mme. de Berny tendrá más presencia en el relato «La señora Firmiani» (pág. 91), y, sobre todo, en una novela moralizante sobre un amor desdichado, *El lirio en el valle* (1844), además de figurar en las tramas de otros títulos. En la primera versión del relato la acción ocurría, no en 1819, como dice «El mensaje», sino en 1822, año en que el novelista conoció a la que iba a ser «todo para mí» durante esos años.

La señora Firmiani

La dedicatoria de «La señora Firmiani» induce a rastrear los paralelismos entre Laure de Berny y la delicada protagonista femenina de esta novela, quizá demasiado moralizante pero que responde a una realidad vivida por Balzac. «La Dilecta» tenía veintidós años más que Balzac, para quien durante diez años, de 1823 a 1833, sería «un ángel». «Aunque casada, fue como un dios para mí, fue una madre, una amiga, una familia, un amigo, un consejo; hizo al escritor, consoló al joven, creó el gusto, lloró como una hermana, rio, vino todos los días, con un benéfico sueño, a adormecer los dolores; hizo más: aunque en poder de marido, encontró la manera de prestarme hasta 45 000 francos, y devolví los últimos 6000 en 1836», año de la muerte de Mme. de Berny, resumirá Balzac un año más tarde, en carta al nuevo amor que apunta en el horizonte, Mme. Hanska.

Son abundantes los detalles que identifican a Octave con el joven novelista, alojado como aquel en una mala buhardilla de un quinto piso, visitada a menudo por Laura de Berny, que le ofrece todo, su amor, sus consejos maternales, su dinero… «Entonces éramos el uno y el otro bastante amantes, bastante esposos, ella para ofrecerme, yo para aceptar sus ahorros…». Pero la relación no se limita a la descripción física de lo sucedido, porque Balzac extrae una lección moral: la sublimación de un amor que educa para la vida al joven Octave, exigiéndole, como condición de los sentimientos puros, la probidad, la honradez. Balzac saca a colación uno de los estigmas soterrados de la época: las rápidas e insolentes fortunas que la movida historia política de Francia desde 1789 había generado, la venta de los bienes de la Iglesia y de la aristocracia tras la Revolución, las indemnizaciones que los emigrados exigieron cuando llegó la Restauración, los botines que, antes, los generales napoleónicos habían saqueado en las tierras conquistadas: en esa tercera década del siglo XIX, el origen de todas las fortunas francesas tenía algo de usurpación, de apropiación indebida. Y a diferencia de lo que más tarde observará Balzac, el amor de la señora Firmiani induce y obliga a Octave a la honradez, reparando los «robos» cometidos por su antecesor cuando ya nadie puede legalmente exigírselo. Poco después, la realidad que Balzac exponga en otros títulos de *La Comedia humana* resulta absolutamente opuesta: serán las mujeres las que azucen a sus *partenaires* haciéndoles rebasar todos los límites con tal de alcanzar la fortuna y un puesto de primera magnitud en la sociedad. «Aquí no es el dinero el que corrompe el amor, sino el amor el que purifica el dinero», resume Guy Sagnes[2], cerrando así el retrato de una mujer llena de delicadeza y elegancia.

Pero antes de sacar a escena a la señora Firmiani, Balzac se entretiene jugando a la comedia y haciendo de la misteriosa mujer múltiples retratos, por supuesto falsos; recaba del entorno, de diversos representantes de grupos sociales, sus opiniones: el oscuro pasado de la señora Firmiani la vuelve una mujer desconocida y misteriosa que, vagamente casada con un marido lejano, suscita las respuestas más encontradas. Todas las voces articulan tópicos basados en la profunda ignorancia que sobre ella tienen; Balzac esconde el fondo de su conducta y de su actitud para desarrollarlo

exclusivamente en su relación con Octave: vuelve a hacer otro estudio de mujer teñido por las luces de la poesía y de la irrealidad… que resulta estar basado en la realidad de su amor con Laure de Berny, durante los diez años que vivió con ella una experiencia amorosa capital en ese momento; aunque aquí sean seis los años que separan a Octave de la protagonista, cuando entre Balzac y Mme. de Berny eran veintidós, la novela subraya los rasgos que presidieron esa relación: «madre, amiga, familia», que le ayudaron a remar en sus inicios guiando sus sentimientos, aconsejándole, ayudándole con un dinero «purificado» por el amor…

Los retratos más bien cómicos para el lector que la sociedad hace de la señora Firmiani tienen, además, un objetivo claro: aislar a Laure de Berny de su pasado, ofrecerla desprovista de datos, que Balzac elude para preparar al lector; ante tal enjambre de tópicos contrapuestos, este carece de opinión y puede aceptar lo que el novelista ofrece: un amor que aconseja, que criba y purga una fortuna deshonesta, aunque la responsabilidad de Octave en el delito sea nula; para ella, el amor solo puede frutecer en una conducta ejemplar desde el pasado, aunque sea remoto. Y Balzac redondea el rosa moralizante de la anécdota haciendo que un *deus ex machina* reponga en la señora Firmiani la fortuna devuelta por Octave.

La Grenadière

Escrita de una sentada un día de agosto de 1832, y rematada esa misma noche, «La Grenadière» resulta otra encrucijada en la que Balzac mezcla, en una anécdota sacada y deformada de la realidad, aspectos autobiográficos de su relación con personas que le rodean. Continúa dando vueltas a un tema que le obsesiona en esos inicios de una década que se quiere revolucionaria porque la burguesía se ha hecho con el poder: el de la mujer que ha tenido que retirarse del mundo por haber cometido una «falta» contra las leyes de la sociedad. En ese momento, en la situación personal del novelista también hay mujeres abandonadas: está diciendo adiós a Laure de Berny y entablando amistad con la duquesa de Castries (1796-1861); las dos se ven forzadas a soportar el rechazo social por haber «faltado», y las dos tienen hijos naturales cuyo futuro angustia a lady Brandon, protagonista de «La Grenadière», que se hace enterrar con su apellido de soltera: Willemsems, solo revelado en el desenlace.

Balzac empieza por describir un marco idílico, el de la *closerie* de La Grenadière, que tenía por inquilma a Mme. de Berny, y en la que Balzac había pasado algunos de los momentos más felices de un amor que se agotaba. En 1831 y 1832, Balzac había pasado varios meses en La Grenadière o en sus alrededores y había podido oír, entre los chismes de la región, la comidilla sobre el matrimonio de un joven Villemessans (la grafía de este apellido varía constantemente), «de padre y madre desconocidos», de veintiún años, dedicado en ese momento a la venta de cintas y encajes en Tours o en Blois, la información no es muy segura. Pudo estar al tanto de esos rumores que, solo mucho más tarde, se concretarán por vías realmente torcidas. Frédéric Lemaître,

el gran actor de la época, denunció por difamación a dos redactores de *La Chronique de Paris,* uno de ellos apellidado Willensans; los informes presentados por el actor contra este hablan también de un hombre «sin apellido… hijo natural… de padre y madre desconocidos», que en realidad se apellida *de Saint-Loup:* curiosas revueltas de la literatura, Marcel Proust utilizará ese apellido para bautizar a uno de sus personajes claves de *A la busca del tiempo perdido:* el marqués de Saint-Loup, que tuvo, entre sus modelos vivos, al marqués Boni de Castellane (1867-1932), descendiente de la protagonista envuelta en la trama de «La mujer abandonada», como veremos en el comentario a ese relato.

Una señorita de Villemessans había sido la piedra de escándalo: casada, queda viuda durante el episodio de su voluntario rapto por un capitán con el que vivió catorce o quince años y del que tuvo un hijo y una hija; las similitudes son muchas entre esta figura real y la abandonada de «La Grenadière». Ese hijo habido de su amante será el Villamessans cuyo matrimonio alimentaba la crónica turenesa en 1831 y 1832, y que más adelante se cruzará con Balzac: en 1839, quiso labrarse un porvenir como literato y ya en París fundó una revista, *La Sylphide,* semanario de modas, literatura, teatro y música, que en sus primeros números ofrece el nombre de Balzac en la lista de colaboradores. El novelista había prometido un artículo justo en el momento en que iniciaba la redacción de su novela *Memorias de dos jóvenes recién casadas,* donde reaparece el más joven de los hijos de la protagonista, Marie-Gaston, que también se mueve entre literatos.

Después de haber fracasado con su negocio de cintas, el sujeto real, Hippolyte de Villemessant (1810-1879) –ese es su apellido exacto–, y tras una etapa como inspector de seguros, se instaló en París: al fracaso de *La Sylphide* le siguieron otras publicaciones, hasta que en 1854 resucita una cabecera que había quebrado ya dos veces: *Le Figaro,* y que dirigiría hasta 1875. Balzac, muerto en 1850, no llegaría a conocer todo este futuro de su personaje, al que recoge de niño, al lado de una madre que va muriéndose lentamente. «La Grenadière» sitúa a lady Brandon en esa escena final, pero soterra las causas de su aislamiento, que el lector solo puede suponer trágicas: un marido que se venga dando muerte al amante y envenenando a su esposa, que arrastra unas secuelas mortales; tres años después, un pasaje de *Papá Goriot* (1835), que Balzac terminó suprimiendo, alude a ellas: durante el último baile que da a la vizcondesa de Beauséant, la abandonada, Rastignac pregunta sorprendido por una mujer indeciblemente bella: «Es lady Brandon (…) ha sacrificado todo a ese joven; se dice que tienen hijos, pero la desgracia planea siempre sobre ellos. Dicen que lord Brandon ha jurado vengarse de una manera espantosa de su mujer y de ese amante. Son felices, pero tiemblan constantemente». En esa novela, el amante es el coronel Franchessini (*Papá Goriot, El diputado de Arcis,* «La Posada Roja»…), apuesto militar italiano que aparecerá como adlátere de Vautrin, el malvado por excelencia de *La Comedia humana;* pero al no ser citado su apellido en «La Grenadière», el coronel, aunque el amante de lady Brandon muera, puede seguir vivo en la ficción

balzaquiana.

Balzac articula esta urdimbre oculta sobre hechos autobiográficos: las dos mujeres que en 1831-1832 figuran en su vida sentimental son, como hemos dicho, mujeres abandonadas con hijos adulterinos; una obsesión domina los pensamientos de Laure de Berny: el futuro de dos de sus hijos, el primogénito Alexandre, y el menor, Antoine; Balzac aprovecha esas inquietudes, destiladas en las cartas que esa madre le escribe, y calca casi algunas frases, así como explica el «futuro» de Antoine, que se alistó en la marina en 1836 para morir cinco años más tarde; esa muerte figura en 1841 en las últimas páginas de las *Memorias de dos jóvenes recién casadas.* Sobre la crónica de la señorita de Villamessant, Balzac monta un canto al amor materno y describe una visión idílica de la vida familiar, enmarcando todo en ese paraíso que para él fue, durante un tiempo, la Grenadière; pero una luz dorada, otoñal, baña todo, la luz propia de un amor que se apaga.

La mujer abandonada

En una de sus novelas de juventud, *Wann-Chlore,* publicada con pseudónimo en 1825, Balzac retenía ya un personaje que recorrerá, con distintas variaciones, *La Comedia humana:* el de la mujer que, enamorada, ha cometido adulterio, delito que la sociedad castiga con el destierro del mundo: unas irán a recluirse en un convento (*La duquesa de Langeais*), otras se retirarán a lugares recónditos («La Grenadière»), para vivir su castigo en la desolación de un amor definitivamente truncado; «una mujer abandonada tiene algo de imponente y de sagrado. Al verla, uno se estremece y llora. Ella hace realidad esa ficción del mundo destruido y sin Dios, sin sol, todavía habitado por una última criatura que camina al azar en la sombra y la desesperación… ¡Una “Mujer abandonada”! Es la inocencia sentada sobre los despojos de todas las virtudes muertas», dice Wann-Chlore.

Si en «La Grenadière» describe a ese tipo de mujer en su papel de madre y apenas deja entrever el sufrimiento interior de lady Brandon, en «La mujer abandonada» Balzac va a hacer un retrato íntimo de la condesa de Beauséant, encarnación de «el amor verdadero, el amor de los ángeles, el amor orgulloso que vive de su dolor y de él muere»[3]; por haber amado traspasando las lindes y por quedar marcada con el estigma del adulterio tendrá que abandonar la vida social y París. Pero, retirada en el fondo de Normandía, y muerta en vida, volverá a enamorarse, se dejará seducir por otro personaje que, enfermo, busca en provincias la salud: dos personajes que, en su retiro, podrán encaramarse a las alturas de la pureza del sentimiento, hasta que, de nuevo, «el mundo» y sus obligaciones los castiguen.

Como suele, Balzac organiza para la ficción anécdotas o historias vividas que conoce de primera o de segunda mano: en este caso, los estudiosos balzaquianos han señalado como fuente de la intriga un sucedido que la duquesa d’Abrantes dejó escrito en el tomo IV de sus *Mémoires sur la Restauration,* en cuya redacción

participó Balzac, amante titular en esos años de la duquesa. Cierto que ese tomo apareció más tarde, en 1835-1836, pero en 1831 se había publicado el primero, *Memorias sobre el Consulado y el Imperio*, en el que la autora dice haber conocido al hijo nacido de los personajes que protagonizan el drama de «La mujer abandonada», haciendo una somera alusión al trágico desenlace de esos amores: la protagonista principal habría sido Adélaïde de Rohan-Chabot, marquesa de Castellane, (1760-1805), mujer desde 1778 de Boniface de Castellane (1857-1837) y madre luego de un personaje histórico de relieve en la historia de Francia, el mariscal de ese mismo nombre y apellido. Adélaïde, «esposa separada en cuanto a los bienes» de su marido, vendió a su vecino Charles de Pont, seis años menor, el dominio de Boisbaudin en 1791, y posteriormente otras propiedades colindantes; Charles de Pont se casaba en diciembre de 1795 con la hija de dieciocho años de un rico banquero de Orléans, pero cuatro meses más tarde moría «de una manera trágica y horrible», además de accidental, pues según la prensa de la zona, que ambas familias consiguieron controlar, el disparo había salido de un «trabuco cuando lo cargaba»; entre los testigos que declararon ante el juez figuraba un Boniface de Castellane.

El esquema de «La mujer abandonada» sigue en líneas generales esa intriga, aunque Balzac haya añadido detalles para dramatizar más la situación y subrayar la pureza de un amor por encima de las leyes: por ejemplo, la madre del joven no pudo intervenir, porque había muerto; la ubicación de los amores en Suiza pertenece a la ficción, y Adélaïde no vivía apartada del todo, sino que, a pesar de las divergencias matrimoniales, compartía la vida mundana y social de su marido. Tuvo un hijo póstumo que llevó el apellido del padre, Charles François De Pont, nacido en octubre de 1796, siete meses después de la «muerte accidental» de este. No es muy halagüeño el retrato físico que la duquesa d'Abrantes hace de su protagonista, a la que llama «condesa de C***», y que tenía entonces «cuarenta años [en realidad treinta y tres]; era contrahecha, usaba peluca, tenía unos ojillos bastante bonitos, sin dientes, el mentón muy prominente, un porte inconcebible, pero un alma bella y grande, un corazón de oro y un espíritu de los más encantadores». No solo la memorialista subraya el «espíritu», la inteligencia de esa marquesa de Castellane; también lo hará en su *Journal* (1895) su hijo el mariscal, quien añade que era «de un carácter difícil».

La marquesa de Castellane no era, por supuesto, la única mujer que había dado en esos años un «traspié» y se había visto obligada a recluirse. Durante una estancia de Balzac en Bayeux, en casa de su hermana, en 1822, pudo enterarse de la aventura de la señora d'Hautefeuille, que, abandonada por un joven amante, se había enclaustrado en su castillo; hasta sus puertas se habría acercado el joven Balzac en esa fecha con las mismas pretensiones que su protagonista, Gaston de Nueil, según cuenta mucho más tarde un escritor bayeuxiano, Gustave Desnoiresterres (1817-1892) en el libro que dedicó a nuestro autor, *M. de Balzac* (1851); pero sin el menor éxito, como parece corroborar la propia condesa d'Hauteufille (1786-1861) que, abandonada por su marido siete años después de su boda, en 1809, a partir de 1834, año en que

publica un tomo de poesía, *Souffrances,* se dedicó a escribir novelas y textos políticos en los que militaba contra la pena de muerte y el derecho al divorcio de las mujeres.

Para Madeleine Ambrière-Frégaud en la encrucijada de vida real y ficción figuran dos mujeres más, las que en 1832 se reparten de forma opuesta los intereses sentimentales de Balzac, y que representan el futuro y el pasado; a la primera, la marquesa de Castries se debería el canto idílico de unos felices amores suizos; la descripción física –dedos afilados, cabellos rubios–, la posible falta, su coquetería, su inteligencia y su salón se corresponden con esta mujer a la que Balzac corteja en el momento de escribir «La mujer abandonada», y que él mismo relaciona con su personaje en una carta: «Es el tipo más fino de la mujer: la señora de Beauséant en mejor»… Las cartas que en el verano de 1832 escribe a Balzac Laure de Berny, a punto de ser abandonada, transpiran «los mismos temas: angustia, amor y agradecimiento, las mismas fórmulas, el mismo rechazo de deber el amor a la compasión, y el mismo grito: "no me abandones", "sigo siendo tu Eva", "devuelve la paz a mi corazón", "ni la naturaleza ni la sociedad perdonan nunca a quien transgrede sus leyes"»[4].

Esa correspondencia entre ambos, y no solo la del desenlace amoroso, sino también las del tímido y delicado Balzac cuando empieza a cortejar a Laure de Berny, pasa a la novela sin demasiados velos, con todo el patetismo de un amor que acaba y que, por parte de Laure, prefiere morir puro antes que verse contaminado por la presencia de otra mujer; solo la pureza, la exclusividad, justifican un amor mal visto socialmente. Balzac homenajea así a sus dos amores del momento, aportando además, con jirones de su intimidad, una escena de lo que es la vida en provincias; cuando enmarca la exaltación amorosa de Gaston de Nueil en la vida cotidiana de una ciudad como Bayeux, cuando dibuja a la tierna y amante mujer víctima de las convenciones sociales –Claire de Beauséant es la primera que, en *La Comedia humana,* desnuda sus sentimientos íntimos de abandonada y revive el amor–, hace varios retratos que son más bien caricaturas sobre la estrechez de miras, el comadreo social y, bajo la apariencia de seguridad que les prestan sus títulos o su riqueza, la insatisfacción de las principales «cabezas» provincianas ante los sueños frustrados.

La misa del ateo

Escrita y revisada en una sola noche, la del 3 de enero de 1836, para ser publicada en *La Chronique de Paris,* revista de la que dos días antes Balzac se había convertido en el principal propietario, «La misa del ateo» se centra en una figura reconocible por todos los lectores parisinos: detrás de Desplein está el gran cirujano del momento, Guillaume Dupuytren, que había fallecido el año anterior coronado por el mayor de los prestigios sociales: llamado a la cabecera de Carlos X y del barón de Rothschild, era el científico por excelencia que ejercía su oficio en el Hôtel-Dieu, hospital de referencia para la población parisina de todas las clases; su escalpelo se hundía

científicamente en la realidad de la carne, y en ella solo había encontrado carne. Había muerto rodeado de leyendas, de loas desmesuradas, de calumnias, marcado como científico raro que, ajeno a los pormenores de la vida, se concentra en su trabajo hasta el exceso.

Para la juventud de Desplein, Balzac se ha tomado a sí mismo como referente: la estrechez económica, las malas buhardillas, los sufrimientos, los desengaños, la necesidad de esfuerzos supremos para enderezar la situación y seguir un instinto vocacional que lleva, tanto al cirujano como al novelista, al éxito. Forjado en la dureza, Desplein se ha convertido en un incrédulo volteriano porque la realidad de su trabajo echa por tierra los misterios que los católicos aceptan sin pestañear y sin reflexionar un segundo: «Es tanto como el misterio de la Inmaculada Concepción, algo que, por sí solo, debe volver incrédulo a un médico», piensa su discípulo Bianchon cuando descubre que su ateo maestro no solo asiste en determinadas fechas a una misa por el alma de un pobre aguador, sino que él mismo es quien las ha encargado. A Bianchon impone el novelista la tarea de abrir la brecha por la que Desplein evacua un episodio de su vida, quizá el más importante, porque en ese periodo juvenil, en su esfuerzo, en su lucha contra la pobreza, se ha forjado no solo su carácter sino también su sentido de la ética. Y ello gracias, entre otras cosas, a un personaje sacado directamente de los evangelios, a un samaritano capaz de dar lo que no tiene por el otro.

La premisa ideológica de Balzac, también incrédulo en materia religiosa, tenía difícil salida en *La Chronique de Paris*, cuyos suscriptores defendían mayoritariamente el ideario legitimista y católico. De ahí que, en el desenlace, el cirujano jefe juegue con cierto humor negro: «Dios debe de ser un buen tipo, y no me guardará rencor por eso. Se lo juro, daría mi fortuna para que las creencias de Bourgeat pudieran entrar en mi cerebro». Y con la apostilla final de Bianchon: tras haber acompañado en su última enfermedad a su maestro, el discípulo «no se atreve a afirmar hoy que el ilustre cirujano haya muerto ateo». De esta forma sutil, Balzac ofrece un puente a las creencias de sus lectores y guarda la ropa de las suyas propias.

El ilustre Gaudissart

Tanto los relatos como las novelas de la primera etapa de Balzac se habían centrado en cuentos filosóficos teñidos en alguna ocasión de tonos fantásticos, en episodios de amor depurado, en análisis de la vida privada. En «El ilustre Gaudissart» parece abordar otro género, inicia etapa, buscar otra finalidad de la narración que, alejándose del género clásico del análisis de caracteres (La Bruyère, La Rochefoucauld), va a interesarse por la descripción de un oficio, de una condición, encarnada por Gaudissart, que va más allá del tipo, del individuo. Contemplando a distancia el modelo inventado sobre tipos reales, Balzac va a pintar a toda una clase social, incrustándola en un momento históricamente dado pero que, en la práctica, ha

pervivido sin apenas cambios a lo largo del siglo XX: el desarrollo de la burguesía francesa tras la desaparición del Imperio y durante la Monarquía de Julio (1830-1848) permite al capitalismo realizar sus primeras acumulaciones de capital. Si esa burguesía estaba bien asentada en París, adonde habían ido a parar las fortunas nacidas durante el periodo napoleónico, las provincias seguían con sus antiguas formas de vida y de producción. Aquí entra esa figura encargada de modernizar Francia, de llevar a los rincones más apartados toda clase de artículos de moda, desde mobiliarios a indumentaria, sombreros, seguros e ideas. Gaudissart es un evangelizador que recorre las provincias vendiendo ideas nuevas a buen precio, y en esas ideas caben desde nuevos métodos de educación o entretenimiento infantil hasta la información puesta al día mediante suscripciones a periódicos capitalinos. A Gaudissart no le importa el producto que vende: le da igual con tal de vender.

Como de costumbre, Balzac presenta a su personaje en un hoy sin antecedentes, en un presente cuyo pasado y cuyo futuro figurará en otras novelas de *La Comedia humana:* en varias obras de juventud, el novelista había tocado, aunque de refilón, tanto el tema de los viajantes de comercio como el atraso en que viven los pequeños pueblos remotos, e incluso había participado al parecer en la redacción de dos códigos: en 1829, el *Código del literato y del periodista,* donde se afirma que las ideas también son mercancías, aunque por desgracia han de someterse a la regla mayor de todo comercio: el logro de beneficios. En 1830 también parece haber colaborado en el *Código del viajante de comercio,* donde se califica a este de misionero de la civilización y del progreso. A cambio, claro está, de un dinero que no es fácil sacar a los provincianos, por más palurdos que parezcan a los negociantes de la capital.

Félix Gaudissart aparece por primera vez en *César Birotteau* (1837), que sitúa la acción en 1818, momento en el que se le adjudican veintidós años; pero, gracias a *Esplendores y miserias de las cortesanas* (1837), sabemos que antes, en 1816, había sido arrestado por participar en una conspiración bonapartista contra los Borbones durante los Cien Días; saldrá sano y salvo de la acusación gracias al juez Popinot; considerado en esa misma novela como el viajante de comercio más hábil de París, se pondrá al servicio de Anselme Popinot, sobrino del juez e inventor del «aceite cefálico»; la habilidad de Gaudissart para comercializar ese producto hará la fortuna de su inventor, que con ello salvará de la quiebra a su patrón Birotteau. Después de esa etapa de viajante de comercio, en 1834 vemos a un Gaudissart que empieza a acumular una fortuna gracias a una compañía de teatro; diez años más tarde, no solo dirige una compañía de ferrocarriles, sino que crea la banca de su apellido (*El primo Pons,* 1847).

Entre sus inicios y su éxito final, «El ilustre Gaudissart» nos lo muestra en acción, ejerciendo su actividad de viajante de comercio, exhibiendo su facundia y sus habilidades de convencimiento. Pero topa con otro de los temas que más interesan a Balzac: la vida de provincias, su diferencia con las costumbres y modos de vivir de

un París que solo mira esos pueblos remotos como campo de batalla para sus negocios y sus beneficios. El novelista enfrenta esas dos «situaciones»: el parisino orgulloso de su «superioridad» capitalina, y el provinciano taimado que aprovecha cualquier ocasión para reírse un rato y demostrar que toda esa inteligencia de la capital no sirve para engañar la presunta simpleza aldeana; recalcitrantes a todo lo nuevo, seguirán negándose a la modernidad que les trae el viajante de comercio; la habilidad de este es engañada por las ganas de burlarse del turenés de Vouvray. Balzac no deja en mal lugar a ninguno de los oponentes, y parece insinuar que en el enfrentamiento no hay vencedor ni vencido; pero Gaudissart, en su fuero interno, sale de su viaje, escaldado.

Facino Cane

Si hay un elemento que recorra de principio a fin *La Comedia humana*, ese es el oro, con todas sus secuelas: poder, ambición, avaricia, libertinaje, lujo… Desde el usurero Gobseck ya en 1830, encarnación no de un tipo, sino del conjunto de la sociedad francesa del momento, el banquero Nucingen y un largo etcétera de personajes balzaquianos dedican y concentran su acción en esa búsqueda del dinero: con él calmarán sus ambiciones de poder o de placer o de riqueza en sí misma. Todos ellos navegan por la sociedad real, mientras que Facino Cane, el personaje que presta su nombre a este relato, es un visionario, la encarnación del sueño del oro; hasta el punto de que la suya es una pasión congénita desde el embarazo de su madre: «Que los caprichos de una mujer influyan o no sobre su hijo cuando lo lleva en el seno o cuando lo concibe, lo cierto es que mi madre sintió pasión por el oro durante su embarazo», frase en la que se trasluce otra semejante de un relato de Hoffman, «Mademoiselle de Scudéry». «Huelo el oro», dice el ciego Facino Cane, que, fanático adorador de ese metal en sus etapas de riqueza, ahora adivina las tiendas de los joyeros por el olfato. Esa pasión por el oro con el que ha convivido y que ha perseguido toda su vida tendrá su castigo de los cielos: la ceguera.

Sobre el episodio de Facino Cane planea, según la crítica, un título de Thomas de Quincey publicado en 1828 en traducción de Alfred de Musset: las *Confesiones de un inglés comedor de opio:* esa bajada a los infiernos del inglés se traduce aquí en el deambular del narrador por los barrios bajos, donde encontrará, en un mundo donde reina la miseria, al músico. El nombre que Balzac da a este tiene la necesaria resonancia italiana para situar la acción central en una Venecia cuyas mazmorras se benefician, en su descripción, de una obra a la que Balzac recurrirá a menudo: la *Historia de mi vida,* de Giacomo Casanova: la fuga de los Plomos del aventurero del siglo XVIII presta al relato la suficiente fuerza utópica como guía de la huida, sin que alcance la potencia que Casanova infunde al relato de un episodio vivido en primera persona; no en vano esa fuga de Facino Cane del subsuelo del palacio de los dux es un suceso adyacente a la fiebre del oro del personaje, mientras en Casanova era un fin

en sí, la descripción de una quimera imposible hecha realidad. Tres años antes de la publicación de «Facino Cane» también había aparecido en francés otra obra maestra del género carcelario, muy popular en toda Europa: *Mis prisiones,* de Silvio Pellico. Y tampoco duda Balzac en volver sobre un personaje anterior, el protagonista de *Maese Cornelius* (1831), cuyo frenesí por el oro le lleva a robarse a sí mismo en estado sonambúlico, sin que luego pueda descubrir dónde lo ha escondido; en Cornelius, el castigo no es la ceguera, sino el suicidio.

En el narrador del encuentro con el viejo músico, Balzac se ha pintado a sí mismo, como hace a menudo en esa etapa inicial: el joven estudiante, de la misma edad que el autor, malvive en una buhardilla cuando llega a París y contempla desde su esfuerzo y su miseria la «ciudad dolente» que no le ofrece más que sueños irrealizados; el encuentro con el visionario mezcla su misérrima realidad a la locura del veneciano. Pero el entusiasmo del músico es el mismo que pone Balzac en su esfuerzo por labrarse un futuro en el terreno que ha elegido: la literatura.

SARRASINE

En la introducción a su novela *Le Bleu du ciel* (1957), Georges Bataille llega a situar este relato balzaquiano a la misma altura que *A la busca del tiempo perdido* de Proust y *El idiota* de Dostoievski, como una absoluta obra maestra. Y «Sarrasine» es, dentro de *La Comedia humana,* un relato extraño, sin ninguna vinculación con el resto de sus personajes, salvo esa señora de Rochefide a la que el narrador galantea; pero ese nombre no aparecía en la primera edición de la novela, fue añadido en una de las revisiones de integración de *La Comedia humana,* en 1842: con ese alambre tan liviano Balzac incorporaba el relato a su obra total: porque Béatrix de Rochefide, aunque no se dice su nombre, protagoniza tumultuosos amores en la novela titulada con su nombre (1839) y pasa por otros títulos con distintas conquistas del brazo, desde «Un príncipe de la bohemia» a *La casa Nucingen, Los secretos de la princesa de Cadignan* o *Una hija de Eva.* Aquí no tiene otro papel que el de coqueta del *faubourg* Saint-Germain a la que el narrador de la historia del escultor Sarrasine galantea.

Salvo el lazo de ese nombre, ningún otro dato comparece que tenga que ver con *La Comedia humana:* en su presentación original, la tipografía ya diferenciaba los dos mundos en que transcurren dos acciones que cronológicamente mantienen una distancia de sesenta años. El primero resulta un lugar común: un baile aristocrático en casa de la señora de Lanty, en el invierno de 1830; durante el galanteo del narrador aparece una sombra con visos de fantasma, capaz de dar escalofríos a la señora de Rochefide; el segundo traslada la acción a la juventud de esa figura centenaria, más de sesenta años atrás, con un escultor que, persiguiendo la belleza, se adentra en un mundo desconocido: el de un tenor *castrato* al que toma por mujer. Balzac había leído atentamente la ya citada *Historia de mi vida,* de Casanova, donde este se

enamora de los rasgos de un joven sin conocer la naturaleza sexual de Bellino, un falso *castrato* que debe su voz a su condición natural de mujer, y que en realidad se llama Teresa[5]: la sombra de homosexualidad que apunta en el memorialista italiano se difumina en Sarrasine, que morirá apuñalado por los esbirros del «protector», un cardenal, del cantante. Balzac tenía otros *castrati* literarios a mano, además del otro protegido por el cardenal Borghese, que también aparece en la *Historia de mi vida;* pudo encontrarlos, por ejemplo, en *Fragoletta: Nápoles y París en 1799* (1829), del novelista Henri de Latouche. En cuanto al marco italiano del artista en viaje a Italia, resultaba fácil imitarlo a partir de la lectura de varias obras de la época: en *Roma, Nápoles y Florencia,* de Stendhal, aparece, en ese marco, un «soprano» apaleado por los esbirros de un sacerdote.

Se ha puesto de relieve la influencia que los *Salones* de Diderot ejercieron sobre los conceptos de arte y belleza en Balzac; en el teórico de arte que fue el ilustrado pudo encontrar nuestro novelista el nombre de un escultor menor del siglo XVII, Jacques Sarrazin (1592-1660), formado en Roma y frecuentador de pintores barrocos como Dominiquino; pero Balzac solo toma del *Salón de 1767* de Diderot el nombre y un verso de Homero. Hasta ahí reminiscencias, influencias y fuentes que terminan produciendo uno de los textos más extraños de Balzac y que más controversia ha sembrado entre la crítica de mediados del siglo XX desde que Bataille lo elevase a cumbre literaria: a la lectura psicoanalítica de Jean Reboul no tardó en sumarse Pierre Citron, para quien Balzac, de manera inconsciente, «introdujo cierto número de datos personales y psicológicos» en la novela[6]; Anne-Marie Meininger ha visto y demostrado la relación de la hija de Mme. de Berny, Julie Campi, con la Marianina del relato, con lo que por debajo está latiendo un entorno íntimo de Balzac[7]; es más: Citron ha insistido en los rasgos que identifican a Sarrasine con el novelista: «Sarrasine hace pensar en el joven Balzac, en el del pasado; el narrador en el Balzac adulto, el del presente». Roland Barthes hizo correr mucha tinta con su *S/Z,* en la que defiende la necesidad de un contexto personal e histórico del autor para la lectura de «Sarrasine»[8]. Otras líneas de análisis ven en ella una introspección sobre el sentido del arte, la naturaleza de la escultura y su relación con otros espacios artísticos, y el impulso que el erotismo supone como fuente de un impulso creador[9].

PIERRE GRASSOU

Ocho años antes de que «Pierre Grassou» se publicase, Balzac había abordado el tema de la pintura y del arte en varias novelas, pero, sobre todo en «La obra maestra desconocida», donde presenta al artista por excelencia, el que se deja llevar por su inspiración hasta el punto de que es su imaginación, que va a dar en la locura, la que pinta. Ese título de 1831 lo había revisado e integrado en los *Estudios filosóficos* en 1837, momento en que Balzac está pensando en abordar la otra cara de la moneda en

«Los artistas»; probablemente se trate del título provisional de este «Pierre Grassou» que, más que sobre la inspiración, versa sobre la sociología del arte en un momento en que la Restauración está en su apogeo y ha dado lugar a una burguesía económica con pujos y pretensiones artísticas.

Mientras Frenhofer y Poussin –los pintores de «La obra maestra desconocida»– son los ejemplos de la máxima inscrita en «Pierre Grassou»; «en todo, inventar es querer morir a fuego lento», este último pintor representa la coletilla de esa frase: «copiar es vivir». En él va a encarnar Balzac las críticas que, en el Salón de 1839, se alzaron con fuerza contra el punto a que habían llegado esas exposiciones organizadas oficialmente: los jurados, presionados, acogían cuadros y más cuadros de pintores mediocres que apenas dejaban espacio para los valores emergentes; como sabemos, tres décadas más tarde, los emergentes impresionistas dejaban obsoleto todo el arte burgués de mediados de siglo, aunque sus cuadros eran rechazados por el Salón oficial hasta el punto de verse obligados a organizar el Salón paralelo de los impresionistas. Lo propició la situación descrita por Balzac, que se burla de ese pintor pulcro, ordenado, integrado en la burguesía con todos los pronunciamientos favorables del *stablishment* oficial y político; no en vano su cuadro político más citado, plagio de un discípulo de Rembrandt, *Preparativos para la ejecución de un chuan condenado a muerte,* arraiga en el legitimismo más rancio y va de la mano con un catolicismo de la misma estirpe: el rey se detiene ante él durante su visita al Salón, los eclesiásticos lo recomiendan y termina comprándolo la duquesa de Berry, nuera de Carlos X. Frente al éxito, el desprecio de su amigo y pintor Joseph Bridau, que no duda en ridiculizarlo ante sus clientes; Bridau ha apostado por «inventar», aunque eso suponga «morir a fuego lento», disponer únicamente de un cuchitril y no de un gran estudio, pasar hambre y carecer de clientela.

La burla del novelista no puede ir más lejos porque lo redondea con rasgos honestos: las cualidades de Grassou, incrustado en un medio burgués como el de la familia Vervelle cuya ridiculez no se le escapa, están perfectamente compensadas; Balzac lo hace mal pintor, pero buena persona, hasta el punto de ser generoso con sus antiguos compañeros; ha buscado el éxito y ha conseguido alcanzar la mediocridad, esa que la burguesía paga; pero es consciente de su impotencia como artista, se sabe mero artesano que, dotado de una técnica mediocre, satisface gustos mediocres; y como sabe lo que es el verdadero arte, con el producto de sus cuadros burgueses se dedica a comprar obra de sus amigos.

Por las mismas fechas, Stendhal escribe un relato inacabado, «Féder ou le Mari d’argent», con otro pintor mediocre por protagonista cuyo éxito se debe a que rejuvenece sobre el lienzo en veinte o más años a sus modelos femeninas. Acababa de publicarse *La Cartuja de Parma*, novela que había fascinado a Balzac; sin que sepamos el motivo, lo cierto es que ambos escritores se habían encontrado en esa primera mitad de 1839; que hablasen e intercambiasen opiniones sobre lo que era la comidilla del momento en el mundo intelectual, el desastre a que habían llegado los

Salones, es presumible; de no ser así, la coincidencia temática es real e interesante, aunque el autor de *Rojo y negro* se centre, más que en la sociología del arte que interesa a Balzac, en las emociones amorosas del pintor al que su amante convierte en pintor de moda: Stendhal hace cirugía del sentimiento, mientras Balzac abre en canal el panorama de costumbres de una burguesía sin el menor talento.

Se han propuesto varios nombres de pintores mediocres como pautas para Grassou: Dubufe, Court, Doussault, Midy… No necesitaba ir muy lejos para encontrar referencias, porque en los Salones había más mediocridad que genio; probablemente con rasgos de todas esas sombras desaparecidas para la historia del arte, Balzac construyó esa antítesis de Bridau, y, sobre todo, de Frenhofer, con una dureza y una amargura que solo suaviza la ironía de la mirada.

UN HOMBRE DE NEGOCIOS

Escrito de un tirón, la mañana del 3 de enero de 1844 o la noche del día siguiente, este relato se publicó retocado por el editor Hetzel bajo el título de «Les Roueries d'un créancier» («Las marrullerías de un acreedor») en 1845; para leer la edición original hay que esperar a 1846, momento en que, con el título de «Esbozo del natural de un hombre de negocios», se integra en las *Escenas de la vida parisina.* El propio Balzac la calificará de *bluette,* pequeña obra ingeniosa, que parece responder a un hecho real. En él andaría envuelto Eugène-François Vidocq (1775-1857), primer director de la Seguridad Nacional y antiguo delincuente, al que Victor Hugo ya había otorgado un papel relevante en *Los miserables.* La realidad de la anécdota parece indiscutible y procede probablemente de la reunión que dos días antes de la escritura había mantenido Balzac con dos abogados que llevaban un caso personal del novelista, acreedor por un lado y deudor por otro de dos hombres de negocios. Ese probable origen real de la anécdota de «Un hombre de negocios» va a ser disfrazado por Balzac en la aventura de un personaje que desempeña un papel importante, aunque secundario, en *Ilusiones perdidas*, así como en otras novelas (desde *Los pequeños burgueses* a *La casa Nucingen. Esplendores y miserias de las cortesanas* y varios títulos más, aunque con un papel más testimonial que relevante). Su parecido con un personaje real queda de manifiesto en la descripción que de él hacen los invitados de la mantenida Malaga, que en la sobremesa cuentan la historia: Victor Bohain (1805-1856), periodista, negociante y funcionario, al advenimiento de Luis Felipe, en 1830, era nombrado prefecto y diez años más tarde tenía que exiliarse a Londres denunciado por malversación. A su regreso, se convertirá en editor de periódicos sin que tarde mucho en arruinarse. Los pormenores que ofrece la biografía de Bohain son trasladados a Cérizet por Balzac, que tenía cuentas que ajustar con aquel: había intentado robar al novelista el proyecto de una editorial que publicaría libros mediante suscripción de un franco al mes.

El juego de la especulación divierte a los comensales de una *cocotte* que en la

sobremesa oyen la historia de la recuperación de una deuda que el conde Maxime de Trailles, personaje mayor de *La Comedia humana*, se niega a pagar; está ya en sus horas bajas este personaje que ha sido utilizado por Eugène de Rastignac (*Esplendores y miserias de las cortesanas*) y que se dedica a arruinar y endeudar a diversas mujeres de mundo. Pero ya no goza del prestigio y la admiración que le había ganado entre el gran mundo haber arruinado a la riquísima y avara Bella Holandesa (*César Birotteau*, *Esplendores y miserias de las cortesanas*). Aquí, Maxime será víctima de esos dos negociantes Claparon y Cérizet, que, con sus artimañas, terminarán cobrándose la deuda que con ellos tiene de Trailles.

UN PRÍNCIPE DE LA BOHEMIA

No fue este el título que el relato tuvo en su primera publicación, en 1840, sino «Las fantasías de Claudine». Y hasta su edición definitiva, seis años más tarde, sufrió los cambios que Balzac necesitaba para ajustar personajes de *La Comedia humana*, hasta el punto de que el propio texto remite a la novela *Beatriz*, protagonizada por la marquesa de Rochefide, a la que conocemos como acompañante del narrador en «Sarrasine». Además de eliminar el prólogo y la subdivisión en títulos y subtítulos, el relato definitivo, escrito por la condesa Dinah de La Baudraye (protagonista de *La musa del departamento*, 1843), cuenta la historia de una mantenida que se convierte en esposa de un vodevilista de éxito; pero es el retrato del conde de La Palferine, un seductor cáustico y sin escrúpulos, de bromas cínicas, al que también conocemos de «Un hombre de negocios», lo que centra la anécdota, o las anécdotas reunidas, de «Un príncipe de la bohemia»; Balzac traza el personaje a partir de varios «reyes» de la vida parisién de la época; entre otros, de Charles Lautour-Mézeray (1801-1861), por quien Balzac sentía rendida admiración, hasta el punto de arruinarse por imitar su elegancia[10]; este periodista y alto funcionario que en 1832 lanzó *Le Journal des Enfants* (recuérdese «El ilustre Gaudissart»), puso de moda, por ejemplo, la camelia blanca en el ojal, auténtica señal de pertenencia a los *dandis-león* que dictaban las novedades en actitudes, locales de vida social e indumentaria. Pero no deja de ser un detalle más entre los que sirven al novelista para componer una narración que se quiere reflejo «de la más exacta verdad en todos sus detalles», como asegura en la primera versión del texto.

El estilo ligero, de anécdotas reunidas, de «Un príncipe de la bohemia», con ese marco de conversación de salón aunque esté reordenado como relato escrito de la condesa, recuerda los inicios de Balzac, con su crítica de costumbres y su traslado de la realidad: desde la trayectoria de una *rat* de la Ópera mantenida como es Tullia a la sumisión matrimonial con que domina a du Bruel. En este sentido, La Palferine aparecía descrito en la presentación de 1840 como víctima, entre otros, de un *sistema* político: «Charles-Édouard es un hombre superficial, porque el régimen lo condena a ello; un inactivo, y un insolente, porque el escándalo de la pereza y el brillo de la

inmoralidad son las únicas que le siguen estando permitidas[11]».

Otro de los puntos curiosos de «Un príncipe de la bohemia», ampliamente subrayado por la crítica, y que el lector al tanto de la vida literaria podía reconocer, es el ataque directo de Balzac al crítico Sainte-Beuve, también autor de una novela apreciada en ese momento, *Voluptuosidad.* Los prejuicios de Sainte-Beuve sobre la novela contemporánea, también denostados por Proust, tuvieron en Balzac una de sus víctimas: aficionado a analizar la obra como reflejo de la vida del autor, y capaz de condenar a poetas como Nerval y Baudelaire mientras ensalzaba a nulidades, Sainte-Beuve había mostrado reticencias hacia la obra de Balzac, llegando a calificarla de «literatura industrial» y atacando la Société des Gens de Lettres, cuya presidencia ostentaba nuestro novelista desde agosto de 1839; más cerca todavía de la publicación de «Un príncipe de la bohemia», lo atacaba de forma directa en un artículo de marzo de 1840: «El señor de Balzac (…) parece ocupado en terminar como empezó, por cien volúmenes que nadie leerá». La respuesta del novelista, además de un artículo en el mismo número de la *Revue de Paris* en que aparecieron «Las fantasías de Claudine», fue un pastiche del estilo narrativo de Sainte-Beuve, incrustando alusiones evidentes dentro del texto del cuento[12] gracias a las libertades que, con la narración, se toma la señora de La Baudraye.

GAUDISSART II

Poco tiene que ver este Gaudissart con su ilustre predecesor, se limita a dar una lección de la ley suprema que adoptó la burguesía durante la Monarquía de Julio, inscrita en la primera línea del relato: «¡Saber vender, poder vender, y vender! (…), tres caras del mismo problema». Balzac retrata en el cuento a dependientes y vendedores en la nueva era de expansión comercial que no tardaría en producir en París los «grandes almacenes». No es el primero en hacerlo: el «dependiente», el «vendedor», empezaba a ser un oficio de trucos y habilidades psicológicas que ya había esbozado Auguste Luchet en *Le Livre des Cent et Un* (1834), cuyo subtítulo explica el contenido: *Les Magasins de Paris;* ahí queda prefigurado el abanico de dependientes, la aparición del jefe con el artículo inútil para el cliente renuente, convertido por Balzac en el chal Selim: el género de los chales lo había puesto de moda la invasión de Egipto por parte del ejército napoleónico; hasta el propio Bonaparte envió dos a su mujer[13].

La lenta pero constante transformación modernizadora de los negocios, almacenes y tiendas de París recorre *La Comedia humana:* desde la ingenuidad de las viejas tiendas familiares a los trucos y artimañas que se van imponiendo en unos comercios que recurren a renovaciones ornamentales y que empiezan a conocer los beneficios de la publicidad. Faltaba poco para la invención de los grandes almacenes, que Balzac ya no vería: dos años después de su muerte, un gerente de una tienda de chales, Aristide Boucicaut (1810-1867), se independizaba comprando una tienda de

novedades llamada Le Bon Marché, con la que revolucionó el concepto de venta; considerado el primer «gran almacén», apuntó a la clientela femenina, a la mujer moderna que ya puede salir para algo más que visitar a sus padres o amigas: ahora circula libremente por el renovado urbanismo parisino que está creando el barón Haussmann; Le Bon Marché impuso novedades como la etiqueta con el precio fijo de los productos, libertad para la clientela de deambular por las instalaciones, entrega a domicilio, rebajas en determinados periodos, posibilidades de cambio. Será el modelo del gran almacén que, algo más de tres décadas después, cuando ya goza de una expansión formidable, Émile Zola elegirá para analizar la vida comerciante en París: el título de *Au Bonheur des Dames* (*La dicha de las Damas,* 1883) explícita suficientemente el blanco al que apuntaban grandes bazares y almacenes.

Cuando en octubre de 1844 Balzac publica este relato con el título «Un Gaudissard [sic] de la calle Richelieu», dos años antes de entrar a formar parte del tomo XII de *La Comedia humana,* su editor y librero Hetzel ya ese había instalado hacía un año en esa calle parisina, en el número 76, que también ocupaba una tienda de chales, Le Persan, regida desde hacía poco por un nuevo y emprendedor propietario: justo enfrente, en el numero 9 de la calle de Ménars habían abierto una tienda André-Germain Gaudissart, que pasó luego a su hijo Alexandre. El azar había intervenido diez años antes, cuando Balzac había elegido ese apellido para su «El ilustre Gaudissart».

UN EPISODIO BAJO EL TERROR

En 1829, un proyecto editorial que tenía por protagonista a Charles-Henri Sanson, el verdugo que ejecutó a Luis XVI y a María Antonieta, y que terminó llevando el título de *Memorias de Sanson,* se inició con una entrevista a su hijo Henri, que le había ayudado en los menesteres de la guillotina en esas y otras muchas cabezas. El proyecto lo había ideado Émile Marco de Saint-Hilaire (1796-1887), escritor y folletinista especializado en bajos fondos, criminalidad y prostitución; el año anterior había publicado las memorias de Vidocq, el famoso forzado que evadido de sus mazmorras terminó convertido en jefe de la policía de seguridad nacional, y que acababa de dimitir: a Balzac le servirá de modelo para uno de sus personajes más importantes: Vautrin. Este género de literatura sobre momentos extremos estaba en boga tras la resaca de la Revolución: el propio Victor Hugo había escrito, cierto que con un nivel literario mayor y una exigencia política de envergadura, la eliminación de la pena de muerte, *El último día de un condenado.* Saint-Hilaire, que había mantenido numerosas conversaciones con Charles-Henri, llevó a cabo una encuesta periodística con el hijo y ofreció toda la documentación recogida al editor Mame, que se la pasó a un redactor de oficio, Louis-François Lhéritier, y a Balzac, a quien las deudas impulsaron a aceptar el trabajo; de la mayor parte de estas memorias con anécdotas y hechos más o menos novelados se hizo cargo el primero; y no está muy

clara cuál fue la participación de Balzac, que escribió al menos el texto que precede a las memorias, y que, tras distintos títulos, terminó siendo «Un episodio bajo el Terror».

Charles-Henri y su hijo no eran más que los sucesores de una larga dinastía de verdugos que, pasándose el oficio de padres a hijos, pervivieron como tales desde 1688 a 1847: durante casi dos siglos cumplieron las órdenes dadas por la «justicia» de los Borbones, de la Revolución, de Bonaparte, de la Restauración y de la Monarquía de Julio; en ese lapso de tiempo pasaron de utilizar la espada y el hacha a la moderna guillotina, en cuya invención el doctor Guillotin habría tenido por colaborador a Charles-Henri. El nuevo aparato, que, según Guillotin, eliminaba el dolor en el condenado a muerte, aliviaba sobre todo la tarea de Sanson, quien en 1791 ya se había quejado a la Asamblea de la fatiga que suponía cortar varias cabezas a espada: llegó a cortar 2918 cabezas, desde las de los Borbones a las de Charlotte Corday, Lavoisier o Robespierre. Pero cuando el 21 de enero de 1793 Charles-Henri accionó la palanca de la guillotina para decapitar a Luis XVI, se convirtió en el Verdugo con mayúscula: había hecho rodar la cabeza de un rey que descendía directamente de los Capeto, la dinastía de derecho divino. En 1793, Charles-Henri dejó el cargo a su hijo y ayudante, y en los once años que aún vivió no volvería a desempeñar el oficio.

«Un episodio bajo el Terror» refleja tanto las condiciones de ese periodo histórico donde las cabezas rodaban día y noche, como la leyenda de los «mártires» eclesiásticos y monárquicos que habían tenido que sufrir las atrocidades derivadas de la Revolución en sus primeros y largos momentos, con su séquito de emigración, incautación de propiedades y riquezas, etcétera. Pero no hay ningún dato que corrobore la anécdota que Balzac refiere, sin que por ello sean menos ciertos los sentimientos monárquicos que Charles-Henri mantuvo durante toda su vida: sufrió incluso arresto en las jornadas revolucionarias que siguieron al 10 de agosto de 1794. En el trayecto de la vieja monja por las calles de París, Balzac refleja esa opresión del Terror, pintando la bruma, la nieve, las siluetas amenazadoras, el ruido de los pasos del «perseguidor», la desconfianza instalada en todas partes; aunque solo en el desenlace sabrá el lector quién es el personaje que pide la celebración de misas por el difunto rey, las pistas que da el relato no tardan en indicar y sugerir su identidad al lector.

Z. Marcas

La pasión de Balzac por la política va indisolublemente unida en sus inicios a su pasión por las letras. Creyó que, con el periodismo, podría hacer carrera en la vida política para resolver los problemas de una vida social desestabilizada en Francia tras la liquidación de los Borbones con un colofón siniestro: la Monarquía de Julio regida por Luis Felipe I, salido de los Orléans, rama menor de los Borbones. El novelista,

nacido un año antes del inicio del siglo, ha vivido en su adolescencia y juventud ese terremoto y cree que sus colaboraciones en la prensa pueden tener un sentido de acción política. Pertenece a una generación de jóvenes formados que han visto a la gerontocracia y a la burguesía de los negocios aprovecharse de las tendencias revolucionarias de esa juventud que ha trabajado duro y se ha forjado un porvenir gracias a su esfuerzo. La Francia de la tercera década no les ofrece más salidas que ir a ejercer sus saberes y sus experiencias científicas en el extranjero, como Juste, el compañero del narrador. Juste y Charles engañan el hambre con la esperanza, con el esfuerzo, con la observación atenta de los hechos políticos. Y en la miserable buhardilla donde estudian y malviven encuentran a ese personaje de raro nombre, que ha vivido a fondo la apresurada evolución de la historia francesa desde la Revolución, y cuyo talento ha sido malbaratado por la «mediocracia»; en un poder controlado por los mediocres, cualquier atisbo de inteligencia y de honradez ha desaparecido de la vida pública, hecha de intereses creados.

«Z. Marcas» aparece cuando Francia lleva una década bajo la Monarquía de Julio; pero, aunque se publica en 1840, la acción se sitúa en 1836, momento en el que quiebra la *Chronique de Paris*, de la que Balzac era redactor jefe; desde hacía seis años, los mismos nombres se repetían y sustituían en distintos gabinetes y ministerios, en un eterno baile de liberales y conservadores: a poco de empezar el año, la revista se había volcado en la defensa de una alianza entre Mathieu Molé y François Guizot; pero este, celoso de Molé, forjó una alianza con Thiers, que le obligó a dejar a un lado sus principios; en febrero Thiers presidía el gabinete ministerial. Cuando los dos primeros consigan hacer caer a Thiers, hacía meses que la *Chronique de Paris* había desaparecido. Su paso por la revista, metida de lleno en las intrigas, le había dejado en Balzac un poso de amargura que le lleva a calificar el periodismo de «un infierno, un abismo de iniquidades, de mentiras, de traiciones […]. Estos combates innobles desencantan el alma, depravan el corazón y fatigan para nada; porque vuestros esfuerzos sirven a menudo para hacer coronar a un hombre al que odiáis, un talento secundario presentado a vuestro pesar como un genio».

Cuatro años después, cuando se publica «Z. Marcas» Balzac había fundado otra publicación, la *Revue Parisienne,* cuya vida no pasó de los tres números. Sus posibilidades de utilizar la prensa como tribuna de un pensamiento político han quedado truncadas: ha visto la vida política como un rosario de trampas, de traiciones, de personalismos inmensos que, desde fuera, pueden convertirse en materiales para una tragicomedia que haría reír si los políticos no estuvieran jugando con el futuro de una generación de franceses.

La crítica balzaquiana ha buscado un modelo para Marcas; se sugirió el nombre de Camille Cardonne, que colaboró en la sección política de la *Revue parisienne*; pero se desechó enseguida esa referencia: Cardonne, especialista en el mundo ruso, no parece haber mantenido relación estrecha con Balzac; en 1836 ya cobraba del

fondo de reptiles del gabinete Thiers; cuatro años más tarde era el gabinete Guizot el que le pagaba bajo cuerda sus artículos elogiosos; probablemente ese mismo estatuto fue el que tuvo en la *Revue parisienne,* suministrando a Balzac, para sus *Cartas rusas,* munición contra Thiers. Pero ese perfil no casa con el de Marcas; coincide, según Anne-Marie Meininger, sobre todo con el de Balzac que, en 1836, ya ha «jugado y definitivamente perdido» su vida política: «No se dirá nunca suficientemente el alcance de ese fracaso del que toda su obra llevará la marca a partir del naufragio de la *Chronique de Paris*[14]».

Balzac, como Marcas, ha jugado, ha dirigido un periódico del que se ha visto apeado; con la llegada de Thiers, se le ha privado de la sección de política interior, sustituido por un periodista a sueldo de Guizot, para dejarle la de política extranjera, que no le concede la menor influencia ni la posibilidad de hacer realidad su sueño de hombre de Estado y labrarse una carrera que lo llevase a la Asamblea como diputado: «Quiero el poder en Francia, y lo tendré», escribe el 27 de marzo de 1836 a Mme. Hanska. Al año siguiente aparece la primera parte de *Ilusiones perdidas,* seguida en 1839 por la segunda y rematada en 1843 por la tercera y última: en la dedicatoria a Victor Hugo, Balzac califica su libro tanto «un acto de coraje como una historia llena de verdad»: ese acto de coraje es la severa sátira contra la prensa, a la que zahiere con mordacidad. «Z. Marcas» sería una especie de apéndice a esa novela: «quedaba por decir la lucha y el aplastamiento del hombre solo. Solo con sus grandezas, y también con sus debilidades […]. Marcas pierde y debe perder, porque desprecia las reglas del juego de sus adversarios». Pero Balzac, que arremete contra la política francesa, contra una gerontocracia mediocre que ha abandonado a su suerte a la nueva generación de jóvenes brillantes, y cuya ambición por el futuro de Francia no está condicionada por influencias, intereses ni personalismos, ha perdido; por eso no tiene la menor compasión hacia Marcas; el novelista ha pagado caro su intento, porque «ha aprendido que es imposible ser a la vez “un gran hombre y un gran ciudadano”, como creía a los veinte años»[15].

UNA PASIÓN EN EL DESIERTO

Por más extraño que pudiera parecer en el París del último mes de 1830, el decorado de «Una pasión en el desierto» no dejaba de continuar el que habían puesto de moda relatos sobre la aventura napoleónica: paisajes tan exóticos como el desierto egipcio o las gélidas tierras rusas habían acompañado el regreso de los soldados del Gran Ejército, dando lugar a situaciones muy extrañas para las costumbres tradicionales francesas. Pero el origen no estuvo, al parecer, en ninguna de esas experiencias militares, sino en un domador, Henri Martin, que, justo un año antes, en diciembre de 1829, abría en el circo su casa de fieras sorprendiendo al público con la relación amable y dominadora que mantenía con sus animales. Era la primera exhibición de amaestramiento que se conocía en Europa, y no dejó de dar lugar a toda

clase de especulaciones. Balzac va a situar la relación que entre domador y fiera parte del público suponía en un mundo alejado a muchos kilómetros y a envolverlo, pero solo para la distanciación, en una andanza más de los soldados que acompañaron a Bonaparte a los confines del mundo. Que la sexualidad estaba en la mente del público lo demuestra un poema Auguste Marseille Barthélemy (1796-1867); este poeta al que la Revolución de Julio de 1830 liberó de la cárcel en la que había sido aherrojado por atacar al hijo de Napoleón en su obra *Hijo del hombre* (1829), seguiría burlándose y satirizando la política francesa durante dos años en el semanario *La Némésis:* en diciembre de 1831 dedica doce versos al domador Martin, que concluyen: «Hoy tenemos la clave de estos misterios; / se deslizaba de noche a la cabecera de las panteras, / bajo el vientre del tigre extendía su mano; / engañaba su instinto en la nocturna escena, / y el animal sin fuerza a este malabarista obsceno / al día siguiente obedecía»[16].

La habilidad de Balzac para la elusión en un tema que la narrativa contemporánea no había tocado prácticamente cubre con un velo el meollo de la historia del soldado provenzal, de la misma forma que lo hará en *La muchacha de los ojos de oro* (1835): el animalismo en un caso, el lesbianismo en otro, eran tabú en la sociedad francesa, pese a que, desde la Revolución, las novelas del marqués de Sade los habían difundido ampliamente; pero en esa cuarta década del siglo, los libros del autor de *Los 120 días de Sodoma* o *La filosofía en el tocador* ya habían sido soterrados y marcados con el sello de la indecencia, lo mismo que las novelas y los relatos libertinos que tanto se prodigaron durante el siglo XVIII, firmados por autores prestigiosos, de Voltaire a Vivant Denon, de Crébillon a Mirabeau[17]. Cierto que, bajo cuerda, seguía corriendo una literatura pornográfica abundante, pero esos temas les estaban prohibidos a las obras con pretensiones literarias.

La brevedad del relato, que se circunscribe a lo narrado tras unas pinceladas de situación, ahonda un tabú, limitándose a describir el avance de la relación entre soldado y pantera, con un trasfondo donde está explícita la dualidad masculino/femenino; el narrador humaniza al animal, de ahí el apelativo que su amante le adjudica, de ahí también las alusiones a la similitud de carácter entre la pantera y Monina. Aunque hay lecturas de «Una pasión en el desierto» que quieren negar el animalismo contenido en el relato por su falta de explicitud, para Ph. Berthier esa sería la clave del relato: «Nosotros vemos en él (…) una de las incursiones más arriesgadas y más profundas de Balzac en los confines en que el deseo, llevado a su incandescencia máxima, transgrede todos los tabúes sociales y morales, y que siempre le han fascinado»[18].

JESUCRISTO EN FLANDES

Quizá fue Samuel Henri Bertoud (1804-1891), periodista y escritor nacido en Cambrai, a pocos kilómetros de la frontera con los Países Bajos, quien habló a Balzac

de esta leyenda flamenca; si en sus *Chroniques et traditions surnaturelles de la Flandre* (que empezó a publicar en 1831) no aparece el episodio contado en «Jesucristo en Flandes», sí está recogido ese ambiente; se han citado otras fuentes escritas, desde uno de los *Coloquios* de Erasmo (el titulado «El Náufrago») hasta los Evangelios (Mateo 15, 22-36, Juan, V, 16-20): en esos versículos se encuentra el pasaje de la tempestad que amenaza a los apóstoles, en travesía por el mar de Galilea hacia Cafarnaúm; cuando Cristo se les aparece caminando sobre las aguas y llama a Pedro para que vaya hacia él andando sobre la lámina acuosa, las dudas del apóstol provocan el reproche del Mesías: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudas?». Ese episodio evangélico se había convertido en tema pictórico abordado por grandes artistas como Rubens o Rembrandt, pero también pintores de menor renombre más cercanos a Balzac en tiempo y espacio, como Gassies o Dubufe. El naufragio en sí mismo también se había convertido en tema artístico.

El texto definitivo de «Jesucristo en Flandes», una vez integrado en la edición de 1846 de *La Comedia humana*, resulta fruto del trabajo, «desde hace un mes», de la fusión de dos relatos escritos en 1831: el que lleva el título definitivo y el titulado «La Iglesia», que a su vez novelaba dos artículos; los retoques de 1846 convierten el epílogo en un texto político, con alusiones a la revolución de 1830 y a la caída de Carlos X. También lo es la fecha que añade: el 15 de febrero de 1831 se había producido el saqueo de la iglesia y del arzobispado parisino de Saint-Germain l'Auxerrois.

La anécdota en sí parece estar articulada, si hacemos caso de la dedicatoria de Balzac, sobre una «ingenua tradición de Flandes», sobre alguna leyenda oral; de todos modos, al filo del siglo XVI, el alemán Sebastian Brandt había publicado (1494) *La nave de los locos* (o *de los necios*), sátira contra la estupidez humana y contra la Iglesia (uno de cuyos símbolos es la *nave* de san Pedro); el éxito de la obra de Brandt tendría consecuencias filosóficas (Erasmo), literarias (Rabelais) y pictóricas (Hieronymus Bosch). También de las moralidades medievales procede esa imagen de distintos representantes de las clases sociales, desde el papa y el rey hasta el humilde labriego, que navegan hacia su destino final para rendir cuentas de su vida.

Pese a ese origen tan diverso de fuentes, pese a la fusión de géneros distintos, a la mezcla de lo maravilloso del cuento popular y de la alucinación sentida por el narrador, «Jesucristo en Flandes» posee una sólida unidad: si la moralidad de la fe como camino de salvación, y si la obligación de creer revierten el texto hacia el legitimismo que marida Monarquía e Iglesia, la descripción que Balzac hace de los viajeros sitúa en un plano más profundo la lección filosófica: todos los personajes son alegóricos o simbólicos: en la popa, los poderosos, los notables de la sociedad: un joven caballero, una altiva damisela, un gran burgués, un hombre de ciencia de la universidad de Lovaina; a proa, un viejo soldado, una madre de la clase obrera con su hijito, un aldeano y su hijo, una mendiga harapienta; cuando la barca se dispone a navegar, a un pasajero rezagado, sin bolsa ni espada, los de popa le niegan un asiento:

«Fue una idea instintiva y rápida, una de esas ideas aristocráticas que acuden al corazón de los ricos». En proa, sin embargo, los humildes se aprietan para hacerle sitio. Cuando las olas inunden la barca, no dejarán de ser castigados unos, y los otros salvados por el pasajero rezagado. Los Justos siempre se encuentran entre los humildes. El espíritu volteriano de Balzac arremete contra todo; pero en la segunda parte rectifica; en la capilla construida para conmemorar el milagro, el narrador sufre una alucinación, en la que la vieja prostituta por compromisos e intereses (la Iglesia) se transfigura en una joven resplandeciente que, para Balzac, será la nueva Iglesia. De este modo, en la reunión de los dos relatos, Balzac «funde en la leyenda cristiana el antiguo panfleto anticlerical y el sueño alucinatorio, a fin de hacer del conjunto una obra militante donde lo fantástico, anota muy justamente P.-G. Castex, está al servicio "de un ideal de fe religiosa y de conservadurismo social"»[19].

Melmoth reconciliado

Melmoth el errabundo, del escritor inglés Charles Maturin, parecía haber puesto fin, con su publicación en 1820, a la novela gótica; no sería Balzac el único en recoger la herencia de ese personaje, ni tampoco en refutar a la figura simbólica que vende al Diablo su alma a cambio de la satisfacción de todos sus deseos. Maturin ya había influido en una de las últimas novelas de juventud de Balzac, publicada con pseudónimo: *Le Centenaire ou les deux Béringheld*, cuyo protagonista firma el pacto a cambio de vivir varias vidas con vigor constantemente renovado, gracias a la vampirización de una joven de vez en cuando. Balzac vuelve a resucitar al personaje de Maturin, concediéndole los mismos poderes, pero se niega a contemplar su muerte como una condenación; de ahí que le preste un desenlace que lo salve: el reconciliado puede rescatar el pacto firmado con su sangre siempre que encuentre un heredero que acepte las condiciones en que vendió el alma. Pero el aspecto fantástico de «Melmoth reconciliado», que el lector conocía de sobra, si no a través de Maturin, sí del *Fausto* de Goethe, no es más que una envoltura para recubrir una ojeada sobre una sociedad que se mueve por interés económico sin atender las exigencias de su salvación; si por un lado utiliza el personaje del irlandés Maturin en toda su dimensión, por otro niega el desenlace, porque en una nota del *Livre des conteurs*, encabezado por otro acercamiento al personaje de Maturin, *El último beneficio de Melmoth el Viajero y El fin de Melmoth*, título del proyecto inicial de «Melmoth reconciliado», ya discute la inverosimilitud del final, convencido como está de que Melmoth no habría tenido el menor problema para encontrar alguien a quien pasar el testigo en el París contemporáneo.

A esas dos fuentes la crítica ha añadido una obra de teatro estrenada en 1828, *El cajero*, de un dramaturgo menor y director de la Comédie-Française entre 1832 y 1837: Armand-François Jouslin de la Salle (1794-1863). El escenario del primer acto de esa obra, a cuya representación asisten Melmoth y Castanier, representa un

despacho de banco; también el protagonista se arruina por una mujer; pero, para Moïse le Yanouanc, esos parecidos o similitudes podrían verse como producto del azar[20]. Lo cierto es que la obra se hacía eco de varios escándalos mayores de la época: en 1820 la opinión pública fue sorprendida por el caso Mathéo; este subcajero del Tesoro real, después de haber sacado de la caja y perdido millón y medio de francos en la Bolsa para mantener a una actriz, había huido con otro medio millón; se había anunciado su arresto, pero en 1821 hubo de ser condenado a veinte años de trabajos forzados en rebeldía. Pocos años más tarde, en 1825, un cajero de la banca Rothschild se había fugado tras haber dilapidado un millón seiscientos mil francos; este cajero, apellidado Reymond, sí fue detenido y condenado a ocho años de cárcel. En 1832, un alto personaje del Imperio, Kesner, cajero general del Tesoro, había desaparecido tras haber cometido un desfalco de cuatro millones y medio de francos; como Mathéo, hubo de ser condenado en rebeldía porque nunca fue encontrado.

Balzac disecciona en las primeras líneas de su «Melmoth» el oficio de cajero: «Hay una naturaleza de hombres que la Civilización consigue en el Reino Social, lo mismo que los floristas crean en el Reino vegetal, mediante la educación del invernadero, una especie híbrida que no pueden reproducir ni por semilla ni por injerto. Ese hombre es un cajero, auténtico producto antropomorfo, regado por las ideas religiosas, alimentado por la guillotina, podado por el vicio, que crece en un tercer piso entre una mujer digna de estima y unos niños latosos». Descendiendo del análisis fisiológico a la realidad de los hechos contemporáneos, Balzac podía elegir entre cualquiera de estos hombres de confianza de la banca como blanco de la proposición de Melmoth: su ambición los ha puesto en un estado vital, situación que los vuelve víctimas fáciles para el pacto. Y lo hace integrando el arranque del cajero en un decorado clave de *La Comedia humana:* la Banca Nucingen, eje central de *Papá Goriot,* novela mayor publicada pocos meses antes que «Melmoth reconciliado»; también aparecen otros personajes de *La Comedia humana;* por ejemplo, Aquilina, prostituta que se eleva, gracias al apoyo del cajero, a la categoría de mantenida, y a la que el lector balzaquiano ya conoce por *La piel de zapa* (1831) y *Una hija de Eva* (1837).

La obra maestra desconocida

El arte, el artista y la creación obsesionó a Balzac a lo largo de toda su vida, y volvió una y otra vez sobre el tema con personajes como poetas, músicos y, sobre todo, pintores. Los hemos visto ya desde el primer cuento de esta recopilación, «La bolsa». No es solo la peripecia vital de los protagonistas lo que le interesa, sino la teoría del arte, el proceso de creación; en una carta a Mme. Hanska en mayo de 1837 expone sus intenciones: «*Maximilla Doni* y *Gambara* son, en los *Estudios filosóficos,* la aparición de la música en la doble forma de *ejecución* y de *composición,* sometida a la misma prueba que el *pensamiento* en *L[ouis] Lamberto* es decir, la obra y la

ejecución matadas por la excesiva abundancia del principio creador, lo cual me ha dictado "La obra maestra desconocida" para la pintura[21]». También anunció dos títulos consagrados al arte del actor y del escultor que finalmente no aparecieron. Antes de que publicara el relato en *L'Artiste*, en julio-agosto de 1831, en dos partes (*Maître Frenhofer, Catherine Lescault*), ya había intentado ahondar en el hecho creador y en el drama que para el artista supone llevar esa carga: en tres artículos de principios de 1830[22] publicados en *La Silhouette* en febrero, marzo y abril de 1830, adelanta las ideas que madurará en *Louis Lambert:* «El pensamiento es en cierto modo algo contra natura. […] Y las artes son el abuso del pensamiento. (…) No debemos perder de vista, si queremos explicarnos perfectamente al artista, sus desgracias y las extravagancias de su cohabitación terrestre, que las artes tienen algo de sobrenatural. (…) La obra más bella nunca puede ser comprendida. (…) Los gozos prodigados a los entendidos son encerrados en un templo, y el primero que pasa no siempre puede decir: "Sésamo, ábrete"».

Al ver en él un visionario, no duda en otorgarle la misión religiosa de guía de la sociedad, para la que sería una variante del sacerdote. Y, por supuesto, el fracaso de esa misión es seguro: «Mueren casi siempre como bellos insectos adornados a placer para las fiestas del amor por la más poética de las naturalezas, y que son aplastados vírgenes bajo el pie de un paseante», dirá en «Esplendores y miserias de las cortesanas». El artista, explica en esos artículos, nada tiene que ver con el *hombre de séquito* en que lo convirtió Richelieu; y el don perpetuo de creación que posee nada tiene que ver con el dinero y las riquezas, y sí quizá con la incomprensión de los necios (la mayoría de la sociedad) y con la locura.

La reflexión que plantea en la primera versión de «La obra maestra desconocida» quizá no se deba a pensamientos tan elevados, porque lo cierto es que, apurado de dinero, se fijó en un relato de Hoffmann, «La lección de violín», publicado en *L'Artiste* en abril de 1831, para trasponerlo deprisa y corriendo al mundo de la pintura, quizá a propuesta de Brucker, director de esa revista recién fundada. El cañamazo de ambos cuentos es el mismo, y tres son también los artistas de la música: en Hoffmann, el maestro termina sacando silbidos espantosos de su violín de la misma manera que Frenhofer ha pintado la punta de un pie en medio de un «caos de colores, de tonos, de matices indecisos, una especie de bruma sin forma», en la que los dos pintores que le acompañan no ven nada.

Pero en Hoffman también ha encontrado Balzac más de un pintor: en el cuento «La corte de Arturo», cuya escena final parece haber imitado; y, sobre todo, en «Los elixires del diablo»; su protagonista, Francesco, no consigue trasladar al lienzo, a pesar de sus esfuerzos, una Venus que le obsesiona; necesitará la ayuda de un frenesí rayano en la locura –demoníaca– para pintarla e, incluso, darle vida. También la figura de Frenhofer parece respirar e intenta incluso levantarse.

Pero si en esa primera versión, «La obra maestra desconocida» utilizaba, a imitación de Hoffmann, lo sobrenatural y permitía incluir el relato en el apartado de

«cuento fantástico», con el paso de las revisiones a que lo somete Balzac el realismo envuelve el conflicto sobrenatural: empieza por crear un melodrama amoroso entre Poussin y Gillette para luego traer a colación varios mitos clásicos: los de Pigmalión, Prometeo, Proteo y Orfeo. Frenhofer ve en Gillette el ideal femenino, mientras para Poussin es solo su amada, una persona de carne y hueso, por más que también la utilice de modelo. Estas relaciones carnales, humanas y estéticas a un tiempo, interesan tanto a Balzac como la angustia de Frenhofer ante la imposibilidad de plasmar ese ideal de belleza: la carne de Gillette es real para el primero, está transustanciada para el segundo. A quien Balzac encarga transmitir su idea del artista es a Frenhofer, «tan lleno de la obra que sueña que no puede realizarla»[23], afirma René Guise, para quien las ideas expuestas por Balzac sobre arte siguen principios que nacen en Diderot, que Delacroix suscribe en su trabajo y que asumen como lugares comunes los pintores románticos. La originalidad balzaquiana consistió en la forma dramática de exponerla; con ella se ganó para la causa a Pablo Picasso; fascinado, como lo había estado Cézanne, por «La obra maestra desconocida», el pintor malagueño ilustraría en 1931, identificándose con Frenhofer, este relato que, desde los años sesenta del siglo XX, ha seguido inspirando reflexiones sobre estética a ensayistas como Michel Leiris, Michel Serres, Hubert Damisch, etcétera.

Adiós

La aventura napoleónica iniciada en 1812 en Rusia, con el desastre absoluto que se conoce, menguó las tropas francesas de la Grande Armée de tal modo que supuso, junto con la derrota en España, el principio del fin del hasta entonces arrollador Napoleón. Los 771 500 hombres de distintas nacionalidades de que dispuso en diversos cuerpos de ejército y formaciones tuvieron que enfrentarse a un número de tropas rusas estimadas aproximadamente en unos 400 000 hombres en los inicios de la invasión. La aventura duró apenas medio año, de junio a diciembre, y costó la vida de un millón de hombres, repartidos por igual entre el ejército francés y el ruso, que hizo prisioneros a unos 100 000 soldados franceses; en esa cuenta no entran las bajas que la devastación bélica infligió en la sociedad civil rusa, con bajas consideradas por todos los historiadores como superiores a las militares[24]. Tras cruzar el Beresina después de ser aplastado en su orilla, los restos de la Grande Armée fueron perseguidos con saña y solo se vieron libres de la aniquilación una vez que pasaron a la otra orilla del río Niemen, el mismo río en el que, en medio del agua, en una balsa, Napoleón, Alejandro I de Rusia y Federico Guillermo III de Prusia habían firmado la paz de Tilsit en 1807.

Para la documentación, Balzac utiliza no solo la *Histoire de Napoléon el de la Grande Armée pendant l'année 1812* (1824, con varias reediciones hasta el final de esa década), del general Philippe Paul de Ségur (1780-1873), sino también, y con toda certeza, fuentes orales de personas que habían hecho la campaña de Rusia, como

su amigo el capitán Périolas, teniente coronel cuando Balzac le dedica «Pierre Grassou»; Tolstói volverá sobre la invasión décadas más tarde desde la perspectiva rusa en *Guerra y paz* (1865-1869). La ambientación del grandioso episodio bélico que, en última instancia, fue el paso del Beresina, la completa Balzac con una anécdota «privada», que, de hecho, termina convirtiéndose en el meollo del relato. El especialista Pierre Citron descubrió para esa parte «privada» una fuente también relacionada con la hecatombe ocurrida en ese río concreto: *Le Passage de la Bérésina. Petit épisode d'une grande Histoire*, del cantante y poeta «canalla» Paul Émile Debraux (1796-1831), publicado en 1826[25]: en medio de la masa de soldados que huyen, una pareja de amantes se ve separada; cuando vuelven a encontrarse, ella, agotada, muere despidiéndose así: «Adiós, he vuelto a verte, muero sin pena». Pese a las diferencias entre el final de las heroínas de ambos relatos, lo cierto es que Balzac sitúa como Debraux una trágica pasión amorosa en el terrible decorado bélico. Pero va más allá: dejando con vida a la protagonista puede convertirla en sujeto de un fenómeno de amnesia y demencia; alguna novela de la época ya había descrito la terapéutica aplicada por la psiquiatría de entonces con buenos resultados para el personaje novelesco. En una narración de juventud de Balzac, *L'Anonyme, ou Ni père ni mère* (1823), publicada con pseudónimo y escrita en colaboración con Auguste Le Poitevin de l'Égreville, puede encontrarse también el remedio aplicado en «Adiós»; para hacer que una joven recupere la razón que ha perdido, su novio recrea meticulosamente la explosión que ha sufrido y en la que además ha perecido su padre.

La catástrofe del Beresina, con soldados que desean la muerte para «salvarse», matan otra cosa: la memoria de Stéphanie de Vandières se ha perdido durante el episodio bélico; el intento por recuperarla de Philippe de Sucy, en medio ya del sereno paisaje que rodea el antiguo convento de Bonnes Hommes, y que Balzac describe buscando el contraste entre la calma naturaleza y las mentes convulsas de dos mujeres, resulta fallido: ese hundimiento en la locura y la muerte encarna, con su patetismo, el desenlace de la aventura napoleónica.

El recluta

La orientación política de *La Revue de Paris* se movía al compás de las convulsiones políticas a mediados de febrero de 1831, mes y año en el que Balzac fecha falsamente «Jesucristo en Flandes» (véase página 473) para aludir de manera simbólica a dos hechos ocurridos los días 14 y 15: en medio de las revueltas populares fueron saqueados la iglesia parisina de Saint-Germain l'Auxerrois y el arzobispado. Cuatro días más tarde, el director de *La Revue de Paris* devuelve a Balzac su cuento drolático «La Bella Impéria» por una sola razón, la del buen gusto: «Al día siguiente del pillaje de las iglesias […] sería de un mal gusto excesivo acusar de nuevo a los sacerdotes que hoy no tienen nada menos que temer ser arrojados al

agua, y además nuestros suscriptores han permanecido prudentes a pesar de la revolución de Julio, y, en verdad, su estilo produce *erecciones*». Y concluye pidiéndole otro texto, «con ingenio, estilo, poesía» y «a ser posible casto», a más tardar para el lunes 21 o el martes 22; el domingo siguiente aparecía «El recluta», escrito con la premura exigida, pero perfecto en su descripción de una escena de la vida en provincias: Balzac regresa al período revolucionario, a noviembre de 1893, cuando las atrocidades del Terror extienden una brumosa capa de espanto sobre París: en enero Luis XVI ha sido guillotinado, por lo tanto nadie está a salvo; y de manera especial la aristocracia que había secundado el absolutismo desde Luis XIV.

Tras producirse lo impensable, ese «sacrilegio» de la cabeza del elegido por la gracia de Dios para dirigir los destinos de Francia, seguido por la decapitación de casi toda la familia real, la nobleza se refugió apresuradamente en sus tierras; pero la Revolución llegó a todos los rincones, y la mayoría empezó a emigrar; algunos, los menos, trataron de organizar una resistencia interior y se disfrazaron como mejor pudieron en espera de tiempos mejores y de la vuelta del «orden». No es eso lo que aguarda la protagonista de «El recluta»; la condesa viuda Dey tiene unas pretensiones más modestas, pero más vitales e íntimas: el regreso de su único hijo de dieciocho años, teniente de dragones y emigrado. Esa viuda de un teniente general se ha refugiado en los primeros momentos de la emigración en sus tierras de Carentan, en la extrema costa noroeste de Francia, en la Baja Normandía, a las puertas de la península del Cotentin, a trescientos kilómetros de París. Allí aguarda a la única persona que le interesa en el mundo. Pero también a ese confín de marismas ha llegado la Revolución: ha ocupado todos los cargos, y avizora y sospecha de los desconocidos y, también, de los conocidos con «antecedentes» monárquicos. Además, en ese momento se produce también la insurrección de La Vendée contra las fuerzas revolucionarias.

Balzac refleja la cotidianidad de la vida provinciana, en la que todos se conocen y todos se espían; dos años más tarde, en el preámbulo a su edición de *Eugénie Grandet*, resume esa situación: «Si en París todo llega, en provincias todo pasa; en ellas, ni relieve ni salientes; pero en ellas, dramas en medio del silencio; en ellas, misterios hábilmente disimulados; en ellas, desenlaces con una sola palabra; en ellas, enormes valores que el cálculo y el análisis prestan a las acciones más indiferentes. En provincias se vive en público»[26].

Súmese a ese paisaje general la situación revolucionaria, que, como en «El recluta», puede servir a intereses nada confesables y poco revolucionarios: las riquezas de la joven viuda la convierten en un partido más que deseable sobre el que las nuevas fuerzas vivas de Carentan se vuelcan: el procurador de la comuna, el alcalde, el presidente del distrito, el acusador público; en especial este último, que teóricamente encamaba el poder de vida y muerte de la Revolución. La exaltación del sufrimiento de la nobleza que, sometida a vigilancia a cada paso, vive en la angustia, sirve para describir al detalle esa cotidianidad de mil ojos en la que Balzac es

maestro. Pero el narrador no apunta a ese blanco, sino que vuelve a la idea germinal de *Louis Lambert* y que preside los relatos y novelas adscritos más tarde al apartado de *Estudios filosóficos:* la supremacía del pensamiento y la voluntad sobre los órganos físicos de los seres humanos; interesado por las «nuevas ciencias», Balzac explora como ellas fenómenos desconocidos: influido por la lectura del médico alemán Franz-Anton Mesmer (1734-1810), Balzac creía en los fluidos magnéticos y en la utilización terapéutica del magnetismo animal para explicar trances, episodios irracionales e incluso mágicos.

Con un trampantojo, Balzac introduce a un joven soldado que vuelve del frente, justo en la fecha que el joven Auguste ha anunciado su posible y secreto regreso; el novelista maneja el malentendido y la angustia de la madre a medida que se acerca ese momento y la traspasa con absoluta maestría al lector, antes de soltar el latigazo del desenlace en un par de líneas: por telepatía la madre sabe que su hijo ha sido fusilado a más de trescientos kilómetros.

El verdugo

En origen, la historia era flamenca: durante varios siglos se alzó en una plaza de Gante una estatua en la que un hombre ejecuta a otro arrodillado ante él; según la tradición se trataba de un hijo que, a cambio de desempeñar el oficio de verdugo contra su progenitor, salvaba la vida. Y en el capítulo II de las *Memorias de Sanson,* en las que colaboró Balzac y que aparecieron en 1830 (véase el comentario al cuento siguiente, «Un drama a la orilla del mar») se aludía a esa historia, sobre la que existe una nota del autor que la resume: «Un hijo mató a su padre por una idea».

Balzac decidió situarla en el período de la invasión francesa de España: la «españolada» había sido puesta de moda por los románticos, y la utilizan desde Musset a Victor Hugo e incluso Stendhal, que en ese mismo año de 1830 publica «El cofre y el aparecido». La campaña francesa en España se vio acompañada de una guerra civil entre partidarios de las Luces y de la tradición en la que ambos campos se entregaron a toda suerte de atrocidades. A través de su amiga la duquesa d'Abrantes, con la que colaboró en la redacción de sus memorias (véase el comentario a «La paz del hogar», pág. 37), Balzac pudo acercarse al ambiente que el marido de la duquesa, el general Junot, había vivido durante su mandato de las tropas que invadieron Portugal, acuarteladas durante un tiempo en Salamanca. Por si no había testigos suficientes en su entorno que hubieran participado en la campaña de España, Balzac tenía por amigo desde hacía un año a Martínez de la Rosa, político constitucionalista exiliado en 1829 en París, a quien dedicaría el relato en la edición definitiva de 1846, cuando Martínez de la Rosa había pasado de exiliado a embajador. Para el escenario, Balzac no se adentra en la Castilla cidiana, se queda históricamente en el Norte, a orillas del Cantábrico, con la ayuda inglesa por mar a los insurrectos españoles como desencadenante.

El subido patetismo de la anécdota en el momento álgido en que se ponía de «moda» lo español se correspondía con una imagen tópica del país exótico y primitivo que en las décadas siguientes ofrecerían los viajeros franceses: en 1829, el joven Mérimée ya publicaba el *Teatro de Clara Gazul,* actriz española autora de nueve piezas, que es «de sangre mora y descendiente del tierno Mauro Gazul, tan famoso en los viejos romances españoles»; en ese mismo año, otro adalid del romanticismo, el poeta Alfred de Musset, publicaba sus *Cuentos de España e Italia;* antes de que en mayo aparezca en la *Revue de Paris* el feroz relato ya citado de Stendhal, con la acción situada en Granada, en febrero de 1830 el estreno de *Hernani,* de Victor Hugo, sorprende al público con el violento extremismo de la trama envuelta en elementos góticos y protagonizada por el bandido aragonés de ese nombre y su amante doña Sol. Recordemos el subtítulo de la obra: *Hernani, o el honor castellano.* Pero Hugo no inventa nada para describirlo: esa imagen del español arrogante y fiero procedía del siglo en que por toda Europa prevalecieron los tercios españoles: desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XVII, momento este en que el poderío en alza de Francia va reduciendo las posesiones españolas en Europa. Y por el lado de la literatura, los grandes dramaturgos clásicos habían difundido la misma imagen, sobre todo Corneille con dos obras, *El Cid* y *Don Sancho de Aragón;* la influencia de los clásicos españoles, desde el *Quijote* cervantino al teatro y la novela, había marcado los escenarios y la narrativa del siglo XVII francés dejando, al lado de los pícaros y los enredos teatrales, ese tópico identitario del español arrogante que cimenta toda su conducta en la honra. En «El verdugo» lo asume una familia de la aristocracia, los Leganés, más obligados que nadie por su nobleza a las exigencias del honor y la sangre. El delirio frenético que acompaña a la masacre de esa familia tiene, sin embargo, puntos intrigantes, también procedentes del romanticismo: si parece evidente que sobre el monstruoso desenlace se cierne un halo de tragedia griega, en el detalle íntimo del relato la crítica sugiere la existencia, no del amor de la joven española y el militar francés, tan tópico que Clara rechaza con rotundidad la oferta de salvar la vida a cambio del matrimonio con el invasor, sino de la pasión inconsciente de Juanito y su hermana Clara: «Mi buen Juanito, tú no querías que yo fuese de nadie». Para Pierre Citron «parece que Clara ama a Victor al mismo tiempo que ama a Juanito, y que está cogida entre dos amores imposibles, uno de ellos incestuoso»[27], y expresado entre líneas; esa sutileza contrasta con el ominoso y brutal parricidio, eje del relato, aunque el verdugo de su familia lo haga obligado y aunque quede tan destrozado que, una vez cumplida la condición impuesta por el padre, tener descendencia para que no se extinga el apellido, el nuevo marqués de Leganés solo aspira a tener un segundo hijo que garantice de cualquier imprevisto la continuidad de la sangre, para «reunirse con las sombras que incesantemente le acompañan».

UN DRAMA A LA ORILLA DEL MAR

A finales de 1834, en la propiedad rural La Bouleauniére alquilada por Laure de Berny, Balzac recuerda dos personajes creados en 1832 y protagonistas de uno de sus *Estudios filosóficos:* Louis Lambert, que da título a la novela homónima, y su esposa, Pauline de Villenoix, encarnaciones del propio autor y de Laure, que en junio de 1830 habían descendido por el Loira en barco y habían pasado algunos días en Le Croisic, Batz y Guérande en un estado de exaltación amorosa y romántica frente a paisajes absolutamente prístinos y desconocidos; su entusiasmo queda expresado en una carta: «¡Oh, llevar una vida de mohicano, correr por las rocas, nadar en el mar, respirar el aire libre el sol!». En «Un drama a la orilla del mar», Lambert convalece de su mal estado de salud: en vísperas de su boda, había sufrido un ataque de demencia; Lambert y Pauline viajan a ese confín bretón bañado por el Atlántico en busca de baños de mar que ayuden a su curación, y de tranquilidad, que esperan encontrar en la sencillez de costumbres de pueblos absolutamente opuestos al tráfago de la vida urbana. Junto al recuerdo de un momento más o menos feliz del amor de sus personajes, y la descripción lírica de un abrupto paisaje de belleza natural, el narrador se centra en la anécdota: en el caso de Louis Lambert, el pensamiento había matado al pensador llevándolo a la locura; en el caso del «hombre del voto», es el progenitor el que mata a su hijo, el que se «mata» a sí mismo porque, cuando las aguas se cierran sobre el cuerpo de Jacques, el padre muere, él mismo ha matado a su descendencia.

El episodio germinal estaba inscrito en sus cuadernos de notas desde 1831 o principios de 1832: «En “El verdugo” un hijo mata a su padre por una idea, en “El rey”, el padre mata a su hijo». No hay prácticamente más rastros de ese título, «El rey», en la obra de Balzac, pero el tema que enuncia la nota es el que refiere «Un drama a la orilla del mar»; por otra parte, ese mismo caso de tragedia familiar aparecía en las memorias del verdugo Charles-Henri Sanson (1830), en cuya redacción participó nuestro novelista.

Un joven admirador suyo, Félix Davin (1807-1836), que en 1835 prologaba la edición de los *Estudios filosóficos* y mantenía desde su llegada a París en 1834 una fluida relación con Balzac, había iniciado en ese mismo año la publicación de sus *Mœurs du Nord de la France,* dos tomos a los que al año siguiente se unirían cuatro más bajo ese título general: dos de las novelas cortas que figuran en el segundo de los subtítulos de esas *Costumbres del Norte de Francia: Historia de un suicidio,* parecen relacionarse con el episodio narrado aquí: esa fecha de publicación es engañosa, porque ambas narraciones habían aparecido en 1832 y en abril de 1834 respectivamente en revistas: en la titulada «El padre juez y verdugo», dos abogados hablan del caso de un padre que mata a su hijo mientras duerme; su mala conducta constante, sus fechorías, ha colmado el vaso de la paciencia paterna cuando roba a un amigo suyo; en la segunda, «Una ejecución en familia, historia de aldea», la acción, situada en un pueblo de pescadores, y como aquí con el mar como arma del castigo, no tiene por protagonista al padre sino a dos de sus hijos, que matan al hermano

cuando este, que ha derrochado el dinero familiar, asesina al padre; escaparán a la justicia, pero no al castigo que les ha impuesto la naturaleza: el más joven enloquece.

Como de costumbre, Balzac mezcla su situación sentimental y el «reportaje» que puede hacer de un viaje propio con la de uno de sus personajes, ese Louis Lambert que busca la salud y aquí se convierte en vía de transmisión de la anécdota. La efervescencia emotiva que los dos turistas expresan ante el espectáculo de una naturaleza virgen –homenaje a un viaje con la señora de Berny– lleva al narrador de «Un drama a la orilla del mar» a remitirse a los tiempos primitivos, al desierto de la Tebaida donde ermitaños y anacoretas se cobijaban en la soledad y el silencio para resguardarse del estrépito de la sociedad. Pero esta seguirá reflejándose en el espejo de ese micromundo: los amantes entablan contacto con un pescador que representa el último eslabón de la cadena de clases sociales, vive en una miseria semejante a la que azotaba a sus antepasados quince siglos antes; en su paseo por los alrededores del mar, los jóvenes enamorados topan con las salinas, y en ellas unos seres se ahogan en los efluvios de la sal y forman una casta aparte, viven entre las ciénagas de lodo y salitre, y se casan exclusivamente entre sí, con las secuelas degenerativas que esa falta de sangre nueva produce; también hay una clase superior de pescadores, que, más ricos, pueden permitirse liberar a sus hijos del agotador trabajo de la pesca: es el caso de Cambremer, el hombre que, desde una peña, contempla noche y día el océano en el que ahogó a su único hijo; Jacques ha estado a punto de cometer un matricidio y desoye cualquier reconvención: la educación que le han dado, dirigida por el cariño y el amor desmedido de sus padres ha terminado creando un ser depravado, corrompido, que deshonra todo sentido de la decencia que hay en Cambremer.

La Posada Roja

La complicada historia que refiere «La Posada Roja» tiene dos dramas interactivos, hábilmente engastados por Balzac, que narra el ajusticiamiento de un inocente delante del culpable de un crimen muy alejado en el tiempo y en el espacio. Dos ambientes opuestos, una cena de la alta sociedad parisina con el banquero Taillefer por centro, y una posada alemana a orillas del Rin durante las guerras napoleónicas (1799).

En su primera publicación, en agosto de 1831, «La Posada Roja» aparecía dividido en tres párrafos que, tras pasar por nuevas reediciones, quedaron en dos cuando en 1846 lo integró en *La Comedia humana.* Para la anécdota real de la que parte, Balzac vuelve al mundo de la duquesa de Abrantes y sus memorias, así como a hechos que transcurren en el mismo espacio y tiempo de la intriga de «La mujer abandonada» (véase el comentario a este relato, pág. 139); es decir, pocos días antes de que el conde Charles de Pont se suicidara a los cuatro meses de su casamiento con Avoie Michel, a quien Stéphanie de La Rodière presta su nombre en ese relato. En 1796 un tal señor du Petival, pariente del conde de Pont, y cinco personas de su

familia y servicio habían sido asesinados; el rumor público no tardó en apuntar a dos antiguos proveedores del ejército y luego banqueros en París, los hermanos Michel, quienes poco después de ese crimen habían amasado una colosal fortuna; ambos Michel gozaban de apodos peyorativos: el mayor era conocido como «el ladrón» desde que fue acusado por un decreto de Napoleón, junto a otros socios proveedores militares, de haberse beneficiado de ochenta y siete millones de francos; el menor recibía el remoquete de «el asesino»; en el momento en que Balzac escribe «La Posada Roja», este último, ahora ciego, enfermo y sin heredero, admitía en su casa a una joven pariente pobre, llamada Victorine, a la que todos consideraban como la futura heredera, suscitando por ello el cortejo de los jóvenes solteros.

No es «La Posada Roja» el único relato en el que esta historia sangrienta respira: reaparecerá en *Papá Goriot*, escrita en 1834 y editada al año siguiente; en ella, un Rastignac joven y pobre estudiante de provincias entonces rechaza, como aquí el narrador, la posibilidad de casarse con la heredera ante las sospechas de que los cimientos de la fortuna del banquero estén teñidos de sangre.

Pero el asesinato del industrial que, algo borracho, ha hablado demasiado y ha confiado a dos jóvenes cirujanos militares la cantidad de oro y diamantes que guarda en su valija, no es lo que centra el interés de Balzac, que hace del crimen –de dos crímenes en última instancia– un caso de conciencia: Prosper Magnan piensa en un momento de alucinación en cometer ese crimen, pero en el último instante se echa atrás; cuando despierta a la mañana siguiente, el industrial ha sido asesinado; la idea del crimen ya es un crimen, y ni siquiera se defiende pensando en que ha podido cometerlo en un acceso de sonambulismo; las circunstancias apuntan contra él; no tarda en ser juzgado y ejecutado mientras su compañero, cuyo apellido el narrador no recuerda, ha desaparecido. Ahora oye la historia de labios de un narrador que corteja a su hija.

Desde el principio, Balzac analiza dos tipos de crímenes: el crimen físico, de obra, y el crimen mental, de pensamiento, así como el respectivo castigo para ambos. Aborda, como estudio filosófico, uno de los temas mayores de su *Comedia humana*, los crímenes ocultos que escapan a la justicia y que constituyeron la base de muchas fortunas que Francia vería acumularse, sobre todo a partir de 1830 con la restauración borbónica de Luis Felipe: «¡Dónde estaríamos todos nosotros si hubiera que buscar el origen de las fortunas! Este es un caso de conciencia». Ese origen no se limita al robo con homicidio que el cirujano militar perpetra, se amplía a toda la sarta de corrupciones que invaden Francia con el oro por meta suprema: desde los adulterios hasta las bancarrotas fraudulentas o los asesinatos cometidos por herederos.

El elixir de larga vida

Basta el nombre del protagonista para enlazar con un mito: el de don Juan: Molière lo había marcado en su comedia como eterno calavera y cortejador del sexo

femenino y, en materia religiosa, como rebelde y blasfemo: por esto último, *Don Juan* se vio apeada de los escenarios a los siete días de su estreno y durante dos siglos en Francia se representó una versión edulcorada hecha por uno de los enemigos del comediógrafo, Thomas Corneille. Por otro lado, el padre de Balzac acababa de morir el 19 de junio de 1829. Precisamente semanas después el novelista lee un cuento anónimo titulado «El elixir de inmortalidad», cuya influencia sobre nuestro relato es determinante, como reconoce el propio Balzac en sus palabras preliminares al lector: su protagonista, tras inventar dos productos que devolverán la vida al cadáver si se utilizan bien, da las instrucciones precisas a su hijo para que las aplique sobre su cuerpo muerto; pero, transido de dolor, el hijo deja pasar involuntariamente el plazo de diez horas en que los elixires son eficaces; ya sin remedio, el hijo decide utilizarlos para cuando le llegue a él el momento; en tal ocasión, la operación tampoco llega a término, porque al ver removerse el cadáver, el hijo, asustado, deja caer el milagroso remedio.

En dos novelas de juventud, *Falthurne* y *Le Centenaire*, Balzac había tratado ya la longevidad y su conexión con el conocimiento. A este antecedente en la materia hay que sumar un proyecto teatral en cinco actos ideado por Balzac en colaboración con Eugène Sue en 1830: iba a titularse *La vejez de don Juan o el Amor en Venecia*, y su protagonista llevaba por nombre el de Juan Belvidero. Ambos escritores dejaron no solo notas sobre esa pieza, sino que sus elementos terminaron pasando a sus obras cuando a principios de 1830 el proyecto fue abandonado: en el caso de Sue, a un cuento titulado en español, «El gitano» (publicado en julio de 1830): el protagonista de la primera parte, un contrabandista que recorre con su barco las costas españolas, hereje del que se dice que tiene tratos con el diablo, trata de seducir a una «paloma del Señor» en una escena en que ambos jóvenes se funden en un ardiente abrazo; detenido y condenado a muerte, es la intervención del diablo la que hace que su ajusticiamiento, en medio de una espectacular ceremonia, no parezca concluir en la muerte del acólito del infierno. También el padre de Sue había muerto en pleno estadio de escritura de la obra de teatro, el 21 de abril de 1830; pero, a diferencia del padre de Balzac, había dejado una sustanciosa herencia al joven escritor, que podía prescindir del teatro, fuente de mayores ingresos que la literatura narrativa. Para René Guise, ambos escritores habrían decidido abandonar la pieza y aprovechar cada uno los elementos que habían aportado.

Por último, en ese mismo año había aparecido la traducción de «Los elixires del diablo», de Hoffmann, que parece haber ayudado a Balzac tanto en la escena inicial de la orgía que don Juan celebra mientras su padre agoniza, como en otros detalles menores. Pero el retiro de don Juan a Sanlúcar y el desenlace se cargan, en opinión de Guise, «de elementos personales, sin duda inconscientes»; Balzac solo recoge de Molière el nombre de la mujer con la que se casa, doña Elvira, que desempeña un papel exclusivamente testimonial en la acción. De todos modos, entre el protagonista molieresco y el don Juan balzaquiano hay similitudes, pero también diferencias

radicales porque no apuntan al mismo problema: si este don Juan también está marcado por el ateísmo, y si su contumacia tiene algunos rasgos del Fausto de Goethe y del Melmoth de Mathurin, el novelista del siglo XIX recuerda su vida de calavera y depredador femenino como algo del pasado que nada tiene que ver con el blanco que le interesa: una reflexión sobre la muerte y la inmortalidad, sobre la revuelta contra los cielos que han condenado al ser humano a la inevitable muerte fisiológica, adornada en el caso de este don Juan con cierto frenesí diabólico. Pero el tema fundamental ya está anunciado por Balzac en su advertencia al lector, que con ese texto relaja lo «fantástico» para subrayar sobre todo su dimensión simbólica.

LOS PROSCRITOS

Adscrito por Balzac a su trilogía del *Libro místico* (junto con *Louis Lambert* y *Séraphita*), en la edición Furne de 1846, «Los proscritos», tras seis revisiones desde su primera publicación en 1831, pasa a formar parte de *La Comedia humana* dentro de los *Estudios filosóficos*, en cuya introducción el autor quiere inducir una orientación del relato para que cumpla con la norma de esos *Estudios:* convertirse en ilustración de un tema general: «El cálido y culto estudio de "Los proscritos" contiene varias proposiciones idénticas: el suicidio de un niño al que la ambición del cielo asquea de la vida, el genio volviéndose funesto a un gran poeta, y la idea de Patria haciendo gritar a ese poeta: "¡Muerte a los güelfos" en el momento en que acaba de pintar los suplicios infernales destinados a los asesinos». No es eso lo que se desprende de «Los proscritos», que sigue siendo el «peristilo del edificio» del *Libro místico:* como en otras obras de juventud de Balzac, de *Falthurne* al *Tratado de la oración,* busca una constante del ser humano que siempre ha intentado «captar un infinito que sin cesar se escapa».

Balzac inicia el relato con una reconstrucción histórica del entorno que rodea la catedral de París (Victor Hugo acababa de publicar con gran éxito *Notre-Dame de Paris*), a través de un alguacil que, vinculado al cabildo, da alojamiento como realquilados a dos huéspedes extranjeros; el pintoresquismo de costumbres del París de la Edad Media se quiebra de pronto porque la mirada sigue a esos dos misteriosos personajes cruzando en barca el Sena camino de la Sorbona, donde asistimos a una lección magistral de un famoso doctor en teología, aunque Balzac no haya atendido demasiado a la cronología en que sitúa a Sigerio. Toda la obsesión del autor es ocultar la identidad de los dos huéspedes: uno, el joven, nace de la ficción; otro, el viejo, es el autor de *La Divina Comedia*, el poeta florentino exiliado de su ciudad durante las luchas intestinas entre güelfos y gibelinos.

Balzac no parece haber investigado mucho en la historia; además de que Sigerio de Brabante había muerto con anterioridad a 1285, la fecha que da para la muerte en la hoguera de la «herética» es 1308, dos años anterior a la real (y posterior a la acción); por otra parte, el retrato de Dante poco tiene que ver con la realidad

histórica; el poeta, que aquí aparece dibujado como «viejo», tiene en ese año de 1308 cuarenta y tres años; y es muy discutible que haya pasado por París en esa época. Balzac, que no parece tener un conocimiento profundo de la obra del florentino, pretende rendir homenaje en esa alma errante apreciada por los jóvenes poetas románticos al misticismo de la nueva escuela. En las lecciones de Sigerio sobre la gnosis antigua se limita a mezclar teorías místicas de diversa procedencia, inscritas en la época.

La acción queda relegada a un debate religioso que tiene que ver con el anticlericalismo que había apuntado en Francia tras las jornadas de julio de 1830; y esa materia, el nuevo sentimiento religioso que el público universitario parecía buscar, interesa a un Balzac joven; hay, para René Guise, «una primera identificación, sin duda consciente, del joven novelista con el poeta que saca a escena»; pero no solo con el poeta, sino también con la oratoria fascinante para sus alumnos del doctor Sigerio; y «con otra imagen de sí mismo en la persona del joven Godefroid», según P.-G. Castex. Balzac sueña y se sueña en sus personajes en estos «Proscritos» que, como resume Guise, nos lo muestran en 1831 «como un escritor ya muy seguro de su oficio, muy a la escucha de su tiempo, pero también un hombre dividido entre la desesperanza y la espera, desesperanza de la soledad y de un exilio moral, espera de la acción y del amor»[28].

NOTA DE EDICIÓN

Los textos de Balzac no presentan mayores dificultades de edición, una vez subsanada la trayectoria que siguieron desde su primera publicación, muchas veces apresurada e incompleta respecto a su fijación definitiva. En 1840 Balzac lanza por primera vez la idea de *La Comedia humana,* cuando buena parte de sus grandes obras ya ha visto la luz. Al año siguiente firma con el editor Charles Furne (y varios socios que fueron retirándose en distintas etapas) la publicación íntegra de sus novelas, tarea gigantesca para la que en 1846 tendrá que buscar colaboración en su empicado Alexandre Houssiaux y en el editor Jules Hetzel. Aunque el proyecto no preveía ilustraciones, los coeditores decidieron incluir grabados. El primer volumen apareció el 25 de junio de 1842. Entre 1842 y 1848 se publicaron diecisiete volúmenes, completados tras la muerte de Balzac por otros tres. Aunque se la conoce como «Edición Furne», en julio de 1846 Alexandre Houssiaux compró los derechos y remató con tres volúmenes más lo que se considera *La Comedia humana.*

El trabajo de revisión, corrección e integración de personajes y acciones de novelas anteriores en *La Comedia humana* se debió, a partir de 1841, al propio Balzac. Por lo tanto, la edición Furne fue la matriz de la que partieron las ediciones de *La Comedia humana* del siglo XX, en especial la preparada por Gallimard a partir de 1976 (Bibliothèque de La Pléiade), que, bajo la dirección de Pierre-Georges Castex, recoge los cambios y las variantes realizadas por el novelista, además de situar cada título y anotar hechos históricos, personajes, episodios y situaciones que, si notorios para los lectores de la época, no lo son ya para los lectores de hoy. A esa edición, a sus comentarios, variantes y observaciones debo parte de las notas que me han parecido necesarias para una completa lectura actual.

Doy la bibliografía de cada uno de los relatos, expresando la fecha de su primera publicación, su aparición en las secciones decididas por Balzac para la edición Furne, y, por último, el lugar que ocupan en la edición citada de La Bibliothèque de La Pléiade, y cuyo orden sigo prácticamente. En esa última entrada figuran los nombres de los estudiosos balzaquianos encargados de presentar, establecer y anotar los textos de cada uno de los cuentos.

Balzac, *La Comédie humaine,* edición publicada bajo la dirección de Pierre-Georges Castex, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, 12 volúmenes, 1976-1981.
—, *Nouvelles et contes,* edición de Isabelle Tournier, Gallimard, Collection Quarto, 2 volúmenes, 2005-2006.
—, *Nouvelles,* edición de Philippe Berthier, GF-Flammarion, 2005.

BIBLIOGRAFÍA DE LOS *CUENTOS COMPLETOS DE* LA COMEDIA HUMANA

«La bolsa»
La Bourse, III de *Scènes de la vie privée,* 2.ª edición, 1832.
—*La Comedie humaine,* I, *Scènes de la vie privée,* Furne, 1842.
—*La Comedie humaine,* texto y notas de Jean-Louis Tritter, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, I, pág. 405.

«La paz del hogar»
La Paix du ménage, II, *Scènes de la vie privée,* 1830.
—*La Comédie humaine,* 1, *Scènes de la vie privée,* Furne, 1842.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Anne-Marie Meininger, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, II, pág. 85.

«El mensaje»
Le Message, en *La Revue des Deux Mondes,* 15 de febrero de 1832.
—*La Comédie humaine,* II, *Scènes de la vie privée,* Furne, 1842.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Nicole Mozet, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, II. pág. 385.

«La señora Firmiani»
Madame Firmiani, en *La Revue de Paris,* 19 de febrero de 1832.
—*La Comédie humaine,* I, *Scènes de la vie privée,* Furne, 1842.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Cuy Sagnes, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, II, pág. 131.

«La Grenadière»
«La Grenadière», en *La Revue de Paris,* 28 de octubre de 1832.
—*La Comédie humaine,* II, *Scènes de la vie privée,* Furne, 1842.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Anne-Marie Meininger, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, II, pág. 409.

«La mujer abandonada»
La Femme abandonnée, en *La Revue de Paris*, 9 y 16 de septiembre de 1832.
—*La Comédie humaine*, II, *Scènes de la vie privée*, Furne, 1842.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de Madeleinc Ambrière-Fargeaud, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, II, pág. 445.

«La misa del ateo»
La Messe de l'athée, en *La Chronique de Paris*, 3 de enero de 1836.
—*La Comédie humaine*, II, *Scènes de la vie parisienne*, Furne, 1844.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de Guy Sagnes, Gallimard. Bibliothèque de la Pléiade. III, pág. 385.

«El ilustre Gaudissart»
L'Illustre Gaudissart, en *Études de Mœurs au XIX^e siècle. Scènes de la vie de province*, 1844.
—*La Comédie humaine*, VI, integrado en *Les Parisiens en province*, primera historia, Furne, 1843.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de Pierre Barbéris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, IV, pág. 543.

«Facino Cane»
«Facino Cane», en *La Chronique de Paris*, 17 de marzo de 1836.
—*La Comédie humaine*, X, *Scènes de la vie parisienne*, Furne, 1844.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de André Lorant, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VI, pág. 1007.

«Sarrasine»
«Sarrasine», en *La Revue de Paris*, 21 y 28 de noviembre de 1830.
—*La Comédie humaine*, X, *Scènes de la vie parisienne*, Furne, 1844.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de Pierre Citron, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VI, pág. 1033.

«Pierre Grassou»
«Pierre Grassou», II, *Babel* (tres volúmenes), recopilación de textos colectivos, diciembre de 1839.
—*La Comédie humaine*, XI, *Scènes de la vie parisienne*, Furne, 1844.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de Anne-Marie Meininger, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VI, pág. 1077.

«Un hombre de negocios»
Un homme d'affaires, en *Le Siècle*, 10 de septiembre de 1844, con el título *Les*

Roueries d'un créancier.

—*La Comédie humaine*, XII, *Scènes de la vie parisienne*, con el título *Esquisse d'homme d'affaires d'après nature*, Furne, 1846. El título definitivo aparece de mano de Balzac en su ejemplar personal de esa edición.

—*La Comédie humaine*, texto y notas de Anne-Marie Meininger, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, Vil, pág. 767.

«Un príncipe de la bohemia»

Un prince de la Bohème, en la *Revue de Paris*, 25 de agosto de 1840.

—*La Comédie humaine*, XII, *Scènes de la vie parisienne*, Furne, 1846.

—*La Comédie humaine*, texto y notas de Patrick Berthier, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VII, pág. 795.

«Gaudissart II»

«Gaudissart II», en *La Presse*, 12 de octubre de 1844, con el título *Un Gaudissard* [sic] *de la rue Richelieu*, y el subtítulo *Les Comédiens qu'on peut voir gratis à Paris.*

—*La Comédie humaine*, XII, *Scènes de la vie parisienne*, Furne, 1846.

—*La Comédie humaine*, texto y notas de Patrick Berthier, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VII, pág. 839.

«Un episodio bajo el Terror»

—Sin título, como introducción a las *Mémoires de Sanson*, 1829.

—*La Comédie humaine*, XII, *Scènes de la vie politique*, Furne, 1846.

—*La Comédie humaine*, texto y notas de Suzanne-J. Bérard, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VIII, pág. 417.

«Z. Marcas»

«Z. Marcas», en *La Revue parisienne*, 25 de julio de 1840.

—*La Comédie humaine*, XII, *Scènes de la vie politique*, Furne, 1846.

—*La Comédie humaine*, texto y notas de Anne-Marie Meininger, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VIII, pág. 815.

«Una pasión en el desierto»

Une passion dans le désert, en *La Revue de Paris*, 24 de diciembre de 1840.

—*La Comédie humaine*, XIII, *Scènes de la vie militaire*, Furne, 1845.

—*La Comédie humaine*, texto y notas de Patrick Berthier, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, VIII, pág. 1213.

«Jesucristo en Flandes»

Jesús-Christ en Flandre, en *Romans et contes philosophiques*, Gosselin, 1831.

L'Église, en *Romans et contes philosophiques*, en *La Revue de Paris*, 24 de diciembre

de 1831.
—*La Comédie humaine,* con los dos cuentos ya fusionados, XIV, *Études philosophiques,* Furne, 1846.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Madeleine Ambriére, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, X, pág. 295.

«Melmoth reconciliado»
Melmoth réconcilié, V, *Livre des conteurs,* 1835.
—*La Comédie humaine,* XIV, *Études philosophiques,* Furne, 1845.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Moïse Le Yaouanc, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, X, pág. 329.

«La obra maestra desconocida»
Le Chef-d œuvre inconnu, en *L'Artiste,* 31 de julio y 7 de agosto de 1831.
—*La Comédie humaine,* XIV, *Études philosophiques,* Furne, 1846.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de René Guise, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, X, pág. 391.

«Adiós»
Adieu, en *La Mode,* 15 de mayo (*Les Bonnes-Hommes*) y 15 de junio (*Le passage de la Bérésina* y *La guérison*) de 1830.
—*La Comédie humaine,* XV, *Etudes philosophiques.* Furne, 1846.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Moïse Le Yaouanc, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, X, pág. 961.

«El recluta»
Le Réquisitionnaire, en *La Revue de Paris,* 27 de febrero de 1831.
—*La Comédie humaine,* XV, *Études philosophiques,* Furne, 1846.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Thierry Bodin, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, X, pág. 1095.

«El verdugo»
«El verdugo» en *La Mode,* 28 de enero de 1830.
—*La Comédie humaine,* XV, *Études philosophiques,* Furne, 1846.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Pierre Citron, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, X, pág. 1121.

«Un drama a la orilla del mar»
Un drame au bord de la mer, en *L'Impartial,* 24 de noviembre de 1834.
—*La Comédie humaine,* XV, *Études philosophiques,* Furne, 1846.
—*La Comédie humaine,* texto y notas de Moïse Le Yaouanc, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, X, pág. 1145.

«La Posada Roja»
L'Auberge rouge, en *La Revue de Paris*, 10 y 27 de agosto de 1831.
—*La Comédie humaine*, XV, *Études philosophiques*, Furne, 1846.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de Anne-Marie Meininger, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, XI, pág. 75.

«El elixir de larga vida»
L'Elixir de longue vie, en *La Revue de Paris*, 24 de octubre de 1830.
—*La Comédie humaine*, XV, *Études philosophiques*, II, Furne, 1846.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de René Guise, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, XI, pág. 459.

«Los proscritos»
Les Proscrits, en *La Revue de Paris*, 1 de mayo de 1831.
—*La Comédie humaine*, XVI, *Études philosophiques*, Furne, 1846.
—*La Comédie humaine*, texto y notas de René Guise, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, XI, pág. 511.

HONORÉ DE BALZAC
CUENTOS COMPLETOS
DE LA COMEDIA HUMANA

LA BOLSA

A SOFKA[1]

¿No ha observado usted, señorita, que, cuando colocaban dos figuras en adoración a ambos lados de una bella santa, los pintores o los escultores de la Edad Media nunca dejaron de imprimirles un parecido filial? Al ver su nombre entre los que me son queridos y bajo cuya protección pongo mis obras, acuérdese de esa conmovedora armonía, y encontrará aquí no tanto un homenaje como la expresión del fraternal afecto que le profesa

Su servidor

DE BALZAC.

Hay para las almas fáciles a la efusión una hora deliciosa que sobreviene de improviso en el momento en que todavía no es de noche y ya no es de día; el fulgor crepuscular lanza entonces sus suaves colores o sus extraños reflejos sobre todos los objetos, y favorece una ensoñación que armoniza vagamente con los juegos de la luz y de la sombra. El silencio que casi siempre reina en ese instante lo vuelve más especialmente grato a los artistas que se recogen, se distancian unos pasos de sus obras en las que no pueden seguir trabajando, y las juzgan embriagándose con el tema cuyo sentido íntimo se manifiesta entonces ante los ojos interiores del genio. Quien no haya permanecido pensativo al lado de un amigo durante ese momento de poéticos sueños comprenderá a duras penas sus indecibles beneficios. Merced al claroscuro, las argucias materiales empleadas por el arte para hacer creer en las realidades desaparecen por completo. Si se trata de un cuadro, los personajes que representa parecen hablar y andar: la sombra se vuelve sombra, la luz es luz, la carne está viva, los ojos se mueven, la sangre corre por las venas y las telas proyectan tonos irisados. La imaginación ayuda a la naturalidad de cada detalle y entonces solo se ven las bellezas de la obra. En ese momento, la ilusión reina despóticamente: ¿despierta acaso con la noche? Para el pensamiento, ¿no es la ilusión una especie de noche que nosotros amueblamos de sueños? La ilusión despliega entonces sus alas, arrastra el alma al mundo de las fantasías, mundo fértil en caprichos voluptuosos donde el artista olvida el mundo positivo, la víspera y el día siguiente, el futuro, todo, hasta sus miserias, tanto las buenas como las malas. En esa hora de magia, un joven pintor, hombre de talento, y que en el arte no veía más que el arte mismo, estaba subido en una escalera de mano que le servía para pintar un enorme y alto lienzo casi terminado. Allí, criticándose, admirándose de buena fe, nadando en el curso de sus pensamientos, se sumía en una de esas meditaciones que arroban el alma y la acrecientan, acarician y consuelan. Su ensoñación duró mucho tiempo sin duda. Llegó la noche. Sea que quisiera bajar de la escalera, sea que hubiese hecho un movimiento imprudente creyéndose en el suelo, el hecho no le permitió tener un recuerdo exacto de las causas de su accidente, se cayó, su cabeza fue a dar contra un

taburete, perdió el conocimiento y permaneció inmóvil durante un lapso de tiempo cuya duración no pudo apreciar. Una dulce voz le sacó de la especie de embotamiento en que estaba sumido. Cuando abrió los ojos, el fulgor de una luz intensa se los hizo cerrar al instante; pero, a través del velo que envolvía sus sentidos, oyó el cuchicheo de dos mujeres y sintió dos jóvenes, dos tímidas manos entre las que reposaba su cabeza. Pronto recuperó el conocimiento y pudo percibir, a la luz de una de esas antiguas lámparas llamadas *de doble corriente de aire*[2], la más deliciosa cabeza de joven que nunca había visto, una de esas cabezas que a menudo pasan por un capricho del pincel, pero que de pronto hizo realidad para él las teorías de ese bello ideal que cada artista se crea y del que proviene su talento. El rostro de la desconocida pertenecía, por así decir, al tipo fino y delicado de la escuela de Prudhon[3], y poseía también esa poesía que Girodet[4] daba a sus figuras fantásticas. La frescura de las sienes, la regularidad de las cejas, la pureza de las líneas, la virginidad fuertemente impresa en todos los rasgos de aquella fisonomía, hacían de la joven una creación perfecta. El talle era esbelto y delgado, las formas frágiles. Sus ropas, aunque sencillas y limpias, no anunciaban fortuna ni miseria. Al volver en sí, el pintor expresó su admiración con una mirada de sorpresa y dio las gracias balbuciendo. Notó su frente oprimida por un pañuelo y reconoció, a pesar del peculiar olor de los talleres de pintor, el fuerte aroma del éter, empleado sin duda para sacarlo de su desvanecimiento. Luego terminó viendo a una anciana, que se parecía a las marquesas del Antiguo Régimen, y que sostenía la lámpara mientras daba consejos a la joven desconocida.

—Señor –respondió la joven a una de las preguntas hechas por el pintor cuando todavía se encontraba presa del aturdimiento producido en sus ideas por la caída–, mi madre y yo hemos oído el ruido de su cuerpo al caer al suelo, y hemos creído oír un gemido. El silencio que ha sucedido a la caída nos asustó, y nos hemos apresurado a subir. Al encontrar la llave en la cerradura, felizmente nos hemos permitido entrar y lo hemos visto tendido en el suelo, inmóvil. Mi madre ha ido a buscar todo lo necesario para hacer una compresa y reanimarle. Está herido en la frente, aquí, ¿lo nota?

—Sí, ahora sí –respondió.

—Bah, no será nada –dijo la anciana–. Por suerte, su cabeza ha ido a dar contra este maniquí.

—Me siento infinitamente mejor –respondió el pintor–, solo necesito un coche para volver a casa. La portera irá a buscarme uno.

Quiso reiterar su agradecimiento a las dos desconocidas; pero, a cada frase, la anciana le interrumpía diciendo:

—Mañana, señor, procure ponerse sanguijuelas o hacerse una sangría, beba unas tazas de vulneraria, cuídese, las caídas son peligrosas.

La joven miraba a hurtadillas al pintor y los cuadros del taller. Su actitud y sus miradas revelaban un recato perfecto; su curiosidad podía tomarse como distracción,

y sus ojos parecían expresar ese interés que las mujeres muestran, con una espontaneidad llena de gracia, por todo lo que es una desgracia para nosotros. Las dos desconocidas parecían olvidar las obras del pintor en presencia del pintor doliente. Cuando las hubo tranquilizado sobre su estado, se retiraron tras examinarlo con una solicitud tan desprovista de énfasis como de familiaridad, sin hacerle preguntas indiscretas ni tratar de inspirarle el deseo de conocerlas. Sus acciones estuvieron marcadas por el sello de una naturalidad exquisita y por el buen gusto. Sus modales nobles y sencillos produjeron al principio poco efecto sobre el pintor; pero más tarde, cuando recordó todas las circunstancias de aquel suceso, se sintió vivamente impresionado. Al llegar al piso sobre el que estaba situado el taller del pintor, la anciana exclamó con voz suave:

—Adélaïde, te has dejado abierta la puerta.

—Ha sido para ir a socorrerme –respondió el pintor con una sonrisa de agradecimiento.

—Madre, usted ha bajado hace un momento –replicó la joven sonrojándose.

—¿Quiere que lo acompañemos hasta abajo? –dijo la madre al pintor–. La escalera está oscura.

—Se lo agradezco, señora, estoy mucho mejor.

—¡Agárrese bien a la barandilla!

Para que pueda comprenderse todo lo que esta escena podía tener de estimulante y de inesperado para el pintor, hay que añadir que solo hacía unos pocos días había instalado su taller en el sobrado de aquella casa, situada en el lugar más oscuro, y por tanto el más lleno de barro, de la calle de Surène, casi ante la iglesia de la Madeleine, a dos pasos de su piso, que se encontraba en la calle de los Champs-Élysées[5]. La celebridad que le había ganado su talento y lo había convertido en uno de los artistas más apreciados en Francia, empezaba a alejarlo de la necesidad y disfrutaba, según su expresión, de sus últimas miserias. En vez de ir a trabajar a uno de esos talleres situados cerca de los arrabales y cuyo módico alquiler se hallaba antes en relación con la modestia de sus ganancias, había satisfecho un deseo renovado a diario, ahorrándose una larga caminata y la pérdida de un tiempo que para él se había vuelto más precioso que nunca. Nadie en el mundo hubiera inspirado tanto interés como Hippolyte Schinner[6] si hubiera consentido en darse a conocer; pero no hacía a la ligera la confidencia de los secretos de su vida. Era el ídolo de una madre pobre que lo había educado a costa de las más duras privaciones. La señorita Schinner, hija de un granjero alsaciano, nunca había estado casada. Su alma tierna fue lastimada cruelmente en el pasado por un hombre rico que no se preciaba de poseer gran delicadeza en amor. El día en que, joven y en todo el esplendor de su belleza, en toda la gloria de su vida, sufrió, a expensas de su corazón y de sus bellas ilusiones, ese desencanto que nos alcanza tan despacio y tan deprisa, porque queremos creer lo más tarde posible en el mal y siempre nos parece que llega demasiado pronto, ese día fue todo un siglo de reflexiones, y fue también el día de los pensamientos religiosos y de

la resignación. Rechazó las limosnas del que la había engañado, renunció al mundo y convirtió en gloria su falta. Se entregó por entero al amor maternal pidiéndole, a cambio de los goces sociales de los que se despedía, todas sus delicias. Vivió de su trabajo, acumulando un tesoro en su hijo. Y más tarde, en un día, en una hora, este le pagó los largos y lentos sacrificios de su indigencia. En la última exposición, su hijo había recibido la cruz de la Legión de Honor. Los periódicos, unánimes a favor de un talento ignorado, aún resonaban con elogios sinceros. Los artistas mismos reconocían a Schinner por un maestro, y los marchantes cubrían de oro sus cuadros. A los veinticinco años, Hippolyte Schinner, al que su madre había transmitido su alma de mujer, había comprendido mejor que nunca su situación en el mundo. Queriendo devolver a su madre los goces de que la sociedad la había privado durante tanto tiempo, vivía para ella, esperando a fuerza de gloria y fortuna verla un día feliz, rica, considerada, rodeada de hombres célebres. Por eso, Schinner había elegido sus amigos entre los hombres más honorables y más distinguidos. Exigente en la elección de sus relaciones, quería elevar todavía más su posición, que su talento ya había llevado tan alto. Obligado a permanecer en la soledad por aquella madre de elevados pensamientos, el trabajo al que se había consagrado desde su juventud le había permitido conservar las bellas creencias que adornan los primeros días de la vida. Su alma adolescente no desconocía ninguno de los mil pudores que hacen del joven un ser aparte cuyo corazón rebosa felicidad, poesía, esperanzas vírgenes, débiles a ojos de la gente que se cree de vuelta de todo, pero profundos porque son sencillos. Estaba dotado de esas maneras dulces y corteses que tan bien sientan al alma y seducen incluso a quienes no las comprenden. Era de buena figura. Su voz, que salía del corazón, removía en el de los demás sentimientos nobles, y daba muestras de verdadera modestia por cierto candor de su acento. Al verle, se sentían arrastrados hacia él por una de esas atracciones morales que los sabios, por suerte, aún no saben analizar: encontrarían en ellas algún fenómeno de galvanismo o la secuela de no sé qué fluido, y formularían nuestros sentimientos mediante proporciones de oxígeno y de electricidad. Quizás estos detalles permitan comprender a la gente de carácter audaz y a los hombres pagados de sí mismos por qué, durante la ausencia del portero, al que había enviado en busca de un coche a la esquina de la calle de la Madeleine, Hippolyte Schinner no hizo a la portera pregunta alguna sobre las dos personas cuyo buen corazón se había desvelado por él. Pero aunque respondiese con sí y no a las preguntas, naturales en tal circunstancia, que le fueron hechas por aquella mujer sobre su accidente y sobre la oficiosa intervención de las inquilinas que ocupaban el cuarto piso, no pudo impedir que obedeciese al instinto de los porteros; le habló de las dos desconocidas de acuerdo a los intereses de su política y según los juicios subterráneos de la portería.

—Ah –le dijo–, sin duda se trata de la señorita Leseigneur y su madre, que viven aquí hace cuatro años. Todavía no sabemos lo que hacen esas damas; por la mañana, y solo hasta mediodía, viene a ayudarlas una vieja sirvienta medio sorda y que no

habla más que un mudo; por la tarde, dos o tres viejos señores, condecorados como usted, señor, uno de ellos con coche y criados, y al que se le suponen sesenta mil libras de renta, llegan a su casa, y a menudo se quedan hasta muy tarde. Por lo demás, son inquilinas muy tranquilas, como usted, señor; y además ahorrativas, porque viven con nada; en cuanto llega una carta, la pagan[7]. Lo curioso, señor, es que la madre se apellida de distinto modo que la hija. ¡Ah!, cuando van a las Tullerías, la señorita va muy flamante, y nunca sale sin que la sigan unos cuantos jóvenes a los que ella da con la puerta en las narices, y hace bien. El propietario no toleraría…

El coche había llegado, Hippolyte dejó de oir y volvió a su casa. Su madre, a la que contó su aventura, vendó de nuevo su herida y no le permitió volver al día siguiente al taller. Consultado el médico, que le extendió varias recetas, Hippolyte se quedó tres días en casa. Durante esa reclusión, su imaginación desocupada le recordó vivamente, y como por fragmentos, los detalles que siguieron a la escena de su desvanecimiento. El perfil de la joven se dibujaba con fuerza sobre las tinieblas de su visión interior: veía de nuevo el rostro marchito de la madre o aún sentía las manos de Adélaïde, recuperaba un gesto que al principio le había impresionado poco, pero cuyas gracias exquisitas fueron puestas de relieve por el recuerdo; luego, una actitud o los sonidos de una voz melodiosa embellecidos por la distancia reaparecían de golpe, como esos objetos que hundidos en el fondo de las aguas vuelven a la superficie. Por eso, el día que pudo reanudar su trabajo, regresó temprano al taller; pero la visita que indiscutiblemente tenía derecho a hacer a sus vecinas fue la verdadera causa de su prisa; ya se le habían olvidado sus cuadros empezados. En el momento en que una pasión rompe sus mantillas, se encuentran placeres inexplicables que comprenden los que han amado. De ahí que algunas personas sabrán por qué subió el pintor despacio los escalones del cuarto piso, y conocerán el secreto de las pulsaciones que se sucedieron rápidamente en su corazón en el momento en que vio la puerta oscura del modesto piso habitado por la señorita Leseigneur. Esta joven, que no llevaba el apellido de su madre, había despertado mil simpatías en el joven pintor, que quería ver entre ella y él algunas semejanzas de situación, y la dotaba de las desgracias de su propio origen. Mientras trabajaba, Hippolyte se dejó llevar encantado por pensamientos amorosos, e hizo mucho ruido para obligar a las dos damas a ocuparse de él como él se ocupaba de ellas. Se quedó hasta muy tarde en el taller, comió allí; luego, hacia las siete, bajó a casa de sus vecinas.

Ningún pintor de costumbres se ha atrevido a iniciarnos, tal vez por pudor, en los interiores realmente curiosos de ciertas existencias parisinas, en el secreto de esas viviendas de donde salen, con vestidos tan frescos y elegantes, mujeres tan brillantes que, ricas en apariencia, dejan ver en cualquier parte de su casa los signos de una fortuna equívoca. Si la pintura queda dibujada aquí con demasiada franqueza, si el lector la encuentra de una extensión excesiva, no acuse a la descripción, que forma, por así decir, cuerpo con la historia, pues el aspecto del piso habitado por sus dos

vecinas influyó mucho en los sentimientos y esperanzas de Hippolyte Schinner.

La casa pertenecía a uno de esos propietarios en los que preexiste un profundo horror por las reparaciones y las mejoras, uno de esos hombres que consideran su posición de propietario parisino como un estado. En la gran cadena de las especies morales, esa gente ocupa el lugar intermedio entre el avaro y el usurero. Optimistas por cálculos, todos ellos son fieles al *statu quo* de Austria[8]. Si les habláis de mover de sitio una alacena o una puerta, de practicar el más indispensable de los respiraderos, sus ojos brillan, su bilis se remueve, se encabritan como caballos asustados. Cuando el viento ha derribado algunas tejas de sus chimenea, se ponen malos y dejan de ir al Gymnase o a la Porte-Saint-Martin a causa de las reparaciones[9]. Hippolyte, que, a propósito de ciertas mejoras imprescindibles en su taller, había disfrutado gratis de la representación de una escena cómica con el señor Molineux[10], no se extrañó de los tonos negros y grasicntos, de los colores aceitosos, de las manchas y otros accesorios bastante desagradables que decoraban los revestimientos. Por otro lado, tales estigmas de miseria no carecen de poesía a ojos de un artista.

La señorita Leseigneur salió a abrir ella misma la puerta. Al reconocer al joven pintor, lo saludó; luego, al mismo tiempo, con esa habilidad parisina y esa presencia de ánimo que da el orgullo, se volvió para cerrar la puerta de un tabique vidriado a través del cual Hippolyte habría podido vislumbrar algunas prendas de ropa tendidas sobre cuerdas encima de hornillos económicos, un viejo catre, las brasas, el carbón, las planchas, el fregadero, la vajilla y todos los utensilios propios de los hogares modestos. Unas cortinas de muselina bastante limpias ocultaban cuidadosamente aquel *capharnaüm*[11], palabra de uso común para designar familiarmente esa especie de laboratorios, mal iluminado además por unos huecos por los que se filtraba la luz de un patio contiguo. Con la rápida ojeada de los artistas, Hippolyte vio el destino, los muebles, el conjunto y el estado de aquella primera pieza dividida en dos. La parte honorable, que servía a un tiempo de recibimiento y de comedor, estaba tapizada con un viejo papel de color aurora y con rebordes aterciopelados, fabricado sin duda por Réveillon[12], y cuyos agujeros y manchas habían sido cuidadosamente disimulados con obleas. Unas estampas representando las batallas de Alejandro por Lebrun[13], pero en marcos desdorados, adornaban simétricamente las paredes. En medio de aquella pieza había una mesa de caoba maciza, de forma anticuada y bordes gastados. Una pequeña estufa, cuyo tubo recto y sin codo apenas se percibía, se hallaba delante de la chimenea, cuyo hogar contenía un armario encastrado. Por extraño contraste, las sillas ofrecían algunos vestigios de un pasado esplendor, eran de caoba tallada; pero el cuero rojo del asiento, los clavos dorados y los cañutillos mostraban cicatrices tan numerosas como las de los viejos sargentos de la Guardia Imperial. Esa pieza servía de museo para ciertas cosas que solo se encuentran en esa clase de hogares anfibios, objetos sin nombre que participan a la vez del lujo y de la miseria. Entre otras curiosidades, Hippolyte reparó en un catalejo magníficamente

adornado, suspendido sobre el pequeño espejo verdoso que decoraba la chimenea. Para emparejar aquel extraño mobiliario, había entre la chimenea y el tabique un mal aparador pintado en caoba, de todas las maderas la más difícil de imitar. Pero las baldosas rojas y resbaladizas, las malas y pequeñas alfombras colocadas delante de las sillas, y los muebles, todo relucía con esa limpieza frotada que presta un falso lustre a los objetos viejos y acentúa todavía más sus defectos, su edad y sus largos servicios. Reinaba en aquella pieza un olor indefinible, resultado de las exhalaciones de la leonera mezcladas con los vapores del comedor y los de la escalera, aunque la ventana estuviese entreabierta y el aire de la calle agitase las cortinas de percal, cuidadosamente corridas a fin de ocultar el vano donde los inquilinos precedentes habían dejado constancia de su presencia con diversas incrustaciones, especie de frescos domésticos. Adélaïde abrió rápidamente la puerta de la otra habitación, donde introdujo al pintor con cierto placer. Hippolyte, que en el pasado había visto en casa de su madre los mismos signos de indigencia, los observó con la singular viveza de impresión que caracteriza las primeras adquisiciones de nuestra memoria, y captó mejor de lo que habría hecho cualquier otro los detalles de aquella existencia. Al reconocer las cosas de su vida de niño, aquel buen joven no sintió ni desprecio por aquella desgracia oculta, ni el orgullo del lujo que acababa de conquistar para su madre.

—Bueno, señor, espero que no se resienta ya de su caída –le dijo la anciana madre levantándose de una vieja mecedora colocada junto a la chimenea y ofreciéndole un sillón.

—No, señora. Vengo para darles las gracias por los buenos cuidados que me prestaron, sobre todo a la señorita, que me oyó caer.

Al decir esta frase, impregnada de la adorable estupidez que prestan al alma las primeras turbaciones del amor verdadero, Hippolyte miraba a la joven. Adélaïde encendía la lámpara de doble corriente de aire, sin duda para hacer desaparecer una vela contenida en una gran palmatoria de cobre y adornada con algunas estrías en relieve conseguidas gracias a un vaciado extraordinario. Saludó con un gesto ligero, fue a poner la palmatoria en el recibimiento, volvió para colocar la lámpara sobre la chimenea y se sentó al lado de su madre, algo más atrás que el pintor, a fin de poder contemplarle a gusto mientras fingía estar muy ocupada en el vértice de la lámpara, cuya luz, captada por la humedad de un cristal empañado, chisporroteaba debatiéndose con una mecha negra y mal cortada. Al ver el gran espejo que adornaba la chimenea, Hippolyte puso enseguida los ojos en él para admirar a Adélaïde. El pequeño ardid de la joven no sirvió, pues, más que para azorar a los dos. Mientras hablaba con la señora Leseigneur, ya que Hippolyte le dio ese apellido a la ventura, examinó el salón, pero de forma discreta y a hurtadillas. Apenas se veían las figuras egipcias de los morillos de hierro en un hogar lleno de cenizas donde unos tizones trataban de juntarse ante un falso tronco de terracota, enterrado con tanto cuidado como puede serlo el tesoro de un avaro. Una vieja alfombra de Aubusson[14] muy

remendada, muy pasada, gastada como el traje de un inválido, no cubría por completo el piso cuya frialdad se dejaba sentir en los pies. Las paredes tenían por adorno un papel rojizo, imitando lustrina con dibujos amarillos. En medio de la pared opuesta a las ventanas, el pintor vio una hendidura y las rendijas producidas en el papel por las puertas de una alcoba donde sin duda dormía la señora Leseigneur, y que ocultaba mal un canapé colocado delante. Frente a la chimenea, encima de una cómoda de caoba cuyos adornos no carecían de riqueza ni de gusto, se hallaba el retrato de un militar de alta graduación que la escasa luz no permitió distinguir al pintor; pero, por lo poco que vio, pensó que aquel espantoso mamarracho debía de haber sido pintado en China. En las ventanas, unas cortinas de seda roja estaban descoloridas como el mueble tapizado de amarillo y rojo de aquel salón de dos tonalidades. Sobre el mármol de la cómoda, una preciosa bandeja de malaquita contenía una docena de tazas de café, magníficamente pintadas y hechas sin duda en Sèvres. Encima de la chimenea se elevaba el eterno reloj de péndulo del Imperio, un guerrero guiando los cuatro caballos de un carro cuya rueda lleva en cada radio la cifra de una hora. Las bugías de los candelabros estaban amarillentas por el humo, y en cada esquina de la repisa se veía un jarrón de porcelana coronado de flores artificiales llenas de polvo y guarnecidas de moho. En el centro de la pieza, Hippolyte pudo ver una mesa de juego preparada y cartas nuevas. Para un observador, había un no sé qué de desolador en el espectáculo de aquella miseria maquillada como una anciana que quiere hacer mentir a su rostro. Ante aquel espectáculo, cualquier hombre de buen sentido se habría planteado en secreto y desde un principio esta especie de dilema: o estas dos mujeres son la probidad misma, o viven de intrigas y del juego. Pero al ver a Adélaïde, un joven tan puro como Schinner debía creer en la inocencia más perfecta y prestar a las incoherencias de aquel mobiliario las causas más honorables.

—Hija mía –dijo la vieja dama a la joven–, tengo frío, enciéndenos un poco de fuego y dame mi chal.

Adélaïde fue a una habitación contigua al salón donde sin duda dormía ella, y volvió trayendo a su madre un chal de cachemira que, nuevo, debió de costar mucho, sus dibujos eran indios; pero viejo, ajado y lleno de remiendos, armonizaba con los muebles. La señora Leseigneur se envolvió en él muy artísticamente y con la habilidad de una anciana que pretendiese hacer creer en la verdad de sus palabras. La joven corrió enseguida a la leonera y reapareció con un puñado de astillas que arrojó valientemente al fuego para reanimarlo.

Sería bastante difícil traducir la conversación que tuvo lugar entre estas tres personas. Guiado por el tacto que casi siempre prestan las desgracias sufridas desde la infancia, Hippolyte no osaba permitirse la menor observación sobre la posición de sus vecinas, al ver a su alrededor los síntomas de una estrechez tan mal disimulada. La pregunta más simple hubiera sido indiscreta y solo tenía derecho a hacerla una amistad de muchos años. Sin embargo, el pintor estaba profundamente preocupado por aquella miseria oculta, su alma generosa sufría por ello; pero, sabiendo lo que

toda clase de compasión, incluso la más amistosa, puede tener de ofensivo, estaba incómodo por el desacuerdo existente entre sus pensamientos y sus palabras. Las dos señoras hablaron al principio de pintura, pues las mujeres adivinan muy bien la secreta intranquilidad que causa una primera visita; quizá ellas también la sienten, pero la naturaleza de su espíritu les proporciona mil recursos para vencerla. Al preguntar al joven sobre los procedimientos materiales de su arte, sobre sus estudios, Adélaïde y su madre supieron animarlo para que hablara. Las indefinibles naderías de su conversación animada por la benevolencia indujeron con toda naturalidad a Hippolyte a emitir observaciones o reflexiones que pintaron la naturaleza de sus costumbres y de su alma. Los pesares habían marchitado prematuramente el rostro de la vieja dama, sin duda bella en el pasado; pero ya solo le quedaban los rasgos salientes, los contornos, en una palabra, el esqueleto de una fisonomía cuyo conjunto indicaba una gran finura, mucha gracia en el movimiento de los ojos, en los que se reconocía la expresión peculiar de las mujeres de la antigua corte y que nada podría definir. Aquellos rasgos tan finos, tan sutiles, lo mismo podían denotar sentimientos malvados, hacer suponer la astucia y la malicia femeninas en un alto grado de perversidad, que revelar las delicadezas de un alma bella. En efecto, para los observadores vulgares, el rostro de la mujer tiene de embarazoso lo siguiente: que la diferencia entre la franqueza y la duplicidad, entre el genio de la intriga y el genio del corazón, es imperceptible en ellos. El hombre dotado de una vista penetrante adivina esos matices inasequibles que producen una línea más o menos curva, un hoyuelo más o menos profundo, una protuberancia más o menos abombada o prominente. La apreciación de estos diagnósticos pertenece por completo al dominio de la intuición, la única que puede hacer descubrir lo que cada cual está interesado en ocultar. Con el rostro de aquella vieja dama ocurría lo mismo que con el piso que habitaba: parecía tan difícil saber si aquella miseria cubría vicios o una alta probidad como reconocer si la madre de Adélaïde era una antigua coqueta habituada a sopesar todo, a calcular todo, a vender todo, o una mujer cariñosa, llena de nobleza y de amables cualidades. Pero, a la edad de Schinner, el primer impulso del corazón es creer en el bien. Por eso, al contemplar la frente noble y casi desdeñosa de Adélaïde, al mirar sus ojos llenos de sentimiento y de ideas, respiró, por así decir, los suaves y modestos perfumes de la virtud. En medio de la charla, aprovechó la ocasión de hablar de los retratos en general, para tener derecho a examinar el horroroso pastel en el que todas las tonalidades habían palidecido, y cuyo polvo se había caído en gran parte.

—Sin duda, ustedes aprecian esta pintura por el parecido, ¿verdad?, porque el dibujo es horrible –dijo mirando a Adélaïde.

—Fue hecha en Calcuta, con mucha prisa –respondió la madre con una voz emocionada.

Contempló el informe bosquejo con ese abandono profundo que dan los recuerdos de felicidad cuando despiertan y caen sobre el corazón como un benéfico rocío a cuyas refrescantes impresiones nos gusta abandonarnos; pero también hubo en

la expresión del rostro de la anciana los vestigios de un duelo eterno. Por lo menos así quiso interpretar el pintor la actitud y la fisonomía de su vecina, a cuyo lado fue entonces a sentarse.

—Señora –dijo–, dentro de poco tiempo los colores de ese pastel habrán desaparecido. El retrato ya solo existe en su memoria. Allí donde usted seguirá viendo un rostro que le es querido, los demás ya no podrán ver nada. ¿Me permitirá usted que traslade ese parecido al lienzo? En él quedará fijado con mayor o menor solidez que sobre este papel. Concédame, en gracia a nuestra vecindad, el placer de prestarle ese favor. Hay horas en las que a un artista le gusta descansar de sus grandes composiciones con trabajos de un alcance menos elevado, para mí será una distracción rehacer esa cabeza.

La anciana se estremeció al oír estas palabras, y Adélaïde lanzó sobre el pintor una de esas miradas recogidas que parecen ser un chorro del alma. Hippolyte quería pertenecer a sus dos vecinas por algún vínculo y ganarse el derecho a mezclarse en su vida. Su ofrecimiento, al dirigirse a los afectos más vivos del corazón, era el único que podía hacer: satisfacía su orgullo de artista y no tenía nada de ofensivo para las dos damas. La señora Leseigneur aceptó sin premura ni pesar, pero con esa conciencia de las grandes almas que conocen la extensión de los lazos que anudan semejantes obligaciones, y que los convierten en un elogio magnífico, en una prueba de afecto.

—Me parece –dijo el pintor— que ese uniforme es el de un oficial de marina.

—Si –respondió ella–, es el de los capitanes de navío. El señor de Rouville, mi marido, murió en Batavia a consecuencia de una herida recibida en un combate contra un navío inglés que encontró frente a las costas de Asia. Iba a bordo de una fragata de cincuenta y seis cañones, y el *Revenge* era un navío de noventa y seis. La lucha fue muy desigual; pero se defendió con tanto valor que pudo sostenerla hasta la noche y escapar. Cuando regresé a Francia, Bonaparte aún no tenía el poder, y me negaron una pensión. Cuando, hace poco, volví a solicitarla, el ministro me dijo con dureza que si el barón de Rouville hubiese emigrado, yo le habría conservado; que sin duda hoy sería contralmirante; en fin, su Excelencia terminó hablándome de no sé qué ley sobre prescripción de derechos. Si di ese paso, al que mis amigos me habían empujado, solo fue por mi pobre Adélaïde. Siempre he sentido repugnancia a tender la mano en nombre de un dolor que arrebata a una mujer su voz y sus fuerzas. No me gusta esa tasación pecuniaria de una sangre irremediablemente vertida…

—Madre, ese tema de conversación siempre le hace daño.

Tras estas palabras de Adélaïde, la baronesa Leseigneur de Rouville inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Señor –dijo la joven a Hippolyte–, yo creía que los trabajos de los pintores eran por lo general poco ruidosos.

A esto, Schinner empezó a sonrojarse al recordar el ruido que había hecho. Adélaïde no prosiguió y le salvó de alguna mentira al levantarse de pronto cuando

oyó el ruido de un coche que se detenía en la puerta; fue a su habitación, de donde volvió enseguida con dos candelabros dorados provistos de velas ya empezadas que encendió rápidamente; y, sin esperar el sonido de la campanilla, abrió la puerta de la primera pieza, donde dejó la lámpara. El ruido de un beso dado y recibido llegó hasta el corazón de Hippolyte. La impaciencia que el joven sintió por ver quién trataba a Adélaïde con tanta familiaridad no quedó satisfecha inmediatamente, pues los recién llegados mantuvieron con la joven una conversación en voz baja que le pareció muy larga. Por fin, la señorita de Rouville reapareció seguida por dos hombres cuyo traje, fisonomía y aspecto son toda una historia. El primero, de unos sesenta años, llevaba uno de esos trajes inventados, según creo, para Luis XVIII, a la sazón reinante, y en los que el problema indumentario más difícil fue resuelto por un sastre que debería ser inmortal. Ese artista conocía, a buen seguro, el arte de las transiciones, que fue el genio de aquel tiempo tan inestable políticamente. ¿No es mérito rarísimo saber juzgar la propia época? Aquel traje, que los jóvenes de hoy pueden tomar por fábula, no era ni civil ni militar y podía pasar al mismo tiempo por militar y por civil. Unas flores de lis bordadas adornaban las vueltas de los faldones traseros. También los botones dorados estaban flordelisados. Sobre los hombros, dos presillas de galón parecían reclamar dos hombreras inútiles. Estos dos síntomas de milicia estaban allí como una petición sin recomendación. En el viejo, el ojal de aquel traje de paño azul turquí estaba florido con varias cintas. Sin duda, debía de llevar siempre en la mano su tricornio adornado con un cordón de oro, porque las nevadas alas de sus cabellos empolvados no ofrecían huella de la presión del sombrero. Parecía no tener más de cincuenta años, y gozar de una salud robusta. Aunque revelaba el carácter leal y franco de los viejos emigrados, su fisonomía también denotaba las costumbres libertinas y fáciles, las pasiones alegres y la despreocupación de aquellos mosqueteros, tan célebres antaño en los fastos de la galantería. Sus gestos, su actitud y sus modales anunciaban que no quería corregirse ni de sus ideas monárquicas, ni de su religión ni de sus amoríos.

Una figura realmente fantástica seguía a este pretencioso *volatinero de Luis XIV* (ese fue el remoquete que dieron los bonapartistas a esos nobles restos de la monarquía); pero, para pintarla bien, habría que convertirla en objeto principal del cuadro en el que solo es un accesorio. Imaginad un personaje seco y enjuto, vestido como lo estaba el primero, pero del que no era, por así decir, más que el reflejo, o la sombra si queréis. El traje, nuevo en uno, era viejo y ajado en el otro. El polvo de los cabellos parecía menos blanco en el segundo, menos brillante el oro de las flores de lis, más desesperadas y más retorcidas las trabillas de las hombreras, más débil la inteligencia, más avanzada la vida hacia el término fatal que en el primero. En fin, hacía realidad esta frase de Rivarol sobre Champcenetz[15]: «Es mi claro de luna». No era más que el doble del otro, el doble pálido y pobre, pues entre ellos había toda la diferencia que existe entre la primera y la última prueba de una litografía. Aquel viejo mudo fue un misterio para el pintor, y siguió siendo un misterio. El caballero, pues

era caballero, no habló, y nadie le habló. ¿Era un amigo, un pariente pobre, un hombre que permanecía junto al viejo galán como una señorita de compañía junto a una vieja dama? ¿Ocupaba el lugar intermedio entre el perro, el loro y el amigo? ¿Había salvado la fortuna o solamente la vida de su bienhechor? ¿Era el *Trim* de un nuevo capitán *Tobías*[16]? Por otra parte, igual que en casa de la baronesa de Rouville, siempre excitaba la curiosidad sin satisfacerla nunca. ¿Quién podía, durante la Restauración, recordar el afecto que unía antes de la Revolución a este caballero con la mujer de su amigo, muerta hacía veinte años?

El personaje que parecía ser la más nueva de aquellas dos ruinas avanzó galantemente hacia la baronesa de Rouville, le besó la mano y se sentó a su lado. El otro saludó y se puso cerca de su modelo, a una distancia representada por dos sillas. Adélaïde fue a apoyar sus codos sobre el respaldo del sillón ocupado por el viejo gentilhombre, imitando, sin saberlo, la pose que Guérin dio a la hermana de Dido en su célebre cuadro[17]. Aunque la familiaridad del gentilhombre fuese la de un padre, por el momento dio la impresión de que sus libertades desagradaban a la joven.

—¡Vaya! ¿Estás enfadada conmigo? –dijo él.

Luego lanzó sobre Schinner una de esas miradas oblicuas llenas de malicia y astucia, miradas diplomáticas cuya expresión revelaba la prudente inquietud y la curiosidad cortés de las personas bien educadas que parecen preguntar al ver a un desconocido: «¿Es de los nuestros?».

—Aquí tiene a nuestro vecino –dijo la anciana señalándole a Hippolyte–. El señor es un pintor célebre cuyo nombre debe resultarle conocido a pesar de su desinterés por las artes.

El gentilhombre reconoció la malicia de su vieja amiga en la omisión del apellido, y saludó al joven.

Por supuesto –respondió–, he oído hablar mucho de sus cuadros en el último Salón. El talento tiene hermosos privilegios, señor –añadió mirando la cinta roja del artista–. Esa distinción, que nosotros tenemos que adquirir al precio de nuestra sangre y de largos servicios, ustedes la obtienen jóvenes; pero todas las glorias son hermanas, añadió llevándose las manos a su cruz de San Luis[18].

Hippolyte balbució unas palabras de agradecimiento y volvió a su silencio, contentándose con admirar con un entusiasmo creciente la bella cabeza de la joven que lo tenía cautivado. Sumido rápidamente en aquella contemplación, no volvió a pensar en la miseria profunda de la vivienda. Para él, el rostro de Adélaïde destacaba en una atmósfera luminosa. Respondió brevemente a las preguntas que le dirigieron y que oyó afortunadamente gracias a una singular facultad de nuestra alma, cuyo pensamiento a veces puede en cierto modo desdoblarse. ¿A quién no le ha ocurrido permanecer sumido en una meditación voluptuosa o triste, escuchar su voz interior, y asistir a una conversación o a una lectura? Admirable dualismo que a menudo ayuda a soportar con paciencia a la gente aburrida. Fecunda y risueña, la esperanza derramó en él mil pensamientos de felicidad, y ya no quiso observar nada de lo que le rodeaba.

Niño lleno de confianza, le pareció vergonzoso analizar un placer. Tras cierto lapso de tiempo, se dio cuenta de que la anciana y su hija jugaban con el viejo gentilhombre. En cuanto al satélite de este, fiel a su estado de sombra, permanecía de pie detrás de su amigo, cuyo juego le preocupaba, respondiendo a las mudas preguntas que le hacía el jugador con pequeñas muecas de aprobación que repetían los movimientos interrogadores de la otra fisonomía.

—Du Haiga, pierdo siempre –decía el gentilhombre.

—Se descarta mal –respondía la baronesa de Rouville.

—Hace tres meses que no he conseguido ganarle una sola partida –contestó él.

—¿El señor conde tiene ases? –preguntó la anciana.

—Sí. Otra vez un punto.

—¿Quiere que le aconseje? –decía Adélaïde.

—No, no, quédate delante de mí. ¡Canastos!, sería perder demasiado no tenerte delante.

La partida acabó por fin. El gentilhombre sacó de su bolsa y dijo, lanzando dos luises sobre el tapete, no sin humor:

—¡Cuarenta francos, justo como el oro. ¡Y diantre!, ya son las once.

—Son las once –repitió el personaje mudo mirando al pintor.

Al oír esta frase con mayor claridad que todas las otras, el joven pensó que era hora de retirarse. Volviendo entonces al mundo de las ideas vulgares, encontró algunos lugares comunes para tomar la palabra, saludó a la baronesa, a su hija, a los dos desconocidos, y salió presa de las primeras felicidades del amor verdadero, sin tratar de analizar los pequeños acontecimientos de aquella velada.

Al día siguiente, el joven pintor sintió el más violento deseo de ver de nuevo a Adélaïde. De haber escuchado a su pasión, habría entrado en casa de sus vecinas a las seis de la mañana, al llegar a su taller. Tuvo sin embargo la suficiente sensatez para esperar hasta la tarde. Pero tan pronto como creyó que podía presentarse en casa de la señora Rouville, bajó, llamó, no sin que su corazón latiese con fuerza; y, ruborizándose como una muchacha, pidió tímidamente el retrato del barón de Rouviile a la señorita Leseigneur que había acudido a abrirle.

—Pero pase –le dijo Adélaïde, que sin duda le había oído bajar de su taller.

El pintor la siguió, cohibido, desconcertado, sin saber qué decir, tan estúpido le volvía la felicidad. Ver a Adélaïde, escuchar el rumor de su vestido, tras haber deseado durante toda una mañana estar cerca de ella, después de haberse levantado cien veces diciendo: «¡Voy a bajar!» y no haber bajado, era para él vivir tan intensamente que tales sensaciones demasiado prolongadas le habrían gastado el alma. El corazón posee el singular poder de dar un valor extraordinario a cualquier nadería. ¿Qué alegría no es para un viajero recoger una brizna de hierba, una hoja desconocida, si ha arriesgado la vida en esa búsqueda? Las naderías del amor son así, la anciana no estaba en el salón. Cuando la joven se encontró en él a solas con el pintor, trajo una silla para alcanzar el retrato; pero, al darse cuenta de que no podía

descolgarlo sin poner el pie sobre la cómoda, se volvió hacia Hippolyte y le dijo ruborizándose:

—No soy bastante alta. ¿Quiere cogerlo usted?

Un sentimiento de pudor, que ponían de manifiesto la expresión de su semblante y el acento de su voz, fue el verdadero motivo de su ruego; y el joven, comprendiéndolo así, le lanzó una de esas miradas inteligentes que son el lenguaje más dulce del amor. Al ver que el pintor lo había adivinado, Adélaïde bajó los ojos con un movimiento de orgullo cuyo secreto pertenece a las vírgenes. Sin encontrar nada que decir, y casi intimidado, el pintor cogió entonces el cuadro, lo examinó con mucha seriedad poniéndolo a la luz junto a la ventana, y se fue sin decirle a la señorita Leseigneur otra cosa que: «Se lo devolveré pronto». Durante ese rápido instante, los dos sintieron una de esas conmociones vivas cuyos efectos sobre el alma pueden compararse a los que produce una piedra lanzada al fondo de un lago. Las reflexiones más dulces nacen y se suceden, indefinibles, multiplicadas, sin objeto, agitando el corazón como las arrugas circulares que pliegan largo rato la onda a partir del punto en que ha caído la piedra. Hippolyte volvió a su taller armado con aquel retrato. Su caballete ya había sido provisto de un lienzo, junto a una paleta cargada de colores; los pinceles estaban limpios, y escogidos el lugar y la luz. Así que, hasta la hora de comer, trabajó en el retrato con ese ardor que los artistas ponen en sus caprichos. Volvió aquella misma noche a casa de la baronesa de Rouville, y se quedó desde las nueve hasta las once. Aparte de los diferentes temas de conversación, la velada fue muy parecida a la anterior. Los dos viejos llegaron a la misma hora, tuvo lugar la misma partida de los cientos, los jugadores dijeron las mismas frases, la cantidad perdida por el amigo de Adélaïde fue tan considerable como la perdida la víspera; solo Hippolyte, algo más audaz, se atrevió a hablar con la muchacha.

Así transcurrieron ocho días, durante los cuales los sentimientos del pintor y los de Adélaïde sufrieron esas deliciosas y lentas transformaciones que llevan las almas a una perfecta comprensión. Por eso, de día en día, la mirada con que Adélaïde acogía a su amigo se volvió más íntima, más confiada, más alegre, más franca; su voz, sus modales tuvieron algo más untuoso, más familiar. Schinner quiso aprender a jugar a los cientos[19]. Ignorante y novicio, dejaba de marcar o marcaba mal los puntos con toda naturalidad, y, como el viejo, perdió casi todas las partidas. Sin haberse confiado aún su amor, los dos enamorados sabían que se pertenecían el uno al otro. Ambos reían, charlaban, se comunicaban sus pensamientos, hablaban de sí mismos con la ingenuidad de dos niños que, en el espacio de una jornada, se conocen como si se hubieran visto desde hacía tres años. Hippolyte se complacía en ejercer su poder sobre su tímida amiga. Fueron muchas las concesiones que le hizo Adélaïde, que, temerosa y llena de abnegación, era víctima de esos falsos enfados que el pretendiente menos hábil o la joven más ingenua inventa, y de los que se sirven sin cesar, igual que los niños mimados abusan del poder que les da el amor de su madre. Así, toda familiaridad cesó enseguida entre el viejo conde y Adélaïde. La muchacha

comprendió las tristezas del pintor y los pensamientos ocultos en los pliegues de su frente, en el acento brusco de las pocas palabras que pronunciaba cuando el viejo besaba, sin remilgos, las manos o el cuello de Adélaïde. Por su parte, la señorita Leseigneur no tardó en pedir a su enamorado una cuenta severa de sus menores acciones; se sentía tan desgraciada, tan inquieta cuando Hippolyte no iba, sabía reñirle tan bien por sus ausencias que el pintor hubo de renunciar a ver a sus amigos, a frecuentar la sociedad. Adélaïde dejó traslucir los celos naturales en las mujeres al saber que, a veces, al salir de casa de la señora de Rouville, a las once de la noche, el pintor aún hacía algunas visitas y recorría los salones más brillantes de París. En su opinión, esa clase de vida era mala para la salud; luego, con esa convicción profunda a la que prestan tanto poder el acento, el gesto y la mirada de una persona querida, pretendió «que un hombre obligado a prodigar a varias mujeres a la vez su tiempo y las gracias de su talento no podía ser objeto de un afecto muy intenso». Así pues, el pintor se vio inducido, tanto por el despotismo de la pasión como por las exigencias de una joven enamorada, a vivir exclusivamente en aquel pequeño piso donde todo le agradaba. En fin, nunca hubo amor ni más puro ni más ardiente. Por ambas partes, la misma fe, la misma delicadeza hicieron crecer aquella pasión sin tener que recurrir a esos sacrificios con los que muchas personas tratan de demostrarse su amor. Entre ellos existía un intercambio continuo de sensaciones tan dulces que no sabían cuál de los dos daba o recibía más. Una inclinación involuntaria volvía cada vez más estrecha la unión de sus almas. El progreso de aquel sentimiento verdadero fue tan rápido que, dos meses después del accidente al que el pintor había debido la dicha de conocer a Adélaïde, la vida de ambos se había vuelto una misma vida. Por la mañana, la joven, al oír los pasos del pintor, podía decirse: «¡Ya está ahí!». Cuando Hippolyte volvía a casa de su madre a la hora de comer, nunca dejaba de pasar a saludar a sus vecinas; y por la noche acudía con puntualidad de enamorado a la hora acostumbrada. De tal modo que la mujer más despótica y más ambiciosa en amor no habría podido hacer el más leve reproche al joven pintor. Por eso Adélaïde saboreó una felicidad pura y sin límites al ver hacerse realidad en toda su extensión el ideal que tan natural es soñar a su edad. El viejo gentilhombre iba con menos frecuencia, el celoso Hippolyte le había reemplazado por la noche en el tapete verde, en sus constantes pérdidas en el juego. Sin embargo, en medio de su dicha, pensando en la desastrosa situación de la señora de Rouville, pues había obtenido más de una prueba de sus estrecheces, se vio asaltado por un pensamiento importuno. Al volver a su casa ya se había dicho varias veces: «¡Cómo! ¿Veinte francos todas las noches?». Y no se atrevía a confesarse a sí mismo odiosas sospechas. Tardó dos meses en hacer el retrato, y cuando lo hubo terminado, barnizado y enmarcado, lo consideró una de sus mejores obras. La señora baronesa de Rouville no había vuelto a hablar de él. ¿Era indiferencia u orgullo? El pintor no quiso buscar una explicación a ese silencio. Se confabuló alegremente con Adélaïde para poner el retrato en su sitio durante una ausencia de la señora de Rouville. Y un día, durante el paseo que su madre solía dar por las Tullerías,

Adélaïde subió sola, por primera vez, al taller de Hippolyte so pretexto de ver el retrato a la favorable luz bajo la que había sido pintado. Se quedó muda e inmóvil, presa de una contemplación deliciosa en la que se fundían en uno solo todos los sentimientos de la mujer. ¿No se resumen todos en una admiración hacia el hombre amado? Cuando el pintor, inquieto por aquel silencio, se inclinó para ver a la joven, esta le tendió la mano sin poder decir una palabra; pero dos lágrimas habían caído de sus ojos; Hippolyte cogió aquella mano, la cubrió de besos y, durante un momento, se miraron en silencio, queriendo ambos confesarse su amor pero sin atreverse a hacerlo. El pintor conservó la mano de Adélaïde entre las suyas, un mismo calor y un mismo impulso les hicieron saber entonces que sus corazones latían con tanta fuerza el uno como el otro. Demasiado emocionada, la joven se alejó suavemente de Hippolyte y dijo, lanzándole una mirada llena de ingenuidad:

—¡Qué feliz va a hacer a mi madre!

—¡Cómo! ¿Solo a su madre? –preguntó él.

—¡Oh, yo ya lo soy demasiado.

El pintor bajó la cabeza y permaneció en silencio, asustado ante la violencia de los sentimientos que el acento de aquella frase despertó en su corazón. Comprendiendo entonces ambos el peligro de aquella situación, bajaron y colocaron el retrato en su sitio. Hippolyte almorzó por primera vez con la baronesa, que, enternecida y deshecha en llanto, quiso darle un beso. Por la noche, el viejo emigrado, antiguo camarada del barón de Rouville, hizo a sus dos amigas una visita para anunciarles que acababa de ser nombrado vicealmirante. Sus navegaciones terrestres a través de Alemania y Rusia le habían sido contabilizadas como campañas navales. Al ver el retrato, estrechó cordialmente la mano del pintor y exclamó:

—A fe que, aunque no merezca la pena conservar mi vieja osamenta, daría quinientas pistolas por verme retratado y tan parecido como lo está mi viejo amigo Rouville.

Ante aquella propuesta, la baronesa miró a su amigo y sonrió, dejando traslucir en su rostro las muestras de una repentina gratitud. Hippolyte creyó adivinar que el viejo almirante quería ofrecerle el precio de los dos retratos al pagar el suyo. Su orgullo de artista, quizá tanto como sus celos, se ofendió:

—Señor, si yo pintase retratos, no habría hecho este.

El almirante se mordió los labios y se puso a jugar. El pintor se quedó al lado de Adélaïde, que le propuso seis partidas a los cientos, él aceptó. Mientras jugaban, observó en la señora de Rouville un ardor por el juego que no dejó de sorprenderle. Nunca aquella anciana baronesa había manifestado un deseo tan ardiente por ganar, ni un placer tan intenso al palpar las monedas de oro del gentilhombre. Durante la velada, la felicidad de Hippolyte se vio turbada por malas sospechas que le infundieron desconfianza. Entonces, ¿vivía del juego la señora de Rouville? ¿No jugaba en aquel momento para pagar alguna deuda, o empujada por alguna necesidad? Quizá no había pagado el alquiler. Aquel viejo parecía ser lo bastante

astuto para no dejarse robar impunemente su dinero. ¿Qué interés lo guiaba hasta aquella casa pobre, a él, tan rico? ¿Por qué, tan familiar antes con Adélaïde, había renunciado a confianzas adquiridas y tal vez debidas? Estas involuntarias reflexiones le indujeron a examinar al anciano y a la baronesa, cuyo aire de inteligencia y ciertas miradas de soslayo lanzadas sobre Adélaïde y sobre él le desagradaron. «¿Estarán engañándome?» fue para Hippolyte una última idea, horrible, ultrajante, en la que precisamente creyó lo bastante para sentirse torturado. Quiso quedarse hasta que los dos viejos se hubieran marchado para confirmar sus sospechas o disiparlas. Sacó su bolsa para pagar a Adélaïde; pero, arrebatado por sus angustiosos pensamientos, la puso sobre la mesa, y se sumió en una ensoñación que no duró mucho; luego, avergonzado de su silencio, se levantó, respondió a una pregunta trivial de la señora de Rouville y se acercó a ella para escrutar mejor, mientras hablaba, aquel viejo rostro. Salió presa de mil incertidumbres. Tras bajar unos cuantos escalones, volvió para recoger su bolsa olvidada.

—He olvidado mi bolsa –le dijo a la joven.

—No –respondió ella sonrojándose.

—Creía que estaba ahí –repuso él señalando la mesa de juego.

Avergonzado por Adélaïde y por la baronesa al no ver la bolsa allí, las miró con un aire alelado que las hizo reír, palideció y dijo palpándose el chaleco:

—Me habré equivocado, debo de tenerla encima.

En uno de los compartimentos de aquella bolsa había quince luises, y en el otro algunas monedas de calderilla. El robo era tan flagrante, lo negaban con tal descaro, que Hippolyte ya no tuvo la menor duda sobre la moralidad de sus vecinas; se detuvo en la escalera, que bajó penosamente; sus piernas temblaban, sentía vértigos, sudaba, tiritaba, y no tenía fuerzas para caminar, mientras luchaba con la atroz conmoción causada por el derrumbamiento de todas sus esperanzas. Desde ese momento, atrapó en su memoria una multitud de observaciones, en apariencia ligeras, pero que corroboraban sus horribles sospechas y que, al probarle la realidad del último hecho, le abrieron los ojos sobre el carácter y la vida de aquellas dos mujeres. ¿Es que habían esperado a que el retrato fuese entregado para robar aquella bolsa? Premeditado, el robo parecía aún más odioso. Para su desgracia, el pintor recordó que, desde hacía dos o tres veladas, Adélaïde, mientras fingía examinar, con curiosidad propia de una joven, la peculiar labor de la redecilla de seda gastada, probablemente verificaba el dinero que contenía la bolsa haciendo bromas inocentes en apariencia, pero que sin duda tenían por objeto espiar el momento en que la cantidad fuese lo bastante elevada para merecer la pena robarla. «El viejo almirante quizá tiene excelentes razones para no casarse con Adélaïde, y entonces la baronesa habrá tratado de…». Ante esta suposición se detuvo, sin concluir su pensamiento, que fue destruido por una reflexión muy justa. «Si la baronesa –pensó– espera casarme con su hija, no me habrían robado». Luego, para no renunciar a sus ilusiones, ni a su amor, arraigado ya con tanta fuerza, trató de buscar alguna justificación en el azar.

«La bolsa se habrá caído al suelo –se dijo–, se habrá quedado en mi sillón. Quizá la llevo encima, ¡soy tan distraído!». Se registró con movimientos rápidos y no encontró la maldita bolsa. Su cruel memoria volvía a pintarle por momentos la fatal verdad. Veía con toda claridad su bolsa extendida sobre el tapete; pero, como ya no dudaba del robo, disculpaba a Adélaïde diciéndose que no se debía juzgar tan deprisa a los desgraciados. En aquella acción en apariencia tan degradante había sin duda un secreto. No quería que aquel orgulloso y noble rostro fuese una mentira. Sin embargo, aquel piso tan miserable le pareció desprovisto de la poesía del amor que lo embellece todo: lo vio sucio y deteriorado, lo consideró como la representación de una vida interior sin nobleza, ociosa, viciosa. Nuestros sentimientos, ¿no están, por así decir, escritos sobre las cosas que nos rodean? A la mañana siguiente se levantó sin haber dormido. El dolor del corazón, esa grave enfermedad moral, había hecho en él enormes progresos. Perder una felicidad soñada, renunciar a todo un futuro, es un sufrimiento más agudo que el causado por la ruina de una felicidad ya sentida, por más completa que haya sido: ¿no es la esperanza mejor que el recuerdo? Las meditaciones en que de pronto cae nuestra alma son entonces como un mar si orillas en cuyo seno podemos nadar durante un momento, pero donde nuestro amor debe ahogarse y perecer. Y es una muerte horrible. ¿No son los sentimientos la parte más brillante de nuestra vida? De esa muerte parcial provienen, en ciertos organismos, los grandes estragos producidos por los desencantos, por las esperanzas y las pasiones frustradas. Es lo que le ocurrió al joven pintor. Salió temprano, fue a pasear bajo las frescas sombras de las Tullerías, absorto en sus ideas y olvidado de todo el mundo. Allí encontró por casualidad a uno de sus amigos más íntimos, un compañero de colegio y de taller, con el que siempre había vivido mejor de lo que se vive con un hermano.

—Bueno, Hippolyte, ¿qué te pasa? –le dijo François Souchet, joven escultor que acababa de obtener el primer premio y pronto debía partir para Italia.

—Soy muy desgraciado –respondió gravemente Hippolyte.

—Solo una pena de amor puede entristecerte. Dinero, gloria, consideración, no te falta nada.

Insensiblemente empezaron las confidencias, y el pintor confesó su amor. En el momento en que habló de la calle de Surène y de una joven alojada en un cuarto piso: —¡Alto ahí! –exclamo alegremente Souchet–. Es una jovencita a la que voy a ver todas las mañanas a la Asunción, a la que hago la corte. Pero, querido, si la conocemos todos. ¡Su madre es baronesa! ¿Es que crees en las baronesas alojadas en un cuarto piso? Brrr ¡Ah, bueno!, eres un hombre de la edad de oro. Aquí, en esta alameda, vemos a su anciana madre todos los días, pero tiene una cara y un porte que lo dicen todo. ¡Cómo! ¿No has adivinado lo que es por su manera de llevar el bolso?

Los dos amigos pasearon largo rato, y varios jóvenes que conocían a Souchet o a Schinner se unieron a ellos. La aventura del pintor, considerada de poca importancia, les fue contada por el escultor.

—¡Y también él –decía– ha visto a esa pequeña!

Hubo comentarios, risas, burlas inocentes impregnadas de la alegría habitual de los artistas, pero que hicieron sufrir horriblemente a Hippolyte. Cierto pudor del alma le hacía sentirse incómodo al ver el secreto de su corazón tratado tan a la ligera, su pasión desgarrada, hecha jirones, y una joven desconocida, y cuya vida parecía tan modesta, sujeta a juicios verdaderos o falsos, emitidos con tanta despreocupación. Fingió sentirse movido por un espíritu de contradicción, pidió con toda seriedad a cada uno pruebas de sus afirmaciones, y las bromas empezaron de nuevo.

—Pero, querido amigo, ¿has visto el chal de la baronesa? –decía Souchet.

—¿No has seguido a la pequeña cuando va correteando por la mañana a la Asunción? –decía Joseph Bridau, joven pintorzuelo del taller de Gros[20].

—¡Ah!, entre otras virtudes, la madre tiene cierto vestido gris que me parece todo un modelo –dijo Bixiou, el caricaturista.

—Escucha, Hippolyte, –continuó el escultor–, ven aquí hacia las cuatro, y analiza un poco el modo de andar de la madre y de la hija. Si después dudas todavía, pues bueno, nunca se conseguirá nada de ti: serás capaz de casarte con la hija de tu portera.

Presa de los sentimientos más opuestos, el pintor dejó a sus amigos. Le parecía que Adélaïde y su madre debían estar por encima de aquellas acusaciones, y en el fondo de su corazón sentía remordimientos por haber sospechado de la pureza de aquella joven, tan bella y tan sencilla. Fue a su taller, pasó ante la puerta del piso donde estaba Adélaïde, y sintió dentro de sí un dolor de corazón sobre el que ningún hombre se engaña. Amaba a la señorita de Rouville tan apasionadamente que, a pesar del robo de la bolsa, seguía adorándola. Su amor era el del caballero Des Grieux que admiraba y purificaba a su amante hasta en la galera que lleva a prisión a las mujeres perdidas[21]. «¿Por qué mi amor no había de convertirla en la más pura de todas las mujeres? ¿Por qué abandonarla al mal y al vicio sin tenderle una mano amiga?». Esa misión le agradó. El amor saca partido de todo. Nada seduce más a un joven que jugar el papel de genio benéfico con una mujer. Hay un no sé qué de novelesco en esa empresa que conviene a las almas exaltadas. ¿No es la abnegación la más amplia bajo la forma más elevada y la más graciosa? ¿No hay cierta grandeza en saber que se ama lo bastante para amar incluso donde el amor de los demás se extingue y muere? Hippolyte se sentó en su taller, contempló su cuadro sin hacer nada, viendo sus figuras solo a través de algunas lágrimas que rodaban de sus ojos, sosteniendo el pincel en la mano, avanzando hacia la tela como para suavizar un tono, pero sin tocarla. La noche le sorprendió en esa actitud. Despertado de su ensueño por la oscuridad, bajó, encontró al viejo almirante en la escalera, le lanzó una mirada sombría al saludarle, y escapó. Había tenido la intención de entrar en casa de sus vecinas, pero la vista del protector de Adélaïde le heló el corazón e hizo desvanecerse su propósito. Se preguntó por enésima vez qué interés podía llevar a un anciano de buena fortuna, con ochenta mil libras de renta, a aquel cuarto piso donde perdía unos cuarenta francos todas las noches; y ese interés, creyó adivinarlo. Al día siguiente, y

en los sucesivos, Hippolyte se lanzó al trabajo para tratar de combatir su pasión con el entusiasmo de las ideas y la fogosidad de la inspiración. Lo consiguió a medias. El estudio le consoló sin llegar, no obstante, a sofocar los recuerdos de tantas horas de ternura pasadas junto a Adélaïde. Una noche, al abandonar su taller, encontró entreabierta la puerta del piso de las dos damas. Había una persona de pie, en el hueco de la ventana. La disposición de la puerta y de la escalera no permitía al pintor pasar sin ver a Adélaïde, la saludó fríamente lanzándole una mirada llena de indiferencia; pero, juzgando los sufrimientos de aquella joven por los suyos propios, sintió un estremecimiento interior al pensar en la amargura que aquella mirada y aquella frialdad debían arrojar en un corazón enamorado. ¿Coronar los más dulces goces que jamás hayan sentido dos almas puras con un desdén de ocho días, y con el desprecio más profundo, más completo?… ¡Horrible desenlace! Quizá habían encontrado la bolsa, y quizá todas las noches Adélaïde había esperado a su amigo. Este pensamiento tan sencillo, tan natural, hizo sentir de nuevo al amante remordimientos, se preguntó si las pruebas de afecto que la joven le había dado, si las deliciosas conversaciones henchidas de un amor que le había encantado, no merecían al menos una investigación, no valían una justificación. Avergonzado de haberse resistido durante una semana a los impulsos de su corazón, y sintiéndose casi un criminal por aquel combate, esa misma noche fue a casa de la señora Rouville. Todas sus sospechas, todos sus malos pensamientos se disiparon al ver a la joven pálida y demacrada.

—Dios mío, ¿qué le pasa? –le dijo después de haber saludado a la baronesa.

Adélaïde no le respondió, pero le dirigió una mirada llena de melancolía, una mirada triste, descorazonadora, que le hizo daño.

—Sin duda ha trabajado usted mucho –dijo la anciana–, está cambiado. Nosotras somos la causa de su reclusión. Ese retrato habrá retrasado algunos cuadros importantes para su prestigio.

Hippolyte se sintió feliz por encontrar una excusa tan buena para su falta de cortesía.

—Sí –dijo–, he estado muy ocupado, pero he sufrido…

A estas palabras, Adélaïde levantó la cabeza, miró a su enamorado, y sus ojos inquietos ya no le reprocharon nada.

—¿Y nos ha creído tan indiferentes a lo que puede ocurrirle de bueno o de malo? –dijo la anciana.

—He hecho mal –contestó él–. Sin embargo, hay pesares que no podrían confiarse a nadie, ni siquiera a un sentimiento menos reciente que este con el que me honran ustedes…

—La sinceridad, la fuerza de la amistad no deben medirse por el tiempo. He visto a viejos amigos que, en la desgracia, no derramaban ni una lágrima –dijo la baronesa moviendo la cabeza.

—Pero ¿qué le ocurre entonces? –preguntó el joven a Adélaïde.

—¡Oh, nada –respondió la baronesa–. Adélaïde ha pasado varias noches acabando una labor femenina, y no ha querido hacerme caso cuando le decía que un día más o menos importaba poco…

Hippolyte no escuchaba. Al ver aquellas dos figuras tan nobles, tan serenas, se avergonzaba de sus sospechas, y atribuía la pérdida de su bolsa a algún azar desconocido. Aquella velada fue deliciosa para él, y quizá también para ella. ¡Hay secretos que las almas jóvenes entienden tan bien! Adélaïde adivinaba los pensamientos de Hippolyte. Sin querer confesar sus errores, el pintor los reconocía, volvía a su amada más enamorado, más afectuoso, tratando así de comprar un perdón tácito. Adélaïde saboreaba unas alegrías tan perfectas, tan dulces que se daba por pagada suficientemente de todos los pesares que habían rozado con tanta crueldad su alma. La armonía tan verdadera de sus corazones, aquella comprensión llena de magia, fue sin embargo turbada por unas palabras de la baronesa de Rouville.

—¿Echamos nuestra partidita? –dijo ella–, porque mi viejo Kergarouët no me perdona.

Aquella frase despertó todos los temores del joven pintor, que se ruborizó al mirar a la madre de Adélaïde: pero sobre aquel rostro no vio más que la expresión de una bondad sin falsía: ninguna segunda intención destruía su encanto, su finura no era pérfida, su malicia parecía dulce, y ningún remordimiento alteraba su calma. Entonces se sentó ante la mesa de juego. Adélaïde quiso compartir la suerte del pintor, pretendiendo que él no conocía el juego de cientos y necesitaba un *partner.* La señora de Rouville y su hija se hicieron, durante la partida, señas de inteligencia que inquietaron a Hippolyte, sobre todo porque iba ganando; pero al final, una última jugada convirtió a los dos enamorados en deudores de la baronesa. Al querer buscar dinero en su faltriquera, el pintor retiró sus manos de encima de la mesa, y entonces vio delante de él una bolsa que Adélaïde había deslizado sin que él se diera cuenta, la pobre niña tenía en sus manos la antigua y fingía buscar en ella dinero para pagar a su madre. Toda la sangre de Hippolyte afluyó tan vivamente a su corazón que a punto estuvo de perder el conocimiento. La bolsa nueva que sustituía a la suya, y que contenía sus quince luises, estaba bordada de perlas de oro. Las anillas, las borlas, todo demostraba el buen gusto de Adélaïde, que sin duda había gastado todo su peculio en los adornos de aquella deliciosa labor. Era imposible decir con más delicadeza que el regalo del pintor solo podía ser recompensado por un testimonio de ternura. Cuando Hippolyte, abrumado de felicidad, volvió los ojos hacia Adélaïde y hacia la baronesa, las vio temblando de placer y felices por aquella adorable superchería. Se encontró a sí mismo pequeño, mezquino, necio; habría querido poder castigarse, desgarrarse el corazón. Algunas lágrimas asomaron a sus ojos, se levantó con un impulso irresistible, tomó a Adélaïde en sus brazos, la estrechó contra su corazón, le robó un beso; luego, con la buena fe de los artistas: «Se la pido por esposa», exclamó, mirando a la baronesa.

Adélaïde lanzaba al pintor miradas medio enojadas, y la señora de Rouville, algo

sorprendida, buscaba una respuesta cuando la escena fue interrumpida por el ruido de la campanilla. El viejo vicealmirante apareció seguido por su sombra y por la señora Schinner. Tras haber adivinado la causa de las penas que su hijo trataba en vano de ocultarle, la madre de Hippolyte se había informado por algunos amigos sobre Adélaïde. Justamente alarmada ante las calumnias que pesaban sobre aquella joven sin que el conde de Kergarouët lo supiera, cuyo nombre le fue revelado por la portera, había ido a contárselas al vicealmirante, que, furioso, «quería –según dijo– cortarles las orejas a aquellos bergantes». Animado por su rabia, el almirante había confiado a la señora Schinner el secreto de sus pérdidas voluntarias en el juego, dado que el orgullo de la baronesa solo le dejaba ese ingenioso medio de socorrerla.

Cuando la señora Schinner hubo saludado a la señora de Rouville, esta miró al conde de Kergarouët, al caballero du Haiga, viejo amigo de la difunta condesa de Kergarouét, a Hippolyte, a Adélaïde, y dijo con la gracia del corazón:

—Parece que esta noche estamos en familia.

París, mayo de 1832.

LA PAZ DEL HOGAR

A mi querida sobrina Valentine Surville[1].

La aventura trazada por esta Escena ocurrió hacia finales del mes de noviembre de 1809, momento en que el fugaz imperio de Napoleón alcanzó el apogeo de su esplendor. Las fanfarrias de la victoria de Wagram aún resonaban en el corazón de la monarquía austriaca. La paz se firmaba entre Francia y la Coalición[2]. Reyes y príncipes acudieron entonces, como astros, a realizar sus evoluciones en torno a Napoleón, que se dio el gusto de arrastrar a Europa tras de sí, magnífico ensayo del poderío que desplegó más tarde en Dresde.

Nunca, al decir de los contemporáneos, vio París fiestas más bellas que las que precedieron y siguieron al matrimonio de este soberano con una archiduquesa de Austria[3]. Nunca en las mayores jornadas de la antigua monarquía se apiñaron tantas testas coronadas a orillas del Sena, y nunca la aristocracia francesa fue tan rica ni tan brillante como entonces. Los diamantes profusamente esparcidos sobre los adornos, los bordados de oro y de plata de los uniformes contrastaban tanto con la indigencia republicana que parecía que las riquezas del globo rodaban por los salones de París. Una ebriedad general parecía haberse adueñado de aquel imperio por un día. Todos los militares, sin exceptuar su jefe, gozaban como advenedizos de los tesoros conquistados por un millón de hombres con hombreras de lana cuyas exigencias quedaban satisfechas con algunas varas de cinta roja. En esa época, la mayor parte de las mujeres afectaban esa ligereza de costumbres y ese relajamiento de moral que marcaron el reinado de Luis XV. Fuese para imitar el tono de la monarquía desmoronada, fuese que ciertos miembros de la familia imperial hubieran dado el ejemplo, como pretendían los frondistas del *faubourg* Saint-Germain[4], lo cierto es que, hombres y mujeres, todos se precipitaban en el placer con una intrepidez que parecía presagiar el fin del mundo. Pero entonces existía otra razón para esa licencia. El entusiasmo de las mujeres por los militares se volvió una especie de frenesí y coincidía demasiado bien con las miras del Emperador como para que este le pusiera un freno. Los frecuentes llamamientos a las armas, que hicieron que todos los armisticios concluidos entre Europa y Napoleón se parecieran a armisticios, exponían las pasiones a desenlaces tan rápidos como las decisiones del jefe supremo de aquellos *kolbacks*[5], dormanes y cordones que tanto agradaron al bello sexo. De ahí que los corazones fueran tan nómadas entonces como los regimientos. Desde un primer a un quinto boletín del Gran Ejército, una mujer podía ser sucesivamente amante, esposa, madre y viuda. ¿Era la perspectiva de una viudez próxima, de una pensión, o la esperanza de llevar un apellido que podía pasar a la Historia, las que volvieron tan seductores a los militares? ¿Fueron arrastradas las mujeres hacia ellos

por la certeza de que el secreto de sus pasiones quedaría enterrado en los campos de batalla, o debe buscarse la causa de ese dulce fanatismo en la noble atracción que el valor tiene para ellas? Quizá todas estas razones, que el futuro historiador de las costumbres imperiales se entretendrá sin duda en sopesar, concurrían a su rauda facilidad para entregarse a los amoríos. Sea lo que fuere, confesémoslo aquí: los laureles cubrieron entonces muchas faltas, las mujeres buscaron con ardor a esos audaces aventureros que les parecían verdaderas fuentes de honores, riquezas o placeres, y a los ojos de las jóvenes una charretera, ese jeroglífico futuro, significó dicha y libertad. Uno de los rasgos de esa época única en nuestros anales, y que la caracteriza, fue una pasión desenfrenada por todo lo que brillaba. Nunca hubo tantos fuegos artificiales, nunca el diamante alcanzó tan gran valor. Los hombres, tan ávidos como las mujeres de esos guijarros blancos, los lucían igual que ellas. Quizá la obligación de dar al botín la forma más fácil de transporte puso de moda las joyas en el ejército. Un hombre no era tan ridículo como lo sería hoy cuando la chorrera de su camisa o sus dedos ofrecían a las miradas gruesos diamantes. Murat, hombre completamente oriental, dio el ejemplo de un lujo absurdo entre los militares modernos[6].

El conde de Gondreville, que antes se llamaba ciudadano Malin, y al que su rapto hizo célebre, convertido en uno de los Lúculos[7] de aquel Senado Conservador que no conservó nada, solo aplazó su fiesta en honor de la paz para hacer mejor la corte a Napoleón, esforzándose por eclipsar a los aduladores que se le habían adelantado. Los embajadores de todas las potencias amigas de Francia a beneficio de inventario, los personajes más importantes del Imperio, incluso algunos príncipes, estaban reunidos en ese momento en los salones del opulento senador. El baile languidecía, todos esperaban al Emperador, cuya presencia había prometido el conde. Napoleón habría cumplido su palabra de no ser por la escena que esa misma noche se produjo entre Josefina y él, escena que reveló el próximo divorcio de esos augustos cónyuges[8]. La noticia de aquella aventura, mantenida entonces muy en secreto, pero que la historia recogía, no llegó a oídos de los cortesanos y solo por la ausencia de Napoleón influyó en la alegría de la fiesta del conde de Gondreville. Las mujeres más hermosas de París, impacientes por acudir a su casa tras haber creído en ese anuncio, rivalizaban en ese momento en lujo, coquetería, indumentaria y belleza. Orgullosa de sus riquezas, la Banca desafiaba allí a aquellos relumbrantes generales y a aquellos grandes oficiales del Imperio recientemente cargados de cruces, títulos y condecoraciones. Estos grandes bailes eran siempre ocasiones aprovechadas por las familias ricas para exhibir a sus herederas ante los ojos de los pretorianos de Napoleón, con la loca esperanza de intercambiar sus magníficas dotes por un favor incierto. Las mujeres que se creían bastante fuertes por su sola belleza acudían para probar su poder. Allí, como en cualquier otra parte, el placer no era más que una máscara. Los rostros serenos y risueños y las frentes serenas encubrían odiosos cálculos; los testimonios de amistad mentían, y más de un personaje desconfiaba

menos de sus enemigos que de sus amigos. Estas observaciones eran necesarias para explicar los acontecimientos del pequeño *imbroglio*, tema de esta Escena, y la pintura, por atenuada que sea, del tono que reinaba entonces en los salones de París.

—Vuelva un poco los ojos hacia esa columna rota que sostiene un candelabro, ¿ve una joven con un peinado chino? Allí, en el rincón de la izquierda, lleva unas campanillas azules en el ramo de cabellos castaños que cae en haces sobre su cabeza. ¿No la ve? Está tan pálida que parece enferma, es graciosa y muy menuda; ahora gira la cabeza hacia nosotros; sus ojos azules, en forma de almendra y arrebatadores, parecen hechos adrede para llorar. Pero, fíjese, se inclina para mirar a la señora de Vaudremont a través de ese dédalo de cabezas en movimiento cuyos altos peinados le interceptan la vista.

—¡Ah!, ya la veo, amigo mío. Bastaba con que me la hubieras designado como la mujer más blanca de todas las que hay aquí, la habría reconocido, ya me he fijado en ella; tiene la tez más bella que nunca he admirado. Desde aquí te desafío a que distingas en su cuello las perlas que separan cada uno de los zafiros de su collar. Pero debe de ser decente o coqueta, porque los encajes de su corpiño apenas permiten sospechar la belleza de sus contornos. ¡Qué hombros! ¡Qué blancura de azucena!

—¿Quién es? –preguntó el que había hablado primero.

—¡Ah!, no sé.

—¡Aristócrata! Por lo visto, Montcornet, quiere quedárselas todas para usted.

—¡No eres tú el más indicado para burlarte de mí! –continuó Montcornet con una sonrisa–. ¿Te crees con derecho a insultar a un pobre general como yo, porque, rival afortunado de Soulanges, no haces una sola pirueta que no alarme a la señora de Vaudremont? ¿O es porque solo hace un mes que he llegado a la tierra prometida? ¡Qué insolentes son ustedes, los burócratas que permanecen pegados a sus sillas mientras nosotros estamos en medio de los obuses! Vamos, señor relator del Consejo de Estado, déjennos espigar en el campo cuya precaria posesión solo queda para ustedes en el momento en que nosotros lo dejamos. ¡Qué diantre, todo el mundo tiene que vivir! Amigo mío, si conocieras a los alemanes, estoy seguro de que me ayudarías con la parisina que tanto aprecias.

—General, ya que ha honrado usted con su atención a esa mujer que veo aquí por primera vez, tenga la bondad de decirme si la ha visto bailar.

—Pero, mi querido Martial, ¿de qué nube caes? Si te envían de embajador, te auguro pocos éxitos. ¿No ves tres filas de las más intrépidas coquetas de París entre ella y el enjambre de bailarines que zumba debajo de la araña, y no has necesitado la ayuda de tus impertinentes para descubrirla en el ángulo de aquella columna donde parece enterrada en la oscuridad a pesar de las bujías que brillan por encima de su cabeza? Entre ella y nosotros centellean tantos diamantes y tantas miradas, flotan tantas plumas, ondulan tantos encajes, flores y trenzas, que sería verdadero milagro si algún bailarín pudiera verla en medio de esos astros. ¿Cómo, Martial? ¿No has adivinado en ella a la mujer de algún subprefecto de Lippe o de Dyle[9] que viene a

tratar de convertir a su marido en prefecto?

—¡Oh, lo será! –dijo vivamente el relator del Consejo de Estado.

—Lo dudo –replicó el coronel de coraceros riendo–, parece tan novicia en intriga como lo eres tú en diplomacia. Apuesto, Martial, a que no sabes cómo ha ido a parar ahí.

El relator del Consejo de Estado miró al coronel de coraceros de la Guardia con un aire que revelaba tanto desdén como curiosidad.

—Pues bien –dijo Montcornet prosiguiendo–, seguro que ha llegado a las nueve en punto, quizá la primera, y probablemente haya puesto en gran apuro a la condesa de Gondreville, que no sabe hilvanar dos ideas. Rechazada por la anfitriona, echada de silla en silla por cada recién llegada hasta las tinieblas de ese pequeño rincón, se habrá dejado encerrar en él víctima de los celos de estas damas, que no habrán deseado nada mejor que enterrar así a esa peligrosa belleza. No habrá tenido ningún amigo para animarla a defender el sitio de primer plano que desde el principio habría debido ocupar, cada una de esas pérfidas bailarinas habrá conminado a los hombres de su círculo la orden de no sacar a bailar a nuestra pobre amiga, so pena de los castigos más terribles. Ya ves, querido amigo, de qué modo esas caritas tan tiernas, tan cándidas en apariencia, habrán formado su coalición contra la desconocida; y eso sin que ninguna de estas mujeres se haya dicho otra cosa que: «¿Conoce usted, querida, a esa damita de azul?». Mira, Martial, si quieres verte abrumado en un cuarto de hora con más miradas halagüeñas y más preguntas provocativas de las que quizá recibas en toda tu vida, trata de intentar atravesar la triple muralla que defiende a la reina de Dyle, de Lippe o de Charente. Entonces verás si la más estúpida de esas mujeres no sabe inventar en el acto un ardid capaz de detener al hombre más decidido a sacar a la luz a nuestra apenada desconocida. ¿No te parece que tiene cierto aire elegíaco?

—¿Eso crees, Montcornet? ¿Será entonces una mujer casada?

—¿Y por qué no ha de ser viuda?

—Estaría más activa –dijo riendo el relator del Consejo de Estado.

—Quizá sea una viuda cuyo marido juega al cacho[10] –replicó el bello coracero.

—En efecto, desde la paz ¡abunda tanto esta clase de viudas! –respondió Martial–. Pero, mi querido Montcornet, somos dos estúpidos. Esa cabeza expresa todavía demasiada ingenuidad, aún respira demasiada juventud y lozanía en su frente y alrededor de las sienes para que sea una mujer casada. ¡Qué vigorosos tonos de piel! No hay nada marchito en las aletas de la nariz. Los labios, la barbilla, en esa cara todo es fresco como un capullo de rosa blanca, aunque la fisonomía esté como velada por las nubes de la tristeza. ¿Qué puede hacer llorar a esa joven?

—Las mujeres lloran por tan poco… –dijo el coronel.

No sé –prosiguió Martial–, pero no llora por estar allí sin bailar, su pena no data de hoy; se ve que se ha arreglado con premeditación para esta noche. Apostaría a que ya ama a alguien.

—¡Bah!, quizá sea la hija de algún principillo alemán, nadie le dirige la palabra –dijo Montcornet.

—¡Ah!, qué desgraciada es una pobre joven! –continuó Martial–. ¿Hay alguien con más gracia y elegancia que nuestra pequeña desconocida? Pues bien, ni una sola de las brujas que la rodean y que se dicen sensibles le dirigirá la palabra. Si hablase, veríamos si sus dientes son bellos.

—Vaya, ¿subes entonces como la leche al menor aumento de la temperatura? –exclamó el coronel, algo molesto por encontrar tan pronto un rival en su amigo.

—¡Cómo! –dijo el relator del Consejo de Estado sin darse cuenta de la pregunta del general y dirigiendo sus impertinentes hacia todos los personajes que los rodeaban–. ¡Cómo! ¿No hay aquí nadie que pueda decirnos el nombre de esa flor exótica?

—¡Bah!, será alguna señorita de compañía –le dijo Montcornet.

—¿Una señorita de compañía adornada con zafiros dignos de una reina y con un vestido de encajes de Malinas? ¡A otros con esa, general! Tampoco usted será muy entendido en diplomacia si, en sus valoraciones, pasa en un instante de la princesa alemana a la señorita de compañía.

El general Montcornet detuvo por el brazo a un hombrecillo gordo cuyos cabellos grises y ojos intensos se veían en todos los rincones de las puertas, y que se entrometía sin ceremonia en los distintos grupos, que lo acogían respetuosamente.

—Gondreville, mi querido amigo –le dijo Montcornet–, ¿quién es esa encantadora mujercita sentada allí, bajo aquel inmenso candelabro?

—¿El candelabro? Ravrio[11], querido, Isabey hizo el dibujo.

—¡Oh!, ya he reconocido tu gusto y tu suntuosidad en el mueble; pero ¿la mujer?

—¡Ah!, no la conozco. Sin duda es una amiga de mi mujer.

—O de tu amante, viejo zorro.

—¡No, palabra de honor! La condesa de Gondreville es la única mujer capaz de invitar a personas que nadie conoce.

A pesar de este comentario lleno de acritud, el gordo hombrecillo conservó en sus labios la sonrisa de satisfacción interior provocada por la insinuación del coronel de coraceros. Este fue a reunirse, en un grupo vecino, con el relator del Consejo de Estado, ocupado entonces en buscar allí, aunque en vano, información sobre la desconocida. Le cogió del brazo y le dijo al oído:

—¡Mi querido Martial, ten cuidado! La señora de Vaudremont te mira desde hace unos minutos con una atención desesperante, y es una mujer capaz de adivinar solo por el movimiento de tus labios lo que me digas, nuestras miradas ya han sido demasiado significativas, ella las ha visto muy bien y seguido su dirección, y en este momento creo que está más ocupada que nosotros mismos en la pequeña damita azul.

—¡Viejo ardid de guerra, mi querido Montcornet! Pero ¿qué importa? Yo soy como el Emperador cuando hago conquistas, las conservo.

—Martial, tu fatuidad anda buscando una lección. ¡Cómo!, paisano[12], tienes la

suerte de ser el marido designado para la señora de Vaudremont, una viuda de veintidós años afligida con cuatro mil napoleones de renta, una mujer que te pone en el dedo diamantes tan hermosos como este –añadió cogiendo la mano izquierda del relator del Consejo de Estado, que se la entregó complacido–, ¡y aún tienes la pretensión de hacer el Lovelace[13], como si fueras coronel y estuvieras obligado a mantener la reputación militar en las guarniciones! A ver si piensas un poco en todo lo que puedes perder.

—No perderé, por lo menos, mi libertad –replicó Martial con una risa forzada.

Lanzó una mirada apasionada a la señora de Vaudremont, que solo le respondió con una sonrisa llena de inquietud, porque había visto al coronel examinando la sortija del relator del Consejo de Estado.

—Escucha, Martial –continuó el coronel–, si tú revoloteas alrededor de mi joven desconocida, yo emprenderé la conquista de la señora de Vaudremont.

—Tiene usted permiso, querido coracero, pero no conseguirá ni esto –dijo el joven relator del Consejo de Estado introduciendo la pulida uña de su dedo pulgar bajo uno de sus dientes superiores de donde sacó un pequeño ruido burlón.

—Piensa que estoy soltero –continuó el coronel–, que mi espada es toda mi fortuna y que, desafiarme así, es sentar a Tántalo ante un festín que devorará[14].

—¡Brr!

Esta burlona acumulación de consonantes sirvió de respuesta a la provocación del general, a quien su amigo miró, divertido, de arriba abajo antes de dejarle. La moda de la época obligaba a los hombres a llevar al baile calzón de cachemira blanco y medias de seda. Este bonito atuendo ponía de relieve la perfección de las formas de Montcornet, entonces de treinta y cinco años y que atraía las miradas por esa alta estatura exigida a los coraceros de la Guardia Imperial, cuyo bello uniforme realzaba todavía más su prestancia, aún joven a pesar de la gordura que debía a la equitación. Sus negros bigotes aumentaban la expresión franca de un rostro realmente militar, de frente amplia y despejada, nariz aguileña y boca bermeja. Los modales de Montcornet, impregnados de cierta nobleza debido al hábito del mando, podían agradar a una mujer que tuviera el buen sentido de no querer hacer un esclavo de su marido. El coronel sonrió mirando al relator del Consejo de Estado, uno de sus mejores amigos de colegio, y cuya baja y esbelta cintura le obligó, para responder a su burla, a inclinar hacia abajo su amistosa mirada.

El barón Martial de La Roche-Hugon era un joven provenzal protegido por Napoleón y que parecía destinado a alguna fastuosa embajada; había seducido al Emperador por una complacencia italiana, por su genio para la intriga, por esa elocuencia de salón y esa ciencia de las formas que con tanta facilidad sustituyen las eminentes cualidades de un hombre sólido. Aunque viva y juvenil, su cara poseía ya el brillo inmóvil de la hojalata, una de las cualidades indispensables en los diplomáticos, y que les permite ocultar sus emociones, disfrazar sus sentimientos, aunque sin embargo esa impasibilidad no anuncia en ellos la ausencia de toda

emoción y la muerte de los sentimientos. El corazón de los diplomáticos puede mirarse como un problema insoluble, porque los tres embajadores más ilustres de la época se distinguieron por la persistencia del odio y por novelescas pasiones[15]. Sin embargo, Martial pertenecía a esa clase de hombres capaces de calcular su futuro en medio de los goces más ardientes, ya tenía un juicio formado sobre la vida social y ocultaba su ambición bajo la fatuidad del hombre afortunado en amores, enmascarando su talento bajo las libreas de la mediocridad, después de haber observado la rapidez con que ascendían las personas que daban poca sombra al amo.

Los dos amigos se vieron obligados a despedirse dándose un cordial apretón de manos. El ritornelo que avisaba a las damas para que formasen las cuadrillas de una nueva contradanza expulsó a los hombres del vasto espacio en que hablaban en medio del salón. Esa conversación rápida, mantenida en el intervalo que separa siempre las contradanzas, tuvo lugar delante de la chimenea del gran salón del palacio Gondreville. Las preguntas y las respuestas de aquella charla bastante común en el baile habían sido como sopladas por cada uno de los dos interlocutores al oído de su vecino. Sin embargo, los candelabros y las antorchas de la chimenea derramaban una luz tan abundante sobre los dos amigos que sus dos caras, iluminadas con demasiada fuerza, no lograron enmascarar, pese a su discreción diplomática, la imperceptible expresión de sus sentimientos ni a la elegante condesa ni a la cándida desconocida. Ese espionaje del pensamiento quizá sea entre los ociosos uno de los placeres que encuentran en sociedad, mientras tantos necios engañados se aburren en ella sin atreverse a reconocerlo.

Para comprender todo el interés de esa conversación es necesario contar un suceso que por invisibles lazos iba a reunir a los personajes de este pequeño drama, entonces dispersos por los salones. A eso de las once de la noche, en el momento en que las bailarinas ocupaban de nuevo sus sitios, la sociedad del palacio Gondreville había visto aparecer a la mujer más bella de París, la reina de la moda, la única que faltaba en aquella espléndida reunión. Se había dado a sí misma por norma no llegar nunca hasta el instante en que los salones ofrecieran ese movimiento animado que no permite a las mujeres conservar mucho tiempo la lozanía de sus caras ni la de su acicalamiento. Ese rápido momento es como la primavera de un baile. Una hora después, cuando el placer ha pasado, cuando la fatiga llega, todo está marchito. La señora de Vaudremont nunca cometía el error de permanecer en una fiesta para mostrarse en ella con unas flores mustias, unos bucles deshechos, unos adornos arrugados, y una cara semejante a todas aquellas que, solicitadas por el sueño, no siempre consiguen engañarlo. Se guardaba mucho de dejar ver su belleza adormilada, como sus rivales; sabía sostener hábilmente su reputación de coquetería retirándose siempre de un baile tan radiante como cuando había entrado. Las mujeres se decían al oído, con un sentimiento de envidia, que preparaba y se ponía tantos adornos como bailes había en una velada. En esta ocasión, la señora de Vaudremont no iba a ser dueña de abandonar a su antojo el salón en el que se presentaba triunfalmente.

Detenida un momento en el umbral de la puerta, lanzó unas miradas observadoras, aunque rápidas, sobre las mujeres cuyo atuendo estudió inmediatamente a fin de convencerse de que el suyo eclipsaría a todos. La célebre coqueta se ofreció a la admiración de la asamblea, guiada por uno de los más valientes coroneles de la artillería de la Guardia, un favorito del Emperador, el conde de Soulanges. La unión momentánea y fortuita de estos dos personajes tuvo sin duda algo de misterioso. Al oír anunciar al señor de Soulanges y a la condesa de Vaudremont, algunas mujeres ya sentadas se levantaron, y los hombres llegados de los salones contiguos se apiñaron a las puertas del salón principal. Uno de esos bromistas, que nunca faltan en esas reuniones numerosas, dijo, al ver entrar a la condesa y a su caballero, «que las damas sentían tanta curiosidad por contemplar a un hombre fiel a su pasión como los hombres por examinar a una bella mujer difícil de retener». Aunque el conde de Soulanges, joven de unos treinta dos años, estuviera dotado de ese temperamento nervioso que engendra en el hombre las grandes cualidades, su formas menudas y su tez pálida prevenían poco en su favor; sus ojos negros anunciaban mucha vivacidad, pero en sociedad era taciturno, y nada revelaba en él uno de los talentos oratorios que debían brillar en la Derecha en las asambleas legislativas de la Restauración. La condesa de Vaudremont, mujer alta y ligeramente gruesa, con una piel deslumbrante de blancura, que sostenía con elegancia su pequeña cabeza y poseía la enorme ventaja de inspirar el amor con la gracia de sus modales, era una de esas criaturas que cumplen todas las promesas que hace su hermosura. Esta pareja, convertida por unos instantes en objeto de la atención general, no dejó que la curiosidad se ejerciera sobre ella mucho rato. El coronel y la condesa parecieron comprender perfectamente que el azar acababa de colocarlos en una situación molesta. Al verlos avanzar, Martial se precipitó hacia el grupo de hombres que ocupaba el puesto de la chimenea para observar, a través de las cabezas que para él formaban una especie de muralla, a la señora de Vaudremont con la atención celosa que presta el primer fuego de la pasión: una voz secreta parecía decirle que el éxito del que estaba orgulloso quizá fuera precario; pero la sonrisa de cortesía fría con que la condesa dio las gracias al señor de Soulanges, y el gesto que hizo para despedirle sentándose junto a la señora de Gondreville, distendieron todos los músculos que los celos habían contraído en su rostro. Sin embargo, al ver de pie, a dos pasos del canapé en que estaba la señora de Vaudremont, a Soulanges, que pareció no comprender la mirada con que la joven coqueta le había dicho que tanto uno como otro jugaban un papel ridículo, el provenzal de cabeza volcánica frunció de nuevo las negras cejas que sombreaban sus ojos azules, acarició para disimular los rizos de sus cabellos castaños y, sin traicionar la emoción que hacía palpitar su corazón, vigiló el semblante de la condesa y el del señor de Soulanges, mientras seguía bromeando con sus vecinos; cogió entonces la mano del coronel que acababa de trabar conversación con él, pero estaba tan preocupado que lo escuchaba sin oírle. Soulanges lanzaba miradas tranquilas sobre la cuádruple hilera de mujeres que enmarcaba el inmenso salón del senador, admirando

aquella cenefa de diamantes, rubíes, gavillas de oro y enjoyadas cabezas cuyo brillo casi hacia palidecer el fuego de las velas, el cristal de las arañas y los dorados. La despreocupada calma de su rival hizo perder los estribos al relator del Consejo de Estado. Incapaz de dominar la secreta impaciencia que lo devoraba, Martial avanzó hacia la señora de Vaudremont para saludarla. Cuando apareció el provenzal, Soulanges le lanzó una mirada fría y volvió la cabeza de manera impertinente. Un silencio grave reinó en el salón, en el que la curiosidad llegó a su colmo. Todas las cabezas tendidas ofrecieron las expresiones más extrañas, cada cual temió y esperó una de esas escenas que la gente bien educada siempre trata de evitar. De pronto, la pálida figura del conde se volvió tan roja como el escarlata de sus bocamangas, y sus miradas se inclinaron inmediatamente hacia el suelo para no dejar adivinar la causa de su turbación. Al ver a la desconocida humildemente situada al pie del candelabro, pasó con aire triste ante el relator del Consejo de Estado, y se refugió en uno de los salones de juego. Martial y la concurrencia creyeron que Soulanges le cedía públicamente el sitio, por temor al ridículo que siempre alcanza a los amantes destronados. El relator del Consejo de Estado alzó con orgullo la cabeza, miró a la desconocida; luego, cuando se sentó con desenvoltura al lado de la señora de Vaudremont, la escuchó con un aire tan distraído que no oyó estas palabras pronunciadas tras el abanico por la coqueta:

—Martial, hágame el favor de no lucir esta noche la sortija que me ha quitado. Tengo mis razones, y se las explicaré dentro de un momento, cuando nos retiremos. Me ofrecerá usted el brazo para ir a casa de la princesa de Wagram.

—¿Por qué ha aceptado la mano del coronel? –preguntó el barón.

Le he encontrado bajo el peristilo –respondió ella–; pero déjeme, todos nos están observando.

Martial fue a reunirse con el coronel de coraceros. La damita azul se convirtió entonces en el lazo común de la inquietud que agitaba a la vez y de forma tan distinta, al coracero, a Soulanges, a Martial y a la condesa de Vaudremont. Cuando los dos amigos se separaron tras haberse lanzado el desafío que puso fin a su conversación, el relator del Consejo de Estado se precipitó hacia la señora de Vaudremont y supo situarla en medio de la más brillante cuadrilla. Merced a esa especie de ebriedad en que la mujer queda siempre sumergida por la danza y por el movimiento de un baile en el que los hombres se muestran con el charlatanismo del atuendo que no les confiere menos atractivos de los que presta a las mujeres, Martial creyó que podía abandonarse impunemente al hechizo que lo atraía hacia la desconocida. Si consiguió ocultar las primeras miradas que lanzó sobre la dama azul a la inquieta actividad de los ojos de la condesa, no tardó en ser sorprendido en flagrante delito; y si logró excusar una primera preocupación, no justificó el impertinente silencio con que respondió más tarde a la más seductora de las preguntas que una mujer pueda dirigir a un hombre: ¿me ama usted esta noche? Cuanto más absorto estaba, más apremiante y burlona se mostraba la condesa. Mientras Martial bailaba, el coronel fue de grupo en

grupo buscando información sobre la joven desconocida. Tras haber agotado la complacencia de todas las personas, incluso de las indiferentes, se decidía a aprovechar un instante en que la condesa de Gondreville parecía libre para preguntarle a ella misma el nombre de aquella misteriosa dama cuando vio un ligero vacío entre la columna rota que sostenía el candelabro y los dos divanes que iban a terminar allí. El coronel aprovechó el momento en que el baile dejaba vacía una gran parte de las sillas que formaban varias hileras de fortificaciones defendidas por madres o por mujeres de cierta edad, y emprendió la travesía de aquella empalizada cubierta de chales y pañuelos. Empezó cumplimentando a las viudas; luego, de mujer en mujer, de cortesía en cortesía, acabó por llegar al lugar vacío al lado de la desconocida. A riesgo de engancharse en los grifos y quimeras del inmenso candelabro, permaneció allí bajo el fuego y la cera de las velas, con gran enfado de Martial. Demasiado astuto para interpelar bruscamente a la damita azul que tenía a su derecha, el coronel empezó por decir a una dama alta y bastante fea que estaba sentada a su izquierda.

—¡Hermoso baile!, ¿verdad, señora? ¡Qué lujo, qué movimiento! A fe que aquí todas las mujeres son bellas. Si usted no baila, seguro que es porque no quiere.

Esta insípida conversación entablada por el coronel tenía por objeto hacer hablar a su vecina de la derecha, que, silenciosa y preocupada, no le prestaba la menor atención. El oficial mantenía en reserva una multitud de frases que debían terminar con un: «¿Y usted, señora?», en el que tenía puestas muchas esperanzas. Pero quedó extrañamente sorprendido al advertir algunas lágrimas en los ojos de la desconocida, a quien la señora de Vaudremont parecía cautivar por completo.

—Sin duda la señora está casada –dijo por fin el coronel Montcornet con voz bastante insegura.

—Sí, señor –respondió la desconocida.

—Y sin duda su marido está aquí.

—Sí, señor.

—¿Y entonces por qué, señora, se queda en este sitio? ¿Por coquetería?

La afligida sonrió con tristeza.

—Concédame el honor, señora, de ser su caballero para la contradanza siguiente, y puede estar segura de que no la traeré de nuevo aquí. Junto a la chimenea estoy viendo un confidente vacío, venga. Cuando tantas personas se disponen a reinar y la locura del día es la realeza, no concibo que usted se niegue a aceptar el título de reina del baile que parece prometido a su belleza.

—No bailaré, señor.

La entonación breve de las respuestas de aquella mujer era tan desesperante que el coronel se vio obligado a abandonar la plaza. Martial, que adivinó la última petición del coronel y la negativa que había sufrido, se puso a sonreír y se acarició la barbilla haciendo brillar la sortija que tenía en el dedo.

—¿De qué se ríe? –le dijo la condesa de Vaudremont.

—Del fracaso de ese pobre coronel, que acaba de dar un paso de principiante.

Le había rogado que se quitase la sortija –replicó la condesa interrumpiéndole.

—No lo he oído.

—Esta noche, aunque no oye nada, sabe usted verlo todo, señor barón –replicó la señora de Vaudremont con aire ofendido.

—Mire aquel joven que luce un brillante muy bello –dijo entonces la desconocida al coronel.

—Magnífico –respondió él–. Ese joven es el barón Martial de La Roche-Hugon[16], uno de mis amigos más íntimos.

—Le agradezco que me haya dicho su nombre –contestó ella–, parece muy amable.

—Sí, pero es algo ligero.

—Se diría que está en muy buenas relaciones con la condesa de Vaudremont –dijo la joven dama interrogando con los ojos al coronel.

—En las mejores.

La desconocida palideció.

«Vamos –pensó el militar–, ama a ese diablo de Martial».

—Yo creía que la señora de Vaudremont estaba comprometida desde hace mucho con el señor de Soulanges –contestó la joven, algo recuperada del sufrimiento interior que acababa de alterar el esplendor de su cara.

—Desde hace ocho días la condesa le engaña –respondió el coronel–. Pero usted debe de haber visto a ese pobre Soulanges cuando ha entrado; todavía trata de no creer en su desgracia.

—Lo he visto –dijo la dama azul. Luego añadió–: Muchas gracias, caballero –con una entonación que equivalía a una despedida.

En ese momento, con la contradanza tocando a su fin, el coronel, decepcionado, solo tuvo tiempo de retirarse diciéndose a modo de consuelo: «Está casada».

—Muy bien, valiente coracero –exclamó el barón llevándose al coronel hasta el hueco de una ventana para respirar el aire puro de los jardines–, ¿qué tal te ha ido?

—Está casada, querido.

—¿Y eso qué importa?

—¡Diantre!, soy hombre de principios –respondió el coronel–, solo quiero dirigirme a mujeres con las que pueda casarme. Además, Martial, me ha manifestado formalmente la voluntad de no bailar.

—Coronel, apostamos su caballo gris tordo contra cien napoleones a que esta noche baila conmigo.

—¡Con mucho gusto! –dijo el coronel golpeando la mano del presuntuoso–. Mientras, voy a ver a Soulanges, quizá conozca a esa dama, que me ha parecido interesarse por él.

—Amigo mío, ha perdido usted –dijo Martial riendo–. Mis ojos se han encontrado con los suyos, y sé lo que me han dicho. Querido coronel, ¿no me

guardará rencor por bailar con ella después de la negativa que usted ha sufrido?

—No, no, reirá mejor quien ría el último. Además, Martial, soy buen jugador y buen enemigo, te aviso que le gustan los diamantes.

Tras estas palabras, los dos amigos se separaron. El general Montcornet se dirigió al salón de juego, donde vio al conde de Soulanges sentado ante una mesa de cacho. Aunque entre ambos coroneles solo existiese esa amistad trivial forjada por los peligros de la guerra y los deberes del servicio, el coronel de coraceros se sintió dolorosamente afectado al ver al coronel de artillería, a quien tenía por hombre sensato, metido en una partida en la que podía arruinarse. Los montones de oro y billetes exhibidos sobre el fatal tapete atestiguaban el ardor del juego. Un círculo de hombres en silencio rodeaba a los jugadores sentados a la mesa. De vez en cuando resonaban algunas palabras: *Paso, juego, voy, mil luises, acepto;* pero, mirando a aquellas cinco personas inmóviles, parecía que solo se hablaban con los ojos. Cuando el coronel, asustado por la palidez de Soulanges, se acercó a él, el conde ganaba. El mariscal duque d'Isemberg y un banquero célebre, Keller, se levantaban completamente desbancados de sumas considerables. Soulanges se puso aún más sombrío al recoger una masa de oro y billetes que ni siquiera contó; un amargo desdén crispó sus labios, parecía amenazar a la fortuna en lugar de agradecerle sus favores.

—¡Ánimo!, –le dijo el coronel–, ¡ánimo, Soulanges! –Luego, creyendo hacerle un verdadero favor sacándole del juego–: Venga –añadió–, tengo que darle una buena noticia, pero con una condición.

—¿Cuál? –preguntó Soulanges.

—La de responderme a lo que voy a preguntarle.

El conde de Soulanges se levantó bruscamente, metió lo que había ganado con aire despreocupado en un pañuelo que había retorcido de forma convulsiva, y su rostro era tan feroz que a ninguno de los jugadores les pareció mal que hiciese el *Carlomagno*[17]. Los semblantes parecieron dilatarse incluso cuando aquella cabeza desagradable y apenada desapareció del círculo luminoso que describe sobre una mesa un candelabro de cacho.

—¡Estos diablos de militares se entienden como ladrones en feria! –dijo en voz baja un diplomático de la galería ocupando el lugar del coronel.

Un solo rostro pálido y fatigado se volvió hacia el que entraba en la mesa, y le dijo lanzándole una mirada que brilló, pero que se apagó como el fuego de un diamante:

—Quien dice militar no dice civil, señor ministro.

—Querido –dijo Montcornet a Soulanges llevándolo a un rincón–, esta mañana el Emperador ha hablado elogiosamente de usted, y su ascenso a la mariscalía no ofrece ninguna duda.

—Al patrón no le gusta la artillería.

—Cierto, pero adora a la nobleza, y usted es uno de los antiguos. El patrón –

prosiguió Montcornet– ha dicho que los que se habían casado en París durante la campaña no debían ser considerarse caídos en desgracia. ¿Qué opina?

El conde de Soulanges no parecía comprender nada en aquellas palabras.

—¡Ah!, ya, ahora espero –continuó el coronel– que me diga si conoce a una deliciosa mujercita sentada al pie de un candelabro…

Ante estas palabras, los ojos del conde se animaron, y agarró con una violencia inaudita la mano del coronel:

—Mi querido general –le dijo con una voz sensiblemente alterada–, si otro me hiciera esa pregunta, le partiría el cráneo con esta masa de oro. Déjeme, se lo ruego. Esta noche lo único que deseo es saltarme la tapa de los sesos, porque… Aborrezco cuanto veo. Por eso, voy a marcharme. Esta alegría, esta música, esas caras estúpidas que ríen me matan.

—Pobre amigo mío –respondió con voz dulce Montcornet golpeando amistosamente en la mano de Soulanges–, ¡qué apasionado es usted! ¿Qué diría si le contase que Martial piensa tan poco en la señora de Vaudremont que se ha enamorado de esa damita?

—Si le habla –exclamó Soulanges farfullando de rabia–, lo dejaré tan plano como su cartera, aunque el presuntuoso se refugie en el regazo del Emperador.

Y el conde cayó como aniquilado en el confidente hacia el que le había llevado el coronel. Este último se retiró lentamente, se dio cuenta de que Soulanges era presa de una cólera demasiado violenta para que pudieran calmarlo las bromas o los cuidados de una amistad superficial. Cuando el coronel Montcornet volvió al gran salón de baile, la señora de Vaudremont fue la primera persona que se ofreció a sus miradas, y observó en su semblante, por lo general tan tranquilo, algunas huellas de una agitación mal disimulada. A su lado había una silla vacía, el coronel fue a sentarse en ella.

—Apuesto a que está atormentada –le dijo.

—Naderías, general. Quisiera haberme ido de aquí, he prometido estar en el baile de la gran duquesa de Berg[18], y antes tengo que ir a casa de la princesa de Wagram[19]. El señor de La Roche-Hugon, que lo sabe, se divierte galanteando a las viudas.

—No es ese del todo el motivo de su inquietud, y apuesto cien luises a que se quedará aquí esta noche.

—¡Impertinente!

—Entonces ¿estoy en lo cierto?

—Bien, ¿qué estoy pensando? –continuó la duquesa propinando un golpe de abanico en los dedos del coronel–. Soy capaz de recompensarle si lo adivina.

—No aceptaré el reto, tengo demasiadas ventajas.

—¡Presuntuoso!

—Teme ver a Martial a los pies de…

—¿De quién? –preguntó la condesa fingiendo sorpresa.

—De aquel candelabro –respondió el coronel señalando a la bella desconocida, y mirando a la condesa con una atención molesta.

—Lo ha adivinado –respondió la coqueta escondiendo el rostro tras su abanico, con el que se puso a jugar—. La anciana señora de Lansac, que, como usted sabe, es maliciosa como una vieja mona –continuó tras un momento de silencio–, acaba de decirme que el señor de La Roche-Hugon corría algún peligro cortejando a esa desconocida que esta noche se encuentra aquí como un aguafiestas. Preferiría ver a la Muerte antes que ese rostro tan cruelmente bello y tan pálido como una visión. Es mi genio malo. La señora de Lansac –continuó tras dejar escapar un gesto de despecho–, que solo va al baile para verlo todo mientras finge dormir, me ha inquietado de una forma cruel. Martial me pagara cara esta jugarreta. Mientras tanto, general, ya que es su amigo, anímele a que no me haga sufrir.

—Acabo de ver a un hombre que no se propone nada menos que saltarse las tapa de los sesos si él se dirige a esa damita. Y es hombre de palabra, señora. Pero conozco a Martial, esos peligros son otros tantos estímulos. Es más, nos hemos apostado…

Aquí el coronel bajó la voz.

—¿Será cierto? –preguntó la condesa.

—Palabra de honor.

—Gracias, general –respondió la señora de Vaudremont lanzándole una mirada llena de coquetería.

—¿Me hará el honor de bailar conmigo?

—Sí, pero la segunda contradanza. Durante esta, quiero saber en qué puede parar esta intriga, y saber quién es esa damita azul, parece espiritual.

Viendo que la señora de Vaudremont quería estar sola, el coronel se alejó satisfecho de haber empezado tan bien su ataque.

En las fiestas suelen encontrarse algunas damas que, parecidas a la señora de Lansac, están allí como viejos marinos ocupados a la orilla del mar en contemplar a los jóvenes marineros luchando con la tempestad. En aquel momento, a la señora de Lansac, que aparecía interesarse en los personajes de aquella escena, no le costó mucho adivinar la lucha que sostenía la condesa. Por más que la joven coqueta se abanicase graciosamente, sonriese a los jóvenes que la saludaban y pusiera en práctica los ardides que utiliza una mujer para ocultar su emoción, la viuda, una de las duquesas más perspicaces y maliciosas que el siglo dieciocho había legado al diecinueve, sabía leer en el corazón y en su pensamiento. La anciana dama parecía reconocer los imperceptibles movimientos que revelan las afecciones del alma. El pliegue más ligero que acababa de arrugar aquella frente tan blanca y tan pura, el estremecimiento más insensible de los pómulos, el juego de las cejas, la inflexión menos visible de los labios cuyo movible coral no podía ocultarle nada, eran para la duquesa como los caracteres de un libro. Desde el fondo de su butaca, que su vestido llenaba por completo, la coqueta emérita, mientras hablaba con un diplomático que la

sondeaba a fin de recoger las anécdotas que tan bien contaba, se admiraba a sí misma en la joven coqueta; se deleitaba al verla disimular tan bien su pena y los desgarramientos de su corazón. En efecto, la señora de Vaudremont sentía tanto dolor que fingía alegría: había creído encontrar en Martial un hombre de talento con cuyo apoyo contaba para embellecer su vida con todos los encantos del poder; en aquel momento, reconocía un error tan cruel para su reputación como para su amor propio. En su caso, como en las demás mujeres de aquella época, lo instantáneo de las pasiones aumentaba su intensidad. Las almas que viven mucho y deprisa no sufren menos que las que se consumen en un solo afecto. La predilección de la condesa por Martial había nacido la víspera, cierto; pero el más inepto de los cirujanos sabe que el sufrimiento causado por la amputación de un miembro vivo es más doloroso que la de un miembro enfermo. Había futuro en la afición de la señora de Vaudremont por Martial, mientras que su pasión anterior carecía de esperanza y estaba envenenada por los remordimientos de Soulanges. La vieja duquesa, que espiaba el momento oportuno para hablar a la condesa, se apresuró a despedir a su embajador, porque, en presencia de queridas y de amantes peleados, todo interés palidece, incluso en una mujer anciana. Para entablar la lucha, la señora de Lansac lanzó sobre la señora de Vaudremont una mirada sardónica que hizo temer a la joven coqueta que vería su suerte en manos de la viuda. Una de esas miradas de mujer a mujer que son como las antorchas que llevan en los desenlaces de tragedia. Hay que haber conocido a esa duquesa para apreciar el terror que el juego de su fisonomía inspiraba a la condesa. La señora de Lansac era alta, sus rasgos hacían decir de ella: «¡Esa mujer ha debido ser guapa!». Se cubría las mejillas con tanto colorete que sus arrugas casi no aparecían; pero lejos de recibir un brillo artificial de aquel carmín oscuro, sus ojos no resultaban sino más apagados. Llevaba gran cantidad de diamantes, y se vestía con suficiente gusto para no prestarse al ridículo. Su nariz puntiaguda anunciaba el epigrama. Una dentadura bien puesta conservaba en su boca una mueca de ironía que recordaba la de Voltaire. Sin embargo, la exquisita cortesía de sus modales suavizaba tan bien el giro malicioso de sus ideas que no se la podía acusar de maldad. Los ojos grises de la vieja dama se animaron, una mirada triunfal acompañada de una sonrisa que decía: «¡Se lo había prometido» cruzó el salón y esparció el encarnado de la esperanza por las pálidas mejillas de la joven que gemía al pie del candelabro. Aquella alianza entre la señora de Lansac y la desconocida no podía escapar al avezado ojo de la condesa de Vaudremont, que vislumbró un misterio y quiso descubrirlo. En aquel momento, el barón de La Roche-Hugon, tras haber acabado de preguntar a todas las viudas sin conseguir conocer el nombre de la dama azul, se dirigía como último recurso a la condesa de Gondreville, y solo recibía esta respuesta poco satisfactoria: «Es una dama que la *antigua* duquesa de Lansac me ha presentado». Al volverse por casualidad hacia la poltrona ocupada por la anciana dama, el relator del Consejo de Estado sorprendió la mirada de inteligencia lanzada sobre la desconocida y, aunque estuviera enfadado con ella desde hacía algún tiempo,

decidió abordarla. Al ver al descarado barón merodeando alrededor de su poltrona, la antigua duquesa sonrió con una malignidad sardónica, y miró a la señora de Vaudremont con un aire que hizo reír al coronel Montcornet.

«Si la vieja gitana adopta un aire amistoso –pensó el barón–, es que va a jugarme alguna mala pasada».

—Señora –le dijo–, me dicen que se ha encargado usted de velar por un tesoro muy preciado.

—¿Me toma por un dragón? –preguntó la vieja dama–. Pero ¿a quién se refiere? –añadió con una dulzura de voz que devolvió la esperanza a Martial.

—A esa damita desconocida que los celos de todas estas coquetas ha confinado allí. ¿Conoce usted a su familia?

—Sí –dijo la duquesa–; pero ¿qué quiere usted hacer de una heredera de provincias, casada desde hace un tiempo? Una joven bien nacida a la que ninguno de ustedes conoce, no va a ninguna parte.

—¿Por qué no baila? ¡Es tan bella! ¿Quiere que firmemos un tratado de paz? Si se digna informarme de todo lo que me interesa saber, le juro que una demanda de restitución de los bosques de Navarreins por el Dominio Extraordinario será vivamente apoyada ante el Emperador.

La rama segundona de la casa de Navarreins, *acuartelado de Lansac que es de azur con bastón ecotado de plata, flanqueado por seis puntas de lanza también de plata puestas en palo,* y las relaciones amorosas de la vieja dama con Luis XV, le habían valido el título de duquesa con despacho; y como los Navarreins aún no habían regresado, el joven relator del Consejo de Estado proponía simplemente a la vieja dama una cobardía, insinuándole que reclamase un bien perteneciente a la rama primogénita.

—Caballero –respondió la anciana dama con una gravedad engañosa–, tráigame a la condesa de Vaudremont. Prometo revelarle el misterio que vuelve tan interesante a nuestra desconocida. Mire, todos los hombres del baile han llegado al mismo grado de curiosidad que usted. Los ojos se dirigen involuntariamente hacia ese candelabro donde mi protegida se ha situado modestamente y recoge todos los homenajes que han querido arrebatarle. ¡Afortunado el que ella elija como pareja de baile!

En ese punto se interrumpió clavando en la condesa de Vaudremont una de esas miradas que expresan con toda claridad: «Estamos hablando de usted». Luego añadió:

—Supongo que le gustaría saber el nombre de la desconocida de boca de su bella condesa más que de la mía.

La actitud de la duquesa era tan provocativa que la señora de Vaudremont se levantó, se acercó a ella, se sentó en la silla que Martial le ofreció y, sin prestarle atención, dijo riendo:

—Adivino, señora, que está hablando de mí; pero confieso mi inferioridad, no sé si es para bien o para mal.

La señora de Lansac estrechó con su vieja mano seca y arrugada la bonita mano de la joven y, en tono compasivo, le respondió en voz baja:

—¡Pobre pequeña!

Las dos mujeres se miraron. La señora de Vaudremont comprendió que Martial sobraba, y le despidió diciéndole con aire autoritario:

—¡Déjenos!

El relator del Consejo de Estado, poco satisfecho al ver a la condesa bajo los hechizos de la peligrosa sibila que la había atraído a su lado, le lanzó unas de esas miradas de hombre, poderosas sobre un corazón ciego, pero que parecen ridículas a una mujer cuando empieza a juzgar a aquel de quien está enamorada.

—¿Tendría usted la pretensión de imitar al Emperador? –dijo la señora de Vaudremont ladeando la cabeza para contemplar al relator del Consejo de Estado con ademán irónico.

Martial tenía suficiente mundo, suficiente sutileza y cálculo para exponerse a romper con una mujer tan bien vista en la corte y a la que el Emperador quería casar; contó, además, con los celos que se proponía despertar en ella como el mejor medio para adivinar el secreto de su frialdad, y se alejó de tanta mejor gana cuanto que, en ese instante, una nueva contradanza ponía a todo el mundo en movimiento. El barón fingió ceder el sitio a las cuadrillas, fue a apoyarse en el mármol de una consola, se cruzó de brazos y permaneció concentrado en la conversación de las dos damas. De vez en cuando seguía las miradas que ambas lanzaron varias veces a la desconocida. Al comparar entonces a la condesa con aquella belleza nueva que el misterio volvía tan atractiva, el barón se vio dominado por los odiosos cálculos habituales de los hombres afortunados en amor: oscilaba entre aprovechar una aventura galante y satisfacer su capricho. El reflejo de las luces hacía resaltar de tal modo su rostro preocupado y sombrío en los cortinajes de muaré blanco que rozaba su pelo negro que se le habría podido comparar con un genio maléfico. De lejos, más de un observador debió de decirse sin duda: «¡Ese pobre diablo parece divertirse mucho!». Con el hombro derecho ligeramente apoyado en el marco de la puerta que se hallaba entre el salón de baile y la sala de juego, el coronel podía reírse sin ser visto bajo sus amplios bigotes, y disfrutaba del placer de contemplar el tumulto del baile; veía cien lindas cabezas girando a merced de los caprichos de la danza; leía en algunos rostros, como en los de la condesa y de su amigo Martial, los secretos de su agitación; luego, desviando la cabeza, se preguntaba por la relación que podía existir entre el aire sombrío del conde de Soulanges, que seguía sentado en el confidente, y la fisonomía quejumbrosa de la desconocida dama, en cuyo rostro aparecían sucesivamente todas las alegrías de la esperanza y las angustias de un terror involuntario. Montcornet estaba allí como el rey de la fiesta, encontraba en aquel cuadro cambiante una vista completa de la sociedad, y se reía al recoger las interesantes sonrisas de cien mujeres brillantes y engalanadas: un coronel de la Guardia Imperial, cargo que comportaba el grado de general de brigada, era desde luego uno de los mejores partidos del ejército.

Era más o menos medianoche. Las conversaciones, el juego, el baile, la coquetería, los intereses, las malicias y los proyectos, todo alcanzaba ese grado de calor que arranca a un joven esta exclamación: «¡Qué hermoso baile!».

—Ángel mío –le decía la señora de Lansac a la condesa–, está usted en una edad en la que yo cometí muchos errores. Al verla sufrir hace un momento mil muertes, se me ha ocurrido darle algunos avisos caritativos. Cometer errores a los veintidós años, ¿no es echar a perder el futuro, no es rasgar el vestido que una debe ponerse? Querida, solo muy tarde aprendemos a servirnos de él sin arrugarlo. Siga ganándose y procurándose enemigos hábiles y amigos sin espíritu pragmático, querida, y verá qué estupenda vida llevará un día.

—Ah, señora, qué difícil es para una mujer ser feliz, ¿verdad? –exclamó ingenuamente la condesa.

—Pequeña, a su edad hay que saber elegir entre los placeres y la felicidad. Quiere casarse con Martial, que no es ni lo bastante idiota para ser un buen marido, ni lo bastante apasionado para ser un amante. Tiene deudas, querida, es hombre capaz de devorar la fortuna que usted posee; pero eso no importaría si la hiciera feliz. ¿No ve lo avejentado que está? Ese hombre debe de haber estado enfermo a menudo, y ahora goza de lo que le queda. Dentro de tres años será un hombre acabado. Despertará en él la ambición, quizá tenga éxito, aunque no lo creo. ¿Qué es? Un intrigante que puede poseer a las mil maravillas el genio de los negocios y charlar agradablemente; pero es demasiado vanidoso para tener verdadero mérito, no llegará lejos. Además, ¡mírelo! ¿No se lee en su frente que, en este momento, no es una joven y guapa mujer lo que ve en usted, sino los millones que usted posee? No la ama, querida, la calcula como si se tratase de un negocio. Si quiere casarse, hágalo con un hombre de más edad, que sea considerado y que esté a la mitad de su camino. Una viuda no debe hacer de su matrimonio un asunto de amorío. ¿Se deja coger un ratón dos veces en la misma trampa? Ahora, un nuevo contrato debe ser para usted una especulación, y, al volver a casarse, es preciso que tenga por lo menos la esperanza de oírse llamar un día señora mariscala.

En este momento, los ojos de las dos mujeres se fijaron de un modo natural en la apuesta figura del coronel Montcornet.

—Si quiere jugar el difícil papel de una coqueta y no casarse –prosiguió la duquesa en tono afable–, ¡ay!, mi pobre pequeña, usted sabrá mejor que cualquier otra amontonar las nubes de una tempestad y luego disiparlas. Pero, se lo suplico, no goce nunca turbando la paz de los hogares, destruyendo la unión de las familias y la dicha de las mujeres que son felices. Yo jugué, querida, ese peligroso papel. Ah, Dios mío, por un triunfo del amor propio a menudo se asesina a pobres criaturas virtuosas; porque realmente existen mujeres virtuosas, querida, y una se crea odios mortales. Yo supe demasiado tarde que, siguiendo la expresión del duque de Alba, un salmón vale más que mil ranas[20]. Cierto, un amor verdadero proporciona mil veces más goces que las pasiones efímeras que se excitan. Pues bien, he venido aquí para echarle un

sermón. Sí, usted es la causa de mi presencia en este salón que apesta a populacho. ¿No vengo aquí a ver actores? Antaño, querida, una los recibía en su tocador; pero en el salón, ¡ni hablar! ¿Por qué me mira con un aire tan asombrado? ¡Escúcheme! Si quiere burlarse de los hombres, –continuó la anciana dama–, no perturbe el corazón de aquellos cuya vida no se ha detenido, de aquellos que no tienen deberes que cumplir; los otros no nos perdonan los desórdenes que les han hecho felices. Aproveche esta máxima debida a mi vieja experiencia. Ese pobre Soulanges, por ejemplo, al que usted ha hecho perder la cabeza, y al que desde hace quince meses ha embriagado usted, ¡Dios sabe cómo!, pues bien, ¿sabe sobre qué caen sus golpes? Sobre su vida entera. Está casado desde hace treinta meses, es adorado por una deliciosa criatura a la que ama y a la que engaña; ella vive en medio de las lágrimas y en el más amargo silencio. Soulanges ha tenido momentos de remordimientos más crueles de lo que dulces sus placeres eran. Y usted, pequeña taimada, usted le ha traicionado. Pues bien, venga conmigo a contemplar su obra.

La anciana duquesa cogió la mano de la señora de Vaudremont, y se levantaron.

—Mire –le dijo la señora de Lanzac indicándole con los ojos a la pálida y trémula desconocida bajo las llamas del candelabro–, ahí tiene a mi sobrina nieta, la condesa de Soulanges, que por fin ha cedido hoy a mis instancias y ha consentido en dejar el cuarto de dolor donde la vista de su hijo solo le aportaba consuelos muy débiles; ¿la ve? Le parece encantadora, ¿verdad? Pues bien, querida, imagine cómo debía ser cuando la felicidad y el amor derramaban su brillo sobre ese rostro ahora marchito.

La condesa apartó silenciosamente la cabeza y pareció presa de graves reflexiones. La duquesa la llevó hasta la puerta de la sala de juego; luego, tras haber echado una ojeada, como si hubiera querido buscar a alguien, dijo a la joven coqueta con una voz profunda:

—Y ahí tiene a Soulanges.

La condesa se estremeció al ver, en el rincón menos iluminado del salón, la cara pálida y contraída de Soulanges apoyado en el confidente: la laxitud de sus miembros y la inmovilidad de su frente delataban todo su dolor, los jugadores iban y venían delante de él sin prestarle más atención que si hubiera estado muerto. El cuadro que ofrecían la mujer llorando y el marido triste y sombrío, separados uno del otro en medio de aquella fiesta como dos mitades de un árbol herido por el rayo, tal vez tuviera algo de profético para la condesa. Temió ver allí una imagen de las venganzas que le guardaba el futuro. Su corazón todavía no estaba bastante marchito para que la sensibilidad y la indulgencia hubieran sido totalmente desterrados, y apretó la mano de la duquesa dándole las gracias con una de esas sonrisas que poseen cierto encanto infantil.

—Querida niña –le dijo la anciana al oído–, en adelante piense que nosotras sabemos rechazar los homenajes de los hombres igual que atraerlos.

—Es para usted, si no es un estúpido.

Estas últimas palabras fueron sopladas por la señora de Lansac al oído del coronel

Montcornet mientras la bella condesa se entregaba a la compasión que le inspiraba el aspecto de Soulanges, porque todavía le amaba con la suficiente sinceridad como para querer devolverlo a la felicidad, y se prometía en su fuero interno emplear el irresistible poder que aún ejercían sobre él sus seducciones para entregárselo a su esposa.

—¡Oh, qué sermón voy a echarle! –le dijo a la señora de Lansac.

—No haga nada, querida –exclamó la duquesa dirigiéndose a su poltrona–, elija un buen marido y cierre su puerta a mi sobrino. No le ofrezca siquiera su amistad. Créame, hija mía, una mujer no recibe el corazón de su marido de otra mujer, es cien veces más feliz creyendo que lo ha reconquistado por sí misma. Al traer aquí a mi sobrina, creo haberle dado un medio excelente de recuperar el cariño de su esposo. Por toda cooperación solo le pido que provoque al general.

Y cuando la duquesa señaló al amigo del relator del Consejo de Estado, la condesa sonrió.

—Bueno, señora, ¿sabe por fin el nombre de esa desconocida? –preguntó el barón con aire ofendido a la condesa cuando se quedó sola.

—Sí –dijo la señora de Vaudremont mirando al relator del Consejo de Estado.

Su cara expresaba tanta sutileza como alegría. La sonrisa que difundía vida sobre sus labios y sus mejillas y la luz húmeda de sus ojos eran semejantes a esos fuegos fatuos que engañan al viajero. Martial, que aún se creía amado, adoptó entonces esa actitud coqueta en la que un hombre se mece complacido al lado de la que ama y dijo con presunción:

—¿Y no se enojará si doy la impresión de tener mucho empeño en saber ese nombre?

—¿Y no se enojará –replicó la señora de Vaudremont– si, por un resto de amor, no se lo digo, y si le prohíbo hacer la menor insinuación a esa joven dama? Quizá arriesgue usted la vida.

—Señora, perder su favor, ¿no es perder más que la vida?

—Martial –dijo en tono severo la condesa–, es la señora de Soulanges. El marido le saltaría la tapa de los sesos, si es que los tiene.

—¡Ah, ah! –replicó el fatuo riendo–, ¿dejará el coronel vivir en paz a quien le ha robado el corazón de usted y se batiría por su mujer? ¡Qué subversión de principios! Se lo ruego, permítame bailar con esa damita. Así podrá ver la prueba del poco amor que encerraba para usted este corazón de nieve, porque si al coronel le parece mal que yo haga bailar a su mujer, después de haber tolerado que le…

—Es que ella ama a su marido.

—Obstáculo de más que tendré el placer de vencer.

—¡Pero si está casada!

—¡Vaya una objeción!

—¡Ah! –dijo la condesa con una sonrisa amarga–, ustedes nos castigan igual por nuestras faltas que por nuestros arrepentimientos.

—No se enfade –dijo vivamente Martial–. ¡Oh!, se lo suplico, perdóneme. Mire, ya no pienso en la señora de Soulanges.

—Bien merecería que lo enviase a su lado.

—Allí voy –dijo el barón riendo–, y volveré más enamorado de usted que nunca. Verá que la mujer más guapa del mundo no puede apoderarse de un corazón que le pertenece a usted.

—Es decir, que quiere ganarle el caballo al coronel.

—¡El muy traidor! –respondió él riéndose y amenazando con el dedo a su amigo, que sonreia.

Llegó el coronel, el barón le cedió el sitio al lado de la condesa, a la que dijo con aire sardónico:

—Señora, aquí tiene a un hombre que se ha jactado de poder conseguir sus favores en una velada.

Se aplaudió mientras se alejaba por haber soliviantado el amor propio de la condesa y perjudicado a Montcornet; pero, pese a su habitual sutileza, no había adivinado la ironía que impregnaba las palabras de la señora de Vaudremont, y no se dio cuenta de que ella había dado tantos pasos hacia su amigo como su amigo hacia ella, aunque sin saberlo ninguno de los dos. En el momento en que el relator del Consejo de Estado se acercaba mariposeando al candelabro bajo el que la condesa de Soulanges, pálida y temerosa, parecía vivir solo por los ojos, su marido llegó junto a la puerta del salón mostrando una mirada chispeante de pasión. La vieja duquesa, atenta a todo, se lanzó hacia su sobrino, le pidió su brazo y su coche para irse, pretextando un aburrimiento mortal y jactándose de evitar así un desagradable escándalo. Antes de irse hizo una singular señal de inteligencia a su sobrina, designándole al atrevido caballero que se disponía a hablarle, y esa señal parecía decirle: «Aquí lo tienes, véngate».

La señora de Vaudremont sorprendió la mirada de tía y sobrina, un súbito destello iluminó su alma y temió ser la víctima de aquella anciana dama tan experta y tan taimada en intrigas. «A esta pérfida duquesa, –se dijo– quizá le haya parecido gracioso darme una lección de moral gastándome alguna jugarreta de las suyas».

Ante esta idea, el amor propio de la señora de Vaudremont tal vez se interesó con más fuerza que curiosidad por desenredar el hilo de aquella intriga. La preocupación interior que se apoderó de ella no la dejó dueña de sí misma. El coronel, interpretando a favor suyo la inquietud sembrada por las palabras y los ademanes de la condesa, se mostró más ardiente y apremiante todavía. Los viejos diplomáticos aburridos, que se entretenían observando el juego de las fisonomías, nunca se habían topado con tantas intrigas que seguir o adivinar. Las pasiones que agitaban a la doble pareja se diversificaban a cada paso en aquellos salones animados, representándose con otros matices en otros semblantes. El espectáculo de tantas pasiones vivas, todas aquellas peleas de amor, aquellas venganzas dulces, aquellos favores crueles, aquellas miradas encendidas, toda aquella vida ardiente esparcida a su alrededor no les hacía sentir

sino más vivamente su propia impotencia. Por fin, el barón había podido sentarse al lado de la condesa de Soulanges. Sus ojos vagaban a hurtadillas por un cuello fresco como el rocío, perfumado como una flor de los campos. Admiraba de cerca las bellezas que de lejos le habían asombrado. Podía ver un pequeño pie bien calzado, medir con los ojos un talle esbelto y gracioso. En aquella época, las mujeres se anudaban el cinturón de sus vestidos exactamente debajo del pecho, a imitación de las estatuas griegas, moda despiadada con las mujeres cuyo busto tenía algún defecto. Al lanzar furtivas miradas sobre aquel seno, Martial quedó embelesado por la perfección de formas de la condesa.

—Usted no ha bailado ni una sola vez esta noche, señora –dijo con una voz dulce y lisonjera–; imagino que no es por falta de pareja.

—No frecuento la vida social y en ella soy desconocida –respondió con frialdad la señora de Soulanges, que no había comprendido en absoluto la mirada con que su tía acababa de invitarla a complacer al barón.

Martial se dedicó entonces a dar vueltas maquinalmente al bello diamante que adornaba su mano izquierda; los destellos arrojados por la piedra parecieron lanzar un fulgor súbito en el alma de la joven condesa, que se sonrojó y miró al barón con expresión indefinible.

—¿Le gusta el baile? –preguntó el provenzal, tratando de reanudar la conversación.

—¡Oh!, mucho, señor.

Ante esta extraña respuesta, sus miradas se encontraron. El joven, sorprendido por el acento penetrante que despertó en su corazón una vaga esperanza, había interrogado de pronto los ojos de la mujer.

—Bueno, señora, ¿no es una temeridad de mi parte ofrecerme para ser su pareja en la primera contradanza?

Una confusión ingenua enrojeció las blancas mejillas de la condesa.

—Pero, señor, ya he rechazado a un bailarín, un militar…

—¿No sería ese alto coronel de caballería que ve allí?

—El mismo.

—Pues es amigo mío, no tema nada. ¿Me concede el favor que me atrevo a esperar?

—Sí, señor.

Aquella voz revelaba una emoción tan nueva y tan profunda que el alma hastiada del relator del Consejo de Estado se agitó con violencia. Se sintió invadido por una timidez de colegial, perdió su seguridad, su cabeza meridional se inflamó, quiso hablar, sus expresiones le parecieron desprovistas de gracia comparadas con las réplicas ingeniosas y sutiles de la señora de Soulanges. Tuvo la suerte de que la contradanza empezaba. De pie junto a su bella pareja de baile se encontró más cómodo. Para muchos hombres, la danza es una manera de ser; cuando despliegan las gracias de su cuerpo piensan que actúan sobre el corazón de las mujeres con más

energía que con la inteligencia. A juzgar por la pretensión de todos sus movimientos y de sus gestos, sin duda el provenzal quería emplear en ese momento todos sus medios de seducción. Había dirigido a su conquista hacia la cuadrilla en que las mujeres más brillantes del salón ponían un quimérico empeño en bailar con preferencia a cualquier otro. Mientras la orquesta ejecutaba el preludio de la primera figura, el barón sentía una increíble satisfacción de orgullo, cuando, pasando revista a las bailarinas situadas en las líneas de aquel temible cuadrado, se dio cuenta de que el atuendo de la señora de Soulanges desafiaba incluso al de la señora de Vaudremont, quien, por una causalidad quizá intencionada, estaba con el coronel frente al barón y a la dama azul. Las miradas se clavaron por un instante en la señora de Soulanges: un murmullo halagador anunció que ella era el tema de conversación de cada bailarín con su pareja. Las ojeadas de envidia y de admiración se cruzaban tan vivamente sobre la joven que, avergonzada por un triunfo que parecía rechazar, bajó modestamente los ojos, se ruborizó, y con ello no hizo sino parecer más encantadora. Si alzó sus blancos párpados fue para mirar a su embriagado galán, como si hubiera querido cederle la gloria de aquellos homenajes y decirle que prefería el suyo a cualquier otro; puso inocencia en su coquetería, o más bien, dio la impresión de entregarse a la ingenua admiración con que comienza el amor con esa buena fe que solo se encuentra en corazones jóvenes. Cuando ella bailó, a los espectadores no les costó mucho creer que solo desplegaba aquellas gracias para Martial; y, aunque modesta y novicia en los tejemanejes de los salones, supo, tan bien como la más experta coqueta, alzar los ojos oportunamente hacia él, bajarlos con fingida modestia. Cuando las nuevas leyes de una contradanza inventada por el bailarín Trénis, y a la que dio su nombre[21], llevaron a Martial delante de coronel:

—He ganado tu caballo –le dijo riendo.

—Sí, pero has perdido ochenta mil libras de renta –le replicó el coronel señalándole a la señora de Vaudremont.

—¡Y qué me importa eso! –respondió Martial–, la señora de Soulanges vale millones.

Al final de aquella contradanza, más de un cuchicheo resonaba en más de un oído. Las mujeres menos guapas moralizaban con sus parejas sobre la naciente relación de Martial y la condesa de Soulanges. Las más bellas se asombraban ante semejante facilidad. Los hombres no concebían la suerte del pequeño relator del Consejo de Estado, al que no encontraban nada seductor. Algunas mujeres indulgentes decían que no había que apresurarse a juzgar a la condesa: las personas jóvenes serían muy desgraciadas si una mirada expresiva o algunos pasos ejecutados con gracia bastaran para comprometer a una mujer. En la última figura, cuando las damas de la cuadrilla tuvieron que formar el molinete, sus dedos presionaron entonces los de la condesa, y él creyó sentir, a través de la piel fina y perfumada de los guantes, que los dedos de la joven respondían a su amorosa llamada.

—Señora –le dijo en el momento en que concluyó la contradanza–, no vuelva a

ese odioso rincón en el que ha sepultado hasta ahora su figura y su atuendo. ¿Es la admiración la única renta que puede sacar usted de los diamantes que adornan su cuello tan blanco y de sus trenzas tan bien entrelazadas? Venga a dar un paseo por los salones para gozar de la fiesta y de usted misma.

La señora de Soulanges siguió a su seductor, quien pensaba que ella le pertenecería con mayor seguridad si lograba comprometerla. Ambos dieron entonces varias vueltas entre los grupos que atestaban los salones del palacio. La condesa de Soulanges, inquieta, se detenía un instante antes de entrar en cada salón, y solo entraba después de haber estirado el cuello para lanzar una mirada sobre todos los hombres. Aquel miedo, que colmaba de alegría al pequeño relator del Consejo de Estado, solo parecía calmarse después de que él dijese a su trémula compañera: «Tranquilícese, *él* no está». Así llegaron hasta una inmensa galería de cuadros, situada en un ala del palacio, y donde se gozaba de antemano con el magnífico aspecto de un ambigú preparado para trescientas personas. Como la colación iba a empezar, Martial arrastró a la condesa hacia un tocador oval que daba a los jardines, y donde las flores más raras y algunos arbustos formaban una floresta perfumada bajo brillantes cortinajes azules. El murmullo de la fiesta iba a morir allí. La condesa se estremeció al entrar, y se negó obstinadamente a seguir al joven; pero, después de haber lanzado una mirada a un espejo, sin duda vio en él que había algunos testigos, porque fue a sentarse de bastante buen grado en una otomana.

—Esta pieza es deliciosa –dijo admirando una tapicería azul celeste realzada con perlas.

—Todo es aquí amor y voluptuosidad –dijo el joven muy emocionado.

Merced a la misteriosa claridad que reinaba miró a la condesa y sorprendió en su rostro dulcemente agitado una expresión de turbación, de pudor, de deseo, que le encantó. La joven sonrió, aquella sonrisa pareció poner fin a la lucha de sentimientos que chocaban en su corazón, cogió de la forma más seductora la mano izquierda de su adorador y le quitó del dedo la sortija en la que se habían detenido sus ojos.

—¡Qué diamante tan bello! –exclamó con la ingenua expresión de una joven que deja ver el cosquilleo de una primera tentación.

Emocionado por la caricia involuntaria pero embriagadora que la condesa le había hecho al sacarle el brillante, Martial clavó en ella unos ojos tan relucientes como la sortija.

—Llévela –le dijo– como recuerdo de esta hora celestial y por el amor de…

Ella le contemplaba con tanto éxtasis que él no acabó la frase, le besó la mano.

—¿Me la regala? –dijo ella con aire de asombro.

—Quisiera ofrecerle el mundo entero.

—¿No bromea? –replicó ella con voz alterada por una satisfacción demasiado viva.

—¿Solo acepta mi diamante?

—¿No me lo reclamará nunca? –preguntó ella.

—Nunca.

Ella se puso la sortija en el dedo. Martial, que contaba con una próxima felicidad, hizo un gesto para pasar su mano por la cintura de la condesa, que se puso rápidamente de pie y dijo con una voz clara, sin la menor emoción:

—Señor, acepto este diamante sin el menor escrúpulo ya que me pertenece.

El relator del Consejo de Estado se quedó desconcertado.

—El señor de Soulanges lo cogió hace poco de mi tocador y me dijo que lo había perdido.

—Está en un error, señora –dijo Martial con aire molesto–, lo he recibido de la señora de Vaudremont.

—Exacto –replicó ella con una sonrisa–. Mi marido me quitó esta sortija, se la dio a ella, ella se lo ha regalado a usted, mi sortija ha viajado, nada más. Tal vez esta sortija me diga todo lo que ignoro y me enseñe el secreto de agradar siempre. Señor –continuó–, si no hubiera sido mía, puede estar seguro de que no me habría aventurado a pagarla tan caro, porque, según dicen, una mujer joven peligra a su lado. Pero, mire –añadió moviendo un resorte oculto bajo la piedra–, los cabellos del señor de Soulanges todavía están aquí.

Y se lanzó a los salones con tal presteza que parecía inútil tratar de alcanzarla; además, Martial, confundido, no estaba de humor para intentar la aventura. La risa de la señora de Soulanges había encontrado eco en el saloncito, donde el joven presuntuoso vio entre dos arbustos al coronel y a la señora de Vaudremont que se reían con ganas.

—¿Quieres mi caballo para correr detrás de tu conquista? –le dijo el coronel.

La elegancia del barón para soportar las bromas con que le abrumaron la señora de Vaudremont y Montcornet le valió la discreción de estos sobre aquella velada, en la que su amigo trocó su caballo de batalla por una joven rica y hermosa.

Mientras la condesa de Soulanges salvaba la distancia que separa la Chaussée d'Antin del *faubourg* Saint-Germain donde vivía, su alma fue presa de las más vivas inquietudes. Antes de abandonar el palacio de Gondreville había recorrido los salones sin encontrar ni a su tía ni a su marido, que se habían ido sin ella. Horribles presentimientos vinieron entonces a atormentar su alma ingenua. Testigo discreto de los sufrimientos experimentados por su marido desde el día en que la señora de Vaudremont lo había uncido a su carro, esperaba confiada que un arrepentimiento próximo le devolvería a su esposo. Por eso había consentido, con una repugnancia increíble, al plan ideado por su tía, la señora de Lansac, y en ese momento temía haber cometido una falta. Aquella velada había entristecido su alma cándida. Asustada al principio por el aire doliente y triste del conde de Soulanges, aún lo fue más por la belleza de su rival, y la corrupción de aquel mundo le había oprimido el corazón. Al pasar por el Pont-Royal arrojó los cabellos profanados que había bajo el diamante, regalado en el pasado como prenda de un amor puro. Lloró al recordar los vivos sufrimientos de los que era presa desde hacía tanto tiempo, y se estremeció más

de una vez pensando que el deber de las mujeres que quieren conseguir la paz de su hogar las obligaba a sepultar en el fondo del corazón, y sin quejarse, unas angustias tan crueles como las suyas. «¡Ay! –se dijo–, ¿cómo harán las mujeres que no aman? ¿Dónde está la fuente de su indulgencia? No puedo creer, como dice mi tía, que baste la razón para sostenerlas en tales sacrificios». Aún suspiraba cuando su lacayo bajó el elegante estribo desde el que se lanzó hacia el vestíbulo de su palacio. Subió corriendo la escalera y, cuando llegó a su cuarto, se estremeció aterrorizada al ver a su marido sentado junto a la chimenea.

—¿Desde cuándo, querida, va usted al baile sin mí, sin avisarme? –preguntó él con voz alterada–. Ha de saber que una mujer está siempre fuera de lugar sin su marido. Quedaba usted singularmente comprometida en el rincón oscuro donde se había escondido.

—¡Oh, mi buen Léon! –respondió ella con voz tierna–, no he podido resistir a la dicha de verte sin que me vieses. Mi tía me ha llevado a ese baile, y me he sentido muy feliz.

Aquel acento desarmó las miradas del conde de su fingida severidad, porque acababa de hacerse vivos reproches a sí mismo, temiendo el regreso de su mujer, informada sin duda en el baile de una infidelidad que esperaba haberle ocultado y, según la costumbre de los amantes que se sienten culpables, trataba de evitar, pidiendo cuentas a su esposa antes que ella se las pidiera a él, su demasiado justa cólera. Miró en silencio a su mujer, que en su brillante atuendo le pareció más hermosa que nunca. Feliz por ver sonreír a su marido, y por encontrarle a aquella hora en una habitación a la que, desde hacía algún tiempo, acudía con menos frecuencia, la condesa lo miró con tanta ternura que ella misma se sonrojó y bajó los ojos. Aquella clemencia embriagó a Soulanges sobre todo porque aquella escena sucedía a los tormentos que había sentido durante el baile; cogió la mano de su mujer y la besó en señal de gratitud: ¿no hay con frecuencia gratitud en el amor?

—Hortense, ¿qué tienes en el dedo que me hace tanto daño en los labios? –preguntó riendo.

—Es mi diamante, que decías haber perdido y que yo he encontrado.

El general Montcornet no se casó con la señora de Vaudremont pese a la buena inteligencia en la que ambos vivieron durante algunos instantes, porque ella fue una de las víctimas del espantoso incendio que hizo célebre para siempre el baile dado por el embajador de Austria con motivo de la boda del emperador Napoleón con la hija del emperador Francisco II[22].

Julio de 1829.

EL MENSAJE

Al señor marqués Damaso Pareto[1].

Siempre he tenido el deseo de contar una historia sencilla y verdadera en la que un joven y su amante se vieran dominados por el espanto y se refugiasen el uno en el corazón del otro, como dos niños que se abrazan estrechamente al encontrar una serpiente en la linde de un bosque. A riesgo de restar interés a mi narración o de pasar por fatuo, empiezo por anunciaros el propósito de mi relato. En este drama casi vulgar, desempeñé un papel; si no os interesa, será tanto por culpa mía como por culpa de la verdad histórica. Muchas cosas verdaderas son soberanamente aburridas. Por eso, la mitad del talento consiste en elegir en lo verdadero lo que puede llegar a ser poético.

En 1819 iba yo de París a Moulins. El estado de mi bolsa me obligaba a viajar en la imperial de la diligencia. Como es sabido, los ingleses consideran las plazas situadas en esa parte aérea del coche como las mejores. Durante las primeras leguas de la ruta encontré mil excelentes razones para justificar la opinión de nuestros vecinos. Un joven, que me pareció algo más rico que yo, subió por gusto a mi lado, en la banqueta. Acogió mis argumentos con unas sonrisas inofensivas. Pronto cierta conformidad de edad, de pensamiento, nuestro mutuo amor por el aire libre, por los exuberantes aspectos de la región que descubríamos a medida que el pesado carruaje avanzaba, y, además, no sé qué atracción magnética, imposible de explicar, dieron nacimiento entre nosotros a esa especie de intimidad momentánea a la que los viajeros se abandonan con tanta mayor complacencia cuanto que ese efímero sentimiento parece que ha de cesar enseguida y no compromete a nada para el futuro. Aún no habíamos recorrido treinta leguas y ya hablábamos de las mujeres y del amor. Con todas las precauciones oratorias exigidas en circunstancias semejantes, hablamos, naturalmente, de nuestras queridas. Jóvenes ambos, uno y otro solo estábamos en la *mujer de cierta edad,* es decir, en la mujer que está entre los treinta y cinco y los cuarenta años. ¡Oh!, un poeta que nos hubiera escuchado en ya no sé qué posta, a partir de Montargis, habría recogido expresiones muy encendidas, retratos seductores y gran número de dulces confidencias. Nuestros púdicos temores, nuestras silenciosas interjecciones y nuestras miradas aún ruborizadas estaban impregnadas de una elocuencia cuyo ingenuo encanto nunca más he vuelto a encontrar. Sin duda, hay que seguir siendo joven para comprender a la juventud. De ahí que nos comprendiéramos a las mil maravillas en todos los puntos esenciales de la pasión. Y, para empezar, dejamos sentado, en la práctica y como principio, que no había en el mundo nada más estúpido que una partida de nacimiento; que muchas mujeres de cuarenta años eran más jóvenes que ciertas mujeres de veinte, y que, en definitiva, las mujeres solo tenían en realidad la edad que parecían tener. Este sistema no ponía

término al amor y nadábamos de buena fe en un océano sin límites. Por último, tras haber hecho a nuestras queridas jóvenes, encantadoras, desinteresadas, condesas, llenas de gusto, inteligentes y sutiles; tras haberles adjudicado lindos pies, una piel satinada e incluso suavemente perfumada, nos confesamos, él, que *la señora tal* tenía treinta y ocho años, y yo, por mi parte, que adoraba a una cuadragenaria. Tras esto, liberados ambos de una especie de vago temor, reanudamos nuestras confidencias con crecido apasionamiento al descubrirnos hermanos en amor. Luego rivalizamos en materia de sentimiento y en saber en cuál de los dos era mayor. Uno había recorrido una vez doscientas leguas para ver a su amada durante una hora. El otro se había arriesgado a pasar por un lobo y a ser fusilado en un parque cuando acudía a una cita nocturna. ¡En fin, todas nuestras locuras! Si hay placer en recordar los peligros pasados, ¿no provoca también innumerables delicias evocar placeres ya idos? Es tanto como gozar dos veces. Los peligros, las grandes y pequeñas dichas, nos lo contábamos todo, incluso las bromas. La condesa de mi amigo había fumado un puro para complacerle; la mía me preparaba mi chocolate y no pasaba día sin escribirme o verme; la suya había ido a vivir en su casa durante tres días a riesgo de comprometerse; la mía había hecho algo todavía mejor, o peor, si queréis. Por otra parte, nuestros maridos adoraban a nuestras condesas; vivían esclavos bajo el hechizo que poseen todas las mujeres efusivas; y, más necios de lo que exige el reglamento, solo representaban para nosotros el peligro necesario para aumentar nuestros placeres. ¡Oh, qué deprisa se llevaba el viento nuestras palabras y nuestras alegres risas!

Al llegar a Pouilly, examiné con toda atención la persona de mi nuevo amigo. No me costó mucho creer, desde luego, que debía ser amado muy de veras. Figuraos un joven de estatura media, pero muy bien proporcionada, con un rostro feliz y lleno de expresión. Sus cabellos eran negros y azules sus ojos; sus labios eran ligeramente sonrosados; sus dientes, blancos y bien alineados; una graciosa palidez adornaba además sus delicados rasgos, y un leve círculo color de humo rodeaba sus ojos, como si hubiera estado convaleciente. Añadid a esto que tenía una manos blancas, bien modeladas, cuidadas como deben serlo las de una linda mujer, que parecía muy instruido y era inteligente, y no os costará mucho concederme que mi compañero podía hacer honor a una condesa. En fin, más de una joven lo hubiera deseado por marido, pues era vizconde y poseía de doce a quince mil libras de rentas, *sin contar las esperanzas.*

A una legua de Pouilly la diligencia volcó. Mi desventurado compañero pensó que, por su seguridad, debía lanzarse al borde de un campo recientemente labrado, en lugar de aferrarse a la banqueta, como hice yo, y seguir el movimiento de la diligencia. Tomó mal su impulso o resbaló, no sé cómo ocurrió el accidente, pero fue aplastado por el coche, que cayó sobre él. Lo transportamos a una casa de campo. En medio de los gemidos que le arrancaban unos dolores atroces, pudo legarme uno de esos deberes que cumplir a los que los últimos deseos de un moribundo confieren un

carácter sagrado. En medio de su agonía, el pobre muchacho se atormentaba, con todo el candor de que a menudo uno es víctima a su edad, por el dolor que sentiría su querida si se enteraba bruscamente de su muerte por un periódico. Me rogó que fuera en persona a comunicársela. Luego me hizo buscar una llave colgada de una cinta que llevaba en forma de aspa sobre el pecho. La encontré medio hundida en su carne. El moribundo no profirió la menor queja cuando la retiré, con la mayor delicadeza que pude, de la herida que había producido. En el momento en que acababa de darme todas las instrucciones necesarias para coger de su casa, en La Charité-sur-Loire, las cartas de amor que su amante le había escrito, y que me suplicó devolverle, perdió el habla en mitad de una frase; pero su último gesto me hizo comprender que la fatal llave sería la prueba ante su madre de mi misión. Afligido por no poder formular una sola palabra de agradecimiento, pues no dudaba de mi dedicación, me miró con ojos suplicantes un segundo, se despidió saludándome con un movimiento de cejas, luego inclinó la cabeza y murió. Su muerte fue el único accidente funesto causado por el vuelco del coche.

—Y en parte la culpa la ha tenido él –me decía el conductor.

En La Charité cumplí el testamento verbal de aquel pobre viajero. Su madre se hallaba ausente; para mí fue en cierto modo una suerte. Sin embargo, tuve que sobrellevar el dolor de una vieja sirvienta que se tambaleó cuando le conté la muerte de su joven amo; cayó medio muerta en una silla al ver aquella llave todavía teñida de sangre; pero como yo estaba preocupado por un sufrimiento aún mayor, el de una mujer a la que el destino arrancaba su último amor, dejé que la vieja criada siguiera el curso de sus prosopopeyas y recogí la preciosa correspondencia, cuidadosamente sellada por mi amigo de un día.

El castillo donde vivía la condesa se hallaba a ocho leguas de Moulins, y para llegar a él aún había que andar varias leguas a campo traviesa. En ese momento me resultaba bastante difícil entregar mi mensaje. Por un concurso de circunstancias que es inútil explicar, solo tenía el dinero necesario para llegar a Moulins. Sin embargo, con el entusiasmo de la juventud, decidí hacer el camino a pie y caminar suficientemente deprisa como para adelantarme al rumor de las malas noticias, que camina con tanta rapidez. Me informé sobre el camino más corto y fui por los senderos del Bourbonnais, llevando, por así decir, un muerto sobre los hombros. A medida que avanzaba hacia el castillo de Montpersan, me sentía cada vez más asustado por el singular peregrinaje que había emprendido. Mi imaginación inventaba mil fantasías novelescas. Me figuraba todas las situaciones en que podía encontrar a la señora condesa de Montpersan, o, para obedecer a la poética de las novelas, la *Juliette* tan amada por el joven viajero. Forjaba respuestas inteligentes a preguntas que suponía que habrían de hacerme. En cada recodo del bosque, en cada hondonada, se producía una repetición de la escena de Sosias y su linterna[2], en la que él da cuenta de la batalla. Para vergüenza de mi corazón, solo pensaba en mi forma de presentarme, en mi ingenio para expresarme, en la habilidad que quería desplegar;

pero, cuando estuve en el lugar, una reflexión siniestra me cruzó el alma como un rayo que surca y desgarra un velo de nubes grises. ¡Qué terrible nueva para una mujer que, pensando en aquel momento en su joven amigo, esperaba hora tras hora alegrías sin nombre, después de tantos esfuerzos para llevarlo legalmente a su casa! Por último, también había una caridad cruel en ser el mensajero de la muerte. Por eso aceleré el paso llenándome de barro y enfangándome en los caminos del Bourbonnais. Pronto llegué a una alameda de castaños, en cuyo extremo se perfilaron en el cielo las masas del castillo de Montpersan como nubes pardas de contornos claros y fantásticos. Al llegar a la puerta del castillo, la encontré abierta de par en par. Esa circunstancia imprevista destruía mis planes y mis suposiciones. Sin embargo, entré osadamente, y no tardé en tener junto a mí dos perros que ladraron como verdaderos perros de campo. Ante el alboroto, acudió una gruesa sirvienta, y, cuando le dije que quería hablar con la señora condesa, me señaló, con un gesto de la mano, los macizos de un parque a la inglesa que serpenteaba alrededor del castillo, y me respondió:

—La señora está por allí…

—Gracias –le dije con aire irónico. Su *por allí* podía hacerme vagar durante dos horas por el parque.

Una linda niña de cabellos rizados, con un cinturón rosa, vestido blanco y esclavina plisada, llegó entretanto, oyó o comprendió la pregunta y la respuesta. Al verme, desapareció llamando con una fina vocecilla:

—Mamá, aquí hay un señor que quiere hablar con usted.

Y yo seguí, a través de las vueltas de las alamedas, los saltos y los brincos de la esclavina blanca, que como un fuego fatuo me señalaban el camino que tomaba la niña.

Hay que decirlo todo. En el último arbusto de la alameda, yo me había levantado el cuello, cepillado mi modesto sombrero y mi pantalón con los puños de mi traje, mi traje con sus mangas, y las mangas una con otra; luego me lo había abotonado cuidadosamente para que se viera el paño del forro, siempre algo más nuevo de lo que está el resto; por último, me había bajado el pantalón por encima de las botas, artísticamente restregadas contra la hierba. Gracias a ese aliño de gascón esperaba que no me tomaran por el recaudador de contribuciones de la subprefectura; pero cuando hoy recuerdo con el pensamiento ese instante de mi juventud, me río a veces de mí mismo.

De pronto, cuando arreglaba mi aspecto, en el recodo de una verde sinuosidad, en medio de mil flores iluminadas por un cálido rayo de sol, vi a Juliette y a su marido. La linda niña tenía cogida a su madre de la mano, y era fácil darse cuenta de que la condesa había apresurado el paso al oír la frase ambigua de su hija. Sorprendida al ver a un desconocido que la saludaba con aire bastante torpe, se detuvo, me puso una cara fríamente cortés y me hizo un adorable mohín que, para mí, revelaba todas sus esperanzas frustradas. Traté de recordar, aunque en vano, algunas de mis bellas frases

tan laboriosamente preparadas. Durante ese momento de vacilación mutua, el marido pudo entrar entonces en escena. Miríadas de ideas pasaron por mi cerebro. Para guardar las formas, pronuncié algunas palabras bastantes insignificantes preguntando si las personas presentes eran realmente el señor conde y la señora condesa de Montpersan. Estas bobadas me permitieron juzgar de una sola ojeada, y analizar con una perspicacia rara para la edad que tenía, a los dos esposos cuya soledad iba a verse tan violentamente turbada. El marido parecía ser el prototipo de esos gentilhombres que actualmente son el más bello ornato de provincias. Llevaba grandes zapatos de recias suelas, y los pongo en primer lugar porque llamaron mi atención aún más vivamente que su frac raído, su pantalón gastado, su corbata mal anudada y el cuello de su camisa abarquillado. Había en aquel hombre algo del magistrado, mucho más del consejero de prefectura, toda la importancia de un alcalde de cantón al que nada se resiste, y la acritud de un candidato elegible y periódicamente rechazado desde 1816; increíble combinación de buen sentido campesino y de estupidez; ausencia de buenos modales, pero la altivez de la riqueza; mucha sumisión ante su mujer, pero creyéndose el amo y dispuesto a enfrentarse por las pequeñas cosas, pero sin la menor preocupación por las cosas importantes; por lo demás, un rostro ajado, con muchas amigas y tostado por el sol; unos pocos cabellos grises, largos y lacios; así era el hombre. Pero la condesa, ¡ah, qué vivo y duro contraste no ofrecía al lado de su marido! Era una mujer de pequeña estatura, de constitución lisa y graciosa, de apariencia seductora; tan elegante y delicada que habríais tenido miedo de romperle los huesos al tocarla. Llevaba un vestido de muselina blanca; y en la cabeza un precioso gorrito de cintas rosas, un cinturón rosa, un camisolín tan deliciosamente bosquejado por sus hombros y por los más bellos contornos que, al verlos, en el fondo del corazón nacía un irresistible deseo de poseerlos. Sus ojos eran intensos, negros, expresivos, sus movimientos suaves, su pie delicioso. Un viejo galanteador no le hubiera echado más de treinta años, tanta era la juventud que había en su frente y en los detalles más frágiles de su cabeza. En cuando al carácter, me pareció que tenía a la vez el de la condesa de Lignolles y el de la marquesa de B…, dos tipos de mujeres siempre frescos en la memoria de un joven cuando ha leído la novela de Louvet[3]. De pronto descifré todos los secretos de aquel matrimonio, y adopté una resolución diplomática digna de un viejo embajador. Quizá fue la única vez en mi vida que he tenido tacto y comprendido en qué consiste la habilidad de los cortesanos o de las gentes de mundo.

Desde aquellos dias de despreocupación, he tenido que librar demasiadas batallas para destilar los menores actos de la vida y no hacer nada más que cumplir las cadencias de la etiqueta y del buen tono que secan las emociones más generosas.

—Señor conde, quisiera hablaros en privado –dije con un aire misterioso y dando unos pasos hacia atrás.

Él me siguió. Juliette nos dejó solos, y se alejó indiferente como mujer segura de saber los secretos de su marido en el momento en que quiera saberlos. Conté

brevemente al conde la muerte de mi compañero de viaje. El efecto que esa nueva produjo en él me probó que sentía un afecto bastante vivo por su joven colaborador, y ese descubrimiento me dio audacia para responder así al diálogo que se siguió entre nosotros dos.

—Mi mujer se va a desesperar –exclamó–, y yo me veré obligado a tomar muchas precauciones para informarle de este desdichado suceso.

—Señor, al dirigirme primero a usted –le dije–, he satisfecho un deber. No quería cumplir esa misión encargada por un desconocido hablando con la señora condesa sin antes prevenirle; pero me confió una especie de fideicomiso honorable, un secreto del que no tengo derecho a disponer. Según la elevada idea que me dio de su carácter, creo que no se opondrá usted a que cumpla sus últimas voluntades. La señora condesa será libre de romper el silencio que a mí se me ha impuesto.

Al oír su elogio, el gentilhombre movió agradablemente la cabeza. Me respondió con un cumplido bastante rebuscado y terminó por dejarme el campo libre. Volvimos sobre nuestros pasos. En ese momento, la campana anunció la cena; fui invitado a compartirla. Al encontramos graves y silenciosos, Juliette nos examinó a hurtadillas. Extrañamente sorprendida al ver a su marido echar mano de un pretexto frívolo para facilitarnos una conversación a solas, se detuvo lanzándome una de esas miradas que solo las mujeres saben echar. Había en su mirada toda la curiosidad permitida a un ama de casa que recibe a un desconocido que llega a su morada como caído de las nubes; había en ella todas las interrogaciones que merecían mi aspecto, mi juventud y mi fisonomía, ¡singulares contrastes!; luego, todo el desdén de una amante idolatrada a cuyos ojos los hombres, salvo uno solo, no son nada; había temores involuntarios, miedo y aburrimiento por tener a un huésped inesperado, cuando sin duda acababa de reservar para su amor todas las dichas de la soledad. Comprendí esa elocuencia muda, y respondí a ella con una triste sonrisa, sonrisa llena de piedad, de compasión. Entonces la contemplé durante un instante en todo el esplendor de su belleza, en un día sereno, en medio de una estrecha alameda bordeada de flores. Al ver aquella admirable escena, no pude contener un suspiro.

—¡Ay!, señora, acabo de hacer un viaje muy penoso, emprendido… solo por usted.

—¡Señor! –me replicó.

—¡Oh! –proseguí–, vengo en nombre de quien la llama Juliette. –Ella palideció–. No lo verá hoy.

—¿Está enfermo? –preguntó en voz baja.

—Sí –le respondí–. Pero, por favor, tranquilícese. Me ha encargado que le confíe algunos secretos que la conciernen, y créame que nunca mensajero alguno será ni más discreto ni más servicial.

—¿Qué ocurre?

—¿Y si ya no la amase?

—¡Oh, eso es imposible! –exclamó dejando escapar una ligera sonrisa que no

podía ser más franca.

De pronto sintió una especie de escalofrío, me lanzó una mirada violenta y rauda, enrojeció y dijo:

—¿Está vivo?

¡Santo Dios, qué pregunta tan horrible! Yo era demasiado joven para enfrentarme a su tono, no respondí y miré a aquella desdichada mujer con aire alelado.

—¡Señor, señor, una respuesta! –exclamó.

—Sí, señora.

—¿Es eso cierto? ¡Oh!, dígame la verdad, puedo oírla. Dígamela. Cualquier dolor será menos desgarrador de lo que es mi incertidumbre.

Respondí con las dos lágrimas que me arrancaron los extraños acentos que acompañaron a esas frases.

Se apoyó en un árbol lanzando un débil grito.

—Señora –le dije–, ¡ahí llega su marido!

—¿Tengo acaso un marido?

Tras estas palabras, echó a correr y desapareció.

—Bueno, que la cena se enfría –exclamó el conde–. Venga, señor.

Seguí entonces al dueño de la casa que me condujo a un comedor donde vi una comida servida con todo el lujo al que nos tienen acostumbrados las mesas parisinas. Había cinco cubiertos: los de los dos esposos y el de la niña; el mío, debía ser el *suyo*; el último era el de un canónigo de Saint-Denis, quien, tras bendecir la mesa, preguntó:

—¿Y dónde está nuestra querida condesa?

—Ahora viene –respondió el conde que, después de habernos servido deprisa la sopa, llenó para sí un gran plato y lo despachó con una rapidez maravillosa.

—¡Oh!, sobrino –exclamó el canónigo–, si su mujer estuviera aquí, sería usted más razonable.

—A papá le sentará mal –dijo la niña con aire malicioso.

Un instante después de este singular episodio gastronómico, y en el momento en que el conde se apresuraba a trinchar no sé que pieza de caza, entró una doncella y dijo:

—Señor, no encontramos a la señora.

Tras esta frase, me levanté con un movimiento brusco temiendo alguna desgracia, y mi semblante expresó con tal intensidad mis temores que el viejo canónigo me siguió al jardín. El marido vino, por decoro, hasta el umbral de la puerta.

—¡Quédense, ¡quédense!, no se preocupen –nos gritó.

Pero no nos acompañó. El canónigo, la doncella y yo recorrimos los senderos y los parterres del parque, llamando, escuchando, tanto más inquietos porque les anuncié la muerte del joven vizconde. Mientras corríamos, referí las circunstancias de aquel fatal suceso, y me di cuenta de que la doncella estaba muy unida a su señora, pues adivinó mucho mejor que el canónigo los secretos de mi terror. Fuimos a los

estanques, inspeccionamos todo sin encontrar a la condesa ni el menor vestigio de su paso. Por último, cuando volvíamos a lo largo de un muro, oí unos gemidos sordos y profundamente sofocados que parecían salir de una especie de granero. Por si acaso, entré. Allí descubrimos a Juliette, que, movida por el instinto de la desesperación, se había sepultado en medio del heno. Había escondido allí la cabeza para acallar sus horribles gritos, obedeciendo a un invencible pudor: eran sollozos, llantos de niño, pero más penetrantes, más quejumbrosos. Para ella, ya no existía nada en el mundo. La doncella sacó de allí a su ama, que se dejó llevar con la inerte indiferencia del animal moribundo. La chica solo sabía decir:

—Vamos, señora, vamos…

El viejo canónigo preguntaba:

—Pero ¿qué le pasa? ¿Qué tiene, sobrina?

Al fin, ayudado por la doncella transporté a Juliette a su cuarto; recomendé encarecidamente que la vigilaran y dijesen a todo el mundo que la condesa tenía jaqueca. Luego, el canónigo y yo bajamos al comedor. Hacía un buen rato que habíamos dejado al conde, y no volví a pensar en él hasta el momento en que me encontré bajo el peristilo; su indiferencia me asombró; pero mi sorpresa aumentó cuando lo encontré filosóficamente sentado a la mesa; se había comido casi toda la cena, con gran alegría de su hija, que sonreía al ver a su padre en flagrante desobediencia a las órdenes de la condesa. La singular indiferencia de aquel marido me fue explicada por el ligero altercado que de pronto empezó entre el canónigo y él. El conde estaba sometido a una severa dieta que los médicos le habían impuesto para curarle de una enfermedad grave cuyo nombre se me escapa; e, impulsado por aquella glotonería feroz, bastante frecuente en los convalecientes, el apetito del animal había triunfado en él sobre todas las sensibilidades del hombre. En un momento yo había visto a la naturaleza en toda su verdad, bajo dos aspectos muy diferentes que introducían lo cómico en el seno mismo del más horrible dolor. La velada fue triste. Yo estaba fatigado. El canónigo empleaba toda su inteligencia en adivinar la causa de los llantos de su sobrina. El marido digería en silencio, tras haberse contentado con una explicación bastante vaga que la condesa le hizo dar de su indisposición por la doncella, y que fue atribuida, según creo, a las indisposiciones naturales de la mujer. Todos nos acostamos temprano. Al pasar ante la habitación de la condesa para ir al aposento al que me guiaba un criado, pregunté tímidamente por su estado. Al reconocer mi voz, me hizo entrar, quiso hablarme; pero, al no poder articular nada, inclinó la cabeza, y yo me retiré. Pese a las crueles emociones que acababa de compartir con la buena fe de la juventud, me dormí abrumado por la fatiga de una marcha forzada. A una avanzada hora de la noche, fui despertado por los agrios chirridos que produjeron las anillas de mis cortinas, violentamente corridas sobre sus varillas de hierro. Vi a la condesa sentada a los pies de mi cama. Su rostro recibía toda la luz de una lámpara situada en mi mesilla de noche.

—¿Es verdad, señor? –me dijo–. No sé cómo podré seguir viviendo tras el

horrible golpe que acaba de herirme; pero en este momento estoy serena. Quiero saberlo todo.

«¡Qué serenidad!», me dije al ver la espantosa palidez de su tez, que contrastaba con el color castaño de su cabellera, al oír los sonidos guturales de su voz, atónito ante los estragos que revelaban todas sus facciones alteradas. Ya estaba descolorida como una hoja despojada de sus últimas tonalidades que imprime en ella el otoño. Sus ojos enrojecidos e hinchados, desposeídos de todas sus bellezas, solo reflejaban un amargo y profundo dolor; hubierais dicho una nube gris donde antes centelleaba el sol.

Le repetí sencillamente, sin hacer hincapié en ciertas circunstancias demasiado dolorosas para ella, el rápido suceso que la había privado de su amigo. Le conté la primera jornada de nuestro viaje, tan llena de los recuerdos de su amor. No lloró, escuchaba con avidez, con la cabeza inclinada hacia mí, como un médico preocupado que espía una enfermedad. Aprovechando un momento en que me pareció tener totalmente abierto su corazón a los sufrimientos y querer sumergirse en su desgracia con todo el ardor que da la primera fiebre de la desesperación, le hablé de los temores que agitaron al pobre moribundo y le dije cómo y por qué me había encargado aquel fatal mensaje. Sus ojos se secaron entonces bajo el fuego sombrío que se escapó de las más profundas regiones del alma. Pudo palidecer más todavía. Cuando le tendí las cartas que guardaba bajo mi almohada, las cogió maquinalmente; luego se estremeció con violencia y me dijo con una voz cavernosa:

—¡Y yo que quemaba las suyas! ¡No tengo nada de él! ¡Nada, nada!

Se golpeó con fuerza en la frente.

—Señora –le dije. Ella me miró con un movimiento convulsivo–. Le corté de la cabeza –continué diciendo– esta mecha de pelo.

Y le presenté el último, el incorruptible jirón de aquel al que amaba. ¡Ah!, si hubierais recibido como yo las ardientes lágrimas que entonces cayeron sobre mis manos, sabríais lo que es la gratitud cuando es inmediata al don recibido. Me estrechó las manos y con voz ahogada, con una mirada brillante por la fiebre, una mirada donde su frágil felicidad irradiaba a través de horribles sufrimientos, dijo:

—¡Ah, usted ama! ¡Sea feliz por siempre! ¡No pierda a la que ama!

No acabó, y escapó con su tesoro.

Al día siguiente, esa escena nocturna, confundida con mis sueños, me pareció una ficción. Para convencerme de la dolorosa verdad, tuve que buscar infructuosamente las cartas bajo mi cabecera. Sería inútil referiros los acontecimientos del día siguiente. Permanecí todavía varias horas con la Juliette que tanto me había alabado mi compañero de viaje. Las menores palabras, los gestos, las acciones de aquella mujer me probaron la nobleza de alma, la delicadeza de sentimiento que hacían de ella una de esas adorables criaturas de amor y de abnegación tan raras en esta tierra. Por la tarde, el conde de Montpersan me acompañó en persona hasta Moulins. Al llegar, me dijo con una especie de apuro:

Señor, si no es abusar de su amabilidad y obrar de forma muy indiscreta con un desconocido al que ya debemos gratitud, ¿querría tener la bondad de entregar en París, puesto que se dirige allí, en casa del señor de … (he olvidado el nombre), en la calle du Sentier, una suma que le debo, y que me ha rogado que le devuelva cuanto antes?

—Con mucho gusto –le dije.

Y con toda mi inocencia, cogí un cartucho de veinticinco luises que me sirvieron para regresar a París y que entregué fielmente al supuesto corresponsal del señor de Montpersan.

Solo al llegar a París, y cuando llevé esa suma a la casa indicada, comprendí la ingeniosa habilidad con que Juliette me mostraba su gratitud. La forma en que me fue prestado aquel oro, la discreción guardada sobre una pobreza fácil de adivinar, ¿no revelan todo la sutileza de una mujer enamorada?

Qué delicia haber podido contar esta aventura a una mujer que, temblando de miedo, os ha estrechado entre sus brazos y os ha dicho:

—¡Oh!, querido. ¡Tú no te me mueras!

París, enero de 1832.

LA SEÑORA FIRMIANI

A mi querido Alexandre de Berny[1]
Su viejo amigo,
DE BALZAC.

Muchos relatos, abundantes en situaciones o dramatizados por las innumerables sorpresas del azar, llevan consigo sus propios artificios y pueden contarse artística o sencillamente por todos los labios, sin que el tema pierda la más ligera de sus bellezas; pero hay algunas aventuras de la vida humana a las que solo los acentos del corazón devuelven la vida, hay ciertos detalles por así decir anatómicos cuyas delicadezas solo reaparecen bajo las infusiones más hábiles del pensamiento; además, hay retratos que exigen un alma y no son nada sin los rasgos más sutiles de su fisonomía móvil; por último, hay cosas que no sabemos decir o hacer sin no sé qué armonías desconocidas que presiden por un día, por una hora, una venturosa conjunción en los signos celestes, por secretas predisposiciones morales. Tal suerte de revelaciones misteriosas venía imperiosamente exigida para contar esta historia sencilla con la que querríamos poder interesar a algunas de esas almas naturalmente melancólicas y soñadoras que se alimentan de dulces emociones. Si el escritor, como un cirujano junto al lecho de un amigo moribundo, está imbuido de una especie de respeto por el tema que trata, ¿por qué el lector no habría de compartir ese sentimiento inexplicable? ¿Es difícil acaso iniciarse en esa vaga y nerviosa tristeza que difunde tintes grises a nuestro alrededor, esa especie de semi-enfermedad cuyos leves sufrimientos agradan a veces? Si por azar pensáis en las personas queridas que habéis perdido; si estáis solos, si es de noche o si declina el día, proseguid la lectura de esta historia; de otro modo, dejaríais el libro aquí. Si aún no habéis enterrado a alguna buena tía achacosa o sin fortuna, no comprenderéis estas páginas. A unos les parecerán impregnadas de almizcle; a otros les parecerán tan descoloridas, tan virtuosas como pueden serlo las de Florian[2]. Para decirlo todo, el lector debe haber conocido la voluptuosidad de las lágrimas, haber sentido el dolor mudo de un recuerdo que pasa ligeramente, cargado de una sombra querida, pero de una sombra lejana; debe poseer alguno de esos recuerdos que hacen añorar lo que nos ha devorado la tierra y al mismo tiempo sonreír ante una dicha desaparecida. Ahora creed que, ni por todas las riquezas de Inglaterra, querría el autor arrancar a la poesía una sola de sus mentiras para embellecer su narración. Esta es una historia verdadera para la que podéis gastar los tesoros de vuestra sensibilidad, si los tenéis.

Hoy, nuestra lengua tiene tantos idiomas como variedades de hombres existen en la gran familia francesa. Por eso es realmente curioso y agradable escuchar las distintas acepciones o versiones dadas sobre una misma cosa, o sobre un mismo acontecimiento, por cada una de las especies que componen la monografía del

parisino, tomando al parisino para generalizar la tesis.

Así, si a un sujeto perteneciente al género de los Positivos le hubierais preguntado: «¿Conoce usted a la señora Firmiani?», ese hombre os habría traducido señora Firmiani con el siguiente inventario: «Un gran palacete situado en la calle du Bac, salones bien amueblados, bellos cuadros, sus cien mil buenas libras de renta, y un marido en otro tiempo recaudador general en el departamento de Montenotte[3]». Tras haber dicho esto, el Positivo, hombre grueso y redondo, casi siempre vestido de negro, hace una pequeña mueca de satisfacción, alza su labio inferior frunciéndolo para que cubra el superior, y mueve la cabeza como si añadiese: «Se trata de gente bien establecida sobre las que no hay nada que decir». ¡No le preguntéis nada más! Los Positivos explican todo por cifras, por rentas o por los bienes al sol, una expresión de su léxico.

Torced a la derecha, id a preguntar a ese otro que pertenece al género de los Paseantes, repetidle la pregunta: «¿La señora Firmiani? –dice–, sí, sí, la conozco bien, voy a sus veladas. Recibe los miércoles. Es una casa muy honorable». La señora Firmiani se convierte ya en casa. Esa casa no es un amasijo de piedras superpuestas arquitectónicamente; no, esa palabra es, en la lengua de esos Paseantes, un modismo intraducible. Aquí el Paseante, hombre seco, de sonrisa agradable, que dice bonitas trivialidades y siempre manifiesta más ingenio adquirido que ingenio natural, se inclina a vuestro oído y, con aire sutil, os dice: «Nunca he visto a la señora Firmiani. Su posición social consiste en gestionar unos bienes en Italia; pero la señora Firmiani es francesa, y gasta sus rentas como parisina. ¡Tiene un té excelente! Es una de las casas, tan raras hoy día, donde uno se divierte y donde lo que os dan es exquisito. Por otra parte, es muy difícil ser admitido en su casa. ¡Por eso la mejor sociedad se encuentra en sus salones!». Después, el Paseante comenta esta última frase con una pulgarada de tabaco tomada con mucha seriedad; se llena a golpecitos la nariz y parece deciros: «Yo voy a esa casa, pero no cuente conmigo para que le presente».

La señora Firmiani tiene para los Paseantes una especie de posada sin muestra.

—¿Qué vas a hacer en casa de la señora Firmiani? Pero si uno se aburre allí tanto como en la corte. ¿De qué sirve tener talento si no es para evitar los salones en los que se lee, como poesía de moda, cualquier baladilla que acaban de escribir?

Habéis interrogado a uno de vuestros amigos clasificado entre los Personales, gente que querrían tener el universo bajo llave y no permitir que se haga nada sin su permiso. Se sienten desgraciados por toda la felicidad de los demás, solo perdonan los vicios, las caídas, las imperfecciones, y no quieren más que protegidos. Aristócratas por inclinación, se hacen republicanos por despecho, solo para encontrar a muchos inferiores entre sus iguales.

—¡Oh!, la señora Firmiani, querido, es una de esas mujeres adorables que sirven de excusa a la naturaleza por todas las feas que por error ha creado; ¡es adorable, es buena! Solo querría estar en el poder, convertirme en rey, poseer millones para decirle *(aquí tres palabras dichas al oído).* ¿Quieres que te presente?

Este hombre es del género Colegial, conocido por su gran audacia entre hombres y su gran timidez a puerta cerrada.

—¿La señora Firmiani? –exclama otro haciendo revolotear su bastón–, voy a decirte lo que pienso: es una mujer entre treinta y treinta y cinco años, de cara pasada, bellos ojos, talle liso, voz de contralto gastada, mucho artificio, un poco de carmín, modales encantadores; en fin, querido, los restos de una mujer bella que, sin embargo, aún valen la pena de una pasión.

Esta sentencia se debe a un sujeto del género Fatuo que acaba de almorzar, que ya no sopesa sus palabras y va a montar a caballo. En esos momentos, los Fatuos son implacables.

—Hay en su casa una galería de cuadros magníficos, vaya a verla –os responde otro–. ¡No hay nada tan bello!

Os habéis dirigido al género Aficionado. El individuo se despide para ir a casa de Pérignon o a casa de Tripet[4]. Para él, la señora Firmiani es una colección de telas pintadas.

UNA MUJER: ¿La señora Firmiani? No quiero que vaya usted a su casa.

Esta frase es la más rica de las traducciones. ¡La señora Firmiani! ¡Mujer peligrosa! ¡Una sirena! Viste bien, tiene buen gusto, provoca insomnios a todas las mujeres. La interlocutora pertenece al género de los Liantes.

UN AGREGADO DE EMBAJADA: ¡La señora Firmiani! ¿No es de Amberes? Vi a ese mujer muy bella hace diez años. Estaba entonces en Roma.

Los sujetos pertenecientes a la clase de los Agregados tienen la manía de decir frases a lo Talleyrand, su ingenio es a menudo tan sutil que sus ideas son imperceptibles; se parecen a esos jugadores de billar que evitan las bolas con una habilidad infinita. Por lo general, esos individuos son poco habladores; pero cuando hablan, solo se ocupan de España, de Viena, de Italia o de Petersburgo. Los nombres de países son en ellos como resortes; los apretáis, y la sonería os hará oír todas sus melodías.

—Esa señora Firmiani, ¿no frecuenta mucho el *faubourg* Saint-Germain?

Esto lo dice una persona que quiere pertenecer al género Distinguido. Le pone el *de* a todo el mundo, al señor Dupin el mayor, al señor Lafayette[5]; lo suelta a tontas y a locas, y con ello deshonra a la gente. Pasa su vida preocupándose por lo que es *bien;* pero, para su tormento, vive en el Marais, y su marido ha sido procurador, pero procurador del Tribunal real[6].

—¿La señora Firmiani, señor? No la conozco.

Este hombre pertenece al género de los Duques. Solo admite conocer a las mujeres presentadas[7]. Perdonadlo, le hizo duque Napoleón.

—¿La señora Firmiani? ¿No es una antigua actriz de los Italianos?

Hombre del género Necio. Los individuos de esta clase quieren tener respuesta para todo. Calumniar, antes que callarse.

DOS VIEJAS DAMAS *(mujeres de antiguos magistrados).* LA PRIMERA (lleva un gorro de cocas, tiene la cara arrugada, su nariz es puntiaguda, con un devocionario, voz dura): ¿Qué nombre tenía de soltera esa señora Firmiani? LA SEGUNDA (carita roja parecida a una vieja manzana colorada, voz suave): Una Cadignan, querida, sobrina del viejo príncipe de Cadignan y prima por tanto del duque de Maufrigneuse[8].

La señora Firmiani es una Cadignan. Aunque no tuviera ni virtudes, ni fortuna, ni juventud, siempre sería una Cadignan. Una Cadignan es como un prejuicio, siempre rico y viviente.

UN ORIGINAL: Querido, nunca he visto zuecos[9] en su antecámara, puedes ir a su casa sin comprometerte y jugar sin temor, porque si hay granujas, son gente de calidad; por lo tanto, allí nadie se pelea.

VIEJO PERTENECIENTE AL GÉNERO DE LOS OBSERVADORES: «Irá usted a casa de la señora Firmiani, querido, encontrará una bella mujer indolentemente sentada junto a su chimenea. Apenas se levantará de su sillón, únicamente lo abandona para las mujeres o los embajadores, los duques, las gentes importantes. Es muy graciosa, encanta, habla bien y quiere hablar de todo. Se perciben en ella todos los indicios de la pasión, pero se le adjudican demasiados adoradores para que tenga un favorito. Si las sospechas solo planeasen sobre dos o tres de sus íntimos, sabríamos quién es su galán; pero es una mujer todo misterio: está casada, y nunca hemos visto a su marido; el señor Firmiani es un personaje totalmente fantástico, se parece a ese tercer caballo que siempre pagamos viajando por la posta y que nunca vemos; de dar crédito a los artistas, la señora es la primera contralto de Europa y no ha cantado ni tres veces desde que está en París; recibe a mucha gente y no va a casa de nadie».

El Observador habla como profeta. Hay que aceptar sus palabras, sus anécdotas, sus citas como verdades, so pena de pasar por hombre sin instrucción ni medios. Os calumniará alegremente en veinte salones donde es esencial como una primera pieza en el cartel, esas piezas que con tanta frecuencia se representan para las butacas y que tuvieron éxito en otro tiempo. El Observador tiene cuarenta años, nunca come en casa, se declara poco peligroso con las mujeres, va empolvado, lleva un frac marrón, siempre tiene una plaza en varios palcos de los Bouffons[10]; a veces lo clasifican entre los parásitos, pero ha desempeñado funciones demasiado altas para resultar sospechoso de ser un gorrón y, además, posee unas tierras en un departamento cuyo nombre nunca se le ha escapado.

—¿La señora Firmiani? Pero, querido, ¡si es una antigua amante de Murat!

Este forma parte de la clase de los Contradictores. Esta clase de gentes hacen la fe de erratas de todas las memorias, rectifican todos los hechos, apuesta siempre cien contra uno, están seguros de todo. Los sorprendéis en la misma velada en flagrante delito de ubicuidad; dicen haber sido arrestados en París durante la conspiración de Mallet, olvidando que, media hora antes, acababan de pasar el Beresina[11]. Casi todos los Contradictores son caballeros de la Legión de Honor, hablan muy alto,

tienen una frente deprimida y juegan fuerte.

—¿La señora Firmiani, cien mil libras de renta?… ¿Está usted loco? Realmente hay personas que adjudican cien mil libras de renta con la liberalidad de los autores, a los que no les cuesta nada dotar a sus heroínas. Pero la señora Firmiani es una coqueta que recientemente ha arruinado a un joven y le ha impedido hacer un buen matrimonio. Si no fuera hermosa, no tendría un céntimo.

¡Oh!, a este lo reconocéis, es del género de los Envidiosos, y no trazaremos el menor de sus rasgos. La especie es tan conocida como puede serlo la de los *felis*[12] domésticos. ¿Cómo explicar la perpetuidad de la Envidia? ¡Un vicio que no produce nada!

La *gente* de mundo, la *gente* de letras, la honrada *gente* y la *gente* de todo género difundían, en el mes de enero de 1824, tantas opiniones diferentes sobre la señora Firmiani que sería un fastidio consignar todas aquí. Solo hemos querido constatar que un hombre interesado en conocerla, sin querer o poder ir a su casa, habría tenido motivos para creerla igualmente viuda o casada, tonta o inteligente, virtuosa o inmoral, rica o pobre, sensible o sin alma, bella o fea; en fin, había tantas señoras Firmiani como clases en la sociedad, como sectas en el catolicismo. ¡Espantosa idea! Todos somos como planchas litográficas de las que la maledicencia tira una infinidad de copias. Estas pruebas se parecen al modelo o difieren de él en matices tan imperceptibles que, salvo las calumnias de nuestros amigos y las alabanzas de un periódico, la reputación depende del balance hecho por cada cual entre la Verdad, que va cojeando, y la Mentira, a la que ingenio parisiense presta alas.

La señora Firmiani, semejante a muchas mujeres llenas de nobleza y de orgullo que hacen de su corazón un santuario y desdeñan el mundo, habría podido ser muy mal juzgada por el señor de Bourbonne, viejo propietario que se ocupó de ella durante el invierno de ese año. Por casualidad, ese propietario pertenecía a la clase de los Plantadores de provincia, gente acostumbrada a darse cuenta de todo y a hacer tratos con los campesinos. En ese oficio, un hombre se vuelve perspicaz a pesar suyo, igual que un soldado contrae a la larga un valor de rutina. Este curioso, venido de Turena, y al que los idiomas parisinos no satisfacían demasiado, era un gentilhombre muy honorable que gozaba, por solo y único heredero, de un sobrino para el que plantaba sus chopos. Esa amistad ultranatural era causa de muchas maledicencias, que los sujetos pertenecientes a las diversas especies del turonés formulaban con mucho ingenio; pero es inútil reproducirlas, palidecerían al lado de las maledicencias parisinas. Cuando uno puede pensar sin disgusto en su heredero viendo embellecerse todos los días unas hermosas hileras de chopos, el cariño crece con cada golpe de laya que da al pie de sus árboles. Aunque este fenómeno de sensibilidad sea poco común, todavía se encuentra en Turena.

Este adorado sobrino, que se llamaba Octave de Camps, descendía del famoso abate de Camps[13], tan conocido de los bibliófilos o de los sabios, lo cual no es lo mismo. La gente de provincias tiene la mala costumbre de marcar con una especie de

reprobación decente a los jóvenes que venden sus herencias. Este prejuicio gótico perjudica la especulación que hasta ahora el gobierno alienta por necesidad. Sin consultar a su tío, Octave había dispuesto de improviso de una tierra a favor de la banda negra[14]. El castillo de Villaines hubiera sido demolido de no ser por las proposiciones que el viejo tío había hecho a los representantes de la compañía del Martillo. Para aumentar la cólera del testador, un amigo de Octave, pariente lejano, uno de esos primos con pequeña fortuna y gran habilidad de los que dice la gente prudente de su provincia: «¡No me gustaría tener pleitos con él!», había ido por casualidad a casa del señor de Bourbonne y le había informado de la ruina de su sobrino. El señor Octave de Camps, tras haber disipado su fortuna por una tal señora Firmiani, se había visto obligado a dar lecciones particulares de matemáticas, en espera de la herencia de su tío, a quien no se atrevía a confesar sus faltas. Este primo lejano, especie de Charles Moor[15], no había sentido vergüenza al dar esas fatales noticias al viejo campesino en el momento en que digería, delante de su gran chimenea, una copiosa comida de provincias. Pero los herederos no acaban con un tío con tanta facilidad como quisieran. Gracias a su terquedad, este, que se negaba a creer al primo lejano, salió vencedor de la indigestión provocada por la biografía de su sobrino. Ciertos golpes atacan al corazón, otros a la cabeza; el golpe dado por el primo lejano cayó sobre las entrañas y produjo poco efecto, porque el buen hombre tenía un estómago excelente. Como verdadero discípulo de santo Tomas, el señor de Bourbonne vino a París sin que Octave lo supiese, y se informó sobre el descalabro de su heredero. El viejo gentilhombre, que tenía relaciones en el *faubourg* Saint-Germain a través de los Listomère, los Lenoncourt y los Vandenesse, oyó tantas maledicencias, verdades y falsedades sobre la señora Firmiani que decidió presentarse en su casa con el nombre de señor de Rouxellay, que era el de sus tierras. El prudente anciano había tenido cuidado de elegir, para estudiar a la presunta amante de Octave, una velada en la que lo sabía ocupado en acabar un trabajo muy bien pagado; porque el amigo de la señora Firmiani siempre era recibido en su casa, circunstancia que nadie podía explicarse. En cuanto a la ruina de Octave, desgraciadamente no era una fábula. El señor de Rouxellay no se parecía en absoluto a un tío del Gymnase[16]. Antiguo mosquetero, hombre de altas relaciones que en otro tiempo había tenido éxito con las mujeres, sabía presentarse cortésmente, recordaba los modales refinados de antaño, decía frases elegantes y comprendía casi toda la Carta[17]. Aunque amase a los Borbones con noble franqueza, creyese en Dios como creen los gentilhombres y solo leyese *La Quotidienne*[18], no era tan ridículo como deseaban los liberales de su departamento. Podía hacer un buen papel entre la gente de corte, con tal de que no le hablaran de *Moisés*[19], ni de drama, ni de romanticismo, ni de color local, ni de ferrocarriles. Se había quedado en el señor de Voltaire, en el señor conde de Buffon, en Peronet[20], en el caballero Gluck, el músico del rincón de la reina[21].

—Señora –le dijo a la marquesa de Listomère, a la que daba el brazo al entrar en casa de la señora Firmiani–, si esa mujer es la querida de mi sobrino, la compadezco. ¿Cómo puede vivir en medio del lujo sabiéndole en un desván? ¿No tiene alma? Octave es un loco por haber colocado el valor de las tierras de Villaines en el corazón de una…

El señor de Bourbonne pertenecía al género Fósil, y solo conocía el lenguaje de la vieja época.

—Pero ¿y si lo hubiera perdido en el juego?

—¡Eh!, señora, por lo menos habría tenido el placer de jugar.

—¿Cree usted entonces que no ha tenido placer? Mire, ahí tiene a la señora Firmiani.

Los más bellos recuerdos del viejo tío palidecieron a la vista de la pretendida amante de su sobrino. Su cólera expiró en una frase graciosa que le fue arrancada por la vista de la señora Firmiani. Por una de esas casualidades que solo les ocurren a las mujeres bonitas, estaba en un momento en que todas sus bellezas brillaban con un esplendor especial, tal vez debido al resplandor de las bujías, a un atuendo admirablemente sencillo, a no sé qué reflejo de elegancia en cuyo seno vivía. Hay que haber estudiado las pequeñas revoluciones de una velada en un salón de París para apreciar los imperceptibles matices que pueden colorear un rostro de mujer y cambiarlo. Llega un momento en que, contenta con sus galas, y, sintiéndose inteligente, feliz de ser admirada al verse la reina de un salón lleno de hombres notables que le sonríen, una parisina tiene conciencia de su belleza, de su gracia; se embellece entonces a todas las miradas que recoge y que la animan, pero cuyos mudos homenajes son remitidos con sutiles miradas al amado. En ese momento, una mujer está como investida de un poder sobrenatural y se vuelve maga; coqueta sin saberlo, inspira involuntariamente el amor que en secreto la embriaga, tiene sonrisas y miradas que fascinan. Si ese resplandor, procedente del alma, presta atractivo incluso a las feas, ¡de qué esplendor no reviste a una mujer elegante por naturaleza, de formas distinguidas, blanca, lozana, de ojos vivos, y, sobre todo, vestida con un gusto reconocido por los artistas y por sus más crueles rivales!

¿Habéis conocido, para fortuna vuestra, alguna persona cuya voz armoniosa imprime a la palabra un encanto igualmente difundido en sus modales, que sabe tanto hablar como callarse, que se ocupa de vosotros con delicadeza, cuyas palabras están felizmente elegidas, o cuyo lenguaje es puro? Su ironía acaricia y su crítica no hiere; no diserta y tampoco disputa, pero se complace en dirigir una discusión y ponerle fin cuando es oportuno. Su aire es afable y risueño, su cortesía no tiene nada de forzado, su solicitud no resulta servil; reduce el respeto a no ser más que una sombra suave; no os cansa nunca y os deja satisfecho de ella y de vosotros. Volvéis a encontrar impresa su elegancia en las cosas que la rodean. En su casa todo halaga a la vista, y respiráis en ella como el aire de una patria. Esa mujer es natural. En ella nunca hay esfuerzo, no hace alardes de nada, sus sentimientos se expresan con sencillez, porque son

auténticos. Franca, sabe no ofender ningún amor propio; acepta a los hombres como Dios los ha hecho, compadeciendo a la gente viciosa, perdonando los defectos y las ridiculeces, concibiendo todas las edades, y sin irritarse por nada pues tiene el tacto de preverlo todo. Tierna y cariñosa a la vez, inspira gratitud antes de consolar. La amáis tanto que, si ese ángel comete una falta, os sentís dispuesto a justificarla. Entonces ya conocéis a la señora Firmiani.

Cuando el viejo Bourbonne hubo charlado durante un cuarto de hora con aquella mujer sentado a su lado, su sobrino quedó absuelto. Comprendió que, falsas o verdaderas, las relaciones de Octave y de la señora Firmiani ocultaban sin duda algún misterio. Volviendo a las ilusiones que doran los primeros días de nuestra juventud, y juzgando el corazón de la señora Firmiani por su belleza, el viejo gentilhombre pensó que una mujer tan imbuida de su dignidad como parecía estarlo era incapaz de una mala acción. Sus ojos negros anunciaban tanta calma interior, las líneas de su rostro eran tan nobles, los contornos tan puros, y la pasión de que la acusaban parecía pesarle tan poco en el corazón, que el anciano se dijo admirando todas las promesas hechas al amor y a la virtud por aquella adorable fisonomía: «Mi sobrino habrá cometido alguna tontería».

La señora Firmiani confesaba veinticinco años. Pero los Positivos demostraban que, casada en 1813, a la edad de dieciséis años, debía de tener veintiocho años por lo menos en 1825. No obstante, las mismas personas aseguraban también que en ninguna época de su vida había sido tan deseable, ni tan completamente mujer. No tenía hijos, nunca los había tenido; el problemático Firmiani, cuadragenario muy respetable en 1813, no había podido, decían, ofrecerle más que su apellido y su fortuna. La señora Firmiani llegaba, pues, a la edad en que la parisina concibe mejor una pasión y tal vez la desea inocentemente en sus ratos libres, había adquirido todo lo que el mundo vende, todo lo que presta, todo lo que da; los Agregados de embajada pretendían que no ignoraba nada, los Contradictores pretendían que aún podía aprender muchas cosas, los Observadores le encontraban las manos muy blancas, el pie muy lindo, los movimientos un tanto ondulantes; pero los individuos de todos los Géneros envidiaban o discutían la felicidad de Octave reconociendo que era la mujer más aristocráticamente bella de todo París. Joven aún, rica, música consumada, inteligente, delicada, recibida, en recuerdo de los Cadignan a los que pertenece por su madre, en casa de la señora princesa de Blamont-Chauvry, el oráculo del *faubourg* noble, amada por sus rivales, la duquesa de Maufrigneuse, su prima, la marquesa d’Espard, y la señora de Macumer, halagaba todas las vanidades que alimentan o que excitan el amor. Por eso, era deseada por demasiada gente para no ser víctima de la elegante maledicencia parisina y de las encantadoras calumnias que tan ingeniosamente se sueltan bajo el abanico o en los conciliábulos. Las observaciones con que esta historia empieza eran necesarias, por tanto, para oponer la verdadera Firmiani a la Firmiani de la gente. Si algunas mujeres le perdonaban su felicidad, otras no la dispensaban de su decencia; ahora bien, nada es tan terrible,

sobre todo en París, como las sospechas sin fundamento: es imposible destruirlas. Este esbozo del natural de una figura admirable nunca dará de ella más que una ligera idea; se necesitaría el pincel de Ingres para reproducir la altivez de la frente, la abundancia de su pelo, la majestad de la mirada, todos los pensamientos que revelaban los singulares colores de su tez. En esta mujer se hallaba todo: los poetas podían ver en ella al mismo tiempo a Juana de Arco o a Agnès Sorel[22]; pero también se encontraba la mujer desconocida, el alma escondida bajo aquella envoltura decepcionante, el alma de Eva, las riquezas del mal y los tesoros del bien, la falta y la resignación, el crimen y la abnegación, doña Julia y Haïdée del *Don Juan* de lord Byron[23].

De forma muy impertinente, el antiguo mosquetero se quedó el último en el salón de la señora Firmiani, que lo encontró tranquilamente sentado en un sillón, y permaneciendo ante ella con la tenacidad de una mosca a la que hay que matar para librarse de ella. El reloj de péndulo marcaba las dos de la madrugada.

—Señora –dijo el viejo gentilhombre en el momento en que la señora Firmiani se levantó esperando hacer comprender a su invitado que deseaba que se fuese–, señora, soy el tío del señor Octave de Camps.

La señora Firmiani se sentó enseguida y dejó ver su emoción. A pesar de su perspicacia, el plantador de chopos no adivinó si ella palidecía o se ruborizaba de vergüenza o de placer. Hay placeres que no dejan de ir acompañados de un poco de pudor temeroso, deliciosas emociones que el corazón más casto siempre querría ocultar. Cuanto más delicada es una mujer, más quiere ocultar las alegrías de su alma. Muchas mujeres, inconcebibles en sus divinos caprichos, desean a menudo oír pronunciar por todos un nombre que a veces desearían sepultar en su corazón. El viejo Bourbonne no llegó a interpretar del todo la turbación de la señora Firmiani; pero, perdonadle, el campesino era desconfiado.

—¿Y bien, señor? –le dijo la señora Firmiani lanzándole una de esas miradas lúcidas y claras en la que nosotros los hombres nunca podemos ver nada porque nos interrogan demasiado.

—Pues, señora –continuó el gentilhombre–, ¿sabe lo que han ido a decirme, a mí, en el fondo de mi provincia? Que mi sobrino se habría arruinado por usted, y que el desdichado está en un desván mientras usted vive aquí en medio del oro y la seda. Tendrá que perdonarme mi rústica franqueza, porque quizá sea muy útil que usted esté al tanto de las calumnias…

—Basta, señor-dijo la señora Firmiani interrumpiendo al gentilhombre con un gesto imperativo–, ya sé todo eso. Es usted lo bastante cortés para abandonar la conversación sobre ese tema cuando yo le ruegue que lo deje. Es demasiado galante (en la antigua acepción de la palabra –añadió poniendo un ligero acento de ironía en sus palabras–), para no admitir que no tiene usted ningún derecho a interrogarme. Por último, es ridículo que yo me justifique. Espero que tenga una opinión bastante buena de mi carácter para creer en el profundo desprecio que me inspira el dinero, aunque

fui casada sin ningún tipo de fortuna con un hombre que tenía una fortuna inmensa. Ignoro si su señor sobrino es rico o pobre; si lo he recibido, si lo recibo, es porque lo considero digno de figurar entre mis amigos. Todos mis amigos, señor, sienten respeto unos por otros: saben que no profeso la filosofía de ver a la gente cuando no la estimo; quizá sea una falta de caridad, pero, gracias a mi ángel de la guarda, hasta el día de hoy siempre he sentido una profunda aversión tanto hacia los chismes como hacia la falta de honradez.

Aunque el timbre de la voz se hubiera alterado ligeramente durante las primeras frases de esta réplica, las últimas palabras fueron dichas por la señora Firmiani con el aplomo de Celimena cuando se burla del Misántropo[24].

—Señora –prosiguió el conde con voz emocionada–, soy un anciano, soy casi el padre de Octave, le pido por tanto de antemano el más humilde de los perdones por la única pregunta que voy a tener la osadía de hacerle, y le doy mi palabra de leal gentilhombre de que su respuesta morirá aquí –dijo poniendo la mano sobre su corazón con un movimiento verdaderamente religioso–. ¿Tiene la maledicencia razón, ama usted a Octave?

—Señor –dijo ella–, a cualquier otro solo le respondería con una mirada; pero a usted, y porque es casi el padre del señor de Camps, le preguntaré qué pensaría de una mujer si, a su pregunta, contestase *sí*. Confesar amor a aquel que amamos, cuando él nos ama… bien; cuando estamos seguras de ser siempre amadas, créame, señor, para nosotras es un esfuerzo y para él una recompensa; pero ¡a otro!…

La señora Firmiani no acabó la frase, se levantó, saludó al buen hombre y desapareció en sus aposentos, cuyas puertas sucesivamente abiertas y cerradas tuvieron un lenguaje para los oídos del plantador de chopos.

«¡Maldita sea! –se dijo el anciano–, ¡qué mujer! O es una astuta comadre o un ángel».

Y se dirigió a su coche de alquiler, cuyos caballos daban de vez en cuando patadas en el pavimento del silencioso patio. El cochero dormía, después de haber maldecido cien veces a su cliente.

A la mañana siguiente, hacia las ocho, el viejo gentilhombre subía la escalera de una casa situada en la calle de la Observance[25] donde vivía Octave de Camps. Si hubo en el mundo un hombre asombrado, ese fue desde luego el joven profesor al ver a su tío; la llave estaba en la puerta, la lámpara de Octave aún ardía, había pasado la noche en vela.

—Señor golfo –dijo el señor de Bourbonne sentándose en un sillón–, ¿desde cuándo se ríe uno (estilo decente) de los tíos que tienen veintiséis mil libras de renta en buenas tierras de Turena cuando es su único heredero? ¿Sabe usted que en otro tiempo respetábamos a esos parientes? Veamos, ¿tienes algún reproche que hacerme, he cumplido mal mi papel de tío, te he pedido respeto, te he negado dinero, te he dado con la puerta en las narices argumentando que venías a ver cómo iba mi salud? ¿No tienes el tío más cómodo, el menos pesado que haya en Francia, y no digo en

Europa porque sería demasiado pretencioso? Me escribes o no me escribes, vivo fiado en el cariño jurado, y te arreglo las tierras más bellas de la región, una propiedad que es la envidia de todo el departamento; sin embargo, no quiero dejártela sino lo más tarde posible. ¿No es totalmente perdonable esa veleidad? Y el señor vende sus bienes, se aloja como un lacayo y ya no tiene criados ni una forma de vida…

—Tío…

—No se trata del tío, sino del sobrino. Tengo derecho a tu confianza; por lo tanto, confiésate ahora mismo, es más fácil, lo sé por experiencia. ¿Has jugado, has perdido en la Bolsa? Vamos, dime: «¡Tío, soy un miserable!», y te abrazo. Pero si me dices una mentira mayor de las que yo contaba a tu edad, vendo mis bienes, los pongo en renta vitalicia y vuelvo a mis malas costumbres de juventud, si todavía es posible.

—Tío…

—Ayer vi a tu señora Firmiani –dijo el tío besándose la punta de sus dedos, que agrupó en haz–. Es encantadora –añadió–. Tienes la aprobación y el privilegio del rey, y el beneplácito de tu tío, si eso puede agradarte. En cuanto a la sanción de la Iglesia, es inútil, creo yo, ¡los sacramentos son sin duda demasiado caros! Vamos, habla, ¿te has arruinado por ella?

—Sí, tío.

—¡Ah, la muy granuja!, lo habría apostado. En mi época, las mujeres de la corte eran más hábiles arruinando a un hombre que vuestras cortesanas de hoy. He reconocido en ella el siglo pasado rejuvenecido.

—Tío –replicó Octave con un aire triste y dulce a la vez–, se equivoca usted: la señora Firmiani merece su estima y todas las adoraciones de sus admiradores.

—Entonces, ¿la pobre juventud será siempre la misma? –dijo el señor de Bourbonne—. Vamos, haz lo que quieras, repíteme viejas historias. Pero debes saber que no soy un novato en asuntos de galantería.

—Mi buen tío, aquí tiene una carta que se lo dirá todo –respondió Octave sacando una elegante cartera, regalada sin duda por *ella*–. Cuando la haya leído, terminaré de informarle, y conocerá usted a una señora Firmiani desconocida por todos.

—No tengo mis anteojos –dijo el tío–, léemela.

Octavio empezó así:

«Mi querido amigo…».

—Entonces ¿estás liado con esa mujer?

—Pues sí, tío.

—Y ¿no estáis peleados?

—¿Peleados?… –repitió Octave muy sorprendido–. ¿Nos casamos en Gretna-Gree[26].

Bueno –continuó el señor de Rouxellay–, ¿por qué comes entonces por cuarenta *sous*?

—Déjeme continuar.

—Está bien, te escucho.

Octave continuó la carta, y no leyó ciertos pasajes sin profundas emociones.

«Amado esposo, me has preguntado la razón de mi tristeza, ¿ha pasado entonces de mi alma a mi cara o solo la has adivinado? ¿Y por qué no sería así? Estamos tan unidos de corazón… Además, no sé mentir, y quizá eso sea una desgracia. Una de las condiciones de la mujer amada es ser siempre cariñosa y alegre. Tal vez debería engañarte; pero no lo querría, incluso aunque se tratase de aumentar o de conservar la felicidad que me das, que me prodigas, con la que me abrumas. ¡Oh, querido, cuánta gratitud entraña mi amor! Por eso quiero amarte siempre, sin límites. Sí, quiero estar siempre orgullosa de ti. Nuestra gloria, la de ambos, está toda en aquel a quien amamos. Estima, consideración, honor, todo eso, ¿no es de aquel que lo ha tomado todo? Pues bien, mi ángel me ha fallado. Sí, querido, tu última confidencia ha empañado mi felicidad pasada. Desde ese momento, me encuentro humillada en ti; en ti, a quien consideraba como el más puro de los hombres, como eres el más amante y el más cariñoso. Hay que tener mucha confianza en tu corazón, todavía infantil, para hacerte una confesión que me cuesta un esfuerzo horrible. ¡Cómo!, pobre ángel mío… Tu padre robó su fortuna, tú lo sabes, ¡y aún así la conservas! ¡Y me has contado esa hazaña de procurador en una habitación llena de los mudos testigos de nuestro amor, y eres gentilhombre y te crees noble, y me posees, y tienes veintidós años! ¡Cuántas monstruosidades! Te he buscado excusas, he atribuido tu despreocupación a tu juventud aturdida. Sé que hay mucho de niño en ti. Quizá todavía no has pensado muy en serio en lo que es fortuna y probidad. ¡Oh!, cuánto daño me hizo tu risa. Piensa, pues, que existe una familia arruinada, que llora constantemente, jóvenes que quizá te maldicen todos los días, un anciano que todas las noches se dice: “Yo no estaría sin pan si el padre del señor de Camps no hubiera sido un hombre deshonesto!”».

—¿Cómo? –exclamó el señor de Bourbonne interrumpiéndole–, ¿has cometido la estupidez de contar a esa mujer el asunto de tu padre con los Bourgneuf?… Las mujeres entienden mejor la forma de devorar una fortuna que la de hacerla…

—Entienden de honradez. Déjeme continuar, tío.

«Octave, ningún poder en el mundo tiene autoridad para cambiar el lenguaje del honor. Retírate a tu conciencia, y pregúntale con qué palabra calificar la acción a la que debes tu oro».

Y el sobrino miró al tío, que bajó la cabeza.

«No te diré todas las ideas que me asaltan, todas ellas pueden reducirse a una sola, y es esta: no puedo estimar a un hombre que se ensucia a sabiendas por una suma de dinero, sea la que fuere. Cien *sous* robados en el juego, o seis veces cien mil francos debidos a un engaño legal, deshonran por igual a un hombre. Quiero decirte todo: me considero como manchada por un amor que hace poco hacía toda mi felicidad. Desde el fondo de mi alma se alza una voz que mi ternura no puede sofocar. ¡Ah!, he llorado por tener más conciencia que amor. Si cometieras un crimen,

yo te escondería de la justicia humana en mi seno, si pudiera; pero mi abnegación no pasaría de ahí. El amor, ángel mío, es en una mujer la confianza más ilimitada, unida a no sé qué necesidad de venerar, de adorar al ser al que pertenece. Nunca he concebido el amor más que como un fuego en el que se depuraban los más nobles sentimientos, un fuego que los desarrollaba todos. Solo tengo una cosa más que decirte: ven a mí pobre, mi amor aumentará, si es que es posible; si no, renuncia a mí. Si no te veo más, sé lo que me queda por hacer. Pero no quiero, óyeme bien, que restituyas porque yo te lo aconsejo. Consulta bien tu conciencia. No es preciso que ese acto de justicia sea un sacrificio hecho al amor. Soy tu mujer, y no tu querida; se trata menos de agradarme que de inspirarme la más profunda estima por ti. Si me equivoco, si me has explicado mal la acción de tu padre, en fin, a poco que creas legítima tu fortuna (¡oh!, quisiera convencerme de que no mereces ninguna crítica), decide escuchando la voz de tu conciencia, obra bien por ti mismo. Un hombre que ama sinceramente, como tú me amas, respeta demasiado toda la santidad para ser honrado que su mujer pone en él. Ahora me reprocho todo lo que acabo de escribir. Tal vez bastaba una palabra, y me he dejado arrastrar por mi instinto de predicadora. Por eso, querría que me riñeses no demasiado fuerte, pero sí un poco. Querido, entre nosotros dos, ¿no eres tú el poder? Tú solo debes ver tus faltas. Y bien, dueño mío, ¿dirá usted que no entiendo nada de discusiones políticas?».

—Bueno, tío –dijo Octave, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Pero veo que aún hay más escrito, termina de leerlo.

—¡Oh!, el resto son cosas que solo deben ser leídas por un enamorado.

—¡Bien! –dijo el anciano–, bien, hijo mío. Yo tuve muchas aventuras con mujeres; pero te ruego que creas que también he amado, *et ego in Arcadia*[27]. Solo que no concibo por qué das clases de matemáticas.

—Querido tío, soy su sobrino; ¿no quiere eso decir, en dos palabras, que ya había mermado un poco el capital dejado por mi padre? Después de haber leído esta carta, se produjo en mí toda una revolución, y en un momento pagué los atrasos de mis remordimiento. Nunca podré pintarle el estado en que me encontraba. Mientras guiaba mi cabriolé por el bosque, una voz me gritaba: «¿Es tuyo este caballo?». Al comer, me decía: «¿No es una comida robada?». Sentía vergüenza de mí mismo. Cuanto más joven era mi honradez, tanto más ardiente era. Lo primero que hice fue correr a casa de la señora Firmiani. ¡Oh, Dios!, tío, ese día tuve placeres del corazón, voluptuosidades del alma que valían millones. Hice a su lado la cuenta de lo que debía a la familia Bourgneuf, y me condené a mí mismo a pagarle el tres por ciento de interés en contra de la opinión de la señora Firmiani; pero toda mi fortuna no podía bastar para saldar la suma. Entonces éramos el uno y el otro bastante amantes, bastante esposos, ella para ofrecerme, yo para aceptar sus ahorros…

—¡Cómo! Además de sus virtudes, ¿esa mujer adorable hace economías? –exclamó el tío.

—No se burle de ella, tío. Su posición la obliga a administrarse bien. Su marido

se marchó en 1820 a Grecia, donde murió a los tres años; hasta este día, ha sido imposible tener la prueba legal de su muerte y conseguir el testamento que debió de hacer a favor de su mujer, documento importante que ha sido robado, perdido o extraviado en un país en el que las actas del estado civil no se guardan como en Francia, y donde no hay cónsul. Ignorando si un día no se verá obligada a contar con unos herederos malévolos, está obligada a llevar un orden extremo, porque quiere poder dejar su opulencia como Chateaubriand acaba de abandonar el ministerio[28]. Ahora bien, quiero adquirir una fortuna que sea *mía*, a fin de devolver su opulencia a mi mujer, en caso de que se arruine.

—¿Y no me has dicho eso, no has acudido a mí?… ¡Oh!, sobrino, piensa que te quiero bastante como para pagarte buenas deudas, deudas de gentilhombre. Soy un tío de desenlace de comedia, me vengaré.

—Tío, conozco sus venganzas, pero déjeme enriquecerme por mis propios medios. Si quiere hacerme un favor, concédame únicamente mil escudos de pensión hasta que necesite capitales para alguna empresa. Mire, en este momento me siento tan dichoso que mi único asunto es vivir. Doy lecciones a fin de no ser una carga para nadie. ¡Ah!, si supiese con qué placer he hecho mi restitución. Después de algunas gestiones, terminé por encontrar a los Bourgneuf infelices y privados de todo. Esa familia vivía en Saint-Germain en una casa miserable. El anciano padre regentaba un despacho de lotería, sus hijas se ocupaban de la casa y llevaban los libros. La madre estaba casi siempre enferma. Las dos hijas son encantadoras, pero han aprendido duramente el poco valor que la sociedad da a la belleza sin fortuna. ¡Qué cuadro fui a buscar allí! Si entré siendo cómplice de un crimen, salí hombre honrado, y lavé la memoria de mi padre. ¡Oh, tío!, yo no le juzgo, hay en los procesos un entusiasmo, una pasión que a veces pueden engañar al hombre más honrado del mundo. Los abogados saben legitimar las pretensiones más absurdas, las leyes tienen silogismos complacientes con los errores de la conciencia y los jueces tienen derecho a equivocarse. Mi aventura fue un verdadero drama. Haber sido la Providencia, haber realizado uno de esos anhelos inútiles: «¿Si nos cayesen del cielo veinte mil libras de renta?», ese deseo que todos nos hacemos riendo; hacer que una mirada llena de imprecaciones sea seguida por una mirada llena de gratitud, de sorpresa, de admiración; lanzar la opulencia en medio de una familia reunida por la noche a la luz de una miserable lámpara, delante de un fuego de turba… No, faltan las palabras para una escena así. Mi extrema justicia les parecía injusta. En fin, si hay un paraíso, ahora mi padre debe estar feliz en él. En cuanto a mí, soy amado como ningún hombre lo ha sido. La señora Firmiani me ha dado más que la felicidad, me ha dotado de una delicadeza que quizá me faltaba. Por eso la llamo *mi querida conciencia*, una de esas palabras de amor que responden a ciertas armonías secretas del corazón. La probidad acarrea provecho, tengo la esperanza de ser pronto rico por mí mismo, en este momento trato de resolver un problema industrial, y si lo consigo ganaré millones.

—¡Hijo mío!, tienes el alma de tu madre –dijo el anciano conteniendo a duras

penas las lágrimas que humedecían sus ojos al pensar en su hermana.

En ese momento, pese a la distancia que había entre la calle y el cuarto piso de Octave de Camps, el joven y su tío oyeron el ruido hecho por la llegada de un coche.

—Es ella –dijo él–, reconozco sus caballos por la forma de detenerse.

En efecto, la señora Firmiani no tardó en aparecer.

—¡Ah! –dijo ella haciendo un movimiento de despecho al ver al señor de Bourbonne–. Pero nuestro tío no está de más –continuó dejando escapar una sonrisa–. Yo quería arrodillarme humildemente ante mi esposo suplicándole que acepte mi fortuna. La embajada de Austria acaba de enviarme un acta que certifica la muerte de Firmiani. El documento, redactado gracias a los cuidados del internuncio de Austria en Constantinopla, está en perfecta regla, y trae adjunto el testamento que guardaba el ayuda de cámara para entregármelo. Octave, puede aceptar usted todo. Vamos, eres más rico que yo, tienes ahí tesoros que solo Dios podría aumentar –continuó golpeando el pecho de su marido.

Luego, como no podía soportar tanta felicidad, ocultó su cabeza en el pecho de Octave.

—Querida sobrina, en el pasado hacíamos el amor, hoy amáis –dijo el tío–. Sois todo lo bueno y lo bello que hay en la humanidad; porque nunca sois culpables de vuestras faltas, siempre provienen de nosotros.

París, febrero de 1831.

LA GRENADIÈRE[1]

La Grenadière es una pequeña vivienda situada en la orilla derecha del Loira, río arriba y aproximadamente a una milla del puente de Tours. En ese punto, el río, ancho como un lago, está salpicado de islas verdes y bordeado por una roca en que se asientan varias casas de campo, todas ellas construidas de piedra blanca, rodeadas de viñedos y de huertos donde maduran los más bellos frutos del mundo orientados al mediodía. Pacientemente explanados por varias generaciones, los huecos de la roca reflejan los rayos del sol y permiten cultivar en plena tierra, gracias a una temperatura artificial, los productos de los climas más cálidos. En una de las anfractuosidades menos profundas que cortan esa colina se eleva la aguda flecha de Saint-Cyr, pequeña población de la que dependen todas estas casas dispersas. Luego, algo más lejos, el Choisille se precipita en el Loira por un fértil valle que interrumpe ese largo collado. La Grenadière, asentada a media cuesta de la roca, a un centenar de pasos de la iglesia, es una de esas viejas casas de doscientos o trescientos años de edad que se encuentran en Turena en cada paraje bonito. Una fractura de la roca favoreció la construcción de una rampa que desciende suavemente hasta la *levée*, nombre dado en la región al dique construido en la parte baja de la cuesta para mantener al Loira en su cauce, y por el que pasa el camino real de París a Nantes. En lo alto de la rampa hay una puerta de la que arranca un pedregoso sendero que discurre entre dos bancales, especie de fortificaciones provistas de parras y espaldares destinadas a impedir el desmoronamiento de las tierras. Ese sendero abierto al pie del bancal superior, y casi oculto por los árboles del bancal que corona, lleva a la casa por una rápida pendiente, dejando ver el río cuya extensión se agranda a cada paso. Remata este encajonado sendero una segunda puerta de estilo gótico, cimbrado, cargado con algunos adornos simples pero en ruinas, cubiertas de alhelíes silvestres, yedras, musgos y parietarias. Estas plantas indestructibles decoran los muros de todos los bancales, de donde salen por las grietas de los cimientos, dibujando en cada nueva estación nuevas guirnaldas de flores.

Al franquear esa puerta carcomida, un pequeño jardín, conquistado a la roca por un último bancal cuya vieja balaustrada negra domina a todas las demás, ofrece a la vista su césped adornado con algunos árboles verdes y una multitud de rosales y de flores. Luego, frente al pórtico, en el otro extremo de la terraza, hay un pabellón de madera apoyado en el muro vecino, y cuyos postes quedan ocultos por jazmines, madreselvas, vides y clemátides. En medio de este último jardín se alza la casa sobre una escalinata abovedada, cubierta de pámpanos, y en la que se encuentra la puerta de una amplia cueva excavada en la roca. La vivienda está rodeada de parras y granados sembrados en plena tierra, de ahí le viene el nombre dado a esta alquería. La fachada esta formada por dos amplias ventanas separadas por una puerta falsa muy rústica, y

por tres buhardillas levantadas sobre un tejado de una elevación prodigiosa en relación a la escasa altura de la planta baja. Ese tejado de dos aguilones está cubierto por pizarra. Las paredes del edificio principal están pintadas de amarillo; y la puerta, las contraventanas de abajo y las persianas de las buhardillas, de verde.

Al entrar encontraréis un pequeño rellano del que arranca una tortuosa escalera cuyo sistema cambia en cada vuelta; es de madera casi podrida; su barandilla, labrada en forma de tomillo, ha sido pulida por un largo uso. A la derecha hay un amplio comedor con un revestimiento de madera a la antigua, con baldosas blandas fabricadas en Château-Regnault[2]; luego, a la izquierda, un salón de parecidas dimensiones, sin maderas, pero tapizado con un papel aurora de cenefa verde. Ninguna de esas dos piezas tiene cielo raso; las vigas son de madera de nogal y los intersticios están rellenos de adobe blanco hecho de broza. En el primer piso hay dos grandes habitaciones de paredes encaladas; las chimeneas de piedra están esculpidas con menor riqueza que las de la planta baja. Todas las aberturas dan al sur. Al norte solo hay una puerta que da a las viñas, practicada detrás de la escalera. Adosada a la izquierda de la casa se halla una construcción con entramados, cuyas maderas están resguardadas de la lluvia y del sol por pizarras que dibujan sobre las paredes largas líneas azules, rectas o transversales. La cocina, situada en esa especie de choza, comunica interiormente con la casa, pero sin embargo tiene una entrada propia, levantada sobre unos escalones, a cuyo pie hay un pozo profundo coronado por una bomba rústica rodeada de sabinas, plantas acuáticas y altas hierbas. Esta construcción reciente prueba que la Grenadière fue en otro tiempo un *vendimiadero.* Los propietarios acudían allí desde la ciudad, de la que está separada por el vasto cauce del Loira, solo para la cosecha o para alguna fiesta campestre. Enviaban por la mañana sus provisiones y pasaban allí la noche únicamente durante la temporada de vendimia. Pero los ingleses cayeron sobre la Turena como una nube de langostas y fue preciso completar la Grenadière para poder alquilársela[3]. Por suerte, este moderno apéndice queda disimulado bajo los primeros tilos de una alameda plantada en un barranco en la parte baja de las viñas. El viñedo, que quizá tenga dos arpendes[4], se eleva por encima de la casa y la domina por completo con una cuesta tan empinada que es muy difícil subirla. Entre la casa y esa colina verdeante de pámpanos que se arrastran, apenas hay un espacio de cinco pies[5], siempre húmedo y frío, especie de foso lleno de una vigorosa vegetación en la que, cuando llueve, caen los abonos de la viña que van a enriquecer el suelo de los huertos sostenidos por el bancal de la balaustrada. La casa del aparcero encargado de las labores de la viña está adosada al aguilón de la izquierda; cubierta de bálago, hace juego en cierto modo con la cocina. La propiedad está rodeada de tapias y espaldares; y la viña, plantada de árboles frutales de todas clases; en fin, ni una pulgada de ese terreno precioso se ha perdido para el cultivo. Si el hombre descuida una árida parcela de roca, la naturaleza pone en ella una higuera, o flores del campo, o algunos fresales resguardados por piedras.

En ningún lugar del mundo encontraríais una vivienda a un tiempo tan modesta y tan grande, tan abundante en frutos, en aromas o en panoramas. Es, en el corazón de la Turena, una Turena en pequeño donde todas las flores, todos los frutos, todas las bellezas de esta región están completamente representados. Son las uvas de cada comarca, los higos, los melocotones, las peras, de todas la especies, y melones en pleno campo así como el regaliz, las retamas de España, las adelfas de Italia y los jazmines de las Azores. El Loira está a vuestros pies. Lo dominái desde una terraza elevada treinta toesas[6] por encima de sus caprichosas aguas; al atardecer respiráis sus brisas que llegan frescas del mar, perfumadas en su viaje por las flores de los largos diques. Una nube errante que, a cada paso en el espacio, cambia de color y de forma, bajo un cielo perfectamente azul, presta mil aspectos nuevos a cada detalle de los magníficos paisajes que se ofrecen a las miradas, donde quiera que os situéis. Desde allí, la vista abarca primero la orilla izquierda del Loira desde Amboise; la fértil llanura en la que se alzan Tours, sus arrabales, sus fábricas, el Castillo; luego, una parte de la orilla izquierda que, desde Vouvray hasta Saint-Symphorien, describe un semicírculo de rocas llenos de alegres viñas. La vista solo está limitada por las fértiles colinas del Cher, horizonte azulado, lleno de parques y castillos. Por último, al oeste, el alma se pierde en el inmenso río por el que a todas horas navegan barcas de velas blancas, hinchadas por los vientos que casi siempre reinan en esa vasta cuenca. Un príncipe puede hacer de la Grenadière su *quinta*, pero, desde luego, un poeta siempre hará de ella su morada; dos amantes verán en ella el más dulce refugio, es la vivienda de un buen burgués de Tours; tiene poesía para todas las imaginaciones, tanto para las más humildes y más frías como para las más elevadas y más apasionadas: nadie permanece aquí sin sentir la atmósfera de la felicidad, sin comprender toda una vida tranquila, despojada de ambición, de preocupaciones. El ensueño está en el aire y en el murmullo de las olas, las arenas hablan, son tristes o alegres, doradas o sin brillo; todo es movimiento alrededor de quien posea esa viña, inmóvil en medio de sus flores vivaces y de sus apetitosos frutos. Un inglés da mil francos por vivir durante seis meses en esa humilde casa; pero se compromete a respetar las cosechas; si quiere los frutos, dobla el precio del alquiler; si le apetece su vino, vuelve a doblar la suma. ¿Qué vale, pues, la Grenadière con su rampa, su cañada, su triple terraza, sus dos arpendes de vides, sus balaustradas de rosales floridos, su vieja escalinata, su bomba, sus desgreñadas clemátides y sus árboles cosmopolitas? ¡No ofrezcáis precio! La Grenadière nunca estará en venta. Comprada una vez en 1690, y dejada a pesar suyo por cuarenta mil francos, como un caballo favorito abandonado por el árabe del desierto, ha permanecido en la misma familia, constituye su orgullo, la joya patrimonial, el Regente[7]. Ver, ¿no es tener?, dijo un poeta. Desde ahí veis tres valles de la Turena, y su catedral suspendida en los aires como una obra de filigrana. ¿Pueden pagarse tales tesoros? ¿Podréis pagar nunca la salud que recuperáis allí bajo los tilos?

En la primavera de uno de los años más hermosos de la Restauración, una dama

acompañada por un ama de llaves y dos niños, el más joven de los cuales parecía tener ocho años y el otro alrededor de trece, llegó a Tours en busca de alojamiento. Vio la Grenadière y la alquiló. Tal vez la decidió a alojarse allí la distancia que la separaba de la ciudad. El salón le sirvió de dormitorio, instaló a cada niño en una de las piezas del primer piso, y el ama de llaves durmió en un pequeño gabinete acondicionado encima de la cocina. El comedor se convirtió en la sala común de la pequeña familia y el lugar de recepción. La casa fue amueblada con mucha sencillez, pero con gusto; no hubo nada inútil ni nada que indicase lujo. Los muebles escogidos por la desconocida eran de nogal, sin adorno alguno. La limpieza, la armonía que reinaba entre el interior y el exterior de la casa hicieron todo su atractivo.

Fue, pues, bastante difícil saber si la señora Willemsens (nombre que adoptó la forastera) pertenecía a la rica burguesía, a la alta nobleza o a ciertas clases equívocas de la especie femenina. Su sencillez daba pábulo a las suposiciones más contradictorias, pero sus modales podían confirmar las que le eran favorables. Por eso, poco después de su llegada a Saint-Cyr, su conducta reservada estimuló el interés de las personas ociosas, acostumbradas en provincias a observar todo lo que parece que puede animar la estrecha esfera en que viven. La señora Willemsens era una mujer de estatura bastante alta, esbelta y delgada, pero de delicadas proporciones. Tenía unos pies bonitos, más notables por la gracia con que estaban unidos que por su estrechez, mérito vulgar; luego unas manos que parecían bellas bajo los guantes. Algunas manchas de un rojo oscuro y móviles salpicaban su tez blanca, en el pasado lozana y coloreada. Unas arrugas precoces marchitaban una frente de forma elegante, coronada por hermosos cabellos castaños, bien implantados y siempre dispuestos en dos trenzas circulares, peinado de virgen que sentaba bien a su melancólica fisonomía. Sus ojos negros, de ojeras muy marcadas, hundidos, llenos de un ardor febril, fingían una serenidad falsa; y, por momentos, si olvidaba la expresión que se había impuesto, en ellos se pintaban secretas angustias. Su rostro ovalado era algo alargado; pero quizá en el pasado la felicidad y la salud le daban proporciones justas. Una falsa sonrisa, teñida de una dulce tristeza, vagaba habitualmente por sus pálidos labios; sin embargo, su boca se animaba y su sonrisa expresaba las delicias del sentimiento maternal cuando los dos niños, que siempre la acompañaban, la miraban o le hacían una de esas preguntas inagotables y ociosas que, para una madre, siempre tienen un sentido. Su paso era lento y noble. Conservó el mismo aspecto exterior con una constancia que anunciaba la intención formal de no ocuparse de su indumentaria y de olvidarse de la gente, por la que sin duda quería ser olvidada. Llevaba un vestido negro muy largo, ceñido por una cinta de muaré, y por encima, a manera de chal, una pañoleta de batista de ancho dobladillo cuyos dos extremos pasaban negligentemente por su cintura. Calzada con un esmero que denotaba hábitos de elegancia, llevaba unas medias de seda gris, que completaban el tono de luto difundido por aquel atuendo convencional. Finalmente, su sombrero, de forma inglesa e invariable, era de tela gris y lo adornaba un velo negro. Parecía de una debilidad extrema y muy

doliente. Su único paseo consistía en ir de la Grenadière al puente de Tours, adonde, cuando la tarde era tranquila, iba con los dos niños a respirar el aire fresco del Loira y admirar los efectos que producía el sol poniente en aquel paisaje tan vasto como lo es el de la bahía de Nápoles o el del lago de Ginebra. Durante el tiempo de su estancia en la Grenadière, solo fue dos veces a Tours; la primera, para pedir al director del colegio que le indicase los mejores maestros de latín, de matemáticas y de dibujo; luego, para decidir con las personas que le fueron designadas, bien el precio de las lecciones, bien las horas a las que podrían darse aquellas lecciones a los niños. Pero le bastaba con aparecer una o dos veces por semana, al atardecer, en el puente, para estimular el interés de casi todos los habitantes de la ciudad, que suelen pasear habitualmente por allí. Sin embargo, pese a la especie de espionaje inocente que en provincias crean el odio y la inquieta curiosidad de las principales sociedades, nadie pudo conseguir informes fidedignos sobre el rango que la desconocida ocupaba en el mundo, ni sobre su fortuna, ni siquiera sobre su verdadero estado. Solo el propietario de la Grenadière supo por algunos amigos el nombre, sin duda verdadero, bajo el que la desconocida había contratado su arriendo. Se llamaba Augusta Willemsens, condesa de Brandon. Ese apellido debía de ser el de su marido. Más tarde, los últimos sucesos de esta historia confirmarán la veracidad de esa revelación; pero solo se difundió en el mundo de comerciantes que frecuentaba el propietario. De este modo, la señora Willemsens siguió siendo un misterio para la gente de la buena sociedad, y todo lo que ella les permitió adivinar fue un carácter distinguido, unos modales sencillos, deliciosamente naturales, y un sonido de voz de una dulzura angélica. Su profunda soledad, su melancolía y su belleza, tan apasionadamente oscurecida, a medias marchita incluso, tenían tanto encanto que varios jóvenes se enamoraron de ella; pero cuanto más sincero fue su amor, menos audaz fue; además, ella imponía, y resultaba difícil atreverse a dirigirle la palabra. Por último, si varios hombres audaces le escribieron, sus cartas debieron de ser quemadas sin haber sido abiertas. La señora Willemsens arrojaba al fuego todas las que recibía, como si hubiera querido pasar sin la más leve preocupación el tiempo de su estancia en Turena. Parecía haber ido a su delicioso retiro para entregarse por entero a la felicidad de vivir. Los tres maestros a los que se les permitió la entrada en la Grenadière hablaron con una especie de admiración respetuosa del conmovedor cuadro que ofrecía la unión íntima y sin nubes de aquellos niños y de aquella mujer.

También los dos niños despertaron mucho interés, y las madres no podían mirarlos sin envidia. Los dos se parecían a la señora Willemsens, que era, en efecto, su madre. Uno y otro tenían esa tez transparente y esos vivos colores, esos ojos puros y húmedos, esas largas pestañas, esa frescura de formas que imprimen tanto brillo a las bellezas de la infancia. El mayor, llamado Louis-Gaston, tenía el cabello negro y una mirada llena de audacia. Todo denotaba en él una salud robusta, de la misma forma

que su frente ancha y despejada, felizmente abombada, parecía revelar un carácter enérgico. Era ágil, diestro en sus movimientos, bien plantado, no tenía nada de artificioso, no se asombraba de nada y parecía reflexionar sobre todo lo que veía. El otro, llamado Marie-Gaston, era casi rubio, aunque entre sus cabellos algunos mechones fuesen ya cenicientos y tomasen el color del pelo de su madre. Marie tenía unas formas menudas, unos rasgos delicados y una finura graciosa que tanto agradaban en la señora Willemsens. Parecía enfermizo: sus ojos grises lanzaban una mirada dulce, sus colores eran pálidos. Había algo de mujer en él. Su madre aún le hacía llevar su cuello bordado, los largos bucles rizados y la pequeña chaqueta adornada de alamares y olivas que reviste a un niño de una gracia indecible, y revela ese placer de adorno tan femenino que quizá agrada tanto a la madre como al niño. Aquel bonito atuendo contrastaba con la sencilla chaqueta del mayor, sobre la que caía el cuello completamente liso de su camisa. Los pantalones, los borceguíes y el color de la ropa eran semejantes y anunciaban a dos hermanos, tanto como su parecido. Era imposible al verlos no sentirse emocionado ante los cuidados de Louis con Marie. El mayor sentía por el segundo algo paternal en la mirada; y Marie, a pesar de la despreocupación de su joven edad, parecía lleno de gratitud hacia Louis; eran dos pequeñas flores apenas separadas de su tallo, agitadas por la misma brisa, iluminadas por el mismo rayo de sol, una coloreada, otra medio marchita. Una palabra, una mirada, una inflexión de voz de su madre bastaba para volverlos atentos, hacerles girar la cabeza, escuchar, oír una orden, un ruego, una recomendación, y obedecer. La señora Willemsens siempre les hacía comprender sus deseos, su voluntad, como si entre ellos hubiera habido un pensamiento común. Cuando, durante el paseo, estaban ocupados en jugar delante de ella, cogiendo una flor, examinando un insecto, los contemplaba con un enternecimiento tan profundo que el transeúnte más indiferente se sentía emocionado, se detenía para ver a los niños, sonreírles, y saludar a la madre con una mirada amiga. ¡Quién no hubiera admirado la exquisita pulcritud de sus ropas, su bonito sonido de voz, la gracia de sus movimientos, su fisonomía feliz y la instintiva nobleza que revelaba en ellos una esmerada educación desde la cuna! Aquellos niños parecían no haber gritado ni llorado nunca. Su madre tenía como una previsión eléctrica de sus deseos, de sus dolores, y los prevenía y calmaba sin cesar. Parecía temer una de sus quejas más que su condenación eterna. En aquellos niños todo era un elogio para su madre; y el cuadro de su triple vida, que parecía una misma vida, hacía nacer intuiciones vagas y cariñosas, imagen de esa felicidad que pensamos saborear en un mundo mejor. La existencia interior de aquellas tres criaturas tan armoniosas se conciliaba con las ideas que se concebían al verlas: era la vida de orden, regular y sencilla, que conviene a la educación de los hijos. Los dos se levantaban una hora después de la salida del sol, recitaban primero una breve plegaria, hábito de su infancia, palabras verdaderas dichas durante siete años en la cama de su madre, empezadas y terminadas entre dos besos. Luego, los dos hermanos, acostumbrados sin duda a esos minuciosos cuidados de la persona, tan

necesarios para la salud del cuerpo, para la pureza del alma, y que en cierto modo proporcionan la conciencia del bienestar, se arreglaban de forma tan esmerada como puede hacerlo una mujer guapa. No se les olvidaba nada, tanto miedo tenían uno y otro a un reproche, por mucha que fuera la ternura con que pudiera hacérselo su madre cuando, al besarlos, les decía en el almuerzo, según la circunstancia: «Angelitos mío, ¿cómo podéis tener ya las uñas tan negras?». Los dos bajaban entonces al jardín, sacudían en él las impresiones de la noche en el rocío y el frescor aguardando que el ama de llaves hubiera preparado la sala común, adonde iban a estudiar sus lecciones hasta que su madre se levantara. Pero a cada momento espiaban su despertar, aunque no debieran entrar en su cuarto hasta una hora convenida. Esa irrupción matinal, que cada vez contravenía el pacto primitivo, era siempre una escena deliciosa tanto para ellos como para la señora Willemsens. Marie saltaba sobre la cama para pasar sus brazos alrededor de su ídolo, mientras que Louis, arrodillado en la cabecera, cogía la mano de su madre. Empezaban entonces las preguntas inquietas, como las que un amante encuentra para su amada; luego, risas de ángeles, caricias a un tiempo apasionadas y puras, silencios elocuentes, balbuceos, historias infantiles interrumpidas y reanudadas con besos, raramente acabadas, siempre escuchadas…

—¿Habéis estudiado mucho? –preguntaba la madre, pero con voz dulce y amistosa, a punto de lamentar la holgazanería como una desgracia, dispuesta a lanzar una mirada húmeda de lágrimas a quien se sentía satisfecho de sí mismo. Sabía que sus hijos estaban animados por el deseo de agradarla; y ellos sabían que su madre solo vivía para ellos, los guiaba por la vida con toda la inteligencia del amor, y les dedicaba todos sus pensamientos, todas sus horas. Un sentido maravilloso, que todavía no es ni el egoísmo ni la razón, que quizá sea el sentimiento en su primer candor, enseña a los niños si son o no son el objeto de desvelos exclusivos, y si son felices ocupándose de ellos. Si las amáis, esas queridas criaturas, todo franqueza y todo justicia, son entonces admirablemente agradecidas. Aman apasionadamente, con celos, tienen las delicadezas más deliciosas, hallan las palabras más tiernas; son confiadas, creen totalmente en vosotros. Por eso, quizá no hay malos hijos sin malas madres; porque el cariño que sienten está siempre en proporción al que han sentido, a los primeros cuidados que han recibido, a las primeras palabras que han oído, a las primeras miradas en que han buscado el amor y la vida. Entonces todo se vuelve atractivo o todo es repulsión. Dios puso a los niños en el seno de la madre para hacerles comprender que debían permanecer ahí mucho tiempo. Sin embargo, hay madres cruelmente desconocidas, de tiernas y sublimes ternuras completamente lastimadas: espantosas ingratitudes que prueban cuán difícil es sentar principios absolutos en materia de sentimientos. No faltaba en el corazón de aquella madre ni en los de sus hijos ninguno de los mil lazos que debían unir los unos a los otros. Solos sobre la tierra, vivían la misma vida y se comprendían bien. Cuando, por la mañana, la señora Willemsens permanecía en silencio, Louis y Marie callaban, respetando

todo de ella, incluso los pensamientos que no compartían. Pero el mayor, dotado de un pensamiento ya desarrollado, no se contentaba nunca con las seguridades de buena salud que su madre le daba: estudiaba su rostro con sombría inquietud, ignorando el peligro, pero presintiéndolo cuando veía cercos de tonos violeta alrededor de sus ojos, cuando veía sus órbitas más hundidas y las manchas rojas del rostro más encendidas. Con una sensibilidad verdadera, adivinaba cuándo empezaban a fatigarla los juegos de Marie, y entonces sabía decir a su hermano:

—Ven, Marie, vamos a almorzar, tengo hambre.

Pero al llegar a la puerta, se volvía para captar la expresión del rostro de su madre, que todavía encontraba para él una sonrisa; y, a menudo, hasta las lágrimas rodaban de sus ojos cuando un gesto de su hijo le revelaba un sentimiento exquisito, una precoz comprensión del dolor.

El tiempo destinado al desayuno de sus hijos y a su recreo lo dedicaba la señora Willemsens a su arreglo personal, porque era coqueta con sus queridos pequeños, quería complacerlos, agradarles en todo, ser para ellos graciosa de ver; ser para ellos atractiva como un dulce perfume al que se vuelve siempre. En todo momento estaba dispuesta para los repasos que tenían lugar entre las diez y las tres, pero que, a mediodía, eran interrumpidos para un segundo almuerzo hecho en común bajo el pabellón del jardín. Tras esa comida se concedía a los juegos una hora durante la cual la feliz madre, pobre mujer, permanecía acostada en un largo diván instalado en el pabellón desde el que se descubría esa dulce Turena siempre cambiante, sin cesar rejuvenecida por los mil accidentes del día, del cielo, de la estación. Sus dos hijos correteaban por el cercado, trepaban a las terrazas, corrían tras los lagartos, agrupados ellos mismos y ágiles como el lagarto; admiraban las semillas, las flores, estudiaban los insectos e iban a preguntar la razón de todo a su madre. Empezaban entonces las idas y venidas perpetuas al pabellón. En el campo, los niños no necesitan juguetes, todo les entretiene. La señora Willemsens asistía a las lecciones mientras bordaba. Permanecía en silencio, no miraba ni a los maestros ni a los niños, escuchaba con atención como para tratar de captar el sentido de las palabras y saber vagamente si Louis iba aprendiendo: ¿ponía en apuros al maestro con una pregunta indicando con ello un progreso? Entonces los ojos de la madre se animaban, sonreía, le lanzaba una mirada llena de esperanza. Exigía poco de Marie. Sus anhelos eran para el mayor, al que manifestaba una especie de respeto, empleando todo su tacto de mujer y de madre para educar su alma, para darle una alta idea de sí mismo. Esta conducta ocultaba un pensamiento secreto que el niño debía comprender un día, y que comprendió. Después de cada lección, ella misma acompañaba a los maestros hasta la primera puerta; y allí les pedía concienzudamente cuenta de los estudios de Louis. Era tan afectuosa y tan estimulante que los profesores le decían la verdad, para ayudarla a hacer trabajar a Louis en los puntos en que les parecía más flojo. Llegaba la cena; luego, el juego, el paseo; finalmente, por la noche, estudiaban las lecciones.

Así era su vida, vida uniforme, pero plena, en la que el trabajo y las distracciones

felizmente combinadas no dejaban el menor espacio al aburrimiento. El desaliento y las disputas eran imposibles. El amor sin límites de la madre volvía todo fácil. Había inculcado en sus dos hijos la discreción no negándoles nunca nada, el valor elogiándolos en todo momento, la resignación haciendo que advirtieran la Necesidad en todas sus formas; había desarrollado, fortalecido la naturaleza angélica con un cuidado de hada. A veces, algunas lágrimas humedecían sus ojos ardientes, cuando, al verlos jugar, pensaba que no le habían causado la menor pesadumbre. Una dicha amplia, completa, solo nos hace llorar así porque es una imagen del cielo, del que todos tenemos confusas percepciones. Pasaba horas deliciosas acostada en su canapé campestre, viendo un día hermoso, una gran extensión de agua, un paisaje pintoresco, oyendo la voz de sus hijos, sus risas, que renacían en la misma risa, y sus pequeñas disputas en las que brillaba su unión, el sentimiento paterno de Louis por Marie, y el amor de ambos por ella. Como los dos habían tenido, durante su primera infancia, un aya inglesa, hablaban igualmente bien el francés y el inglés; por eso su madre utilizaba alternativamente las dos lenguas en la conversación. Dirigía admirablemente bien sus jóvenes almas, no dejando entrar en su entendimiento ninguna idea errónea, ni en su corazón ningún principio malo. Los gobernaba con la dulzura, no les ocultaba nada, les explicaba todo. Cuando Louis deseaba leer, se preocupaba por darle libros interesantes, pero verdaderos. Era la vida de marinos célebres, las biografías de los grandes hombres, de los capitanes ilustres, encontrando en los menores detalles de esta clase de libros mil ocasiones para explicarle prematuramente el mundo y la vida; insistiendo en los medios de que se habían servido las personas oscuras, pero realmente grandes, salidas, sin protectores, de los últimos rangos de la sociedad para alcanzar nobles destinos. Estas lecciones, que no eran las menos útiles, se daban por la noche, cuando el pequeño Marie se dormía en las rodillas de su madre, en medio del silencio de una bella noche, cuando el Loira reflejaba los cielos; pero siempre multiplicaban la melancolía de esta adorable mujer, que terminaba por callarse y por permanecer inmóvil, pensativa, con los ojos llenos de lágrimas.

—Madre, ¿por qué llora? –le preguntó Luis una magnífica velada del mes de junio, en el momento en que los medios tonos de una noche suavemente iluminada sucedían a una cálida jornada.

—Hijo mío –respondió ella, atrayendo por el cuello al niño cuya emoción oculta la conmovió vivamente–, porque el destino pobre de los inicios de Jameray Duval[8], que triunfó sin ayuda, es el destino que he labrado para ti y tu hermano. Pronto, querido hijo, estaréis solos en la tierra, sin apoyo ni protecciones. Os dejaré todavía pequeños, y sin embargo querría verte bastante fuerte, bastante instruido para servir de guía a Marie. Y no tendré tiempo. Os amo demasiado para no sentirme muy desgraciada por estos pensamientos. Queridos hijos, con tal de que un día no me maldigáis…

—¿Y por qué iba a maldecirla un día, madre?

—Un día, pobre niño –dijo ella besándole en la frente–, reconocerás que he

cometido errores con vosotros. Os abandonaré aquí, sin fortuna, sin… –Vaciló–: sin un padre –continuó.

Al decir esta palabra rompió a llorar, rechazó suavemente a su hijo que, por una especie de intuición, adivinó que su madre quería estar sola, y se llevó a Marie medio dormido. Luego, una hora después, cuando su hermano estuvo acostado, Louis volvió con pasos discretos hacia el pabellón donde estaba su madre. Oyó entonces estas palabras pronunciadas por una voz deliciosa para su corazón:

—¿Vienes, Louis?

El hijo se arrojó en brazos de su madre, y se abrazaron casi convulsivamente.

—Adorada mía –dijo él por fin, pues a menudo le daba ese nombre por encontrar las palabras del amor demasiado débiles incluso para expresar sus sentimientos–: adorada mía, ¿por qué temes morir?

—Estoy enferma, pobre ángel querido, cada día van menguando mis fuerzas, y mi mal no tiene remedio: lo sé.

—¿Qué mal es ese?

—Debo olvidarlo; y tú, tú no debes saber nunca la causa de mi muerte.

El niño permaneció en silencio un momento, lanzando a hurtadillas miradas a su madre, que, con los ojos levantados hacia el cielo, contemplaba las nubes. ¡Momento de dulce melancolía! Louis no creía en la muerte próxima de su madre, pero sentía sus pesares sin adivinarlos. Respetó aquella larga ensoñación. Menos joven, hubiera leído en aquel rostro sublime algunos pensamientos de arrepentimiento mezclados con recuerdos felices, toda una vida de mujer: una infancia despreocupada, un matrimonio frío, una pasión terrible, flores nacidas en una tormenta, destrozadas por el rayo, en un abismo de donde nada podría volver.

—Mi querida madre –dijo por fin Louis–, ¿por qué me oculta usted sus sufrimientos?

—Hijo mío –respondió ella–, debemos sepultar nuestras penas a ojos de los extraños, mostrarles una cara risueña, no hablarles nunca de nosotros, ocuparnos de ellos: estas máximas practicadas en familia son una de las causas de la felicidad. ¡Tendrás que sufrir mucho un día! Pues bien, acuérdate de tu pobre madre, que se moría delante de ti sonriéndote siempre y te ocultaba sus dolores; entonces encontrarás en ti el valor para soportar los males de la vida.

En ese momento, tragándose las lágrimas, trató de revelar a su hijo el mecanismo de la existencia, el valor, el equilibrio, la consistencia de las fortunas, las relaciones sociales, los medios honorables de amasar el dinero necesario para las necesidades de la vida, y la necesidad de la instrucción. Luego le enseñó una de las causas de su tristeza habitual y de sus lágrimas, diciéndole que, al día siguiente de su muerte, él y Marie se verían en el mayor desamparo, pues entre los dos no poseían más que una pequeña suma ni tenían más protector que Dios.

—¡Cuánta prisa debo darme para aprender! –exclamó el niño lanzando a su madre una mirada lastimera y profunda.

—¡Ah!, qué feliz soy –dijo ella cubriendo a su hijo de besos y lágrimas–. ¡Me comprende! –Louis –añadió–, tú serás el tutor de tu hermano, ¿verdad, me lo prometes? ¡Ya no eres un niño!

—Sí –respondió él–, pero usted no se morirá todavía, ¿verdad?

—Pobres pequeños –respondió ella–, ¡me sostiene mi amor por vosotros! Además, esta región es tan bella, el aire es tan saludable, quizá…

—Usted me hace que ame más la Turena –dijo el niño totalmente emocionado.

Desde ese día en que la señora Willemsens, previendo su próxima muerte, había hablado a su hijo mayor de su destino futuro, Louis, que ya había cumplido los catorce años, se volvió menos distraído, más aplicado, menos dispuesto a jugar que antes. Sea que supiese convencer a Marie de que leyera en lugar de entregarse a distracciones ruidosas, los dos niños hicieron menos ruido por las cañadas, los huertos y las terrazas escalonadas de la Grenadière. Amoldaron su vida al pensamiento melancólico de su madre, cuya tez palidecía de día en día, adoptando unos tintes amarillos, cuya frente se hundía en las sienes, cuyas arrugas se volvían más profundas cada noche.

En el mes de agosto, cinco meses después de la llegada de la pequeña familia a la Grenadière, todo había cambiado. Observando los síntomas aún ligeros de la lenta degradación que minaba el cuerpo de su señora, solo sostenida por un alma apasionada y un amor excesivo por sus hijos, la vieja ama de llaves se había vuelto sombría y triste: parecía poseer el secreto de aquella muerte anticipada. A menudo, cuando su ama, bella todavía, más coqueta de lo que había sido nunca, tras adornar su cuerpo apagado y ponerse colorete, paseaba por la alta terraza acompañada por sus dos hijos, la vieja Annette pasaba la cabeza entre las dos sabinas de la bomba, se olvidaba de su labor comenzada, sujetaba la ropa en la mano y apenas conseguía retener las lágrimas al ver a una señora Willemsens tan poco parecida a la encantadora mujer que había conocido.

Aquella linda casa, al principio tan alegre, tan animada, parecía haberse vuelto triste; estaba silenciosa, sus habitantes rara vez salían, la señora Willemsens ya no podía ir a pasear al puente de Tours sin grandes esfuerzos. Louis, cuya imaginación se había desarrollado de repente, y que se había identificado por así decir con su madre, tras haber adivinado la fatiga y los dolores bajo el carmín, siempre inventaba pretextos para no dar un paseo que se había vuelto demasiado largo para su madre. Las alegres parejas que iban entonces a Saint-Cyr, a la pequeña Courtille de Tours, y los grupos de paseantes veían sobre el dique, al atardecer, a aquella mujer pálida y delgada, toda de luto, medio consumida, pero aún brillante, pasando como un fantasma a lo largo de las terrazas. Los grandes sufrimientos se adivinan. Por eso, el hogar del aparcero se había vuelto silencioso. Algunas veces, el campesino, su mujer y sus dos hijos se hallaban reunidos a la puerta de su choza; Annette lavaba en el pozo; la señora y sus hijos estaban bajo el pabellón; pero no se oía el menor ruido en aquellos alegres jardines; y sin que la señora Willemsens se diese cuenta, todos los

ojos, enternecidos, la contemplaban. ¡Era tan buena, tan previsora, tan admirable para los que se le acercaban! En cuanto a ella, desde el comienzo del otoño, tan bello, tan brillante en Turena, y cuyas benéficas influencias, las uvas y la buena fruta debían prolongar la vida de aquella madre más allá del término fijado por los estragos de un mal desconocido, no veía más que a sus hijos y disfrutaba de cada instante como si hubiera sido el último.

Desde el mes de junio hasta finales de septiembre, Louis trabajó durante la noche sin que su madre lo supiera e hizo enormes progresos; había llegado a las ecuaciones de segundo grado en álgebra, había aprendido la geometría descriptiva, dibujaba de maravilla; en suma, habría podido presentarse con éxito al examen impuesto a los jóvenes que quieren entrar en la Escuela Politécnica. A veces iba por la noche a pasear por el puente de Tours, donde había conocido a un teniente de navío de medio sueldo[9]: la figura varonil, la condecoración, el porte de aquel marino del Imperio habían influido en su imaginación. El marino, por su parte, había cobrado afecto a aquel joven cuyos ojos brillaban de energía. Louis, ávido de relatos militares y curioso de noticias, iba matar el tiempo a las aguas del marino para hablar con él. El teniente de medio sueldo tenía por amigo y compañero a un coronel de infantería proscrito como él de las filas del ejército; el joven Gaston podía, por lo tanto, aprender sucesivamente cosas de la vida de los campamentos y de la vida de los barcos. Por eso abrumaba a preguntas a los dos militares. Luego, tras haber abarcado por anticipado sus desgracias y su dura existencia, pedía permiso a su madre para viajar por el cantón para distraerse. Y, como los asombrados maestros le decían a la señora Willemsens que su hijo trabajaba demasiado, ella acogía esa petición con un placer infinito. El niño hacía, pues, enormes caminatas. Queriendo endurecerse contra la fatiga, trepaba a los árboles más altos con una agilidad increíble; aprendía a nadar, se quedaba en vela. Ya no era el mismo niño, era un joven en cuyo rostro el sol había impreso su morena huella, y donde ya aparecía no sé qué pensamiento profundo.

Llegó el mes de octubre, la señora Willemsens ya solo podía levantarse a mediodía, cuando los rayos del sol reflejados por las aguas del Loira y concentrados en las terrazas, producían en la Grenadière esa temperatura igual a la de las cálidas y tibias jornadas de la bahía de Nápoles, que hacen que los médicos de la región recomienden vivir allí. Iba entonces a sentarse bajo uno de los verdes árboles y sus dos hijos ya no se apartaban de ella. Cesaron los estudios, los maestros fueron despedidos. Los niños y la madre quisieron vivir los unos en el corazón de los otros, sin inquietudes, sin distracciones. Ya no había ni llantos ni gritos de alegría. El mayor, echado en la hierba cerca de su madre, permanecía bajo su mirada como un enamorado, y le besaba los pies. Marie, preocupado, iba a cogerle flores, se las llevaba con aire triste y se ponía de puntillas para recoger de sus labios un beso de muchacha. Aquella mujer blanca, de grandes ojos negros, totalmente abatida, lenta de movimientos, no se quejaba nunca, sonreía a sus dos hijos llenos de vitalidad, con buena salud, formando con ellos un cuadro sublime al que no faltaban ni las pompas

melancólicas del otoño con sus hojas amarillentas y sus árboles medio desnudos, ni la claridad mitigada del sol y las nubes blancas del cielo de Turena.

Finalmente, la señora Willemsens fue condenada por un médico a no salir de su cuarto. Ese cuarto fue embellecido cada día con las flores que le gustaban, y sus hijos permanecieron en ella. En los primeros días de noviembre, tocó el piano por última vez. Encima del piano había un paisaje de Suiza. En la ventana, sus dos hijos, juntos, le mostraron sus cabezas confundidas. Sus miradas fueron entonces constantemente de sus hijos al paisaje y del paisaje a sus hijos. Su cara se coloreó, sus dedos corrieron con pasión sobre las teclas de marfil. Fue su última fiesta, fiesta desconocida, fiesta celebrada en las profundidades de su alma por el genio de los recuerdos. Vino el médico y le ordenó guardar cama. La espantosa sentencia fue recibida por la madre y por los dos hijos en medio de un silencio casi de estupefacción.

Cuando el médico se fue, ella dijo:

—Louis, llévame a la terraza, que vea de nuevo mi tierra.

Ante esta frase dicha con sencillez, el niño dio el brazo a su madre y la llevó al centro de la terraza. Allí sus ojos se dirigieron, tal vez involuntariamente, más hacia el cielo que hacia la tierra; pero hubiera sido difícil decidir en aquel momento dónde estaban los paisajes más bellos, porque las nubes representaban vagamente los glaciares más majestuosos de los Alpes. Su frente se arrugó bruscamente, sus ojos adoptaron una expresión de dolor y remordimiento, cogió las dos manos de sus hijos y las apoyó sobre su corazón violentamente agitado:

—*¡Padre y madre desconocidos!* –exclamó lanzándoles una profunda mirada–. ¡Pobres ángeles! ¿Qué será de vosotros? Luego, cuando tengáis veinte años, ¿qué cuenta severa no me pediréis de mi vida y de la vuestra?

Apartó a sus hijos, puso los codos sobre la balaustrada, ocultó el rostro entre las manos y permaneció allí durante un momento sola consigo misma, temiendo dejarse ver. Cuando despertó de su dolor, encontró a Louis y a Marie arrodillados a sus lados como dos ángeles; espiaban sus miradas, y los dos le sonrieron dulcemente.

—¡Ojalá pudiera llevarme esa sonrisa! –dijo ella enjugándose las lágrimas.

Entró en casa para meterse en cama, y ya no habría de salir de ella más que acostada en el ataúd.

Ocho días pasaron, ocho días totalmente iguales unos a otros. La vieja Annette y Louis se turnaban durante la noche al lado de la señora Willemsens, con los ojos clavados en los de la enferma. En todo momento se producía ese drama profundamente trágico, y que tiene lugar en todas las familias cuando, a cada respiración demasiado fuerte de una enferma adorada, se teme que sea la última. El quinto día de esa fatal semana, el médico prohibió las flores. Las ilusiones de la vida se iban una a una.

Desde ese día, Marie y su hermano encontraron fuego bajo sus labios cuando iban a besar a su madre en la frente. Por fin, el sábado por la noche, como la señora Willemsens no podía soportar el menor ruido, hubo que dejar su cuarto sin hacer.

Aquella falta de cuidado fue un principio de agonía para aquella mujer elegante, enamorada de la gracia. Louis ya no quiso separarse de su madre. Durante la noche del domingo, a la claridad de una lámpara y en medio del silencio más profundo, Louis, que creía a su madre adormecida, le vio apartar la cortina con una mano blanca y húmeda.

—Hijo mío –dijo ella.

El acento de la moribunda tuvo algo tan solemne que su poder, venido de un alma agitada, reaccionó violentamente sobre el niño, que sintió un calor extremado en la médula de sus huesos.

—¿Qué quieres, madre?

—Escúchame. Mañana todo habrá acabado para mí. Ya no volveremos a vernos. Mañana serás un hombre, hijo mío. Por tanto me veo obligada a tomar algunas disposiciones que han de ser un secreto entre nosotros dos. Coge la llave de mi mesilla. Bien. Abre el cajón. A la izquierda encontrarás dos papeles sellados. En uno pone: «LOUIS». En el otro: «MARIE».

—Aquí están, madre.

—Hijo mío querido, esas son vuestras partidas de nacimiento; las necesitaréis. Se las darás para que las guarde a mi pobre Annette, que os las devolverá cuando las necesitéis. Ahora –prosiguió–, ¿no hay en el mismo sitio un papel en el que he escrito algunas líneas?

—Sí, madre.

Y cuando Louis empezaba a leer: «*Marie Willemsens, nacida en*…».

—Basta –dijo ella vivamente–. No sigas. Cuando haya muerto, hijo mío, también entregarás este papel a Annette, y le dirás que lo lleve a la alcaldía de Saint-Cyr, donde debe servir par que redacten exactamente mi acta de defunción. Coge todo lo necesario para escribir una carta que voy a dictarte.

Cuando vio preparado a su hijo y este se volvió hacia ella para escucharla, dijo con voz serena:

«*Señor conde, su mujer lady Brandan ha muerto en Saint-Cyr, cerca de Tours, departamento de Indre-et-Loire. Le ha perdonado*». Firmado…

Se detuvo indecisa, agitada.

—¿Sufre usted más? –preguntó Louis.

—Firmado: *¡Louis-Gaston!*

Suspiró, luego continuó:

—Sella la carta y escribe la dirección siguiente: a lord Brandon. Brandon-Square. Hyde-Park, Londres. Inglaterra.

—Bien –prosiguió–. El día de mi muerte harás franquear esa carta en Tours. Ahora –dijo tras una pausa–, coge la cartera que conoces, y ven a mi lado, mi querido hijo. Hay ahí –dijo, cuando Louis hubo vuelto a su sitio– doce mil francos. Son vuestros. ¡Ay!, hubierais sido más ricos si vuestro padre…

—Mi padre –exclamó el niño–, ¿dónde está?

—Muerto –dijo ella poniendo un dedo sobre sus labios–, muerto para salvar mi honor y mi vida.

Alzó los ojos al cielo. Habría llorado, si aún hubiera tenido lágrimas para los dolores.

—Louis –continuó–, júrame sobre estaba cabecera que olvidarás lo que has escrito y lo que te he dicho.

—Sí, madre.

—Dame un beso, querido ángel.

Hizo una larga pausa, como para pedir valor a Dios y medir sus palabras con las fuerzas que le quedaban.

—Escucha. Esos doce mil francos son toda vuestra fortuna; has de guardarlos contigo, porque, cuando yo haya muerto, vendrán personas de la justicia que cerrarán todo lo que hay aquí. Nada os pertenecerá, ¡ni siquiera vuestra madre! Y entonces no tendréis, pobres huérfanos, más remedio que marcharos Dios sabe adónde. He asegurado el porvenir de Annette. Tendrá cien escudo todos los años, y sin duda se quedará en Tours. ¿Pero qué será de ti y de tu hermano?

Se incorporó en la cama y miró al intrépido niño que, con la frente inundada de sudor, pálido de emociones y los ojos medio velados por las lágrimas, permanecía de pie ante su cama.

—Madre –respondió con un profundo sonido de voz–, ya he pensado en ello. Llevaré a Marie al colegio de Tours. Daré diez mil francos a la vieja Annette diciéndole que los ponga en lugar seguro y que vele por mi hermano. Luego, con los cien luises que queden, iré a Brest, me embarcaré como principiante. Mientras Marie estudia, yo me convertiré en teniente de navío. En fin, puedes morir tranquila, madre, venga; seré rico, haré que nuestro pequeño ingrese en la Escuela Politécnica, o le guiaré de acuerdo con sus gustos.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos medio apagados de la madre, dos lágrimas salieron de ellos y rodaron por sus mejillas encendidas; luego, un gran suspiro escapó de sus labios, y estuvo a punto de morir víctima de un acceso de alegría al encontrar el alma del padre en la de su hijo, convertido de pronto en hombre.

—Ángel del cielo –dijo ella llorando–, con una palabra has hecho desaparecer todos mis dolores. ¡Ay!, puedo sufrir. –Es mi hijo –continuó–, ¡yo he hecho, yo he criado a este hombre!

Y alzó sus manos en el aire y las unió como para expresar una alegría sin límites: luego se acostó.

—¡Madre, está poniéndose pálida! –exclamó el niño.

—Hay que ir a buscar un sacerdote –respondió ella con voz moribunda.

Louis despertó a la vieja Annette, que, muy asustada, corrió a la casa parroquial de Saint-Cyr.

Por la mañana, la señora Willemsens recibió los sacramentos en medio de la más

conmovedora ceremonia. Sus hijos, Annette y la familia del aparcero, gente sencilla que ya pertenecía a la familia, estaban arrodillados. La cruz de plata, llevada por un humilde monaguillo, ¡un monaguillo de aldea!, se alzaba delante de la cama, y un viejo sacerdote administraba el viático a la madre moribunda. ¡El viático!, palabra sublime, idea más sublime aún que la palabra, y que solo posee la religión apostólica de la Iglesia romana.

—¡Cuánto ha sufrido esta mujer! –dijo el cura en su sencillo lenguaje.

Marie Willemsens ya no oía; pero sus ojos permanecían clavados en sus dos hijos. Cada uno de ellos, presa del terror, escuchaba en el silencio más profundo la respiración de la moribunda, cada vez más lenta. Luego, a intervalos, un hondo suspiro anunciaba todavía la vida revelando una lucha interior. Finalmente, la madre dejó de respirar. Todo el mundo rompió a llorar, excepto Marie. El pobre niño aún era demasiado joven para comprender la muerte. Annette y la aparcera cerraron los ojos de aquella adorable criatura cuya belleza reapareció entonces en todo su esplendor. Despidieron a todo el mundo, quitaron los muebles de la habitación, colocaron a la muerta en su mortaja, la acostaron, encendieron cirios alrededor de la cama, dispusieron la pila de agua bendita, la rama de boj y el crucifijo, según la costumbre de la región, echaron los postigos, corrieron las cortinas; más tarde llegó el vicario para pasar la noche en oración junto a Louis, que no quiso apartarse de su madre. La mañana del martes se llevó a cabo el entierro. La vieja criada y los dos niños, acompañados por la aparcera, fueron los únicos que siguieron el cuerpo de una mujer cuya inteligencia, belleza y elegancia tenían fama europea, y cuyo entierro en Londres hubiera sido una noticia pomposamente registrada en los periódicos, una especie de solemnidad aristocrática, si no hubiera cometido el más dulce de los crímenes, un crimen que siempre se castiga en este mundo a fin de que estos ángeles perdonados entren en el cielo. Cuando se dio tierra al ataúd de su madre, Marie lloró, comprendiendo entonces que ya no volvería a verla.

Una sencilla cruz de madera, plantada sobre su tumba, llevó esta inscripción debida al párroco de Saint-Cyr:

AQUÍ YACE
UNA MUJER DESDICHADA
muerta a los treinta y seis años,
LLAMADA AUGUSTA EN LOS CIELOS
¡Rogad por ella!

Cuando todo hubo terminado, los dos niños volvieron a la Grenadière, lanzaron sobre la vivienda una última mirada y, luego, cogidos de la mano, se dispusieron a dejarla, al mismo tiempo que Annette, confiando todo a los cuidados del aparcero y encargándole de responder a la justicia.

Fue entonces cuando la vieja ama de llaves llamó a Louis a los escalones de la

bomba, lo llevó aparte y le dijo:

—Señor Louis, aquí tiene el anillo de la señora.

El niño lloró, muy emocionado al encontrar un vivo recuerdo de su madre muerta. A pesar de su fuerza, no había pensado en aquella caricia suprema. Abrazó a la anciana. Luego partieron los tres por la cañada, descendieron la rampa y fueron a Tours sin volver la cabeza.

—Mamá iba por ahí –dijo Marie al llegar al puente.

Annette tenía una vieja prima, antigua costurera retirada en Tours, en la calle de la Guerche. Llevó a los dos niños a casa de su pariente, con la que pensaba vivir. Pero Louis le explicó sus proyectos, le entregó la partida de nacimiento de Marie y los diez mil francos; luego, acompañado por la vieja ama de llaves, llevó al día siguiente a su hermano al colegio. Puso al director al corriente de su situación, pero de forma muy sucinta, y salió llevándose a su hermano hasta la puerta. Allí le hizo solemnemente las recomendaciones más cariñosas al anunciarle su soledad en el mundo; y, después de haberle contemplado durante un momento, lo abrazó, volvió a mirarle, enjugó una lágrima y se fue volviéndose en varias ocasiones para ver hasta el último momento a su hermano, que permanecía en el umbral del colegio.

Un mes después, Louis-Gaston se hallaba en calidad de principiante a bordo de un navío del Estado, y salía de la rada de Rochefort. Apoyado en el empalletado de la corbeta *El Iris*, miraba las costas de Francia que huían rápidamente y se difuminaban en la línea azulada del horizonte. No tardó en encontrarse solo y perdido en medio del Océano, como lo estaba en el mundo y en la vida.

—¡No hay que llorar, joven! Hay un Dios para todo el mundo le dijo un viejo marinero con su gruesa voz, a un tiempo ruda y bondadosa.

El niño dio las gracias a aquel hombre con una mirada llena de orgullo. Luego bajó la cabeza resignándose a la vida de los marinos. Se había convertido en padre.

Angulema, agosto de 1832.

LA MUJER ABANDONADA

A la señora duquesa de Abrantes[1].
Su afectuoso servidor,
HONORÉ DE BALZAC.

París, agosto de 1835.

En 1822, a comienzos de la primavera, los médicos de París enviaron a la Baja Normandía a un joven que se reponía entonces de una enfermedad inflamatoria causada por algún exceso de estudio o quizá de vida. Su convalecencia exigía un reposo absoluto, una alimentación suave, un aire frío y la ausencia total de sensaciones extremadas. Las fértiles campañas del Bassin y la monótona existencia de provincias parecieron, pues, propicias para su restablecimiento. Fue a Bayeux, bonita ciudad situada a dos leguas del mar, a casa de una de sus primas, que lo acogió con esa cordialidad propia de la gente acostumbrada a vivir retirada, y para quienes la llegada de un pariente o de un amigo se convierte en una dicha.

Salvo en ciertas costumbres, todas las pequeñas ciudades se parecen. Ahora bien, tras varias veladas pasadas en casa de su prima, la señora de Sainte-Sevère, o en casa de las personas que componían su círculo de amistades, aquel joven parisiense, llamado señor barón Gaston de Nueil, no tardó en conocer a las personas que aquella sociedad exclusiva consideraba la totalidad de la ciudad. Gaston de Nueil vio en ellas el personal inmutable que los observadores encuentran en las numerosas capitales de los antiguos Estados que formaban la Francia de antaño.

En primer lugar estaba la familia, cuya nobleza, desconocida cincuenta leguas más lejos, pasa en el departamento por indiscutible y de la mayor antigüedad. Esa especie de *familia real* de poca monta está relacionada, por sus alianzas, sin que nadie lo dude, con los Navarreins, los Grandlieu, se acerca a los Cadignan y se aferra a los Blamont-Chauvry. El jefe de esta estirpe ilustre siempre es un cazador decidido. Hombre sin modales, abruma a todo el mundo con su superioridad nominal; tolera al subprefecto igual que soporta los impuestos; no admite ninguno de los nuevos poderes creados por el siglo XIX, y hace observar, como una monstruosidad política, que el primer ministro no es gentilhombre. Su mujer utiliza un tono cortante, habla en voz alta, ha tenido adoradores pero cumple regularmente sus deberes pascuales; educa mal a sus hijas y piensa que su apellido será siempre su mejor fortuna Por otro lado, ni mujer ni marido tienen la menor idea del lujo actual: conservan las libreas de teatro, se aferran a las antiguas formas tanto en lo que se refiere a la vajilla de plata, los muebles y los coches como a las costumbres y el lenguaje. Ese viejo fasto casa por lo demás bastante bien con la economía de provincias. Son, en fin, los gentilhombres de antaño, sin *laudemios* y *ventas*[2], sin la jauría y los trajes con galones; todos llenos de honor entre sí, todos fieles a unos príncipes que solo ven de

lejos. Esa casa histórica *incógnito* conserva la originalidad de una antigua tapicería de alto fizo. En la familia vegeta infaliblemente un tío o un hermano, teniente general, cordón rojo, hombre de corte, que fue a Hannover con el mariscal de Richelieu, y al que encontraréis allí como la joya extraviada de un viejo panfleto de los tiempos de Luis XV.

A esa familia fósil se opone una familia más rica, pero de nobleza menos antigua. El marido y la mujer van a pasar dos meses de invierno a París, de donde traen el tono etéreo y las pasiones efímeras. La señora es elegante, pero algo fatua y siempre retrasada respecto a las modas. Sin embargo, se burla de la ignorancia afectada por sus vecinos; su vajilla de plata es moderna; dispone de *grooms*[3], de negros, de un ayuda de cámara. Su hijo mayor tiene tílburi, no hace nada, posee un mayorazgo; el menor es auditor del Consejo de Estado. El padre, muy al tanto de las intrigas del ministerio, cuenta anécdotas sobre Luis XVIII y sobre la señora du Cayla[4]; invierte al *cinco por ciento*, evita la conversación sobre las sidras, pero a veces todavía cae en la manía de rectificar la cifra de las fortunas del departamento; es miembro del consejo general, se viste en París y lleva la cruz de la Legión de Honor. En suma, este gentilhombre ha comprendido la Restauración y consigue dinero en la Cámara; pero su adhesión a la monarquía es menos pura que la de la familia con la que rivaliza. Recibe *La Gazette* y los *Débats*[5]. La otra familia solo lee *La Quotidienne.*

El señor obispo, antiguo vicario general, flota entre estos dos poderes que le tributan los honores debidos a la religión, pero haciéndole notar a veces la moraleja que el bueno de La Fontaine puso al final de *El asno cargado de reliquias*[6]. El buen hombre es plebeyo.

Luego vienen los astros secundarios, los gentilhombres que disfrutan de diez o doce mil libras de renta, y que fueron capitanes de navío, o capitanes de caballería, o nada de nada. A caballo por los caminos, ocupan el lugar intermedio entre el cura que lleva los sacramentos y el recaudador de las contribuciones en gira. Casi todos sirvieron en los pajes o en los mosqueteros, y acaban apaciblemente sus días en una *faisance valoir*[7], más ocupados de una tala de bosque o de su sidra que de la monarquía. Sin embargo, hablan de la Carta y de los liberales entre dos *rubbers* de whist[8], o durante una partida de tric-trac[9], después de haber calculado unas dotes y concertado matrimonios de acuerdo con las genealogías, que se saben de memoria. Sus mujeres se pavonean e imitan los aires de la corte en sus cabriolés de mimbre; creen estar elegantes cuando se ponen un chal o un gorro; compran anualmente dos sombreros, pero tras sesudas deliberaciones, y se los hacen traer de París ocasionalmente; son, por lo general, virtuosas y charlatanas.

En torno a estos elementos principales de la gente aristocrática se agrupan dos o tres solteronas de buena familia que han resuelto el problema del inmovilismo de la criatura humana. Parecen estar selladas en las casas donde las veis: sus caras y su atuendo forman parte del inmueble, de la ciudad, de la provincia; son su tradición, su memoria, su espíritu. Todas tienen algo de rígido y de monumental; saben sonreír o

mover la cabeza en el momento oportuno, y, de vez en cuando, dicen frases que pasan por ingeniosas.

Algunos ricos burgueses se han infiltrado en este pequeño *faubourg* Saint-Germain, gracias a sus opiniones aristocráticas o a sus fortunas. Pero, a pesar de haber cumplido cuarenta años, en ese ambiente todos dicen de ellos: «¡*Fulanito de tal* piensa bien!». Y los hacen diputados. Por lo general están protegidos por las solteronas, pero dan que hablar.

Luego, por último, dos o tres eclesiásticos son recibidos en esa sociedad de élite, por su estola o porque tienen ingenio; y porque esas nobles personas, como se aburren entre sí, introducen el elemento burgués en sus salones como un panadero pone la levadura en su masa.

La suma de inteligencia acumulada en todas estas cabezas se compone de cierta cantidad de ideas antiguas a las que se mezclan algunos pensamientos nuevos que se remueven en común todas las noches. Semejantes al agua de una pequeña ensenada, las frases que representan estas ideas tienen su flujo y reflujo cotidiano, su remolino perpetuo, exactamente igual: quien oiga hoy su vacío estruendo lo oirá mañana, dentro de un año, siempre. Sus sentencias inmutablemente formuladas sobre las cosas de este mundo forman una ciencia tradicional a la que nadie puede añadir ni una gota de ingenio. La vida de estas rutinarias personas gravita en una esfera de costumbres tan invariables como lo son sus opiniones religiosas, políticas, morales y literarias.

Cuando se admite a un extraño en este cenáculo, cada cual le dirá, no sin una especie de ironía: «¡Aquí no encontrará usted el brillo de su mundo parisino!». Y cada cual condenará la existencia de sus vecinos tratando de hacer creer que él es una excepción en esa sociedad, que ha intentado renovar sin éxito. Pero si, por desgracia, el extraño ratifica con algún comentario las opiniones que estas gentes tienen mutuamente de sí mismos, pasa al punto por un hombre perverso, sin fe ni ley, por un parisino corrompido, *como lo son en general todos los parisinos.*

Cuando Gaston de Nueil apareció en ese pequeño mundo en el que la etiqueta se observaba perfectamente, en el que las cosas de la vida armonizaban entre sí, donde todo se hallaba expuesto a plena luz del día, donde los valores nobiliarios y territoriales se cotizaban como los fondos de la Bolsa en la última página de los periódicos, ya había sido pesado por adelantado en las infalibles balanzas de la opinión bayeusiana. Su prima, la señora de Sainte-Sevère, ya había dicho la cifra de su fortuna y la de sus esperanzas, exhibido su árbol genealógico, alabado sus conocimientos, su cortesía y su modestia. Recibió la acogida que estrictamente debía pretender, fue aceptado como un buen gentilhombre, sin ceremonias, porque solo tenía veintitrés años; pero ciertas jóvenes y algunas madres se le insinuaron. Poseía dieciocho mil libras de renta en el valle de Auge, y antes o después su padre debía dejarle el castillo de Manerville con todas sus dependencias. En cuanto a su instrucción, a su futuro político, a su valor personal, a sus talentos, de todo eso ni siquiera se habló. Sus tierras eran buenas y los arrendamientos muy seguros; en ellas

se habían hecho excelentes plantaciones; las reparaciones y los impuestos corrían a cargo de los arrendatarios; los manzanos tenían treinta y ocho años; por último, su padre estaba en tratos para comprar doscientos arpendes de bosques contiguos a su parque, que quería rodear de muros: ninguna esperanza ministerial, ninguna celebridad humana podía competir con tales ventajas. Fuéra por malicia o por cálculo, la señora de Sainte-Sevère no había hablado del hermano mayor de Gaston, y Gaston tampoco dijo una palabra. Pero ese hermano estaba tísico, y al parecer no tardaría en ser sepultado, llorado, olvidado. Gaston de Nueil empezó por divertirse con aquellos personajes; dibujó, por así decir, las figuras en su álbum con la sápida verdad de sus fisonomías angulosas, corvas, arrugadas, en la divertida originalidad de sus costumbres y de sus tics; se deleitó con los *normandismos* de su habla, con la tosquedad de sus ideas y de sus caracteres. Pero, después de haber abrazado durante un momento esa existencia semejante a la de las ardillas ocupadas en dar vueltas en su jaula, sintió la ausencia de contrastes en una vida decidida de antemano, como la de los religiosos en el fondo de los claustros, y cayó en una crisis que aún no es ni el tedio ni la aversión, pero que comporta casi todos sus efectos. Después de los ligeros sufrimientos de esa transición, se produjo en el individuo el fenómeno de su trasplante a un terreno que le es contrario, en el que debe atrofiarse y llevar una vida raquítica. En efecto, si nadie le saca de ese mundo, adopta insensiblemente sus usos y se adapta a su vacío, que lo vence y lo anula. Los pulmones de Gaston ya se habituaban a aquella atmósfera. Dispuesto a reconocer una especie de felicidad vegetal en aquellas jornadas pasadas sin preocupaciones ni ideas, empezaba a perder el recuerdo de ese impulso de savia, de esa fructificación constante de los espíritus que con tanto ardor había abrazado en la esfera parisina, e iba a petrificarse entre aquellas petrificaciones, a permanecer allí para siempre, como los compañeros de Ulises[10], satisfecho con su grasienta envoltura. Una noche, Gaston de Nueil se encontraba sentado entre una anciana dama y uno de los vicarios generales de la diócesis, en un salón con revestimientos pintados de gris, embaldosado con grandes losas blancas de tierra, decorado con algunos retratos de familia, y provisto de cuatro mesas de juego a cuyo alrededor dieciséis personas parloteaban mientras jugaban al whist. Allí, sin pensar en nada, pero digiriendo una de esas cenas exquisitas, el porvenir de la jornada de provincias, se sorprendió a sí mismo justificando los usos de la región. Concebía por qué aquella gente seguía utilizando los naipes de la víspera, barajándolos sobre tapetes desgastados, y cómo llegaban a no vestirse ya ni para ellos mismos ni para los demás. Adivinaba no sé qué filosofía en el movimiento uniforme de aquella vida circular, en la calma de aquellos hábitos lógicos y en la ignorancia de las cosas elegantes. Por último, casi comprendía la inutilidad del lujo. La ciudad de París, con sus pasiones, sus tormentas y sus placeres, ya solo estaba en su ánimo como un recuerdo de infancia. Admiraba de buena fe las manos enrojecidas[11], el aire modesto y tímido de una joven cuya cara le había parecido, a primera vista, estúpida, los modales torpes, el conjunto repulsivo y el aspecto

soberanamente ridículo. Estaba perdido. Tras ir de la provincia a París, iba a caer de la existencia inflamada de París en la fría vida de provincias, de no ser por una frase que llamó su atención y le aportó de repente una emoción semejante a la que le habría causado un motivo original entre los acompañamientos de una ópera tediosa.

—¿Fue usted ayer a ver a la señora de Beauséant? –dijo una anciana al jefe de la familia principesca de la región.

—He ido esta mañana –respondió él–. La he encontrado muy triste y tan doliente que no he podido convencerla para que viniese a comer mañana con nosotros.

—¿Con la señora de Champigneilles? –exclamó la viuda manifestando una especie de sorpresa.

—Con mi mujer –dijo tranquilamente el gentilhombre–. ¿La señora de Beauséant no es de la casa de Borgoña? Cierto que por la rama femenina; pero en fin, ese apellido lo blanquea todo. A mi mujer le gusta mucho la vizcondesa, y la pobre dama está sola desde hace tanto tiempo que…

Mientras decía estas últimas palabras, el marqués de Champigneilles miró con un aire tranquilo y frío a las personas que lo escuchaban examinándole; pero fue casi imposible adivinar si hacía una concesión a la desgracia o a la nobleza de la señora de Beauséant, si se sentía halagado por recibirla, o si quería obligar por orgullo a los gentilhombres del país y a sus esposas a verla.

Todas las damas parecieron consultarse lanzándose la misma ojeada; y entonces, como el silencio mas profundo reinó de pronto en el salón, su actitud fue tomada por señal de desaprobación.

—Esa señora de Beauséant, ¿no será por casualidad aquella cuya aventura con el señor d’Ajuda-Pinto dio tanto que hablar? –preguntó Gaston a la persona que estaba a su lado.

—La misma exactamente –le respondieron–. Vino a vivir a Courcelles tras el matrimonio del marqués d’Ajuda, aquí no la recibe nadie. Por otra parte, es demasiado inteligente para no haberse percatado de la falsedad de su situación: por eso no ha tratado de ver a nadie. El señor de Champigneilles y algunos hombres se han presentado en su casa, pero ella solo ha recibido al señor de Champigneilles, debido quizá a su parentesco: están relacionados a través de los Beauséant. El marqués de Beauséant padre se casó con una Champigneilles de la rama primogénita. Aunque la vizcondesa de Beauséant pasa por descender de la casa de Borgoña, como usted comprenderá no podíamos admitir aquí a una mujer separada de su marido. Son viejas ideas que aún cometemos la tontería de mantener. El desliz de la vizcondesa ha sido aún más grave teniendo en cuenta que el señor de Beauséant es un hombre galante, un hombre de corte: se habría avenido a razones. Pero su mujer es una cabeza loca…

El señor de Nueil, aunque oía la voz de su interlocutora, ya no la escuchaba. Estaba absorto en mil fantasías. ¿Existe otra palabra para expresar los atractivos de una aventura en el momento en que sonríe a la imaginación, en el momento en que el

alma concibe vagas esperanzas, presiente inexplicables felicidades, temores, acontecimientos, sin que aún nada alimente ni fije los caprichos de ese espejismo? Entonces la mente revolotea, concibe proyectos imposibles y hace germinar las dichas de una pasión. Pero quizá el germen de la pasión la contiene por completo, como una semilla contiene una bella flor con sus perfumes y sus exquisitos colores. El señor de Nueil ignoraba que la señora de Beauséant se hubiera refugiado en Normandía tras un escándalo que la mayoría de las mujeres envidian y condenan, sobre todo cuando las seducciones de la juventud y de la belleza casi justifican la falta que la provocó. Hay un prestigio inconcebible en toda especie de celebridad, sea cual fuere la causa a que se deba. Parece que, para las mujeres, como antaño para las familias, la gloria de un delito borra su vergüenza. Del mismo modo que tal casa se enorgullece de sus cabezas cortadas, una mujer hermosa y joven se vuelve más atractiva por la fama fatal de un amor dichoso o de una traición horrible. Cuanto más digna de lástima, más simpatías provoca. Solo somos despiadados con las cosas, los sentimientos y las aventuras vulgares. Cuando atraemos las miradas, parecemos grandes. ¿No es preciso, de hecho, elevarse por encima de los demás para ser visto? Y la muchedumbre experimenta involuntariamente un sentimiento de respeto hacia todo lo que se ha engrandecido, sin pedir demasiadas cuentas sobre cómo lo ha logrado. En aquel momento, Gaston de Nueil se sentía impulsado hacia la señora de Beauséant por la secreta influencia de estas razones, o quizá por la curiosidad, por la necesidad de introducir un interés en aquel momento de su vida, en una palabra, por esa multitud de motivos imposibles de decir y que la palabra *fatalidad* sirve a menudo para expresar. La vizcondesa de Beauséant había surgido ante él de repente, acompañada por una multitud de imágenes atractivas: ella era un mundo nuevo; a su lado, sin duda, había motivos para temer, esperar, combatir, vencer. Debía de contrastar con las personas que Gaston veía en aquel salón mezquino; en una palabra, era una mujer, y él aún no había encontrado ninguna mujer en aquel mundo frío donde los cálculos sustituían a los sentimientos, donde la cortesía no era más que unos deberes, y donde las ideas más simples tenían algo demasiado hiriente para ser aceptadas o emitidas. La señora de Beauséant despertaba en su alma el recuerdo de sus sueños de joven y sus pasiones más vívidas, adormecidas por un momento. Gaston de Nueil estuvo distraído durante el resto de la velada. Pensaba en los medios de introducirse en casa de la señora de Beauséant, y, desde luego, apenas existían. Ella pasaba por ser eminentemente inteligente. Pero, aunque las personas inteligentes pueden dejarse seducir por las cosas originales o sutiles, son exigentes, saben adivinar todo; a su lado hay tantas probabilidades de fracasar como de triunfar en la difícil empresa de agradar. Además, la vizcondesa debía unir al orgullo de su situación la dignidad que su apellido le exigía. La soledad profunda en que vivía parecía ser la menor de las barreras levantadas entre ella y el mundo. Para un desconocido, por buena que fuese su familia, era casi imposible hacerse admitir en su casa. Sin embargo, al día siguiente por la mañana el señor de Nueil dirigió su paseo

hacia el pabellón de Courcelles, y dio varias vueltas al recinto que lo rodeaba. Engañado por las ilusiones en las que tan natural es creer a su edad, miraba a través de las brechas o por encima de las tapias, permanecía en contemplación ante las persianas cerradas o examinaba las que estaban abiertas. Esperaba una casualidad novelesca, combinaba sus efectos, sin darse cuenta de su imposibilidad, para llegar junto a la desconocida. Durante varias mañanas paseó por allí infructuosamente; pero, en cada paseo, aquella mujer situada al margen del mundo, víctima del amor, sepultada en la soledad, crecía en su pensamiento y se alojaba en su alma. Por eso el corazón de Gaston palpitaba de esperanza y de alegría si, por azar, al bordear las tapias de Courcelles, llegaba a oír el pesado paso de algún jardinero.

Pensaba, desde luego, en escribir a la señora de Beauséant; pero ¿qué decir a una mujer a la que no se ha visto y que no nos conoce? Además, Gaston desconfiaba de sí mismo; luego, como esos jóvenes llenos de ilusiones, temía más que la muerte los terribles desdenes del silencio, y se estremecía pensando en todas las posibilidades que su primera prosa amorosa podía tener de ser arrojada al fuego. Era presa de mil ideas contrarias que combatían entre sí. Pero por fin, a fuerza de engendrar quimeras, de componer novelas y de estrujarse el cerebro, dio con una de esas felices estratagemas que terminan por encontrarse en el gran número de las que se sueñan, y que revelan a la mujer más inocente la intensidad de la pasión con que un hombre se ha ocupado de ella. A menudo, las extravagancias sociales crean tantos obstáculos reales entre una mujer y su enamorado como los poetas orientales han puesto en las deliciosas ficciones de sus cuentos, y sus imágenes más fantásticas raras veces resultan exageradas. Por eso, tanto en la naturaleza como en el mundo de las hadas, la mujer siempre debe pertenecer al que sabe llegar hasta ella y liberarla de la situación en que languidece. Al enamorarse de la hija de un califa, el más pobre de los derviches no estaba separado de ella por una distancia mayor de la que había entre Gaston y la señora de Beauséant. La vizcondesa vivía en una ignorancia absoluta de las circunvalaciones trazadas a su alrededor por el señor de Nueil, cuyo amor aumentaba ante la magnitud de los obstáculos a franquear, y que daban a su improvisada amada los atractivos que posee cualquier cosa lejana.

Un día, confiando en su inspiración, lo esperó todo del amor que debía brotar de sus ojos. Creyendo la palabra más elocuente que la carta más apasionada, y especulando también con la curiosidad natural de la mujer, fue a casa del señor de Champigneilles proponiéndose utilizarlo en el éxito de su empresa. Le dijo al gentilhombre que debía cumplir con una importante y delicada obligación ante la señora de Beauséant; pero, como ignoraba si ella leía las cartas de una letra que no conocía, o si concedería su confianza a un extraño, le rogaba que preguntase a la vizcondesa, durante su próxima visita, si se dignaría recibirle. Sin dejar de invitar al marqués a guardar el secreto en caso de negativa, le incitó muy hábilmente a no callar a la señora de Beauséant las razones que podían abrirle las puertas de su casa. ¿No era él un hombre de honor, leal e incapaz de prestarse a una cosa de mal gusto o

incluso inconveniente? El altivo gentilhombre, cuyas pequeñas vanidades habían sido halagadas, fue completamente engañado por esa diplomacia del amor que presta a un joven el aplomo y el elevado poder de disimulo de un viejo embajador. Trató de adivinar los secretos de Gaston; pero este, muy avergonzado de revelárselos, opuso frases normandas a las hábiles preguntas del señor de Champigneilles, quien, como caballero francés, le felicitó por su discreción.

El marqués corrió inmediatamente a Courcelles con esa premura que la gente de cierta edad pone en hacer un favor a las mujeres hermosas. En la situación en que se encontraba la marquesa de Beauséant, un mensaje de aquella índole no podía por menos de intrigarla. Por eso, aunque, consultando sus recuerdos, no viese ninguna razón que pudiese traer a su casa al señor de Nueil, no vislumbró inconveniente alguno en recibirlo, después, por supuesto, de haberse informado prudentemente de su posición en sociedad. Sin embargo, había empezado por negarse; luego había discutido este punto de conveniencia con el señor de Champigneilles, interrogándolo para tratar de adivinar si sabía el motivo de la visita; luego había vuelto sobre su negativa. La discusión y la forzosa discreción del marqués habían avivado su curiosidad.

Como el señor de Champigneilles no quería parecer ridículo, pretendía, como hombre instando, pero discreto, que la vizcondesa debía conocer perfectamente bien el objeto de aquella visita, aunque ella lo buscase con toda su buena fe sin encontrarlo. La señora de Beauséant imaginaba relaciones entre Gaston y personas que este no conocía, se perdía en absurdas suposiciones, y se preguntaba a sí misma si no había visto alguna vez al señor de Nueil. La carta de amor más auténtica o más hábil no hubiera producido, desde luego, tanto efecto como aquella especie de enigma sin clave que intrigó a la señora de Beauséant en varias ocasiones.

Cuando Gaston supo que podía ver a la vizcondesa, se sintió dominado al mismo tiempo por el entusiasmo de obtener tan pronto una felicidad ardientemente deseada, y singularmente confuso para dar un desenlace a su estratagema. «¡Bah!, ver*la* –repetía al vestirse–, verla, ¡eso es todo!». Luego, al franquear la puerta de Courcelles, esperaba encontrar un expediente para desatar el nudo gordiano que él mismo había apretado. Gaston era de esos que, creyendo en la omnipotencia de la necesidad, se lanzan siempre hacia delante; y, en el último momento, cuando llegan frente al peligro, se inspiran en él y hallan fuerzas para vencerlo. Puso un cuidado particular en arreglarse. Como los jóvenes, imaginaba que el éxito dependía de un rizo bien o mal colocado, ignorando que en la juventud todo es encanto y atractivo. Además, las mujeres selectas que se parecen a la señora de Beauséant solo se dejan seducir por las gracias del espíritu y por la superioridad del carácter. Un gran carácter halaga su vanidad, les promete una gran pasión y parece que debe admitir las exigencias de su corazón. El talento las divierte, responde a la finura de su naturaleza, y se creen comprendidas. Y ¿qué quieren todas las mujeres si no es que las diviertan, las comprendan o las adoren? Pero hay que haber reflexionado mucho sobre las cosas de

la vida para adivinar la alta coquetería que anuncian la negligencia en el vestir y la reserva del ingenio en una primera entrevista. Cuando conseguimos ser lo bastante astutos para resultar hábiles políticos, somos demasiado viejos para sacar partido de nuestra experiencia. Mientras Gaston desconfiaba bastante de su capacidad para sacar seducciones de su atuendo, la misma señora de Beauséant se esmeraba instintivamente en acicalarse y se decía mientras se arreglaba el peinado: «Pero no quiero dar miedo».

El señor de Nueil tenía en su inteligencia, en su persona y en sus modales esa manera de ser ingenuamente original que da una especie de sabor a los gestos y a las ideas corrientes, permite decirlo todo y hace que se acepte todo. Era instruido, perspicaz, de una fisonomía afortunada y móvil como su impresionable alma. Había pasión, ternura en sus ojos vivos; y su corazón, esencialmente bueno, no los desmentía. La resolución que adoptó al entrar en Courcelles estuvo, pues, en armonía con la naturaleza de su carácter franco y de su imaginación ardiente. A pesar de la intrepidez del amor, no pudo, sin embargo, defenderse de una violenta palpitación cuando, después de haber atravesado un gran patio dispuesto como jardín inglés, llegó a una sala donde un ayuda de cámara, tras haberle preguntado su nombre, desapareció y volvió para presentarlo.

—El señor barón de Nueil.

Gaston entró despacio, pero con bastante naturalidad, cosa más difícil todavía en un salón donde solo hay una mujer que en otro donde hay veinte. En el rincón de la chimenea, donde, a pesar de la estación, brillaba un gran fuego, y sobre la que había dos candelabros encendidos que despedían una luz suave, vio a una mujer joven sentada en esa moderna poltrona de respaldo muy alto, cuyo asiento bajo le permitía dar a su cabeza actitudes variadas llenas de gracia y de elegancia, inclinarla, posarla, erguirla lánguidamente, como si fuera una pesada carga; y además, doblar los pies, mostrarlos o esconderlos bajo los largos pliegues de un vestido negro. La vizcondesa quiso dejar sobre una mesita redonda el libro que estaba leyendo; pero, como al mismo tiempo había vuelto la cabeza hacia el señor de Nueil, el libro, mal colocado, cayó en el espacio que separaba la mesa de la poltrona. Sin parecer sorprendida por ese accidente, se incorporó y se inclinó para responder al saludo del joven, pero de una manera imperceptible y casi sin levantarse de su asiento, en el que su cuerpo permanecía hundido. Se encorvó para levantarse, removió vivamente el fuego; luego se agachó, recogió un guante que se puso indolentemente en su mano izquierda, buscando el otro con una mirada que enseguida reprimió, porque con su mano derecha, mano blanca, casi transparente, sin sortijas, delicada, de dedos delgados, cuyas uñas rosadas formaban un óvalo perfecto, señaló una silla como para decir a Gaston que se sentase. Cuando su desconocido huésped se hubo sentado, volvió la cabeza hacia él con un movimiento interrogativo y coqueto cuya finura resulta imposible describir; pertenecía a esas intenciones benévolas, a esos gestos elegantes, aunque precisos, que dan la primera educación y el hábito constante de las cosas de

buen gusto. Esos movimientos multiplicados se sucedieron rápidamente en un instante, sin sacudidas ni brusquedades, y encantaron a Gaston por esa mezcla de cuidado y de abandono que una mujer hermosa añade a los modales aristocráticos de la alta sociedad. La señora de Beauséant contrastaba demasiado vivamente con los autómatas entre los que él convivía desde hacía dos meses de exilio en el fondo de Normandía, para no personificar para él la poesía de sus sueños; por eso no podía comparar sus perfecciones con ninguna de las que en el pasado había admirado. Ante aquella mujer y en aquel salón amueblado como lo está un salón del *faubourg* Saint-Germain, lleno de esas fruslerías tan ricas que andan rodando encima de las mesas, al ver libros y flores volvió a encontrarse en París. Pisaba una verdadera alfombra de París, veía de nuevo el tipo distinguido, las formas delicadas de la parisina, su gracia exquisita y su desprecio por los efectos rebuscados que tanto perjudican a las mujeres de provincias.

La señora vizcondesa de Beauséant era rubia, blanca como una rubia, y tenía los ojos pardos. Presentaba noblemente su frente, una frente de ángel caído que se enorgullece de su falta y no quiere perdón en absoluto. Sus cabellos, abundantes y trenzados en la parte alta por encima de dos bandos que describían amplias curvas sobre aquella frente, se añadían a la majestad de su cabeza. En las espirales de esa cabellera dorada, la imaginación veía la corona ducal de Borgoña; y en los ojos brillantes de aquella gran dama, todo el coraje de su casa; el coraje de una mujer que solo es fuerte para rechazar el desprecio o la audacia, pero llena de ternura para los sentimientos dulces. Las líneas de su pequeña cabeza, admirablemente asentada sobre un largo cuello blanco; las facciones de su fino rostro, sus labios perfilados y su fisonomía móvil conservaban una expresión de prudencia exquisita, un matiz de ironía afectada que se parecía a la astucia y a la impertinencia. Era difícil no perdonarle esos dos pecados femeninos pensando en sus desgracias, en la pasión que había estado a punto de costarle la vida, y que atestiguaban, bien las arrugas que, con el menor movimiento, surcaban su frente, bien la dolorosa elocuencia de sus bellos ojos alzados a menudo hacia el cielo. ¿No era un espectáculo imponente, magnificado incluso por el pensamiento, ver en un inmenso salón silencioso a aquella mujer separada del mundo entero, y que, desde hacía tres años, vivía en el fondo de un pequeño valle, lejos de la ciudad, sola con los recuerdos de una juventud brillante, feliz y apasionada, que en el pasado habían llenado fiestas y constantes homenajes, pero entregada ahora a los horrores de la nada? La sonrisa de aquella mujer anunciaba una alta conciencia de su valor. Al no ser ni madre ni esposa, rechazada por el mundo, privada del único corazón que podría hacer palpitar el suyo sin vergüenza, sin poder extraer de ningún sentimiento los socorros necesarios para su alma vacilante, debía sacar su fuerza de sí misma, vivir su propia vida y no tener más esperanza que la de la mujer abandonada: esperar la muerte, apresurar su lentitud pese a los bellos días que aún le quedaban. ¿Sentirse destinada a la felicidad, y perecer sin recibirla, sin darla?… ¡Una mujer! ¡Qué dolores! El señor de Nueil hizo

estas reflexiones con la rapidez del relámpago, y se sintió muy avergonzado de su personaje en presencia de la mayor poesía en que puede envolverse una mujer. Seducido por el triple fulgor de la belleza, de la desgracia y de la nobleza, se quedó casi boquiabierto, pensativo, admirando a la vizcondesa, pero sin encontrar nada que decirle.

La señora de Beauséant, a quien sin duda no desagradó aquella sorpresa en absoluto, le tendió la mano con un gesto suave, pero imperativo; luego, esbozando una sonrisa en sus labios pálidos, como para seguir obedeciendo a las gracias de su sexo, le dijo:

—El señor de Champigneilles me ha anunciado, señor, el mensaje del que tan amablemente se ha hecho usted cargo para mí. ¿Es, tal vez, de parte de…?

Al oír esta terrible frase, Gaston comprendió aún mejor lo ridículo de su situación, el mal gusto, la deslealtad de su proceder con una mujer tan noble como desdichada. Se ruborizó. Su mirada, marcada por mil pensamientos, se turbó; pero de repente, con esa fuerza que los corazones jóvenes saben sacar del sentimiento de sus faltas, se tranquilizó; luego, interrumpiendo a la señora de Beauséant, no sin hacer un gesto lleno de sumisión, respondió con una voz emocionada:

—Señora, no merezco la dicha de verla; la he engañado indignamente. El sentimiento al que he obedecido, por grande que pueda ser, no podría excusar el miserable subterfugio que me ha servido para llegar hasta usted. Pero, señora, si tuviera la bondad de permitirme decirle…

La vizcondesa lanzó sobre el señor de Nueil una mirada llena de altivez y desprecio, alzó la mano para tirar del cordón de la campanilla, y llamó; acudió el ayuda de cámara, ella le dijo, mirando al joven con dignidad:

—Jacques, acompañe al señor.

Se levantó con orgullo, saludó a Gaston y se agachó para recoger el libro caído. Sus movimientos fueron tan secos, tan fríos como aquellos con que lo acogió habían sido blandamente elegantes y graciosos.

El señor de Nueil se había levantado, pero seguía inmóvil. La señora de Beauséant le lanzó una nueva mirada como diciéndole: «¡Y bien!, ¿no se va usted?».

Fue tan hiriente la burla que marcó aquella mirada que Gaston se puso pálido como un hombre a punto de desmayarse. Algunas lágrimas humedecieron sus ojos; pero las contuvo, las secó en el ardor de la vergüenza y la desesperación, miró a la señora de Beauséant con una especie de orgullo que expresaba al mismo tiempo la resignación y cierta conciencia de su valor: la vizcondesa tenía derecho a castigarle, pero ¿debía hacerlo? Luego salió. Al cruzar la antecámara, la perspicacia de su espíritu y su inteligencia aguzada por el apasionamiento le hicieron comprender todo el peligro de su situación. «Si dejo esta casa —se dijo–, nunca podré volver a entrar; siempre seré un estúpido para la vizcondesa. Es imposible que una mujer, ¡y ella lo es!, no adivine el amor que inspira; tal vez sienta un pesar vago e involuntario por haberme despedido de forma tan brusca, pero no debe, no puede revocar su sentencia:

soy yo quien ha de comprenderla».

Cuando hace esta reflexión, Gaston se detiene en la escalinata, deja escapar una exclamación, se vuelve vivamente y dice:

—¡He olvidado algo!

Y vuelve hacia el salón seguido del ayuda de cámara, que, lleno de respeto por un barón y por los sagrados derechos de la propiedad, fue completamente engañado por el tono ingenuo con que fue dicha esa frase. Gaston entró despacio sin ser anunciado. Cuando la vizcondesa, pensando quizá que el intruso era su ayuda de cámara, alzó la cabeza, encontró delante al señor de Nueil.

—Jacques me ha acompañado –dijo sonriendo.

Su sonrisa, impregnada de una gracia algo triste, privaba a esa frase de cuanto tenía de divertido, y el acento con que había sido pronunciada debía llegar al alma.

La señora de Beauséant quedó desarmada.

—Bien, siéntese –le dijo.

Gaston se apoderó de la silla con un movimiento ávido. Sus ojos, animados por la felicidad, despidieron un brillo tan intenso que la vizcondesa no pudo sostener aquella joven mirada, bajó los ojos hacia su libro y saboreó el placer siempre nuevo de ser para un hombre el principio de su dicha, sentimiento imperecedero en la mujer. Además, la señora de Beauséant había sido adivinada. La mujer agradece tanto encontrar un hombre que esté al corriente de los caprichos tan lógicos de su corazón, y que comprenda las actitudes aparentemente contradictorias de su espíritu, los fugaces pudores de sus sensaciones, tan pronto tímidas como audaces, ¡sorprendente mezcla de coquetería e ingenuidad!

—Señora –exclamó en tono suave Gaston–, usted conoce mi falta, pero desconoce mis crímenes. Si supiera con qué felicidad he…

—¡Ah!, tenga cuidado –dijo ella alzando uno de sus dedos con aire misterioso a la altura de su nariz, que rozó; luego, con la otra mano, hizo un gesto como para tirar del cordón de la campanilla.

Aquel bonito movimiento, aquella graciosa amenaza provocaron sin duda un triste pensamiento, un recuerdo de su vida feliz, de la época en que podía ser todo encanto y todo gentileza, en que la felicidad justificaba los caprichos de su espíritu igual que añadía un atractivo a los menores movimientos de su persona. Acumuló las arrugas de su frente entre sus dos cejas; su rostro, tan suavemente iluminado por las bujías, adoptó una expresión sombría; miró al señor de Nueil con una gravedad desprovista de frialdad, y le dijo como mujer profundamente imbuida del sentido de sus palabras:

—¡Todo esto es muy ridículo! Hubo un tiempo, señor, en el que yo tenía derecho a ser locamente alegre, en que habría podido reírme con usted y recibirle sin temor; pero hoy, mi vida ha cambiado mucho, ya no soy dueña de mis actos, y me veo obligada a reflexionar sobre ellas. ¿A qué sentimiento debo su visita? ¿Es curiosidad? Entonces pago muy caro un frágil instante de dicha. ¿Acaso ama usted

apasionadamente a una mujer infaliblemente calumniada y que no le ha visto nunca? Sus sentimientos se basarían entonces en la desconsideración, en una falta que el azar hizo célebre –arrojó con despecho su libro sobre la mesa–. ¡Y qué! –prosiguió tras haber lanzado una mirada terrible sobre Gaston–. Porque fui débil, ¿la sociedad quiere que lo sea siempre? Eso es horrible, degradante. ¿Viene a mi casa para compadecerme? Es usted muy joven para simpatizar con unas penas del corazón. Sépalo bien, señor, prefiero el desprecio a la lástima; no quiero soportar la compasión de nadie». –Hubo un momento de silencio–. Bien, ya lo ve, señor –prosiguió alzando hacia él la cabeza con un aire triste y dulce–, cualquiera que sea el sentimiento que le haya impulsado a precipitarse atolondradamente en mi retiro, me ofende. Es usted demasiado joven para estar totalmente desprovisto de bondad, por lo tanto comprenderá la inconveniencia del paso que ha dado; se la perdono, y ahora le hablo sin amargura. No volverá más a esta casa, ¿verdad? Se lo suplico cuando podría ordenárselo. Si me hiciera una nueva visita, no estaría ni en su poder ni en el mío impedir que toda la ciudad crea que se ha convertido en mi amante, y usted añadiría a mis penas un pena muy grande. Supongo que no es eso lo que quiere.

Se calló mirándole con una dignidad auténtica que lo dejó confuso.

—He actuado mal, señora –respondió en tono conmovido–; pero el ardor, la irreflexión, una viva necesidad de dicha son, a mi edad, cualidades y defectos. Ahora –siguió diciendo– comprendo que no hubiera debido intentar verla, y sin embargo mi deseo era muy natural…

Trató de contar con más sentimiento que ingenio los sufrimientos a que le había condenado su necesario destierro. Describió el estado de un joven cuya pasión ardía sin alimento, haciendo pensar que era digno de ser tiernamente amado, y sin embargo nunca había conocido las delicias de un amor inspirado por una mujer joven, bella, llena de gusto, de delicadeza. Explicó su infracción a las conveniencias sin querer justificarla. Halagó a la señora de Beauséant demostrándole que, para él, ella encamaba el tipo de la amada que sin cesar, pero en vano, desea la mayoría de los jóvenes. Luego, hablando de sus paseos matinales alrededor de Courcelles, y de las vagabundas ideas que le dominaban a la vista del pabellón en el que por fin se había introducido, estimuló esa indefinible indulgencia que la mujer encuentra en su corazón hacia las locuras que ella misma inspira. Hizo oír una voz apasionada en aquella fría soledad, a la que aportaba las cálidas inspiraciones de la juventud y los encantos ingeniosos que revelan una cuidada educación. La señora de Beauséant estaba privada desde hacía demasiado tiempo de las emociones que dan los sentimientos auténticos finamente expresados para no sentir vivamente sus delicias. No pudo por menos de mirar el rostro expresivo del señor de Nueil, y admirar en él esa bella confianza del alma que aún no ha sido ni desgarrada por las crueles enseñanzas de la vida de sociedad, ni devorada por los perpetuos cálculos de la ambición o de la vanidad. Gaston era el joven en su flor, y se mostraba como hombre de carácter que aún desconocía sus altos destinos. De este modo, ambos hacían, sin

saberlo el uno del otro, las reflexiones más peligrosas para su tranquilidad, y trataban de ocultárselas. El señor de Nueil reconocía en la vizcondesa una de esas mujeres tan raras, siempre víctimas de su propia perfección y de su inacabable ternura, cuya elegante belleza es su menor encanto una vez que han permitido el acceso a su alma, en la que los sentimientos son infinitos, en la que todo es bueno, en que el instinto de lo bello se une a las expresiones más variadas del amor para purificar las voluptuosidades y volverlas casi santas: admirable secreto de la mujer, regalo exquisito que tan raras veces concede la naturaleza. Por su parte, al escuchar el acento auténtico con que Gaston le hablaba de las desgracias de su juventud, la vizcondesa adivinaba los sufrimientos impuestos por la timidez a los niños grandes de veinticinco años cuando el estudio les ha preservado de la corrupción y del contacto de la gente de mundo, cuya experiencia razonadora corroe las bellas cualidades de la edad juvenil. En él encontraba el sueño de todas las mujeres, un hombre en el que todavía no existía ni ese egoísmo de familia y de fortuna, ni ese sentimiento personal que terminan por matar, en su primer impulso, la lealtad, el honor, la abnegación, la estima de uno mismo, flores del alma que se marchitan con la misma rapidez con que al principio enriquecen la vida con emociones delicadas, aunque fuertes, y reavivan en el hombre la probidad del corazón. Una vez lanzados a los vastos espacios del sentimiento, llegarán muy lejos en teoría, sondearán uno y otro la profundidad de sus almas, se informarán sobre la verdad de sus expresiones. Este examen, involuntario en Gaston, era premeditado en la señora de Beauséant. Recurriendo a su finura natural o adquirida, expresaba, sin perjudicarse a sí misma, opiniones contrarias a las suyas para conocer las del señor de Nueil. Estuvo tan ingeniosa, tan graciosa, fue tan bien ella misma con un joven que no despertaba su desconfianza por creer que no volvería a verle, que Gaston exclamó ingenuamente ante una frase deliciosa dicha por ella:

—¡Ah, señora!, ¿cómo ha podido un hombre abandonarla?

La vizcondesa permaneció muda. Gaston se ruborizó, pensaba que la había ofendido. Pero aquella mujer estaba sorprendida por el primer placer profundo y verdadero que sentía desde el día de su desgracia. El libertino más hábil no hubiera hecho, a fuerza de fingimiento, el progreso que el señor de Nueil debió a aquel grito salido del corazón. Aquel juicio arrancado al candor de un hombre joven la volvía inocente a sus ojos, condenaba a la sociedad, acusaba al que la había abandonado y justificaba la soledad en la que había venido a languidecer. La absolución mundana, las conmovedoras simpatías, la estima social, tan deseadas, tan cruelmente negadas, en una palabra, sus deseos más secretos se veían realizados por aquella exclamación que además embellecían los halagos más dulces del corazón y esa admiración siempre ávidamente saboreada por las mujeres. Así pues, era entendida y comprendida, el señor de Nueil le daba con toda naturalidad la ocasión de engrandecerse de su caída. Miró el reloj de pared.

—¡Oh!, señora –exclamó Gaston–, no me castigue por mi torpeza. Si solo me

concede una velada, dígnese no abreviarla todavía.

Ella sonrió por el cumplido.

—Pero ya que no debemos volver a vernos –le dijo–, ¿qué importa un momento más o menos? Si yo le agradase, sería una desgracia.

—Una desgracia que ya sufro –respondió él tristemente.

—No me diga eso –continuó ella en tono grave—. En cualquier otra situación, le recibiría encantada. Voy a hablarle sin rodeos, comprenderá por qué no quiero, por qué no debo volver a verle. Creo que su alma es demasiado grande para no darse cuenta de que solo la sospecha de una segunda falta, me convertiría, a ojos de todo el mundo, en una mujer despreciable y vulgar, me parecería a las demás mujeres. Una vida pura y sin tacha dará, pues, relieve a mi carácter. Soy demasiado orgullosa para no tratar de vivir en medio de la Sociedad como un ser aparte, víctima de las leyes por mi matrimonio, víctima de los hombres por mi amor. Si no permaneciese fiel a mi posición, merecería toda la reprobación que me abruma, y perdería mi propia estima. No he tenido la alta virtud social de pertenecer a un hombre al que no amaba. A pesar de las leyes, rompí los vínculos del matrimonio: era un error, un crimen, será todo lo que usted quiera; pero para mí, ese estado equivalía a la muerte. Quise vivir. Si hubiera sido madre, tal vez habría encontrado fuerzas para soportar el suplicio de un matrimonio impuesto por las conveniencias. A los dieciocho años, nosotras, pobres chiquillas, apenas sabemos lo que nos obligan a hacer. Violé las leyes del mundo, el mundo me castigó; uno y otro éramos justos. Yo busqué la felicidad. ¿No es una ley de nuestra naturaleza ser felices? Era joven, era bella… Creí encontrar un ser tan enamorado como apasionado parecía. ¡Fui muy amada durante un instante!…

Hizo una pausa.

—Yo pensaba –prosiguió ella– que un hombre nunca debía abandonar a una mujer en la situación en que yo me encontraba. Fui abandonada, quizá desagradé. Sí, falté sin duda a alguna ley de la naturaleza: habré sido demasiado cariñosa, demasiado abnegada o demasiado exigente, no lo sé. Después de haber sido mucho tiempo la acusadora, me he resignado a ser la única culpable. Absolví, pues, a mi costa a aquel de quien creía tener motivos de queja. No fui lo bastante hábil para conservarlo: el destino me ha castigado cruelmente por mi torpeza. Solo sé amar: ¿cómo pensar en una misma cuando se ama? Fui, pues, la esclava cuando hubiera debido convertirme en tirano. Quienes me conozcan podrán condenarme, pero me apreciarán. Mis sufrimientos me han enseñado a no volver a exponerme al abandono. No comprendo cómo existo todavía, después de haber sufrido los dolores de los ocho primeros días que siguieron a esa crisis, la más espantosa en la vida de una mujer. Hay que haber vivido sola durante tres años para haber conseguido la fuerza necesaria para hablar de ese dolor como hago en este momento. La agonía concluye de ordinario con la muerte, pues bien, señor, era una agonía sin la tumba por desenlace. ¡Oh, cuánto he sufrido!

La vizcondesa alzó sus bellos ojos hacia la cornisa, a la que sin duda confió todo

lo que no debía oír un desconocido. Una cornisa es la confidente más dulce, más sumisa, más complaciente que las mujeres puedan encontrar en ocasiones en las que no se atreven a mirar a su interlocutor. La cornisa de un tocador es una institución. ¿No es un confesionario sin sacerdote? En ese momento, la señora de Beauséant era elocuente y bella; habría que decir coqueta, si esa palabra no fuera demasiado fuerte. Al hacerse justicia, al poner entre ella y el amor las barreras más altas, aguijoneaba todos los sentimientos del hombre; y cuanto más elevaba el objetivo, mejor lo ofrecía a las miradas. Por fin posó los ojos en Gaston, tras haberles hecho perder la expresión demasiado seductora que les había comunicado el recuerdo de sus penas.

—¿Admite que debo permanecer fría y solitaria? –le dijo en tono tranquilo.

El señor de Nueil sentía un violento deseo de caer a los pies de aquella mujer entonces sublime de razón y locura, temió parecerle ridículo y por eso reprimió tanto su exaltación como sus pensamientos: experimentaba a la vez el temor a no conseguir expresarlos bien y el miedo a alguna terrible negativa o a una burla, cuya aprensión hiela a las almas más ardientes. La reacción de los sentimientos que reprimía en el momento en que brotaban de su corazón le causó ese dolor profundo que conocen las personas tímidas y las ambiciosas, con frecuencia obligadas a devorar sus deseos. Sin embargo, no pudo por menos de romper el silencio para decir con voz temblorosa:

—Permítame, señora, que me entregue a una de las mayores emociones de mi vida confesándole lo que usted me hace sentir. ¡Ensancha usted mi corazón! Siento en mí el deseo de dedicar mi vida a hacerle olvidar sus dolores, a amarla por todos los que la han odiado o herido. Pero es una efusión del corazón muy repentina, que hoy nada justifica y que yo debería…

—Basta, señor –dijo la señora de Beauséant–. Uno y otro hemos ido demasiado lejos. Yo he querido despojar de toda dureza la negativa que me veo obligada a darle, explicarle sus tristes razones, y no conseguir halagos. La coquetería solo sienta bien a la mujer feliz. Créame, sigamos siendo extraños el uno al otro. Más tarde, ya aprenderá que no deben forjarse lazos cuando necesariamente han de romperse un día.

Suspiró ligeramente, y su frente se arrugó para recobrar enseguida la pureza de su forma.

—¡Qué sufrimiento para una mujer –prosiguió– no poder seguir al hombre que ama en todas las fases de su vida! Y ese profundo dolor, ¿no debe luego repercutir horriblemente en el corazón de ese hombre si ella es muy amada? ¿No es una doble desgracia?

Hubo un momento de silencio, tras el que, sonriendo y levantándose para hacer que su invitado se levantase, dijo:

—Seguro que, al venir a Courcelles, no sospechaba usted que oiría un sermón.

Gaston se hallaba en ese momento más lejos de aquella mujer extraordinaria que en el instante en que la había abordado. Atribuyendo el encanto de aquella hora deliciosa a la coquetería de un ama de casa celosa por desplegar su talento, saludó

fríamente a la condesa y salió desesperado. Por el camino, el barón trataba de captar el verdadero carácter de aquella criatura flexible y dura como un resorte; pero le había visto adoptar tantos matices que le fue imposible fundamentar un juicio verdadero. Además, las entonaciones de su voz aún resonaban en sus oídos, y el recuerdo prestaba tantos encantos a los gestos, a los movimientos de cabeza, al juego de los ojos, que se enamoró más con el examen. Para él, la belleza de la vizcondesa brillaba aún en las tinieblas, las impresiones que había recibido despertaban atraídas unas por otras, para de nuevo seducirlo revelándole unas gracias de mujer y de inteligencia inadvertidas al principio. Quedó sumido en una de esas meditaciones vagabundas durante las cuales los pensamientos más lúcidos luchan entre sí, se estrellan unos contra otros, y arrojan al alma en un breve acceso de locura. Hay que ser joven para revelar y para comprender los secretos de esa especie de ditirambos en que el corazón, asaltado por las ideas más justas y más locas, cede, en la última que le asalta, a un pensamiento de esperanza o de desesperación, al capricho de un poder desconocido. A la edad de veintitrés años, el hombre casi siempre está dominado por un sentimiento de modestia: las timideces, las turbaciones de la muchacha lo agitan, tiene miedo a expresar mal su amor, no ve más que dificultades y se asusta, tiembla ante la idea de no agradar, sería atrevido si no amase tanto; cuanto más siente el valor de la felicidad, menos cree que su amada pueda concedérselo; por otra parte, quizá se entrega demasiado por entero a su placer, y teme no darlo; cuando, por desgracia, su ídolo impone, la adora en secreto y de lejos; si no es adivinado, su amor expira. A menudo, esa pasión precipitada, muerta en un corazón joven, pervive en él brillante de ilusiones. ¿Qué hombre no tiene varios de esos vírgenes recuerdos que, más tarde, se despiertan, cada vez más encantadores, y aportan la imagen de una felicidad perfecta? Recuerdos semejantes a esos niños perdidos en la flor de la edad, cuyos padres solo conocieron sus sonrisas. El señor de Nueil volvió, pues, a Courcelles, presa de un sentimiento henchido de resoluciones extremas. La señora de Beauséant ya se había convertido para él en la condición de su existencia: prefería morir antes que vivir sin ella. Aún bastante joven para sentir esas crueles fascinaciones que la mujer perfecta ejerce sobre las almas nuevas y apasionadas, hubo de pasar una de esas noches tormentosas durante las que los jóvenes van de la felicidad al suicidio, del suicidio a la felicidad, devoran toda una vida feliz y se duermen impotentes. Noches fatales en las que la mayor desgracia que puede ocurrir es despertarse filósofo. Demasiado verdaderamente enamorado para dormir, el señor de Nueil se levantó, se puso a escribir cartas, ninguna de las cuales le satisfizo, y las quemó todas.

Al día siguiente, fue a dar la vuelta del pequeño recinto de Courcelles; pero a la caída de la noche, porque temía ser visto por la vizcondesa. El sentimiento al que entonces obedecía pertenece a una naturaleza de alma tan misteriosa que hay que ser todavía joven, o encontrarse en una situación semejante, para comprender sus mudas felicidades y sus extravagancias; cosas todas ellas que harían encogerse de hombros a

las personas lo bastante felices para ver siempre lo *positivo* de la vida. Tras crueles vacilaciones, Gaston escribió a la señora de Beauséant la carta siguiente, que puede pasar por un modelo de la fraseología propia de los enamorados, y compararse con los dibujos que los niños hacen a escondidas para el cumpleaños de sus padres; regalos detestables para todo el mundo, salvo para quienes los reciben.

«Señora:

Ejerce usted sobre mi corazón, sobre mi alma y mi persona un imperio tan grande que hoy mi destino depende completamente de usted. No arroje mi carta al fuego. Sea lo bastante benévola para leerla. Quizá me perdone esta primera frase al darse cuenta de que no es una declaración vulgar ni interesada, sino la expresión de un hecho natural. Quizá le conmueva la modestia de mis súplicas, por la resignación que me inspira el sentimiento de mi inferioridad, por la influencia de su determinación sobre mi vida. A mi edad, señora, solo sé amar, ignoro por completo tanto lo que puede agradar a una mujer como lo que la seduce; pero en mi corazón siento por ella embriagadoras adoraciones. Me siento irresistiblemente atraído hacia usted por el inmenso placer que me hace experimentar y pienso en usted con todo el egoísmo que nos arrastra allí donde, para nosotros, está el calor vital. No me creo digno de usted. No, a mí, joven, ignorante, tímido, me parece imposible que pueda aportarle la milésima parte de la felicidad que yo respiraba al oírla, al verla. Usted es para mí la única mujer que hay en el mundo. Como no concibo la vida sin usted, he tomado la resolución de abandonar Francia e ir a exponer mi vida hasta que la pierda en alguna empresa imposible, en las Indias, en África, en cualquier parte. ¿No es preciso que combata un amor sin límites con algo infinito? Pero si quiere dejarme la esperanza, no de ser suyo, sino de conseguir su amistad, me quedo. Permítame pasar a su lado, aunque sea raras veces si así lo exige, algunas horas semejantes a las que he robado. Esa frágil felicidad, cuyos vivos goces pueden serme vedados a la menor palabra demasiado ardiente, bastará para hacerme soportar el hervor de mi sangre. ¿He sobrevalorado su generosidad suplicándole que soporte un trato en el que todo el provecho es solo para mí? Sabrá demostrar a ese mundo, al que tantos sacrificios hace, que no soy nada para usted. ¡Es tan inteligente y tan orgullosa! ¿Qué ha de temer? Ahora quisiera poder abrirle mi corazón, a fin de convencerla de que mi humilde ruego no oculta segundas intenciones. No le habría dicho que mi amor era sin límites suplicándole que me concediera su amistad si tuviese la esperanza de hacerle compartir el profundo sentimiento sepultado en mi alma. No, a su lado solo seré lo que usted quiera que sea, con tal de estar ahí. Si me rechaza, y puede hacerlo, no diré una palabra, me iré. Si más tarde otra mujer entra para algo en mi vida, usted habrá tenido razón; pero si muero fiel a mi amor, ¡quizá conciba usted algún pesar! La esperanza de causarle un pesar endulzará mis angustias, y será toda la venganza de mi corazón incomprendido…».

Es preciso no haber ignorado ninguna de las excelentes desgracias de la juventud, es preciso haberse encaramado a todas las Quimeras de dobles alas blancas que ofrecen su grupa femenina a las imaginaciones ardientes para comprender el suplicio del que Gaston de Nueil fue presa cuando imaginó su primer *ultimátum* en las manos de la señora de Beauséant. Veía a la vizcondesa fría, risueña y burlándose del amor como los seres que ya no creen en él. Habría querido recuperar su carta, le parecía absurda, a su mente acudían mil y una ideas infinitamente mejores, o que hubieran sido más conmovedoras que sus frías frases, sus malditas frases alambicadas, sofisticadas, pretenciosas, pero felizmente bastante mal puntuadas y muy bien escritas torcidas. Trataba de no pensar, de no sentir; pero pensaba, sentía y sufría. Si hubiera tenido treinta años, se habría embriagado; pero aquel joven todavía ingenuo no conocía ni los recursos del opio ni los expedientes de la extremada civilización. No había allí, a su lado, uno de esos buenos amigos de París que tan bien saben deciros: «PÆTE, NON DOLET!»[12] mientras os tienden una botella de vino de Champaña, u os arrastran a una orgía para endulzar los dolores de la incertidumbre. Excelentes amigos, siempre arruinados cuando vosotros sois ricos, siempre en las aguas cuando los buscáis, que siempre han perdido su último luis en el juego cuando les pedís uno, pero que siempre tienen un mal caballo que venderos; en resumidas cuentas, los mejores muchachos del mundo, ¡y siempre prestos a embarcarse con vosotros para descender por una de esas pendientes rápidas en las que se despilfarra el tiempo, el alma y la vida!

Por fin el señor de Nueil recibió de mano de Jacques una carta con un perfumado sello de cera con el escudo de Borgoña, escrita en un pequeño papel vitela y que olía a la bella mujer.

Corrió enseguida a encerrarse para leer y releer *su* carta.

«Me castiga usted, señor con mucha severidad tanto por la amabilidad con que quise evitarle la descortesía de una negativa como por la seducción que la inteligencia siempre ejerce sobre mi. Confié en la nobleza de la juventud, y usted me ha engañado. Sin embargo, le hablé, si no a corazón abierto, lo cual hubiera sido totalmente ridículo, al menos con franqueza, y le expliqué mi situación a fin de hacer comprender mi frialdad a un alma joven. Cuanto más interés despertó en mí, más viva ha sido la pena que usted me ha causado. Soy por naturaleza cariñosa y buena; pero las circunstantes me vuelven mala. Otra mujer hubiera quemado su carta sin leerla; yo la he leído, y la contesto. Mis razonamientos le probarán que, si no soy insensible a la expresión de un sentimiento que he hecho nacer, incluso involuntariamente, estoy lejos de compartirlo, y mi conducta le mostrará mucho mejor todavía la sinceridad de mi alma. He querido además, por su bien, utilizar la especie de autoridad que usted me concede sobre su vida, y deseo ejercerla una sola vez para hacer que caiga el velo que le cubre los ojos.

»Pronto tendré treinta años, señor, y usted apenas tiene veintidós. Usted mismo ignora cuáles serán sus pensamientos cuando llegue a mi edad. Los juramentos que tan fácilmente hace hoy podrán parecerle entonces muy pesados. Hoy, quiero creerlo, me daría sin vacilar su vida entera, sabría morir incluso por un placer efímero; pero a los treinta años, la experiencia le arrancaría la fuerza de hacerme a diario sacrificios, y yo me sentiría profundamente humillada por aceptarlos. Un día, todo le ordenará, la naturaleza misma le ordenará dejarme; se lo he dicho, prefiero la muerte al abandono. Como ve, la desgracia me ha enseñado a calcular. Razono, carezco de pasión. Me obliga usted a decirle que no le amo, que no debo, no puedo, ni quiero amarle. He pasado ese momento de la vida en que las mujeres ceden a impulsos irreflexivos del corazón, y ya no podría ser la amada que usted busca. Mis consuelos, señor, vienen de Dios, no de los hombres. Por otro lado, leo con demasiada claridad en los corazones a la triste luz del amor engañado para aceptar la amistad que pide, que ofrece. Es usted víctima de su propio corazón, y espera mucho más de mi debilidad que de su fuerza. Todo eso es un efecto de los instintos. Le perdono esa argucia infantil, porque aún no es usted su cómplice. Le ordeno, en nombre de ese amor pasajero, en nombre de su vida, en nombre de mi tranquilidad, que se quede en su tierra, que no deje de llevar en ella una vida honorable y bella por una ilusión condenada necesariamente a extinguirse. Más tarde, cuando, al cumplir su verdadero destino, haya desarrollado todos los sentimientos que esperan al hombre, apreciará mi respuesta, a la que tal vez en este momento acuse de sequedad. Entonces volverá a encontrar con placer a una anciana cuya amistad, desde luego, será para usted dulce y valiosa: no habrá estado sometida ni a las vicisitudes de la pasión ni a los desencantos de la vida; en resumen, nobles ¡deas, ideas religiosas la conservarán pura y santa. Adiós, señor, obedézcame pensando que sus éxitos proyectarán algún placer en mi soledad, y solo piense en mí como se piensa en los ausentes».

Tras haber leído esta carta, Gaston de Nueil escribió las siguientes palabras:

«Señora, si dejara de amarla aceptando las oportunidades que me ofrece de ser un hombre corriente, tendría bien merecida mi suerte, confiéselo. No, no la obedeceré, y le juro una fidelidad que solo se desligará con la muerte. ¡Oh!, tome mi vida, a menos que tema poner un remordimiento en la suya…».

Cuando el criado del señor de Nueil volvió de Courcelles, su amo le dijo:

—¿Has entregado mi esquela?

—En propias manos de la señora vizcondesa; estaba ya en el coche, y se iba…

—¿Para venir a la ciudad?

—No lo creo, señor. La berlina de la señora vizcondesa estaba enganchada con caballos de posta.

—¡Ah!, se marcha –dijo el barón.

—Sí, señor –respondió el ayuda de cámara.

Inmediatamente Gaston hizo sus preparativos para seguir a la señora de Beauséant, y ella lo llevó hasta Ginebra sin saberse acompañada por él. Entre las mil reflexiones que lo asaltaron durante aquel viaje, esta: «¿Por qué se ha ido?», le intrigó más especialmente. Esa frase fue el texto de una multitud de suposiciones, entre las que eligió la más halagüeña, y que era la siguiente: «Si la vizcondesa quiere amarme, no hay duda de que, como mujer inteligente, prefiere Suiza, donde nadie nos conoce, a Francia, donde encontraria censores».

Ciertos hombres apasionados no amarían a una mujer lo bastante astuta como para elegir su terreno, eso es de refinados. Por otra parte, nada prueba que la suposición de Gaston fuese verdadera.

La vizcondesa alquiló una casita a orillas del lago. Cuando se hubo instalado, Gaston se presentó una hermosa tarde, al anochecer. Jacques, ayuda de cámara esencialmente aristocrático, no se sorprendió en absoluto al ver al señor de Nueil, y le anunció como criado acostumbrado a comprenderlo todo. Al oír aquel nombre, al ver al joven, la señora de Beauséant dejó caer el libro que tenía en las manos; su sorpresa dio tiempo a Gaston para llegar hasta ella y decirle con una voz que le pareció deliciosa:

—¡Con qué placer tomaba yo los caballos que la habían llevado a usted!

¡Verse tan bien obedecida en sus secretos deseos! ¿Qué mujer no hubiera cedido a semejante felicidad? Una italiana, una de esas divinas criaturas cuya alma está en los antípodas de las parisinas y que, de este lado de los Alpes, sería considerada profundamente inmoral, decía al leer las novelas francesas: «No veo por qué esos pobres enamorados pasan tanto tiempo arreglando lo que debe ser asunto de una mañana». ¿Por qué el narrador, siguiendo el ejemplo de esa buena italiana, no podría evitar mantener tanto tiempo en suspenso a sus lectores y su tema? Habría desde luego algunas escenas de coquetería deliciosas que dibujar, dulces demoras que la señora de Beauséant quería aportar a la dicha de Gaston para caer con gracia, como las vírgenes de la antigüedad; y quizá, también, para gozar las castas voluptuosidades de un primer amor, y hacerle alcanzar su más alta expresión de fuerza y poder. El señor de Nueil aún se hallaba en la edad en que un hombre es víctima de esos caprichos, de esos juegos que tanto engolosinan a las mujeres, y que ellas prolongan, sea para estipular bien sus condiciones, sea para gozar más tiempo de su poder cuya próxima mengua adivinan instintivamente. Pero esos pequeños protocolos de tocador, menos numerosos que los de la conferencia de Londres[13], ocupan un espacio demasiado pequeño en la historia de una pasión verdadera para ser mencionados.

La señora de Beauséant y el señor de Nueil vivieron durante tres años en la quinta situada junto al lago de Ginebra que la vizcondesa había alquilado. Permanecieron allí solos, sin ver a nadie, sin hacer hablar de ellos, paseando en barca, levantándose tarde, felices al fin como todos soñamos serlo. Aquella casita era sencilla, de persianas verdes, rodeada por amplios balcones provistos de toldos, una verdadera casa de amantes, casa de divanes blancos, de alfombras mudas, de cortinajes claros,

donde todo relucía de alegría. Desde cada ventana, el lago aparecía bajo aspectos distintos; a lo lejos, las montañas y sus fantasías nubosas, coloreadas, fugaces; por encima de ellos, un hermoso cielo; luego, enfrente, una larga capa de agua caprichosa, cambiante. Las cosas parecían soñar para ellos, y todo les sonreía.

Graves intereses reclamaron al señor de Nueil a Francia: su padre y su hermano habían muerto; hubo que dejar Ginebra. Los dos amantes compraron aquella casa, habrían querido romper las montañas y vaciar el agua del lago abriendo una válvula, para llevarse todo con ellos. La señora de Beauséant siguió al señor de Nueil. Liquidó su fortuna, compró cerca de Manerville una considerable propiedad que lindaba con las tierras de Gaston, y en la que vivieron juntos. El señor de Nueil dejó amablemente a su madre el usufructo de las tierras de Manerville, a cambio de la libertad en que le dejó de vivir soltero. La tierra de la señora de Beauséant estaba situada cerca de una pequeña ciudad, en uno de los parajes más bellos del valle de Auge. Allí, los dos amantes pusieron entre ellos y el mundo unas barreras que ni las ideas sociales ni las personas podían franquear, y encontraron de nuevo sus días de felicidad de Suiza. Durante nueve años enteros, saborearon una dicha que es inútil describir; el desenlace de aquella aventura hará sin duda que adivinen sus delicias aquellos cuya alma puede comprender, en sus infinitas peculiaridades, la poesía y la oración.

Mientras tanto, el señor marqués de Beauséant (su padre y su hermano mayor habían muerto), marido de la señora de Beauséant, gozaba de perfecta salud. Nada nos ayuda mejor a vivir que la certeza de hacer felices a otro con nuestra muerte. El señor de Beauséant era una de esos hombres irónicos y testarudos que, semejantes a rentistas vitalicios, encuentran un placer añadido, que los demás no tienen, en levantarse con buena salud cada mañana. Hombre por lo demás galante, algo metódico, ceremonioso y calculador, capaz de declarar su amor a una mujer con la misma tranquilidad con que un lacayo dice: «La señora está servida».

Esta breve noticia biográfica sobre el marqués de Beauséant tiene por objeto hacer comprender la imposibilidad en que se encontraba la marquesa de casarse con el señor de Nueil.

Ahora bien, tras esos nueve años de felicidad, el más dulce contrato que una mujer haya podido firmar nunca, el señor de Nueil y la señora de Beauséant se encontraron en una situación tan natural y tan falsa como aquella en la que habían permanecido desde el inicio de esa aventura; crisis fatal, sin embargo, de la que es imposible dar una idea, pero cuyos términos pueden plantearse con una exactitud matemática.

La señora condesa de Nueil, madre de Gaston, nunca había querido ver a la señora de Beauséant. Era una persona rígida y virtuosa, que había hecho con toda legalidad la felicidad del señor de Nueil padre. La señora de Beauséant comprendió que aquella honorable viuda debía ser su enemiga y trataría de arrancar a Gaston de su vida inmoral y antirreligiosa. La marquesa hubiera preferido vender su tierra y volver a Ginebra. Pero eso habría sido desconfiar del señor de Nueil, y era incapaz.

Además, él le había tomado mucho cariño a la tierna de Valleroy, donde había hecho muchos cultivos y muchos movimientos de terrenos. ¿No suponía arrancarlo a una especie de felicidad mecánica que las mujeres siempre desean para sus maridos e incluso para sus amantes? A la región había llegado una señorita de La Rodière, de veintidós años, que poseía cuarenta mil libras de rentas. Gaston encontraba a esta heredera en Manerville cada vez que su deber lo llevaba allí. Estos personajes se hallaban colocados así como las cifras de una proposición aritmética; la carta siguiente, escrita y entregada una mañana a Gaston, explicará ahora el espantoso problema que, desde hacía un mes, la señora de Beauséant trataba de resolver.

«Querido ángel mío, escribirte cuando vivimos corazón con corazón, cuando nada nos separa, cuando nuestras caricias nos sirven con tanta frecuencia de lenguaje, y cuando las palabras son también caricias, ¿no es un contrasentido? Pues no, amor mío. Hay ciertas cosas que una mujer no puede decir en presencia de su amado; solo pensar en ellas le priva de voz, hace que toda su sangre refluya hacia el corazón; se queda sin fuerzas y sin ánimo. Estar así a tu lado me hace sufrir; y a menudo es así como estoy a tu lado. Siento que mi corazón debe ser todo verdad para ti, no disfrazarte ninguno de sus pensamientos, ni siquiera los más fugaces; y aprecio demasiado ese dulce abandono que tan bien me sienta para seguir molesta y cohibida por más tiempo. Por eso voy a confiarte mi angustia: sí, es una angustia. ¿Me escuchas? No hagas ese breve *ta, ta, ta*… con el que me haces callar con una impertinencia que me gusta, porque de ti me agrada todo. Querido esposo del cielo, déjame decirte que has borrado todo recuerdo de los dolores bajo cuyo peso mi vida iba a sucumbir antaño. Solo he conocido el amor gracias a ti. Ha sido preciso el candor de tu bella juventud, la pureza de tu gran alma para satisfacer las exigencias de un corazón de mujer exigente. Amigo mío, muy a menudo he palpitado de alegría pensando que, durante estos nueve años, tan rápidos y tan largos, mis celos nunca han sido despertados. He tenido todas las flores de tu alma, todos tus pensamientos. No ha habido ni la más ligera nube en nuestro cielo, no hemos sabido lo que era un sacrificio, siempre hemos obedecido a las inspiraciones de nuestros corazones. He gozado de una felicidad sin límites para una mujer. ¿Podrán decirte toda mi gratitud las lágrimas que mojan esta página? Habría querido haberla escrito de rodillas. Pues bien, esa felicidad me ha hecho conocer un suplicio más horrible que el del abandono. Querido, el corazón de una mujer tiene repliegues muy profundos: hasta hoy, yo misma he ignorado la extensión del mío, de la misma forma que ignoraba la extensión del amor. Las mayores miserias que puedan abrumarnos son aún ligeras de sobrellevar en comparación con la sola idea de la desgracia de aquel al que amamos. Y si nosotros causamos esa desgracia, ¿no es para morir por ello?… Ese es el pensamiento que me oprime. Pero arrastra tras él otro mucho más pesado: aquel degrada la gloria del amor, este lo mata, lo convierte en una humillación que empaña la vida para siempre. Tú tienes treinta años y yo cuarenta[14]. ¿Cuántos terrores no

inspira esa diferencia de edad a una mujer enamorada? Tú puedes haber sentido, al principio involuntariamente, luego con total seriedad, todos los sacrificios que me has hecho al renunciar a todo en el mundo por mí. Quizá has pensado en tu destino social, en ese matrimonio que debe acrecentar necesariamente tu fortuna, permitirte confesar tu felicidad, tus hijos, transmitir tus bienes, reaparecer en sociedad y ocupar en ella tu puesto con honor. Pero habrás reprimido esos pensamientos, feliz de sacrificarme, sin que yo lo sepa, una heredera, una fortuna y un bello porvenir. En tu generosidad de joven, habrás querido permanecer fiel a los juramentos que solo nos unen a los ojos de Dios. Se te habrán aparecido mis dolores pasados, y yo habré sido protegida por la desgracia de la que me sacaste. ¡Deber tu amor a tu compasión! ¡Esa idea me resulta más horrible aún que el temor de echar a perder tu vida! Los que saben apuñalar a sus amantes son muy caritativos cuando las matan felices, inocentes, y en la gloria de sus ilusiones… Sí, la muerte es preferible a los dos pensamientos que, desde hace algunos días, entristecen en secreto mis horas. Ayer, cuando me preguntaste tan dulcemente: "¿Qué haces?", tu voz me hizo estremecerme. Creí que, según tu costumbre, estabas leyendo en mi alma, y esperaba tus confidencias imaginando haber tenido justos presentimientos al adivinar los cálculos de tu razón. Me acordé entonces de algunas atenciones que te son habituales, pero en las que he creído percibir esa especie de afectación con que los hombres traicionan una lealtad costosa de sobrellevar. En ese momento, pagué muy cara mi felicidad, sentí que la naturaleza nos vende siempre los tesoros del amor. En efecto, ¿acaso no nos ha separado la suerte? Tú te habrás dicho: "Tarde o temprano, debo abandonar a la pobre Claire, ¿por qué no separarme de ella a tiempo?". Esa frase estaba escrita en el fondo de tu mirada. Te dejé para ir a llorar lejos de ti. ¡Ocultarte unas lágrimas! Esas son las primeras que el dolor me ha hecho derramar desde hace diez años, y soy demasiado orgullosa para mostrártelas; pero no te he acusado. Sí, tienes razón, no debo tener el egoísmo de supeditar tu vida brillante y larga a la mía, pronto agotada… Pero ¿si me equivocase?… Si hubiera tomado una de tus melancolías de amor por un pensamiento interesado?… ¡Ay!, ángel mío, no me dejes en la incertidumbre, castiga a tu celosa mujer; pero devuélvele la conciencia de su amor y del tuyo: toda la mujer está en ese sentimiento, que santifica todo. Desde la llegada de tu madre, y desde que viste en su casa a la señorita de La Rodière, soy presa de dudas que nos deshonran. Hazme sufrir, pero no me engañes: quiero saber todo, ¡tanto lo que tu madre te dice como lo que piensas! Si has vacilado entre algo y yo, te devuelto tu libertad… Te ocultaré mi destino, sabré no llorar delante de ti; solo una cosa, no quiero volver a verte más… ¡Oh!, no puedo seguir, mi corazón se rompe……

»Me he quedado melancólica y aturdida durante unos instantes. Amigo mío, no utilizaré la dignidad contra ti, ¡eres tan bueno, tan franco! No podrías ni herirme ni engañarme; pero me dirás la verdad, por cruel que pueda ser. ¿Quieres que te anime a confesarla? Pues bien, corazón mío, me consolaré con una idea de mujer. No habría

poseído de ti el ser joven y púdico, todo gracia, todo belleza, todo delicadeza, un Gaston al que ninguna mujer puede ya conocer y de quien yo he gozado deliciosamente… No, no volverás a amar como me has amado, como me amas; no, no podré tener rival. Mis recuerdos no serán amargos cuando piense en nuestro amor, que llena todo mi pensamiento. Desde ahora, ¿no está fuera de tu alcance seducir a una mujer con los arrumacos infantiles, con las juveniles atenciones de un corazón joven, con esas coqueterías del alma, esas gracias del cuerpo y esas rápidas armonías de voluptuosidad, en una palabra, con el adorable cortejo que sigue al amor adolescente? ¡Ah, eres hombre! Ahora obedecerás a tu destino calculándolo todo. Tendrás preocupaciones, inquietudes, ambiciones, unas preocupaciones que *la* privarán de esa sonrisa constante e inalterable con la que tus labios siempre estaban embellecidos para mí. Tu voz, para mí siempre tan dulce, estará a veces apenada. Tus ojos, sin cesar iluminados por un brillo celestial al verme, se empañarán a menudo para *ella.* Además, como es imposible amarte como yo te amo, esa mujer nunca te gustará tanto como te he gustado yo. No tendrá ese cuidado perpetuo que he tenido de mí misma y ese estudio continuo de tu felicidad, cuya inteligencia nunca me ha faltado. Sí, el hombre, el corazón, el alma que yo habré conocido no volverán a existir; los sepultaré en mi recuerdo para seguir disfrutando, y vivir feliz por esa bella vida pasada, pero desconocida para todo lo que no es nosotros.

»Mi querido tesoro, si, pese a todo, no has concebido la más ligera idea de libertad, si mi amor no te pesa, si mis temores son quiméricos, si sigo siendo para ti tu EVA, la única mujer que existe en el mundo, una vez leída esta carta, ¡ven, corre a mi lado! Ah, en un instante te amaré más de lo que te he amado, creo, durante estos nueve años. Después de haber sufrido el inútil suplicio de estas sospechas de las que me acuso, cada día añadido a nuestro amor, sí, un solo día, será toda una vida de felicidad. Por eso, ¡habla!, sé sincero: no me engañes, sería un crimen. Dime, ¿quieres tu libertad? ¿Has meditado sobre tu vida de hombre? ¿Tienes algún pesar? ¡Yo, causarte una pena! Me moriría. Te lo he dicho: te amo bastante para preferir tu felicidad a la mía, tu vida a la mía. Abandona, si puedes, el fecundo recuerdo de nuestros nueve años de felicidad para no verte influido en tu decisión, ¡pero habla! Estoy sometida a ti, como a Dios, el único consolador que me queda si tú me abandonas».

Cuando la señora de Beauséant supo que la carta estaba en manos del señor de Nueil, cayó en un abatimiento tan profundo y en una meditación tan embotadora, por la excesiva abundancia de sus pensamientos, que se quedó como adormecida. Cierto, sufrió esos dolores cuya intensidad no siempre ha sido proporcionada a las fuerzas de la mujer, y que solo las mujeres conocen. Mientras la desventurada marquesa esperaba su suerte, el señor de Nueil se había quedado, al leer su carta, muy *perplejo,* según la expresión empleada por los jóvenes en este tipo de crisis. En aquel momento, casi había cedido a las instigaciones de su madre y a los atractivos de la

señorita de La Rodière, joven bastante insignificante, tiesa como un álamo, blanca y rosada, muda a medias, según el programa prescrito a todas las jóvenes casaderas; pero sus cuarenta mil libras de renta en fondos rústicos hablaban suficientemente por ella. La señora de Nueil, ayudada por su sincero afecto de madre, trataba de reclutar a su hijo para la Virtud. Le hacía observar lo halagüeño que para él era el hecho de ser preferido por la señorita de La Rodière cuando se le habían propuesto tantos ricos partidos: había llegado el momento de pensar en su futuro, no volvería a encontrar una ocasión tan buena; un día dispondría de ochenta mil libras de renta en bienes raíces; la fortuna consolaba de todo; si la señora de Beauséant le amaba por él mismo, debía ser la primera en animarlo a casarse. En una palabra, aquella buena madre no olvidaba ninguno de los medios de acción por los que una mujer puede influir sobre la razón de un hombre. Y había conseguido que su hijo dudase. La carta de la señora de Beauséant llegó en un momento en que el amor de Gaston luchaba contra todas las seducciones de una vida convenientemente ordenada y conforme con las ideas de la sociedad; pero aquella carta decidió el combate. Resolvió abandonar a la marquesa y casarse. «¡Hay que ser hombre en la vida!», se dijo. Luego adivinó los dolores que tal resolución causaría en su amada. Su vanidad de hombre, tanto como su conciencia de amante, se los agrandaba más, y se vio dominado por una piedad sincera. Sintió de pronto aquella inmensa desgracia, y creyó necesario, caritativo, amortiguar aquella herida mortal. Confió en que conseguiría llevar a la señora de Beauséant a un estado de calma, y en lograr que ella misma le ordenase aquel cruel matrimonio, acostumbrándola gradualmente a la idea de una separación necesaria, dejando siempre entre ellos a la señorita de La Rodière como un fantasma, y sacrificándola al principio para más tarde hacérsela imponer. Para triunfar en esa compasiva empresa, llegaba incluso a contar con la nobleza y el orgullo de la marquesa, y con las bellas cualidades de su alma. Entonces le respondió a fin de adormecer sus sospechas. ¡Responder! Para una mujer que unía a la intuición del amor verdadero las percepciones más delicadas del espíritu femenino, la carta era una sentencia. Por eso, cuando Jacques entró y avanzó hacia la señora de Beauséant para entregarle un papel doblado triangularmente, la pobre mujer se estremeció como una golondrina apresada. Un frío desconocido cayó desde su cabeza a sus pies, envolviéndola en un sudario de hielo. Si no corría a sus rodillas, si no venía llorando, pálido, enamorado, todo estaba dicho. Sin embargo, ¡hay tantas esperanzas en el corazón de las mujeres que aman! Se necesitan muchas puñaladas para matarlas, aman y sangran hasta la última.

—¿Necesita alguna cosa la señora? –preguntó Jacques con voz suave al retirarse.

—No –dijo ella.

«¡Pobre hombre! –pensó, enjugando una lágrima–, adivina lo que me pasa, ¡él, un criado!».

Leyó: *Amada mía, te creas quimeras*… Al ver estas palabras, un espeso velo cubrió los ojos de la marquesa. La voz secreta de su corazón le gritaba: «Miente».

Luego, al abarcar su vista toda la primera página con esa especie de avidez lúcida que comunica la pasión, al pie había leído estas palabras: *Nada está decidido…* Al volver la página con una vehemencia convulsiva, vio con toda claridad el espíritu que había dictado las rebuscadas frases de aquella carta en la que ya no encontró los estímulos impetuosos del amor; la estrujó, la rasgó, la mordió, la tiró al fuego y exclamó:

—¡Oh, qué infame! Me ha poseído cuando ya no me amaba…

Luego, medio muerta, fue a dejarse caer en su diván.

El señor de Nueil salió después de haber escrito su carta. Cuando volvió, encontró a Jacques en el umbral de la puerta, y Jacques le entregó una carta diciéndole:

—La señora marquesa ya no está en el castillo.

Sorprendido, el señor de Nueil rasgó el sobre y leyó: «Señora, si dejara de amarla aceptando las oportunidades que me ofrece de ser un hombre corriente, tendría bien merecida mi suerte, confiéselo. No, no la obedeceré, y le juro una fidelidad que solo se desligará con la muerte. ¡Oh!, tome mi vida, a menos que tema poner un remordimiento en la suya…». Era el billete que había escrito a la marquesa en el momento en que ella partía para Ginebra. Debajo, Claire de Bourgogne había añadido: *Señor, es usted libre*.

El señor de Nueil volvió a casa de su madre, en Manerville. Veinte días después se casó con la señorita Stéphanie de La Rodière.

Si esta historia de una verdad vulgar terminase aquí, sería casi una mixtificación. Casi todos los hombres tienen una más interesante que contarse, ¿no es cierto? Pero la celebridad del desenlace, por desgracia verdadero, todo lo que podrá despertar recuerdos en el corazón de los que han conocido las celestiales delicias de una pasión infinita, y ellos mismos la destrozaron o la perdieron por alguna cruel fatalidad, quizá ponga este relato al abrigo de las críticas. La señora marquesa de Beauséant no había abandonado su castillo de Valleroy durante su separación del señor de Nueil. Por una multitud de razones que hay que dejar sepultadas en el corazón de las mujeres, y de las que, por otra parte, cada una de ellas adivinará las que le sean propias, Claire continuó habitando en él tras la boda del señor de Nueil. Vivió en un retiro tan profundo que ni sus criados, salvo su doncella y Jacques, la vieron. Exigía un silencio absoluto en su casa, y solo salía de sus aposentos para ir a la capilla de Valleroy, donde un sacerdote de los alrededores iba a decirle misa todas las mañanas. Pocos días después de su boda, el conde de Nueil cayó en una especie de apatía conyugal que lo mismo podía hacer pensar en la felicidad como en la desgracia. Su madre decía a todo el mundo: «Mi hijo es completamente feliz». La señora Gaston de Nueil, como muchas mujeres jóvenes, era algo aburrida, dulce, paciente; al mes de la boda quedó embarazada. Todo ello armonizaba con las ideas recibidas. El señor de Nueil era muy atento con ella; solo que, dos meses después de haber abandonado a la marquesa, estuvo extremadamente absorto y pensativo. «Pero siempre había sido serio», decía su madre.

Al cabo de siete meses de esa tibia felicidad, ocurrieron algunos acontecimientos

triviales en apariencia, pero que entrañan unas evoluciones de pensamientos demasiado amplias y revelan turbaciones de alma demasiado grandes para no ser referidas sencillamente y abandonadas al capricho de las interpretaciones de cada cual. Un día, en el que el señor de Nueil había estado cazando en las tierras de Manerville y de Valleroy, regresó por el parque de la señora de Beauséant, preguntó por Jacques, le esperó; y cuando el ayuda de cámara hubo llegado, le preguntó:

—¿Le sigue gustando la caza a la marquesa?

Tras la respuesta afirmativa de Jacques, Gaston le ofreció una suma bastante elevada, acompañada de explicaciones muy artificiosas, con objeto de conseguir el ligero favor de reservar para la marquesa el producto de su caza. A Jacques no le pareció demasiado importante que su ama comiese una perdiz matada por su guarda o por el señor de Nueil, pues este deseaba que la marquesa ignorase la procedencia de la pieza.

—La he cazado en sus tierras –dijo el conde.

Jacques se prestó durante varios dias a ese inocente engaño. El señor de Nueil salía de buena mañana a cazar, y solo regresaba a la hora de la cena sin haber matado nunca nada. Así transcurrió toda una semana. Gaston se creció bastante para escribir una larga carta a la marquesa y hacérsela llegar. Esa carta le fue devuelta sin abrir. Era casi de noche cuando el ayuda de cámara de la marquesa se la trajo. De repente, el conde se precipitó fuera del salón donde parecía escuchar un *Capricho* de Hérold[15] destrozado al piano por su mujer, y corrió a casa de la marquesa con la rapidez de un hombre que vuela a una cita. Saltó al parque por una brecha que conocía, caminó lentamente por las alamedas deteniéndose de vez en cuando como para tratar de reprimir las sonoras palpitaciones de su corazón; luego, cuando llegó junto al castillo, escuchó los ruidos apagados que de él salían y supuso que toda la servidumbre estaba a la mesa. Llegó hasta el aposento de la señora de Beauséant. La marquesa no salía nunca de su dormitorio, el señor de Nueil pudo alcanzar la puerta sin haber hecho el menor ruido. Allí, a la luz de dos velas vio a la marquesa, delgada y pálida, sentada en un gran sillón, con la frente inclinada, las manos colgantes, los ojos fijos en un objeto que parecía no ver. Era el dolor en su expresión más completa. En aquella actitud había una vaga esperanza, pero no se sabía si Claire de Bourgogne miraba hacia la tumba o al pasado. Quizá las lágrimas del señor de Nueil brillaron en las tinieblas, quizá su respiración produjo un ligero ruido, quizá se le escapó un estremecimiento involuntario, o quizá su presencia era imposible sin el fenómeno de intususcepción cuyo hábito es a la vez la gloria, la felicidad y la prueba del verdadero amor. La señora de Beauséant volvió lentamente su cara hacia la puerta y vio a su antiguo amante. El conde dio entonces algunos pasos.

—Si sigue avanzando, señor –exclamó la marquesa palideciendo–, me tiro por esa ventana.

Saltó sobre la falleba, la abrió y puso un pie en el saliente exterior de la ventana, con la mano en el balcón y la cabeza vuelta hacia Gaston.

—¡Salga! ¡Salga! –gritó–, o me arrojo.

Ante este grito terrible, el señor de Nueil, al oír a los criados sobresaltados, escapó como un malhechor.

De vuelta en su casa, el conde escribió una carta muy breve, y encargó a su ayuda de cámara que la llevase a la señora de Beauséant, encomendándole que hiciera saber a la marquesa que para él era una cuestión de vida o muerte. Una vez que hubo partido el mensajero, el señor de Nueil volvió a entrar en el salón donde encontró a su mujer, que seguía repentizando el *Capricho.* Se sentó, en espera de la respuesta. Una hora más tarde, acabado el *Capricho,* los dos esposos estaban frente a frente, en silencio, cada uno a un lado de la chimenea, cuando el ayuda de cámara volvió de Valleroy y entregó a su amo la carta, que no había sido abierta. El señor de Nueil pasó a un gabinete contiguo al salón donde había dejado su escopeta al volver de la caza, y se mató.

Este rápido y fatal desenlace, tan contrario a todas las costumbres de la joven Francia, es natural.

Las personas que han observado bien, o experimentado deliciosamente los fenómenos a que da lugar la unión perfecta de dos seres, comprenderán fácilmente ese suicidio. Una mujer no se forma, no se pliega en un día a los caprichos de la pasión. La voluptuosidad, como una flor rara, exige los cuidados del cultivo más ingenioso; solo el tiempo y la armonía de las almas pueden revelar todos sus recursos, hacer brotar esos placeres tiernos, delicados, para los cuales nos hallamos imbuidos impregnados de mil supersticiones, y que creemos inherentes a la persona cuyo corazón nos los prodiga. Esa admirable armonía, esa creencia religiosa y la fecunda certeza de sentir una felicidad especial o excesiva al lado de la persona amada, son en parte el secreto de las uniones duraderas y de las largas pasiones. Al lado de una mujer que posee el genio de su condición femenina, el amor nunca es una costumbre: su adorable ternura sabe revestir formas tan variadas, es tan espiritual y tan cariñosa a un tiempo, pone tanto artificio en su naturaleza, o naturalidad en sus artificios, que se vuelve tan poderosa por el recuerdo como lo es por su presencia. Hay que haber tenido el temor a perder un amor tan vasto, tan brillante, o haberlo perdido, para conocer todo su valor. Pero si, después de haberlo conocido, un hombre se ha privado de él para caer en un matrimonio frío; si la mujer con la que ha esperado encontrar las mismas felicidades le demuestra, con alguno de esos hechos sepultados en las tinieblas de la vida conyugal, que ya no volverán a nacer para él; si todavía tiene en los labios el sabor de un amor celestial, y ha herido mortalmente a su verdadera esposa en provecho de una quimera social, entonces ha de morir o tener esa filosofía material, egoista, fría, que horroriza a las almas apasionadas.

En cuanto a la señora de Beauséant, no creyó sin duda que la desesperación de su amigo llegase hasta el suicidio, después de haberle abrevado abundantemente de amor durante nueve años. Quizá pensaba que solo ella debía sufrir. Por otra parte, tenía todo el derecho a rechazar el destino más envilecedor que existe, y que una

esposa puede soportar por altas razones sociales, pero que una amante debe odiar, porque en la pureza de su amor reside toda su justificación.

LA MISA DEL ATEO

Esto está dedicado a Auguste Borget[1].
De su amigo
DE BALZAC.

Un médico a quien la ciencia debe una bella teoría fisiológica y que, joven todavía, se situó entre las celebridades de la Escuela de París, centro de luces al que todos los médicos de Europa rinden homenaje, el doctor Bianchon, practicó durante mucho tiempo la cirugía antes de dedicarse a la medicina[2]. Sus primeros estudios fueron dirigidos por uno de los mejores cirujanos franceses, el ilustre Desplein[3], que pasó como un meteoro por la ciencia. Según confesión de sus enemigos, se llevó a la tumba un método imposible de transmitir. Como todas las personas de genio, no dejaba herederos: llevaba todo encima y se lo llevó con él. La gloria de los cirujanos se parece a la de los actores, que solo existen mientras viven y cuyo talento ya no se puede apreciar cuando han desaparecido. Los actores y los cirujanos, como también los grandes cantantes, como los virtuosos que con su ejecución multiplican el poder de la música, son todos los héroes del momento. Desplein ofrece la prueba de esa similitud entre el destino de estos genios transitorios. Su nombre, tan célebre ayer, hoy casi olvidado, se quedará dentro de su especialidad sin franquear sus límites. Pero ¿no se precisan circunstancias inauditas para que el nombre de un sabio pase del dominio de la Ciencia a la historia general de la Humanidad? ¿Tenía Desplein esa universalidad de conocimientos que hace de un hombre el *verbo* o la *figura* de un siglo? Desplein poseía un divino golpe de vista: comprendía al enfermo y su enfermedad gracias a una intuición adquirida o natural que le permitía abarcar los diagnósticos específicos del individuo, determinar el momento preciso, la hora, el minuto en que había que operar, teniendo en cuenta las circunstancias atmosféricas y las particularidades del temperamento. Para caminar así de acuerdo con la Naturaleza, ¿había estudiado acaso la incesante unión de los seres y las sustancias elementales contenidas en la atmósfera o que la tierra proporciona al hombre que las absorbe y las prepara para sacar de ellas una expresión particular? ¿Procedía mediante ese poder de deducción y de analogía a la que se debe el genio de Cuvier[4]? Sea como fuere, este hombre se había convertido en el confidente de la Carne, la captaba tanto en el pasado como en el futuro, apoyándose en el presente. Pero ¿ha resumido toda la ciencia en su persona como hicieron Hipócrates, Galeno, Aristóteles? ¿Ha guiado a toda una escuela hacia mundos nuevos? No. Si es imposible negar a este perpetuo observador de la química humana la antigua ciencia del Magismo[5], es decir el conocimiento de los principios en fusión, las causas de la vida, la vida antes de la vida, lo que será a partir de sus preparaciones antes de ser; desgraciadamente todo en él fue personal: aislado en su vida por el egoísmo, el egoísmo suicida hoy su gloria.

No corona su tumba la estatua sonora que cuenta al porvenir los misterios que el Genio busca a sus expensas. Pero quizá el talento de Desplein era solidario de sus creencias, y en consecuencia mortal. Para él, la atmósfera terrestre era un saco generador: veía la tierra como un huevo dentro de su cáscara, y como no podía saber quién había empezado, si el huevo o la gallina, no admitía ni el gallo ni el huevo. No creía ni en el animal anterior, ni en el espíritu posterior al hombre. Desplein no tenía dudas, afirmaba. Su ateísmo puro y franco se parecía al de muchos sabios, la mejor gente del mundo, pero invenciblemente ateos, ateos como la gente religiosa no admite que pueda haber ateos. Esa opinión no debía ser distinta en un hombre acostumbrado desde su juventud a disecar el ser por excelencia antes, durante y después de la vida, a hurgarle en todos sus aparatos sin encontrar esa alma única, tan necesaria a las teorías religiosas. Al reconocer un centro cerebral, un centro nervioso y un centro aero-sanguíneo, los dos primeros de los cuales se suplen tan bien el uno al otro que, en los últimos días de su vida, Desplein tuvo la convicción de que el sentido del oído no era absolutamente necesario para oír, ni el sentido de la vista absolutamente necesario para ver, y que el plexo solar los sustituía sin que pudiera dudarse de ello; al encontrar dos almas en el hombre, corroboró su ateísmo por este hecho, aunque aún no prejuzga nada sobre Dios. Este hombre murió, dicen, en la impenitencia final en que desgraciadamente mueren muchos ilustres genios, a quienes Dios ojalá perdone.

La vida de este hombre tan grande ofrecía muchas pequeñeces, para emplear la expresión que utilizaban sus enemigos, deseosos de disminuir su gloria, pero que sería más apropiado llamar contrasentidos aparentes. Al no tener nunca conocimiento de las determinaciones por las que actúan los espíritus superiores, los envidiosos o los necios se arman enseguida de algunas contradicciones superficiales para levantar un acta de acusación sobre la que les hacen juzgar momentáneamente. Si, más tarde, el éxito corona las combinaciones atacadas, demostrando la correlación de los preparativos y de los resultados, siempre pervive un poco de las calumnias previas. Así, en nuestros días, Napoleón fue condenado por sus contemporáneos cuando desplegaba las alas de su águila sobre Inglaterra: fue preciso 1822 para explicar 1804 y las barcazas de Boulogne[6].

Como en Desplein la gloria y la ciencia eran inatacables, sus enemigos arremetían contra su humor extraño, contra su carácter, cuando lo cierto es que simple y llanamente poseía esa cualidad que los ingleses denominan *excentricity.* Unas veces iba magníficamente vestido como Crébillon el trágico[7], otras afectaba una singular indiferencia en materia indumentaria; se le veía unas veces en coche, otras a pie. Alternativamente brusco y bondadoso, en apariencia huraño y avaro, pero capaz de ofrecer su fortuna a sus amos exiliados[8] que le hicieron el honor de aceptarla durante algunos días, ningún hombre ha inspirado juicios más contradictorios. Aunque capaz, para obtener un cordón negro[9] que los médicos no deberían pretender, de dejar caer en la corte un libro de horas de su bolsillo, debéis creer que

se burlaba en su fuero interno de todo; sentía un profundo desprecio por los hombres, después de haberlos observado de arriba abajo, después de haberlos sorprendido en su verdadera expresión en medio de los actos más solemnes y más mezquinos de la existencia. En un gran hombre, las cualidades son con frecuencia solidarias. Si, entre estos colosos, uno de ellos tiene más talento que ingenio, su ingenio es más amplio aún que el de aquel de quien simplemente se dice: tiene ingenio. Todo genio supone una visión moral. Esa visión puede aplicarse a alguna especialidad; pero quien ve la flor debe ver el sol. El que oyó a un diplomático, al que había salvado, preguntando: «¿Cómo está el Emperador?», y que respondió: «¡El cortesano vuelve, el hombre vendrá después!», este no es solo cirujano o médico, es también prodigiosamente ingenioso. Así, el observador paciente y asiduo de la humanidad legitimará las pretensiones exorbitantes de Desplein y le creerá, como él mismo se creía, idóneo para ser un ministro tan grande como era el cirujano.

Entre los enigmas que presenta a los ojos de varios contemporáneos la vida de Desplein, hemos elegido uno de los más interesantes. porque la explicación se encontrará en la conclusión del relato, y lo vengará de algunas acusaciones estúpidas.

De todos los alumnos que Desplein tuvo en su hospital, Horace Bianchon fue uno de aquellos a los que estuvo más unido. Antes de ser interno en el Hôtel-Dieu[10], Horace Bianchon era un estudiante de medicina que se alojaba en una miserable pensión del Barrio Latino, conocida con el nombre de Casa Vauquer. Aquel pobre joven sentía allí los ataques de esa ardiente miseria, especie de crisol del que los grandes talentos deben salir puros e incorruptibles como diamantes que pueden ser sometidos a cualquier golpe sin romperse. Con el fuego violento de sus pasiones desenfrenadas adquieren la probidad más inalterable, y contraen el hábito de las luchas que aguardan al genio por medio del trabajo constante en el que han encerrado sus apetitos burlados. Horace era un joven recto, incapaz de irse por las ramas en las cuestiones de honor, dirigiéndose sin rodeos a los hechos, dispuesto a empeñar su abrigo por los amigos lo mismo que a ofrecerles su tiempo y sus vigilias. Horace era, en fin, uno de esos amigos que no se preocupan de lo que reciben a cambio de lo que dan, seguros de recibir a su vez más de lo que dan. La mayoría de sus amigos tenían hacia él ese respeto interior que inspira una virtud sin énfasis, y varios temían su crítica. Pero esas cualidades, Horace las desplegaba sin pedantería. Ni puritano ni sermoneador, soltaba con naturalidad un juramento al dar un consejo, y con sumo gusto se daba una comilona cuando la ocasión se presentaba. Buen compañero no más mojigato de lo que pueda serlo un coracero, llano y franco, no como un marino, pues el marino de hoy es un astuto diplomático, sino como un bravo joven que no tiene nada que ocultar en su vida, iba con la cabeza alta y el pensamiento risueño. En resumen, para decirlo en una palabra, Horace era el Pílades de más de un Orestes[11], ya que hoy día se considera a los acreedores como la encarnación más real de las

Antiguas Furias. Llevaba su miseria con esa alegría que tal vez sea uno de los mayores elementos del valor, y como todos los que no tienen nada contraía pocas deudas. Sobrio como un camello, despierto como un ciervo, era firme en sus ideas y en su conducta. La vida feliz de Bianchon comenzó el día en que el ilustre cirujano adquirió la prueba de las cualidades y defectos que, tanto unas como otros, hacen doblemente inestimable para sus amigos al doctor Horace Bianchon. Cuando un jefe de clínica acoge en su seno a un joven, este joven tiene, como se ha dicho, el pie en el estribo. Desplein no dejaba de llevar a Bianchon, para que lo ayudase, a casas opulentas en las que casi siempre caía alguna gratificación en la escarcela del interno, y donde al provinciano se le revelaban insensiblemente los misterios de la vida parisina; lo tenía en su gabinete cuando pasaba consulta, y allí lo empleaba; a veces, hacía que acompañara a un enfermo rico a las aguas; en resumen, iba preparándole una clientela. De esto resulta que, al cabo de cierto tiempo, el tirano de la cirugía tuvo un seide[12]. Estos dos hombres, uno en la cima de los honores y de su ciencia, gozando de una inmensa fortuna y de una inmensa gloria; el otro, modesto Omega, sin gloria ni fortuna, se hicieron amigos íntimos. El gran Desplein le contaba todo a su interno; el interno sabía si tal mujer se había sentado en una silla al lado del maestro, o en el famoso diván que se encontraba en el gabinete y en el que Desplein dormía: Bianchon conocía los secretos de aquel temperamento de león y de toro, que acabó por ensanchar, ampliar desmesuradamente el busto del gran hombre, y ocasionó su muerte por el desarrollo excesivo del corazón[13]. Estudió las excentricidades de aquella vida tan ocupada, los proyectos de aquella avaricia tan sórdida, las esperanzas del político oculto en el sabio; pudo prever las decepciones que esperaban al único sentimiento sepultado en aquel corazón menos de bronce que bronceado.

Un día, Bianchon le dijo a Desplein que un pobre aguador del barrio Saint-Jacques tenía una horrible enfermedad causada por las fatigas y la miseria; aquel pobre auvernés no había comido más que patatas durante el largo invierno de 1821. Desplein dejó a todos sus enfermos. A riesgo de reventar a su caballo, voló, seguido de Bianchon, a casa del pobre hombre, y él mismo lo hizo transportar a la casa de salud establecida por el célebre Dubois[14] en el *faubourg* Saint-Denis. Fue a cuidar a aquel hombre, al que dio, después de que lo hubo restablecido, la suma necesaria para comprar un caballo y un carretón. Este auvernés se distinguió por un detalle de originalidad. Un de sus amigos cae enfermo, lo lleva enseguida a Desplein, diciéndole a su bienhechor: «No hubiera consentido que fuese a otro». Huraño como era, Desplein estrechó la mano del aguador y le dijo: «Tráemelos todos a mí». E hizo entrar al hijo del Cantal[15] en el Hôtel-Dieu, donde se preocupó mucho por él. Bianchon ya había observado varias veces en su jefe una predilección por los auverneses y, sobre todo, por los aguadores; pero como Desplein ponía una especie de orgullo en sus tratamientos del Hôtel-Dieu, el alumno no veía en ello nada demasiado extraño.

Un día, al cruzar la plaza de Saint-Sulpice, Bianchon vio a su maestro entrando en la iglesia hacia las nueve de la mañana. Desplein, que en aquella época nunca daba un paso sin su cabriolé, iba a pie, y se colaba por la puerta de la calle del Petit-Lion[16] como si hubiera entrado en una casa sospechosa. Llevado naturalmente por la curiosidad, el interno, que conocía las opiniones de su maestro, y que era *cabanista*[17] como dyablo con y griega (cosa que en Rabelais parece ser una superioridad en diablería), Bianchon se deslizó dentro de Saint-Sulpice y no quedó poco asombrado al ver al gran Desplein, aquel ateo sin piedad por los ángeles que no ofrecen materia a los bisturíes y no pueden tener ni fístulas ni gastritis, en fin, aquel intrépido *burlón*, humildemente arrodillado, ¿y dónde?… en la capilla de la Virgen ante la cual oyó una misa, dio para los gastos del culto y dio para los pobres, permaneciendo serio como si se hubiera tratado de una operación.

—No iba, desde luego, para dilucidar alguna cuestión relativa al parto de la Virgen –decía Bianchon, cuyo asombro no tuvo límites–. Si el día del Corpus le hubiera visto llevando uno de los cordones del palio solo habría sido motivo de risa; pero a aquella hora, solo, sin testigos, desde luego da que pensar.

Bianchon no quiso dar la impresión de que espiaba al primer cirujano del Hôtel-Dieu, y se fue. Por casualidad, ese mismo día Desplein le invitó a comer con él, fuera de su casa, en un restaurante. Entre la pera y el queso, Bianchon llegó, mediante hábiles preámbulos, a hablar de la misa, calificándola de bufonada y de farsa.

—¡Una farsa –dijo Desplein– que ha costado más sangre a la cristiandad que todas las batallas de Napoleón y que todas las sanguijuelas de Broussais[18]! La misa es un invento papal que no se remonta más allá del siglo sexto, y que han basado en el *Hoc est corpus*[19]. ¡Cuántos torrentes de sangre no ha sido necesario derramar para establecer el Corpus, institución con la que la corte de Roma quiso constatar su victoria en el asunto de la Presencia Real, cisma que durante tres siglos sacudió a la Iglesia! Las guerras del conde de Tolosa y los albigenses son la cola de ese asunto. Los valdenses y los albigenses se negaban a reconocer esa innovación.

Finalmente Desplein se deleitó entregándose a toda su locuacidad de ateo, y aquello fue un flujo de burlas volterianas, o, para ser más exacto, a una detestable imitación del *Citateur*[20].

«¡Vaya! –se dijo Bianchon–, ¿dónde está mi devoto de esta mañana?».

Guardó silencio, puso en duda, incluso, que hubiera visto a su jefe en Saint-Sulpice. Desplein no se hubiera tomado la molestia de mentir a Bianchon: ambos se conocían demasiado bien, ya habían intercambiado ideas sobre puntos de vista tan graves, discutido sobre los sistemas *de natura rerum*[21] sondeándolos o haciendo su disección con los cuchillos y el escalpelo de la Incredulidad. Transcurrieron tres meses. Bianchon no volvió a ocuparse de aquel hecho, aunque quedase grabado en su memoria. Ese mismo año, un día, uno de los médicos del Hôtel-Dieu cogió a Desplein del brazo delante de Bianchon, como para interrogarle.

—¿Qué ha ido a hacer a Saint-Sulpice, mi querido maestro? –le dijo.

—A ver a un cura que tiene una caries en la rodilla, y a quien la señora duquesa de Angulema[22] me ha hecho el honor de recomendarme –dijo Desplein.

El médico se dio por satisfecho con aquella escapatoria, pero no Bianchon.

«¡Ah! ¡Va a ver rodillas enfermas a la iglesia! Iba a oír misa» –se dijo el interno.

Bianchon se propuso vigilar a Desplein; recordó el día y la hora en que le había sorprendido entrando en Saint-Sulpice, y se prometió acudir allí al año siguiente el mismo día y a la misma hora, para saber si volvía a sorprenderle. En tal caso, la periodicidad de su devoción autorizaría una investigación científica, pues no debía encontrarse en semejante hombre una contradicción directa entre el pensamiento y la acción. Al año siguiente, en el día y la hora dichos, Bianchon, que ya no era interno de Desplein, vio el cabriolé del cirujano parándose en la esquina de la calle de Tournon y la del Petit-Lion, desde donde su amigo siguió jesuíticamente a lo largo de los muros de Saint-Sulpice, para terminar volviendo a oír misa en el altar de la Virgen. ¡Era realmente Desplein! El cirujano jefe, el ateo *in petto*, el devoto por azar. La intriga se embrollaba. La persistencia de aquel ilustre sabio lo complicaba todo. Cuando Desplein hubo salido, Bianchon se acercó al sacristán que fue a arreglar la capilla, y le preguntó si aquel señor era un feligrés asiduo.

—Hace veinte años que estoy aquí –dijo el sacristán–, y durante todo este tiempo el señor Desplein viene cuatro veces al año para oír esa misa; él la fundó.

«¡Una fundación creada por él! –se dijo Bianchon alejándose–. Es tanto como el misterio de la Inmaculada Concepción, algo que, por sí solo, debe volver incrédulo a un médico».

Pasó algún tiempo sin que el doctor Bianchon, aunque amigo de Desplein, estuviera en situación de hablarle de esa particularidad de su vida. Si se encontraban en consulta o en sociedad, era difícil hallar ese momento de confianza y soledad en que uno está con los pies en los morillos, la cabeza apoyada en el respaldo de un sillón, y durante el que dos hombres se dicen sus secretos. En resumen, siete años después, cuando tras la revolución de 1830 el pueblo se abalanzaba sobre el Arzobispado[23], cuando las inspiraciones republicanas lo empujaban a destruir las cruces doradas que asomaban, como relámpagos, en la inmensidad de aquel océano de casas; cuando la Incredulidad, codo a codo con la Revuelta, se arrellanaba en las calles, Bianchon sorprendió a Desplein entrando de nuevo en Saint-Sulpice. El doctor le siguió y se colocó a su lado sin que su amigo le hiciese la menor señal o manifestase la menor sorpresa. Los dos oyeron la misa de fundación.

—¿Me dirá usted, amigo mío –le dijo Bianchon a Desplein cuando salieron de la iglesia–, la razón de su beatería? Ya le he sorprendido tres veces yendo a misa, ¡a usted! A ver si me aclara este misterio y me explica este flagrante desacuerdo entre sus opiniones y su conducta. ¡Usted no cree en Dios y va a misa! Mi querido maestro, está obligado a responderme.

—Me parezco a muchos devotos, a hombres profundamente religiosos en apariencia, pero tan ateos como podemos serlo usted y yo.

Y hubo un torrente de epigramas sobre algunos personajes políticos, el más conocido de los cuales nos ofrece en este siglo una nueva edición del Tartufo de Molière[24].

—No le pregunto nada de todo eso –dijo Bianchon–, quiero saber la razón de lo que viene a hacer aquí, y por qué fundó usted esa misa.

—A fe, querido amigo –dijo Desplein–, estoy con un pie en la tumba, y bien puedo hablarle de los comienzos de mi vida.

En ese momento Bianchon y el gran hombre se encontraban en la calle de los Quatre-Vents, una de las calles más horribles de París. Desplein señaló el sexto piso de una de esas casas que se parecen a un obelisco, cuya puerta accesoria da a un pasadizo al final de cual hay una tortuosa escalera iluminada por ventanillos llamados precisamente *jours de souffrance*[25]. Era una casa verdusca en cuya planta baja vivía un vendedor de muebles, y que parecía alojar en cada uno de sus pisos una miseria diferente. Alzando el brazo con un movimiento lleno de energía, Desplein le dijo a Bianchon:

—¡Yo viví allí diez años!

—Lo sé, también d'Arthez[26] vivió allí, yo vine casi todos los días durante mi primera juventud, entonces lo llamamos *el tarro de los grandes hombres.* ¿Y después?

—La misa que acabo de oír está ligada a sucesos que ocurrieron cuando yo habitaba la buhardilla en que usted me dice que vivió d'Arthez, aquella en cuya ventana flota una cuerda cargada de ropa blanca encima de una maceta de flores. Mis comienzos fueron tan difíciles, mi querido Bianchon, que puedo disputar a quien sea la palma de los sufrimientos parisienses. He soportado todo: hambre, sed, falta de dinero, falta de trajes, de zapatos y de ropa blanca. En ese *tarro de los grandes hombres*, que me gustaría volver a ver con usted, he soplado en mis dedos ateridos del frío. Trabajé durante un invierno viendo humear mi cabeza, y distinguiendo el aire de mi transpiración como vemos la de los caballos en un día de helada. No sé dónde toma uno su punto de apoyo para resistir esa vida. Estaba solo, sin ayudas, sin un céntimo ni para comprar libros ni para pagar los gastos de mi educación médica; sin un solo amigo: mi carácter irascible, desconfiado, inquieto, me perjudicaba. Nadie quería ver en mis momentos de irritación el malestar y el trabajo de un hombre que, desde el fondo del estado social en que está, se agita para llegar a la superficie. Pero a usted, ante quien no tengo necesidad de ocultarme, puedo decírselo, tenía ese lecho de buenos sentimientos y de sensibilidad viva que siempre será patrimonio de hombres lo bastante fuertes para trepar a una cima cualquiera, después de haber chapoteado mucho tiempo en los pantanos de la Miseria. No podía sacar nada de mi familia, ni de mi pueblo, más allá de la insuficiente pensión que me pasaban. En resumen, en esa época, por la mañana comía un panecillo que el panadero de la calle del Petit-Lion me vendía más barato porque era de la víspera o de dos días antes, y lo desmigajaba en la leche: de este modo, mi comida de la mañana no me costaba más

que dos *sous*. No cenaba sino cada dos días en una pensión donde la cena costaba dieciséis *sous*. De este modo, solo gastaba nueve *sous* diarios. ¡Seguro que imagina igual que yo el cuidado que podía tener de mis ropas y de mi calzado! No sé si más tarde sentimos tanta pena por la traición de un colega como la que hemos sentido, tanto usted como yo, al ver la mueca burlona de un zapato que se descose, al oír crujir la sisa de una levita. Solo bebía agua, sentía el mayor respeto por los cafés. Zoppi[27] me parecía como una tierra prometida donde solo los Lóculos del Barrio Latino tenían derecho de presencia. «¿Podré algún día –me decía a veces– tomar ahí una taza de café con leche, jugar una partida de dominó?». En fin, ponía en mis estudios la rabia que me inspiraba la miseria. Trataba de acaparar conocimientos positivos a fin de tener un inmenso valor personal, para merecer el puesto al que llegaría el día en que hubiera salido de mi nada. Consumía más aceite que pan: la luz que me iluminaba durante mis obstinadas noches me costaba más cara que mi comida. Ese duelo fue largo, porfiado, sin consuelo. No despertaba ninguna simpatía a mi alrededor. Para tener amigos ¿no hay que relacionarse con jóvenes, poseer algún dinero para parrandear con ellos, ir juntos a todos los sitios donde van los estudiantes? ¡Yo no tenía nada! Y nadie en París se figura que *nada* es *nada*. Cuando se trataba de descubrir mis miserias, sentía en el gaznate esa contracción nerviosa que hace creer a nuestros enfermos que les sube una bola desde el esófago a la laringe. Más tarde he conocido a esas personas, ricas de nacimiento, que, como nunca han carecido de nada, no conocen el problema de esta regla de tres: *Un joven* ES *al crimen como una moneda de cien sous* ES *a* x. Estos imbéciles cubiertos de oro me dicen: «¿Por qué no se endeudaba? ¿Por qué no contraía obligaciones onerosas?». Me producen el efecto de aquella princesa que, sabiendo que el pueblo se moría de hambre, decía: «¿Por qué no compran bollos?[28]». Me gustaría ver a uno de esos ricos, que se queja de que le cobro demasiado caro cuando hay que operarle, solo en París, sin blanca, sin un amigo, sin crédito, y obligado a trabajar con sus cinco dedos para vivir? ¿Qué haría? ¿Adónde iría a calmar su hambre? Bianchon, si alguna vez me ha visto usted amargado y duro, es porque sobreponía mis primeros dolores a la insensibilidad, al egoísmo, de los que he tenido millares de pruebas en las altas esferas; o bien pensaba en los obstáculos que el odio, la envidia, los celos y la calumnia han levantado entre el éxito y yo. En París, cuando cierta gente te ve a punto de poner el pie en el estribo, unos te tiran de los faldones de la levita, otros sueltan la hebilla de la cincha para que te rompas la crisma al caer; este le quita la herradura al caballo, aquel te roba la fusta: el menos traidor es el que ves venir de frente para disparar un tiro a quemarropa. Usted, mi querido hijo, tiene bastante talento para comprender pronto la batalla horrible, incesante, que la mediocridad libra contra el hombre superior. Si una noche pierde veinticinco luises, al día siguiente será acusado de ser jugador, y sus mejores amigos dirán que la víspera ha perdido veinticinco mil francos. Si le duele la cabeza, pasará por loco. Si tiene el genio vivo, será usted insociable. Si, para resistir a ese batallón de pigmeos, hace acopio de

fuerzas superiores, sus mejores amigos gritarán que usted quiere devorar todo, que tienen la pretensión de dominar, de tiranizar. En resumen, sus cualidades se convertirán en defectos, sus defectos se convertirán en vicios, y sus virtudes serán crímenes. Si usted ha salvado a alguien, lo habrá matado; si su enfermo reaparece, no hay duda de que habrá asegurado usted el presente a expensas del futuro; ni no está muerto, morirá. Tropiece, ¡y habrá caído! Invente cualquier cosa, reclame sus derechos, será usted un hombre difícil, un hombre astuto, que no quiere dejar que los jóvenes lleguen. Pero, querido amigo, si no creo en Dios, aún creo menos en el hombre. ¿No conoce en mí a un Desplein totalmente distinto del Desplein del que todos hablan mal? Pero no escarbemos en ese montón de barro. Así pues, yo vivía en esa casa, estaba trabajando para poder aprobar mi primer examen, y no tenía un céntimo. ¡Ya sabe usted! Había llegado a uno de esos últimos extremos en que uno se dice: *¡Insistiré hasta el final!* Tenía una esperanza. Esperaba de mi pueblo una maleta llena de ropa, regalo de esas viejas tías que, si conocer nada de París, piensan en vuestras camisas imaginando que con treinta francos al mes su sobrino come perdices. La maleta llegó cuando yo estaba en la Escuela: había costado cuarenta francos de portes; el portero, un zapatero alemán alojado en un altillo, los había pagado y guardaba la maleta. Estuve paseando por la calle de los Fossés-Saint-Germain-des-Prés y por la calle de la École de Médecine, sin poder inventar una estratagema que pusiera en mis manos la maleta sin verme obligado a dar los cuarenta francos, que, naturalmente, habría pagado después de haber vendido la ropa. Mi estupidez me hizo adivinar que yo no tenía más vocación que la cirugía. Querido amigo, las almas delicadas, cuya fuerza se ejerce en una esfera elevada, carecen de ese espíritu de intriga, fértil en recursos, en tejemanejes; su genio propio es el azar: no buscan, encuentran. En fin, volví a casa por la noche, en el momento en que regresaba mi vecino, un aguador llamado Bourgeat, un hombre de Saint-Flour. Nos conocíamos como se conocen dos inquilinos que tienen en el mismo piso su cuarto, que se oyen dormir, toser, vestirse, y que acaban por acostumbrase uno a otro. Mi vecino me anunció que el propietario, al que yo debía tres mensualidades, me había puesto en la calle: tendría que largarme al día siguiente. A él también lo habían echado a causa de su profesión. Pasé la noche más dolorosa de mi vida. «¿Dónde encontrar un mozo para llevar mis pobres cosas y mis libros? ¿Cómo pagar al mozo y al portero? ¿Adónde ir?». Me repetía estas cuestiones disolubles entre lágrimas, como los locos repiten sus cantinelas. Me dormí. La miseria posee un sueño divino lleno de bellas imaginaciones. A la mañana siguiente, en el momento en que comía mi escudilla de pan desmigajado en mi leche, entra Bourgeat y me dice en mal francés: «Señor estudiante, soy un pobre hombre, expósito del hospicio de Saint-Flour, sin padre ni madre, y no soy bastante rico para casarme. Tampoco tiene usted mucha familia, ni está provisto de lo que cuenta. Escuche, abajo tengo una carretilla que he alquilado a dos *sous* la hora, en ella caben todas nuestras cosas; si quiere, trataremos de alejarnos juntos, ya que nos echan de aquí. Después de todo, esto no es el paraíso

terrenal. —Lo sé bien, mi buen Bourgeat –le dije–. Pero estoy en un aprieto, abajo tengo una maleta que contiene ropa blanca por valor de cien escudos, con lo que podría pagar al propietario y lo que debo al portero, y no tengo cien *sous.* —¡Bah!, yo tengo algunos dineros –me respondió alegremente Bourgeat mostrándome una vieja bolsa de cuero grasiento–. Recoja su ropa blanca». Bourgeat pagó mis tres mensualidades, lo suyo y lo que debía al portero. Luego metió nuestros muebles y mi ropa en su carretilla, y la arrastró por las calles deteniéndose delante de cada casa donde había un anuncio. Yo subía para ir a ver si el local por alquilar podía convenirnos. A mediodía aún vagábamos por el Barrio Latino sin haber encontrado nada. El precio era un gran obstáculo. Bourgeat me propuso comer en una taberna, a cuya puerta dejamos la carretilla. Al anochecer, descubrí en el patio de Rohan, pasaje del Commerce, en lo alto de una casa, bajo el tejado, dos habitaciones separadas por la escalera. Las alquilamos por sesenta francos cada uno al año. Ya estábamos alojados yo y mi humilde amigo. Cenamos juntos. Bourgeat, que ganaba unos cincuenta *sous* diarios, tenía ahorrados cerca de cien escudos, pronto podría hacer realidad su ambición de comprar un carretón y un caballo. Al enterarse de mi situación, porque me sonsacó mis secretos con una astucia socarrona y una bondad cuyo recuerdo aún hoy me remueve el corazón, renunció por algún tiempo a la ambición de toda su vida: Bourgeat, aguador ambulante desde hacía veintidós años, sacrificó sus cien escudos a mi futuro.

Al decir esto, Desplein apretó violentamente el brazo de Bianchon.

—¡Me dio el dinero necesario para mis exámenes! Aquel hombre, amigo mío, comprendió que yo tenía una misión, que las necesidades de mi inteligencia pasaban por delante de las suyas. Se ocupó de mí, me llamaba su *pequeño,* me prestó el dinero necesario para que comprase libros, a veces venía sin hacer ruido a verme trabajar; en resumen, tomó precauciones maternales para que yo sustituyese la alimentación insuficiente y mala a la que estaba condenado por una alimentación sana y abundante. Bourgeat, hombre de unos cuarenta años, tenía una figura burguesa de la Edad Media, una frente abombada, una cabeza que un pintor habría podido hacer posar como modelo para un Licurgo. El pobre hombre necesitaba dar el cariño que rebosaba de su corazón; nunca había sido querido más que por un perrillo de aguas muerto hacía poco, y del que siempre me hablaba preguntándome si yo creía que la Iglesia consentiría en decir misas por el descanso de su alma. Su perro era, decía él, un verdadero cristiano que, durante doce años, le había acompañado a la iglesia sin haber ladrado nunca, escuchando los órganos sin abrir la boca y permaneciendo acurrucado a su lado de una manera que le hacía pensar que rezaba con él. Ese hombre puso en mí todos sus afectos: me aceptó como un ser que estaba solo y sufría; llegó a ser para mí la madre más atenta, el benefactor más delicado, en una palabra, el ideal de esa virtud que se complace en su obra. Cuando lo encontraba en la calle, me lanzaba una mirada de inteligencia llena de una nobleza inconcebible: fingía entonces caminar como si no llevase nada, parecía feliz de verme con buena salud, bien

vestido. Fue, en fin, la abnegación del pueblo, el amor de la modistilla puesto en una esfera elevada. Bourgeat hacía mis recados, me despertaba por la noche a las horas acordadas, limpiaba mi lámpara, fregaba nuestro rellano; era tan buen criado como buen padre, y limpio como una joven inglesa. Arreglaba la casa. Como Filopemen[29], serraba nuestra leña, y comunicaba a todas sus acciones sencillez al hacerlas, conservando su dignidad, pues parecía comprender que el fin lo ennoblecía todo. Cuando dejé a este buen hombre para entrar en el Hôtel-Dieu como interno, experimentó no sé qué dolor sombrío pensando que ya no podría vivir conmigo; pero se consoló con la perspectiva de reunir el dinero necesario para los gastos de mi tesis, y me hizo prometer que iría a verle los días de salida. Bourgeat estaba orgulloso de mí, me quería por mí y por él. Si usted buscase mi tesis, vería que está dedicada a él. En el último año de mi internado, yo había ganado dinero suficiente para devolver todo lo que debía a ese digno auvernés comprándole un caballo y un carretón; se sintió vivamente ofendido cuando supo que yo me privaba de mi dinero, y sin embargo estaba encantado de ver cumplidos sus deseos; se reía y me reñía, miraba su carretón, su caballo, y se enjugaba una lágrima diciéndome: «¡No está bien! ¡Ah, qué bonito carretón! Ha hecho usted mal, el caballo es fuerte como un auvernés». Nunca he visto nada más conmovedor que esa escena. Bourgeat se empeñó en comprarme a toda costa el estuche con el instrumental de plata que ha visto usted en mi gabinete, y que para mí es la cosa que más aprecio. Aunque embriagado por mis primeros éxitos, nunca se le escapó la menor palabra, el menor gesto que quisiese decir: *¡Este hombre es obra mía!* Y, sin embargo, la miseria me habría matado. El pobre hombre se había matado por mí: había comido solo pan untado con ajo para que yo tuviese café y pudiera resistir mis vigilias. Cayó enfermo. Como puede imaginar, pasé las noches a su cabecera, le saqué del paso la primera vez; pero dos años después tuvo una recaída, y, a pesar de los cuidados más asiduos, a pesar de los mayores esfuerzos de la ciencia, sucumbió. Nunca rey alguno fue cuidado como lo fue él. Sí, Bianchon, para arrancar aquella vida a la muerte, intenté cosas inauditas. Quería hacerle vivir lo suficiente para que fuera testigo de su obra, para que viese cumplidos todos sus deseos, para satisfacer el único agradecimiento que me haya llenado el corazón, para apagar un fuego que hoy todavía sigue quemándome!

»Bourgeat –continuó Desplein tras una pausa, visiblemente emocionado–, mi segundo padre, murió en mis brazos, dejándome cuanto poseía mediante un testamento que había hecho ante un escribano público, y datado el año en que habíamos ido a alojarnos en el patio de Rohan. Aquel hombre tenía la fe del carbonero. Amaba a la Virgen como si hubiera sido su mujer. Católico ferviente, nunca me había dicho una palabra sobre mi falta de religión. Cuando estuvo en peligro, me rogó que no escatimara nada para que tuviera los auxilios de la Iglesia. Mandé decir misa todos los días por él. A menudo, durante la noche, me manifestaba temores sobre su futuro, temía no haber vivido de manera suficientemente santa. ¡Pobre hombre!, trabajaba de la mañana a la noche. ¿A quién pertenecería, pues, el

paraíso, si es que hay un paraíso? Se le administraron los sacramentos como santo que era, y su muerte fue digna de su vida. Solo yo seguí su cortejo fúnebre. Cuando hube dado tierra a mi único bienhechor, busqué la manera de pagar mi deuda con él; me di cuenta de que no tenía ni familia, ni amigos, ni mujer, ni hijos. ¡Pero creía! Tenía una convicción religiosa, ¿tenía yo derecho a discutirla? Me había hablado tímidamente de las misas que se dicen por el descanso de los muertos, no quería imponerme ese deber, pensando que eso sería cobrar sus favores. En cuanto pude hacer una fundación, di a Saint-Sulpice la cantidad necesaria para que se dijeran cuatro misas al año. Como lo único que puedo ofrecer a Bourgcat es satisfacer sus piadosos deseos, el día que se dice esa misa, al comienzo de cada estación, voy en su nombre, y recito por él las oraciones acostumbradas. Digo con la buena fe del incrédulo: “Dios mío, si hay una esfera donde pones tras su muerte a los que han sido perfectos, piensa en el buen Bourgeat; y si hay algo que sufrir por él, dame a mí sus sufrimientos, a fin de que pueda entrar cuanto antes en lo que llaman el paraíso”. Esto es, amigo mío, todo lo que un hombre de mis convicciones puede permitirse. Dios debe de ser un buen tipo, y no me guardará rencor por eso. Se lo juro, daría mi fortuna para que las creencias de Bourgeat pudieran entrar en mi cerebro».

Bianchon, que cuidó a Desplein en su postrera enfermedad, no se atreve a afirmar hoy que el ilustre cirujano haya muerto ateo. ¡A los creyentes quizá les guste pensar que el humilde auvernés fue a abrirle la puerta del cielo, como en otro tiempo le abrió la puerta del templo terrenal en cuyo frontispicio se lee: *A los grandes hombres, la patria agradecida*!

París, enero de 1836[30].

EL ILUSTRE GAUDISSART

A la señora duquesa de Castries[1].

El viajante de comercio, personaje desconocido en la antigüedad, ¿no es una de las figuras más curiosas creadas por las costumbres de la época actual? ¿No está destinado, en un cierto orden de cosas, a señalar la gran transición que, para los observadores, suelda el tiempo de las explotaciones materiales con el tiempo de las explotaciones intelectuales? Nuestro siglo unirá el reino de la fuerza aislada, abundante en creaciones originales, al reino de la fuerza uniforme, pero niveladora, que iguala los productos, lanzándolos en masa y obedeciendo a un pensamiento unitario, última expresión de las sociedades. Después de las saturnales del espíritu generalizado, después de los últimos esfuerzos de civilizaciones que acumulan los tesoros de la tierra en un punto, ¿no vienen siempre las tinieblas de la barbarie? El viajante de comercio, ¿no es a las ideas lo que son nuestras diligencias respecto a las cosas y los hombres? Él las acarrea, las pone en movimiento, hace que choquen unas contra otras; toma, en el centro luminoso, su carga de rayos y los siembra a través de las poblaciones adormecidas. Este piróforo humano es un sabio ignorante, un mistificador mistificado, un sacerdote incrédulo que habla mejor que nadie de sus misterios y sus dogmas. ¡Curiosa figura! Ese hombre lo ha visto todo, sabe todo, conoce a todo el mundo. Saturado de los vicios de París, puede fingir la bonhomía de provincias. ¿No es el anillo que une la aldea a la capital, aunque esencialmente no sea ni parisino ni provinciano? Porque es un viajero. No ve nada a fondo; de los hombres y de los lugares aprende los nombres; de las cosas, aprecia sus superficies; tiene su metro particular para medirlo todo a su manera; en fin, su mirada se desliza sobre los objetos y no los atraviesa. Se interesa por todo, y nada le interesa. Burlón y aficionado a las canciones, ama aparentemente a todos los partidos y en el fondo del alma es por lo general patriota. Excelente mimo, sabe adoptar sucesivamente la sonrisa del afecto, de la alegría, de la complacencia, y dejarla para volver a su verdadero carácter, a un estado normal en el que descansa. Está obligado a ser observador, so pena de renunciar a su oficio. ¿No se ve incesantemente obligado a sondear a los hombres con una sola mirada, a adivinar las acciones, las costumbres, la solvencia sobre todo, y, para no perder su tiempo, a valorar rápidamente las probabilidades de éxito? Por eso, la costumbre de decidirse enseguida en cualquier asunto lo convierte esencialmente en un *juzgador:* opina, habla en tono magistral de los teatros de París, de sus actores y de los de provincias. Luego conoce los lugares buenos y malos de Francia, *de actu et visu*[2]. En caso necesario os guiaría al Vicio o a la Virtud con la misma seguridad. Dotado de la elocuencia de un grifo de agua caliente que se puede abrir a voluntad, ¿no puede del mismo modo interrumpir y reanudar sin error su colección de frases preparadas que fluyen sin cesar y producen

sobre su víctima el efecto de una ducha moral? Charlatán y jocoso, fuma y bebe. Luce dijes, impresiona a la gente modesta, pasa por un milord en las aldeas, nunca se deja *cazar,* palabra de su jerga[3], y sabe golpearse a tiempo en el bolsillo para que suene el dinero, a fin de no ser tomado por un ladrón por las criadas, siempre tan desconfiadas, de las casas burguesas donde entra. En cuanto a su actividad, ¿no es la menor cualidad de esa máquina humana? Ni el milano abatiéndose sobre su presa, ni el ciervo inventando nuevos rodeos para burlar a los perros y despistar a los cazadores, ni los sabuesos olfateando la caza, pueden compararse con la rapidez de su vuelo cuando barrunta *una comisión,* con la habilidad de la zancadilla que pone a su rival para adelantarlo, con el arte con que siente, huele y descubre una colocación de mercancías. ¡Cuántas cualidades superiores no necesita un hombre como él! ¿Seríais capaces de encontrar, en un país concreto, a muchos de esos diplomáticos de clase baja, de esos profundos negociantes que hablan en nombre de los cal icos, de la bisutería, de la pañería, de los vinos, y son a menudo más hábiles que los embajadores, que en su mayoría solo tienen buenos modales? En Francia, nadie duda del increíble poder que incesantemente despliegan los viajantes, esos intrépidos que afrontan negativas, que, en la más remota aldea, representan el genio de la civilización y las invenciones parisinas en pugna con el buen sentido, la ignorancia o la rutina de provincias. ¿Cómo olvidar aquí a esos admirables braceros que amasan la inteligencia de las poblaciones, tratando mediante la palabra a las masas más refractarias, parecidos a esos infatigables pulidores cuya lima pulimenta los pórfidos más duros? ¿Queréis conocer el poder de la lengua y la alta presión que ejerce la frase sobre los escudos más rebeldes, los del propietario hundido en su rústica choza? … Escuchad el discurso de uno de los grandes dignatarios de la industria parisina en cuyo provecho trotan, golpean y funcionan esos inteligentes pistones de la máquina de vapor llamada Especulación.

—Señor –decía a un sabio economista el director-cajero-gerente-secretario general y administrador de una de las más célebres compañías de seguros contra incendios–, señor, en provincias, de cada quinientos mil francos de pólizas a renovar, no pasan de cincuenta mil francos los que se firman voluntariamente; los cuatrocientos cincuenta mil restantes se consiguen gracias a las instancias de nuestros agentes que van a casa de los asegurados morosos para *aburrirlos* hasta que hayan firmado de nuevo sus pólizas de seguros, asustándolos y estimulándolos con espantosos relatos de incendios, etcétera. De este modo, la elocuencia, la verborrea, constituyen las nueve décimas partes de las vías y medios de nuestra explotación.

¡Hablar! Hacerse escuchar, ¿no es seducir? Una nación que tiene sus dos Cámaras está igual de perdida que una mujer que tiende sus dos oídos. Eva y su serpiente forman el mito eterno de un suceso cotidiano que comenzó con el mundo y quizá termine con él.

—Después de una conversación de dos horas, un hombre debe ser nuestro –decía un abogado retirado de los negocios.

¡Dad vueltas alrededor de un viajante de comercio! Examinad esa figura. No olvidéis ni la levita color oliva, ni el abrigo, ni el cuello de tafilete, ni la pipa, ni la camisa de calicó de rayas azules. En esa figura, tan original que resiste el frotamiento, ¡cuántas naturalezas distintas no descubriréis! ¡Mirad! ¡Qué atleta, qué circo, qué armas! Él, el mundo y su lengua. Intrépido marino, se embarca, provisto de algunas frases, para ir a pescar de quinientos a seiscientos mil francos en unos mares helados, en las tierras de los iroqueses, en Francia. ¿No se trata de extraer, mediante operaciones puramente intelectuales, el oro enterrado en los escondrijos de provincias, de extraerlo sin dolor? El pez del departamento no sufre ni el arpón ni las antorchas, y solo se pesca con la nasa, con la traína, con los aparejos más delicados. ¿Pensaréis ahora sin estremeceros en el diluvio de frases que vuelve a lanzar sus cascadas al amanecer en Francia? Ya conocemos el Género, veamos el Individuo.

Existe en París un viajante incomparable, el prototipo de su especie, un hombre que posee en el más alto grado todas las condiciones inherentes a la naturaleza de sus éxitos. En su palabra se encuentran a la vez el vitriolo y la liga: la liga, para sujetar, envolver a su víctima y hacérsela adhesiva; el vitriolo, para disolver los cálculos más duros. Su emblema era el sombrero; pero su talento y el arte con el que sabía enviscar a la gente le habían ganado una celebridad comercial tan grande que todos los negociantes del *Artículo-París* le hacían la corte a fin de conseguir que se dignase encargarse de sus comisiones. Y cuando, a la vuelta de sus marchas triunfales, se quedaba en París, estaba perpetuamente en juergas y banquetes; en provincias, los representantes lo mimaban; en París, las grandes casas lo adulaban. Bien recibido, festejado e invitado, para él, almorzar o cenar no era más que una bacanal, un placer. Llevaba una vida de soberano, o, mejor, de periodista. Pero ¿no era el folletón viviente del comercio parisino? Se llamaba Gaudissart, y su reputación, su crédito, los elogios con que lo abrumaban, le habían valido el apelativo de *ilustre.* En todas partes donde este joven entraba, tanto en un comercio como en una posada, en un salón como en una diligencia, en una buhardilla como en casa de un banquero, todos decían al verle: «¡Ah!, ahí está el Ilustre Gaudissart». Nunca hubo nombre más en armonía con el aspecto, los modales, la fisonomía, la voz y el lenguaje de ningún hombre. Todo le sonreía al viajante y el viajante sonreía a todo. *Similia similibus*[4], era partidario de la homeopatía. Retruécanos, risotadas, figura monacal, tez de franciscano, envoltura rabelesiana; ropa, cuerpo, espíritu y semblante coincidían para dar un carácter licencioso y socarrón a toda su persona. Decidido en los negocios, buena persona, bromista, hubierais reconocido en él al hombre amable de la modistilla que trepa con elegancia a la imperial de un carruaje, da la mano a la dama que pasa apuros para bajar del cupé, bromea al ver el pañuelo de cuello del postillón y le vende un sombrero; sonríe a la criada, y la coge por la cintura o por los sentimientos; en la mesa imita el gorgoteo de una botella dándose sopapos en un carrillo hinchado; sabe hacer salir la cerveza insuflando aire entre sus labios; da grandes golpes de cuchillo sobre las copas de champán sin romperlas, y dice a los

demás: «¡A ver si lo hacéis vosotros!»; que *se cachondea* de los viajeros tímidos, contradice a la gente instruida, reina en la mesa y engulle los mejores bocados. Hombre animoso por otra parte, podía cortar a tiempo todas sus bromas, y parecía profundo en el momento en que, tirando la colilla de su puro, decía contemplando una ciudad: —¡Voy a ver qué tiene esa gente en las tripas!

Gaudissart se convertía entonces en el más sutil y más hábil de los embajadores. Sabía presentarse como administrador ante el subprefecto, como capitalista ante el banquero, como hombre religioso y monárquico ante el legitimista, como burgués ante los burgueses; en fin, en todas partes era lo que debía ser, dejaba a Gaudissart en la puerta y lo recogía al salir.

Hasta 1830, el Ilustre Gaudissart había permanecido fiel al *Artículo-París.* Al dirigirse a la mayor parte de las fantasías humanas, las diversas ramas de ese comercio le habían permitido observar los recovecos del corazón, le habían enseñado los secretos de su seductora elocuencia, la forma de desatar los cordones de las bolsas mejor atadas, de despertar los caprichos de las mujeres, de los maridos, de los hijos, de las criadas, e incitarles a satisfacerlos. Nadie mejor que él conocía el arte de seducir a los negociantes con los encantos de un negocio, y de irse en el momento en que el deseo alcanzaba su paroxismo. Lleno de gratitud hacia la sombrerería, afirmaba que solo trabajando el exterior de la cabeza había comprendido su interior, tenía la costumbre de cubrir a la gente, de lanzarse a su cabeza, etcétera. Sus chistes sobre los sombreros eran inagotables. Sin embargo, después de los meses de agosto y octubre de 1830, abandonó la sombrerería y el *Artículo-París,* dejó las comisiones del comercio de las cosas mecánicas y visibles para lanzarse a las esferas más elevadas de la especulación parisina. Abandonó la materia por el pensamiento, decía, los productos manufacturados por las elaboraciones infinitamente más puras de la inteligencia. Esto requiere una explicación.

Los cambios de 1830 alumbraron, como todo el mundo sabe, muchas viejas ideas que hábiles especuladores trataron de rejuvenecer. Desde 1830, concretamente, las ideas se convirtieron en valores; y, como ha dicho un escritor lo bastante inteligente para no publicar nada[5], hoy se roban más ideas que pañuelos. Quizá un día veamos una Bolsa para las ideas; pero ahora, las ideas, buenas o malas, se cotizan, se cosechan, se importan, se llevan, se venden, se materializan y dan beneficios. Si no se encuentran ideas en venta, la Especulación trata de poner en boga ciertas palabras, les da la consistencia de una idea, y vive de sus palabras como el pájaro de sus granos de mijo. ¡No os riáis! Una palabra bien vale una idea en un país donde seduce más la etiqueta del saco que el contenido. ¿No hemos visto a la Librería explotando la palabra *pintoresco* cuando la literatura hubo matado la palabra *fantástico*[6]? También el Fisco ha adivinado el impuesto intelectual, ha sabido medir perfectamente el campo de los anuncios, hacer el catastro de los prospectos, y pesar el pensamiento en la calle de la Paix, en la Casa de la Moneda. Al volverse una explotación, la inteligencia y sus productos debían obedecer naturalmente al método empleado por

las explotaciones manufactureras. Así pues, las ideas concebidas, después de beber, en el cerebro de algunos de esos parisinos en apariencia ociosos, pero que libran batallas morales vaciando botellas o levantando el muslo de un faisán, fueron entregadas, al día siguiente de su nacimiento cerebral, a viajantes de comercio encargados de presentar con destreza, *urbi et orbi*, en París y en provincias, el tocino asado de los anuncios y los prospectos con los que se atrapa, en la ratonera de la empresa, esa rata departamental vulgarmente llamada unas veces abonado, otras accionista, otras miembro correspondiente, algunas veces suscriptor o protector, pero en todas partes un necio.

—¡Soy un necio! –ha dicho más de un pobre propietario atraído por la perspectiva de ser *fundador* de algo, y que, en definitiva, encuentra que ha fundido mil o mil doscientos francos.

—Los abonados son unos necios que no quieren comprender que, para progresar en el reino intelectual, se necesita más dinero que para viajar por Europa, etcétera –dice el especulador.

Existe, por tanto, un combate perpetuo entre el público retrógrado que se niega a pagar las contribuciones parisinas, y los recaudadores, que, por vivir de sus cobros, mechan al público con ideas nuevas, lo emborrazan de empresas, lo asan con prospectos, lo ensartan con halagos y terminan por comérselo en alguna nueva salsa en la que él se enreda y se emborracha como una mosca con su plombagina. Desde 1830, ¡cuántos no se han prodigado para estimular en Francia el celo y el amor propio de las *masas inteligentes y progresivas*! Se han sucedido rápidamente los títulos, las medallas, los diplomas, especie de Legión de Honor inventada para el común de los mártires. Por último, todas las fábricas de productos intelectuales han descubierto una salsa, un jengibre especial, su mayor júbilo. De ahí las primas, de ahí los dividendos anticipados; de ahí esa leva de nombres célebres hecha a espaldas de los infortunados artistas que los llevan, y que, de este modo, se encuentran cooperando activamente en más empresas que días tiene el año, porque la ley no ha previsto el robo de nombres. De ahí ese rapto de las ideas, que, semejantes a los mercaderes de esclavos en Asia, los empresarios de espíritu público arrancan al cerebro paterno nada más nacer, y desnudan y arrastran ante los ojos de su sultán embrutecido, su *Shahabaham*[7], ese terrible público que, si no se divierte, les corta la cabeza suprimiéndoles su picotín de oro.

Esta locura de nuestra época produjo una reacción sobre el Ilustre Gaudissart, y fue así. Una compañía de seguros de vida y del capital oyó hablar de su irresistible elocuencia, y le propuso ventajas inauditas, que aceptó. Trato cerrado, contrato firmado: el futuro viajante, pasó su destete con el secretario general de la administración, que liberó la mente de Gaudissart de sus pañales, le comentó las tinieblas del negocio, le enseñó su jerga, desmontó para él el mecanismo pieza por pieza, le hizo la disección del especial público que iba a tener que explotar, lo atiborró a frases, lo nutrió de respuestas improvisadas, lo abasteció de argumentos

perentorios; y, para decirlo todo, aguzó el filo de la lengua que debía operar sobre la Vida en Francia. El recién nacido respondió admirablemente a los cuidados que le prodigó el señor secretario general. Los jefes de los seguros de vida y los capitales elogiaron tan calurosamente al Ilustre Gaudissart, tuvieron tantas atenciones con él, pusieron tan bien de relieve, entre la alta banca y la alta diplomacia intelectual, los talentos de este prospecto viviente que, a los directores financieros de dos periódicos famosos en esa época y muertos luego, se les ocurrió la idea de emplearlo en la recolección de suscripciones. *Le Globe*[8], órgano de la doctrina saint-simoniana, y *Le Mouvement,* periódico republicano, atrajeron al Ilustre Gaudissart a sus sucursales y cada uno le ofreció diez francos por cabeza de suscriptor si conseguía un millar; pero solo cinco francos si solo atrapaba quinientos. Como la PARTE *Periódico político* no perjudicaba a la PARTE *Seguros de capitales,* el trato quedó cerrado. Sin embargo, Gaudissart reclamó una indemnización de quinientos francos por los ocho días que tardaría en ponerse al corriente de la doctrina de Saint-Simon, argumentando los prodigiosos esfuerzos de memoria y de inteligencia necesarios para estudiar a fondo ese *artículo,* y poder razonarlo de forma aceptable, «para no meter la pata», dijo. No exigió nada a los republicanos. Primero porque sentía inclinación hacia las ideas republicanas, las únicas que, según la filosofía gaudissartiana, podían establecer una igualdad racional; además, Gaudissart ya había participado en el pasado en las conspiraciones de los carbonarios franceses; fue detenido, pero puesto en libertad por falta de pruebas; por último, hizo observar a los banqueros del periódico que, desde julio, se había dejado crecer el bigote, y que solo le faltaba cierto gorro y largos espolones par representar a la República. Así pues, durante una semana, fue por las mañanas a hacerse saintsimonizar al *Globe,* y por las tardes corrió a aprender, en los despachos de la Compañía de seguros, las sutilezas de la lengua financiera. Su aptitud y su memoria eran tan prodigiosas que pudo emprender su viaje hacia el 15 de abril[9], época en la que todos los años hacía su primera campaña. Dos importantes firmas comerciales, asustadas ante la caída de los negocios, sedujeron, dicen, al ambicioso Gaudissart, y le decidieron a hacerse cargo también de sus artículos. El rey de los viajantes se mostró clemente en consideración a sus viejos amigos, y también por la enorme prima que le fue concedida.

—Escucha, mi pequeña Jenny –le decía en el coche de punto a una guapa florista.

A todos los hombres verdaderamente grandes les gusta dejarse tiranizar por un ser débil, y Gaudissart tenía en Jenny su tirano; la recogía a las once en el Gymnase adonde la había llevado, muy bien ataviada, a un palco alquilado en el proscenio para los días de estreno.

—A mi vuelta, Jenny, te amueblaré tu habitación, y con mucho esmero. La gran Mathilde, que te da la lata con sus comparaciones, sus auténticos chales de la India traídos por los correos de la embajada rusa, su plata sobredorada y su príncipe ruso que me parece un *farsante* total, no tendrá nada que objetar. Dedicaré a la decoración de tu cuarto todos los *Niños* que haga en provincias.

—¡Pues sí que este es delicado! –exclamó la florista–. ¿Cómo, monstruo de hombre? ¿Me hablas tranquilamente de hacer niños y crees que voy a soportarlo?

—Pero mira que eres boba, querida Jenny… Es una forma de hablar en nuestro comercio.

—¡Bonito comercio el vuestro!

—Pero escucha, mujer; si no paras de hablar, tendrás razón.

—¡Siempre quiero tener razón! Si te molesta, te fastidias.

—Entonces ¿no quieres dejarme acabar? He tomado bajo mi protección una idea excelente, un periódico que van a hacer para los niños. En nuestra negocio, cuando los viajantes han hecho en una ciudad, supongamos, diez suscripciones para el *Journal des Enfants,* dicen: He hecho *diez niños;* y si hago diez suscripciones al periódico *Le Mouvement,* diré: Esta tarde he hecho *diez movimientos.* ¿Comprendes ahora?

—¡Qué bonito! ¿Entonces te metes en política? Te veo en Saint-Pélagie[10], adonde tendré que corretear todos los días. ¡Ah!, cuando se quiere a un hombre, si una supiera a qué se compromete, palabra de honor que dejaríamos que los hombres os las arreglaseis solos. Entonces te vas mañana, olvidemos las ideas negras, son tonterías.

El coche de punto se detuvo ante una hermosa casa recién construida, en la calle d'Artois, en la que Gaudissart y Jenny subieron al cuarto piso. Allí vivía la señorita Jenny Courand, que por lo general pasaba por estar casada en secreto con Gaudissart, rumor que el viajante no desmentía. Para mantener su despotismo, Jenny Courand obligaba al Ilustre Gaudissart a mil pequeñas deferencias, amenazándole siempre con dejarlo plantado si faltaba a la más mínima. Gaudissart debía escribirle desde todas las ciudades en que se detenía y darle cuenta de sus menores acciones.

—¿Y cuántos *niños* se necesitarán para amueblar mi casa? –le dijo quitándose el chal y sentándose junto a un buen fuego.

—Gano cinco *sous* por cada suscripción.

—¡Qué bonito! ¡Y con cinco *sous* pretendes hacerme rica! ¡A menos que no *serías* como el judío errante y tengas los bolsillos bien cosidos!

—Pero, Jenny, haré millares de *niños.* Piensa que los niños nunca han tenido un periódico. Además, soy un idiota por querer explicarte la política de los negocios; de estas cosas no entiendes nada.

—Entonces, dime, dime, Gaudissart, si soy tan boba, ¿por qué me quieres?

—Porque eres una boba… ¡sublime! Escucha, Jenny. Mira, si consigo introducir *Le Globe*, *Le Mouvement,* los seguros y mis *Artículos-París,* en vez de ganar ocho o diez mil miserables francos al año recorriendo el mundo, como un auténtico Mayeux[11], seré capaz de conseguir de veinte a treinta mil francos por viaje.

—Desabróchame, Gaudissart, y hazlo derecho, no tires.

—Entonces –dijo el viajero mirando la tersa espalda de la florista–, me convierto en accionista de los periódicos, como Finot, un amigo mío, hijo de un sombrerero,

que ahora tiene treinta mil libras de renta y que pronto conseguirá ser nombrado par de Francia. Cuando se piensa que el pequeño Popinot… ¡Ay, Dios mío!, pero se me olvidaba decir que el señor Popinot fue nombrado ayer ministro de Comercio… ¿Por qué no puedo tener yo ambiciones? ¡Por supuesto!, puedo conseguir la *labia* de la tribuna y podría llegar a ser ministro, ¡y todo un hombre importante! Mira, escúchame:

«Señores –dijo colocándose detrás de un sillón–, la Prensa no es un instrumento ni un comercio. Desde el punto de vista político, la Prensa es una institución. Ahora bien, aquí estamos inevitablemente obligados a ver políticamente las cosas, por lo tanto… (Recobró el aliento)… Por lo tanto, tenemos que examinar si es útil o perjudicial, alentarla o reprimirla, si debe ser impuesta o libre: ¡asuntos todos ellos muy graves! No creo abusar de los momentos, siempre tan preciosos, de la Cámara si analizo este punto y os hago apreciar sus condiciones. Nos encaminamos a un abismo. Cierto, las leyes no son silenciosas como deberían serlo…».

—¿Qué te parece? –dijo mirando a Jenny–. Según todos los oradores, Francia camina hacia un abismo; dicen eso, o hablan del carro del Estado, de tempestades y de horizontes políticos. ¿No conozco acaso todas las bazas? Domino los *trucos* de cada comercio. ¿Sabes por qué? Porque nací con buena estrella. Mi madre me la guardó, te la daré. Por lo tanto, estaré muy pronto en el poder…

—¿Tú?

—¿Por qué no llegaré a ser el barón de Gaudissart, par de Francia? ¿No han nombrado ya dos veces al señor Popinot diputado en el cuarto distritito y come con Luis Felipe? Según dicen, ¡Finot va a ser consejero de Estado! ¡Ah!, si me enviasen a Londres, de embajador, te aseguro que les cantaría las cuarenta a los ingleses. A Gaudissart, al Ilustre Gaudissart nunca le ha tomado nadie el pelo. Sí, a mí nunca me ha vencido nadie, y nunca me hundirán, en el asunto que sea, político o no político, sea aquí o en otra parte. Pero, por el momento, es preciso que me dedique a los capitales, al *Globe*, al *Mouvement*, a los *Enfants* y al *Artículo-París.*

—Terminarás mal con tus periódicos. Te apuesto a que antes de llegar a Poitiers te habrás dejado atrapar.

—Apostemos, querida.

—¡Un chal!

—¡Bah!, si pierdo el chal, vuelvo a mis *Artículos-París* y a la sombrerería. Pero hundir a Gaudissart, ¡eso nunca, nunca!

Y el ilustre Viajante se plantó delante de Jenny, la miró con altanería, con la mano metida en el chaleco y la cabeza echada hacia atrás, en una actitud napoleónica.

—¡Qué gracioso estás! ¿Has cenado esta noche?

Gaudissart era un hombre de treinta y ocho años, de estatura mediana, gordo y rechoncho, como hombre acostumbrado a viajar en diligencia; de cara redonda como una calabaza, colorada, regular y semejante a esos clásicos rostros adoptados por los escultores de todos los países para las estatuas de la Abundancia, la Ley, la Fuerza, el

Comercio, etcétera. Su vientre protuberante adoptaba la forma de la pera, tenía piernas cortas, pero era ágil y nervioso. Cogió a Jenny, medio desvestida, y la llevó a su cama.

—¡Cállese usted, *mujer libre*! –dijo–. Tú no sabes lo que es la mujer libre, el saint-simonismo, el antagonismo, el furierismo, el criticismo y la explotación apasionada; pues bien, eso es… en fin, eso es diez francos por suscripción, señora Gaudissart.

—Palabra de honor, que te estas volviendo loco, Gaudissart.

—Cada vez más loco por ti –dijo lanzando su sombrero sobre el diván de la florista.

A la mañana siguiente, Gaudissart, tras haber desayunado copiosamente con Jenny Courand, partió a caballo para ir a las capitales de cantón cuya exploración le habían recomendado particularmente las diversas empresas a cuyo éxito consagraba sus talentos. Después de haber dedicado cuarenta y cinco días a recorrer las tierras situadas entre París y Blois, se quedó dos semanas en esta última ciudad, ocupado en redactar su correspondencia y visitar las poblaciones del departamento. La víspera de su partida hacia Tours escribió a la señorita Jenny Courand la carta siguiente, cuya precisión y encanto nunca podrían ser igualados por ningún relato, y que por otra parte demuestra la legitimad particular de los lazos que unían a estos dos personajes.

Carta de Gaudissart a Jenny Courand

«Mi querida Jenny, creo que vas a perder la apuesta. Siguiendo a Napoleón. Gaudissart tiene su estrella y no habrá Waterloo. He triunfado en todas partes en las condiciones acordadas. El seguro sobre los capitales va muy bien. De París a Blois he colocado casi dos millones; pero a medida que avanzo hacia el centro de Francia, las cabezas se vuelven singularmente más duras, y por consiguiente, los millones infinitamente más raros. El *Artículo-París* sigue avanzando poco a poco. Es un chollo. Con mi antiguo *hilo* ensarto perfectamente a esos buenos tenderos. He colocado ciento sesenta y dos chales de cachemira Ternaux[12] en Orléans. Palabra de honor que no sé lo que harán con ellos, a menos que los pongan en el lomo de sus corderos. En cuanto al Artículo periódicos, ¡diablos!, eso ya es otro cantar. ¡Santo Dios!, ¡cuánto tiempo hay que machacar a esos sujetos antes de enseñarles una melodía nueva! ¡Aún no he hecho más que sesenta y dos *movimientos*! En el total de mi viaje, cien menos que los chales Ternaux en una sola ciudad. Estos farsantes de republicanos no se suscriben nada: tú hablas con ellos, ellos hablan, comparten tus opiniones, y pronto llegamos al acuerdo de que hay que derribar todo lo que existe. ¿Crees que el hombre se suscribe? ¡Que te lo has creído! A poco que tenga tres pulgadas de tierra en las que recoger una docena de coles, o unos bosques con los que hacer un mondadientes, mi hombre habla entonces de la consolidación de las

propiedades, los impuestos, la recolección, las reparaciones, de un montón de tonterías, y yo gasto mi tiempo y mi saliva en patriotismo. ¡Mal asunto! Por lo general, *Le Mouvement* es blando. Se lo escribo a esos señores. Me causa pena, dadas mis opiniones. En cuanto a *Le Globe,* es de otra calaña. Cuando se habla de doctrinas nuevas a gente que uno cree susceptibles de caer en esas artimañas parece que les estás hablando de quemarles sus casas. Por más que les diga que es el futuro, el interés bien entendido, la explotación en que no se pierde nada; que hace ya demasiado tiempo que el hombre explota al hombre y que la mujer es esclava, que hay que llegar a conseguir el triunfo del gran pensamiento providencial y obtener una coordinación más racional del orden social, en fin, todo el temblor de mis frases… Pues bien, sí, cuando abro estas ideas, la gente de provincia cierra sus armarios como si yo quisiera robarles algo, y me piden que me vaya. ¡Serán estúpidos esos pencos! *Le Globe* está hundido. Les he dicho: "Son ustedes demasiado avanzados; van hacia delante, está bien, pero se necesitan resultados, a la provincia le gustan los resultados". Sin embargo, ya he conseguido cien *globos,* y visto el espesor de esas molleras campesinas, es un milagro. Pero les prometo tantas cosas bellas que, palabra de honor, no sé cómo los glóbulos, globistas, globeros o globienses se las apañarán para realizarlas; pero como me han asegurado que ordenarían el mundo infinitamente mejor de lo que está, yo me adelanto y profetizo a razón de diez francos por suscripción. Hay un granjero que ha creído que eso se refería a las tierras, debido al nombre[13], y lo he metido en *Le Globe.* ¡Bah!, picará en el anzuelo, estoy seguro, tiene una frente abombada, y todas las frentes abombadas son ideólogos. ¡Ah, hablemos de los *Enfants*! He hecho dos mil *niños* de París a Blois. ¡Negocio pequeño, pero bueno! No tengo que gastar mucha saliva. Enseñas la pequeña viñeta a la madre a escondidas del niño para que el niño quiera verla; naturalmente el niño la ve, y tira a la mamá del vestido hasta que consigue su periódico, porque papá *tene* el suyo. La mamá lleva un vestido de veinte francos y no quiere que su crío se lo desgarre; el periódico solo cuesta seis francos, es barato, y la suscripción llega rodada. Es algo excelente, una necesidad real, situada entre la golosina y la imagen, dos eternas necesidades de la infancia. ¡Esos endiablados niños ya leen! Aquí, en la mesa de huéspedes, he tenido una discusión sobre los periódicos y sobre mis opiniones. Estaba comiendo tranquilamente al lado de un señor de sombrero gris[14] que leía *Les Débats.* Me digo a mí mismo: "Tengo que probar mi elocuencia de tribuna. Este es un partidario de la dinastía, voy a tratar de abrasarlo. Este triunfo sería una excelente prueba de mis talentos ministeriales". Y me pongo manos a la obra, empezando por elogiarle su periódico. ¡Cuánto le dije! De una cosa en otra, empiezo a dominar a mi hombre soltando frases sin ton ni son, razonamientos en *fa* sostenido y toda la maldita jerigonza. Me escuchaban todos, y vi a un hombre que tenía Julio[15] en los bigotes, a punto de picar en el *Mouvement.* Pero no sé cómo se me escapó inoportunamente la palabra zopenco. ¡Bueno!, en ese momento mi sombrero dinástico, mi sombrero gris, por lo demás un sombrero malo, un Lyon mitad seda, mitad algodón, que se desboca

y se enfada. Yo recupero mis aires de superioridad, que ya conoces, y le digo: “¡Ah, señor, es usted muy hábil con la pistola. Si no está satisfecho, le daré satisfacción. Me batí en Julio. —Aunque padre de familia –me dijo–, estoy dispuesto a… —¿Es usted padre de familia, mi querido señor? –le respondí–. ¿Tiene hijos? —Sí, señor. —¿De once años? —Más o menos. —Pues bien, señor, está a punto de salir *Le Journal des Enfants:* seis francos al año, un número mensual, dos columnas, redactado por eminentes literatos, un periódico bien presentado, de papel sólido, con grabados debidos a ingeniosos lápices de nuestros mejores artistas, auténticos dibujos de las Indias cuyos colores no se pasan”. Luego lanzo mi andanada. ¡Y ya tienes a un padre desconcertado! La querella terminó con una suscripción. “Solo Gaudissart puede hacer estas jugadas”, decía el pequeño mequetrefe de Lamard a ese gran imbécil de Bulot contándole la escena en el café.

»Salgo mañana para Amboise. Haré Amboise en dos días, y entonces te escribiré desde Tours, donde intentaré medirme con las campañas más incoloras desde el punto de vista inteligente y especulativo. Pero, palabra de Gaudissart, ¡los arrollaré! ¡Serán arrollados! ¡Arrollados! Adiós, pequeña, quiéreme siempre y sé fiel. La fidelidad, a pesar de todo, es una de las cualidades de la mujer libre. ¿Quién te besa en los ojos?

Tu FÉLIX, para siempre».

Cinco días después, Gaudissart partió una mañana del hotel del *Faisan* donde se alojaba en Tours y se dirigió a Vouvray, cantón rico y populoso cuya gente, por su manera de ser, le pareció susceptible de ser explotada. Montado en su caballo, trotaba a lo largo del Dique sin pensar en sus frases más que un actor en el papel que ha representado cien veces. El Ilustre Gaudissart iba admirando el paisaje y avanzaba despreocupado sin sospechar que en los alegres valles de Vouvray iba a perecer su infalibilidad comercial.

En este punto se vuelven necesarios algunos datos sobre la manera de ser de las gentes de la Turena. El espíritu chismoso, taimado, burlón y epigramático que impregna cada página de la obra de Rabelais, expresa fielmente el espíritu turenés, espíritu sutil, elegante como debe serlo en una tierra en la que los reyes de Francia tuvieron, durante mucho tiempo, su corte; espíritu ardiente, artista, poético, voluptuoso, pero cuyas disposiciones primeras se extinguen rápidamente. La suavidad del aire, la belleza del clima, cierta facilidad de existencia y la bonhomía de las costumbres ahogan pronto el sentimiento de las artes, encogen el corazón más amplio y corroen la más tenaz de las voluntades. Trasplantad al turenés, y sus cualidades se desarrollan y producen grandes cosas, como lo han demostrado, en las esferas de actividad más diversas, Rabelais y Semblançay; Plantino el impresor y Descartes; Boucicaut, el Napoleón de su tiempo, y Pinaigrier, que pintó la mayoría de las vidrieras en las catedrales, y más tarde Verville y Courier[16]. Así, el turenés, tan notable fuera, en su tierra vive como el indio sobre su esterilla, como el turco en su diván. Emplea su ingenio en burlarse del vecino, en divertirse, y llega feliz al final de

la vida. La Turena es la verdadera abadía de Thélème, tan elogiada en el libro de Gargantúa[17]; allí se encuentran, como en la obra del poeta, complacencias religiosas, y reina la buena comida tan celebrada por Rabelais. En cuanto a la holgazanería, es sublime y queda admirablemente expresada por este dicho popular: «Turenés, ¿quieres sopa? —Sí. —Trae tu escudilla. —Ya no tengo hambre». ¿Es a la alegría de la viña, a la dulzura armoniosa de los más bellos paisajes de Francia, a la tranquilidad de una tierra donde nunca penetran las armas del extranjero, a lo que se debe el muelle abandono de estas fáciles y dulces costumbres? A estas preguntas no hay respuesta. Id a esa Turquía de Francia, os quedaréis allí perezosos, indolentes, felices. Si fuerais ambiciosos como lo era Napoleón, o poeta como lo era Byron, una fuerza inaudita, invencible, os obligaría a guardaros para vosotros vuestras poesías y a convertir en sueños vuestros proyectos ambiciosos.

El Ilustre Gaudissart debía encontrar allí, en Vouvray, a uno de esos guasones indígenas cuyas burlas solo son ofensivas por la perfección misma de la burla, y con el que hubo de sostener una cruel lucha. Con razón o sin ella, a los tureneses les gusta mucho heredar de sus padres. Por lo tanto, la doctrina de Saint-Simon era entonces particularmente odiada y vilipendiada; pero como se odia y se vilipendia en Turena, con un desdén y una superioridad de burla digna del país de las buenas historias y de las bromas pesadas hechas a los vecinos, manera de ser que desaparece de día en día ante lo que lord Byron llamó el *cant*[18] inglés.

Para su desgracia, después de haberse apeado en el *Soleild'Or,* posada regentada por Mirouflet, antiguo granadero de la Guardia Imperial que se había casado con una rica viticultora, y al que confió solemnemente su caballo, Gaudissart fue a ver al pícaro de Vouvray, el gracioso del lugar, el bromista obligado por su papel y por su carácter a mantener regocijado a su pueblo. Este Fígaro campesino, antiguo tintorero, gozaba de una renta de siete a ocho mil libras, de una preciosa casa asentada en la ladera, de una mujercita regordeta, de una salud robusta. Desde hacía diez años, solo tenía que cuidar de su jardín y de su mujer, de su hija casadera, además de jugar una partida por la noche, estar al corriente de todos las maledicencias que entraban en su jurisdicción, entorpecer las elecciones, guerrear con los grandes propietarios y organizar comilonas; trotar por el Dique, ir a ver lo que pasaba en Tours y fastidiar al cura; en fin, por todo drama, aguardar la venta de un pedazo de tierra enclavado en sus viñas. En resumen, llevaba la vida turenesa, la vida de pequeña ciudad campesina. Era, además, la notabilidad más imponente de la burguesía, el jefe de la pequeña propiedad celosa, envidiosa, que rumia y propaga encantado contra la aristocracia maledicencias y calumnias, que rebaja todo a su nivel, por ser enemigo de todas las superioridades, despreciándolas incluso con la calma admirable de la ignorancia. El señor Vernier, que así se llamaba este pequeño gran personaje del lugar, acababa de almorzar, entre su mujer y su hija, cuando Gaudissart se presentó en la sala por cuyas ventanas se veían el Loira y el Cher, uno de los comedores más alegres de la región.

—¿Es el señor Vernier en persona?… –dijo el viajante, doblando su columna

vertebral con tanta gracia que parecía elástica.

—Sí, señor –respondió el malicioso tintorero interrumpiéndolo y lanzándole una mirada escrutadora por la que enseguida reconoció la clase de hombre con la que tenía que vérselas.

—Vengo, señor –continuó Gaudissart–, a reclamar la ayuda de sus luces para orientarme en este cantón en el que, según me ha dicho Mitouflet, usted ejerce la mayor influencia. He sido enviado a los departamentos por una empresa de la mayor importancia, formada por banqueros que quieren…

—Que quieren sacarnos los cuartos –dijo riendo Vernier, acostumbrado en el pasado a tratar con viajantes y viéndole venir.

—Exactamente –respondió con insolencia el Ilustre Gaudissart–. Pero debe saber, señor, ya que tiene un tacto tan fino, que no se le pueden sacar los cuartos a la gente mientras esta no tenga algún interés en dejárselos sacar. Le ruego por tanto que no me confunda con los vulgares viajantes que basan su éxito en la astucia o en la impertinencia. Ya no soy viajante, lo fui, señor, y me enorgullezco de ello. Pero hoy tengo una misión de la más alta importancia y que debe hacer que las mentes superiores me consideren como un hombre que se dedica a ilustrar su país. Dígnese escucharme, señor, y verá que habrá ganado mucho en la media hora de conversación que tengo el honor de rogarle que me conceda. Los más célebres banqueros de París no participan de manera ficticia en este asunto como en algunas de esas vergonzosas especulaciones que yo llamo *ratoneras;* no, no, nada de eso; yo no me encargaría de propalar semejantes *engañabobos.* No, señor, las mejores y las más respetables casas de París participan en la empresa, como interesados y como garantía…

Gaudissart desplegó el repertorio de sus frases y el señor Vernier le dejó continuar escuchándolo con un aparente interés que engañó a Gaudissart. Pero, a la sola palabra de *garantía*, Vernier había dejado de prestar atención a la retórica del viajante, y pensaba en jugarle alguna mala pasada, a fin de librar de esa especie de orugas parisinas una región llamada bárbara con toda justicia por los especuladores que no pueden hincarle el diente.

En lo alto de un delicioso valle, llamado *Vallée Coquette* a causa de sus sinuosidades, de sus curvas que renacen a cada paso y parecen más bellas a medida que se avanza, tanto subiendo como bajando su alegre curso, vivía en una casita rodeado de un cercado de viñas un hombre medio loco llamado Margaritis. De origen italiano, Margaritis estaba casado, no tenía hijos, y su mujer le cuidaba con un coraje apreciado por todos. La señora Margaritis corría desde luego peligros al lado de un hombre que, entre otras manías, se empeñaba en llevar siempre encima dos cuchillos de larga hoja con los que a veces la amenazaba. Pero ¿quién no conoce la admirable abnegación con que la gente de provincias se consagra a los seres que sufren, quizás a causa del deshonor que espera a una burguesa si abandona su hijo o su marido a los cuidados públicos de la beneficencia. ¿Y quién no conoce también la repugnancia que siente la gente de provincias a pagar la pensión de cien luises o de mil escudos

exigida en Charenton o en las casas de salud? Si alguien le hablaba a la señora Margaritis de los doctores Dubuisson, Esquirol, Blanche[19] u otros, prefería con noble indignación guardarse sus tres mil francos y guardar al *infeliz.* Como las incomprensibles voluntades que la locura dictaba a aquel infeliz están relacionadas con el desenlace de esta aventura, es necesario indicar las más notables. Margaritis salía de casa en cuanto llovía a cántaros y se paseaba con la cabeza descubierta por sus viñas. En casa, pedía en todo momento el periódico; para contentarle, su mujer o la criada le daban un viejo periódico de Indre-et-Loire; y desde hacía siete años aún no se había dado cuenta de que siempre leía el mismo número. Tal vez un médico hubiera observado, no sin interés, la relación existente entre el incremento de sus peticiones de periódico y las variaciones atmosféricas. La ocupación más constante de aquel loco consistía en verificar el estado del cielo, en relación con sus efectos sobre la viña. Por lo general, cuando su mujer tenía visitas, cosa que ocurría casi todas las tardes, los vecinos, porque los vecinos, apiadados de su situación, acudían a jugar con ella al boston[20], Margaritis permanecía en silencio, metido en un rincón, y no se movía; pero cuando sonaban las diez en su reloj encerrado en un gran armario oblongo, se levantaba al último tañido con la precisión mecánica de las figuras puestas en movimiento por un resorte en las monturas de los juguetes alemanes, avanzaba despacio hasta los jugadores, les lanzaba una mirada bastante parecida a la mirada automática de los griegos y los turcos expuestos en el bulevar del Temple en París, y les decía: «¡Váyanse!». En ciertas épocas, este hombre recuperaba su antiguo espíritu y entonces daba a su mujer excelentes consejos para la venta de los vinos; pero entonces se volvía extremadamente insufrible, robaba golosinas en los armarios y las devoraba a escondidas. A veces, cuando entraban las visitas habituales, respondía a sus preguntas con educación, pero la mayoría de las veces les decía las cosas más incoherentes. Así, a una señora que le preguntaba: «¿Cómo se encuentra hoy, señor Margaritis? —Me he arreglado la barba, ¿y usted?… –le respondía. —¿Está usted mejor, señor? –le preguntaba otro. —¡Jerusalén, Jerusalén!» –contestaba. Pero la mayor parte del tiempo miraba a sus invitados con aire estúpido, sin pronunciar palabra, y su mujer les decía entonces: «Hoy el pobre no entiende nada». En cinco años, y siempre hacia el equinoccio, le ocurrió enfurecerse dos o tres veces por esa observación, sacar su cuchillo y gritar: «Esta fulana me deshonra». De cualquier modo, bebía, comía y paseaba como hubiera hecho un hombre de perfecta salud. Por eso todo el mundo había terminado por no prestarle más respeto ni atención de los que se presta a un mueble grande. Entre todas sus extravagancias, había una cuyo sentido nadie había podido descubrir, porque, a la larga, las cabezas pensantes de la región habían terminado por comentar y explicar los actos más irracionales de este loco. Siempre quería tener un saco de harina en casa, y dos barriles de vino de su cosecha, sin permitir que nadie tocase ni la harina ni el vino. Pero cuando llegaba el mes de julio, se preocupaba por la venta del saco y de los dos barriles de vino con toda la solicitud de un loco. Entonces, casi siempre, la señora

Margaritis le decía que había vendido las dos barricas a un precio exorbitante, y le entregaba el dinero, que él escondía sin que ni su mujer ni su criada hubieran podido, ni siquiera espiándole, descubrir donde estaba el escondrijo.

La víspera del día en que Gaudissart llegó a Vouvray, la señora Margaritis sintió más pena que nunca por engañar a su marido, que parecía haber recuperado la razón.

—La verdad, no sé cómo transcurrirá para mí la jornada de mañana –le había dicho a la señora Vernier–. Figúrese que el infeliz ha querido ver sus dos barricas de vino. Me ha hecho *enrabiar*[21] tanto todo el día que he tenido que enseñarle dos barricas llenas. Por suerte, nuestro vecino Pierre Champlain tenía dos barriles que no ha podido vender; y, a ruego mío. los ha llevado a nuestra bodega. Y entonces, en cuanto el infeliz ha visto las barricas, ¡se ha empeñado en ir a venderlas él mismo!

La señora Vernier acababa de confiar a su marido el apuro en que se encontraba la señora Margaritis un momento antes de la llegada de Gaudissart. Desde que el viajante de comercio empezó a hablar, Vernier se propuso ponerlo frente a frente con el infeliz Margaritis.

—Señor –respondió el antiguo tintorero cuando el Ilustre Gaudissart hubo soltado su primera andanada–, no voy a ocultarle las dificultades que su empresa debe encontrar aquí. Nuestra región es una tierra que camina en su mayor parte *suo modo*, una tierra donde nunca arraigará una idea nueva. Vivimos como vivían nuestros padres, nos divertimos haciendo cuatro comidas diarias, nos ocupamos en cultivar nuestras viñas y en vender bien nuestros vinos. Por todo negocio, tratamos *ingenuamente* de vender las cosas más caras de lo que cuestan. Seguiremos en esa rodada sin que ni Dios ni el Diablo consigan sacamos de ella. Pero voy a darle un buen consejo, y un buen consejo vale más que un ojo de la cara. En el pueblo tenemos un antiguo banquero en cuyas luces yo tengo, particularmente, la mayor confianza; y, si usted consigue su apoyo, le uniré el mío. Si sus proposiciones constituyen ventajas reales, si quedamos convencidos, tras el aval del señor Margaritis al que se unirá el mío, hay en Vouvray veinte casas ricas cuyas bolsas se abrirán y tomarán su vulneraria.

Al oír el nombre del loco, la señora Vernier levantó la cabeza y miró a su marido.

—Mire, precisamente mi mujer tiene intención, según creo, de visitar a la señora Margaritis, a cuya casa debe ir con una de nuestras vecinas. Espere un momento, estas damas le acompañarán. Vete a recoger a la señora Fontanieu –dijo el viejo tintorero guiñando un ojo a su mujer.

Nombrar a la comadre más alegre, más elocuente y más bromista de la comarca, ¿no era indicar a la señora Vernier que llevase testigos para observar bien la escena que iba a producirse entre el viajante de comercio y el loco, a fin de divertir al pueblo durante un mes? El señor y la señora Vernier representaron tan bien su papel que Gaudissart no concibió la menor desconfianza y cayó de lleno en la trampa; ofreció galantemente el brazo a la señora Vernier y, durante el camino, creyó haber conquistado a las dos damas, con las que se mostró de un ingenio asombroso, con

agudezas y juegos de palabras incomprendidos.

La casa del pretendido banquero estaba situada en el lugar en que comienza *Vallée Coquette*. Esa morada, llamada La Fuye, no tenía nada de extraordinario. En la planta baja había un gran salón revestido de madera, con sendos dormitorios a cada lado, el del infeliz y el de su mujer. Se accedía al salón por un vestíbulo que servía de comedor y comunicaba con la cocina. Esa planta baja, desprovista de la elegancia exterior que distingue las casas más humildes en Turena, estaba coronada por dos buhardillas a las que se subía por una escalera construida fuera de la casa, y apoyada en uno de los aguilones y cubierta por un voladizo. Un pequeño jardín lleno de caléndulas, celindas y saúcos, separaba la vivienda de los pagos. Alrededor del patio se alzaban las dependencias necesarias para la explotación de las viñas.

Sentado en su salón, al lado de una ventana, en un sillón de terciopelo de Utrecht amarillo, Margaritis no se levantó al ver entrar a las dos damas y a Gaudissart, pensaba en la venta de sus dos barriles de vino. Era un hombre seco, cuyo cráneo, calvo por delante, provisto de ralos cabellos por detrás, era de conformación piriforme. Sus ojos hundidos, coronados por espesas cejas negras y con profundas ojeras, su nariz en forma de hoja de cuchillo, sus maxilares salientes y sus mejillas hundidas, las líneas del rostro, por lo general oblongas, todo, hasta su mentón desmesuradamente largo y plano, contribuía a dar a su fisonomía un aire extraño, el de un viejo profesor de retórica o el de un trapero.

—Señor Margaritis –le dijo la señora Vernier–, ¡vamos, muévase! Aquí tiene un señor que mi marido le envía, hay que escucharle con atención. Deje sus cálculos matemáticos y hable con él.

Al oír estas palabras, el loco se levantó, miró a Gaudissart, le hizo seña de sentarse y le dijo:

—Hablemos, señor.

Las tres mujeres fueron a la habitación de la señora Margaritis, dejando la puerta abierta a fin de oír todo y poder intervenir en caso necesario. Apenas se habían instalado cuando el señor Vernier llegó sigilosamente por las viñas, hizo que le abrieran la puertaventana y entró sin ruido.

—Señor –dijo Gaudissart–, usted se ha dedicado a los negocios…

—Públicos –dijo Margaritis interrumpiéndole–. Yo pacifiqué Calabria bajo el reinado del rey Murat.

—¡Vaya, ahora se ha ido a Calabria! –dijo en voz baja el señor Vernier.

—Entonces –prosiguió Gaudissart–, nos entenderemos a la perfección.

—Le escucho –respondió Margaritis adoptando la postura de un hombre que posa para su retrato en el taller de un pintor.

—Señor –dijo Gaudissart haciendo girar la ruedecilla de su reloj a la que no dejó de imprimir por distracción un movimiento rotatorio y periódico que entretuvo mucho al loco y que tal vez contribuyó a que permaneciera tranquilo–, señor, si usted no fuera un hombre superior… (Aquí el loco hizo una inclinación), me contentaría

con valorar materialmente las ventajas del negocio cuyos motivos psicológicos merece la pena que le exponga. Escuche. De todas las riquezas sociales, ¿no es el tiempo la más preciosa?; y economizarlo ¿no es enriquecerse? Ahora bien, ¿hay algo que consuma más tiempo en la vida que las inquietudes sobre lo que se llama *el cocido*, locución vulgar, pero que plantea con toda claridad la cuestión? ¿Hay algo que consuma más tiempo que la falta de garantías que ofrecer a los que pedimos dinero cuando, momentáneamente pobres, somos ricos de esperanzas?

—Dinero, ya estamos –dijo Margaritis.

—Pues bien, señor, he sido enviado a los departamentos por una compañía de banqueros y de capitalistas que se han dado cuenta de la enorme pérdida que, en tiempo y, por consiguiente en inteligencia o en actividad productiva, sufren de esta manera los hombres de porvenir. Y hemos tenido la idea de capitalizar a esos hombres ese mismo porvenir, de negociarles sus talentos, negociándoles, ¿sabe qué?, el tiempo *dito*[22], y asegurarles su valor a sus herederos. No se trata de economizar el tiempo, sino de ponerle precio, de expresarlo en cifras, de representar pecuniariamente los productos que usted presume obtener en ese espacio intelectual, representando las cualidades morales de que usted está dotado y que son, señor, fuerzas vivas, como un salto de agua, como una máquina de vapor de tres, diez, veinte, cincuenta caballos. ¡Ah!, esto es un progreso, un movimiento hacia un mejor orden de cosas, movimiento debido a la actividad de nuestra época, esencialmente progresiva, como le demostraré cuando lleguemos a las ideas de una coordinación más lógica de los intereses sociales. Voy a explicarme con ejemplos sensibles. Dejo a un lado el razonamiento puramente abstracto, lo que nosotros llamamos la matemática de las ideas. En lugar de ser un propietario que vive de sus rentas, usted es un pintor, un músico, un artista, un poeta…

—Soy pintor… –dijo el loco a modo de paréntesis.

—De acuerdo, ya que comprende bien mi metáfora, usted es pintor, tiene un hermoso futuro, un rico porvenir. Pero yo voy más lejos…

Al oír estas palabras, el loco examinó a Gaudissart con aire inquieto para ver si quería salir, y solo se tranquilizó al ver que seguía sentado.

—Usted incluso no es nada –dijo Gaudissart continuando–, pero se siente…

—Me siento –dijo el loco.

—Usted se dice: «Seré ministro». Pues bien, usted, pintor, usted, artista, literato, futuro ministro, pone una cifra a sus esperanzas, las tasa, les pone una tarifa, supongamos, de cien mil escudos…

—¿Me trae entonces cien mil escudos? –dijo el loco.

—Sí, señor, ahora verá. O sus herederos se los embolsarán necesariamente si usted llega a morir, dado que la empresa se compromete a pagárselos, o los cobra usted por sus trabajos artísticos, por sus afortunadas especulaciones si vive. Si se equivoca, puede incluso empezar de nuevo. Pero una vez que, como tengo el honor de decirle, ha fijado usted la cifra de su capital intelectual, porque es un capital

intelectual, compréndalo bien, intelectual…

—Comprendo –dijo el loco.

—Firmará un contrato de seguro con la administración, que le reconoce un valor de cien mil escudos a usted, pintor…

—Soy pintor –dijo el loco.

—No –continuó Gaudissart–, a usted músico, a usted ministro, y se compromete a pagárselos a su familia, a sus herederos si, las esperanzas, el cocido basado en el capital intelectual terminara derramado. El pago de la prima basta para consolidar así su…

—Su caja –dijo el loco interrumpiéndole.

—Pues claro, señor. Veo que el señor conoce el mundo de los negocios.

—Sí –dijo el loco–, fundé el Banco territorial de la calle de los Fossés-Montmartre, en París, en 1798.

—Porque para pagar los capitales intelectuales que cada uno se reconoce y se atribuye –continuó Gaudissart–, ¿no es preciso que todos los asegurados den determinada prima, el tres por ciento, una anualidad del tres por ciento? De este modo, por el pago de una pequeña cantidad, de una miseria, garantiza usted a su familia las enojosas secuelas de su muerte.

—Pero estoy vivo –dijo el loco.

¡Ah!, ¡si usted vive mucho tiempo! Esa es la objeción más comúnmente hecha, objeción vulgar, y comprenderá que si no la hubiéramos previsto, aniquilado, no seríamos dignos de ser… ¿qué?… ¿Qué somos después de todo? Los tenedores de libros de la gran oficina de las inteligencias. Señor, no digo esto por usted, pero en todas partes encuentro gente que tiene la pretensión de enseñar algo nuevo, de dar lecciones a personas que han echado canas en los negocios… ¡Palabra de honor que da pena! Pero el mundo es así, y yo no tengo la pretensión de reformarlo. Su objeción, señor, carece de sentido…

—*¿Questo*[23]*?* –dijo Margaritis.

—Por lo siguiente. Si usted vive y tiene los medios evaluados en su póliza de seguros contra la probabilidad de la muerte, ¿me sigue?…

—Le sigo.

—Pues entonces, ha triunfado usted en sus empresas. Y ha triunfado precisamente por la citada póliza de seguros, porque ha duplicado sus probabilidades de éxito al librarse de todas las inquietudes que se tienen cuando uno arrastra consigo una mujer y unos hijos que nuestra muerte puede reducir a la más espantosa miseria. Si lo consigue, ha cobrado entonces el capital intelectual que, comparado con el seguro, ha sido una bagatela, una verdadera bagatela, una pura bagatela.

—¡Excelente idea!

—¿Verdad que sí, señor? —continuó Gaudissart–. Yo llamo a esta caja de beneficencia ¡el seguro mutuo contra la miseria!…, o, si lo prefiere, la capitalización del talento. Porque el talento, señor, el talento es una letra de cambio que la

naturaleza otorga al hombre de genio, y cuyo vencimiento suele estar a menudo muy lejano… ¡Ja, ja!

—¡Vaya usura! –exclamó Margaritis.

«¡Demonio, qué astuto es este infeliz! Me he equivocado –pensó Gaudissart–. Tengo que dominar a este hombre con consideraciones más elevadas, con mi truco número uno».

—En absoluto, señor –exclamó Gaudissart en voz alta–, para usted que…

—¿Aceptaría un vaso de vino? –preguntó Margaritis.

—Encantado.

—Mujer, danos una botella de ese vino del que nos quedan dos barricas. —Se encuentra usted en el corazón de Vouvray –dijo el infeliz mostrando sus viñas a Gaudissart–. ¡El pago Margaritis!

La sirvienta trajo dos vasos y una botella de vino del año 1819. El bueno de Margaritis lo escanció cuidadosamente en un vaso y lo presentó con toda solemnidad a Gaudissart, que lo bebió.

—Pero se burla usted de mí –dijo el viajante–, esto es vino de Madera, verdadero vino de Madera.

—Estoy seguro –dijo el loco–. El inconveniente del vino de Vouvray, señor, es que no puede servirse como vino ordinario ni como vino de aperitivo; es demasiado generoso, demasiado fuerte; por eso se vende en París como vino de Madera mezclándolo con aguardiente. Nuestro vino es tan espirituoso que, cuando nuestra cosecha no es bastante buena para Holanda y Bélgica, muchos comerciantes de París nos compran nuestros vinos, los cortan con vinos de los alrededores de París, y hacen entonces vinos de Burdeos. Pero lo que usted está bebiendo en este momento, mi querido y muy amable señor, es un vino de rey, el mejor de Vouvray. Tengo dos barricas, solo dos barricas. Los amigos de los buenos vinos, de los vinos de la mejor clase, y que quieren servir en sus mesas calidades fuera de comercio, como muchas casas de París que tienen amor propio por sus vinos, se los hacen suministrar directamente por nosotros. ¿Conoce a personas que?…

—Volvamos a nuestro asunto –dijo Gaudissart.

—En él estamos, señor –continuó el loco–. Mi vino se sube a la cabeza, cabeza tiene que ver etimológicamente con capital; y usted habla de capitales… ¿no? *Caput*, ¡cabeza, cabeza de Vouvray!, todo concuerda…

—Así pues –dijo Gaudissart–, o usted ha materializado sus capitales intelectuales…

—He materializado, señor. ¿Quiere entonces mis dos barricas? Se las pondré a buen precio.

—No –dijo el Ilustre Gaudissart–, yo hablo del seguro de los capitales intelectuales y de las inversiones sobre la vida. Vuelvo a mi razonamiento.

El loco se calmó, recuperó su actitud y miró a Gaudissart.

—Le digo, señor, que, si usted muere, el capital se paga a su familia, sin

problemas.

—Sin problemas.

—Sí, a condición de que no haya suicidio.

—Materia para pleitos.

—No, señor. Como sabe, el suicidio es uno de esos actos muy fáciles de constatar.

—En Francia –dijo el loco–. Pero…

—¿Pero en el extranjero? –replicó Gaudissart–. Pues bien, señor, para acabar con ese punto le diré que la simple muerte en el extranjero y la muerte en el campo de batalla están fuera de…

—¿Entonces qué asegura usted?… ¡Nada de nada! –exclamó Margaritis–. Mi banco territorial descansaba en…

—¿Nada de nada, señor?… –exclamó Gaudissart interrumpiendo al infeliz–. ¿Nada de nada?… ¿Y la enfermedad, y los pesares, y la miseria, y las pasiones? Pero dejemos de lado los casos excepcionales.

No, vayamos a esos casos –dijo el loco.

—¿Qué resulta de este negocio? –exclamó Gaudissart–. A usted, banquero, voy a darle cifras concretas del producto. Un hombre existe, tiene un porvenir, goza de buena posición, vive de su arte, necesita dinero, lo pide… nada. Toda la civilización se niega a dárselo a este hombre que domina en pensamiento a la civilización y debe dominarla un día por los pinceles, por el cincel, por la palabra, por una idea, por un sistema. ¡Atroz civilización! No tiene pan para sus grandes hombres que le proporcionan su lujo; solo los alimenta con injurias y burlas,… ¡esa pelandusca dorada!… La expresión es fuerte, pero no me retracto. Entonces, ese gran hombre incomprendido viene a nosotros, nosotros lo consideramos un gran hombre, lo saludamos con respeto, le escuchamos y nos dice: «Señores del seguro sobre los capitales, mi vida vale tanto; sobre mis producciones les daré este tanto por ciento»… Y bien, ¿qué hacemos nosotros?… Inmediatamente, sin envidias, lo admitimos en el soberbio festín de la civilización como a un importante invitado…

—Entonces hace falta vino… –dijo el loco.

—Como a un invitado importante. Firma su póliza de seguros, se lleva nuestros papeluchos, nuestros miserables papeluchos que, a pesar de ser viles papeluchos, tienen sin embargo más fuerza de la que tenía su genio. Porque, si necesita dinero, todo el mundo, a la vista de su póliza, le presta el dinero. En la Bolsa, en los bancos, en todas partes, e incluso entre los usureros, encuentra el dinero porque ofrece garantías. Y bien, señor, ¿no era una laguna del sistema social que había que colmar? Pero, señor, esto no es más que una parte de las operaciones emprendidas por la Sociedad sobre la vida. Aseguramos a los deudores mediante otro sistema de primas. Ofrecemos intereses vitalicios a una tasa graduada según la edad, en una escala infinitamente más ventajosa de la que lo han sido hasta ahora las tontinas, basadas en tablas de mortalidad cuya falsedad está demostrada[24]. Como nuestra Sociedad opera sobre las masas, los rentistas vitalicios no deben temer los pensamientos que

entristecen su vejez, tan triste ya en sí misma; pensamientos que necesariamente les esperan cuando un particular se ha hecho cargo de su dinero a cambio de una renta vitalicia. Ya lo ve, señor, nosotros hemos convertido en cifra la vida en todos los sentidos…

—Sorbido por todos los extremos –dijo el infeliz–; pero beba un vaso de vino, se lo merece. Tiene que forrar de terciopelo el estómago si quiere mantener adecuadamente su lengua. Señor, el vino de Vouvray, bien conservado, es un verdadero terciopelo.

—¿Qué piensa de esto? –dijo Gaudissart vaciando su vaso.

—Es algo muy bonito, muy nuevo, muy útil; yo prefiero los descuentos de valores territoriales que se hacían en mi banco de la calle de los Fossés-Montmartre.

—Tiene usted toda la razón, señor –respondió Gaudissart–; pero eso está visto y revisto, hecho y rehecho. Ahora tenemos la caja hipotecaria que presta sobre las propiedades y hace a lo grande *la retroventa.* Pero ¿no es esto una idea insignificante en comparación con la de solidificar las esperanzas? ¡Solidificar las esperanzas, coagular, financieramente hablando, los deseos de fortuna de cada uno, asegurarle su realización! Ha sido necesaria nuestra época, señor, época de transición, ¡de transición y de progreso al mismo tiempo!

—Sí, de progreso –dijo el loco–. Amo el progreso, sobre todo el que produce en la viña un buen tiempo…

El tiempo –prosiguió Gaudissart sin oír la frase de Margaritis–, *Le Temps*[25], señor, mal periódico. Si lo lee, le compadezco…

—¡El periódico! –dijo Margaritis–. Desde luego, los periódicos me apasionan. —¡Mujer! ¡Mujer!, ¿dónde está el periódico? –gritó volviéndose hacia la habitación.

—Pues bien, señor, si le interesan los periódicos, estamos hechos para entendernos.

—Sí, pero antes de entender el periódico, confiéseme que encuentra este vino…

—Delicioso –dijo Gaudissart.

—Venga, acabemos entre los dos la botella.

El loco se sirvió dos dedos de vino en su vaso y llenó el de Gaudissart.

—Pues bien, señor, tengo dos barricas de este vino. Si le parece bueno y estuviera usted interesado…

—Precisamente –dijo Gaudissart–, los Padres de la Fe saintsimoniana me ha pedido que les envíe los productos que… Pero hablemos de su hermoso y gran periódico. Usted, que comprende a la perfección el asunto de los capitales, y que me prestará su ayuda para hacer que triunfe en este cantón…

—Con mucho gusto –dijo Margaritis–, si…

—Entiendo, si me quedo con su vino. Pues su vino es muy bueno, señor, es incisivo.

—Hasta se hace con él vino de Champaña, hay un señor, un parisino, que viene a hacerlo aquí, en Tours.

—Lo creo, señor. *Le Globe*, del que habrá oído hablar…

—Lo he recorrido a menudo –dijo Margaritis.

—Estaba seguro –dijo Gaudissart–. Señor, tiene usted una cabeza poderosa, una chola a la que estos señores llaman la cabeza caballuna: en la cabeza de todos los grandes hombres hay algo del caballo. Pero se puede ser un gran genio y vivir ignorado. Es una broma que suele ocurrir bastante a menudo a los que, a pesar de su medios, permanecen oscuros, y que estuvo a punto de ocurrirle al gran Saint-Simon, y al señor Vico[26], hombre de gran talento que empieza a abrirse paso. ¡Va bien Vico! Estoy contento. Aquí entramos en la teoría y la fórmula nueva de la Humanidad. Atención, señor.

—Atención –dijo el loco.

—La explotación del hombre por el hombre hubiera debido cesar, señor, el día en que Cristo, no digo Jesucristo, digo Cristo, vino a proclamar la igualdad de los hombres ante Dios. Pero esa igualdad, ¿no ha sido hasta el presente la más deplorable quimera? Ahora bien, Saint-Simon es el complemento de Cristo. Cristo ha cumplido su tiempo.

Entonces, ¿lo han liberado? –dijo Margaritis.

—Ha cumplido su tiempo como el liberalismo. Ahora hay algo más importante delante de nosotros, es la nueva fe, la producción libre, individual, una coordinación social que hará que cada uno reciba equitativamente su salario social según su obra, y que ya no sea explotado por individuos que, sin capacidad, hacen trabajar a *todos* en beneficio de *uno* solo; de ahí la doctrina…

—¿Y qué hace con los criados? –preguntó Margaritis.

—Siguen siendo criados, señor, si no tienen otra capacidad que la de ser criados.

—Entonces, ¿para qué sirve la doctrina?

—¡Oh!, para juzgarla, señor, tiene que ponerse en el punto de vista muy elevado desde el que pueda abarcar claramente un aspecto general de la Humanidad. ¡Aquí entramos en pleno Ballanche! ¿Conoce al señor Ballanche[27]?

—¡No hacemos otra cosa! –dijo el loco que entendió *de la planche.*

—Bien –prosiguió Gaudissart–. Si el espectáculo palingenésico de las sucesivas transformaciones del *Globo* espiritualizado le afecta, le transporta, le conmueve, pues entonces, mi querido señor, el periódico *Le Globe,* nombre excelente que expresa su misión con toda claridad. *Le Globe* es el *cicerone* que le explicará todas las mañanas las nuevas condiciones en que se realizará, en poco tiempo, el cambio político y moral del mundo.

—¡*Questo*! –dijo el infeliz.

—Le haré comprender el razonamiento mediante una imagen –prosiguió Gaudissart–. Si, cuando éramos niños, nuestras criadas nos llevaron a ver a Séraphin[28], ¿no necesitamos nosotros, los viejos, los cuadros del porvenir? Estos señores…

—¿Beben vino?

—Sí, señor. Su casa está montada, puedo asegurarlo, sobre un pie excelente, un pie profético; bellos salones, todas las notabilidades, grandes recepciones.

—Pues bien –dijo el loco–, los obreros que se encargan de los derribos tienen tanta necesidad de vino como los que edifican.

—Con mayor motivo, señor, cuando se derriba con una mano y se reconstruye con otra, como hacen los apóstoles del *Globe.*

—Entonces necesitan vino, vino de Vouvray; las dos barricas que me quedan, trescientas botellas, por cien francos, una bagatela.

—¿A cuanto sale la botella? –dijo Gaudissart calculando–. Veamos. Están los portes, el fielato, no llegamos a los siete *sous;* pero sería un buen negocio. Todos los demás vinos se pagan más caros. (Bien, ya tengo a mi hombre, se dijo Gaudissart; quieres venderme el vino que necesito, voy a dominarte). Pues bien, señor –prosiguió–, los hombres que discuten están muy cerca de ponerse de acuerdo. Hablemos francamente, ¿tiene usted una gran influencia en este cantón?

—Eso creo –dijo el loco–. Nosotros somos *la cabeza* de Vouvray.

—Pues bien, ¿ha entendido perfectamente la cuestión de los capitales intelectuales?

—Perfectamente.

—¿Ha medido toda la magnitud del *Globe?*

—Dos veces… a pie.

Gaudissart no oyó, porque, sumido en sus pensamientos, solo se escuchaba a sí mismo como hombre seguro de triunfar.

—Ahora bien, teniendo en cuenta su situación, comprendo que no tiene nada que asegurar, dada la edad a que ha llegado. Pero, señor, usted puede hacer que se aseguren las personas que, en el cantón, sea por su valor personal, sea por la posición precaria de sus familias, querrían hacer fortuna. Por tanto, suscribiéndose al *Globe,* y apoyándome con su autoridad en el cantón para la colocación de capitales en renta vitalicia, porque en provincias hay afecto por lo vitalicio, pues bien, podríamos entendernos en lo que respecta a las dos barricas de vino. ¿Se queda con *Le Globe*?

—Voy sobre el globo.

—¿Me apoyará con las personas influyentes del cantón?

—Le apoyo…

—Y…

—Y…

—Y… Pero ¿se suscribe al *Globe*?

—*Le Globe,* buen periódico –dijo el loco–, periódico vitalicio.

—¿Vitalicio, señor?… Sí, tiene usted razón, está lleno de vida, de fuerza, de silencio, lleno de ciencia, bien presentado, bien impreso, buenas tintas, denso. Ah, eso no es *pacotilla, baratija, oropel,* seda que se desgarra cuando se la mira; es profundo, son razonamientos que se pueden meditar a gusto y que hace pasar el tiempo muy agradablemente en pleno campo.

—Eso me conviene –respondió el loco.

—*Le Globe* cuesta una bagatela, ochenta francos.

—Eso ya no me conviene –dijo el infeliz.

—Señor –dijo Gaudissart–, seguro que tiene varios nietos.

—Mucho –respondió Margaritis, que entendió *quiere a sus* nietos en lugar de *tiene varios nietos.*

—Pues entonces, *Le Journal des Enfants,* siete francos al año.

—Quédese con mis dos barricas de vino, yo me quedo con una suscripción de *Enfants,* eso me conviene, buena idea. Explotación intelectual, ¿el niño?… ¿No es el hombre por el hombre?

—Ha dado en el clavo, señor –dijo Gaudissart.

—Lo he hecho.

—¿Consiente entonces en ayudarme en el cantón?

—En el cantón.

—¿Tengo su aprobación?

—La tiene.

—Pues bien, señor, me quedo con sus dos barricas de vino por cien francos.

—No, no, ciento diez.

—Señor, ciento diez francos, de acuerdo, pero ciento diez por las eminencias de la Doctrina, y cien francos para mí. Le hago realizar una venta, por lo tanto me debe una comisión.

—Llévese los ciento veinte. *(Sin vino*[29]*).*

—Bonito juego de palabras. No solo es muy inteligente, sino muy espiritual.

—No, espirituoso, señor.

—Más difícil todavía, como en el teatrillo de Nicolet[30].

—Yo soy así –dijo el loco–. ¿Viene a ver mi viña?

—Encantado –dijo Gaudissart–, este vino se sube bastante a la cabeza.

Y el Ilustre Gaudissart salió con el señor Margaritis, que le paseó de mugrón en mugrón, de cepa en cepa, por sus viñas. Las tres damas y el señor Vernier pudieron reírse a gusto viendo de lejos al viajante y al loco discutiendo, gesticulando, parándose, reanudando la marcha, hablando con ardor.

—¿Por qué se lo ha llevado el pobre viejo? –dijo Vernier.

Por fin Margaritis volvió con el viajante de comercio: ambos caminaban con un paso acelerado como personas impacientes por terminar un asunto.

—Caramba, el infeliz se la ha jugado al parisino –dijo Vernier.

Y, de hecho, el Ilustre Gaudissart escribió en una esquina de una mesa de juego, para gran alegría del infeliz, una solicitud de entrega de las dos barricas de vino. Luego, tras haber leído el compromiso del viajante, el señor Margaritis le dio siete francos por una suscripción al *Journal des Enfants.*

—Hasta mañana entonces, señor –dijo el Ilustre Gaudissart haciendo girar la ruedecilla de su reloj–, mañana tendré el honor de venir a buscarle. Podrá enviar

directamente el vino a París, a la dirección indicada, y a continuación mande el reembolso.

Gaudissart era normando, y para él no existía compromiso que no fuese bilateral: quiso un compromiso del señor Margaritis, que, contento como lo está un loco cuando satisface una idea favorita, firmó, no sin leer, un albarán de entrega de dos barricas de vino de la viña Margaritis. Y el Ilustre Gaudissart se fue, dando saltitos y canturreando *Le Roi des mers, prends plus bas*[31], a la fonda del *Soleil d'or,* donde con la mayor naturalidad habló con el propietario mientras llegaba la cena. Mitouflet era un viejo soldado ingenuamente astuto como lo son los campesinos, pero que nunca se reía de una broma, como hombre acostumbrado a oír el cañón y a bromear con las armas en la mano.

—Aquí tienen ustedes gente muy inteligente –le dijo Gaudissart apoyándose en las jambas de la puerta y encendiendo su puro con la pipa de Mitouflet.

—¿Qué quiere decir? –preguntó Mitouflet.

—Que tienen gente muy avezada en las ideas políticas y financieras.

—¿De casa de quién viene, si no es indiscreción? –preguntó ingenuamente el posadero haciendo brotar hábilmente entre sus labios el salivazo periódicamente expectorado por los fumadores.

—De casa de un pájaro llamado Margaritis.

Mitouflet lanzó sucesivamente a su parroquiano dos miradas llenas de una fría ironía.

—Desde luego, ¡el viejo se las sabe todas! Tanto que los demás no siempre pueden comprenderle.

—Lo creo, entiende muy a fondo las altas cuestiones de finanzas.

—Sí –dijo el posadero–. Por eso siempre he lamentado que esté loco.

—¿Cómo loco?

—Loco, como se está loco cuando uno está loco –repitió Mitouflet–, pero no es peligroso, y su mujer lo vigila. ¿Así que se han entendido ustedes? –dijo con la mayor sangre fría el despiadado Mitouflet–. Es divertido.

—¡Divertido! –exclamó Gaudissart–: divertido, entonces, ¿su señor Vernier se ha burlado de mí?

—¿Ha sido él quien lo ha enviado? –preguntó Mitouflet.

—Sí.

—Mujer –gritó el posadero–, escucha. Al señor Vernier se le ha ocurrido la idea de enviar al señor a casa del pobre Margaritis.

—¿Y qué han podido decirse ustedes dos, mi querido señor –preguntó la mujer–, si él está loco?

—Me ha vendido dos barricas de vino.

—¿Y usted se las ha comprado?

—Sí.

—Su locura consiste en querer vender vino, no lo tiene.

—Bueno –dijo el viajante–. Lo primero que haré será darle las gracias al señor Vernier.

Y Gaudissart se dirigió hirviendo de cólera a casa del antiguo tintorero, al que encontró en su sala riéndose con unos vecinos a los que ya contaba la historia.

—Señor –dijo el príncipe de los viajantes lanzándole unas miradas encendidas–, es usted un granuja y un pícaro que, a menos que sea el último de los polizontes, gentes a las que considero por debajo de los presidiarios, debe darme satisfacción del insulto que acaba de hacerme al ponerme en contacto con un hombre del que sabía que estaba loco. ¿Me oye, señor Vernier tintorero?

—¡Cómo! –respondió Vernier, a quien la presencia de sus vecinos animó–, ¿cree que no tenemos derecho a burlarnos de un señor que se planta muy creído en Vouvray para pedirnos nuestros capitales so pretexto de que somos grandes hombres, pintores, y poetastros, y que, por tanto, nos asimila gratuitamente a gente sin un céntimo, sin palabra, oficio ni beneficio? ¿Qué hemos hecho nosotros, padres de familia, para eso? Un bribón que viene a proponernos suscripciones al *Globe*, periódico que predica una religión cuyo primer mandamiento de Dios ordena nada menos que no heredar a sus padres y madres? Le doy mi palabra de honor más sagrada, el tío Margaritis dice cosas más sensatas. Además, ¿de qué se queja? Ustedes dos se han entendido perfectamente, caballero. Estos señores pueden confirmarle que, aunque hubiera hablado con toda la gente del cantón, usted no habría sido mejor comprendido.

—Decir todo eso puede parecerle excelente, pero me doy por insultado, señor, y tendrá que darme satisfacción.

—Bien, señor, le doy por insultado, si eso le agrada, pero no le daré satisfacción, porque no hay suficiente razón en este asunto para que yo se la dé. ¡Será farsante!

Ante esta palabra, Gaudissart se lanzó sobre el tintorero para aplicarle una bofetada; pero los atentos ciudadanos de Vouvray se interpusieron entre ellos, y el Ilustre Gaudissart solo abofeteó la peluca del tintorero, que fue a caer en la cabeza de la señorita Claire Vernier.

—Si no está satisfecho, señor –dijo–, me quedo hasta mañana por la mañana en el hotel del *Soleil d'Or,* allí me encontrará, dispuesto a explicarle qué quiere decir dar satisfacción de una ofensa. ¡Me batí en Julio, señor!

—Pues bien, se batirá usted en Vouvray –respondió el tintorero–, y se quedará aquí más tiempo del que cree.

Gaudissart se fue rumiando esta respuesta, que le parecía llena de malos presagios. Por primera vez en su vida, el viajante no cenó alegremente. El pueblo de Vouvray quedó conmocionado por la aventura de Gaudissart y del señor Vernier. En aquella benigna tierra nunca había habido ningún duelo.

—Señor Mitouflet, debo batirme mañana con el señor Vernier, aquí no conozco a nadie, ¿quiere servirme usted de testigo? –le dijo Gaudissart a su anfitrión.

—Con mucho gusto –respondió el posadero.

Apenas hubo terminado Gaudissart de cenar cuando la señora Fontanieu y el

teniente alcalde de Vouvray se presentaron en *Soleil d'Or,* se llevaron aparte a Mitouflet y le hicieron ver lo desolador que sería para el cantón que allí hubiera una muerte violenta; le pintaron la horrible situación de la buena señora Vernier, conminándole a que arreglase aquel asunto de modo que quedara a salvo el honor del pueblo.

—Yo me encargo –dijo el malicioso posadero.

Por la noche, Mitouflet subió a la habitación del viajante con plumas, tintero y papel.

—¿Qué me trae ahí? preguntó Gaudissart.

—Ya que se bate usted mañana –dijo Mitouflet–, he pensado que le convendría tomar algunas pequeñas disposiciones; en fin, que podría tener necesidad de escribir, porque siempre hay seres que nos son queridos. ¡Oh!, eso no mata. ¿Es usted experto en armas? ¿Quiere refrescar la mano? Dispongo de floretes.

—Claro, con mucho gusto.

Mitouflet volvió con unos floretes y dos caretas.

—¡Veamos!

El posadero y el viajante se pusieron en guardia; Mitouflet, en su calidad de antiguo preboste de granaderos, propinó siete u ocho estocadas a Gaudissart, haciéndolo tambalearse y acorralándolo contra la pared.

—¡Diablo!, es usted todo un experto –dijo Gaudissart ya sin resuello.

—El señor Vernier es más experto que yo.

—¡Diablo! ¡Diablo!, entonces me batiré a pistola.

—Se lo aconsejo, porque, mire, empleando grandes pistolas de arzón y cargándolas hasta la boca, nunca se corre ningún riesgo, porque las pistolas *se desvían* y cada uno se retira como hombre de honor. ¿Me deja que lo arregle? Caramba, sería una estupidez que dos personas valientes se mataran por un gesto.

—¿Está seguro de que las pistolas *se desvían* lo suficiente? Después de todo, me molestaría matar a ese hombre –dijo Gaudissart.

—Duerma tranquilo.

A la mañana siguiente, los dos adversarios se encontraron un poco pálidos debajo del puente del Cise. El valiente Vernier estuvo a punto de matar a una vaca que pasaba a diez pasos de él, al borde de un camino.

—¡Ah!, ha tirado usted al aire –exclamó Gaudissart.

Tras estas palabras, los dos enemigos se abrazaron.

—Señor –dijo el viajante–, su broma era algo fuerte, pero divertida. Me molesta haberle insultado, estaba fuera de mí, le tengo por hombre de honor.

—Señor, le haremos veinte suscripciones al *Journal des Enfants* –replicó el tintorero, todavía pálido.

—En tal caso –dijo Gaudissart–, ¿por qué no comemos juntos? Los hombres que se baten, ¿no están muy cerca de entenderse?

—Señor Mitouflet –dijo Gaudissart al volver a la posada–, aquí debe de haber un

notario…

—¿Para qué?

—Quiero enviar una asignación a mi buen señor Margaritis, para que me suministre dos barricas de su viña…

—Pero si no las tiene –dijo Vermer.

—Bueno, señor, el asunto podrá arreglarse mediante veinte francos de indemnización. No quiero que se diga que su pueblo *ha tomado el pelo* al Ilustre Gaudissart.

La señora Margaritis, asustada por un proceso en el que el demandante debía tener razón, pagó los veinte francos al clemente viajante, a quien se evitó además la molestia de pleitear en uno de los cantones más alegres de Francia, pero uno de los más recalcitrantes a las ideas nuevas.

Al regreso de su viaje por las regiones meridionales, el Ilustre Gaudissart ocupaba la primera plaza del cupé en la diligencia de Laffitte-Caillard, donde tenía por vecino a un joven al que, desde Angulema, se dignaba explicar los misterios de la vida, tomándole sin duda por un niño.

Al llegar a Vouvray, el joven exclamó:

—¡Qué lugar tan encantador!

—Sí, señor –dijo Gaudissart–, pero el pueblo es insoportable a causa de sus habitantes. Tendría usted un duelo cada día. Mire, hace tres meses, yo me batí allí –dijo señalando el puente del Cise–, a pistola, con un maldito tintorero; pero… ¡lo *vapuleé*!…

París, noviembre de 1833.

FACINO CANE

Yo vivía entonces en una calleja que, sin duda, usted no conoce, la calle de Lesdiguières: empieza en la calle Saint-Antoine, enfrente de una fuente cerca de la plaza de la Bastilla y desemboca en la calle de la Cerisaie. El amor a la ciencia me había arrojado en una buhardilla donde trabajaba por la noche y pasaba el día en una biblioteca vecina, la de MONSIEUR. Vivía frugalmente, había aceptado todas las condiciones de la vida monástica, tan necesaria a los trabajadores. Cuando hacía buen tiempo, apenas si me paseaba por el bulevar Bourdon. Una sola pasión me arrastraba fuera de mis hábitos de estudio; pero ¿no seguía siendo un estudio? Iba a observar las costumbres del arrabal, sus habitantes y sus caracteres. Tan mal vestido como los obreros, indiferente al decoro, no los ponía en guardia contra mí; podía mezclarme en sus grupos, verlos concluyendo sus transacciones y discutiendo a la hora en que dejan el trabajo. En mí, la observación ya se había vuelto intuitiva, penetraba el alma sin descuidar el cuerpo; o, más bien, captaba tan bien los detalles exteriores que inmediatamente iba más allá; me proporcionaba la facultad de vivir la vida del individuo sobre el que se ejercitaba, permitiéndome entrar en él como el derviche de las *Mil y una noches* tomaba el cuerpo y el alma de las personas sobre las que pronunciaba ciertas palabras.

Cuando entre once y doce de la noche encontraba a un obrero y su mujer volviendo juntos del Ambigú-Comique[1], me entretenía siguiéndolos desde el bulevar del Pont-aux-Choux hasta el bulevar Beaumarchais. Aquellas buenas gentes hablaban primero de la obra que habían visto; de una cosa en otra, terminaban en sus asuntos: la madre arrastraba a su hijo de la mano sin atender sus quejas ni sus súplicas; los dos esposos contaban el dinero que les pagarían al día siguiente, lo gastaban de veinte maneras distintas. Luego venían los detalles del hogar, las quejas sobre el precio excesivo de las patatas, o sobre lo largo que se les hacía el invierno y el encarecimiento del carbón, recriminaciones enérgicas sobre lo que se debía al panadero; por último, discusiones que se envenenaban, y en las que cada uno de ellos revelaba su carácter con palabras pintorescas. Oyendo a estas gentes, yo podía compartir su vida, sentía sus harapos en mi espalda, mis pies caminaban en sus zapatos agujereados; sus deseos, sus necesidades, todo pasaba a mi alma, o mi alma pasaba a la suya. Era el sueño de un hombre despierto. Me acaloraba con ellos contra los jefes de taller que los tiranizaban, o contra los malos clientes que les hacían volver varias veces sin pagarles. Dejar los propios hábitos, volverse otro distinto mediante la embriaguez de las facultades morales, y entregarse a ese juego a voluntad: esa era mi distracción. ¿A qué debo ese don? ¿Es un sexto sentido? ¿Es una de esas cualidades cuyo abuso llevaría a la locura? Nunca he buscado las causas de ese poder; lo poseo y lo utilizo, eso es todo. Debe bastaros saber que, en aquella

época, yo había descompuesto los elementos de esa masa heterogénea llamada el pueblo, que la había analizado hasta el punto de Poder evaluar sus cualidades buenas y malas. Ya sabía de qué utilidad podía ser aquel arrabal, ese seminario de revoluciones que contiene héroes, inventores, sabios prácticos, granujas, malvados, virtudes y vicios, todos comprimidos por la miseria, asfixiados por la necesidad, ahogados en el vino, gastados por los licores fuertes. ¡No se podría imaginar cuántas aventuras perdidas, cuántos dramas olvidados en esa ciudad de dolor! ¡Cuántas cosas horribles y bellas! La imaginación no alcanzará nunca la verdad que allí se oculta y que nadie puede ir a descubrir; hay que descender demasiado bajo para encontrar esas admirables escenas, trágicas o cómicas, obras maestras engendradas por el azar. No sé cómo he estado tanto tiempo sin contar la historia que voy a referir, forma parte de esos relatos curiosos que han quedado en el saco de donde la memoria los extrae caprichosamente como números de lotería: tengo muchos otros, tan singulares como este, igualmente enterrados; pero les llegará su turno, creedlo.

Un día, mi mujer de la limpieza, esposa de un obrero, vino a rogarme que honrase con mi presencia la boda de una de sus hermanas. Para haceros comprender lo que podía ser esa boda, tengo que deciros que yo le pagaba cuarenta *sous* al mes a esa pobre criatura, que venía todas las mañanas a hacerme la cama, limpiar mis zapatos, cepillar mis trajes, barrer la habitación y preparar mi almuerzo; el resto del tiempo iba a dar vueltas a la manivela de una máquina, y ganaba en ese duro oficio diez *sous* diarios. Su marido, ebanista, ganaba cuatro francos. Pero como el matrimonio tenía tres hijos, apenas podía honestamente comer pan. Nunca he encontrado probidad más sólida que la de aquel hombre y aquella mujer. Después de dejar el barrio, la tía Vaillant vino durante cinco años a felicitarme mi cumpleaños trayéndome un ramo de flores y naranjas, ella, que nunca podía ahorrar diez *sous.* La miseria nos había acercado. Yo nunca pude darle otra cosa que diez francos, a menudo pedidos prestados para tal ocasión. Esto puede explicar mi promesa de ir a la boda, esperaba refugiarme en la alegría de aquella pobre gente.

El banquete, el baile, todo tuvo lugar en casa de un tabernero de la calle de Charenton, en el primer piso, en una gran pieza alumbrada por lámparas de reflectores de hojalata, revestida de un papel mugriento hasta la altura de las mesas, y con bancos de madera a lo largo de las paredes. En esa pieza, ochenta personas endomingadas, llenas de ramilletes y de cintas, totalmente animadas por el espíritu de la Courtille[2], con el rostro encendido, bailaban como si el mundo fuera a acabarse. Los recién casados se besaban en medio de la satisfacción general, y se oían exclamaciones como ¡eh!, ¡eh!, ¡ha!, ¡ha!, burlonas, pero en realidad menos indecentes de lo que son las miradas de reojo de las jóvenes bien educadas. Todo aquel mundo expresaba un regocijo brutal que tenía no sé qué de comunicativo.

Pero ni los semblantes de aquella reunión, ni la boda, ni nada de ese mundo tiene que ver con mi historia. Retened únicamente la extravagancia del cuadro. ¡Imaginad el establecimiento innoble y pintado de rojo, sentid el olor del vino, escuchad los

alaridos de aquella alegría, quedaos en ese barrio, en medio de esos obreros, de esos viejos y esas pobres mujeres entregados al placer de una noche!

Componían la orquesta tres ciegos de los Quinze-Vingts[3]; el primero era violín, el segundo clarinete, y el tercero flautín. A los tres se les pagaba en bloque siete francos por toda la noche. Por este precio, desde luego, no daban ni Rossini ni Beethoven, tocaban lo que querían y lo que podían; nadie les hacía el menor reproche, ¡deliciosa delicadeza! Su música atacaba de forma tan brutal el tímpano que, después de echar una ojeada sobre la reunión, miré a aquel trío de ciegos, e inmediatamente me sentí dispuesto a la indulgencia al reconocer su uniforme. Aquellos artistas estaban en el hueco de una ventana; por lo tanto, para distinguir sus rostros había que estar junto a ellos; no me acerqué de inmediato, pero cuando lo hice, no sé por qué, todo acabó, la boda y su música desaparecieron, mi curiosidad se vio excitada en sumo grado porque mi alma pasó al cuerpo del que tocaba el clarinete. El violín y el flautín, los dos, tenían unas caras vulgares, la cara tan conocida del ciego, llena de contención, atenta y grave; pero la del clarinetista era uno de esos fenómenos que detienen en seco al artista y al filósofo.

Imaginad la mascarilla en yeso de Dante iluminada por el resplandor rojo del quinqué, y rematada por un bosque de cabellos de un blanco argentado. La expresión amarga y dolorosa de aquella magnífica cabeza era engrandecida por la ceguera, pues los ojos muertos revivían por el pensamiento; de ellos escapaba una especie de resplandor ardiente, producido por un deseo único, incesante, enérgicamente inscrito sobre una frente abombada que surcaban arrugas parecidas a las hiladas de un viejo muro. Aquel viejo soplaba al azar, sin prestar la menor atención al compás ni a la melodía, sus dedos caían o se alzaban, agitaban las viejas llaves por un hábito maquinal, no le importaba cometer lo que se llama *pifias* en términos de orquesta, tan poco advertidas por los que bailaban como por los dos acólitos de mi italiano; porque yo quería que fuese italiano, y era un italiano. En aquel viejo Homero que guardaba en sí mismo una Odisea condenada al olvido había algo de grande y de despótico. Era una grandeza tan real que triunfaba de su abyección, era un despotismo tan activo que dominaba la pobreza. Ninguna de las violentas pasiones que llevan al hombre tanto al bien como el mal, que hacen de él un presidiario o un héroe, faltaba en aquel rostro noblemente cortado, lívidamente italiano, sombreado por unas cejas entrecanas que proyectaban su sombra sobre unas cavidades tan profundas que uno temblaba ante la idea de ver reaparecer la luz del pensamiento, como se teme ver aparecer por la boca de una cueva a unos bandidos armados de teas y puñales. Existía un león en aquella jaula de carne, un león cuya rabia se había agotado inútilmente contra el hierro de sus barrotes. El incendio de la desesperación se había apagado en sus cenizas, la lava se había enfriado; pero los surcos, las alteraciones y un poco de humo atestiguaban la violencia de la erupción, los estragos del fuego. Estas ideas, despertadas por el aspecto de aquel hombre, eran tan cálidas en mi alma como frías en su rostro.

Entre cada contradanza, el violín y el flautín, seriamente ocupados de su vaso y su

botella, suspendían su instrumento del botón de su levita rojiza, alargaban la mano hacia una mesita colocada en el hueco de la ventana donde estaba su cantina, y ofrecían siempre al italiano un vaso lleno que no podía coger por sí mismo, pues la mesa se hallaba detrás de su silla; y cada vez el clarinetista les daba las gracias con un gesto amistoso de cabeza. Sus movimientos se consumaban con esa precisión que sorprende siempre en los ciegos de los Quinze-Vingts, y que parece dar la impresión de que ven. Me acerqué a los tres ciegos para escucharlos; pero cuando estuve cerca, ellos me estudiaron, no reconocieron la naturaleza obrera, y permanecieron callados.

—¿De qué país es usted, el que toca el clarinete?

—De Venecia –respondió el ciego con un ligero acento italiano.

—¿Es usted ciego de nacimiento, o es ciego por…?

—Por accidente –respondió él rápidamente–, una maldita gota serena[4].

—Venecia es una hermosa ciudad, siempre he tenido el capricho de visitarla.

El semblante del viejo se animó, sus arrugas se agitaron, y se emocionó violentamente.

—Si yo fuera con usted, no perdería el tiempo –me dijo.

—No le hable de Venecia –me dijo el violín–, o nuestro dux empezará su cantinela; ¡y el príncipe ya tiene dos botellas en el coleto!

—Vamos, adelante, tío Pifia –dijo el flautín.

Los tres se dedicaron a tocar; pero durante el tiempo en que se pusieron a ejecutar las cuatro contradanzas, el veneciano me husmeaba, adivinaba el excesivo interés que sentía por él. Su semblante dejó su fría expresión de tristeza; no sé qué esperanza alegró todos sus rasgos, fluyó como una llama azul en sus arrugas; sonrió, se secó la frente, aquella frente audaz y terrible; por último, se puso alegre como un hombre que se entrega a su manía.

—¿Qué edad tiene? –le pregunté.

—¡Ochenta y dos años!

—¿Desde cuándo está ciego?

—Pronto hará cincuenta años –respondió con un acento que anunciaba que sus penas no se debían solo a la pérdida de la vista, sino a algún gran poder del que habría sido despojado.

—¿Por qué le llaman el dux? –le pregunté.

—¡Ah!, una broma –me dijo–, soy patricio de Venecia, y habría sido dux como cualquier otro.

—¿Cómo se llama entonces?

—Aquí –me dijo–, el tío Canet. Mi nombre no ha podido nunca escribirse de otra forma en los registros; pero, en italiano es *Marco Facino Cane, príncipe de Varese.*

—¿Cómo? ¿Desciende del famoso condotiero Facino Cane cuyas conquistas pasaron a los duques de Milán?

—*E vero*[5] –me dijo–. En aquel tiempo, para no ser asesinado por los Visconti, el hijo de Cane se refugió en Venecia y se hizo inscribir en el Libro de Oro. Pero ahora

ya no hay más Cane, como tampoco libro.

E hizo un gesto espantoso de extinguido patriotismo y de repugnancia por las cosas humanas.

—Pero si era senador de Venecia, debía ser rico; ¿cómo ha podido perder su fortuna?

A esta pregunta, levantó la cabeza hacia mí, como para contemplarme con un movimiento realmente trágico, y me respondió:

—¡En las desgracias!

Ya no pensaba en beber, rechazó con un gesto el vaso de vino que le tendió en ese momento el viejo flautín, luego agachó la cabeza. Estos detalles no eran capaces de calmar mi curiosidad. Durante la contradanza que tocaron aquellas tres máquinas, contemplé al viejo noble veneciano con los sentimientos que devoran a un joven de veinte años. Yo veía Venecia y el Adriático, la veía en ruinas sobre aquella figura arruinada. Me paseaba por esa ciudad tan querida de sus habitantes, iba del Rialto al Gran Canal, del muelle de los Esclavones al Lido, volvía a su catedral, tan sublime originalmente; miraba las ventanas de la *Casa Doro*, cada una con diferentes ornamentos; contemplaba esos viejos palacios tan ricos de mármol, en fin, todas esas maravillas con las que el sabio simpatiza tanto más cuanto que las colorea a su gusto y no despoetiza sus sueños con el espectáculo de la realidad. Remontaba el curso de la vida de aquel vástago del más grande de los *condottieri*, buscando las huellas de sus desdichas y las causas de aquella profunda degradación física y moral, que volvía más bellas aún las chispas de grandeza y de nobleza reanimadas en aquel momento. Nuestros pensamientos eran sin duda comunes, pues creo que la ceguera vuelve las comunicaciones intelectuales mucho más rápidas, al impedir que la atención se disperse sobre los objetos exteriores. La prueba de nuestra simpatía no se hizo esperar. Facino Cane dejó de tocar, se levantó, vino hacia mí y me dijo un: «¡Salgamos!» que produjo en mí el efecto de una ducha eléctrica. Le di el brazo y nos fuimos.

Cuando estuvimos en la calle, me dijo:

—¿Quiere llevarme a Venecia, guiarme, quiere tener fe en mí? Será usted más rico de lo que son las diez casas más ricas de Amsterdam o de Londres, más rico que los Rothschild, en fin, rico como *Las mil y una noches.*

Pensé que aquel hombre estaba loco; pero en su voz había un poder al que obedecí. Me dejé guiar y él me llevó hacia los fosos de la Bastilla como si hubiera tenido ojos. Se sentó sobre una piedra en un lugar muy solitario donde, después, se ha construido el puente por el que el canal Saint-Martin se comunica con el Sena. Yo me senté en otra piedra delante de aquel viejo cuyos cabellos blancos brillaron como hilos de plata a la claridad de la luna. El silencio que apenas turbaba el tormentoso ruido de los bulevares que llegaba hasta nosotros, la pureza de la noche, todo contribuía a volver aquella escena verdaderamente fantástica.

—¡Habla de millones a un joven, y cree que vacilaría en soportar mil males para

recogerlos! ¿No se burla de mí?

—Que me muera sin confesión –me dijo en tono violento– si lo que voy a decirle no es cierto. Tuve veinte años como usted los tiene en este momento, era rico, era hermoso, era noble, empecé por la primera de las locuras, por el amor. Amé como ya no se ama, hasta el punto de meterme en un baúl y arriesgarme a ser apuñalado sin haber recibido otra cosa que la promesa de un beso. Morir por *ella* me parecía toda una vida. En 1760 me enamoré de una Vendramini, una mujer de dieciocho años casada con un Sagredo, uno de los senadores más ricos, hombre de treinta años loco por su esposa. Mi amada y yo éramos inocentes como dos querubines cuando el *sposo* nos sorprendió hablando de amor; yo estaba sin armas, él no me acertó, salté sobre él, lo estrangulé con mis manos retorciéndole el cuello como a un pollo. Quise partir con Bianca, ella no quiso seguirme. ¡Así son las mujeres! Me marché solo, fui condenado, mis bienes fueron confiscados en provecho de mis herederos; pero me había llevado mis diamantes, cinco cuadros de Tiziano enrollados y todo mi oro. Fui a Milán, donde nadie me inquietó: mi caso no interesaba al Estado.

—Una pequeña observación antes de seguir –dijo tras una pausa–. Que los caprichos de una mujer influyan o no sobre su hijo cuando lo lleva en el seno o cuando lo concibe, lo cierto es que mi madre sintió pasión por el oro durante su embarazo. Yo tengo por el oro una monomanía cuya satisfacción es tan necesaria para mi vida que, en todas las situaciones en que me he encontrado, nunca he estado sin oro encima; manejo constantemente oro; de joven, siempre llevaba joyas y siempre tenía encima doscientos o trescientos ducados.

Al decir estas palabras, sacó dos ducados de su bolsillo y me los enseñó.

—Huelo el oro. Aunque ciego, me detengo ante las tiendas de los joyeros. Esa pasión me perdió, me convirtió en jugador para jugarme el oro. No era un granuja, me hicieron granujadas, me arruiné. Cuando me quedé sin fortuna, me entró un deseo furioso de ver a Bianca: volví en secreto a Venecia, la encontré, fui feliz durante seis meses, escondido en su casa, alimentado por ella. Pensaba deliciosamente acabar así mi vida. A ella la requería el Proveditor[6]; este adivinó la existencia de un rival, en Italia se los huele: nos espió, nos sorprendió en la cama, ¡el muy cobarde! Juzgue cuán viva fue nuestra lucha: no lo maté, lo herí gravemente. Esa aventura acabó con mi felicidad. Desde ese día no he vuelto a ver a Bianca. He disfrutado de grandes placeres, he vivido en la corte de Luis XV entre las mujeres más célebres; en ninguna parte he encontrado las cualidades, las gracias, el amor de mi querida veneciana. El Proveditor tenía sus criados, los llamó, el palacio fue rodeado, invadido; me defendí para poder morir ante los ojos de Bianca que me ayudaba a matar al Proveditor. En el pasado, aquella mujer no había querido huir conmigo; pero, tras seis meses de felicidad, quería morir conmigo, y recibió varias heridas. Sujetado por una gran capa que lanzaron sobre mí, fui enrollado, llevado en una góndola y transportado a una mazmorra de los Pozos[7]. Yo tenía veintidós años, aferraba con tal fuerza la empuñadura de mi espada que, para quitármela, habrían tenido que cortarme el puño.

Por una singular casualidad, o más bien inspirado por un pensamiento de precaución, escondí aquel trozo de hierro en un rincón, por si podía servirme. Me curaron. Ninguna de mis heridas era mortal. A los veintidós años, uno se recupera de todo. Debía morir decapitado, me hice el enfermo para ganar tiempo. Creía que me encontraba en un calabozo vecino del canal, mi proyecto era evadirme horadando el muro y cruzando el canal a nado, con riesgo de ahogarme. He aquí en qué razonamientos se apoyaba mi esperanza: cada vez que el carcelero me traía la comida, yo leía las indicaciones escritas en los muros, como: *lado del palacio, lado del canal, lado del subterráneo,* y terminé por vislumbrar un plan cuyo sentido me inquietaba un poco, pero explicable por el actual estado del palacio ducal, que no está terminado. Con el genio que presta el deseo de recuperar la libertad, conseguí descifrar, tanteando con la punta de los dedos la superficie de una piedra, una inscripción árabe con la que el autor de aquel trabajo advertía a sus sucesores que había separado dos piedras de la última hilera y excavado once pies de subterráneo. Para continuar su obra, había que esparcir por el suelo mismo de la mazmorra las partículas de piedra y mortero producidas por el trabajo de la excavación. Aunque los guardianes o los inquisidores no hubieran quedado tranquilos con la construcción del edificio, que solo exigía una vigilancia exterior, la disposición de los pozos, a los que se desciende por unos peldaños, permitía levantar gradualmente el suelo sin que los guardianes se diesen cuenta. Aquel inmenso trabajo había sido superfluo, al menos para el que lo había emprendido, porque su falta de conclusión anunciaba la muerte del desconocido. Para que su abnegación no se perdiese para siempre, era preciso que un prisionero conociera el árabe; y yo había estudiado las lenguas orientales en el convento de los armenios. Una frase escrita detrás de la piedra decía el destino de aquel desgraciado, muerto víctima de sus inmensas riquezas, que Venecia había codiciado y de las que se había apoderado. Necesité un mes para llegar a un resultado. Mientras trabajaba, y en los momentos en que la fatiga me extenuaba, ¡oía el sonido del oro, veía oro delante de mí, estaba deslumbrado por los diamantes! ¡Oh!, aguarde. Una noche, mi acero embotado topó con la madera. Afilé mi trozo de espada e hice un agujero en ella. Para poder trabajar, me deslizaba como una serpiente sobre el vientre, me desnudaba para excavar a la manera de los topos, adelantando mis manos y sirviéndome de la piedra incluso como punto de apoyo. La antevíspera del día en que debía comparecer ante mis jueces, durante la noche, quise intentar un último esfuerzo; horadé la madera, y mi acero no encontró nada más allá. ¡Juzgue mi sorpresa cuando apliqué los ojos al agujero! Me encontraba en el artesonado de una cueva donde una débil luz me permitía distinguir un montón de oro. El dux y uno de los Diez[8] estaban en aquella bodega, oía sus voces; sus palabras me hicieron saber que allí se hallaba el tesoro secreto de la República, los dones de los dux y las reservas del botín llamado el denario de Venecia, procedente del producto de las expediciones. ¡Estaba salvado! Cuando vino el carcelero, le propuse que favoreciese mi fuga y se fuera conmigo llevándonos todo lo que

pudiéramos coger. Ni siquiera se planteó la duda, aceptó. Un navío hacía vela para Levante, se tomaron todas las precauciones, Bianca patrocinó las medidas que yo dictaba a mi cómplice. Para no levantar sospechas, Bianca debía reunirse con nosotros en Esmirna. En una noche el agujero fue agrandado, y descendimos al tesoro secreto de Venecia. ¡Qué noche! Vi cuatro toneles llenos de oro. En la pieza anterior, la plata estaba igualmente acumulada en dos montones que dejaban en medio un camino para cruzar la habitación donde las monedas, formando un talud, revestían los muros hasta los cinco pies de altura. Pensé que el carcelero se volvía loco: cantaba, saltaba, reía, daba brincos encima del oro; lo amenacé con estrangularlo si perdía el tiempo o hacía ruido. En medio de su alegría, no vio al principio una mesa donde estaban los diamantes. Me arrojé sobre ellos con la suficiente habilidad para llenar mi blusa de marinero y los bolsillos de mi pantalón. ¡Dios mío!, no cogí ni la tercera parte. Bajo aquella mesa había lingotes de oro. Convencí a mi compañero para llenar de oro tantos sacos como pudiéramos llevar, haciéndole observar que era la única manera de no ser descubiertos en el extranjero. «Las perlas, las joyas, los diamantes nos delatarían», le dije. Por mucha que fuera nuestra avidez, solo pudimos coger dos mil libras de oro, que necesitaron seis viajes a través de la prisión hasta la góndola. El centinela de la puerta de agua había sido comprado con un saco de diez libras de oro. En cuanto a los dos gondoleros, creían servir a la República. Partimos al hacerse de día. Cuando nos encontramos en alta mar y recordé aquella noche, cuando reviví las sensaciones que había sentido y volví a ver aquel inmenso tesoro donde, según mis cálculos, dejaba treinta millones en plata y veinte millones en oro, varios millones en diamantes, perlas y rubíes, se produjo en mí una especie de ataque de locura. Tuve la fiebre del oro. Nos hicimos desembarcar en Esmirna e inmediatamente nos embarcamos con destino a Francia. Cuando subíamos al navío francés, Dios me hizo la merced de desembarazarme de mi cómplice. En aquel momento no pensaba yo en todo el alcance de aquella mala pasada del azar, de la que me alegré mucho. Estábamos tan completamente agitados que permanecíamos alelados, sin decirnos nada, esperando estar a salvo para disfrutar a nuestro antojo. No es extraño que aquel granuja enloqueciera. Ya verá usted cómo Dios me castigó. No me creí a salvo hasta después de haber vendido dos terceras partes de mis diamantes en Londres y en Amsterdam y convertido mi polvo de oro en valores comerciales. Durante cinco años me escondí en Madrid; luego, en 1770, vine a París con un nombre español, y llevé el tren de vida más brillante. Bianca había muerto. En medio de mis voluptuosidades, cuando gozaba de una fortuna de seis millones, fui atacado de ceguera. No tengo la menor duda de que esa enfermedad fue el resultado de mi estancia en el calabozo, de mis trabajos en la piedra, si no es que mi facultad de ver el oro implicaba un abuso de la potencia visual que me predestinaba a perder la vista. En aquel momento, amaba a una mujer a la que pensaba unir mi destino; le había revelado el secreto de mi nombre, ella pertenecía a una familia poderosa, yo esperaba todo del favor que me concedía Luis XV; había puesto mi confianza en aquella mujer, que era amiga de

Mme. du Barry[9]; me aconsejó consultar con un famoso oculista de Londres; pero, tras varios meses de estancia en esa ciudad, fui abandonado por esa mujer en Hyde-Park, me había despojado de toda mi fortuna sin dejarme ningún recurso, pues, obligado a ocultar mi nombre, que me entregaba a la venganza de Venecia, no podía invocar la ayuda de nadie, tenía miedo de Venecia. Mi enfermedad fue explotada por los espías que aquella mujer había puesto tras mis pasos. Le ahorró unas aventuras dignas de Gil Blas[10]. Vino la Revolución de ustedes. Fui obligado a entrar en los Quinze-Vingts, donde aquella criatura hizo que me admitiesen después de haberme tenido durante dos años en Bicerta[11] como loco; nunca pude matarla, no veía y era demasiado pobre para comprar un asesino. Si antes de perder a Benedetto Carpi, mi carcelero, le hubiera consultado sobre la situación de mi calabozo, habría podido reconocer el tesoro y volver a Venecia cuando la República fue aniquilada por Napoleón. Sin embargo, a pesar de mi ceguera, ¡vayamos a Venecia! Encontraré de nuevo la puerta de la prisión, veré el oro a través de los muros, lo sentiré bajo las aguas donde está sepultado, porque los acontecimientos que han derribado el poder de Venecia son tales que el secreto de ese tesoro ha debido de morir con Vendramino, el hermano de Bianca, un dux que, según lo que yo esperaba, habría hecho mi paz con los Diez. He enviado notas al primer cónsul, le he propuesto un acuerdo al emperador de Austria, ¡todos me han rechazado como a un loco! Venga, partamos para Venecia, vamos mendigos, volveremos millonarios; rescataremos mis bienes y usted será mi heredero, será príncipe de Varese.

Aturdido por aquella confidencia, que en mi imaginación adquiría las proporciones de un poema, a la vista de aquella cabeza cana y ante el agua negra de los fosos de la Bastilla, agua durmiente como la de los canales de Venecia, no respondí. Facino Cane pensó sin duda que yo le juzgaba como todos los demás; con una compasión desdeñosa, hizo un gesto que expresó toda la filosofía de la desesperación. Quizá su relato le había devuelto a sus días felices, a Venecia: cogió su clarinete y tocó melancólicamente una canción veneciana, una barcarola para la que volvió a encontrar su talento primero, su talento de patricio enamorado. Fue algo así como el *Superflumina Babylonia*[12]. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Si algunos paseantes rezagados llegaron a pasar a lo largo del bulevar Bourdon, sin duda se detuvieron para escuchar aquella última plegaria del proscrito, la última añoranza de un apellido perdido al que se mezclaba el recuerdo de Bianca. Pero el oro no tardó en imponerse de nuevo, y la fatal pasión apagó aquel destello de juventud.

—Veo siempre ese tesoro –me dijo–, tanto despierto como en sueños; paseo por él, los diamantes brillan, no estoy tan ciego como usted piensa: el oro y los diamantes iluminan mi noche, la noche del último Facino Cane, porque mi título pasa a los Memmi. ¡Dios mío!, ¡el castigo del asesino ha empezado muy temprano! *Ave Maria…*

Y recitó algunas oraciones que no entendí.

—Iremos a Venecia –exclamé cuando se levantó.

—¡Por fin he encontrado un hombre! –gritó con el rostro encendido.

Le acompañé dándole el brazo; él me estrechó la mano en la puerta de los Quinze-Vingts, en el momento en que algunas personas de la boda regresaban berreando a pleno pulmón.

—¿Partiremos mañana? –dijo el viejo.

—En cuanto tengamos algún dinero.

—Pero podemos ir a pie, yo pediré limosna… Soy robusto, y uno es joven cuando ve el oro ante sí.

Facino Cane murió durante el invierno después de haber languidecido durante dos meses. El pobre hombre tenía un catarro.

París, marzo de 1836.

SARRASINE

Al señor Charles de Bernard du Grail[1].

Me hallaba sumido en una de esas meditaciones profundas que embargan a todo el mundo, incluso a un hombre frívolo, en medio de las fiestas más tumultuosas. Acababa de sonar la medianoche en el reloj del Elysée-Bourbon. Sentado en el hueco de una ventana y oculto bajo los ondulantes pliegues de una cortina de muaré, podía contemplar a mi antojo el jardín del palacio donde pasaba la velada. Los árboles, no del todo cubiertos de nieve, se recortaban débilmente sobre el fondo grisáceo que formaba un cielo nuboso, apenas blanqueado por la luna. Vistos en el seno de aquella atmósfera fantástica, se parecían vagamente a espectros mal envueltos en sus sudarios, imagen gigantesca de la famosa *danza de los muertos.* Luego, volviéndome hacia el otro lado, ¡podía admirar la danza de los vivos!, un salón espléndido, de paredes de plata y de oro, de arañas centelleantes, brillante de bujías. Allí hormigueaban, se agitaban y mariposeaban las mujeres más hermosas de París, las más ricas, las de títulos más ilustres, resplandecientes y pomposas, deslumbrantes de diamantes, con flores en la cabeza, sobre el pecho, en el pelo, sembradas sobre sus vestidos, o en guirnaldas en los pies. Había ligeros estremecimientos de alegría, pasos voluptuosos que hacían agitarse los encajes, las blondas y la muselina alrededor de sus delicados costados. Algunas miradas demasiado vivas se adivinaban aquí y allá, eclipsaban las luces, el fuego de los diamantes, y animaban aún más unos corazones demasiado ardientes. También se sorprendían gestos de cabeza significativos para los amantes, y actitudes negativas para los maridos. Las voces de los jugadores a cada jugada imprevista y el ruido del oro se mezclaban con la música, con el murmullo de las conversaciones; para acabar de aturdir a aquella multitud embriagada por todas las seducciones que la sociedad puede ofrecer, una emanación de perfumes y la ebriedad general obraban sobre las imaginaciones enloquecidas. Así, a mi derecha, la sombría y silenciosa imagen de la muerte; a mi izquierda, las decentes bacanales de la vida: aquí, la naturaleza fría, taciturna, en duelo; allá, los hombres en medio de su júbilo. Yo, en la frontera de aquellos dos cuadros tan dispares, que, mil veces repetidos de diversas maneras, convierten a París en la ciudad más divertida del mundo y la más filosófica, hacía una mezcolanza moral, mitad divertida, mitad fúnebre. Con el pie izquierdo llevaba el compás y creía tener el otro en un ataúd. Mi pierna estaba, en efecto, helada por uno de esos aires colados que os hielan una mitad del cuerpo mientras la otra siente el calor húmedo de los salones, accidente bastante frecuente en el baile.

—¿Hace mucho que el señor de Lanty posee este palacio?

—Pues sí. Pronto hará dos años que el mariscal de Carigliano se lo vendió…

—¡Ah!

—Esta gente debe de tener una fortuna inmensa.

—Parece claro.

—¡Vaya fiesta! Es de un lujo insolente.

—¿Les cree tan ricos como lo son el señor de Nucingen o el señor de Gondreville?

—Pero ¿no sabe usted?…

Saqué la cabeza y reconocí a los interlocutores como pertenecientes a esa gente curiosa que, en París, se ocupa exclusivamente de los *¿por qué?,* de los *¿cómo? ¿De dónde viene? ¿Quiénes son? ¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho ella?* Se pusieron a hablar bajo y se alejaron para ir a charlar más a gusto en algún canapé solitario. Nunca se había abierto mina más fecunda a los buscadores de misterios. Nadie sabía de qué país venía la familia de Lanty, ni de qué comercio, de qué expoliación, de qué piratería o de qué herencia provenía una fortuna estimada en varios millones. Todos los miembros de aquella familia hablaban el italiano, el francés, el español, el inglés y el alemán, con la suficiente perfección para permitir suponer que debían de haber vivido mucho tiempo entre esos distintos pueblos. ¿Eran gitanos? ¿Eran filibusteros?

—Aunque fuesen el diablo –decían jóvenes políticos–, reciben de maravilla.

—Aunque el conde de Lanty hubiera desvalijado alguna *Casauba*[2], ¡me casaría encantado con su hija! —exclamaba un filósofo.

¿Quién no se habría casado con Marianina, joven de dieciséis años, cuya belleza hacía realidad las fabulosas concepciones de los poetas orientales? Como la hija del sultán en el cuento de *La lámpara maravillosa,* hubiera debido llevar velos. Su canto hacía palidecer los talentos incompletos de las Malibrán, de las Sontag, de las Fodor[3], en quienes una cualidad dominante ha excluido siempre la perfección del conjunto. Mientras que Marianina sabía unir en un mismo grado la pureza del sonido, la sensibilidad, la precisión del movimiento y de las entonaciones, el alma y la ciencia, la coerción y el sentimiento. Aquella muchacha era el modelo de esa poesía secreta, nexo común de todas las artes, y que siempre huye de los que la buscan. Dulce y modesta, instruida e inteligente, nada podía eclipsar a Marianina, salvo su madre.

¿Habéis encontrado alguna vez esas mujeres cuya fulminante belleza desafía los embates de la edad, y que a los treinta y seis años parecen más deseables de lo que debían de serlo quince años antes? Su rostro es un alma apasionada, centellea; cada rasgo brilla de inteligencia; cada poro posee un resplandor particular sobre todo a la luz. Sus ojos seductores atraen, rechazan, hablan o se callan; su forma de andar es ingenuamente hábil; su voz despliega las melodiosas riquezas de los tonos más coquetonamente dulces y tiernos. Basados en comparaciones, sus elogios halagan el amor propio más suspicaz. Un movimiento de sus cejas, la menor mirada, su labio que se frunce, imprimen una especie de terror a los que hacen depender de ellas su vida y su felicidad. Inexperta en el amor y dócil a las palabras, una joven puede dejarse seducir; pero, para esta clase de mujeres, un hombre debe saber, como el

señor de Jaucourt[4], no gritar cuando, ocultándose en el fondo de un gabinete, la doncella le rompe dos dedos en la juntura de una puerta. Amar a estas poderosas sirenas, ¿no es jugarse la vida? Quizá por eso las amamos tan apasionadamente. Así era la condesa de Lanty.

Filippo, hermano de Marianina, había recibido, como su hermana, la maravillosa belleza de la condesa. Para decirlo en una palabra, aquel joven era una imagen viviente del Antínoo[5], con unas formas más finas. Pero ¡qué bien se alían con la juventud esas proporciones esbeltas y delicadas cuando una tez olivácea, unas cejas vigorosas y el fuego de nos ojos aterciopelados prometen para el porvenir pasiones viriles e ideas generosas! Si Filippo perduraba en todos los corazones de las muchachas como un tipo, también pervivía en el recuerdo de todas las madres como el mejor partido de Francia.

La belleza, la fortuna, la inteligencia, las gracias de estas dos criaturas provenían únicamente de su madre. El conde de Lanty era bajo de estatura, feo y flaco; sombrío como un español, aburrido como un banquero. Pasaba además por ser un perspicaz político, quizá porque rara vez se reía, y siempre citaba al señor de Metternich o a Wellington.

Aquella misteriosa familia tenía todo el atractivo de un poema de lord Byron, cuyas dificultades eran traducidas de diferente forma por cada persona del gran mundo: un canto oscuro y sublime de estrofa en estrofa. La reserva que el señor y la señora de Lanty guardaban sobre su origen, sobre su existencia pasada y sobre sus relaciones con las cuatro partes del mundo no hubiera sido mucho tiempo motivo de asombro en París. Quizá en ningún país se comprenda mejor el axioma de Vespasiano[6]. Allí, los escudos, incluso manchados de sangre o de barro, no revelan nada y representan todo. Con tal de que la alta sociedad sepa la cuantía de vuestra fortuna, quedaréis clasificados entre las sumas iguales a la vuestra, y nadie os pide ver vuestros pergaminos, porque todo el mundo sabe lo poco que cuestan. En una ciudad donde los problemas sociales se resuelven mediante ecuaciones algebraicas, los aventureros tienen excelentes oportunidades a su favor. Suponiendo que aquella familia hubiera sido zíngara de origen, era tan rica, tan seductora, que la alta sociedad bien podía perdonarle sus pequeños misterios. Pero, por desgracia, la enigmática historia de la casa Lanty ofrecía un perpetuo interés de curiosidad, bastante parecido al de las novelas de Anne Radcliffe[7].

Los observadores, esas gentes que se empeñan en saber en qué tienda compráis vuestros candelabros, o que os preguntan el precio del alquiler cuando vuestro piso les parece hermoso, habían observado de cuando en cuando, en medio de las fiestas, los conciertos, los bailes y los saraos dados por la condesa, la aparición de un personaje extraño. Era un hombre. La primera vez que se dejó ver en el hotel fue durante un concierto, al que parecía haber sido atraído hacia el salón por la voz encantadora de Marianina.

—Desde hace un rato tengo frío –le dijo a su vecina una señora situada cerca de

la puerta.

El desconocido, que se hallaba al lado de aquella mujer, se fue.

—¡Qué cosa tan curiosa!, tengo calor –dijo la mujer tras la marcha del desconocido–. Y quizá me tache usted de loca, pero no puedo dejar de pensar que mi vecino, ese señor vestido de negro que acaba de irse, causaba ese frío.

Muy pronto, la exageración peculiar de las gentes de la alta sociedad hizo nacer y acumular las ideas más graciosas, las expresiones más extrañas, los cuentos más ridículos sobre aquel misterioso personaje. Sin ser precisamente un vampiro, una vampiro, una gulia, un hombre artificial, una especie de Fausto o de Robín de los Bosques, participaba, al decir de los amigos de lo fantástico, de todas esas naturalezas antropomorfas. Aquí y allá había alemanes que tomaban por realidad aquellas ingeniosas burlas de la maledicencia parisina. El extranjero era simplemente un *anciano.* Varios de esos jóvenes habituados a decidir, todas las mañanas, el porvenir de Europa en algunas frases elegantes, querían ver en el desconocido algún gran criminal, poseedor de inmensas riquezas. Los novelistas contaban la vida de aquel anciano, y os daban detalles realmente curiosos sobre las atrocidades que había cometido durante la época que había pasado al servicio del príncipe de Mysore[8]. Banqueros, gente más positiva, daban por sentada una fábula especiosa:

—¡Bah! –decían alzando sus anchos hombros con un movimiento de lástima–, ese viejecillo es una *cabeza genovesa.*

—Señor, si no es indiscreción, ¿podría tener la bondad de explicarme qué entiende usted por una cabeza genovesa?

—Señor, es un hombre sobre cuya vida descansan enormes capitales, y de su buena salud dependen sin duda las rentas de esa familia.

Recuerdo haber oído en casa de la señora d'Espard a un magnetizador demostrando, mediante consideraciones históricas muy engañosas, que aquel viejo, conservado bajo cristal, era el famoso Balsamo, llamado Cagliostro[9]. Según aquel moderno alquimista, el aventurero siciliano había escapado a la muerte, y se entretenía fabricando oro para sus nietos. Finalmente, el bailío de Ferrette[10] pretendía haber reconocido en aquel singular personaje al conde de Saint-Germain[11]. Estas tonterías, dicho con el tono ingenioso, con el aire burlón que, en nuestros días, caracteriza a una sociedad sin creencias, alimentaban vagas sospechas sobre la casa de Lanty. En fin, por un singular concurso de circunstancias, los miembros de esa familia justificaban las conjeturas de la gente observando una conducta bastante misteriosa con aquel viejo, cuya vida era en cierto modo escamoteada a todas las investigaciones.

Aquel personaje franqueaba el umbral del apartamento que se suponía que ocupaba en el palacio de Lanty, su aparición siempre causaba una gran sensación en la familia. Se hubiera dicho un acontecimiento de la mayor importancia. Solo Filippo, Marianina, la señora de Lanty y un viejo criado tenían el privilegio de ayudar al desconocido a caminar, a levantarse, a sentarse. Todos ellos vigilaban sus menores

movimientos. Parecía que fuese una persona encantada de quien dependía la felicidad, la vida o la fortuna de todos. ¿Era temor o cariño? Las gentes de mundo no podían descubrir ningún indicio que les ayudara a resolver ese problema. Oculto durante meses enteros en el fondo de un santuario desconocido, aquel genio familiar salía de pronto como furtivamente, sin ser esperado, y aparecía en medio de los salones como esas damas de antaño que descendían de sus dragones voladores para ir a perturbar las solemnidades a las que no habían sido invitadas. Solo los observadores más expertos podían adivinar entonces la inquietud de los dueños de la casa, que sabían disimular sus sentimientos con singular habilidad. Pero a veces, mientras bailaba en una contradanza, la demasiado ingenua Marianina lanzaba una mirada de terror al anciano, al que vigilaba a través de los grupos. O bien Filippo se precipitaba deslizándose entre la concurrencia para unirse a él, y permanecía a su lado, cariñoso y atento, como si el contacto de los hombres o el menor soplo pudiera quebrar a aquella singular criatura. La condesa trataba de acercarse sin aparentar que hubiera tenido la intención de hacerlo; luego, adoptando unas maneras y una fisonomía impregnadas tanto de servilismo como de ternura, de sumisión como de despotismo, decía dos o tres palabras a las que casi siempre cedía el anciano, que desaparecía llevado, o, mejor dicho, arrastrado por ella. Si la señora de Lanty no estaba presente, el conde empleaba mil estratagemas para llegar hasta él; pero parecía que le costara trabajo que le oyese, y lo trataba como a un niño mimado cuya madre escucha los caprichos o teme su rebeldía. Cuando algunos indiscretos se habían aventurado a preguntar atolondradamente al conde de Lanty, este hombre frío y reservado nunca había dado la impresión de comprender las preguntas de los curiosos. Por eso, tras muchas tentativas, que la circunspección de todos los miembros de aquella familia hizo vanas, nadie trató de descubrir un secreto tan bien guardado. Los espías de alta sociedad, los papamoscas y los políticos habían terminado, por agotamiento, por no ocuparse más de aquel misterio.

Pero en aquel momento, en el seno de aquellos salones resplandecientes quizá había filósofos que, mientras tomaban un helado, un sorbete, o dejando sobre una consola su copa vacía de ponche, se decían: «No me extrañaría enterarme de que esta gente son bribones. Ese viejo, que se esconde y solo aparece en los equinoccios o en los solsticios, tiene toda la pinta de un asesino…

—O de un banquero en bancarrota……

—Poco más o menos es lo mismo. Matar la fortuna de un hombre es peor a veces que matarle a él mismo.

—Señor, he apostado veinte luises, y me corresponden cuarenta.

—A fe, señor, que solo quedan treinta sobre el tapete…

—Bueno, ya ve lo mezclada que está aquí la gente. No se puede jugar.

—Es cierto. Pero pronto hará seis meses que no hemos visto el Espíritu. ¿Cree usted que se trate de un ser vivo?

—¡Eh, eh!, a lo sumo…».

Estas últimas palabras eran dichas a mi alrededor por desconocidos que se marcharon en el momento en que yo resumía, en un último pensamiento, mis reflexiones mezcladas de negro y de blanco, de vida y de muerte. Tanto mi loca imaginación como mis ojos contemplaban sucesivamente la fiesta, que había llegado a su más alto grado de esplendor, y el sombrío cuadro de los jardines. No sé cuánto tiempo estuve meditando sobre esas dos caras de la medalla humana; pero de pronto la risa ahogada de una mujer joven me despertó. Quedé estupefacto al ver la imagen que se ofreció a mis miradas. Por uno de los más raros caprichos de la naturaleza, el pensamiento de medio luto que rodaba en mi cerebro había salido de él, se encontraba ante mí, personificado, vivo, había brotado como Minerva de la cabeza de Júpiter, grande y fuerte, tenía a la vez cien años y veintidós, estaba vivo y muerto. Escapado de su habitación, como un loco de su celda, el pequeño anciano, sin duda, se había deslizado hábilmente detrás de una fila de gentes atentas a la voz de Marianina, que terminaba la cavatina de *Tancredo*[12]. Parecía haber salido de debajo de tierra, impulsado por algún mecanismo de teatro. Inmóvil y sombrío, permaneció un momento mirando aquella fiesta, cuyo murmullo tal vez había alcanzado sus oídos. Su preocupación, casi sonámbula, estaba tan concentrada en las cosas que se encontraba en medio de la gente sin ver a la gente. Había surgido sin ceremonia, al lado de una de las mujeres más cautivadoras de París, bailarina elegante y joven, de formas delicadas, con uno de esos rostros tan frescos como el de un niño, blancos y rosados, y tan frágiles, tan transparentes, que una mirada de hombre parece que debería penetrarlos, del mismo modo que los rayos del sol atraviesan un cristal puro. Los dos estaban allí, delante de mí, juntos, unidos, tan juntos que el desconocido rozaba el vestido de gasa, las guirnaldas de flores, los cabellos ligeramente rizados y el cinturón flotante.

Yo había llevado a aquella joven al baile de la señora de Lanty. Como era la primera vez que ella iba a la casa, le perdoné su risa ahogada; pero le hice vivamente no sé qué signo imperioso que la dejó todo cortada y le inspiró respeto por su vecino. Se sentó a mi lado. El anciano no quiso separarse de aquella deliciosa criatura, a la que se apegó caprichosamente con esa obstinación muda y sin causa aparente de la que son susceptibles las gentes de edad muy avanzada y que les hace parecerse a niños. Para sentarse al lado de la joven dama, tuvo que coger una sillada plegable. Sus menores movimientos estaban impregnados de esa pesadez fría, de esta estúpida indecisión que caracteriza los gestos de un paralítico. Se sentó lentamente en su silla, con circunspección, y mascullando algunas palabras ininteligibles. Su voz quebrada se pareció al ruido que hace una piedra al caer en un pozo. La joven me apretó vivamente la mano, como si intentase evitar un precipicio, y se estremeció cuando aquel hombre, al que miraba, volvió hacia ella dos ojos sin calor, dos ojos glaucos que solo podían compararse al nácar empañado.

—Tengo miedo –me dijo inclinándose hacia mi oído.

—Puede hablar –respondí–. Oye con mucha dificultad.

—Entonces ¿usted le conoce?

—Sí.

Entonces se animó lo bastante para examinar durante un momento a aquella criatura sin nombre en el lenguaje humano, forma sin sustancia, ser sin vida, o vida sin acción. Estaba bajo el hechizo de esa temerosa curiosidad que incita a las mujeres a procurarse emociones peligrosas, a ver tigres encadenados, a mirar boas, asustándose de no estar separadas de ellas más que por débiles barreras. Aunque el pequeño anciano tuviera la espalda encorvada como la de un jornalero, fácilmente se veía que su estatura debía de haber sido corriente. Su excesiva delgadez y la delicadeza de sus miembros probaban que sus proporciones siempre habían sido esbeltas. Llevaba un calzón de seda negra que flotaba alrededor de sus muslos descarnados describiendo pliegues como una vela plegada. Un anatomista hubiera reconocido enseguida los síntomas de una horrible tisis al ver las pequeñas piernas que servían para sostener aquel cuerpo extraño. Hubierais dicho dos huesos puestos en cruz sobre una tumba. Un sentimiento de profundo horror por el hombre encogía el corazón cuando una fatal atención os revelaba las marcas impresas por la decrepitud en aquella frágil máquina. El desconocido llevaba un chaleco blanco, bordado de oro, según la antigua moda, y su camisa era de una blancura deslumbrante. Una chorrera de encaje de Inglaterra bastante rojizo, cuya riqueza hubiera dado envidia a una reina, formaba encañonados amarillos sobre su pecho; pero sobre él, ese encaje era más un harapo que un adorno. En medio de esa chorrera, un diamante de un valor incalculable centelleaba como el sol. Este lujo anticuado, este tesoro intrínseco y sin gusto, hacía resaltar todavía mejor la figura de aquel ser extraño. El marco era digno del retrato. Aquel rostro negro era anguloso y lo surcaban las arrugas en todos los sentidos. El mentón estaba hundido; las sienes estaban hundidas; los ojos estaban perdidos en amarillentas órbitas. Los huesos maxilares, que una delgadez indescriptible hacía sobresalir, dibujaban cavidades en medio de cada mejilla. Esas protuberancias, más o menos iluminadas por las luces, producían sombras y reflejos curiosos que acaban por quitar a aquel rostro los caracteres de la faz humana. Además, los años habían pegado con tal fuerza sobre los huesos la piel amarilla y fina de aquella cara que describía en todas partes una multitud de arrugas, circulares como los repliegues del agua turbada por una piedra lanzada por un niño, o estrelladas como una fisura en un vidrio, pero siempre profundas y tan apretadas como las hojas en el canto de un libro.

Hay ancianos que a menudo presentan retratos más repelentes; pero lo que más contribuía a dar la apariencia de una creación artificial al espectro surgido ante nosotros, eran el rojo y el blanco que relucían en él. Las cejas de su máscara recibían de la luz un lustre que revelaba una pintura muy bien ejecutada. Felizmente para la vista contristada por tantas ruinas, su cráneo cadavérico estaba oculto bajo una peluca rubia cuyos innumerables rizos revelaban una pretensión extraordinaria. Por lo demás, la coquetería femenina de aquel personaje fantasmagórico era anunciada

bastante enérgicamente por los aretes de oro que pendían de sus orejas, por los anillos cuyas admirables pedrerías brillaban en sus dedos osificados, y por una cadena de reloj que centelleaba como los engastes de un collar en el cuello de una mujer. Finalmente, aquella especie de ídolo japonés conservaba en sus labios azulados una risa fija y detenida, una risa implacable y burlona, como la de una calavera. Tan silenciosa e inmóvil como una estatua, exhalaba el olor almizclado de los viejos vestidos que los herederos de una duquesa exhuman de sus cajones durante un inventario. Si el anciano volvía los ojos hacia la concurrencia, parecía que los movimientos de aquellos globos incapaces de reflejar un resplandor se hubiesen realizado mediante un artificio imperceptible; y cuando los ojos se detenían, quien los examinaba terminaba por dudar de que se hubieran movido. Ver, al lado de aquellos vestigios humanos, a una joven cuyo cuello, brazos y busto estaban desnudos y blancos; cuyas formas llenas y rozagantes de belleza, cuyos cabellos, bien dispuestos sobre una frente de alabastro inspiraban el amor, cuyos ojos no recibían, sino que difundían la luz, que era suave, fresca, y cuyos vaporosos rizos y cuyo aliento embalsamado parecían demasiado pesados, demasiado duros, demasiado poderosos para aquella sombra, para aquel hombre en polvo; ¡ah!, mi pensamiento era desde luego la muerte y la vida, un arabesco imaginario, una quimera a medias horrible, divinamente femenina por el busto.

«Existen sin embargo estos matrimonios, que se hacen muy a menudo en la alta sociedad», me dije.

—Huele a cementerio –exclamó aterrada la joven, que se estrechó contra mí como para asegurarse mi protección, y cuyos movimientos tumultuosos me revelaron el gran miedo que sentía–. Es una visión horrible –continuó–, no puedo permanecer aquí más tiempo. Si vuelvo a mirarlo, creerá que la misma muerte ha venido a buscarme. Pero ¿está vivo?

Puso su mano sobre el fenómeno con esa osadía que las mujeres sacan de la violencia de sus deseos; pero un sudor frío salió de sus poros, porque, nada más tocar al anciano, oyó un grito semejante al de una carraca. Aquella voz agria, si es que era una voz, escapó de un gaznate casi reseco. Luego, a ese clamor le sucedió vivamente una tosecilla de niño, convulsa y de una sonoridad particular. Al ruido, Marianina, Filippo y la señora de Lanty dirigieron sus ojos hacia nosotros y sus miradas fueron como relámpagos. La joven habría querido estar en el fondo del Sena. Cogió mi brazo y me arrastró hacia un *boudoir.* Hombres y mujeres, todo el mundo nos abrió paso. Cuando llegamos al fondo de las salas de recepción, entramos en un pequeño gabinete semicircular. Mi compañera se arrojó sobre un diván, palpitante de espanto, sin saber dónde estaba.

—Señora, está usted loca –le dije.

—Pero –respondió al cabo de un momento de silencio durante el que la admiré–, ¿es culpa mía? ¿Por qué la señora de Lanty deja vagar fantasmas por su palacio?

—Vamos –le respondí–, imita usted a los tontos. Toma a un viejecillo por un

espectro.

—Cállese –me replicó con ese aire imponente y burlón que todas las mujeres saben adoptar tan bien cuando quieren tener razón–. ¡Qué bonito *boudoir*! –exclamó mirando a su alrededor–. El raso azul siempre va de maravilla en tapicería. ¡Es fresco! ¡Ah, qué bello cuadro! –añadió levantándose y yendo a colocarse frente a un lienzo magníficamente enmarcado.

Permanecimos un momento contemplando aquella maravilla, que parecía obra de algún pincel sobrenatural. El cuadro representaba a Adonis tendido sobre una piel de león. La lámpara suspendida en medio del *boudoir*, y contenida en un vaso de alabastro, iluminaba entonces aquel lienzo con una luz suave que nos permitió captar todas las bellezas de la pintura.

—¿Existe un ser tan perfecto? –me preguntó tras haber examinado, no sin una dulce sonrisa de satisfacción, la gracia exquisita de las líneas, la pose, el color, los cabellos, todo–. Es demasiado bello para un hombre –añadió tras un examen parecido al que habría hecho de una rival.

¡Oh, cómo sentí entonces los ataques de aquellos celos en los que un poeta había intentado en vano hacerme creer! Envidia de los grabados, de los cuadros, de las estatuas, en que los artistas exageran la belleza humana como consecuencia de la doctrina que los impulsa a idealizarlo todo.

—Es un retrato –le respondí–. Se debe al talento de Vien[13]. Pero ese gran pintor nunca vio el original, y su admiración tal vez sea menos viva cuando sepa que ese desnudo fue hecho a partir de una estatua de mujer.

—Pero ¿quién es?

Yo dudé.

—Quiero saberlo –añadió ella enseguida.

—Creo –le dije– que ese Adonis representa a un… a un… a un pariente de la señora de Lanty.

Tuve el dolor de verla absorta en la contemplación de aquella figura. Se sentó en silencio, yo lo hice a su lado y le cogí la mano ¡sin que ella se diera cuenta! ¡Olvidado por un retrato! En aquel momento, el leve ruido de los pasos de una mujer cuyo vestido temblaba sonó en el silencio. Vimos entrar a la joven Marianina, más brillante todavía por su expresión de inocencia que por su gracia y por su fresco atuendo; avanzaba entonces despacio, y sostenía con un cuidado materno, con una solicitud filial, al espectro vestido que nos había hecho huir del salón de música; lo guió mirándolo con una especie de inquietud, posando lentamente sus débiles pies. Ambos llegaron con bastante trabajo a una puerta disimulada en el tapizado. Allí, Marianina llamó suavemente. Al punto apareció, como por magia, un hombre alto y seco, especie de genio familiar. Antes de confiar el anciano a aquel guardián misterioso, la muchacha besó respetuosamente el cadáver ambulante, y su casta caricia no estuvo exenta de esa graciosa zalamería cuyo secreto pertenece a algunas mujeres privilegiadas.

—*Addio, addio!* –decía ella con las inflexiones más bellas de su joven voz.

E incluso añadió sobre la última sílaba un trino admirablemente bien ejecutado, pero en voz baja, y como para describir la efusión de su corazón mediante una expresión poética. El anciano, súbitamente impresionado por algún recuerdo, permaneció en el umbral de aquel reducto secreto. Entonces oímos, gracias a un profundo silencio, el penoso suspiro que salió de su pecho: se sacó la más bella de las joyas de que estaban cargados sus dedos de esqueleto, y la puso en el seno de Marianina. La joven loca se echó a reír, cogió la sortija, la deslizó por encima del guante en uno de sus dedos, y se lanzó rápidamente hacia el salón, donde en aquel momento resonaron los preludios de una contradanza. Nos vio.

—¡Ah!, ¡estaban ustedes ahí! –dijo sonrojándose.

Tras habernos mirado como para interrogarnos, corrió hacia su pareja con la despreocupada petulancia de su edad.

—¿Qué quiere decir esto? –me preguntó mi joven acompañante–. ¿Es su marido? Me parece estar soñando. ¿Dónde estoy?

—¡Usted –respondí–, usted, señora, que es exaltada y que, comprendiendo tan bien las emociones más imperceptibles, sabe cultivar en un corazón de hombre el más delicado de los sentimientos sin marchitarlo, sin destrozarlo desde el primer día, usted que se compadece de las penas del corazón y que al espíritu de una parisiense une un alma apasionada digna de Italia o de España…

Vio perfectamente que mi lenguaje estaba impregnado de una ironía amarga; y entonces, sin dar la impresión de advertirlo, me interrumpió para decir:

—¡Oh!, me hace usted a su gusto. ¡Singular tiranía! Usted quiere que yo no sea *yo.*

—¡Oh!, yo no quiero nada –exclamé asustado ante su actitud severa–. ¿Es cierto, al menos, que le gusta oír contar la historia de esas pasiones enérgicas engendradas en nuestros corazones por las fascinantes mujeres del Mediodía?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien, mañana por la noche iré a su casa hacia las nueve, y le revelaré este misterio.

—No –respondió ella con un aire travieso–, quiero saberlo ahora mismo.

—Aún no me ha dado usted el derecho a obedecerla cuando dice: «Quiero».

—En este momento –me respondió con una coquetería desesperante–, tengo el deseo más vivo de conocer ese secreto. Mañana quizá ya no le escuche…

Sonrió, y nos separamos; ella siempre tan orgullosa, tan dura, y yo, siempre tan ridiculo en aquel momento como siempre. Ella tuvo el atrevimiento de valsar con un joven edecán, y yo permanecí alternativamente molesto, enojado, admirativo, amante, celoso.

—Hasta mañana –me dijo hacia las dos de la madrugada, cuando se fue del baile.

«No iré, pensaba yo, y te abandono. Eres más caprichosa, quizá mil veces más fantástica… que mi imaginación».

Al día siguiente, ambos estábamos sentados ante un buen fuego, en un elegante saloncito; ella, en un confidente; yo, en unos cojines, casi a sus pies, con mis ojos en los suyos. La calle estaba en silencio. La lámpara arrojaba una claridad suave. Era una de esas veladas deliciosas para el alma, uno de esos momentos que no se olvidan jamás, una de esas horas pasadas en la paz y el deseo, y cuyo encanto, más tarde, es siempre motivo de añoranza, incluso cuando nos sentimos más felices. ¿Quién puede borrar la viva huella de los primeros requerimientos del amor?

—Vamos –dijo ella–, le escucho.

—Pero no me atrevo a empezar. La aventura tiene pasajes peligrosos para el narrador. Si me entusiasmo, usted me hará callar.

—Hable.

—Obedezco.

—Ernest-Jean Sarrasine era el hijo único de un procurador del Franco Condado –empecé tras una pausa–. Su padre había ganado bastante honradamente de seis a ocho mil libras de renta, fortuna de patricio que, antaño en provincias pasaba por colosal. Como solo tenía un hijo, el viejo maese Sarrasine no quiso descuidar nada en su educación, esperaba hacer de él un magistrado y vivir tiempo suficiente para ver, en su vejez, el nieto de Matthieu Sarrasine, labriego en la comarca de Saint-Die[14], sentarse sobre las lises y dormir en la audiencia para mayor gloria del Parlamento; pero el cielo no reservaba esa alegría al procurador. El joven Sarrasine, confiado desde hora temprana a los jesuitas, dio pruebas de una turbulencia poco común. Tuvo la niñez de un hombre de talento. Solo quería estudiar a su aire, se rebelaba a menudo y a veces permanecía horas enteras sumido en confusas meditaciones, dedicado a contemplar unas veces a sus camaradas cuando jugaban, otras a representarse a los héroes de Homero. Además, si se le ocurría divertirse, ponía un ardor extraordinario en sus juegos. Cuando surgía una pelea entre un camarada y él, rara vez acababa el combate sin que hubiera derramamiento de sangre. Si era el más débil, mordía. Alternativamente activo o pasivo, sin aptitud o demasiado inteligente, su carácter extraño le hizo temible para sus maestros tanto como para sus camaradas. En lugar de aprender los elementos de la lengua griega, dibujaba al reverendo padre que le explicaba un pasaje de Tucídides, bosquejaba al maestro de matemáticas, al prefecto, a los sirvientes, al encargado de corregir los deberes, y pintarrajeaba todas las paredes con esbozos informes. En vez de cantar las alabanzas del Señor en la iglesia, durante los oficios se entretenía en hacer cortes en un banco; o, cuando había robado algún trozo de madera, esculpía alguna figura de santa. Si le faltaban la madera, la piedra o el lápiz, expresaba sus ideas con miga de pan. Sea que copiase los personajes de los cuadros que adornaban el coro, sea que improvisase, siempre dejaba en su lugar toscos bocetos cuyo carácter licencioso desesperaba a los padres más jóvenes, y los maledicentes pretendían que los viejos jesuitas sonreían. En fin, de creer la crónica del colegio, fue expulsado por haber esculpido, mientras esperaba su turno en el confesionario un viernes santo, un grueso leño en forma de Cristo. La impiedad

grabada sobre aquella estatua era demasiado fuerte para dejar de atraer un castigo al artista. ¿No había tenido el atrevimiento de colocar en lo alto del tabernáculo aquella figura bastante cínica? Sarrasine fue a buscar en París un refugio contra las amenazas de la maldición paterna. Con una de esas voluntades fuertes que no conocen obstáculos, obedeció las órdenes de su genio y entró en el taller de Bouchardon[15]. Trabajaba durante todo el día y, por la noche, iba a mendigar su subsistencia. Bouchardon, maravillado por los progresos y la inteligencia del joven artista, no tardó en adivinar la miseria en que se encontraba su alumno; le socorrió, le tomó afecto y lo trató como su hijo. Luego, cuando el genio de Sarrasine se reveló en una de esas obras en que el talento futuro lucha contra la efervescencia de la juventud, el generoso Bouchardon trató de reconciliarlo con el viejo procurador. Ante la autoridad del célebre escultor, la cólera paterna se aplacó. Todo Besançon se felicitó por haber dado a luz a un gran hombre futuro. En el primer momento de éxtasis en que le sumió su vanidad halagada, el avaro patricio puso a su hijo en situación de presentarse ventajosamente en sociedad. Los largos y laboriosos estudios exigidos por la escultura domaron durante mucho tiempo el carácter impetuoso y el genio salvaje de Sarrasine. Previendo Bouchardon la violencia con que las pasiones se desencadenarían en aquella alma joven, quizá tan vigorosamente templada como la de Miguel Ángel, sofocó su energía mediante continuos trabajos. Consiguió mantener en justos límites la fogosidad extraordinaria de Sarrasine, prohibiéndole trabajar, proponiéndole distracciones cuando lo veía arrebatado por la furia de algún pensamiento, o confiándole importantes trabajos en el momento en que estaba dispuesto a entregarse a la disipación. Pero, con aquella alma apasionada la dulzura fue siempre la más poderosa de todas las armas, y el maestro solo consiguió autoridad sobre su alumno excitando el agradecimiento por una bondad paternal. A la edad de veintidós años, Sarrasine fue forzosamente sustraído a la saludable influencia que Bouchardon ejercía sobre sus costumbres y sus hábitos. Llevó el castigo de su genio ganando el premio de escultura fundado por el marqués de Marigny[16], el hermano de Mme. de Pompadour, que tanto hizo por las Artes. Diderot elogió como una obra maestra la estatua del alumno de Bouchardon. No fue sin un profundo dolor como el escultor del rey vio partir para Italia a un joven cuya ignorancia profunda sobre las cosas de la vida él había mantenido. Sarrasine era desde hacía seis años el comensal de Bouchardon. Fanático de su arte como después lo fue Canova[17], se levantaba con el alba, entraba en el taller para no salir sino a la noche, y no vivía más que con su musa. Si iba a la Comédie-Française, lo hacía arrastrado por su maestro. Se sentía tan incómodo en el salón de Mme. Geoffrin[18] y en el gran mundo donde Bouchardon trató de introducirlo, que prefirió permanecer solo, y repudió los placeres de aquella época licenciosa. No tuvo más amante que la Escultura y Clotilde, una de las celebridades de la Ópera. E incluso esa intriga duró poco. Sarrasine era bastante feo, siempre iba mal vestido y su temperamento era tan libre, tan poco regular en su vida privada que la ilustre ninfa, temiendo alguna catástrofe, no tardó en devolver al

escultor al amor de las Artes. Sophie Arnould dijo no sé qué frase ingeniosa acerca de este asunto[19]. Le asombró, creo, que su camarada hubiera podido imponerse a unas estatuas. Sanasine partió para Italia en 1758. Durante el viaje, su ardiente imaginación se inflamó bajo un cielo de cobre y a la vista de los maravillosos monumentos de que está sembrada la patria de las artes. Admiró las estatuas, los frescos, los cuadros; y, lleno de emulación, fue a Roma presa del deseo de inscribir su nombre entre los nombres de Miguel Ángel y del señor Bouchardon. Por eso, durante los primeros días, compartió su tiempo entre sus trabajos de taller y el examen de las obras de arte que abundan en Roma. Ya había pasado quince días en ese estado de éxtasis que se apodera de todas las jóvenes imaginaciones a la vista de la reina de las ruinas cuando, una noche, entró en el teatro *Argentina*[20], ante el que se apiñaba una gran multitud. Preguntó por las causas de aquella afluencia, y la gente respondió con dos nombres: «¡Zambinella! ¡Jommelli![21]». Entra y se sienta en el patio, prensado entre dos *abati*[22] notablemente gordos; pero estaba bastante bien situado cerca del escenario. Se alzó el telón. Por primera vez en su vida oyó esa música cuyas delicias le había alabado con tanta elocuencia el señor Jean-Jacques Rousseau, durante una velada en casa del barón d'Holbach. Los sentidos del joven escultor se vieron, por así decir, lubrificados por los acentos de la sublime armonía de Jommelli. Las lánguidas originalidades de esas voces italianas hábilmente maridadas le sumieron en un éxtasis embriagador. Permaneció mudo, inmóvil, sin sentir siquiera los pisotones de los dos sacerdotes. Su alma pasó a sus oídos y a sus ojos. Creyó escuchar por cada uno de sus poros. De pronto unos aplausos como para hacer que la sala se viniera abajo acogieron la entrada en escena de la *prima donna*, que, por coquetería, avanzó hasta el proscenio y saludó al público con una gracia infinita. Las luces, el entusiasmo de todo un pueblo, la ilusión de la escena, los prestigios de un atavío que, en aquella época, era bastante incitante, conspiraron en favor de aquella mujer. Sarrasine lanzó gritos de placer. En ese momento admiraba la belleza ideal cuyas perfecciones había buscado hasta entonces aquí y allá, pidiendo a un modelo, a menudo innoble, las redondeces de una pierna perfecta; a tal otro, los contornos del seno; a aquel, sus blancos hombros; tomando, en fin, el cuello de una joven, y las manos de aquella mujer, y las rodillas lisas de aquel niño sin encontrar nunca, bajo el cielo frío de París, las ricas y suaves creaciones de la Grecia antigua. La Zambinella le mostraba reunidas, totalmente vivas y delicadas, aquellas exquisitas proporciones de la naturaleza femenina tan ardientemente deseadas, de las que un escultor es, al mismo tiempo, el juez más severo y el más apasionado. Era una boca expresiva, unos ojos de amor, una tez de una blancura deslumbrante. Y unid a estos detalles que hubieran seducido a un pintor todas las maravillas de las Venus veneradas y representadas por el cincel de los griegos. El artista no se cansaba de admirar la gracia inimitable con que los brazos estaban soldados al busto, la redondez prestigiosa del cuello, las líneas armoniosamente descritas por las cejas y por la nariz, luego el óvalo perfecto del rostro, la pureza de sus contornos vivos, y el efecto de unas pestañas espesas y

curvadas que remataban unos anchos y voluptuosos párpados. Era más que una mujer, ¡era una obra de arte! En aquella creación inesperada había amor suficiente para seducir a todos los hombres, y bellezas dignas de satisfacer a un crítico. Sarrasine devoraba con los ojos la estatua de Pigmalión, que para él había descendido de su pedestal. Cuando la Zambinella cantó, aquello fue un delirio. El artista tuvo frío; luego sintió un rescoldo que chisporroteó de pronto de las profundidades de su ser íntimo, de eso que llamamos corazón por falta de otra palabra. No aplaudió, no dijo nada, un movimiento de locura, especie de frenesí que solo nos agita a esa edad en que el deseo tiene un no sé qué de terrible y de infernal. Sarrasine quería lanzarse sobre el escenario y apoderarse de aquella mujer. Su fuerza, centuplicada por una depresión moral imposible de explicar, pues estos fenómenos se producen en una esfera inaccesible a la observación humana, tendía a proyectarse con una violencia dolorosa. Al verle, se hubiera dicho un hombre frío y estúpido. Gloria, ciencia, porvenir, existencia, coronas, todo se desmoronó. «Ser amado por ella, o morir», esa fue la sentencia que Sarrasine se decretó a sí mismo. Estaba en tal estado de embriaguez que ya no veía ni sala, ni espectadores, ni actores, tampoco oía la música. Aún más, no existía distancia entre él y la Zambinella, la poseía, sus ojos, clavados en ella, la hacían suya. Un poder casi diabólico le permitía sentir el viento de aquella voz, respirar el polvo embalsamado del que estaban impregnados sus cabellos, ver las menores prominencias de aquel rostro, contar en él las venas azules que matizaban su satinada piel. Por último, aquella voz ágil, fresca y de un timbre argentino, flexible como un hilo al que el menor soplo de aire da una forma, que estira y reduce, desarrolla y dispersa, aquella voz atacaba tan vivamente su alma que más de una vez dejó escapar esos gritos involuntarios arrancados por las delicias convulsivas muy pocas veces otorgadas por las pasiones humanas. No tardó en verse obligado a abandonar el teatro. Sus temblorosas piernas casi se negaban a sostenerlo. Se sentía abatido, débil como un hombre nervioso que se ha entregado a una cólera espantosa. Había experimentado tanto placer, o tal vez había sufrido tanto, que su vida había fluido como el agua de un vaso volcado por un choque. Sentía dentro de sí un vacío, un decaimiento semejante a esas atonías que desesperan a los convalecientes al salir de una enfermedad grave. Invadido por una tristeza inexplicable, fue a sentarse en los escalones de una iglesia. Allí, con la espalda apoyada contra una columna, se abstrajo en una meditación confusa como un sueño. La pasión lo había fulminado. De nuevo en casa, cayó en uno de esos paroxismos de actividad que nos revelan la presencia de principios nuevos en nuestra existencia. Presa de esa primera fiebre amorosa que participa tanto del placer como del dolor, quiso engañar su impaciencia y su delirio dibujando a la Zambinella de memoria. Fue una especie de meditación material. En tal hoja, la Zambinella se hallaba en esa actitud, serena y fría en apariencia, que tanto gustaba a Rafael, al Giorgione y a todos los grandes pintores. En tal otra, volvía la cabeza delicadamente al terminar un trino, y parecía escucharse ella misma. Sarrasine dibujó a su amada en todas las poses: la hizo sin velo, sentada, de pie, acostada, o

casta o amorosa, haciendo realidad, gracias al delirio de sus lápices, todas las ideas caprichosas que asedian nuestra imaginación cuando pensamos intensamente en una amada. Pero su furibundo pensamiento fue más allá del dibujo. Veía a la Zambinella, le hablaba, le suplicaba, agotaba mil años de vida y de felicidad con ella colocándola en todas las situaciones imaginables, ensayando, por así decir, el porvenir con ella. Al día siguiente, envió a su lacayo a alquilar, para toda la temporada, un palco contiguo al escenario. Luego, como todos los jóvenes de alma poderosa, exageró las dificultades de su empresa, y dio, como primer alimento a su pasión, la dicha de poder admirar a su amada sin obstáculos. Esa edad de oro del amor, en la que gozamos de nuestro propio sentimiento y en que nos sentimos felices casi por nosotros mismos, no debía durar mucho tiempo en Sarrasine. Sin embargo, los acontecimientos le sorprendieron cuando todavía estaba bajo el hechizo de esa primaveral alucinación, tan ingenua como voluptuosa. Durante unos ocho días, vivió toda una vida, ocupado por la mañana en amasar la arcilla con cuya ayuda conseguía copiar a la Zambinella, a pesar de los velos, las faldas, los corsés y los nudos de cintas que se la ocultaban. Por la noche, instalado desde hora temprana en su palco, solo, recostado en un sofá, se creaba, igual a un turco ebrio de opio, una felicidad tan fecunda y tan pródiga como deseaba. Al principio se familiarizó gradualmente con las emociones demasiado vivas que le procuraba el canto de su amada; luego acostumbró a sus ojos a verla, y terminó por contemplarla sin temor a la explosión de la sorda rabia que le había animado el primer día. Su pasión se volvió más profunda al volverse más tranquila. Por lo demás, el retraído escultor no soportaba que su soldad, poblada de imágenes, adornada con las fantasías de la esperanza y llena de dicha, fuera turbada por sus camaradas. Amaba con tanta fuerza y tan ingenuamente que hubo de sufrir los inocentes escrúpulos que nos asaltan cuando amamos por primera vez. Al empezar a entrever que pronto sería necesario actuar, intrigar, preguntar dónde vivía la Zambinella, saber si tenía una madre, un tío, un tutor, una familia; al pensar, en fin, en los medios de verla, de hablar con ella, sentía henchirse profundamente su corazón con ideas tan ambiciosas que aplazaba para el día siguiente esos cuidados, feliz con sus sufrimientos físicos tanto como con sus placeres intelectuales.

—Pero –me dijo la señora de Rochefide interrumpiéndome–, todavía no veo ni a Marianina ni a su pequeño anciano.

—No está usted viendo otra cosa –exclamé impaciente como un autor al que han echado a perder un efecto teatral–. Desde hacía unos días –proseguí tras una pausa–, Sarrasine había ido a instalarse con tal fidelidad en su palco y sus miradas expresaban tanto amor que su pasión por la voz de Zambinella habría sido la comidilla de todo París si la aventura hubiera pasado en esta ciudad; pero en Italia, señora, cada cual asiste al teatro por su cuenta, con sus pasiones, con un interés sentimental que excluye el espionaje de los gemelos. Sin embargo, el frenesí del escultor no debía escapar mucho tiempo a las miradas de los cantantes de uno y otro sexo. Una noche,

el francés se dio cuenta de que se reían de él entre bastidores. Hubiera sido difícil saber a qué extremo se habría entregado si la Zambinella no hubiera entrado en escena. Lanzó sobre Sarrasine una de esas miradas elocuentes que a menudo dicen muchas más cosas de lo que las mujeres quieren. Esa mirada fue toda una revelación. Sarrasine era amado. «Si solo es un capricho –pensó acusando ya a su amada de excesivo ardor–, es que no conoce el dominio bajo el que va a caer. Su capricho durará, eso espero, tanto como mi vida». En ese momento, tres leves golpes dados en la puerta de su palco excitaron la atención del artista. Abrió. Una vieja entró misteriosamente. «Joven –le dijo–, si quiere ser afortunado, tenga prudencia, envuélvase en una capa, cálese un gran sombrero hasta los ojos y luego, hacia las diez de la noche, encuéntrese en la calle del Corso, delante del palacio de España. —Allí estaré», respondió poniendo dos luises en la mano arrugada de la dueña. Salió del palco tras haber echo una señal de inteligencia a la Zambinella, que bajó tímidamente sus voluptuosos párpados como una mujer feliz de ser por fin comprendida. Luego corrió a su casa a fin de pedir al arreglo personal todas las seducciones que pudiera prestarle. Al salir del teatro, un desconocido le detuvo cogiéndole del brazo: «Tenga cuidado, señor francés –le dijo al oído–. Se trata de vida o muerte. El cardenal Cicognara es su protector, y no se anda con bromas». Aunque un demonio hubiera puesto entre Sarrasine y la Zambinella las profundidades del infierno, en aquel momento habría atravesado todo de una zancada. Semejante a los caballos de los inmortales descritos por Homero, el amor del escultor habría franqueado en un abrir y cerrar de ojos espacios inmensos. «Aunque la muerte me esperase al salir de la casa, iría todavía más rápido, respondió. —*Poverino*[23]!», exclamó el desconocido desapareciendo. Hablar de peligro a un enamorado, ¿no es venderle placeres? El lacayo de Sarrasine nunca había visto a su amo arreglarse tan minuciosamente. Su espada más hermosa, regalo de Bouchardon, el lazo que Clotilde le había dado, su casaca de lentejuelas, su chaleco de paño plateado, su tabaquera de oro, sus relojes preciosos, todo fue sacado de los cofres, y se engalanó como una joven que debe pasearse ante su primer enamorado. A la hora dicha, ebrio de amor y ardiendo de esperanza, Sarrasine, con la nariz en su capa, corrió a la cita dada por la vieja. La dueña esperaba. «¡Cuánto ha tardado usted! –le dijo–. Venga». Arrastró al francés por varias callejas y se detuvo ante un palacio de aspecto bastante hermoso. Llamó. Se abrió la puerta. Condujo a Sarrasine a través de un laberinto de escaleras, de galerías y de pisos que solo iluminaban los fulgores inciertos de la luna, y pronto llegó a una puerta, por cuyas rendijas escapaban vivas luces, de donde partían alegres gritos de varias voces. De pronto Sarrasine fue deslumbrado cuando, tras una palabra de la vieja, fue admitido en aquel misterioso piso y se encontró en un salón tan brillantemente iluminado como suntuosamente amueblado, en cuyo centro se alzaba una mesa bien servida, cargada de sacrosantas botellas y de preciosos frascos cuyas facetas rojizas centelleaban. Reconoció a los cantantes de ambos sexos del teatro, mezclados con mujeres encantadoras, todos dispuestos a empezar una orgía de

artistas que solo le esperaban a él. Sarrasine reprimió un movimiento de despecho y fingió aplomo. Había esperado una habitación mal iluminada, a su amada junto a un brasero, un celoso a dos pasos, la muerte y el amor, confidencias cambiadas en voz baja, de corazón a corazón, besos peligrosos, y las caras tan cerca que los cabellos de la Zambinella hubieran acariciado su frente cargada de deseos, ardiente de felicidad. «¡Viva la locura! –exclamó–, *Signori e belle donne*[24], ustedes me permitirán que más tarde me tome la revancha y les testimonio mi agradecimiento por la forma en que acogen a un pobre escultor». Tras haber recibido los cumplidos bastante afectuosos de la mayoría de las personas presentes, que conocía de vista, trató de acercarse a la poltrona sobre la que la Zambinella estaba indolentemente tendida. ¡Oh!, cómo palpitó su corazón cuando vio un lindo pie calzado con esas chinelas que, permítame decírselo, señora, daban en el pasado al pie de las mujeres una expresión tan coqueta, tan voluptuosa, que no sé cómo los hombres podían resistirse. Las medias blancas, bien estiradas y de talones verdes, las faldas cortas, las chinelas puntiagudas y de tacones altos del reinado de Luis XIV tal vez han contribuido un poco a desmoralizar a Europa y al clero.

—¡Un poco! –dijo la marquesa–. Entonces ¿no ha leído usted nada?

—La Zambinella –continué sonriendo– había cruzado descaradamente las piernas y agitaba jugueteando la de encima, actitud de duquesa que sentaba bien a su tipo de belleza caprichosa y llena de cierta blandura insinuante. Había dejado sus ropas de teatro y llevaba un corpiño que dibujaba un talle esbelto que realzaban unos miriñaques y un vestido de raso bordado de flores azules. Su pecho, cuyos tesoros disimulaba por un lujo de coquetería un encaje, resplandecía de blancura. Peinada poco más o menos como se peinaba Mme. du Barry, su rostro, aunque rematado por un ancho gorro, resultaba más delicado, y los polvos le sentaban bien. Verla así era adorarla. Sonrió con gracia al escultor. Muy descontento por no poder hablarle sino delante de testigos, Sarrasine se sentó cortésmente a su lado, y le habló de música alabando su prodigioso talento; pero su voz temblaba de amor, de temor y de esperanza. «¿Qué es lo que teme? –le dijo Vitagliani, el cantante más célebre de la compañía–. Venga, aquí no tiene ningún rival que temer». El tenor sonrió silenciosamente. Esa sonrisa se repitió en los labios de todos los invitados, cuya atención tenía cierta malicia oculta de la que un enamorado no debía percatarse. Aquella publicidad fue como una puñalada que Sarrasine hubiera recibido de repente en el corazón. Aunque dotado de cierta fuerza de carácter, y aunque ninguna circunstancia debiera influir sobre su amor, tal vez aún no había pensado que Zambinella era casi una cortesana, y que no podía tener al mismo tiempo los goces puros que convierten el amor de una joven en una cosa tan deliciosa y los fogosos arrebatos con que una mujer de teatro hace comprar los tesoros de su pasión. Reflexionó y se resignó. Fue servida la cena. Sarrasine y la Zambinella se sentaron sin ceremonia el uno al lado del otro. Durante la mitad del festín, los artistas guardaron cierta mesura, y el escultor pudo charlar con la cantante. Halló en ella

ingenio, sutileza; pero era de una ignorancia sorprendente, y se mostró débil y supersticiosa. La delicadeza de sus órganos se reproducía en su entendimiento. Cuando Vitagliani descorchó la primera botella de champán, Sarrasine leyó en los ojos de su vecina un temor bastante vivo ante la pequeña detonación producida por la liberación del gas. El estremecimiento involuntario de aquel organismo femenino fue interpretado por el enamorado artista como indicio de una sensibilidad excesiva. Aquella debilidad encantó al francés. ¡Hay tanto de protección en el amor de un hombre! «¡Dispondrá usted de mi poder como de un escudo!». ¿No está escrita esta frase en el fondo de todas las declaraciones de amor? Sarrasine, demasiado apasionado para decir galanterías a la bella italiana, estaba, como todos los enamorados, alternativamente serio, risueño o pensativo. Aunque parecía escuchar a los comensales, no entendía ni una palabra de lo que decían, tan absorbido se encontraba por el placer de encontrarse a su lado, de rozarle la mano, de servirla. Nadaba en una alegría secreta. A pesar de la elocuencia de algunas miradas mutuas, le sorprendió la reserva que la Zambinella mantenía con él. Ella había sido la primera en oprimirle el pie, y en incitarle con la malicia de una mujer libre y enamorada; pero de repente se había envuelto en un pudor de muchacha tras haber oído contar a Sarrasine un lance que pintó la excesiva violencia de su carácter. Cuando la cena se convirtió en orgía, los comensales se pusieron a cantar, inspirados por el peralta y el pedro ximenes. Se cantaron dúos deliciosos, aires de Calabria, seguidillas españolas, canzonetas napolitanas. Había embriaguez en todos los ojos, en la música, en los corazones y en las voces. De pronto se desbordó una vivacidad deliciosa, un abandono cordial, una espontaneidad italiana de lo que nada puede dar una idea a quienes solo conocen las reuniones de París, los saraos de Londres o los círculos de Viena. Las bromas y las palabras amorosas se cruzaban, como balas en una batalla, a través de las risas, las impiedades, las invocaciones a la Virgen o al *Bambino.* Uno se echó en un sofá y se puso a dormir. Una joven escuchaba una declaración sin darse cuenta de que derramaba el vino de Jerez sobre el mantel. En medio de aquel desorden, la Zambinella, como sobrecogida de terror, permaneció pensativa. Se negó a beber, quizá comió demasiado; pero la gula es, según dicen, una gracia en las mujeres. Admirando el pudor de su amada, Sarrasine hizo serias reflexiones para el futuro. «Sin duda quiere casarse», se dijo. Entonces se abandonó a las delicias de aquel matrimonio. Su vida entera no le parecía bastante larga para agotar la fuente de dicha que encontraba en el fondo de su alma. Vitagliani, su vecino, le sirvió de beber con tanta frecuencia que, hacia las tres de la mañana, sin estar completamente borracho, Sarrasine se encontró sin fuerzas contra su delirio. En un momento de fogosidad, se llevó a aquella mujer escapando a una especie de gabinete que comunicaba con el salón, y hacia cuya puerta había vuelto más de una vez los ojos. La italiana estaba armada con un puñal. «Si te acercas –le dijo–, me veré obligada a hundirte este puñal en el corazón. ¡Bah! Me despreciarías. He concebido demasiado respeto por tu carácter para entregarme así. No quiero decepcionar el sentimiento que

me profesas. —¡Ah, ah!, dijo Sarrasine, mal medio es para apagar una pasión excitarla. ¿Estás ya corrompida hasta el punto de que, vieja de corazón, obrarías como una joven cortesana que aviva las emociones con las que comercia? —Es que hoy es viernes», respondió ella asustada por la violencia del francés. Sarrasine, que no era devoto, se echó a reír. La Zambinella saltó como un joven corzo y se precipitó hacia la sala del festín. Cuando Sarrasine apareció en él corriendo tras ella, fue recibido por una risa infernal. Vio a la Zambinella desvanecida en un sofá. Estaba pálida y como agotada por el extraordinario esfuerzo que acababa de hacer. Aunque Sarrasine supiese poco italiano, oyó a su amada decirle en voz baja a Vitagliani: «¡Pero me matará!». Aquella extraña escena dejó al escultor muy aturdido. Recobró la razón. Al principio permaneció inmóvil, luego recuperó la palabra, se sentó al lado de su amada e hizo protestas de respeto. Encontró fuerzas para disimular su pasión diciéndole a aquella mujer las palabras más exaltadas; y, para pintar su amor, desplegó los tesoros de esa elocuencia mágica, oficioso intérprete que las mujeres rara vez se niegan a creer. En el momento en que las primeras luces de la mañana sorprendieron a los comensales, una mujer propuso ir a Frascati. Todos acogieron con vivas aclamaciones la idea de pasar el día en la villa Ludovisi[25]. Vitagliani bajó para alquilar los coches. Sarrasine tuvo la dicha de llevar a la Zambinella en un faetón. Una vez que salieron de Roma, la alegría, reprimida un momento por la lucha que cada cual había librado con el sueño, se despertó de pronto. Hombres y mujeres, todos parecían habituados a aquella vida extraña, a aquellos placeres continuos, a aquel frenesí de artista que hace de la vida una fiesta perpetua en que se ríe sin reservas. La compañera del escultor era la única que parecía abatida. «Se encuentra usted mal? –le dijo Sarrasine–. ¿Prefiere volver a casa? —No soy lo bastante fuerte para soportar todos estos excesos –respondió ella–. Necesito grandes cuidados; pero ¡me siento tan bien a su lado! De no ser por usted, no me habría quedado a esa cena; una noche en vela me hace perder toda mi lozanía. —¡Es usted tan delicada! –continuó Sarrasine contemplando los lindos rasgos de aquella encantadora criatura. —Las orgías me destrozan la voz. —Ahora que estamos solos –exclamó el artista–, y que ya no tiene que temer la efervescencia de mi pasión, dígame que me ama. —¿Por qué? –replicó ella–. ¿Para qué? Le he parecido guapa. Pero usted es francés, y su sentimiento pasará. ¡Oh!, usted no me amaría como yo querría ser amada. —¿Cómo? —Sin propósito de pasión vulgar, puramente. Quizá aborrezco a los hombres todavía más de lo que odio a las mujeres. Necesito refugiarme en la amistad. El mundo está desierto para mí. Soy una criatura maldita, condenada a comprender la felicidad, a sentirla, a desearla, y, como tantos otros, forzada a verla huir en todo momento. Recuerde, señor, que no le habré engañado. Le prohíbo que me ame. Puedo ser un amigo fiel para usted, porque admiro su fuerza y su carácter. Necesito un hermano, un protector. Sea todo eso para mí, pero nada más. —¡No amarla! –exclamó Sarrasine–; pero, querido ángel, ¡tú eres mi vida, mi felicidad! —Si yo dijera una palabra, usted me rechazaría horrorizado. —¡Coqueta!, no hay nada que pueda asustarme. Dime que

me costarás mi porvenir, que dentro de dos meses moriré, que me condenaré solo por haberte besado». Y la besó a pesar de los esfuerzos que hizo la Zambinella para sustraerse a aquel beso apasionado. «¡Dime que eres un demonio, que necesitas mi fortuna, mi nombre, toda mi celebridad! ¿Quieres que no sea escultor? Habla. —¿Y si no fuera una mujer? –preguntó tímidamente la Zambinella con una voz argentina y dulce. —¡Vaya broma! –exclamó Sarrasine–. ¿Crees que puedes engañar al ojo de un artista? ¿No he devorado, escrutado, admirado tus perfecciones desde hace diez días? Solo una mujer puede tener ese brazo redondo y suave, esos contornos elegantes. ¡Ah!, ¡lo que quieres son galanterías!». Ella sonrió tristemente y dijo en un murmullo: «¡Fatal belleza!». Alzó los ojos al cielo. En ese momento su mirada tuvo no sé que expresión de horror tan potente, tan viva, que Sarrasine se estremeció. «Señor francés –continuó–, olvide para siempre un instante de locura. Le aprecio; pero, en cuanto al amor, no me lo pida; ese sentimiento está ahogado en mi corazón. ¡No tengo corazón! –exclamó llorando–. El teatro en el que me ha visto, esos aplausos, esa música, esa gloria a la que me han condenado, eso es mi vida, no tengo otra. Dentro de unas horas ya no me verá con los mismos ojos, la mujer que usted ama estará muerta». El escultor no respondió. Era presa de una sorda rabia que le oprimía el corazón. No podía más que mirar a aquella mujer extraordinaria con unos ojos hinchados que ardían. Aquella voz impregnada de debilidad, la actitud, las maneras y los gestos de Zambinella, marcados de tristeza, de melancolía y de desánimo, despertaban en su alma todas las riquezas de la pasión. Cada palabra era un aguijón. En aquel momento habían llegado a Frascati. Cuando el artista tendió los brazos a su amada para ayudarla a bajar, la sintió toda estremecida. «¿Qué le pasa? Me causaría usted la muerte –exclamó al verla palidecer, si sufriese el menor dolor cuya causa, aunque inocente, fuera yo. —¡Una serpiente! –dijo ella señalando una culebra que se deslizaba a lo largo de un foso–. Esos odiosos animales me dan miedo». Sarrasine aplastó la cabeza de la culebra de una patada. «¡Cómo tiene usted valor para ello! –dijo la Zambinella contemplando con un visible horror al reptil muerto. —Bueno, dijo el artista sonriendo, ¿sigue atreviéndose a pretender que no es usted mujer?». Se reunieron con sus compañeros y pasearon por los bosques de la villa Ludovisi, que entonces pertenecía al cardenal Cicognara. Aquella mañana transcurrió demasiado deprisa para el enamorado escultor, pero estuvo llena de una multitud de incidentes que le descubrieron la coquetería, la debilidad y la zalamería de aquella alma blanda y sin energía. Era la mujer con sus temores repentinos, sus caprichos irracionales, sus turbaciones instintivas, sus audacias sin causa, sus bravatas y su deliciosa delicadeza de sentimiento. Hubo un momento en que, aventurándose en el campo, la pequeña tropa de alegres cantores vio de lejos a varios hombres armados hasta los dientes y cuya indumentaria no tenía nada de tranquilizador. A la voz de: «¡Bandidos!», todos redoblaron el paso para ponerse al abrigo del recinto de la villa del cardenal. En ese instante crítico, Sarrasine se percató, por la palidez de la Zambinella, de que no tenía fuerzas suficientes para caminar; la tomó en sus brazos y la llevó, durante un tiempo,

corriendo. Cuando se encontró en una viña vecina, depositó a su amada en tierra. «Explíqueme –le dijo–, cómo esa extrema debilidad que, en cualquier otra mujer, sería odiosa, me desagradaría, y cuya menor prueba casi bastaría para extinguir mi amor, en usted me gusta, me encanta?… ¡Oh!, ¡cuánto la amo! –continuó–. Todos sus defectos, sus terrores, sus pequeñeces añaden no sé qué gracia a su alma. Siento que odiaría a una mujer fuerte, a una Safo, valerosa, llena de energía, de pasión. ¡Oh frágil y dulce criatura!, ¿cómo puedes ser de otro modo? Esa voz de ángel, esa voz delicada, hubiera sido un contrasentido si hubiera salido de un cuerpo distinto del tuyo. —No puedo darle ninguna esperanza –dijo ella–. Deje de hablarme así, porque se burlarían de usted. Me es imposible prohibirle la entrada al teatro; pero si me ama o es sensato, no venga más. Escuche, señor –empezó a decir con voz grave. —¡Oh!, cállate –la interrumpió el artista enajenado–. Los obstáculos atizan el amor en mi corazón». La Zambinella permaneció en una actitud graciosa y modesta; pero se calló, como si un pensamiento terrible le hubiera revelado alguna desgracia. Cuando hubo que volver a Roma, ella subió a una berlina de cuatro plazas, ordenando al escultor, con un aire imperiosamente cruel, que regresase solo en el faetón. Durante el camino, Sarrasine decidió raptar a la Zambinella. Pasó todo el día dedicado a trazar planes a cual más extravagante. A la caída de la noche, en el momento en que salió para ir a preguntar a algunas personas dónde estaba situado el palacio habitado por su amada, encontró a uno de sus compañeros en el umbral de la puerta. «Querido amigo –le dijo este último–, nuestro embajador me ha encargado invitarte a que vayas esta noche a su casa. Da un concierto magnífico, y cuando sepas que Zambinella estará allí… —¡Zambinella! –exclamó Sarrasine delirando al oír aquel nombre–, ¡me enloquece! —Tú eres como todo el mundo –le respondió su camarada. —Pero, si sois amigos míos, tú, Vien, Lauterbourg y Allegrain, ¿me prestaréis ayuda para dar un golpe de mano después de la fiesta? –preguntó Sarrasine. —¿No hay ningún cardenal que matar, nada de…? —No, no –dijo Sarrasine–, no os pido nada que personas honradas no puedan hacer». En poco tiempo el escultor lo preparó todo par el éxito de su empresa. Fue uno de los últimos en llegar a la mansión del embajador, pero llegó en un coche de viaje tirado por vigorosos caballos guiados por uno de los más atrevidos *vetturini*[26] de Roma. El palacio del embajador estaba lleno de gente, y al escultor, desconocido para todos los asistentes, le costó llegar al salón donde en ese momento Zambinella cantaba. «¿Es por consideración a los cardenales, obispos y abades que están aquí –preguntó Sarrasine–, por lo que *ella* se ha vestido de hombre y lleva una redecilla detrás de la cabeza, los cabellos rizados y una espada al costado? —¡Ella! ¿Qué ella? –respondió el viejo caballero al que Sarrasine se dirigía. —La Zambinella. —¿La Zambinella? –contestó el príncipe romano–. ¿Está de broma? ¿De dónde viene? ¿Acaso han actuado alguna vez mujeres en los teatros de Roma? ¿Y no sabe qué criaturas desempeñan los papeles femeninos en los Estados del papa? Soy yo, señor, quien dotó a Zambinella de su voz. Yo le pagué todo a ese pícaro, incluso su maestro de canto. Pues bien, ha mostrado tan poco agradecimiento por el favor que

le hice que nunca ha vuelto a poner los pies en mi casa. Y sin embargo, si hace fortuna, me la deberá entera». Desde luego, el príncipe Chigi habría podido hablar mucho tiempo, pero Sarrasine no le escuchaba. Una horrible verdad había penetrado en su alma. Estaba fulminado como por un rayo. Se quedó inmóvil, con los ojos clavados en el pretendido cantante. Su llameante mirada tuvo una especie de influencia magnética sobre Zambinella, porque el *musico* terminó por volver súbitamente la vista hacia Sarrasine, y entonces su celestial voz se alteró. ¡Tembló! Un murmullo involuntario escapado a la asamblea, a la que tenía como pegada de sus labios, acabó de alterarlo, se sentó e interrumpió su aria. El cardenal Cicognara, que había espiado con el rabillo del ojo la dirección que tomó la mirada de su protegido, vio entonces al francés; se inclinó hacia uno de sus edecanes eclesiásticos y dio la impresión de que preguntaba el nombre del escultor. Cuando hubo conseguido la respuesta que deseaba, contempló muy atentamente al artista, y dio unas órdenes a un abad, que desapareció rápidamente. Mientras tanto, Zambinella, que se había recuperado, volvió a empezar el trozo que había interrumpido de forma tan caprichosa; pero lo ejecutó mal, y, a pesar de todas las instancias que le fueron hechas, se negó a cantar otra cosa. Fue la primera vez que ejerció aquella tiranía caprichosa que, más tarde, no la hizo menos célebre que su talento y su inmensa fortuna, debida, dicen, no menos a su voz que a su belleza. «Es una mujer –dijo Sarrasine creyéndose solo–. Aquí hay alguna intriga secreta. ¡El cardenal Cicognara engaña al papa y a toda la ciudad de Roma!». El escultor salió acto seguido del salón, reunió a sus amigos y los emboscó en el patio del palacio. Cuando Zambinella estuvo seguro de la marcha de Sarrasine, pareció recuperar cierta tranquilidad. Hacia medianoche, después de haber vagado por los salones como hombre que busca a un enemigo, el *musico* abandonó la reunión. En el momento en que franqueaba la puerta del palacio, fue hábilmente capturado por unos hombres que lo amordazaron con un pañuelo y lo metieron en el coche alquilado por Sarrasine. Helado de horror, Zambinella permaneció en un rincón sin atreverse a hacer un movimiento. Veía delante de sí el rostro terrible del artista que guardaba un silencio de muerte. El trayecto fue corto. Zambinella, llevada en brazos por Sarrasine, se encontró pronto en un taller sombrío y desnudo. El cantante, medio muerto, permaneció en una silla sin atreverse a mirar una estatua de mujer en la que reconoció sus rasgos. No profirió una palabra, pero sus dientes castañeteaban. Estaba transido de miedo. Sarrasine iba de acá para allá a zancadas. De pronto se detuvo delante de Zambinella. «Dime la verdad –le preguntó con una voz sorda y alterada–. ¿Eres una mujer? El cardenal Cicognara…». Zambinella cayó de rodillas y solo respondió bajando la cabeza. «¡Ah!, eres una mujer –exclamó el artista en medio del delirio–; porque hasta un…». No acabó. «No –continuó–, *él* no habría sido capaz de tanta bajeza. —¡Ah!, no me mate –exclamó Zambinella, deshaciéndose en lágrimas–. Consentí en engañarle solo por complacer a mis camaradas, que querían reírse. —¡Reírse! –respondió el escultor con una voz que tuvo un acento infernal–. ¡Reírse, reírse! ¿Has osado burlarte de una

pasión de hombre? ¡Oh!, perdón –replicó Zambinella. —¡Debería matarte! –gritó Sarrasine sacando su espada con un impulso violento–. Pero –prosiguió con un desdén frío–, si hurgase en tu ser con un puñal, ¿encontraría un sentimiento que apagar, una venganza que satisfacer? No eres nada. Hombre o mujer, ¡te mataría!, pero…». Sarrasine hizo un gesto de asco, que le obligó a volver la cabeza, y entonces vio la estatua. «¡Y es una ilusión! –exclamó. Luego, volviéndose hacia Zambinella–: Un corazón de mujer era para mí un asilo, una patria. ¿Tienes hermanas que se te parezcan? No. Pues entonces, ¡muere! Pero no, vivirás. Dejarte con vida, ¿no es consagrarte a algo peor que la muerte? No es ni mi sangre ni mi existencia lo que lamento, sino el futuro y mi suerte sentimental. Tu débil mano ha destrozado mi felicidad. ¿Qué esperanza puedo arrebatarte por todas las que tú has marchitado? Me has rebajado hasta ti. *¡Amar, ser amado!* son desde ahora palabras vacías de sentido para mí, igual que para ti. Pensaré sin cesar en esta mujer imaginaria al ver una mujer real». Señaló la estatua con un gesto de desesperación. «Siempre tendré en el recuerdo a una arpía celestial que vendrá a hundir sus garras en todos mis sentimientos de hombre, y que marcará a todas las demás mujeres con un sello de imperfección. ¡Monstruo!, tú, que no puedes dar la vida a nada, me has despoblado la tierra de todas sus mujeres». Sarrasine se sentó frente al cantante asustado. Dos gruesas lágrimas salieron de sus ojos secos, rodaron a lo largo de sus varoniles mejillas y cayeron al suelo: dos lágrimas de rabia, dos lágrimas acres y ardientes. «¡Se acabó el amor!, estoy muerto para todo placer, para todas las emociones humanas». Tras estas palabras, cogió un martillo y lo lanzó sobre la estatua con una fuerza tan extraordinaria que falló el golpe. Creyó que había destruido aquel monumento de su locura, y entonces volvió a coger la espada y la blandió para matar al cantante. Zambinella lanzó unos gritos penetrantes. En ese momento entraron tres hombres, y de pronto el escultor cayó atravesado por tres golpes de estilete. «De parte del cardenal Cicognara –dijo uno de ellos. —Es una cortesía digna de un cristiano», respondió el francés al expirar. Aquellos sombríos emisarios comunicaron a Zambinella la inquietud de su protector, que esperaba en la puerta en un carruaje cerrado para poder llevárselo en cuanto fuera liberado.

—Pero –me dijo la señora de Rochefide–, ¿qué relación existe entre esa historia y el pequeño anciano que hemos visto en casa de los Lanty?

—Señora, el cardenal Cicognara se adueñó de la estatua de Zambinella y la hizo ejecutar en mármol, hoy está en el museo Albani. Allí la encontró en 1791 la familia Lanty, y pidió a Vien que la copiase. El retrato que le ha mostrado a Zambinella a los veinte años, un instante después de haberlo visto centenario, sirvió más tarde para el *Endimión* de Girodet[27], habrá podido reconocer su tipo en el Adonis.

—Pero ¿ese o esa Zambinella?

—No puede ser, señora, más que el tío abuelo de Marianina. Ahora podrá imaginar el interés que la señora de Lanty puede tener en ocultar la fuente de una fortuna que proviene…

—¡Basta! –dijo ella haciéndome un gesto imperioso.

Permanecimos durante un momento sumidos en el más profundo silencio.

—¿Y bien? –le dije.

—¡Ah! –exclamó ella levantándose y paseando a zancadas por la habitación.

Vino a mirarme y me dijo con una voz alterada:

—Me ha hecho odiar la vida y las pasiones para mucho tiempo. Sea cual fuere el monstruo, ¿no terminan todos los sentimientos humanos así? Cuando somos madres, los hijos nos asesinan con su mala conducta o con su frialdad. Cuando somos esposas, somos traicionadas. Cuando amantes, somos desamparadas, abandonadas. ¡La amistad! ¿Existe? Mañana me haría devota si no supiera que puedo permanecer como una roca inaccesible en medio de las tempestades de la vida. Si el futuro del cristiano sigue siendo una ilusión, por lo menos solo se destruye después de la muerte. Déjeme sola.

—¡Ah! –le dije–. ¡Cómo sabe usted castigar!

—¡Estoy acaso equivocada?

—Sí –respondí con una especie de valor–. Al terminar esta historia, bastante conocida en Italia, puedo darle una elevada idea de los progresos hechos por la civilización actual. Ya no existen estas desgraciadas criaturas.

—París –dijo ella–, es una tierra muy hospitalaria; acoge todo, tanto las fortunas vergonzosas como las fortunas ensangrentadas. Aquí el crimen y la infamia tienen derecho de asilo, aquí encuentran simpatías; solo la virtud carece de altares. Sí, ¡las almas puras tienen una patria en el cielo! ¡Nadie me habrá conocido! Eso me llena de orgullo.

Y la marquesa se quedó pensativa.

París, noviembre de 1830.

PIERRE GRASSOU

Al teniente coronel de artillería Périolas[1],
como testimonio de la afectuosa estima del autor,
De Balzac.

Siempre que habéis ido seriamente a ver la Exposición de obras de escultura y de pintura, como tuvo lugar después de la Revolución de 1830, ¿no habéis sido asaltados por un sentimiento de inquietud, de aburrimiento, de tristeza, ante el aspecto de las largas galerías atestadas? Desde 1830 el Salón ya no existe. Por segunda vez, el Louvre ha sido tomado al asalto por el pueblo de artistas, que se ha mantenido allí. Al ofrecer antaño la élite de las obras de arte, el Salón conseguía los mayores honores para las creaciones que en él se exponían. Entre los doscientos cuadros elegidos, el público volvía a elegir: una corona era otorgada a la obra maestra por unas manos desconocidas. Se entablaban apasionadas discusiones a propósito de una tela. Los insultos prodigados a Delacroix, a Ingres, no han contribuido menos a su fama que los elogios y el fanatismo de sus admiradores. Hoy, ni la muchedumbre ni la crítica se apasionan ya por los productos de ese bazar. Obligadas a hacer la selección, de la que antes se encargaba el jurado, su atención se cansa con ese trabajo; y cuando está acabado, la Exposición se cierra. Antes de 1817[2], los cuadros admitidos nunca superaban las dos primeras columnas de la larga galería donde están las obras de los viejos maestros, y ese año llenaron todo ese espacio, con gran asombro del público. El Género histórico, el Género propiamente dicho, los cuadros de caballete, el Paisaje, las Flores, los Animales y la Acuarela, estas ocho especialidades[3] no pueden aportar más de veinte cuadros dignos de las miradas del público, que no puede conceder su atención a una cantidad mayor de obras. Cuanto más iba creciendo el número de artistas, más difícil debía mostrarse el jurado de admisión. Todo se perdió cuando el Salón se continuó en la galería. El Salón habría debido seguir siendo un lugar concreto, restringido, de proporciones inflexibles, donde cada género hubiera expuesto sus obras maestras. Una experiencia de diez años ha probado la excelencia de la antigua institución. En vez de un torneo, tenéis un motín; en lugar de una Exposición gloriosa, tenéis un tumultuoso bazar; en lugar de la selección, tenéis la totalidad. ¿Qué ocurre entonces? Que el gran artista ahí se pierde. *El café turco, Los niños en la fuente, El suplicio de los ganchos* y el *José* de Decamps[4], hubieran aprovechado más a su gloria, los cuatro en el gran Salón, expuestos con los cien buenos cuadros de ese año, que sus veinte telas perdidas entre tres mil obras, revueltas en seis galerías. Por una extraña singularidad, desde que la puerta se abrió a todo el mundo, se ha hablado mucho de genios desconocidos. Cuando, doce años antes, *La cortesana* de Ingres y la de Sigalon, *La medusa* de Géricault, *La matanza de Scio* de Delacroix, *El bautismo de Enrique IV* de Eugène Deveria[5], admitidos por

celebridades tachadas de envidiosas, enseñaban al mundo, a pesar de los rechazos de la crítica, la existencia de paletas jóvenes y ardientes, no se oía ninguna queja. Ahora que el más insignificante embadurnador de lienzos puede enviar su obra, solo se habla de genios incomprendidos. Donde ya no hay juicio, ya no existe cosa juzgada. Hagan lo que hagan los artistas, tendrán que volver al examen que recomienda sus obras a la admiración de la multitud para la que trabajan. Sin la elección de la Academia, ya no habrá Salón, y sin Salón, el Arte puede parecer[6].

Desde que el catálogo se ha vuelto un grueso volumen, aparecen en él muchos nombres que permanecen en su oscuridad, pese a la lista de diez o doce cuadros que los acompaña. Entre esos nombres, el más desconocido quizá sea el de un artista llamado Pierre Grassou, venido de Fougères, llamado más simplemente Fougères en el mundo artístico, que hoy ocupa un lugar destacado al sol, y que sugiere las amargas reflexiones por las que comienza el esbozo de su vida, aplicable a numerosos individuos de la tribu de los artistas.

En 1832, Fougères vivía en la calle de Navarin, en el cuarto piso de una de esas casas estrechas y altas que se parecen al obelisco de Luxor[7], que tienen un pasadizo, una pequeña escalera oscura de vueltas peligrosas, que no incluyen más de tres ventanas por piso, y en el interior de las cuales hay un patio, o, para hablar con más precisión, un pozo cuadrado. Encima de las tres o cuatro habitaciones del apartamento ocupado por Grassou de Fougères se extendía su taller, con vistas a Montmartre. El taller pintado en tonos de ladrillos, el suelo pintado cuidadosamente en color marrón y frotado, cada silla provista de una pequeña almohadilla bordada, el sofá, sencillo pero limpio como el de la alcoba de una tendera, allí todo revelaba la vida meticulosa de los espíritus pequeños y los cuidados de un hombre pobre. Había una cómoda para guardar los enseres de taller, una mesa para almorzar, un aparador, un secreter, y por último los utensilios necesarios para un pintor, todos alineados y limpios. La estufa participaba de ese sistema de cuidado holandés, tanto más visible cuanto que la luz pura y poco cambiante del norte inundaba con su claridad nítida y fría aquella inmensa pieza. Fougères, simple pintor de género, no tiene necesidad de las enormes máquinas que arruinan a los pintores de historia, nunca ha visto en sí mismo facultades bastante completas para abordar la alta pintura, y seguía limitándose al caballete. A principios del mes de diciembre de ese año, época en la que los burgueses de París conciben periódicamente la burlesca idea de perpetuar su rostro, ya bastante desconcertante por sí mismo, Pierre Grassou, levantado desde hora muy temprana, preparaba su paleta, encendía su estufa, se comía una barra de pan mojada en leche y esperaba, para trabajar, a que el deshielo de los cristales dejase pasar la luz. Hacía un día seco y bello. En ese momento, el artista, que comía con ese aire paciente y resignado que dice tantas cosas, reconoció el paso de un hombre que había tenido sobre su vida la influencia que esa clase de gentes tienen sobre la de casi todos los artistas, de Élias Magus[8], un marchante de cuadros, el usurero de los lienzos. En efecto, Élias Magus sorprendió al pintor en el momento en que, en aquel

taller tan limpio, iba a ponerse a trabajar.

—¿Cómo le va, viejo pillo? –le dijo el pintor.

Fougères había obtenido la cruz, Élias le compraba sus cuadros por doscientos o trescientos francos, se daba aires de gran artista.

—El comercio va mal –respondió Élias–. Todos tenéis pretensiones, ahora habláis de doscientos francos en cuanto habéis gastado seis *sous* de color en un lienzo… Pero ¡usted es un buen muchacho! Es un hombre de orden, y vengo a traerle un buen negocio.

—*Timeo Danaos et dona ferentes*[9] –dijo Fougères–. ¿Sabe usted latín?

—No.

—Pues eso quiere decir que los griegos no proponen buenos negocios a los troyanos sin ganar algo. En otro tempo decían: «¡Tome mi caballo!». Hoy decimos: «Tome mi oso»… ¿Qué quiere, Ulysse-Lageingeole-Élias Magus[10]?

Estas palabras dan la medida de la delicadeza y del ingenio con que Fougères empleaba lo que los pintores llaman bromas de taller.

—No digo que no me hará usted dos cuadros gratis.

—¡Oh, oh!

—La decisión es suya, yo no se los pido. Usted es un artista honrado.

—¿De qué se trata?

Pues bien, le traigo un padre, una madre y una hija única.

—¡Todos únicos!

—Palabra que sí… y hay que hacer sus retratos. Estos burgueses, locos por las artes, nunca se han atrevido a aventurarse en un taller. La hija tiene una dote de cien mil francos. Bien puede usted pintar a esa gente. Quizá para usted sean unos retratos de familia.

Ese viejo leño de Alemania, que pasa por un hombre y que se llama Élias Magus, se interrumpió para soltar una risa seca cuyas carcajadas asustaron al pintor. Creyó oír a Mefistófeles hablando de matrimonio.

—Los retratos se pagan a quinientos francos la pieza, puede hacerme tres cuadros.

—Claro que sí –dijo alegremente Fougères.

—Y si se casa con la hija, no se olvide de mí.

—¿Casarme yo? –exclamó Pierre Grassou–, yo, que estoy acostumbrado a acostarme completamente solo, a levantarme muy temprano, que tengo mi vida organizada…

—Cien mil francos –dijo Magus–, y una muchacha dulce, llena de tonos dorados como un verdadero tiziano.

—¿Cuál es la posición de esa gente?

—Comerciantes retirados; por el momento, aficionados a las artes, con una casa de campo en Ville-d’Avray, y diez o doce mil libras de renta.

—¿Es qué comerciaban?

—Las botellas.

—No diga esa palabra, me parece estar oyendo cortar los corchos, y me da dentera…

—¿Quiere que los traiga?

—Tres retratos, los expondré en el Salón, podré lanzarme al retrato, muy bien, sí…

El viejo Élias bajó para buscar a la familia Vervelle. Para saber hasta qué punto iba a influir la proposición sobre el pintor, y qué efecto debían producir en él el señor y la señora adornados de su hija única, es necesario echar una ojeada sobre la vida anterior de Pierre Grassou de Fougères.

Como alumno, Fougères había estudiado dibujo con Servin, que en el mundo académico pasaba por un gran dibujante. Luego había ido al taller de Schinner para descubrir los secretos de ese potente y magnífico color que distingue a ese maestro. El maestro, los alumnos, allí todo había sido discreto, Pierre no había descubierto nada. De allí Fougères había pasado al taller de Sommervieux para familiarizarse con esa parte del arte llamada la Composición, pero la composición fue huraña y fiera para él. Luego había tratado de arrancar a Granet y a Drolling el misterio de sus efectos de interiores. Estos dos maestros no se habían dejado robar nada. Por último, Fougères había terminado su educación con Duval-Lecamus[11]. Durante esos estudios y estas diferentes transformaciones, Fougères observó unas costumbres tranquilas y ordenadas que proporcionaban materia a las burlas de los diferentes talleres por los que pasaba, pero en todas partes desarmó a sus camaradas con su modestia, con una paciencia y una dulzura de cordero. Los maestros no sintieron la menor simpatía por aquel buen muchacho, a los maestros les gustan los sujetos brillantes, los espíritus excéntricos, divertidos, fogosos, o sombríos y profundamente reflexivos, que proclaman un talento futuro. En Fougères todo anunciaba la mediocridad. Su sobrenombre de Fougères, el del pintor en la obra de Églantine[12], fue la fuente de mil afrentas; pero, por la fuerza de las cosas, aceptó el nombre de la ciudad donde *había visto la luz.*

Grassou de Fougères hacía honor a su nombre[13]. Regordete y de estatura mediana, tenía la tez descolorida, los ojos castaños, el pelo negro, la nariz en forma de trompeta, una boca bastante ancha y las orejas largas. Su aspecto dulce, pasivo y resignado hacía resaltar poco esos rasgos principales de su fisonomía llena de salud, pero sin vida. No debía verse atormentado ni por esa abundancia de sangre, ni por esa violencia de pensamiento, ni por esa locuacidad cómica por las que se reconoce a los grandes artistas. Este joven, nacido para ser un virtuoso burgués, llegado de su tierra para ser dependiente en la tienda de un vendedor de colores, oriundo de Mayenne y pariente lejano de los d'Orgemont, se hizo pintor por la testarudez propia del carácter bretón. Solo Dios sabe lo que sufrió, la forma en que vivió durante la época de sus estudios. Sufrió tanto como sufren los grandes hombres cuando son acosados por la miseria y perseguidos como bestias salvajes por la jauría de los mediocres y por la

tropa de las Vanidades sedienta de venganza. En cuanto se creyó con fuerzas para volar con sus propias alas, Fougères alquiló un taller en lo alto de la calle de los Martyrs, donde había empezado a empollar. Hizo su debut en 1819. El primer cuadro que presentó al Jurado para la Exposición del Louvre representaba una boda de aldea, bastante trabajosamente copiado del cuadro de Greuze[14]. Rechazaron la tela. Cuando Fougères supo la fatal decisión, no cayó en esos arrebatos de furia o en esos ataques de amor propio epiléptico a que se entregan los espíritus soberbios, y que a veces terminan por carteles de desafío enviados al director o al secretario del museo, por amenazas de asesinato. Fougères recuperó tranquilamente su lienzo, lo envolvió en su pañuelo y lo llevó a su taller jurándose a sí mismo que llegaría a ser un gran pintor. Puso su tela en el caballete y fue a ver a su antiguo maestro, hombre de inmenso talento, Schinner, artista bondadoso y paciente, que había conseguido un éxito completo en el último Salón; le rogó que fuese a criticar la obra rechazada. El gran pintor dejó todo y fue. Cuando el pobre Fougères lo puso frente a la obra, Schinner, tras la primera mirada, estrechó la mano de Fougères.

—Eres un excelente muchacho, tienes un corazón de oro, y no hay que engañarte. Escucha: cumples todas las promesas que ofrecías en el taller. Cuando salen estas cosas de la punta del pincel, mi buen Fougères, más vale dejar los colores en la tienda de Brullon[15], y no robar la tela a otros. Vuelve a casa temprano, ponte el gorro de dormir, acuéstate a eso de las nueve; por la mañana, a las diez, vete a alguna oficina a pedir un empleo, y olvídate de las Artes.

—Amigo mío –dijo Fougères–, mi tela ha ya sido condenada, y no es una sentencia lo que pido, sino los motivos.

—Mira, pintas las cosas en tonos grises y sombríos, ves la naturaleza a través de un crespón; tu dibujo es pesado, pastoso; tu composición es una imitación de Greuze, que compensaba sus defectos con las cualidades que a ti te faltan.

Mientras detallaba las faltas del cuadro, Schinner vio en el rostro de Fougères una expresión de tristeza tan profunda que se lo llevó a comer y trató de consolarlo. Al día siguiente, desde las siete, Fougères rehacía el cuadro condenado; daba calidez al color, hacía las correcciones indicadas por Schinner, arreglaba superficialmente las figuras. Luego, insatisfecho de las correcciones, se lo llevó a casa de Élias Magus. Élias Magus, especie de holandés-belga-flamenco, tenía tres razones para ser lo que fue: avaro y rico. Llegado de Burdeos, se iniciaba entonces en París, chamarileaba en cuadros y vivía en el bulevar Bonne-Nouvelle. Fougères, que contaba con su paleta para ir a la panadería, comió con mucha intrepidez pan y nueces, o pan y leche, o pan y cerezas, o pan y queso, según las estaciones. Élias Magus, a quien Pierre ofreció su primera tela, lo miró de reojo un rato, luego le dio quince francos.

—Con quince francos de ingresos al año y mil francos de gasto –dijo Fougères sonriendo– no se llega muy lejos.

Élias Magus hizo una mueca, Élias se mordió los pulgares pensando que habría podido conseguir el cuadro por cien *sous*. Durante varios días, Fougères bajó todas

las mañanas de la calle de los Martyrs, se ocultó entre la multitud en el bulevar opuesto al que estaba la tienda de Magus, y sus ojos se clavaban en su cuadro, que no atraía las miradas de los transeúntes. Hacia finales de semana, el cuadro desapareció. Fougères volvió a subir el bulevar, se dirigió hacia la tienda del chamarilero, como si estuviera paseando. El judío estaba en su puerta.

—Vaya, ¿ha vendido mi cuadro?

—Aquí lo tiene –dijo Magus–, estoy poniéndole un marco para poder ofrecérselo a alguien que crea entender de pintura.

Fougères ya no se atrevió a volver al bulevar, inició un nuevo cuadro; tardó dos meses en terminarlo comiendo como un ratón y trabajando como un galeote.

Una tarde fue hasta el bulevar, sus pies le llevaron fatalmente hasta la tienda de Magus, no vio su cuadro por ninguna parte.

—He vendido su cuadro –le dijo el marchante al artista.

—¿Y por cuánto?

—He recuperado mi capital con un pequeño interés. Hágame interiores flamencos, una lección de anatomía, un paisaje, se los pagaré –dijo Élias.

Fougères habría estrechado a Magus en sus brazos, lo miraba como a un padre. Volvió a casa con la alegría en el corazón: por tanto, ¡el gran pintor Schinner se había equivocado! En aquella inmensa ciudad de París había corazones que latían al unísono con el de Grassou, su talento era comprendido y apreciado. El pobre muchacho, con veintisiete años, tenía la inocencia de un joven de dieciséis. Otro, uno de esos artistas desconfiados y huraños, habría notado el aire diabólico de Élias Magus, habría observado la agitación de los pelos de su barba, la ironía de su bigote, el movimiento de sus hombros, que anunciaba la satisfacción del judío de Walter Scott engañando a un cristiano. Fougères se paseó por los bulevares en medio de una alegría que daba a su rostro una expresión altanera. Se parecía a un estudiante que protege a una mujer. Se encontró con Joseph Bridau[16], uno de sus camaradas, uno de esos talentos excéntricos destinados a la gloria y a la desgracia. Joseph Bridau, que tenía algunos *sous* en el bolsillo, según su expresión, llevo a Fougères a la Ópera. Fougères no vio el ballet, no oyó la música, pensaba cuadros, pintaba. Dejó a Joseph a la mitad del espectáculo, corrió a casa a hacer bocetos a la luz de la lámpara, inventó treinta cuadros llenos de reminiscencias, se creyó un hombre de genio. Al día siguiente compró colores, lienzos de varias dimensiones; puso pan y queso encima de su mesa, llenó un cántaro de agua, hizo provisión de madera para su estufa; luego, según la expresión de los talleres, se puso a atacar sus cuadros; tuvo algunos modelos, y Magus le prestó paños. Después de dos meses de reclusión, el bretón había acabado cuatro cuadros. Volvió a pedir los consejos de Schinner, a quien agregó a Joseph Bridau. Los dos pintores vieron en aquellas telas una servil imitación de los paisajes holandeses, de los interiores de Metsu[17], en el cuarto una copia de *La lección de anatomía* de Rembrandt.

—Siempre imitaciones –dijo Schinner–. ¡Ah! A Fougères le costará ser original.

—Deberías hacer algo que no sea la pintura –dijo Bridau.

—¿Qué? –preguntó Fougères.

—Lánzate a la literatura.

Fougères agachó la cabeza como las ovejas cuando llueve. Luego pidió y obtuvo algunos consejos útiles, y retocó sus cuadros antes de llevarlo a Élias. Élias le pagó veinticinco francos por cada tela. A ese precio, Fougères no ganaba nada, pero no perdía, dada su sobriedad. Dio algunos paseos, para ver qué ocurría con sus cuadros, y tuvo una singular alucinación. Sus telas, tan pintadas, tan limpias, que tenían una dureza de chapa y el brillo de las pinturas sobre porcelana, estaban como cubiertas por una bruma, parecían cuadros antiguos. Élias acababa de salir, Fougères no pudo conseguir ninguna información sobre aquel fenómeno. Creyó haber visto mal. El pintor volvió a su taller para hacer nuevos cuadros viejos. Tras siete años de trabajos continuos, Fougères llegó a componer, a ejecutar cuadros pasables. Lo hacía tan bien como todos los artistas de segundo orden, Élias compraba, vendía todos los cuadros del pobre bretón, que ganaba trabajosamente un centenar de luises al año, y no gastaba más de mil doscientos francos.

En la Exposición de 1829, Léon de Lora, Schinner y Bridau, que ocupaban un lugar destacado y se encontraban a la cabeza del movimiento en las Artes, sintieron lástima por la persistencia, por la pobreza de su viejo camarada; e hicieron admitir en la Exposición, en el gran Salón, un cuadro de Fougères. Aquel cuadro, lleno de interés, que tenía algo de Vigneron por el sentimiento y de la primera manera de Dubufe en la ejecución, representaba a un joven al que, en la celda de una cárcel, le estaban afeitando la nuca. Aun lado, un sacerdote, al otro una vieja y una mujer joven llorando. Un escribano leía un papel timbrado. En una mala mesa se veía una comida que nadie había tocado. La luz llegaba a través de los barrotes de una ventana elevada. Había materia como para hacer estremecerse, y los burgueses se estremecían. Fougères se había inspirado simplemente en la obra maestra de Gérard Dow[18]: había vuelto el grupo de *La mujer hidrópica* hacia la ventana, en vez de presentarlo de frente. Había sustituido a la moribunda por el condenado: la misma palidez, la misma mirada, la misma súplica a Dios. En lugar del médico flamenco había pintado la fría y oficial figura del escribano vestido de negro; pero había añadido una anciana junto a la joven de Gérard Dow. Por último, el rostro cruelmente bonachón del verdugo dominaba el grupo. Este plagio, disfrazado como mucha habilidad, no fue descubierto.

El catálogo decía así:

510. Grassou de Fougères (Pierre), calle de Navarin, 27.
Preparativos par la ejecución de un chuan, condenado a muerte en 1809.

Aunque mediocre, el cuadro tuvo un éxito prodigioso porque recordaba el caso de los fogoneros de Mortagne[19]. La multitud se agolpó todos los días ante la tela de moda, y Carlos X se detuvo ante ella. *Madame,* informada sobre la vida parisina de aquel

pobre bretón, se entusiasmó por el bretón. El duque de Orléans regateó el lienzo. Los eclesiásticos dijeron a la Delfina que el tema estaba lleno de buenos pensamientos: en efecto, en él reinaba un aire religioso muy satisfactorio. El Delfín admiró el polvo de las losas, error enorme porque Fougères había extendido unos tintes verdosos que anunciaban la humedad al pie de los muros. *Madame* compró el cuadro por mil francos, el Delfín encargó otro. Carlos X dio la cruz al hijo del campesino que antaño se había batido por la causa real en 1799. Joseph Brudau, el gran pintor, no fue condecorado[20]. El ministro del Interior encargó dos cuadros de tema religioso a Fougères. Aquel salón fue para Pierre Grassou toda su fortuna, su gloria, su porvenir, su vida. En todo, inventar es querer morir a fuego lento; copiar es vivir. Tras haber descubierto al fin un filón lleno de oro, Grassou de Fougères practicó la parte de esa cruel máxima a la cual debe la sociedad esas infames mediocridades encargadas de elegir hoy día a las personas superiores en todas las clases sociales; pero que naturalmente se eligen a sí mismas, y hacen una guerra encarnizada a los verdaderos talentos. El principio de elección, aplicado a todo, es falso; Francia rectificará. Sin embargo, la modestia, la sencillez, la sorpresa del bueno y dulce Fougères, acallaron las recriminaciones y la envidia. Además, tuvo a su lado a los Grassou que habían conseguido algo, solidarios de los Grassou que podían llegar a conseguirlo. Algunos, movidos por la energía de un hombre al que nada había desanimado, hablaban del Dominiquino[21] y decían: «¡Hay que recompensar la voluntad en las Artes! ¡Grassou no ha robado sus éxitos! ¡Hace diez años que trabaja duro, pobre hombre!». Esa exclamación de *pobre hombre* figuraba en la mitad de las adhesiones y felicitaciones que recibía el pintor. La compasión eleva a tantas mediocridades como a grandes artistas rebaja la envidia. Los periódicos no habían escatimado las críticas, pero el caballero Fougères las digirió como digería los consejos de sus amigos, con una paciencia angelical. Dueño entonces de unos quince mil francos ganados muy penosamente, amuebló su piso y su taller de la calle de Navarin, allí pintó el cuadro pedido por el Delfín, y los dos cuadros de iglesia encargados por el ministerio, a fecha fija, con una regularidad desesperante para la caja del ministerio, acostumbrado a otras maneras. Pero ¡admirad la suerte de las gentes de orden! Si se hubiera retrasado, Grassou, sorprendido por la revolución de Julio, no hubiera sido pagado. Con treinta y siete años, Fougères había fabricado para Élias Magus unos doscientos cuadros completamente desconocidos, pero con cuya ayuda había alcanzado aquella manera satisfactoria, aquel punto de ejecución que hace encogerse de hombros al artista, y que entusiasma a la burguesía. A Fougères lo apreciaban sus amigos por su rectitud de ideas, por su constancia de sentimientos, por su perfecta complacencia, por su gran lealtad; si no sentían ninguna estima por la paleta, amaban al hombre que la sostenía. «¡Qué pena que Fougères tenga el vicio de la pintura!», se decían sus camaradas. Sin embargo, Grassou daba unos consejos excelentes, como esos folletinistas incapaces de escribir un libro y que saben muy bien por dónde pecan los libros; pero entre los críticos literarios y Fougères había una diferencia: él era muy

sensible a la belleza, la reconocía, y sus consejos estaban impregnados de un sentimiento de justicia que hacía aceptar la exactitud de sus observaciones. Desde la revolución de Julio, Fougères presentaba en cada Exposición una decena de cuadros, entre los que el jurado admitía cuatro o cinco. Vivía con la economía más austera, y toda su servidumbre consistía en una asistenta. Por toda distracción, visitaba a sus amigos, iba a ver los objetos de arte, se permitía algunos breves viajes por Francia, planeaba ir a Suiza en busca de inspiración. Este detestable artista era un excelente ciudadano: cumplía con su guardias[22], iba a las revistas, pagaba su alquiler y sus consumiciones con la exactitud más burguesa. Como había vivido dedicado al trabajo y en la miseria, nunca había tenido tiempo de amar. Soltero y pobre hasta entonces, no estaba interesado en complicarse su existencia, tan simple. Incapaz de inventar una forma de aumentar su fortuna, cada tres meses llevaba a su notario, Cardot, sus ahorros y sus ganancias del trimestre. Cuando el notario tenía mil escudos de Grassou, los colocaba como primera hipoteca, con subrogación en los derechos de la mujer, si el prestatario era casado, o subrogación en los derechos del vendedor, si el prestatario tenía que pagar un precio. El propio notario cobraba los intereses y los unía a las entregas parciales que le hacía Grassou de Fougères. El pintor esperaba el afortunado momento en que sus contratos alcanzasen la imponente cantidad de dos mil francos de renta para entregarse al *otium cum dignitate*[23] del artista y pintar cuadros, ¡oh, pero qué cuadros!, ¡por fin verdaderos cuadros!, cuadros acabados, estupendos, kox-noffs y chocnosoffs[24]. Su futuro, sus sueños de felicidad, lo superlativo de sus esperanzas, ¿queréis saber cuáles eran? Entrar en el Institut[25] y tener la roseta de los oficiales de la Legión de Honor. ¡Sentarse al lado de Schinner y de Léon de Lora, llegar a la Academia antes que Bridau! ¡Ver una roseta en su ojal! ¡Qué sueño! ¡Solo la gente mediocre puede pensar en todo!

Al oír el ruido de varios pasos en la escalera, Fougères se afirmó el tupé, se abrochó la chaqueta de terciopelo verde botella y no quedó poco sorprendido al ver entrar una cara vulgarmente llamada *un melón*[26] en los talleres. Ese fruto remataba una calabaza vestida de pañol azul, adornada con un manojo de dijes tintineantes. El melón resoplaba como una marsopa, la calabaza andaba sobre unos nabos impropiamente llamados piernas. Un verdadero pintor hubiera hecho así la parodia del pequeño comerciante de botellas, y lo hubiera puesto inmediatamente en la puerta diciéndole que no pintaba hortalizas. Fougères miró al cliente sin reírse, porque el señor Vervelle exhibía un diamante de mil escudos en la pechera.

Fougères miró a Magus y dijo:

—*¡Hay manteca!* –empleando una palabra de la jerga que entonces estaba de moda en los talleres.

Al oír esa frase, el señor Vervelle frunció el ceño. Aquel burgués traía consigo otra complicación de hortalizas en las personas de su mujer y su hija. La mujer tenía en la cara un *caoba abundante*[27], se parecía a una nuez de coco rematada por una cabeza y estrechada por un cinturón. Giraba sobre sus pies, su vestido era amarillo,

con rayas negras. Mostraba con orgullo unos mitones extravagantes en unas manos hinchadas como los guantes de una muestra de guantería. Las plumas de un cortejo fúnebre de primera clase flotaban sobre un sombrero extravasado. Unos encajes adornaban unos hombros tan abombados por detrás como por delante: de este modo la forma esférica del coco era perfecta. Los pies, del género de esos que los pintores llaman *despojos*, estaban adornados con un burlete de seis líneas sobre el cuero pulido de los zapatos. ¿Cómo habían entrado en ellos los pies? No se sabe.

Detrás iba un joven espárrago, verde y amarillo por el vestido, y que mostraba una pequeña cabeza coronada por una caballera en bandos, de un amarillo zanahoria que un romano hubiese adorado, unos brazos filamentosos, unas pecas sobre una tez bastante blanca, grandes ojos inocentes, de pestañas blancas, cejas escasas, un sombrero de paja de Italia con dos honestas cocas de raso, ribeteado por una cinta de raso blanco, las manos virtuosamente enrojecidas y los pies de su madre. Aquellos tres seres tenían, mientras miraban el taller, un aire de felicidad que anunciaba en ellos un respetable entusiasmo por las Artes.

—¿Y es usted, señor, quien va a hacer nuestros parecidos? –dijo el padre adoptando un airecillo arrogante.

—Sí, señor –respondió Grassou.

—Vervelle, tiene la cruz –dijo en voz baja la mujer a su marido en un momento en que el pintor les daba la espalda.

—¿Acaso iba yo a encargar nuestros retratos a un artista que no estuviera condecorado? –dijo el antiguo vendedor de tapones.

Élias Magus se despidió de la familia Vervelle y salió, Grassou le acompañó hasta el rellano.

—Solo usted es capaz de pescar semejantes panolis.

—¡Cien mil francos de dote!

—Sí, pero ¡qué familia!

—Trescientos mil francos de esperanzas, casa en la calle Boucherat, y casa de campo en Ville-d'Avray.

—Boucherat, botellas, tapones, bocas, desembocaduras[28] –dijo el pintor.

—Estará usted al abrigo de la necesidad para el resto de sus días –dijo Élias.

Esa idea entró en la cabeza de Pierre Grassou como la luz de la mañana había estallado en su buhardilla. Mientras colocaba al padre de la joven, le encontró buen aspecto y admiró aquella cara llena de tonos violentos. Madre e hija revolotearon alrededor del pintor, maravillándose con todos sus preparativos, les pareció que era un dios. Aquella visible adoración agradó a Fougères. El becerro de oro lanzó sobre aquella familia su reflejo fantástico.

—¡Debe de ganar usted un dineral! Pero debe de gastarlo igual que lo gana –dijo la madre.

—No, señora –respondió el pintor–, no lo gasto, no tengo tiempo de divertirme. Mi notario coloca mi dinero, él lleva mi cuenta, una vez el dinero en su casa, no

vuelvo a ocuparme de él.

—Pues a mí me decían –exclamó el tío Vervelle–, que todos los artistas eran unos manirrotos.

—¿Quién es su notario, si no es indiscreción? –preguntó la señora Vervelle.

—Un buen hombre, muy sencillo, Cardot.

—¡Vaya, vaya, qué gracia! –dijo Vervelle–. Cardot también es el nuestro.

—No se mueva –dijo el pintor.

—Pero estate quieto, Anténor –dijo la mujer–, conseguirás que el señor se equivoque, y si le vieras trabajar comprenderías…

—¡Dios mío!, ¿por qué no me habéis enseñado las Artes? –dijo la señorita Vervelle a sus padres.

—Virginie –exclamó la madre–, una joven no debe aprender ciertas cosas. Cuando te cases… ¡bien!, pero, hasta entonces, quédate quieta.

Durante aquella primera sesión, la familia Vervelle casi se familiarizó con el honrado artista. Tuvieron que volver dos días después. Al salir, el padre y la madre le dijeron a Virginie que fuera por delante; pero, a pesar de la distancia, oyó estas palabras cuyo sentido debía despertar su curiosidad.

—Un hombre condecorado… treinta y siete años… un artista que tiene encargos, que coloca su dinero en nuestro notario. ¿Consultamos a Cardot? ¡Eh, llamarse señora de Fougères!… ¡No parece que sea un mal hombre!… Tú me dirás que un comerciante… pero un comerciante, mientras no se ha retirado, ¡nunca sabes lo que puede ser de nuestra hija!, mientras que un artista ahorrador… además, nosotros amamos las Artes… ¡En fin!…

Mientras la familia Vervelle pensaba en Pierre Grassou, este pensaba en la familia Vervelle. Le fue imposible quedarse tranquilo en su taller, paseó por el bulevar, miraba a las mujeres pelirrojas que pasaban. Se hacía los razonamientos más extraños: el oro era el más bello de los metales, el color amarillo representaba el oro, a los romanos les gustaban las mujeres pelirrojas, y se volvió romano, etcétera. Después de dos años de matrimonio, ¿qué hombre se preocupa del color de su mujer? La belleza pasa… ¡pero la fealdad queda! El dinero es la mitad de la felicidad. Por la noche, al acostarse, Virginie Vervelle ya le parecía al pintor encantadora.

Cuando los tres Vervelle entraron el día de la segunda sesión, el artista los acogió con una amable sonrisa. El bribón se había arreglado la barba, se había puesto una camisa blanca, se había peinado con esmero, había elegido un pantalón que le caía muy bien y unas pantuflas rojas de punta retorcida. La familia respondió con una sonrisa tan obsequiosa como la del artista, Virginie se puso del color de sus cabellos, bajó los ojos y apartó la cabeza mirando los bocetos. A Pierre Grassou aquellos pequeños melindres le parecieron deliciosos. Virginie tenía gracia, por suerte no se parecía a su padre ni a su madre; pero ¿a quién se parecía?

—«¡Ah!, ya caigo –siguió diciéndose–, la madre habrá tenido un descuido en su comercio».

Durante la sesión, hubo escaramuzas entre la familia y el pintor, cuya audacia llegó a encontrar inteligente al tío Vervelle. Esta adulación hizo entrar a la familia a paso de carga en el corazón del artista: dio uno de sus croquis a Virginie y un esbozo a su madre.

—¿Por nada? –dijeron ellas.

Pierre Grassou no pudo contener una sonrisa.

—No tiene que regalar así sus cuadros, eso es dinero –le dijo Vervelle.

En la tercera sesión, Vervelle padre habló de una bella galería de cuadros que tenía en su casa de campo de Ville-d'Avray: Rubens, Gérard Dow, Mieris, Terburg, Rembrandt, un tiziano, Paul Potter, etcétera.

—El señor Vervelle ha hecho locuras –dijo en tono fastuoso la señora Vervelle–, tiene en cuadros cien mil francos.

—Amo el Arte –prosiguió el antiguo comerciante de botellas.

Cuando se inició el retrato de la señora Vervelle, el del marido estaba acabado; el entusiasmo de la familia ya no conocía límites. El notario había hecho el mayor elogio del artista: Pierre Grassou era a sus ojos el muchacho más honrado de la tierra, uno de los artistas más formales, que además había amasado treinta y seis mil francos; sus días de miseria habían pasado, ganaba unos diez mil francos al año, capitalizaba los intereses; en fin, era incapaz de hacer infeliz a una mujer. Esta última frase tuvo un peso enorme en la balanza. Los amigos de los Vervelle ya no oían hablar más que del célebre Fougères. El día en que Fougères inició el retrato de Virginie, *in petto* ya era el yerno de la familia Vervelle. Los tres Vervelle florecían en aquel taller que se habituaban a considerar como una de sus residencias: para ellos, había un inexplicable atractivo en aquel local limpio, cuidado, amable, artista. *Abyssus abyssum*[29], lo burgués atrae a lo burgués. Hacia el final de la sesión, la escalera se estremeció, la puerta fue brutalmente abierta y entró Joseph Bridau: entró como una tempestad, con el pelo al viento; mostró su gran figura asolada, lanzó por todas partes los relámpagos de su mirada, dio una vuelta por todo del taller y volvió a Grassou bruscamente, recogiéndose su levita sobre la región gástrica y tratando de abrochársela, aunque inútilmente porque el botón se había escapado de su cápsula de paño.

—La madera está cara –le dijo a Grassou.

—¡Ah!

—Los ingleses[30] me buscan. Vaya, ¿es esto lo que pintas?

—Cállate ya.

—¡Ah!, sí.

La familia Vervelle, superlativamente sorprendida por aquella extraña aparición, pasó de su rojo habitual al rojo cereza de los fuegos violentos.

—¡Esto produce! –continuó Joseph–. *¿Hay calderilla en el bolsillo?*

—¿Necesitas mucho?

—Un billete de quinientos… Tengo tras mis talones a uno de esos comerciantes

de la índole de los dogos que, una vez que han mordido, no sueltan hasta que no consiguen el pedazo. ¡Qué raza!

—Ahora mismo te escribo una nota para mi notario…

—¿Pero ¿tienes un notario?

—Sí.

—Ahora me explico por qué sigues haciendo las mejillas con tonos rosas, excelentes para muestras de perfumería.

Grassou no pudo evitar sonrojarse, Virginio estaba posando.

—¡Enfréntate a la Naturaleza como es! –continuó el gran pintor–. La señorita es pelirroja. ¿Qué pasa? ¿Es un pecado mortal? En pintura todo es magnífico. Ponme cinabrio en tu paleta, da vivacidad a esas mejilla, plántales sus pequeñas pecas, empástame eso de ahí. ¿Quieres tener más talento que la Naturaleza?

—Toma –dijo Fougères–, ocupa mi sitio mientras escribo.

Vervelle se desplazó hasta la mesa y se acercó al oído de Grassou.

—Pero ese *patán* va a echar todo a perder –dijo el comerciante.

—Si quisiera hacer el retrato de su Virginie, valdría mil veces más que el mío –respondió Fougères indignado.

Al oír esta frase, el burgués hizo una lenta retirada hacia su mujer estupefacta por la invasión de la bestia feroz y bastante intranquila al verla cooperando en el retrato de su hija.

—Mira, sigue estas indicaciones –dijo Bridau devolviendo la paleta y cogiendo la nota–. ¡No te doy las gracias! Puedo volver al castillo de d'Arthez[31], donde estoy pintado un comedor y donde Léon de Lora hace las sobrepuertas, una obra maestra. ¡Ven a vernos!

Y se marchó sin despedirse, harto como estaba de contemplar a Virginie.

—¿Quién es ese hombre? –preguntó la señora Vervelle.

—Un gran artista –respondió Grassou.

Un momento de silencio.

—¿Está seguro –dijo Virginie– de que no ha estropeado mi retrato? Me ha asustado.

—No ha hecho sino mejorarlo –respondió Grassou.

—Si es un gran artista, prefiero un gran artista que se parezca a usted –dijo la señora Vervelle.

—¡Ah!, mamá, el señor es un pintor mucho más grande, que me hará de cuerpo entero –hizo observar Virginie.

Las maneras del Genio habían chocado a aquellos burgueses, tan formales.

Entraban en esa fase del otoño tan agradablemente llamada el *veranillo de San Martín.* Con la timidez del neófito en presencia de un hombre de genio, Vervelle se atrevió a invitarle a ir a su casa de campo el domingo siguiente: sabía que eran muy pocos los atractivos que una familia burguesa ofrecía a un artista.

—¡Ustedes! –dijo–. ¡Ustedes necesitan emociones, grandes espectáculos y gentes

de talento! Pero habrá buenos vinos, y en mi galería espero compensarle el aburrimiento que un artista como usted podrá sentir entre comerciantes.

Aquella idolatría, que halagaba su amor propio, encantó al pobre Pierre Grassou, tan poco acostumbrado a recibir cumplidos semejantes. El honrado artista, aquella infame mediocridad, aquel corazón de oro, aquella vida leal, aquel estúpido dibujante, aquel estupendo muchacho, condecorado con la orden real de la Legión de Honor, se preparó para ir a disfrutar en Ville-d'Avray de los últimos días de buen tiempo del año. El pintor viajó modestamente en la diligencia, y no pudo dejar de admirar el hermoso pabellón del vendedor de botellas, construido en medio de un parque de cinco arpendes, en lo más alto de Ville-d'Avray, en el más bello punto de vista. ¡Casarse con Virginie era poseer un día aquella hermosa villa! Fue recibido por los Vervelle con un entusiasmo, una alegría, una sencillez y una franca estupidez burguesa que le dejaron confuso. Fue un día triunfal. Pasearon al futuro por las alamedas color nanquín que habían sido rastrilladas como debían serlo para un gran hombre. Hasta los árboles parecían peinados, el césped había sido segado. El aire puro del campo traía unos olores de cocina infinitamente estimulantes. Todo, en la casa, decía: «Tenemos a un gran artista». El papaíto Vervelle rodaba como una manzana por su parque, la hija serpenteaba como una anguila, y la madre los seguía con paso noble y digno. Estos tres seres no soltaron a Grassou durante siete horas. Después de la comida, cuya duración corrió pareja con la suntuosidad, el señor y la señora Vervelle llegaron a su gran golpe de teatro, a la apertura de la galería iluminada por lámparas de efectos calculados. Tres vecinos, antiguos comerciantes, un tío con herencia, llamados para la ovación del gran artista, una vieja solterona Vervelle y los invitados siguieron a Grassou en la galería, con mucha curiosidad por conocer su opinión sobre la famosa galería del papaíto Vervelle, que los aburría con el valor fabuloso de sus cuadros. El vendedor de botellas parecía haber querido competir con el rey Luis Felipe y las galerías de Versalles[32]. Los cuadros, magníficamente enmarcados, tenían unas etiquetas en las que se leía en letras negras sobre fondo dorado:

RUBENS
Danzas de faunos y ninfas.
REMBRANDT
Interior de una sala de disección. El doctor Tromp
dando su clase a los alumnos.

Había ciento cincuenta cuadros, todos barnizados, limpios de polvo, algunos estaban cubiertos por cortinas verdes que no se descorrían en presencia de jóvenes.

El artista se quedó con los brazos caídos, la boca abierta, sin pronunciar una sola palabra, al reconocer la mitad de sus cuadros en aquella galería: ¡él era Rubens, Paul Potter, Mieris, Metzu, Gérard Dow! Él solo era veinte grandes maestros.

—¿Qué le ocurre? ¡Se ha puesto pálido!

—Hija, un vaso de agua –exclamo las señora Vervelle.

El pintor cogió a Vervelle padre por el botón de su levita y lo llevó a un rincón, so pretexto de ver un murillo. Los cuadros españoles estaban entonces de moda.

—¿Le compra usted sus cuadros a Élias Magus?

—¡Sí, todos originales!

—Entre nosotros, ¿por cuánto le ha vendido los que voy a indicarle?

Dieron ambos la vuelta a la galería. Los invitados se maravillaron ante la seriedad con que el artista procedía en compañía de su anfitrión al examen de las obras maestras.

—¡Tres mil francos! –dijo en voz baja Vervelle al llegar al último–; pero yo digo que cuarenta mil.

—¡Cuarenta mil francos un tiziano! –dijo en voz alta el artista–. Pero si es un regalo.

—Ya le decía yo que tengo cien mil escudos en francos –exclamó Vervelle.

—He sido yo el que ha hecho todos estos cuadros –le dijo al oído Pierre Grassou–, y por todos juntos no me han pagado más de diez mil francos…

—Pruébelo –dijo el vendedor de botellas–, y doblo la dote de mi hija, porque ¡entonces usted es Rubens, Rembrandt, Terburg, Tiziano!

¡Y Magus es un gran vendedor de cuadros! –dijo el pintor, que se explicó la apariencia de antigüedad de sus cuadros y la utilidad de los temas que le pedía el chamarilero.

Lejos de perder en la estima de su admirador, el señor de Fougères, porque la familia persistía en llamar así a Pierre Grassou, aumentó tanto que hizo gratis los retratos de la familia, y los regaló naturalmente a su suegro, a su suegra y a su mujer.

En la actualidad, Pierre Grassou, que no deja de participar en una sola Exposición, pasa en el mundo burgués por un buen retratista. Gana una docena de miles de francos al año, y estropea quinientos en telas. Su mujer ha tenido seis mil francos de renta en dote, él vive con su suegro y su suegra. Los Vervelle y los Grassou, que se entienden de maravilla, tienen coche y son la gente más feliz del mundo. Pierre Grassou no sale de un círculo burgués en el que está considerado como uno de los mayores artistas de la época. No se pinta un solo retrato de familia, entre la barrera del Trono y la calle del Temple que no se haga en el taller de este gran pintor y por el que no se pague menos de quinientos francos. La gran razón de los burgueses para encargárselos a este artista es: «Diga usted lo que quiera, coloca veinte mil francos al año en su notario». Como Grassou se exhibió muy bien en los motines del doce de mayo[33], fue nombrado oficial de la Legión de Honor. Es jefe de batallón en la Guardia Nacional. El museo de Versalles no ha podido dejar de encargar una batalla a tan excelente ciudadano, que se paseó por todo París para encontrarse con sus antiguos camaradas y decirles con aire desenvuelto: «El rey me ha encargado una batalla».

La señora de Fougères adora a su esposo, a quien ha dado dos hijos. Este pintor, buen padre y buen esposo, no puede sin embargo eliminar de su corazón un pensamiento fatal: los artistas se burlan de él, su nombre es un término de desprecio en los talleres, las revistas no se ocupan de sus obras. Pero él sigue trabajando, y tiene los ojos puestos en la Academia, donde entrará. Además, ¡venganza que le ensancha el corazón!, compra cuadros a los pintores célebres cuando están en apuros, y sustituye los engendros de la galería de Ville-d'Avray por verdaderas obras maestras que no ha pintado él.

Conocemos mediocridades más burlonas y perversas que la de Pierre Grassou, quien, por otra parte, es un benefactor anónimo y de una gentileza perfecta.

París, diciembre de 1839.

UN HOMBRE DE NEGOCIOS

Al señor barón James Rothschild,
cónsul general de Austria en París, banquero[1].

Lorette es una palabra decente inventada para expresar el estado de una joven, o la joven de un estado difícil de nombrar y que, en su pudor, la Academia francesa ha descuidado definir, dada la edad de sus cuarenta miembros. Cuando un vocablo nuevo responde a un caso social que no se podía expresar sin perífrasis, el éxito de esa palabra está hecho. Por eso *la loreta* pasó a todas las clases de la sociedad, incluso a aquellas a las que nunca pasará una loreta. La palabra no apareció hasta 1840, sin duda a causa de la aglomeración de esos nidos de golondrinas alrededor de la iglesia dedicada a Nuestra Señora de Loreto. Esto solo se escribe para los etimologistas. Estos señores no se encontrarían en tanto aprieto si los escritores de la Edad Media se hubieran preocupado por detallar las costumbres, tal como hacemos nosotros en esta época de análisis y de descripción. La señorita Turquet, o Malaga[2], porque es mucho más conocida por su nombre de guerra (véase *La falsa amante*) es una de las primeras feligresas de esa encantadora iglesia. Esta alegre e inteligente muchacha, que solo poseía su belleza por fortuna, hacía, en el momento en que se contó esta historia, la felicidad de un notario que encontraba en su notaría una mujer demasiado devota, demasiado rígida, demasiado seca para encontrar la felicidad en el hogar. Ahora bien, maese Cardot había invitado a una velada de carnaval en casa de la señorita Turquet al abogado Desroches, al caricaturista Bixiou, al folletinista Lousteau, a Nathan, cuyos ilustres nombres en *La Comedia humana* vuelven superfluo toda especie de retrato, al joven La Palférine, cuyo título de conde de vieja roca, roca por desgracia sin ningún filón de metal, había honrado con su presencia el domicilio ilegal del notario. Si en casa de una loreta no se tiene para cenar el buey patriarcal, el magro pollo de la mesa conyugal y la ensalada de familia, tampoco se mantienen las hipócritas conversaciones tan habituales en un salón amueblado de virtuosas burguesas. ¡Ah!, ¿cuándo serán atractivas las buenas costumbres? ¿Cuándo las mujeres del gran mundo mostrarán un poco menos sus hombros y un poco más sencillez o ingenio? Marguerite Turquet, la Aspasia del Cirque Olympique[3], es una de esas naturalezas francas y vivas a las que se perdona todo por su ingenuidad en la falta y su ingenio en el arrepentimiento, a quienes se dice, como Cardot, bastante inteligente, aunque notario, para espetarle: «¡Engáñame bien!». No creáis, sin embargo, en enormidades. Desroches y Cérizet eran dos chicos demasiado buenos y demasiado viejos en el oficio como para no encontrarse en igualdad de condiciones con Bixiou, Lousteau, Nathan y el joven conde. Y estos señores, que habían recurrido con frecuencia a los dos oficiales ministeriales, los conocían demasiado para, dicho en estilo loreta, *tomarles el pelo.* La conversación, perfumada con los olores de siete

puros, caprichosa al principio como una cabra en libertad, terminó deteniéndose en la estrategia que crea en París la incesante batalla que se libra entre acreedores y deudores. Ahora bien, si os dignáis acordaros de la vida y antecedentes de los comensales, difícilmente habríais encontrado en París gente más experta en esta materia: los unos, entendidos, los otros artistas, se parecían a magistrados riendo con reos. Una serie de dibujos hechos por Bixiou sobre Clichy[4] habían sido la causa del giro que tomaba la charla. Era medianoche. Estos personajes, diversamente agrupados en el salón en torno a una mesa y delante del fuego, se entregaban a esas bromas que no solo son comprensibles y posibles únicamente en París, sino que además no se hacen ni pueden ser comprendidas más que en la zona descrita por el *faubourg* Montmartre y por la calle de la Chaussée d'Antin, entre las alturas de la calle de Navarin y la línea de los bulevares.

En diez minutos, las profundas reflexiones, la moral grande y la pequeña, así como todas las pullas, quedaron agotadas sobre este tema, agotado ya hacia 1500 por Rabelais[5]. No es pequeño mérito renunciar a esos fuegos artificiales rematados con este último cohete debido a Malaga:

—Todo esto viene como anillo al dedo –dijo–. He despedido a una sombrerera que me había estropeado dos sombreros. Vino veintisiete veces muy rabiosa a pedirme veinte francos. No sabía que nosotros nunca tenemos veinte francos. Se tienen mil francos, se envía a buscar quinientos al notario; pero, veinte francos, yo no los he tenido nunca. Mi cocinera y mi doncella quizá tengan veinte francos. Lo único que yo tengo es crédito, y lo perdería pidiendo prestados veinte francos. Si pidiese veinte francos, nada me distinguiría ya de mis *colegas* que pasean por el bulevar.

—¿Ha terminado cobrando la sombrerera? –dijo La Palférine.

—¡Vaya!, ¿es que estás tonto? –le dijo a La Palférine guiñándole un ojo–. Ha venido esta mañana por vigesimoséptima vez, por eso les hablo de ella.

—¿Y qué ha hecho usted? –dijo Desroches.

—Me ha dado lástima, y… le he encargado el sombrerito que he terminado inventando para salir de las formas conocidas. Si la señorita Amanda tiene éxito, no volverá a pedirme nada más: su fortuna está hecha.

—Lo más hermoso que he visto en este género de lucha –dijo maese Desroches–, en mi opinión describe París, para toda la gente que lo conoce bien, mucho mejor que todos los cuadros que siempre pintan un París fantástico. Ustedes se creen muy expertos, ustedes –dijo mirando a Nathan y a Lousteau, a Bixiou y a La Palférine–; pero, en este terreno, el rey es cierto conde que ahora se ocupa de sentar cabeza, y que, en su época, pasó por el más hábil, el más diestro, el más zorro, el más listo, el más audaz, el más sutil, el más firme, el más previsor de todos los corsarios de guantes amarillos, cabriolé y buenos modales que navegaron, navegan y navegarán por el tormentoso mar de París. Sin fe ni ley, su política privada ha estado dirigida por los principios que dirigen los del gabinete inglés. Hasta su boda, su vida fue una guerra continua como la de Lousteau –dijo–. Yo era y aún soy su abogado.

—Y la primera letra de su nombre es Maxime de Trailles –dijo La Palférine.

—Por otro lado, ha pagado todo y no ha perjudicado a nadie –prosiguió Desroches–; pero, como decía hace un momento nuestro amigo Bixiou, pagar en marzo lo que se quiere pagar en octubre es un atentado a la libertad individual. En virtud de un artículo de su código particular, Maxime consideraba una estafa la estratagema que empleaba uno de sus acreedores para hacerse pagar inmediatamente. Desde hacía tiempo, la letra de cambio había sido comprendida por él en todas sus consecuencias inmediatas y mediatas. Un joven llamaba, en mi despacho, y delante de él, a la letra de cambio: «¡El puente de los asnos[6]! —No –dijo él–, es el puente de los suspiros[7], del que no se vuelve». De este modo, su ciencia, en cuestiones de jurisprudencia comercial, era tan completa que un abogado del tribunal de comercio no le habría enseñado nada. Como ustedes saben, entonces no tenía nada propio, su coche y su caballo eran alquilados, vivía en casa de su ayuda de cámara, para quien siempre será, dicen, un gran hombre, ¡incluso después de la boda que quiere hacer! Miembro de tres clubs, cenaba en ellos cuando no tenía ninguna invitación. Por lo general, utilizaba poco su domicilio…

—A mí me dijo –exclamó La Palférine interrumpiendo a Desroches–: «Mi única vanidad es pretender que vivo en la calle Pigalle».

—Ahí tenéis a uno de los dos combatientes –prosiguió Desroches–, y ahora el otro. Todos habéis oído hablar más o menos de un tal Claparon…

—Tenía el pelo así –exclamó Bixiou desgreñando su cabellera.

Y, dotado del mismo talento que el pianista Chopin posee en tan alto grado para imitar a la gente, remedó al instante al personaje con asombrosa verdad[8].

—Hace girar así la cabeza cuando habla, fue viajante de comercio, ha hecho todos los oficios…

—Pues bien, nació para viajar, porque, en este momento, mientras hablo, está camino de América –dijo Desroches–. Solo allí hay una oportunidad para él, pues probablemente será condenado por contumacia por bancarrota fraudulenta en la próxima sesión.

—¡Hombre al agua! –exclamó Malaga.

—Ese Claparon –prosiguió Desroches– fue durante seis años la pantalla, el hombre de paja, el chivo expiatorio de dos de nuestros amigos, Du Tillet y Nucingen; pero en 1829 era tan conocido su papel que…

—Nuestros amigos lo abandonaron –dijo Bixiou.

—Terminaron abandonándolo a su destino; y –continuó Desroches– rodó por el fango. En 1833 se había asociado para hacer negocios con un tal Cérizet…

—¡Cómo!, ¿el mismo que, durante las empresas en comandita, hizo una combinada con tal habilidad que la Sexta Sala lo fulminó con dos años de cárcel? –preguntó la loreta.

—El mismo –respondió Desroches–. Durante la Restauración, el oficio de ese tal Cérizet consistió, de 1825 a 1827, en firmar con gran osadía artículos

encarnizadamente perseguidos por el Ministerio público, y en ir a la cárcel. Un hombre conseguía fama entonces por poco precio. El partido liberal llamó a su campeón de provincias EL VALEROSO CÉRIZET. Su celo fue recompensado, hacia 1828, por *el interés general.* El interés general era una especie de corona cívica otorgada por los periódicos. Cérizet quiso negociar el interés general; vino a París, donde, patrocinado por los banqueros de la Izquierda, empezó con una agencia de negocios mezclada con operaciones de banca, de fondos prestados por un hombre que se había desterrado a sí mismo, un jugador demasiado hábil cuyos fondos naufragaron en julio de 1830 en compañía de la nave del Estado…

—¡Eh!, es el mismo al que llamamos el Método de las cartas[9]… –exclamó Bixiou.

—No habléis mal de ese pobre muchacho –exclamó Malaga–. D'Estourny era un buen chico.

—Os resultará fácil comprender el papel que debía jugar en 1830 un hombre arruinado que, políticamente hablando, se llamaba el Valeroso Cérizet. Fue enviado a una preciosa subprefectura –continuó Desroches—. Por desgracia para Cérizet, el poder no es tan ingenuo como los partidos, que, durante la lucha, convierten todo en proyectil. ¡Cérizet fue obligado a presentar su dimisión tras dos meses de ejercicio! ¿No se le había ocurrido querer volverse popular? Como aún no había hecho nada para perder su título de nobleza (¡el Valeroso Cérizet!), el Gobierno le propuso, a modo de indemnización, ser gerente de un periódico de Oposición que sería ministerial *in petto.* De este modo, fue el Gobierno el que desnaturalizó aquel bello carácter. Cérizet, que en su gerencia se encontró a disgusto, como un pájaro en una rama podrida, se lanzó a esa curiosa comandita en la que el desgraciado, como acaba usted de decir, atrapó dos años de cárcel, allí donde otros más hábiles atraparon al público.

—Conocemos a esos otros más hábiles –dijo Bixiou–, no critiquemos a ese pobre muchacho, lo cazaron con liga. Couture dejarse pillar la caja, ¡quién lo hubiera creído!

—Por otra parte, Cérizet es un hombre innoble, a quien las desgracias de una vida depravada y de baja estofa han desfigurado –continuó Desroches–, ¡volvamos al duelo prometido! Así pues, nunca dos industriales de la peor especie, de costumbres más corrompidas, más innobles de aspecto, se asociaron para hacer un comercio más sucio. Como fondos de circulación, contaban con esa especie de jerga que da el conocimiento de París, la audacia que da la miseria, la argucia que da el hábito de los negocios, la ciencia que da la memoria de las fortunas parisinas, de su origen, de los parentescos, de las conexiones y de los valores intrínsecos de cada uno. Esa asociación de dos *timadores,* permítanme la palabra, la única que en la jerga de la Bolsa puede definíroslos, no duró mucho. Como dos perros hambrientos, lucharon por cada carroña. Sin embargo, las primeras especulaciones de la firma Cérizet y Claparon fueron bastante bien entendidas. Estos dos pícaros se conchabaron con los

Barbet, los Chaboisseau, los Samanon y otros usureros, a quienes compraron créditos desesperados. La agencia Claparon se hallaba entonces en un pequeño entresuelo de la calle Chabanais, compuesto por cinco piezas y cuyo alquiler no costaba más de setecientos francos. Cada socio dormía en un cuartito que, por prudencia, estaba tan cuidadosamente cerrado que mi pasante principal nunca pudo penetrar en ellos. Las oficinas se componían de un vestíbulo, de un salón y de un gabinete cuyos muebles no habrían producido ni trescientos francos en el negociado de los tasadores de subastas. Conocéis de sobra París para suponer el aspecto de las dos piezas oficiales: sillas oscuras de crin, una mesa con tapete de paño verde, un reloj de péndulo de pacotilla entre dos cirios bajo cristal que se aburrían delante de un pequeño espejo de marco dorado, sobre una chimenea cuyos tizones tenían, según una frase de mi pasante principal, dos inviernos. En cuanto al gabinete, lo adiviináis: ¡muchas más carpetas que asuntos!…, un fichero vulgar para cada socio; luego, en medio, el escritorio de tapa corredera, ¡igual de vacío que la caja!, y dos sillones de trabajo a cada lado de una chimenea con fuego de carbón de piedra. Sobre las baldosas se extendía una alfombra de ocasión, como los créditos. Finalmente se veía ese mobiliario de caoba que se vende en nuestros despachos desde hace cincuenta años de predecesor a sucesor. Ya conocéis ahora a cada uno de los dos adversarios. Ahora bien, durante los tres primeros meses de su asociación, que se liquidó a puñetazos al cabo de siete meses, Cérizet y Claparon compraron dos mil francos de efectos firmados Maxime (pues hay un Maxime por medio), y acompañados de dos dosieres (juicio, apelación, sentencia, ejecución, procedimiento de urgencia), en resumen un crédito de tres mil doscientos francos y unos céntimos que consiguieron por quinientos francos mediante un traspaso, por contrato privado, con poder especial para actuar, a fin de evitar los gastos… En esa época, Maxime ya maduro, tuvo uno de esos caprichos propios de los quincuagenarios…

—¡Antonia! –exclamó La Palférine–. ¡Esa Antonia que logró su fortuna gracias a una carta en la que yo le reclamaba un cepillo de dientes![10]

—Su verdadero nombre es Chocardelle –dijo Malaga, a la que molestaba aquel nombre pretencioso.

—Exacto –dijo Desroches.

—Fue el único error que cometió Maxime en toda su vida; pero ¿qué queréis?… ¡El Vicio no es perfecto! –dijo Bixiou.

—Maxime aún ignoraba el género de vida que lleva una chica de dieciocho años que quiere tirarse de cabeza desde su honrada buhardilla para caer en un suntuoso carruaje –prosiguió Desroches–, y los hombres de Estado deben saberlo todo. En esa época, de Marsay acababa de emplear a su amigo, nuestro amigo, en la alta comedia de la política. Hombre de grandes conquistas, Maxime no había conocido más que a mujeres con título; y, con cincuenta años, tenía todo el derecho a morder en una pequeña fruta que se decía silvestre, como un cazador que hace un alto en el campo de un aldeano bajo un manzano. El conde encontró para la señorita Chocardelle un

gabinete literario bastante elegante, una ocasión, como siempre[11]…

—¡Bah!, ella no se quedó ni seis meses –dijo Nathan–, era demasiado bella para dirigir un gabinete literario.

—¿Serás tú acaso el padre de su hijo? –preguntó la loreta a Nathan.

—Una mañana –continuó Desroches–, Cérizet, que desde la compra del crédito sobre Maxime, había llegado a parecerse gradualmente a un primer pasante de agente judicial, fue introducido, tras siete tentativas inútiles, en casa del conde. Suzon, el viejo ayuda de cámara, aunque profeso, había terminado por tomar a Cérizet por un solicitante que iba a ofrecer mil escudos a Maxime si aceptaba conseguir para una joven dama una expendeduría de papel timbrado. Suzon, sin la menor desconfianza hacia aquel pequeño granuja, un verdadero pilluelo de París con un barniz de prudencia tras sus condenas por el tribunal correccional, convenció a su amo para que lo recibiera. ¿Imagináis a ese hombre de negocios, de mirada turbia, cabellos ralos, frente despejada, con un corto frac austero y negro, botas llenas de barro…

—¡La imagen misma del Crédito! –exclamó Lousteau.

—… delante del conde (la imagen de la Deuda insolente) –continuó Desroches–, con bata de franela azul, zapatillas bordadas por alguna marquesa, pantalón de lana blanca, un magnífico gorro sobre sus cabellos teñidos de negro, camisa relumbrante y jugando con las borlas de su cinturón?…

—Es un cuadro de género –dijo Nathan– para quien conoce el lindo saloncito de espera donde Maxime almuerza, lleno de cuadros de gran valor, tapizado de seda, por el que se camina sobre una alfombra de Esmirna, admirando estanterías llenas de curiosidades, de rarezas como para dar envidia a un rey de Sajonia…

—He aquí la escena –dijo Desroches.

Tras esta frase, el narrador consiguió el silencio más profundo.

—«Señor conde –dijo Cérizet–, me envía un tal señor Charles Claparon, antiguo banquero. —¡Ah!, ¿qué quiere de mí ese pobre diablo?… —Pues se ha convertido en su acreedor por una cantidad de tres mil doscientos francos con setenta y cinco céntimos, en capital, intereses y gastos… —El crédito Coutelier –dijo Maxime, que conocía sus negocios como un piloto conoce su costa. —Sí, señor conde –responde Cérizet inclinándose–. Vengo a saber cuáles son sus intenciones. —No pagaré ese crédito sino cuando quiera –contestó Maxime tocando la campanilla para que acudiera Suzon–. Claparon es muy atrevido comprando un crédito contra mí sin consultarme. Lo lamento por él, que durante tanto tiempo se ha comportado tan bien como el *hombre de paja* de mis amigos. Yo solía decir de él: “Realmente hay que ser imbécil para servir, con tan poco sueldo y tanta fidelidad, a unos hombres que se forran a millones”. Pues bien, esta es una prueba de su estupidez… Sí, ¡hay hombres que merecen su destino! ¡Se ponen una corona o unos grilletes! Se es millonario o portero, y todo es justo. ¿Qué quiere, amigo mío? Yo no soy ningún rey, me atengo a mis principios. Soy despiadado con los que me producen gastos o no saben su oficio de acreedores. ¡Suzon, mi té! ¿Ves al señor?… –dijo al ayuda de cámara–. Pues te has

dejado engañar, mi pobre viejo. El señor es un acreedor, deberías haberlo reconocido por sus botas. Ni mis amigos ni los indiferentes que me necesitan, ni mis enemigos vienen a verme a pie. Mi querido señor Cérizet, ¿lo comprende, verdad? No volverá usted a limpiarse las botas en mi alfombra –dijo mirando el barro que blanqueaba las suelas de su adversario–… Presente mi pésame a ese pobre Boniface de Claparon, porque voy a archivar ese asunto en la Z. (Todo esto se decía en un tono de afabilidad capaz de provocar un cólico a un virtuoso burgués). —Hace mal, señor conde –respondió Cérizet, adoptando un tonillo perentorio–, vamos a ser pagados íntegramente, y de una forma que no podrá contrariarle. Por eso venía amistosamente a verle, como debe ser entre gente bien educada… —¡Ah!, ¿usted lo entiende así?»… –continuó Maxime, a quien esa última pretensión de Cérizet enfureció. En aquella insolencia había ingenio a lo Talleyrand, si ustedes han captado bien el contraste de las dos indumentarias y de los dos hombres. Maxime frunció el ceño y detuvo su mirada sobre Cérizet, que no solo sostuvo aquel chorro de rabia fría, sino que había replicado incluso con esa malicia glacial que destilan los ojos fijos de una gata. «Pues bien, señor, váyase… —Pues bien, adiós, señor conde. Antes de seis meses estaremos en paz. —Si puede *robarme* el monto de su crédito, que, lo reconozco, es legítimo, le quedaré agradecido, señor –respondió Maxime–, me habrá enseñado usted alguna precaución nueva que tomar… Bien, soy su servidor… —Señor conde –dijo Cérizet–, yo lo soy suyo». Aquello fue algo tajante, lleno de fuerza y de seguridad por ambas partes. Dos tigres que se contemplan antes de luchar ante una presa no serían más bellos ni más astutos de lo que fueron entonces aquellos dos temperamentos tan expertos el uno como el otro, uno en su impertinente elegancia, el otro bajo su arnés de fango. ¿Por quién apuestan ustedes?… –dijo Desroches, que miró a su auditorio sorprendido de verlo tan profundamente interesado.

—¡Vaya una historia!… –dijo Malaga–. Oh, se lo ruego, siga, querido, me llega al corazón.

—Entre dos *perros* de fuerzas semejantes no debe ocurrir nada vulgar –dijo La Palférine.

—¡Bah!, apuesto la cuenta de mi carpintero, que me da la lata, a que el pequeño sapo ha hundido a Maxime –exclamó Malaga.

—Yo apuesto por Maxime –dijo Cardot–, nunca le han cogido desprevenido.

Desroches hizo una pausa bebiendo de un trago una copa que le ofreció la loreta.

—El gabinete de lectura de la señorita Chocardelle –continuó Desroches– estaba en la calle Coquenard, a dos pasos de la calle Pigalle, donde vivía Maxime. La citada señorita Chocardelle ocupaba una pequeña vivienda lindante con un jardín y separada de su tienda por una gran pieza oscura donde estaban los libros. Antonia tenía como encargada del gabinete a su tía…

—¿Ya tenía a su tía?… –exclamó Malaga–. ¡Diablos! Maxime hacía bien las cosas.

—Por desgracia, era su tía de verdad –continuó Desroches–, llamada… ¡esperen!

…

—Ida Bonamy… –dijo Bixiou.

—Así pues, Antonia, liberada de muchas obligaciones por esa tía, se levantaba tarde, se acostaba tarde, y solo aparecía en su mostrador de dos a cuatro –continuó Desroches–. Desde los primeros días, su presencia había bastado para atraer clientela a su salón de lectura: acudieron muchos viejos del barrio, entre otros un antiguo carrocero llamado Croizeau. Tras haber visto aquel milagro de belleza femenina a través de los cristales, el antiguo carrocero se dedicó a leer los periódicos todos los días en aquel salón, y fue imitado por un antiguo director de aduanas llamado Denisart, hombre condecorado, en quien Croizeau quiso ver un rival y a quien más tarde dijo: «¡Señor, me ha dado usted muchos quebraderos de cabeza!». Esta frase debe hacerles vislumbrar al personaje. Resulta que el tal señor Croizeau pertenecía a ese género de viejecitos que, desde Henri Monnier, iba a llamarse la Especie Coquerel, hasta tal punto ha imitado bien este la vocecilla, los melindres, la coletilla, la capita de polvos, el pasito breve, los pequeños movimientos de cabeza, y el tonillo seco en su papel de Coquerel de *La familia improvisada*[12]. Este Croizeau decía: «¡Aquí tiene, bella dama!», entregando sus dos *sous* a Antonia con un gesto pretencioso. La señora Ida Bonamy, tía de la señorita Chocardelle, no tardó en saber por la cocinera que al antiguo carrocero, hombre de una tacañería excesiva, se le suponían cuarenta mil francos de renta en el barrio donde vivía, en la calle de Buffault. Ocho días después de la instalación de la bella alquiladora de novelas, alumbró este retruécano galante: «Usted me presta libros, pero yo le devolvería muchos francos[13]»… Unos días después, adoptó un airecillo cómplice para decir: «Sé que está usted ocupada, pero mí día llegará: soy viudo». Croizeau siempre se dejaba ver con buena ropa, con una levita azul color aciano, chaleco de seda, pantalón negro, zapatos de doble suela, anudados con cintas de seda negra y que crujían como los de un abad. Siempre llevaba en la mano su sombrero de seda de catorce francos. «Soy viejo y sin hijos –decía a la joven pocos días después de la visita de Cérizet a casa de Maxime–. Mis colaterales me horrorizan. ¡Todos son campesinos hechos para labrar la tierra! Imagínese que vine de mi pueblo con seis francos, y que he hecho mi fortuna aquí. No soy orgulloso… Una mujer bonita es igual que yo. ¿No vale más ser la señora Croizeau durante un tiempo que la sirviente de un conde durante un año?… Un día u otro usted será abandonada. Y entonces pensará en mí… ¡Servidor suyo, bella dama!». Todo esto cocía sordamente a fuego lento. La más leve galantería se decía a escondidas. Nadie en el mundo sabía que aquel esmerado viejecito amaba a Antonia, porque la prudente compostura de aquel enamorado en el salón de lectura no hubiera revelado nada a un rival. Croizeau desconfió durante dos meses del director de aduanas retirado. Pero, hacia mediados del tercer mes, hubo de reconocer lo mal fundadas que eran sus sospechas. Croizeau se las ingenió para salir al mismo tiempo que Denisart; luego, adelantándose, le dijo: «Qué buen tiempo, ¿verdad, señor?»… A lo que el antiguo funcionario respondió: «El tiempo de Austerlitz[14], señor: yo estuve

allí… fui herido incluso, mi cruz proviene de mi comportamiento en aquella hermosa jornada»… Y de una cosa en otra, de rueda en batalla y de mujer en carroza, entre los dos despojos del Imperio se estableció una relación. El pequeño Croizeau estaba apegado al imperio por sus relaciones con las hermanas de Napoleón; era su carrocero, y a menudo las había mortificado con sus facturas. Se las daba, pues, *de haber mantenido relaciones con la familia imperial.* Maxime, enterado por Antonia de las proposiciones que se permitía el *agradable viejo,* tal fue el apodo dado por la tía al rentista, quiso verle. La declaración de guerra de Cérizet había tenido la virtud de hacer estudiar a ese gran Guante-Amarillo su posición en el tablero observando las menores piezas. Ahora bien, a propósito de aquel agradable viejo, recibió en el entendimiento esa campanada que os anuncia una desgracia. Una noche, Maxime se situó en el segundo salón oscuro a cuyo alrededor estaban colocados los estantes de la biblioteca. Después de haber examinado por una rendija entre dos cortinas verdes los siete u ocho habituales del salón, calibró con una mirada el alma del pequeño carrocero; evaluó su pasión, y quedó muy satisfecho al saber que, en el momento en que su fantasía hubiera pasado, un futuro bastante suntuoso abriría por orden sus puertas barnizadas a Antonia. «Y ese –dijo señalando al gordo y guapo anciano condecorado con la Legión de Honor–, ¿quién es? —Un antiguo director de aduanas. —¡Tiene una figura inquietante!» –dijo Maxime admirando el aspecto del señor Denisart. En efecto, este antiguo militar se mantenía derecho como un campanario, su cabeza llamaba la atención por una cabellera empolvada y engominada, casi semejante a las de los *postillones* del baile de disfraces. Bajo aquella especie de fieltro moldeado sobre una cabeza oblonga se perfilaba una vieja cara, administrativa y militar a la vez, de aire altanero, bastante parecida a la que la Caricatura ha prestado al *Constitutionnel*[15]. Aquel antiguo administrador, de una edad, de unos polvos y de una inclinación de espaldas como para no leer nada sin gafas, exhibía su respetable abdomen con todo el orgullo de un viejo con querida, y llevaba en sus orejas unos aretes de oro que recordaban los del anciano general Montcornet, el asiduo del Vaudeville[16]. A Denisart le gustaba el azul: su pantalón y su vieja levita, muy amplios, eran de paño azul. «¿Desde cuándo viene este viejo? –preguntó Maxime, a quien las gafas parecieron de un aspecto sospechoso. —¡Oh!, desde el principio –respondió Antonia–, pronto hará dos meses»… «Bueno, Cérizet solo viene desde hace un mes» –se dijo Maxime para sus adentros. —… «Hazle hablar –dijo al oído de Antonia–, quiero oír su voz. —¡Bah –respondió ella–, será difícil, nunca me dice nada. —Entonces ¿por qué viene?… –preguntó Maxime. —Por una razón curiosa –replicó la bella Antonia–. Primero tiene un pasión, a pesar de sus sesenta y nueve años; pero, a causa de sus sesenta y nueve años, está regulado como un reloj. Este buen hombre va a cenar a casa de su pasión, a la calle de la Victoire, a las cinco, todos los días… ¡esa sí que es desgraciada! Sale de su casa a las seis, viene a leer durante cuatro horas todos los periódicos, y vuelve a verla a las diez. Papá Croizeau dice que conoce los motivos de la conducta del señor Denisart, la aprueba; y, en su

lugar, él haría lo mismo. ¡Así que ya conozco mi futuro! Si alguna vez me convierto en señora Croizeau, de seis a diez estaré libre». Maxime consultó el *Almanaque de las 25 000 direcciones*[17], encontró esta tranquilizadora línea:

«DENISART, cruz de la Legión de Honor, antiguo director de aduanas, calle de la Victoire».

Ya no tuvo ninguna inquietud. Insensiblemente, el señor Denisart y el señor Croizeau intercambiaron algunas confidencias. Nada une más a los hombres que cierta similitud de miras en materia de mujeres. Papá Croizeau comió en casa de aquella a la que llamaba *la bella del señor Denisart.* Aquí debo incluir una observación bastante importante. El gabinete de lectura había sido pagado por el conde, la mitad al contado y la otra mitad en pagarés suscritos por la citada señorita Chocardelle. Llegado el cuarto de hora de Rabelais[18], el conde se encontró sin dinero. Ahora bien, el primero de los tres pagarés de mil francos fue galantemente abonado por el agradable carrocero, a quien el viejo malvado de Denisart aconsejó que hiciese constar su préstamo a cambio de un crédito sobre el gabinete de lectura. «Yo —dijo Denisart–, he visto cosas muy divertidas con las bellas… Por eso, en todos los casos, incluso cuando he perdido la cabeza, siempre tomo mis precauciones con las mujeres. Esa criatura de la que estoy loco no es propietaria de los muebles, vive en los míos. El alquiler del apartamento está a mi nombre»… Ya conocéis a Maxime, ¡el carrocero le pareció muy joven! Croizeau podía pagar los tres mil francos sin cobrar nada en mucho tiempo, porque Maxime se sentía más loco que nunca por Antonia…

—Estoy seguro –dijo La Palférine–, es la bella Imperia[19] de la Edad Media.

—Una mujer que tiene la piel áspera –exclamó la loreta–, y tan áspera que se arruina con los baños de salvado.

—Croizeau hablaba con una admiración de carrocero del suntuoso mobiliario que el enamorado Denisart había dado por marco a su bella, lo describía con una complacencia satánica a la ambiciosa Antonia –siguió diciendo Desroches–. Había arcones de ébano con incrustaciones de nácar y filetes de oro, alfombras de Bélgica, una cama medieval de mil escudos de valor, un reloj de Boulle[20]: luego, en el comedor, hacheros en los cuatro rincones, cortinas de seda de China sobre la que la paciencia china había pintado pájaros, y portieres montados sobre travesaños más caros que portieres de dos pies. «Eso es lo que usted necesitaría, bella dama… y lo que yo querría ofrecerle… –decía para concluir–. Sé que usted me amaría poco más o menos; pero, a mi edad, uno entiende las cosas. Juzgue cuánto la amo por los mil francos que le he prestado. Puedo confesárselo: en toda mi vida nunca he prestado esa cantidad». Y tendió los dos *sous* de su sesión con la importancia que un sabio pone en una demostración. Por la noche, Antonia le dijo al conde, en los Variétés[21]: «De todos modos es muy aburrido un gabinete de lectura. No siento ningún gusto por ese estado, no le veo ninguna posibilidad de hacer fortuna. Está bien para una viuda que quiere ir tirando, o para una joven atrozmente fea que cree poder atrapar a un hombre

arreglándose un poco. —Es lo que usted me pidió» –respondió el conde. En ese momento, Nucingen, a quien la víspera el rey de los Leones[22], porque los Guantes Amarillos se habían convertido entonces en Leones, había ganado mil escudos, entró para dárselos, y, al ver el asombro de Maxime, le dijo: *He ressipito una imbunación a la tesmanta de ese tiaplo de Glabaron…* —¡Ah, esos son sus medios –exclamó Maxime–, no son muy fuertes… —*Es igual* –respondió el banquero–, *bágales, borque bodrían titigirse a otros que a mí, y hasserte berjuicio… Domo por desdigo a eta guaba Muger que le he bagato esda manana, muso andes de la imbunación*»…

—Reina del trampolín –dijo La Palférine sonriendo–, vas a perder…

—Hacía mucho tiempo –continuó diciendo Desroches– que, en un caso semejante, pero en el que el demasiado honesto deudor, asustado por tener que hacer una declaración ante la justicia, no quiso pagar a Maxime, tratamos muy duramente al acreedor oponente, haciendo dictar impugnaciones en masa, a fin de absorber la suma adeudada en gastos de contribución…

—¿Qué es eso?… –exclamó Malaga–, son palabras que suenan en mis oídos como una jerigonza. Ya que el esturión le ha parecido excelente, págueme el valor de la salsa en lecciones de argucias legales.

—Pues bien –dijo Desroches–, la suma que uno de sus acreedores impugna en uno de sus deudores puede volverse objeto de una impugnación parecida por parte de todos sus demás acreedores. ¿Qué hace el tribunal a quien todos los acreedores piden autorización para reembolsarse?… Reparte legalmente entre todos la suma intervenida. Ese reparto, hecho bajo la mirada de la justicia, se llama contribución. Si usted debe diez mil francos, y sus acreedores embargan por impugnación mil francos, cada uno de ellos tienen un tanto por ciento de su crédito en virtud de un reparto *a marco el franco,* en términos del Tribunal, es decir, a prorrata de sus sumas; pero no cobran sino sobre un documento legal llamado *extracto del registro de clasificación de los acreedores por orden de pago,* que libra el escribano del tribunal. ¿Adivina el trabajo hecho por un juez y preparado por procuradores? Implica mucho papel timbrado lleno de líneas sueltas, difusas, donde las cifras quedan ahogadas en columnas de una blancura total. Se empieza por deducir los gastos. Ahora bien, como los gastos son los mismos para una cantidad de mil francos que para un millón, no es difícil comerse mil escudos, por ejemplo en gastos, sobre todo si se consigue provocar pleitos.

—Un procurador siempre lo consigue –dijo Cardot–. Cuántas veces no me ha preguntado uno de los vuestros: «¿Qué hay que comer?».

—Se consigue sobre todo –continuó Desroches– cuando el deudor os incita a comer la suma en costas. Por eso los acreedores del conde no obtuvieron nada, cobraron por sus visitas a los procuradores y por sus gestiones. Para conseguir cobrar de un deudor tan fuerte como el conde, un acreedor debe ponerse en una situación legal excesivamente difícil de restablecer; se trata de ser a la vez su deudor y su acreedor, porque entonces, en términos legales, uno tiene derecho a operar la

confusión…

—¿Del deudor? –dijo la loreta, que prestaba oído atento a esas palabras.

—No, de las dos cualidades de acreedor y de deudor, y cobrarse por su mano –continuó Desroches–. La inocencia de Claparon, que no inventaba más que impugnaciones, tuvo, pues, por efecto tranquilizar al conde. Cuando, tras los Variétés, acompañaba a su casa a Antonia, insistió tanto más en la idea de vender el gabinete literario para pagar los dos últimos miles de francos del precio, cuanto que temía el ridículo de haber sido el proveedor de fondos de semejante empresa. Adoptó el plan de Antonia, que quería abordar la alta esfera de su profesión, tener una vivienda magnífica, doncella, coche, y competir con nuestra bella anfitriona, por ejemplo…

—No es tan guapa para eso –exclamó la ilustre belleza del Cirque–; pero, de todos modos, bien que ha exprimido al pequeño d'Esgrignon.

—Diez días después, el pequeño Croizeau, encaramado en su dignidad, empleaba poco más o menos este lenguaje con la bella Antonia –prosiguió Desroches–: «Querida, su gabinete literario es un agujero en el que usted se pondrá amarilla, y el gas le estropeará la vista: hay que salir de ahí, y, ¡mire!… aprovechemos la ocasión. He encontrado para usted una joven dama que no pide nada mejor que comprarle su gabinete de lectura. Es una mujercita arruinada a la que no le queda más que tirarse al agua; pero tiene cuatro mil francos en metálico, y es preferible sacarles un buen partido para poder alimentar y criar a dos niños… —¡Ay qué amable es usted, papá Croizeau –dijo Antonia. —Oh, seré mucho más amable enseguida –continuó el viejo carrocero–. Imagínese que ese pobre señor Denisart tiene una pena que le ha producido la ictericia… Sí, le ha atacado al hígado como a los viejos sensibles. Hace mal en ser tan sensible. Le he dicho: Sea apasionado, de acuerdo, pero sensible… ¡eso sí que no!, es la muerte. Verdaderamente no hubiera esperado yo una pena semejante en un hombre lo bastante fuerte, lo bastante instruido para ausentarse durante su digestión en casa de… —Pero ¿qué pasa?… –preguntó la señorita Chocardelle. —Esa pequeña criatura, en cuya casa he comido, le ha plantado sin más… sí, le ha dejado avisándole solo con una carta llena de faltas de ortografía. —¡Eso es lo que pasa, papá Croizeau, por aburrir a las mujeres!… —Es una lección, bella dama –continuó el zalamero Croizeau–. *Mientras tanto,* nunca he visto hombre en una desesperación parecida –dijo–. Nuestro amigo Denisart ya no distingue su mano derecha de su mano izquierda, solo quiere ver lo que denomina el teatro de su felicidad… Ha perdido el seso hasta tal punto que me ha propuesto comprar por cuatro mil francos todo el mobiliario de Hortense… ¡Se llama Hortense! —¡Bonito nombre! –dijo Antonia. —Sí, es el de la nuera de Napoleón; yo le suministré sus carruajes, como usted sabe. —Bueno, ya veré –dijo la astuta Antonia–, empiece por enviarme a su joven…». Antonia corrió a ver el mobiliario, volvió fascinada, y fascinó a Maxime con un entusiasmo de anticuario. Esa misma noche, el conde consintió en la venta del gabinete de lectura. Como pueden comprender, el establecimiento estaba a nombre de la señorita Chocardelle. Maxime se echó a reír

del pequeño Croizeau, que le conseguía un comprador. La sociedad Maxime y Chocardelle perdía dos mil francos, cierto, pero ¿qué suponía esa pérdida en presencia de cuatro hermosos billetes de mil francos? Como me decía el conde: «¡Cuatro mil francos de dinero vivo! ¡Hay momentos en que se firman ocho mil francos en pagarés para tenerlos!». El conde va a ver personalmente el mobiliario dos días más tarde, con los cuatro mil francos encima. La venta se había hecho gracias a la diligencia del pequeño Croizeau, que movía los hilos; había *engatusado*, decía, a la viuda. Preocupándose poco de aquel agradable anciano que iba a perder seis mil francos, Maxime quiso hacer transportar inmediatamente todo el mobiliario a un piso alquilado a nombre de la señora Ida Bonamy, en la calle Tronche, en una casa nueva. Por eso se había provisto de varios grandes carruajes de mudanza. Maxime, fascinado de nuevo por la belleza del mobiliario, que para un tapicero habría valido seis mil francos, encontró al desgraciado viejo amarillo por la ictericia, al lado de la chimenea, con la cabeza envuelta en dos pañuelos y un gorro de algodón encima, abrigado como un candelabro, abatido, sin poder hablar, tan deteriorado, en fin, que el conde tuvo que entenderse con un ayuda de cámara. Después de haber entregado los cuatro mil francos al ayuda de cámara que los llevaba a su amo para que le diese un recibo, Maxime quiso ir a decir a los mozos de la mudanza para que acercasen los carruajes; pero entonces oyó una voz que resonó como una carraca en su oído, y que le gritó: «Es inútil, señor conde; estamos en paz, tengo que devolverle seiscientos treinta francos y quince céntimos». Y el conde se quedó todo espantado al ver a Cérizet saliendo de sus envolturas, como una mariposa de su larva, que le tendió sus malditos dosieres añadiendo: «En mis desgracias he aprendido a hacer teatro, y valgo tanto como Bouffé[23] en los papeles de viejo. —¡Estoy en el bosque de Bondy[24]! —exclamó Maxime. —No, señor conde, está usted en casa de la señorita Hortense, la amiga del viejo lord Dudley que la oculta a todas las miradas; pero ella tiene el mal gusto de amar a su servidor». —«Si alguna vez –me dijo el conde–, he tenido ganas de matar a un hombre, fue en ese momento; pero ¿qué quiere? Hortense me mostraba su bonita cara, había que reírse, y, para conservar mi superioridad, le dije lanzándole los seiscientos francos: “Esto para la muchacha”».

—Eso es muy de Maxime –exclamó La Palférine.

—Sobre todo porque era el dinero del pequeño Croizeau –dijo el perspicaz Calot.

—Maxime consiguió un triunfo –continuó Desroches, porque Hortense exclamó: «¡Ah, si hubiera sabido que eras tú!».

—¡Eso sí que es confusión! –exclamó la loreta–. Has perdido, milord –le dijo al notario.

Y así fue como el carpintero a quien Malaga debía cien escudos fue pagado.

París, 1845.

UN PRÍNCIPE DE LA BOHEMIA

A Heine[1]

Mi querido Heine, sea para usted este Estudio, para usted que representa en París el espíritu y la poesía de Alemania como en Alemania representa la viva y espiritual critica francesa, para usted que sabe mejor que nadie lo que puede haber aquí de crítica, de broma, de amor y de verdad.

De Balzac.

—Mi querido amigo –dijo la señora de La Baudraye sacando un manuscrito de debajo del almohadón de su confidente–, ¿me perdonará que, en medio de la miseria en que estamos, haya escrito una novelita con lo que usted dijo hace unos días?

—Todo es digno de estima en el tiempo en que estamos; ¿no ha visto usted autores que, a falta de imaginación, sirven al público sus propios corazones y muchas veces el de sus amantes? Llegará un día, querida, en que se irá a buscar aventuras menos por el placer de ser su protagonista que por contarlas.

—En fin, usted y la marquesa de Rochefide habrán pagado nuestro alquiler, pero no creo que, tal como van aquí las cosas, pueda yo pagarle el suyo.

—¡Quién sabe! Quizá le llegue la misma buena fortuna que a la señora de Rochefide.

—¿Cree que es buena fortuna volver a casa del marido?

—No, es solo una gran fortuna. ¡Adelante!, la escucho.

La señora de La Baudraye leyó lo que sigue:

La escena transcurre en la calle de Chartres-du-Roule[2], en un magnífico salón. Uno de los autores más célebres de este tiempo está sentado en un confidente al lado de una ilustrísima marquesa de la que es íntimo, como debe serlo un hombre distinguido con una mujer que lo conserva a su lado, más como un complaciente *patito*[3] que como el remedio menos malo.

—Bueno –dijo ella–, ¿ha encontrado esas cartas de las que ayer me hablaba, y sin las que no podía contarme todo lo que se refiere a *él*?

—¡Las tengo!

—Usted tiene la palabra, le escucho como un niño a quien su madre cuenta *La gran serpiente verde*[4].

—Entre todas las personas conocidas a las que tenemos la costumbre de llamar amigos, cuento al joven de que se trata. Es un gentilhombre de un talento y una desdicha infinitos, lleno de excelentes intenciones, de conversación deliciosa, que, aunque joven, ya ha visto mucho, y que forma parte, en espera de algo mejor, de la *bohemia.* La bohemia, a la que habría que llamar la Doctrina[5] del bulevar de los Italiens, se compone de jóvenes de más de veinte años, pero sin llegar a los treinta, todos ellos hombres de talento en su género, poco conocidos todavía, pero que se

darán a conocer y que entonces serán personas muy distinguidas; ya se los distingue en los días de carnaval, durante los que descargan el exceso de su talento, limitado durante el resto del año a invenciones más o menos droláticas. ¿En qué época vivimos? ¿Qué absurdo poder deja que se pierdan así unas fuerzas inmensas? En la bohemia hay diplomáticos capaces de desbaratar los proyectos de Rusia, si se sintieran apoyados por el poder de Francia[6]. ¡Hay escritores, administradores, militares, periodistas, artistas! En resumen, todos los géneros de capacidad y de talento están representados en ella. Es un microcosmos. Si el emperador de Rusia comprase la bohemia por una veintena de millones, admitiendo que esta quisiese dejar el asfalto de los bulevares, y la deportase a Odesa, en un año Odesa sería París. En ella se encuentra la flor inútil, y que se seca, de esa admirable juventud francesa que Napoleón y Luis XIV buscaban, que desde hace treinta años ignora la gerontocracia bajo la que todo se marchita en Francia, bella juventud de la que todavía ayer el profesor Tissot[7], hombre poco sospechoso, decía: «Esa juventud, verdaderamente digna de él, el Emperador la empleaba en todas partes, en sus consejos, en la administración general, en negociaciones erizadas de dificultades o llenas de peligro, en la gobernación de los países conquistados, ¡y en todas partes ella respondía a su expectativa! Los jóvenes eran para él los *missi dominici*[8] de Carlomagno». Esa palabra de bohemia dice todo. La bohemia no tiene nada y vive de lo que tiene. La Esperanza es su religión, la Fe en sí misma su código, la Caridad pasa por ser su presupuesto. Todos esos jóvenes son más grandes que su desgracia, están por debajo de la fortuna, pero por encima del destino. Siempre a caballo sobre un si, ingeniosos como folletines, alegres como gente que debe, ¡oh, deben tanto que beben!, en una palabra, y a esto es adonde quiero llegar, todos están enamorados, ¡pero enamorados!… Imagínese a Lovelace, a Enrique IV, al Regente, a Werther, a Saint-Preux, a René y al mariscal de Richelieu[9] reunidos en un solo hombre, ¡y tendrá una idea de su amor! ¡Y qué enamorados! Eclécticos por excelencia en amor, sirven una pasión como puede quererla una mujer; su corazón se parece a una carta de restaurante, han llevado a la práctica, sin saberlo y tal vez sin haberlo leído, el libro *Del amor* de Stendhal; tienen la sección del amor-gusto, del amor-pasión, del amor-capricho, del amor cristalizado, y sobre todo del amor pasajero. Todo es bueno para ellos, han creado este burlesco axioma: *Todas las mujeres son iguales ante el hombre.* El texto de ese artículo es más fuerte, pero como, en mi opinión, su espíritu es falso, no me atengo a la letra. Señora, mi amigo se llama Gabriel-Jean-Anne-Victor-Benjamin-Georges-Ferdinand-Charles-Édouard Rusticoli, conde de La Palférine. Los Rusticoli, llegados a Francia con Catalina de Médicis, acababan de ser despojados entonces de una soberanía mínima en Toscana. Algo parientes de los Este, se aliaron con los Guisa. Mataron a muchos protestantes en la Noche de san Bartolomé[10], y Carlos IX les dio la sucesión del condado de La Palférine, confiscado al duque de Savoie, y que Enrique IV les compró dejándoles el título. Ese gran rey cometió la tontería de devolver ese feudo al duque de Savoie. A cambio, los

condes de La Palférine, que, antes de que los *Médici* tuviesen escudo de armas, llevaban *de plata con la cruz flordelisada de azur* (la cruz fue flordelisada por cartas patentes de Carlos IX), *rematada por una corona de conde y dos rústicos por soportes*, con *in hoc signo vincimus*[11] por divisa, tuvieron dos cargos de la Corona y un gobierno. Jugaron un papel de primera importancia bajo los Valois, y hasta el casi reinado de Richelieu; luego fueron a menos con Luis XIV y se arruinaron bajo Luis XV. El abuelo de mi amigo devoró los restos de esa brillante casa con la señorita Laguerre[12], a la que fue el primero en poner de moda, antes que Bouret[13]. Oficial sin ninguna fortuna en 1789, el padre de Charles-Édouard tuvo la buena ocurrencia, ayudado por la revolución, de llamarse Rusticoli. Ese padre, que, además, se casó durante las guerras de Italia con una ahijada de la condesa Albani[14], una Caponi[15], de ahí el último nombre de pila de La Palférine, fue uno de los mejores coroneles del ejército; por eso el Emperador lo nombró comendador de la Legión de Honor, y lo hizo conde. El coronel tenía una ligera desviación de la columna vertebral, y su hijo dijo, riendo, sobre ese tema: «Fue un *conde rehecho*». El general conde Rusticoli, pues ascendió a general de brigada en Ratisbona, murió en Viena tras la batalla de Wagram, donde fue nombrado general de división en el campo de batalla. Su apellido, su ilustración italiana y su mérito le habrían valido antes o después el bastón de mariscal. Durante la Restauración, habría reconstituido esa grande y bella casa de los La Palférine, tan brillante ya en 1100 como Rusticoli, pues los Rusticoli ya habían dado un papa y revolucionado dos veces el reino de Nápoles; en resumen, tan espléndida bajo los Valois y tan hábil como los La Palférine, aunque frondistas decididos, seguían existiendo bajo Luis XIV; Mazarino los apreciaba, había reconocido en ellos un resto de Toscana. En la actualidad, cuando se cita a Charles-Édouard de La Palférine, entre cien personas no habrá ni tres que sepan lo que es la casa de La Palférine; ¡pero los Borbones dejaron a un Foix-Grailly[16] viviendo de su pincel! ¡Ah, si supiese con qué espíritu Édouard de La Palférine ha aceptado esa posición oscura! ¡Cómo se burla de los burgueses de 1830, qué sal, qué aticismo! Si la bohemia pudiera tolerar que existiese un rey, él sería rey de la bohemia. Su elocuencia es inagotable. Se le debe el mapa de la bohemia y los nombres de siete castillos que Nodier no ha podido encontrar.

—Es –dijo la marquesa– la única cosa que falta a una de las bromas más ingeniosas de nuestra época[17].

—Algunos rasgos de mi amigo La Palférine le permitirán incluso juzgarlo –continuó Nathan–. De La Palférine encuentra a uno de sus amigos, el amigo era de la bohemia, discutiendo en el bulevar con un burgués que se creía ofendido. La bohemia es muy insolente con el poder moderno. Se trataba de batirse. «Un instante –dijo de La Palférine, volviéndose tan Lauzun[18] como nunca pudo serlo Lauzun–, un instante, ¿tiene apellido el señor? —¿Cómo, señor? –dijo el burgués. —Sí, ¿tiene usted apellido? ¿Cómo se llama? —Godin. —¿Eh? ¡Godin! –dice el amigo de La Palférine. —Un instante, querido –dice La Palférine deteniendo a su amigo–, hay

unos Trigaudin[19]. ¿Es usted de ellos? (Asombro del burgués). —No. ¿Pertenece entonces a los nuevos condes de Gaeta, de factura imperial[20]? No. Pues bien, ¡cómo quiere que mi amigo, *que será* secretario de embajada y embajador, y a quien un día deberá usted respeto, se bata con usted! ¡Godin! ¡Eso no existe, usted no es nada, Godin! Mi amigo no puede batirse con el aire. Cuando uno es algo, solo se bate con alguien. Vamos, querido, ¡adiós! —Mis respetos a la señora» –añadió el amigo. Cierto día, La Palférine paseaba con un amigo que tiró la colilla de su puro a la nariz de un transeúnte. Este transeúnte tuvo el mal gusto de enfadarse. «Ha soportado usted el fuego de su adversario –dijo el joven conde–, los testigos declaran que el honor queda satisfecho». Debía mil francos a su sastre, que, en lugar de ir en persona, envió una mañana a su primer oficial a casa de La Palférine. El mozo encuentra al desgraciado deudor en el sexto piso[21], en el fondo de un patio, en la parte alta del arrabal de Roule. No había mobiliario alguno en el cuarto, pero sí una cama, ¡y qué cama!, y una mesa, ¡y qué mesa! La Palférine oye la impertinente petición, y que yo calificaría, nos dijo, de ilícita, hecha a las siete de la mañana. «Vaya a decirle a su amo –respondió con el gesto y la pose de Mirabeau[22]– el estado en que me ha encontrado». El oficial retrocede pidiendo excusas. La Palférine ve al joven en el rellano, se eleva en el aparato ilustrado por los versos de *Britannicus:* «¡Fíjate en la escalera! ¡Observa bien la escalera, para que no olvides hablarle de la escalera»[23]. En cualquier situación en que el azar le haya colocado, La Palférine nunca se ha encontrado ni por debajo de la crisis, ni sin ingenio, ni con mal gusto. Siempre y en todo despliega el genio de Rivarol[24] y la sutileza del gran señor francés. Fue él quien inventó la deliciosa anécdota sobre el amigo del banquero Laffite que se dirigió a la oficina de la *suscripción nacional* abierta para que ese banquero conservase su palacio, el mismo en el que se fraguó la revolución de 1830[25], diciendo: «Aquí tiene cinco francos, devuélvame cien *sous*». De esto se hizo una caricatura[26]. Tuvo la desgracia, como se diría en un acta de acusación, de hacer madre a una muchacha. La niña, poco ingenua, confiesa su falta a la madre, buena burguesa que acude a casa de La Palférine y le pregunta qué piensa hacer. «Pero, señora, yo no soy ni cirujano ni comadrona». Quedó fulminada; pero tres o cuatro años después volvió a la carga, insistiendo y preguntando a La Palférine qué pensaba hacer. «¡Oh!, señora –respondió–, cuando ese niño tenga siete años, edad a la que los niños pasan de las manos de las mujeres a las de los hombres… (gesto de asentimiento de la madre), si el niño es realmente mío (gesto de la madre), si se me parece de un modo sorprendente, si promete ser un gentilhombre, si reconozco en él mi tipo de inteligencia y, sobre todo, el aire Rusticoli, ¡oh!, entonces (nuevo gesto), a fe de gentilhombre que le daré… ¡un pirulí!!». Todo esto, si me permite emplear el estilo empleado por el señor Sainte-Beuve para sus biografías de desconocidos[27], es el lado jovial, festivo, pero ya anticuado, de una raza fuerte. Esto huele más a su Parque de los Ciervos[28] que a su palacio de Rambouillet. Esto no es la raza *de los*

mansos[29], me inclino a pensar en un poco de libertinaje, y más del que yo quisiera, en caracteres brillantes y generosos; pero es algo galante al estilo de Richelieu, travieso y quizá demasiado extravagante; es quizá los *excesos* del siglo XVIII; se remonta hasta los mosqueteros, y perjudica a Champcenetz[30]; pero *este voluble* recuerda los arabescos y la ornamentación de la vieja corte de los Valois[31]. En una época tan moral como la nuestra deberíamos castigar con rigor a estos audaces; pero ese pirulí también puede mostrar a las muchachas el peligro de esas amistades llenas al principio de sueños, más encantadoras que severas, sonrosadas y floridas, pero cuyas inclinaciones no están vigiladas y que terminan en esos excesos que maduran, en faltas llenas de hervores ambiguos, en resultados demasiado vibrantes. Esta anécdota describe el espíritu fogoso y desarrollado de La Palférine, porque tiene el *entre-dos* que quería Pascal[32]; es tierno y despiadado; es, como Epaminondas[33], igualmente grande en los extremos. Esa frase precisa además la época; antiguamente no existían comadrones. Los refinamientos de nuestra civilización se explican así por este rasgo, que pervivirá.

—¡Ah!, mi querido Nathan, ¿qué galimatías me está contando? –preguntó la marquesa extrañada.

—Señora marquesa –respondió Nathan–, usted ignora el valor de esas frases preciosas, en este momento hablo como Saint-Beuve una nueva lengua francesa. Continúo. Cierto día, paseando por el bulevar cogido del brazo con unos amigos, La Palférine ve venir hacia él al más feroz de sus acreedores, que le dice: «¿Piensa usted en mí, señor? —Ni lo más mínimo» –le responde el conde–. Fíjese lo difícil que era su posición. Ya Talleyrand, en circunstancia similar, había dicho: «Es usted muy curioso, querido». Se trataba de no imitar a ese hombre inimitable. Generoso como Buckingham[34], no podía soportar que le pillasen desprevenido; cierto día que no tenía nada que dar a un deshollinador, el joven conde mete la mano, en un tonel de uvas en la puerta de un tendero, y llena con ellas la gorra del pequeño saboyano[35], que se las come encantado. El tendero empezó por echarse a reír y terminó tendiendo la mano a La Palférine. «¡Oh!, señor –dijo–, su mano izquierda debe ignorar lo que acaba de dar mi mano derecha». De valor aventurero, Charles-Édouard no busca ni rehúye ningún lance; pero su bravura es espiritual. Viendo en el pasaje de la Ópera a un hombre que se había expresado sobre él en términos ligeros, le da un codazo al pasar, luego vuelve sobre sus pasos y le da otro. «Es usted muy torpe –le dicen. —Al contrario, lo he hecho adrede». El joven le presenta su tarjeta. «Está muy sucia –prosigue–, está demasiado sobada; hágame el favor de darme otra», añadió tirándola. Durante un duelo, recibe una estocada, el adversario ve salir sangre y quiere terminar exclamando: «Está usted herido, señor. —Niego la estocada» –respondió con tanta sangre fría como si hubiera estado en una sala de armas, y replicó con una estocada parecida, pero más a fondo, añadiendo: «¡Aquí tiene la de verdad, señor!». Su adversario tuvo que guardar cama seis meses. Esto, siguiendo las aguas del señor

Sainte-Beuve, recuerda a los Refinados y la sutil ironía de los buenos tiempos de la monarquía. Se ve en ello una vida desenvuelta, pero sin tregua, una imaginación risueña que solo nos es dada en el principio de la juventud. No es el aterciopelado de la flor, sino que hay en ella el grano seco, pleno, fecundo, que asegura la estación invernal. ¿No le parece que esas cosas anuncian algo insatisfecho, inquieto, que no se analiza ni se describe, pero que se comprende, y que se abrasaría en llamas dispersas y altas si se presentase la ocasión de desplegarse? Es la *acedia* del claustro, una cosa agria, fermentada en la ociosidad que pudre las fuerzas juveniles, una tristeza vaga y oscura.

—Basta –dijo la marquesa–, me está usted dando duchas en el cerebro.

—Es el aburrimiento de las tardes. Cuando no se tiene ninguna ocupación, es preferible hacer daño antes que no hacer nada, y es lo que siempre pasará en Francia. En este momento la juventud tiene dos lados: el lado estudioso de los *desconocidos*, el lado ardiente de los *apasionados.*

—¡Basta! –repitió la señora de Rochefide con un gesto de autoridad–, me crispa usted los nervios.

—Para acabar de pintarle a La Palférine, me apresuro a lanzarme a sus regiones galantes, a fin de hacerle comprender el genio peculiar de este joven que representa de forma admirable una porción de la juventud maliciosa, de esa juventud bastante fuerte para reírse de la situación en que la coloca la inepcia de los gobernantes, bastante calculadora para no hacer nada al ver la inutilidad del trabajo, bastante fogosa todavía para agarrarse al placer, lo único que no han podido quitarle. Pero una política a un tiempo burguesa, mercantil y gazmoña va suprimiendo todos los desaguaderos por los que podrían encontrar salida tantas aptitudes y talentos. Nada para esos poetas, nada para esos jóvenes sabios. Para hacerla comprender la estupidez de la nueva corte, he aquí lo que le ocurrió a La Palférine. Existe en la Lista civil un *funcionario de desgracias.* Ese funcionario se enteró un día de que La Palférine se encontraba en una miseria horrible, hizo sin duda un informe, y llevó cincuenta francos al heredero de los Rusticoli. La Palférine recibió a este señor con una cortesía perfecta, y le habló de los personajes de la corte. «¿Es cierto –preguntó– que la señorita d'Orléans[36] contribuye con tal cantidad a ese bello servicio emprendido por su sobrino? Será muy hermoso». La Palférine había dado la palabra a un pequeño saboyano de diez años, llamado por él *Padre Anquises*[37], que le sirve a cambio de nada y del que dice: «Nunca he visto tanta estupidez unida a tanta inteligencia, se arrojaría al fuego por mí, lo comprende todo y no comprende que no puedo hacer nada por él». Anquises trajo del establecimiento de un alquilador de carrozas un magnífico cupé en cuya parte posterior había un lacayo. En el momento en que La Palférine oyó el ruido de la carroza, llevó hábilmente la conversación hacia las funciones de aquel señor, al que desde entonces llama el *hombre de las miserias sin remedio,* se había informado de su trabajo y de su sueldo. «¿Le dan un coche para recorrer así la ciudad? —¡Oh!, no» –respondió el funcionario. Ante esta palabra, La

Palférine y el amigo que estaba con él acompañando al pobre hombre, bajan y le fuerzan a montar en el coche, porque llovía a mares. La Palférine lo había calculado todo. Ofreció llevar al funcionario adonde el funcionario iba. Cuando el repartidor de limosnas hubo terminado su siguiente visita, encontró el coche a la puerta. El lacayo le entregó esta nota escrita a lápiz: *El coche está pagado por tres días por el conde Rusticoli de La Palférine, que se considera muy feliz de contribuir a las caridades de la corte dando alas a sus buenas obras.* La Palférine llama ahora a la Lista civil una Lista incivil. Fue apasionadamente amado por una mujer de conducta algo ligera. Antonia vivía en la calle del Helder, donde se había hecho notar. Pero, en el tiempo en que conoció al conde, aún no había *ido a pie*[38]. No carecía de esa impertinencia de otro tiempo que las mujeres de hoy han envilecido hasta la insolencia. Tras quince días de una felicidad sin nubes, esa mujer fue obligada a volver, en interés de su propia lista civil, a un sistema pasional menos exclusivo. Al darse cuenta de que no se procedía sinceramente con él, La Palférine escribió a la señora Antonia esta carta que la hizo célebre.

«Señora,

»Su conducta me sorprende tanto como me aflige. No contenta con desgarrarme el corazón con sus desdenes, tiene la indelicadeza de quedarse con un cepillo de dientes que mis recursos no me permiten reemplazar, ya que mis propiedades están gravadas por hipotecas por más de lo que valen.

»¡Adiós, amiga demasiado bella y demasiado ingrata! ¡Ojalá volvamos a vernos en un mundo mejor!

CHARLES-ÉDOUARD».

Con toda seguridad (siempre sirviéndonos del estilo macarrónico del señor Sainte-Beuve), esto supera con mucho la ironía de Sterne en el *Viaje sentimental*, sería Scarron[39] sin su grosería. No sé incluso si Molière, en sus momentos de buen humor, no habría dicho como en el mejor Cyrano[40]: ¡Esto es mío! Richelieu no estuvo más lúcido cuando escribió a la princesa que la esperaba en el patio de cocinas del Palais-Royal: *Quédese ahí, reina mía, para encantar a los marmitones*[41]. Pero la broma de Charles-Édouard es menos ácida. No sé si los romanos o los griegos conocieron ese tipo de ingenio. Mirándolo bien, quizá Platón se acercó algo, pero por el lado severo y musical…

—Deje esa jerga –dijo la marquesa–, eso quizá pueda imprimirse, pero lastimarme los oídos con ella es un castigo que no merezco.

—He aquí como conoció a Claudine –continuó Nathan–. Cierto día, uno de esos días desocupados en que la juventud está disgustada consigo misma, y en que, como Blondet[42] bajo la Restauración, no sale de su inercia y del abatimiento al que la condenan unos viejos presuntuosos más que para hacer daño, para entregarse a alguna de esas enormes bufonadas que tienen su excusa en la audacia misma de su

concepción, La Palférine vagaba siguiendo a su bastón, en la misma acera, entre la calle de Grammont y la. calle Richelieu. De lejos ve a una mujer, una mujer vestida con demasiada elegancia, y, como él dice, adornada con efectos demasiado caros y llevados con demasiada negligencia para no ser una princesa de la corte o de la Ópera; pero, después de julio de 1830, el equívoco, según él, es imposible, la princesa debía de ser de la Ópera. El joven conde se coloca al lado de esa mujer, como si le hubiera dado una cita; la sigue con una tenacidad cortés, con una persistencia de buen gusto, lanzándole miradas llenas de autoridad, pero oportunas, y que obligaron a la mujer a dejarse escoltar. Cualquier otro se hubiera quedado helado por la acogida, desconcertado por las reacciones de la mujer, por la frialdad ofensiva de su actitud, por sus palabras agrias; pero La Palférine le dijo frases amables frente a las que no puede nada ninguna seriedad, ninguna resolución. Para librarse de él, la desconocida entra en casa de su modista, Charles-Édouard la sigue, se sienta, da su opinión, la aconseja como hombre dispuesto a pagar. Tal sangre fría inquieta a la mujer, que sale. En la escalera, la desconocida dice a La Palférine, su perseguidor: «Señor, voy a casa de una parienta de mi marido, una anciana, la señora de Bonfalot… —¡Oh!, ¿la señora de Bonfalot? –responde el conde–, pues estoy encantado, también voy…». Y allá fue la pareja. Charles-Édouard entra con esa mujer, creen que lo trae ella, interviene en la conversación, prodiga su ingenio sutil y distinguido. La visita se alargaba. Eso no le interesaba. «Señora –le dice a la desconocida–, no olvide que su marido nos espera, solo nos ha concedido un cuarto de hora». Confundida ante esa audacia que, como usted sabe, siempre agrada a las mujeres, arrastrada por aquella mirada vencedora, por aquel aire profundo e ingenuo a la vez que Charles-Édouard sabe adoptar, se levanta, acepta el brazo de su forzoso caballero, baja con él y le dice en el umbral de la puerta: «Señor, me gustan las bromas… —Pues a mí no digamos», responde él. Ella se echa a reír: «Pero solo de usted depende que esto termine en serio –continuó él–. Soy el conde de La Palférine, y estoy encantado de poder poner a sus pies tanto mi corazón como mi fortuna». La Palférine tenía entonces veintidós años[43]. Esto ocurría en 1834. Por suerte, ese día, el conde iba vestido con elegancia. Voy a describírselo en dos palabras. Es el vivo retrato de Luis XIII, tiene la frente pálida, unas sienes distinguidas, una tez aceitunada, esa tez italiana que se vuelve blanca bajo la luz, el pelo castaño oscuro, que lleva largo, y negra la perilla, como la del rey; tiene su mismo aire serio y melancólico, pues su persona y su carácter ofrecen un sorprendente contraste. Al oír el apellido y ver al personaje, Claudine siente una especie de estremecimiento. La Palférine se da cuenta: le lanza una mirada de sus profundos ojos negros, rasgados en forma de almendra, de párpados ligeramente arrugados y oscuros que revelan alegrías y al mismo tiempo horribles fatigas. Bajo esa mirada, ella le pregunta: «¿Su dirección? —¡Qué torpeza! –responde él. —¡Ah, bah! –exclama ella con una sonrisa–. ¿Pájaro en la rama? —Adiós, señora; es usted una mujer como yo necesito, pero mi fortuna está lejos de parecerse a mis deseos»… Saluda y la deja allí mismo, sin volverse. Dos días después, por una de

esas fatalidades que solo son posibles en París, fue a una de esas tiendas de ropa que prestan dinero contra la garantía de lo superfluo de su guardarropa; estaba recogiendo con aire inquieto el dinero después de haber discutido largo rato su valor cuando la desconocida pasa por delante y lo reconoce. «Decididamente –le grita al tendero estupefacto–, ¡no me quedo con su trompa!». Y señalaba una enorme trompa abollada, colgada fuera y que se perfilaba sobre uniformes de lacayos de embajada y de generales del Imperio. Luego, altivo e impetuoso, vuelve a seguir a la mujer. Desde ese gran día de la trompa, se entendieron de maravilla. Charles-Édouard tiene sobre el amor las ideas más precisas. Según él, no hay dos amores en la vida del hombre; solo hay uno, profundo como el mar, pero sin orillas. A cualquier edad, ese amor desciende sobre vosotros como la gracia descendió sobre san Pablo[44]. Un hombre puede vivir hasta los sesenta años sin haberlo sentido. Según una magnífica expresión de Heine, ese amor quizás es la *enfermedad secreta del corazón*, una combinación del sentimiento de lo infinito que hay en nosotros y del bello ideal que se revela bajo una forma visible. En fin, ese amor abarca al mismo tiempo la criatura y la creación. Mientras no se trate de ese gran poema, solo en broma se puede hablar de amores que deben terminar, haciendo lo que en literatura son las poesías ligeras comparadas con el poema épico. Charles-Édouard no sintió en esa relación ni el flechazo que anuncia ese verdadero amor ni la lenta revelación de los atractivos, el reconocimiento de unas cualidades secretas que unen a dos seres mediante un poder cada vez más fuerte. El verdadero amor solo tiene esas dos formas. O la primera vista, que sin duda es un efecto de la segunda vista escocesa[45], o la gradual fusión de dos naturalezas, que hace realidad el andrógino platónico. Pero Charles-Édouard fue amado locamente. Aquella mujer sentía el amor total, ideal y físico; en resumen, La Palférine fue su verdadera pasión. Para él, Claudine no era más que una deliciosa amante. El diablo, con su infierno, que desde luego es un poderoso mago, no habría podido cambiar nunca el sistema de estos dos calóricos desiguales. Me atrevo a afirmar que Claudine aburría con frecuencia a Charles-Édouard. «Al cabo de tres días, la mujer que no amamos y el pescado que hemos guardado solo sirven para tirarlos por la ventana», nos decía. En la bohemia se observa poco el secreto sobre los amores ligeros. La Palférine nos habló a menudo de Claudine; sin embargo, ninguno de nosotros la vio y jamás se pronunció su apellido. Claudine casi era un personaje mítico. Todos hacíamos lo mismo, conciliando de esa forma las existencia de nuestra vida en común y las leyes del buen gusto. Claudine, Hortense, la baronesa, la Burguesa, la emperatriz, la Leona, la Española eran rúbricas que permitían a cada uno desahogar sus alegrías, sus preocupaciones, sus penas, sus esperanzas, y comunicar sus hallazgos. No se pasaba de ahí. En la bohemia, hay el ejemplo de una revelación hecha por casualidad de la persona en cuestión; al instante, por un acuerdo unánime, ninguno de nosotros volvió a hablar de ella. Este hecho puede indicar hasta qué punto la juventud posee el sentido de las verdaderas delicadezas. Qué admirable conocimiento tienen las personas selectas de los límites en que deben detenerse la

burla y ese mundo de cosas francesas designado con la soldadesca palabra de *blague*, palabra que será expulsada de la lengua[46], esperémoslo, pero que es la única que puede hacer comprender el espíritu de la bohemia. Así pues, bromeábamos a menudo sobre Claudine y sobre el conde. Decíamos: «¿Qué se ha hecho de Claudine? —¿Y tu Claudine? —¿Sigues con Claudine?», cantados con la melodía de ¡*Siempre Gessler*! de Rossini[47], etcétera. «El único mal que os deseo –nos dijo un día La Palférine– es una querida como ella. No hay galgo, pachón ni perro de aguas que pueda comparársele en dulzura, sumisión y ternura absoluta. Hay momentos en que me hago reproches, en que me pido cuentas a mí mismo de mi dureza. Claudine obedece con una dulzura de santa. Viene, la despido, se va, no llora hasta que no llega al patio. No quiero saber nada de ella durante una semana, la cito para el martes siguiente, a determinada hora, aunque sea a medianoche o a las seis de la mañana, las diez o las cinco, los momentos mas incómodos del almuerzo, de la comida, de levantarse, de acostarse… ¡Oh!, aparecerá bella, arreglada, encantadora, exactamente a esa hora. ¡Y está casada! Atrapada en las obligaciones y los deberes de una casa. Las estratagemas que debe inventar, las razones que debe encontrar para adaptarse a mis caprichos nos pondrían en un aprieto a nosotros… ¡Nada la cansa, aguanta todo! Se lo digo, no es amor, es terquedad. ¡Me escribe todos los días, yo no leo sus cartas, ella se ha dado cuenta, sigue escribiendo! Mirad, en ese cofre hay doscientas cartas. Me ruega que coja cada día una de esas cartas para limpiar mis navajas de afeitar, y no dejo de hacerlo. Cree, con razón, que la vista de su letra me hace pensar en ella». La Palférine estaba vistiéndose mientras nos decía esto, yo cogí la carta que él iba a utilizar, la leí y la guardé sin que él me la reclamase: aquí la tiene, porque, tal y como le prometí, la he encontrado».

Lunes, medianoche.

«Y qué, amigo mío, ¿está contento de mí? No le he pedido esa mano, que le hubiera sido fácil darme y que tanto deseaba yo apretar sobre mi corazón, sobre mis labios. No, no se la he pedido, tengo demasiado miedo a desagradarle. ¿Sabe una cosa? A pesar de saber cruelmente que todos mis actos son para usted perfectamente indiferentes, no por ello dejo de ser de una extrema timidez en mi conducta. La mujer que le pertenece, por la razón que sea y con el secreto más completo, debe evitar incurrir en la más ligera censura. Como sucede con los ángeles del cielo, para los que no existen secretos, mi amor es igual a los amores más puros; pero en todas partes donde esté, me parece estar siempre en su presencia, y quiero honrarle.

»Todo lo que usted me ha dicho sobre mi manera de vestir me ha impresionado y me ha hecho comprender cuán superiores son a los demás las personas de raza noble. Me quedaba algo de la muchacha de ópera en el corte de mis vestidos, en mis peinados. En un momento he reconocido la distancia que me separaba del buen gusto. La próxima vez recibirá usted a una duquesa, no me reconocerá. ¡Oh, qué bueno has

sido con tu Claudine! ¡Cuántas veces te he agradecido que me hayas dicho todo esto! ¡Qué interés en esas pocas palabras! ¿Te has ocupado entonces de esa cosa tuya que se llama Claudine? No habría sido ese imbécil quien me hubiera ilustrado, a *él* le parece bien todo lo que hago, *él* es además demasiado *doméstico*, demasiado prosaico para tener sentido de lo bello. ¡Cuánto va a tardar el martes para mi impaciencia! ¡El martes, a su lado durante varias horas! ¡Ah!, el martes me esforzaré en pensar que esas horas son meses, y que siempre estoy así. Vivo con la esperanza de esa mañana igual que la viviré más tarde, cuando haya pasado, mediante el recuerdo. La esperanza es una memoria que deseo, el recuerdo es una memoria que ya ha gozado. ¡Qué hermosa vida en la vida nos crea así el pensamiento! Pienso en inventar ternuras que solo serán mías, cuyo secreto no será adivinado por ninguna mujer. Me entran sudores fríos ante la idea de que surja algún obstáculo. ¡Oh!, si fuera preciso rompería definitivamente con *él;* pero no es de ahí de donde vendrá el obstáculo, es de ti, tú podrás querer ir a alguna reunión, a casa de otra mujer quizás. ¡Oh, gracias por ese martes! Si me lo quitases, Charles, no sabes todo lo que *le* harías, yo *le* volvería loco.

Si no quisieras nada de mí, si fueras a alguna reunión, déjame ir de todos modos, verte cómo te vistes, solo verte, no pido más, déjame que así te demuestre con qué pureza te amo. Desde que me has permitido amarte, pues me lo has permitido ya que soy tuya; desde ese día, te quiero con todo el poder de mi alma, y siempre te querré, porque después de haberte amado ya no se puede, ya no se debe amar a nadie. Y, mira, cuando te veas bajo una mirada que solo quiere ver, sentirás que en tu Claudine hay alguna cosa divina que tú has despertado. ¡Ay!, contigo no soy coqueta; soy como una madre con su hijo: de ti lo soporto todo; yo, tan imperiosa, tan altiva en otras partes, yo, que hacía trotar a duques, a príncipes y a edecanes de Carlos X, que valían más que toda la corte actual, te trato como a un niño mimado. Pero ¿para qué sirven las coqueterías? Serían una pérdida de tiempo. Y sin embargo, sin coquetería, nunca le inspiraría amor a usted, señor. Lo sé, lo siento, y continúo experimentando la influencia de un poder irresistible, pero pienso que este abandono completo me valdrá de usted ese sentimiento que, según *él*, existe en todos los hombres hacia lo que les pertenece».

Miércoles.

«¡Oh, qué negra entró la tristeza en mi corazón cuando supe que tenía que renunciar a la dicha de verte ayer! Solo una idea me impidió entregarme en brazos de la muerte: ¡que tú lo habías querido así! No ir era cumplir tu voluntad, obedecer una de tus órdenes. ¡Ah, Charles, estaba tan guapa! Habrías tenido en mí algo mejor que esa bella princesa alemana a la que me habías puesto como ejemplo, y en la que yo me había fijado en la Ópera. Pero quizá me hubieras encontrado distinta de cómo soy. Mira, me has quitado toda la confianza que tenía en mí, quizá soy fea. ¡Oh!, me doy

horror, me vuelvo imbécil pensando en mi radiante Charles-Édouard. Me volveré loca, seguro. No te rías, no me hables de la volubilidad de las mujeres. Si las mujeres somos volubles, ¡qué extraños sois vosotros! Privar a una pobre criatura de las horas de amor que la hacían feliz desde hace diez días, que la volvían buena y encantadora para todos los que iban a verla. En resumen, tú eras la causa de mi dulzura con *él*, no sabes el daño que le haces. Me he preguntado qué debo inventar para conservarte, o para tener solo el derecho a ser tuya algunas veces… ¡Cuando pienso que nunca has querido venir aquí! ¡Con qué deliciosa emoción te serviría! Las hay más favorecidas que yo. Hay mujeres a las que dices: "Te quiero". A mí nunca me has dicho más que: "Eres una buena chica". Sin que lo sepas, hay ciertas frases tuyas que me corroen el corazón. Hay personas inteligentes que algunas veces me preguntan en qué pienso: pienso en mi abyección, que es la de la más pobre pecadora en presencia del Salvador[48]».

—Aún quedan, como usted ve, tres páginas. La Palférine me permitió llevarme esta carta donde vi huellas de lágrimas que me parecieron aún calientes. Esa carta me demostró que La Palférine nos decía la verdad. Marcas[49], bastante tímido con las mujeres, se extasiaba con otra carta parecida que acababa de leer en su rincón antes de encender su puro. «¡Pero todas las mujeres que aman escriben esas cosas! –exclamó La Palférine–, el amor les da a todas ingenio y estilo, lo cual demuestra que, en Francia, el estilo procede de las ideas y no de las palabras. Ved lo bien pensado que está eso, lo lógico que es un sentimiento». Y nos leyó otra carta que era muy superior a las cartas ficticias tan estudiadas que nosotros, los autores de novelas, tratamos de hacer. Un día, la pobre Claudine se enteró de que La Palférine se hallaba en una difícil situación debido a una letra de cambio; tuvo la fatal idea de llevarle en una bolsa maravillosamente bordada una suma bastante considerable en oro. «¿Quién te ha hecho tan atrevida como para mezclarte en los asuntos de mi casa? –le gritó La Palférine furioso–. Zúrceme los calcetines, bórdame las zapatillas si eso te divierte. Pero… ¡Ah!, quieres jugar a la duquesa y vuelves la fábula de Dánae[50] contra la aristocracia». Y mientras decía estas palabras, vació la bolsa en su mano e hizo el gesto de arrojar la suma a la cara de Claudine. Claudine, espantada, y sin adivinar la broma, retrocedió, chocó contra una silla y fue a dar de cabeza contra el ángulo de la chimenea. Se creyó muerta. La pobre mujer no dijo más que una frase cuando, puesta en la cama, pudo hablar: «¡Lo tengo merecido, Charles!». La Palférine tuvo un momento de desesperación. Esa desesperación devolvió la vida a Claudine; se sintió feliz con aquella desgracia, la aprovechó para hacer que La Palférine aceptara la suma y saliera del apuro. Después se produjo lo contrario de la fábula de La Fontaine en la que un marido agradece a los ladrones que le hayan hecho conocer un acto de ternura de su mujer[51]. A propósito de esto, una frase os hará conocer a La Palférine de cuerpo entero. Claudine volvió a su casa, inventó como pudo una novela para justificar su herida, y estuvo peligrosamente enferma. Se hizo un absceso en la cabeza. El médico Bianchon[52], creo, sí, fue él, quiso un día cortar los cabellos de

Claudine, que tiene un pelo tan bello como el de la duquesa de Berry; pero ella se negó, y confidencialmente le dijo a Bianchon que no podía dejárselos cortar sin permiso del conde de La Palférine. Bianchon fue a casa de Charles-Édouard, Charles-Édouard le escucha muy serio y, cuando Bianchon le ha explicado largo y tendido el caso y demostrado que es absolutamente necesario cortarle el pelo para poder operarla con seguridad, exclamó con voz perentoria: «¡Cortar los cabellos de Claudine! ¡No, antes prefiero perderla!». Cuatro años después, Bianchon sigue hablando de la frase de La Palférine, y nosotros estuvimos riéndonos durante media hora con ella. Al enterarse de la sentencia, Claudine vio en ella una prueba de cariño, se creyó amada. Frente a su familia que lloraba y a su marido arrodillado, fue inconmovible, conservó su pelo. La operación, secundada por esa fuerza interior que le daba la creencia de ser amada, fue un éxito. Hay movimientos de alma que trastocan toda la habilidad de la cirugía y las leyes de la ciencia médica. Claudine escribió, con faltas de ortografía, sin puntuación, una deliciosa carta a La Palférine para comunicarle el feliz resultado de la operación, diciéndole que el amor sabía más que todas las ciencias. «Ahora –nos decía un día La Palférine–, ¿cómo hacer para librarme de Claudine? Pero si no te molesta nada, te deja dueño de tus acciones. —Cierto –dijo La Palférine–, pero no quiero que en mi vida haya nada que se deslice en ella sin mi consentimiento». Desde ese día se puso a atormentar a Claudine, sentía el horror más profundo hacia una burguesa, hacia una mujer sin apellido; necesitaba por encima de todo una mujer con título; cierto que ella había hecho progresos, Claudine se vestía como las mujeres más elegantes del *faubourg* Saint-Germain, había sabido santificar su forma de andar, caminaba con una gracia casta, inimitable; pero no era suficiente. Aquellos elogios hacían que Claudine tragase todo. «Bien –le dijo un día La Palférine–, si quieres seguir siendo la querida de un La Palférine pobre, sin un céntimo, sin futuro, por lo menos debes representarlo con dignidad. Debes tener carruaje, lacayos, una librea, un título. Dame todos los goces de vanidad que yo no puedo tener por mí mismo. La mujer a la que honro con mis bondades no debe ir nunca a pie, si va salpicada de barro, sufro. ¡Yo estoy hecho así! Mi mujer debe ser admirada por todo París. ¡Quiero que todo París envidie mi felicidad! Que un hombrecillo, al ver pasar en un brillante carruaje a una brillante condesa, se diga: ¿De quién son semejantes divinidades?, y se quede pensativo. Eso aumentará mis placeres». La Palférine nos confesó que, después de haber lanzado ese programa a la cabeza de Claudine para librarse de ella, quedó aturdido por primera y sin duda única vez en su vida. «Amigo mío –le dijo ella con una voz que revelaba un temblor interior y universal–, ¡está bien! Todo eso se hará, o moriré…». Le besó la mano y dejó en ella algunas lágrimas de felicidad. «Me hace feliz –añadió– que me hayas explicado lo que debo ser para seguir siendo tu querida. —Y –nos decía La Palférine–, salió haciéndome un pequeño gesto coqueto de mujer contenta. Estaba en el umbral de mi buhardilla, enorme, orgullosa, a la altura de una sibila antigua».

«Todo esto debe explicarle a usted sobradamente las costumbres de la bohemia,

una de cuyas figuras más brillantes es este joven *condottiero*[53] –continuó Nathan después de una pausa–. Ahora le contaré como descubrí quién era Claudine, y cómo pude comprender todo lo que había de espantoso y verdadero en una frase de la carta de Claudine en la que quizá usted no se ha fijado».

La marquesa, demasiado pensativa para reírse, le soltó a Nathan un: «¡Continúe!» que le demostró lo impresionada que estaba ante aquellas rarezas y sobre todo lo mucho que La Palférine le preocupaba.

—Entre todos los autores dramáticos de París, uno de los mejor situados, de los más ordenados, de los más entendidos, era, en 1829, du Bruel[54], cuyo nombre es desconocido del público, ya que en los carteles se llama de Cursy. Bajo la Restauración tenía un empleo de jefe de negociado en un ministerio. Sinceramente unido a la rama primogénita, presentó valientemente su dimisión, y desde ese momento escribió dos veces más obras de teatro para compensar el déficit que su noble conducta había causado en sus ingresos. Du Bruel tenía entonces cuarenta años, usted conoce su vida. A ejemplo de algunos autores más, sentía por cierta mujer de teatro una de esas pasiones que no tienen explicación y que, sin embargo, existen a la vista y con conocimiento del mundo literario. Esta mujer, como sabe, es Tullia, una de las antiguas primeras figuras de la Academia Real de Música. Tullia no es para ella más que un pseudónimo, como de Cursy para du Bruel. Durante diez años, de 1817 a 1827, esta joven brilló en las ilustres tablas de la Ópera. Más hermosa que inteligente, de talento mediocre, pero algo más espiritual de lo que suelen serlo las bailarinas, no participó en la virtuosa reforma que perdió al cuerpo de baile, y continuó la dinastía de las Guimard[55]. Así pues, debió su ascendiente a varios protectores conocidos, al duque de Réthoré[56], hijo del duque de Chaulieu, a la influencia de un célebre director de Bellas Artes[57], a diplomáticos, a ricos extranjeros. Durante su apogeo, tuvo un pequeño palacete en la calle Chauchat, y vivió como vivían las antiguas ninfas de la Ópera. Du Bruel se enamoriscó de ella cuando declinó la pasión del duque de Réthoré, hacia 1823. Simple subjefe, du Bruel soportó al director de Bellas Artes, ¡creía ser el preferido! Al cabo de seis años, esa relación se convirtió en un cuasi matrimonio. Tullia oculta cuidadosamente su familia, se sabe vagamente que es de Nanterre. Uno de sus tíos, en el pasado simple carpintero o albañil, gracias a sus recomendaciones y a generosos préstamos, se hizo, según dicen, rico contratista de obras. Esa indiscreción la cometió Du Bruel cierto día al decir que Tullia recogería tarde o temprano una sustanciosa herencia. El contratista, que no está casado, siente debilidad por su sobrina, a la que debe favores. «Es un hombre que no tiene suficiente inteligencia para ser ingrato», decía ella. En 1829, Tullia se retiró de las tablas voluntariamente. Con treinta años, se veía un poco gorda, había probado inútilmente la pantomima, solo sabía darse bastante *aire* para que se le levantase la falda al hacer las piruetas, a la manera de las Noblet[58], y mostrarse casi desnuda al patio. El viejo Vestris[59] le dijo, desde el principio, que ese

tiempo bien ejecutado, cuando una bailarina tenía un hermoso desnudo, valía por todos los talentos imaginables. Es el *do* de pecho de la Danza. Por eso, decía él, las ilustres bailarinas, Camargo[60], Guimard, Taglioni[61], todas delgadas, morenas y feas, solo pueden triunfar con su talento. Ante figuras jóvenes más hábiles que ella, Tullia se retiró en toda su gloria, e hizo bien. Bailarina aristocrática, que se había rebajado poco en sus relaciones, no quiso mojar sus tobillos en el lodazal de Julio[62]. Insolente y hermosa, Claudine tenía bellos recuerdos y poco dinero, pero también las joyas más magníficas y uno de los mobiliarios más espléndidos de París. Al dejar la Ópera, la célebre bailarina, hoy casi olvidada, no tuvo más que una idea, quiso que du Bruel se casase con ella, y, como puede comprender, hoy es la señora du Bruel, pero sin que tal matrimonio se haya hecho público. ¿Cómo consiguen casarse esta clase de mujeres tras seis o siete años de intimidad? ¿Qué resortes manejan? ¿Qué máquinas ponen en movimiento? Por teatral que pueda ser ese drama interior, no es el asunto que hoy nos interesa. Du Bruel se casó en secreto, es un hecho consumado. Antes de su matrimonio, Cursy pasaba por ser un compañero divertido; no siempre volvía a casa, su vida era un tanto bohemia, se dejaba llevar a una excursión, a una cena: salía sin problemas para ir a un ensayo de la Ópera Cómica y, sin saber cómo, se encontraba en Dieppe, en Baden, en Saint-Germain; invitaba a cenar, llevaba la vida intensa y derrochadora de los autores, de los periodistas y de los artistas; sacaba sus buenos derechos de autor en todos los teatros de París, formaba parte de nuestra sociedad, Finot, Lousteau, du Tillet, Desroches, Bixiou, Blondet, Couture, des Lupeaulx le soportaban a pesar de su aire pedante y su espesa actitud de burócrata. Pero una vez casado, Tullia esclavizó a du Bruel. Qué quiere, el pobre diablo amaba a Tullia. Tullia, decía ella, acababa de dejar el teatro para ser toda suya, para convertirse en una buena y encantadora esposa. Tullia supo hacerse aceptar por las mujeres más jansenistas de la familia du Bruel. Sin que jamás se hubieran comprendido al principio sus intenciones, iba a aburrirse a casa de la señora de Bonfalot; hacía caros regalos a la vieja y avara señora de Chissé, su tía abuela; pasó en casa de esta dama todo un verano, sin faltar a una sola misa. La bailarina se confesó, recibió la absolución, pero en el campo, ante los ojos de la tía. Al invierno siguiente nos decía: «¿No lo comprenden? ¡Así tendré tías de verdad!». Estaba tan feliz de convertirse en una burguesa, tan feliz de abdicar su independencia, que encontró los medios que podían llevarla a su objetivo. Adulaba a aquellas viejas. Todos los días iba, a pie, a hacer compañía durante dos horas a la madre de du Bruel durante una enfermedad. Du Bruel estaba aturdido ante el despliegue de aquella astucia a lo Maintenon[63], y admiraba a aquella mujer sin echar la vista atrás, estaba tan bien atado que ya no sentía las ataduras. Claudine hizo comprender a du Bruel que el sistema elástico del gobierno burgués, de la realeza burguesa, de la corte burguesa, era lo único que podía permitir a una Tullia, convertida en señora du Bruel, formar parte de la buena sociedad, en la que sensatamente no pretendió entrar. Se contentó con ser recibida en casa de las señoras de Bonfalot, de Chissé, en casa de la

señora du Bruel, donde se las daba, sin desdecirse nunca, de mujer prudente, sencilla virtuosa. Tres años[64] más tarde fue recibida en casa de las amigas de estas. «A pesar de todo, no puedo hacerme a la idea de que la señora du Bruel, la joven, haya enseñado las piernas y lo demás a todo París a la luz de cien mecheros de gas» –decía ingenuamente la señora de Anselme Popinot. En este aspecto, Julio de 1830 se parece al Imperio de Napoleón, que recibió en su corte a una antigua criada en la persona de la señora Garat, *esposa* del Gran Juez[65]. Como podéis suponer, la antigua bailarina había cortado en seco con todas sus compañeras: no reconocía entre sus antiguas amistades a nadie que pudiera comprometerla. Al casarse, había alquilado, en la calle de la Victoire, un pequeño y delicioso palacete con patio y jardín en el que hizo enormes gastos y en el que se metieron precipitadamente las piezas más bellas de su mobiliario y del de du Bruel. Todo lo que pareció ordinario o vulgar fue vendido. Para encontrar analogías con el lujo que brillaba en su casa hay que remontarse hasta los buenos tiempos de las Guimard, de Sophie Arnould, de las Duthé[66] que devoraron fortunas principescas. ¿Hasta qué punto aquella fastuosa vida doméstica influía sobre du Bruel? La cuestión, delicada de plantear, es más delicada de resolver. Para dar una idea de las fantasías de Tullia ha de bastarme hablarle de un detalle. El cubrepiés de su cama es de encaje de punto de Inglaterra, vale diez mil francos. Una actriz célebre tuvo uno parecido, Claudine se enteró; desde entonces hizo poner sobre su cama un magnífico cobertor de angora. Esta anécdota describe a la mujer. Du Bruel no se atrevió a decir nada, recibió la orden de difundir aquel desafío del lujo lanzado a *la otra*. En ese momento, Tullia seguía teniendo relaciones con el duque de Réthoré; pero un día, cinco años después de su matrimonio, jugó tanto con su gato que desgarró el cubrepiés; hizo con él velos, volantes, adornos, y lo sustituyó por un cubrepiés normal, por un cubrepiés que era un cubrepiés y no una prueba de la singular demencia de esas mujeres que, como ha dicho un periodista[67], se vengan mediante un lujo insensato de haber vivido de patatas crudas en su infancia. El día en que el cubrepiés fue hecho jirones marcó una era nueva en el hogar. Cursy se distinguió por una actividad feroz. Nadie sospecha a qué debió París el vodevil dieciochesco, con polvos y lunares postizos, que invadió los teatros. El autor de esos mil y un vodeviles de los que tanto se han quejado los gacetilleros, es una voluntad expresa de la señora du Bruel; exigió de su marido la adquisición del palacete en que había hecho tantos gastos, en el que había metido un mobiliario de quinientos mil francos. ¿Por qué? Tullia nunca habla de eso, entiende admirablemente el soberano *porque sí* de las mujeres. «Se han burlado mucho de Cursy –dice–, pero en última instancia ha encontrado esta casa en el bote de colorete, en la borla de polvos y en los vestidos de lentejuelas del siglo dieciocho. De no ser por mí, nunca habría pensado en ello» –añade hundiéndose en sus cojines junto a su chimenea. Nos decía esta frase al volver de un estreno de una pieza de du Bruel que había tenido éxito y contra la que ella preveía una avalancha de críticas. Tullia recibía. Todos los lunes daba un té; había escogido lo mejor que pudo a sus invitados, no ahorraba nada para hacer su

casa agradable. Se jugaba al cacho[68] en un salón, en otro se hablaba; a veces, en el mayor, un tercer salón, daba conciertos, siempre breves, y en los que solo admitía a los artistas más eminentes. Tenía tan buen sentido que llegaba al tacto más exquisito, cualidad que le dio sin duda un gran ascendiente sobre du Bruel; por otra parte, el vodevilista la amaba con ese amor que la costumbre termina por volver indispensable para la existencia. Cada día pone un hilo más en esa trama fuerte, irresistible, fina, cuya urdimbre aguanta las veleidades más delicadas, encierra las pasiones más fugaces, las reúne y mantiene a un hombre atado de pies y manos, de corazón y cabeza. Tullia conocía bien a Cursy, sabía dónde herirlo, sabía cómo curarlo. Para cualquier observador, incluso para un hombre que se precia, tanto como yo, de cierta experiencia, todo es abismo en ese tipo de pasiones, en ellas las profundidades son más tenebrosas que en ninguna otra parte; en suma, los lugares más iluminados también tienen tintes borrosos. A Cursy, viejo autor gastado por la vida entre bastidores, le gustaba su comodidad, amaba la vida lujosa, abundante, fácil; era feliz con ser rey en su casa, con recibir a una parte de los hombres de letras en un palacete donde resplandecía un lujo regio, donde brillaban las obras selectas del Arte moderno. Tullia dejaba reinar a du Bruel entre aquella gente en la que había periodistas bastante fáciles de captar y de embaucar. Gracias a sus veladas, a préstamos bien colocados, Cursy no era demasiado atacado, sus obras tenían éxito. De ahí que no se hubiera separado de Tullia ni por un imperio. Tal vez hubiese cerrado los ojos a una infidelidad, a condición de no experimentar merma alguna en sus placeres habituales; pero, ¡cosa extraña!, en ese aspecto Tullia no le causaba ningún temor. No se conocía ningún capricho de la antigua primera figura; y si los había tenido, desde luego había sabido guardar las apariencias. «Querido –nos decía doctoralmente du Bruel en el bulevar–, no hay nada como vivir con una de esas mujeres que, por haber abusado de ellas, están de vuelta de las pasiones. Las mujeres como Claudine han llevado su vida de soltero, están hasta la coronilla de los placeres, y terminan siendo las esposas más adorables que se pueda desear; lo saben todo, formadas y nada gazmoñas, acostumbradas a todo, indulgentes. Por eso yo predico a todo el mundo que se case con *un desecho de caballo inglés*[69]. ¡Soy el hombre más feliz de la tierra!». Esto es lo que me decía el propio du Bruel en presencia de Bixiou. «Querido –me respondía el dibujante–, ¡quizá haga bien en haberse equivocado!». Ocho días después, du Bruel nos había rogado que fuéramos a comer con él, un martes; por la mañana fui a verle por un asunto de teatro, un arbitraje que nos había confiado la Comisión de autores dramáticos[70], estábamos obligados a salir; pero antes entró en el cuarto de Claudine, donde no entra sin llamar, pidió permiso. «Vivimos como grandes señores –dice sonriendo–, somos libres. ¡Cada uno en su cuarto!». Fuimos admitidos. Du Bruel le dijo a Claudine: «He invitado hoy a varias personas. —¡Ya estamos! –exclamó ella–, invita usted a la gente sin consultarme, aquí no pinto nada. Mire –me dijo ella tomándome por juez con una mirada–, se lo pregunto a usted, cuando se ha cometido la locura de vivir con una mujer de mi clase,

porque, en fin, yo era una bailarina de la Ópera… Sí, para que se olvide, yo no debo olvidarlo nunca. Pues bien, un hombre inteligente, para elevar a su mujer en la opinión pública, se esforzaría por suponerle una superioridad, justificar su determinación con el reconocimiento de cualidades eminentes en esa mujer. El mejor modo de hacer que los demás la respeten es respetarla en su casa, dejarle que ahí sea dueña absoluta. Pues bien, adularía mi amor propio ver su temor a que parezca que me hace caso. He de tener razón diez veces para que me haga una concesión». Cada una de sus frases iba acompañada por una negación hecha mediante gestos de parte de du Bruel. «¡Oh!, no, no –continuó ella con viveza al ver los gestos de su marido–, du Bruel, querido, yo, que toda mi vida, antes de casarme, he hecho en mi casa el papel de reina, ¡sé lo que es eso! Mis deseos eran espiados, satisfechos, colmados. Después de todo, tengo treinta y cinco años, y las mujeres de treinta y cinco años no pueden ser amadas. ¡Oh!, si tuviese dieciséis y eso que se vende tan caro en la época, ¡qué atenciones tendría usted conmigo, señor du Bruel! Desprecio soberanamente a los hombres que se precian de amar a una mujer y que no están siempre a su lado para los detalles. Mire, du Bruel, es usted pequeño y miserable, le gusta atormentar a una mujer, solo la tiene a ella para desplegar su fuerza. Un Napoleón se humilla ante su querida, no pierde nada al hacerlo; pero, ¡ustedes!, ustedes entonces se creen que no son nada, no quieren ser dominados. Treinta y cinco años, querido –me dijo–, el enigma esta ahí… Vamos, sigue diciendo que no. Sabe de sobra que tengo treinta y siete. Lo siento, pero vaya a decirle a todos sus amigos que los llevará al *Rochen de Cancale*[71]. Podría darles de comer, pero no quiero, ¡y no vendrán! Mi pobre monólogo gravará en su memoria el saludable precepto del *Cada uno en su casa*, que es nuestra carta –añadió riendo y volviendo a la manera de ser alocada y caprichosa de la chica de la Ópera. —Bueno, sí, queridita, –dijo du Bruel–, vamos, vamos, no se enfade. Nosotros sabemos vivir». Le besó las manos y salió conmigo; pero furioso. Desde la calle de la Victoire al bulevar, me dijo lo siguiente, siempre que las frases que soporta la tipografía entre los más violentos insultos pueden representar las atroces palabras, los venenosos pensamientos que brotaron de su boca como una cascada que escapa por un lado en un gran torrente. «Querido, dejaré a esta infame bailarina innoble, ¡a esa vieja que ha dado vueltas bajo el látigo de todos los aires de ópera, a esa pelandusca, a esa mona de saboyano! ¡Oh!, tú que también te has unido a una actriz, querido, ¡que no se te ocurra nunca casarte con tu querida! Mira, ¡es un suplicio olvidado en el infierno de Dante! Ahora mismo le pegaría, le daría una paliza. ¡Veneno de mi vida, me hace ir como un contrapeso de ventana!». Estaba en el bulevar y en un estado tal de furia que las palabras no salían de su garganta. «¡Le patearía la tripa! —Pero ¿por qué? –le dije. —Querido, nunca podrías imaginar las mil miríadas de caprichos de esa buscona. Cuando yo quiero quedarme en casa, ella quiere salir; cuando quiero salir, quiere que me quede. Y vomita razones, acusaciones, silogismos, calumnias, ¡palabras como para volverte loco! El Bien es su fantasía; ¡el Mal, la nuestra! Fulmínalas con una palabra que corte sus razonamientos;

se callan y te miran como si fueras un perro muerto. ¿Mi felicidad?… Tiene su explicación: un servilismo absoluto, un vasallaje de perro de corral. Me vende demasiado caro lo poco que me da. ¡Al diablo! Le dejo todo y me voy a una buhardilla. ¡Oh, la buhardilla y la libertad! Hace cinco años que no me atrevo a hacer lo que me da la gana». En vez de ir a avisar a sus amigos, Cursy se quedó en el bulevar, recorriendo a zancadas el asfalto desde la calle de Richelieu hasta la calle del Mont-Blanc, entregándose a las imprecaciones más furiosas y a las exageraciones más cómicas. Estaba en la calle presa de un paroxismo de cólera que contrastaba con su calma en la casa. El paseo sirvió para aplacar la trepidación de sus nervios y la tempestad de su alma. Hacia las dos, en uno de sus desordenados impulsos, exclamó: «Estas malditas hembras no saben lo que quieren. Apuesto la cabeza a que, si vuelvo a casa a decirle que he avisado a mis amigos y que comemos en el *Rocher de Cancale,* ese acuerdo exigido por ella no la satisface. Pero –me dijo–, se habrá largado. ¡Quizá debajo de eso hay una cita con algún barba de chivo! ¡No, porque en el fondo me ama!».

—Ah, señora –dijo Nathan mirando con aire sutil a la marquesa, que no pudo dejar de sonreír–, solo las mujeres y los profetas saben sacar partido de la Fe.

—Du Bruel –continuó– me llevó de nuevo a su casa, fuimos despacio. Eran las tres. Antes de subir, percibe movimiento en la cocina, entra, ve preparativos y me mira mientras interroga a su cocinera. «La señora ha encargado una comida –respondió ella–, la señora se vistió, hizo llamar un coche, luego ha cambiado de opinión, ha despedido el coche y ha vuelto a pedirlo para la hora del teatro.

—Bien –exclamó du Bruel–, ¡qué te decía yo!». Entramos a paso de lobo en el piso. Nadie. De salón en salón llegamos hasta un tocador donde sorprendimos a Tullia llorando. Se enjugó las lágrimas sin afectación y le dijo a du Bruel: «Envíe una nota al *Rocher de Cancale* para avisar a nuestros invitados que la comida es aquí». Se había hecho una de esas *toilettes* que solo las mujeres de teatro saben componer: elegante, armoniosa de tono y formas, corte sencillo, tela de buen gusto, ni demasiado cara ni demasiado corriente, nada de chillón, nada de exagerado, palabra que suele encubrir la palabra *artista* con que se contentan los tontos. En resumen, tenía aire distinguido. Con treinta y siete años, Tullia se encuentra en la fase más bella de la belleza en las francesas. El célebre óvalo de su cara era, en ese momento, de una palidez divina, se había quitado el sombrero; yo veía el ligero vello, esa flor de las frutas, dulcificando los suaves contornos, ya tan finos, de su mejilla. Su semblante, acompañado por dos racimos de cabellos rubios, tenía una gracia triste. Sus ojos grises y resplandecientes estaban anegados en el vapor de las lágrimas. Su nariz delgada, digna del más bello camafeo romano, y cuyas aletas palpitaban, su pequeña boca todavía infantil, su largo cuello de reina y de venas algo hinchadas, su mentón enrojecido momentáneamente por alguna desesperación secreta, sus orejas bordeadas de rojo, sus manos trémulas bajo el guante, todo revelaba unas emociones violentas. Sus cejas, agitadas por unos movimientos febriles, dejaban traslucir un dolor. Estaba

sublime. Su frase aplastó a du Bruel. Nos lanzó esa mirada de gata, penetrante e impenetrable, que solo pertenece a las mujeres del gran mundo y a las mujeres del teatro; luego tendió la mano a du Bruel. «Mi pobre amigo, desde que te has ido me he hecho mil reproches. Me he acusado de una ingratitud espantosa y me he dicho que había sido mala. ¿He sido muy mala? –me preguntó–. ¿Por qué no recibir a tus amigos? ¿No estás en tu casa? ¿Quieres saber la razón de todo esto? Pues bien, tengo miedo a no ser amada. En fin, dudaba entre el arrepentimiento y la vergüenza de echarme atrás cuando he leído los periódicos, he visto un estreno en los Variétés[72], he pensado que querías obsequiar a un colaborador. Como estaba sola, me he sentido débil, me he vestido para correr detrás de ti… ¡pobre gatito!». Du Bruel me miró con aire victorioso, no recordaba el menor de sus discursos *contra Tullia*[73]. «Bueno querido ángel, no he ido a casa de nadie –le dijo. —¡Cómo nos entendemos!» –exclamó ella. En el momento en que decía estas encantadoras palabras, vi prendido en su cinturón un pequeño billete, pero no necesitaba ese indicio para adivinar que las veleidades de Tullia tenían su origen en causas ocultas. La mujer es, en mi opinión, el ser más lógico después del niño. Los dos ofrecen el sublime fenómeno del triunfo constante del pensamiento único. En el niño, el pensamiento cambia a cada instante, pero solo se agita por ese pensamiento y, con tal ardor, que todo el mundo cede ante él, fascinado por la ingenuidad, por la persistencia del deseo. La mujer cambia con menos frecuencia; pero calificarla de caprichosa es una injuria de ignorante. Cuando se agita, siempre está bajo el imperio de una pasión, y es maravilloso ver cómo hace de esa pasión el centro de la naturaleza y de la sociedad. Tullia fue gata, enredó a du Bruel, la jornada fue azul y la noche magnífica. Aquel inteligente vodevilista no se daba cuenta del dolor enterrado en el corazón de su mujer. «Querido –me dijo–, así es la vida: ¡oposiciones, contrastes! —Sobre todo cuando no es fingido –respondí. —Así lo entiendo yo –me replicó–. Pero sin esas violentas emociones nos moriríamos de aburrimiento. ¡Ah!, esa mujer tiene el don de conmoverme». Después de comer fuimos a los Variétés; pero antes de salir, me colé en la habitación de du Bruel, y sobre una mesa, entre los periódicos desechados, cogí el número de los *Petites Affiches*[74] donde se hallaba la notificación del contrato del palacete comprado por du Bruel, exigido por la ley hipotecaria. Al leer estas palabras que me saltaron a la vista como un destello: *A instancia de Jean-François du Bruel y de Claudine Chaffaroux, su esposa*, todo me quedó claro. Cogí el brazo de Claudine y dejé que los demás bajaran delante de nosotros. Cuando estuvimos solos: «Si yo fuera La Palférine le dije–, ¡nunca dejaría de acudir a una cita!». Se llevó con gravedad un dedo a los labios y bajó apretándome el brazo, me miraba con una especie de placer pensando que yo conocía a La Palférine. ¿Sabe cuál fue su primera idea? Quiso hacer de mí su espía; pero topó con el espíritu juguetón de la bohemia. Un mes más tarde, al salir del estreno de una obra de du Bruel, llovía, estábamos juntos, fui a buscar un coche de alquiler. Durante unos instantes nos habíamos quedado en el teatro y ya no había coches en la entrada. Claudine riñó mucho a du Bruel; y cuando íbamos ya en

el coche, pues ella me acompañó a casa de Florine[75], continuó la pelea diciéndole las cosas más humillantes. «Bueno, ¿qué pasa? –pregunté. —Querido, me reprocha que le haya dejado a usted ir en busca del coche, y de ahí ha sacado la conclusión de que quiere un carruaje. —Cuando era Primera Figura, nunca utilicé mis pies más que sobre las tablas –dijo–. Si tuviera usted corazón, inventaría cuatro obras más al año, pensaría en que deberían tener éxito dado el destino de su producto, y su mujer no tendría que andar por el barro. Es una vergüenza que tenga que pedirlo. Habría debido adivinar usted mis perpetuos sufrimientos en los cinco años que llevo de casada. —De acuerdo –respondió du Bruel–, pero nos arruinaremos. —Si contrae deudas –replicó ella–, la herencia de mi tío las pagará. —Es usted muy capaz de dejarme las deudas y quedarse con la herencia. —¡Ah, ¿eso es lo que cree? No vuelvo a decirle nada. Una frase como esa me tapa la boca». Du Bruel se deshizo inmediatamente en excusas y en protestas de amor, ella no contestó; él le cogió las manos, ella se las dejó coger, estaban como heladas, como manos de muerta. Tullia, como puede adivinar, hacía admirablemente ese papel de cadáver que las mujeres interpretan para demostrar que os niegan su consentimiento a todo, que os privan de su alma, de su espíritu, de su vida, y se consideran a sí mismas como una bestia de carga. No hay nada que excite más a la gente sensible como esa artimaña. Sin embargo, solo pueden emplear ese medio con aquellos que las adoran. «¿Cree usted –me preguntó ella en el tono más despreciativo– que un conde habría proferido semejante injuria, aunque la hubiera pensado? Para mi desgracia, he vivido con duques, con embajadores, con grandes señores, y conozco sus formas de comportarse. ¡Qué insoportable vuelve todo esto la vida burguesa! En última instancia, un vodevilista no es ni un Rastignac, ni un Réthoré…». Du Bruel estaba lívido. Dos días después, du Bruel y yo nos encontramos en el *foyer* de la Ópera; dimos algunas vueltas juntos y la conversación recayó sobre Tullia. «No tome en serio las locuras que dije en el bulevar, soy un exagerado». Durante dos inviernos fui bastante asiduo a casa de du Bruel y seguí atentamente los manejos de Claudine. Tuvo un brillante carruaje y du Bruel se lanzó a la política, ella le hizo abjurar sus opiniones realistas. Se adhirió públicamente, fue colocado de nuevo en la administración de la que en el pasado formaba parte; ella le hizo solicitar los sufragios de la Guardia Nacional, fue elegido jefe de batallón; demostró tanto valor en un motín que obtuvo la roseta de oficial de la Legión de Honor, fue nombrado relator y jefe de división. El tío Chaffaroux murió dejando cuarenta mil libras de renta a su sobrina, las tres cuartas partes de su fortuna aproximadamente. Du Bruel fue nombrado diputado, pero antes, para no verse obligado a la reelección, se hizo nombrar consejero de Estado y director. Reimprimió tratados de arqueología, obras de estadística y dos folletos políticos que fueron pretexto para su nombramiento en una de las complacientes Academias del Institut[76]. En la actualidad es comendador de la Legión, y se ha movido tanto en las intrigas de la Cámara que acaba de ser nombrado par de Francia y conde. Nuestro amigo aún no se atreve a llevar ese título, solo su mujer pone en sus

tarjetas: *la condesa du Bruel.* El antiguo vodevilista tiene la orden de Leopoldo, la orden de Isabel, la cruz de San Vladimir de segunda clase, la orden del Mérito civil de Baviera, la orden papal de la Espuela de Oro; en fin, lleva todas las pequeñas cruces, además de la suya grande. Hace tres meses, Claudine se presentó ante la puerta de La Palférine en su brillante carruaje blasonado. Du Bruel es nieto de un recaudador de impuestos ennoblecido a finales del reinado de Luis XIV, sus anuas han sido establecidas por Chérin[77] y la corona condal no desmerece de ese blasón, que no ofrece ninguna de las ridiculeces imperiales. Así había llevado a cabo Claudine las condiciones del programa que le había impuesto el encantador, el jovial La Palférine. Un día, hará de esto un mes, sube la escalera del miserable palacete donde se aloja su amante y trepa en toda su gloria, vestida como una verdadera condesa del *faubourg* Saint-Germain, a la buhardilla de nuestro amigo. La Palférine ve a Claudine y le dice: «Ya sé que te has hecho nombrar par. Pero es demasiado tarde, Claudine, todo el mundo me habla de la Cruz del Sur, quiero verla. —Yo te la conseguiré» –dijo ella. Ante su respuesta. La Palférine soltó una risa homérica. «Decididamente –continuó–, no quiero por querida a una mujer más ignorante que un lucio, y que da tales saltos de carpa que va de los bastidores de la Ópera a la corte, porque quiero verte en la corte ciudadana[78]. —¿Qué es la Cruz del Sur? –me preguntó ella con voz triste y humillada». Lleno de admiración por aquella intrepidez del amor verdadero que, en la vida real como en las fábulas más ingeniosas del mundo de las hadas, se lanza a los precipicios para conquistar la flor que canta o el huevo de Roc[79], le expliqué que la Cruz del Sur era un conjunto de nebulosas dispuesto en forma de cruz, más brillante que la Via Láctea y que solo se veía en los mares del Sur. «Pues bien, Charles, –le dijo–, ¿vamos allá?». Pese a la ferocidad de su ingenio, La Palférine no pudo evitar una lágrima en los ojos; ¡pero qué mirada y qué acento en Claudine! En los esfuerzos más extraordinarios que hayan podido hacer los grandes actores no he visto nada comparable al movimiento con que, al ver aquellos ojos, tan duros con ella, mojados de lágrimas, Claudine cayó de rodillas y besó la mano de aquel implacable La Palférine; él la levantó, adoptó sus aires de grandeza, lo que él llama el aire *Rusticoli,* y le dijo: «Vamos, niña mía, haré algo por ti. Te pondré en… ¡mi testamento!».

—Pues bien –dijo para terminar Nathan a la señora de Rochefide–, me pregunto si du Bruel es engañado. Desde luego, no hay nada más cómico ni más extraño que ver las bromas de un joven despreocupado imponiendo la ley de un hogar, de una familia, sometiéndola a sus menores caprichos, supeditando sus resoluciones más graves. El lance de la comida se ha repetido, como puede figurarse, en mil ocasiones y en un orden de cosas importantes. Pero sin los caprichos de su mujer, du Bruel seguiría siendo de Cursy, un vodevilista entre quinientos vodevilistas; mientras que ahora se sienta en la Cámara de los pares…

—Espero que cambiará usted los nombres –dijo Nathan a la señora de La

Baudraye.

—Desde luego, solo para usted he puesto los nombres a las máscaras. Mi querido Nathan –dijo al oído del poeta–, conozco otro matrimonio donde es la mujer la que hace de du Bruel[80].

—¿Y el desenlace? –preguntó Lousteau que volvió en el momento en que la señora de La Baudraye acababa la lectura de su novelita.

—No creo en los desenlaces –dijo la señora de La Baudraye–, deben hacer algunos hermosos para demostrar que el arte puede tanto como el azar; pero, querido, una obra solo se relee por sus detalles.

—¡Pero hay un desenlace! –dijo Nathan.

—¿Y cuál? –preguntó la señora de La Baudraye.

—La marquesa de Rochefide está loca por Charles-Édouard. Mi relato había picado su curiosidad.

—¡Oh, pobre! –exclamó la señora de La Baudraye.

—¡Nada de pobre! –dijo Nathan–, porque Maxime de Trailles y La Palférine han hecho que el marqués riña con la señora Schontz y van a reconciliar a Artur y a Beatriz. (Véase *Beatriz*, Escenas de la Vida privada[81]).

1839-1845.

GAUDISSART II

A la señora princesa Cristina de Belgiojoso,
de soltera Trivulzio[1].

¡Saber vender, poder vender, y vender! La gente no se da cuenta de todas las grandezas que París debe a esas tres caras del mismo problema. El brillo de almacenes tan ricos como los salones de la nobleza antes de 1789, el esplendor de los cafés que a menudo eclipsa, y muy fácilmente, el del neo-Versalles[2], el poema de los escaparates destruido todas las noches y reconstruido todas las mañanas; la elegancia y la gracia de los jóvenes en comunicación con las compradoras, las atractivas fisonomías y los trajes de las jóvenes que deben atraer a los compradores; y, por último, recientemente, las profundidades, los espacios inmensos y el lujo babilónico de las galerías donde los comerciantes monopolizan las especialidades reuniéndolas, ¡todo eso no es nada!… Solo se trata de agradar el órgano más ávido y más dañado que se haya desarrollado en el hombre desde la sociedad romana, y cuya exigencia ya no tiene límites gracias a los esfuerzos de la civilización más exquisita. Ese órgano es *¡el ojo de los parisienses!*… Ese ojo consume fuegos artificiales de cien mil francos, palacios de dos kilómetros de longitud por sesenta pies de altura en vidrios multicolores, comedias de magia en catorce teatros todas las noches, panoramas[3] renacientes, continuas exposiciones de obras maestras, mundos de colores y universos de alegría paseando por los bulevares o vagando por las calles; enciclopedias de andrajos durante el carnaval, veinte obras ilustradas al año, mil caricaturas, diez mil viñetas, litografías y grabados. Ese ojo bebe ávidamente quince mil francos de gas todas las noches; por último, para satisfacerlo, la Villa de París gasta anualmente varios millones en perspectivas y plantaciones. ¡Y eso sigue sin ser nada!… no es más que el lado material de la cuestión. Sí, a nuestro juicio es poca cosa en comparación con los esfuerzos de la inteligencia, con las astucias, dignas de Molière, empleadas por los sesenta mil dependientes y las cuarenta mil señoritas que se ensañan con la bolsa de los compradores, como los millares de brecas con los trozos de pan que flotan sobre las aguas del Sena.

El Gaudissart sobre el terreno es, por lo menos, igual en capacidades. en talento, en malicia y en filosofía al ilustre viajante de comercio considerado el modelo de esa tribu. Cuando se le saca de su almacén, de su ámbito, es como un globo sin su gas; solo debe sus facultades a su ambiente de mercancías, como el actor solo es sublime en el escenario. Aunque, en comparación con los demás dependientes de Europa, el dependiente francés tenga más instrucción que ellos, aunque pueda, llegado el caso, hablar de asfalto, del baile de Mabille[4], de la polka, de literatura, de libros ilustrados, de ferrocarriles, de la política de las Cámaras y de la revolución, es excesivamente tonto cuando deja su trampolín, su vara de medir y sus gracias de

encargo; pero ahí, en la cuerda floja del mostrador, con la palabra en los labios, la mirada en la parroquiana, el chal en la mano, eclipsa al gran Talleyrand; tiene más ingenio que Désaugiers, más astucia que Cleopatra, vale tanto como Monrose[5] y Molière juntos. En su casa, Talleyrand habría engañado a Gaudissart; pero, en su almacén, Gaudissart habría engañado a Talleyrand.

Expliquemos esta paradoja con un hecho.

Dos bonitas duquesas charlaban al lado de ese ilustre principe, querían un brazalete. Estaban esperando la llegada de un dependiente del más célebre joyero de París con unos brazaletes. Un Gaudissart llega provisto de tres brazaletes, tres maravillas, entre los que las dos mujeres dudan. ¡Elegir es el relámpago de la inteligencia! ¿Dudaríais?… todo está dicho… os equivocáis. El gusto no tiene dos inspiraciones. En fin, tras diez minutos consultan con el príncipe; ve a las dos duquesas luchando contra las mil facetas de la incertidumbre entre las dos más notables de aquellas joyas, pues desde el primer momento habían descartado una. El príncipe no deja su lectura, no mira los brazaletes, examina al dependiente. «¿Cuál escogería usted para su amiga? –le pregunta–. El joven indica una de las dos joyas. —En tal caso, elija la otra, hará la felicidad de dos mujeres –dice el más sutil de los diplomáticos modernos–, y usted, joven, haga feliz en mi nombre a su amiga[6]». Las dos bonitas mujeres sonríen, y el dependiente se retira tan halagado por el regalo que el príncipe acaba de hacerle como por la buena opinión que tiene de él.

Una mujer se apea de su resplandeciente carruaje, detenido en la calle Vivienne[7], delante de uno de esos suntuosos almacenes donde se venden chales, la acompaña otra mujer. Las mujeres suelen ir casi siempre por parejas en este tipo de expediciones. Todas, en semejante circunstancia, recorren diez almacenes antes de decidirse; y, en el intervalo de uno a otro, se burlan de la pequeña comedia que para ellas hacen los dependientes. Examinemos quién representa mejor su personaje, la compradora o el vendedor, cuál de los dos triunfa en ese pequeño vodevil.

Cuando se trata de describir el hecho más importante del comercio parisino, ¡la Venta!, hay que presentar un tipo que resuma la cuestión. Ahora bien, en esto, el echarpe en bandolera o la *châtelaine*[8] de mil escudos causarán más emociones que la pieza de batista o el vestido de trescientos francos. Pero ¡oh Extranjeros de ambos Mundos!, si aún seguís leyendo esta fisiología de la factura, debéis saber que esa escena se representa en el almacén de novedades por el barés a dos francos o por la muselina estampada a cuatro francos el metro.

¿Cómo desconfiarían ustedes, princesas o burgueses, de ese guapo joven de mejillas aterciopeladas y coloreadas como un melocotón, de ojos cándidos, vestido casi tan bien como su… su… primo, y dotado de una voz dulce como el vellón que despliega? Hay tres o cuatro así: uno de ojos negros, cara decidida, que dice: «¡Aquí tienen!» con un aire imperial. El otro de ojos azules, de modales tímidos, de frases sumisas, y del que se dice: «¡Pobre chico!, no ha nacido para el comercio». Aquel otro de pelo castaño claro, mirada juvenil y risueña, de frases agradables y dotado de

una actividad y una alegría meridionales. Aquel otro de pelo azafranado, de barba en abanico, rígido como un comunista[9], severo, imponente, de corbata fatal y conversación breve.

Estas distintas especies de dependientes, que responden a los principales caracteres de las mujeres, son los brazos de su amo, un buen hombre gordo, de cara ancha, frente medio calva, vientre de diputado ministerial, algunas veces condecorado con la Legión de Honor por haber mantenido la superioridad de la Industria francesa, que ofrece unas líneas de una rotundidad satisfactoria, que tiene mujer, hijos, casa de campo y cuenta en el Banco. Este personaje desciende a la arena a la manera del *deux ex machina* cuando la intriga demasiado embrollada exige un desenlace súbito. De este modo, las mujeres son rodeadas de bonhomía, de juventud, de agasajos, de sonrisas, de bromas, de lo más simple y decepcionante que ofrece la Humanidad civilizada, todo ello dispuesto por matices para todos los gustos.

Unas palabras sobre los efectos naturales de óptica, de arquitectura, de decoración; unas palabras breves, decisivas, terribles; unas palabras que son la historia hecha sobre el terreno. El libro en que leen ustedes esta instructiva página se vende en la calle de Richelieu, n.º 76, en una elegante tienda, blanco y oro, tapizada de terciopelo rojo, que contaba con una habitación en el entresuelo donde entra de lleno la luz de la calle de Ménars, y llega como en el estudio de un pintor, franca, pura, nítida, siempre igual a ella misma. Qué paseante no ha admirado *Le Persan*, ese rey de Asia que se alza en la esquina de la calle de la Bourse y de la calle Richelieu, encargado de decir *urbi et orbi:* «Reino aquí más tranquilamente que en Lahore». Dentro de quinientos años, esta escultura en la esquina de dos calles podría, de no ser por este inmortal análisis, preocupar a los arqueólogos, hacer escribir volúmenes in-quarto con ilustraciones, como el del señor Quatremére sobre el Júpiter Olímpico[10], y en el que se demostraría que Napoleón fue algo sophi[11] en alguna región de Oriente antes de ser emperador de los franceses. Pues bien, ese lujoso almacén puso sitio a ese pobre y pequeño entresuelo; y, a fuerza de billetes de banco, se ha apoderado de él[12]. *La Comedia humana* ha cedido su sitio a la comedia de los cachemiras. *Le Persan* ha sacrificado algunos diamantes de su corona para conseguir esa luz tan necesaria. Ese rayo de sol aumenta la venta el cien por cien, gracias a su influencia sobre el juego de los colores; pone de relieve todas las seducciones de los chales, es una luz irresistible, es un rayo de oro! Júzguese por este hecho la puesta en escena de todos los almacenes de París…

Volvamos a esos jóvenes, a ese cuadragenario condecorado, recibido por el rey de los francesas a su mesa, a ese primer dependiente de barba roja y aire autocrático. Estos Gaudissart eméritos se han adaptado a mil caprichos a la semana, conocen todas las vibraciones de la cuerda cachemira en el corazón de las mujeres. Cuando una loreta, una dama respetable, una joven madre de familia, una leona, una duquesa, una buena burguesa, una bailarina descarada, una inocente señorita, una extranjera demasiado inocente se presenta, cada una de ellas es analizada al punto por esos siete

u ocho hombres que la han estudiado desde el momento en que ha puesto la mano en el pomo de la tienda, y que están parados en las ventanas, en el mostrador, en la puerta, en un rincón, en mitad del almacén, con aire de pensar en los placeres de un domingo de desenfreno; si se los examina, uno podría preguntarse: «¿En qué pueden estar pensando?». La bolsa de una mujer, sus deseos, sus intenciones, sus caprichos son mejor escudriñados en un momento de lo que pueden escudriñar los aduaneros un coche sospechoso en la frontera en siete cuartos de hora. Estos inteligentes muchachos, serios como padres nobles, lo han visto todo: los detalles de la ropa, una invisible mancha de barro en la botina, un barboquejo anticuado, una cinta de sombrero sucia o mal elegida, el corte y la hechura del vestido, si los guantes son nuevos, si el vestido está cortado por las inteligentes tijeras de Victorinne IV, si la joya es de Froment-Meurice[13], si la baratija está de moda, en fin todo lo que puede revelar en una mujer su condición, su fortuna, su carácter. ¡Temblad! Ese sanedrín de Gaudissarts, presidido por el patrón, no se equivoca nunca. Luego, las ideas de cada uno son transmitidos de uno a otro con una rapidez telegráfica mediante miradas, tics nerviosos, sonrisas, movimientos de labios, que, al observarlos, diríais que es la iluminación repentina de la gran avenida de los Campos Elíseos, donde el gas vuela de farola en farola del mismo modo que esa idea enciende las pupilas de dependiente en dependiente.

Y si es una inglesa, el Gaudissart sombrío, misterioso y fatal avanza en el acto, como un personaje novelesco de lord Byron.

Si es una burguesa, le suelta al dependiente de más edad, que le enseña mil chales en un cuarto de hora, la emborracha de colores, de dibujos; despliega para ella tantos chales como vueltas describe el milano sobre un conejo; y, al cabo de media hora, aturdida y sin saber qué elegir, la digna burguesa, halagada en todas sus ideas, se pone en manos del dependiente que la coloca entre los dos martillos de ese dilema y la idénticas seducciones de los dos chales. «Este, señora, favorece más, es verde manzana, el color de moda; pero la moda cambia, mientras que este otro (el negro o el blanco cuya venta es urgente), sirve para toda la vida, y puede ir con cualquier ropa».

Esto es el *abc*, del oficio.

—No podríais creer cuánta elocuencia se necesita en ese maldito oficio –decía hace poco el primer Gaudissart del establecimiento hablando a dos amigos, Duronceret y Bixiou, que, fiándose de él, habían ido a comprar un chal–. Miren, ustedes son artistas discretos, se les puede hablar de las estratagemas de nuestro patrón que, desde luego, es el hombre más hábil que he visto. No hablo como fabricante, en esto el señor Fritot es el primero, pero, como vendedor, ha inventado el chal Selim, *un chal imposible de vender,* y que siempre vendemos. Guardamos en una caja de madera de cedro, muy sencilla, pero forrada de raso, un chal de quinientos o seiscientos francos, uno de los chales enviados por Selim[14] al emperador Napoleón. Ese chal es nuestra Guardia Imperial, lo sacamos a la liza cuando la situación es

desesperada: *se vende y no muere…*

En ese momento, una inglesa se apeó de su coche de alquiler y se dejó ver en la belleza ideal de esa flema particular de Inglaterra y de todos sus productos pretendidamente animados. Hubierais dicho la estatua del Comendador caminando con ciertos sobresaltos de una falta de gracia fabricada en Londres en todas las familias con un esmero nacional.

—La inglesa —le dice a Bixiou al oído— es nuestra batalla de Waterloo. Tenemos mujeres que se nos escurren de las manos como anguilas, las volvemos a coger en la escalera; loretas que *bromean* con nosotros, con las que tenemos que reírnos, y a las que sujetamos por medio del crédito; extranjeras indescifrables a cuya casa se llevan varios chales y con las que nos entendemos diciéndoles lisonjas; pero la inglesa es como atacar el bronce de la estatua de Luis XIV[15]. Esas mujeres hacen del regateo una ocupación, un placer… Nos hacen *exhibirnos.*…

El novelesco dependiente se había adelantado.

—La señora desea su chal de la India o de Francia, de precio elevado o…

—Ya veré *(vegué).*

—¿Cuánto piensa gastarse la señora?

—Ya veré *(vegué).*

Al volverse para coger los chales y desplegarlos sobre un mostrador, el dependiente lanzó a sus colegas una mirada significativa (¡Qué lata!), acompañada por un imperceptible movimiento de hombros.

—Aquí tiene las más bellas calidades en rojo de la India, en azul, en amarillo naranja; todas son de diez mil francos… Aquí tiene las de cinco mil y las de tres mil.

La inglesa, con una indiferencia taciturna, miró primero a su alrededor antes de mirar los tres artículos, sin dar la menor muestra de aprobación o de desaprobación.

—¿Tiene otros? –preguntó. *(Tene otos).*

—Sí, señora; pero quizá la señora no esté muy decidida a llevarse un chal.

—¡Oh! *(Hau),* muy decidida *(muy deisidé).*

Y el dependiente fue a buscar chales de un precio inferior; pero los desplegó con toda solemnidad, como cosas de las que, así, uno parece decir: «Atención a estas magnificencias».

—Estos son mucho más caros –dijo–, no los conoce nadie, nos los han traído unos correos y se han comprado directamente a los fabricantes de Lahore.

—¡Oh!, comprendo –dijo ella–, me interesan mucho *(mocho)* más.

El dependiente permaneció serio a pesar de su irritación interior, que iba alcanzando a Duronceret y a Bixiou. La inglesa, siempre fría como un témpano, parecía feliz con su flema.

—¿Qué precio? –preguntó señalando un chal azul celeste cubierto de pájaros anidados en pagodas.

—Siete mil francos.

Cogió el chal, se envolvió en él, se miró en el espejo y dijo devolviéndolo:

—No, no me gusta *(Non, non me gosta).*

Un largo cuarto de hora transcurrió en pruebas infructuosas.

—No tenemos nada más, señora –dijo el dependiente mirando a su patrón.

—La señora es exigente, como todas las personas de gusto –dijo el jefe del establecimiento avanzando con esas gracias de tendero en las que lo pretencioso y lo zalamero se mezclan agradablemente.

La inglesa cogió su impertinente y examinó al fabricante de la cabeza a los pies, sin querer comprender que aquel hombre era elegible y comía en las Tullerías.

—No me queda más que un solo chal, pero no lo enseño nunca –continuó–, no le ha gustado a nadie, y es muy raro; y esta mañana me proponía regalárselo a mi mujer; lo tenemos desde 1805, procede de la emperatriz Josefina.

—Veámoslo, señor.

—Vaya a buscarlo –dijo el patrón a un dependiente, está en mi despacho…

—Sería mucho *(mocho)* muy satisfecha de verlo –respondió la inglesa.

Esta respuesta fue como un triunfo, porque aquella mujer *spleénica* parecía ya a punto de marcharse. Fingía no ver más que los chales, cuando en realidad miraba hipócritamente al dependiente y a los dos compradores, ocultando sus pupilas tras la montura de sus impertinentes.

—Costó sesenta mil francos en Turquía, señora.

—¡Oh! *(Hou).*

—Es uno de los siete chales enviados por Selim, antes de su catástrofe, al emperador Napoleón. La emperatriz Josefina, una criolla, como milady sabe, muy caprichosa, lo cambió por otro de los que había traído el embajador turco y que mi antecesor había comprado; pero nunca he llegado a saber su precio, porque, en Francia, *nuestras damas* no son lo bastante ricas, no es como en Inglaterra… Ese chal vale siete mil francos que representan, desde luego, catorce o quince si tuviéramos en cuenta los intereses compuestos…

—¿Compuestos ¿de qué? –dijo la inglesa–. *(Kompostos de kee).*

—Aquí tiene, señora.

Y el patrón, adoptando precauciones que hubieran admirado a los manipuladores del Grune-gevelbe[16] de Dresde, abrió con una llave mínima una caja cuadrada de madera de cedro cuya forma y sencillez causaron profunda impresión en la inglesa. De aquella caja, forrada de raso negro, sacó un chal de unos mil quinientos francos, de un amarillo oro, con dibujos negros cuyo esplendor solo era superado por la originalidad de las invenciones indias.

—*Splendid!* –dijo la inglesa–, es realmente hermoso… Este es mi ideal *(aideal)* de chal, *it is very magnificent*[17]…

El resto se perdió en la actitud de madona que adoptó para mostrar sus ojos sin calor, que ella creía hermosos.

—Al emperador Napoleón le gustaba mucho, lo utilizó…

—*Mocho* –repitió ella.

Cogió el chal, se envolvió en él, se examinó. El patrón volvió a coger el chal, se acercó a la luz del chifonier, lo manipuló, lo hizo brillar; hizo con él lo mismo que Liszt con el piano.

—Es *very fine, heautiful, sweet*[18]*!* –dijo la inglesa con la mayor tranquilidad.

Duronceret, Bixiou y los dependientes cambiaron unas miradas de placer que significaban: «El chal está vendido».

—¿Y bien, señora? –peguntó el negociante al ver a la inglesa absorta en una especie de contemplación que se prolongaba demasiado.

—Decididamente –respondió–, prefiero un *couche.*…

Un mismo sobresalto animó a los silenciosos y atentos dependientes, como si los hubiera tocado un fluido eléctrico.

—Tengo uno muy bello, señora –respondió tranquilamente el patrón–, me viene de una princesa rusa, la princesa de Narzicoff, que me lo dejó en pago de unos suministros; si la señora quisiera verlo, le parecería una maravilla; está nuevo, solo ha rodado diez días, no hay ninguno como él en París.

La estupefacción de los dependientes quedó contenida por su profunda admiración.

—Me parece bien –respondió ella.

—Que la señora no se quite el chal –dijo el negociante–, podrá apreciar el efecto en el coche.

El negociante fue a recoger sus guantes y su sombrero.

—¿Cómo terminará esto?… –dijo el primer oficial viendo a su patrón ofrecer la mano a la inglesa y yéndose con ella en la calesa de alquiler.

Para Duronceret y Bixiou aquello adquirió el atractivo de un final de novela, además del interés concreto de todas las luchas, incluidas las mínimas, entre Inglaterra y Francia. Veinte minutos después volvió el patrón.

—Vaya al palacete Lawson, aquí está la tarjeta: Mistress Nosweel. Lleven la factura que voy a darle, hay que cobrar seis mil francos.

—¿Y cómo lo ha hecho? –dijo Duronceret saludando a este rey de la factura.

—¡Ah!, señor, he reconocido esa manera de ser de mujer excéntrica, le gusta destacar; cuando ha visto que todo el mundo miraba su chal, me ha dicho: «Decididamente guárdese su coche, señor, me llevo el chal». Mientras que el señor Bigorneau –dijo señalando al dependiente novelesco– desplegaba para ella los chales, yo examinaba a mi mujer, ella les miraba de reojo a ustedes para saber qué idea se hacían de ella, se ocupaba mucho más de ustedes que de los chales. Las inglesas tienen una falta de gusto especial (no se puede decir que sea un gusto), o saben lo que quieren, y se deciden a comprar las cosas más bien por una circunstancia fortuita que por verdadero deseo. He reconocido a una de esas mujeres aburridas de sus maridos, de sus hijos, virtuosas a pesar suyo, en busca de emociones, y siempre con una apariencia de sauce llorón…

Eso es, literalmente, lo que dijo el jefe del establecimiento.

Lo cual demuestra que, en un comerciante de cualquier otro país, solo hay un comerciante; mientras que en Francia, y sobre todo en París, hay un hombre salido de un Colegio real, instruido, que ama las artes, o la pesca, o el teatro, o está devorado por el deseo de ser el sucesor del señor Cunin-Gridaine[19], o coronel de la Guardia Nacional, o miembro del Consejo general del Sena, o juez del Tribunal de Comercio.

—Señor Adolphe –dijo la mujer del fabricante a su pequeño dependiente rubio–, vaya a encargar una caja de cedro a casa del ebanista.

—Y ahora –dijo el dependiente acompañando a la salida a Duronceret y a Bixiou, que habían escogido un chal para la señora Schontz–, vamos a ver entre nuestros viejos chales el que puede hacer el papel del chal de Selim.

París, noviembre de 1844.

UN EPISODIO BAJO EL TERROR

Al señor Guyonnet-Merville[1].

¿No convendría, querido y antiguo patrón, explicar a las personas curiosas por conocerlo todo dónde he podido aprender lo suficiente del procedimiento jurídico para llevar los asuntos de mi pequeño mundo, y consagrar aquí la memoria del hombre amable e ingenioso que le decía a Scribe, otro pasante aficionado: «Pase por el Bufete, le aseguro que hay tarea» al encontrarlo en el baile? Pero ¿necesita de este testimonio público para estar seguro del afecto del autor?

El 22 de enero de 1793[2], hacia las ocho de la noche, una anciana dama bajaba, en París, la rápida eminencia[3] que termina ante la iglesia de Saint-Laurent, en el arrabal de Saint-Martin. Había nevado tanto durante toda la jornada que los pasos apenas se oían. Las calles estaban desiertas. El temor bastante natural que inspiraba el silencio aumentaba con todo el terror que entonces hacía gemir a Francia; por eso la anciana dama aún no se había topado con nadie; además, su debilitada vista hacía mucho tiempo que no le permitía divisar a lo lejos, a la luz de las farolas, a algunos transeúntes diseminados como sombras en la inmensa vía de ese arrabal. Iba valientemente sola a través de aquella soledad, como si su edad fuese un talismán que debiera preservarla de cualquier desgracia. Cuando hubo dejado atrás la calle de los Morts[4], creyó distinguir el paso firme y pesado de un hombre que caminaba tras ella. Se figuró que no oía aquel ruido por primera vez; le asustó haber sido seguida y trató de ir más deprisa todavía a fin de llegar a una tienda bastante bien iluminada, con la esperanza de poder comprobar con la luz las sospechas que la embargaban. En cuanto se encontró dentro del radio de resplandor horizontal que salía de aquella tienda, volvió bruscamente la cabeza y vislumbró una forma humana en la bruma; aquella visión difusa le bastó; vaciló un momento bajo el peso del terror del que fue presa, porque entonces ya no dudó de que hubiera sido escoltada por el desconocido desde el primer paso dado fuera de su casa; y el deseo de escapar de un espía le prestó fuerzas. Incapaz de razonar, redobló el paso, como si pudiera sustraerse a un hombre necesariamente más ágil que ella. Tras haber corrido durante unos minutos, llegó a la tienda de un pastelero, entró y se derrumbó, más que sentarse, en una silla situada delante del mostrador. En el momento en que hizo rechinar el picaporte, una mujer joven que estaba bordando levantó los ojos, reconoció, a través de los cristales de la vidriera, el manto de forma antigua y de seda violeta en el que se envolvía la anciana dama, y se apresuró a abrir un cajón como para coger algo que debía entregarle. No solo el gesto y la fisonomía de la joven expresaron el deseo de librarse cuanto antes de la desconocida, como si esta hubiera sido una de esas personas que no se ve con agrado, sino que además dejó escapar una expresión de impaciencia al encontrar vacío el cajón; luego, sin mirar a la dama, salió de forma precipitada del mostrador, se dirigió hacia la trastienda y llamó a su marido, que apareció al punto.

—¿Dónde has puesto…? –le preguntó con aire misterioso señalándole a la

anciana dama con una mirada y sin acabar la frase.

Aunque el pastelero solo pudo ver el inmenso gorro de seda negra rodeado por nudos de cintas violetas[5] que servía de tocado a la desconocida, desapareció tras haber lanzado a su mujer una mirada que parecía decir: «¿Crees que voy a dejar eso en tu mostrador?…». Sorprendida por el silencio y la inmovilidad de la anciana dama, la tendera volvió a su lado; y, al verla, se sintió dominada por un sentimiento de compasión o quizá también de curiosidad. Aunque la tez de aquella mujer estuviese naturalmente lívida como la de una persona entregada a austeridades secretas, era fácil reconocer que una emoción reciente difundía sobre ella una palidez extraordinaria. Su tocado estaba dispuesto de forma que ocultase sus cabellos, sin duda blancos por la edad, pues la pulcritud del cuello de su vestido anunciaba que no utilizaba polvos. Esa falta de adorno hacía contraer a su figura una especie de severidad religiosa. Sus rasgos eran graves y altivos. En el pasado, los modales y los hábitos de las personas de calidad eran tan distintos de los de la gente que pertenecía al resto de clases que se adivinaba fácilmente a una persona noble. Por eso la joven estaba persuadida de que la desconocida era una *ci-devant*[6], y que había pertenecido a la corte.

—Señora… –le dijo involuntariamente y con respeto, olvidando que ese título estaba proscrito[7].

La anciana dama no respondía. Tenía fijos los ojos en la cristalera de la tienda, como si en ella se hubiera dibujado un objeto espantoso.

—¿Qué te pasa, ciudadana? –le preguntó el dueño del establecimiento, que reapareció enseguida.

El ciudadano pastelero sacó a la dama de su ensueño tendiéndole una cajita de cartón envuelta en papel azul.

—Nada, nada, amigos míos –respondió con una voz dulce.

Alzó los ojos hacia el pastelero como para lanzarle una mirada de agradecimiento; pero al verlo con un gorro rojo en la cabeza, dejó escapar un grito.

—¡Ah!… ¿me habéis traicionado?

La joven y su marido respondieron con un gesto de horror que hizo ruborizarse a la desconocida, bien por haber sospechado de ellos, bien de placer.

—Perdónenme –dijo entonces con una dulzura infantil. Luego, sacando un luis de oro del bolsillo, se lo ofreció al pastelero–. Aquí tiene el precio convenido –añadió.

Hay una indigencia que los indigentes saben adivinar. El pastelero y su esposa se miraron y se señalaron a la anciana dama comunicándose un mismo pensamiento. Aquel luis de oro debía de ser el último. Las manos de la dama temblaban al ofrecer aquella moneda, que contemplaba con dolor y sin avaricia; pero parecía conocer toda la magnitud del sacrificio. El ayuno y la miseria estaban grabados sobre aquel rostro en rasgos tan legibles como los del miedo y los de unas costumbres ascéticas. En sus ropas había vestigios de magnificencia. Era seda gastada, un manto limpio, aunque pasado, encajes cuidadosamente remendados; en una palabra, ¡los andrajos de la

opulencia! Los tenderos, divididos entre la compasión y el interés, empezaron por aliviar su conciencia con palabras.

—Pero, ciudadana, pareces muy débil.

—¿Tendría la señora necesidad de alguna cosa? –dijo la mujer cortándole la palabra a su marido.

—Tenemos un caldo muy bueno –dijo el pastelero.

—Hace tanto frío que la señora tal vez se haya quedado helada en la calle; pero puede descansar aquí y calentarse un poco.

—No somos tan negros como el diablo –exclamó el pastelero.

Conquistada por el acento de benevolencia que animaba las palabras de los caritativos tenderos, la dama confesó que la había seguido un hombre, y que tenía miedo de volver sola a su casa.

—¿No es más que eso? –dijo el hombre del gorro rojo–. Espere un momento, ciudadana.

Entregó el luis a su mujer. Luego, movido por esa especie de gratitud que se desliza en el alma de un comerciante cuando recibe un precio exorbitante por una mercancía de escaso valor, fue a ponerse su uniforme de guardia nacional, cogió el sombrero, se ciñó su sable corto y reapareció bajo las armas; pero su mujer había tenido tiempo de reflexionar. Como en muchos otros corazones, la Reflexión cerró la mano abierta por la Beneficencia. Inquieta y temerosa de ver a su marido en algún mal paso, la mujer del pastelero trató de tirarle por el faldón del uniforme para detenerle; pero, obedeciendo a un sentimiento de caridad, el buen hombre se ofreció inmediatamente a la anciana dama para escoltarla.

Parece que el hombre que atemoriza a la ciudadana está merodeando todavía delante de la tienda –dijo con vivacidad la joven.

—Eso me temo –respondió ingenuamente la dama.

—¿Y si fuera un espía? ¿Si fuera una conspiración? No vayas, y recupera la caja…

Estas palabras, sopladas al oído del pastelero por su mujer, helaron el valor improvisado que lo dominaba.

—¡Eh!, voy a decirle dos palabras y a librarla de él ahora mismo –exclamó el pastelero abriendo la puerta y saliendo precipitadamente.

La anciana dama, pasiva como un niño y casi alelada, volvió a sentarse en su silla. El honrado comerciante no tardó en reaparecer, su rostro, bastante rojo de por sí e iluminado además por el fuego del hogar, se había vuelto súbitamente pálido: lo agitaba un terror tan grande que sus piernas temblaban y sus ojos se parecían a los de un hombre borracho.

—¿Quieres que nos corten el cuello, miserable aristócrata?… –gritó furioso–. Lárgate ahora mismo, no aparezcas por aquí nunca más, y no cuentes conmigo para proporcionarte elementos de conspiración.

Al terminar de decir estas palabras, el pastelero trató de recuperar de la anciana

dama la cajita que ella había guardado en uno de sus bolsillos. Apenas las osadas manos del pastelero tocaron sus ropas, la desconocida, prefiriendo entregarse a los peligros de la ruta sin más defensor que Dios antes que perder lo que acababa de comprar, recobró la agilidad de su juventud; se lanzó hacia la puerta, la abrió bruscamente y desapareció de la vista de la mujer y del marido estupefactos y temblorosos. En cuanto la desconocida se encontró fuera, echó a andar deprisa; pero sus fuerzas la abandonaron pronto, porque oyó al espía que la seguía implacablemente haciendo crujir la nieve que pisaba con su pesado paso; ella tuvo que detenerse, él se detuvo; no se atrevía ni a hablarle ni a mirarlo, fuese por el miedo que la dominaba o fuese por falta de inteligencia. Prosiguió su camino yendo despacio, el hombre aflojó entonces su marcha para permanecer a una distancia que le permitiese vigilarla. El desconocido parecía ser la sombra misma de la anciana. Dieron las nueve cuando la silenciosa pareja volvió a pasar delante de la iglesia de Saint-Laurent. Es propio de todas las almas, incluso de las más débiles, que un sentimiento de calma suceda a una agitación violenta, pues si los sentimientos son infinitos nuestros órganos son limitados. Por eso, al ver la desconocida que su presunto perseguidor no le causaba ningún daño, quiso ver en él un amigo secreto interesado en protegerla; reunió todas las circunstancias que habían acompañado las apariciones del extraño a fin de encontrar motivos plausibles para esa consoladora opinión, y entonces le agradó reconocer en él más bien buenas que malas intenciones. Olvidando el espanto que aquel hombre acababa de inspirar al pastelero, avanzó, pues, con paso firme hacia las regiones superiores del arrabal Saint-Martin. Tras media hora de marcha, llegó a una casa situada junto al cruce formado por la calle principal del arrabal y por la que lleva a la barrera de Pantin[8]. Este lugar sigue siendo hoy uno de los más desiertos de todo París. Al pasar por las colinas de Saint-Chaumont y de Belleville, el cierzo soplaba a través de las casas, o más bien de las chozas sembradas en ese valle casi deshabitado donde los cercados son tapias hechas con tierra y huesos. Ese desolado lugar parecía ser el asilo natural de la miseria y de la desesperación. El hombre que se empeñaba en perseguir a la pobre criatura bastante atrevida para atravesar de noche aquellas silenciosas calles pareció impresionado por el espectáculo que se ofrecía a sus miradas. Se quedó pensativo, de pie y en actitud vacilante, escasamente iluminado por un reverbero cuya indecisa luz apenas rasgaba la niebla. El miedo prestó ojos a la anciana, que creyó percibir algo siniestro en los rasgos del desconocido; sintió que volvían a despertarse sus terrores, y aprovechó la especie de incertidumbre que detenía a aquel hombre para escabullirse en la sombra hacia la puerta de la solitaria casa; accionó un resorte y desapareció con una rapidez fantasmagórica. El transeúnte, inmóvil, contemplaba aquella casa que representaba en cierto modo el tipo de las miserables viviendas de aquel arrabal. Aquella vacilante chabola construida con guijarros estaba revestida de una capa de yeso amarillento, tan profundamente agrietado que se temía verla derrumbarse al menor embate del viento. La techumbre de tejas oscuras y cubierta de musgo se

hundía en varios puntos haciendo creer que iba a ceder bajo el peso de la nieve. Cada piso tenía tres ventanas cuyos marcos, podridos por la humedad y desencajados por la acción del sol, anunciaban que el frío debía penetrar en las habitaciones. Aquella casa aislada se parecía a una vieja torre que el tiempo había olvidado destruir. Una débil claridad iluminaba las ventanas, que recortaban de forma irregular la buhardilla y remataban aquel pobre edificio, mientras que el resto de la casa se encontraba en una oscuridad completa. La anciana subió trabajosamente la tosca y grosera escalera, apoyándose en una cuerda a modo de barandilla; llamó misteriosamente a la puerta del alojamiento que se hallaba en la buhardilla y se sentó precipitadamente en una silla que le presentó un anciano.

—¡Escóndase, escóndase! –le dijo ella–. Aunque rara vez salimos, nuestros movimientos son conocidos, y espían nuestros pasos.

—¿Qué hay de nuevo? –preguntó otra vieja sentada junto al fuego.

—El hombre que merodea alrededor de la casa desde ayer me ha seguido esta noche.

Ante estas palabras, los tres habitantes de aquel cuchitril se miraron dejando que las señales de un terror profundo se reflejaran en sus rostros. El viejo fue el menos agitado de los tres, quizá porque era el que estaba en mayor peligro. Bajo el peso de una gran desgracia o bajo el yugo de la persecución, un hombre valeroso empieza, por así decir, haciendo el sacrificio de sí mismo, no considera sus días sino como otras tantas victorias conseguidas sobre el Destino. Las miradas de las dos mujeres, fijas en aquel viejo, permitían adivinar fácilmente que era el único objeto de su profunda solicitud.

—¿Por qué desesperar de Dios, hermanas? –dijo con voz sorda pero llena de unción–. Cantábamos sus alabanzas en medio de los gritos que lanzaban los asesinos y los moribundos en el convento de los carmelitas[9]. Si él quiso que me salvase de aquella carnicería, fue sin duda a fin de reservarme para un destino que debo aceptar sin murmurar. Dios protege a los suyos, puede disponer de ellos a su antojo. Es de ustedes, y no de mí, de quien hay que preocuparse.

—No –dijo una de las dos viejas–, ¿qué es nuestra vida en comparación con la de un sacerdote?

—Una vez que me vi fuera de la abadía de Chelles[10], me consideré muerta –exclamó aquella de las dos religiosas que no había salido.

—Aquí tiene –continuó la que acababa de llegar tendiendo la cajita al sacerdote–, aquí tiene las hostias. Pero –exclamó–, oigo que alguien sube por la escalera.

A estas palabras, los tres se pusieron a escuchar. El ruido cesó.

—No se asusten –dijo el sacerdote– si alguien trata de llegar hasta ustedes. Una persona con cuya fidelidad podemos contar ha debido de tomar toda clase de medidas para pasar la frontera, y vendrá a buscar las cartas que he escrito al duque de Langeais y al marqués de Beauséant[11], a fin de que puedan pensar en los medios de arrancarlas de este horrible país, de la muerte o de la miseria que aquí les esperan.

—¿No nos seguirá usted? –exclamaron dulcemente las dos religiosas manifestando una especie de desesperación.

—Mi sitio está donde hay víctimas –dijo el sacerdote con naturalidad.

Ellas callaron y miraron a su huésped con santa admiración.

—Sor Marthe –dijo él dirigiéndose a la religiosa que había ido en busca de las hostias–, ese enviado deberá responder *Fiat voluntas* a la palabra *Hosanna.*

—¡Hay alguien en la escalera! –exclamó la otra religiosa abriendo un escondite practicado bajo el tejado.

Esta vez resultó fácil oír, en medio del silencio más profundo, los pasos de un hombre que hacía resonar los peldaños cubiertos de callosidades producidas por el barro endurecido. El sacerdote se deslizó penosamente en una especie de armario, y la religiosa echó encima algunos harapos.

—Puede cerrar, hermana Agathe –dijo con voz ahogada.

Apenas se había escondido el sacerdote cuando tres golpes dados en la puerta hicieron estremecerse a las dos santas mujeres, que se consultaron con los ojos sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Las dos parecían tener alrededor de sesenta años. Separadas del mundo desde hacía cuarenta, eran como plantas acostumbradas al aire de un invernadero, y que mueren si las sacan de él. Hechas a la vida del convento, no podían concebir otra. Cuando, una mañana, sus rejas fueron rotas, se estremecieron al encontrarse libres. Es fácil imaginar la especie de imbecilidad ficticia que los sucesos de la Revolución había producido en sus almas inocentes. Incapaces de conciliar sus ideas claustrales con las dificultades de la vida, y sin comprender siquiera su situación, se parecían a niños a los que se había cuidado hasta entonces y que, abandonados por su providencia maternal, rezaban en lugar de gritar. Por eso, ante el peligro que en ese momento preveían, se quedaron mudas y pasivas, por no conocer más defensa que la resignación cristiana. El hombre que pretendía entrar interpretó aquel silencio a su manera, abrió la puerta y se mostró de repente. Las dos religiosas se estremecieron al reconocer al personaje que, desde hacía algún tiempo, merodeaba alrededor de su casa y se informaba sobre ellas; permanecieron inmóviles contemplándolo con una curiosidad inquieta, a la manera de los niños salvajes, que examinan silenciosamente a los extraños. Aquel hombre era de alta estatura[12] y grueso; pero nada en su porte, en su aire ni en su fisonomía indicaba un hombre malvado. Imitó la inmovilidad de las religiosas, y paseó despacio sus miradas por la habitación en que se encontraba.

Dos esteras de paja, puestas sobre unas tablas, servían de lecho a las dos religiosas. En medio de la habitación había una sola mesa, y sobre ella un candelabro de cobre, algunos platos, tres cuchillos y una hogaza. El fuego de la chimenea era escaso. Unos cuantos leños, amontonados en un rincón, atestiguaban además la pobreza de las dos reclusas. Las paredes, cubiertas por una capa de pintura muy vieja, demostraban el mal estado del techo, donde manchas parecidas a hilillos revelaban filtraciones de las aguas pluviales. Una reliquia, salvada sin duda del saqueo de la

abadía de Chelles, adornaba la campana de la chimenea. Tres sillas, dos arcones y una mala cómoda completaban el mobiliario de aquella pieza. Una puerta practicada junto a la chimenea permitía conjeturar que existía una segunda habitación.

El inventario de aquella celda no tardó en ser hecho por el personaje que se había introducido bajo tan terribles auspicios en el seno de aquel hogar. Un sentimiento de conmiseración se pintó en su rostro, y lanzó una mirada de benevolencia a las dos mujeres, tan azorado como ellas. El extraño silencio en que los tres permanecieron duró poco, porque el desconocido terminó por adivinar la debilidad moral y la inexperiencia de las dos pobres criaturas, y les dijo entonces con una voz que trató de dulcificar:

—No vengo aquí como enemigo, ciudadana…

Se detuvo, y continuó para decir:

—Hermanas, si les ocurriese alguna desgracia, crean que yo no habré contribuido a ella. Tengo que pedirles un favor…

Ellas siguieron guardando silencio.

—Si las importuno, si… las molesto, hablen libremente… me retiraré; pero sepan que soy completamente leal con ustedes; que si puedo prestarles algún servicio, pueden disponer de mí sin temor, y que tal vez solo yo estoy por encima de la ley, puesto que ya no hay rey…

Había tal acento de verdad en aquellas palabras que la hermana Agathe, la que de las dos religiosas pertenecía a la casa de Langeais, y cuyos modales parecían anunciar que en el pasado había conocido el esplendor de las fiestas y respirado el aire de la corte, se apresuró a señalar una de las sillas como para rogar a su huésped que se sentase. El desconocido manifestó una especie de alegría mezclada con tristeza al comprender aquel gesto, y esperó para hacerlo a que las dos respetables mujeres estuvieran sentadas.

—Han dado ustedes asilo –continuó él– a un venerable sacerdote no juramentado que escapó milagrosamente a las matanzas de los carmelitas.

—*Hosanna!*… –dijo la hermana Agathe interrumpiendo al extraño y mirándolo con una inquietud curiosa.

—No se llama así, creo –respondió él.

—Pero señor –dijo vivamente la hermana Marthe–, aquí no tenemos ningún sacerdote, y…

—Entonces deberían tener más cuidado y previsión –replicó dulcemente el extraño adelantando el brazo hacia la mesa y cogiendo un breviario–. No creo que sepan ustedes latín, y…

No continuó, porque la emoción extraordinaria que se pintó en los rostros de las dos pobres religiosas le hizo temer que había ido demasiado lejos, estaban temblando y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquilícense –le dijo con una voz franca–, sé el nombre de su huésped y los suyos, y desde hace tres días estoy informado de su desamparo y de su abnegación

por el venerable abad de…

—¡Chist! –dijo ingenuamente la hermana Agathe llevándose un dedo a los labios.

—Pueden ver, hermanas, que si hubiera concebido el horrible designio de traicionarlas, ya habría podido cumplirlo más de una vez…

Al oír estas palabras, el sacerdote se liberó de su prisión y reapareció en medio del cuarto.

—No puedo creer, señor –le dijo al desconocido– que usted sea uno de nuestros perseguidores, y confío en usted. ¿Qué quiere de mí?

La santa confianza del sacerdote y la nobleza difundida en todos sus rasgos habrían desarmado a unos asesinos. El misterioso personaje que había venido a animar aquella escena de miseria y resignación contempló durante un momento el grupo formado por aquellos tres seres; luego adoptó un tono de confidencia y se dirigió al sacerdote en estos términos:

—Padre, venía a suplicarle que celebre una misa de difuntos por el descanso del alma… de un… de una persona sagrada y cuyo cuerpo no descansará jamás en tierra santa[13]…

El sacerdote se estremeció involuntariamente. Las dos religiosas, sin comprender aún a quién se refería el desconocido, permanecieron con el cuello estirado, la cara vuelta hacia los dos interlocutores y en actitud de curiosidad. El eclesiástico examinó al forastero: una ansiedad inequívoca se pintaba en su rostro y sus miradas expresaban ardientes súplicas.

—Bien –respondió el sacerdote–, vuelva a medianoche, y estaré preparado para celebrar el único servicio fúnebre que podemos ofrecer como expiación del crimen del que habla[14]…

El desconocido se estremeció, pero una satisfacción dulce y grave al mismo tiempo pareció triunfar sobre un dolor secreto. Después de haber saludado respetuosamente al sacerdote y a las dos santas mujeres, desapareció mostrando una especie de gratitud muda que fue comprendida por aquellas tres almas generosas. Unas dos horas después de esta escena, el desconocido volvió, llamó discretamente a la puerta del granero y fue introducido por la señorita de Beauséant, que lo condujo a la segunda habitación de aquella modesta vivienda, donde todo estaba preparado para la ceremonia. Entre dos tubos de la chimenea, las dos religiosas habían colocado la vieja cómoda cuyos antiguos contornos estaban sepultados bajo un magnífico frontal de altar de muaré verde. Un gran crucifijo de ébano y marfil colgado del muro amarillo hacía resaltar su desnudez y atraía necesariamente las miradas. Cuatro pequeños cirios endebles que las hermanas habían conseguido fijar en aquel altar improvisado sellándolos con lacre arrojaban una claridad pálida y mal reflejada por la pared. Aquella débil luz apenas iluminaba el resto de la habitación; pero, al dar su luz únicamente en las cosas sagradas, parecía un rayo caído del cielo sobre aquel altar sin ningún ornato. El piso estaba húmedo. El techo, que descendía rápidamente por ambos lados, como en los desvanes, tenía algunas grietas por las que pasaba un

viento glacial. Nada era menos pomposo, y sin embargo nada tal vez fue más solemne que aquella ceremonia lúgubre. Un profundo silencio, que habría permitido oír el más ligero grito lanzado en la carretera de Alemania, derramaba una especie de majestad sombría sobre aquella escena nocturna. Por último, la grandeza del acto contrastaba con tal fuerza con la pobreza de las cosas que de ello resultaba un sentimiento de espanto religioso. A cada lado del altar, las dos viejas reclusas, arrodilladas sobre las baldosas del suelo sin inquietarse por su humedad mortal, rezaban en unión del sacerdote, que, revestido con sus hábitos pontificales[15], preparaba un cáliz de oro adornado con piedras preciosas, vaso sagrado salvado sin duda del saqueo de la abadía de Chelles. Junto a ese ciborio, monumento de una regia magnificencia, el agua y el vino destinados al santo sacrifico estaban contenidos en dos vasos apenas dignos de la última taberna. A falta de misal, el sacerdote había colocado su breviario en una esquina del altar. Un plato corriente estaba preparado para el lavatorio de las manos inocentes y puras de sangre. Todo era inmenso, pero pequeño; pobre, pero noble; profano y santo a la vez. El desconocido fue a arrodillarse piadosamente entre las dos religiosas. Pero de pronto, al ver un crespón en el cáliz y en el crucifijo, pues al no tener nada para anunciar el destino de aquella misa fúnebre, el sacerdote había puesto al propio Dios de luto, lo asaltó un recuerdo tan vivo que sobre su ancha frente se formaron gotas de sudor. Los cuatro silenciosos actores de aquella escena se miraron entonces misteriosamente; luego, sus almas, actuando a porfía unas sobre otras, se comunicaron así sus sentimientos y se confundieron en una conmiseración religiosa, parecía que su pensamiento hubiese evocado al mártir cuyos restos habían sido devorados por la cal viva, y que su sombra estuviese ante ellos en toda su regia majestad. Celebraban un *obit*[16] sin el cuerpo del difunto. Bajo aquellas tejas y aquellas traviesas desencajadas, cuatro cristianos iban a interceder ante Dios por un rey de Francia, y a celebrar su entierro sin ataúd. Era la más pura de todas las lealtades, un acto sorprendente de fidelidad realizado sin segundas intenciones. A los ojos de Dios fue, sin duda, como el vaso de agua que recompensa las mayores virtudes[17]. Toda la monarquía estaba allí, en las oraciones de un sacerdote y de dos pobres mujeres; pero quizá también la Revolución estaba representada por aquel hombre cuya figura revelaba demasiados remordimientos para no pensar que cumplía los votos de un arrepentimiento inmenso.

En vez de pronunciar las palabras latinas: *Introibo ad altare Dei*[18], etcétera, el sacerdote, por una inspiración divina, miró a los tres asistentes que representaban a la Francia cristiana y les dijo, para borrar las miserias de aquel cuchitril:

—¡Vamos a entrar en el santuario de Dios!

Ante estas palabras pronunciadas con penetrante unción, un santo terror se apoderó del asistente y de las dos religiosas. Bajo las bóvedas de San Pedro de Roma, Dios no se habría mostrado más majestuoso que entonces en aquel asilo de la indigencia a los ojos de aquellos cristianos: tan cierto es que entre el hombre y él parece inútil todo intermediario, y que solo saca su grandeza de sí mismo. El fervor

del desconocido era auténtico. Por eso, el sentimiento que unía las oraciones de aquellos cuatro servidores de Dios y del rey fue unánime. Las palabras santas resonaban como una música celestial en medio del silencio. Hubo un momento en que los sollozos se apoderaron del desconocido, fue en el *Pater noster.* El sacerdote añadió a esta otra oración latina, que sin duda fue comprendida por el forastero: *Et remitte scelus regicidis sicut Ludovicus eis remisit semetipse.* («Y perdonad a los regicidas como el mismo Luis XVI los perdonó»).

Las dos religiosas vieron cómo dos gruesas lágrimas trazaban un húmedo camino a lo largo de las viriles mejillas del desconocido y caían al suelo. Se recitó el oficio de difuntos. El *Domine salvum fac regem*[19], cantado en voz baja, enterneció a aquellos fieles realistas que pensaron que el niño-rey[20], por el que en ese momento suplicaban al Altísimo, estaba cautivo en manos de sus enemigos. El desconocido se estremeció pensando que aún podía cometerse un nuevo crimen en el que sin duda estaría obligado a participar. Cuando el servicio fúnebre hubo terminado, el sacerdote hizo una seña a las dos religiosas, que se retiraron. Tan pronto como se encontró a solas con el desconocido, fue hacia él con un aire dulce y triste; luego le dijo con voz paternal:

—Hijo mío, si ha mojado sus manos en la sangre del rey mártir, confíese a mí. No hay falta que, a los ojos de Dios, no sea borrada por un arrepentimiento tan conmovedor y tan sincero como parece ser el suyo.

A las primeras palabras dichas por el eclesiástico, el desconocido dejó escapar un movimiento de terror involuntario; pero recobró la calma y miró con aplomo al asombrado sacerdote:

—Padre –le dijo con una voz visiblemente alterada–, nadie es más inocente que yo de la sangre derramada…

—Debo creerle –dijo el sacerdote.

Hizo una pausa durante la cual examinó de nuevo a su penitente; luego, insistiendo en tomarle por uno de aquellos miedosos de la Convención que entregaron una cabeza inviolable y sagrada a fin de conservar la suya, continuó con voz grave:

—Piense, hijo mío, que, para ser absuelto de ese gran crimen, no basta con no haber cooperado. Quienes, pudiendo defender al rey, dejaron su espada en la vaina, tendrán que rendir una cuenta muy pesada ante el rey de los cielos… ¡Oh!, sí –añadió el viejo sacerdote moviendo la cabeza de derecha a izquierda con un gesto expresivo–, sí, muy pesada… pues, al permanecer pasivos, se convirtieron en cómplices involuntarios de esa espantosa fechoría.

—¿Cree usted –preguntó el desconocido estupefacto– que una participación indirecta será castigada?… Entonces, ¿el soldado al que han ordenado formar el piquete es culpable?…

El sacerdote se quedó indeciso. Satisfecho por el apuro en que ponía a aquel puritano de la realeza colocándolo entre el dogma de la obediencia pasiva que, según

los partidarios de la monarquía, debe dominar los códigos militares, y el dogma igual de importante que consagra el respeto debido a la persona de los reyes, el extraño se apresuró a ver en la vacilación del sacerdote una solución favorable a las dudas que al parecer lo atormentaban. Luego, para no dejar que el venerable jansenista siguiese pensando, le dijo:

—Me daría vergüenza ofrecerle un salario cualquiera por el servicio fúnebre que acaba de celebrar por el descanso del alma del rey y por la tranquilidad de mi conciencia. Una cosa inestimable solo se puede pagar con una ofrenda que tampoco tenga precio. Dígnese aceptar, señor, el regalo que le hago de una sagrada reliquia… Quizá llegue un día en que comprenda su valor.

Al terminar estas palabras, el forastero presentaba al eclesiástico una cajita extremadamente ligera; el sacerdote la cogió involuntariamente por así decir, pues la solemnidad de las palabras de aquel hombre, el tono que en ellas puso, el respeto con que sostenía aquella caja le habían sumido en una profunda sorpresa. Volvieron entonces al cuarto donde los esperaban las dos religiosas.

—Están ustedes –les dijo el desconocido– en una casa cuyo dueño, Mucio Scævola[21], el yesero que vive en el primer piso, es famoso en la sección por su patriotismo; pero en secreto es afecto a los Borbones. En otro tiempo fue montero de Monseñor el príncipe de Conti, y le debe su fortuna[22]. Si no salen de su casa, están aquí más a salvo que en cualquier lugar de Francia. Quédense. Almas piadosas velan por sus necesidades, y podrán esperar sin peligro tiempos menos malos. Dentro de un año, el 21 de enero… (al pronunciar estas últimas palabras, no pudo disimular un gesto involuntario), si adoptan este triste lugar por asilo, volveré para celebrar con ustedes la misa expiatoria.

No terminó. Saludó a los mudos habitantes del desván, lanzó una última mirada sobre los síntomas que denunciaban su indigencia, y desapareció.

Para las dos inocentes religiosas, semejante aventura tenía todo el interés de una novela; por eso, en cuanto el venerable abad les informó del misterioso regalo hecho con tanta solemnidad por aquel hombre, la caja fue colocada por ellas sobre la mesa y los tres rostros inquietos, débilmente iluminados por la candela, dejaron translucir una curiosidad indescriptible. La señorita de Langeais abrió la caja, donde encontró un pañuelo de batista muy fino, sucio de sudor; y, al desplegarlo, vieron en él unas manchas.

—¡Es sangre!… –dijo el sacerdote.

—¡Está marcado con la corona real! –exclamó la otra hermana.

Las dos monjas dejaron caer horrorizadas la preciosa reliquia. Para aquellas dos almas ingenuas, el misterio en que se envolvía el forastero resultó inexplicable; y, en cuanto al sacerdote, desde ese día ni siquiera trató de explicárselo.

Los tres prisioneros no tardaron en darse cuenta, a pesar del Terror, de que una poderosa mano estaba extendida sobre ellos. Primero recibieron leña y provisiones; luego, las dos religiosas adivinaron que una mujer estaba asociada a su protector

cuando les enviaron ropa blanca y vestidos que podían permitirles salir sin ser notadas por las modas aristocráticas de los trajes que se habían visto obligadas a conservar; por último, Mucius Scævola les dio dos cédulas cívicas. Con frecuencia, y por vías encubiertas, les llegaron avisos necesarios para la seguridad del sacerdote; y este reconoció que tal oportunidad en aquellos consejos solo podían ser dados por una persona iniciada en los secretos del Estado. A pesar del hambre que pesó sobre París, los proscritos encontraron en la puerta de su cuchitril raciones de *pan blanco* que unas manos invisibles traían regularmente; sin embargo, creyeron reconocer en Mucius Scævola el misterioso agente de aquella beneficencia siempre tan ingeniosa como inteligente. Los nobles habitantes del desván no podían dudar de que su protector era el personaje que había ido a celebrar la misa expiatoria la noche del 22 de enero de 1793; por eso se convirtió en objeto de un culto muy especial para aquellos tres seres que solo en él tenían puestas sus esperanzas y que solo vivían por él. Habían añadido oraciones especiales para él en sus plegarias; por la noche y por la mañana, aquellas almas piadosas hacían votos por su felicidad, por su prosperidad, por su salvación; suplicaban a Dios que lo alejase de todas las emboscadas, lo librase de sus enemigos y le concediese una vida larga y apacible. Como su agradecimiento se renovaba, por así decir, a diario, vino a unirse necesariamente a un sentimiento de curiosidad que se hizo más vivo cada día. Las circunstancias que habían acompañado la aparición del forastero eran objeto de sus conversaciones, hacían mil conjeturas sobre él, y era un beneficio de un género nuevo la distracción que les proporcionaba. Se prometían no dejar que el desconocido escapase a su amistad la noche en que, según su promesa, volvería para celebrar el triste aniversario de la muerte de Luis XVI. Esa noche esperada con tanta impaciencia llegó al fin. A media noche, el ruido de los pesados pasos del desconocido resonó en la vieja escalera de madera, la habitación había sido adornada para recibirle, el altar estaba preparado. Esta vez, las hermanas abrieron la puerta de antemano, y las dos se apresuraron a iluminar la escalera. La señorita de Langeais descendió incluso varios escalones para ver cuanto antes a su bienhechor.

—Venga –le dijo con voz emocionada y afectuosa–, venga…, le estamos esperando.

El hombre levantó la cabeza, lanzó una mirada sombría sobre la religiosa y no respondió; esta sintió que sobre ella caía una especie de sudario de hielo y guardó silencio; al verle, la gratitud y la curiosidad expiraron en todos los corazones. Quizá fuera menos frío, menos taciturno, menos terrible de lo que pareció a aquellas almas, a las que la exaltación de sus sentimientos predisponía a las efusiones de la amistad. Los tres pobres prisioneros, que comprendieron que aquel hombre quería seguir siendo un extraño para ellos, se resignaron. El sacerdote creyó observar en los labios del desconocido una sonrisa rápidamente reprimida en el momento en que vio los preparativos que se habían hecho para recibirle, oyó la misa y rezó; pero desapareció después de haber respondido con algunas palabras de cortesía negativa a la invitación

que le hizo la señorita de Langeais de compartir la pequeña colación preparada[23].

Después del 9 de termidor[24], las religiosas y el abad de Marolles pudieron ir a París, sin correr allí el menor peligro. La primera salida del viejo sacerdote fue para una tienda de perfumería, con la muestra *La Reine des Fleurs*, regentada por el ciudadano y la ciudadana Ragon, antiguos perfumistas de la corte que habían permanecido fieles a la familia real y de los que se servían los vendeanos para comunicarse con los príncipes y los comités realistas de París. El abad, vestido como quería aquella época, se encontraba a la puerta de esa tienda, situada entre Saint-Roch y la calle des Frondeurs, cuando una multitud que llenaba la calle Saint-Honoré, le impidió salir.

—¿Qué pasa? –le preguntó a la señora Ragon.

—Nada –contestó ella–, es la carreta y el verdugo que van a la plaza Luis XV[25]. ¡Ah!, con cuánta frecuencia lo hemos visto el año pasado; pero hoy, cuatro días después del aniversario del 21 de enero[26], se puede mirar ese horrible cortejo sin pena.

—¿Por qué? –dijo el abad–, eso que dice no es cristiano.

—¡Eh!, es la ejecución de los cómplices de Robespierre, se han defendido todo lo que han podido; pero ahora también ellos van a donde han enviado a tantos inocentes.

Una multitud que llenaba la calle Saint-Honoré pasó como una ola. El abad de Marolles, cediendo a un impulso de curiosidad, vio de pie, por encima de las cabezas, sobre la carreta al que tres días antes escuchaba su misa.

—¿Quién es aquel?… –dijo–, el que…

—Es el verdugo –respondió el señor Ragon llamando al ejecutor de la justicia por su nombre monárquico.

—¡Amigo mío! ¡Amigo mío! –gritó la señora Ragon–, el abad, se muere.

Y la anciana señora cogió un frasco de vinagre para reanimar al viejo sacerdote desmayado.

—Sin duda, me dio –añadió– el pañuelo con que el rey se secó la frente, camino del martirio… ¡Pobre hombre!… la cuchilla de acero tuvo corazón cuando nadie en toda Francia lo tenía…

Los perfumistas creyeron que el pobre sacerdote deliraba.

París, enero de 1831[27].

Hasta que el culto católico fue restablecido por el Primer cónsul[28], la misa expiatoria se celebró misteriosamente en el desván.

Cuando las religiosas y el abad pudieron mostrarse sin temor, no volvieron a ver al desconocido. Aquel hombre permaneció en su recuerdo como un enigma.

Las dos hermanas no tardaron en encontrar ayudas en sus familias, algunos de cuyos miembros consiguieron ser tachados de la lista de emigrados. Abandonaron su refugio; y Bonaparte, cumpliendo los decretos de la Asamblea constituyente, les asignó las pensiones que les eran debidas. Regresaron entonces al seno de sus familias y reanudaron los hábitos monásticos.

El sacerdote, que por su cuna podía pretender a un obispado, se quedó en París, y se convirtió en director de conciencia de algunas familias aristocráticas del *faubourg* Saint-Germain. La familia de M*** le prodigó los cuidados de una conmovedora hospitalidad. Si, al cabo de algunos años, no perdió el recuerdo de la aventura a la que debía la vida, al menos ya no hablaba de ella, ocupado como estaba en los graves intereses que el reinado de Napoleón planteaba entonces.

Hacia finales del mes de… del año 180*, en los salones del señor de M***, acababan de terminarse las partidas de whist, y, tras la marcha de algunas personas, en torno al fuego ya no se encontraban, hacia las once y media de la noche, más que dos o tres amigos íntimos de la casa.

Después de haber empezado a hablar de Napoleón, estos antiguos gentilhombres se atrevieron a comunicarse su pesar por la caída del trono legítimo. Poco a poco, la conversación giró hacia las desgracias de la Revolución. Todos los presentes habían emigrado. En aquella conversación, el viejo abad de Marolles corregía a menudo algunos errores y asumía la defensa de más de un revolucionario, no sin mirar atentamente a su alrededor, como para asegurarse de que las sediciosas palabras de sus interlocutores y los deseos monárquicos de dos o tres ancianas no eran oídos por las orejas que la policía de Fouché[29] clavaba en todas las paredes.

La prudencia del abad provocó algunas burlas, y terminaron por rogarle que contase, para dos o tres personas que no conocían sus aventuras, las extrañas circunstancias que le habían permitido escapar a la matanza de septiembre y al Terror.

—Estaba situado más cerca que vosotros de la Revolución, de suerte que creo hallarme en mejores condiciones incluso para juzgarla —dijo el abad de Marolles—. Permanecí durante todo el Terror encerrado en un pequeño reducto donde me refugié el 3 de septiembre…

Tras este exordio, el abad contó los detalles de su arresto y los de la terrible jornada del 2 de septiembre de 1792. El relato de las matanzas y el de su evasión impresionó menos que la aventura cuyas principales circunstancias acaban de ser referidas.

Aunque el abad de Marolles estuviera bien vivo y ante ellas, las personas que componían el auditorio no pudieron dejar de temblar cuando el sacerdote les pintó la angustia que le había dominado al oír subir, en las medianoches, al desconocido al que tan imprudentemente había prometido decir la misa en enero de 1793. Las damas apenas respiraban, y todos los ojos estaban clavados en la cabeza blanca del narrador.

Una de las viudas se estremeció y lanzó un grito al oír el ruido de un paso sordo y pesado que resonó en aquel momento en el salón contiguo. Un lacayo llegó hasta el silencioso círculo formado por los presentes ante la antigua chimenea.

—¿Qué quiere, Joseph? –preguntó bruscamente el señor de M*** a su criado.

—Hay en la antecámara una persona que desea hablar con el señor de Marolles –respondió.

Todos se miraron, como si aquel mensaje tuviera relación con el relato del abad.

—Infórmate del motivo de su visita, entérate de parte de quién viene –dijo el señor Marolles a Joseph.

El criado se fue, pero volvió enseguida.

—Señor –respondió al abad–, ese joven me ha rogado que le diga que le envía la persona que le entregó una reliquia en 1793…

El sacerdote se estremeció, y aquella respuesta excitó vivamente la curiosidad de las personas que sabían la historia de la misa misteriosa. Todos, lo mismo que el abad, parecieron presentir que el desenlace de aquella aventura estaba cerca.

—¿Cómo –le dijo la señora de M***–, va a seguir a esta hora a un desconocido? … Por lo menos, pregúntele… sepa por qué…

Esas observaciones parecieron tanto más prudentes cuanto que todos deseaban ver al mensajero.

El abad hizo una seña, y el lacayo fue en busca del desconocido. Las damas vieron entrar a un joven de muy buena presencia y que les pareció de muy buenos modales. Estaba condecorado con la cruz de la Legión de Honor. Todas las inquietudes se calmaron.

—Señor –dijo el abad de Marolles–, ¿puedo saber por qué motivo la persona que lo envía me hace llamar a una hora tan importuna? Mi edad no me permite…

El abad se detuvo sin acabar su frase.

El joven, tras esperar un momento como para no interrumpir al anciano, le respondió:

—Esa persona, señor, está en las últimas, y desea hablar con usted.

El sacerdote se levantó de pronto y siguió al joven embajador, que hizo a los presentes un saludo impregnado de esa gracia nada afectada que es fruto de una esmerada educación.

El abad de Marolles encontró junto a la escalinata del palacio un coche en el que probablemente había venido el joven. El trayecto fue muy largo, porque el abad atravesó casi todo París. Cuando llegó al Pont-Neuf, trató de entablar conversación con su compañero, que guardaba un profundo silencio.

—¿Es usted acaso el hijo de la persona a cuya casa nos dirigimos? –preguntó.

—No, señor –respondió el desconocido–; pero me ha prestado tales servicios que puedo considerarlo mi segundo padre.

—Al parecer es muy bienhechor.

—¡Oh!, señor, solo Dios puede saber los servicios que ha prestado. En cuanto a lo que me afecta, salvó a mi madre del cadalso la víspera del 9 de termidor…

—¡También yo le debo mucho!… –dijo el abad–. Pero ¿le conoce?… –añadió.

—Sí –respondió el joven; y la animada inflexión con que pronunció esa palabra demostraba un asombro profundo.

Entonces los dos viajeros guardaron mutuamente silencio. El desconocido había comprendido que el abad ignoraba el nombre del hombre a cuya casa se dirigían; y, respetando un secreto que no le pertenecía, se prometía no traicionarlo. Por su parte, el señor de Marolles había adivinado, por el solo acento de la voz de su compañero, que había un misterio por descubrir allá adonde iba, pero que su compañero era discreto.

El eclesiástico trató de buscar una pregunta insidiosa, pero llegaron antes de que la hubiera encontrado, porque, a menudo, cuando más sutileza e ingenio se quiere tener es cuando menos se tiene. El venerable sacerdote quiso ver, en la imperfección de su moral, una especie de castigo a la maliciosa intención y a la curiosidad que había tenido.

El coche se detuvo en una calle bastante desierta y ante una casa de mísera apariencia. El joven guía del eclesiástico le hizo atravesar un jardín que se encontraba detrás del edificio que daba a la calle, y llegaron juntos a una casita. La morada tenía un aire de limpieza que anunciaba cierta holgura. El abad subió una escalera bastante elegante y entró en un piso muy bien decorado.

En el salón encontró a una familia en lágrimas. Al ver los objetos de arte que le rodeaban, no dudó de que se encontraba en casa de un hombre rico. Distinguió un piano, cuadros, grabados y muebles muy bellos. Fue saludado silenciosamente y con respeto. Su joven introductor, que se había apresurado a ir a la habitación contigua, volvió para anunciarle que nada se oponía a que cumpliese las tristes y consoladoras obligaciones que le imponía su ministerio.

Un movimiento de curiosidad involuntaria se apoderó del abad. Al dirigirse hacia la habitación fúnebre, presumió que en ese momento iba a descubrir el misterio con que el desconocido se había envuelto en el pasado. Al acercarse el sacerdote, el moribundo hizo un signo imperioso a los que le rodeaban, y tres personas salieron del cuarto.

El viejo sacerdote, que esperaba confesiones interesantes, se quedó a solas con su penitente. Una lámpara iluminaba con una suave luz la cama donde yacía el desconocido, de suerte que el abad pudo reconocer fácilmente en él a su antiguo bienhechor. Parecía tranquilo, resignado, e hizo seña al eclesiástico de acercarse.

—Señor –le dijo con una voz debilitada–, creo estar en derecho de reclamar de

usted un servicio que considero importante para mí, y que no le obligará, eso espero, a ningún deber penoso.

Entonces se interrumpió para rogar al sacerdote que cogiese un paquete cuidadosamente sellado que se encontraba sobre una mesa.

—Estos papeles –prosiguió– contienen observaciones y documentos que solo deben ser apreciados por una persona de honor, de probidad, y que no pertenezca a mi familia. El celo, consideraciones de orgullo o tentaciones difíciles de prever, pueden engañar a corazones interesados en la memoria de un padre, de un amigo, de un pariente. Pero al confiárselos a usted, creo entregarlos a la única persona que conozco en condiciones de apreciar estos escritos en su justo valor. Habría podido quemarlos, pero ¿quién es el hombre, por bajo que le haya colocado el destino, que no pretenda la estima de sus semejantes?… Le nombro, por tanto, su único dueño. ¡Tal vez llegue un día en que *nosotros* podamos ser juzgados en este mundo, como yo voy a serlo en el tribunal de Dios! ¿Acepta este fideicomiso?

El abad inclinó la cabeza en señal de asentimiento; y, tras haber sabido de labios del enfermo que había recibido todas las ayudas de la religión, creyó leer en sus miradas el deseo de ver a su familia.

Entonces le dirigió algunas palabras de consuelo, le riñó con mucho cariño por no haber reclamado una recompensa mayor por los servicios que le había prestado, y salió. Dos personas de la familia acompañaron y alumbraron al viejo sacerdote hasta la puerta donde le esperaba el coche.

Cuando el abad se encontró solo en la calle, miró a su alrededor para reconocer el barrio en el que se encontraba.

—¿Sabe el nombre de la persona que vive aquí? –preguntó al cochero.

—¿El señor no sabe de dónde sale?… –replicó el hombre manifestando su profundo asombro.

—No –dijo el abad.

—Es la casa del *ejecutor público.*

Algunos días después de esta escena, la señorita de Charost, que estaba enferma desde hacia mucho tiempo, sucumbió; y el abad de Marolles prestó los últimos deberes a su vieja y fiel amiga. El modesto cortejo de la antigua religiosa de la abadía de Chelles encontró en la calle de los Amandiers otro cortejo al que siguió.

En el rodeo que los entierros se vieron obligados a dar al final de la calle de los Amandiers, el abad de Marolles, asomando por curiosidad la cabeza por la portezuela de su carroza negra, observó una cantidad inmensa de gente que seguía a pie un coche fúnebre muy sencillo, que reconoció por el de los pobres. Al apearse, el abad, obedeciendo a la voz de un presentimiento bastante natural, quiso saber el nombre de una persona que parecía tan vivamente lamentada. Una anciana le respondió, dando testimonio de la aflicción más viva, que era el señor Sanson.

Uno de nuestros más fecundos novelistas.

AÑADIDO DEL *CABINET DE LECTURE*

En 1818, el abad de Marolles murió a una edad tan avanzada que, durante los últimos momentos de su vida, no conservó todas sus facultades morales, de modo que los manuscritos testamentarios del ejecutor de altas obras cayeron en manos de colaterales interesados que dispusieron de ellos. Como tales escritos solo tenían interés por su autenticidad, y solo podían recibirla del consentimiento tácito de la familia a la que concernían, permanecieron inéditos hasta el momento en que las partes interesadas fueron convencidas de que esa publicación se haría con todas las consideraciones exigidas por una obra de este género. Tras haber sido cuidadosamente verificada la letra, no se ha planteado ninguna duda sobre estos documentos de familia.

Z. MARCAS

A MONSEÑOR EL CONDE GUILLAUME DE WURTEMBERG[1],
como muestra de la respetuosa gratitud del autor.

Nunca he visto a nadie, hasta los hombres notables de este tiempo incluidos, cuyo aspecto fuese más impresionante que el de semejante hombre; el estudio de su fisonomía empezaba inspirando un sentimiento lleno de melancolía, y terminaba provocando una sensación casi dolorosa. Había cierta armonía entre la palabra y el nombre. Esa Z que precedía a Marcas, que se veía en la dirección de sus cartas, y que nunca olvidaba en su firma, esa última letra del alfabeto ofrecía al espíritu no sé qué de fatal.

¡MARCAS! Repítanse ustedes mismos ese nombre compuesto por dos sílabas, ¿no encuentran en él un significado siniestro? ¿No les parece que el hombre que lo lleva debe ser martirizado? Aunque extraño y salvaje, ese nombre tiene sin embargo derecho de pasar a la posteridad; está bien compuesto, es de fácil pronunciación, posee esa brevedad requerida para los nombres célebres. ¿No es tan suave como insólito? Pero ¿no les parece también incompleto? No quisiera asumir la afirmación de que los nombres no ejercen ninguna influencia sobre el destino. Entre los sucesos de la vida y el nombre de los hombres hay secretas e inexplicables concordancias o visibles discrepancias que sorprenden; a menudo se revelan en ellos correlaciones lejanas, pero eficaces. Nuestro globo está lleno, todo se mantiene en él. Quizá un día tengamos que volver a las ciencias ocultas.

¿No ven en la construcción de la Z una actitud contrariada? ¿No representa el zigzag aleatorio y caprichoso de una vida atormentada? ¿Qué viento ha soplado sobre esa letra que, en cada lengua en que está admitida, apenas encabeza cincuenta palabras? Marcas se llamaba Zéphirin. San Ceferino es muy venerado en Bretaña. Marcas era bretón.

Sigamos examinando ese nombre: ¡Z. Marcas! Toda la vida del hombre está en la trabazón fantástica de esas siete letras. ¡Siete, el más significativo de los números cabalísticos! El hombre ha muerto a los treinta y cinco años, por lo que su vida se compuso de siete lustros. ¡Marcas! ¿No tienen la sensación de algo precioso que se rompe en una caída, con ruido o sin él?

Estaba terminando yo mi carrera de derecho en 1836, en París. Vivía entonces en la calle Corneille[2], en un edificio totalmente destinado a alojar estudiantes, uno de esos edificios en los que la escalera de caracol se halla al fondo, iluminada primero por la calle, luego por luces de medianería, finalmente por una claraboya. Había cuarenta habitaciones amuebladas como se amueblan las habitaciones destinadas a estudiantes. ¿Qué más necesita la juventud de lo que allí se encontraba: una cama, algunas sillas, una cómoda, un espejo y una mesa? En cuanto el cielo está azul, el

estudiante abre su ventana. Pero en esa calle no hay vecina a la que cortejar. Enfrente, el Odeón cerrado hacía mucho[3], opone a la mirada sus muros que empiezan a ennegrecerse, las ventanitas de sus palcos y su enorme tejado de pizarra. Yo no era lo bastante rico para tener una buena habitación, ni siquiera podía tener una habitación. Juste y yo compartíamos una de dos camas, situada en el quinto piso.

En aquel lado de la escalera no había más que nuestra habitación y otra pequeña ocupada por Z. Marcas, nuestro vecino. Juste y yo permanecimos unos seis meses en una ignorancia completa de esa vecindad. Una vieja que administraba el edificio nos había dicho que la pequeña habitación estaba ocupada, pero había añadido que nunca seríamos molestados porque la persona era excesivamente tranquila. En efecto, durante seis meses no nos encontramos con nuestro vecino ni oímos ningún ruido en su cuarto, a pesar del escaso grosor del tabique que nos separaba, y que era uno de esos tabiques hechos de tablas cubiertas de yeso, tan comunes en las casas de París.

Nuestra habitación, de siete pies de altura, estaba tapizada con un miserable papelito azul sembrado de ramos de flores. El suelo, de color, ignoraba el brillo que le proporciona el fregado. Delante de nuestras camas no teníamos más que una delgada alfombra de orillo. La chimenea desembocaba demasiado pronto en el techo, y echaba tanto humo que nos vimos obligados a mandar poner, a nuestra costa, un tubo acodado. Nuestras camas eran literas de madera pintada, parecidas a las de los colegios. Sobre la chimenea no había nunca más que dos candeleros de cobre, con o sin candelas, nuestras dos pipas, tabaco suelto o en bolsa; luego, los montoncitos de ceniza que depositaban los visitantes o que nosotros mismos hacíamos al fumar puros. Dos cortinas de calicó se deslizaban sobre unas varillas en la ventana, y a cada uno de sus lados colgaban dos pequeños cuerpos de biblioteca de madera de cerezo que conocen todos los que han vagabundeado por el Barrio Latino, y en los que poníamos los pocos libros necesarios para nuestros estudios. La tinta siempre estaba en el tintero como la lava solidificada en el cráter de un volcán. ¿Es que no puede hoy cualquier tintero volverse un Vesubio? Las plumas retorcidas servían para limpiar el tubo de nuestras pipas. Contrariamente a las leyes del crédito, el papel era en nuestra habitación más raro todavía que el dinero.

¿Cómo puede esperarse que los jóvenes se queden en semejantes cuartos amueblados? Por eso los estudiantes estudian en los cafés, en los teatros, en las alamedas del Luxembourg, en casa de las modistillas, en todas partes, incluso en la Escuela de derecho, salvo en su horrible cuarto, horrible si se trata de estudiar, delicioso cuando se charla y se fuma en él. Poned un mantel sobre la mesa, ved en ella la comida improvisada que envía el mejor restaurante del barrio, cuatro cubiertos y dos chicas, haced litografiar esa vista interior, y ni una devota podrá dejar de sonreír.

Solo pensábamos en divertirnos. La razón de nuestra desordenada vida era una razón derivada de lo que la política actual tiene de más serio. Juste y yo no veíamos ninguna posibilidad de conseguir una plaza en las dos profesiones que nuestros

padres nos obligaban a abrazar. Hay cien abogados, cien médicos por cada una. La multitud obstruye esas dos vías, que parecen llevar a la fortuna y que son dos palestras: en ellas se mata, se combate, no con arma blanca ni con arma de fuego, sino con la intriga y la calumnia, con horribles trabajos, con campañas en el terreno de la inteligencia, tan mortíferas como las de Italia lo fueron para los soldados republicanos. Hoy, cuando todo es un combate de inteligencia. hay que saber permanecer cuarenta y ocho horas seguidas sentado en un sillón y ante una mesa, como un general permanecía dos días sobre la silla de su caballo. La afluencia de postulantes ha obligado a la medicina a dividirse en categorías: está el médico que escribe, el médico que ejerce, el médico político y el médico militante; cuatro formas distintas de ser médico, cuatro secciones ya llenas. En cuanto a la quinta división, la de los doctores que venden remedios, hay competencia, y se lucha a golpe de carteles infames sobre los muros de París. En todos los tribunales, hay casi tantos abogados como causas. El abogado se ha lanzado al periodismo, a la política, a la literatura. En pocas palabras, el Estado, asaltado por las menores plazas de la magistratura, ha terminado por exigir cierta fortuna a los solicitantes[4]. La cabeza piriforme[5] del hijo de un tendero rico será preferida a la cabeza cuadrada de un joven de talento sin un céntimo. Esforzándose, desplegando toda su energía, un joven que parte de cero puede encontrarse, al cabo de diez años, por debajo del punto de partida. Hoy el talento debe tener la suerte que hace triunfar la incapacidad; es más, si carece de las bajas condiciones que proporcionan el éxito a la mediocridad rampante, nunca llegará a nada.

Si conocíamos perfectamente nuestra época, también nos conocíamos a nosotros mismos, y preferíamos la ociosidad de los pensadores a una actividad sin objeto, la despreocupación y el placer a unos trabajos inútiles que hubieran agotado nuestro coraje y gastado lo mejor de nuestra inteligencia. Habíamos analizado el estado social riendo, fumando, paseando. No por hacerse así nuestras reflexiones eran menos juiciosas, ni menos profundas nuestras palabras.

Al mismo tiempo que observábamos el ilotismo al que está condenada la juventud, nos asombrábamos ante la brutal indiferencia del poder por todo lo relacionado con la inteligencia, el pensamiento, la poesía. ¡Qué miradas intercambiábamos a menudo Juste y yo al leer los periódicos, al enterarnos de los sucesos de la política, al recorrer los debates de las Cámaras, al discutir la conducta de una corte cuya voluntaria ignorancia solo puede compararse con la vileza de los cortesanos, con la mediocridad de los hombres que forman un seto alrededor del nuevo trono, todos ellos sin talento ni alcances, sin gloria ni ciencia, sin influencia ni grandeza. ¡Qué elogio de la corte de Carlos X la corte actual, si es que eso es una corte! ¡Qué odio contra el país en la naturalización de vulgares extranjeros sin talento, entronizados en la Cámara de los pares[6]! ¡Qué negación de la justicia! ¡Qué insulto a las jóvenes inteligencias, a las ambiciones nacidas en nuestro suelo! Mirábamos todas estas cosas como un espectáculo, y nos lamentábamos sin tomar

una decisión sobre nosotros mismos.

Juste, a quien nadie fue a buscar, y que no habría ido a buscar a nadie, era, con veinticinco años, un profundo político, un hombre de una aptitud maravillosa para captar las relaciones lejanas entre los hechos presentes y los hechos futuros. En 1831 me predijo lo que debía ocurrir y lo que ha ocurrido: los asesinatos, las conspiraciones, el reinado de los judíos[7], la miseria de los movimientos de Francia, la escasez de inteligencia en la esfera superior y la abundancia de talentos en los bajos fondos donde los ánimos más afanosos se apagan bajo las cenizas del cigarro puro. ¿Qué hacer? Su familia quería que fuese médico. Ser médico, ¿no era estar esperando durante veinte años una clientela? ¿Saben en qué se ha convertido? No. Pues bien, es médico; pero ha dejado Francia, está en Asia. En este momento tal vez sucumba a la fatiga en algún desierto, tal vez muera bajo los golpes de una horda bárbara, o tal vez sea primer ministro de algún príncipe indio[8]. En cuanto a mí, mi vocación es la acción. Salido con veinte años de un colegio, me estaba prohibido seguir la carrera militar salvo que la empezase como simple soldado; y, cansado de la triste perspectiva que presenta la profesión de abogado, adquirí los conocimientos necesarios para ser marino. Imito a Juste, abandono Francia, donde uno gasta en hacerse un sitio el tiempo y la energía necesarios para las más altas creaciones. Imitadme, amigos mío, voy allí donde uno dirige a su gusto su destino.

Estas grandes decisiones fueron fríamente tomadas en aquel cuartito del edificio de la calle Corneille, yendo al baile Musard[9], cortejando a joviales muchachas, llevando una vida alocada y en apariencia despreocupada. Nuestras resoluciones, nuestras reflexiones, flotaron durante mucho tiempo. Marcas, nuestro vecino, fue en cierto modo el guía que nos llevó al borde del precipicio o del torrente, y el que nos lo hizo medir, el que nos mostró por adelantado cuál sería nuestro destino si fracasábamos. Fue él quien nos puso en guardia contra las prórrogas que se contraen con la miseria y que sanciona la esperanza, aceptando situaciones precarias desde las que se lucha, dejándose llevar por el movimiento de París, esa gran cortesana que os toma y os deja, os sonríe y os vuelve la espalda con igual facilidad, que desgasta las más firmes voluntades con expectativas capciosas, y donde el Infortunio es alimentado por el Azar.

Nuestro primer encuentro con Marcas nos causó una especie de deslumbramiento. Al volver de nuestras Facultades, antes de la hora de comer, siempre subíamos a nuestro cuarto y allí permanecíamos un momento, aguardándonos el uno al otro, para saber si habían cambiado algo nuestros planes para la velada. Un día, a las cuatro. Juste vio a Marcas en la escalera; yo lo encontré en la calle. Estábamos entonces en el mes de noviembre y Marcas iba sin abrigo; llevaba unos zapatos de gruesas suelas, un pantalón de lana fuerte, una levita azul abotonada hasta el cuello, y un cuello rígido, lo que daba un aire militar a su busto, sobre todo porque llevaba una corbata negra. Ese atuendo no tiene nada de extraordinario, pero armonizaba bien con los modales del hombre y con su fisonomía. Mi primera impresión ante su aspecto no fue ni

sorpresa, ni asombro, ni tristeza, ni interés, ni compasión, sino una curiosidad que dependía de todos esos sentimientos. Caminaba despacio, con un paso que pintaba una melancolía profunda, la cabeza inclinada hacia adelante y no bajada a la manera de los que se saben culpables. Su cabeza, gruesa y fuerte, que parecía contener los tesoros necesarios a un ambicioso de primer orden, estaba como cargada de pensamientos; sucumbía bajo el peso de un dolor moral, pero no había el menor indicio de remordimientos en sus rasgos. En cuanto a su cara, permitirá comprenderla una sola frase. Según una idea bastante popular, cada cara humana tiene parecido con un animal. El animal de Marcas era el león. Sus cabellos semejaban una crin, su nariz era corta, aplastada, ancha y hendida en la punta como la de un león, tenía la frente partida como la de un león por un profundo surco, dividida en dos vigorosos lóbulos. Por último, sus velludos pómulos que la delgadez de las mejillas hacía aún más salientes, su boca enorme y sus mejillas hundidas estaban agitadas por pliegues de un fiero perfil y realzadas por un colorido lleno de tonos amarillentos. Aquel rostro casi terrible parecía iluminado por dos luces, dos ojos negros, pero de dulzura infinita, calmos, profundos, llenos de pensamientos. Si está permitido expresarse así, aquellos ojos estaban humillados. Marcas tenía miedo a mirar, menos por él que por aquellos sobre los que iba a detener su fascinadora mirada; poseía una fuerza, y no quería ejercerla; respetaba a los transeúntes, temía ser observado; no era modestia, sino resignación, no la resignación cristiana que implica la caridad, sino la resignación aconsejada por la razón que ha demostrado la inutilidad momentánea del talento, la imposibilidad de penetrar y vivir en el medio que nos es propio. Aquella mirada podía fulminar en ciertos momentos. De aquella boca debía salir una voz de trueno, se parecía mucho a la de Mirabeau.

—Acabo de ver en la calle a un hombre muy curioso –le dije a Juste nada más entrar.

—Debe de ser nuestro vecino –me respondió Juste, que describió en efecto al hombre que yo había encontrado–. Un hombre que vive como una cochinilla tenía que ser así –dijo para concluir.

—¡Cuánta humildad y cuánta grandeza!

—La una es consecuencia de la otra.

—¡Cuántas esperanzas arruinadas! ¡Cuántos proyectos abortados!

—¡Siete leguas de ruinas! Obeliscos, palacios, torres: las ruinas de Palmira en el desierto –me dijo Juste riendo.

Apodamos a nuestro vecino *las ruinas de Palmira*[10]. Cuando salimos para ir a comer al triste restaurante de la calle de la Harpe al que estábamos abonados, preguntamos el nombre del número 37, y entonces supimos aquel nombre prestigioso de Z. Marcas. Como niños que éramos, repetimos más de cien veces, y con las reflexiones más variadas, bufas o melancólicas, aquel nombre cuya pronunciación se prestaba a nuestro juego. En algún momento, Juste llegó a lanzar la Z como un cohete cuando sale, y, tras haber desplegado brillantemente la primera sílaba del apellido,

describía su caída con la brevedad sorda con que pronunciaba la última.

—¡Ah!, vaya, ¿dónde y cómo vive?

De esa pregunta al inocente espionaje que la curiosidad aconseja solo había el intervalo requerido por la ejecución de nuestro proyecto. En lugar de callejear, volvimos a casa provistos de una novela cada uno. Y nos pusimos a leer escuchando. Oímos en el silencio absoluto de nuestras buhardillas el ruido uniforme y suave producido por la respiración de un hombre que duerme.

—Está durmiendo –le dije a Juste, al ser el primero en observar ese hecho.

—Y son las siete –me respondió el doctor.

Este era el nombre que yo daba a Juste, que me llamaba el guardasellos[11].

—Hay que ser muy desdichado para dormir tanto como duenne nuestro vecino –dije saltando sobre nuestra cómoda con un cuchillo en cuyo mango había un sacacorchos.

Hice en la parte superior del tabique un agujero redondo, del tamaño de una moneda de cinco *sous*. No se me había ocurrido que no hubiese luz, y cuando apliqué el ojo al agujero solo vi tinieblas. Cuando hacia la una de la madrugada, después de acabar nuestras novelas, íbamos a desvestirnos, oímos ruido en el cuarto de nuestro vecino: se levantó, hizo detonar una cerilla fosfórica y encendió su candela. Volví a subirme a la cómoda. Vi entonces a Marcas sentado a su mesa y copiando documentos procesales. Su cuarto era la mitad de pequeño que el nuestro, la cama estaba situada en un hueco junto a la puerta, porque el espacio ocupado por el pasillo, que terminaba en su cuchitril, aumentaba en su cuarto; pero el terreno sobre el que la casa estaba construida debía de tener forma truncada, y la pared medianera terminaba en trapecio en su buhardilla. No tenía chimenea, sino una pequeña estufa de cerámica blanca jaspeada de manchas verdes, cuyo tubo salía por el techo. La ventana practicada en el trapecio tenía unas malas cortinas rojas. Un sillón, una mesa y una miserable mesilla de noche componían el mobiliario. Colgaba su ropa en una alacena. El papel que tapizaba las paredes era horrible. Evidentemente, allí no se había alojado nunca sino un criado hasta que Marcas llegó.

—¿Qué te pasa? –me preguntó el doctor al verme bajar.

—¡Míralo tú mismo! –le respondí.

A la mañana siguiente, a las nueve, Marcas estaba acostado. Había desayunado una salchicha: vimos en un plato, entre migas de pan, los restos de ese alimento que conocíamos bien. Marcas dormía. No se despertó hasta las once. Reanudó la copia hecha durante la noche, y que estaba sobre la mesa. Al bajar a la calle, preguntamos cuál era el precio de aquella habitación, supimos que costaba quince francos al mes. No tardamos muchos días en conocer perfectamente el tipo de existencia de Z. Marcas. Hacía copias, a tanto el registro sin duda, por cuenta de un amanuense que vivía en el patio de la Sainte-Chapelle[12]: trabajaba durante la mitad de la noche; después de haber dormido de las seis a las diez, volvía a empezar al levantarse, escribía hasta las tres; salía entonces para llevar sus copias y luego iba a comer a la

calle Michel-le-Comte, a Mizerai[13], a razón de nueve *sous* por comida, luego volvía para meterse en la cama hasta las seis. Nos quedó probado que Marcas no pronunciaba quince frases en un mes; no hablaba con nadie, no se decía ni una palabra a sí mismo en su horrible buhardilla.

—Decididamente, las ruinas de Palmira son terriblemente silenciosas –exclamó Juste.

Aquel silencio en un hombre cuyo aspecto exterior era tan imponente tenía algo profundamente significativo. A veces, al toparnos con él, cambiábamos miradas llenas de intención por ambas partes, pero que no fueron seguidas de ningún protocolo. Insensiblemente aquel hombre se convirtió en objeto de una íntima admiración, sin que pudiéramos explicamos la causa. ¿Eran aquellas costumbres secretamente sencillas? ¿Aquella regularidad monástica, aquella frugalidad de solitario, aquel trabajo de bruto que permitía al pensamiento permanecer neutral o ejercitarse, y que revelaba la expectativa de algún suceso feliz o alguna decisión tomada sobre la vida? Después de haber paseado mucho tiempo por las ruinas de Palmira, las olvidamos, ¡éramos tan jóvenes! Luego vino el carnaval, ese carnaval parisino que, de ahora en adelante, hará olvidar el antiguo carnaval de Venecia y que, dentro de unos años, atraerá toda Europa a París, si desafortunados prefectos de policía no se oponen. Se debería tolerar el juego durante el carnaval; pero los necios moralistas que han hecho suprimir el juego[14] son calculadores imbéciles que solo restablecerán esa plaga necesaria cuando se demuestre que Francia se deja millones en Alemania.

Ese alegre carnaval trajo, como a todos los estudiantes, una gran miseria. Nos habíamos deshecho de los objetos de lujo; habíamos vendido nuestros trajes dobles, nuestras dobles botas, nuestros dobles chalecos, todo lo que teníamos repetido, excepto nuestro amigo. Comíamos pan y algo de embutido, andábamos con precaución, nos habíamos puesto a trabajar, debíamos dos meses de alquiler y estábamos seguros de tener cada uno de nosotros en la portería una cuenta de más de sesenta u ochenta líneas cuyo total ascendía a cuarenta o cincuenta francos. Ya no éramos ni bruscos ni joviales cuando cruzábamos el descansillo cuadrado que se encuentra al pie de la escalera, a veces lo franqueábamos de un brinco saltando desde el último peldaño a la calle. El día en que faltó el tabaco para nuestras pipas nos dimos cuenta de que, desde hacía varios días, comíamos el pan sin ninguna clase de mantequilla. La tristeza fue inmensa.

—¡Ya no hay tabaco! –dijo el doctor.

—¡Ni abrigo! –dijo el guardasellos.

—¡Ah, granujas, os habéis vestido de postillones de Longjumeau[15]! ¿Habéis querido disfrazaros de descargadores[16], comer por la mañana y cenar por la noche en *Véry,* algunas veces en el *Rocher de Cancale*[17]! Ahora, ¡a pan seco, señores! Deberíais –dije yo ahuecando la voz– acostaros debajo de vuestras camas, sois indignos de acostaros encima…

—Sí, pero, señor guardasellos, ¡no hay tabaco! –dijo Juste.

—Ha llegado el momento de escribir a nuestras tías, a nuestras madres, a nuestras hermanas, que no tenemos ropa, que andar por París sería capaz de gastar alambre tejido. Resolveremos un bello problema de química cambiando la ropa en dinero.

—Tenemos que vivir hasta que llegue la respuesta.

—Bueno, voy a ir a pedir un préstamo a los amigos que aún no hayan agotado sus capitales.

—¿Qué encontrarás?

—¡Pues diez francos! –respondí con orgullo.

Marcas lo había oído todo; eran las doce de la noche, llamó a nuestra puerta y nos dijo:

—Señores, aquí tienen tabaco; ya me lo devolverán en la primera ocasión.

Nos quedamos estupefactos, no de la oferta, que fue aceptada, sino de la riqueza, de la profundidad y de la plenitud de aquel órgano que solo puede compararse con la cuarta cuerda del violín de Paganini[18]. Marcas desapareció sin esperar a que le diésemos las gracias. Juste y yo nos mirábamos en el mayor silencio. ¡Ser socorridos por alguien evidentemente más pobre que nosotros! Juste se puso a escribir a todos sus familiares, y yo fui a negociar el préstamo. Conseguí veinte francos de un paisano. En aquellos desdichados buenos tiempos todavía se jugaba, y en sus venas, duras como las gangas del Brasil, los jóvenes corrían la posibilidad de ganar, arriesgando poco, algunas monedas de oro. El paisano tenía tabaco turco traído de Constantinopla por un marino, me dio tanto como lo que habíamos recibido de Z. Marcas. Llevé el rico cargamento al puerto y fuimos a devolver triunfalmente al vecino una voluptuosa, una rubia peluca de tabaco turco en lugar de su tabaco de hebra.

—No han querido ustedes deberme nada –dijo–; me devuelven oro por cobre, son unos niños… unos buenos niños…

Estas tres frases, dichas en tonos diferente, fueron acentuadas de forma distinta. Las palabras no importaban, pero el acento… ¡ah!, el acento nos hacía amigos de diez años. Marcas había escondido sus copias al oírnos llegar, comprendimos que hubiera sido indiscreto hablarle de sus medios de subsistencia, y nos avergonzamos de haberle espiado. El armario estaba abierto, solo había dos camisas, una corbata blanca y una navaja de afeitar. Al ver la navaja me recorrió un escalofrío. Junto a la ventana había colgado un espejo que podía valer cien *sous.* Los gestos sencillos y raros de aquel hombre tenían una especie de grandeza salvaje. Nosotros, el doctor y yo, nos miramos como para saber qué debíamos contestar. Al verme cortado, Juste preguntó en tono de broma a Marcas:

—¿El señor cultiva la literatura?

—¡Me he guardado mucho de ello! –respondió Marcas–, no sería tan rico.

—Yo creía –le dije– que, en los tiempos que corren, solo la poesía podía proporcionar a un hombre un alojamiento tan malo como el que todos tenemos.

Mi reflexión hizo sonreír a Marcas, y esa sonrisa prestó gracia a su cara amarilla.

—La ambición no es menos severa en los que no triunfan –dijo–. Por eso, ustedes que están en el comienzo de la vida, ¡vayan por los caminos trillados! No piensen en volverse superiores, ¡estarían perdidos!

—¿No aconseja que nos quedemos en lo que somos? –preguntó sonriendo el doctor.

La juventud tiene en sus bromas una gracia tan comunicativa y tan infantil que la frase de Juste volvió a hacer sonreír a Marcas.

—¿Qué acontecimientos han podido infundirle esa horrible filosofía? –le dije.

—Una vez más he olvidado que el azar es el resultado de una inmensa ecuación cuyas raíces no conocemos en su totalidad. Cuando se parte de cero para llegar a la unidad, las posibilidades son incalculables. Para los ambiciosos, París es una inmensa ruleta, y todos los jóvenes creen encontrar ahí una martingala ganadora.

Nos tendió el tabaco que yo le había dado para invitarnos a fumar con él, el doctor fue a por nuestras pipas, Marcas cargó la suya, luego vino a sentarse en nuestro cuarto trayendo el tabaco; en su habitación no había más que una silla y un sillón. Ligero como una ardilla, Juste bajó y reapareció con un mozo que traía tres botellas de vino de Burdeos, un queso de Brie y pan.

«Bueno –me dije para mis adentros y sin equivocarme en un céntimo–, ¡quince francos!».

En efecto, Juste depositó muy serio cien *sous* sobre la chimenea.

Hay diferencias inconmensurables entre el hombre social y el hombre que vive lo más cerca de la Naturaleza. Una vez. apresado, Toussaint Louverture[19] murió sin proferir una sola palabra. Una vez en su roca, Napoleón parloteó como una cotorra; quiso justificarse[20]. Z. Marcas cometió el mismo error, pero solo en nuestro provecho. El silencio y toda su majestad solo se encuentran en el Salvaje. No hay criminal que, pudiendo dejar caer sus secretos junto con su cabeza en la cesta roja, no sienta la necesidad puramente social de decírselo a alguien. Me equivoco. Hemos visto a uno de los iroqueses del arrabal Saint-Marceau[21] poniendo la naturaleza parisina a la altura de la naturaleza salvaje: un hombre, un republicano, un conspirador, un francés, un anciano ha sobrepasado cuanto conocíamos de la firmeza de los negros, y todo lo que Cooper ha atribuido a los pieles rojas en materia de desdén y de calma en medio de sus derrotas. Morey, ese Guatimozín de la Montaña[22], mantuvo una actitud inaudita en los anales de la justicia europea[23]. Eso fue lo que nos dijo Marcas a lo largo de esa mañana, mezclando su relato con rebanadas de pan untadas de queso y mojadas en vasos de vino. Todo el tabaco se acabó. A veces los coches de punto que cruzaban la plaza del Odéon, los ómnibus que la labraban[24], lanzaban el sordo estruendo de sus ruedas, como para dar testimonio de que París seguía estando allí.

Su familia era de Vitré, su padre y su madre vivían con mil quinientos francos de renta. Había hecho gratuitamente sus estudios en un seminario, y se había negado a

hacerse sacerdote: había sentido en su interior el foco de una ambición excesiva, y había venido a pie a París, a la edad de veinte años, con doscientos francos por todo capital. Había cursado derecho, trabajando al mismo tiempo en el despacho de un procurador del que había llegado a ser primer pasante. Era doctor en derecho, conocía la vieja y la nueva legislación, podía rebatir a los abogados más célebres. Sabía el derecho de gentes y estaba al tanto de todos los tratados europeos y las costumbres internacionales. Había estudiado los hombres y las cosas en cinco capitales: Londres, Berlín, Viena, Petersburgo y Constantinopla. Nadie mejor que él conocía los precedentes de la Cámara. Durante cinco años había sido redactor parlamentario en las Cámaras[25] para un periódico diario. Improvisaba, hablaba admirablemente y podía conversar largo rato con aquella voz graciosa y profunda que nos había impresionado en el alma. Nos demostró, con el relato de su vida, que era un gran orador, orador conciso, grave, y sin embargo de una elocuencia penetrante: tenía algo de Berryer por el ardor, por los movimientos que tanto gustan a las masas; tenía algo del señor Thiers por la sutileza, por la habilidad[26]; pero hubiera sido menos difuso, menos recargado a la hora de concluir: contaba con pasar bruscamente al poder sin verse comprometido por doctrinas necesarias primero a un hombre de oposición y que más tarde molestan al hombre de Estado.

Marcas había aprendido todo lo que un verdadero hombre de Estado debe saber; por eso su asombro fue extremado cuando tuvo ocasión de verificar la profunda ignorancia de los hombres que en Francia llegan a los asuntos públicos. Si en él la vocación le había aconsejado el estudio, la naturaleza se había mostrado pródiga, le había concedido todo lo que no se puede adquirir: una penetración rápida, dominio sobre sí mismo, agilidad de mente, rapidez de juicio, decisión, y, lo que constituye el genio de los hombres: la fecundidad de medios.

Cuando se creyó suficientemente armado, Marcas encontró a Francia presa de las divisiones intestinas nacidas del triunfo de la rama de Orléans sobre la rama primogénita. Evidentemente, el terreno de las luchas políticas ha cambiado. La guerra civil no puede durar mucho tiempo, ya no se hará en las provincias. En Francia no habrá más que una lucha de corta duración, en el seno mismo del gobierno, y que terminará la guerra moral que unas inteligencias de élite habrán hecho antes. Ese estado de cosas durará mientras Francia tenga su singular gobierno, que no tiene analogía con el de ningún país, porque hay menos semejanza entre el gobierno inglés y el nuestro que entre los dos territorios. Así pues, el sitio de Marcas estaba en la prensa política. Pobre y sin posibilidades de hacerse elegir[27], debía hacerse notar súbitamente. Decidió aceptar el sacrificio más costoso para un hombre superior, subordinarse a algún diputado rico y ambicioso para el que trabajó. Nuevo Bonaparte, buscó su Barras[28]; este nuevo Colbert esperaba encontrar su Mazarino. Prestó servicios inmensos; los prestó, pero no se envolvía en ellos, no se hacía el importante, no se quejaba de ingratitud, los prestó con la esperanza de que su protector le colocara en posición de ser elegido diputado: Marcas no deseaba más que el préstamo

necesario para adquirir una casa en París, a fin de satisfacer las exigencia de la ley. Ricardo III no quería otra cosa que su caballo[29].

En tres años, Marcas creó una de las cincuenta pretendidas capacidades políticas que son las raquetas con que dos manos taimadas se devuelven unas a otras las carteras ministeriales, igual que un director de marionetas hace chocar uno contra otro al comisario y a Polichinela en su teatro al aire libre, esperando siempre hacer su recaudación. Ese hombre solo existe gracias a Marcas; pero tiene la inteligencia suficiente para apreciar el valor de su tintorero, para saber que Marcas, una vez llegado, permanecería como un hombre necesario, mientras que él sería deportado a las colonias polares del Luxemburgo. Decidió por lo tanto poner obstáculos invencibles al avance de su director, y ocultó ese pensamiento bajo las fórmulas de una fidelidad absoluta. Como todos los hombres pequeños, supo disimular de maravilla; luego ganó terreno en la carrera de la ingratitud, porque debía matar a Marcas para no ser matado por él. Estos dos hombres, tan unidos en apariencia, se odiaron desde que el uno hubo engañado una vez al otro. El hombre de Estado formó parte de un gobierno, Marcas se quedó en la oposición para evitar que atacaran a su ministro, para quien, mediante una proeza, consiguió los elogios de la oposición. Para librarse de recompensar a su lugarteniente, el hombre de Estado objetó la imposibilidad de colocar de repente y sin hábiles preparativos a un hombre de la oposición. Marcas había contado con un puesto para obtener mediante un matrimonio la elegibilidad tan deseada. Tenía treinta y dos años[30], preveía la disolución de la Cámara. Tras haber pillado al ministro en flagrante delito de mala fe, lo derribó, o al menos contribuyó mucho a su caída, y lo arrastró por el fango.

Para volver al poder, todo ministro caído debe mostrarse temible; aquel hombre, al que la facundia real había embriagado, que se había creído ministro por largo tiempo, reconoció sus errores; al confesarlos, prestó un pequeño favor de dinero a Marcas, que se había endeudado durante aquella lucha. Apoyó al periódico en que Marcas trabajaba e hizo que le diesen la dirección. Sin dejar de despreciar a aquel hombre, Marcas, que en cierto modo recibía sus arras, consintió en fingir que hacía causa común con el ministro caído. Sin descubrir todavía todas las baterías de su superioridad, Marcas avanzó más que la primera vez, mostró la mitad de sus posibilidades; el gobierno solo duró ciento ochenta días[31], fue devorado. Marcas, que estaba en relación con algunos diputados, los había moldeado como pasta, dejando en todos una alta idea de su talento. Su maniquí volvió a formar parte de un gobierno, y el periódico se hizo gubernamental. El ministro unió ese periódico a otro únicamente para anular a Marcas, que, en esa fusión, hubo de ceder el puesto a un competidor rico e insolente, cuyo nombre era conocido y que ya tenía el pie en el estribo. Marcas volvió a caer en la más profunda miseria, su altanero protegido sabía de sobra en qué abismo lo hundía. ¿Dónde ir? Los periódicos gubernamentales, advertidos bajo cuerda, no quisieron saber nada de él. A los periódicos de la oposición les repugnaba recibirlo en sus redacciones. Marcas no podía acercarse ni a

los republicanos ni a los legitimistas, dos partidos cuyo triunfo supondría el derrumbamiento del actual sistema.

—Los ambiciosos aman la actualidad –nos dijo con una sonrisa.

Vivió de algunos artículos sobre empresas comerciales. Trabajó en una de las enciclopedias que la especulación y no la ciencia ha intentado producir[32]. Por último, apareció un periódico que no superó los dos años de vida, pero que aceptó la colaboración de Marcas; entonces, reanudó sus relaciones con los enemigos del ministro, pudo entrar a formar parte del grupo que deseaba la caída del gobierno; y una vez que su piqueta pudo trabajar, la administración resultó demolida.

El periódico de Marcas había muerto hacía seis meses, él no había podido encontrar un empleo en ninguna parte, le hacían pasar por hombre peligroso, la calumnia se cebaba en él; acababa de echar a pique una inmensa operación financiera e industrial con algunos artículos y con un panfleto. Se decía que era el órgano de un banquero que le había pagado espléndidamente, y de quien sin duda esperaba algunos favores como recompensa de su adhesión. Asqueado de los hombres y las cosas, agotado por una lucha de cinco años, Marcas, mirado más como un *condottiero*[33] que como un gran capitán, acorralado por la necesidad de ganarse el pan, lo que le impedía avanzar, desolado ante la influencia de los escudos sobre el pensamiento, presa de la más profunda miseria, se había retirado a su buhardilla ganando treinta *sous* al día, la suma estrictamente imprescindible para cubrir sus necesidades. La meditación había extendido una especie de desierto a su alrededor. Leía los periódicos para estar al corriente de los acontecimientos. Pozzo di Borgo[34] también estuvo así durante algún tiempo. Sin duda, Marcas meditaba el plan de un ataque serio, quizá se acostumbraba al disimulo y se castigaba por sus faltas con un silencio pitagórico[35]. No nos dio las razones de su conducta.

Es imposible contarles las escenas de alta comedia que se ocultan bajo esta síntesis algebraica de su vida: las inútiles guardias hechas al pie de la fortuna que se desvanecía, las largas persecuciones a través de la maleza parisina, las jadeantes carreras del buscador de empleo, las tentativas ensayadas frente a imbéciles, los elevados proyectos que abortaban por el influjo de una mujer inepta, las conferencias con tenderos que querían que sus fondos les reportasen al mismo tiempo palcos de teatro, el título de par y grandes intereses; las esperanzas llegadas a la cima y que caían en el fondo de barrancos; los prodigios realizados para acercar intereses contrarios y que se separan tras haber marchado bien durante una semana; los disgustos mil veces repetidos al ver a un tonto condecorado con la Legión de Honor, y tan ignorante como un empleado, preferido al hombre de talento; luego, lo que Marcas llamaba las estratagemas de la estupidez: se golpea a un hombre, parece convencido, mueve la cabeza, todo va a arreglarse; al día siguiente, esa goma elástica, comprimida durante un momento, ha recuperado durante la noche su consistencia, se ha hinchado incluso, y hay que empezar todo de nuevo; volvéis otra vez a la carga hasta que terminái reconociendo que no estáis tratando con un hombre, sino con

almáciga que se seca al sol.

Estos mil contratiempos, esas inmensas pérdidas de fuerza humana empleada en puntos estériles, la dificultad de realizar el bien, la increíble facilidad de hacer el mal; dos importantes partidas jugadas, dos veces ganadas, dos veces perdidas; el odio de un hombre de Estado, cabeza de madera con máscara pintada y peluca, pero en quien se creía: todas estas grandes y pequeñas cosas habían no desanimado, sino abatido momentáneamente a Marcas. En los días en que el dinero habían entrado en su casa, sus manos no lo habían retenido, se había procurado el celestial placer de enviar todo a su familia, a sus hermanas, a sus hermanos, a su anciano padre. Él, como Napoleón caído, solo necesitaba treinta *sous* al día, y cualquier hombre con energía siempre puede ganar treinta *sous* diarios en París.

Cuando Marcas terminó de contarnos el relato de su vida, relato entremezclado de reflexiones, cortado por máximas y observaciones que denotaban al gran político, bastaron algunas preguntas y algunas respuestas mutuas sobre la marcha de las cosas en Francia y en Europa para que viésemos claro que Marcas era un verdadero estadista, porque los hombres pueden ser juzgados rápida y fácilmente cuando consienten en profundizar en el terreno de las dificultades: existen para los hombres superiores los *Schibboleth*[36], y nosotros éramos de la tribu de los levitas modernos, sin haber entrado todavía en el Templo. Como he dicho, nuestra vida frívola encubría los designios que Juste ha cumplido por su parte y los que yo voy a cumplir en el futuro.

Después de la conversación, los tres salimos y fuimos, en espera de la hora de la comida, a pasear, pese al frío, por el jardín del Luxembourg[37]. Durante ese paseo, la charla, siempre seria, abarcó los dolorosos puntos de la situación política. Cada uno de nosotros aportó su frase, su observación o su palabra, su broma o su máxima. Ya no se trató exclusivamente de la vida de proporciones colosales que acababa de pintarnos Marcas, el soldado de las luchas políticas. Tampoco se trató del horrible monólogo del navegante encallado en la buhardilla de la calle Corneille; fue un diálogo en que dos jóvenes instruidos, tras haber juzgado a su época, trataban de iluminar, bajo la guía de un hombre de talento, su propio futuro.

—¿Por qué –le preguntó Juste– no esperó pacientemente una ocasión, y no imitó al único hombre que ha sabido presentarse después de la revolución de Julio manteniéndose siempre a flote[38]?

—¿No les he dicho que no conocemos todas las raíces del azar? Carrel[39] estaba en una posición idéntica a la de ese orador. Ese sombrío joven, ese espíritu amargo llevaba todo un gobierno dentro de su cabeza; ese del que me hablan no tiene más que la idea de subirse a la grupa detrás de cada acontecimiento; de los dos, Carrel era el hombre fuerte; y bien, el uno se convierte en ministro, Carrel sigue de periodista; el hombre incompleto pero sutil sigue vivo, Carrel muere. Les haré observar que ese hombre ha tardado quince años en hacer su camino, y aún no ha hecho más que camino; puede ser atrapado y triturado entre dos carretas llenas de intrigas en la

carretera del poder. No tiene casa, no tiene como Metternich el palacio del favor, o como Villèle[40] el techo protector de una mayoría compacta. No creo que dentro de diez años subsista la forma actual. Así pues, suponiendo para mí esa triste suerte, ya no estoy a tiempo, porque, para no ser barrido en el movimiento que preveo, ya debería haber alcanzado una posición superior.

—¿Qué movimiento? –preguntó Juste.

—AGOSTO de 1830 –respondió Marcas en un tono solemne extendiendo la mano hacia París–, AGOSTO hecho por la juventud que ató la gavilla, hecho por la inteligencia que había madurado la mies, se ha olvidado de la juventud y de la inteligencia. La juventud estallará como la caldera de una máquina de vapor. La juventud no tiene salida en Francia, amasa una avalancha de capacidades desconocidas, de ambiciones legítimas e inquietas, se casan poco, las familias no saben qué hacer de sus hijos; cuál será el ruido que ponga en movimiento a esas masas, no lo sé; pero se precipitarán contra el actual estado de cosas y lo trastornarán. Hay leyes de fluctuación que rigen las generaciones, y que el imperio romano no supo ver cuando los bárbaros llegaron. Hoy los bárbaros son las inteligencias. Las leyes del hartazgo actúan en este momento lenta, sordamente entre nosotros. El gobierno es el gran culpable, desconoce los dos poderes a los que debe todo, se ha dejado atar las manos por los absurdos del contrato, y está preparado como una víctima. Luis XIV, Napoleón, Inglaterra estaban y están ávidos de juventud inteligente. En Francia está condenada por la nueva legalidad, por las malas condiciones del principio electivo, por los vicios de la constitución gubernamental. Al examinar la composición de la Cámara electiva, no encontráis en ella ningún diputado de treinta años: la juventud de Richelieu y la de Mazarino, la juventud de Turena y la de Colbert, la juventud de Pitt y la de Saint-Just, la de Napoleón y la del príncipe de Metternich no encontrarían ahí sitio. Burke, Sheridan y Fox podrían sentarse allí[41]. Se habría podido situar la mayoría política en los veintiún años y desgravar la elegibilidad de cualquier tipo de condición, los departamentos no habrían elegido más que a los diputados actuales, gentes sin ningún talento político, incapaces de hablar sin destrozar la gramática, y entre los cuales, al cabo de diez años, apenas hemos encontrado un estadista. Son fáciles de adivinar los motivos de una circunstancia futura, pero no se puede prever la circunstancia en sí. En este momento, empujan a toda la juventud a que se haga republicana, porque querrá ver en la república su emancipación. ¡Se acordará de los jóvenes representantes del pueblo y de los jóvenes generales! La imprudencia del gobierno[42] solo es comparable a su avaricia.

Esa jornada tuvo repercusión en nuestra existencia; Marcas reafirmó nuestras resoluciones de abandonar Francia, donde las inteligencias jóvenes, llenas de energía, se encuentran aplastadas bajo el peso de mediocridades recién llegadas, envidiosas e insaciables. Cenamos juntos en la calle de la Harpe[43]. De nosotros a él, hubo desde entonces el más respetuoso afecto; de él a nosotros, la protección más activa en la

esfera de las ideas. Aquel hombre lo sabía todo, había profundizado en todo. Estudió para nosotros el globo político y buscó el país donde las posibilidades fueran a un tiempo más numerosas y más favorables al triunfo de nuestros planes. Nos marcaba los puntos hacia los que debían tender nuestros estudios; nos hizo apresurarnos, explicándonos el valor del tiempo, haciéndonos comprender que la emigración terminaría por llegar, que su efecto sería arrebatar a Francia la crema de su energía, de sus espíritus jóvenes, que esas inteligencias necesariamente hábiles elegirían los mejores puestos, y que se trataba de ser los primeros en llegar a ellos. Desde entonces velamos con mucha frecuencia a la luz de una lámpara. Ese generoso maestro escribió para nosotros algunas memorias, dos para Juste y tres para mí, que son admirables instrucciones de esas enseñanzas que solo la experiencia puede dar, de esos jalones que únicamente el genio sabe plantear. Hay en esas páginas perfumadas de tabaco, llenas de caracteres de una cacografía[44] casi jeroglífica, indicaciones de fortuna, y predicciones seguras. Hay en ellas presunciones sobre ciertos puntos de América y de Asia, que, después o antes de que Juste y yo hubiéramos podido partir, se han cumplido.

Marcas estaba, como nosotros por otra parte, en la más completa miseria; se ganaba bien su vida diaria, pero no tenía ni camisas, ni ropa, ni calzado. No se consideraba mejor de lo que era; había soñado con el lujo cuando soñó con el ejercicio del poder. Por eso no se veía a sí mismo como el auténtico Marcas. Abandonaba su forma al capricho de la vida real. Vivía por el soplo de su ambición, soñaba con la venganza y se reprochaba a sí mismo entregarse a un sentimiento tan vacío. El verdadero estadista debe ser indiferente, sobre todo, a las pasiones vulgares; debe, como el sabio, apasionarse únicamente por las cosas de su ciencia. Fue en esos días de miseria cuando Marcas nos pareció grande e incluso terrible; había algo de espantoso en su mirada, que contemplaba un mundo distinto del que impresiona los ojos de los hombres corrientes. Era para nosotros un tema de estudio y de asombro, pues la juventud (¿quién de nosotros no lo ha experimentado?), la juventud siente una intensa necesidad de admiración; le gusta entregarse, se inclina por naturaleza a subordinarse a los hombres que cree superiores, del mismo modo que se sacrifica por las grandes cosas. Nuestro asombro se veía excitado sobre todo por su indiferencia en materia de sentimientos: la mujer no había perturbado nunca su vida. Cuando hablamos de ese eterno tema de conversación entre franceses, se limitó a decirnos: «¡Los vestidos cuestan demasiado caros!». Vio la mirada que Juste y yo cambiamos, y entonces prosiguió: «Sí, demasiado caros. La mujer que uno compra, y es la más barata, quiere mucho dinero; ¡la que se entrega, se lleva todo nuestro tiempo! La mujer apaga toda actividad, toda ambición, Napoleón la había reducido a lo que debe ser. Desde este punto de vista, fue grande, no se entregó a las ruinosos caprichos de Luis XIV y de Luis XV; pero, sin embargo, amó en secreto».

Descubrimos que, como Pitt, que se había dado a Inglaterra por mujer, Marcas llevaba Francia en su corazón; era idólatra de su patria; no había uno solo de sus

pensamientos que no fuera para el país. Su rabia ante la idea de tener en sus manos el remedio del mal cuya virulencia lo entristecía y de no poder aplicarlo, le roía incesantemente; pero esa rabia se veía aumentada por el estado de inferioridad de Francia frente a Rusia e Inglaterra. ¡Francia en tercer lugar! Este grito reaparecía siempre en sus conversaciones. La enfermedad intestina del país había pasado a sus entrañas. Calificaba de bromas de portero las luchas de la corte con la Cámara, y que revelaban tantos cambios, tantas incesantes agitaciones, que perjudican la prosperidad del país.

—Nos dan la paz gastando por anticipado el porvenir –decía.

Una noche, Juste y yo estábamos entretenidos y sumidos en el más profundo silencio. Marcas se había levantado para trabajar en sus copias, pues había rechazado nuestros servicios a pesar de las instancias más vivas. Nos habíamos ofrecido a copiar por turno su tarea a fin de que solo tuviera que hacer la tercera parte de su insulso trabajo; se había molestado, no insistimos. Oímos un ruido de botas finas en nuestro pasillo y alzamos la cabeza mirándonos. Llaman a la puerta de Marcas, que siempre dejaba la llave en la cerradura. Oímos a nuestro gran hombre decir:

—¡Entre! –y luego–: ¿Usted aquí, señor?

—Yo mismo –respondió el antiguo ministro.

Era el Diocleciano[45] del mártir desconocido. Nuestro vecino y aquel hombre hablaron durante un tiempo en voz baja. De pronto, Marcas, cuya voz apenas se había dejado oír, como ocurre en una entrevista en la que el solicitante empieza por exponer los hechos, estalló de repente ante una propuesta que desconocíamos.

—Se burlaría usted de mí –dijo– si le creyese. Los jesuitas ha pasado, pero el jesuitismo es eterno. Usted no tiene buena fe ni en su maquiavelismo ni en su generosidad; sabe contar con los demás, pero los demás no saben en qué se puede contar con usted. Su corte está compuesta por lechuzas que tienen miedo a la luz, de viejos que tiemblan ante la juventud o que no se preocupan por ella. El gobierno sigue el modelo de la corte. Usted ha ido a buscar los restos del Imperio, del mismo modo que la Restauración alistó a los volatineros de Luis XIV[46]. Hasta ahora se han tomado los retrocesos del miedo y la cobardía por maniobras de habilidad; pero llegarán los peligros, y la juventud surgirá como en 1790. Ella ha sido la que ha hecho las bellas cosas de esta época. En este momento, cambia usted ministros como un enfermo cambia de lado en su cama. Esas oscilaciones revelan la decrepitud de su gobierno. Tiene un sistema de artimañas políticas que se volverá contra usted, porque Francia se cansará de esas hipocresías escobaristas[47]. Francia no le dirá que está cansada, nunca se sabe cómo se perece, los motivos son tarea del historiador; pero usted perecerá desde luego por no haber pedido a la juventud de Francia sus fuerzas y su energía, su abnegación y su ardor; por haber odiado a las gentes capaces, por no haberlas escogido con amor en esa hermosa generación, por haber elegido la mediocridad en todo. Viene a pedirme mi apoyo; pero usted pertenece a esa masa decrépita que el interés vuelve odiosa, que tiembla, que se encoge y que, porque se

empequeñece, quiere empequeñecer a Francia. Mi fuerte temperamento y mis ideas serían para usted el equivalente de un veneno; me ha engañado dos veces, dos veces le he derribado, lo sabe. Unimos por tercera vez debe ser algo serio. Yo me mataría si me dejase engañar, porque desesperaría de mí mismo: no sería usted el culpable, lo sería yo.

Oímos entonces las palabras más humildes, la súplica más ferviente de no privar al país de talentos superiores. Se habló de patria, Marcas soltó un ¡uf!, ¡uf! significativo, se burlaba de su pretendido patrón. El estadista se volvió más explícito; reconoció la superioridad de su antiguo consejero, se comprometía a ponerlo en condiciones de quedarse en la administración, de llegar a ser diputado; luego le propuso un cargo eminente, diciéndole que, en adelante, él, el ministro, se subordinaría a aquel de quien ya no podía ser otra cosa que el lugarteniente. Figuraba en la nueva reestructuración del gobierno, y no quería volver al poder sin que Marcas tuviera un puesto adecuado a su mérito; había hablado de esa condición, Marcas había sido comprendido como una necesidad.

Marcas se negó.

—Nunca he estado en situación siquiera de cumplir mis compromisos, aquí tiene una ocasión para que yo sea fiel a mis promesas, y usted la desperdicia.

Marcas no respondió a esta última frase. Las botas hicieron su ruido en el pasillo, y el ruido se dirigió hacia la escalera.

—¡Marcas! ¡Marcas! –gritamos nosotros dos precipitándonos en su cuarto–, ¿por qué negarse! Él hablaba de buena fe. Sus condiciones son honorables. Además, verá usted a los ministros.

En un abrir y cerrar de ojos dimos cien razones a Marcas: el acento del futuro ministro era auténtico; sin verle, habíamos juzgado que no mentía.

—No tengo frac –nos respondió Marcas.

—Cuente con nosotros –le dijo Juste mirándome.

Marcas tuvo el coraje de confiar en nosotros, brotó una chispa de sus ojos, se mesó los cabellos, se descubrió la frente con uno de esos gestos que demuestran convicción en la felicidad y, cuando por así decir desveló su faz, vimos a un hombre que nos resultaba totalmente desconocido: Marcas sublime, Marcas en el poder, el espíritu en su elemento, el pájaro devuelto al aire, el pez de nuevo en el agua, el caballo galopando en su estepa. Fue pasajero; la frente se nubló, tuvo como una visión de su destino. La Duda renqueante siguió de cerca a la Esperanza de blancas alas. Dejamos al hombre entregado a sí mismo.

—¡Ah!, bueno le dije al doctor–, nosotros hemos prometido, pero ¿cómo hacemos?

—Pensemos en ello mientras dormimos –me respondió Juste–, y mañana por la mañana nos comunicaremos nuestras ideas.

A la mañana siguiente fuimos a dar una vuelta por el Luxembourg.

Habíamos tenido tiempo de pensar en el acontecimiento de la víspera y tanto uno

como otro estábamos tan sorprendidos de la poca mundología de Marcas en las pequeñas miserias de la vida, él, que no tenía la menor dificultad para solucionar los problemas más elevados de la política racional o de la política material. Pero todas estas naturalezas elevadas son susceptibles de tropezar con granos de arena, de malograr las más bellas empresas por falta de mil francos. Es la historia de Napoleón que, por no tener botas, no partió a la conquista de la India[48].

—¿Qué se te ha ocurrido? –me dijo Juste.

—He encontrado el modo de conseguir a crédito un traje completo.

—¿Dónde?

—En casa de Humann[49].

—¿Cómo?

—Humann, amigo mío, no va nunca a casa de sus clientes, los clientes van a la suya, de modo que no sabe si soy rico; solo sabe que soy elegante y que llevo bien los trajes que me hace; voy a decirle que me ha caído de provincias un tío cuya indiferencia en materia indumentaria me causa un perjuicio infinito entre la buena sociedad, donde trato de casarme: no sería Humann si mandase la factura antes de tres meses.

Al doctor le pareció esta idea excelente para un vodevil, pero detestable en la realidad de la vida, y dudó de su éxito. Pero, se lo juro, Humann vistió a Marcas y, como artista que es, supo vestirlo como un político debe ser vestido.

Juste ofreció doscientos francos en oro a Marcas, producto de dos relojes comprados a crédito y empeñados en el monte de piedad. Yo no había dicho nada de seis camisas, de toda la ropa interior necesaria, y que solo me costó el placer de pedírsela a la encargada de una camisería con la que había bailado en el Musard durante el carnaval. Marcas lo aceptó todo sin agradecérnoslo más de lo que debía. Se limitó a preguntarnos por los medios que nos habían permitido entrar en posesión de aquellas riquezas, y nosotros le hicimos reír por última vez. Mirábamos a nuestro Marcas como unos armadores que han agotado todo su crédito y todos sus recursos para equipar un navío deben mirarlo al hacerse a la vela.

Aquí Charles se calló, pareció embargado por sus recuerdos.

—Y bien –le gritaron–, ¿qué ocurrió?

—Voy, a decírselo en dos palabras, porque no es una novela sino una historia. No volvimos a ver a Marcas: el ministerio duró tres meses, pereció después de la sesión. Marcas volvió a nosotros sin un céntimo, agotado de trabajo. Había sondeado el cráter del poder; volvía con un principio de fiebre nerviosa. La enfermedad hizo rápidos progresos, nosotros lo cuidamos. Al principio, Juste trajo al médico jefe del hospital donde había entrado como interno. Yo, que entonces vivía solo en la habitación, fui el más solícito de los enfermeros, pero los cuidados y la ciencia, todo fue inútil. En el mes de enero de 1838, Marcas sintió que solo le quedaban unos días de vida. El estadista al que durante seis meses había servido de alma no vino a verle, no envió siquiera a nadie para enterarse de su estado. Marcas nos manifestó el más

profundo desprecio por el gobierno; nos pareció que dudaba de los destinos de Francia, y esa duda había causado su enfermedad. Habría creído ver la traición en el corazón del poder, no una traición palpable, perceptible, resultante de los hechos, sino una traición producida por un sistema, por un sometimiento de los intereses nacionales a un solo egoísmo. Bastaba su convicción en el envilecimiento del país para que la enfermedad se agravase. Fui testigo de las propuestas que le fueron hechas por uno de los jefes del sistema opuesto al que había combatido. Su odio por aquellos a los que habían intentado servir era tan violento que hubiera consentido alegremente en entrar en la coalición[50] que empezaba a formarse entre los ambiciosos, en quienes al menos existía una idea, la de sacudir el yugo de la corte. Pero Marcas respondió al negociador la frase del Hôtel de Ville: «¡Es demasiado tarde![51]».

«Marcas no dejó dinero para ser enterrado, a Juste y a mí nos costó gran trabajo evitarle la vergüenza del carro de los pobres, y los dos, solos, seguimos el ataúd de Z. Marcas, que fue arrojado en la fosa común del cementerio de Montparnasse».

Todos nos miramos tristemente al escuchar el relato, el último de los que nos hizo Charles Rabourdin[52] la víspera del día en que embarcó en un brick, en el Havre, para las islas de Malasia, pues conocíamos a más de un Marcas, a más de una víctima de esa abnegación política recompensada con la traición o con el olvido.

En Les Jardies, mayo de 1840.

UNA PASIÓN EN EL DESIERTO

—Este espectáculo es espantoso –exclamó ella saliendo de la casa de fieras del señor Martin[1].

Acababa de contemplar a ese osado especulador *trabajando* con su hiena, por hablar en estilo de anuncio.

—¿Por qué medios –continuó ella– puede haber domesticado a sus animales hasta el punto de estar lo bastante seguro de su afecto como para…?

—Ese hecho, que a usted le parece un problema –respondí yo interrumpiéndola–, es sin embargo una cosa natural…

—¡Oh! –exclamó dejando vagar sobre sus labios una sonrisa indescriptible.

—¿Cree que los animales están totalmente desprovistos de pasiones? –le pregunté–; pues sepa que podemos transmitirles todos los vicios debidos a nuestro estado de civilización.

Ella me miró con aire asombrado.

—Pero –continué–, al ver al señor Martin por primera vez, confieso que, como a usted, se me ha escapado una exclamación de sorpresa. Me encontraba entonces al lado de un antiguo militar amputado de la pierna derecha que había entrado conmigo. Su rostro me había impresionado. Era una de esas cabezas intrépidas, marcadas por el sello de la guerra y sobre la que están escritas las batallas de Napoleón. Ese viejo soldado tenía sobre todo un aire de sinceridad y de alegría que siempre me predispone favorablemente. Era sin duda uno de esos veteranos a los que nada sorprende, que encuentran motivo de risa en la última mueca de un camarada, lo entierran o le despojan alegremente, interpelan a las balas con autoridad, cuyas deliberaciones, en resumen, son breves y que confraternizarían con el diablo. Después de haber mirado muy atentamente al propietario de las fieras en el momento en que salía del palco, mi compañero frunció los labios como para expresar un desdén burlón por esa especie de significativa mueca que se permiten los hombres superiores para hacerse distinguir de los ingenuos. Por eso, cuando yo manifesté mi asombro ante el valor del señor Martin, él sonrió y me dijo con un aire de suficiencia meneando la cabeza: «¡Muy visto!».

—¿Cómo que muy visto? –le respondí–. Si quiere explicarme ese misterio, le quedaría muy agradecido.

Tras unos instantes durante los cuales nos presentamos, fuimos a cenar al primer restaurante que se ofreció a nuestras miradas. A los postres, una botella de champán devolvió a los recuerdos de aquel curioso soldado toda su claridad. Me contó su historia y vi que había tenido razón al exclamar: *¡Muy visto!*

De vuelta en su casa, ella me hizo tantas zalamerías, tantas promesas, que consentí en escribirle la confidencia del soldado. Al día siguiente recibió, pues, este

episodio de una epopeya que podría titularse: *Los franceses en Egipto.*

Durante la expedición emprendida en el Alto Egipto por el general Desaix[2], un soldado provenzal que había caído en poder de los magrebíes[3], fue llevado por estos árabes a los desiertos situados al otro lado de las cataratas del Nilo. A fin de poner entre ellos y el ejército francés suficiente espacio para su tranquilidad, los magrebíes hicieron una marcha forzada y solo se detuvieron por la noche. Acamparon alrededor de un pozo oculto por palmeras, junto a las que anteriormente habían enterrado algunas provisiones. Como no suponían que la idea de huir pudiera ocurrírsele a su prisionero, se contentaron con atarle las manos y todos se durmieron después de haber comido unos cuantos dátiles y dado cebada a sus caballos. Cuando el audaz provenzal vio a sus enemigos sin posibilidad de vigilarlo, se sirvió de los dientes para apoderarse de una cimitarra; luego, ayudándose con las rodillas para sujetar la hoja, cortó las cuerdas que le impedían el uso de sus manos y se encontró libre. Acto seguido se apoderó de una carabina y de un puñal, se hizo con una provisión de dátiles secos, un saquito de cebada, pólvora y balas; se ciñó una cimitarra, montó en un caballo y picó espuelas rápidamente en la dirección en que supuso que debía estar el ejército francés. Impaciente por ver de nuevo un vivac, espoleó tanto al corcel ya fatigado que el pobre animal expiró, con los ijares reventados, dejando al francés en medio del desierto.

Después de haber caminado durante un tiempo por la arena con todo el valor de un forzado que se evade, el soldado se vio obligado a detenerse a la caída de la luz. A pesar de la belleza del cielo durante las noches en Oriente, no se sintió con fuerzas para continuar su camino. Por suerte había podido alcanzar una eminencia en cuya cima se alzaban algunas palmeras cuyos follajes, vistos desde hacía rato, habían despertado en su corazón las más dulces esperanzas. Su cansancio era tan grande que se tumbó sobre una piedra de granito, caprichosamente tallada en forma de catre de campaña y se durmió sin tomar ninguna precaución para su defensa durante el sueño. Había hecho el sacrificio de su vida. Su último pensamiento fue incluso de pesar. Desde que estaba lejos de ellos y sin socorros, se arrepentía de haber abandonado a los magrebíes, cuya vida errante empezaba a sonreírle. Fue despertado por el sol, cuyos despiadados rayos, cayendo a plomo sobre el granito, producían un calor intolerable. El provenzal había cometido la torpeza de colocarse en sentido inverso a la sombra proyectada por las cabezas verdeantes y majestuosas de las palmeras… Miró aquellos árboles solitarios, ¡y se estremeció!, le recordaron los fustes elegantes y coronados de largas hojas que distinguen las columnas sarracenas de la catedral de Arlés[4]. Pero cuando, después de haber contado las palmeras, lanzó una mirada a su alrededor, su alma se vio invadida por la más horrible desesperación. Veía un océano sin límites. Las arenas negruzcas del desierto se extendían hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones, y resplandecían como una hoja de acero herida por una

viva luz. No sabía si era un mar de hielos o lagos unidos como un espejo. Arrastrado en oleadas, un vapor de fuego se arremolinaba por encima de aquella tierra movediza. El cielo tenía un fulgor oriental de una pureza desesperante, porque no deja desear nada a la imaginación. El cielo y la tierra ardían. El silencio espantaba con su majestad salvaje y terrible. El infinito, la inmensidad, oprimían el alma desde todas partes: ni una nube en el cielo, ni una brisa en el aire, ni un accidente en el seno de la arena agitada por pequeñas olas menudas; en resumen, el horizonte terminaba, como en el mar cuando hace buen tiempo, en una línea de luz tan delgada como el filo de un sable. El provenzal abrazó el tronco de una de las palmeras como si hubiera sido el cuerpo de un amigo; luego, al abrigo de la sombra mezquina y recta que el árbol dibujaba sobre el granito, lloró, se sentó y permaneció allí, contemplando con profunda tristeza la escena implacable que se ofrecía a sus miradas. Gritó como para tentar a la soledad. Su voz, perdida en las cavidades de la eminencia, devolvió a lo lejos un sonido débil que no despertó ningún eco; el eco estaba en su corazón: el provenzal tenía veintidós años, cargó su carabina.

«¡Siempre habrá tiempo!» –se dijo depositando en el suelo el arma liberadora.

Mirando alternativamente el espacio negruzco y el espacio azul, el soldado pensaba en Francia. Sentía con delicia el olor de los arroyos de París, recordaba las ciudades por las que había pasado, los rostros de sus camaradas y las más leves circunstancias de su vida. En resumen, su imaginación meridional no tardó en hacerle ver los guijarros de su querida Provenza en los juegos del calor que ondulaba por encima del mantel extendido en el desierto. Temiendo todos los peligros de ese cruel milagro, descendió la vertiente opuesta por la que había subido, la víspera, a la colina. Fue grande su alegría al descubrir una especie de gruta, tallada naturalmente en los inmensos fragmentos de granito que formaban la base de aquel montículo. Los restos de una estera anunciaban que aquel asilo había sido habitado en el pasado. Luego, a unos cuantos pasos, vio unas palmeras cargas de dátiles. Entonces despertó en su corazón el instinto que nos une a la vida. Esperó vivir lo bastante para aguardar a que pasasen algunos magrebíes, o quizá no tardaría en oír el ruido de los cañones, pues, en aquel momento, Bonaparte recorría Egipto. Reanimado por este pensamiento, el francés hizo caer algunos racimos de frutos maduros bajo cuyo peso las datileras parecían doblegarse, y tuvo la certeza, al saborear aquel inesperado maná, de que el habitante de la gruta había cultivado las palmeras. La carne sabrosa y fresca del dátil revelaba, en efecto, los cuidados de su predecesor. El provenzal pasó súbitamente de una sombría desesperación a una alegría casi enloquecida. Volvió a subir a lo alto de la colina y durante el resto del día se dedicó a cortar una de las palmeras infecundas que, la víspera, le habían servido de techo. Un vago recuerdo le hizo pensar en los animales del desierto; y, previendo que podrían venir a beber en la fuente perdida en las arenas que aparecían al pie de los pedazos de roca, resolvió protegerse de sus visitas poniendo una barrera en la puerta de su ermita. A pesar de su ardor, a pesar de las fuerzas que le dio el miedo a ser devorado mientras dormía, le

fue imposible cortar la palmera en varios trozos a lo largo de la jornada; pero consiguió abatirla. Cuando, al atardecer, ese rey del desierto cayó, el ruido de su caída resonó a lo lejos, y fue como un gemido lanzado por la soledad; el soldado se estremeció como si hubiera oído una voz que le predecía una desgracia. Pero, como un heredero que no se lamenta mucho tiempo por la muerte de un pariente, despojó aquel hermoso árbol de las anchas y altas hojas verdes que son su ornamento poético, y las utilizó para reparar la estera sobre la que iba a tumbarse. Fatigado por el calor y el trabajo, se durmió bajo los artesonados rojos de su húmeda gruta. En mitad de la noche su sueño fue turbado por un ruido extraordinario. Se incorporó, y el profundo silencio que reinaba le permitió reconocer el acento alternativo de una respiración cuya salvaje energía no podía pertenecer a una criatura humana. Un profundo miedo, que aumentaban la oscuridad, el silencio y las fantasías de su despertar, le heló el corazón. Sintió levemente incluso la dolorosa contracción de su cabellera cuando, a fuerza de dilatar las pupilas, vislumbró en la sombra dos débiles resplandores amarillos. Al principio atribuyó aquellas luces a algún reflejo de sus pupilas; pero pronto el vivo resplandor de la noche le ayudó a distinguir gradualmente los objetos que se encontraban en la gruta, y vio un enorme animal acostado a dos pasos de él. ¿Era un león, un tigre, un cocodrilo? El provenzal no poseía la suficiente instrucción para saber en qué subgénero estaba clasificado su enemigo; pero su espanto fue tanto más violento cuanto que su ignorancia le hizo suponer todas las desgracias juntas. Soportó el cruel suplicio de escuchar, de captar los caprichos de aquella respiración, sin perderse nada y sin atreverse a permitirse el menor movimiento. Un olor tan fuerte como el exhalado por los zorros, pero más penetrante, más grave, por así decir, invadía la gruta; y cuando el provenzal lo hubo degustado con la nariz, su terror llegó al colmo, pues ya no podía poner en duda la existencia del terrible compañero cuyo antro regio le servía de vivac. Pronto los reflejos de la luna, que se precipitaban hacia el horizonte iluminando la madriguera, hicieron resplandecer poco a poco la piel manchada de una pantera. Aquel león de Egipto dormía, enrollado como un perro enorme, apacible poseedor de una perrera suntuosa a la puerta de un palacio; sus ojos, abiertos durante un momento, se habían cerrado de nuevo. Tenía la cara vuelta hacia el francés. Mil pensamientos confusos pasaron por el alma del prisionero de la pantera; al principio quiso matarla de un disparo; pero se dio cuenta de que no había suficiente espacio entre ella y él para apuntar, el cañón habría sobrepasado al animal. ¿Y si se despertaba? Esta hipótesis lo inmovilizó. Al escuchar latir su corazón en medio del silencio, maldecía las pulsaciones demasiado fuertes que la afluencia de la sangre le producía, temiendo turbar aquel sueño que le permitía buscar un recurso salvador. Echó mano dos veces a su cimitarra con el propósito de cortar la cabeza a su enemigo; pero la dificultad de cortar un pelo corto y duro le obligó a renunciar a su audaz proyecto. «Fallar sería morir con toda seguridad», pensó. Prefirió las oportunidades de un combate, y decidió esperar a que amaneciese. Y el amanecer no se hizo desear mucho tiempo. El francés pudo examinar entonces a la pantera; tenía el

hocico tinto de sangre. «¡Ha comido bien!… –pensó sin inquietarse de si el festín había estado compuesto por carne humana–, no tendrá hambre cuando se despierte».

Era una hembra. La piel del vientre y de los muslos brillaba de blancura. Varias manchitas, parecidas a terciopelo, formaban preciosos brazaletes alrededor de las patas. La cola musculosa era también blanca, pero rematada por anillos negros. La parte superior del pelaje, amarilla como el oro mate, pero muy lisa y suave, llevaba esas manchas características, matizadas en forma de rosas, que sirven para distinguir a las panteras de las demás especies de *felis*[5]. Aquella tranquila y temible huésped roncaba en una postura tan graciosa como la de una gata acostada en el cojín de una otomana. Sus ensangrentadas patas, nerviosas y bien armadas, estaban estiradas por delante de su cabeza, que reposaba encima, y de la que partían esas cerdas ralas y rectas que semejan hilos de plata. Si hubiera estado así en una jaula, el provenzal habría admirado desde luego la esbeltez de aquel animal y los vigorosos contrastes de los vivos colores que daban a su toga un brillo imperial; pero en ese momento su vista se hallaba turbada ante aquel aspecto siniestro. La presencia de la pantera, incluso dormida, le hacía sentir el efecto que los ojos magnéticos de la serpiente producen, según dicen, sobre el ruiseñor. El valor del soldado terminó por desvanecerse un momento ante aquel peligro, mientras que se habría exaltado, sin duda, bajo la boca de los cañones vomitando metralla. Sin embargo, una idea intrépida se abrió paso en su alma, y agotó, en su fuente, el sudor frío que le caía de la frente. Actuando como los hombres que, instigados por la desgracia llegan a desafiar a la muerte y se ofrecen a sus golpes, vivió sin darse cuenta una tragedia en esa situación, y decidió desempeñar en ella su papel con honor hasta la última escena.

«Anteayer, los árabes quizá me habrían matado»…, se dijo. Dándose por muerto, esperó valientemente y con una curiosidad inquieta a que su enemigo despertase. Cuando salió el sol, la pantera abrió los ojos de repente; luego extendió con violencia sus patas, como para desentumecerlas y eliminar los calambres. Finalmente bostezó, mostrando así el espantoso aparato de sus dientes y su lengua hendida, tan dura como un rallador. «¡Es como una queridita!…», pensó el francés al verla revolcarse y hacer los movimientos más suaves y coquetones. Se lamió la sangre que teñía sus patas, su hocico, y se rascó la cabeza con repetidos gestos llenos de gracia. «¡Bien!… ¡aséate un poco!… –se dijo el francés, que recuperó su alegría al recobrar el valor–, vamos a darnos los buenos días». Y cogió el pequeño puñal que había quitado a los magrebíes.

En ese momento la pantera volvió la cabeza hacia el francés y lo miró fijamente sin avanzar. La rigidez de aquellos ojos metálicos y su insoportable claridad hicieron temblar al provenzal, sobre todo cuando el animal avanzó hacia él; pero la contempló con aire cariñoso y clavándole los ojos como para magnetizarla; la dejó llegar a su lado; luego, con un movimiento tan dulce, tan amoroso como si hubiera querido acariciar a la mujer más bonita, le pasó la mano por todo el cuerpo, de la cabeza a la cola, rascando con sus uñas las flexibles vértebras que dividían el lomo amarillo de la pantera. El animal levantó voluptuosamente la cola, sus ojos se dulcificaron; y

cuando, por tercera vez, el francés repitió aquel halago interesado, dejó oír uno de esos ronroneos con los que nuestros gatos expresan placer; pero aquel murmullo partía de un gaznate tan poderoso y tan profundo que resonó en la gruta como los últimos estruendos de los órganos en una iglesia. Comprendiendo la importancia de sus caricias, el provenzal las redobló con la intención de aturdir, de adormecer a la imperiosa cortesana. Cuando se creyó seguro de haber extinguido la ferocidad de su caprichosa compañera, cuya hambre había sido tan felizmente saciada la víspera, se levantó y quiso salir de la gruta; la pantera le dejó irse, pero, cuando ya había subido la colina, saltó con la ligereza de los gorriones que saltan de una rama a otra, y fue a frotarse contra las piernas del soldado arqueando el lomo a la manera de las gatas. Luego, mirando a su huésped con unos ojos cuyo brillo se había vuelto menos inflexible, lanzó ese grito salvaje que los naturalistas comparan con el ruido de una sierra.

«¡Es exigente!», se dijo el francés sonriendo. Probó a jugar con las orejas, a acariciarle el vientre y a rascarle fuertemente la cabeza con las uñas. Y, al darse cuenta de su éxito, le cosquilleó el cráneo con la punta del puñal, acechando el momento de matarla; pero la dureza de los huesos le hizo temblar ante la idea de no conseguirlo.

La sultana del desierto aceptó la habilidad de su esclavo alzando la cabeza, estirando el cuello, revelando su embriaguez en la tranquilidad de su actitud. El francés pensó de pronto que, para asesinar de un solo golpe a la feroz princesa, había que apuñalarla en la garganta, y ya levantaba la hoja cuando la pantera, saciada sin duda, se tendió graciosamente a sus pies lanzando de vez en cuando unas miradas en las que, a pesar de su innata dureza, se pintaba de forma confusa la benevolencia. El pobre provenzal se comió sus dátiles, recostado en una de las palmeras; pero lanzaba sucesivamente una mirada inquisitiva al desierto en busca de sus liberadores, y a su terrible compañera para acechar su insegura clemencia. La pantera miraba el punto en que caían los huesos de dátil cada vez que él arrojaba uno, y entonces sus ojos expresaban una increíble desconfianza. Examinaba al francés con una prudencia comercial; pero aquel examen le fue favorable, porque, cuando hubo acabado su miserable comida, le lamió los zapatos y, con una lengua ruda y fuerte, quitó milagrosamente el polvo incrustado en los pliegues.

«Pero ¿cuándo tenga hambre?…», pensó el provenzal. Pese al escalofrío que le causó la idea, el soldado, curioso, se puso a medir las proporciones de la pantera, desde luego uno de los más bellos individuos de la especie, pues tenía tres pies de alto y cuatro de largo, sin incluir la cola. Esta poderosa arma, redonda como una porra, tenía casi tres pies de alto. La cabeza, tan gruesa como la de una leona, se distinguía por una rara expresión de refinamiento; dominaba en ella, desde luego, la fría crueldad de los tigres, pero también tenía un vago parecido con la fisonomía de una mujer artificiosa. Por último, la figura de aquella reina solitaria revelaba en aquel momento una especie de alegría semejante a la de Nerón borracho: había apagado su

sed en la sangre y quería jugar. El soldado probó a ir y venir, la pantera lo dejó libre, limitándose a seguirlo con la vista, pareciéndose así menos a un perro fiel que a un gordo gato de angora inquieto por todo, incluso por los movimientos de su amo. Cuando se volvió, vio junto a la fuente los restos de su caballo, la pantera había arrastrado hasta allí su cadáver. Aproximadamente dos terceras partes habían sido devoradas. El espectáculo tranquilizó al francés. Le resultó fácil explicarse la ausencia de la pantera, y la razón por la que lo había respetado durante su sueño. Esa suerte inicial lo animaba a tentar al futuro, concibió la loca esperanza de hacer buenas migas con la pantera durante todo el día, sin descuidar ningún medio de domesticarla y ganarse su afecto. Volvió a su lado y tuvo la inefable suerte de verla menear la cola con un movimiento casi insensible. Se sentó entonces a su lado sin temor, y ambos se pusieron a jugar, él le cogió las patas, el hocico, le retorció las orejas, la volvió de espaldas y le rascó con fuerza sus flancos calientes y sedosos. Ella se dejó hacer y, cuando el soldado trató de alisarle el pelo de las patas, recogió con cuidado sus uñas recorvadas como dagas. El francés, que conservaba una mano en su puñal, aún pensaba en hundirlo en el vientre de la demasiado confiada pantera; pero temió ser estrangulado inmediatamente en la última convulsión que la agitase. Y, además, oyó en su corazón una especie de remordimiento gritándole que respetase a una criatura inofensiva. Le parecía haber encontrado una amiga en aquel desierto sin límites. Pensó involuntariamente en su primera amante, a la que había apodado *Dulce,* por antífrasis, porque era de unos celos tan atroces que, durante todo el tiempo que duró su pasión, tuvo miedo al cuchillo con que ella siempre lo había amenazado. Este recuerdo de su juventud le sugirió que tratara de hacer que respondiese a ese nombre la joven pantera, cuya agilidad, gracia y delicadeza miraba ahora con menos terror.

Hacia el final de la jornada se había familiarizado con su peligrosa situación, y casi amaba sus angustias. Por fin su compañera había terminado por acostumbrarse a mirarle cuando él gritaba con voz de falsete: *Dulce.* Al ponerse el sol, *Dulce* dejó oír varias veces un rugido profundo y melancólico.

«¡Está bien educada! –pensó el alegre soldado–, ¡reza sus oraciones!». Pero aquella broma mental solo se le ocurrió cuando hubo observado la actitud pacífica en que seguía su camarada. «Vamos, rubita, dejaré que te acuestes la primera», le dijo, contando con la actividad de sus piernas para evadirse en cuanto se quedase dormida, a fin de ir en busca de otro refugio durante la noche. El soldado aguardó impaciente la hora de su fuga, y cuando esta hubo llegado caminó vigorosamente en dirección al Nilo; pero apenas había hecho un cuarto de legua por la arena cuando oyó a la pantera saltando tras él y lanzando a intervalos aquel grito de sierra, más espantoso aún que el ruido sordo de sus saltos.

«¡Vamos! –se dijo–, me ha cogido cariño… Esta joven pantera quizá no haya conocido aún a nadie, ¡es lisonjero tener su primer amor!». En ese momento el francés cayó en una de esas arenas movedizas tan temibles para los viajeros, y de las que es imposible salvarse. Al sentirse atrapado, lanzó un grito de alarma; la pantera lo

agarró con sus dientes del cuello del uniforme, y, saltando hacia atrás con energía, lo sacó del abismo como por magia. «Ah, *Dulce* –exclamó el soldado acariciándola con entusiasmo–, desde ahora juntos en la vida y en la muerte. Pero sin bromas». Y volvió sobre sus pasos.

Desde entonces, el desierto estuvo como poblado. Contenía un ser al que el francés podía hablar y cuya ferocidad se había amansado para él, sin que consiguiera explicarse las razones de aquella increíble amistad.

Por poderoso que fuera el deseo del soldado de permanecer despierto y alerta, se durmió. Al despertar, ya no vio a *Dulce*; subió a la colina, y a lo lejos la vio que acudía a saltos, según la costumbre de esos animales a los que impide correr la extrema flexibilidad de su columna vertebral. *Dulce* llegó con su hocico lleno de sangre, recibió las necesarias caricias que le hizo su compañero, manifestando incluso con varios ronroneos graves lo feliz que se sentía. Sus ojos llenos de delicadeza se volvieron, con más dulzura aún que la víspera, hacia el provenzal, que le hablaba como a un animal doméstico.

«¡Ah, ah!, señorita, porque usted es una chica honesta, ¿verdad? ¿Lo ve? Nos gusta que nos mimen. ¿No le da vergüenza? ¿Se ha comido algún magrebí? —¡Bien, sin embargo son animales como usted!… Pero no se le ocurra zamparse a los franceses… ¡Dejaría de quererla!…».

Ella jugó como un cachorro juega con su dueño, dejándose revolcar, pegar y acariciar alternativamente; y a veces provocaba al soldado estirando la pata hacia él con un ademán de súplica.

Así transcurrieron algunos días. Aquella compañía permitió al provenzal admirar las sublimes bellezas del desierto. Desde el momento en que encontraba horas de temor y de tranquilidad, alimentos y una criatura en la que pensaba, tuvo el alma agitada por contrastes. Era una vida llena de oposiciones. La soledad le reveló todos sus secretos, lo envolvió con sus encantos. Descubrió en la salida y en la puesta del sol espectáculos desconocidos para el mundo. Supo estremecerse al oír por encima de su cabeza el dulce silbido de las alas de un pájaro –¡raro pasajero!–, al ver a las nubes confundirse –viajeras cambiantes y coloreadas–. Estudió por la noche los efectos de la luna sobre el océano de arenas donde el simún producía olas, ondulaciones y rápidos cambios. Vivió con el día de Oriente, admiró sus maravillosas pompas; y a menudo, después de haber gozado del terrible espectáculo de un huracán en aquella llanura donde las arenas levantadas producían neblinas rojas y secas, nubes mortales, veía llegar deliciosamente la noche, pues entonces caía el benéfico frescor de las estrellas. Escuchó músicas imaginarias en los cielos. Además, la soledad le enseñó a desplegar los tesoros de la ensoñación. Pasaba horas enteras recordando naderías, comparando su vida pasada con su vida presente. Por último, se apasionó por su pantera, pues necesitaba un afecto. Fuera que su voluntad, poderosamente proyectada, hubiese modificado el carácter de su compañera, fuera que ella encontrase alimento en abundancia gracias a los combates que entonces se libraban

en aquellos desiertos, respetó la vida del francés, que terminó por no desconfiar más de ella al verla tan bien domesticada. Él pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, pero estaba obligado a velar, como una araña en el seno de su tela, para no dejar escapar el momento de su liberación, por si alguien pasaba en la esfera descrita por el horizonte. Había sacrificado su camisa para hacer con ella una bandera, enarbolada en lo alto de una palmera despojada de follaje. Aconsejado por la necesidad, supo hallar la manera de mantenerla desplegada tensándola con unas varillas, pues el viento habría podido dejar de agitarla en el momento en que el esperado viajero mirase hacia el desierto.

Durante las largas horas en que lo abandonaba la esperaza era cuando se divertía con la pantera. Había terminado por conocer las diferentes inflexiones de su voz, la expresión de sus miradas, había estudiado los caprichos de todas las manchas que matizaban el oro de su pelaje. *Dulce* ni siquiera gruñía cuando le cogía el mechón que remataba su temible cola, para contar sus anillos negros y blancos, adorno gracioso, que brillaba de lejos al sol como pedrerías. Se complacía contemplando las líneas delicadas y finas de sus contornos, la blancura del vientre, la gracia de la cabeza. Pero era sobre todo en sus retozos cuando la contemplaba con mayor complacencia, y la agilidad y la juvenil energía de sus movimientos siempre lo sorprendían; admiraba su elasticidad cuando saltaba, se arrastraba, se deslizaba, se ocultaba, se aferraba, se revolcaba, se agazapaba o se precipitaba a todas partes. Por rápido que fuera su impulso, por resbaladizo que fuera un bloque de granito, se detenía en seco al oírse llamar *Dulce*[6]…

Un día, con un sol deslumbrante, un inmenso pájaro se cernió en el aire. El provenzal se olvidó de su pantera para examinar aquel nuevo huésped; pero tras un momento de espera, la sultana abandonada lanzó un gruñido sordo. «Que Dios me lleve si no está celosa –exclamó al ver que su mirada se había vuelto dura–. Seguro que el alma de Virginie ha pasado a este cuerpo…». El águila desapareció en el aire mientras el soldado admiraba la grupa carnosa de la pantera. ¡Había tanta gracia y juventud en sus contornos! Era bonita como una mujer. El rubio pelaje de su capa armonizaba en sus delicados tintes con los tonos del blanco mate que realzaba sus muslos. La luz profundamente lanzada por el sol hacía brillar aquel oro vivo, aquellas manchas pardas, prestándoles indefinibles atractivos. El provenzal y la pantera se miraron el uno al otro con aire de connivencia, la coqueta se estremeció cuando sintió las uñas de su amigo rascarle el cráneo, sus ojos brillaron como dos relámpagos, luego los cerró con fuerza.

«Tiene un alma»… –dijo él estudiando la tranquilidad de aquella reina de las arenas, dorada como ellas, blanca como ellas, solitaria y ardiente como ellas…

—Bueno –me dijo ella–, he leído su alegato a favor de las bestias; pero ¿cómo acabaron dos seres tan bien hechos para comprenderse?

—Ah… Acabaron como acaban todas las grandes pasiones, ¡por un malentendido! De una y otra parte se cree en alguna traición, el orgullo impide dar explicaciones, y la terquedad lleva a la pelea.

—Y algunas veces, en los momentos más hermosos –dijo ella–, una mirada, una exclamación basta. Bien, ¿quiere acabar la historia?

—Es horriblemente difícil, pero comprenderá lo que ya me había confiado el viejo soldado cuando, al terminar su botella de champán, exclamó: «No sé qué daño le hice, pero se volvió como si estuviera rabiosa; y me clavó sus agudos colmillos en el muslo, débilmente sin duda. Yo, creyendo que quería devorarme, le hundí el puñal en el cuello. Rodó lanzando un rugido que me heló el corazón, la vi debatirse mientras me miraba sin cólera. Por todos los bienes del mundo, por mi cruz[7], que aún no tenía, habría querido devolverla a la vida. Era como si hubiera asesinado a una persona de verdad. Y los soldados que habían visto mi bandera, y que acudieron en mi ayuda, me encontraron bañado en lágrimas… —Bueno, señor –prosiguió tras un momento de silencio–, después hice la guerra en Alemania, en España, en Rusia, en Francia; he paseado mucho mi cadáver, no he visto nada semejante al desierto… ¡Ah!, es algo muy hermoso. —¿Qué sentía allí?… –le pregunté. —¡Oh!, eso no se dice, joven. Además, no siempre echo de menos mi ramillete de palmeras y mi pantera… para eso tengo que estar triste. Verá, en el desierto hay todo y no hay nada… —Pero explíquemelo. —Bueno –prosiguió dejando escapar un gesto de impaciencia–, es Dios sin los hombres».

……

París, 1832.

JESUCRISTO EN FLANDES

A Marceline Desbordes-Valmore[1].
A usted, hija de Flandes y una de sus modernas glorias,
esta ingenua tradición de Flandes.
De Balzac.

En una época bastante imprecisa[2] de la historia de Brabante, una barca destinada al pasaje de viajeros mantenía las comunicaciones entre la isla de Cadzant y las costas de Flandes[3]. La capital de la isla, Middelbourg, tan célebre luego en los anales del protestantismo, apenas contaba con doscientos o trescientos hogares. La hoy opulenta Ostende[4] era una ensenada desconocida, flanqueada por una aldea miserablemente poblada por algunos pescadores, pobres negociantes y corsarios impunes. Sin embargo, el burgo de Ostende, compuesto por una veintena de casas y trescientas cabañas, chozas y tugurios construidos con restos de navíos naufragados, gozaba de un gobernador, una milicia, unas horcas patibularias, un convento, un burgomaestre, de todos los órganos, en fin, de una civilización avanzada. ¿Quién reinaba entonces en Brabante, en Flandes, en Bélgica[5]? Nada dice la tradición sobre ese punto. ¿Lo confesaremos? Esta historia se resiente de forma extraña de la vaguedad, de la incertidumbre, de lo maravilloso que los oradores preferidos de las veladas flamencas tanto han gustado de difundir en sus glosas, tan cargadas de poesía como contradictorias en sus detalles. Contada de generación en generación, repetida de hogar en hogar por los abuelos y por los narradores de día y de noche, esa crónica ha recibido de cada siglo un color diferente. Como esos monumentos arreglados a capricho de las arquitecturas de cada época, pero cuyas masas negras y gastadas agradan a los poetas, causaría la desesperación de los comentaristas y de los escrutadores de palabras, hechos y fechas. El narrador cree en ella, como en ella han creído todos los espíritus supersticiosos de Flandes, sin ser por ello ni más doctos ni más necios. Pero, en la imposibilidad de armonizar todas las versiones, he aquí los hechos tal vez despojados de su ingenuidad novelesca, imposible de reproducir, pero con sus audacias, que la historia condena, con su moralidad, que la religión aprueba, con su fantasía, flor de imaginación, y con su oculto sentido que el sabio puede admitir. A cada cual su gusto y la tarea de separar la buena semilla de la cizaña.

La barca que servía para trasladar a los viajeros de la isla de Cadzant a Ostende iba a dejar la orilla. Antes de soltar la cadena de hierro que retenía su chalupa a una piedra de la pequeña escollera donde se embarcaba, el patrón hizo sonar varias veces el cuerno para llamar a los rezagados, porque aquel viaje era el último. La noche se acercaba, los últimos resplandores del poniente apenas permitían vislumbrar las costas de Flandes y distinguir en la isla a los pasajeros rezagados, errando a lo largo de las bardas de tierra que rodeaban los campos o entre los altos juncos de las

marismas. La barca estaba llena, alguien gritó: «¿A qué esperáis? Vámonos». En ese momento apareció un hombre a unos pasos de la escollera; el piloto, que no le había oído llegar ni caminar, se quedó bastante sorprendido al verle. El viajero parecía haber surgido de la tierra repentinamente, como un campesino que se hubiera tumbado en un campo en espera de la hora de la partida y al que la trompeta hubiese despertado. ¿Era un ladrón? ¿Era alguien de la aduana o de la policía? Cuando llegó a la escollera donde estaba amarrada la barca, siete personas puestas de pie en la popa de la chalupa se apresuraron a sentarse en los bancos, a fin de seguir solas y no permitir al desconocido sentarse a su lado. Fue una idea instintiva y rápida, una de esas ideas aristocráticas que acuden al corazón de los ricos. Cuatro de esos personajes pertenecían a la nobleza más alta de Flandes. En primer lugar, un joven caballero, acompañado por dos hermosos lebreles y que llevaba sobre sus largos cabellos una toca adornada de pedrerías, hacía sonar sus espuelas doradas y se retorcía de vez en cuando el bigote con impertinencia mientras lanzaba miradas desdeñosas al resto de viajeros. Una altiva damisela sostenía un halcón en su puño y solo hablaba con su madre o con un eclesiástico de alto rango, pariente suyo sin duda. Estas personas hacían mucho ruido y conversaban entre sí, como si estuvieran solas en la barca. Sin embargo, a su lado estaba un hombre importantísimo en la comarca, un gran burgués de Brujas, envuelto en una gran capa. Su criado, armado hasta los dientes, había puesto a su lado dos sacos llenos de dinero. Junto a ellos también se encontraba un hombre de ciencia, doctor por la universidad de Lovaina[6], flanqueado por su ayudante. Estas personas, que se despreciaban entre sí, estaban separadas de proa por el banco de remeros.

Cuando el pasajero rezagado puso el pie en la barca, lanzó una mirada rápida a popa y, al no ver sitio en ella. Fue a pedir uno entre los que se encontraban en la proa del barco. Era gente humilde. Cuando vieron a un hombre de cabeza desnuda, cuya ropa y calzas de camelote oscuro y cuyo alzacuello de lino almidonado carecían de adornos, que no tenía al alcance de la mano ni toca ni sombrero, sin bolsa ni espada al cinto, todos le tomaron por un burgomaestre seguro de su autoridad, burgomaestre bondadoso y dulce como algunos de esos viejos flamencos cuya naturaleza y carácter ingenuos tan bien han retratado los pintores del país. Los pobres pasajeros acogieron entonces al desconocido con muestras de respeto que provocaron un murmullo de burla entre las gentes de popa. Un viejo soldado, hombre de esfuerzos y fatigas, cedió su sitio en el banco al desconocido, se sentó en la borda de la barca y en ella se mantuvo en equilibrio por la forma en que apoyó sus pies contra uno de esos travesaños de madera que, semejantes a las espinas de un pez, sirven para unir las tablas de los barcos. Una mujer joven, madre de un niñito, que parecía pertenecer a la clase obrera de Ostende, se echó hacia atrás para hacer sitio suficiente al recién venido. El gesto no dejaba traslucir ni servilismo ni desdén. Fue uno de esos testimonios de deferencia con que la gente humilde, acostumbrada a conocer el valor de un favor y las delicias de la fraternidad, revela la franqueza, y el carácter de sus

almas, tan ingenuas a la hora de expresar sus cualidades y sus defectos; por eso el forastero les dio las gracias con un gesto lleno de nobleza. Luego se sentó entre la joven madre y el viejo soldado. A su espalda se encontraban un aldeano y su hijo, de diez años de edad. Una mendiga, con una alforja casi vacía, vieja y llena de arrugas, en harapos, imagen viva de la desgracia y la indiferencia, yacía en el fondo de la barca, acurrucada sobre un gran montón de cordajes. Uno de los remeros, marinero viejo, que la había conocido hermosa y rica, la había dejado subir siguiendo el admirable dicho popular por el amor de Dios.

—Muchas gracias, Thomas –había dicho la vieja–, esta noche rezaré por ti dos padrenuestros y dos avemarías en mi oración.

El patrón volvió a tocar el cuerno una vez más, miró el campo mudo, lanzó la cadena al barco, corrió a lo largo de la borda hasta el gobernalle, tomó la caña y permaneció de pie; luego, después de contemplar el cielo, dijo con fuerte voz a sus remeros, cuando estuvieron en alta mar: «¡Remad, remad con fuerza, y démonos prisa! El mar nos prepara una buena, ¡la muy bruja! Siento la resaca en el movimiento del gobernalle, y la tempestad en mis heridas».

Estas palabras, dichas en términos de marinería, especie de lenguaje solo inteligible para oídos acostumbrados al ruido de las olas, imprimieron en los remos un movimiento precipitado, pero siempre cadencioso; movimiento unánime, distinto de la forma anterior de remar, como distinto es el trote de un caballo de su galope. La gente fina sentada a popa se complacía viendo todos aquellos brazos nervudos, aquellos rostros atezados y de ojos de fuego, aquellos músculos tensos y aquellas distintas fuerzas humanas actuando de consuno, para hacerles pasar el estrecho a cambio de un modesto peaje. Lejos de lamentar esa miseria, se exhibieron ante los remeros riéndose de las grotescas expresiones que la maniobra imprimía a sus fisonomías atormentadas. En proa, el soldado, el aldeano y la vieja contemplaban a los marineros con esa especie de compasión propia de las gentes que, viviendo del sudor, conocen las duras angustias y las febriles fatigas del trabajo. Acostumbrados además a la vida al aire libre, todos habían comprendido, por el aspecto del cielo, el peligro que los amenazaba, y por tanto todos estaban serios. La joven madre acunaba a su niño, cantándole un antiguo himno de iglesia para dormirle.

—Si llegamos –le dijo el soldado al campesino–, el buen Dios se habrá empeñado en dejarnos con vida.

—¡Ay! Él es el amo –respondió la vieja–; pero yo creo que su intención es llamarnos a su lado. ¿Veis aquella luz de allá?

Y con un ademán de cabeza señalaba a poniente, donde unas bandas de fuego contrastaban con unas nubes pardas matizadas de rojo que parecían a punto de desencadenar algún viento furioso. El mar dejaba oír un murmullo sordo, una especie de mugido interior, bastante parecido a la voz de un perro cuando no hace más que gruñir. Después de todo, Ostende no estaba lejos. En ese momento, el cielo y el mar ofrecían uno de esos espectáculos a los que la pintura y la palabra tal vez no pueden

dar más duración de la que realmente tienen. Las creaciones humanas exigen contrastes poderosos. Por eso los artistas suelen exigir de la naturaleza sus fenómenos más brillantes, porque han perdido la esperanza, sin duda, de traducir la grande y hermosa poesía de su aspecto ordinario, aunque el alma humana se conmocione con tanta profundidad en la calma como en el movimiento, y tanto mediante el silencio como mediante la tempestad. Hubo un instante en que, en la barca, todo el mundo calló, y contemplaron el mar y el cielo, bien por presentimiento, bien por obedecer a esa melancolía religiosa que a casi todos nos invade en la hora de la plegaria, a la caída de la luz, en el instante mismo en que la naturaleza calla y las campanas hablan. El mar despedía una claridad lechosa y macilenta, pero cambiante y parecida a los colores del acero. El cielo estaba en su mayor parte grisáceo. Por el oeste, largas bandas estrechas simulaban oleadas de sangre, mientras por oriente unas líneas relumbrantes, marcadas como por un fino pincel, estaban separadas por nubes plegadas como arrugas sobre la frente de un viejo. De este modo, mar y cielo ofrecían por todas partes un fondo apagado, todo él hecho de medias tintas, que resaltaba las luces siniestras del crepúsculo. Esa fisonomía de la naturaleza inspiraba un sentimiento horrible. Si podemos introducir los audaces tropos del pueblo en la lengua escrita, habría que repetir lo que decía el soldado, que el tiempo estaba aturullado, o, como le respondió el aldeano, que el cielo tenía cara de verdugo. El viento se levantó repentinamente hacia poniente, y el patrón, que no necesitaba consultar a la mar, viéndola henchirse en el horizonte, gritó: «¡Hau!, ¡hau[7]!». Ante este grito, los marineros se detuvieron en el acto y dejaron descansar los remos.

—El patrón tiene razón –dijo fríamente Thomas cuando la barca, elevada a la cima de una enorme ola, volvió a descender como si cayera al fondo de la mar entreabierta.

Ante aquel movimiento extraordinario, ante aquella furia repentina del océano, las gentes de popa se pusieron pálidas y lanzaron un grito terrible: «¡Vamos a morir!».

—¡Todavía no! –les respondió tranquilo el patrón.

En ese momento, las nubes se desgarraron por la acción del viento, precisamente encima de la barca. Las masas grises se habían separado con presteza siniestra por oriente y por poniente, la claridad del crepúsculo cayó a plomo por una grieta abierta por el viento de tormenta, y permitió ver los rostros. Los pasajeros, nobles o ricos, marineros y pobres, quedaron durante un instante atónitos al ver el aspecto del que había llegado el último. Sus cabellos dorados, separados en dos bandos sobre su frente tranquila y serena, caían en abundantes rizos sobre sus hombros, recortando en la gris atmósfera una figura sublime de dulzura que irradiaba amor divino. No despreciaba la muerte, estaba seguro de no perecer. Pero si al principio las gentes de popa olvidaron por un instante la tempestad cuya terrible furia los amenazaba, pronto tornaron a sus sentimientos de egoísmo y a los hábitos de su vida.

—¡Qué feliz es ese estúpido burgomaestre por no darse cuenta del peligro que

todos corremos! Está ahí como un perro, y morirá sin agonía –dijo el doctor.

Nada más decir esta frase bastante juiciosa, la tempestad dio rienda suelta a sus legiones. Los vientos soplaron de todas partes, la barca empezó a girar como una peonza, y el agua la inundó.

—¡Ay, mi pobre niñito! ¡Hijito mío! ¿Quién salvará a mi niño? –gritó la madre con voz desgarradora.

—Vos misma –respondió el forastero.

El timbre de aquel órgano penetró en el corazón de la joven mujer, poniendo una esperanza en ella; había oído aquella dulce frase a pesar de los silbidos de la tormenta, a pesar de los gritos lanzados por los pasajeros.

—Santísima Virgen del Buen Socorro, que estás en Amberes[8], te prometo mil libras de cera y una estatua si me sacas de aquí –chilló el burgués arrodillado sobre sus sacos de oro.

—La Virgen no está en Amberes más que aquí –le respondió el doctor.

—Está en el cielo –replicó una voz que parecía salir del mar.

—¿Quién ha hablado?

—El diablo –gritó el criado–, que está burlándose de la Virgen de Amberes.

—Dejad en paz a su santa Virgen –dijo el patrón a los pasajeros–. Cojed los achicadores y vaciadme el agua de la barca. Y vosotros –prosiguió dirigiéndose a los marineros–, ¡remad de firme! Tenemos un momento de respiro, y, por el diablo que os permite vivir en este mundo, seamos nosotros mismos nuestra providencia. Este corto canal es terriblemente peligroso, hace treinta años que lo cruzo. ¿O es que es esta la primera noche que lucho con la tempestad?

Luego, de pie en su timón, el patrón siguió mirando alternativamente la barca, el mar y el cielo.

—El patrón siempre se burla de todo –dijo Thomas en voz baja.

—¿Ha de dejarnos morir Dios junto a estos miserables? –preguntó la orgullosa hija al hermoso caballero.

—No, no, noble señorita. ¿Me escucháis?

La atrajo hacia sí por la cintura, y le habló al oído: «Sé nadar, pero no digáis nada. Os cogeré por vuestros hermosos cabellos y os llevaré suavemente a la orilla; pero solo puedo salvaros a vos».

La damisela miró a su anciana madre. La dama estaba arrodillaba y pedía alguna absolución al obispo, que no la escuchaba. El caballero leyó en los ojos de su bella un débil sentimiento de piedad filial, y le dijo con voz sorda: «¡Aceptad la voluntad de Dios! Si él desea llamar junto a sí a vuestra madre, ha de ser sin duda por su felicidad… en el otro mundo» –añadió con una voz más baja todavía. «Y por la nuestra en este», pensó. La dama de Rupelmonde[9] poseía siete feudos, además de la baronía de Gâvres. La damisela atendió a la voz de su vida y a los intereses de su amor que hablaban por boca del guapo aventurero, joven descreído que frecuentaba las iglesias, donde buscaba una presa, una joven casadera o con dinero contante y

sonante. El obispo bendecía las olas, ordenándolas calmarse sin esperar lograrlo; pensaba en su concubina, que lo aguardaba con algún delicado festín, que tal vez en aquel mismo momento se metía en el baño, se perfumaba, se vestía de terciopelo o se abrochaba sus collares y pedrerías. Lejos de pensar en los poderes de la santa Iglesia, y de consolar a aquellos cristianos exhortándolos a confiar en Dios, el perverso obispo mezclaba lamentos mundanos y palabras de amor a las santas palabras del breviario. El resplandor que iluminaba aquellos rostros pálidos permitió ver sus diversas expresiones cuando la barca, alzada a los aires por una ola, lanzaba luego al fondo del abismo y sacudida como una frágil hoja, juguete de la brisa en otoño, dejó oír un crujido en su cascarón y pareció a punto de romperse. Entonces se oyeron unos gritos horribles seguidos de horrorosos silencios. La actitud de las personas sentadas en la proa contrastó de forma singular con la de las gentes ricas o poderosas. La joven madre estrechaba al niño contra su seno cada vez que las olas amenazaban con engullir la frágil embarcación; pero tenía fe en la esperanza que había sembrado en su corazón la palabra del forastero; volvía a cada instante sus miradas hacia el hombre, y de su rostro sacaba una fe nueva, la fe fuerte de una mujer débil, la fe de una madre. Viviendo por la palabra divina, por la palabra amorosa lanzada por aquel hombre, la ingenua criatura esperaba confiada en el cumplimiento de aquella especie de promesa, y casi no temía el peligro. Clavado en la borda de la chalupa, el soldado no dejaba de contemplar a aquel ser singular cuya impasibilidad le servía para amoldar su rostro duro y curtido, desplegando en ello su inteligencia y su voluntad, cuyos potentes resortes se habían viciado algo en el transcurso de una vida pasiva y maquinal; deseoso de mostrarse tan tranquilo y sereno como aquel ánimo superior, terminó por identificarse, tal vez sin saberlo, con el principio secreto de aquella fuerza externa. Luego su admiración se convirtió en fanatismo instintivo, en amor sin límites, en una confianza en aquel hombre, semejante al entusiasmo que los soldados tienen por su jefe cuando es hombre poderoso, rodeado por el resplandor de las victorias, y camina en medio de los restallantes prestigios del genio. La vieja pobre decía en voz baja: «¡Ay, qué infame pecadora soy! ¿He sufrido suficiente para expiar los placeres de mi juventud? ¡Ay! ¿Por qué, desventurada, te diste la buena vida de una mujer galante, por qué te comiste los bienes de Dios con las gentes de iglesia, los bienes de los pobres con usureros y recaudadores de impuestos? ¡Ay, qué mal hice! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Dejadme acabar mi infierno en este mundo de desdicha!». O también: «¡Virgen Santa, madre de Dios, apiadaos de mí!».

—Consuélese, mujer, que el buen Dios no es ningún lombardo[10]. Aunque yo haya matado, tal vez a diestro y a siniestro, a buenos y a malos, no temo la resurrección.

—¡Ah, señor lancero, qué suerte tienen esas hermosas damas de estar junto a un obispo, junto a un santo! –continuó la vieja–, ellas sí que tendrán la absolución de sus pecados. Ay, si pudiera oír la voz de un cura decirme: «Tus pecados te serán perdonados», ¡le creería!

El forastero se volvió hacia ella, y su mirada compasiva la hizo estremecerse.

—Tened fe –le dijo–, y seréis salva.

—Que Dios os lo pague, mi buen señor –le respondió ella–. Si lo que decís es cierto, iré por vos y por mí en peregrinación a Nuestra Señora de Loreto[11], con los pies descalzos.

Los dos aldeanos, padre e hijo, permanecían en silencio, resignados y sometidos a la voluntad de Dios, como gentes acostumbradas a seguir instintivamente, como los animales, las oscilaciones de la Naturaleza. Así, de un lado las riquezas, el orgullo, la ciencia, el libertinaje, el crimen, toda la sociedad humana tal como la hacen las artes, el pensamiento, la educación, el mundo y sus leyes; pero también, y solo de ese lado, los gritos, el terror, mil diversos sentimientos combatidos por dudas horrorosas; en ese lado, solo las angustias del miedo. Luego, por encima de esas existencias, un hombre poderoso, el patrón de la barca, sin duda ninguna el jefe, el rey fatalista, labrándose su propia providencia y gritando: «¡San Achicador!», y no «¡Virgen santa!», desafiando, en fin, la tormenta y luchando cuerpo a cuerpo con el mar. En el otro extremo de la barca, ¡los débiles!…, la madre acunando en su seno a un niñito que sonreía a la tormenta; una muchacha, alegre en otro tiempo, entregada ahora a remordimientos horribles; un soldado acribillado de heridas, sin más recompensa que su vida mutilada como precio a una abnegación infatigable; apenas si tenía un pedazo de pan bañado en lágrimas; no obstante, se reía de todo y avanzaba sin preocupaciones, feliz cuando ahogaba su gloria en el fondo de una jarra de cerveza y se la narraba a niños que lo admiraban, encomendando alegremente a Dios la preocupación por su futuro; por último, dos aldeanos, gentes de esfuerzo y de fatiga, encarnación del trabajo, de la labor de que vivía el mundo. Estas sencillas criaturas no se despreocupaban del pensamiento ni de sus tesoros, pero estaban dispuestas a despeñarlos en una creencia: su fe era tanto más robusta cuanto que nunca la habían discutido ni analizado; naturalezas vírgenes en las que la conciencia había permanecido pura y el sentimiento fuerte; el remordimiento, la desgracia, el amor y el trabajo habían ejercitado, purificado, concentrado y multiplicado por diez su voluntad, lo único que, en el hombre, se parece a eso que los sabios llaman alma.

Cuando la barca, guiada por la milagrosa destreza del piloto, llegó a la vista de Ostende, a cincuenta pasos de la orilla, fue sacudida por una convulsión de la tempestad, y súbitamente naufragó. El forastero de rostro luminoso dijo entonces a todo aquel pequeño mundo de dolor: «¡Los que tengan fe serán salvos; que me sigan!».

Aquel hombre se levantó y caminó con paso firme sobre las olas. Al punto, la joven madre cogió a su hijo en brazos y caminó a su lado sobre el mar. El soldado se irguió de pronto diciendo en su lenguaje ingenuo: «¡Ah, rayos y centellas! Te seguiré hasta el infierno». Luego, sin parecer impresionado, caminó sobre el mar. La vieja pecadora, creyendo en la omnipotencia de Dios, siguió al hombre, y caminó sobre el mar. Los dos aldeanos se dijeron: «Si ellos caminan sobre el agua, ¿por qué no hemos

de hacer nosotros lo mismo?». Se levantaron y corrieron tras ellos caminando sobre el mar. Thomas quiso imitarlos; pero, como su fe vacilaba, cayó varias veces al agua, volvió a levantarse, y, tras tres intentos, caminó sobre el mar. El audaz piloto se había aferrado como una rémora a la quilla de su barca. El avaro había tenido fe y se había incorporado; pero quiso llevarse su oro, y su oro lo arrastró al fondo del mar. Burlándose del charlatán y de los imbéciles que lo escuchaban, en el momento en que vio al desconocido proponer a los pasajeros caminar sobre el mar, el sabio se echó a reír y fue engullido por el océano. La joven fue arrastrada al abismo por su amante. El obispo y la anciana dama se fueron al fondo, por el peso de sus crímenes tal vez, pero más cargados aún de incredulidad, de confianza en falsas imágenes, cargados de beatería, ligeros de limosna y de verdadera religión.

La tropa fiel que pisaba con pie firme y enjuto la llanura de las aguas encrespadas oía en torno suyo los silbidos horrísonos de la tempestad. Enormes olas venían a romperse en su camino. Una fuerza invencible cortaba el océano. A través de la niebla, aquellos fieles percibían a lo lejos, en la orilla, una débil lucecita que temblaba por la ventana de una cabaña de pescadores. Todos y cada uno, caminando llenos de valor hacia aquel resplandor, creían oír a su vecino gritando en medio de los mugidos del mar: «¡Ánimo!». Y, sin embargo, atento cada cual a su peligro, nadie decía palabra. Así alcanzaron la orilla. Cuando todos estuvieron sentados ante el hogar del pescador, en vano buscaron a su luminoso guía. Sentado en lo alto de un peñasco, a cuyo pie el huracán arrojó al piloto aferrado a la quilla con esa fuerza que despliegan los marinos luchando con la muerte, el Hombre descendió y recogió al náufrago casi muerto; luego le dijo, extendiendo una mano salvadora sobre su cabeza: «Por esta vez, bueno, pero no vuelvas a hacerlo; sería un ejemplo demasiado malo».

Cargó al marinero sobre sus hombros y lo llevó hasta la cabaña del pescador. Llamó por el desdichado, para que le abrieran la puerta de aquel modesto asilo, y luego el Salvador desapareció. En ese lugar los marineros edificaron el convento de la Merced, donde durante mucho tiempo se vio la huella que los pies de Jesucristo habían dejado, según decían, sobre la arena. En 1793, cuando los franceses entraron en Bélgica, unos monjes se llevaron la preciosa reliquia, testimonio de la última visita que Jesucristo ha hecho a la Tierra.

Allí es donde, cansado de vivir, me encontraba poco después de la revolución de 1830. Si me hubierais preguntado el motivo de mi desesperación, me habría resultado casi imposible decirlo por lo difusa y fluida que se había vuelto mi alma. Los resortes de mi inteligencia se relajaban bajo la brisa de un viento del oeste. El cielo derramaba una oscuridad fría, y las nubes pardas que pasaban sobre mi cabeza daban una expresión siniestra a la naturaleza. La inmensidad del mar, todo me decía: «Morir hoy, morir mañana…, ¿qué más da? ¿No hemos de morir? Pues entonces…». Vagaba meditando en un futuro incierto, en mis esperanzas defraudadas. Presa de estas fúnebres ideas, entré de forma maquinal en aquella iglesia del convento, cuyas torres grises me parecían entonces fantasmas a través de las brumas del mar. Miré sin

entusiasmo aquel bosque de columnas agrupadas cuyos frondosos capiteles soportaban ligeras arcadas, elegante laberinto. Caminé sin preocupación alguna por las naves laterales que se extendían ante mí como pórticos que girasen sobre sí mismos. La luz incierta de un día de otoño apenas permitía ver en lo alto de las bóvedas las claves esculpidas, las delicadas nervaduras que dibujaban con tanta pureza los ángulos de todas las graciosas cintras. Los órganos estaban mudos. Solo el ruido de mis pasos despertaba graves ecos ocultos en las oscuras capillas. Me senté junto a uno de los cuatro pilares que sostienen la cúpula, cerca del coro. Desde allí podía abarcar el conjunto de este monumento, que contemplé sin asociarle ninguna idea preconcebida. El efecto mecánico de mis ojos solo me permitía abarcar el imponente dédalo de todos los pilares, las inmensas rosetas milagrosamente unidas como redes por encima de las puertas laterales o del gran pórtico, las aéreas galerías donde unas columnitas menudas separaban los vitrales engastados por arcos, tréboles o flores, hermosa filigrana de piedra. Al fondo del coro, un domo de cristal relucía como si estuviera hecho de piedras preciosas hábilmente engarzadas. A derecha e izquierda, dos naves profundas oponían a esa bóveda, alternativamente blanca y coloreada, sus negras sombras en cuyo seno se dibujaban débilmente los fustes indistintos de cien columnas grisáceas. A fuerza de mirar aquellas maravillosas arcadas, aquellos arabescos, aquellos festones, aquellas espirales, aquellas fantasías sarracenas que se entrelazaban, extrañamente iluminadas, mi percepción se hizo confusa. Como en el límite de las ilusiones y la realidad, me encontré cogido en las trampas de la óptica y casi aturdido por la multitud de los aspectos. De un modo insensible, aquellas piedras recortadas se velaron, solo pude verlas a través de una nube formada por un polvo de oro, semejante al que revolotea en las bandas luminosas trazadas por un rayo de sol en una habitación. En el seno de esa vaporosa atmósfera que hizo indistintas todas las formas, el encaje de las rosetas resplandeció de pronto. Cada nervadura, cada arista esculpida y el menor rasgo se platearon. El sol encendió fuegos en los vitrales que hicieron destellar sus ricos colores. Las columnas se agitaron, sus capiteles se estremecieron suavemente. Un temblor mimoso dislocó el edificio, cuyos frisos se removieron con graciosa precaución. Varios gruesos pilares hicieron movimientos graves como la danza de una viuda que, al final de un baile, completa por condescendencia las cuadrillas. Algunas columnas finas y rectas se pusieron a reír y a saltar, adornadas con sus coronas de tréboles. Cintras puntiagudas chocaron con las altas ventanas alargadas y estrechas, semejantes a esas damas de la Edad Media que llevaban los blasones de sus casas pintados en sus vestidos de oro. La danza de aquellas arcadas mitradas con aquellos elegantes cruceros se asemejaba a la lucha de un torneo. No tardó cada piedra en vibrar en la iglesia, pero sin cambiar de sitio. Los órganos hablaron, y me permitieron oír una armonía divina a la que se mezclaron voces de ángeles y una música inaudita acompañada por el sordo bajo cantante de las campanas cuyos tañidos anunciaron que las dos colosales torres se balanceaban sobre sus bases cuadradas. Aquel sabbat

extraño me pareció lo más natural del mundo, y no quedé sorprendido al ver a Carlos X en el suelo. Yo mismo me veía suavemente agitado como si me hallara en un columpio que me comunicaba una especie de placer nervioso, del que me sería imposible dar la menor idea. Sin embargo, en medio de aquella cálida bacanal, el coro catedralicio me pareció frío como si en él reinase el invierno. Vi una multitud de mujeres vestidas de blanco, pero inmóviles y silenciosas. Algunos incensarios difundieron una suave fragancia que inundó mi alma regocijándola. Los cirios flamearon. El facistol, tan alegre como un chantre borracho, saltó como un sombrero chino. Comprendí que la catedral giraba sobre sí misma con tanta rapidez que cada objeto parecía quedarse en su sitio. El colosal Cristo, fijo sobre el altar, me sonreía con una benevolencia maliciosa que me volvió temeroso, y dejé de mirarle para contemplar en la lejanía un vapor azulado que se deslizó entre los pilares imprimiéndoles una gracia indescriptible. Por último, en los frisos se agitaron varias seductoras figuras de mujer. Los niños que sostenían gruesas columnas agitaron por sí mismos sus alas. Me sentí elevado por una fuerza divina que me sumergió en una alegría infinita, en un éxtasis blando y dulce. Creo que hubiera dado mi vida a cambio de prolongar la duración de esta fantasmagoría, cuando de pronto una voz chillona me dijo al oído: «¡Despierta, soy yol».

Una mujer esquelética me cogió la mano y comunicó el más horrible de los fríos a mis nervios. Sus huesos se veían a través de la arrugada piel de su rostro pálido y casi verdoso. Aquella viejecita fría llevaba un vestido negro que arrastraba por el polvo, y conservaba en el cuello algo blanco que no me atreví a examinar. Sus ojos fijos, alzados hacia el cielo, solo permitían ver el blanco de las pupilas. Me arrastraba a través de la iglesia y marcaba el lugar de su paso con cenizas que le caían del vestido. Al caminar, sus huesos chascaron como los de un esqueleto. A medida que avanzábamos, oía tras de mí el repique de una campanilla cuyos sones llenos de acritud retumbaron en mi cerebro como los de una armónica.

—Hay que sufrir, hay que sufrir –me decía.

Salimos de la iglesia y atravesamos las calles más cenagosas de la ciudad; luego, me hizo entrar en una casa oscura a la que me atrajo gritándome con su voz de timbre desafinado como el de una campana rajada: «¡Defiéndeme, defiéndeme!».

Subimos por una escalera tortuosa. Después de llamar a una puerta oscura, un hombre mudo, semejante a los esbirros de la Inquisición, abrió aquella puerta. Pronto nos encontramos en una habitación tendida de viejas tapicerías agujereadas, llena de ropas viejas, de muselinas ajadas y de cobres desdorados.

—Aquí tienes eternas riquezas –dijo ella.

Me estremecí de horror al ver entonces con claridad, a la luz de una larga antorcha y de dos cirios, que aquella mujer debía haber salido recientemente de un cementerio. No tenía pelo. Quise huir, ella movió su brazo de esqueleto y me rodeó con un aro de hierro armado de clavos. Cuando hizo ese movimiento, un grito lanzado por millones de voces, el hurra de los muertos, resonó a nuestro lado.

—Quiero hacerte feliz para siempre –me dijo–. ¡Tú eres mi hijo!

Estábamos sentados ante un hogar cuyas cenizas ya se habían enfriado. Entonces la viejecita me apretó la mano con tal fuerza que hube de permanecer allí. La miré fijamente, y traté de adivinar la historia de su vida examinando los harapos entre los que se pudría. Pero ¿existía aquella mujer? Realmente era un misterio. Comprendí que, en otro tiempo, había debido de ser joven y bella y estar adornada con todas las gracias de la sencillez, auténtica estatua griega de frente virginal.

—¡Ay, ay! –le dije–. Ahora te reconozco. ¿Por qué has prostituido, desgraciada, a los hombres? Enriquecida en la edad de las pasiones, olvidaste tu pura y suave juventud, tus devociones sublimes, tus costumbres inocentes, tus creencias fecundas, y abdicaste tu poder primitivo, tu supremacía totalmente intelectual a cambio de los poderes de la carne. Abandonando tus vestidos de lino, tu cama de musgo, tus grutas iluminadas por divinas luces, resplandeciste de diamantes, de lujo y de lujuria. Audaz, altiva, queriéndolo todo, obteniéndolo todo y derribando todo a tu paso, como una prostituta de moda que corre hacia el placer, fuiste sanguinaria como una reina borracha de voluntad. ¿No recuerdas haber sido muchas veces estúpida, y luego, de pronto, maravillosamente inteligente, a ejemplo del Arte que sale de una orgía? Poeta, pintora, cantante, enamorada de las ceremonias espléndidas, ¿protegiste a las artes tal vez por capricho únicamente, y solo para dormir bajo artesonados magníficos? Un día, fantástica e insolente, tú, que debías ser casta y modesta, ¿no sometiste todo a tus zapatillas, y no las lanzaste a la cabeza de los soberanos que tenían en este mundo el poder, el dinero y el talento? Insultando al hombre y alegrándote al ver hasta dónde llegaba la necedad humana, unas veces ordenabas a tus amantes que caminasen a cuatro patas, que te entregasen sus bienes, sus tesoros, sus mujeres incluso cuando valían algo. Sin motivo, devoraste millones de hombres, y los lanzaste como nubes de arena de Occidente a Oriente. Bajaste de las alturas del pensamiento para sentarte al lado de los reyes. Mujer, en lugar de consolar a los hombres, ¡los atormentaste y afligiste! Segura de conseguirlos, ¡exigías sangre! Podías sin embargo, educada como lo fuiste, contentarte con un poco de harina, con comer pasteles y echar agua en tu vino. Original en todo, en otro tiempo prohibiste a tus amantes agotados comer, y no comían. ¿Por qué llevabas tu extravagancia hasta querer lo imposible? Como una cortesana echada a perder por sus adoradores, ¿por qué enloqueciste con futilidades y no desengañaste a la gente que explicaba o justificaba todos tus errores? ¡Al fin tuviste tus últimas pasiones! Terrible como el amor de una mujer de cuarenta años, rugiste, quisiste estrechar el universo entero en un último abrazo, y el universo que te pertenecía se te ha escapado. Luego, tras los jóvenes, han venido hasta tus pies los viejos, los impotentes que te han vuelto horrorosa. Sin embargo, algunos hombres de ojos de águila te decían con una mirada: «Perecerás sin gloria, porque has engañado, porque has faltado a tus promesas de muchacha. En lugar de ser un ángel de frente serena y de sembrar la luz y la felicidad a tu paso, fuiste una Mesalina[12] que amaba el circo y la lujuria y abusaste de tu

poder. Ya no puedes volver a ser virgen, y deberías de tener un amo. Llega tu hora. Ya sientes la muerte. Tus herederos te creen rica, ellos te matarán y no recogerán nada. Trata al menos de tirar esos harapos que ya no están de moda, vuelve a ser lo que fuiste en otro tiempo. Pero no, ¡te has suicidado!». «¿No es esa tu historia? –le dije para terminar–, vieja caduca, desdentada, fría, olvidada ahora, y que pasa sin conseguir una mirada? ¿Por qué vives? ¿Qué haces con tu ropa de pleitista que ya no excita el deseo de nadie? ¿Dónde está tu fortuna? ¿Por qué la has disipado? ¿Dónde tus tesoros? ¿Has hecho algo hermoso?».

A esta pregunta, la viejecita se irguió sobre sus huesos, arrojó sus harapos, creció, se iluminó, sonrió y salió de su crisálida oscura. Luego, como una mariposa recién nacida, aquella creación india salió de sus palmas y apareció ante mí blanca y joven, vestida de lino. Sus cabellos de oro flotaron sobre sus hombros, sus ojos centellearon, una nube luminosa la rodeó, revoloteó un círculo de oro sobre su cabeza, y ella hizo un gesto hacia el espacio agitando una larga espada de fuego.

—¡Mira y cree! –dijo.

De súbito, vi a lo lejos millares de catedrales semejantes a la que acababa de dejar, pero adornadas con cuadros y frescos, en las que oí conciertos arrebatadores. En torno a esos monumentos se agitaban millares de hombres como hormigas en sus hormigueros. Unos, urgidos por salvar libros y copiar manuscritos, otros, sirviendo a los pobres, casi todos estudiando. Del seno de aquellas innúmeras muchedumbres surgían colosales estatuas, alzadas por ellos. Al resplandor fantástico proyectado por una luminaria tan grande como el sol, leí sobre el zócalo de aquellas estatuas: CIENCIAS, HISTORIA, LITERATURAS.

Se apagó la luz y volví a encontrarme ante la joven que, de forma gradual, retornó a su fría envoltura, a sus harapos mortuorios, y se hizo vieja. Su familiar le trajo un poco de polvo, para que renovase las cenizas de su calentador, porque el tiempo era frío; luego, le encendió, a ella, que había tenido miles de bujías en sus palacios, una pequeña vela para que pudiera leer sus plegarias durante la noche.

—¡Ya nadie cree!… –dijo ella.

Esa era la situación crítica en que vi a la más bella, a la más grande, a la más verdadera, a la más fecunda de todas las fuerzas.

—Despierte, señor, van a cerrar las puertas –me dijo una voz ronca.

Al volverme, vi la horrible cara del repartidor de agua bendita, que me sacudía por el brazo. Encontré la catedral sepultada en la sombra, como un hombre envuelto en una capa.

«¡Creer es vivir! –me dije–. ¡Acabo de ver pasar la comitiva de una Monarquía, hay que defender la IGLESIA![13]».

París, febrero de 1831[14].

MELMOTH RECONCILIADO

Al señor General Barón de Pommereul[1],
en recuerdo de la constante amistad que unió
a nuestros padres y que pervive entre los hijos.
De Balzac.

Hay una naturaleza de hombres que la Civilización consigue en el Reino Social, lo mismo que los floristas crean en el Reino vegetal, mediante la educación del invernadero, una especie híbrida que no pueden reproducir ni por semilla ni por injerto. Ese hombre es un cajero, auténtico producto antropomorfo, regado por las ideas religiosas, alimentado por la guillotina, podado por el vicio, que crece en un tercer piso[2] entre una mujer digna de estima y unos niños latosos. Para el fisiólogo siempre será un problema el número de cajeros de París. ¿Ha comprendido alguien alguna vez los términos de la ecuación cuya x conocida es un cajero? ¿Quién encontrará un hombre que esté constantemente delante de la fortuna como un gato ante un ratón enjaulado? ¿Un hombre con la capacidad de permanecer sentado en un sillón de caña, en un tabuco enrejado, sin poder dar más pasos que un teniente de navío en su camarote, durante las siete octavas partes del año y durante siete u ocho horas diarias? ¿Un hombre al que, en tal oficio, no se le anquilosen las rodillas ni las apófisis de la pelvis? ¿Un hombre que tenga la grandeza suficiente para ser pequeño? ¿Un hombre a quien el dinero pueda asquear a fuerza de verlo pasar por sus manos? Exigid ese producto a cualquier Religión, a cualquier Moral, a cualquier Colegio, a cualquier Instrucción, y entregadlo en París, ciudad de las tentaciones, sucursal del Infierno, como el medio en que ha de plantarse el cajero. Entonces las Religiones desfilarán una tras otra, los Colegios, las Instituciones, las Morales, todas las Leyes grandes y pequeñas de los hombres acudirán ante vosotros como acude un amigo íntimo al que pedís un billete de mil francos. Pondrán cara de duelo, se maquillarán, os señalarán la guillotina igual que vuestro amigo os indicará la morada del usurero, que es una de las cien puertas del hospicio. No obstante, la naturaleza moral tiene sus caprichos y se permite hacer, aquí y allá, personas honradas y cajeros. Además, los corsarios, a quienes honramos con el nombre de banqueros y que toman una cédula de mil escudos[3] lo mismo que un pirata coge sus patentes de corso, sienten tal veneración por estos raros productos de la incubación de la virtud que los enjaulan en cuchitriles para protegerlos lo mismo que los gobiernos protegen a los animales raros. Si el cajero tiene imaginación, si el cajero tiene pasiones, o si el cajero más perfecto ama a su mujer, y esta mujer se aburre, tiene ambición o simplemente vanidad, el cajero se disuelve. ¡Hojead la historia de la caja! No encontraréis un solo ejemplo de cajero que haya alcanzado lo que se denomina una *posición.* Van a presidio, se marchan al extranjero o vegetan en algún segundo piso de la calle Saint-Louis[4], en

el Marais. Cuando los cajeros parisinos hayan reflexionado sobre su valor intrínseco, un cajero no tendrá precio. Cierto que algunas personas no pueden ser más que cajeros, como otras son irremediablemente bribones. ¡Extraña civilización! La Sociedad otorga a la Virtud cien luises de renta para su vejez, un segundo piso, pan a discreción, unos cuantos pañuelos de seda nuevos y una mujer vieja acompañada de sus hijos. En cuanto al Vicio, si da muestras de cierta audacia, si puede darle la vuelta con habilidad a un artículo del Código como Turena le daba la vuelta a Montécuculli[5], la Sociedad legitima sus millones robados, le arroja fajines, lo llena de honores y lo abruma a consideraciones. Por lo demás, el Gobierno está en armonía con esta Sociedad profundamente ilógica. El Gobierno hace entre las jóvenes inteligencias de dieciocho y veinte años una leva de talentos precoces; mediante un trabajo prematuro desgasta grandes cerebros a los que convoca para hacer la mejor selección, como los jardineros hacen con sus semillas. Prepara para esa tarea a jurados sopesadores de talentos que prueban los cerebros como se prueba el oro en la Casa de la Moneda. Luego, de las quinientas prometedoras cabezas que la población más avanzada le suministra todos los años, acepta un tercio, lo mete en grandes sacos llamados sus Escuelas, y ahí los agita durante tres años. Aunque cada uno de estos injertos supone capitales enormes, los convierte por así decir en cajeros; los bautiza con el nombre de ingenieros ordinarios, los emplea como capitanes de artillería y se queda, finalmente, con lo más elevado que hay en los grados subalternos. Luego, cuando estos hombres de élite, atiborrados de matemáticas y ahítos de ciencia, alcanzan los cincuenta años de edad, como recompensa a sus servicios les asegura el tercer piso, la mujer acompañada de niños, y todas las dulzuras de la mediocridad. ¿No es un milagro que, de este Pueblo-Engañado, logren escapar cinco o seis hombres de genio y trepen hasta las cumbres de la sociedad?

Tal es el balance exacto del Talento y de la Virtud, en sus relaciones con el Gobierno y la Sociedad en una época que se cree progresiva. Sin esta aclaración preparatoria, una aventura ocurrida recientemente en París parecería inverosímil, mientras que, encabezada por este sumario, tal vez pueda interesar a las mentes lo bastante superiores para haber adivinado las verdaderas plagas de nuestra civilización que, desde 1815, ha reemplazado el principio Honor por el principio Dinero.

Cierto sombrío día de otoño, hacia las cinco de la tarde, el cajero de uno de los bancos más fuertes de París seguía trabajando a la luz de una lámpara encendida hacía ya algún tiempo. De acuerdo con los usos y costumbres del comercio, la caja estaba situada en la parte más oscura de un entresuelo angosto y de techo bajo. Para llegar hasta ella, había que cruzar un corredor iluminado por luces de medianería, al que daban despachos cuyas puertas, cada una con su marbete, se parecían a las de un establecimiento de baños. Con flema, el portero había dicho desde las cuatro siguiendo la consigna que tenía: *La Caja está cerrada.* En aquel momento los despachos estaban vacíos, los correos habían sido enviados, los empleados[6] se habían marchado, las mujeres de los jefes de la casa aguardaban a sus amantes y los

dos banqueros cenaban con sus queridas. Todo estaba en orden. El lugar en que las cajas fuertes se hallaban empotradas en hierro se encontraba tras el recinto enrejado del cajero, ocupado sin duda en hacer la caja. La ventanilla abierta dejaba ver un armario de hierro forjado a martillo que, gracias a los descubrimientos de la cerrajería moderna, era de tanto peso que los ladrones no habrían podido llevárselo. Su puerta solo se abría por voluntad de quien supiera escribir la palabra clave cuyo secreto guardan las letras de la cerradura sin dejarse corromper, hermosa materialización del *¡Sésamo, ábrete!* de las *Mil y Una Noches.* Pero este detalle era lo de menos. La cerradura soltaba un disparo de trabuco contra la cara de quien, habiendo dado con la clave, ignorase un último secreto, la *ultima ratio*[7] del dragón de la Mecánica. La puerta de la habitación, las paredes de la habitación, los postigos de las ventanas de la habitación, toda la habitación estaba revestida de láminas de chapa de cuatro pulgadas de espesor, ocultas por un ligero revestimiento de madera. Los postigos estaban echados y la puerta cerrada. Si algún hombre ha podido creer alguna vez en una soledad profunda y alejada de todas las miradas, ese hombre sería el cajero de la casa Nucingen y compañía, en la calle Saint-Lazare. Por eso reinaba en aquella cueva de hierro el mayor de los silencios. La estufa apagada despedía ese calor tibio que producen en el cerebro los efectos pastosos y la inquietud nauseabunda que causa una orgía a la mañana siguiente. La estufa duerme, embrutece y contribuye de forma singular a volver estúpidos a porteros y empleados. Una habitación con estufa es un colchón donde se disuelven los hombres de energía, donde se debilitan sus resortes y donde se gasta su voluntad. Las Oficinas son la gran fábrica de las mediocridades que los gobiernos necesitan para mantener el feudalismo del dinero en que se apoya el actual contrato social (Véase *Los empleados*). El calor mefítico que en ellos produce una reunión de hombres no es una de las menores razones del envilecimiento progresivo de las inteligencias, y el cerebro del que se desprende mayor cantidad de ázoe asfixia a los demás a la larga.

El cajero era un hombre de unos cuarenta años, cuyo cráneo calvo relucía bajo la luz de una lámpara Carcel[8] que se hallaba sobre la mesa. Esa luz hacía brillar las canas entreveradas con los cabellos negros que acompañaban ambos lados de su cabeza, a la que prestaban la apariencia de una bola las formas redondas de su cara. Su tez era de un rojo de ladrillo. Algunas arrugas enmarcaban sus ojos azules. Tenía la mano rolliza del hombre gordo. Su traje de paño azul, ligeramente raído en las partes prominentes, y los pliegues de su pantalón tornasolado, ofrecían a la vista esa especie de ajamiento que imprime el uso, que en vano combate el cepillo y que da a las personas superficiales una elevada idea del ahorro y la probidad de un hombre lo bastante filósofo o lo bastante aristócrata para llevar trajes viejos. Pero no es raro ver a personas que, tacañas en menudencias, se muestran fáciles, pródigas o incapaces en las cosas capitales de la vida. El ojal del cajero estaba adornado con la cinta de la Legión de Honor, porque había sido jefe de escuadrón en el cuerpo de Dragones con el Emperador. El señor de Nucingen, proveedor antes de ser banquero, y que, en el

pasado había tenido oportunidad de conocer la delicadeza de sentimientos de su cajero cuando lo encontró en una posición elevada de la que le había hecho caer la desgracia, tuvo la atención de darle quinientos francos de sueldo mensuales. Este militar era cajero desde 1813, época en la que se curaba de una herida recibida en el combate de Studzianka, durante la derrota de Moscú[9], pero tras haber languidecido seis meses en Estrasburgo, adonde habían transportado a varios oficiales superiores por orden del Emperador para que se les cuidara con esmero. Este antiguo oficial, llamado Castanier, poseía el grado honorífico de coronel y dos mil cuatrocientos francos de retiro.

Castanier, en quien el cajero había matado al militar a lo largo de diez años, inspiraba al banquero tanta confianza que también dirigía la escribanía de su despacho particular situado detrás de la caja, y al que descendía el barón por una escalera disimulada. Allí era donde se decidían los asuntos. Allí estaba el cedazo donde se tamizaban las propuestas, el locutorio donde se examinaba la plaza. De allí salían las cartas de crédito y allí se encontraban, por último, el Libro Mayor y el Dietario que resumía el trabajo de los demás despachos. Después de cerrar la puerta de comunicación a la que daba la escalera que llevaba al despacho de ceremonia de los dos banqueros en el primer piso del palacete, Castanier había vuelto a sentarse y desde hacía un momento contemplaba varias cartas de crédito libradas a nombre de la casa Watschildine[10] de Londres. Luego había cogido la pluma, y se disponía a falsificar, al pie de todas ellas, la firma *Nucingen.* En el momento en que estaba buscando cuál de todas aquellas firmas falsas era la mejor imitada, alzó la cabeza como si le hubiese picado una mosca obedeciendo a un presentimiento que le había gritado en el corazón: *¡No estás solo!* Y el falsificador vio detrás de la reja, en el ventanillo de su caja, a un hombre cuya respiración no se dejaba oír, que le pareció que no respiraba siquiera y que sin duda había entrado por la puerta del corredor, que Castanier vio abierta de par en par. Por primera vez en su vida el antiguo militar sintió un miedo que le hizo quedarse con la boca abierta de par en par y los ojos absortos ante aquel hombre cuyo aspecto era por sí mismo lo bastante horrible para no necesitar las circunstancias misteriosas de una aparición semejante. El corte oblongo de la cara del extraño, los contornos abombados de su frente y el color lívido de su carne anunciaban, lo mismo que su atuendo, a un inglés. Aquel hombre apestaba a inglés. Viendo su levita con alzacuello y su corbata ahuecada, que remataba una chorrera de pliegues aplastados y cuya blancura prestaba relieve a la lividez permanente de un rostro impasible cuyos labios rojos y fríos parecían destinados a chupar la sangre de los cadáveres, se adivinaban sus polainas negras abrochadas por encima de la rodilla y toda esa indumentaria semipuritana del inglés rico que sale a dar un paseo a pie. El brillo que despedían los ojos del extraño era insoportable y causaba en el alma una impresión punzante, aumentada además por la rigidez de sus rasgos. Aquel hombre seco y descarnado parecía tener en sí una especie de principio devorador que le resultaba imposible saciar. Debía digerir tan

deprisa el alimento que, sin duda, podía comer incesantemente sin que una sola vena de sus mejillas se pusiese roja. Podía tragar una tonelada de ese vino de Tokay que se denomina *vino de sucesión*[11] sin que se enturbiase ni su mirada penetrante que leía en las almas, ni su cruel razón que siempre parecía ir al fondo de las cosas. Tenía algo de la majestad fiera y tranquila de los tigres.

—Señor, vengo a cobrar esta letra de cambio –le dijo a Castanier con una voz que entró en comunicación con las fibras del cajero e hirió todas con una violencia comparable a la de una descarga eléctrica.

—La caja está cerrada –respondió Castanier.

—Está abierta –dijo el inglés señalando la caja–. Mañana es domingo y no puedo esperar. La suma es de quinientos mil francos; usted la tiene en la caja y yo la debo.

—Señor, ¿cómo ha entrado?

El inglés sonrió, y su sonrisa aterrorizó a Castanier. Nunca hubo respuesta ni más amplia ni más perentoria que el pliegue desdeñoso e imperial que formaron los labios del extranjero. Castanier se volvió, cogió cincuenta fajos de diez mil francos en billetes de banco y, cuando los presentó al extraño que había lanzado una letra de cambio aceptada por el barón de Nucingen, se vio dominado por una especie de temblor convulsivo al ver los rayos rojizos que salían de los ojos de aquel hombre, y que acababan de relucir sobre la firma falsa de la carta de crédito.

—Su… recibí… no está… –dijo Castanier devolviendo la letra de cambio.

—Déjeme su pluma –dijo el inglés.

Castanier le ofreció la pluma que acababa de utilizar para su falsificación. El forastero firmó John[12] Melmoth, y devolvió papel y pluma al cajero. Mientras Castanier miraba la escritura del desconocido, que iba de derecha a izquierda al modo oriental, Melmoth desapareció, e hizo tan poco ruido que, cuando el cajero levantó la cabeza, dejó escapar un grito al no ver ya al hombre y al sentir los dolores que nuestra imaginación supone que debe producir el envenenamiento. La pluma que Melmoth había utilizado le causaba en las entrañas una sensación de ardor y agitación muy parecida a la que proporciona el emético. Como a Castanier le parecía imposible que aquel inglés hubiese adivinado su crimen, atribuyó el sufrimiento interno a la palpitación que, según el vulgo, debe procurar *una fechoría* en el momento de cometerla.

«¡Al diablo! ¡Qué imbécil soy! Dios me protege, porque si ese animal se hubiera dirigido mañana a estos señores, ¡sí que estaría yo *apañado*!», se dijo Castanier tirando a la estufa las falsas cartas inútiles, que se consumieron en el fuego.

Guardó aquella de la que quería servirse, cogió de la caja quinientos mil francos en billetes y *bank-notes*[13], la cerró, puso todo en orden, cogió sombrero y paraguas, apagó la lámpara después de haber encendido su palmatoria y salió tranquilamente para ir a entregar, según su costumbre, una de las dos llaves de la caja a la señora de Nucingen cuando el barón estaba ausente.

—¡Qué suerte tiene usted, señor Castanier! –le dijo la mujer del banquero al verlo

entrar en su casa–. El lunes es fiesta y podrá irse al campo, a Soisy[14].

—¿Tendrá la bondad, señora, de decirle a Nucingen que la letra de cambio de los Watschildine, que se había retrasado, acaba de ser presentada al cobro? Los quinientos mil francos están pagados. Yo no volveré hasta del martes a mediodía.

—Adiós, señor, que lo pase bien.

Lo mismo le digo, señora –respondió el antiguo dragón mirando a un joven entonces de moda llamado Rastignac, que pasaba por ser amante de la señora de Nucingen[15].

—Señora –dijo el joven–, tengo la impresión de que ese tipo quiere jugarle una mala pasada.

—¡Bah, es imposible! ¡Es demasiado estúpido!

—Piquoizeau –dijo el cajero al entrar en el despacho–, ¿por qué dejas subir a nadie a la caja pasadas las cuatro?

—Desde las cuatro –respondió el portero– he estado fumando mi pipa en el umbral de la puerta, y nadie ha entrado en los despachos. Y no ha salido nadie salvo esos señores…

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Tan seguro como de mi propio honor. A las cuatro ha venido el amigo del señor Werbrust[16], un joven de la casa Du Tillet[17] y compañía, de la calle Joubert[18].

—Bien –dijo Castanier, que salió presuroso. El ardor de emético que le había comunicado su pluma adquiría intensidad. «¡Por cien mil diablos!», pensaba al enfilar el bulevar de Gand[19]. «¿He tomado bien todas las medidas? Veamos: dos días libres, domingo y lunes; y luego un día de incertidumbre antes de que me busquen, en total tres días y cuatro noches. Tengo dos pasaportes y dos disfraces distintos: ¿no he de burlar con ellos a la policía más hábil? Por lo tanto, el martes por la mañana cobraré un millón en Londres, cuando aquí no tengan todavía la menor sospecha. Dejo aquí mis deudas a cuenta de mis acreedores, que pondrán una P[20] encima de mi nombre, mientras yo seré feliz en Italia por el resto de mis días, bajo el nombre de conde Ferraro, aquel pobre coronel al que yo fui el único que vio morir en las marismas del Zembin[21], y cuyo pellejo me endosaré. Por todos los diablos, ¡podría hacer que me reconocieran la mujer que llevo conmigo! ¡Un veterano como yo enamorado hasta los tuétanos y conchabado con una mujer!… ¿Por qué llevarla? He de dejarla. Sí, tendré el coraje suficiente para hacerlo. Pero me conozco, soy lo bastante estúpido para volver con ella. Sin embargo, nadie conoce a Aquilina. ¿La llevo? ¿No la llevo?».

—¡No has de llevarla! –le dijo una voz que le alteró las entrañas.

Castanier se volvió bruscamente y vio al inglés.

—¡Por aquí anda el diablo! –exclamó el cajero en voz alta.

Melmoth ya había rebasado a su víctima. Aunque el primer impulso de Castanier fue discutir con un hombre que leía de aquel modo en su alma, eran tantos los sentimientos contrarios que lo dominaban que de ello derivaba una especie de inercia momentánea; prosiguió, pues, su marcha y volvió a caer en esa fiebre de pensamiento

lógica en un hombre arrastrado con suficiente viveza por la pasión para cometer un crimen, pero que no tenía fuerza para soportarlo en su interior sin crueles agitaciones. Por eso, aunque decidido a recoger el fruto de un crimen consumado a medias, Castanier todavía vacilaba en proseguir su empresa, como hace la mayoría de los hombres de carácter mixto, en los que hay tanta fuerza como debilidad, y que pueden estar tan decididos a permanecer puros como a convertirse en criminales, según la presión que sobre ellos ejerzan las circunstancias más leves. En el revoltijo de hombres alistados por Napoleón había muchas personas que, semejantes a Castanier, poseían el necesario valor físico del campo de batalla sin tener el coraje moral que vuelve a un hombre tan grande en el crimen como podría serlo en la virtud. La carta de crédito estaba concebida en tales términos que, a su llegada a Londres, debía cobrar veinticinco mil libras esterlinas en la banca Watschildine, corresponsal de la banca Nucingen, avisada ya del pago por él mismo[22]; un agente elegido al azar en Londres había reservado su pasaje a nombre del conde Ferraro, a bordo de un barco que llevaba de Portsmouth a Italia a una rica familia inglesa. Estaban previstas las circunstancias más pequeñas. Se las había arreglado para que lo buscasen al mismo tiempo en Bélgica y en Suiza mientras él estaría en el mar. Luego, cuando Nucingen pudiera creer que ya estaba sobre su pista, él esperaba haber llegado a Nápoles, donde pensaba vivir con nombre falso, gracias a un disfraz tan completo que se había decidido a cambiar su rostro simulando en él, con la ayuda de un ácido, los estragos de la viruela. Pese a todas estas precauciones que, en apariencia, debían asegurarle la impunidad, la conciencia lo atormentaba. Tenía miedo. La vida tranquila y apacible que había llevado durante tanto tiempo había purificado sus costumbres soldadescas. Todavía era probo, no se mancillaba sin pesar. Por última vez se dejaba arrastrar por todas las impresiones de la bondad natural que en él forcejeaba.

«¡Bah! –se dijo en la esquina del bulevar con la calle Montmartre–, un coche de punto me llevará esta noche a Versalles al salir del teatro. Una silla de posta me espera en casa de mi antiguo sargento de caballería, que me guardará el secreto de esta marcha delante de doce soldados dispuestos a fusilarlo si se negaba a aceptar. Por lo tanto, no veo ninguna posibilidad en contra. Me llevaré a mi pequeña Naqui y partiremos».

—No partirás –le dijo el inglés, cuya extraña voz hizo que toda la sangre afluyese al corazón del cajero.

Melmoth montó en un tílburi que lo esperaba, y partió tan deprisa que Castanier vio a su enemigo secreto a cien pasos, en la calzada del bulevar Montmartre, y subiéndola a gran trote antes de que por su cabeza pasase la idea de detenerlo.

«¡Palabra que lo que me ocurre es sobrenatural! –se dijo–. Si fuera lo bastante estúpido para creer en Dios, me diría que ha puesto a san Miguel tras mis pasos[23]. ¿No será que el diablo y la policía me dejan actuar para echarme el guante en el momento oportuno? ¡Habráse visto! ¡Adelante, no son más que bobadas!».

Castanier tomó la calle del Faubourg Montmartre y acortó el paso a medida que

avanzaba hacia la calle Richer. Ahí, en una casa de nueva construcción, en el segundo piso de un cuerpo de edificio que daba a unos jardines, vivía una joven conocida en el barrio con el nombre de señora de La Garde y que era, inocentemente, la causa del delito cometido por Castanier. Para explicar este hecho y acabar de pintar la crisis a la que sucumbía el cajero es preciso referir de modo sucinto algunas circunstancias de su vida anterior.

La señora de La Garde, que ocultaba su verdadero nombre a todo el mundo, incluso a Castanier, se pretendía piamontesa. Era una de esas muchachas que, bien por la más profunda de las miserias, bien por falta de trabajo o por el espanto de la muerte, y a menudo también por la traición de un primer amante, se ven empujadas a aceptar un oficio que la mayoría de ellas hacen con repugnancia, muchas sin interés y algunas obedeciendo a las leyes de su constitución. Conoció a Castanier en el momento en que se lanzaba al abismo de la prostitución parisina, a la edad de dieciséis años, bella y pura como una Madonna. Demasiado burdo para triunfar en sociedad y cansado de recorrer todas las noches los bulevares a la caza de una aventura pagada, hacía mucho que el viejo dragón deseaba poner cierto orden en la irregularidad de sus costumbres. Impresionado por la belleza de la pobre muchacha que el azar ponía entre sus brazos, decidió salvarla del vicio en beneficio propio, movido por una idea tan egoísta como bienhechora, como lo son algunos pensamientos de los mejores hombres. La condición natural es con frecuencia buena, pero la Sociedad pone en ella su maldad, y de ahí provienen ciertas intenciones mixtas con las que el juez debe mostrarse indulgente. Y Castanier tenía suficiente inteligencia para ser astuto cuando sus intereses estaban en juego. Por eso quiso ser filántropo sobre seguro, y empezó haciendo de la chica su amante. «¡Bueno, bueno! –se dijo en su lenguaje de soldadesca–, un viejo lobo como yo no debe dejarse cazar por una oveja. Antes de meterla en casa, papá Castanier, haz un reconocimiento de la moral de la chica para ver si es susceptible de afecto». Durante el primer año de esa unión ilegal, pero que colocaba a la muchacha en la situación menos censurable de todas las que reprueba el mundo, la piamontesa tomó por nombre de guerra el de Aquilina, uno de los personajes de *Venecia salvada*, tragedia del teatro inglés que había leído por casualidad[24]. Creía parecerse a esa cortesana, bien por los sentimientos precoces que sentía en su corazón, bien por su cara o por la fisonomía general de su persona. Cuando Castanier la vio siguiendo la conducta más regular y virtuosa que puede tener una mujer arrojada fuera de las leyes y de las conveniencias sociales, le manifestó su deseo de vivir maritalmente con ella. Entonces se convirtió en señora de La Garde, con la idea de entrar, hasta donde los usos parisinos permitiesen, en las condiciones de un matrimonio real. En efecto, la idea fija de muchas de estas pobres chicas consiste en tratar de hacerse aceptar como buenas burguesas, total y estúpidamente fieles a sus maridos, capaces de ser excelentes madres de familia, de llevar la cuenta de los gastos y de remendar la ropa de la casa. Semejante anhelo deriva de un sentimiento tan loable que la Sociedad debería

tomarlo en consideración. Pero la Sociedad seguirá siendo incorregible y continuará considerando a la mujer casada como una corbeta cuyo pabellón y documentación permiten navegar libremente mientras la mujer mantenida es el pirata al que se ahorca por carecer de papeles en regla. El día en que la señora de La Garde quiso firmar señora Castanier, el cajero se enfadó. «¿No me quieres lo bastante para casarte conmigo?», preguntó ella. Castanier no contestó y se quedó pensativo. La pobre chica se resignó mientras el ex-dragón se desesperaba. Conmovida por esa desesperación, Naqui hubiera deseado calmarla; pero, para calmarla ¿no era preciso conocer su causa? El día en que Naqui quiso saber el secreto, sin hacer preguntas directas, el cajero reveló lastimosamente la existencia de una Señora Castanier, esposa legítima, mil veces maldita, que vivía oscuramente en Estrasburgo de una pequeña renta, a la que el cajero escribía dos veces al año y sobre la que mantenía un silencio tan profundo que nadie sabía que estuviera casado. ¿Por qué tal discreción? Aunque la razón sea conocida por tantos militares que se encuentran en el mismo caso, tal vez sea útil decirla. El verdadero chusquero, si es que se nos permite emplear el término que se utiliza en el ejército para designar las personas destinadas a morir de capitanes, ese siervo atado a la gleba de un regimiento es una criatura en esencia ingenua, un Castanier destinado de antemano a las marrullerías de las madres de familia que, en las ciudades con guarniciones militares, tienen el problema de hijas difíciles de casar. Así pues, en Nancy, durante uno de esos momentos tan breves en que los ejércitos imperiales descansaban en Francia, Castanier tuvo la desgracia de fijarse en una señorita con la que había bailado en una de esas fiestas que en provincia se llaman *redoutes*[25], y que con frecuencia ofrecían a la ciudad los oficiales de la guarnición y viceversa. El amable capitán fue objeto al instante de una de esas seducciones para las que las madres encuentran cómplices en el corazón humano, poniendo en juego todos los resortes, y en sus amigos, que conspiran con ellas. Como las personas que solo tienen una idea, esas madres lo supeditan todo a su gran proyecto, que convierten en una obra largo tiempo elaborada como el cucurucho de arena en cuyo fondo se aloja la formica-leo[26]. Tal vez nadie entre nunca en ese dédalo tan bien construido, tal vez la formica-leo muera en él de hambre y de sed. Pero si algún atolondrado animal penetra, ahí se quedará. Los secretos cálculos de avaricia que todo hombre hace al casarse, la esperanza, las vanidades humanas, todos los hilos por los que camina un capitán, se vieron sometidos a ataque en el caso de Castanier. Para desgracia suya, alabó a la hija delante de la madre cuando se la devolvió tras un vals; hablaron entonces, y al final de la charla se produjo la más natural de las invitaciones. Una vez introducido en el hogar de la familia, el dragón quedó deslumbrado por la bonhomía de una casa donde la riqueza parecía ocultarse bajo una avaricia fingida. Se convirtió en objeto de hábiles halagos, y todos y cada uno elogiaron los distintos tesoros que en el hogar había. Una cena, servida adrede en vajilla maciza[27] prestada por un tío, las atenciones de una hija única, los chismes de la ciudad, un subteniente rico que hacía intención de querer segarle la hierba a sus pies, las mil trampas, en fin,

de las formica-leo de provincias fueron tendidas tan bien que cinco años después Castanier se decía: «¡Todavía no sé cómo ocurrió!». El dragón recibió quince mil francos de dote y una señorita, por suerte estéril, a la que dos años de matrimonio volvieron la mujer más fea y por consiguiente más arisca de la tierra. La tez de la muchacha, blanca gracias a un severo régimen, se volvió rojiza; la cara, cuyos vivos colores anunciaban una seductora prudencia, se llenó de granos; el talle, que parecía recto, se torció; el ángel se convirtió en una criatura gruñona y suspicaz que hacía rabiar a Castanier; la fortuna no tardó en desaparecer. Como el dragón ya no reconocía a la mujer con la que se había casado, la depositó en una pequeña finca en Estrasburgo con la esperanza de que pluguiese a Dios adornar con ella el Paraíso. Fue una de esas mujeres virtuosas que por falta de ocasiones para obrar de otro modo, asesinan a los ángeles con sus lamentos, ruegan a Dios hasta aburrirle si las escucha y hablan lo peor que pueden de sus maridos cuando por la noche terminan de jugar al boston con sus vecinas. Cuando Aquilina supo estas desgracias, sintió por Castanier un afecto sincero y le hizo tan feliz con los renovados placeres que su genio de mujer le hacía variar al mismo tiempo que se los prodigaba que, sin saberlo, provocó la perdición del cajero. Como muchas mujeres a quienes la naturaleza parece haber dado por destino excavar en el amor hasta sus últimas profundidades, La señora de La Garde era desinteresada. No pedía ni oro, ni joyas, ni pensaba nunca en el futuro: vivía en el presente y, sobre todo, en el placer. Los ricos aderezos, los vestidos y la carroza que con tanto ardor desean las mujeres de su especie, solo los aceptaba como una armonía más en el cuadro de la vida. No los anhelaba por vanidad, ni por deseo de aparentar, sino para ser mejor. Además, nadie prescindía con mayor facilidad que ella de este tipo de cosas. Cuando un hombre generoso, como lo son casi todos los militares, encuentra una mujer de ese temple, experimenta en su corazón una especie de pasión violenta por sentirse inferior a ella en el intercambio de la vida. Se siente entonces capaz de asaltar una diligencia para conseguir dinero si no tiene bastante para su prodigalidad. El hombre está hecho así. En ocasiones se vuelve culpable de un crimen para mostrarse grande y noble ante una mujer o ante un público especial. Un enamorado se parece al jugador que se creería deshonrado si no devuelve lo que ha pedido prestado al mozo de sala, y que comete monstruosidades, despoja a su mujer y a sus cuatro hijos, roba y mata para llegar con el bolsillo lleno y el honor a salvo a ojos de la gente que frecuenta la casa fatal. Es lo que le ocurrió a Castanier. Al principio metió a Aquilina en un modesto apartamento en un cuarto piso, y solo le dio algunos muebles muy simples. Pero al descubrir la belleza y grandes cualidades de la muchacha, al recibir aquellos placeres inauditos que ninguna expresión puede traducir, enloqueció y quiso adornar a su ídolo. La vestimenta de Aquilina contrastó de forma tan cómica con la miseria de su alojamiento que ambos sintieron la necesidad de cambiar. Aquel cambio se llevó casi todos los ahorros de Castanier, que amuebló su apartamento semiconyugal con el lujo especial de la mantenida. Una mujer bonita no quiere nada feo a su alrededor. Lo que la distingue entre todas las

mujeres es el sentimiento de homogeneidad, una de las necesidades menos reservadas de nuestra naturaleza, que lleva a las solteronas a rodearse únicamente de cosas viejas. Por tanto, la deliciosa piamontesa sintió la necesidad de los objetos más nuevos y más de moda, cuanto de más coqueto tenían los comerciantes, telas de raso, seda, joyas, muebles ligeros y frágiles, hermosas porcelanas. No pidió nada. Pero cuando había que escoger, cuando Castanier le decía: «¿Qué quieres?», ella respondía: «¡Esto es mejor!». Un amor que escatima, nunca es el amor verdadero, y Castanier compraba entonces lo mejor. Una vez admitida esa escala proporcional, fue preciso que todo se encontrase en armonía en aquella casa. ¡La lencería, la cubertería, y los mil accesorios de una casa montada, la batería, los cristales y el diablo! Aunque Castanier quiso, según la conocida expresión, hacer las cosas con sencillez, fue endeudándose poco a poco. Una cosa exigía otra. Un reloj de péndulo requería dos candelabros. La chimenea de adorno exigió su hogar. Los cortinajes y colgaduras fueron demasiado nuevos para dejarlos ennegrecerse con el humo, y entonces hubo que colocar chimeneas elegantes, recién inventadas por personas hábiles en prospectos y que prometían un aparato invencible para el humo. Luego, a Aquilina le pareció tan hermoso correr descalza por la alfombra de su cuarto que Castanier puso alfombras en todo el suelo para retozar en ellas con Naqui; finalmente, mandó construir un cuarto de baño, siempre para que ella estuviese mejor. Los comerciantes, los obreros y los fabricantes de París poseen un arte inaudito para agrandar el agujero que un hombre hace a su bolsa; cuando les consultan, no saben el precio de nada, y el paroxismo del deseo nunca se aviene a un retraso, realizan los encargos en medio de las tinieblas de un presupuesto aproximado, luego nunca entregan su estado de cuentas y arrastran al consumidor en el torbellino de los suministros. Todo resulta delicioso y encantador, todo el mundo queda satisfecho. Unos meses después, esos complacientes proveedores vuelven metamorfoseados en máquinas de sumar de una exigencia horrible: tienen necesidades, pagos urgentes que hacer, están a punto de quebrar, lloran y conmueven. Se abre entonces el abismo para vomitar una columna de cifras que van de cuatro en cuatro, cuando inocentemente deberían ir de tres en tres. Antes de que Castanier conociese la suma de sus gastos, había llegado a enviar a su amante un carruaje[28] cada vez que salía, en lugar de dejarla montar en coche de punto. Castanier era buen comedor, y contrató a una cocinera excelente; y, para agradarle, Aquilina le regalaba con las primicias de cada temporada, con rarezas gastronómicas y con vinos selectos que ella misma compraba. Pero como no tenía nada suyo, sus regalos, tan preciosos por la atención, la delicadeza y la gracia que los dictaban, agotaban periódicamente la bolsa de Castanier, que no quería que su Naqui viviese sin dinero, ¡y ella estaba siempre sin dinero! La mesa fue, pues, una fuente de gastos considerables, en relación a la fortuna del cajero. El ex-dragón hubo de recurrir a artificios comerciales para conseguir dinero, porque le resultó imposible renunciar a sus goces. Su amor por la mujer no le había permitido resistir a las fantasías de la amante. Era uno de esos hombres que, bien por amor propio, bien por

debilidad, no saben negar nada a una mujer y que sienten una falsa y violenta vergüenza si tienen que decir: *«No puedo… Mis medios no me permiten… No tengo dinero…»,* aunque se arruine. Así pues, el día en que Castanier se vio en el fondo del precipicio y que, para apartarse de él, debía abandonar a aquella mujer y ponerse a pan y agua para pagar sus deudas, estaba tan habituado a aquella mujer y a aquella vida que todas las mañanas pospuso de un día para otro sus proyectos de reforma. Empujado por las circunstancias, al principio pidió dinero prestado. Su posición y antecedentes le hacían merecedor de una confianza que aprovechó para combinar un sistema de préstamo que cubriese sus necesidades. Luego, para disfrazar las sumas a las que rápidamente ascendió su deuda, recurrió a lo que el comercio denomina *circulaciones*[29], documentos que no representan ni mercancías ni valores pecuniarios aportados, y que el primer endosante paga por el complaciente suscriptor, especie de fraude tolerado porque resulta imposible de comprobar y porque, además, ese dolo hipotético solo se vuelve real cuando hay una falta de pago. Por último, cuando Castanier se vio en la imposibilidad de proseguir con sus maniobras financieras, bien por el incremento del capital, bien por la enormidad de los intereses, hubo de presentar quiebra ante sus acreedores. El día en que llegó el deshonor, Castanier prefirió la quiebra fraudulenta a la quiebra simple, el crimen al delito. Decidió hipotecar la confianza que le otorgaba su probidad real y aumentar el número de acreedores pidiendo prestada, a la manera del célebre cajero del Tesoro Real[30], la suma necesaria para vivir el resto de sus días en un país extranjero. Y había obrado como acabamos de ver. Aquilina nada sabía de las preocupaciones de aquella vida, gozaba de ella como hacen muchas mujeres, y no se preguntaba de qué forma llegaba el dinero más de lo que ciertas personas se preguntan cómo crece el trigo cuando comen su panecillo dorado; mientras, los trabajos y desvelos de la agricultura quedan tras el horno de los panaderos, de igual modo que tras el lujo imperceptible de la mayoría de los hogares parisienses yacen preocupaciones abrumadoras y el trabajo más exorbitante.

En el momento en que Castanier sufría las torturas de la incertidumbre, meditando en una acción que cambiase toda su vida, Aquilina, tranquilamente sentada junto al fuego, hundida de forma indolente en un gran sillón, lo esperaba en compañía de su doncella. Como todas las doncellas que sirven a estas damas, Jenny se había vuelto su confidente después de haber comprobado que el imperio que su ama ejercía sobre Castanier era de todo punto inatacable.

—¿Qué haremos esta noche? Léon dice que vendrá sin falta –decía La señora de la Carde leyendo una apasionada carta escrita en un papel grisáceo.

—El señor acaba de llegar –dijo Jenny.

Entró Castanier. Sin desconcertarse, Aquilina enrolló la esquela, la cogió con las tenazas y la quemó.

—¿Es eso lo que haces con las esquelas amorosas? –dijo Castanier.

—¡Ay, Dios mío, sí! –le respondió Aquilina–. ¿No es la mejor manera de que

nadie las encuentre? Además, ¿no debe ir el fuego al fuego como el agua va al río?

—Hablas como si fuera de verdad una esquela amorosa.

—¿Qué crees, que no soy lo bastante hermosa para recibirlas? –dijo ella ofreciendo su frente a Castanier con una especie de negligencia que hubiera mostrado a un hombre menos ciego que la mujer cumplía con una especie de deber conyugal cuando procuraba la alegría del cajero. Pero Castanier había llegado a ese grado de pasión inspirada en la costumbre que no permite ver nada.

—Esta noche tengo una localidad para el Gymnase[31] –continuó Castanier–. Vamos a cenar pronto para no andar luego con prisas.

—Vete con Jenny. Me aburre ese espectáculo. No sé lo que me pasa esta noche que prefiero quedarme junto al fuego.

—Ven de todos modos, Naqui, porque no te aburriré mucho tiempo con mi persona. Sí, Quiqui[32], salgo de viaje esta noche y estaré un tiempo sin volver. Te dejo dueña de todo. ¿Me guardarás tu corazón?

—Ni el corazón ni nada –dijo ella–. Pero cuando vuelvas Naqui seguirá siendo Naqui para ti.

—Bien está esa franqueza. ¿O sea que no me quieres acompañar?

—No.

—¿Por qué?

—Bueno –dijo sonriendo–, ¿crees que puedo abandonar al amante que me escribe esquelas tan amorosas?

Y con un gesto a medias burlón señaló hacia el papel quemado.

—¿Será cierto? –dijo Castanier–. ¿Tienes de verdad un amante?

—¡Vaya! –continuó Aquilina–. Nunca has mirado las cosas con seriedad, querido, y eso que ya has cumplido los cincuenta años[33]. Tienes además una cara que puede ponerse en la tabla de una frutería, y a nadie le sorprendería si intentasen venderla como una calabaza. Cuando subes la escaleras, resoplas como una foca. Tu barriga tiembla sobre sí misma como un brillante en la cabeza de una mujer. Por mucho que hayas servido en los dragones, eres un viejo muy feo. Palabra que, si quieres conservar mi aprecio, no te aconsejo que unas a esas cualidades la de la necedad pensando que una mujer como yo prescindirá de compensar tu amor asmático con las flores de alguna hermosa juventud.

—¿Estás de broma, Aquilina?

—Bueno, ¿no te ríes tú? ¿Me tomas por una imbécil cuando anuncias que te vas? Salgo de viaje esta noche –dijo ella imitándole–. Gran vago, ¿hablarías así si abandonases a tu Naqui? Berrearías como un becerro, que es lo que eres.

—Bueno, si salgo de viaje, ¿me acompañarías? –preguntó él.

—Dime primero que eso del viaje no es una broma de mal gusto.

—Hablando en serio, salgo de viaje.

—Pues hablando también en serio, yo me quedo. ¡Buen viaje, querido! Te esperaré. Antes prefiero morirme que renunciar a mi pequeño París.

—¿No vendrías a Italia, a Nápoles, para llevar una buena vida, muy dulce y lujosa, con este gordo que resopla como una foca?

—¡No!

—¡Ingrata!

—¿Ingrata? –dijo ella levantándose–. Puedo marcharme ahora mismo sin llevarme de aquí otra cosa que mi persona. Yo te habré dado todos los tesoros que posee una joven, y algo que ni tu sangre ni la mía podrían devolverme. Si por algún medio pudiera, vendiendo mi alma, por ejemplo, recuperar la flor de mi cuerpo como tal vez he reconquistado la de mi alma, y entregarme pura como un lirio a mi amante, no vacilaría un momento. ¿Con qué abnegación has recompensado la mía? Me has alimentado y alojado con el mismo sentimiento que impulsa a dar de comer a un perro y a meterlo en una caseta, porque nos cuida, recibe nuestras patadas cuando estamos de mal humor y nos lame la mano cuando lo llamamos. ¿Quién de nosotros dos habrá sido más generoso?

—Querida, ¿no ves que estoy bromeando? –dijo Castanier–. Tengo que hacer un viaje que no durará mucho. Pero tienes que venir conmigo al Gymnase, y me marcharé hacia medianoche después de darte una buena despedida.

—¡Pobre gatito! ¿Así que te vas? –le dijo ella echándose a su cuello para ponerle la cabeza en su seno.

—¡Estás ahogándome! –gritó Castanier con la nariz en el pecho de Aquilina.

La joven se inclinó al oído de Jenny: «Vete a decirle a Léon que no venga hasta dentro de una hora; si no lo encuentras y llega mientras nos despedimos, entretenlo en tu cuarto».

—Bueno –continuó la joven poniendo la cabeza de Castanier frente a la suya y retorciéndole la punta de la nariz–, eres la más hermosa de las focas y esta noche iré contigo al teatro. Pero antes cenaremos; esta noche tenemos una buena cena a base de platos que te gustan.

—¡Qué difícil es abandonar a una mujer como tú! –dijo Castanier.

—Entonces ¿por qué te vas? –le preguntó ella.

—¡Ay! ¿Por qué, por qué? Para explicártelo tendría que decirte cosas que te demostrarían que mi amor por ti llega hasta la locura. Si tú me has entregado tu honra, yo he vendido la mía, estamos en paz. ¿No es eso amar?

—¿Qué estás diciendo? Vamos, dime que si yo tuviera un amante seguirías queriéndome como un padre, y eso sí que será amor. Dímelo ahora mismo, acéptalo.

—Te mataría –dijo Castanier con una sonrisa.

Se sentaron a la mesa y después de la cena partieron hacia el Gymnase. Cuando acabó la primera pieza, Castanier trató de dejarse ver por varias personas conocidas que había vislumbrado en la sala, a fin de alejar durante el mayor tiempo posible cualquier sospecha sobre su fuga. Dejó a la señora de La Garde en su localidad, que de acuerdo con sus austeros hábitos, era un palco de platea, y fue a pasear por el *foyer.* Apenas dio algunos pasos topó con la cara de Melmoth, cuya mirada le

provocó el insípido ardor de entrañas y el terror que ya había sentido, y quedaron el uno frente al otro.

—¡Falsario! –exclamó el inglés.

Al oír esa palabra, Castanier miró a la gente que paseaba a su alrededor. Creyó percibir cierta sorpresa mezclada de curiosidad en sus caras, quiso deshacerse de aquel inglés al momento y alzó la mano para darle una bofetada; pero sintió su brazo paralizado por un poder invencible que se apoderó de su fuerza y la clavó en el sitio; dejó que el extranjero le cogiese del brazo y ambos caminaron juntos por el *foyer* como dos amigos.

—¿Quién es lo bastante fuerte para resistírseme? –le dijo el inglés–. ¿No sabes que todo en este mundo me obedece, que lo puedo todo? Leo en los corazones, veo el futuro, sé el pasado. Estoy aquí y puedo estar en otra parte. No dependo del tiempo, ni del espacio, ni de la distancia. El mundo es mi servidor. Tengo la facultad de gozar siempre y de proporcionar siempre la dicha. Mi vista traspasa las paredes, ve los tesoros y los cojo a manos llenas. A una señal de mi cabeza se edifican palacios y mi arquitecto no se equivoca jamás. Puedo hacer que broten flores en cualquier terreno, engarzar pedrerías, labrar el oro y procurarme mujeres siempre nuevas; en fin, todo cede ante mí. Podría jugar a la Bolsa sobre seguro si el hombre que sabe encontrar oro allí donde los avaros lo entierran necesitase meter la mano en la bolsa de los demás. Siente pues, pobre miserable expuesto a la vergüenza, siente el poder de la garra que te tiene cogido. ¡Trata de doblegar este brazo de hierro! ¡De ablandar este corazón de diamante! ¡Atrévete a alejarte de mí! Cuando estés en el fondo de las cuevas que hay bajo el Sena, ¿no oirás mi voz? Cuando vayas a las catacumbas, ¿no me verás? Mi voz domina el fragor del rayo, mis ojos compiten en claridad con el sol, porque soy el par de El que lleva la luz[34].

Castanier escuchaba estas terribles palabras, nada en su interior las contradecía, y caminaba junto al inglés sin poder alejarse.

—Me perteneces, acabas de cometer un delito. Por fin he encontrado al compañero que estaba buscando. ¿Quieres saber tu destino? ¡Ja, ja! Esperabas ver un espectáculo, y no ha de faltarte, tendrás dos. Vamos, preséntame a la señora de La Garde como uno de tus mejores amigos. ¿No soy acaso tu última esperanza?

Castanier volvió a su palco seguido por el forastero, a quien se apresuró a presentar a la señora de La Garde de acuerdo con la orden que acababa de recibir. Aquilina no pareció sorprenderse al ver a Melmoth. El inglés rehusó sentarse en la delantera del palco y quiso que Castanier se sentase allí con su amante. El deseo más simple del inglés era una orden que había que obedecer. La obra que iban a representar era la última. Entonces los teatros pequeños solo daban tres obras. El Gymnase contaba en esa época con un autor que le aseguraba el éxito. Perlet iba a representar *Le Comedien d'Étampes*, vodevil en el que hacía cuatro papeles distintos[35]. Cuando se alzó el telón, el forastero tendió la mano sobre la sala. Castanier lanzó un grito de terror que se detuvo en su garganta, cuyas paredes se

unieron porque Melmoth le señaló con el dedo el escenario, dándole a entender con ello que había ordenado cambiar el espectáculo. El cajero vio el despacho de Nucingen, en el que se encontraba su patrón conferenciando con un empleado superior de la prefectura de policía, que le explicaba el comportamiento de Castanier, le comunicaba la sustracción efectuada en su caja, las falsificaciones cometidas en perjuicio suyo y la huida de su cajero. Inmediatamente se presentó denuncia, firmada y transmitida al fiscal del rey. «¿Cree usted que todavía estamos a tiempo? –decía Nucingen. Sí –respondió el agente–, está en el Gymnase y no sospecha nada».

Castanier se agitó en su silla y quiso marcharse; pero la mano que Melmoth apoyaba en su hombro le forzaba a seguir sentado mediante un efecto de la horrible potencia cuyas secuelas sentimos en medio de una pesadilla. Aquel hombre era la pesadilla misma, y pesaba sobre Castanier como una atmósfera envenenada. Cuando el pobre cajero se volvía para implorar al inglés, topaba con una mirada de fuego que vomitaba corrientes eléctricas, una especie de agujas metálicas que parecían penetrar a Castanier, traspasado de parte a parte y clavado.

—¿Qué te he hecho? –decía en medio de su abatimiento y jadeando como un ciervo al borde de una fuente–, ¿qué quieres de mí?

—¡Mira! –le gritó Melmoth.

Castanier miró lo que ocurría sobre el escenario. El decorado había cambiado, el espectáculo había concluido, Castanier se vio a sí mismo en escena bajando de un coche con Aquilina; pero en el instante en que entraba en el patio de su casa, en la calle Richer, el decorado cambió de forma súbita otra vez para representar el interior de su piso. Jenny charlaba junto al fuego, en el cuarto de su ama, con un suboficial de un regimiento de infantería, de guarnición en París.

—Se marcha –decía el sargento, que parecía pertenecer a una familia acomodada–. Ahora sí que voy a sentirme dichoso. Amo demasiado a Aquilina para tolerar que pertenezca a ese viejo sapo. ¡Yo me casaré con la señora de La Garde! –exclamaba el sargento.

«¡Viejo Sapo!» –dijo, dolido, Castanier para sus adentros.

—¡Ahí llegan el señor y la señora, escóndase! ¡Venga, métase ahí, señor Léon! –le decía Jenny–. El señor no se quedará mucho tiempo.

Castanier veía al suboficial esconderse detrás de los vestidos de Aquilina, en el cuarto de aseo. No tardó mucho el propio Castanier en salir a escena, y se despidió de su amante, que se burlaba de él en sus apartes con Jenny, mientras le decía las palabras más dulces y cariñosas. Lloraba por un lado y se reía por otro. Los espectadores hicieron repetir las estrofas.

—¡Maldita mujer! –gritaba Castanier en su palco.

Aquilina se reía hasta las lágrimas exclamando:

—¡Dios mío! ¡Qué divertido está Perlet de inglesa! Eres el único que no se ríe en la sala. ¡Ríete, gatito! –le dijo ella al cajero.

Melmoth se echó a reír de un modo que hizo estremecerse al cajero. Aquella risa

inglesa le retorcía las entrañas y le punzaba en el cerebro como si algún cirujano le trepanase con un hierro al rojo.

—Se ríen, se ríen –decía Castanier de forma convulsiva.

En ese momento, en lugar de ver a la pudibunda *lady* que encarnaba de forma tan cómica Perlet, y cuyo habla anglo-francesa hacía reventar de risa a toda la sala, el cajero se veía huyendo por la calle Richer, subiendo a un coche de punto en el bulevar y concertando el precio de su viaje a Versalles. La escena volvía a cambiar. En la esquina de la calle de l'Orangerie y de la calle de los Récollets[36], reconoció el pequeño albergue miserable que poseía su antiguo sargento de caballería. Eran las dos de la mañana, reinaba el mayor de los silencios, nadie lo espiaba; su coche, al que estaban enganchados unos caballos de posta, venía de una casa de la avenida de París donde vivía un inglés, para quien había sido pedido a fin de alejar todas las sospechas, Castanier llevaba encima sus valores y sus pasaportes, subía al coche y partía. Pero, en la barrera, Castanier divisó a unos gendarmes de a pie aguardando al coche. Lanzó un grito horrible que ahogó la mirada de Melmoth.

—¡Sigue mirando y calla! le dijo el inglés.

En un momento, Castanier se vio arrojado en la prisión de la Conciergerie. Luego, durante el quinto acto de aquel drama titulado *El cajero*, se vio a sí mismo tres meses después saliendo de la Audiencia de lo Criminal condenado a veinte años de trabajos forzados. Soltó un nuevo grito cuando se vio expuesto en la plaza del Palacio de Justicia y el hierro candente del verdugo lo marcó. Finalmente, en la última escena, se hallaba en el patio de la cárcel de Bicerta, en medio de otros sesenta forzados, esperando turno para que le remachasen los grilletes[37].

—¡Ay, Dios mío! No puedo más de risa –decía Aquilina–. Qué sombrío estás, gatito mío, ¿te pasa algo? Ese señor ya se ha ido.

—Dos palabras, Castanier –le dijo Melmoth en el momento en que, acabada la obra, la acomodadora ayudaba a ponerse el abrigo a la señora de La Garde.

El pasillo estaba atestado de gente, era imposible la huida.

—Bueno, ¿qué?

—No hay poder humano que pueda impedirte acompañar a Aquilina a su casa, ir a Versalles y ser detenido.

—¿Por qué?

—Porque el brazo que te sujeta –dijo el inglés– no te soltará.

Castanier hubiera querido pronunciar algunas palabras para aniquilarse él mismo y desaparecer en el fondo de los infiernos.

—Si el demonio te pidiera el alma, ¿no la darías a cambio de un poder igual al de Dios? Con una sola palabra devolverías a la caja del barón de Nucingen los quinientos mil francos que has cogido. Y rompiendo tu carta de crédito, toda huella de crimen desaparecería. Tendrías, por último, oro a raudales. Casi no crees en nada, ¿verdad? Pues si ocurre todo esto, al menos creerás en el diablo.

—¡Si fuera posible!… –dijo Castanier en tono alegre.

—Te lo asegura quien puede hacerlo respondió el inglés.

Melmoth extendió el brazo en el momento en que Castanier, la señora de la Garde y él mismo se hallaban en el bulevar. Caía entonces una lluvia fina, el suelo estaba embarrado, era espesa la atmósfera y negro el cielo. Nada más extenderse el brazo de aquel hombre, el sol iluminó París. Castanier se vio en pleno mediodía, como si fuera una hermosa jornada de julio. Los árboles se cubrían de hojas y los parisinos endomingados circulaban en dos alegres hileras. Los vendedores de coco gritaban: «¡A beber, recién cortados!».[38] Las carrozas relucían rodando por la calzada. El cajero lanzó un grito de terror. Tras el grito, el bulevar se volvió húmedo y sombrío. La señora de La Carde había subido en el coche.

—Date prisa, amigo mío –le dijo ella–, ven o quédate. Esta noche estás tan pesado como la lluvia que cae.

—¿Qué hay que hacer? –le dijo Castanier a Melmoth.

—¿Quieres ocupar mi puesto? –le preguntó el inglés.

—Sí.

—Bueno, dentro de unos instantes estaré en tu casa.

—Vaya. Castanier, hoy no estás en tus cabales –le decía Aquilina–. Maquinas alguna fechoría, estabas demasiado sombrío y demasiado pensativo durante la obra. Querido amigo, ¿te falta algo que yo pueda darte? Dime.

—Para saber si me amas espero a llegar a casa.

—No merece la pena esperar –dijo ella arrojándose a su cuello–, toma.

Lo besó de forma en apariencia apasionada haciéndole esas zalemas que, en esta clase de criaturas, se convierten en cosas del oficio, como lo es la interpretación de escena en las actrices.

—¿De dónde viene esa música? –dijo Castanier.

—¡Vaya, ahora resulta que oyes música!

—¡Música celestial! –continuó él–. Se diría que el sonido viene de arriba.

—¡Cómo! Tú que siempre me has negado un palco en los Italianos con la excusa de que no podías soportar la música, ahora resulta que eres melómano, ¡y a esta hora! ¡Estás loco! Tu música está en tu calabaza, que no es más que una vieja pelota trastornada –le dijo ella cogiéndole la cabeza y apoyándola en su hombro–. Dime, papaíto, ¿no serán las ruedas del coche lo que canta?

—¡Escucha, Naqui! Si los ángeles hacen música para el buen Dios, la que me penetra tanto por los poros como por los oídos tiene que ser esa; y no sabría cómo explicártela, es suave como aguamiel.

«Claro que los ángeles tocan música para el buen Dios, porque siempre representan a los ángeles con arpas. Palabra de honor que está loco», se dijo ella para sus adentros viendo a Castanier en la actitud de un comedor de opio en éxtasis.

Habían llegado. Castanier, absorto por cuanto acababa de ver y oír, sin saber si debía creer o dudar, caminaba como un borracho privado de razón. Se despertó en el cuarto de Aquilina, adonde lo habían llevado su amante, el portero y Jenny, porque se

había desvanecido al salir del coche.

—Amigos, amigos míos, él va a venir –dijo dejándose caer con un gesto desesperado en su poltrona junto al fuego.

En ese momento Jenny oyó la campanilla, fue a abrir y anunció al inglés diciendo que era un señor citado con Castanier. Melmoth apareció de forma súbita. Se hizo un gran silencio. Miró al portero, y el portero se fue. Miró a Jenny, y Jenny se fue.

—Señora –dijo Melmoth a la cortesana–, permítame concluir un asunto que no admite demora.

Cogió a Castanier de la mano, y Castanier se levantó. Los dos se fueron al salón sin luz, porque el ojo de Melmoth iluminaba las tinieblas más espesas. Fascinada por la extraña mirada del desconocido, Aquilina se quedó sin fuerza e incapaz de pensar en su amante, a quien por otro lado creía encerrado en el cuarto de su doncella, cuando, sorprendida por la imprevista vuelta de Castanier, Jenny lo había escondido en el cuarto de aseo, como en la escena del drama representado para Melmoth y su víctima. La puerta del piso se cerró con violencia, y no tardó Castanier en reaparecer.

—¿Qué te pasa? –le dijo su amante horrorizada.

La fisonomía del cajero estaba cambiada. Ahora su tez roja dejaba paso a la palidez extraña que volvía al forastero siniestro y frío. Sus ojos despedían un fuego sombrío que hería con un fulgor insoportable. La cortesana encontró a Castanier enflaquecido, su frente le pareció majestuosamente horrible, y el dragón exhalaba una influencia espantosa que pesaba sobre los otros como una atmósfera viciada. Aquilina se sintió incómoda un instante.

—¿Qué ha pasado en tan poco tiempo entre ese hombre diabólico y tú? –preguntó.

—Le he vendido mi alma. Lo siento, ya no soy el mismo. Se ha apoderado de mi ser, y me ha entregado el suyo.

—¿Cómo?

—No entenderías nada. ¡Ay! –dijo Castanier fríamente–. ¡Ese demonio tenía razón! Lo veo todo y lo sé todo. Tú me engañabas.

Estas palabras dejaron helada a Aquilina. Castanier se dirigió hacia el tocador después de haber encendido una palmatoria, la pobre muchacha le siguió estupefacta y quedó asombrada cuando Castanier, tras apartar los vestidos colgados del ropero, descubrió al suboficial.

—Ven, amigo –dijo agarrando a Léon del botón de la levita y llevándolo al cuarto.

La piamontesa, demacrada y enloquecida, se había derrumbado en su sillón. Castanier se sentó en el confidente junto al fuego, y dejó de pie al amante de Aquilina.

—Usted es un antiguo militar –le dijo Léon–, estoy dispuesto para el duelo.

—Es usted un idiota –respondió Castanier en tono seco–. No necesito batirme, puedo matar a quien quiera con una mirada. Voy a decirle lo que va a pasar. ¿Por qué

habría de matarle yo? Tiene usted en el cuello una línea roja que estoy viendo. La guillotina le aguarda. Sí, usted morirá en la plaza de Grève[39]. Pertenece al verdugo, nadie puede salvarle. Usted forma parte de una Venia de carbonarios; conspira contra el gobierno[40].

—¡Eso no me lo habías dicho! –le gritó la piamontesa a Léon.

—¿No sabe –continuó el cajero– que el gobierno ha decidido esta misma mañana perseguir a su asociación? El fiscal general ya tiene todos sus nombres. Han sido denunciados por traidores. En este momento están preparando los elementos del acta de acusación.

—¡Has sido tú el que le has traicionado!… –dijo Aquilina, que lanzó un rugido de leona y se levantó para tratar de destrozar a Castanier.

—Me conoces demasiado para creer eso –respondió Castanier con una sangre fría que petrificó a su amante.

—¿Cómo lo sabes?

—Antes de entrar en el salón, no sabía nada; pero ahora, lo veo todo, lo sé todo, lo puedo todo.

El suboficial estaba atónito.

—Pues entonces, ¡sálvalo, querido! –exclamó la muchacha arrojándose a los pies de Castanier–. Puesto que lo puedes todo, ¡sálvalo! Te amaré, te adoraré, seré tu esclava en lugar de tu amante. Me consagraré a tus caprichos más desordenados, harás de mí lo que quieras. Sí, para ti encontraré más que el amor; tendré la abnegación de una hija por su padre, unido al de una… compréndeme, Rodolphe. En fin, por violentas que sean mis pasiones, seré siempre tuya. ¿Qué podría decirte que te conmoviese? Inventaré placeres… Yo… ¡Dios mío! Mira, cuando quieras algo de mí, como tirarme por la ventana, no tendrás más que decirme: «Léon», y yo misma me precipitaré entonces en el infierno, aceptaré todos los tormentos, todas las enfermedades, todas las penas, cuanto tú me impongas.

Castanier permaneció frío. Por toda respuesta, señaló a Léon diciendo con risa demoníaca: «La guillotina le espera».

—No, no saldrá de aquí, yo lo salvaré –exclamó la mujer–. Sí, ¡yo mataré a quien le toque! ¿Por qué no quieres salvarlo? –exclamó con voz desabrida, los ojos llenos de fuego y el cabello desgreñado–. ¿Puedes hacerlo?

—Lo puedo todo.

—¿Por qué no lo salvas?

—¿Por qué? –gritó Castanier, cuya voz vibró hasta en el suelo–. ¡Porque me vengo! Mi oficio es hacer el mal.

—¿Es posible que él, mi amante, muera? –continuó Aquilina.

Dio un brinco hasta la cómoda, cogió un estilete que había en un cestillo y regresó junto a Castanier, que se echó a reír.

—Sabes de sobra que ningún hierro puede herirme.

El brazo de Aquilina saltó como una cuerda de arpa cortada de repente.

—Márchese, amigo –dijo el cajero volviéndose hacia el suboficial–; váyase a sus asuntos.

Extendió la mano y el militar se vio obligado a obedecer a la fuerza superior que desplegaba Castanier.

—Aquí estoy en mi casa, podría enviar en busca del comisario de policía y entregarle a un hombre que ha irrumpido en mi domicilio, prefiero devolverle la libertad: soy un demonio, no un espía.

—Me iré con él –dijo Aquilina.

—Vete –dijo Castanier–. ¡Jenny!…

La doncella apareció.

—Dile al portero que les busque un coche de punto. Toma, Naqui –añadió Castanier sacando el bolsillo un fajo de billetes de banco–, no vas a dejar como una miserable a un hombre que todavía te quiere.

Le tendió trescientos mil francos, que Aquilina cogió y arrojó al suelo, escupiendo encima y pisoteándolos con la rabia de la desesperación mientras decía:

—Los dos saldremos a pie, sin un céntimo tuyo. Quédate, Jenny.

—¡Buenas noches entonces! –dijo el cajero recogiendo los billetes–. Bueno, yo ya he vuelto de viaje. Jenny –añadió mirando a la estupefacta doncella–, me parece que eres buena chica. Te has quedado sin ama, ven aquí… Por esta noche tendrás un amo.

Aquilina, que desconfiaba de todo, se fue al punto con el suboficial a casa de una amiga. Pero Léon era objeto de las sospechas de la policía, que le hacía seguir a todas partes donde iba. No tardó mucho en ser detenido junto con sus tres amigos, como dijeron los periódicos de la época.

El cajero se sintió totalmente cambiado tanto en lo moral como en lo físico. El Castanier que había sido niño, joven, enamorado, militar, valiente, engañado, casado, desilusionado, cajero, apasionado y criminal por amor, ya no existía. Su forma interior había estallado. En un momento, su cráneo se había ampliado, sus sentidos habían crecido. Su pensamiento abarcó el mundo, vio las cosas que en él ocurrían como si estuviese colocado a una altura prodigiosa. Antes de ir al teatro, sentía por Aquilina la más insensata de las pasiones; antes que renunciar a ella habría cerrado los ojos sobre sus infidelidades, ese sentimiento ciego se había disipado igual que se diluye una nube bajo los rayos del sol. Dichosa de suceder a su ama, y de poseer aquella fortuna, Jenny hizo cuanto quería el cajero. Pero Castanier, que tenía el poder de leer las almas, descubrió el auténtico motivo de aquella abnegación puramente física. Por eso se divirtió con aquella chica con la maliciosa avidez de un niño que, después de haber exprimido el zumo de una cereza, tira el hueso. Al día siguiente, en el momento en que, durante el desayuno, Jenny se creía ama y señora del hogar, Castanier le repitió palabra por palabra, y pensamiento por pensamiento, lo que se decía para sus adentros mientras se bebía el café.

—¿Sabes lo que estás pensando, pequeña? –le dijo él risueño–; pues estás pensando: «Estos muebles de madera de palisandro tan hermosos y que yo tanto

deseaba, y esos bellos vestidos que me probaba, ahora son míos. Solo me han costado las tonterías que la señora le negaba, no sé por qué. Palabra que por ir en carroza, tener adornos, acudir al teatro a un palco y conseguir unas rentas, le daría todos los placeres hasta hacer que reviente, si no fuera fuerte como un turco. ¡Nunca he visto un hombre igual!». —¿No es así? –prosiguió él en un tono de voz que hizo palidecer a Jenny–. Pues bien, querida, no tendrás nada, y si te despido es por tu bien, morirías de pena. Despidámonos como buenos amigos.

Y la despidió fríamente dándole una cantidad muy pequeña de dinero.

El primer uso que Castanier se había prometido hacer del terrible poder que acababa de comprar al precio de su felicidad eterna, era la satisfacción plena y entera de sus gustos. Tras poner en orden sus asuntos, y rendir cuentas fácilmente al señor de Nucingen, que nombró sucesor a un buen alemán, quiso regalarse una bacanal digna de los mejores días del Imperio romano, y se sumió en ella desesperadamente, como Baltasar en su último festín[41]. Pero, como Baltasar, vio con toda nitidez una mano llena de luz que escribió para él la sentencia en medio de sus alegrías, no sobre los estrechos muros de una sala, sino sobre las paredes inmensas en que aparece el arco iris. Su festín no fue una orgía circunscrita a los límites de un banquete, fue una disipación de todas las fuerzas y todos los goces. La mesa era en cierto modo la tierra misma, que Castanier sentía temblar bajo sus pies. Fue la última fiesta de un derrochador que no escatima nada. Cogiendo a manos llenas el tesoro de las voluptuosidades humanas cuya llave le había entregado el Demonio, no tardó en alcanzar su fondo. Ese enorme poder, aprehendido en un instante, en un instante fue ejercido, juzgado y usado. Lo que era todo, no fue nada. Ocurre a menudo que la posesión mata los poemas más inmensos del deseo, porque rara vez el objeto poseído responde a nuestros sueños. Este triste desenlace de algunas pasiones era lo que ocultaba la omnipotencia de Melmoth. No tardó en serle revelada a su sucesor, a quien el supremo poder concedió la nada por dote, la inanidad de la naturaleza humana. Para comprender bien la extraña situación en que se encontró Castanier sería preciso poder apreciar, mediante el pensamiento, sus raudas revoluciones, y concebir cuán breve fue su duración; pero resulta difícil dar una idea de esto a quienes siguen siendo prisioneros de las leyes del tiempo, del espacio y las distancias. Sus facultades aumentadas habían cambiado las relaciones que antes existían entre el mundo y él. Como Melmoth, Castanier podía estar en unos instantes en los risueños valles del Indostán, pasar en alas de los demonios a través de los desiertos de África y deslizarse sobre los mares. Del mismo modo que su lucidez le permitía comprender todo con solo dirigir su vista sobre un objeto material o al pensamiento del prójimo, su lengua asimilaba por así decir todos los saberes de golpe. Su placer se parecía al hachazo del despotismo que abate el árbol para conseguir los frutos. Las transiciones, las alternativas que miden la alegría y el sufrimiento y alteran todos los goces humanos habían dejado de existir para él. Su paladar, vuelto sensitivo hasta el exceso, se extrañó de pronto al hartarse de todo. Las mujeres y la buena mesa fueron dos

placeres saciados de forma tan completa en el momento en que pudo disfrutarlos hasta más allá del placer, que ya no tuvo ganas de comer ni de amar. Sabiéndose dueño de todas las mujeres que desease, sabiéndose armado de una fuerza que nunca había de faltarle, ya no quería mujeres; al encontrarlas sometidas de antemano a sus caprichos más desordenados, sentía una horrible sed de amor, y las deseaba más amorosas de lo que podían ser. Pero lo único que el mundo le negaba era la fe, la oración, esos dos amores llenos de unción y consuelo. Todo le obedecía. Fue una situación horrible. Los torrentes de dolores, placeres y pensamientos que agitaban su cuerpo y su alma hubieran arrastrado a la criatura humana más fuerte; mas en él había un poder vital proporcionado al vigor de las sensaciones que lo asaltaban. Sintió dentro de sí algo inmenso que la tierra no satisfacía. Pasaba el día extendiendo sus alas, queriendo cruzar las esferas luminosas de las que poseía una intuición nítida y desesperante. Se agostó por dentro, porque sintió sed y hambre de cosas que ni se bebían ni se comían, pero que lo atraían de forma irresistible. Sus labios se volvieron ardientes de deseo, como lo eran los de Melmoth, y jadeaba en pos de lo Desconocido, porque conocía todo. Viendo el principio y el mecanismo del mundo, no por eso admiraba sus resultados, y pronto manifestó ese desdén profundo que vuelve al hombre superior semejante a una esfinge que lo sabe todo, lo ve todo y se mantiene en una inmovilidad silenciosa. No sentía la menor veleidad de comunicar su ciencia al resto de los hombres. Poseedor de toda la tierra, capaz de franquearla de un salto, la riqueza y el poder dejaron de significar algo para él. Experimentaba esa horrible melancolía del supremo poder al que Satán y Dios no ponen remedio sino por una actividad cuyo secreto solo a ellos pertenece. Castanier no tenía, como su amo, el inextinguible poder de odiar y hacer el mal; se sentía demonio, pero demonio temporal, mientras Satán lo es para toda la eternidad; sabe que nada puede redimirle, y por eso se complace en agitar con su horcón de tres dientes los mundos como un estercolero, perturbando los designios de Dios. Para su desgracia, Castanier conservaba una esperanza. Por eso, de forma súbita y en un momento, pudo ir de un polo al otro lo mismo que un pájaro vuela desesperado entre las dos paredes de su jaula; pero después de haber dado ese salto, lo mismo que el pájaro, vio espacios inmensos. Tuvo del infinito una visión que ya no le permitió considerar las cosas humanas como el resto de los humanos las consideran. Los insensatos que anhelan el poder de los demonios, lo juzgan con sus ideas de hombres, sin darse cuenta de que, al tomar su poder, se endosarán las ideas del demonio, sin prever que seguirán siendo hombres en medio de seres que ya no pueden comprenderlos. El Nerón inédito que sueña con quemar París para entretenerse, igual que en el teatro se ofrece el espectáculo ficticio de un incendio, no sospecha que París ha de convertirse para él en lo que es el hormiguero a orillas de un camino para el viajero que pasa deprisa. Las ciencias fueron para Castanier lo que un logogrifo para quien conoce la clave. Los reyes y los gobiernos le inspiraban lástima. Y así, su gran desenfreno fue en cierto modo una lamentable despedida de su condición de hombre. Se sintió prisionero en la

tierra, porque su infernal poder le hacía asistir al espectáculo de la creación, cuyas causas y fin vislumbraba. Viéndose excluido de lo que los hombres han llamado el cielo en todas sus lenguas, ya solo podía pensar en el cielo. Comprendió entonces la aridez exterior que expresaba el rostro de su predecesor, midió la extensión de aquella mirada encendida por una esperanza siempre traicionada, sintió la sed que quemaba aquellos labios rojos, y las angustias de un combate perpetuo entre dos naturalezas agrandadas. Aún podía ser un ángel, pero se encontraba demonio. Se parecía a la suave criatura prisionera de la mala voluntad de un encantador en un cuerpo deforme y que, presa en la campana de un pacto, necesita de la voluntad de otro para romper una detestable envoltura detestada[42]. Del mismo modo que el hombre realmente grande, tras una decepción, solo busca la infinitud del sentimiento en un corazón de mujer, Castanier se encontró de pronto abrumado por una sola idea, que tal vez era la clave de los mundos superiores. Dado que había renunciado a su eternidad de dicha, solo pensaba en el porvenir de los que rezan y creen. Cuando, al salir del desenfreno en que tomó posesión de su poder, sintió la cárcel de esa sensación, conoció los dolores que los poetas místicos, los apóstoles y los grandes oráculos de la fe nos han descrito en términos tan gigantescos. Aguijoneado por la espada llameante cuya punta sintió en sus riñones, corrió al encuentro de Melmoth, a fin de saber qué era de su predecesor. El inglés vivía en la calle Férou, junto a Saint-Sulpice, en un palacete sombrío, oscuro, húmedo y frío. Esa calle, abierta al norte como todas las que dan perpendicularmente a la orilla izquierda del Sena, es una de las más tristes de París y su carácter repercute sobre las casas que la bordean[43]. Cuando Castanier se encontró en los umbrales, vio adornada de luto la puerta y la bóveda revestida de igual modo. Bajo esa bóveda resplandecían las luces de una capilla ardiente. Allí se había alzado un túmulo, a cuyos lados había sendos sacerdotes.

—No hace falta preguntar al señor por qué viene –le dijo a Castanier una vieja portera–, se parece demasiado al pobre y querido difunto. Si es usted su hermano, llega demasiado tarde para despedirse. Este buen hombre murió anteanoche.

—¿Cómo murió? –preguntó Castanier a uno de los sacerdotes.

—Alégrese –le respondió un viejo sacerdote levantando un lado de los paños negros que formaban la capilla.

Castanier vio uno de esos rostros que la fe vuelve sublimes, por cuyos poros el alma parece salir para irradiar sobre el resto de los hombres y vivificarlos con los sentimientos de una caridad persistente. Aquel hombre era el confesor de sir John Melmoth.

—Su hermano –continuó el sacerdote– ha tenido un final envidiable que ha debido alegrar a los ángeles. Ya sabe usted la alegría que difunde por los cielos la conversión de un alma pecadora. Las lágrimas de su arrepentimiento, animadas por la gracia, han corrido sin parar, solo la muerte ha logrado detenerlas. El Espíritu Santo moraba en él. Sus palabras ardientes y vivas han sido dignas del Rey profeta[44]. Si nunca en el transcurso de mi vida he oído confesión más horrible que la de este

gentilhombre irlandés[45], tampoco nunca he oído preces más ardientes. Por grandes que hayan sido sus faltas, su arrepentimiento ha colmado ese abismo en un instante. La mano de Dios se ha tendido visiblemente sobre él, porque se ha vuelto tan santamente bueno que no se parecía en nada a lo que era. La rigidez de sus ojos se ha ablandado en medio de las lágrimas. Su voz, tan vibrante que espantaba, ha adoptado la gracia y la suavidad que distinguen las palabras de los humillados. Edificaba de tal modo a los oyentes con sus palabras que las personas atraídas por el espectáculo de esa muerte cristiana se ponían de rodillas al oír glorificar a Dios, hablar de sus grandezas infinitas y referir las cosas del cielo. Si no deja nada a su familia, le ha proporcionado a cambio el mayor bien que las familias pueden poseer: un alma santa que velará por todos ustedes y les guiará en el buen camino.

Tales palabras produjeron un efecto tan violento sobre Castanier que salió de forma brusca y caminó hacia la iglesia de Saint-Sulpice obedeciendo a una especie de fatalidad: el arrepentimiento de Melmoth lo había dejado atónito. En esa época, un hombre célebre por su elocuencia daba ciertas mañanas conferencias que tenían por objeto demostrar las verdades de la religión católica a la juventud de este siglo, a la que otra voz no menos elocuente proclamaba indiferente en materia de fe[46]. La charla debía tener lugar en el entierro del irlandés. Castanier llegó precisamente en el momento en que el predicador iba a resumir, con esa unción graciosa y con esa penetrante palabra que lo han ilustrado, las pruebas de nuestro feliz porvenir. El antiguo dragón, bajo cuya piel se había deslizado el demonio, se hallaba en las condiciones requeridas para recibir de forma fructífera la semilla de las palabras divinas comentadas por el sacerdote. Porque, si hay un fenómeno comprobado, ¿no es el fenómeno moral que el pueblo ha denominado *la fe del carbonero*? La fuerza para creer está en razón directa del mayor o menor uso que el hombre hace de su razón. Las gentes sencillas y los soldados pertenecen a ese grupo. Los que han caminado por la vida bajo la bandera del instinto son mucho más propicios a recibir la luz que aquellos cuyo espíritu y cuyo corazón se han agotado en las sutilezas del mundo. Desde sus dieciséis años, hasta casi los cuarenta, Castanier, hombre del sur, había seguido las banderas francesas. Simple soldado de caballería, obligado a luchar una jornada, la anterior y la siguiente, debía pensar en su caballo antes que en sí mismo. Durante su aprendizaje militar había tenido, por lo tanto, pocas horas para reflexionar en el porvenir del hombre. Oficial ya, se había ocupado de sus soldados y se había visto arrastrado de campo de batalla en campo de batalla, sin pensar nunca en el día siguiente a la muerte. La vida militar exige pocas ideas. Las personas incapaces de elevarse a esas altas combinaciones que abarcan los intereses de nación a nación, y tanto los planes de la política como los planes de campaña, la ciencia del estratega y la del administrador, viven en un estado de ignorancia comparable a la del más rústico de los campesinos de la provincia menos avanzada de Francia. Van hacia adelante obedeciendo de forma pasiva al alma que los manda y matan a cualquier hombre que le pongan delante lo mismo que el leñador abate los árboles en un

bosque. Pasan continuamente de un estado violento que exige el despliegue de las fuerzas físicas a un estado de reposo en el que reponen lo perdido. Golpean y beben, golpean y comen, golpean y duermen, para seguir golpeando mejor. En ese torbellino se ejercitan poco las facultades del espíritu. La moral se queda en su sencillez natural. Cuando estos hombres, tan enérgicos en el campo de batalla, vuelven a la civilización, la mayoría de los que se han quedado en los grados inferiores se muestran faltos de ideas adquiridas, de facultades, de carácter. Por eso ha sorprendido tanto a la joven generación ver a esos miembros de nuestros gloriosos y terribles ejércitos tan carentes de inteligencia como pueda serlo el mozo de una tienda, y simples como niños. Un capitán de la fulminante Guardia Imperial apenas sirve para hacer los recibos de un periódico. Cuando los viejos soldados son así, su alma, virgen de razonamiento, obedece a grandes impulsos. El crimen cometido por Castanier era uno de esos hechos que plantean tantas cuestiones que, para discutirlo, el moralista habría exigido la *división*, por emplear un término del lenguaje parlamentario[47]. Su crimen había sido dictado por la pasión, por uno de esos embrujos femeninos tan cruelmente irresistibles que ningún hombre puede decir: «Yo nunca haré eso», desde el momento en que una sirena es admitida en la lucha y despliega en ella sus alucinaciones. Las palabras de vida cayeron, pues, sobre una conciencia nueva para las verdades religiosas que la Revolución francesa y la vida militar habían hecho descuidar a Castanier. Esta frase terrible: *¡Serás feliz o desgraciado por toda la eternidad!,* le hirió con tanta violencia precisamente porque había agotado la tierra, porque la había sacudido como a un árbol sin fruto, y porque, en medio de la omnipotencia de sus deseos, bastaba que un punto de la tierra o del cielo le estuviese prohibido para que lo anhelara. Si se permitiese comparar cosas tan grandes con las tonterías sociales, la situación se parecería a esos banqueros que nadan en millones a los que nada se les resiste en sociedad, pero que, al no ser admitidos en los círculos de la nobleza, no tienen otra idea que la de incorporarse a ella y les parecen fruslerías todos los privilegios sociales que han conseguido desde el momento en que les falta uno. Aquel hombre, más poderoso que los reyes de la tierra, aquel hombre que, como Satán, podía luchar con el mismo Dios, apareció apoyado contra uno de los pilares de la iglesia de Saint-Sulpice, encogido bajo el peso de un sentimiento, y absorto en una idea de porvenir de la misma forma que Melmoth se había abismado en ella.

—¡Dichoso él! –exclamó Castanier–. Ha muerto con la certeza de ir al cielo.

En un instante se había operado el mayor cambio en las ideas del cajero. Tras haber sido demonio durante unos días, no era más que un hombre, imagen de la caída primitiva consagrada en todas las cosmogonías. Pero, pequeño en la forma, había adquirido un motivo de grandeza, se había bañado de infinito. El poder infernal le había revelado el poder divino. Tenía más sed de cielo que hambre había tenido de voluptuosidades terrenales, tan pronto agotadas. Los goces que promete el demonio son únicamente los de la tierra aumentados, mientras que las voluptuosidades celestiales no tienen límites. Aquel hombre creyó en Dios. La palabra que le

entregaba los tesoros del mundo dejó de existir para él, y esos tesoros le parecieron tan despreciables como lo son los guijarros a ojos de quienes aman los diamantes; porque los veía como quincalla en comparación con la hermosura eterna de la otra vida. Para él, el bien que procedía de esa fuente estaba maldito. Permaneció sumido en un abismo de tinieblas y pensamientos lúgubres mientras asistía al oficio religioso de Melmoth. El *Dies irae*[48] le espantó. Comprendió en toda su grandeza ese grito del alma arrepentida que tiembla ante la majestad divina. De pronto fue devorado por el Espíritu Santo como la paja es devorada por el fuego. De sus ojos fluyeron las lágrimas.

—¿No será usted pariente del muerto? –le dijo el sacristán.

—Soy su heredero –respondió Castanier.

—Para los gastos del culto –le gritó el pertiguero.

—No –dijo el cajero, que no quiso dar a la iglesia el dinero del demonio.

—Para los pobres.

—No.

—Para los arreglos de la iglesia.

—No.

—Para la capilla de la Virgen.

—No.

—Para el seminario.

—No.

Castanier se retiró para no ser objeto de las miradas irritadas de varios eclesiásticos. «¿Por qué –se dijo contemplando Saint-Sulpice–, por qué habrán construido los hombres estas catedrales gigantescas que he visto en todos los países? Ese sentimiento compartido por las masas en todo tiempo se apoya necesariamente en algo».

—¿Llamas algo a Dios? –le decía su conciencia–. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Le abrumaba esa palabra repetida por una voz interior, pero sus sensaciones de espanto se vieron suavizadas por los lejanos acordes de la deliciosa música que ya había oído vagamente. Atribuyó esa armonía a los cantos de la iglesia, y recorrió el pórtico con los ojos. Pero al prestar oído atento reparó en que los sonidos llegaban hasta él de todos lados; miró hacia el lugar que les estaba destinado, y no vio a ninguno de los músicos. Si aquella melodía aportaba al alma las azules poesías y las lejanas luces de la esperanza, también proporcionaba mayor actividad a los remordimientos que mortificaban al desgraciado, quien se encaminó hacia París como caminan las personas abrumadas de dolor. Lo miraba todo sin ver nada, caminaba al azar como los trotacalles; se paraba sin motivo, hablaba consigo mismo y no se hubiera apartado para evitar el golpe de una tabla o la rueda de un coche. El arrepentimiento iba poniéndole de forma insensible en manos de esa gracia que tritura dulce y terriblemente al mismo tiempo el corazón. Pronto hubo en su fisonomía, como en la de Melmoth, cierta grandeza, aunque algo apagada; una fría

expresión de tristeza, semejante a la del hombre desesperado, y la avidez jadeante que da la esperanza; luego, y por encima de todo, fue presa del asco por todos los bienes de este bajo mundo. Su mirada, de claridad espantosa, ocultaba las oraciones más humildes. Sufría debido a su poder. Su alma violentamente agitada hacía doblegarse su cuerpo, igual que un viento impetuoso dobla los altos abetos. Como su antecesor, no podía negarse a vivir, porque no quería morir bajo el yugo del infierno. El suplicio se le hizo insoportable. Finalmente, una mañana pensó que, así como el bienaventurado Melmoth le había propuesto ocupar su lugar y él había aceptado, otros hombres podrían imitarle; y que, en una época cuya fatal indiferencia en materia de religión proclamaban los herederos de la elocuencia de los Padres de la Iglesia, no debía de costarle mucho encontrar un hombre que se sometiese a las cláusulas de aquel contrato para aprovechar sus ventajas.

—Este es un mundo donde se calcula lo que valen los reyes, donde se sopesa a las naciones, donde se juzgan los sistemas, donde los gobiernos se miden por monedas de cien *sous*, donde ideas y creencias son cifras, donde todo se descuenta, donde Dios mismo pide préstamos y ofrece como garantía sus rentas de almas, porque el papa tiene en ellas su cuenta corriente. ¿No es cierto que yo podría encontrar un alma para negociar?

Satisfecho, Castanier se dirigió a la Bolsa pensando que podría traficar con un alma como se comercia con los fondos públicos. Un hombre ordinario hubiera tenido miedo a que se burlasen de él; pero Castanier sabía por experiencia que para un hombre desesperado cualquier propuesta es seria. Como el condenado a muerte que escucharía a un loco si fuese a decirle que, pronunciando unas palabras absurdas, podría escapar a través de la cerradura de la puerta, quien sufre es crédulo y solo abandona una idea cuando esta ha fallado como la rama que se rompe bajo la mano de un nadador arrastrado por la corriente. Hacia las cuatro Castanier apareció en medio de los grupos que se formaban tras el cierre de las cotizaciones de los efectos públicos, y donde entonces se realizaban las negociaciones de los efectos particulares y de los asuntos puramente comerciales. Le conocían algunos negociantes y por eso, fingiendo buscar a alguno, podía escuchar los rumores que corrían sobre las personas en apuros.

—No seré yo quien te negocie efectos de Claparon y compañía. El mozo del Banco[49] les ha retirado los efectos de su pago esta mañana –dijo un obeso banquero en su lenguaje directo–. Si tienes alguno, quédate con él.

El tal Claparon se hallaba en la sala, conferenciando con un hombre famoso por sus descuentos usurarios. Castanier se dirigió al punto hacia el sitio en que se encontraba Claparon, negociante célebre por correr grandes riesgos que tanto podían arruinarle como enriquecerle.

Cuando Castanier abordó a Claparon, el prestamista acababa de despedirse, y el especulador había dejado escapar un gesto de desesperación.

—Bueno, Claparon, tenemos que pagar cien mil francos al Banco dentro de

cuatro horas; todo el mundo lo sabe y no queda tiempo ya para arreglar nuestra pequeña quiebra –le dijo Castanier.

—¡Señor!…

—Hable más bajo –respondió el cajero–; si yo le propusiese un negocio en el que podría ganar todo el oro que quisiera…

—No bastaría para pagar mis deudas, porque no conozco ningún negocio que no exija algún tiempo de cocción.

—Conozco uno que le permitirá pagarlas en un momento –prosiguió Castanier–, pero que le obligaría a…

—¿A qué?

—A vender su parte de paraíso. ¿No es un negocio como cualquier otro? Todos somos accionistas en la gran empresa de la eternidad.

—¿Sabe usted que soy capaz de abofetearle?… –dijo Claparon furioso–. No se pueden gastar bromas estúpidas a un hombre en apuros.

—Hablo en serio –respondió Castanier sacando de su bolsillo un fajo de billetes de banco.

—En primer lugar –dijo Claparon–, yo no vendería mi alma al diablo por una miseria. Necesito quinientos mil francos para ir…

—¿Quién le habla de regatear? –continuó de forma brusca Castanier–. Tendrá usted más oro del que pueden contener los sótanos del banco.

Y le tendió un fajo de billetes que decidió al especulador.

—¡Hecho! –dijo Claparon–. Pero ¿cómo lo arreglamos?

—Vaya hacia allá, hacia ese sitio donde no hay nadie –respondió Castanier señalando un rincón de la sala.

Claparon y su tentador intercambiaron algunas palabras, los dos con el rostro vuelto contra la pared. Ninguna de las personas que había reparado en ellos adivinó el objeto de aquel aparte, aunque les intrigase bastante por la rareza de los gestos que hicieron las dos partes contratantes. Cuando Castanier volvió, un clamor de asombro escapó de la boca de los bolsistas. Como en las asambleas francesas donde el menor suceso distrae de repente, todos los rostros se volvieron hacia los dos hombres que provocaban el rumor y no vieron sin cierto espanto el cambio operado en ellos. En la Bolsa, todo el mundo pasea mientras habla, y todos los que forman la multitud pronto son reconocidos y observados, porque la Bolsa es como una gran mesa de cacho[50] donde los hábiles saben adivinar el juego de un hombre y el estado de su caja por su fisonomía. Todos habían reparado en la cara de Claparon y en la de Castanier. Como el irlandés, aquel se encontraba lleno de vigor y fuerza, sus ojos brillaban y su encarnadura tenía pujanza. Todos quedaron maravillados por aquella figura majestuosamente terrible preguntándose dónde la había cogido el bueno de Claparon; mientras que Castanier, despojado de su poder, aparecía mustio, arrugado, envejecido y débil. Cuando se llevaba a Claparon hacia el rincón, era como un enfermo presa de un acceso febril, o como un *theriaki*[51] en el momento de exaltación que le presta el

opio; pero al volver se hallaba en ese estado de abatimiento que sigue a la fiebre, durante el que expiran los enfermos, o se encontraba en la horrorosa postración que provocan los goces excesivos de los narcóticos. El espíritu infernal que le había permitido soportar sus grandes desenfrenos había desaparecido; el cuerpo se encontraba solo, agotado, sin ayuda, sin apoyo frente el asalto de los remordimientos y el peso de un arrepentimiento verdadero. Claparon, cuyas angustias todos habían adivinado, aparecía por el contrario con unos ojos fulgurantes y llevaba impreso en su rostro el orgullo de Lucifer. La quiebra había pasado de un rostro al otro.

—Vaya a morir en paz, señor –le dijo Claparon a Castanier.

—Por favor, mande que me pidan un coche y un sacerdote, el vicario de Saint-Sulpice –le respondió el antiguo dragón sentándose en un guardacantón.

Fueron varias las personas que oyeron esa palabra de «sacerdote», que provocó una algarabía burlona entre los bolsistas, gentes todas que reservan su fe para creer que un trozo de papel llamado acción vale un imperio. El Libro Mayor es su Biblia.

—¿Me quedará tiempo todavía para arrepentirme? –se dijo Castanier con una voz lastimera que sorprendió a Claparon.

Un coche de punto se llevó al moribundo. El especulador fue enseguida a pagar sus efectos al Banco. La impresión producida por el repentino cambio de fisonomía de aquellos dos hombres se borró en la muchedumbre como una estela de navío se borra en el mar. Una noticia de la mayor importancia excitó la atención del mundo de los negocios. A esa hora en que todos los intereses están en vilo, Moisés, surgiendo con sus dos cuernos luminosos, apenas habría conseguido los honores de un retruécano y sería negado por las personas encargadas de hacer *saldos*. Cuando Claparon hubo pagado sus efectos, el miedo se apoderó de él. Convencido de su poder, volvió a la Bolsa y ofreció su trato a negociantes en apuros. La inscripción en el Libro Mayor del infierno, y los derechos correspondientes a las ventajas que permitía, fue comprada a cambio de setecientos mil francos por un notario que sustituyó a Claparon. El notario revendió el pacto del diablo por quinientos mil francos a un constructor, que se libró de él por cien mil escudos cediéndoselo a un comerciante de hierro; y este se lo pasó a un carpintero por doscientos mil francos. Finalmente, a las cinco nadie creía ya en el singular contrato, y, sin fe, ya no se encontraban adquisidores.

A las cinco y media, su poseedor era un pintor de brocha gorda que permanecía recostado contra la puerta de la Bolsa provisional, construida en esa época en la calle Feydeau[52]. Ese pintor de brocha gorda, hombre simple, no sabía siquiera lo que tenía entre sus manos.

—*Era todo* –le dijo a su mujer de vuelta en el hogar.

La calle Feydeau, como saben los aficionados al vagabundeo urbano, es una de esas calles adorada por los jóvenes que, a falta de una amante, desposan a todo el sexo. En el primer piso de la casa más burguesamente decente vivía una de esas deliciosas criaturas que el cielo se complace en colmar con las bellezas más raras y

que, al no poder ser duquesas ni reinas, porque hay muchas más mujeres bonitas que títulos y tronos, se contentan con un agente de bolsa o un banquero cuya felicidad hacen a precio fijo. Aquella buena y hermosa muchacha, llamada Euphrasie, era blanco de la ambición de un pasante de notaría desmesuradamente ambicioso. En efecto, el segundo pasante de maese Crottat, notario, estaba enamorado de esa mujer como un joven se enamora a los veintidós años. El pasante habría asesinado al papa y al sagrado colegio cardenalicio con tal de conseguir la miserable suma de cien luises exigida por Euphrasie para comprarse un chal que la volvía loca; ese era el precio en el que su doncella se lo había prometido. El enamorado iba y venía delante de las ventanas de la señora Euphrasie, como van y vienen los osos blancos en su jaula en el Jardin des Plantes[53]. Había metido su mano derecha debajo del chaleco, sobre la tetilla izquierda, y quería desgarrarse el corazón, pero solo acertaba a retorcer los elásticos de sus tirantes.

—¿Qué hacer para conseguir diez mil francos[54]? –pensaba–. ¿Quedarme con la cantidad que debo llevar al registro para esa acta de venta? ¡Dios mío! ¿Arruinaría eso al comprador, un hombre siete veces millonario? Bueno, mañana me arrojaré a sus pies y le diré: «Señor, le he cogido diez mil francos, tengo veintidós años, y amo a Euphrasie, esa es mi historia. Mi padre es rico, él le devolverá el dinero, no me denuncie. ¿No tuvo usted veintidós años y no se enamoró también como un loco?». Pero estos malditos propietarios, ¡no tienen alma! Es capaz de denunciarme al fiscal del rey en lugar de enternecerse. ¡Maldita sea! ¡Si pudiera uno vender el alma al diablo! Pero no hay Dios ni Diablo, eso son tonterías, solo se encuentran en los libros *bleu*[55] o en casa de las solteronas. ¿Qué hacer?

—Si quiere vender su alma al diablo –le dijo el pintor de brocha gorda, en cuya presencia había dejado escapar el pasante algunas palabras–, tendrá usted los diez mil francos.

—Y así conseguiré a Euphrasie –dijo el pasante aceptando el trato que le propuso el diablo disfrazado de pintor de brocha gorda.

Consumado el pacto, el enamorado pasante fue a buscar el chal y subió a casa de la señora Euphrasie; y como tenía el diablo en el cuerpo, permaneció doce días sin salir, agotando todo su paraíso, pensando únicamente en el amor y en sus orgías, en medio de las cuales ahogaba el recuerdo del infierno y de sus privilegios.

De este modo se perdió el enorme poder conquistado por el descubrimiento del irlandés, hijo del reverendo Maturin[56].

A varios orientalistas, místicos y arqueólogos ocupados en estas cosas les resultó imposible constatar históricamente la forma de evocar al demonio. Y fue por lo siguiente:

Al decimotercer día de sus furiosas nupcias, el pobre pasante yacía en su camastro, en casa de su patrón, en un granero de la calle Saint-Honoré. La Vergüenza, esa diosa estúpida que no se atreve a mirarse, se apoderó del joven, que enfermó, quiso cuidarse a sí mismo y se equivocó de dosis tomando una droga curativa debida

al genio de un hombre de bien célebre en los muros de París[57]. Así pues, el pasante murió bajo el peso del mercurio, y su cadáver se puso negro como el lomo de un topo. Por allí había pasado desde luego un diablo, pero ¿cuál? ¿Astaroth quizás[58]?

—Este joven digno de estima fue llevado al planeta de Mercurio –dijo el primer pasante a un demonólogo alemán que vino a recabar datos sobre el caso.

—También a mí me lo parece –respondió el alemán.

—¡Vaya!

—Sí, señor –respondió el alemán–, semejante opinión concuerda con las mismas palabras de Jacob Boëhm en su proposición cuadragésimo octava sobre la Triple vida del hombre, donde se dice que *si Dios ha hecho todas las cosas mediante el* FIAT, *el* FIAT *es la matriz secreta que comprende y abarca la naturaleza que forma el espíritu nacido de Mercurio y de Dios*[59].

—¿Cómo dice, señor?

El alemán repitió la frase.

—No comprendemos –dijeron los pasantes.

—*Fiat?…* –dijo un pasante–, *fiat lux!*

—Pueden convencerse ustedes de la verdad de la cita –prosiguió el alemán– leyendo la frase en la página 75 del tratado *De la triple vida del hombre*[60], impreso en 1809, por el señor Migneret, y traducido por un filósofo, gran admirador del ilustre zapatero[61].

—¡Ah, era zapatero! –dijo el primer pasante–. ¡Ya lo ven!

—¡En Prusia! –continuó el alemán.

—¿Trabajaba para el rey? –preguntó un estúpido pasante segundo.

—Deberían haber puesto comillas[62] a sus frases –dijo el pasante tercero.

—¡Un hombre piramidal! –exclamó el cuarto pasante señalando al alemán.

Aunque se trataba de un demonólogo de primera fila, el extranjero no sabía que los pasantes son unos malos diablos; se marchó sin comprender nada de sus bromas, convencido de que, para aquellos jóvenes, Boëhm era un genio piramidal.

—¡Cuánta instrucción hay en Francia! –se dijo.

París, 6 de mayo de 1835.

NOTA DE LA PRIMERA EDICIÓN[63]

Este cuento, por emplear la expresión de moda con la que se confunden todos los trabajos del autor cualquiera que sea su naturaleza, resultará casi incomprensible para quienes no conozcan la novela del reverendo Maturin[64], sacerdote irlandés, titulada *Melmoth o el hombre errante*, traducida por M. Cohen[65]. La novela la editó la misma imprenta a la que debemos el drama de *Fausto*, en la que más tarde lord Byron se inspiraría para su *Manfredo*[66]. La obra de Maturin no es menos importante que la de Goethe, y quizá se base en un fondo más dramático, dado que en ella preexiste el cansancio de los sentimientos humanos y su interés deriva de una circunstancia del pacto que deja abierta una esperanza al condenado. Podrá recuperar la salud si encuentra «un suplente», término técnico que sirve para resumir con brevedad el significado de esta cláusula del pacto secreto. Melmoth se pasa la vida utilizando su poder para sumir a los hombres en las desventuras más lamentables[67], sin encontrar uno solo que quiera cambiar su situación por la del tentador. Maturin ha demostrado tener buen sentido al no traer a su héroe a París, pero resulta extraordinario que este semidemonio no sepa dirigirse a la ciudad donde habría encontrado a miles de personas dispuestas a aceptar su poder. Y más extraño resulta todavía que nos haya mostrado a Melmoth tratando de conseguir mediante buenas obras lo que se le negaba cuando utilizaba su tiranía. La obra del autor irlandés resulta defectuosa en muchos puntos, pero es sorprendente en sus detalles.

Esta nota ayudará sin duda a hacer comprensible la novela de Balzac.

LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA

[CUENTO FANTÁSTICO][1]

A un Lord[2].
……
……
……
……
1845.

I

GILLETTE

Hacia finales del año 1612, una fría mañana de diciembre, un joven cuyo traje era de ligera apariencia paseaba delante de la puerta de una casa situada en la calle de los Grands-Augustins, de París[3]. Tras caminar bastante rato por esa calle con la falta de resolución de un amante que no se atreve a presentarse en casa de su primera amada por fácil que esta sea, acabó franqueando el umbral de aquella puerta y preguntó si maese François Porbus[4] se hallaba en casa. Tras la respuesta afirmativa que le dio una vieja dedicada a barrer un vestíbulo, el joven subió despacio las escaleras deteniéndose de peldaño en peldaño, como un cortesano de fecha reciente inquieto por la acogida que el rey vaya a dispensarle. Cuando llegó a lo alto de la escalera de caracol, se detuvo un momento en el rellano, dudando todavía antes de golpear la fantasiosa aldaba que adornaba la puerta del taller donde sin duda trabajaba el pintor de Enrique IV, hasta que María de Médicis lo sustituyó por Rubens[5]. El joven tenía la profunda sensación que ha debido hacer vibrar el corazón de los grandes artistas cuando, en plena juventud y llenos de amor por el arte, se han acercado a un hombre de genio o a una obra artística. En todos los sentimientos humanos existe una flor primitiva, engendrada por un noble entusiasmo que luego va languideciendo, hasta que la felicidad no es otra cosa que un recuerdo y la gloria una mentira. Entre nuestras emociones frágiles nada se parece tanto al amor como la joven pasión de un artista que inicia el delicioso suplicio de su destino de gloria y desventura, pasión llena de audacia y timidez, de creencias vagas y desengaños seguros. Todo aquel que, escaso de dinero, y adolescente de genio, no ha palpitado vivamente al presentarse ante un maestro, siempre carecerá de una cuerda en el corazón, no sé qué toque de pincel, un sentimiento en su obra, cierta expresión de poesía. Si algunos fanfarrones, poseídos de sí mismos, creen demasiado pronto en el porvenir, son gentes de genio solo para los tontos. En este punto, el joven desconocido parecía tener verdadero mérito, si es que el talento ha de medirse por esa timidez primera, por ese pudor

indefinible que las personas destinadas a la gloria saben perder en el ejercicio de su arte, lo mismo que las mujeres hermosas pierden el suyo en los tejemanejes de la coquetería. La costumbre del triunfo mengua la duda, y el pudor tal vez sea una duda.

Agobiado por la miseria y sorprendido en ese momento de su presunción, el pobre neófito no hubiera entrado en casa del pintor al que debemos el admirable retrato de Enrique IV sin una ayuda extraordinaria que le envió el azar. Ocurrió que un anciano subía la escalera. Por la extravagancia de su atuendo, por la magnificencia de su alzacuello de encaje y por la prepotente seguridad de su paso, el joven adivinó en aquel personaje al protector o al amigo del pintor. Se apartó en el descansillo para dejarle paso y lo examinó lleno de curiosidad, esperando encontrar en él el genio de un artista o el carácter servicial de las personas que aman el arte; pero en aquel rostro había algo diabólico, y sobre todo ese no sé qué que engolosina a los artistas. Imaginad una frente calva, abombada, prominente, que volvía a emerger con una protuberancia sobre una pequeña nariz aplastada, de punta respingona como la de Rabelais o Sócrates; una boca risueña y arrugada, un mentón breve que se alzaba con orgullo, provisto de una barba gris recortada en punta; unos ojos verde mar, apagados aparentemente por la edad pero que, por el contraste con el blanco nacarado en que flotaba la pupila, debían lanzar en ocasiones miradas magnéticas bajo el impulso de la cólera o del entusiasmo. Además, aquella cara estaba singularmente ajada por las fatigas de la edad, y más todavía por esos pensamientos que socavan por igual el alma y el cuerpo. En los ojos faltaban ya las pestañas, y apenas se veían rastros de cejas sobre las prominentes arcadas. Poned esa cabeza sobre un cuerpo delicado y frágil, rodeada por un encaje resplandeciente de blancura y trabajado como un trullo de pesca, arrojad sobre el jubón negro del viejo una pesada cadena de oro y tendréis una imagen imperfecta de aquel personaje al que la incierta luz de la escalera prestaba además un color fantástico. Hubierais dicho que era un lienzo de Rembrandt caminando en silencio y sin marco en la negra atmósfera peculiar de ese gran pintor. Lanzó sobre el joven una mirada llena de sagacidad, llamó tres veces en la puerta y dijo a un hombre valetudinario, de unos cuarenta años, que acudió a abrir: «Buenos días, maestro».

Porbus se inclinó respetuoso, dejó pasar al joven creyendo que acompañaba al anciano y no se preocupó por él, dado que el neófito quedó sumido en el hechizo que deben de sentir los pintores natos ante el aspecto del primer taller que ven y donde se revelan algunos de los procedimientos materiales del arte. Una lucera abierta en la bóveda iluminaba el taller de maese Porbus. Concentrada sobre un lienzo montado en el caballete, y que solo manchaban tres o cuatro trazos blancos, la luz no alcanzaba las negras profundidades de los rincones de la amplia estancia; pero algunos reflejos dispersos encendían en aquella sombra rojiza una lentejuela argentada en el vientre de una coraza de reitre[6], colgada de la pared, rayaban con un brusco surco de luz la cornisa esculpida y encerada de un antiguo aparador lleno de curiosas vajillas, o salpicaban de puntos relucientes la trama granulosa de algunas viejas cortinas de

brocado de oro, de grandes pliegues raídos, tiradas allí como modelos. Desollados de escayola, fragmentos y torsos de diosas antiguas, amorosamente pulidos por los besos de los siglos, cubrían anaqueles y consolas. Innumerables esbozos, estudios a tres lápices[7], a sanguina o a pluma, cubrían las paredes hasta el techo. Cajas de colores, botellas de aceite y de esencia y escabeles volcados no dejaban sino un estrecho paso para llegar bajo la aureola que proyectaba la alta vidriera, cuyos rayos caían de pleno sobre la pálida cara de Porbus y sobre el cráneo de marfil del singular visitante. No tardó la atención del joven en centrarse exclusivamente en un cuadro que, en esa época de disturbios y revoluciones, ya se había vuelto célebre, y que visitaban algunas de esas cabezas a las que se debe el mantenimiento del fuego sagrado en los malos tiempos. Aquella hermosa página representaba una María egipcíaca disponiéndose a pagar el pasaje del barco[8]. Esta obra maestra, destinada a María de Médicis, fue vendida por ella en sus días de miseria.

—Me gusta tu santa –le dijo el viejo a Porbus–, y te pagaría por ella diez escudos de oro más de lo que te dé la reina; pero ¿para qué pujar? Al diablo.

—¿Os gusta?

—Bueno, en fin –dijo el viejo–, bueno, sí y no. No está mal compuesta tu mujer, pero le falta vida. Los pintores creéis que habéis acabado una gran obra en cuanto dibujáis correctamente una figura y ponéis cada cosa en su sitio según las leyes de la anatomía. Coloreáis el dibujo con un tono de carne hecha de antemano en vuestra paleta poniendo cuidado en sombrear un lado más que otro, y, como de vez en cuando miráis a una mujer desnuda que está de pie sobre un estrado, creéis que habéis copiado a la naturaleza, os figuráis que sois pintores y que habéis robado el secreto de Dios… ¡Brrr! Para ser un gran poeta no basta con saber a fondo sintaxis y no cometer faltas de ortografía. Mira tu santa, Porbus. A primera vista parece admirable, pero tras una segunda ojeada uno se da cuenta de que está pegada al fondo del lienzo y de que nadie podría dar una vuelta alrededor de su cuerpo; es una silueta que solo tiene una cara, es una apariencia recortada que no podría volverse ni cambiar de posición. No siento aire entre ese brazo y el campo del cuadro; faltan espacio y profundidad; y, sin embargo, en perspectiva todo está bien, y la gradación aérea ha sido observada con el mayor escrúpulo; mas, a pesar de tan notables esfuerzos, me sería imposible creer que ese hermoso cuerpo esté animado por el tibio soplo de la vida. Me parece que si pusiese la mano sobre ese pecho de una redondez tan firme, lo encontraría frío como el mármol. No, amigo mío, bajo esa piel de marfil no corre la sangre, la existencia no hinche con su rocío de púrpura las venas fibrillas[9] que forman una red bajo la transparencia ambarina de las sienes y el pecho. Ese lugar palpita, pero este otro está inmóvil; en cada trozo luchan la vida y la muerte; aquí es una mujer, allá una estatua, más lejos un cadáver. Tu creación está incompleta. Solo has logrado infundir una porción de tu alma a tu obra querida. La llama de Prometeo[10] se ha apagado más de una vez en tus manos, y muchos sitios de tu cuadro no han sido tocados por la llama celestial.

—Pero ¿por qué, querido maestro? –dijo respetuosamente Porbus al anciano, mientras el joven a duras penas podía contener un enorme deseo de pegarle.

—¡Ah, verás! –dijo el viejecillo–. Has flotado indeciso entre los dos sistemas, entre el dibujo y el color, entre la flema minuciosa, la rigidez precisa de los antiguos maestros alemanes y el ardor deslumbrante, la feliz abundancia de los pintores italianos. Has querido imitar a la vez a Hans Holbein y Tiziano, a Albrecht Durero y Pablo Veronese[11]. ¡Tu ambición era magnífica, es cierto! Pero ¿qué ha ocurrido? No has tenido ni el encanto severo de la sequedad ni las decepcionantes magias del claroscuro. Aquí, por ejemplo, como un bronce derretido que aplasta su masa demasiado débil, el color rico y dorado de Tiziano ha hecho estallar el ascético contorno de Durero en que lo habías fundido. Por otra parte, el dibujo ha resistido y contenido los magníficos excesos de la paleta veneciana. Tu cara no está dibujada de modo perfecto, ni pintada perfectamente, y en todas partes muestra las huellas de esa desdichada indecisión. Si no te sentías con fuerza suficiente para fundir juntos en el fuego de tu genio esos dos modos opuestos, tenías que haber optado decididamente por uno o por otro, para conseguir la unidad que simula una de las condiciones de la vida. Solo eres auténtico en el centro, tus contornos son falsos, no envuelven ni prometen nada por detrás. Aquí hay verdad –dijo el viejo señalando el pecho de la santa–. Y aquí –continuó señalando el punto en que acababa el hombro sobre el cuadro–. Pero ahí –dijo volviendo al centro del pecho– todo es falso. Mas no sigamos con el análisis, te desesperarías.

El anciano se sentó en un escabel, apoyó la cabeza entre las manos y permaneció en silencio.

—Maestro –le dijo Porbus–, sin embargo he estudiado a conciencia el desnudo de ese pecho; pero, para nuestra desgracia, hay en la naturaleza efectos auténticos que ya no son probables en el lienzo…

—La misión del arte no es copiar la naturaleza, ¡sino expresarla! Tú no eres un vil copista, sino un poeta –exclamó lleno de viveza el viejo interrumpiendo a Porbus con un gesto despótico–. En otras palabras, ¡un escultor podría ahorrarse todos sus trabajos modelando una mujer! Bueno, intenta moldear la mano de tu amante y ponerla delante de ti: encontrarás un horrible cadáver sin ningún parecido, y tendrás que ir en busca del cincel del hombre que, sin copiártela exactamente, te represente el movimiento y la vida. Tenemos que captar el espíritu, el alma, la fisonomía de las cosas y los seres. ¡Los efectos, los efectos! Pero no son más que los accidentes de la vida, no la vida. Una mano, por seguir con el ejemplo, una mano no pertenece solo al cuerpo, expresa y continúa un pensamiento que hay que captar y expresar. Ni el pintor, ni el poeta, ni el escultor deben separar el efecto de la causa, pues están imbricados uno en otro de modo irremediable. Ahí está la verdadera lucha. Muchos pintores triunfan de forma instintiva sin conocer este tema del arte. Tú dibujas una mujer, pero no la ves. De ese modo no se consigue forzar a los arcanos de la naturaleza[12]. Tu mano reproduce, sin que pienses en él, el modelo que has copiado

en casa de tu maestro. No desciendes suficientemente a la intimidad de la forma, no la persigues con suficiente amor y perseverancia en sus desvíos y en sus fugas. La belleza es algo severo y difícil que no se deja alcanzar así; habrá que esperarla, espiarla, presionarla y agarrarla para obligarla a rendirse. La forma es un Proteo mucho más inasequible y más fértil en fingimientos que el Proteo de la fábula[13]: solo tras largos combates se la puede obligar a mostrarse bajo su verdadero aspecto; os contentáis con la primera apariencia que os ofrece, o todo lo más con la segunda o la tercera: ¡no es así como actúan los luchadores victoriosos! Los pintores invencibles no se dejan engañar por todas esas evasivas; perseveran hasta que la naturaleza se ve obligada a mostrarse completamente al desnudo y en su verdadero espíritu. Así procedió Rafael[14] –dijo el anciano quitándose su bonete de terciopelo negro–, su gran superioridad deriva del sentido íntimo que, en él, parece querer romper la fonna. En sus figuras la forma es lo que es en nosotros, un mediador para comunicar ideas, sensaciones y una amplia poesía. Toda figura es un mundo, un retrato cuyo modelo ha aparecido en una visión sublime, teñido de luz, designado por una voz interior, despojado por un dedo celeste que, en el pasado de toda una vida, ha indicado las fuentes de la expresión. Los pintores cortáis para vuestras mujeres hermosos vestidos de carne, bellos lienzos de cabellos, pero ¿dónde está la sangre que engendra la calma o la pasión y que provoca los efectos particulares? Tu santa es una mujer morena, pero esto, mi pobre Porbus, es de una rubia. Por eso vuestras figuras son pálidos fantasmas coloreados que paseáis ante la vista, y a eso lo denomináis pintura y arte. Porque habéis hecho algo que se parece más a una mujer que a una casa, pensáis que habéis alcanzado la meta y, orgullosos de no veros obligados a escribir al lado de vuestras figuras *currus venustus o pulcher homo*[15], como los pintores primitivos, os figuráis que sois artistas maravillosos. ¡Ay!, aún no lo sois, amigos míos, todavía tendréis que gastar muchos lápices y llenar muchas telas antes de conseguirlo. Seguramente una mujer lleva su cabeza de esta manera, tiene así la falda, sus ojos languidecen y se funden con ese aire de dulzura resignada; la sombra palpitante de sus cejas flota así sobre las mejillas. Pero es eso y no es eso. ¿Qué le falta? Una nadería, pero esa nadería lo es todo. Conseguís dar apariencia de vida, pero no expresáis el sobrante que se desborda, un no se qué que tal vez sea el alma y que flota como una nube sobre la envoltura; en fin, esa flor de vida que Tiziano y Rafael captaron. Tal vez se hiciera excelente pintura partiendo del punto extremo al que llegáis; pero os cansáis demasiado pronto. El vulgo admira, y el verdadero experto sonríe. ¡Oh Mabuse[16]! ¡Oh maestro mío! –añadió el singular personaje–. ¡Eres un ladrón, te llevaste la vida contigo! A pesar de todo –prosiguió–, este lienzo vale más que las pinturas de ese pelele de Rubens, con sus montañas de carnes flamencas condimentadas con bermellón, sus ondas de cabelleras rojizas y su escándalo de colores. Por lo menos en tus cuadros hay color, sentimiento y dibujo, las tres partes esenciales del arte.

—¡Esta santa es sublime, buen hombre! –exclamó con voz sonora el joven

saliendo de una profunda ensoñación–. Esas dos figuras, la de la santa y la del barquero, poseen una finura de intención que los pintores italianos desconocen. No sé de ninguno que haya inventado la indecisión del barquero.

—¿Este joven raro tiene algo que ver con vos? –preguntó Porbus al anciano.

—Ah, maestro, perdonad mi osadía –respondió el neófito ruborizándose–. Soy un desconocido, pintor por instinto, que he llegado hace poco a esta ciudad, fuente de toda ciencia.

—A trabajar entonces –le dijo Porbus ofreciéndole un lápiz rojo y una hoja de papel.

El desconocido copió rápidamente la María al trazo[17].

—¡Oh, oh! –exclamó el anciano–. ¿Cuál es vuestro nombre?

El joven escribió al pie: Nicolas Poussin[18].

—No está mal para un principiante –dijo el singular personaje que discurría de forma tan alocada–. Veo que podemos hablar de pintura delante de ti. No te censuro por haber admirado la santa de Porbus. Para todo el mundo es una obra maestra, y solo los iniciados en los arcanos más íntimos del arte pueden descubrir de qué peca. Mas, puesto que eres digno de la lección, y capaz de comprender, voy a mostrarte qué poco falta para completar esta obra. Abre bien los ojos y atiende, tal vez no vuelva a presentarse una ocasión parecida de instruirte. Tu paleta, Porbus.

Porbus fue en busca de la paleta y los pinceles. El viejecillo se remangó con un movimiento brusco y compulsivo, y pasó su pulgar por la paleta pringosa y cargada de tonos que Porbus le tendía; le arrancó de las manos, más que cogió, un puñado de pinceles de todos los tamaños, y su barba recortada en punta se agitó de pronto bajo los amenazadores esfuerzos que expresaba el prurito de una amorosa fantasía. Mientras cargaba su pincel de color, refunfuñaba entre dientes: «Estos tonos solo sirven para tirarlos por la ventana junto al que los ha hecho, son de una crudeza y de una falsedad indignantes; ¿cómo se puede pintar con esto?». Luego humedecía con viveza febril la punta del pincel en los distintos montoncitos de colores, cuya gama entera recorría en ocasiones a mayor velocidad de la que un organista de catedral emplea para recorrer la extensión entera de su teclado en el *O Filii* de Pascua[19].

Porbus y Poussin permanecían inmóviles cada uno a un lado del cuadro, sumidos en la más vehemente de las contemplaciones.

—¿Ves, joven –decía el anciano sin volverse–, ves cómo por medio de tres o cuatro pinceladas y una leve veladura azulada puede hacerse circular aire alrededor de la cabeza de esta pobre santa que debe ahogarse y sentirse presa en esta espesa atmósfera? Mira cómo vuela ahora esta ropa y de qué forma se comprende que la brisa la eleva. Antes tenía todo el aspecto de una tela pesada sostenida por alfileres. ¿Reparas de qué forma el brillo satinado que acabo de poner sobre el pecho traduce perfectamente la suave grasa de una piel de muchacha, y cómo el tono mezcla de siena y ocre calcinado reanima la gris frialdad de esta gran sombra donde la sangre parecía paralizarse en vez de correr? Muchacho, lo que te digo ningún maestro podría

enseñártelo. Solo Mabuse poseía el secreto de dar vida a las figuras. Mabuse tuvo un único alumno, que fui yo[20]. Yo no los he tenido y soy viejo. Posees suficiente inteligencia para adivinar el resto por lo que te dejo entrever.

Mientras hablaba, el extraño anciano daba toques en todas las partes del cuadro: dos pinceladas aquí, una sola allá, pero siempre tan oportunas que se habría dicho una pintura nueva, pero una pintura inundada de luz. Trabajaba con un ardor tan apasionado que el sudor perlaba su frente desnuda; avanzaba con tal rapidez por medio de breves movimientos tan impacientes y tan convulsivos que al joven Poussin le parecía que en el cuerpo de aquel extravagante personaje había un demonio que obraba por sus manos, dominándolas de forma fantástica contra la voluntad del hombre: el brillo sobrenatural de sus ojos, sus convulsiones, que parecían fruto de la resistencia, daban a esta idea una apariencia de verdad que debía marcar con su influjo una imaginación joven. Iba diciendo: «¡Paf, paf, paf! Así se consigue esto, joven. ¡Ánimo, pequeñas pinceladas mías, coloread ese tono glacial! ¡Adelante! ¡Pon, pon, pon!» –decía reanimando las partes donde había observado una falta de vida, haciendo desaparecer mediante placas de color las diferencias de temperamento y devolviendo la unidad de tono que exigía una ardorosa egipcíaca.

—¿Ves, muchacho? Lo único que cuenta es la última pincelada. Porbus ha dado cien, yo solo una. Nadie recuerda ya lo que había debajo. ¡Apréndetelo bien!

Finalmente aquel demonio se detuvo y, volviéndose hacia Porbus y Poussin, mudos de admiración, les dijo: «Sigue sin ser tan bueno como mi Catherine Lescault, aunque podría poner mi nombre al pie de esta obra. Sí, de buena gana la firmaría –añadió levantándose para coger un espejo en el que la miró–. Ahora vamos a almorzar –dijo–. Venid los dos a mi casa. Tengo jamón ahumado y buen vino. ¡A pesar de los malos tiempos[21], hablaremos de pintura! Estamos obligados. Este joven –añadió dando una palmada en el hombro de Nicolas Poussin– tiene facilidad».

Fijándose entonces en la lamentable casaca del normando[22], sacó de su cinto una bolsa de piel, metió en ella la mano, cogió dos monedas de oro y mostrándoselas dijo: «Te compro el dibujo».

—Cógelas –dijo Porbus a Poussin viéndole temblar y ruborizarse de vergüenza, porque tenía el orgullo del pobre–. Cógelas, en sus arcas tiene los tesoros de dos reyes.

Los tres bajaron del taller y se encaminaron, hablando de arte, hasta una hermosa casa de madera situada cerca del puente de Saint-Michel, cuyos adornos, aldaba, marcos de ventanas y arabescos dejaron maravillado a Poussin. El pintor en ciernes se encontró de pronto en una sala baja, ante un buen fuego, junto a una mesa llena de apetitosos platos, y, por una dicha inaudita, en compañía de dos grandes artistas llenos de bonhomía.

—Joven –le dijo Porbus viéndole atónito ante un cuadro– no miréis demasiado ese lienzo, os desesperaríais.

Era el Adán que Mabuse hizo para salir de la cárcel donde sus acreedores lo

retuvieron tanto tiempo. En efecto, aquella figura poseía tal poder de realidad que Nicolas Poussin empezó a comprender en ese momento el verdadero sentido de las confusas palabras dichas por el viejo. Este miraba el cuadro con aire satisfecho, pero sin entusiasmo, y parecía decir: «¡Yo lo he hecho mejor!».

—Ahí hay vida –dijo–; mi pobre maestro se superó en ese lienzo; pero en el fondo de la tela faltaba todavía algo de verdad. El hombre está muy vivo, se levanta y parece venir hacia nosotros. Pero el aire, el cielo y el viento que respiramos, vemos y sentimos, falta. ¡Porque ahí no hay más que un hombre! Y el único hombre que salió de forma directa de las manos de Dios, debía de tener algo divino de lo que carece. El mismo Mabuse lo decía con desdén cuando no estaba borracho.

Poussin miraba alternativamente al anciano y a Porbus con curiosidad inquieta. Se acercó a este último para preguntarle el nombre de su anfitrión, pero el pintor se puso un dedo en los labios con aire de misterio, y el joven, vivamente interesado, guardó silencio en espera de que antes o después alguna frase le permitiese adivinar el nombre de su anfitrión, cuya riqueza y talentos quedaban suficientemente atestiguados por el respeto que Porbus le manifestaba, y por las maravillas amontonadas en aquella sala.

Viendo Poussin sobre la oscura consola de roble un magnífico retrato de mujer, exclamó:

—¡Qué bello Giorgione[23]!

—No –respondió el anciano–, estás viendo uno de mis primeros bosquejos.

—¡Dios mío! ¡Entonces estoy con el dios de la pintura! –dijo de forma cándida Poussin.

El anciano sonrió como un hombre familiarizado hacía mucho con aquel elogio.

—Maestro Frenhofer[24] –dijo Porbus–, ¿no podíais mandar traer un poco de vuestro buen vino del Rhin para mí?

—Dos pipas[25] –respondió el anciano–. Una para pagar el placer que esta mañana he sentido viendo tu hermosa pecadora, y la otra como un presente amistoso.

—Ay, si yo no estuviera siempre enfermo –prosiguió Porbus–, y si vos me dejarais ver a vuestra amante, podría hacer un cuadro alto, ancho y profundo, en que las figuras serían de tamaño natural.

—Mostrar mi obra –exclamó el anciano muy emocionado–. No, no, todavía debo perfeccionarla. Ayer por la noche creí que la había tenninado –dijo–. Sus ojos me parecían húmedos, y tenía la carne agitada. Las trenzas de su pelo se movían. ¡Respiraba! Aunque he encontrado el medio de dar a una tela plana el relieve y la redondez de la naturaleza, esta mañana, con la luz del alba, he reconocido mi error. ¡Ay!, para alcanzar ese glorioso resultado he estudiado a fondo a los grandes maestros del colorido, he analizado y levantado capa a capa los cuadros de Tiziano, ese rey de la luz; como ese soberano pintor he esbozado mi figura en tono claro, con una pasta suave y densa, porque la sombra no es más que un accidente, recuerda eso, muchacho. Luego he vuelto a mi obra, y con medias tintas y veladuras cuya

transparencia iba reduciendo cada vez más, he trasladado las sombras más vigorosas e incluso los negros más intensos; porque las sombras de los pintores ordinarios son de naturaleza completamente distinta que sus tonos claros; es madera, es bronce, es lo que queráis, menos carne en la sombra. Se nota que si la figura cambiase de posición, los lugares sombreados no se aclararían ni se volverían luminosos. Yo he evitado ese defecto en que han caído muchos de los pintores más ilustres, y en mis cuadros la blancura se revela bajo la opacidad de la sombra más intensa. Al contrario que una muchedumbre de ignorantes que creen dibujar correctamente porque trazan unos rasgos rigurosamente limpios, no he delimitado con nitidez los bordes exteriores de mi figura ni he resaltado hasta el menor detalle anatómico, porque el cuerpo humano no acaba en las líneas. En esto, los escultores pueden acercarse más a la verdad que nosotros. La naturaleza implica una serie de redondeces que se envuelven unas en otras. Hablando en rigor, ¡el dibujo no existe! ¡No os riáis, joven! Por más singular que os parezca esa frase, algún día comprenderéis las razones. La línea es el medio por el que el hombre se da cuenta del efecto de la luz sobre los objetos; pero no hay líneas en la naturaleza, donde todo es corpóreo; se dibuja modelando, es decir, se separan las cosas del medio en que están, y la distribución de la luz es lo único que da apariencia al cuerpo. Por eso no he delimitado las líneas, sino que he extendido sobre los contornos una nube de medias tintas rubias y cálidas que hacen que no pueda ponerse el dedo con precisión sobre el lugar en que los contornos se encuentran con los fondos. De cerca, este trabajo parece difuminado y que carece de precisión, pero a dos pasos todo se afirma, se precisa y se destaca; el cuerpo gira, las formas adquieren relieve, se siente que alrededor circula el aire. Sin embargo, todavía no estoy satisfecho, tengo dudas. Tal vez no habría que dibujar ni un solo trazo, tal vez fuese mejor atacar la figura por el centro aplicándose primero a las partes más iluminadas para pasar luego a las porciones más oscuras. Así es como procede el sol, ese divino pintor del universo. ¡Oh, naturaleza, naturaleza! ¿Quién te ha sorprendido alguna vez en tus fugas? El exceso de ciencia, lo mismo que la ignorancia, desemboca en una negación. ¡Dudo de mi obra!

El anciano hizo una pausa y luego prosiguió: «Hace diez años que trabajo, joven; pero ¿qué son diez pequeños años cuando se trata de luchar con la naturaleza? Desconocemos el tiempo que empleó el señor Pigmalión para hacer la única estatua que haya caminado![26]».

El anciano cayó en una soñación profunda y permaneció con los ojos fijos jugando maquinalmente con su cuchillo.

—¡Está hablando con su *espíritu*! –dijo Porbus en voz baja.

Al oír esta frase, Nicolas Poussin se sintió dominado por una inexplicable curiosidad de artista. Aquel anciano de ojos blancos, atento y estúpido, que para él se había vuelto más que un hombre, apareció a sus ojos como un genio fantástico que vivía en una atmósfera desconocida. Despertaba en su alma mil ideas confusas. El fenómeno moral de esa especie de fascinación no puede definirse, como tampoco

puede traducirse la emoción suscitada por un canto que recuerda la patria en el corazón del exiliado. El desdén que el anciano fingía expresar por las tentativas más hermosas del arte, su riqueza, sus modales, la deferencia que hacia él mostraba Porbus, aquella obra mantenida tanto tiempo en secreto, obra de paciencia, obra sin duda de genio, a juzgar por la cabeza de virgen que el joven Poussin había admirado con tanta sinceridad, y que seguía siendo hermosa al lado del Adán de Mabuse, atestiguaba el genio imperial de uno de los príncipes del arte; en aquel viejo todo superaba los límites de la naturaleza humana. Lo que la fecunda imaginación de Nicolas Poussin pudo sacar en claro con nitidez viendo aquel ser sobrenatural, fue una completa imagen de la naturaleza artista, de esa naturaleza loca a la que han sido confiados tantos poderes, y que con tanta frecuencia engaña, haciendo desaparecer la fría razón, a los burgueses e incluso a algunos entendidos, a través de mil caminos empedrados donde, para ellos, no hay nada; mientras retoza en medio de sus fantasías, esa muchacha de alas blancas descubre epopeyas, castillos, obras de arte. ¡Naturaleza burlona y buena, fecunda y pobre! Por eso, para el entusiasta Poussin, aquel anciano se había convertido, mediante transfiguración súbita, en el arte mismo, en el arte con sus secretos, con sus fogosidades y sus ensoñaciones.

—Sí, querido Porbus –prosiguió Frenhofer–, lo que hasta ahora me ha faltado ha sido encontrar una mujer irreprochable, un cuerpo cuyos contornos sean de una belleza perfecta y cuya carnación… Pero ¿dónde hallaremos viva –dijo tras una pausa– a esa inencontrable Venus de los antiguos, tan buscada, y de la que solo hallamos algunas bellezas dispersas? ¡Oh! Por ver un solo momento, y una sola vez, a la naturaleza divina completa, al ideal, en fin, daría toda mi fortuna, ¡e iría a buscarte a tus limbos, belleza celestial! Como Orfeo[27], descendería al infierno del arte para traerla a la vida.

—Podemos irnos –le dijo Porbus a Poussin–, ya no nos oye ni nos ve.

—Vayamos a su taller –respondió el joven maravillado.

—¡Ay, el viejo reitre ha sabido defender la entrada! Sus tesoros están demasiado bien guardados para que podamos alcanzarlos. No he esperado a su deseo ni a su fantasía para intentar el asalto del misterio.

—¿Hay entonces un misterio?

—Sí –respondió Porbus–. El viejo Frenhofer es el único alumno que Mabuse quiso tener. Se convirtió en amigo suyo, en su salvador y en su padre; Frenhofer sacrificó la mayor parte de sus tesoros para satisfacer las pasiones de Mabuse; a cambio, Mabuse le legó el secreto del relieve, el poder de dar a las figuras esa vida extraordinaria y esa flor de naturaleza, nuestra eterna desesperación; pero dominaba de modo tan perfecto *el hacer* que cierto día, tras haber vendido y haberse bebido el damasco floreado que debía ponerse para la entrada de Carlos Quinto, acompañó a su maestro con un vestido de papel pintado como damasco. El singular brillo de la tela que Mabuse llevaba sorprendió al emperador, quien, queriendo cumplimentar al protector del viejo borracho, descubrió la superchería. Frenhofer es un hombre

apasionado por nuestro arte, que ve más alto y más lejos que el resto de los pintores. Ha meditado profundamente sobre los colores, sobre la verdad absoluta de la línea; pero a fuerza de buscar ha llegado a dudar del objeto mismo de sus búsquedas. En sus momentos de desesperación pretende que el dibujo no existe y que solo las figuras geométricas pueden traducirse con trazos; lo cual es demasiado absoluto, porque con las líneas y el negro, que no es un color, puede hacerse una figura, demostrando que nuestro arte está compuesto, como la naturaleza, por una infinidad de elementos: el dibujo proporciona un esqueleto, el color es la vida, pero la vida sin esqueleto es algo más incompleto que el esqueleto sin la vida. Por último, hay algo más auténtico que todo esto, y es que la práctica y la observación lo son todo en un pintor, y que, si el razonamiento y la poesía se pelean con los pinceles, se llega a la duda, como le ha ocurrido a ese buen hombre, que es tan loco como pintor. Pintor sublime, ha tenido la desgracia de nacer rico, y eso le ha permitido divagar. ¡No le imitéis! ¡Trabajad! Los pintores solo deben meditar con los pinceles en la mano.

—Conseguiremos entrar en vuestro taller –exclamó Poussin sin escuchar a Porbus y sin dudar de nada.

Porbus sonrió ante el entusiasmo del joven desconocido, y se separó de él invitándolo a ir a verle.

Nicolas Poussin regresó caminando despacio hacia la calle de La Harpe, y sin darse cuenta se pasó de la modesta hostería donde se alojaba. Subiendo con inquieta rapidez su miserable escalera, llegó a una habitación alta, situada bajo un techo de entramado, sencilla y ligera cobertura de las casas del viejo París. Junto a la única y sombría ventana de aquella estancia vio a una joven que, al ruido de la puerta, se incorporó repentinamente con un impulso amoroso; había reconocido al pintor por la forma en que había accionado el cerrojo.

—¿Qué te pasa? –le dijo ella.

—Me pasa… me pasa… –exclamó él ahogándose de placer–, que me he sentido pintor. Hasta ahora había dudado, pero esta mañana he creído en mí mismo. Puedo ser un gran hombre. Gillette, seremos ricos y felices. En estos pinceles hay oro.

Pero de pronto se calló. Su rostro serio y lleno de vigor perdió su expresión de alegría cuando comparó la inmensidad de sus esperanzas con la mediocridad de sus recursos. Las paredes estaban cubiertas de simples papeles llenos de esbozos a lápiz. No tenía siquiera cuatro lienzos limpios. Las pinturas valían entonces caras, y el pobre gentilhombre[28] veía su paleta casi desnuda. En el seno de aquella miseria, poseía y sentía increíbles riquezas de corazón, y la superabundancia de un genio devorador. Llevado a París por un gentilhombre amigo suyo, o tal vez por su propio talento, había encontrado enseguida una amante, una de esas almas nobles y generosas que van a sufrir junto a un gran hombre, se desposan con la miseria y se esfuerzan por comprender sus caprichos, fuertes para la miseria y el amor, como otras son intrépidas para llevar el lujo, hasta el punto de enorgullecerse de insensibilidad. La sonrisa que vagaba sobre los labios de Gillette doraba aquel granero y rivalizaba

con el esplendor del cielo. El sol no siempre brillaba, mientras que ella estaba siempre allí, refugiada en su pasión, unida a su felicidad, a su sufrimiento, consolando al genio que se desbordaba en el amor antes de apoderarse del arte.

—¡Escucha, Gillette, ven!

La obediente y alegre joven saltó a las rodillas del pintor. La muchacha era todo gracia, todo belleza, hermosa como una primavera, y estaba adornada con todas las riquezas femeninas a las que prestaba luz el fuego de un alma hermosa.

—¡Oh, Dios! –exclamó él–, nunca me atreveré a decirle…

—¡Un secreto! –dijo ella–. ¡Oh, quiero saberlo!

Poussin se quedó pensativo.

—¡Venga, di!

—Gillette, mi pobre corazón amado…

—¿Quieres algo de mí?

—Sí.

—Si quieres que vuelva a posar delante de ti como el otro día –continuó ella en tono algo malhumorado–, no lo haré más; porque en esos momentos tus ojos ya no me dicen nada. No piensas en mí, y sin embargo estás mirándome.

—¿Preferirías verme copiando a otra mujer?

—Tal vez –dijo ella–, siempre que sea muy fea.

—Bien –prosiguió Poussin en tono serio–, si para mi gloria futura, si para convertirme en un gran pintor, tuvieras que posar para otro pintor…

—Quieres ponerme a prueba –respondió ella–. Sabes de sobra que no iría.

Poussin inclinó la cabeza sobre su pecho como hombre que sucumbe a una alegría o a un dolor demasiado fuerte para su alma.

—Escucha –dijo ella atrayendo a Poussin por la manga de su raído jubón–, te he dicho, Nick, que daría mi vida por ti; pero nunca te he prometido renunciar a mi amor mientras viva.

—¿Renunciar? –exclamó Poussin.

—Si me mostrase así a otro, dejarías de quererme. Y yo misma me encontraría indigna de ti. ¿No es algo natural y simple obedecer a tus caprichos? A pesar mío soy feliz, e incluso estoy orgullosa de hacer tu voluntad. Pero para otro, ¡de ninguna manera!

—Perdóname, Gillette –dijo el pintor arrojándose a sus rodillas–. Antes prefiero ser amado que conseguir la gloria. Para mí tú eres más hermosa que la fortuna y los honores. Vamos, tira los pinceles, quema esos dibujos. Me he equivocado, mi vocación es amarte. No soy pintor, soy un enamorado. ¡Mueran el arte y todos sus secretos!

Ella lo admiraba, feliz y encantada. Reinaba, sentía instintivamente que las artes eran olvidadas por ella y arrojadas a sus pies como granos de incienso.

—De cualquier modo, no es más que un viejo —prosiguió Poussin–. No podrá ver en ti más que a la mujer. ¡Eres tan perfecta!

—Hay que amar mucho –exclamó ella dispuesta a sacrificar sus escrúpulos de amor para recompensar a su amante por todos los sacrificios que por ella hacía–. Pero –prosiguió– eso sería perderme. ¡Ay, perderme por ti! ¡Sí, qué hermoso sería! Pero me olvidarás. ¡Qué mala idea has tenido!

—La he tenido y te amo –dijo él con una especie de contrición–, por eso soy un infame.

—Consultemos al padre Hardouin –dijo ella.

—No, no, que sea un secreto entre los dos.

—Bueno, iré; pero tú no podrás estar allí –dijo ella–. Quédate en la puerta, armado con tu daga; si grito, entra y mata al pintor.

Sin mirar otra cosa que el arte, Poussin estrechó a Gillette entre sus brazos.

«¡No me quiere!», –pensó Gillette cuando se encontró a solas.

Ya estaba arrepentida de su resolución. Pero no tardó mucho en ser presa de un espanto más cruel que su arrepentimiento; se esforzó por echar de sí un pensamiento horrible que se alzaba en su corazón. Ya creía amar menos al pintor por considerarlo menos digno de estima que antes.

II

Catherine Lescault

Tres meses después del encuentro de Poussin y de Porbus, este fue a ver a maese Frenhofer. El viejo era presa entonces de uno de esos desalientos profundos y espontáneos cuya causa, de creer a los matemáticos de la medicina, radica en una mala digestión, en el viento, el calor o algún atasco de los hipocondrios; y, según los espiritualistas, en la imperfección de nuestra naturaleza moral; el buen hombre, pura y simplemente, se había agotado rematando su misterioso cuadro. Estaba lánguidamente sentado en un amplio sillón de roble esculpido, guarnecido de cuero negro y, sin abandonar su actitud melancólica, lanzó sobre Porbus la mirada de un hombre que se ha instalado en su aburrimiento.

—Y bien, maestro –le dijo Porbus–, ¿era malo el ultramar que fuisteis a buscar a Brujas? ¿No habéis sabido moler nuestro nuevo blanco? ¿Es malo vuestro aceite o los pinceles se muestran reacios?

—¡Ay! –exclamó el anciano–, por un momento creí que mi obra estaba acabada; pero, indudablemente, me equivoqué en algunos detalles, y no me quedaré tranquilo hasta haber aclarado mis dudas. He decidido viajar, y me iré a Turquía, a Grecia, a Asia para buscar allí un modelo y comparar mi cuadro con distintas naturalezas[29]. Tal vez encuentre allí –prosiguió dejando escapar una sonrisa de satisfacción– a la misma naturaleza en persona. Hay veces en que casi tengo miedo a que un suspiro me revele a esa mujer y a que desaparezca.

Luego se incorporó de pronto como si fuera a partir.

—¡Oh, oh! –respondió Porbus–, llego a tiempo para evitaros el gasto y las fatigas del viaje.

—¿Cómo? –preguntó Frenhofer asombrado.

—El joven Poussin es amado por una mujer cuya incomprensible belleza no tiene imperfección ninguna. Pero, querido maestro, si consiente en prestárosla, al menos tendréis que dejarnos ver el lienzo.

El anciano permaneció de pie, inmóvil, en un estado de estupidez perfecta.

—¿Cómo? –terminó exclamando en tono dolorido–. ¿Mostrar mi criatura, mi esposa? ¿Desgarrar el velo con que castamente he cubierto mi felicidad? ¡Eso sería una prostitución horrible! Hace diez años que vivo con esa mujer. Es mía, y solo mía. Me ama. ¿No me ha sonreído tras cada pincelada que le he dado? Tiene un alma, el alma de que la he dotado. Se ruborizaría si unos ojos distintos de los míos se pararan sobre ella. ¡Permitir verla! Pero ¿qué marido, qué amante es tan vil para guiar a su mujer al deshonor? Cuando haces un cuadro para la corte, no pones en él toda tu alma, no vendes a los cortesanos otra cosa que maniquíes coloreados. Mi pintura no es pintura, es un sentimiento, una pasión. Nacida en mi taller, debe permanecer en él virgen, y solo puede salir vestida. Las poesías y las mujeres solo se entregan desnudas a sus amantes. ¿Poseemos las figuras de Rafael, la Angélica del Ariosto, la Beatriz del Dante? No. No vemos más que sus formas. Pues bien, la obra que tengo arriba bajo llave es una excepción en nuestro arte; ¡no es un lienzo, es una mujer! Una mujer con la que lloro, río, hablo y pienso. ¿Pretendes que de golpe abandone una felicidad de diez años como se abandona una capa? ¿Que de golpe cese de ser padre, amante y Dios? Esa mujer no es una criatura, es una creación. Que venga tu joven, le daré mis tesoros, le daré los cuadros del Correggio, de Miguel Ángel, del Tiziano, besaré la huella de sus pasos en el polvo; pero ¿convertirlo en mi rival? ¡Qué vergüenza! Soy más amante que pintor. Sí, tendré fuerza suficiente para quemar a mi Catherine en mi último suspiro, pero ¿hacerle soportar la mirada de un hombre, de un joven, de un pintor? No, no. ¡Al día siguiente mataré a quien la haya mancillado con una mirada! ¡Te mataría a ti al instante, amigo mío, si no la saludases de rodillas! ¿Quieres ahora que someta mi ídolo a las frías miradas y a las críticas necias de los imbéciles? ¡Ay, el amor es un misterio; solo hay vida en el fondo de los corazones, y todo está perdido cuando un hombre dice incluso a su amigo: «¡He aquí la mujer que amo!».

El anciano parecía haberse vuelto joven; sus ojos tenían resplandor y vida; sus pálidas mejillas estaban matizadas por un rojo vivo, y sus manos temblaban. Porbus, sorprendido por la violencia apasionada con que había dicho estas palabras, no sabía qué responder a un sentimiento tan nuevo como profundo. ¿Era razonable Frenhofer o estaba loco? ¿Se hallaba subyugado por una fantasía de artista, o las ideas que había expresado procedían de ese fanatismo inefable que produce en nosotros el largo alumbramiento de una gran obra? ¿Se podía esperar que transigiese alguna vez con

aquella extravagante pasión?

Presa de todos estos pensamientos, Porbus dijo al anciano:

—Pero ¿no es mujer por mujer? ¿No entrega Poussin su amante a vuestras miradas?

—¡Qué amante! –respondió Frenhofer–. Antes o después ella le traicionará. ¡La mía siempre me será fiel!

—Bueno –prosiguió Porbus–, dejémoslo. Pero antes de que encontréis, incluso en Asia, una mujer tan bella y tan perfecta, tal vez os muráis sin haber acabado el cuadro.

—¡Oh, está acabado! –dijo Frenhofer–. Quien lo viese, creería ver a una mujer acostada en un lecho de terciopelo, bajo cortinas. A su lado, un trípode de oro exhala perfumes. Sentirías la tentación de coger la borla de los cordones que sujetan las cortinas, y te parecería ver el seno de Catherine latir al unísono de su respiración. Sin embargo, me gustaría cerciorarme…

—Vete a Asia –respondió Porbus adivinando una especie de vacilación en la mirada de Frenhofer. Y Porbus dio algunos pasos hacia la puerta de la sala.

En ese momento, Gillette y Nicolas Poussin habían llegado cerca de la casa de Frenhofer. Cuando la joven estaba a punto de entrar, soltó el brazo del pintor y retrocedió como si la dominase un presentimiento repentino.

—Pero ¿qué vengo a hacer aquí? –le preguntó a su amante en un tono de voz profundo y clavando en él la mirada.

—Gillette, te he dejado decidir y quiero obedecerte en todo. Tú eres mi conciencia y mi gloria. Vuelve a casa, tal vez yo sería más feliz que si…

—¿Soy yo acaso cuando me hablas así? ¡Oh, no, no soy más que una niña. Vamos –añadió dando la impresión de que hacía un esfuerzo violento–, si nuestro amor muere, si pongo en mi corazón un largo pesar, ¿no será tu fama el precio de mi obediencia a tus deseos? Entremos, que también será vivir ser para siempre una especie de recuerdo en tu paleta.

Al abrir la puerta de la casa, los dos amantes se encontraron con Porbus quien, sorprendido por la belleza de Gillette, cuyos ojos estaban en ese momento inundados de lágrimas, la cogió toda temblorosa y la llevó ante el anciano:

—Mirad –dijo–, ¿no vale más que todas las obras maestras del mundo?

Frenhofer se estremeció. Allí estaba Gillette, en la actitud ingenua y sencilla de una joven georgiana inocente y atemorizada, raptada y ofrecida a algún mercader de esclavos por unos bandidos. Un púdico rubor coloreaba su rostro, tenía los ojos bajos, las manos le colgaban a los lados, sus fuerzas parecían abandonarla y unas lágrimas protestaban contra la violencia que se hacía a su pudor. En ese momento, Poussin, desesperado por haber sacado aquel bello tesoro de su granero, se maldijo a sí mismo. Se volvió más amante que artista, y mil escrúpulos torturaron su corazón cuando vio la mirada rejuvenecida del viejo que, por costumbre de pintor, desnudó por así decir a la joven, adivinando sus formas más secretas. A su corazón volvieron entonces los

celos feroces del verdadero amor.

—¡Gillette, vámonos! –exclamó.

A este acento, a este grito, la amante alzó alegre los ojos hacia él, le vio y corrió a sus brazos.

—¡Ay, todavía me amas! –respondió ella deshaciéndose en lágrimas.

Pero si había tenido energía para acallar su sufrimiento, le faltaba fuerza para ocultar su felicidad.

—Dejádmela solo un momento –dijo el viejo pintor– y podréis compararla con mi Catherine. Sí, consiento.

Seguía habiendo amor en el grito de Frenhofer. Parecía sentir coquetería hacia su rostro de mujer, y gozar de antemano por el triunfo que la belleza de su virgen iba a obtener sobre la de una muchacha de verdad.

—No permitáis que se eche atrás –exclamó Porbus dando una palmada en el hombro de Poussin–. Los frutos del amor son pasajeros, los del arte inmortales.

—¿No soy para él más que una mujer? –respondió Gillette mirando atentamente a Poussin y a Porbus.

Levantó la cabeza llena de orgullo pero cuando, después de haber lanzado una mirada centelleante a Frenhofer, vio a su amante ocupado en contemplar de nuevo el retrato que hacía algún tiempo había tomado por un Giorgione, dijo:

—¡Ah, subamos! Él nunca me ha mirado así.

—Viejo –continuó Poussin arrancado de su reflexión por la voz de Gillette–, ¿ves esta espada? A la menor queja que pronuncie esta joven, la hundiré en tu corazón, prenderé fuego a tu casa y nadie saldrá de ella. ¿Has comprendido?

Nicolas Poussin estaba sombrío, y su terrible frase, su actitud y su gesto consolaron a Gillette, que casi le perdonó que la sacrificara a la pintura y a su glorioso futuro. Porbus y Poussin se quedaron en la puerta del taller, mirándose uno a otro en silencio. Si, al principio, el pintor de la María Egipcíaca se permitió algunas exclamaciones: «Estará desnudándose. ¡Le habrá dicho que se ponga a la luz! Las estará comparando», no tardó en callar ante el aspecto de Poussin, cuyo rostro estaba profundamente triste; y aunque los viejos pintores carecen de ese tipo de escrúpulos, tan nimios en presencia del arte, los admiró por lo que tenían de ingenuos y hermosos. El joven había puesto la mano en la guarda de su daga y la oreja pegada a la puerta. En la sombra y de pie, ambos parecían dos conspiradores esperando el momento de herir a un tirano.

—Pasad, pasad –les dijo el viejo resplandeciente de felicidad–. Mi obra es perfecta, y ahora puedo mostrarla con orgullo. ¡Nunca ningún pintor, ni pinceles, ni colores, ni lienzo ni luz serán un rival para *Catherine Lescault*!

Presa de viva curiosidad, Porbus y Poussin corrieron al centro de un amplio taller lleno de polvo, donde todo estaba en desorden, y donde, aquí y allá, vieron cuadros colgados de las paredes. Se detuvieron en primer lugar ante una figura de mujer de tamaño natural, medio desnuda, que los sobrecogió de admiración.

—Bah, no os preocupéis de eso –dijo Frenhofer–, es un lienzo que he embadurnado para estudiar una pose, ese cuadro no vale nada. Estos son mis errores –prosiguió mostrándoles deliciosas composiciones colgadas de las paredes en torno a ellos.

Al oír estas palabras, Porbus y Poussin, atónitos por el desdén hacia semejantes obras, buscaron el retrato anunciado, sin lograr verlo.

—Bien, ahí lo tenéis –les dijo el anciano, cuyos cabellos estaban en desorden, cuyo rostro había enardecido una exaltación sobrenatural, cuyos ojos centelleaban, y que jadeaba como un joven embriagado de amor–. ¡Ah, seguro que no esperabais tanta perfección! –exclamó–. Estáis ante una mujer y buscáis un cuadro. Hay tanta profundidad en esta tela, en ella es tan verdadero el aire que ya no podéis distinguirla del aire que nos rodea. ¿Dónde está el arte? Se ha perdido, se ha esfumado. He ahí las formas mismas de una muchacha. ¿No he captado bien el color, la viveza de la línea que parece delimitar el cuerpo? ¿No es el mismo fenómeno que nos ofrecen los objetos que están en la atmósfera como los peces en el agua? ¡De qué forma se destacan los contornos del fondo! ¿No os parece que puede pasarse la mano por esa espalda? Para ello, durante siete años he estudiado los efectos del acoplamiento de la luz y los objetos. ¿Y no inunda la luz estos cabellos? Pero sí me parece que ha respirado. ¡Mirad este seno! Ay, ¿quién no querría adorarla de rodillas? Las carnes palpitan. Va a levantarse, esperad.

—¿Veis vos algo? –le preguntó Poussin a Porbus.

—No. ¿Y vos?

—Nada.

Los dos pintores dejaron al viejo con su éxtasis y miraron si la luz, cayendo a plomo sobre el lienzo que les mostraba, no neutralizaba todos los efectos; examinaron entonces la pintura por la derecha, por la izquierda, de frente, desde abajo y desde arriba.

—Sí, sí, es un cuadro –les decía Frenhofer, equivocándose sobre la finalidad de aquel examen escrupuloso–. Mirad, aquí tenéis el marco, el caballete, aquí están mis pinturas y mis pinceles.

Y cogió un pincel que les ofreció con gesto ingenuo.

—El viejo lansquenete[30] se burla de nosotros –dijo Poussin volviendo ante el pretendido cuadro–. Solo veo colores amasados de forma confusa y contenidos por una multitud de líneas absurdas que forman una muralla de pintura.

—Me parece que nos equivocamos –replicó Porbus.

Acercándose, distinguieron en un rincón de la tela la punta de un pie desnudo que salía de aquel caos de colores, de tonos, de matices indecisos, una especie de bruma sin forma; ¡pero qué pie tan delicioso, qué pie tan vivo! Se quedaron petrificados de admiración ante aquel fragmento escapado a una increíble, lenta y progresiva destrucción. Aquel pie aparecía allí como el torso de alguna Venus de mármol de Paros[31] que surgiese entre los escombros de una ciudad incendiada.

—Aquí debajo hay una mujer –exclamó Porbus señalando a Poussin las diversas capas de colores que el viejo pintor había superpuesto sucesivamente creyendo perfeccionar su cuadro.

Los dos pintores se volvieron de forma espontánea hacia Frenhofer, empezando a explicarse, aunque vagamente, el éxtasis en que vivía.

—Lo hace de buena fe –dijo Porbus.

—Sí, amigo mío –repuso el anciano despertándose–, hace falta fe, fe en el arte, y vivir mucho tiempo con la obra para producir una creación semejante. ¡Cuántos trabajos me han costado algunas de estas sombras! Mirad ahí en la mejilla, debajo de los ojos, una leve penumbra que, si la observáis en la naturaleza, os parecerá casi intraducible. Creedme, ese efecto me ha costado penas indecibles. Querido Porbus, contempla atentamente mi trabajo, y comprenderás mejor lo que te vengo diciendo sobre la forma de tratar el modelado y los contornos, mira la luz de su seno, mira de qué forma, mediante una serie de toques y de *realces*[32] fuertemente empastados, he conseguido fijar la verdadera luz y combinarla con la blancura reluciente de los tonos claros; y de qué forma, mediante el trabajo contrario, difuminando los contrastes y el grano de la pasta, a fuerza de acariciar el contorno de mi figura ahogado en una media tinta, he logrado eliminar incluso la idea de dibujo y de medios artificiales, y darle el aspecto y la redondez misma de la naturaleza. Acercaos, veréis mejor el trabajo. De lejos desaparece. ¿Lo veis? Aquí creo que resulta muy notable.

Y con la punta del pincel señalaba a los dos pintores una mancha de color claro.

Porbus golpeó la espalda del viejo mientras se volvía hacia Poussin.

—¿Sabéis que tenemos un grandísimo pintor? –dijo.

—Es todavía más poeta que pintor –respondió en tono grave Poussin.

—Aquí termina nuestro arte sobre la tierra –replicó Porbus tocando la tela.

—Y de ahí, va a perderse en los cielos –dijo Poussin.

—¡Cuántos goces en un trozo de tela! –exclamó Porbus.

El anciano, absorto, no los escuchaba, y sonreía a la imaginaria mujer.

—Pero tarde o temprano se dará cuenta de que en su tela no hay nada –exclamó Poussin.

—Nada en mi tela –dijo Frenhofer mirando alternativamente a los dos pintores y a su pretendido cuadro.

—¿Qué habéis hecho? –respondió Porbus a Poussin.

El viejo agarró con fuerza el brazo del joven y le dijo:

—¡Tú no ves nada, patán! ¡Miserable! ¡Bellaco! ¡Majadero! Entonces ¿por qué has subido aquí? Mi buen Porbus –prosiguió volviéndose hacia el pintor–, ¿también vos habéis de burlaros de mí? Contestad. Soy amigo vuestro, decidme, ¿he echado a perder mi cuadro?

Porbus, indeciso, no se atrevió a decir nada; pero la ansiedad pintada sobre la fisonomía blanca del anciano era tan cruel que señaló la tela diciendo:

—¡Mirad!

Frenhofer contempló su cuadro durante un momento y vaciló.

—¡Nada, nada! ¡Y haber trabajado diez años!

Se sentó y se echó a llorar:

—¡Soy un imbécil, un loco! No tengo ni talento ni capacidad, no soy más que un rico que, cuando anda, no hace otra cosa que andar. Así pues, no habré producido nada.

Contempló su tela a través de las lágrimas, se levantó de pronto lleno de orgullo y lanzó sobre los dos pintores una mirada relampagueante.

—¡Por la sangre, el cuerpo y la cabeza de Cristo! ¡Tenéis tanta envidia que queréis hacerme creer que la he estropeado para robármela! ¡Yo sí la veo! –exclamó–. ¡Es maravillosamente hermosa!

En ese momento, Poussin oyó el llanto de Gillette, olvidada en un rincón.

—¿Qué te pasa, ángel mío? –le preguntó el pintor, volviendo a sentirse súbitamente enamorado.

—¡Mátame! –dijo ella–. Sería una infame si continuase queriéndote, porque te desprecio. Eres mi vida y me causas horror. Creo que ya estoy odiándote.

Mientras Poussin escuchaba a Gillette, Frenhofer volvía a cubrir su Catherine con una sarga verde, con la grave tranquilidad de un joyero que cierra sus cajones creyéndose acompañado de ladrones astutos. Lanzó sobre los dos pintores una mirada profundamente taimada, llena de desprecio y suspicacia, y en silencio los acompañó a la puerta de su taller con una precipitación convulsiva. Luego, en el umbral de su casa les dijo:

—Adiós, amiguitos.

Aquella despedida los dejó helados. Al día siguiente Porbus, preocupado, volvió a visitar a Frenhofer: supo que había muerto aquella noche después de haber quemado sus telas.

París, febrero de 1832.

ADIÓS

Al príncipe Federico Schwarzenberg[1].

—¡Vamos, diputado del centro, adelante! Se trata de ir a paso acelerado si queremos sentamos a la mesa al mismo tiempo que los demás. ¡Arriba la pierna! ¡Salta, marqués![2] ¡Así! Bien. ¡Salta usted los surcos como un verdadero ciervo!

Pronunciaba estas palabras un cazador apaciblemente sentado en un lindero del bosque de L'Isle-Adam, y que acababa de fumar un puro de La Habana esperando a su compañero, extraviado sin duda desde hacía rato en la espesura del bosque. A su lado, cuatro perros jadeantes miraban como él al personaje al que se dirigía. Para comprender lo divertido de aquellas alocuciones repetidas a intervalos hay que decir que el cazador era un hombre rechoncho de pequeña estatura cuyo abultado vientre revelaba una gordura realmente ministerial. También iba y venía trabajosamente por los surcos de un vasto campo recién segado, cuyos rastrojos entorpecían considerablemente su marcha; luego, para colmo de dolor, los rayos del sol que daban oblicuamente en su rostro acumulaban en él gruesas gotas de sudor. Preocupado por mantener el equilibrio, se inclinaba, bien hacia delante, bien hacia atrás, imitando así los tumbos de un carruaje violentamente zarandeado. Aquel día era uno de esos que, durante el mes de septiembre, acaban de madurar las uvas gracias a los rayos ecuatoriales. El tiempo anunciaba tormenta. Aunque varios y anchos espacios de azul separasen todavía en el horizonte grandes nubarrones negros, se veían nubes amarillentas avanzar con una rapidez espantosa, extendiendo de oeste a este una tenue cortina grisácea. Como el viento solo circulaba en la región alta del aire, la atmósfera comprimía hacia las partes bajas los ardientes vapores de la tierra. Rodeado de altos setos que lo privaban de aire, el valle que atravesaba el cazador tenía la temperatura de un horno. Ardiente y silencioso, el bosque parecía tener sed. Los pájaros y los insectos estaban mudos, y las cimas de los árboles apenas se inclinaban. Las personas que todavía tengan algún recuerdo del verano de 1819[3] deben, pues, compadecerse de los males del pobre partidario gubernamental[4], que sudaba sangre y agua para reunirse con su burlón compañero. Mientras fumaba su puro, este había calculado, por la posición del sol, que podían ser las cinco de la tarde aproximadamente.

—¿Dónde diablos estamos? –dijo el grueso cazador enjugándose la frente y apoyándose contra un árbol del campo, casi frente a su compañero, pues ya no se sintió con fuerzas para saltar el ancho foso que los separaba.

—¿Y me lo preguntas a mí? –respondió riendo el cazador echado en las altas hierbas amarillas que coronaban el talud.

Tiró la colilla de su puro gritando:

—Juro por san Huberto[5] que no volveré a aventurarme en una región desconocida con un magistrado, aunque fuese como tú eres, mi querido d'Albon, un antiguo camarada de colegio.

—Pero, Philippe, ¿ya no entiende usted el francés? Sin duda, su alma se ha quedado en Siberia –replicó el hombre gordo lanzando una mirada dolorosamente cómica hacia un poste que se encontraba a cien pasos.

—¡Comprendo! –respondió Philippe, que cogió su escopeta, se levantó de repente, se lanzó de un salto al campo y corrió hacia el poste–. ¡Por aquí, d'Albon, por aquí! Media vuelta a la izquierda –gritó a su compañero indicándole con un gesto una ancha vía adoquinada–. *Camino de Baillet a l'Isle-Adam* –continuó–, así encontraremos en esa dirección el de Cassan, que debe empalmar con el de L'Isle-Adam.

—Exacto, mi coronel –dijo el señor d'Albon volviendo a ponerse sobre la cabeza una gorra con la que acababa de abanicarse.

—Adelante entonces, mi respetable consejero[6] –respondió el coronel Philippe silbando a los perros, que ya parecían obedecerle mejor que al magistrado, a quien pertenecían.

—¿Sabe, señor marqués –continuó el militar guasón–, que todavía nos quedan por recorrer más de dos leguas? El pueblo que vemos a lo lejos debe de ser Baillet[7].

—¡Dios mío! –exclamó el marqués d'Albon–, vaya a Cassan, si eso le apetece, pero irá solo. Yo prefiero quedarme aquí, a pesar de la tormenta, esperando un caballo que usted me enviará desde el castillo. Se ha burlado de mí, Sucy. Debíamos hacer una bonita partida de caza, no alejamos de Cassan y huronear por las tierras que conozco. Bah, en lugar de divertirnos, me ha hecho usted correr como un lebrel desde las cuatro de la mañana, y no hemos tenido por todo almuerzo más que dos tazas de leche. ¡Ah!, si alguna vez tiene un pleito en la corte, haré que lo pierda, aunque tenga razón cien veces.

El cazador, desanimado, se sentó en uno de los mojones que había al pie del poste, se liberó de la escopeta, del morral vacío, y lanzó un largo suspiro.

—¡Francia!, aquí tienes a tus diputados –exclamó riendo el coronel de Sucy–. ¡Ah!, mi pobre d'Albon, si hubiera estado usted, como yo, seis meses en un confín de Siberia…

No acabó y alzó los ojos al cielo como si sus desgracias fueran un secreto entre Dios y él.

—¡Vamos, muévase! –añadió–. Si se queda sentado, está perdido.

—¿Qué quiere, Philippe? ¡Es una costumbre tan antigua en un magistrado! Palabra de honor, no puedo más. ¡Si por lo menos hubiera matado una liebre!

Los dos cazadores ofrecían un contraste bastante raro. El gubernamental había cumplido cuarenta y dos años y no parecía tener más de treinta, mientras que el militar, de treinta años, parecía tener cuarenta por lo menos. Ambos estaban condecorados con la roseta roja, atributo de los oficiales de la Legión de Honor.

Algunos mechones de cabellos, mezclados de negro y de blanco como el ala de una urraca, escapaban por debajo de la gorra del coronel; unos bellos rizos rubios adornaban las sienes del magistrado. Uno era de alta estatura, seco, enjuto, nervioso, y las arrugas de su cara blanca revelaban pasiones terribles o desgracias espantosas; el otro tenía un rostro rebosante de salud, jovial y digno de un epicúreo. Ambos estaban fuertemente curtidos por el sol, y sus largas polainas de cuero leonado llevaban las huellas de todos las zanjas, de todas las zonas pantanosas que habían atravesado.

—Vamos –gritó el señor de Sucy–, ¡adelante! Tras algo menos de una hora de marcha estaremos en Cassan, ante una buena mesa.

—¡Usted no debe de haber amado nunca! –respondió el consejero con un aire lamentablemente cómico–, ¡es tan despiadado como el artículo 304 del Código penal[8]!

Philippe de Sucy temblaba con violencia; su amplia frente se arrugó; su rostro se volvió tan sombrío como lo estaba el cielo en aquel momento. Aunque un recuerdo de una horrible amargura crispase todos sus rasgos, no lloró. Semejante a los hombres fuertes, sabía hacer retroceder sus emociones al fondo del corazón, y como muchos caracteres puros, quizá le parecía una especie de impudicia exteriorizar sus penas cuando ninguna palabra humana puede expresar su profundidad y se teme la burla de quienes no quieren comprenderlas. El señor d'Albon tenía una de esas almas delicadas que adivinan los dolores y sienten vivamente la conmoción que han causado involuntariamente con alguna torpeza. Respetó el silencio de su amigo, se levantó, olvidó su cansancio y le siguió en silencio, muy apenado por haber tocado una llaga que probablemente no estaba cicatrizada.

—Un día, amigo mío –le dijo Philippe estrechándole la mano y dándole las gracias por su mudo arrepentimiento con una mirada desgarradora–, un día te contaré mi vida. Hoy no podría.

Siguieron caminando en silencio. Cuando el dolor del coronel pareció disipado, el consejero volvió a sentirse fatigado; y con el instinto, o más bien con la voluntad de un hombre agotado, su mirada sondeó todas las profundidades del bosque; interrogó las copas de los árboles, examinó los caminos, esperando descubrir algún albergue donde pedir hospitalidad. Al llegar a una encrucijada, creyó percibir un ligero humo que se elevaba entre los árboles. Se detuvo, miró con mucha atención y reconoció, en medio de un macizo inmenso, las ramas verdes y sombrías de algunos pinos.

—¡Una casa!, ¡una casa! –exclamó con el placer que habría sentido un marino gritando: «¡Tierra!, ¡tierra!».

Luego se lanzó deprisa a través de una maleza bastante espesa, y el coronel, que se había sumido en una profunda ensoñación, le siguió maquinalmente.

—Prefiero encontrar aquí una tortilla, pan casero y una silla que ir a buscar en Cassan divanes, trufas y vinos de Burdeos.

Estas palabras eran una exclamación de entusiasmo arrancado al consejero por el

aspecto de un muro cuyo color blanquecino se perfilaba a lo lejos sobre la masa oscura de los troncos nudosos del bosque.

—¡Ah!, ¡ah!, esto me parece que es algún antiguo priorato[9] –exclamó de nuevo el marqués d'Albon al llegar a una antigua y negra verja desde donde pudo ver, en medio de un parque bastante grande, un edificio construido en el estilo empleado en el pasado por los monumentos monásticos–. ¡Qué bien sabían elegir los sitios aquellos granujas de monjes!

Esta nueva exclamación era la expresión del asombro que causaba al magistrado la poética ermita que se ofrecía a sus miradas. La edificación estaba situada a media cuesta, en la falda de la montaña, cuya cima ocupaba el pueblo de Nerville[10]. Los grandes robles centenarios del bosque, que describían un inmenso círculo alrededor de aquella vivienda, la rodeaban de verdadera soledad. El cuerpo de edificio destinado en otro tiempo a los monjes estaba orientado al mediodía. El parque parecía tener unos cuarenta arpendes. Junto a la casa reinaba una verde pradera, afortunadamente interrumpida por varios arroyos claros, por capas de agua graciosamente situadas y sin ningún artificio aparente. Aquí y allá se alzaban verdes árboles de formas elegantes y follajes variados. Luego, grutas hábilmente repartidas, terrazas macizas con sus peldaños desgastados y sus barandas oxidadas imprimían una fisonomía particular a aquella salvaje Tebaida[11]. El arte había unido con elegancia sus construcciones a los efectos más pintorescos de la naturaleza. Parecía que las pasiones humanas debían morir a los pies de aquellos grandes árboles que defendían los accesos de aquel asilo de los ruidos del mundo igual que templaban el ardor del sol.

«¿Qué desorden» –se dijo el señor d'Albon tras haber gozado de la sombría expresión que las ruinas daban al paisaje, que parecía alcanzado por la maldición. Semejaba un lugar funesto abandonado por los hombres. La hiedra había extendido por todas partes sus nervios tortuosos y sus compactos mantos. Musgos pardos, verdosos, amarillos o rojos esparcían sus tintes románticos sobre árboles, bancos, tejados y piedras. La carcomidas ventanas estaban desgastadas por la lluvia, ahuecadas por el tiempo; los balcones estaban destrozados, las terrazas demolidas. Algunas persianas solo se sostenían ya por uno de sus goznes. Las puertas desencajadas parecían que no podrían resistir a ningún asaltante. Cargadas de matas relucientes de muérdago, las ramas de los descuidados árboles frutales se extendían a lo lejos sin dar frutos. Altas hierbas crecían en los caminos. Aquellos despojos ponían en el cuadro efectos de una poesía fascinante e ideas de ensueño en el alma del espectador. Allí un poeta habría permanecido sumido en una larga melancolía, admirando aquel desorden lleno de armonías, aquella destrucción que no carecía de gracia. En ese momento, algunos rayos de sol se abrieron paso a través de las grietas de las nubes, iluminaron con chorros de mil colores aquella escena semisalvaje. Las tejas pardas resplandecieron, los musgos brillaron, unas sombras fantásticas se agitaron en los prados, bajo los árboles; colores mortecinos cobraron vida,

estimulantes contrastes lucharon entre sí, los follajes se perfilaron en la claridad. De repente la luz desapareció. Aquel paisaje que parecía haber hablado enmudeció, y se volvió sombrío, o más bien suave como el matiz más suave de un crepúsculo otoñal.

«Es el palacio de la Bella durmiente del bosque –se dijo el consejero que ya solo veía aquella casa con ojos de propietario–. ¿A quién puede pertenecer? Hay que ser muy idiota para no habitar una propiedad tan hermosa».

En ese instante, una mujer salió corriendo de debajo de un nogal plantado a la derecha de la verja, y sin hacer ruido pasó delante del consejero con tanta rapidez como la sombra de una nube; la visión lo dejó mudo de sorpresa.

—Bueno, d'Albon, ¿qué le pasa? –preguntó el coronel.

—Me froto los ojos para saber si estoy dormido o despierto –respondió el magistrado pegándose a la verja para tratar de ver de nuevo al fantasma.

—Probablemente está bajo esa higuera –dijo señalando a Philippe el follaje de un árbol que se elevaba por encima del muro, a la izquierda de la verja.

—¿Quién?

—¡Eh!, ¿cómo voy a saberlo? –respondió el señor d'Albon–. Acaba de levantarse delante de mí –dijo en voz baja– una mujer extraña; me ha parecido que pertenecía más bien a la naturaleza de las sombras que al mundo de los vivos. Es tan esbelta, tan ligera, tan vaporosa, que debe de ser diáfana. Su figura es tan blanca como la leche. Sus vestidos, sus ojos y su pelo son negros. Me ha mirado al pasar, y aunque no soy nada miedoso, su mirada inmóvil y fría me ha helado la sangre en las venas.

—¿Es guapa? –preguntó Philippe.

—No lo sé. Solo le he visto los ojos en la cara.

—¡Al diablo la comida de Cassan! –exclamó el coronel–, quedémonos aquí. Tengo unos deseos infantiles de entrar en esta singular finca. ¿No ves esos marcos de ventanas pintados de rojo, y esos filetes rojos dibujados en las molduras de puertas y postigos? ¿No te parece que es la casa del diablo? Quizá la haya heredado de los monjes. ¡Venga, corramos tras la dama blanca y negra[12]! ¡Adelante! –exclamó Philippe con una alegría fingida.

En ese momento los dos cazadores oyeron un grito bastante similar al de un ratón cogido en una trampa. Aguzaron el oído. El follaje de algunos arbustos alcanzados resonó en el silencio como el murmullo de una onda agitada; pero, aunque aplicaron el oído para captar algunos sonidos nuevos, la tierra permaneció en silencio y guardó el secreto de la desconocida, si es que había caminado.

—¡Qué extraño! –exclamó Philippe siguiendo las líneas que describían los muros del parque.

Los dos amigos no tardaron en llegar a una alameda del bosque que lleva al pueblo de Chauvry. Después de haber subido por aquel camino hacia la carretera de París, se encontraron ante una gran verja, y entonces vieron la fachada principal de aquella misteriosa mansión. Por aquel lado, el desorden llegaba a su colmo. Inmensas grietas surcaban los muros de tres cuerpos de edificio construidos en escuadra. Restos

de tejas y de pizarras amontonados en el suelo y techos derrumbados anunciaban una incuria total. Algunos frutos habían caído de los árboles y se pudrían sin que los recogiesen. Una vaca pacía en los cuadros de césped y pisoteaba las flores de los arriates, mientras una cabra comía los racimos verdes y los pámpanos de un emparrado.

—Aquí todo es armonía, y el desorden está en cierto modo organizado –dijo el coronel tirando de la cadena de una campanilla; pero la campanilla no tenía badajo.

Los dos cazadores solo oyeron el ruido singularmente agrio de un resorte oxidado. Aunque muy deteriorada, la puertecilla practicada en el muro al lado de la verja resistió sin embargo a todo esfuerzo.

—¡Oh, oh!, todo esto se vuelve muy raro –dijo a su compañero.

—Si no fuera magistrado –respondió el señor d'Albon–, pensaría que la mujer negra es una bruja.

En cuanto acabó de decir estas palabras, la vaca se acercó a la verja y le presentó su hocico caliente, como si sintiera la necesidad de ver criaturas humanas. Entonces una mujer, si es que ese nombre podía pertenecer al ser indefinible que salió de debajo de una mata de arbustos, tiró de la vaca por su cuerda. Aquella mujer llevaba en la cabeza un pañuelo rojo del que escapaban unos mechones de cabellos rubios bastante semejantes a la estopa de una rueca. No llevaba pañoleta. Una falda de lana grosera de rayas alternativamente negras y grises, unas pulgadas demasiado corta, permitía ver sus piernas. Se podía creer que pertenecía a una de las tribus de pieles rojas celebradas por Cooper[13]; porque sus piernas, su cuello y sus brazos desnudos parecían haber sido pintados del color del ladrillo. Ningún rayo de inteligencia animaba su rostro vulgar. Sus azulados ojos carecían de calor y estaban apagados. Unos cuantos pelos blancos y ralos hacían las veces de pestañas. Por último, el contorno de su boca estaba hecho de tal manera que dejaba pasar unos dientes mal alineados, pero tan blancos como los de un perro.

—¡Eh, mujer! –gritó el señor de Sucy.

Se acercó lentamente hasta la verja contemplando con aire estúpido a los dos cazadores; al verlos se le escapó una sonrisa penosa y forzada.

—¿Dónde estamos? ¿Qué casa es esta? ¿De quién es? ¿Quién es usted? ¿Es usted de aquí?

A estas preguntas y a muchas más que le dirigieron sucesivamente los dos amigos, solo respondió con gruñidos guturales que parecían pertenecer más al animal que a la criatura humana.

—¿No ve que es sorda y muda? –dijo el magistrado.

—*¡Bonnes-Hommes!* –exclamó la aldeana.

—¡Ah!, tiene razón. Esto bien podría ser el antiguo convento de *Bonnes-Hommes* –dijo el señor d'Albon.

Las preguntas empezaron. Pero, como una niña caprichosa, la aldeana se ruborizó, jugó con su zueco, retorció la cuerda de la vaca que de nuevo se había

puesto a pacer, miró a los dos cazadores, examinó todas las partes de sus ropas; chilló, gruñó, cloqueó, pero no habló.

—¿Cómo te llamas? –le dijo Philippe mirándola fijamente como si hubiera querido hechizarla.

—Geneviève –dijo ella riendo con una risa estúpida.

—Hasta ahora, la vaca es la criatura más inteligente que hemos visto –exclamó el magistrado–. Voy a disparar la escopeta para atraer a gente.

En el momento en que d'Albon cogía su arma, el coronel le detuvo con un gesto, y le señaló con el dedo a la desconocida que tanto había excitado su curiosidad. Aquella mujer parecía sumida en una meditación profunda, y venía con paso lento por una avenida bastante alejada, de modo que los dos amigos tuvieron tiempo de examinarla. Se había puesto un vestido de raso negro muy gastado. Sus largos cabellos caían en numerosos bucles sobre la frente y alrededor de los hombros, descendían hasta más abajo de la cintura y le servían de chal. Habituada sin duda a aquel desorden, rara vez separaba sus cabellos a ambos lados de sus sienes; pero entonces, agitaba la cabeza con un movimiento brusco y ya no volvía a liberar su frente o sus ojos de aquel tupido velo. Por otra parte, ese gesto tenía, como el de un animal, esa admirable seguridad de mecanismo cuya presteza podía parecer prodigiosa en una mujer. Los dos cazadores la vieron sorprendidos saltar sobre una rama de manzano y agarrarse a ella con la ligereza de un pájaro. Cogió unos frutos, los comió, luego se dejó caer al suelo con la graciosa ligereza que se admira en las ardillas. Sus miembros poseían una elasticidad que quitaba a sus menores movimientos hasta la apariencia de molestia o esfuerzo. Jugó en la hierba, se revolcó en ella como habría podido hacerlo un niño; luego, de repente, extendió sus pies y sus manos, y permaneció tendida sobre la hierba con el abandono, la gracia y la naturalidad de una gatita dormida al sol. Cuando el trueno retumbó a lo lejos, ella se volvió súbitamente y se puso a cuatro patas con las maravillosa habilidad de un perro que oye venir a un extraño. Por efecto de aquella singular actitud, su negra cabellera se separó de golpe en dos anchas matas que cayeron a ambos lados de su cabeza y permitió a los dos espectadores de aquella insólita escena admirar unos hombros cuya piel blanca brilló como las margaritas del prado, un cuello cuya perfección hacía presumir la de todas las proporciones del cuerpo.

Dejó escapar un grito doloroso y se incorporó totalmente sobre sus pies. Sus movimientos se sucedían con tanta gracia, se ejecutaban con tanta rapidez que parecía ser, no una criatura humana, sino una de esas hijas del aire que celebran las poesías de Ossian[14]. Se dirigió hacia una capa de agua, sacudió ligeramente una de sus piernas para liberarla de su zapato, y pareció complacerse en mojar su pie blanco como el alabastro en el agua, admirando sin duda las ondulaciones que provocaba, y que parecían pedrerías. Luego se arrodilló a la orilla del estanque, se divirtió, como un niño, en hundir en él sus largas trenzas y en sacarlas bruscamente para ver caer gota a gota el agua que las impregnaba, y que, atravesada por los rayos de luz,

formaba una especie de rosario de perlas.

—Esa mujer está loca –exclamó el consejero.

Un grito ronco, lanzado por Geneviève, resonó y pareció dirigirse a la desconocida, que se puso en pie rápidamente apartando sus cabellos a ambos lados de su cara. En ese momento el coronel y d'Albon pudieron ver con toda claridad los rasgos de aquella mujer, quien, al ver a los dos amigos, llegó en unos cuantos saltos a la verja con la ligereza de un cervatillo.

—*¡Adiós!* –dijo con una voz dulce y armoniosa, pero sin que esa melodía, impacientemente esperada por los cazadores, pareciese revelar el menor sentimiento o la menor idea.

El señor d'Albon admiró las largas pestañas de sus ojos, sus cejas negras y tupidas, una piel de una blancura deslumbrante y sin el más ligero enrojecimiento. Solo unas pequeñas venas azules se dibujaban sobre su blanca tez. Cuando el consejero se volvió hacia su amigo para hacerle partícipe del asombro que le inspiraba la vista de aquella extraña mujer, lo encontró tendido en la hierba y como muerto. El señor d'Albon descargó su escopeta al aire para atraer gente y gritó: *¡Socorro!* mientras trataba de levantar al coronel. Al ruido de la detonación, la desconocida, que había permanecido inmóvil, huyó a la velocidad de la flecha, lanzó gritos de espanto como un animal herido, y dio vueltas por el prado con muestras de un profundo terror. El señor d'Albon oyó el rodar de una carreta en el camino de L'Isle-Adam, e imploró la ayuda de los paseantes agitando su pañuelo. El coche se dirigió enseguida hacia *Bonnes-Hommes,* y el señor d'Albon reconoció al señor y a la señora de Grandville, vecinos suyos, que se apresuraban a apearse de su coche ofreciéndolo al magistrado. Por casualidad, la señora de Grandville tenía un frasco de sales, que hicieron respirar al señor de Sucy. Cuando el coronel abrió los ojos, los volvió hacia el prado donde la desconocida no cesaba de correr gritando, y dejó escapar una exclamación confusa, pero que revelaba un sentimiento de horror; luego volvió a cerrar lo ojos haciendo un gesto como para pedir a su amigo que lo sustrajese de aquel espectáculo. El señor y la señora de Grandville dejaron al consejero la libre disposición de su coche, diciéndole servicialmente que iban a seguir su paseo a pie.

—¿Quién es esa mujer? –preguntó el magistrado señalando a la desconocida.

—Se supone que viene de Moulins[15] –respondió el señor de Grandville–. Se llama condesa de Vandières, dicen que está loca; pero, como solo hace dos meses que llegó aquí, no podría asegurarle la veracidad de todos esos rumores.

El señor d'Albon dio las gracias a los señores de Grandville y partió para Cassan.

—Es ella –exclamó Philippe al volver en sí.

—¿Y quién es ella? –preguntó d'Albon.

—¡Stéphanie! ¡Ah, muerta y viva, viva y loca, creí que me iba a morir!

El prudente magistrado, que apreció la gravedad de la crisis de la que su amigo seguía siendo presa, se guardó mucho de preguntarle o de irritarle, deseaba

impacientemente llegar al castillo porque el cambio que se operaba en los rasgos y en toda la persona del coronel le hacía temer que la condesa hubiera comunicado a Philippe su terrible enfermedad. Tan pronto como el coche alcanzó la avenida de L'Isle-Adam, d'Albon envió un lacayo al médico de la aldea, de suerte que, en el momento en que el coronel fue acostado, el doctor se encontraba a la cabecera de su lecho.

—Si el señor coronel no hubiera estado casi en ayunas –dijo el cirujano–, habría muerto. Su cansancio le ha salvado.

Después de haber indicado las primeras precauciones a tomar, el doctor salió para ir a preparar una poción calmante. A la mañana siguiente el señor de Sucy estaba mejor; pero el médico había querido velarlo él mismo.

—Debo confesarle, señor marqués –dijo el doctor al señor d'Albon–, que he temido una lesión cerebral. El señor de Sucy ha recibido una conmoción muy violenta, sus pasiones son impetuosas; pero, en su caso, la primera impresión lo decide todo. Mañana quizá esté fuera de peligro.

El médico no se equivocó, y al día siguiente permitió al magistrado ver de nuevo a su amigo.

—Mi querido d'Albon –dijo Philippe estrechándole la mano–, espero de ti un favor. Corre inmediatamente a *Bonnes-Hommes*, infórmate de todo lo relativo a la señora que vimos, y vuelve enseguida, porque estaré contando los minutos.

El señor d'Albon saltó sobre un caballo y galopó hasta la antigua abadía. Al llegar, vio delante de la verja a un hombre alto y enjuto de actitud solícita, que respondió afirmativamente cuando el magistrado le preguntó si vivía en aquella morada en ruinas. El señor d'Albon le contó los motivos de su visita.

—¡Cómo!, señor-exclamó el desconocido–, ¿fue usted el que hizo aquel disparo fatal? Ha estado a punto de matar a mi pobre enferma.

—¡Eh!, señor, yo disparé al aire.

—Le habría hecho menos daño a la señora condesa si la hubiera alcanzado.

—Pues no tenemos nada que reprocharnos, porque la vista de su condesa ha estado a punto de matar a mi amigo, el señor de Sucy.

—¿Se refiere al barón Philippe de Sucy? –exclamó el médico juntando las manos–. ¿No estuvo en Rusia, en el paso del Beresina?

—Sí –respondió d'Albon–, fue apresado por los cosacos y llevado a Siberia, de donde regresó hace unos once meses[16].

—Pase, señor –dijo el desconocido guiando al magistrado a un salón situado en la planta baja de la habitación, donde todo llevaba las señales de una devastación caprichosa.

Al lado de un reloj de péndulo, cuya caja estaba respetada, había preciosos jarrones de porcelana rotos. Las cortinas drapeadas de seda delante de las ventanas estaban desgarradas, mientras que la doble cortina de muselina permanecía intacta.

—Vea –le dijo al señor d'Albon al entrar– los estragos ocasionados por la

encantadora criatura a la que me he consagrado. Es mi sobrina; a pesar de la impotencia de mi ciencia, espero devolverle algún día la razón, probando un método que por desgracia solo pueden seguir los ricos.

Luego, como todas las personas que viven en soledad, presa de un dolor que volvía a surgir, contó detalladamente al magistrado la aventura siguiente, cuyo relato ha sido coordinado y expurgado de las numerosas digresiones hechas por el narrador y el consejero.

Cuando abandonó, hacia las nueve de la noche, las alturas de Studzianka, que había defendido durante toda la jornada del 28 de noviembre de 1812, el mariscal Victor[17] dejó un millar de hombres encargados de proteger hasta el último momento el único de los dos puentes construidos sobre el Beresina que aún subsistía. Aquella retaguardia se había sacrificado para tratar de salvar a una enorme multitud de rezagados entumecidos por el frío, que se negaban obstinadamente a abandonar los pertrechos del ejército. El heroísmo de aquella generosa tropa iba a resultar inútil. Los soldados que afluían en masa a las orillas del Beresina encontraban allí, desgraciadamente, la inmensa cantidad de carruajes, de arcones y de muebles de toda clase que el ejército se había visto obligado a abandonar al efectuar su paso durante las jornadas de los días 27 y 28 de noviembre. Herederos de riquezas inesperadas, aquellos desgraciados, embrutecidos por el frío, se instalaban en los vivacs vacíos, destrozaban el material del ejército para construirse cabañas, haciendo fuego con todo lo que caía en sus manos, despedazaban a los caballos para alimentarse, arrancaban el paño o las telas de los coches para cubrirse, y dormían en vez de seguir su camino y franquear tranquilamente durante la noche aquel Beresina que una increíble fatalidad ya había vuelto tan funesto para el ejército. La apatía de estos pobres soldados solo puede ser comprendida por los que recuerden haber atravesado esos vastos desierto de nieve, sin más bebida que la nieve, sin más lecho que la nieve, sin otra perspectiva que un horizonte de nieve, sin otro alimento que la nieve o algunas remolachas heladas, algunos puñados de harina o la carne de caballo. Muriéndose de hambre, de sed, de cansancio y de sueño, aquellos infortunados llegaban a una playa en la que veían leña, fuego, víveres, innumerables bagajes abandonados, vivacs, en resumen, toda una ciudad improvisada. El pueblo de Studzianka había quedado totalmente destrozado, dividido, trasladado desde las alturas al llano. Por muy *dolente*[18] y peligrosa que hubiera sido aquella ciudad, sus miserias y sus peligros sonreían a unas gentes que solo veían ante ellas los espantosos desiertos de Rusia. En resumen, era un vasto hospital que no tuvo veinte horas de existencia. El cansancio de vivir o la sensación de un bienestar inesperado volvía aquella masa de hombres inaccesible a

toda idea que no fuera la del descanso. Aunque la artillería del ala izquierda de los rusos disparaba sin tregua sobre aquella masa que se dibujaba como una gran mancha, a veces negra, a veces brillante, en medio de la nieve, las infatigables balas solo parecían a la multitud entumecida una incomodidad más. Era como una tormenta cuyos rayos despreciaba todo el mundo pues solo debía alcanzar, aquí y allá, a moribundos, a enfermos, o quizás a muertos. A cada momento llegaban en grupos los rezagados. Aquella especie de cadáveres ambulantes se dividían enseguida e iban a mendigar un sitio de hoguera en hoguera; luego, rechazados por lo general, se reunían de nuevo para conseguir por la fuerza la hospitalidad que se les negaba. Sordos a la voz de algunos oficiales que les pronosticaban la muerte para el día siguiente, gastaban la cantidad de valor necesario para pasar el río en construirse un asilo de una noche, en hacer una comida con frecuencia funesta; aquella muerte que los esperaba ya no les parecía un mal, puesto que les dejaba una hora de sueño. Solo daban el nombre de *mal* al hambre, a la sed, al frío. Cuando ya no quedó ni leña, ni fuego, ni tela, ni abrigos, se produjeron horribles luchas entre los que llegaban desprovistos de todo y los ricos que poseían una morada. Los más débiles sucumbieron. Por fin llegó un momento en que los hombres rechazados por los rusos ya solo tuvieron la nieve por vivac, y se acostaron en ella para no volver a levantarse. Poco a poco, aquella masa de seres casi aniquilados se hizo tan compacta, tan sorda, tan estúpida, o tal vez tan feliz, que el mariscal Victor, que había sido su heroico defensor resistiendo a veinte mil rusos mandados por Wittgenstein[19], se vio obligado a abrirse paso, a viva fuerza, a través de aquel bosque de hombres, a fin de hacer franquear el Beresina a los cinco mil valientes que llevaba al Emperador. Aquellos infortunados se dejaban aplastar antes que moverse, y perecían en silencio sonriendo a sus apagadas fogatas, y sin pensar en Francia.

No fue hasta las diez de la noche cuando el duque de Bellune se encontró en el otro lado del río. Antes de adentrarse en los puentes que llevaban a Zembin, confió el destino de la retaguardia de Studzianka a Éblé[20], el salvador de todos los que sobrevivieron a las calamidades del Beresina. Fue alrededor de medianoche cuando este gran general, seguido de un valeroso oficial, dejó la pequeña cabaña que ocupaba junto al puente y se puso a contemplar el espectáculo que ofrecía el campo situado entre la orilla del Beresina y el camino de Borizof a Studzianka. El cañón de los rusos había dejado de tronar; innumerables hogueras, que en medio de aquella extensión de nieve palidecían y parecían no emitir luz, iluminaban aquí y allá unas figuras que no tenían nada de humano. Allí había unos treinta mil desdichados, pertenecientes a todas las naciones, que Napoleón había lanzado sobre Rusia, jugándose la vida con una brutal indiferencia.

—Salvemos a todos estos –dijo el general al oficial–. Mañana por la mañana los rusos serán dueños de Studzianka. Por lo tanto, habrá que quemar el puente en el momento en que aparezcan; por eso, amigo mío, ¡valor! Ábrete paso hasta la altura. Dile al general Fournier[21] que apenas le queda tiempo para evacuar su posición,

pasar a través de toda esta gente y cruzar el puente. Cuando le hayas visto ponerse en marcha, síguele. Ayudado por algunos hombres válidos, quemarás sin piedad los vivacs, los pertrechos, los arcones, los carruajes, todo. Empuja a toda esa gente hacia el puente. Obliga a todo lo que tenga dos piernas a refugiarse en la otra orilla. El incendio es ahora nuestro único recurso. Si Berthier[22] me hubiera dejado destruir estos malditos pertrechos, este río solo habría engullido a mis pobres pontoneros, esos cincuenta héroes que han salvado al ejército, ¡y a los que se olvidara!

El general se llevó la mano a la frente y permaneció en silencio. Presentía que Polonia sería su tumba, y que ninguna voz se elevaría a favor de aquellos hombres sublimes que se lanzaron al agua, ¡al agua del Beresina!, para clavar los caballetes de los puentes. Solo uno de ellos sigue vivo, o, para ser exacto, sufre, ignorado[23], en una aldea. El edecán partió. Cuando este generoso oficial hubo dado cien pasos hacia Studzianka, el general Éblé despertó a varios de sus dolientes pontoneros y empezó su caritativa obra quemando los vivacs montados alrededor del puente, obligando así a los durmientes que lo rodeaban a pasar el Beresina. Mientras tanto, el joven edecán había llegado, no sin esfuerzo, a la única casa de madera que había quedado en pie en Studzianka.

—¿Está llena esa barraca, camarada? –preguntó a un hombre al que vio fuera.

—Si entra, será usted un excelente soldado –respondió el oficial sin volverse y sin dejar de demoler con su sable la madera de la casa.

—¿Es usted, Philippe? –dijo el edecán al reconocer por el sonido de la voz a uno de sus amigos.

—Sí. ¡Ah, ah!, eres tú, amigo mío –replicó el señor de Sucy mirando al edecán, que, como él, solo tenía veintitrés años–. Te creía en el otro lado de ese maldito río. ¿Vienes a traernos pasteles y dulces para nuestro postre? Serás bien recibido –añadió acabando de separar la corteza de la madera, que daba, a modo de pienso, a su caballo.

—Busco a su comandante para avisarle, de parte del general Éblé, que se ponga en marcha hacia Zembin. Apenas tendrán tiempo de atravesar esa masa de cadáveres, a los que voy a prender fuego ahora mismo a fin de hacerlos caminar.

—¡Casi me haces entrar en calor! Tu noticia me provoca sudores. Tengo que salvar a dos amigos. ¡Ah!, de no ser por esas dos marmotas, amigo mío, ya estaría muerto. Por ellos cuido de mi caballo y no me lo como. Por favor, ¿tienes algún mendrugo? Hace treinta horas que no he metido nada en la andorga, y me he batido como un condenado para conservar el poco calor y coraje que me queda.

—¡Pobre Philippe! Nada, nada. Pero su general, ¿está ahí?

—¡No intentes entrar! Ese granero contiene a nuestros heridos. Sube más arriba todavía, a tu derecha encontrarás una especie de pocilga, ahí está el general. Adiós, amigo. Si alguna vez llegamos a bailar el trenis[24] en un salón de París…

No acabó la frase, el cierzo sopló en ese momento con tal perfidia que el edecán se fue para no quedarse congelado y que los labios del mayor[25] Philippe se helaran.

Pronto reinó el silencio. Solo lo interrumpían los gemidos que partían de la casa y el ruido sordo que hacía el caballo del señor de Sucy, al triturar, de hambre y de rabia, la corteza helada de los árboles con que estaba construida la casa. El mayor devolvió su sable a la vaina, cogió bruscamente la brida del precioso animal que había sabido conservar, y lo arrancó, pese a su resistencia, del lamentable pasto al que parecía muy aficionado.

—¡En marcha, *Bichette*, en marcha! Solo tú, querida, puedes salvar a Stéphanie. Venga, tal vez más tarde podamos descansar, y morir sin duda.

Envuelto en un capote al que debía su conservación y su energía, Philippe echó a correr golpeando con sus pies la nieve endurecida para conservar el calor. Apenas había dado el mayor quinientos pasos cuando vio un enorme fuego en el sitio donde, por la mañana, había dejado su coche bajo la vigilancia de un viejo soldado. Una horrible inquietud se apoderó de él. Como todos los que, durante esa derrota, fueron dominados por un sentimiento poderoso, para socorrer a sus amigos encontró unas fuerzas que no habría tenido para salvarse él mismo. No tardó en llegar a unos cuantos pasos de un pliegue formado por el terreno, al fondo del cual había dejado, al abrigo de las balas de cañón, a una joven, su compañera de infancia y su bien más querido.

A unos cuantos pasos del coche, una treintena de rezagados habían reunido una inmensa hoguera que mantenían echando tablones, cubiertas de arcones, ruedas y tableros de carruajes. Aquellos soldados eran, sin duda, los últimos en llegar de todos los que, desde el amplio surco descrito por el terreno en la parte baja de Studzianka hasta el fatal río, formaban como un océano de cabezas, de hogueras, de garitas, un mar viviente agitado por impulsos casi insensibles, y de donde escapaba un sordo zumbido, mezclado a veces con estallidos terribles. Empujados por el hambre y la desesperación, aquellos desdichados habían registrado probablemente el coche por la fuerza. El viejo general y la joven que encontraron acostados sobre harapos, envueltos en capas y capotes, yacían en aquel momento acurrucados delante del fuego. Una de las portezuelas del coche estaba rota. Tan pronto como los hombres situados alrededor del fuego oyeron los pasos del caballo y del mayor, entre ellos se elevó un grito de rabia inspirado por el hambre.

—¡Un caballo! ¡Un caballo!

Las voces formaron una sola voz.

—¡Retírese! ¡Mucho cuidado! –gritaron dos o tres soldados apuntando al caballo.

Philippe se puso delante de su montura diciendo:

—¡Miserables!, voy a echaros a todos dentro de vuestra hoguera. ¡Hay caballos muertos allá arriba! Id a buscarlos.

—¡Este oficial está de broma! A la una, a las dos, ¿te apartas o no? –replicó un granadero gigantesco–. ¡No! Pues bien, entonces, como quieras.

Un grito femenino dominó la detonación. Por suerte, Philippe no fue alcanzado; pero *Bichette*, que había sucumbido, se debatía contra la muerte; tres hombres se

abalanzaron y la remataron a golpes de bayoneta.

—¡Caníbales! Dejadme coger la manta y mis pistolas –dijo Philippe desesperado.

—Recoge las pistolas –replicó el granadero–. En cuanto a la manta, ahí hay un soldado que desde hace dos días no *ha metido nada en la andorga*, y que tirita bajo su miserable uniforme de papel. Es nuestro general…

Philippe guardó silencio al ver a un hombre con los zapatos gastados, los pantalones agujereados, y que sobre la cabeza no tenía más que un miserable gorra de policía cargada de escarcha. Se apresuró a recoger sus pistolas. Cinco hombres llevaron la montura delante de la hoguera, y empezaron a despedazarla con tanta habilidad como jamás habrían podido hacerlo los mozos carniceros de París. Los pedazos eran milagrosamente cogidos y arrojados sobre las ascuas. El mayor fue a colocarse junto a la mujer, que había lanzado un grito de espanto al reconocerlo; la encontró inmóvil, sentada en un cojín del coche y calentándose; ella lo miró en silencio, sin sonreírle. Philippe vio entonces a su lado al soldado al que había confiado la defensa del coche; el pobre hombre estaba herido. Abrumado por el número, acababa de ceder ante los rezagados que lo habían atacado; pero como el perro que ha defendido hasta el último momento la comida de su amo, había participado del botín y se había hecho una especie de capa con un paño blanco. En ese momento se ocupaba en dar la vuelta a un trozo del caballo, y el mayor vio en su cara la alegría que le causaban los preparativos del banquete. El conde de Vandières, que desde hacía tres días había regresado a un estado infantil, permanecía sobre un cojín, cerca de su mujer, y miraba fijamente aquellas llamas cuyo calor empezaba a disipar su entumecimiento. No había sentido más impresión por el peligro y la llegada de Philippe que por el combate tras el que su coche acababa de ser saqueado. Al principio, Sucy cogió la mano de la joven condesa, como para darle un testimonio de cariño y expresarle el dolor que sentía al verla reducida de aquel modo a la mayor miseria; pero permaneció en silencio a su lado, sentado sobre un montón de nieve que se deshacía al fundirse, para terminar cediendo al placer de calentarse, olvidando el peligro, olvidándolo todo. Su figura contrajo a pesar suyo una expresión de alegría casi estúpida, y aguardó con impaciencia a que estuviera asado el jirón de yegua dado a su soldado. El olor de aquella carne carbonizada excitaba su hambre, y su hambre acallaba su corazón, su valor y su amor. Contempló sin cólera las secuelas del saqueo de su coche. Todos los hombres que rodeaban la hoguera se habían repartido las mantas, los almohadones, los capotes, los trajes, las ropas de hombre y de mujer que pertenecían al conde, a la condesa y al mayor. Philippe se volvió para ver si aún podía sacar partido de la caja. A la luz de las llamas vio el oro, los diamantes, la vajilla de plata, desparramados sin que nadie pensase en apropiarse del menor objeto. Todos los individuos reunidos por el azar alrededor de aquella hoguera guardaban un silencio que tenía algo de horrible, y solo hacían lo que consideraban necesario para su bienestar. Aquella miseria era grotesca. Las caras, descompuestas por el frío, estaban cubiertas por una capa de barro sobre la que las lágrimas trazaban, desde los ojos

hasta la parte inferior de las mejillas, un surco que revelaba el espesor de aquella máscara. La suciedad de sus largas barbas volvía más horribles aún a aquellos soldados. Unos estaban envueltos en pañoletas de mujer; otros llevaban las pieles de cabra con que cubrían a los caballos, mantas llenas de barro, harapos cargados de escarcha que se derretía; algunos tenían un pie en una bota y el otro en un zapato; en fin, no había nadie cuyas ropas no ofreciesen una singularidad ridícula. En presencia de cosas tan graciosas, aquellos hombres se mantenían graves y sombríos. Solo interrumpía el silencio el crujido de la leña, los chisporroteos de la llama, el lejano murmullo del campamento y los sablazos que los más hambrientos daban al cadáver de *Bichette* para arrancar los mejores trozos. Algunos desdichados, más cansados que los demás, dormían, y si uno rodaba hasta el fuego nadie lo levantaba. Aquellos lógicos severos pensaban que, si no estaba muerto, la quemadura se encargaría de advertirle que se pusiese en un sitio más cómodo. Si el desgraciado se despertaba en el fuego y perecía, nadie lo compadecía. Algunos soldados se miraban como para justificar su propia indolencia con la indiferencia de los demás. La joven condesa contempló dos veces aquel espectáculo, y permaneció muda. Cuando los diferentes pedazos que habían puesto sobre los carbones estuvieron asados, cada cual satisfizo su hambre con esa glotonería que, vista en los animales, nos parece repugnante.

—Es la primera vez que se habrá visto a treinta soldados de infantería sobre un caballo –exclamó el granadero que había matado la yegua.

Fue la única broma que reveló el espíritu nacional.

La mayoría de aquellos pobres soldados no tardaron en arrebujarse en sus ropas, se echaron sobre tablas, sobre todo lo que podía preservarlos del contacto con la nieve y se durmieron, sin la menor preocupación por el día siguiente. Cuando el mayor terminó de calentarse y hubo saciado su hambre, una invencible necesidad de dormir le cerró los párpados. Durante el tiempo bastante breve que duró su lucha con el sueño, contempló a la joven que, con la cara vuelta hacia el fuego para dormir, dejaba ver sus ojos cerrados y una parte de su frente; se había envuelto en un capote de piel y en una enorme capa de dragón, su cabeza reposaba en una almohada con manchas de sangre; su gorro de astracán, anudado bajo el cuello por un pañuelo, preservaba cuanto era posible su rostro del frío; había escondido los pies en la capa. De esta forma, acurrucada sobre sí misma, no se parecía realmente a nada. ¿Era la última de las cantineras? ¿Era aquella encantadora mujer, la gloria de un amante, la reina de los bailes de París? ¡Ay!, ni siquiera la mirada de su amigo más fiel percibía ya nada femenino en aquel montón de ropas y de harapos. El amor había sucumbido bajo el frío en el corazón de una mujer. A través de los espesos velos que el más invencible de todos los sueños extendía sobre los ojos del mayor, solo veía ya al marido y a la mujer como dos puntos. Las llamas de la hoguera, aquellas figuras echadas en el suelo, aquel frío terrible que rugía a tres pasos de un calor efímero, todo era sueño. Un pensamiento importuno asustaba a Philippe: «Si me duermo, vamos a morir todos; no quiero dormir», se decía. Dormía. Un clamor terrible y una explosión

despertaron al señor de Sucy tras una hora de sueño. El sentido del deber y el peligro de su amiga se abatieron de golpe sobre su corazón. Lanzó un grito semejante a un rugido. Solo él y su soldado estaban en pie. Vieron un mar de fuego que recortaba delante de ellos, en la sombra de la noche, una multitud de hombres devorando los vivacs y las tiendas; oyeron gritos de desesperación, aullidos; distinguieron miles de figuras desoladas y de caras furiosas. En medio de aquel infierno, una columna se abría camino hacia el puente, entre dos hileras de cadáveres.

—Es la retirada de nuestra retaguardia –exclamó el mayor–. Ya no hay esperanza.

—He respetado su coche, Philippe –dijo una voz amiga.

Al volverse, Sucy reconoció al joven edecán al resplandor de las llamas.

—¡Ah!, todo está perdido –respondió el mayor–. Se han comido mi caballo. Además, ¿cómo podría hacer andar a ese estúpido general y a su mujer?

—Coja un tizón, Philippe, ¡y amenácelos!

—¡Amenazar a la condesa!

—¡Adiós! –exclamó el edecán–. Solo tengo el tiempo justo de pasar ese fatal río, ¡y debo hacerlo! ¡Tengo una madre en Francia! ¡Qué noche! Esa multitud prefiere quedarse en la nieve, y la mayoría de estos desgraciados se dejan abrasar antes que levantarse. ¡Son las cuatro, Philippe! Dentro de dos horas, los rusos empezarán a moverse. Le aseguro que una vez más verá el Beresina cargado de cadáveres. Philippe, ¡piense en usted! No tiene caballos, no puede llevar a la condesa; venga, vamos, venga conmigo –dijo cogiéndole del brazo.

—Amigo mío, ¡abandonar a Stéphanie!

El mayor cogió a la condesa, la puso de pie, la sacudió con la rudeza de un hombre desesperado y la obligó a despertarse; ella lo miró con unos ojos fijos y muertos.

—Hay que andar, Stéphanie, o moriremos aquí.

Por toda respuesta, la condesa intentaba dejarse caer al suelo para dormir. El edecán cogió un tizón y lo agitó delante de la cara de Stéphanie.

—¡Salvémosla a pesar suyo! –exclamó Philippe levantando en brazos a la condesa y llevándola al coche.

Regresó para implorar la ayuda de su amigo. Los dos cogieron al viejo general, sin saber si estaba muerto o vivo, y lo pusieron al lado de su mujer. El mayor apartó con el pie a cada uno de los hombres que yacían en tierra, les quitó lo que habían saqueado, amontonó todos los harapos sobre los dos esposos y lanzó a un rincón del coche algunos pedazos asados de su yegua.

—¿Qué se propone hacer? –le preguntó su edecán.

—Arrastrarlo –dijo el mayor.

—¡Está usted loco!

—Es cierto –exclamó Philippe cruzando los brazos sobre el pecho.

De pronto pareció dominado por una idea desesperada.

—Tú –dijo agarrando el brazo útil de su soldado–, te la confío durante una hora.

Piensa que debes morir antes que dejar que nadie se acerque a este coche.

El mayor se apoderó de los diamantes de la condesa, los mantuvo en una mano, sacó con la otra su sable, se puso a golpear con rabia a los durmientes que consideraba más intrépidos, y logró despertar al gigantesco granadero y a otros dos hombres cuyo grado era imposible reconocer.

—Nos están achicharrando –les dijo.

—Ya lo sé —respondió el grandero–, pero me da lo mismo.

—Pues entonces, muerto por muerto, ¿no es mejor vender la vida por una mujer hermosa y arriesgarse para ver de nuevo Francia?

—Prefiero dormir-dijo un hombre acurrucándose en la nieve–. Y si vuelves a molestarme, mayor, te *meto* mi sable en el vientre.

—¿De qué se trata, mi oficial? –contestó el granadero–. ¡Ese hombre está borracho! Es un parisino, le gusta estar cómodo.

—Esto será para ti, valiente granadero –exclamó el mayor presentándole un collar de diamantes–, si quieres seguirme y batirte como un condenado. Los rusos están a diez minutos de marcha; tienen caballos; nosotros vamos a llegar hasta su primera batería y a volver con dos pencos.

—Pero ¿y los centinelas, mayor?

—Uno de nosotros tres –le dijo al soldado.

Se interrumpió, miró al edecán:

—Usted viene, ¿verdad, Hippolyte?

Hippolyte asintió con un gesto de cabeza.

—Uno de nosotros –continuó el mayor– se encargará del centinela. Por otra parte, estos malditos rusos quizá también duerman.

—¡Andando, mayor, eres un valiente! Pero ¿me meterás en tu berlina? –preguntó el granadero.

—Sí, si no te dejas la piel ahí arriba. Si yo caigo, Hippolyte, y tú, granadero –dijo el mayor dirigiéndose a sus dos compañeros–, prometedme que os volcaréis en la salvación de la condesa.

—Prometido –dijo el granadero.

Se dirigieron a la línea rusa, hacia las baterías que habían fulminado tan cruelmente a la masa de desgraciados que yacían en la orilla del río. Pocos instantes después de su partida, el galope de dos caballos resonaba en la nieve, y la batería, alertada, enviaba andanadas que pasaban por encima de la cabeza de los que dormían; el paso de los caballos era tan precipitado que se hubiera dicho herreros batiendo hierro. El generoso edecán había sucumbido. El granadero atlético estaba sano y salvo. Defendiendo a su amigo, Philippe había recibido un bayonetazo en la espalda; sin embargo, se agarraba a las crines del caballo y lo apretaba con tal fuerza entre sus piernas que el animal estaba atenazado como en un torno.

—¡Alabado sea Dios! –exclamó el mayor al encontrar a su soldado inmóvil y al coche en su sitio.

—Si es usted justo, mi oficial, me conseguirá la cruz. Hemos utilizado bien el fusil y el sable.

—Todavía no hemos hecho nada. Enganchemos los caballos. Coja esas cuerdas.

—No hay suficientes.

—Pues entonces, granadero, ponga las manos en esos que duermen y utilice sus pañoletas, sus camisas…

—¡Vaya, este granuja está muerto! –exclamó el granadero al despojar al primero al que se dirigió–. ¡Ah, vaya comedia, están muertos!

—¿Todos?

—¡Sí, todos! Parece que la carne de caballo se indigesta cuando se come con nieve.

Estas palabras hicieron temblar a Philippe. El frío había aumentado.

—¡Dios! Perder una mujer a la que ya he salvado veinte veces.

El mayor sacudió a la condesa gritando:

—¡Stéphanie, Stéphanie!

La joven abrió los ojos.

—Señora, estamos salvados.

—Salvados –repitió ella volviendo a caer dormida.

Los caballos fueron enganchados de cualquier manera. El mayor, sujetando el sable con su mejor mano, manteniendo las bridas con la otra y armado de sus pistolas, montó en uno de los caballos y el granadero en el segundo. El viejo soldado, cuyos pies estaban congelados, había sido colocado de través en el coche, encima del general y de la condesa. Excitados a sablazos, los caballos arrastraron el carruaje con una especie de furia por el llano, donde innumerables dificultades esperaban al mayor. Pronto les resultó imposible avanzar sin correr el riesgo de aplastar hombres y mujeres, e incluso niños dormidos, que se negaban a moverse cuando el granadero los despertaba. El señor de Sucy buscó inútilmente el camino que la retaguardia se había abierto hacía poco en medio de aquella masa de hombres: se había borrado como se borra la estela de un barco en el mar; solo podía avanzar al paso, detenido a menudo por soldados que lo amenazaban con matar a sus caballos.

—¿Quiere usted llegar? –le preguntó el granadero.

—Al precio de toda mi sangre, al precio del mundo entero –respondió el mayor.

—¡En marcha! No se hacen tortillas sin romper huevos.

Y el granadero de la guardia lanzó los caballos contra los hombres, ensangrentó las ruedas, derribó los vivacs, trazando un doble surco de muertos a través de aquel campo de cabezas. Pero hagámosle la justicia de decir que nunca dejó de gritar con voz de trueno:

—¡Cuidado, carroñas!

—¡Pobres infelices –exclamó el mayor.

—¡Bah!, ¡esto o el frío, esto o el cañón! –dijo el granadero animando a los caballos y espoleándolos con la punta de su sable.

Una catástrofe que habría debido ocurrirles mucho antes, y de la que hasta entonces los había librado un fabuloso azar, los detuvo de pronto en su marcha. El coche volcó.

—Me lo esperaba –exclamó el imperturbable granadero–. ¡Oh, oh!, el camarada está muerto.

—Pobre Laurent –dijo el mayor.

—¡Laurent! ¿No es del 5.º de cazadores?

—Sí.

—Entonces es mi primo. ¡Bah!, esta perra vida no es lo bastante feliz como para echarla de menos con el tiempo que hace.

El coche no se levantó ni los caballos fueron desenganchados sin una pérdida de tiempo inmensa, irreparable. El choque había sido tan violento que la joven condesa, despertada y sacada de su entumecimiento por la conmoción, se desembarazó de las prendas que la cubrían y se levantó.

—Philippe, ¿dónde estamos? –exclamó con una voz dulce, mirando a su alrededor.

—A quinientos pasos del puente. Vamos a pasar el Beresina. Cuando estemos en el otro lado del río, Stéphanie, no la atormentaré más, la dejaré dormir, estaremos a salvo y llegaremos tranquilamente a Vilna[26]. ¡Dios quiera que nunca sepa lo que ha costado su vida!

—¿Estás herido?

—No es nada.

La hora de la catástrofe había llegado. El cañón de los rusos anunció el amanecer. Dueños de Studzianka, fulminaron el llano; y con las primeras luces del alba, el mayor vio a sus coroneles moverse y formar en las alturas. Un grito de alarma se elevó en el seno de la multitud, que se puso de pie en un momento. Todos comprendieron instintivamente el peligro, y se dirigieron hacia el puente con un movimiento de ola. Los rusos descendían con la rapidez del incendio. Hombres, mujeres, niños, caballos, todo se dirigió hacia el puente. Por suerte, el mayor y la condesa aún estaban lejos de la orilla. El general Éblé acababa de prender fuego a los caballetes de los pontones del otro lado. A pesar de las advertencias hechas a los que invadían aquella tabla de salvación, nadie quiso retroceder. El pontón no solo se hundió cargado de gente, sino que el ímpetu de la oleada de hombres lanzados hacia aquella fatal orilla era tan furibundo que una masa humana fue precipitada en las aguas como una avalancha. No se oyó un grito, sino el ruido sordo de una piedra que cae al agua; luego, el Beresina quedó cubierto de cadáveres. El movimiento retrógrado de los que se volvieron en la llanura para escapar de aquella muerte fue tan violento, y su choque contra los que avanzaban hacia delante tan terrible que gran número de gente murió asfixiada. El conde y la condesa de Vandières[27] debieron la vida a su coche. Los caballos, después de haber aplastado y estrujado una masa de hombres, perecieron aplastados y pisoteados por una tromba humana que se lanzó

hacia la orilla. El mayor y el granadero se salvaron gracias a su fuerza. Mataban para no ser matados. Aquel huracán de rostros humanos, aquel flujo y reflujo de cuerpos animados por un mismo movimiento, tuvo por resultado dejar desierto durante algunos momentos la orilla del Beresina. La multitud se había volcado de nuevo hacia la llanura. Si algunos hombres se arrojaron al río desde lo alto del ribazo, fue menos con la esperanza de alcanzar la otra orillas, que para ellos era Francia, que para evitar los desiertos de Siberia. La desesperación se convirtió en una égida para algunos audaces. Un oficial saltó de témpano en témpano hasta la otra ribera; un soldado reptó milagrosamente por encima de un montón de cadáveres y témpanos. Aquella inmensa población terminó por comprender que los rusos no matarían a veinte mil hombres desarmados, entumecidos, atónitos, que no se defendían, y cada cual esperó su destino con una resignación horrible. Entonces el mayor, su granadero, el viejo general y su mujer se quedaron solos, a unos pocos pasos del lugar en que estaba el puente. Los cuatro permanecían allí de pie, con los ojos secos, en silencio, rodeados de una masa de muertos. Algunos soldados válidos, algunos oficiales a los que la circunstancia devolvía toda su energía se encontraban con ellos. El mayor divisó a doscientos pasos las ruinas del puente hecho para los carruajes, y que se había hundido dos días antes.

—¡Construyamos una balsa! –gritó.

Apenas había acabado de decir estas palabras cuando el grupo entero corrió hacia aquellos restos. Una multitud de hombres empezó a recoger ganchos de hierro, a buscar maderos, cuerdas, en fin, todos los materiales necesarios para la construcción de la balsa. Una veintena de soldados y oficiales armados formaron una guardia mandada por el mayor para proteger a los que trabajaban de los ataques desesperados que podría intentar la multitud al adivinar su propósito. El sentimiento de la libertad que anima a los prisioneros y les inspira milagros no puede compararse con el que animaba en aquel momento a aquellos desdichados franceses.

—¡Los rusos! ¡Los rusos! –gritaban a los que trabajaban quienes los defendían.

Y las maderas chirriaban, la tabla de la balsa aumentaba en anchura, en altura, en grosor. Generales, soldados, coroneles, todos se encorvaban bajo el peso de las ruedas, de los hierros, de las cuerdas, de los tablones: era una imagen real de la construcción del arca de Noé. La joven condesa, sentada junto a su marido, contemplaba aquel espectáculo con la pesadumbre de no poder contribuir en nada a la tarea; con todo, ayudaba a hacer nudos para reforzar el cordaje. Por fin la balsa estuvo acabada. Cuarenta hombres la lanzaron a las aguas del río mientras una decena de soldados sujetaban las cuerdas que debían servir para amarrarla en la ribera. Tan pronto como los constructores vieron su embarcación flotando sobre el Beresina, se lanzaron sobre ella desde lo alto del ribazo con un egoísmo horrible. El mayor, temiendo la furia de aquel primer impulso, sujetaba a Stéphanie y al general de la mano; pero se estremeció cuando vio la embarcación negra de gente y a los hombres apiñados en ella como espectadores en el patio de un teatro.

—¡Salvajes! –exclamó–, he sido yo quien os ha dado la idea de hacer la balsa; soy vuestro salvador y me negáis un sitio.

Un rumor confuso sirvió de respuesta. Los hombres situados en el borde de la balsa, y armados con pértigas que apoyaban en el ribazo, empujaban con fuerza aquella almadía para lanzarla hacia la otra orilla y hacerla pasar entre los témpanos y los cadáveres.

—¡Trueno de Dios!, os tiro al agua si no admitís al mayor y a sus dos acompañantes –gritó el granadero, que alzó su sable, impidió la partida e hizo apretarse más las filas, a pesar de los horribles gritos.

—¡Me voy a caer! ¡Me caigo! –gritaban sus compañeros–. ¡Partamos! ¡Adelante!

El mayor miraba con unos ojos secos a su amante, que alzaba los suyos al cielo con un sentimiento de sublime resignación.

—¡Morir contigo! –dijo ella.

Había algo cómico en la situación de los que se habían instalado en la balsa. Aunque lanzasen horribles rugidos, ninguno de ellos se atrevía a resistirse al granadero, porque estaban tan apretados que bastaba empujar a uno solo para que todo se viniese abajo. En medio de aquel peligro, un capitán trató de desembarazarse del soldado, que se dio cuenta del movimiento hostil del oficial, lo agarró y lo lanzó al agua diciendo:

—¡Ah, ah!, ¿quieres beber, patito? Pues bebe.

—Ya tenemos dos sitios –exclamó–. ¡Vamos, mayor, échenos a su mujercita y venga usted! Deje a ese viejo carcamal que reventará mañana.

—¡Dense prisa! –gritó una voz compuesta por cien voces.

—Vamos, mayor. Los demás protestan, y tienen razón.

El conde de Vandières se quitó las prendas que lo cubrían y apareció de pie con su uniforme de general.

—Salvemos al conde –dijo Philippe.

Stéphanie apretó la mano de su amigo, se lanzó sobre él y lo abrazó con un horrible abrazo.

—¡Adiós! –dijo.

Se habían comprendido. El conde de Vandières recobró sus fuerzas y su presencia de ánimo para saltar a la embarcación, adonde Stéphanie lo siguió tras haber dirigido una última mirada a Philippe.

—Mayor, ¿quiere mi sitio? A mí la vida me importa un bledo –exclamó el granadero–. No tengo ni mujer, ni hijos, ni madre.

—Te los confío –gritó el mayor señalando al conde y a su mujer.

—Quédese tranquilo, los cuidaré como a mis propios ojos.

La balsa fue arrojada con tanta violencia hacia la ribera opuesta a aquella en la que Philippe permanecía inmóvil, que al tocar tierra la sacudida hizo vacilar todo. El conde, que estaba en el borde, rodó hasta el agua. En el momento en que caía, un témpano le cortó la cabeza, y la lanzó lejos, como una bala de cañón.

—¡Eh, mayor! –gritó el granadero.

—¡Adiós! –gritó una mujer.

Philippe de Sucy se derrumbó helado de horror, abrumado por el frío, por el dolor y por el cansancio.

—Mi pobre sobrina se había vuelto loca –añadió el médico tras un momento de silencio–. ¡Ah!, señor –continuó cogiendo la mano del señor d'Albon–, ¡qué horrible ha sido la vida para esta mujercita, tan joven, tan delicada! Después de haber sido separada, por una desgracia inaudita, de aquel granadero de la guardia, llamado Fleuriot, se vio arrastrada, durante dos años, en pos del ejército, juguete de un hatajo de miserables. Iba, me han dicho, descalza, mal vestida, permanecía meses enteros sin cuidados, sin alimento; unas veces encerrada en hospitales, otras expulsada como un animal. Solo Dios sabe las desgracias a las que sin embargo esta infortunada ha sobrevivido. Estaba en una pequeña ciudad de Alemania, encerrada con locos, mientras sus padres, que la creían muerta, repartían su herencia. En 1816, el granadero Fleuriot la reconoció en una posada de Estrasburgo, adonde ella acababa de llegar tras haberse escapado de su prisión. Algunos campesinos le contaron al granadero que la condesa había vivido un mes entero en un bosque, y que la habían perseguido para capturarla sin poder conseguirlo. Yo me hallaba entones a unas leguas de Estrasburgo. Al oír hablar de una mujer salvaje, sentí deseos de verificar los hechos extraordinarios que daban materia a unos cuentos ridículos. ¿Qué me ocurrió cuando reconocí a la condesa? Fleuriot me contó todo lo que sabía de aquella deplorable historia. Llevé a aquel pobre hombre junto con mi sobrina a Auvernia, donde tuve la desgracia de perderlo. Ejercía cierto dominio sobre la señora de Vandières. Solo él pudo conseguir que se vistiera. *¡Adiós!,* esta palabra, que para ella constituye todo su lenguaje, antes la decía raras veces. Fleuriot había emprendido la tarea de despertar en ella algunas ideas; pero fracasó, y lo único que sacó fue hacerle pronunciar algo más a menudo esa triste palabra. El granadero sabía distraerla y entretenerla jugando con ella; y, gracias a él, yo esperaba, pero…

El tío de Sucy calló durante un momento.

—Aquí –continuó– encontró a otra criatura con la que parece entenderse. Es una campesina idiota que, a pesar de su fealdad y su estupidez, tuvo amores con un albañil. Ese albañil quiso casarse con ella porque posee algunos trozos de tierra. La pobre Geneviève fue durante un año la criatura más feliz que hubo en el mundo. Se acicalaba, y los domingos iba a bailar con Dallot; comprendía el amor; en su corazón y en su mente había sitio para un sentimiento. Pero Dallot empezó a pensar. Conoció a otra joven que está en su sano juicio y tiene dos trozos más de tierra que Geneviève.

Dallot dejó, pues, a Geneviève. Esta pobre criatura perdió la poca inteligencia que el amor había desarrollado en ella, y ya solo sabe guardar vacas o recoger hierba. Mi sobrina y esa pobre chica están unidas en cierto modo por la cadena invisible de su común destino, y por el sentimiento que provoca su locura. Mire, vea –dijo el tío de Sucy llevando al marqués d'Albon a la ventana.

El magistrado vio, en efecto, a la bella condesa sentada en el suelo entre las piernas de Geneviève. La aldeana, armada con un enorme peine de hueso, ponía toda su atención en desenredar la larga cabellera negra de Stéphanie, que se dejaba hacer lanzando gritos ahogados cuyo acento revelaba un placer instintivamente sentido. El señor d'Albon se estremeció al ver el abandono del cuerpo y la indiferencia animal que ponía de manifiesto una total ausencia de alma en la condesa.

—¡Philippe! ¡Philippe! –exclamó–, las desgracias pasadas no son nada. ¿No hay entonces ninguna esperanza? –preguntó.

El viejo médico alzó los ojos al cielo.

—Adiós, señor –dijo el señor d'Albon estrechando la mano del anciano–. Mi amigo me espera, no tardará usted en verlo.

—Entonces es ella –exclamó Sucy tras haber oído las primeras palabras del marqués d'Albon–. ¡Ah!, aún tenía dudas –añadió dejando caer algunas lágrimas de sus ojos negros, cuya expresión era habitualmente severa.

—Sí, es la condesa de Vandières –respondió el magistrado.

El coronel se levantó de forma brusca y se apresuró a vestirse.

—¡Cómo, Philippe! –dijo el magistrado estupefacto–, ¿también tú te estás volviendo loco?

—Pero ya no sufro –respondió el coronel con sencillez–. Esa noticia ha calmado todos mis dolores. ¿Y qué mal podría sentir cuando pienso en Sucy? Voy a *Bonnes-Hommes,* a verla, a hablar con ella, a curarla. Es libre. Pues bien, la felicidad nos sonreirá, o no habría Providencia. ¿Crees acaso que esa pobre mujer podrá oírme sin recobrar la razón?

—Ya te ha visto sin reconocerte –replicó en tono dulce el magistrado que, al percibir la exaltada esperanza de su amigo, trataba de inspirarle dudas saludables.

El coronel se estremeció; pero empezó a sonreír dejando escapar un ligero gesto de incredulidad. Nadie se atrevió a oponerse al propósito del coronel. Pocas horas después se hallaba instalado en el viejo priorato, al lado del médico y de la condesa de Vandières.

—¿Dónde está? –preguntó al llegar.

—¡Chist! –le respondió el tío de Stéphanie–. Duerme. Mire, ahí la tiene.

Philippe vio a la pobre loca acurrucada al sol en un banco. Su cabeza estaba protegida del ardor del aire por un bosque de cabellos desparramados sobre su cara; sus brazos pendían con gracia hasta el suelo; su cuerpo yacía elegantemente colocado, como el de una cierva; tenía los pies plegados bajo ella, sin esfuerzo; su seno se agitaba a intervalos regulares; su pies, su tez, tenían esa blancura de

porcelana que nos hace admirar tanto la cara transparente de los niños. Inmóvil a su lado, Geneviève tenía en la mano un ramillete que, sin duda, Stéphanie había ido a coger de la cima más alta de un álamo, y la idiota agitaba despacio aquel follaje por encima de su compañera dormida, para espantar las moscas y refrescar la atmósfera. La aldeana miró al señor Fanjat y al coronel; luego, como un animal que ha reconocido a su amo, volvió lentamente la cabeza hacia la condesa y siguió velando por ella, sin haber dado la menor muestra de asombro o de inteligencia. El aire ardía. El banco de piedra parecía centellear, y el prado lanzaba hacia el cielo esos traviesos vapores que dan vueltas y llamean por encima de las hierbas como un polvo de oro; pero Geneviève parecía no sentir aquel calor abrasador. El coronel estrechó enérgicamente las manos del médico entre las suyas. Lágrimas escapadas de los ojos del militar rodaron a lo largo de sus varoniles mejillas, y cayeron sobre el césped, a los pies de Stéphanie.

—Señor –dijo el tío–, hace dos años que mi corazón se parte todos los días. Pronto le pasará a usted lo mismo que a mí. Si no llora, no por eso dejará de sentir su dolor.

—Usted la ha cuidado –dijo el coronel, cuyos ojos expresaban tanta gratitud como envidia.

Aquellos dos hombres se entendieron; y, de nuevo, estrechándose con fuerza la mano, permanecieron inmóviles, contemplando la calma admirable que el sueño vertía sobre aquella encantadora criatura. De vez en cuando, Stéphanie lanzaba un suspiro, y ese suspiro, que ofrecía todas las apariencias de la sensibilidad, hacía estremecerse de gusto al desventurado coronel.

—¡Ay! –le dijo dulcemente el señor Fanjat–, no se engañe señor, en este momento la ve en pleno uso de su razón.

Los que han pasado con delicia horas enteras ocupados en ver dormir a una persona tiernamente amada cuyos ojos debían sonreírles al despertar, comprenderán sin duda el sentimiento dulce y terrible que agitaba al coronel. Para él, este sueño era una ilusión; el despertar debía ser una muerte, y la más horrible de todas las muertes. De pronto, un cabritilla se acercó de tres saltos al banco, olfateó a Stéphanie, a quien el ruido despertó; se puso enseguida de pie, sin que ese movimiento asustase al caprichoso animal; pero cuando vio a Philippe, echó a correr, seguida por su compañero cuadrúpedo, hasta un seto de saúcos; luego lanzó ese chillido de pájaro asustado que el coronel ya había oído junto a la verja donde la condesa se había aparecido al señor d'Albon por primera vez. Por último, trepó a un cítiso, se escondió en el copete verde de ese árbol y se puso a mirar *al extraño* con la atención del más curioso de todos los ruiseñores del bosque.

—¡Adiós, adiós, adiós! –dijo sin que el alma comunicara una sola inflexión sensible a esa palabra.

Era la impasibilidad del pájaro silbando su tonada.

—No me reconoce-exclamó el coronel desesperado–. ¡Stéphanie!, soy Philippe,

tu Philippe, Philippe.

Y el pobre militar avanzó hacia el cítiso; pero cuando estuvo a tres pasos del árbol, la condesa lo miró como para desafiarlo, aunque una especie de expresión de temor pasase por sus ojos; luego, de un salto, escapó del cítiso a una acacia, y, de ahí, a un abeto del norte, donde se columpió de rama en rama con inaudita ligereza.

—No la persiga –le dijo el señor Fanjat al coronel–. Provocaría en ella una aversión que podría volverse insuperable; le ayudaré a que le reconozca y a volverla más sociable. Venga a este banco. Si no presta atención a esa pobre loca, no tardará en verla acercarse poco a poco para examinarlo.

—*¡Ella!*, no reconocerme y huir de mí –repitió el coronel sentándose con la espalda apoyada contra un árbol cuyo follaje sombreaba un rústico banco.

Y su cabeza se inclinó sobre su pecho. El doctor guardó silencio. Pronto la condesa se bajó despacio de lo alto de su abeto, flotando como un fuego fatuo, dejándose llevar a veces por las ondulaciones que el viento imprimía en los árboles. Se detenía en cada rama para expiar al forastero; pero, al verlo inmóvil, terminó por saltar a la hierba, se puso de pie y se dirigió hacia él con paso lento por el prado. Cuando se situó contra un árbol que se hallaba a unos diez pies del banco, el señor Fanjat dijo en voz baja al coronel:

—Coja con disimulo de mi bolsillo derecho unos terrones de azúcar y enséñeselos, vendrá; en favor de usted renunciaré encantado al placer de darle golosinas. Con la ayuda del azúcar, que ama apasionadamente, la acostumbrará a acercarse y a reconocerle.

—Cuando era mujer –respondió tristemente Philippe–, no le gustaban nada los dulces.

Cuando el coronel agitó en dirección a Stéphanie el terrón de azúcar que sujetaba entre el pulgar y el índice de la mano derecha, ella lanzó de nuevo su grito salvaje y echó a correr hacia Philippe; luego se detuvo, luchando con el miedo instintivo que él le causaba; miraba el azúcar y apartaba alternativamente la cabeza, como esos pobres perros a los que sus dueños prohíben tocar un plato antes de que se pronuncie una de las últimas letras del alfabeto que recitan lentamente. Por último, la pasión bestial triunfó sobre el miedo; Stéphanie se precipitó sobre Philippe, adelantó tímidamente su linda mano morena para coger su presa, tocó los dedos de su amante, atrapó el azúcar y desapareció entre un grupo de árboles. Aquella horrible escena terminó de afligir al coronel, que se echó a llorar y huyó al salón.

—Entonces, ¿tiene el amor menos coraje que la amistad? –le dijo el señor Fanjat–. Tengo esperanza, señor barón. Mi pobre sobrina se hallaba en un estado mucho más lamentable que ese en que la ve.

—¿Es posible? –exclamó Philippe.

—Siempre estaba desnuda –concluyó el médico.

El coronel hizo un gesto de horror y palideció; el doctor creyó reconocer en aquella palidez algunos síntomas de mal agüero, se acercó a tomarle el pulso y lo

encontró presa de una fiebre violenta; a fuerza de ruegos consiguió que se metiera en cama y le preparó una ligera dosis de opio a fin de proporcionarle un sueño tranquilo.

Transcurrieron ocho días aproximadamente, durante los cuales el barón de Sucy se vio dominado con frecuencia por angustias mortales; no tardaron sus ojos en quedarse sin lágrimas. Su alma, quebrantada a menudo, no pudo acostumbrarse al espectáculo que le ofrecía la locura de la condesa, pero pactó, por así decir, con aquella cruel situación, y halló paliativos a su dolor. Su heroísmo no conoció límites. Tuvo el valor de amansar a Stéphanie eligiéndole golosinas; puso tanto cuidado en llevarle ese alimento, supo graduar tan bien las modestas conquistas que pretendía hacer sobre el instinto de su amante, aquel último jirón de su inteligencia, que consiguió volverla más *familiar* de lo que había sido nunca. El coronel bajaba todas las mañanas al parque; y si, después de haber buscado largo rato a la condesa, no podía adivinar en qué árbol se columpiaba blandamente, ni el rincón en el que se había agazapado para jugar con un pájaro, ni a qué techumbre se había encaramado, silbaba la melodía tan célebre de *Partant pour la Syrie*[28], que evocaba el recuerdo de una escena de sus amores. Stéphanie acudía al punto con la celeridad de un pavo real. Se había habituado tanto a ver al coronel que ya no la asustaba; pronto se acostumbró a sentarse en sus rodillas, a rodearlo con su brazo consumido y ágil. En esa actitud, tan querida por los amantes, Philippe daba lentamente algunos dulces a la golosa condesa. A menudo, después de habérselos comido todos, Stéphanie registraba los bolsillos de su amigo con gestos que tenían la velocidad mecánica de los movimientos del mono. Cuando estaba totalmente segura de que ya no tenía más, miraba a Philippe con sus ojos claros, sin ideas, sin reconocimiento; jugaba entonces con él; trataba de quitarle las botas para ver su pie, desgarraba sus guantes, se ponía su sombrero; pero ella le dejaba pasar las manos por su pelo, le permitía cogerla en sus brazos, y recibía sin placer unos besos ardientes; por último, lo miraba en silencio cuando él lloraba; comprendía bien el silbido de *Partant pour la Syrie;* pero no pudo conseguir hacerle pronunciar su propio nombre de *Stéphanie.* En su horrible empresa, Philippe estaba sostenido por una esperanza que no lo abandonaba nunca. Si, en una bella mañana de otoño, veía a la condesa tranquilamente sentada en un banco, bajo un álamo amarillento, el pobre amante se echaba a sus pies y la miraba a los ojos todo el tiempo que ella tenía a bien dejarse contemplar, esperando que la luz que escapaba de ellos se volviera inteligente; a veces se hacía la ilusión, creía haber percibido esos rayos duros e inmóviles vibrando de nuevo, ablandados, vivos, y exclamaba: «¡Stéphanie! ¡Stéphanie!, ¡tú me oyes, me ves!». Pero ella escuchaba el sonido de aquella voz como un ruido, como el esfuerzo del viento que agitaba los árboles, como el mugido de la vaca sobre la que se montaba; y el coronel se retorcía las manos de desesperación, una desesperación siempre renovada. El tiempo y aquellas inútiles pruebas no hacían otra cosa que aumentar su dolor. Una tarde, con un cielo sereno, en medio del silencio y la paz de aquel asilo campestre, el doctor divisó de lejos al barón ocupado en cargar una pistola. El viejo médico comprendió que Philippe había

perdido toda esperanza; sintió que toda su sangre le afluía al corazón y se resistió al vértigo que lo dominaba, porque prefería ver a su sobrina viva y loca que muerta. Acudió corriendo.

—¿Qué hace usted? –le dijo.

—Esto es para mí –respondió el coronel señalando en el banco una pistola cargada, y esto para ella –añadió terminando de apretar el taco en el fondo del arma que sostenía.

La condesa estaba tumbada en tierra y jugaba con las balas.

—Entonces no sabe usted –continuó fríamente el médico, que disimuló su espanto–, que esta noche, cuando dormia, ha dicho: ¡Philippe!

—¡Ha dicho mi nombre! –exclamó el barón dejando caer su pistola, que Stéphanie recogió; pero él se la arrancó de las manos, se apoderó de la que estaba sobre el banco, y echó a correr.

—Pobrecilla –exclamó el médico, feliz con el éxito que había tenido su superchería; estrechó a la loca contra su seno y continuó–: ¡Te habría matado, el muy egoísta! Quiere matarte porque sufre. ¡No sabe amarte por ti misma, hija mía! Pero lo perdonamos, ¿verdad? Él es un insensato, y tú, tú solo estás loca. ¡Vamos! Solo Dios tiene derecho a llamarte a su lado. Te creemos desgraciada porque ya no participas de nuestras miserias, ¡qué estúpidos somos! Pero –dijo sentándola en sus rodillas–, tú eres feliz, nada te inquieta; vives como los pájaros, como los gamos.

Ella se lanzó sobre un joven mirlo que daba saltitos, lo atrapó lanzando un leve grito de satisfacción, lo asfixió, lo contempló muerto y lo dejó al pie de un árbol sin volver a pensar en él.

Al día siguiente, tan pronto como amaneció, el coronel bajó a los jardines, buscó a Stéphanie, creía en la felicidad; al no encontrarla, silbó. Cuando su amante llegó, la cogió del brazo; y, caminando juntos por primera vez, se dirigieron hacia una glorieta de árboles marchitos cuyas hojas caían con la brisa matinal. El coronel se sentó y Stéphanie se colocó por propio impulso en sus rodillas. Philippe se estremeció de alegría.

—Amor mío –le dijo besando con ardor las manos de la condesa–, soy Philippe.

Ella lo miró curiosa.

—Ven –añadió estrechándola–. ¿Sientes cómo palpita mi corazón? Solo ha latido por ti. Sigo amándote como siempre. Philippe no ha muerto, está aquí, tú estás encima de él. Tú eres mi Stéphanie, y yo soy tu Philippe.

—Adiós –dijo ella–, adiós.

El coronel se estremeció, porque creyó percibir que su exaltación se comunicaba a su amante. Su grito desgarrador, excitado por la esperanza, aquel último esfuerzo de un amor eterno, de una pasión delirante, despertaba la razón de su amiga.

—¡Ah!, Stéphanie, seremos felices.

Ella dejó escapar un grito de satisfacción, y por sus ojos cruzó un vago relámpago de inteligencia.

—¡Me reconoce! ¡Stéphanie!

El coronel sintió que su corazón se dilataba y sus párpados se humedecían. Pero de pronto vio a la condesa mostrarle un terrón que había encontrado registrándole mientras hablaba. Por lo tanto, había tomado por una idea humana ese grado de razón que supone la malicia del mono. Philippe perdió el conocimiento. El señor Fanjat encontró a la condesa sentada sobre el cuerpo del coronel. Mordisqueaba su azucarillo dando muestras de placer con melindres que se habrían admirado si, cuando era dueña de su razón, hubiera querido imitar en broma a su cotorra o a su gata.

—¡Ay!, amigo mío –exclamó Philippe al recobrar el sentido–, me muero a diario, en todo instante. ¡Amo demasiado! Lo soportaría todo si, en su locura, ella hubiera conservado algo del carácter femenino. Pero verla siempre salvaje e incluso sin el menor pudor, verla…

—Lo que usted quiere entonces es una locura de ópera –dijo con acritud el doctor–. Y su abnegación amorosa, ¿está sometida entonces a prejuicios? ¡Eh, señor!, por usted me he privado de la triste felicidad de alimentar a mi sobrina, le he dejado el placer de jugar con ella, solo he reservado para mí las tareas más pesadas. Mientras usted duerme, yo velo por ella, yo… Vamos, señor, abandónela. Deje esta triste ermita. Yo sé vivir con esa querida criaturita; comprendo su locura, espío sus gestos, conozco sus secretos. Un día, usted me lo agradecerá.

El coronel dejó *Bonnes-Hommes* para no volver más que una vez. El doctor quedó espantado del efecto que había producido en su huésped, porque había empezado a quererlo tanto como a su sobrina. Si de los dos amantes había uno digno de lástima, ese era desde luego Philippe: ¿acaso no soportaba solo el peso de un dolor espantoso? El médico se informó sobre el coronel y supo que el desdichado se había refugiado en unas tierras que poseía cerca de Saint-Germain. Guiado por un sueño, el barón había concebido un proyecto para devolver la razón a la condesa. Sin que el doctor lo supiera, pasó el resto del otoño preparando aquella inmensa empresa. Por su parque corría un riachuelo que, en invierno, inundaba un gran pantano bastante similar al que se extendía a lo largo de la orilla derecha del Beresina. La aldea de Satout, situada sobre una colina, venía a enmarcar aquella escena de horror, como Studzianka envolvía la llanura del Beresina. El coronel reunió obreros para excavar un canal que representase el devorador río donde se habían perdido los tesoros de Francia, Napoleón y su ejército. Ayudado por sus recuerdos, Philippe consiguió copiar en su parque la ribera donde el general Éblé había construido sus puentes. Plantó unos pontones y los quemó de modo que simulasen los tablones negros medio abrasados que, a cada lado de la ribera, habían ratificado a los rezagados que la ruta de Francia estaba cerrada para ellos. El coronel hizo traer restos parecidos a los que habían utilizado sus compañeros de infortunio para construir su embarcación. Taló su parque a fin de completar la ilusión sobre la que fundaba su última esperanza. Encargó uniformes y ropas hechas trizas a fin de vestir a varios cientos de aldeanos.

Levantó tiendas, vivacs y baterías que incendió. Por último, no olvidó nada de lo que podía reproducir la más horrible de todas las escenas y logró su objetivo. Hacia los primeros días del mes de diciembre, cuando la nieve vistió la tierra con un espeso manto blanco, reconoció el Beserina. Aquella falsa Rusia era de una verdad tan espantosa que varios de sus compañeros de anuas reconocieron la escena de sus antiguas miserias. El señor de Sucy guardó el secreto de aquella representación trágica, de la que, en esa época, varios círculos parisinos hablaron como de una locura.

A principios del mes de enero de 1820, el coronel montó en un carruaje similar al que había llevado al señor y a la señora de Vandières de Moscú a Studzianka, y se dirigió al bosque de L'Isle-Adam. Tiraban de él unos caballos pocos más o menos parecidos a los que él había ido a buscar con peligro de su vida entre las filas de los rusos. Llevaba el mismo atuendo sucio de barro y extravagante, las mismas armas, el peinado que tenía el 29 de noviembre de 1812. Incluso se había dejado crecer la barba, el pelo, y había descuidado su rostro para que nada fáltase a la espantosa verdad.

—He adivinado su intención –exclamó el señor Fanjat al ver al coronel apearse del carruaje–. Si quiere que su proyecto tenga éxito, no se presente así. Esta noche, haré tomar a mi sobrina un poco de opio. Durante su sueño, la vestiremos como estaba en Studzianka, y la meteremos en ese carruaje. Yo les seguiré en una berlina.

Hacia las dos de la mañana, la joven condesa fue llevada al carruaje, depositada sobre unos cojines y envuelta en una tosca manta. Algunos aldeanos iluminaban aquel singular rapto. De repente, un grito penetrante resonó en el silencio de la noche. Philippe y el médico se volvieron y vieron a Geneviève que salía medio desnuda del cuarto de la planta baja donde dormía.

—Adiós, adiós, se acabó, adiós –gritaba llorando a lágrima viva.

—Bueno, Geneviève ¿qué te pasa? –le preguntó el señor Fanjat.

Geneviève sacudió la cabeza con un movimiento de desesperación, alzó el brazo hacia el cielo, miró el carruaje, lanzó un largo gruñido, dio muestras visibles de un profundo terror y regresó a la casa en silencio.

—Esto es de buen augurio –exclamó el coronel–. Esa muchacha lamenta haberse quedado sin compañera. Quizá *ve* que Stéphanie va a recuperar la razón.

—Dios lo quiera –dijo el señor Fanjat, que pareció afectado por el incidente.

Desde que se había dedicado al estudio de la locura, había encontrado varios ejemplos del espíritu profético y del don de clarividencia del que han dado pruebas algunos alienados, y que se producen, al decir de varios viajeros, entre las tribus salvajes.

Como el coronel había calculado, Stéphanie atravesó la llanura ficticia del Beresina hacia las nueve de la mañana, siendo despertada por un pequeño mortero disparado a cien pasos del lugar en que había ocurrido la escena. Era una señal. Mil aldeanos lanzaron un clamor espantoso, semejante a los hurras de desesperación que

llegaron a asustar a los rusos cuando veinte mil rezagados se vieron entregados, por su propia culpa, a la muerte o a la esclavitud. Tras aquel grito, tras aquel cañonazo, la condesa saltó fuera del coche, corrió con una angustia delirante al sitio cubierto de nieve, vio los vivacs quemados y la fatal balsa que lanzaban a un Beresina helado. El mayor Philippe estaba allí, blandiendo su sable sobre la multitud. La señora de Vandières dejó escapar un grito que heló todos los corazones, y se colocó delante del coronel, que estaba palpitante. Se recogió, miró primero vagamente aquel extraño cuadro. Durante un instante tan raudo como el relámpago, sus ojos tuvieron la lucidez desprovista de inteligencia que admiramos en los brillantes ojos de los pájaros; luego se pasó la mano por la frente con la expresión viva de alguien que medita, contempló aquel recuerdo viviente, aquella vida pasada reproducida ante sus ojos, volvió vivamente la cabeza hacia Philippe, y *le vio.* Un silencio horrible reinaba entre la muchedumbre. El coronel jadeaba y no se atrevía a hablar, el doctor lloraba. El bello rostro de Stéphanie se coloreó ligeramente; luego, de color en color, terminó por recuperar el brillo de una muchacha resplandeciente de frescor. Su cara se volvió de un bello púrpura. La vida y la felicidad, animadas por una inteligencia resplandeciente, iban ganando terreno como un incendio. Un temblor convulso se comunicó de los pies al corazón. Después, estos fenómenos, que estallaron en un instante, tuvieron como lazo común, cuando los ojos de Stéphanie despidieron un rayo celestial, una llama animada. ¡Vivía, pensaba! Se estremeció, quizá de terror. Dios mismo desataba por segunda vez aquella lengua muerta y lanzaba de nuevo su fuego en aquel alma extinguida. La voluntad humana llegó con sus torrentes eléctricos y vivificó aquel cuerpo del que había estado ausente tanto tiempo.

—Stéphanie –gritó el coronel.

—¡Oh!, es Philippe –dijo la pobre condesa.

Y se precipitó en los temblorosos brazos que el coronel le tendía, y el abrazo de los dos amantes asustó a los espectadores. Stéphanie rompió a llorar. De repente sus llantos cesaron, se cadaverizó como si el rayo la hubiera alcanzado, y dijo con un sonido débil de voz:

—Adiós, Philippe. ¡Te amo, adiós!

—¡Oh!, está muerta –exclamó el coronel abriendo los brazos.

El viejo médico recibió el cuerpo inanimado de su sobrina, la abrazó como hubiera hecho un joven, se la llevó y se sentó con ella sobre un montón de lefia. Miró a la condesa mientras le ponía sobre el corazón una mano débil agitada por convulsiones. El corazón ya no latía.

—Entonces es cierto –dijo contemplando sucesivamente al coronel inmóvil y al rostro de Stéphanie, sobre el que la muerte extendía esa belleza resplandeciente, fugitiva aureola, prenda quizá de un brillante porvenir–. Sí, está muerta.

—¡Ah!, esa sonrisa –exclamó Philippe–, ¡mire esa sonrisa! ¿Es posible?

—Ya está fría –respondió el sefior Fanjat.

El señor de Sucy dio algunos pasos para sustraerse de aquel espectáculo; pero se

detuvo, silbó la tonada que la loca entendía, y, al ver que su amante no acudía, se alejó con paso vacilante, como un borracho, silbando siempre, pero ya sin volver la vista atrás.

El general Philippe de Sucy pasaba en el mundo por un hombre muy amable y sobre todo muy alegre. Hace unos días, una dama le cumplimentó por su buen humor y su carácter inalterable.

—Ah, señora –le respondió–, pago mis bromas muy caras, de noche, cuando estoy solo.

—¿Está alguna vez solo?

—No –respondió él sonriendo.

Si un sensato observador de la naturaleza humana hubiera podido ver en ese momento la expresión del conde de Sucy, quizá se habría echado a temblar.

—¿Por qué no se casa? –continuó aquella dama que tenía varias hijas en un pensionado–. Es usted rico, posee título, es de antigua nobleza; tiene talentos, futuro, todo le sonríe.

—Sí –respondió él–, pero es una sonrisa que me mata.

Al día siguiente, la dama supo con asombro que el señor de Sucy se había saltado la tapa de los sesos durante la noche. La alta sociedad hizo distintos comentarios sobre aquel suceso extraordinario, y todos buscaban su causa. Según los gustos de cada observador, el juego, el amor, la ambición, desórdenes ocultos, explicaban aquella catástrofe, última escena de un drama que había empezado en 1812. Solo dos hombres, un magistrado y un viejo médico, sabían que el señor conde de Sucy era uno de esos hombres fuertes a los que Dios concede el desdichado poder de salir triunfantes a diario de un horrible combate que libran con algún monstruo desconocido. Si, durante un momento, Dios les retira su poderosa mano, sucumben.

París, marzo de 1830.

EL RECLUTA

«Hace poco veían, por un fenómeno de visión o de locomoción, abolir el espacio en sus dos modalidades de Tiempo y de Distancia, una de las cuales es intelectual y la otra física».

Hist[oria] Intel[ectual] de Louis Lambert[1].

A MI QUERIDO ALBERT MARCHAND
DE LA RIBELLERIE[2].
Tours, 1836.

Una noche del mes de noviembre de 1793, los principales personajes de Carentan se encontraban en el salón de la señora de Dey, en la que todos los días se celebraba la *asamblea.* Algunas circunstancias que no hubieran llamado la atención de una gran ciudad, pero que debían preocupar, y mucho, a una pequeña, prestaban a esa habitual cita un interés inusitado. La antevíspera, la señora de Dey había cerrado la puerta a su sociedad, a la que también se había dispensado de recibir la víspera con el pretexto de una indisposición. En tiempos normales, esos dos acontecimientos hubieran causado en Carentan el mismo efecto que produce en París una suspensión en todos los teatros. En esos días, la existencia queda, en cierto modo, incompleta. Pero en 1793, la conducta de la señora de Dey podía tener los resultados más funestos. El menor paso aventurado se convertía casi siempre para los nobles en una cuestión de vida o muerte. Para comprender la viva curiosidad y las finas sutilezas que animaron durante esa velada las fisonomías normandas de todos aquellos personajes, pero sobre todo para compartir las perplejidades secretas de la señora de Dey, es preciso explicar el papel que jugaba en Carentan. Como la posición crítica en que se encontraba en ese momento había sido la de mucha gente durante la Revolución, las simpatías de más de un lector acabarán de colorear este relato.

La señora de Dey, viuda de un teniente general, caballero de las Órdenes, había dejado la corte en los inicios de la emigración. Como poseía bienes considerables en los alrededores de Carentan, se había refugiado allí esperando que la influencia del Terror se haría sentir poco. Este cálculo, basado en un conocimiento exacto de la zona, era justo. La revolución provocó pocos estragos en Baja Normandía. Aunque, antes, la señora de Dey no viese más que a las familias nobles de la región cuando iba a visitar sus propiedades, había abierto su casa, por política, a los principales burgueses de la ciudad y a las nuevas autoridades, esforzándose para que se sintieran orgullosos de su conquista sin despertar en ellos odio ni envidia. Graciosa y buena, dotada de esa indecible dulzura que sabe agradar sin recurrir al envilecimiento o al ruego, había conseguido conciliarse la estima general gracias a un tacto exquisito, cuyos sensatos consejos le permitían mantenerse en la delicada línea en que podía

satisfacer las exigencias de aquella sociedad mezclada, sin humillar el reacio amor propio de los advenedizos, ni chocar el de sus antiguos amigos.

De unos treinta y ocho años, aún conservaba, no esa belleza lozana y rolliza que distingue a las hijas de la Baja Normandía, sino una belleza frágil y por así decir aristocrática. Sus rasgos eran finos y delicados, su talle, grácil y elástico. Cuando hablaba, su pálido rostro parecía iluminarse y cobrar vida. Sus grandes ojos negros estaban llenos de afabilidad, pero su expresión serena y religiosa parecía anunciar que el principio de su existencia ya no estaba en ella. Casada en la flor de la edad con un militar viejo y celoso, la falsedad de su posición en medio de una corte galante contribuyó mucho, sin duda, a extender un velo de grave melancolía sobre un rostro en el que los encantos y la vivacidad del amor habían debido brillar en el pasado. Obligada a reprimir constantemente los impulsos ingenuos y las emociones de la mujer cuando todavía siente en lugar de reflexionar, la pasión se había mantenido virgen en el fondo de su corazón. Por eso, su principal atractivo procedía de esa íntima juventud que, por momentos, revelaba su fisonomía y daba a sus ideas una inocente expresión de deseo. Su aspecto imponía el comedimiento, pero siempre había en su porte, en su voz, impulsos hacia un porvenir desconocido, como en una muchacha; el hombre más insensible no tardaba en enamorarse de ella y, sin embargo, conservaba una especie de respetuoso temor, inspirado por sus modales corteses, que imponían. Su alma, grande por naturaleza, pero fortalecida por luchas crueles, parecía situada demasiado lejos de lo vulgar, y los hombres se hacían justicia: aquella alma precisaba necesariamente una elevada pasión. Por eso los afectos de la señora de Dey se habían concentrado en un solo sentimiento, el de la maternidad. La felicidad y los placeres de que había sido privada su vida de mujer, los encontraba en el amor extremo que profesaba por su hijo. No lo amaba solo con la pura y profunda abnegación de una madre, sino con la coquetería de una amante, con los celos de una esposa. Era desgraciada lejos de él, estaba inquieta durante sus ausencias, nunca lo veía suficiente, solo vivía por él y para él. Para hacer comprender a los hombres la fuerza de ese sentimiento, bastará añadir que ese hijo era no solo el hijo único de la señora de Dey, sino su último pariente, el único ser a quien podía confiar los temores, las esperanzas y las alegrías de su vida. El difunto conde de Dey fue el último vástago de su familia, así como ella era la única heredera de la suya. Los cálculos y los intereses humanos habían coincidido, pues, con las más nobles necesidades del alma para exaltar en el corazón de la condesa un sentimiento ya tan fuerte en las mujeres. No había educado a su hijo sino con trabajos infinitos, que se lo habían vuelto más querido aún; veinte veces los médicos le habían presagiado su pérdida; pero, confiando en sus presentimientos, en sus esperanzas, tuvo la alegría indecible de verle atravesar felizmente los peligros de la infancia, admirar los progresos de su constitución, a pesar de las sentencias de la Facultad.

Gracias a cuidados constantes, aquel hijo había crecido y se había desarrollado con tanta gracia que, a los veinte años, pasaba por uno de los jinetes más consumados

de Versalles. Finalmente, por una felicidad que no siempre corona los esfuerzos de todas las madres, era adorada por su hijo, sus almas se entendían por simpatía fraternal. Si no hubieran estado unidos ya por los votos de la naturaleza, habrían sentido instintivamente el uno por el otro esa amistad entre personas que tan rara vez se encuentra en la vida. Nombrado subteniente de dragones a los dieciocho años, el joven conde había obedecido al pundonor de la época siguiendo a los príncipes en su emigración.

Así, la señora de Dey, noble, rica y madre de un emigrado, no se ocultaba los peligros de su cruel situación. Como no tenía más anhelo que el de conservar para su hijo una gran fortuna, había renunciado a la dicha de acompañarlo; pero al leer las rigurosas leyes en virtud de las cuales la República confiscaba a diario los bienes de los emigrados en Carentan, se aplaudía por aquel acto de valor. ¿No conservaba los tesoros de su hijo con peligro de su vida? Luego, al enterarse de las terribles ejecuciones ordenadas por la Convención[3], dormía feliz al saber su única riqueza a salvo, lejos de los peligros, lejos de los cadalsos. Se complacía en creer que había tomado la mejor decisión para salvar a la vez todas sus fortunas. Al hacer a ese secreto pensamiento las concesiones exigidas por la desgracia de los tiempos sin comprometer ni su dignidad de mujer ni sus creencias aristocráticas, envolvía sus dolores en un frío misterio. Había comprendido las dificultades que la esperaban en Carentan. Ir a ocupar el primer puesto, ¿no era desafiar al cadalso todos los días? Pero, sostenida por un valor de madre, supo conquistar el afecto de los pobres aliviando indistintamente todas las miserias, y se hizo necesaria a los ricos velando por sus placeres. Recibía al procurador de la comuna, al alcalde, al presidente del distrito, al acusador público e incluso a los jueces del tribunal revolucionario. Como los cuatro primeros de estos personajes no estaban casados, la cortejaban con la esperanza de casarse con ella, bien asustándola con el daño que podían hacerle, bien ofreciéndole su protección. El acusador público, antiguo procurador en Caen, encargado en el pasado de los intereses de la condesa, trataba de inspirarle el amor con una conducta llena de abnegación y de generosidad: ¡peligrosa sutileza! Era el más temible de todos los pretendientes. Solo él conocía a fondo el estado de la considerable fortuna de su antigua cliente. Su pasión debía aumentar con todos los deseos de una avaricia que se apoyaba en un poder inmenso, en el derecho de vida y muerte en el distrito. Ese hombre, joven todavía, ponía tanta nobleza en su proceder que la señora de Dey aún no había podido juzgarlo. Pero, despreciando el peligro que había en competir en sutileza con normandos, ella empleaba el espíritu inventivo y la astucia que la naturaleza ha concedido a las mujeres para oponer unas a otras aquellas rivalidades. Ganando tiempo, esperaba llegar sana y salva al final de los disturbios. En esa época, los realistas del interior se jactaban todos los días de ver concluida la Revolución a la mañana siguiente; y esa creencia supuso la perdición de muchos de ellos.

A pesar de esos obstáculos, la condesa había mantenido con bastante habilidad su

independencia hasta el día en que, por una inexplicable prudencia, se le había ocurrido cerrar su puerta. Inspiraba un interés tan profundo y tan verdadero que las personas que acudieron esa noche concibieron vivas inquietudes al saber que le resultaba imposible recibirlos; luego, con esa sinceridad curiosa impresa en las costumbres provincianas, se preguntaron por la desgracia, el dolor, la enfermedad que debía afligir a la señora de Dey. A estas preguntas, una vieja ama de llaves llamada Brigitte respondía que su señora estaba enferma y no quería ver a nadie, ni siquiera a los criados de su casa. La existencia, en cierto modo claustral, que llevan los habitantes de una pequeña ciudad crea en ellos un hábito tan naturalmente invencible de analizar y explicar las acciones ajenas que, después de haber compadecido a la señora de Dey, sin saber si era realmente feliz o desdichada, todos se pusieron a investigar las causas de su repentino retiro.

—Si estuviera enferma –dijo el primer curioso–, habría llamado al médico; pero el doctor estuvo durante toda la jornada en mi casa jugando al ajedrez. Me decía riendo que, en los tiempos que corren, solo hay una enfermedad… que por desgracia es incurable.

Esa broma fue aventurada con prudencia. Mujeres, hombres, viejos y muchachas se pusieron entonces a recorrer el ancho campo de las conjeturas. Cada cual creyó vislumbrar un secreto, y ese secreto ocupó todas las imaginaciones. Al día siguiente las sospechas se enconaron. Como en un pequeño pueblo la vida se hace a plena luz, las mujeres fueron las primeras en saber que Brigitte había hecho en el mercado provisiones más considerables que de costumbre. El hecho era irrefutable. Se había visto a Brigitte muy temprano en la plaza, y, cosa extraordinaria, había comprado la única liebre que había. Todo el pueblo sabía que a la señora de Dey no le gustaba la caza. La liebre se convirtió en un punto de partida para suposiciones infinitas. Al dar su paseo habitual, los viejos observaron en casa de la condesa una especie de actividad concentrada, revelada por las precauciones mismas que incluso tomaban los criados para ocultarla. El ayuda de cámara sacudía una alfombra en el jardín; la víspera, nadie se habría fijado; pero aquella alfombra se convirtió en una pieza en apoyo de las novelas que todo el mundo construía. Cada cual tenía la suya. El segundo día, al enterarse de que la señora de Dey se decía indispuesta, los principales personajes de Carentan se reunieron por la tarde en casa del hermano del alcalde, viejo comerciante casado, hombre probo, generalmente estimado, y con quien la condesa tenía muchas consideraciones. Allí, todos los aspirantes a la mano de la rica viuda tuvieron una fábula más o menos probable que contar; y cada uno de ellos pensaba en aprovechar en beneficio propio la circunstancia secreta que la forzaba a comprometerse de aquella manera. El acusador público imaginaba todo un drama para llevar de noche al hijo de la señora de Dey a casa. El alcalde creía en un cura no juramentado[4], venido de la Vendée, y que le habría pedido asilo; pero la compra de la liebre, un viernes[5], le desconcertaba mucho. El presidente del distrito apostaba firmemente por un jefe de los chuanes o de los vendeanos implacablemente

perseguido. Otros preferían un noble escapado de las prisiones de París. En fin, todos sospechaban que la condesa era culpable de una de esas generosidades que las leyes de entonces llamaban crimen, y que podían llevar al cadalso. El acusador público decía además, en voz baja, que había que guardar silencio y tratar de salvar a la infortunada del abismo hacia el que se dirigía a grandes pasos.

—Si divulgan ustedes el asunto –añadió–, yo me vería obligado a intervenir, a hacer pesquisas en su casa, ¡y entonces!…

No acabó, pero todos comprendieron aquella reticencia.

Los amigos sinceros de la condesa se alarmaron tanto por ella que, la mañana del tercer día, el procurador-síndico de la comuna hizo que su mujer le escribiera unas líneas para aconsejarla que recibiese por la noche como de costumbre. Más osado, el viejo comerciante se presentó por la mañana en casa de la señora de Dey. Seguro del favor que quería prestarle, exigió ser llevado a su presencia, y se quedó estupefacto al verla en el jardín, dedicada a cortar las últimas flores de sus arriates para llenar unos jarrones.

«Seguro que ha dado asilo a su amante», se dijo el viejo, lleno de lástima hacia aquella encantadora mujer. La singular expresión del rostro de la condesa confirmó sus suposiciones. Vivamente conmovido por esa abnegación tan natural en las mujeres, pero que siempre nos afecta, pues a todos los hombres les halagan los sacrificios que una de ellas hace a un hombre, el comerciante informó a la condesa de los rumores que corrían por el pueblo y el peligro en que se encontraba.

—Porque –le dijo para terminar–, si entre nuestros funcionarios hay algunos bastante dispuestos a perdonarle un heroísmo que tuviera a un sacerdote por objeto, nadie la compadecerá si se termina descubriendo que se inmola usted a intereses sentimentales.

Ante estas palabras, la señora de Dey miró al anciano con un aire de extravío y de locura que, pese a ser viejo, le hizo estremecerse.

—Venga –le dijo ella cogiéndolo de la mano para llevarlo a su cuarto, donde, tras asegurarse de que estaban solos, sacó de su seno una carta sucia y arrugada–. Lea –exclamó haciendo un violento esfuerzo para pronunciar esa palabra.

Se dejó caer en su sillón, como anonadada. Mientras el viejo comerciante buscaba sus anteojos y los limpiaba, ella alzó la vista hacia él, lo contempló por primera vez con curiosidad; luego, con una voz alterada, le dijo dulcemente:

—Confío en usted.

—Es que no vengo a compartir su crimen –respondió el buen hombre con ingenuidad.

Ella se estremeció. Por primera vez, en aquel pequeño pueblo, su alma simpatizaba con la de otro. De pronto, el viejo comerciante comprendió tanto el abatimiento como la alegría de la condesa. Su hijo había formado parte de la expedición de Granville[6], escribía a su madre desde el fondo de su prisión, dándole una triste y dulce esperanza. Como no dudaba de sus medios de evasión, le señalaba

tres días durante los cuales debía presentarse en su casa, disfrazado. La fatal carta contenía una desgarradora despedida en caso de que no estuviera en Carentan la noche del tercer día, y rogaba a su madre que entregase una cantidad bastante fuerte al emisario que se había encargado de llevarle aquel despacho sorteando mil peligros. El papel temblaba en las manos del anciano.

—Y hoy es el tercer día –exclamó la señora de Dey, que se levantó rápidamente, recuperó la carta y se puso a andar.

—Ha cometido varias imprudencias –le dijo el comerciante–. ¿Por qué comprar provisiones?

—Porque puede llegar muerto de hambre, agotado de fatiga, y…

No acabó la frase.

—Estoy seguro de mi hermano –continuó el viejo–, voy a pedirle que la ayude.

En aquella circunstancia, el negociante encontró la sutileza que en el pasado había puesto en los negocios, y le dictó consejos llenos de prudencia y sagacidad. Después de haber acordado cuanto debían decir y hacer uno u otro, el anciano visitó, con pretextos hábilmente ideados, las principales casas de Carentan, donde anunció que la señora de Dey, a quien acababa de ver, recibiría por la noche, a pesar de su indisposición. Luchando en sutileza con las inteligencias normandas en el interrogatorio que cada familia le impuso sobre la naturaleza de la enfermedad de la condesa, consiguió engañar a casi todas las personas que se preocupaban por aquel misterioso asunto. Su primera visita produjo un efecto maravilloso. Contó delante de una vieja dama gotosa que la señora de Dey había estado a punto de perecer de un ataque de gota al estómago; como el famoso Tronchin[7] le había recomendado en el pasado, en parecida circunstancia, ponerse sobre el pecho la piel de una liebre degollada viva, y permanecer en cama sin permitirse el menor movimiento, la condesa, en peligro de muerte hacía dos días, se encontraba ahora, tras haber seguido puntualmente la extraña prescripción de Tronchin, suficientemente restablecida para recibir a los que fueran a verla durante la velada. Este cuento tuvo un éxito prodigioso, y el médico de Carentan, realista *in petto,* aumentó su efecto por la importancia con que discutió el específico. Sin embargo, las sospechas habían arraigado con demasiada fuerza en la mente de algunos tozudos o de algunos filósofos para quedar disipadas por completo, de suerte que, por la noche, cuantos eran admitidos en casa de la señora de Dey acudieron ansiosos y temprano a su casa, unos para espiar su actitud, otros por amistad, la mayoría impresionados por lo maravilloso de su curación. Hallaron a la condesa sentada junto a la gran chimenea de su salón, casi tan modesto como lo eran los de Carentan, pues, para no herir los estrechos pensamientos de sus invitados, había evitado los goces del lujo a los que en otro tiempo estaba acostumbrada, y no había hecho ningún cambio en su casa. El embaldosado de la sala de recepción ni siquiera había sido frotado. Dejaba sobre las paredes viejos tapices sombríos, conservaba los muebles de la región, quemaba candelas de sebo[8] y seguía las modas del pueblo, adaptándose a la vida provinciana

sin retroceder ni ante las pequeñeces más duras ni ante las privaciones más desagradables. Pero, sabiendo que sus invitados le perdonarían las magnificencias que tuvieran el bienestar de ellos por objeto, no descuidaba nada cuando se trataba de procurarles goces personales. Por eso les daba excelentes cenas. Llegaba incluso a fingir avaricia para agradar a aquellos espíritus calculadores; y después de haber tenido el arte de hacerse arrancar ciertas concesiones de lujo, sabía obedecer con gracia. Así pues, hacia las siete de la tarde, la mejor mala compañía de Carentan se encontraba en su casa, y describía un gran círculo delante de la chimenea. La anfitriona, sostenida en su desgracia por las miradas compasivas que le lanzaba el viejo negociante, se sometió con un coraje inaudito a las minuciosas preguntas, a los razonamientos frívolos y estúpidos de sus invitados. Pero, con cada aldabonzazo en su puerta, o siempre que unos pasos resonaban en la calle, ocultaba sus emociones planteando cuestiones interesantes para la fortuna del país. Dio lugar a ruidosas discusiones sobre la calidad de las sidras y fue tan bien secundada por su confidente que la asamblea casi se olvidó de espiarla, encontrando su actitud natural y su aplomo imperturbable. El acusador público y uno de los jueces del tribunal revolucionario permanecían taciturnos, observaban con atención los menores movimientos de su fisonomía, acechaban los ruidos de la casa, a pesar del tumulto; y, en varias ocasiones le hicieron preguntas embarazosas, a las que la condesa respondió sin embargo con una admirable presencia de ánimo. ¡Tienen tanto valor las madres! En el momento en que la señora de Dey dispuso las partidas, colocó a todo el mundo en las mesas de boston, de revesino o de whist[9]; todavía se quedó hablando con algunas jóvenes con un extremado aplomo, interpretando su papel como actriz consumada. Se hizo pedir un juego de lotería, y, pretendiendo que ella era la única en saber dónde estaba, desapareció.

—Me ahogo, mi pobre Brigitte –exclamó secándose unas lágrimas que salieron con ímpetu de sus ojos brillantes de fiebre, de dolor y de impaciencia–. No viene –continuó mirando el cuarto al que había subido–. Aquí respiro y vivo. Unos momentos más, ¡y él estará aquí! Porque todavía vive, estoy segura. Mi corazón me lo dice. ¿No oye nada, Brigitte? ¡Oh!, daría el resto de mi vida por saber si está en prisión o si marcha a través del campo. Quisiera no pensar.

Examinó de nuevo si todo estaba en orden en el aposento. Un buen fuego brillaba en la chimenea; los postigos estaban cuidadosamente cerrados; los muebles relucían de limpieza; la manera en que se había hecho la cama probaba que la condesa se había ocupado con Brigitte de los menores detalles; y sus esperanzas quedaban de manifiesto en los delicados cuidados que parecían haberse tomado en aquel cuarto donde se respiraban tanto la graciosa dulzura del amor como sus más castas caricias en los perfumes exhalados por las flores. Solo una madre podía haber previsto los deseos de un soldado y prepararle satisfacciones tan completas. Una comida exquisita, vinos selectos, el calzado, la ropa, en fin, todo lo que debía ser necesario o agradable a un viajero fatigado se encontraba reunido para que nada le faltase, para

que las delicias del hogar le revelasen el amor de una madre.

—¿Brigitte? –dijo la condesa con un sonido desgarrador de voz mientras iba a colocar un asiento delante de la mesa, como para dar realidad a sus deseos, como para aumentar la fuerza de sus ilusiones.

—¡Ah!, señora, vendrá. No está lejos.

—No dudo de que vive y de que está en camino –continuó Brigitte–. He puesto una llave en la Biblia, y la he tenido sobre mis dedos mientras Cottin leía el evangelio de san Juan… ¡y la llave no ha girado, señora!

—¿Es eso muy seguro? –preguntó la condesa.

—Oh, señora, lo sabe todo el mundo. Apostaría mi salvación a que está vivo. Dios no puede engañarse.

—A pesar del peligro que aquí le espera, sin embargo quisiera verlo aquí.

—Pobre señor Auguste –exclamó Brigitte–, sin duda va a pie por los caminos.

—Y ya dan las ocho en el campanario –exclamó aterrorizada la condesa.

Tuvo miedo de haberse quedado más tiempo del que debía en aquella habitación donde creía en la vida de su hijo, al ver todo lo que le certificaba de su vida, y bajó; pero antes de entrar en el salón, se quedó durante un momento bajo el peristilo de la escalera, escuchando si algún ruido despertaba los silenciosos ecos del pueblo. Sonrió al marido de Brigitte, que estaba de centinela, y cuyos ojos parecían pasmados a fuerza de prestar atención a los murmullos de la plaza y de la noche. Ella veía a su hijo en todo y por todas partes. Regresó pronto, fingiendo un aire alegre, y se puso a jugar a la lotería con unas niñas; pero, de vez en cuando, se quejaba de sufrir, y terminó por ocupar su sillón junto a la chimenea.

Tal era la situación de las cosas y de los ánimos en casa de la señora de Dey mientras, en el camino de París a Cherburgo, un joven vestido con una carmañola[10] parda, atuendo de rigor en aquella época, se dirigía hacia Carentan. En los comienzos de los reclutamientos[11] había poca o ninguna disciplina. Las exigencias del momento apenas permitían a la República equipar inmediatamente a sus soldados, y no era raro ver los caminos cubiertos de reclutas que conservaban sus ropas burguesas. Estos jóvenes se adelantaban a sus batallones a los lugares de etapa, o se quedaban atrás, pues su marcha estaba sometida a su manera de soportar las fatigas de una larga ruta. El viajero de que aquí se trata se encontraba bastante por delante de la columna de reclutas que se dirigía a Cherburgo, y que el alcalde de Carentan esperaba de hora en hora, a fin de distribuirles las boletas de alojamiento. Aquel joven caminaba con paso pesado, pero firme todavía, y su actitud parecía anunciar que estaba familiarizado hacía tiempo con las rudezas de la vida militar. Aunque la luna iluminase los prados cercanos a Carentan, había observado unos nubarrones blancos a punto de lanzar nieve sobre el campo; y el temor a verse sorprendido por un huracán animaba sin duda su marcha, más rápida entonces de lo que implicaba su cansancio. Llevaba a la espalda un saco casi vacío, y sostenía en la mano un bastón de boj, cortado en los altos y anchos setos que este arbusto forma alrededor de la

mayor parte de los herbazales en Baja Normandía. Aquel viajero solitario entró en Carentan, cuyas torres, bordeadas de resplandores fantásticos por la luna, divisaba desde hacía un momento. Su paso despertó los ecos de las calles silenciosas, donde no encontró a nadie; se vio obligado a preguntar por la casa del alcalde a un tejedor que aún estaba trabajando. Ese magistrado vivía a escasa distancia, y el recluta pronto se encontró a cubierto bajo el soportal de la casa del alcalde, y se sentó en un banco de piedra esperando la boleta de alojamiento que había reclamado. Pero, llamado por este funcionario, compareció ante él y se convirtió en objeto de un escrupuloso examen. El soldado era un joven de buen aspecto que parecía pertenecer a una familia distinguida. Su aire reflejaba nobleza. La inteligencia debida a una buena educación respiraba en su rostro.

—¿Cómo te llamas? –le preguntó el alcalde lanzándole una mirada llena de sagacidad.

—Julien Jussieu –respondió el recluta.

—¿Y de dónde vienes? –dijo el magistrado dejando escapar una sonrisa incrédula.

—De París.

—Tus camaradas deben de estar lejos –continuó el normando en tono burlón.

—Tengo tres leguas de adelanto sobre el batallón.

—Seguro que algún sentimiento te trae a Carentan, ciudadano recluta –dijo el alcalde con aire sagaz–. Está bien –añadió imponiendo silencio con un gesto de la mano al joven dispuesto a hablar–, sabemos dónde enviarte. Toma –añadió entregándole su boleta de alojamiento–, ve ahí, *ciudadano Jussieu.*

Se dejó sentir cierto tono de ironía en el acento con que el magistrado pronunció estas dos últimas palabras mientras tendía una boleta en la que estaba indicada la casa de la señora de Dey. El joven leyó la dirección con aire de curiosidad.

«Sabe de sobra que no tiene que ir muy lejos. Y cuando esté fuera, ¡pronto habrá atravesado la plaza! –se dijo para sus adentros el alcalde mientras el joven salía–. ¡Qué atrevimiento el suyo! ¡Que Dios le guíe! Tiene respuesta para todo. ¡Sí, pero si cualquier otro le hubiera pedido su documentación estaría perdido!».

En ese momento, los relojes de Carentan habían dado las nueve y media; los faroles de mano se encendían en la antecámara de la señora de Dey; los criados ayudaban a sus amos y amas a ponerse sus zuecos, sus hopalandas o sus manteletas; los jugadores habían saldado sus cuentas e iban a retirarse todos juntos, según el uso establecido en todos los pueblos pequeños.

—Parece que el acusador público quiere quedarse –dijo una dama al darse cuenta de que ese importante personaje faltaba en el momento en que todos se separaron en la plaza para volver a su hogar, tras haber agotado todas las fórmulas de despedida.

En efecto, ese terrible magistrado estaba a solas con la condesa, que, temblando, esperaba a que tuviera a bien irse.

—Ciudadana –dijo él por fin tras un largo silencio que tuvo algo de terrible–, estoy aquí para hacer cumplir las leyes de la República…

La señora de Dey se estremeció.

—¿No tiene nada que revelarme? –preguntó él.

—Nada –respondió ella sorprendida.

—¡Ay!, señora –exclamó el acusador público sentándose a su lado y cambiando de tono–, en este momento, por una palabra, usted o yo podemos llevar nuestra cabeza al cadalso. He observado demasiado bien su carácter, su alma, sus modales, para compartir el error al que ha podido inducir a sus invitados esta noche. Usted espera a su hijo, no tengo la menor duda.

La condesa dejó escapar un gesto de denegación; pero había palidecido, los músculos de su rostro se habían contraído por la necesidad en que se encontraba de hacer ostentación de una firmeza engañosa, y la mirada implacable del acusador público no perdió ninguno de sus movimientos.

—Bien, recíbalo –continuó el magistrado revolucionario–; pero que no se quede bajo su techo más tarde de las siete de la mañana. Mañana, una vez que amanezca, vendré a su casa provisto de una denuncia que me haré presentar…

Ella lo miró con un aire estúpido que hubiera dado lástima a un tigre.

—Demostraré –continuó él con voz suave– la falsedad de la denuncia con minuciosas pesquisas, y usted quedará, dada la naturaleza de mi informe, al abrigo de toda sospecha ulterior. Hablaré de sus donaciones patrióticas, de su civismo, y *todos* estaremos a salvo.

La señora de Dey temía una trampa, permanecía inmóvil, pero su cara ardía y su lengua estaba helada. Un aldabonazo resonó en la casa.

—¡Ah! –gritó la madre espantada, cayendo de rodillas–. ¡Salvarlo, salvarlo!

—Sí, salvémoslo –continuó el acusador público, lanzándole una mirada compasiva–, aunque *nos* cueste la vida.

—Estoy perdida –exclamó ella mientras el acusador la levantaba cortésmente.

—¡Eh!, señora –respondió él con un bello gesto oratorio– no quiero deberle a nada, solo a usted misma.

—Señora, ya está aq… –exclamó Brigitte, que creía sola a su ama.

Al ver al acusador público, la vieja criada, de colorada y alegre se volvió inmóvil y pálida.

—¿Quién es, Brigitte? –preguntó el magistrado con aire dulce e inteligente.

—Un recluta que el alcalde nos envía para que lo alojemos –respondió la criada mostrando la boleta.

—Es cierto –dijo el acusador tras haber leído el papel–. ¡Esta noche nos llega un batallón!

Y salió.

En ese momento, la condesa tenía demasiada necesidad de creer en la sinceridad de su antiguo procurador para concebir la menor duda; subió rápidamente la escalera, con las fuerzas justas para sostenerse; luego abrió la puerta de su cuarto, vio a su hijo, se precipitó en sus brazos, moribunda.

—¡Oh, hijo mío, hijo mío! –exclamó sollozando y cubriéndole de besos impregnados de una especie de frenesí.

—Señora –dijo el desconocido.

—¡Ah!, no es él –exclamó ella retrocediendo espantada y permaneciendo de pie ante el recluta, al que contemplaba con aire despavorido.

—¡Santo Dios, qué parecido! –dijo Brigitte.

Hubo un momento de silencio, y el propio forastero se estremeció ante el aspecto de la señora de Dey.

—Ah, señor –dijo ella apoyándose en el marido de Brigitte, y sintiendo entonces en toda su extensión un dolor cuyo primer ataque había estado a punto de matarla–; señor, no puedo seguir viéndole más tiempo; permita que mis criados me reemplacen y se ocupen de usted.

Bajó a sus aposentos, medio sostenida por Brigitte y su viejo criado.

—¿Cómo, señora? –exclamó el ama de llaves sentando a su señora–, ¿va a dormir ese hombre en la cama del señor Auguste, a ponerse las zapatillas del señor Auguste, a comer el paté que he preparado para el señor Auguste? Aunque tengan que guillotinarme, yo…

—¡Brigitte! –gritó la señora de Dey.

Brigitte permaneció en silencio.

—Cállate, charlatana –le dijo su marido en voz baja–, ¿quieres matar a la señora?

En ese momento, el recluta hizo ruido en su habitación al sentarse a la mesa.

—No me quedaré aquí –exclamó la señora de Dey–, iré al invernadero, donde oiré mejor lo que pase fuera durante la noche.

Aún dudaba entre el temor de haber perdido a su hijo y la esperanza de verlo reaparecer. La noche fue horriblemente silenciosa. Para la condesa hubo un momento terrible, cuando el batallón de reclutas entró en el pueblo y cada hombre buscó su alojamiento. Fueron esperanzas defraudadas a cada paso, a cada ruido; luego, la naturaleza no tardó en recuperar una calma espantosa. Hacia el amanecer, la condesa se vio obligada a volver a su cuarto. Brigitte, que vigilaba los movimientos de su ama, al ver que no salía, entró en la habitación y encontró muerta a la condesa.

—Probablemente habrá oído a ese recluta que acaba de vestirse y que anda por la habitación del señor Auguste cantando su maldita *Marsellesa,* como si estuviese en una cuadra –exclamó Brigitte–. ¡Eso la habrá matado!

La muerte de la condesa fue provocada por un sentimiento más grave, y sin duda por alguna visión terrible. A la hora precisa en que la señora de Dey moría en Carentan, su hijo era fusilado en el Morbihan[12]. Podemos unir este hecho trágico a todas las observaciones sobre las simpatías que desconocen las leyes del espacio; documentos que reúnen con docta curiosidad algunos hombres solitarios, y que servirán un día para sentar las bases de una ciencia nueva a la que hasta la fecha ha faltado un hombre de genio[13].

París, febrero de 1831.

EL VERDUGO

A Martínez de la Rosa[1].

El campanario del pequeño pueblo de Menda acababa de dar la medianoche. En ese momento, un joven oficial francés, apoyado en el parapeto de una larga terraza que bordeaba los jardines del castillo de Menda[2], parecía sumido en una contemplación más profunda de lo que lleva aparejada la despreocupación de la vida militar; pero hay que decir también que nunca hora, lugar y noche fueron más propicios a la meditación. El hermoso cielo de España extendía una cúpula de azul por encima de su cabeza. El centelleo de las estrellas y la suave luz de la luna iluminaban un delicioso valle que se desplegaba agradablemente a sus pies. Apoyado en un naranjo en flor, el jefe de batallón podía ver, a cien pies por debajo de él, la villa de Menda, que parecía estar puesta al abrigo de los vientos del norte, al pie de la roca sobre la que estaba construido el castillo. Al volver la cabeza, divisaba el mar, cuyas brillantes aguas enmarcaban el paisaje con una ancha lámina de plata. El castillo estaba iluminado. El alegre tumulto de un baile, los acentos de la orquesta, las risas de algunos oficiales y de sus parejas de baile llegaban hasta él mezcladas con el lejano murmullo de las olas. El frescor de la noche imprimía una especie de energía a su cuerpo agotado por el calor del día. Por último, los jardines estaban plantados de árboles tan fragantes y de flores tan suaves que el joven se encontraba como sumergido en un baño de perfumes.

El castillo de Menda pertenecía a un grande de España que en ese momento vivía en él con su familia. Durante toda aquella velada, la mayor de sus hijas había mirado al oficial con un interés impregnado de tal tristeza que el sentimiento de compasión expresado por la española bien podía provocar la ensoñación del francés. Clara era bella, y aunque tuviese tres hermanos y una hermana, los bienes del marqués de Leganés parecían bastante considerables como para hacer creer a Victor Marchand que la joven tendría una rica dote. Pero ¡cómo atreverse a creer que la hija del viejo más pagado de su grandeza que hubo en España podría ser dada al hijo de un tendero de París! Además, los franceses eran odiados. El general G..t..r…[3], que gobernaba la provincia, sospechaba que el marqués preparaba un levantamiento a favor de Fernando VII[4]; de ahí que el batallón mandado por Victor Marchand estuviese acantonado en la pequeña ciudad de Menda para contener los campos vecinos, que obedecían al marqués de Leganés. Un reciente despacho del general Ney[5] hacía temer que los ingleses desembarcasen próximamente en la costa, y señalaba al marqués como un hombre que estaba en connivencia con el gabinete de Londres. Por eso, pese al buen recibimiento que ese español había hecho a Victor Marchand y a sus soldados, el joven oficial estaba siempre a la defensiva. Mientras se dirigía hacia

aquella terraza desde la que acababa de examinar el estado de la villa y de los campos confiados a su vigilancia, se preguntaba cómo debía interpretar la amistad que el marqués no había cesado de testimoniarle, y cómo la tranquilidad de la zona podía conciliarse con las inquietudes de su general; pero, desde hacía un momento, estas ideas habían sido expulsadas de la mente del joven comandante por un sentimiento de prudencia y por una curiosidad muy legítima. Acababa de divisar en la villa una cantidad bastante grande de luces. A pesar de la festividad de Santiago, había ordenado aquella misma mañana que los fuegos se apagasen a la hora prescrita por su bando. Solo el castillo había quedado excluido de esa medida. Vio brillar aquí y allá las bayonetas de sus soldados en los puestos de costumbre; pero el silencio era solemne, y nada anunciaba que los españoles fueran presa de la embriaguez de una fiesta. Después de haber tratado de explicarse la infracción de la que se volvían culpables los habitantes, encontró en ese delito un misterio tanto más incomprensible cuanto que había dejado oficiales encargados de la policía nocturna y de las rondas. Con la impetuosidad de la juventud, iba a lanzarse por una brecha para bajar rápidamente las rocas y llegar así más deprisa que por el camino habitual a un pequeño puesto situado en la entrada de la villa por el lado del castillo, cuando un leve ruido le detuvo en su carrera. Creyó oír la arena de las avenidas crujiendo bajo el paso ligero de una mujer. Volvió la cabeza y no vio nada; pero sus ojos quedaron impresionados por el brillo extraordinario del océano. De repente distinguió un espectáculo tan funesto que se quedó paralizado de sorpresa, acusando a sus sentidos de error. Los rayos blanquecinos de la luna le permitieron distinguir velas a una distancia bastante grande. Se estremeció, e intentó convencerse de que aquella visión era una trampa de óptica ofrecida por los caprichos de las ondas y de la luna. En ese momento, una voz enronquecida pronunció el nombre del oficial, que miró hacia la brecha y vio elevarse en ella lentamente la cabeza del soldado por el que se había hecho acompañar al castillo.

—¿Es usted, mi comandante?

—Sí. ¿Y bien? –le dijo en voz baja el joven, al que una especie de presentimiento advirtió que obrase con cautela…

—Esos bribones se mueven como gusanos, y si me lo permite me apresuro a comunicarle mis pequeñas observaciones.

—Habla –respondió Victor Marchand.

—Acabo de seguir a un hombre del castillo que ha pasado por aquí con una linterna en la mano. Una linterna es terriblemente sospechosa; no creo que ese cristiano necesite encender cirios a esta hora. «¡Quieren comemos», me he dicho, y me he puesto a examinarle los talones. Así, mi comandante, he descubierto a tres pasos de aquí, en un trozo de roca, un montón de haces de leña.

Un grito terrible, que de repente resonó en la villa, interrumpió al soldado. Un resplandor repentino iluminó al comandante. El pobre granadero recibió una bala en la cabeza y se derrumbó. Una hoguera de paja y madera seca brillaba como un

incendio a diez pasos del joven. Los instrumentos y las risas dejaban de oírse en la sala del baile. Un silencio de muerte, interrumpido por gemidos, había reemplazado de repente a los rumores y a la música de la fiesta. Un cañonazo resonó en la llanura blanca del océano. Por la frente del joven oficial corrió un sudor frío. Estaba sin espada. Comprendía que sus soldados habían perecido y que los ingleses iban a desembarcar. Se vio deshonrado si seguía vivo, se vio llevado ante un consejo de guerra; entonces midió con la vista la profundidad del valle, y se lanzaba hacia él en el momento en que la mano de Clara cogió la suya.

—¡Escape! –dijo ella–, mis hermanos vienen tras de mí para matarle. Al pie de la roca, por ahí, encontrará al andaluz Juanito. ¡Corra!

Ella lo empujó, el joven, estupefacto, la miró un momento; pero obedeciendo enseguida al instinto de conservación que nunca abandona al hombre, ni siquiera al más fuerte, se lanzó hacia el parque tomando la dirección indicada, y corrió a través de las rocas que hasta entonces solo habían utilizado las cabras. Oyó a Clara gritar a sus hermanos que le persiguiesen; oyó el paso de sus asesinos; oyó silbar en sus oídos las balas de varias descargas; pero consiguió alcanzar el valle, encontró el caballo, montó en él y desapareció con la rapidez del relámpago.

En pocas horas el joven oficial llegó al cuartel del general G..t..r, a quien encontró cenando con su estado mayor.

—¡Le traigo mi cabeza! –gritó el jefe de batallón presentándose pálido y deshecho.

Se sentó, y contó la horrible aventura. Un silencio espantoso acogió su relato.

—Le considero más desgraciado que criminal –terminó por responder el terrible general–. No es usted culpable de la fechoría de los españoles; y, a menos que el mariscal decida otra cosa, yo le absuelvo.

Estas palabras no fueron sino un débil consuelo para el desdichado oficial.

—¡Cuando el Emperador se entere! –exclamó.

—Querrá que le fusilen –dijo el general–, pero ya veremos. En fin, no se hable más de esto –añadió en tono severo– más que para preparar una venganza que imprima un terror saludable en este país donde hacen la guerra a la manera de los salvajes.

Una hora después, un regimiento entero, un destacamento de caballería y un convoy de artillería estaban en marcha. El general y Victor iban a la cabeza de aquella columna. Los soldados, informados de la matanza de sus camaradas, iban poseídos por un furor sin igual. La distancia que separaba la villa de Menda del cuartel general fue franqueada con una rapidez milagrosa. En el camino, el general encontró pueblos enteros bajo las armas. Todas aquellas miserables aldeas fueron cercadas y sus habitantes diezmados.

Por una de esas fatalidades inexplicables, los navíos ingleses se habían quedado al pairo, sin avanzar; pero más tarde se supo que esos barcos solo llevaban artillería y que habían navegado más deprisa que el resto de los transportes. Así, la villa de

Menda, privada de los defensores que esperaba, y que parecía prometerle la aparición de las velas inglesas, fue rodeada por las tropas francesas casi sin disparar un tiro. Los habitantes, sobrecogidos de terror, ofrecieron rendirse a discreción. Por una de esas abnegaciones que no han sido raras en la península, los asesinos de los franceses, previendo, por la conocida crueldad del general, que Menda tal vez fuera entregada a las llamas y toda la población pasada a cuchillo, propusieron denunciarse ellos mismos al general. Este aceptó el ofrecimiento, a condición de que los habitantes del castillo, desde el último criado hasta el marqués, le fueran entregados. Aceptada esta capitulación, el general prometió perdonar al resto de la población e impedir que sus soldados saquearan la villa o la incendiaran. Se les impuso una contribución enorme, y los habitantes más ricos se constituyeron prisioneros para garantizar el pago, que debía efectuarse en veinticuatro horas.

El general adoptó todas las precauciones necesarias para la seguridad de sus tropas, proveyó a la defensa de la zona y se negó a alojar sus soldados en las casas. Tras haberlos hecho acampar, subió al castillo, del que se apoderó militarmente. Los miembros de la familia de Leganés y los criados fueron cuidadosamente vigilados, maniatados y encerrados en la sala donde había tenido lugar el baile. Desde las ventanas de esa pieza podía abarcarse fácilmente la terraza que dominaba la villa. El estado mayor se instaló en una galería vecina, donde el general celebró, en primer lugar, un consejo sobre las medidas a tomar para oponerse al desembarco. Después de haber enviado un edecán al mariscal Ney y ordenado montar baterías en la costa, el general y su estado mayor se ocuparon de los prisioneros. Doscientos españoles que los habitantes habían entregado fueron fusilados inmediatamente en la terraza. Tras esa ejecución militar el general ordenó levantar en la terraza tantas horcas como personas había en la sala del castillo y llamar al verdugo del pueblo. Victor Marchand aprovechó el tiempo que iba a transcurrir antes de la cena para ir a ver a los prisioneros. No tardó en volver al lado del general.

—Vengo –le dijo con voz emocionada– para pedirle gracias.

—¡Usted! –contestó el general con un tono de amarga ironía.

—¡Ay! –respondió Victor–, las gracias que pido son tristes. El marqués, al ver plantar las horcas, ha esperado que usted cambiaría esta clase de suplicio para su familia, y le suplica que ordene decapitar a los nobles[6].

—De acuerdo –dijo el general.

—Piden además que se les concedan los auxilios de la religión, y que se les libre de sus ataduras; prometen que no intentarán huir.

—Lo concedo –dijo el general–; pero usted me responde de ellos.

—El anciano le ofrece también toda su fortuna si quiere perdonar a su hijo menor.

—¿De veras? –respondió el jefe–. Sus bienes ya pertenecen al rey José[7].

Se detuvo; un pensamiento de desprecio arrugó su frente, y añadió:

—Voy a ir más allá de su deseo. Adivino la importancia de su última petición. Pues bien, que compre la eternidad de su apellido, pero que España recuerde siempre

su traición y su suplicio. Dejo su fortuna y la vida de aquel de sus hijos que haga el oficio de verdugo. Vaya, y no me hable más del asunto.

La cena estaba servida. Los oficiales sentados a la mesa satisfacían un apetito que la fatiga había aguzado. Solo uno de ellos, Victor Marchand, no estaba en el festín. Tras haber vacilado largo rato, entró en el salón donde gemía la orgullosa familia de Leganés, y lanzó una mirada triste sobre el espectáculo que ofrecía entonces aquella sala, donde dos días antes había viso girar, arrastradas por el vals, las cabezas de las dos muchachas y de los tres jóvenes. Se estremeció al pensar que dentro de poco iban a rodar cortadas por la espada del verdugo. Atados en sus sillones dorados, el padre y la madre, los tres hijos y las dos hijas, permanecían en un estado de total inmovilidad. Ocho servidores estaban de pie, con las manos atadas a la espalda. Aquellas quince personas se miraban seriamente, y sus ojos apenas revelaban los sentimientos que los animaban. Una resignación profunda y el dolor de haber fracasado en su empresa se leían en algunas frentes. Unos soldados inmóviles los vigilaban respetando el dolor de aquellos crueles enemigos. Un movimiento de curiosidad animó los rostros cuando apareció Victor. Dio la orden de desatar a los condenados, y él mismo fue a soltar las cuerdas que mantenían a Clara prisionera en su silla. Ella sonrió tristemente. El oficial no pudo dejar de rozar los brazos de la joven, admirando su cabellera negra y su esbelto talle. Era una verdadera española: tenía la tez española, los ojos españoles, las largas pestañas rizadas y una pupila más negra que el ala de un cuervo.

—¿Lo ha conseguido? dijo ella dirigiéndole una de esas sonrisas fúnebres en las que todavía hay algo de niña.

Victor no pudo reprimir un gemido. Miró sucesivamente a los tres hermanos y a Clara. Uno, y era el mayor, tenía treinta años. De baja estatura, bastante mal constituido, aspecto altivo y desdeñoso, no carecía de cierta nobleza en los modales, y no parecía ajeno a esa delicadeza de sentimiento que hizo tan célebre antaño la galantería española. Se llamaba Juanito. El segundo, Felipe, tenía unos veinte años. Se parecía a Clara. El último tenía ocho años. Un pintor habría encontrado en los rasgos de Manuel algo de esa constancia romana que David ha prestado a los niños en sus páginas republicanas. El anciano marqués tenía una cabeza cubierta de pelo blanco que parecía salida de un cuadro de Murillo. Ante aquel cuadro, el joven oficial meneó la cabeza, desesperando de ver aceptar el trato del general por uno de aquellos cuatro personajes; sin embargo, se atrevió a confiárselo a Clara. La española se estremeció al principio, pero de golpe recuperó un aire tranquilo y lúe a arrodillarse delante de su padre.

—¡Oh! –le dijo–, haga jurar a Juanito que obedecerá fielmente las órdenes que usted le dé, y nosotros estaremos contentos.

La marquesa se estremeció esperanzada; pero cuando, inclinándose hacia su marido, oyó la horrible confidencia de Clara, aquella madre se desmayó. Juanito lo comprendió todo, saltó como un león enjaulado. Victor se encargó de alejar a los soldados después de haber conseguido del marqués la seguridad de una completa

sumisión. Los criados fueron llevados y entregados al verdugo, que los ahorcó. Cuando la familia solo tuvo a Victor por vigilante, el anciano padre se levantó.

—¡Juanito! –dijo.

Juanito solo respondió con una inclinación de cabeza que equivalía a una negativa, se dejó caer de nuevo en su silla y miró a sus padres con ojos secos terribles. Clara fue a sentarse en sus rodillas y, con aire alegre, le dijo pasándole el brazo alrededor del cuello y besándole en los párpados:

—Mi querido Juanito, si supieras lo dulce que será para mí la muerte si me la das tú… No tendré que sufrir el odioso contacto de las manos de un verdugo. Tú me curarás de los males que me esperaban, y… mi buen Juanito, tú no querías que yo fuese de nadie, ¿verdad?

Sus ojos aterciopelados lanzaron una mirada ardiente sobre Victor, como para despertar en el corazón de Juanito su horror por los franceses.

—Ten valor –le dijo su hermano Felipe–, de otro modo nuestra estirpe casi real quedará extinguida.

De repente Clara se levantó, el grupo que se había formado alrededor de Juanito se disgregó; y aquel joven, rebelde con justo derecho, lúe ante su anciano padre, quien de pie y con tono solemne exclamó:

—¡Juanito, yo te lo ordeno!

Como el joven conde permanecía inmóvil, su padre cayó a sus rodillas. De forma involuntaria, Clara, Manuel y Felipe le imitaron. Todos tendieron las manos a aquel que debía salvar a la familia del olvido, y parecían repetir estas palabras paternas:

—Hijo mío, ¿carecerías de energía española y de verdadera sensibilidad? ¿Quieres que siga más tiempo de rodillas, y solo tener en cuenta tu vida y tus sufrimientos? —¿Es hijo mío, señora? –preguntó el anciano volviéndose hacia la marquesa.

—¡Él consiente! –exclamó la madre desesperada al ver a Juanito hacer un movimiento de párpados cuyo significado solo ella conocía.

Mariquita, la segunda hija, se mantenía de rodillas estrechando a su madre en sus débiles brazos; y como lloraba a lágrima viva, su hermano menor, Manuel, fue a reñirla. En ese momento entró el capellán del castillo, que fue rodeado de inmediato por toda la familia y llevado al lado de Juanito. Victor, que no podía soportar por más tiempo aquella escena, hizo una seña a Clara y se apresuró a ir e intentar un último esfuerzo ante el general; lo encontró de buen humor, en medio del banquete y bebiendo con sus oficiales, que empezaban a mantener alegres conversaciones.

Una hora después, cien de los habitantes más notables de Menda fueron a la terraza para ser testigos, siguiendo las órdenes del general, de la ejecución de la familia Leganés. Se dispuso un destacamento de soldados para contener a los españoles, a los que colocaron debajo de las horcas en las que habían sido colgados los sirvientes del marqués. Las cabezas de aquellos moradores del pueblo casi tocaban los pies de aquellos mártires. A treinta pasos de ellos se alzaba un tajo y

brillaba una cimitarra[8]. Allí estaba el verdugo, para el caso de que Juanito se negase. No tardaron los españoles en oír, en medio del más profundo silencio, los pasos de varias personas, el sonido acompasado de la marcha de un piquete de soldados y el ligero ruido de sus fusiles. Aquellos diferentes ruidos se mezclaban a los acentos alegres del banquete de los oficiales como antes las danzas de un baile habían encubierto los preparativos de la sangrienta traición. Todas las miradas se volvieron hacia el castillo, y se vio a la noble familia avanzar con un aplomo increíble. Todas las frentes estaban tranquilas y serenas. Un solo hombre, pálido y deshecho, se apoyaba en el sacerdote, que prodigaba todos los consuelos de la religión a este hombre, el único que debía vivir. El verdugo comprendió, como todo el mundo, que Juanito había aceptado su plaza por un día. El viejo marqués y su mujer, Clara, Mariquita y sus dos hermanos fueron a arrodillarse a unos pocos pasos del fatal lugar. Juanito fue llevado por el sacerdote. Cuando llegó al tajo, el verdugo se lo llevó aparte y le dio probablemente algunas instrucciones. El confesor colocó a las víctimas de forma que no viesen el suplicio. Pero se trataba de verdaderos españoles, y permanecieron de pie y sin muestras de debilidad.

Clara fue la primera en lanzarse hacia su hermano:

—Juanito –le dijo–, ¡ten piedad de mi poca valentía! Empieza por mí.

En aquel momento sonaron los pasos precipitados de un hombre. Victor llegó al lugar de aquella escena. Clara ya estaba arrodillada, su cuello blanco ya llamaba a cimitarra. El oficial palideció, pero encontró fuerzas para acudir.

—El general te concede la vida si quieres casarte conmigo –le dijo en voz baja.

La española lanzó sobre el oficial una mirada de desprecio y de orgullo.

—Vamos, Juanito –dijo con un sonido profundo de voz.

Su cabeza rodó a los pies de Victor. La marquesa de Leganés dejó escapar un movimiento convulsivo al oír el ruido; fue la única señal de su dolor.

—¿Estoy bien así, mi buen Juanito? –fue la pregunta que hizo el pequeño Manuel a su hermano.

—¡Ah!, estás llorando, Mariquita –le dijo Juanito a su hermana.

—¡Oh!, sí –replicó la joven–. Pienso en ti, mi pobre Juanito, serás muy desgraciado sin nosotros.

No tardó en aparecer la gran figura del marqués. Miró la sangre de sus hijos, se volvió hacia los espectadores mudos e inmóviles, extendió la mano hacia Juanito y dijo con voz fuerte:

—¡Españoles, doy a mi hijo mi bendición paterna! Ahora, *marqués,* golpea sin miedo, eres irreprochable.

Pero cuando Juanito vio acercarse a su madre, apoyada en el confesor, exclamó:

—Ella me dio la vida.

Su voz arrancó un grito de horror a los allí reunidos. El ruido del banquete y las risas alegres de los oficiales se apagaron ante aquel terrible clamor. La marquesa comprendió que el coraje de Juanito estaba agotado, se lanzó de un salto por encima

de la balaustrada y fue a partirse la cabeza en las rocas. Se alzó un grito de admiración. Juanito había caído desmayado.

—Mi general –dijo un oficial medio borracho–, Marchand acaba de contarme algo sobre esa ejecución, apuesto a que usted no lo ha ordenado…

—¿Olvidan, señores –exclamó el general G..t..r que, dentro de un mes, quinientas familias francesas estarán llorando, y que estamos en España? ¿Quieren dejar aquí nuestros huesos?

Tras esta alocución, no hubo nadie, ni siquiera un subteniente, que se atreviese a vaciar su vaso.

A pesar del respeto que lo rodea, a pesar del título *El verdugo* que el rey de España ha dado como título de nobleza al marqués de Leganés, este se ve devorado por el dolor, vive en soledad y raras veces se deja ver en público. Abrumado bajo el peso de su admirable fechoría, parece aguardar impaciente a que el nacimiento de su segundo hijo le dé derecho a reunirse con las sombras que incesantemente le acompañan.

París, octubre de 1829.

UN DRAMA A LA ORILLA DEL MAR

A LA SEÑORA PRINCESA
CAROLINE GALLITZIN DE GENTHOD[1],
NACIDA CONDESA WALEWSKA.

Homenaje y recuerdo del autor.

Casi todos los jóvenes tienen un compás con el que se complacen en medir el futuro; cuando su voluntad concuerda con la audacia del ángulo que abren, el mundo es suyo. Pero este fenómeno de la vida moral solo se produce a cierta edad. Esa edad, que para todos los hombres se encuentra entre los veintidós y los veintiocho años, es la de las grandes ideas, la edad de las concepciones primeras, porque es la edad de los inmensos deseos, la edad en que no se duda de nada: quien dice duda, dice impotencia. Después de esa edad rápida como una siembra, viene la de la ejecución. Hay en cierto modo dos juventudes, la juventud durante la que se cree, la juventud durante la que se actúa; a menudo ambas se confunden en los hombres favorecidos por la naturaleza y que, como César, Newton y Bonaparte, son los más grandes entre los grandes hombres.

Medía yo el tiempo que requiere un pensamiento para desarrollarse, y, con mi compás en la mano, de pie sobre una peña, a cien toesas sobre el océano[2] cuyas olas jugaban en los rompientes, medía mi futuro amueblándolo con obras, como un ingeniero que, en un terreno vacío, traza fortalezas y palacios. El mar estaba hermoso, yo acababa de vestirme después de haber nadado, esperaba a Pauline, mi ángel guardián[3], que se bañaba en un depósito de granito lleno de una arena fina, la bañera más coqueta que la naturaleza haya diseñado para sus hadas marinas. Nos hallábamos en la punta del Croisic, una preciosa península de la Bretaña; estábamos lejos del puerto, en un lugar que el Fisco ha considerado tan inaccesible que el aduanero no pasa casi nunca. ¡Nadar en el aire después de haber nadado en el mar! ¡Ah!, ¿quién no habría nadado en el futuro? ¿Por qué pensaba yo? ¿Por qué viene un mal? ¿Quién lo sabe? Las ideas nos asaltan el corazón o la cabeza sin consultamos. Ninguna cortesana fue más caprichosa ni más imperiosa de lo que es la Concepción para los artistas; cuando llega, hay que asirla como a la Fortuna, del pelo[4]. Encaramado en mi pensamiento como Astolfo en su hipogrifo[5], cabalgaba a través del mundo disponiendo de todo a mi antojo. Cuando quise buscar a mi alrededor algún presagio para las audaces construcciones que mi loca imaginación me aconseja emprender, un lindo grito, el grito de una mujer que te llama en el silencio de un desierto, el grito de una mujer que sale del baño reanimada, alegre, dominó el murmullo de las franjas incesantemente móviles que dibujaban el flujo y el reflujo en las hendiduras de la costa. Al oír aquella nota brotada del alma, creí haber visto en las peñas el pie de un ángel que, desplegando sus alas, había gritado: «¡Lo lograrás!». Bajé radiante y

ligero; bajé brincando como un canto lanzado en una pendiente pronunciada. Al verme, ella me dijo: «¿Qué te pasa?». No respondí, mis ojos se humedecieron. La víspera, Pauline había comprendido mis dolores, como en aquel momento comprendía mis alegrías, con la sensibilidad mágica de un arpa que obedece a las variaciones de la atmósfera[6]. ¡Qué bellos momentos tiene la vida humana! Fuimos en silencio a lo largo de las playas. El cielo estaba sin nubes, el mar sin arrugas; otros no hubieran visto en ellos más que dos estepas azules, una sobre otra; pero nosotros, nosotros que nos entendíamos sin necesidad de la palabra, nosotros que podíamos hacer jugar, entre aquellos dos pañales del universo, las ilusiones con que uno se alimenta en la juventud, nos estrechábamos la mano al menor cambio que ofrecían, bien la capa de agua, bien las capas del aire, pues tomábamos esos ligeros fenómenos por traducciones materiales de nuestro doble pensamiento. ¿Quién no ha saboreado en los placeres ese momento de ilimitada alegría en que el alma parece haberse liberado de las ligaduras de la carne y encontrarse como devuelta al mundo del que procede? El placer no es nuestro único guía en estas regiones. ¿No hay horas en que los sentimientos se abrazan por sí mismos y se lanzan a él, como a menudo dos niños se cogen de la mano y echan a correr sin saber por qué? Así íbamos nosotros. En el momento en que los tejados de la ciudad aparecieron en el horizonte trazando en él una línea grisácea, topamos con un pobre pescador que volvía al Croisic; iba descalzo, sus pantalones de tela estaban hecho trizas por abajo, agujereados, mal remendados; además, tenía una camisa de lona, unos malos tirantes de orillo, y por chaqueta un harapo. Aquella miseria nos hizo daño, como si hubiera sido una disonancia en medio de nuestras armonías. Nos miramos para lamentarnos mutuamente de no tener en ese momento el poder de recurrir a los tesoros de Abul-Cassem[7]. Vimos un espléndido bogavante y un centollo colgando de una cuerdecilla que el pescador balanceaba en su mano derecha mientras en la otra sostenía sus aparejos y sus útiles. Lo abordamos con la intención de comprarle su pesca, idea que se nos ocurrió a ambos y que se expresó mediante una sonrisa a la que respondí con una ligera presión del brazo que sujetaba y que llevé junto a mi corazón. Son de esas naderías de las que más tarde el recuerdo hace poemas cuando, junto al fuego, recordamos la hora en que esa nadería nos emocionó, el lugar donde ocurrió, y ese espejismo cuyos efectos aún no han sido comprobados pero que a menudo se ejerce sobre los objetos que nos rodean en los momentos en que la vida es ligera y en que nuestros corazones están henchidos. Los parajes más bellos no son sino lo que nosotros hacemos de ellos. ¡Qué hombre algo poeta no tiene en sus recuerdos un trozo de peñasco que ocupa más espacio que las célebres perspectivas de tierra buscadas a costa de grandes gastos! Junto a ese peñasco, tumultuosos pensamientos; allí, toda una vida empleada, allí, temores disipados, allí, rayos de esperanza que descendieron al alma. En aquel momento, el sol, simpatizando con aquellos pensamientos de amor y de futuro, lanzó sobre los flancos leonados de aquel peñasco un ardiente resplandor; algunas flores de la montaña atraían la atención; la calma y el

silencio engrandecían aquella anfractuosidad en realidad sombría, coloreada por el soñador; entonces estaba hermosa con sus pobres vegetaciones, sus cálidas camomilas y sus cabellos de Venus de hojas aterciopeladas. ¡Fiesta prolongada, decorados magníficos, feliz exaltación de las fuerzas humanas! Ya me había hablado así una vez el lago de Bienne, visto desde la isla de Saint-Pierre; la peña del Croisic quizá sea la última de estas alegrías. Pero entonces, ¿qué será de Pauline?

—Estupenda pesca ha hecho usted esta mañana, buen hombre –le dije al pescador.

—Sí, señor –respondió deteniéndose y mostrándonos el rostro color de humor de la gente que permanecen durante horas enteras expuestos a la reverberación del sol sobre las aguas.

Aquella cara anunciaba una larga resignación, la paciencia del pescador y sus tranquilas costumbres. Aquel hombre tenía una voz sin dureza, labios bondadosos, ninguna ambición, un no sé qué de canijo, de endeble. Cualquier otra fisonomía nos habría desagradado.

—¿Dónde va a vender eso?

—Al pueblo.

—¿Cuánto le pagarán por el bogavante?

—Quince *sous.*

—¿Y por el centollo?

—Veinte *sous.*

—¿Por qué tanta diferencia entre el bogavante y el centollo?

—Señor, el centollo (lo llamaba *entollo*) es mucho más delicado; además, es malicioso como un mono, y rara vez se deja atrapar.

—¿Quiere damos todo por cien *sous*? –dijo Pauline.

El hombre se quedó petrificado.

—¡No se quedará usted con él! –dije riendo–, yo doy diez francos. Hay que saber pagar las emociones en lo que valen.

—Bueno –respondió ella–, ¡yo me quedaré con él! Doy diez francos y dos *sous.*

—Diez *sous.*

—Doce francos.

—Quince francos.

—Quince francos con cincuenta céntimos –dijo ella.

—Cien francos.

—Ciento cincuenta.

Me incliné. En aquel momento no éramos lo bastante ricos para seguir pujando en aquella subasta. Nuestro pobre pescador no sabía si debía enfadarse ante una mistificación o dejarse llevar por la alegría; le sacamos del apuro dándole el nombre de nuestra patrona y recomendándole que llevara a su casa el bogavante y el centollo.

—¿Se gana usted la vida? –le pregunté para saber a qué debía atribuirse su indigencia.

—Con mucho esfuerzo y sufriendo muchas miserias –me dijo–. La pesca a la orilla del mar, cuando no se tiene ni barca ni redes y solo se puede hacer con aparejos o con caña, es un oficio incierto. Mire, hay que esperar el pescado o el marisco, mientras que los grandes pescadores van a buscarlo a alta mar. Es tan difícil ganarse así la vida que soy el único que pesco en la costa. Paso días enteros sin sacar nada. Si atrapo algo es porque una *entolla* se ha quedado dormida como esta, o porque un bogavante esté lo bastante distraído para quedarse entre las peñas. A veces llegan róbalos después de la marea alta, entonces los cojo con la mano.

—En fin, un día con otro, ¿cuánto viene a sacar por jornada?

—Once o doce *sous.* Saldría adelante si estuviera solo, pero tengo que alimentar a mi padre, y el pobre hombre no puede ayudarme, es ciego.

Ante aquella frase, dicha con sencillez, Pauline y yo nos miramos en silencio.

—¿Tiene usted mujer, o alguna amiga?

Nos lanzó una de las más lamentables miradas que yo haya visto, mientras respondía:

—Si tuviera mujer, tendría que abandonar a mi padre; no podría alimentarle y alimentar además a ella y a los hijos.

—Bueno, mi pobre amigo, ¿cómo no trata de ganar más cargando sal en el puerto o trabajando en las salinas?

—¡Ay!, señor, no duraría en ese oficio ni tres meses. No soy lo bastante fuerte y, si yo muriese, mi padre tendría que mendigar. Necesitaba un oficio que solo exigiese un poco de maña y mucha paciencia.

—¿Y cómo pueden vivir dos personas con doce *sous* al día?

—¡Oh!, señor, comemos tortas de sarraceno y lapas que arranco de las rocas.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y siete años.

—¿Ha salido de aquí?

—Una vez fui a Guérande para el sorteo del servicio militar, y fui a Savenay para presentarme a esos señores, que me midieron. De haber tenido una pulgada más, sería soldado. Habría reventado en la primera marcha, y hoy mi pobre padre estaría pidiendo limosna.

Yo había pensado en muchos dramas; Pauline estaba acostumbrada a grandes emociones, al lado de un hombre enfermizo como yo; pues bien, ninguno de los dos habíamos oído nunca palabras más conmovedoras que las de aquel pescador. Dimos algunos pasos en silencio, midiendo ambos la profundidad muda de aquella vida desconocida, admirando la nobleza de aquella abnegación que se ignoraba a sí misma; la fuerza de aquella debilidad nos asombró; aquella despreocupada generosidad nos empequeñeció. Contemplaba a aquella pobre criatura totalmente instintiva clavada en aquella peña como un presidiario lo está a su bola de hierro, acechando desde hacía veinte años a unos moluscos para ganarse la vida, y sostenido en su paciencia por un solo sentimiento. ¡Cuántas horas consumidas en un rincón de

playa! ¡Cuántas esperanzas desbaratadas por un chaparrón, por un cambio de tiempo! Permanecía suspendido en el borde de una pared de granito, con el brazo tendido como el de un faquir de la India, mientras su padre, sentado en una banqueta, aguardaba en silencio y en las tinieblas el más ordinario de los moluscos y pan, si el mar lo quería.

—¿Bebe usted vino alguna vez? –le pregunté.

—Tres o cuatro veces al año.

—Bueno, entonces hoy usted y su padre beberán, y les enviaremos un pan blanco.

—Es usted muy bueno, señor.

—Le daremos de cenar si quiere guiamos por la orilla del mar hasta Batz, donde iremos a ver la torre que domina la cuenca y la costa entre Batz y Le Croisic[8].

—Con mucho gusto –nos dijo–. Sigan todo derecho por el camino en que están, yo les alcanzaré cuando me haya librado de mis aparejos y de mi pesca.

Nosotros hicimos una misma señal de asentimiento, y él se lanzó alegremente hacia el pueblo. Aquel encuentro nos mantuvo en la situación moral en la que estábamos, pero había debilitado su alegría.

—¡Pobre hombre! –me dijo Pauline con ese acento que priva a la compasión de una mujer lo que la piedad puede tener de hiriente–, ¿no da vergüenza encontrarse feliz al ver esa miseria?

—No hay nada más cruel que sentir unos deseos impotentes –le respondí–. Esos dos pobres seres, padre e hijo, no sabrán lo intensa que ha sido nuestra simpatía, como tampoco el mundo sabe lo bella que es su vida, pues amasan tesoros en el cielo.

—¡Pobre región! –dijo ella señalándome, a lo largo de un campo rodeado por un muro de piedras colocadas unas encima de otras sin argamasa, boñigas de vaca aplicadas simétricamente–. He preguntado qué era eso. Una aldeana, ocupada en juntarlas, me ha dicho que *hacía leña*. Imagínese, amigo mío, que cuando esas boñigas se secan, estas pobres gentes las recogen, las amontonan y se calientan con ellas. Durante el invierno las venden como se venden tortas de serrín de cortezas de árbol. En fin, ¿qué crees que gana la costurera mejor pagada? Cinco *sous* diarios –dijo ella tras una pausa–; pero mantenida.

—Mira –le dije–, los vientos marinos lo secan o derriban todo, no hay árboles; los restos de las embarcaciones en desuso se venden a los ricos, porque el precio de los transportes les impide sin duda consumir la leña de quemar que abunda en Bretaña. Esta tierra solo es hermosa para las almas grandes; la gente sin corazón no viviría en ella; solo puede ser habitada por poetas o por lapas. ¿No han tenido que situar el depósito de sal en esa peña para que la habitasen[9]? A un lado, el mar; aquí, arenas; arriba, el espacio.

Ya habíamos dejado atrás la villa, y estábamos en la especie de desierto que separa Le Croisic de la aldea de Batz. Imagine, querido tío, una landa de dos leguas[10] cubierta por la arena reluciente que se encuentra a la orilla del mar. Aquí y allá algunas peñas alzaban sus cabezas, semejantes a animales gigantescos tendidos

en las dunas. A lo largo del mar aparecían algunos arrecifes a cuyo alrededor jugueteaba el agua dándoles la apariencia de grandes rosas blancas flotando sobre la extensión líquida y viniendo a posarse en la orilla. Al ver aquella sabana que el océano remataba a la derecha y bordeaba a la izquierda el gran lago que forma la irrupción del mar entre Le Croisic y las alturas arenosas de Guérande, a cuyo pie hay unas salinas desprovistas de vegetación, miré a Pauline preguntándole si se sentía con coraje para afrontar los ardores del sol y con fuerza para caminar por la arena.

—Llevo borceguíes, vamos –me dijo ella señalándome la torre de Batz que interrumpía la vista con una inmensa construcción colocada allí como una pirámide, pero una pirámide ahusada, recortada, una pirámide tan poéticamente adornada que permitía a la imaginación ver en ella la primera de las ruinas de una gran ciudad asiática.

Dimos algunos pasos para ir a sentarnos en la porción de una roca que aún se hallaba sombreada; pero eran las once de la mañana, y aquella sombra, que cesaba a nuestros pies, se esfumaba rápidamente.

—¡Qué bello este silencio! –me dijo ella–, ¡y cómo aumenta su profundidad por el retomo regular del estremecimiento del mar sobre esa playa!

—Si quieres entregar tu entendimiento a las tres inmensidades que nos rodean, el agua, el aire y las arenas, escuchando exclusivamente el sonido repetido del flujo y del reflujo –respondí yo–, no soportarás el lenguaje, creerás descubrir en él un pensamiento que te abrumará. Ayer, al ponerse el sol, tuve esa sensación; me dejó destrozado.

—¡Oh!, sí, hablemos –dijo ella tras una larga pausa–. Ningún orador es más terrible. Creo descubrir las causas de las armonías que nos rodean –continuó–. Este paisaje, que solo tiene tres colores contrastados, el amarillo brillante de la arena, el azul del cielo y el verde liso del mar, es grande sin ser salvaje; es inmenso sin ser desierto; es monótono, sin ser agobiante; únicamente tiene tres elementos, es variado.

—Solo las mujeres saben expresar así sus impresiones –le respondí–, serias desesperante para un poeta, querida alma que yo he adivinado tan bien.

—El excesivo calor de mediodía pone en esas tres expresiones del infinito un color devorador –prosiguió Pauline riendo–. Aquí concibo las poesías y las pasiones del Oriente.

—Y yo concibo aquí la desesperación.

—Sí –dijo ella–, esa duna es un claustro sublime.

Oímos el paso apresurado de nuestro guía; se había endomingado. Le dirigimos algunas palabras insignificantes; él creyó percibir que nuestras disposiciones de ánimo habían cambiado; y con esa reserva que da la desgracia, guardó silencio. Aunque de vez en cuando nos apretábamos la mano para avisarnos de la reciprocidad de nuestras ideas e impresiones, durante cerca de media hora caminamos en silencio, fuera porque estuviésemos agobiados por el calor que se lanzaba en oleadas brillantes desde el centro de las arenas, o porque la dificultad de la marcha exigiese toda

nuestra atención. Íbamos cogidos de la mano, como dos niños; no habríamos dado doce pasos si no hubiéramos ido cogidos del brazo. El camino que lleva a la aldea de Batz no estaba trazado; bastaba un golpe de viento para borrar las marcas que dejaban los cascos de los caballos o las llantas de las carretas; pero el experto ojo de nuestro guía reconocía en algunos excrementos de animales, en algunos trozos de cagajones, aquel camino que tan pronto descendía hacia el mar como remontaba hacia las tierras a capricho de las pendientes o para rodear rocas. A mediodía solo estábamos a medio camino.

—Allí descansaremos —dije yo señalando un promontorio formado por rocas bastante elevadas para permitirnos suponer que en él encontraríamos una gruta.

Al oírme, el pescador, que había seguido la dirección de mi dedo, movió la cabeza y me dijo.

—Allí hay alguien. Los que van de la aldea de Batz al Croisic, o del Croisic a la aldea de Batz, todos dan un rodeo para no pasar por allí.

Las palabras de aquel hombre fueron dichas en voz baja, y suponían un misterio.

—¿Se trata de un ladrón, de un asesino?

Nuestro guía solo nos respondió con una aspiración profunda que aumentó nuestra curiosidad.

—Pero, si pasamos por allí, ¿nos ocurrirá alguna desgracia?

—¡Oh!, no.

—¿Pasará usted con nosotros?

—No, señor.

—Pues iremos, si usted nos asegura que no hay ningún peligro para nosotros.

—No digo eso –respondió enseguida el pescador–. Solo digo que el que se encuentra allí no les dirá nada y no les hará ningún daño. ¡Oh!, Dios mío, ni siquiera se moverá de su sitio.

—¿Quién es entonces?

—¡Un hombre!

Nunca dos sílabas fueron pronunciadas de una forma tan trágica. En aquel momento estábamos a una veintena de pasos de aquel arrecife en el que rompía el mar; nuestro guía tomó el camino que rodeaba las peñas; nosotros seguimos recto; pero Pauline me cogió del brazo. Nuestro guía apresuró el paso a fin de llegar al mismo tiempo que nosotros al lugar donde los dos caminos volvían a unirse. Sin duda suponía que, tras haber visto al hombre, caminaríamos con paso presuroso. Aquella circunstancia excitó nuestra curiosidad, que se hizo entonces tan viva que nuestros corazones palpitaron como si hubiéramos experimentado un sentimiento de miedo. A pesar del calor del día y de la especie de fatiga que nos causaba caminar por la arena, nuestras almas aún estaban entregadas a la indecible dulzura de un armonioso éxtasis; estaban llenas de ese placer puro que solo podría describirse comparándolo con el que se siente al escuchar alguna música deliciosa, el *Andiamo mio ben* de Mozart[11]. Dos sentimientos puros que se funden, ¿no son como dos bellas voces que cantan? Para

poder apreciar bien la emoción que nos dominó, hay que compartir el estado semi-voluptuoso en que nos habían sumido los sucesos de aquella mañana. Si admiráis durante largo rato una tórtola de lindos colores posada en una flexible rama, junto a un manantial, lanzaréis un grito de dolor al ver caer sobre ella a un gavilán que le hunde sus garras de acero hasta el corazón y se la lleva con la rapidez asesina que la pólvora comunica a la bala de cañón. Cuando hubimos dado un paso en el espacio que se hallaba delante de la gruta, especie de explanada situada a cien pies por encima del océano y defendida de sus furores por una cascada de abruptos roquedos, sentimos un estremecimiento eléctrico bastante semejante al sobresalto que produce un ruido repentino en medio de una noche silenciosa. Sobre un trozo de granito habíamos visto a un hombre sentado que nos había mirado. Su mirada, semejante a la llama de un cañón, salió de dos ojos sanguinolentos, y su inmovilidad estoica solo podía compararse a la inalterable actitud de los pilares graníticos que lo rodeaban. Sus ojos se movieron con un gesto lento, su cuerpo permaneció fijo, como si hubiera estado petrificado; luego, tras habernos lanzado aquella mirada que nos impresionó violentamente, volvió los ojos hacia la extensión del océano, y la contempló a pesar de la luz que despedía, como se dice que las águilas contemplan el sol, sin bajar sus párpados, que no volvió a levantar. Trate de recordar, querido tío, uno de esos robles desmochados cuyo nudoso tronco, podado la víspera, se alza fantásticamente sobre un camino desierto, y tendrá una imagen auténtica de aquel hombre. Eran unas formas hercúleas arruinadas, un rostro de Júpiter Olímpico, pero destruido por la edad, por los duros trabajos del mar, por el dolor, por una alimentación ordinaria, y como ennegrecido por el fulgor de un rayo. Al ver sus manos peludas y duras, distinguí unos nervios que parecían venas de hierro. Además, todo denotaba en él una constitución vigorosa. Observé en un rincón de la gruta una cantidad bastante grande de musgo y, en una tosca mesilla tallada por el azar en medio del granito, una hogaza partida que cubría un cántaro de asperón. Nunca mi imaginación, cuando me llevaba hacia los desiertos en que vivieron los primeros anacoretas de la cristiandad, me había dibujado figura más grandiosamente religiosa ni más horriblemente arrepentida que la de aquel hombre. Usted, que ha practicado el confesionario, mi querido tío[12], quizá no haya visto nunca un remordimiento tan hermoso, pero aquel remordimiento estaba anegado en las ondas de la oración, la oración continua de una desesperación muda. Aquel pescador, aquel marino, aquel bretón burdo era sublime por un sentimiento desconocido. Pero ¿habían llorado aquellos ojos? ¿Había herido aquella mano de estatua esbozada? Aquella frente ruda impregnada de probidad feroz, y sobre la que sin embargo la fuerza había dejado los vestigios de esa dulzura que es patrimonio de toda fuerza verdadera, aquella frente surcada por arrugas, ¿estaba en armonía con un gran corazón? ¿Por qué aquel hombre en el granito? ¿Por qué aquel granito en aquel hombre? ¿Dónde estaba el hombre, dónde el granito? Todo un mundo de pensamientos cayó sobre nuestras cabezas. Como había supuesto nuestro guía, pasamos en silencio, deprisa, y él nos vio de nuevo transidos de terror o

sobrecogidos de asombro, pero no volvió contra nosotros la realidad de sus predicciones.

—¿Le han visto? –dijo.

—¿Quién es ese hombre? –dije yo.

—Le llaman *el hombre del voto.*

Imaginará usted de sobra, tras estas palabras, el movimiento con que nuestras dos cabezas tornaron hacia el pescador. Era un hombre sencillo; comprendió nuestra muda interrogación, y esto es lo que nos dijo en su lenguaje, cuyo giro popular he tratado de conservar.

—Señora, los del Croisic igual que los de Batz creen que este hombre es culpable de algo y hace una penitencia ordenada por un famoso rector[13] con el que fue a confesarse más allá de Nantes. Otros creen que Cambremer[14], tal es su nombre, tiene una mala suerte que comunica a quien pasa bajo su aire. Por eso, muchos miran de dónde viene el viento antes de rodear su peña. Si es de galerna –dijo señalando al oeste–, no continuarían su camino aunque se tratase de ir en busca de un trozo de la verdadera cruz; se vuelven, tienen miedo. Otros, los ricos del Croisic, dicen que Cambremer hizo un voto, de ahí su nombre de hombre del voto. Está ahí noche y día, sin salir. Estos decires tienen aparentemente razón. Miren –dijo volviéndose para señalarnos una cosa que no habíamos observado–, allí, a la izquierda, ha plantado una cruz de madera para anunciar que se ha puesto bajo la protección de Dios, de la santa Virgen y de los santos. Pero, aunque no se hubiera consagrado de ese modo, el horror que inspira a la gente hace que ahí esté tan seguro como si estuviera custodiado por la tropa. No ha dicho una palabra desde que se encerró al aire libre; se alimenta de pan y de agua que todas las mañanas le trae la hija de su hermana, una chiquilla de doce años a la que ha dejado sus bienes, y que es una criatura preciosa, dulce como una oveja, una cría muy graciosa, muy agradable. Tiene –dijo mostrando su pulgar– unos ojos azules *así de largos*, bajo una cabellera de querubín. Cuando le preguntan: «Dinos, Pérotte… (Entre nosotros eso quiere decir Pierrette –dijo interrumpiéndose–; está consagrada a san Pedro, Cambremer se llama Pierre, fue su padrino). —Dinos, Pérotte –continuó–, ¿qué te dice tu tío? —Pues no me dice na –responde–, na de na, na. —Bueno, ¿y qué te hace? —Me besa en la frente los domingos. —¿Y no tienes miedo? —¿Por qué –va y dice–, si es mi padrino? No ha querido que nadie más le lleve de comer». Perrote pretende que sonríe cuando va ella, pero sería tanto como decir un rayo de sol en la bruma, pues dicen que es nebuloso como una niebla.

—Excita usted nuestra curiosidad sin satisfacerla –le dije–. ¿Sabe qué lo ha llevado ahí? ¿Es el dolor, es el arrepentimiento, es una manía, es un crimen, es…?

—Verá, señor, apenas nadie más que mi padre y yo sabemos la verdad de la cosa. Mi difunta madre servía a un hombre de la justicia a quien Cambremer le dijo todo por orden del sacerdote, que solo lo absolvió con esa condición, si hemos de creer a la gente del puerto. Mi pobre madre oyó a Cambremer sin querer, porque la cocina del justiciero estaba al lado de su salón, ¡y ella escuchó! Está muerta; el juez al que

escuchó también es difunto. Mi madre nos hizo prometer a mi padre y a mí no parlar na a la gente de la región, pero a ustedes puedo decirles que la noche en que mi madre nos contó eso los pelos se me chamuscaron en la cabeza.

—Ea, amigo mío, díganoslo, no se lo contaremos a nadie.

El pescador nos miró y continuó así:

—Pierre Cambremer, al que han visto ahí, es el primogénito de los Cambremer, que son marinos de padres a hijos; su nombre lo dice, el mar siempre se ha plegado bajo ellos. El que han visto se había hecho pescador de barcos. Así pues, tenía barcas, iba a pescar la sardina, también peces de alta mar, para los comerciantes. Habría armado un buque para la pesca del bacalao si no hubiera querido tanto a su mujer, que era guapísima, una Brouin, de Guérande, una chica de magnífica presencia y que tenía buen corazón. Quería tanto a Cambremer que nunca quiso que su hombre la dejase más tiempo del necesario para la pesca de las sardinas. Vivían allí, ¡miren! –dijo el pescador subiéndose a una eminencia para señalarnos un islote en el pequeño mar interior que existe entre las dunas por las que caminábamos y las salinas de Guérande–, ¿ven aquella casa? Era suya. Jacquette Brouin y Cambremer solo tuvieron un hijo, un muchacho al que quisieron… ¿como a qué diría yo?, ¡maldita sea!, como se quiere a un hijo único; estaban locos por él. Su pequeño Jacques se hubiera hecho de vientre, con perdón, en el puchero, y a ellos les habría parecido que aquello era azúcar. ¡Cuántas veces los hemos visto en la feria comprando las más bellas baratijas para él! Aquello era un desvarío, todo el mundo se lo decía. El pequeño Cambremer, al ver que se le consentía todo, se volvió más malo que un burro pelirrojo. Cuando iban a decirle a Cambremer padre: «Su hijo ha estado a punto de matar al pequeño fulanito de tal», él se reía y decía: «¡Bah!, será un marino valiente y mandará las flotas del rey». Otro: «Pierre Cambremer, ¿sabe que su hijo le ha sacado el ojo a la pequeña Pougaud? —Amará a las muchachas», decía Pierre. Todo le parecía bien. Entonces, mi marinerito, a los diez años, pegaba a todo el mundo y se divertía cortando el cuello a las gallinas, destripando a los cerdos, en fin, se revolcaba en la sangre como una garduña. «¡Será un gran soldado! –decía Cambremer–, tiene gusto por la sangre». Ya ven, yo recuerdo todo eso –dijo el pescador–. Y Cambremer también –añadió tras una pausa–. A los quince o dieciséis años, Jacques Cambremer era… ¿qué? Un tiburón. Iba a divertirse a Guérande, o a lucir el tipo a Savenay. Necesitaba dinero. Entonces empezó a robar a su madre, que no se atrevía a decir nada a su marido. Cambremer era un hombre honrado, capaz de caminar veinte leguas para devolver dos *sous* a alguien que se los hubiera dado de más en una cuenta. En fin, un día, la madre se vio despojada de todo. Durante una pesca de su padre, el hijo se llevó el aparador, la hucha, las sábanas, la ropa blanca, solo dejó las cuatro paredes, lo había vendido todo para ir a correrse sus juergas en Nantes. La pobre mujer se pasó llorando días y noches. Había que decírselo al padre cuando volviese, ella temía al padre, no por ella, desde luego. Cuando Pierre Cambremer volvió, y vio su casa con unos muebles que le habían prestado a su

mujer, dijo: «¿Qué es esto?». La pobre mujer estaba más muerta que viva, dijo: «Nos han robado. —¿Y dónde está Jacques? —Jacques está de jarana». Nadie sabía adónde había ido el pícaro. «¡Se divierte demasiado!», dijo Pierre. Seis meses después, el pobre padre supo que su hijo iba a ser apresado por la justicia de Nantes. Hizo el camino a pie, fue más deprisa que por mar, echa el guante a su hijo y lo trae aquí. No le preguntó: «¿Qué has hecho?». Le dijo: «Si durante dos años no te portas bien aquí con tu madre y conmigo, saliendo a pescar y comportándote como un hombre honrado, te las verás conmigo». El calavera, contando con la simpleza de su padre y de su madre, le pone mala cara. Jacques, entonces, le propina tal paliza que le tuvo en cama seis meses. La pobre madre se moría de pena. Una noche dormía tranquilamente al lado de su marido; oye un mido, se levanta, recibe una cuchillada en el brazo. Grita, buscan luz. Pierre Cambremer ve a su mujer herida; cree que es un ladrón, como si los hubiera en nuestra tierra, donde se pueden llevar sin ningún miedo diez mil francos en oro del Croisic a Saint-Nazaire sin que nadie le pregunte a uno qué lleva bajo el brazo. Pierre busca a Jacques, no encuentra a su hijo. Por la mañana, aquel monstruo tuvo la desfachatez de volver a casa diciendo que había ido a Batz. Debo decirles que su madre no sabía dónde esconder su dinero. El propio Cambremer guardaba el suyo en casa del señor Dupotet del Croisic. Las locuras de su hijo les habían costado cientos de escudos, cientos de francos, cientos de luises de oro, estaban casi arruinados, y eso era duro para una gente que en los alrededores tenían doce mil libras[15], incluido su islote. Nadie sabe lo que Cambremer dio en Nantes para recuperar a su hijo. La adversidad se cebaba en la familia. Al hermano de Cambremer le habían ocurrido desgracias y necesitaba ayuda. Para consolarlo, Pierre le decía que Jacques y Pérotte (la hija del Cambremer menor) se casarían. Después, para que se ganase el pan, lo empleaba en la pesca, pues Joseph Cambremer se había visto reducido a vivir de su trabajo. Su mujer había muerto de fiebre, había que pagar los meses de ama de cría de Pérotte. La mujer de Pierre Cambremer debía la cantidad de cien francos a distintas personas por esa pequeña, la ropa blanca, los andrajos, y dos o tres meses a la enorme Frelu, que tenía un hijo de Simon Gaudry y que amamantaba a Pérotte. La Cambremer había cosido una moneda española en la lana de su colchón, poniendo encima: *Para Pérotte.* Había recibido buena educación, escribía como un escribano y había enseñado a leer a su hijo, es lo que la perdió. Nadie supo cómo fue, pero aquel granuja de Jacques había olido el oro, lo había cogido y se había ido de juerga al Croisic. El pobre Cambremer, como hecho de intento, regresaba con su barca a casa. Al atracar, ve flotar un trozo de papel, lo coge, se lo lleva a su mujer, que se cae de espaldas al reconocer sus propias palabras escritas. Cambremer no dice nada, va al Croisic, se entera de que su hijo está en el billar; manda llamar entonces a la mujer que regenta el café, y le dice: «Le había dicho a Jacques que no utilizase una moneda de oro con la que va a pagarle; devuélvamela, yo esperaré en la puerta y se la daré en plata». La buena mujer le lleva la moneda. Cambremer la coge diciendo: «Bien», y vuelve a su casa. Toda la villa lo

supo. Pero lo que viene a continuación es lo que yo sé y todos los demás no hacen más que sospechar a grandes rasgos. Le dice a su mujer que arregle su cuarto, que está en la planta baja; hace fuego en la chimenea, enciende dos velas, coloca dos sillas en un lado del hogar y pone en el otro lado una banqueta. Luego le dice a su mujer que le prepare el traje de boda, ordenándole que cepille el suyo. Cuando está vestido, va en busca de su hermano y le dice que monte guardia delante de la casa para avisarle si oye mido en las dos playas, en esta y en la de las marismas de Guérande. Regresa a casa cuando piensa que su mujer está vestida, carga una escopeta y la oculta en el rincón de la chimenea. Por fin Jacques vuelve; vuelve tarde; había bebido y jugado hasta las diez; había hecho que le pasasen a la punta de Carnouf. Su tío le oye llamar a voces, va a buscarle a la playa de las marismas y le pasa sin decir nada. Cuando entra, su padre le dice: «Siéntate ahí», indicándole la banqueta. «Estás –le dice– delante de tu padre y de tu madre a los que has ofendido y que tienen que juzgarte». Jacques empezó a berrear, porque la cara de Cambremer estaba contraída de una manera rara. La madre estaba tiesa como un remo. «Si chillas, si te mueves, si no te estás como un mástil en tu banqueta –dijo Pierre apuntándole con la escopeta–, te mato como a un perro». El hijo se quedó mudo como un pez; la madre no dijo na. «Aquí tienes –dijo Pierre a su hijo– un papel que envolvía una moneda de oro española; la moneda de oro estaba en la cama de tu madre; solo tu madre sabía el sitio en que la había guardado; yo he encontrado el papel en el agua al atracar aquí; esta noche acabas de dar esta moneda española de oro a la tía Fleurant, y tu madre ya no ha visto su moneda en su cama. Explícate». Jacques dijo que no había cogido la moneda de su madre, y aquella moneda le había quedado de Nantes. «Mejor entonces –dijo Pierre–. ¿Cómo puedes demostrárnoslo? —La tenía yo. —¿No has cogido la de tu madre? —No. —¿Puedes jurarlo por tu vida eterna?». Iba a jurarlo; su madre alzó los ojos hacia él y le dijo: «Jacques, hijo mío, ten cuidado, no lo jures si no es verdad; puedes enmendarte, arrepentirte; todavía hay tiempo». Y se echó a llorar. «Usted es una tal y una cual –le dijo–, que siempre ha querido mi perdición». Cambremer palideció y dijo: «Lo que acabas de decirle a tu madre aumentará tu cuenta. Vamos al grano. ¿Juras? —Sí. —Mira –dijo–, ¿había en tu moneda esta cruz que el vendedor de sardinas que me la dio hizo sobre la nuestra?». A Jacques se le pasó la borrachera y lloró. «Hemos hablado suficiente –dijo Pierre–. No te digo nada de lo que hiciste antes de esto, no quiero que un Cambremer sea ajusticiado en la plaza del Croisic. Haz tus oraciones, ¡y démonos prisa! Va a venir un cura para confesarte». La madre había salido, para no oír condenar a su hijo. Cuando ella estuvo fuera, el tío Cambremer entró con el rector de Piriac[16], al que Jacques no quiso decir nada. Era astuto, conocía lo bastante a su padre para saber que no lo mataría sin confesión. «Gracias, perdónenos, señor –dijo Cambremer al cura cuando vio la obstinación de Jacques–. Quería dar una lección a mi hijo y rogarle a usted que no dijese nada. —Tú –le dijo a Jacques–, si no te enmiendas, la primera que hagas será la última, y lo acabaré sin confesión». Lo

mandó a la cama. El hijo creyó aquello y pensó que podría reconciliarse con su padre. Se durmió. El padre velaba. Cuando vio a su hijo en lo más profundo de su sueño, le tapó la boca con cáñamo, se la vendó con un trapo de vela muy tupido; luego le ató las manos y los pies. Él rabiaba, lloraba sangre, le decía Cambremer al justiciero. ¡Qué quiere usted! La madre se echó a los pies del padre. «Está juzgado –le dijo–, tú vas a ayudarme a meterlo en la barca». Ella se negó. Cambremer lo metió solo, lo sujetó en el fondo, le ató una piedra al cuello, salió de la dársena, ganó el mar y llegó a la altura de la peña donde está. Para entonces, la pobre madre, que se había hecho pasar hasta aquí por su cuñado, por más que gritó *¡piedad!*, eso le sirvió lo mismo que una piedra a un lobo. Había luna, vio al padre arrojando al mar a su hijo, al que todavía llevaba en las entrañas, y, como no había aire, oyó ¡plaf!, y na más, ni huella ni burbuja; ¡con lo buen guardián que es el mar! Al atracar allí para hacer callar a su mujer que gemía, Cambremer la encontró casi muerta, les resultó imposible a los dos hermanos llevarla, hubo que meterla en la barca que acababa de servir para el hijo, y la llevaron a su casa dando la vuelta por el paso del Croisic. ¡Ah!, bien, la guapa Brouin, como la llamaban, no duró ocho días; murió pidiendo a su marido que quemase la maldita barca. ¡Oh!, lo hizo. Él se volvió cualquier cosa, sin saber ni lo que quería; se tambaleaba al andar como un borracho. Luego hizo un viaje de diez días, y volvió para ponerse donde ustedes lo han visto, y desde que está ahí no ha dicho una palabra.

El pescador no tardó más que un momento en contarnos esa historia y nos la dijo más sencillamente todavía de lo que la escribo. La gente del pueblo hace poca reflexiones al contar, subrayan el hecho que les ha impresionado y lo traducen como lo sienten. Este relato fue tan ásperamente incisivo como un hachazo.

—No iré a Batz –dijo Pauline al llegar al contorno superior del lago.

Volvimos al Croisic por las salinas, en cuyo dédalo nos guió el pescador, que guardaba silencio como nosotros. La disposición de nuestras almas había cambiado. Los dos estábamos sumidos en funestas reflexiones, entristecidos por aquel drama que explicaba el rápido presentimiento que habíamos tenido ante el aspecto de Cambremer. Ambos teníamos suficiente conocimiento del mundo para adivinar de aquella triple vida todo lo que nos había callado nuestro guía. Las desgracias de aquellos tres seres se reproducían ante nosotros como si las hubiéramos visto en los cuadros de un drama que aquel padre coronaba expiando su crimen necesario. No nos atrevíamos a mirar a la roca donde estaba el hombre fatal que daba miedo a toda una comarca. Algunas nubes cubrían de bruma el cielo; en el horizonte se alzaban vapores, caminábamos en medio de la naturaleza más acremente sombría que nunca he encontrado. Hollábamos una naturaleza que parecía sufriente, enfermiza: unas marismas que con todo derecho se pueden llamar las escrófulas de la tierra. Allí, el suelo está dividido en cuadros desiguales de forma, todos ellos encajonados por enormes taludes de tierra gris, todos llenos de un agua salobre a cuya superficie aflora la sal. Esos barrancos hechos por la mano del hombre están interiormente repartidos

en platabandas, por las que caminan obreros armados de largos rastrillos con cuya ayuda espuman esa salmuera, y llevan a unas plataformas redondas practicadas de trecho en trecho esa sal cuando está bien para ser apilada en montones. Bordeamos durante dos horas aquel triste tablero de damas, donde la sal ahoga por su abundancia la vegetación, y donde nosotros solo distinguíamos de vez en cuando algunos *paludiers,* nombre dado a los que cultivan la sal. Estos hombres, o más bien, ese clan de bretones lleva un traje especial, una chaquetilla blanca bastante parecida a la de los cerveceros. Se casan entre sí. No hay ejemplo de que una sola muchacha de esa tribu se haya casado con un hombre que no sea un *paludier.* El horrible aspecto de estas ciénagas cuyo lodo era simétricamente rastrillado, y de aquella tierra gris por la que siente horror la flora bretona, armonizaba con el duelo de nuestra alma. Cuando llegamos al sitio en el que se pasa el brazo de mar formado por la irrupción de las aguas en ese fondo, y que sin duda sirve para alimentar las marismas, distinguimos complacidos las raquíticas vegetaciones que adornan las arenas de la playa. En la travesía, divisamos en medio del lago la isla donde viven los Cambremer; volvimos la cabeza.

Al llegar a nuestro alojamiento, observamos un billar en una sala baja, y, cuando nos enteramos de que era el único billar público que hubo en el Croisic, hicimos nuestros preparativos de marcha durante la noche; al día siguiente estábamos en Guérande. Pauline aún seguía triste, y yo ya percibía la proximidad de esa llama que me quema el cerebro. Me sentía tan cruelmente atormentado por las visiones que tenía de aquellas tres existencias que ella me dijo:

—Louis, escribe eso, engañarás a la naturaleza de esa fiebre.

Así pues, le he escrito a usted esta aventura, querido tío; pero ya me ha hecho perder la calma que debía a mis baños y a nuestra estancia aquí.

París, 20 de noviembre de 1834.

LA POSADA ROJA

Al señor marqués de Custine[1].

En no sé qué año, un banquero de París que tenía relaciones comerciales muy amplias en Alemania, agasajaba a uno de esos amigos, mucho tiempo desconocidos, que los negociantes consiguen en cada plaza por correspondencia. Este amigo, jefe de no sé qué firma bastante importante de Nuremberg, era un bonachón y corpulento alemán, hombre de gusto y erudición, hombre de pipa sobre todo, que tenía una hermosa y ancha cara nuremburguesa, de frente cuadrada, limpia y adornada por unos cuantos cabellos rubios bastante escasos. Mostraba el prototipo de los hijos de esta pura y noble Germania, tan fértil en caracteres honorables, y cuyas pacíficas costumbres nunca se han visto desmentidas, ni siquiera tras siete invasiones. El extranjero reía con ingenuidad, escuchaba con atención y bebía notablemente bien, dando la impresión de que tal vez le gustaba tanto el vino de champaña como los vinos pajizos de Johannisberg[2]. Se llamaba Hermann, como casi todos los alemanes que sacan a escena los autores. Como hombre que no puede hacer nada a la ligera, estaba firmemente sentado a la mesa del banquero, comía con ese apetito tudesco tan célebre en Europa, y se despedía a conciencia de la cocina del gran Câreme[3]. Para honrar a su huésped, el dueño de la casa había invitado a varios amigos íntimos, capitalistas o comerciantes, y a varias mujeres amables y hermosas cuya amena conversación y modales francos armonizaban con la cordialidad germánica. En verdad, si hubierais podido contemplar, como yo tuve el placer de verla, la alegre reunión de unas gentes que habían escondido sus garras comerciales para especular sobre los placeres de la vida, os habría resultado difícil abominar de los descuentos usurarios o maldecir las quiebras. El hombre no puede obrar mal constantemente. Por eso, hasta en la sociedad de los piratas debe de haber algunas horas dulces en las que podéis creer que os encontráis en su siniestro bajel como en un columpio.

—Espero, señor Hermann, que antes de abandonarnos nos cuente una historia alemana que nos dé mucho miedo.

Estas palabras fueron pronunciadas a los postres por una joven pálida y rubia que indudablemente había leído los cuentos de Hoffmann y las novelas de Walter Scott. Era la hija única del banquero, deliciosa criatura cuya educación estaba concluyéndose en el Gymnase[4], y que enloquecía con las obras que en él se representaban. En ese momento, los invitados se hallaban en esa dichosa disposición de pereza y silencio en que nos pone una comida exquisita, cuando hemos presumido algo más de la cuenta de nuestra fuerza digestiva. Con la espalda recostada en la silla y las muñecas ligeramente apoyadas en el borde de la mesa, cada invitado jugaba de modo indolente con la hoja dorada de su cuchillo. Cuando una cena alcanza ese

instante de declive, algunas personas atormentan las pepitas de una pera; otras hacen rodar bolitas de pan entre el pulgar y el índice; los enamorados trazan letras informes con los restos de la fruta; los avaros cuentan sus huesos alineándolos en su plato del mismo modo que un dramaturgo dispone sus comparsas en el fondo del escenario. Son estas pequeñas felicidades gastronómicas las que no tuvo en cuenta en su libro Brillat-Savarin, autor por lo demás tan completo[5]. Los criados habían desaparecido. Los postres estaban como un escuadrón después del combate, completamente desamparados, saqueados y maltrechos. Los platos se hallaban desperdigados sobre la mesa, a pesar de la obstinación con que la dueña del lugar trataba de que los pusieran en su sitio. Varias personas contemplaban unas vistas de Suiza colgadas simétricamente de las grises paredes del comedor. Ningún invitado se aburría. No conocemos hombre alguno que se haya puesto triste durante la digestión de una buena cena. Entonces nos gusta permanecer en no sé que calma, una especie de justo medio entre la ensoñación del pensador y la satisfacción de los animales rumiantes, que habría que calificar como la melancolía material de la gastronomía. Por eso, los invitados se volvieron de forma espontánea hacia el buen alemán, todos ellos encantados de poder oír una balada, incluso aunque careciese de interés. Durante esa bendita pausa, la voz de un narrador siempre parece deliciosa a nuestros sentidos abotargados, y favorece su felicidad negativa. Buscador de cuadros como soy, contemplé lleno de admiración aquellas caras alegradas por una sonrisa, iluminadas por las bujías y que la buena comida había teñido de púrpura; sus diversas expresiones producían agudos efectos a través de los candelabros, los fruteros de porcelana, la fruta y los cristales.

Mi imaginación quedó de pronto impresionada por el aspecto del invitado que precisamente se encontraba frente a mí. Era un hombre de estatura mediana, bastante gordo, risueño, que tenía el aspecto y los modales de un agente de cambio y estaba dotado al parecer de una mentalidad muy ordinaria; todavía no me había fijado en él; en ese momento me pareció que su rostro, sin duda ensombrecido por una luz engañosa, cambiaba de carácter; se había vuelto terroso y lo surcaban tintes violáceos. Hubierais pensado en la cabeza cadavérica de un moribundo. Inmóvil como los personajes pintados en un diorama[6], sus ojos atónitos se hallaban clavados en las relumbrantes facetas de un tapón de cristal; pero no las contaba, desde luego, y parecía sumido en alguna contemplación fantástica del futuro o del pasado. Tras haber examinado mucho tiempo aquel rostro equívoco, me dio qué pensar: «¿Sufre? –me dije–. ¿Ha bebido demasiado? ¿Se ha arruinado por la caída de los fondos públicos? ¿Piensa burlar a sus acreedores?».

—¡Fíjese! –le dije a mi vecina señalándole la cara del desconocido–. ¿No ve una quiebra en ciernes?

—¡Oh, no! –me respondió–. Estaría más alegre. –Y luego, moviendo graciosamente la cabeza, añadió–: Si ese se arruina alguna vez, iré a contarlo a Pekín[7]. ¡Tiene un millón en bienes raíces! Es un antiguo proveedor de los ejércitos

imperiales, un buen hombre bastante original. Se ha vuelto a casar por especulación, y no obstante hace a su mujer extremadamente dichosa. Tiene una hermosa hija, a la que durante mucho tiempo no quiso reconocer; pero la muerte de su hijo, fallecido desgraciadamente en duelo, le ha obligado a llevarla a casa, porque ya no podía tener descendencia. De este modo, la pobre niña se ha convertido de repente en una de las herederas más ricas de París. La pérdida de su hijo único ha sumido a este querido hombre en una pesadumbre que de vez en cuando reaparece.

En ese momento, el proveedor alzó hacia mí los ojos; su mirada era tan sombría que me estremecí. A buen seguro, aquella mirada resumía toda una vida. Pero de pronto su fisonomía se volvió alegre; cogió el tapón de cristal, lo puso con gesto maquinal en una garrafa llena de agua que se encontraba delante de su plato, y volvió la cabeza hacia el señor Hermann sonriendo. Era indudable que aquel hombre, alcanzada la beatitud gracias a sus gozos gastronómicos, no tenía dos ideas en el cerebro y no pensaba en nada. Por eso sentí vergüenza en cierto modo por prodigar mi ciencia adivinatoria *in anima vili*[8] de un obtuso financiero. Mientras yo hacía observaciones frenológicas sin provecho alguno, el buen alemán se había atiborrado la nariz de tabaco y empezaba su historia. Me resultaría bastante difícil reproducirla en los mismos términos, con sus frecuentes interrupciones y sus verbosas digresiones. Por eso la he escrito a mi aire, dejando las faltas al nuremburgués, y apropiándome de lo que pueda tener de poética y de interesante, con el candor de los escritores que olvidan poner en el título de sus libros: traducido del alemán.

LA IDEA Y EL ACTO

«A finales de vendimiario del año VII, época republicana que, en el estilo actual, se corresponde con el 20 de octubre de 1799, dos jóvenes, que salieron de Bonn por la mañana, habían llegado a la caída de la tarde a los alrededores de Andernach, pequeña población situada en la orilla izquierda del Rin, a unas pocas leguas de Coblenza. En ese momento, el ejército francés mandado por el general Augereau[9] maniobraba frente a los austriacos, que ocupaban la orilla derecha del río. El cuartel general de la división republicana se hallaba en Coblenza, y una de las medias brigadas que pertenecían al cuerpo de Augereau se encontraba acantonada en Andernach. Ambos viajeros eran franceses. Viendo sus uniformes azules mezclados de blanco, con bocamangas de terciopelo rojo, sus sables y, sobre todo, el sombrero cubierto de un hule verde y adornado con un plumero tricolor, hasta los mismos campesinos alemanes habrían reconocido a cirujanos militares, hombres de ciencia y de mérito, amados por la mayoría, no solo en el ejército, sino incluso en los países invadidos por nuestras tropas. En esa época, varios hijos de buena familia, arrancados de sus períodos de prácticas médicas por la reciente ley de conscripción debida al general Jourdan[10] habían preferido, lógicamente, proseguir sus estudios sobre el

campo de batalla que verse obligados al servicio militar, poco armónico con su educación primera y su tranquilo destino. Hombres de ciencia, pacíficos y serviciales, aquellos jóvenes hacían algún bien en medio de tantas desgracias, y simpatizaban con los eruditos de las distintas comarcas por las que pasaba la cruel civilización de la República. Armados ambos de una hoja de ruta y provistos de una comisión de *subayudante* firmada por Coste y Bernadotte[11], los dos jóvenes se dirigían a la media brigada a la que estaban adscritos. Ambos pertenecían a familias burguesas de Beauvais, no demasiado acomodadas, pero en las que se transmitían, como parte de la herencia, costumbres tolerantes y lealtad provinciana. Llevados al teatro de la guerra antes de la época señalada para entrar en funciones, por una curiosidad muy natural en jóvenes, habían viajado en diligencia hasta Estrasburgo. Aunque la prudencia materna solo les hubiera permitido llevar una suma escasa, se creían ricos con la posesión de unos cuantos luises, auténtico tesoro en un tiempo en que el papel moneda había alcanzado el último grado de envilecimiento, y en que el oro valía mucho dinero. Los dos subayudantes, de veinticinco años como máximo, obedecieron a la poesía de su situación con todo el entusiasmo de la juventud. De Estrasburgo a Bonn, habían visitado el Electorado[12] y las orillas del Rin como artistas, como filósofos, como observadores. Cuando tenemos un destino científico, en esa edad somos seres realmente múltiples. Hasta dedicándose al galanteo o al viaje, un subayudante debe atesorar los rudimentos de su fortuna o de su gloria futura. Los dos jóvenes se habían entregado por tanto a esa admiración profunda que embarga a los hombres instruidos a la vista de las orillas del Rin y de los paisajes de Suabia[13], entre Maguncia y Colonia; naturaleza poderosa, rica, fuertemente accidentada, llena de recuerdos feudales y de verdor, pero que conserva en todas partes las huellas del hierro y del fuego. Luis XIV y Turena cauterizaron esa deliciosa comarca. Aquí y allá, unas ruinas dan testimonio del orgullo, o tal vez de la previsión, del rey de Versalles, que hizo demoler los admirables castillos que en el pasado habían adornado esa parte de Alemania. Viendo esa tierra maravillosa cubierta de bosques, y donde abunda el pintoresquismo de la Edad Media, aunque en ruinas, podéis imaginar el genio alemán, sus ensoñaciones y su misticismo. Sin embargo, la estancia de los dos amigos en Bonn tenía un motivo de ciencia y de placer al mismo tiempo. El gran hospital del ejército galo-batavo y de la división de Augereau se encontraba asentado en el palacio mismo del elector. Así pues, los subayudantes recién nombrados habían ido a ver a sus compañeros, a entregar cartas de recomendación a sus jefes, y a familiarizarse en él con las primeras impresiones de su oficio. Pero también allí, como en otras partes, se despojaron de algunos de esos prejuicios exclusivos a los que permanecemos durante tanto tiempo fieles en favor de los monumentos y las bellezas de nuestro país natal. Sorprendidos por la visión de las columnas de mármol que adornan el palacio electoral, caminaron llenos de admiración en medio de la grandiosidad de las construcciones alemanas, y a cada paso encontraron nuevos tesoros antiguos y modernos. De vez en cuando, los caminos por los que

vagabundeaban ambos amigos al dirigirse hacia Andernach los llevaban hasta la cresta de una montaña de granito más elevada que el resto. Allí, por una escotadura del bosque, por una anfractuosidad de las rocas, vislumbraban alguna vista del Rin enmarcado entre areniscas o festoneado por vigorosas vegetaciones. Los valles, los senderos y los árboles exhalaban esa fragancia otoñal que empuja al sueño; las cimas de los árboles empezaban a dorarse, a tomar unos tonos cálidos y pardos, signos de vejez; caían las hojas, pero el cielo aún estaba de un hermoso azul, y los caminos, secos, se dibujaban como líneas amarillas en el paisaje, entonces iluminado por los oblicuos rayos del poniente. A media legua de Andernach, los dos amigos caminaron sumidos en un profundo silencio, como si la guerra no devastase aquel hermoso país, y siguieron un sendero de cabras a través de las altas murallas de granito azulado entre las que burbujea el Rin. No tardaron en descender por una de las vertientes de la garganta en cuyo fondo se encuentra la pequeña aldea, asentada con coquetería a orillas del río, que ofrece un bonito puerto a los marineros. “¡Qué país tan hermoso es Alemania!” –exclamó uno de los jóvenes, llamado Prosper Magnan, en el momento en que divisó las casas pintadas de Andernach, apiñadas como huevos en un cesto y separadas por árboles, por jardines y por flores. Luego, durante un instante, admiró los tejados puntiagudos de vigas saledizas, las escaleras de madera, las galerías de mil viviendas apacibles, y las barcas que mecían las olas en el puerto…».

Cuando el señor Hermann pronunció el nombre de Prosper Magnan, el proveedor cogió la garrafa, se sirvió agua en el vaso y lo vació de un trago. Como el movimiento había llamado mi atención, creí observar un ligero temblor en sus manos y humedad en la frente del capitalista.

—¿Cómo se llama el antiguo proveedor? –pregunté a mi amable vecina.

—Taillefer –me respondió.

—¿No le parece que se encuentra indispuesto? –exclamé al ver palidecer al singular personaje.

—De ningún modo –dijo él, dándome las gracias con un gesto de cortesía–. Estoy escuchando –añadió, haciendo una señal con la cabeza a los invitados, que le miraron todos al mismo tiempo.

—He olvidado el nombre del otro joven –dijo el señor Hermann. Lo único que las confidencias de Prosper Magnan me enseñaron es que su compañero era moreno, bastante delgado y jovial. Si me lo permiten, le llamaré Wilhem, para dar más claridad al relato de esta historia.

El buen alemán prosiguió su narración después de haber bautizado de ese modo, sin respeto alguno por el romanticismo y el color local, al subayudante francés con un nombre germánico.

«Así pues, en el momento en que los dos jóvenes llegaron a Andernach, era noche

cerrada. Presumiendo que perderían mucho tiempo si intentaban encontrar a sus jefes, darse a conocer y obtener de ellos alojamiento militar en una población llena de soldados, habían decidido pasar su última noche de libertad en una posada situada a un centenar de pasos de Andernach, y cuyo ricos colores, embellecidos por los rayos del poniente, habían admirado desde lo alto de las rocas. Completamente pintada de rojo, aquella posada producía un efecto sorprendente en el paisaje, bien por destacarse de la masa general de la población, bien por oponer su ancha cinta de púrpura al verdor de la distinta vegetación, y su tinte vivo a los tonos grisáceos del agua. La casa debía su nombre a la decoración exterior, que sin duda le fue impuesta desde tiempo inmemorial por el capricho de su fundador. Una superstición mercantil bastante lógica en los distintos dueños de aquella casa, famosa entre los marineros del Rin, había hecho conservar cuidadosamente la costumbre. Al oír el paso de los caballos, el mesonero de *La posada roja* acudió al umbral de la puerta. “Vive Dios, señores –exclamó–, que si llegan a venir un poco más tarde habrían tenido que dormir al raso, como la mayoría de sus compatriotas que vivaquean al otro lado de Andernach. ¡En mi casa lo tengo todo ocupado! Si pretenden dormir en una buena cama, solo puedo ofrecerles mi propia habitación. En cuanto a los caballos, ahora mismo mandaré prepararles un lecho de paja en un rincón del patio. Mi cuadra está hoy llena de cristianos. —¿Los señores vienen de Francia? –prosiguió tras una leve pausa. —De Bonn –exclamó Prosper–. Y todavía no hemos probado bocado desde esta mañana. —En cuanto a víveres… –dijo el posadero moviendo la cabeza–. Vienen de diez leguas a la redonda a celebrar las bodas en *La posada roja.* Tendrán un festín principesco, ¡pescado del Rin! Con eso, queda dicho todo”. Después de haber confiado sus fatigadas monturas a los cuidados del mesonero, que llamaba bastante inútilmente a sus criados, los subayudantes entraron en la sala común de la posada. Las nubes espesas y blancuzcas que exhalaba una numerosa reunión de fumadores no les permitieron al principio distinguir a las personas con las que iban a encontrarse; pero cuando se sentaron junto a una mesa, con la paciencia práctica de esos viajeros filósofos que han reconocido la inutilidad del ruido, distinguieron, entre los vapores del tabaco, los accesorios obligados de una posada alemana: la estufa, el reloj, las mesas, las jarras de cerveza, las largas pipas; aquí y allá rostros heteróclitos, judíos y alemanes; luego, las caras rudas de algunos marineros. Las charreteras de varios oficiales franceses brillaban en medio de aquella bruma, y el tintineo de las espuelas y los sables resonaba incesantemente en las baldosas. Unos jugaban a las cartas, otros discutían, callaban, comían, bebían o paseaban. Una mujercilla rechoncha, con gorra de terciopelo negro, peto azul y plata, acerico, manojo de llaves, broche de plata y cabellos trenzados, marcas distintivas de todas las dueñas de posadas alemanas, y cuyo traje, por otro lado, está pintado con tal precisión en multitud de estampas que resulta demasiado vulgar para ser descrito, es decir, la mujer del posadero, hizo esperar e impacientarse a los dos amigos con una habilidad notabilísima. De forma insensible, el ruido decayó, los viajeros se retiraron y la nube

de humo fue disipándose. Una vez puesto el cubierto de los subayudantes, no tardó en aparecer sobre la mesa la clásica carpa del Rin: daban las once y la sala estaba vacía. El silencio de la noche permitía oír vagamente tanto el ruido que hacían los caballos mientras comían su pienso o piafaban como el murmullo de las aguas del Rin, o esa especie de rumores indefinibles que animan una posada llena cuando todos se acuestan. Se cerraban y abrían puertas y ventanas, unas voces murmuraban vagas palabras, y en las habitaciones se oían algunas interpelaciones. En ese momento de silencio y tumulto, los dos franceses y el posadero, ocupado en ponderarles Andernach, la comida, su vino del Rin, al ejército republicano y a su mujer, escucharon con cierto interés los roncos gritos de algunos marineros y el zumbido de un barco que llegaba a puerto. El posadero, familiarizado sin duda con las interrogaciones guturales de aquellos barqueros, salió corriendo para volver enseguida con un hombrecillo tras el que venían dos marineros cargados con una pesada maleta y algunos bultos. Una vez depositados los paquetes en la sala, el hombrecillo cogió su maleta y la puso a su lado, sentándose sin ceremonias a la mesa frente a los dos subayudantes. “Tendréis que dormir en el barco –les dijo a los marineros–, porque la posada está llena. Pensándolo bien, será lo mejor. —Señor –dijo el posadero al recién llegado–, aquí tiene todas las provisiones que me quedan”. Y señalaba la cena servida a los dos franceses. “No tengo ni una corteza de pan, ni un hueso. —¿Y chucrut? —¡Ni siquiera para llenar el dedal de mi mujer! Como ya he tenido el honor de decirle, no podrá disponer de otra cama que la silla en la que está sentado, ni de más habitación que esta sala”. A estas palabras, el hombrecillo lanzó sobre el posadero, la sala y los dos franceses una mirada en la que se pintaron, a partes iguales, la prudencia y el espanto».

—Aquí debo hacerles observar –dijo interrumpiéndose el señor Hermann que nunca hemos sabido ni el verdadero nombre ni la historia de este desconocido; solo se supo, por la documentación que aportó, que procedía de Aquisgrán; había tomado el nombre de Walhenfer, y en los alrededores de Neuwied poseía una manufactura de alfileres bastante considerable. Como todos los fabricantes de este país, llevaba levita de paño común, calzones y chaleco de terciopelo verde oscuro, botas y un ancho cinturón de cuero. Su cara era completamente redonda, sus modales francos y cordiales; pero, durante aquella velada, le resultó muy difícil disfrazar por entero aprensiones secretas o tal vez crueles preocupaciones. La opinión del posadero siempre fue que aquel negociante alemán huía de su país. Más tarde, he sabido que su fábrica había sido incendiada por uno de esos azares desgraciadamente tan frecuentes en tiempo de guerra. A pesar de su expresión por lo general preocupada, su fisonomía anunciaba a un hombre de bien. Eran hermosos sus rasgos, y tenía sobre todo un cuello ancho cuya blancura ponía de relieve una corbata negra, que Wilhem, por burla, indicó a Prosper…

En ese momento, el señor Taillefer bebió un vaso de agua.

—Prosper ofreció cortésmente al negociante compartir su cena, y Walhenfer aceptó sin cumplidos, como hombre que se encontraba en condiciones de agradecer la cortesía; tumbó su maleta en tierra, puso encima los pies, se quitó el sombrero, se sentó a la mesa y se desembarazó de los guantes y de dos pistolas que llevaba al cinto. No tardó el posadero en ponerle un cubierto, y los tres comensales empezaron a satisfacer su apetito en silencio. La atmósfera de la sala era tan cálida y tan numerosas las moscas que Prosper rogó al posadero que abriese la ventana frontera a la puerta para que se renovase el aire. La ventana se hallaba atrancada por una barra de hierro cuyos dos extremos encajaban en agujeros practicados en ambas esquinas del vano. Para mayor seguridad, dos tomillos entraban en dos tuercas que había en cada uno de los postigos. Prosper examinó por casualidad la forma en que se las arreglaba el posadero para abrir la ventana.

Pero, ya que les hablo de los lugares –nos dijo el señor Hermann–, debo describir la disposición interior de la posada, porque del conocimiento exacto del sitio depende el interés de esta historia. La sala en que se encontraban los tres personajes de que les hablo tenía dos puertas de salida. Una daba al camino de Andernach que bordea el Rin. En él, frente a la posada, se encontraba un pequeño embarcadero natural donde estaba amarrado el barco alquilado por el negociante para su viaje. La salida de la otra puerta daba al patio de la posada. Este patio se hallaba rodeado de bardas muy altas, y estaba lleno en aquel momento de animales y caballos, porque las cuadras se encontraban ocupadas por la gente. Acababan de atrancar la puerta principal con tanto cuidado que, para mayor rapidez, el posadero había hecho entrar al negociante y a los marineros por la puerta de la sala que daba a la calle. Tras abrir la ventana de acuerdo con los deseos de Prosper Magnan, se puso a cerrar esa puerta, introdujo las barras en sus agujeros y apretó las tuercas. El cuarto del posadero, donde debían acostarse los dos subayudantes, estaba contiguo a la sala común, y se hallaba separado por una pared bastante ligera de la cocina, donde probablemente pasarían la noche la posadera y su marido. La criada acababa de irse en busca de cobijo en algún pesebre, en el rincón de algún granero o en cualquier otra parte. Es fácil comprender que la sala común, la habitación del posadero y la cocina estaban en cierto modo aisladas del resto de la posada. En el patio había dos grandes perros cuyos graves ladridos anunciaban unos guardianes vigilantes y muy irritables. «¡Qué silencio y qué hermosa noche!» –dijo Wilhem mirando el cielo cuando el posadero acabó de cerrar la puerta. El chapoteo de las olas era el único ruido que se dejaba oír. «Caballeros –dijo el negociante a los dos franceses–, permítanme ofrecerles unas botellas de vino para regar la carpa. Descansaremos de la fatiga de la jornada bebiendo. Por su aspecto y el estado de su ropa, veo que, como yo, ustedes también han hecho mucho camino». Los dos amigos aceptaron, y el posadero salió por la puerta de la cocina para ir a la bodega, situada sin duda bajo aquella parte del edificio. Cuando a la mesa llegaron cinco venerables botellas traídas por el posadero, su mujer acababa de servir la comida. Lanzó a la sala y a los platos su ojeada de ama de casa y luego, segura de

haber previsto todas las exigencias de los viajeros, regresó a la cocina. Los cuatro comensales, porque el posadero también fue invitado a beber, no la oyeron acostarse; pero más tarde, durante los intervalos de silencio que separaron las charlas de los bebedores, algunos ronquidos muy acentuados, que las tablas huecas del camaranchón en que se había cobijado volvían aún más sonoros, hicieron sonreír a los amigos y sobre todo al posadero. Hacia medianoche, cuando sobre la mesa ya solo quedaban galletas, queso, frutos secos y buen vino, los comensales, principalmente los dos jóvenes franceses, se volvieron comunicativos. Hablaron de su país, de sus estudios, de la guerra. Finalmente, la conversación se animó. Prosper Magnan arrancó algunas lágrimas de los ojos del negociante fugitivo cuando, con esa franqueza picarda y la ingenuidad de un carácter bondadoso y tierno, imaginó lo que debía de estar haciendo su madre en el momento en que él se encontraba a orillas del Rin. «Estoy viéndola leer sus oraciones de la noche antes de acostarse –decía–. Seguro que no me olvida, y que debe de preguntarse… "¿Dónde estará mi pobre Prosper?". Pero si ha ganado en el juego unos cuantos *sous* a su vecina –tal vez a tu madre, añadió dándole con el codo a Wilhem–, los guarda en el puchero grande de arcilla roja donde va apilando la suma necesaria para comprar treinta arpendes enclavados en su pequeña hacienda de Lescheville. Esos treinta arpendes bien valen los sesenta mil francos. Tiene unos prados espléndidos. ¡Ay, si algún día los consigo, viviré toda mi vida en Lescheville, sin otra ambición! ¡Cuántas veces deseó mi padre esos treinta arpendes y el hermoso río que serpentea entre los prados! Pero murió sin poder comprarlos. ¡Cuánto he jugado yo en ellos! —Señor Walhenfer, ¿no tiene usted también su *hoc erat in votis*[14]?, preguntó Wilhem. —Sí, caballero, sí. Y ya lo había conseguido, pero ahora…». El buen hombre guardó silencio sin terminar la frase. «Yo –dijo el posadero, cuyo rostro se había encendido levemente de púrpura–, compré el año pasado un pago que deseaba conseguir desde hacía diez años». Así continuaron hablando como personas a las que el vino ha soltado la lengua, y sintieron los unos por los otros esa amistad pasajera de la que somos poco avaros cuando estamos de viaje, de modo que, en el momento en que fueron a acostarse, Wilhem ofreció su cama al negociante. «Puede aceptarla sin problemas –le dijo–, porque yo puedo dormir en la cama de Prosper. No será la primera ni la última vez. ¡Es usted nuestro decano y debemos honrar la vejez! —Bueno –dijo el posadero–, la cama de mi mujer tiene varios colchones, puede poner uno en el suelo». Y fue a cerrar la ventana, haciendo el ruido que exigía esa prudente operación. «Acepto –dijo el negociante–. Confieso –añadió bajando la voz y mirando a los amigos– que lo estaba deseando. Mis barqueros me parecen sospechosos. Por esta noche, no lamento hallarme en compañía de dos jóvenes valientes y honrados, de dos militares franceses. ¡Llevo cien mil francos en oro y diamantes en mi maleta!». La afectuosa reserva con que fue recibida esa imprudente confidencia por ambos jóvenes tranquilizó al buen alemán. El posadero ayudó a sus viajeros a deshacer una de las camas. Luego, cuando todo quedó de la mejor manera posible, les deseó buenas

noches y fue a acostarse. El negociante y los dos subayudantes hicieron bromas sobre la naturaleza de sus almohadas. Prosper metía el maletín del instrumental y el instrumental y el de Wilhem bajo su colchón, a fin de levantarlo y reemplazar el cabezal que le faltaba en el mismo momento en que, por un exceso de prudencia, Walhenfer colocaba su maleta bajo la cabecera. «Ambos dormiremos sobre nuestra fortuna: usted sobre su oro, yo sobre mi maletín. Solo queda por saber si mi instrumental me proporcionará tanto oro como el que usted ha conseguido. —Puede esperarlo, dijo el negociante. El trabajo y la probidad logran todo, pero habrá de tener paciencia». No tardaron Walhenfer y Wilhem en dormirse. Pero, bien porque la cama fuese demasiado dura, bien porque su extremado cansancio provocase insomnio, bien por una fatal disposición de ánimo, Prosper Magnan permaneció despierto. De modo insensible, sus pensamientos tomaron mal camino. Pensó exclusivamente en los cien mil francos sobre los que dormía el negociante. Para él, cien mil francos era una inmensa fortuna muy oportuna. Empezó gastándolos de mil maneras diferentes, haciendo castillos en el aire, como todos solemos hacer llenos de felicidad en los momentos que preceden al sueño, en esa hora en que en nuestro entendimiento nacen confusas las imágenes y en que, a menudo, con el silencio de la noche, el pensamiento adquiere una fuerza mágica. Colmaba los deseos de su madre, compraba los treinta arpendes de prado, se casaba con una señorita de Beauvais a la que en ese momento le prohibía aspirar la desproporción de sus fortunas. Con esa suma disponía toda una vida de delicias, y se veía feliz, padre de familia, rico, respetado en su provincia, y tal vez alcalde de Beauvais. Una vez inflamada su cabeza picarda, buscó los medios de trocar sus ficciones en realidades. Puso un ardor extraordinario en imaginar un crimen en teoría. Mientras pensaba en la muerte del negociante, veía con toda claridad el oro y las piedras preciosas. Sus ojos se encandilaban. El corazón le palpitaba. Indudablemente, la idea ya era un crimen. Fascinado por aquel montón de oro, se embriagó moralmente con razonamientos asesinos. Se preguntó si aquel pobre alemán tenía necesidad de vivir, y supuso que nunca había existido. En resumen, concibió el crimen asegurándose la impunidad. La otra orilla del Rin estaba ocupada por los austriacos; al pie de las ventanas había una barca y unos remeros: podía cortarle el cuello al hombre, tirarlo al Rin, escapar por la ventana con la maleta, ofrecer oro a los marineros y pasar a Austria. Hasta llegó a calcular el grado de destreza que había conseguido utilizando su instrumental quirúrgico, con el fin de cortar la cabeza de su víctima de forma que no profiriese un solo grito…

En este momento, el señor Taillefer se secó la frente y volvió a beber un poco de agua.

—Prosper se levantó despacio y sin hacer ruido. Seguro de no haber despertado a nadie, se vistió, se dirigió a la sala común y luego, con esa fatal inteligencia que el hombre encuentra de repente en sí mismo, con esa fuerza de tacto y de voluntad que

nunca falta ni a los presos ni a los criminales en la realización de sus proyectos, desatornilló las barras de hierro, las sacó de sus agujeros sin hacer el más leve ruido, las puso junto a la pared y abrió los postigos haciendo presión sobre los goznes para amortiguar el chirrido. La luna que arrojaba su pálida claridad sobre la escena le permitió ver débilmente los objetos en el cuarto donde dormían Wilhem y Walhenfer. Allí se detuvo un momento, según me dijo. Las palpitaciones de su corazón eran tan fuertes, tan profundas y tan sonoras que casi le habían asustado. Además temía no poder actuar con sangre fría; sus manos temblaban y las plantas de sus pies le parecían estar apoyadas sobre carbones ardientes. Pero la ejecución de su designio iba acompañada de tanta dicha que vio una especie de predestinación en aquel favor del destino. Abrió la ventana, regresó a la habitación, cogió su maletín y buscó el instrumento más adecuado para realizar su crimen. «Cuando llegué junto a la cama –me dijo–, me encomendé maquinalmente a Dios». En el momento en que alzaba el brazo reuniendo todas sus fuerzas, oyó dentro de sí una especie de voz y creyó percibir una luz. Arrojó el instrumento sobre la cama, corrió al otro cuarto y fue a asomarse a la ventana. Allí concibió el horror más profundo por sí mismo; y sintiendo no obstante frágil su virtud, temiendo todavía sucumbir a la fascinación de que era presa, saltó con presteza al camino y paseó por la orilla del Rin, haciendo por así decir de centinela ante la posada. En su precipitado paseo llegaba con frecuencia a Andernach; también con frecuencia sus pasos lo llevaban a la ladera por la que había descendido para llegar a la posada; pero era tan profundo el silencio de la noche, se fiaba tanto de los perros guardianes que, a veces, perdió de vista la ventana que había dejado abierta. Su objetivo era quedar extenuado, y así llamar al sueño. Sin embargo, cuando caminaba de esa forma bajo un cielo sin nubes admirando sus hermosas estrellas, impresionado tal vez también por el aire puro de la noche y el rumor melancólico de las olas, cayó en un ensueño que gradualmente lo llevó a sanas ideas de moral. La razón acabó por disipar completamente su momentáneo frenesí. Las enseñanzas de su educación, los preceptos religiosos y sobre todo, según me dijo, las imágenes de la vida modesta que hasta entonces había llevado bajo el techo paterno, triunfaron de sus malos pensamientos. Cuando volvió, tras una larga meditación a cuyo encanto se había abandonado a orillas del Rin mientras permanecía acodado sobre un gran peñasco, habría podido, según me dijo, no solo no dormir, sino velar al lado de mil millones de oro. En el momento en que su probidad resurgió orgullosa y fuerte de aquel combate, se puso de rodillas movido por un sentimiento de éxtasis y de felicidad, dio las gracias a Dios, se sintió feliz, ligero, contento, como en el día de su primera comunión, cuando se había creído digno de los ángeles porque había pasado la jornada sin pecar ni de palabra, ni de obra ni de pensamiento. Regresó a la posada, cerró la ventana sin temor a hacer ruido y se metió en la cama al instante. Su cansancio moral y físico lo entregó sin defensa al sueño. Instantes después de haber posado la cabeza sobre el colchón, se sumió en esa somnolencia primera y fantástica que siempre precede a un sueño profundo. Entonces los sentidos se embotan y la vida

va aboliéndose gradualmente, los pensamientos son incompletos y los últimos estremecimientos de nuestros sentidos simulan una especie de ensoñación. «¡Qué pesado está el aire! –se dijo Prosper–. Me parece que respiro un vapor húmedo». Se explicó vagamente ese efecto atmosférico por la diferencia que debía existir entre la temperatura del cuarto y el aire puro del campo. Pero no tardó en oír un ruido periódico muy semejante al que hacen las gotas de agua de una fuente al caer del grifo. Obedeciendo a un terror pánico, quiso levantarse y llamar al posadero, despertar al negociante o a Wilhem; pero entonces se acordó, para su desgracia, del reloj de madera; y, creyendo reconocer el movimiento del péndulo, se durmió en medio de aquella indistinta y confusa percepción.

—¿Quiere usted agua, señor Taillefer –dijo el dueño de la casa, viendo al banquero coger de forma maquinal la jarra.

Estaba vacía.

Tras la ligera pausa provocada por la observación del banquero, el señor Hermann prosiguió su relato.

—Al día siguiente por la mañana –dijo–, Prosper Magnan se vio despertado por un gran ruido. Le parecía haber oído gritos agudos, y sentía ese estremecimiento nervioso que sufrimos cuando, al despertar, acaba una sensación penosa que ha comenzado durante nuestro sueño. En nosotros obra un hecho fisiológico, un sobresalto, por utilizar la expresión vulgar, que aún no ha sido suficientemente estudiado aunque contiene fenómenos curiosos para la ciencia. Esa terrible angustia, producida tal vez por una reunión demasiado súbita de nuestras dos naturalezas, casi siempre separadas durante el sueño, suele ser por lo general rápida; pero en el pobre subayudante persistió, se incrementó incluso de forma repentina, provocándole la más espantosa horripilación cuando vio un charco de sangre entre su colchón y la cama de Walhenfer. La cabeza del pobre alemán yacía en el suelo, el cuerpo seguía en la cama. Toda la sangre había brotado por el cuello. Al ver los ojos aún abiertos y fijos, al ver la sangre que había manchado sus sábanas e incluso sus manos, al reconocer su instrumento de cirugía sobre el lecho, Prosper Magnan se desmayó y cayó sobre la sangre de Walhenfer. «Aquello ya era un castigo a mis pensamientos», me dijo. Cuando recuperó el conocimiento, se encontró en la sala común. Se hallaba sentado en una silla, rodeado por soldados franceses y ante un tropel de gente atenta y curiosa. Miró estúpidamente a un oficial republicano que recogía las declaraciones de algunos testigos y redactaba sin duda un atestado. Reconoció al posadero, a su mujer, a los dos marineros y a la criada de la posada. El instrumento de cirugía que había utilizado el asesino…

En este momento, el señor Taillefer tosió, sacó su pañuelo del bolsillo para sonarse y se secó la frente. Aquellos movimientos bastante naturales solo fueron observados por mí; todos los invitados tenían los ojos clavados en el señor Hermann y lo escuchaban con una especie de avidez. El proveedor apoyó el codo en la mesa, se puso la cabeza en la mano derecha y miró fijamente a Hermann. A partir de ese momento no dejó escapar ninguna señal de emoción ni de interés; pero su fisonomía siguió pensativa y terrosa, como en el momento en que había estado jugando con el tapón de la garrafa.

—El instrumento de cirugía que había utilizado el asesino se hallaba sobre la mesa junto con el maletín, la cartera y la documentación de Prosper. Las miradas de los allí reunidos se dirigían alternativamente hacia aquellas piezas de convicción y hacia el joven, que parecía moribundo, y cuyos ojos apagados daban la impresión de no ver nada. El rumor confuso que se dejaba oír fuera acusaba la presencia del gentío atraído ante la posada por la noticia del crimen, y tal vez también por el deseo de conocer al asesino. El paso de los centinelas colocados bajo las ventanas de la sala y el ruido de sus fusiles dominaban el murmullo de las conversaciones populares; pero la posada estaba cerrada, y el patio vacío y silencioso. Incapaz de sostener la mirada del oficial que formalizaba el atestado, Prosper Magnan sintió que un hombre le estrechaba la mano, y alzó los ojos para ver quién era su protector en medio de aquel tropel enemigo. Por el uniforme, reconoció al cirujano jefe de la media brigada acantonada en Andernach. La mirada de aquel hombre era tan penetrante, tan severa, que el pobre joven se estremeció y dejó rodar su cabeza sobre el respaldo de la silla. Un soldado le hizo aspirar vinagre, y al punto recobró el conocimiento. Sin embargo, sus ojos extraviados parecieron tan privados de vida y de inteligencia que el cirujano le dijo al oficial, tras tomar el pulso de Prosper: «Capitán, es imposible interrogar a este hombre en este momento. —¡De acuerdo! Llévenselo –respondió el capitán interrumpiendo al cirujano y dirigiéndose a un cabo que se encontraba detrás del subayudante. —¡Maldito cobarde! –le dijo en voz baja el soldado–, trata por lo menos de caminar con firmeza ante estos pillos de alemanes, para salvar el honor de la República». Esa interpelación despertó a Prosper Magnan, que se levantó y dio algunos pasos; pero cuando la puerta se abrió, cuando sintió la impresión del aire exterior y vio entrar el gentío, sus fuerzas lo abandonaron, las rodillas se le doblaron y se tambaleó. «¡Este pícaro estudiante merece dos veces la muerte! ¡Camina! –dijeron los dos soldados que le prestaban la ayuda de sus brazos para sostenerlo. —¡Qué cobarde! ¡Qué cobarde! ¡Es él! ¡Es él! ¡Ha sido él! ¡Ha sido él!». Estas palabras le parecían pronunciadas por una sola voz, la voz tumultuosa de la muchedumbre que lo acompañaba injuriándole y creciendo a cada paso. Durante el trayecto de la posada a la cárcel, el tumulto que el pueblo y los soldados producían al caminar, el murmullo de los distintos coloquios, la vista del cielo y el frescor del aire, la perspectiva de

Andernach y el estremecimiento de las aguas del Rin, todas esas impresiones llegaban al alma del subayudante, vagas, confusas, apagadas, como todas las sensaciones que había sentido desde que despertó. Por momentos creía que había dejado de existir, me dijo.

—Yo me encontraba entonces en la cárcel –dijo el señor Hermann interrumpiéndose–. Apasionado como todos lo somos a los veinte años, había querido defender a mi país y me había puesto al frente de una compañía de voluntarios que yo mismo había organizado en los alrededores de Andernach. Pocos días antes, había caído durante la noche en medio de un destacamento francés formado por ochocientos hombres. Nosotros éramos, todo lo más, doscientos. Mis espías me habían vendido. Fui encerrado en la cárcel de Andernach. Pensaban entonces fusilarme, para dar un escanniento que intimidase al país. Los franceses también hablaban de represalias, pero el asesinato del que los republicanos querían vengarse en mi cabeza no se había cometido en el Electorado. Mi padre había conseguido un aplazamiento de tres días, con objeto de poder ir a pedir mi perdón al general Augereau, que se lo concedió. Así pues, vi a Prosper Magnan en el momento en que entró en la cárcel de Andernach, y me inspiró la más profunda piedad. Aunque estuviese pálido, descompuesto y manchado de sangre, su fisonomía poseía un carácter de candor e inocencia que me sorprendió vivamente. Para mí, Alemania respiraba en sus largos cabellos rubios, en sus ojos azules. Auténtica imagen de mi país claudicante, me pareció una víctima y no un asesino. En el momento en que pasó bajo mi ventana, lanzó, no sé hacia dónde, la sonrisa amarga y melancólica de un loco que encuentra un fugaz vislumbre de razón. Aquella sonrisa no era, desde luego, la de un asesino. Cuando vi al carcelero, le pregunté por el nuevo preso. «No ha hablado desde que está en el calabozo. Se ha sentado, ha hundido la cabeza entre las manos, y duerme o medita en su caso. Según los franceses, será juzgado mañana por la mañana y fusilado a las veinticuatro horas». Por la tarde, y durante el breve instante que se me concedía para dar un paseo por el patio de la cárcel, permanecía bajo la ventana del prisionero. Hablamos, e ingenuamente me contó su aventura, respondiendo con bastante precisión a mis distintas preguntas. Tras esa primera conversación, ya no dudé de su inocencia. Pedí y obtuve el favor de permanecer unas horas a su lado. Por tanto, lo vi en varias ocasiones, y el pobre joven me inició sin rodeos en todas sus ideas. Se creía a un tiempo inocente y culpable. Recordando la horrible tentación a la que había tenido la fuerza de resistir, temía haber realizado, durante el sueño y en un acceso de sonambulismo, el crimen que, despierto, había soñado. «¿Y su compañero –le dije. —¡Oh, Wilhem es incapaz!», me contestó con ardor… No acabó siquiera. Tras esa frase calurosa, llena de juventud y de virtud, le estreché la mano. «Al despertar –continuó–, se habrá asustado sin duda, habrá perdido la cabeza y habrá escapado. —Sin despertarle a usted –le dije yo–, Pero entonces tiene fácil defensa, porque nadie habrá robado la maleta de Walhenfer». De repente se echó a llorar. «¡Oh, sí, soy inocente! –exclamó–. Yo no he matado. Me

acuerdo de mis sueños. Jugaba al marro con mis compañeros de colegio. No he podido cortarle la cabeza a ese negociante mientras soñaba que corría». Luego, a pesar de los destellos de esperanza que en ocasiones le devolvieron un poco de calma, seguía sintiéndose abrumado por un remordimiento. Desde luego, había alzado el brazo para cortar la cabeza del negociante. Se hacía justicia, y no sentía puro su corazón después de haber cometido el crimen en su cabeza. «¡Y sin embargo soy bueno! –exclamaba–. ¡Mi pobre madre! Tal vez en este momento esté jugando alegremente al imperial[15] con sus vecinas en su saloncito tapizado. Si supiera que he levantado la mano para asesinar a un hombre… ¡solo con eso moriría! Y estoy en la cárcel, acusado de haber cometido un crimen. ¡Si no he matado a ese hombre, mataré desde luego a mi madre!». No lloró al decir estas palabras, pero, animado por esa furia breve y viva bastante frecuente en los picardos, se lanzó contra el muro, y, si no llego a retenerle, en él se habría roto la crisma. «Espere al juicio le dije–. Será absuelto, es usted inocente. Y su madre… —Mi madre –exclamó lleno de ira–, lo primero que habrá de saber será mi acusación. En los pueblos pequeños, las cosas son así, y la pobre mujer morirá de pena. Además, no soy inocente. ¿Quiere saber toda la verdad? Siento que he perdido la virginidad de mi conciencia». Después de esta frase terrible, se sentó, cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y miró al suelo con aire sombrío. En ese momento vino el carcelero para rogarme que volviese a mi celda; pero, molesto por abandonar a mi compañero en un instante en que su desánimo me parecía tan profundo, lo estreché entre mis brazos con efusión amistosa. «Paciencia –le dije–, tal vez las cosas vayan bien. Si la voz de un hombre honrado puede acallar sus dudas, sepa que yo lo estimo y lo aprecio. Acepte mi amistad, y descanse en mi corazón si no está en paz con el suyo». Al día siguiente, un cabo y cuatro fusileros fueron en busca del subayudante hacia las nueve. Al oír el ruido producido por los soldados, me asomé a la ventana. Cuando el joven cruzó el patio, me lanzó una mirada. Nunca olvidaré aquellos ojos llenos de ideas, de presentimientos, de resignación y de no sé qué gracia triste y melancólica. Fue una especie de testamento silencioso e inteligible por el que un amigo legaba su vida perdida a su último amigo. Para él, sin duda, la noche había sido muy dura, muy solitaria; pero quizá también la palidez impresa en su rostro denunciaba un estoicismo agotado en una nueva estima de sí mismo. Tal vez se había purificado mediante un remordimiento, y creía lavar su falta en el dolor y en la vergüenza. Caminaba con paso firme, y por la mañana había hecho desaparecer las manchas de sangre con que se había ensuciado sin querer. «Mis manos se han mojado fatalmente en ellas mientras dormía, porque mi sueño siempre es muy agitado», me había dicho la víspera, en un horrible tono de desesperación. Supe que iba a comparecer ante un consejo de guerra. Al día siguiente, la división debía avanzar, y el jefe de la media brigada no quería marcharse de Andemach sin hacer justicia del crimen en el lugar mismo en que había sido cometido… Durante el tiempo que duró aquel consejo permanecí en medio de una angustia mortal. Finalmente, hacia mediodía, Prosper

Magnan fue devuelto a prisión. En ese momento yo estaba dando mi acostumbrado paseo; me vio, y acudió a arrojarse en mis brazos. «¡Perdido! –me dijo–. ¡Estoy perdido sin remisión! Aquí seré un asesino para todo el mundo». Alzó la cabeza con orgullo. «Esta injusticia me ha devuelto por entero mi inocencia. Mi vida siempre hubiera sido una perturbación, a mi muerte no se le podrá hacer ningún reproche. Pero ¿hay un más allá?». En esa pregunta súbita estaba todo el siglo dieciocho. Se quedó pensativo: «En fin –le dije–, ¿qué ha contestado? ¿Qué le han preguntado? ¿No ha contado lo ocurrido con la misma sencillez que a mí?». Me miró fijamente un momento; luego, después de esa pausa horrorosa, me respondió con una febril vivacidad de palabras: «Para empezar me han preguntado: "¿Salió usted de la posada por la noche?". Yo he dicho: "Sí". —"¿Por dónde?". Yo me he ruborizado y he respondido: "Por la ventana". —"Entonces, ¿la había abierto?". —"Sí", he dicho. —"Lo hizo con mucha precaución, porque el posadero no oyó nada". Me he quedado estupefacto. Los marineros han declarado que me habían visto pasear en dirección a Andernach unas veces, otras hacia el bosque. —Dicen que hice varios viajes. Enterré el oro y los diamantes. Por último, ¡no se ha encontrado la maleta! Además, yo seguía luchando con mis remordimientos. Cuando quería hablar, una voz despiadada me decía… "¡Quisiste cometer el crimen!". Todo estaba en mi contra, hasta yo mismo… Me han preguntado por mi camarada, y le he defendido completamente. Entonces me han dicho: "Debemos encontrar un culpable entre usted, su camarada, el posadero y su mujer. ¡Todas las ventanas y las puertas se encontraron cerradas esta mañana!". Ante este comentario –continuó–, me he quedado sin voz, sin fuerza y sin alma. Más seguro de mi amigo que de mí mismo, no podía acusarle. He comprendido que nos consideraban a ambos cómplices del asesinato, y que yo pasaba por ser el más torpe. He querido explicar el crimen por sonambulismo, y justificar a mi amigo; entonces he divagado. Estoy perdido. He leído mi condena en los ojos de mis jueces. Han dejado escapar sonrisas de incredulidad. Todo está dicho. No hay ninguna incertidumbre. Mañana seré fusilado. —Ya no pienso en mí –prosiguió–, ¡sino en mi pobre madre!». Se detuvo, miró al cielo, y no derramó lágrimas. Sus ojos estaban secos y fuertemente convulsos.

—«¡Frédéric!». ¡Ah, el otro se llamaba Frédéric, Frédéric! Sí, ese es el nombre –exclamó el señor Hermann con aire triunfal.

Mi vecina me dio con el pie y me hizo una seña mostrándome al señor Taillefer. El antiguo proveedor había dejado caer al descuido su mano sobre los ojos; pero, entre los espacios de sus dedos, creímos ver una llama sombría en su mirada.

—¡Eh! –me dijo ella al oído–. ¿Y si se llamase Frédéric?

Yo contesté guiñándole un ojo como diciéndole: «¡Silencio!».

Hermann continuó así:

—«Frédéric –exclamó el subayudante–, Frédéric me ha abandonado de un modo cobarde. Habrá tenido miedo. Tal vez se haya escondido en la posada, porque nuestros dos caballos todavía estaban por la mañana en el patio. —¡Qué misterio

incomprensible! –añadió tras un momento de silencio–. ¡El sonambulismo, el sonambulismo! Solo he tenido un acceso en mi vida, y lo padecí a los seis años de edad. —¿Habré de irme –continuó golpeando el suelo con el pie–, llevándome toda la amistad que hay en el mundo? ¿Moriré dos veces dudando de una fraternidad iniciada a la edad de cinco años y proseguida en el colegio, en las escuelas? ¿Dónde está Frédéric?». Se echó a llorar. Nos apegamos más a un sentimiento que a la vida. «Volvamos –me dijo–, prefiero estar en mi calabozo. No querría que me viesen llorar. Iré con firmeza hacia la muerte, pero no sé hacer heroísmo a deshora, y confieso que lamento mi joven y hermosa vida. No he dormido esta noche; he recordado las escenas de mi infancia, y me he visto corriendo por esos prados cuyo recuerdo tal vez ha causado mi perdición. —Tenía futuro –me dijo interrumpiéndose–. Doce hombres; un subteniente que ha de gritar: “Preparados, apunten, fuego”, un redoble de tambores, ¡y la infamia! Ese es ahora mi futuro. ¡Tiene que haber un Dios, o todo esto sería demasiado estúpido!». Entonces me agarró y me estrechó entre sus brazos apretando con fuerza. «¡Ah, es usted el último hombre con el que podré desahogar mi alma! ¡Usted recuperará la libertad! ¡Verá a su madre! No sé si es usted rico o pobre, pero ¿qué importa?, para mí usted es el mundo entero. Todos esos no lucharán eternamente. Cuando estén en paz, vaya a Beauvais. Si mi madre sobrevive a la fatal noticia de mi muerte, allí la encontrará. Dígale estas consoladoras palabras: “¡Era inocente!”. Le creerá –continuó–. Voy a escribírselo; pero usted le llevará mi última mirada, usted le dirá que ha sido el último hombre al que he abrazado. ¡Ah, cuánto le amará la pobre mujer por haber sido mi último amigo! —Aquí –dijo tras un momento de silencio durante el que se quedó como abrumado bajo el peso de sus recuerdos–, jefes y soldados me son desconocidos, e inspiro horror a todos. Sin usted, mi inocencia sería un secreto entre el cielo y yo». Le juré cumplir santamente sus últimas voluntades. Mis palabras y la efusión de mi corazón le conmovieron. Poco tiempo después, los soldados vinieron en su busca y se lo llevaron ante el consejo de guerra. Estaba condenado. Ignoro las formalidades que debían seguir o acompañar aquel primer fallo, no sé si el joven cirujano defendió su vida apurando todos los recursos, pero esperaba caminar al suplicio a la mañana siguiente y pasó la noche escribiendo a su madre. «Los dos quedaremos libres –me dijo sonriendo cuando fui a verlo al día siguiente–; he sabido que el general ha firmado su indulto». Permanecí en silencio, y lo miré para grabar bien sus rasgos en mi memoria. Entonces adoptó una expresión de desagrado, y me dijo: «¡He sido tristemente cobarde! He pasado la noche pidiendo mi indulto a estas paredes». Y señalaba los muros de su calabozo. «Sí, sí –continuó–, he aullado de desesperación, me he rebelado, he sufrido la más terrible de las agonías morales. —¡Estaba solo! Ahora pienso en lo que van a decir los demás… El valor es un traje que hay que ponerse. Debo ir decentemente a la muerte… Además…».

LAS DOS JUSTICIAS

—¡Oh, no acabe! –exclamó la joven que había solicitado la historia, y que entonces interrumpió bruscamente al hombre de Nuremberg–. Quiero seguir en la incertidumbre y creer que se salvó. Si hoy supiera que fue fusilado, no dormiría esta noche. Mañana me dirá el resto.

Nos levantamos de la mesa. Al aceptar el brazo del señor Hermann, mi vecina le dijo:

—Fue fusilado, ¿verdad?

—Sí. Yo fui testigo de la ejecución.

—¿Cómo señor?… –dijo ella–. ¿Ha podido usted…?

—Fue deseo suyo, señora. Es horrible seguir el séquito de un hombre vivo, de un hombre al que se ama, de un inocente. Aquel joven no cesó de mirarme. ¡Parecía que solo vivía en mí! Según dijo, quería que yo llevase su postrer suspiro a su madre.

—¿Y la vio usted?

—Cuando la paz de Amiens[16], vine a Francia para traer a la madre esta hermosa frase: «Era inocente». Emprendí esa peregrinación como un acto religioso. Pero la señora Magnan había muerto de consunción. No sin profunda emoción quemé la carta de que era portador. Tal vez se burle usted de mi exaltación germánica, pero vi un drama de melancolía sublime en el secreto eterno que iba a sepultar aquel adiós lanzado entre dos tumbas, ignorado por todo el mundo como un grito lanzado en medio del desierto por el viajero al que sorprende un león.

—Y si le pusieran frente a uno de los hombres que se encuentran en este salón diciéndole: «¡Ese es el asesino!», ¿no sería otro drama? –le pregunté interrumpiéndole–. ¿Y qué haría usted?

El señor Hermann fue a recoger su sombrero y salió.

—Se comporta usted como un joven, y muy a la ligera –me dijo mi vecina–. ¡Mire a Taillefer! ¡Vea! Sentado en la poltrona, en un rincón de la chimenea, la señorita Fanny le ofrece una taza de café. Él sonríe. Un asesino, a quien el relato de esta aventura hubiera debido poner en el potro, ¿podría mostrar tanta calma? ¿No es su aspecto realmente patriarcal?

—Sí, pero vaya a preguntarle si hizo la guerra en Alemania –exclamé yo.

—¿Por qué no?

Y con esa audacia que rara vez falta a las mujeres cuando una empresa les sonríe, o cuando la curiosidad domina su espíritu, mi vecina avanzó hacia el proveedor.

—¿Estuvo usted en Alemania? –le dijo.

Taillefer estuvo a punto de dejar caer su platillo.

—¿Yo, señora? No, nunca.

—¡Qué dices, Taillefer! –replicó el banquero interrumpiéndole–. ¿No estabas en víveres, durante la campaña de Wagram[17]?

—¡Ah, sí! –respondió el señor Taillefer–. Esa vez sí estuve.

—Se engaña usted, es un buen hombre —me dijo mi vecina volviendo a mi lado.

—Bueno –exclamé–, antes de que termine la velada sacaré al asesino fuera del

fango en que se oculta.

Ante nuestros ojos ocurre todos los días un fenómeno moral de una profundidad sorprendente, y sin embargo demasiado simple para ser observado. Si dos hombres se encuentran en un salón, y uno de ellos tiene derecho a despreciar u odiar al otro, bien por el conocimiento de un hecho íntimo y latente con el que se ha manchado, bien por un estado secreto, o incluso por una venganza futura, esos dos hombres se adivinan y presienten el abismo que los separa o debe separarlos. Se observan sin querer, se preocupan de sí mismos; sus miradas y gestos dejan transpirar una indefinible emanación de su pensamiento, entre ellos hay un imán. No sé qué se atrae con más fuerza, si la venganza o el crimen, si el odio o el insulto. Semejantes al sacerdote que no podía consagrar la hostia en presencia del espíritu maligno, los dos están recelosos, desafiantes; uno es cortés, el otro, no sé cuál, sombrío; el uno se ruboriza o palidece, el otro tiembla. Con frecuencia el vengador es tan cobarde como la víctima. Pocos tienen el valor de provocar un mal, incluso necesario; y muchos hombres callan o perdonan por odio al escándalo, o por miedo a un desenlace trágico. Esa intususpección[18] de nuestras almas y de nuestros sentimientos provocaba una lucha misteriosa entre el proveedor y yo. Desde la primera interpelación que le hice durante el relato del señor Hermann, rehuía mis miradas. ¡Tal vez también evitaba las de todos los invitados! Hablaba con la inexperta Fanny, la hija del banquero, sintiendo sin duda, como todos los criminales, la necesidad de acercarse a la inocencia con la esperanza de encontrar alivio a su lado. Pero, aunque algo distante, yo le oía, y mi penetrante mirada fascinaba la suya. Cuando él creía poder espiarme en la impunidad, nuestras miradas se encontraban y sus párpados caían inmediatamente. Cansado de aquel suplicio, Taillefer se apresuró a terminar con él poniéndose a jugar. Yo aposté a favor de su adversario, pero deseando perder mi dinero. Ese deseo se cumplió. Sustituí al perdedor y me encontré cara a cara con el asesino…

—Señor –le dije mientras él repartía las cartas–, ¿tendría la bondad de desmarcar[19]?

Entonces hizo pasar con bastante precipitación sus fichas del lado izquierdo al derecho. Mi vecina se había colocado junto a mí, y yo le lancé una mirada significativa.

—¿No será usted el señor Frédéric Taillefer –pregunté dirigiéndome al proveedor–, a cuya familia he conocido mucho en Beauvais?

—Sí, caballero –respondió.

Dejó caer sus cartas, palideció, escondió la cabeza entre las manos, rogó a uno de sus apostadores que le sustituyera y se levantó.

—Hace demasiado calor –exclamó–. Temo…

No acabó su frase. Su rostro expresó de repente unos sufrimientos horribles, y salió bruscamente. El dueño de la casa acompañó a Taillefer, pareciendo interesarse vivamente por él. Mi vecina y yo nos miramos; pero percibí no sé qué tinte de amarga tristeza en su fisonomía.

—¿Le parece misericordioso su comportamiento? –me preguntó ella, llevándome al hueco de una ventana cuando abandoné el juego después de haber perdido–. ¿Querría aceptar usted la facultad de leer en todos los corazones? ¿Por qué no dejar obrar a la justicia humana y a la justicia divina? Si escapamos de la primera, nunca evitamos la segunda. ¿Son dignos de envidia los privilegios de un presidente de tribunal? Casi ha hecho usted el oficio de verdugo.

Después de haber compartido y estimulado mi curiosidad ¿me viene usted con la moral?

Me ha hecho usted reflexionar –me respondió.

—¡Entonces, paz a los criminales, guerra a los desgraciados y deifiquemos el oro! Pero dejémoslo –añadí riendo–. Mire, por favor, a la joven que entra en este momento en el salón.

—¿Qué ocurre?

—La vi hace tres días en el baile del embajador de Nápoles; me enamoré apasionadamente de ella. Por favor, dígame su nombre. Nadie ha podido…

—¡Es la señorita Victorine Taillefer!

Tuve un vahído.

—Su madrastra –me decía mi vecina, cuya voz apenas oí– la ha sacado hace poco del convento donde tardíamente ha terminado su educación. Su padre se negó a reconocerla durante mucho tiempo. Ella viene aquí por primera vez. Es muy hermosa y muy rica.

Tales palabras fueron acompañadas de una sonrisa sardónica. En ese momento oímos unos gritos desgarradores pero apagados. Parecían salir de una habitación vecina y resonaban débilmente en los jardines.

—¿No es esa la voz del señor Taillefer? –dije yo.

Prestamos toda nuestra atención al ruido, y a nuestros oídos llegaron unos gemidos espantosos. La mujer del banquero corrió precipitadamente hacia nosotros, y cerró la ventana.

—Evitemos las escenas –nos dijo–. Si la señorita Taillefer oyese a su padre podría sufrir un ataque de nervios.

El banquero regresó al salón, buscó a Victorine y le dijo unas palabras en voz baja. La joven soltó un grito, se abalanzó hacia la puerta y desapareció. El suceso causó sensación. Las partidas cesaron. Todos preguntaron a su vecino. El murmullo de las voces creció, y se formaron grupos.

—¿El señor Taillefer no se habrá?… —pregunté.

—¿Matado? –exclamó mi burlona vecina–. ¡Estoy convencida de que usted llevaría alegremente luto por él!

—Pero ¿qué le ha pasado?

—El pobre hombre –respondió la dueña de la casa– sufre una enfermedad cuyo nombre no puedo recordar, aunque el señor Brousson me lo ha repetido muy a menudo, y acaba de tener un acceso.

—¿Qué clase de enfermedad es esa? –preguntó de pronto un juez de instrucción.

—¡Oh, es una enfermedad terrible, caballero! –respondió ella—. Los médicos no saben cómo remediarla. Parece que los sufrimientos son atroces. Cierto día, ese desventurado Taillefer tuvo un acceso cuando pasaba unos días en mi finca, y me vi obligada a ir a casa de una de mis vecinas para no oírle; lanza unos gritos terribles, quiere matarse; su hija se vio obligada entonces a mandar atarle a la cama y a ponerle una camisa de fuerza. El pobre hombre pretende que tiene en la cabeza animales que le roen el cerebro: sufre punzadas, dientes de sierra, tirones horribles en el interior de cada nervio. Sufre tanto en la cabeza que no sentía las moxas[20] que le aplicaban en otro tiempo para intentar distraerle; pero el señor Brousson, al que ha tomado como médico, las ha prohibido pretendiendo que era una afección nerviosa, una inflamación de nervios, que exige sanguijuelas en el cuello y opio en la cabeza; y en efecto, los accesos se han vuelto más raros y ya solo aparecen una vez al año, a finales de otoño. Cuando se restablece, Taillefer repite sin cesar que prefiere el tormento de la rueda antes que padecer dolores semejantes.

—Parece entonces que sufre mucho –dijo un agente de cambio, el ingenioso del salón.

—¡Oh! –prosiguió la dueña de la casa–, el año pasado estuvo a punto de perecer. Había ido solo a su finca, por un asunto urgente; tal vez por falta de auxilio, permaneció veintidós horas tumbado, rígido y como muerto. Se salvó gracias a un baño muy caliente.

—¿Se trata entonces de una especie de tétanos? –preguntó el agente de cambio.

—No sé –prosiguió ella–. Hace casi treinta años que sufre esa enfermedad contraída en el ejército; según dice, le penetró una astilla de madera en la cabeza al caerse en un barco; pero Brousson espera curarle. Dicen que los ingleses han hallado el medio de tratar sin peligro esa enfermedad con ácido prúsico.

En ese instante, un grito más penetrante que los otros resonó en la casa y nos heló de horror.

—Pues bien, eso es lo que yo oía en todo momento –prosiguió la mujer del banquero–. Oírlo me hacía dar un salto en la silla y me crispaba los nervios. Pero, ¡cosa extraordinaria!, ese pobre Taillefer, aunque sufre esos dolores inauditos, nunca corre peligro de muerte. Come y bebe como de ordinario en los momentos de descanso que le deja ese terrible suplicio (¡qué extraña es la naturaleza!). Un médico alemán le dijo que era una especie de gota en la cabeza, cosa que concuerda bastante con la opinión de Brousson.

Abandoné el grupo que se había formado alrededor de la dueña de la casa, y salí con la señorita Taillefer, a quien vino a buscar un criado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! –exclamó ella en medio de las lágrimas–. ¿Qué ha hecho mi padre para merecer estos sufrimientos?… ¡Un ser tan bueno!…

Bajé con ella la escalera y, al ayudarla a subir al carruaje, vi en él a su padre doblado en dos. La señorita Taillefer trataba de sofocar los gemidos de su padre

tapándole la boca con un pañuelo; por desgracia, él me vio y su rostro pareció crisparse todavía más: un grito convulsivo hendió los aires, me lanzó una mirada horrible, y el carruaje arrancó.

Aquella cena y aquella velada ejercieron una cruel influencia sobre mi vida y sobre mis sentimientos. Me enamoré de la señorita Taillefer quizá precisamente porque el honor y la delicadeza me prohibían emparentar con un asesino, por buen padre y mejor esposo que pudiera ser. Una increíble fatalidad me impulsaba a presentarme en las casas donde sabía que podía encontrar a Victorine. A menudo, tras haberme dado a mí mismo mi palabra de honor de renunciar a verla, esa misma noche me encontraba a su lado. Mis placeres eran inmensos. Mi legítimo amor, lleno de remordimientos quiméricos, tenía el color de una pasión criminal. Me despreciaba por saludar a Taillefer cuando por azar estaba con su hija; ¡pero le saludaba! En fin: por desgracia Victorine no solo es hermosa; es además instruida, llena de talentos, de gracias, carece de cualquier pedantería y de la más ligera pretensión. Habla de forma reservada, y su carácter posee unas gracias melancólicas a las que nadie puede resistirse; me ama, o al menos así me lo da a entender; tiene cierta sonrisa que solo reserva para mí; y también para mí se suaviza más su voz. ¡Oh, me ama! Pero adora a su padre, me elogia su bondad, su dulzura, sus cualidades exquisitas. Tales elogios son otras tantas puñaladas que me asesta en el corazón. Un día casi me encontré cómplice del crimen sobre el que descansa la opulencia de la familia Taillefer: quise pedir la mano de Victorine. Entonces huí, viajé, me fui a Alemania, a Andernach. Pero regresé. Y encontré a Victorine pálida, había adelgazado. De haberla vuelto a ver con buena salud y alegre, me hubiera salvado. Mi pasión se encendió de nuevo con una violencia extraordinaria. Temiendo que mis escrúpulos degenerasen en monomanía, decidí convocar un sanedrín de conciencias puras, a fin de arrojar alguna luz sobre aquel problema de alta moral y de filosofía. Además, el caso se había complicado mucho desde mi vuelta. Así pues, anteayer reuní a los amigos en quien más confío por su probidad, delicadeza y honra. Había invitado a dos ingleses, un secretario de embajada y un puritano; a un antiguo ministro en toda la madurez de la política; a varios jóvenes todavía fascinados por el encanto de la inocencia; a un sacerdote y a un viejo; además, a mi antiguo tutor, hombre ingenuo que me ha rendido de mi tutela las cuentas más honestas de que hay memoria en el Palacio de justicia; a un abogado, a un notario, a un juez, en fin todas las opiniones sociales, todas las virtudes prácticas. Empezamos por cenar bien, hablar bien y gritar bien; luego, a los postres conté ingenuamente mi historia, y solicité un buen consejo, ocultando el nombre de mi pretendida.

—Aconséjenme, amigos míos –les dije al terminar–. Discutan largamente el asunto, como si se tratase de un proyecto de ley. Les traerán la urna y las bolas de billar, ¡y voten ustedes a favor o en contra de mi matrimonio, con todo el secreto requerido por un escrutinio!

De pronto se hizo un profundo silencio. El notario se declaró incompetente.

—Hay que hacer un contrato –dijo.

El vino había reducido a silencio a mi antiguo tutor, y había que ponerlo bajo tutela para que no le ocurriese ninguna desgracia al regresar a su casa.

—¡Comprendo! –exclamé–. No darme su opinión equivale a decirme enérgicamente lo que debo hacer.

En la asamblea se produjo cierta agitación.

Un propietario que había contribuido a la suscripción para los hijos y la tumba del general Foy[21] exclamó:

—¡*Igual que la virtud el crimen tiene sus grados*[22]!

—¡Hablador! –me dijo el antiguo ministro en voz baja dándome con el codo.

—¿Dónde está el problema? preguntó un duque cuya fortuna consiste en bienes confiscados a protestantes rebeldes durante la revocación del edicto de Nantes[23].

Se levantó el abogado:

—En derecho, la especie que nos ha sido sometida no plantearía la menor dificultad. ¡El señor duque tiene razón! –exclamó el órgano de la ley–. ¿No hay prescripción? ¡Dónde estaríamos todos nosotros si hubiera que buscar el origen de las fortunas! Este es un caso de conciencia. Si se empeña en llevar la causa ante un tribunal, diríjase al de la penitencia.

El Código encarnado se calló, se sentó y se bebió un vaso de vino de Champagne. El hombre encargado de explicar el Evangelio, el buen cura, se levantó.

—Dios nos ha hecho frágiles –dijo con firmeza–. Si ama usted a la heredera del crimen, cásese con ella, pero conténtese con el patrimonio matrimonial y dé a los pobres el del padre.

—Pero tal vez el padre hizo un buen matrimonio solo porque se había enriquecido –dijo uno de esos ergotistas despiadados que con tanta frecuencia se encuentran en la buena sociedad–. ¿No ha sido siempre la menor de sus dichas fruto del crimen?

—¡La discusión es en sí misma una sentencia! Es una de esas cosas sobre las que un hombre no delibera –dijo mi antiguo tutor, que pensó ilustrar a la reunión con una salida de borracho.

—Sí –dijo el secretario de embajada.

—Sí –dijo el cura.

Estos dos nombres no se entendían.

Un doctrinario[24], a quien solo le habían faltado ciento cincuenta votos de ciento cincuenta votantes para ser elegido, se puso en pie.

—Caballeros, este accidente fenomenal de la naturaleza intelectual es uno de los que destacan con más viveza en el estado normal a que está sometido la sociedad –dijo–. Así pues, la decisión a tomar debe ser un hecho extemporáneo de nuestra conciencia, un concepto repentino, un juicio instructivo, un matiz fugaz de nuestra aprehensión íntima bastante semejante a los fogonazos que constituyen la sensación del gusto. Votemos.

—¡Votemos! –exclamaron mis invitados.

Ordené dar a cada uno dos bolas, una blanca y otra roja. El blanco, símbolo de la virginidad, debía proscribir el matrimonio; y la bola roja, aprobarlo. Por delicadeza, me abstuve de votar. Mis amigos eran diecisiete, el número nueve constituía la mayoría absoluta. Cada uno de ellos fue a depositar su bola en la cesta de mimbre de cuello estrecho en que se agitan las bolas numeradas cuando los jugadores ocupan sus puestos en la salida, y entonces nos vimos sacudidos por una curiosidad bastante viva, porque aquel escrutinio de moral depurada tenía algo de original. Durante el recuento del escrutinio, encontré nueve bolas blancas. El resultado no me sorprendió; pero se me ocurrió contar los jóvenes de mi edad que había entre mis jueces. Tales casuistas eran nueve, todos habían tenido el mismo pensamiento.

—¡Oh, oh! –me dije–. Hay unanimidad secreta en favor del matrimonio y unanimidad para prohibírmelo. ¿Cómo salir del aprieto?

—¿Dónde vive el suegro? –preguntó de forma atolondrada uno de mis compañeros de colegio, menos disimulado que los demás.

—No hay suegro que valga –exclamé–. En otro tiempo mi conciencia hablaba con claridad suficiente para hacer superfluo el fallo de ustedes. Y si hoy se ha debilitado su voz, el motivo de mi cobardía es que, hace dos meses, recibí esta seductora carta.

Y les mostré la siguiente invitación, que saqué de mi cartera:

«Queda usted invitado al cortejo, oficio y entierro del señor Jean-Frédéric Taillefer, de la casa Taillefer y Compañía, antiguo proveedor de víveres, en vida caballero de la Legión de Honor y de la Espuela de Oro[25], Capitán de la primera Compañía de Granaderos de la Segunda legión de la Guardia Nacional de París, fallecido el primero de mayo en su palacete de la calle Joubert, y que tendrán lugar el… etcétera.

De parte de… etcétera».

—¿Qué hacer ahora? –proseguí–. Les plantearé el problema con toda amplitud. Hay, desde luego, un charco de sangre en las tierras de la señorita Taillefer, la herencia de su padre es un vasto *hacelma*[26]. Lo sé. Pero Prosper Magnan no dejó herederos; no he podido encontrar a la familia del fabricante de alfileres asesinado en Andemach. ¿A quién devolver la fortuna? ¿Y debe restituirse toda la fortuna? ¿Tengo derecho a traicionar un secreto sorprendente, a aumentar con una cabeza cortada la dote de una joven llena de inocencia, a provocarle pesadillas, a privarle de una hermosa ilusión, a matarle a su padre por segunda vez diciéndole: «Todos sus escudos están manchados»? Le pedí el *Diccionario de casos de conciencia*[27] a un viejo eclesiástico, y no he encontrado en él solución a mis dudas. ¿Hacer una fundación piadosa por el alma de Prosper Magnan, de Walhenfer, de Taillefer? Estamos en pleno siglo XIX. ¿Construir un hospicio o instituir un premio de virtud? El premio de virtud será dado a bribones. En cuanto a la mayoría de nuestros hospitales, me parece que hoy se han convertido en protectores del vicio. Además, esas inversiones más o menos provechosas para la vanidad, ¿servirán de reparación? ¿Y soy yo quien la

debe? Además estoy enamorado, y apasionadamente enamorado. ¡Mi amor es mi vida! Si propongo sin motivo a una joven acostumbrada al lujo, a la elegancia y a una vida fecunda en goces artísticos, a una joven a la que gusta escuchar perezosamente en los Bouffons[28] la música de Rossini, si le propongo que se prive de millón y medio de francos en favor de viejos estúpidos o de quiméricos galicosos, me volverá la espalda riéndose, o su mujer de confianza me tomará por un gracioso de mal gusto; si, en un arrebato de amor, le pondero los encantos de una vida mediocre y mi casita a orillas del Loira, si le pido que sacrifique su vida parisina en nombre de nuestro amor, eso será, ante todo, una mentira piadosa; luego, tal vez me encontrase con alguna triste experiencia y perdiera el corazón de esta joven, enamorada del baile, loca por las galas y por mí ahora. Me la arrebatará un oficial delgado y peripuesto, que tendrá un bigote muy rizado, que tocará el piano, que elogiará a lord Byron y que montará lindamente a caballo. ¿Qué hacer? Caballeros, por favor, un consejo…

El hombre honrado, esa especie de puritano bastante parecido al padre de Jenny Deans[29], de quien ya he hablado y que hasta ese momento no había dicho ni palabra, se encogió de hombros diciéndome:

—¡Imbécil! ¿Por qué le preguntaste si era de Beauvais!

París, mayo de 1831.

EL ELIXIR DE LARGA VIDA

AL LECTOR

En el comienzo de la vida literaria del autor, un amigo, muerto hace mucho, le dio el tema del presente Estudio, que más tarde él encontró en un volumen publicado hacia principios de siglo; y, siguiendo sus conjeturas, se trata de una fantasía debida a Hoffmann, el berlinés, publicada en algún almanaque de Alemania y olvidada en sus obras por los editores[1]. *La Comedia humana* es suficientemente rica en invenciones para que el autor confiese un préstamo inocente; como el bueno de La Fontaine, habrá tratado, a su manera y sin saberlo, un hecho ya contado. No fue esta una de aquellas bromas que estuvieron de moda en 1830, época en la que cualquier autor cultivaba el género atroz para placer de las muchachas. Cuando hayáis llegado al elegante parricidio de don Juan, intentad adivinar la conducta que observarían, en circunstancias poco más o menos semejantes, los hombres honrados que, en el siglo XIX, toman dinero a cambio de rentas vitalicias, fiados en un catarro, o aquellos otros que alquilan una casa a una anciana por el resto de sus días. ¿Resucitarán sus rentistas? Desearía que jurisperitos de conciencia examinas en el grado de similitud que pueda existir entre don Juan y los padres que casan a sus hijos basándose en esperanzas. La sociedad humana, que de hacer caso a ciertos filósofos camina por una vía de progreso, ¿considera como un paso hacia el bien el arte de esperar una defunción? Tal ciencia ha creado oficios honorables, y gracias a ellos se vive de la muerte. Ciertas personas tienen por profesión esperar un fallecimiento, lo incuban, se echan todas las mañanas sobre un cadáver y con él se hacen una almohada por la noche: son los coadjutores, los cardenales, los supernumerarios, los *tontiniers*[2], etcétera. Añádaseles un buen número de esas personas delicadas, deseosas de comprar una propiedad cuyo precio supera sus medios, pero que con toda lógica y en frío calculan las probabilidades de vida que les quedan a sus padres o a sus suegros, octogenarios o septuagenarios, diciendo: «Antes de tres años habré de heredar necesariamente, y entonces…». Un asesino nos repugna menos que un espía. El asesino acaso haya cedido a un impulso de locura, puede arrepentirse, ennoblecerse. Pero el espía es siempre espía; es espía en la cama, en la mesa, cuando camina, de día y de noche; es vil en cualquier minuto. ¿Qué será, entonces, ser un asesino tan vil como un espía? Pues bien, ¿no acabáis de reconocer en el seno de la sociedad a una muchedumbre de seres a los que nuestras leyes, nuestras costumbres y nuestros usos, llevan a pensar constantemente en la muerte de los suyos, a codiciarla? Sopesan lo que vale un ataúd cuando compran los cachemires de sus mujeres, cuando suben la escalinata de un teatro, cuando desean ir a los Bouffons[3], cuando ansian una carroza.

Asesinan en el momento en que unas criaturitas deliciosas, arrebatadoras de inocencia, les ofrecen por la noche sus frentes infantiles para que las besen diciendo: «¡Buenas noches, papá!». En todo momento ven ojos que quisieran cerrar, y que vuelven a abrirse cada mañana a la luz como las de Belvidero en el presente Estudio. Solo Dios conoce el número de parricidios que se cometen con el pensamiento. Imagínense un hombre que tiene que pasarle mil escudos de renta vitalicia a una anciana y que ambos viven en el campo, separados por un riachuelo, pero lo bastante ajenos uno a otro para poder odiarse cordialmente sin faltar a esas convenciones humanas que ponen una máscara sobre el rostro de dos hermanos, uno de los cuales obtendrá el mayorazgo y el otro una legítima[4]. Toda la civilización europea descansa sobre la HERENCIA como sobre un eje, y sería locura suprimirla; pero, igual que en las máquinas que son el orgullo de nuestra Epoca, ¿no podría perfeccionarse ese engranaje esencial?

Si el autor ha mantenido la vieja fórmula *Al Lector* en una obra en la que trata de representar todas las formas literarias, ha sido para hacer una observación relativa a ciertos Estudios, y en especial a este. Cada una de sus composiciones se basa en ideas más o menos nuevas, cuya expresión le parece útil, y puede importarle la prioridad de ciertas formas y de ciertos pensamientos que luego han pasado al campo literario y en él se han vulgarizado a veces. Las fechas de la publicación primitiva de cada Estudio no deben resultar indiferentes a los lectores que quieran hacerle justicia.

La lectura nos proporciona amigos desconocidos, ¡y qué amigo es un lector! ¡Tenemos amigos conocidos que no leen nada nuestro! El autor espera haber pagado su deuda dedicando esta obra *Diis ignotis*[5].

En un suntuoso palacio de Ferrara, cierta noche de invierno, don Juan Belvidero obsequiaba a un príncipe de la casa de Este[6]. En esa época, una fiesta era un espectáculo maravilloso que solo podían procurarse las riquezas reales o el poder de un señor. Sentadas en torno a una mesa iluminada por velas aromáticas, siete alegres mujeres intercambiaban dulces palabras en medio de admirables obras maestras cuyos mármoles blancos destacaban sobre paredes de estuco rojo y que contrastaban con ricas alfombras de Turquía. Vestidas de raso, resplandecientes de oro y cargadas de pedrerías que brillaban menos que sus ojos, todas ellas contaban pasiones llenas de vigor, pero diversas como lo eran sus bellezas. No se distinguían ni por las palabras ni por las ideas; el aire, una mirada, algunos gestos o el acento servían a sus palabras de comentarios libertinos, lascivos, melancólicos o burlones.

Una parecía decir: «Mi belleza sabe reanimar el corazón helado de los viejos».

Y otra: «Me gusta permanecer tumbada sobre cojines para pensar con embriaguez en mis adoradores».

Una tercera, novicia en tales fiestas, estaba a punto de ruborizarse: «¡Siento un remordimiento en el fondo del corazón! –decía–. Soy católica y temo al infierno. Pero

te amo tanto, tanto y tanto, que puedo sacrificarte la eternidad».

Vaciando una copa de vino de Quíos, la cuarta exclamaba: «¡Viva la alegría! ¡En cada aurora consigo una existencia nueva! ¡Olvidada del pasado, ebria todavía de los asaltos de la víspera, todas las noches agoto una vida de felicidad, una vida llena de amor!».

La mujer sentada al lado de Belvidero lo miraba con ojos ardientes. Estaba callada. «¡No me pondré en manos de unos *bravi*[7] para matar a mi amante, si me abandonase!». Luego se había echado a reír; pero su mano convulsa quebraba una bombonera de oro milagrosamente esculpida.

—¿Cuándo serás gran duque? –preguntó la sexta al príncipe con una expresión de alegría asesina en los dientes y de delirio báquico en los ojos.

—Y tú, ¿cuándo se morirá tu padre? –dijo la séptima riendo y lanzando su ramillete a don Juan con un gesto de retozona embriaguez. Era una inocente chiquilla acostumbrada a jugar con las cosas sagradas.

—¡Ay, no me hables de eso! –exclamó el joven y hermoso don Juan Belvidero–; en el mundo no hay más que un padre eterno, y la desgracia ha querido que fuese el mío.

Las siete cortesanas de Ferrara, los amigos de don Juan y el príncipe mismo lanzaron un grito de horror. Doscientos años después y durante el reinado de Luis XV, las personas de buen gusto se hubieran reído con tal ocurrencia. Aunque, tal vez, las almas también tenían, al comienzo de una orgía, demasiada lucidez. A pesar del fuego de las velas, del grito de las pasiones, del aspecto de los vasos de oro y plata, del aroma de los vinos, a pesar de la contemplación de las mujeres más arrebatadoras, tal vez también había en el fondo de los corazones un poco de esa vergüenza por las cosas humanas y divinas que lucha hasta que la orgía la sumerge en las últimas oleadas de un vino chispeante. Sin embargo, las flores ya se habían ajado, los ojos estaban alelados y la embriaguez llegaba, según la expresión de Rabelais, hasta las sandalias[8]. En ese momento de silencio se abrió una puerta, y, como en el festín de Baltasar[9], Dios se presentó, apareciendo bajo los rasgos de un viejo criado de pelo blanco, paso tembloroso y cejas fruncidas; entró con aire triste, reprobó con una mirada las coronas, las copas de plata sobredorada, las pirámides de frutas, el esplendor de la fiesta, la púrpura de los rostros sorprendidos y los colores de los cojines hollados por el blanco brazo de las mujeres; finalmente depositó un crespón sobre aquella locura diciendo con voz hueca estas sombrías palabras: «Señor, su padre está muriéndose».

Don Juan se levantó haciendo a sus invitados un gesto que podía traducirse por: «Perdonadme, esto no ocurre todos los días».

¿No sorprende a menudo la muerte de un padre a los jóvenes en medio de los esplendores de la vida o en el seno de las locas ocurrencias de una orgía? La muerte es tan repentina en sus caprichos como una cortesana en sus desdenes, aunque más fiel: nunca ha engañado a nadie.

Cuando don Juan hubo cerrado la puerta de la sala y empezó a caminar por una larga galería tan fría como oscura, luchó por adoptar un continente teatral; porque, pensando en su papel de hijo, se había despojado de su alegría como de su servilleta. La noche estaba negra. El silencioso criado que guiaba al joven hacia una cámara mortuoria iluminaba bastante mal a su amo, de modo que la MUERTE, ayudada por el frío, el silencio y la oscuridad, por una reacción de embriaguez, acaso, pudo insinuar algunas reflexiones en el alma del disipado, que se hizo preguntas sobre su vida y se volvió pensativo como un hombre procesado que se encamina hacia el tribunal.

Bartholomeo Belvidero, padre de don Juan, era un anciano nonagenario que había pasado la mayor parte de su vida en los tratos comerciales. Habiendo recorrido con frecuencia las talismánicas comarcas del Oriente, había logrado riquezas inmensas y conocimientos, según decía, más preciosos que el oro y los diamantes, de los que ya apenas se ocupaba. «Prefiero un diente a un rubí, y el poder al saber», exclamaba a veces sonriendo. A este buen padre le gustaba oír contar a don Juan alguna locura de juventud, y decía con aire burlón mientras le prodigaba oro: «Querido hijo, no hagas más que las tonterías que te diviertan». Era el único anciano que sentía placer viendo a un joven: el amor paterno engañaba su caducidad mediante la contemplación de una vida tan brillante. A la edad de sesenta años, Belvidero se había enamorado de un ángel de paz y de belleza. Don Juan había sido el único fruto de aquel tardío y pasajero amor. Hacía quince años que el buen hombre deploraba la pérdida de su querida Juana. Sus numerosos servidores y su hijo atribuían a ese dolor de viejo los singulares hábitos que había contraído. Refugiado en el ala más incómoda del palacio, Bartholomeo salía raramente de sus dependencias, y hasta el mismo don Juan no podía penetrar en los aposentos de su padre sin haber conseguido su permiso. Si este voluntario anacoreta iba y venía por el palacio o las calles de Ferrara, parecía buscar algo que le faltaba: caminaba meditabundo, indeciso y preocupado como un hombre que está en guerra con una idea o con un recuerdo. Mientras el joven daba suntuosas fiestas y el palacio resonaba con el estrépito de su alegría, mientras los caballos piafaban en los patios y los pajes se peleaban jugando a los dados en los escalones, Bartholomeo comía siete onzas de pan al día y bebía agua. Si necesitaba un poco de carne de ave era para echarle los huesos a un perro de aguas negro, su fiel compañero. Nunca se quejaba del ruido. Durante su enfennedad, si el sonido del cuerno y los ladridos de los perros le sorprendían en medio del sueño, se limitaba a decir: «¡Ah, es don Juan que vuelve!». Nunca ha habido en esta tierra padre tan cómodo y tan indulgente; pero el joven Belvidero, acostumbrado a tratarle sin ceremonia, tenía todos los defectos de los hijos mimados; vivía con Bartholomeo como vive una caprichosa cortesana con un amante viejo, haciéndose perdonar su impertinencia con una sonrisa, vendiendo su amabilidad y dejándose amar. Al reconstruir con el pensamiento el cuadro de sus años jóvenes, don Juan reparó en que le sería difícil encontrar un fallo en la bondad de su padre. Al oír brotar un remordimiento en el fondo de su corazón en el instante en que cruzaba la galería, se

sintió dispuesto a perdonar a Belvidero que hubiese vivido tanto tiempo. Regresaba a los sentimientos de piedad filial como un ladrón se convierte en hombre honrado con el goce posible de un millón, a escondidas. No tardó el joven en franquear las altas y frías salas que formaban los aposentos de su padre. Tras haber sentido los efectos de una atmósfera húmeda y respirado el aire espeso y el olor rancio que exhalaban las viejas tapicerías y armarios cubiertos de polvo, se encontró en la cámara antigua del anciano, ante un lecho nauseabundo y junto a un fuego casi apagado. Una lámpara colocada sobre una mesa de forma gótica lanzaba a intervalos irregulares oleadas de luz más o menos fuerte sobre el lecho, y así dejaba ver el rostro del anciano bajo aspectos siempre diferentes. El frío silbaba a través de las ventanas mal cerradas; y la nieve, azotando los cristales, producía un ruido sordo. La escena contrastaba de manera tan viva con la que don Juan acababa de abandonar que no pudo dejar de estremecerse. Y sintió frío cuando, al acercarse a la cama, una ráfaga de claridad bastante violenta, impelida por una bocanada de viento, iluminó la cabeza de su padre; los rasgos estaban descompuestos, la piel, fuertemente pegada a los huesos, tenían tintes verdosos que la blancura de la almohada sobre la que reposaba el anciano volvía más horribles todavía; contraída por el dolor, la boca, entreabierta y falta de dientes, dejaba pasar algunos suspiros cuya lúgubre energía sostenían los aullidos de la tempestad. Pese a tales signos de destrucción, sobre aquella cabeza resplandecía un increíble carácter de poder. Un espíritu superior luchaba en ella con la muerte. Los ojos, sumidos por la enfermedad, seguían conservando una singular fijeza. Parecía como si Bartholomeo tratase de matar, con su mirada de moribundo, a un enemigo sentado al pie de su lecho. Aquella mirada fija y fría resultaba más horrible aún porque la cabeza se mantenía en una inmovilidad semejante a la de las calaveras puestas sobre una mesa en los despachos de los médicos. El cuerpo, completamente dibujado por las sábanas del lecho, anunciaba que los miembros del anciano mantenían la misma rigidez. Todo estaba muerto, menos los ojos. Por último, los sonidos que articulaba la boca tenían algo de mecánico. Don Juan sintió cierta vergüenza por llegar junto al lecho de su padre moribundo conservando en su pechera el ramillete de una cortesana, y llevando consigo los perfumes de una fiesta y los olores del vino.

—¿Estabas divirtiéndote? –exclamó el anciano al ver a su hijo.

En ese mismo momento, la voz pura y ligera de una cantante que extasiaba a los invitados, reforzada por los acordes de la viola con que se acompañaba, dominó el estertor del huracán y resonó incluso en aquella cámara fúnebre. Don Juan quiso no oír nada de aquella salvaje confirmación dada a su padre.

Bartholomeo dijo:

—No te censuro por ello, hijo mío.

Esta frase llena de dulzura hizo daño a don Juan, que no perdonó a su padre bondad tan punzante.

—¡Qué remordimiento para mí, padre mío! –le dijo de modo hipócrita.

—¡Pobre Juanillo! –prosiguió el moribundo con voz sorda–. He sido siempre tan cariñoso contigo que no puedes desear mi muerte.

—¡Ay –exclamó don Juan–, si fuera posible devolverles la vida entregando una parte de la mía! (Cosas así siempre pueden decirse, pensaba el disipado, es lo mismo que ofrecer el mundo a mi amante). Nada más acabar su idea, el viejo perro de aguas ladró. Aquella voz inteligente hizo estremecerse a don Juan, que creyó que el perro le había entendido.

—Ya sabía yo, hijo mío, que podía contar contigo –exclamó el moribundo–. Viviré, estarás contento. Viviré, pero sin quitarte ni uno solo de los días que te pertenecen.

«Delira» –se dijo don Juan. Luego añadió en voz alta:

—Sí, padre mío, viviréis tanto tiempo como yo, porque vuestra imagen estará sin cesar en mi corazón.

—No se trata de esta vida terrena –dijo el anciano reuniendo sus fuerzas para incorporarse, porque se sintió conmovido por una de esas sospechas que solo nacen a la cabecera de los moribundos–. Escucha, hijo mío –prosiguió con una voz debilitada por ese último esfuerzo–, tengo tantas ganas de morir como tú de prescindir de queridas, de vino, de caballos, de halcones, de perros y de oro.

«Estoy seguro», volvió a pensar el hijo arrodillándose a la cabecera del lecho y besando una de las manos cadavéricas de Bartholomeo.

—Pero –prosiguió en voz alta–, padre, querido padre, hay que someterse a la voluntad de Dios.

—Dios soy yo –replicó el anciano en un gruñido.

—No blasfeméis –exclamó el joven al ver el aire amenazador que adoptaron los rasgos de su padre–. No hagáis eso, ya habéis recibido la extremaunción y no me consolaría si os viera morir en pecado.

—¡Atiéndeme! –exclamó el moribundo, cuya boca rechinó.

Don Juan calló. Reinó un horrible silencio. A través de los silbidos graves de la nieve todavía llegaron los acordes de la viola y la deliciosa voz, débiles como una aurora naciente. El moribundo sonrió.

—¡Te agradezco que hayas invitado a cantantes y que hayas traído música! Una fiesta, mujeres jóvenes y hermosas, blancas, de pelo negro, todos los placeres de la vida; que se queden, voy a renacer.

—Es el colmo del delirio –dijo don Juan.

—He descubierto un medio de resucitar. Mira: busca en el cajón de la mesa, lograrás abrirlo apretando un resorte que se oculta tras el grifo.

—Ya lo he abierto, padre.

—Bien, coge un frasquito de cristal de roca.

—Ya lo tengo.

—He tardado veinte años en… –en ese momento el viejo sintió acercarse su final y reunió toda su energía para decir–: En cuanto haya exhalado el último suspiro,

frótame todo el cuerpo con esa agua, y renaceré.

—Hay muy poca –replicó el joven.

Aunque Bartholomeo ya no podía hablar, todavía poseía la facultad de ver y oír: a esa frase, su cabeza se volvió hacia don Juan con un movimiento de brusquedad espantosa, su cuello quedó torcido como el de una estatua de mármol a la que la idea del escultor ha condenado a mirar de lado, y sus ojos dilatados contrajeron una inmovilidad horrible. Cuando buscaba asilo en el corazón de su hijo, encontraba en él una tumba más hueca de la que suelen hacer los hombres a sus muertos. Por eso sus cabellos se esparcieron de horror y su mirada convulsa seguía hablando todavía. Era un padre que se levantaba furioso de su sepulcro para exigir venganza a Dios.

—¡Vaya, el buen hombre ha acabado! –exclamó don Juan.

Con prisa por ver el misterioso cristal a la luz de la lámpara, lo mismo que un bebedor mira su botella al terminar una comida, no había visto ponerse blancos los ojos de su padre. El perro, con las fauces abiertas, miraba alternativamente a su amo muerto y al elixir, de la misma forma que don Juan a su padre y al frasco. La lámpara despedía resplandores ondulantes. Era profundo el silencio, la viola había enmudecido. Belvidero temblaba creyendo ver a su padre moverse. Intimidado por la expresión rígida de sus acusadores ojos, los cerró lo mismo que habría bajado una persiana batida por el viento una noche de otoño. Permaneció de pie, inmóvil, perdido en un mundo de pensamientos. De pronto, un ruido áspero, semejante al chirrido de un resorte enmohecido, rompió aquel silencio. Sorprendido, don Juan estuvo a punto de dejar caer el frasco. Un sudor más frío que el acero de un puñal salió de sus poros. Un gallo de madera pintada surgió encima de un reloj y cantó tres veces[10]. Era una de esas ingeniosas máquinas con que los sabios de esa época se hacían despertar a hora fija para sus trabajos. El alba ya ponía de púrpura las ventanas. Don Juan había pasado diez horas meditando. El viejo reloj era más fiel en su servicio que él en el cumplimiento de sus deberes con Bartholomeo. Aquel mecanismo estaba compuesto de madera, poleas, cuerdas y engranajes, mientras que él poseía ese mecanismo peculiar del hombre que se llama corazón. Para no exponerse de nuevo a perder el misterioso licor, el escéptico don Juan volvió a depositarlo en el cajón de la mesita gótica. En ese solemne momento, oyó un tumulto sordo en las galerías: eran voces confusas, risas ahogadas, pasos ligeros, roces de la seda, el ruido en fin de un grupo alegre que trata de reprimirse. Se abrió la puerta y el príncipe, los amigos de don Juan, las siete cortesanas y las cantantes aparecieron en el curioso desorden en que se encuentran las bailarinas sorprendidas por las luces del alba cuando el sol lucha con los fuegos cada vez más pálidos de las velas. Llegaban todos para dar al joven heredero los pésames de rigor.

—¡Oh, oh! ¿Se habrá tomado en serio el pobre don Juan esta muerte? –dijo el príncipe al oído de la Brambilla.

—Es que su padre era un hombre muy bueno –respondió ella.

Sin embargo, las meditaciones nocturnas de don Juan habían impreso en sus

rasgos una expresión tan sorprendente que la mujer impuso silencio al grupo. Los hombres se quedaron inmóviles. Las mujeres, de labios resecos por el vino y mejillas jaspeadas por los besos, se arrodillaron y se pusieron a rezar. Don Juan no pudo dejar de estremecerse al ver el esplendor, la alegría, las risas, los cantos, la juventud, la belleza y el poder, toda la vida personificada, prosternándose de aquel modo ante la muerte. Pero en aquella adorable Italia el desenfreno y la religión se acoplaban entonces de modo tan perfecto que la religión era en ella un desenfreno y el desenfreno una religión. El príncipe estrechó afectuosamente la mano de don Juan; luego, cuando todas las caras hubieron formulado de manera simultánea un mismo gesto, a medias de tristeza y a medias de indiferencia, la fantasmagoría desapareció dejando vacía la sala. ¡Aquello sí que era una imagen de la vida! Mientras bajaba las escaleras, el príncipe dijo a la Rivabarella:

—¡Vaya! ¡Quién hubiera creído que don Juan no hacía más que fanfarronadas con la impiedad! ¡Ama a su padre!

—¿Habéis reparado en el perro negro? –preguntó la Brambilla.

—Ahora es inmensamente rico –dijo suspirando la Bianca Cavatolino.

—¿Qué me importa? –exclamó la orgullosa Varonese, la que había roto la bombonera.

—¿Cómo que no te importa? –exclamó el duque–. Con sus escudos, don Juan es tan príncipe como yo.

Al principio, agitado por mil pensamientos, don Juan vaciló entre distintas opciones. Tras haberse hecho cargo del tesoro amasado por su padre, por la noche regresó a la cámara mortuoria con el alma henchida de un egoísmo espantoso. En los aposentos encontró a toda la servidumbre de la casa ocupada en reunir los ornamentos del lecho de respeto en que iba a ser expuesto al día siguiente el *difunto señor,* en medio de una soberbia cámara ardiente, curioso espectáculo que todo Ferrara debía acudir a admirar. Don Juan hizo un gesto y sus criados se detuvieron, cohibidos y temblorosos.

—Dejadme solo –dijo con acento alterado–, no debéis entrar hasta que yo salga.

Cuando los pasos del anciano servidor que fue el último en salir apenas resonaban sobre las losas, don Juan cerró precipitadamente la puerta y, seguro de estar solo, exclamó: «¡Probemos!».

El cuerpo de Bartholomeo estaba tendido sobre una larga mesa. Para ocultar a la vista el horrible espectáculo de un cadáver al que una decrepitud extrema y la delgadez volvían semejante a un esqueleto, los embalsamadores habían puesto sobre el cuerpo un paño que lo envolvía por completo, salvo la cabeza. Aquella especie de momia yacía en medio del cuarto; y el paño, ligero por naturaleza, dibujaba vagamente las formas, que eran agudas, rígidas y frágiles. El rostro estaba ya marcado por anchas manchas violáceas que indicaban la necesidad de acabar el embalsamamiento. A pesar del escepticismo de que estaba armado, don Juan tembló al destapar el frasco mágico de cristal. Cuando llegó junto a la cabeza, se vio

obligado incluso a esperar un momento por lo mucho que temblaba. Pero el joven había sido corrompido sabiamente desde hora temprana por las costumbres de un corazón disoluto: una reflexión digna del duque de Urbino[11] fue a darle un valor aguijoneado por un vivo sentimiento de curiosidad, parecía incluso como si el demonio le hubiera soplado las palabras que resonaron en su corazón: ¡Empapa un ojo! Cogió un trapo y, después de haberlo mojado con parsimonia en el precioso licor, lo pasó ligeramente sobre el párpado derecho del cadáver. El ojo se abrió.

—¡Ah, ah! –exclamó don Juan apretando el frasco en su mano lo mismo que nos aferramos a la rama de la que estamos colgados al borde de un precipicio.

Veía un ojo lleno de vida, un ojo de niño en una cabeza de muerto; temblaba en él la luz en medio de un fluido joven y, protegido por unas hermosas cejas negras, centelleaba como esos resplandores únicos que el viajero vislumbra en un campo desierto en los atardeceres de invierno. Aquel ojo reluciente parecía querer abalanzarse sobre don Juan, y pensaba, acusaba, condenaba, amenazaba, juzgaba, hablaba, gritaba y mordía. En él se agitaban todas las pasiones humanas. Las súplicas más tiernas, una cólera de rey, luego el amor de una doncella pidiendo gracia a sus verdugos, por último la mirada profunda que lanza un hombre sobre los hombres al subir el último peldaño del cadalso. Resplandecía tanta vida en aquel fragmento de vida que don Juan, espantado, retrocedió y caminó por la habitación sin atreverse a mirar aquel ojo que volvía a ver en el suelo y en los tapices. La estancia estaba sembrada de puntos llenos de fuego, vida e inteligencia. En todas partes brillaban ojos que ladraban a su lado.

—¡Hubiera vivido otros cien años! –exclamó de forma involuntaria en el momento en que, llevado ante su padre por algún influjo diabólico, contemplaba aquella chispa luminosa.

De repente, el párpado inteligente se cerró y se volvió a abrir bruscamente, como el de una mujer que consiente. Si una voz hubiera gritado: «¡Sí!», don Juan se habría espantado menos.

«¿Qué hacer?» –pensó. Tuvo valor para intentar cerrar aquel párpado blanco. Sus esfuerzos resultaron inútiles.

«¿Reventarlo? ¿Sería acaso un parricidio?» –se preguntó.

—Sí –dijo el ojo mediante un guiño de una ironía sorprendente.

—¡Ah, ah! –exclamó don Juan–, es brujería.

Y se acercó al ojo para aplastarlo. Una gruesa lágrima rodó por las mejillas hundidas del cadáver y cayó sobre la mano de Belvidero.

—Está ardiendo –exclamó sentándose.

Aquella lucha le había fatigado como si hubiera combatido, a ejemplo de Jacob, contra un ángel.

Finalmente se levantó diciéndose: «¡Con tal de que no haya sangre!». Luego, reuniendo todo el coraje preciso para ser cobarde, aplastó el ojo, hundiéndolo con un trapo pero sin mirarlo. Se dejó oír un gemido inesperado pero terrible. El pobre perro

de aguas expiraba aullando.

«¿Estará en el secreto?» –se preguntó don Juan mirando a la fiel bestia.

Don Juan Belvidero pasó por hijo piadoso. Alzó un monumento de mármol blanco sobre la tumba de su padre y confió la ejecución de las figuras a los más célebres artistas de su tiempo. No quedó completamente tranquilo hasta el día en que la estatua paterna, arrodillada ante la Religión, impuso su enorme peso sobre aquella fosa, en cuyo fondo enterró el único remordimiento que rozara su corazón en los momentos de cansancio físico. Al hacer inventario de las inmensas riquezas amasadas por el anciano orientalista, don Juan se volvió avaro. ¿No tenía que proveer de dinero a dos vidas humanas? Su mirada profundamente escrutadora penetró en el principio de la vida social y abarcó el mejor mundo porque lo veía a través de una tumba. Analizó los hombres y las cosas para acabar de una vez con el Pasado, representado por la Historia; con el Presente, configurado por la Ley; con el Porvenir, desvelado por las Religiones. Cogió el alma y la materia, los metió en un crisol y no encontró nada: ¡y desde entonces se convirtió en Don Juan!

Dueño de las ilusiones de la vida, se lanzó, joven y hermoso, a la vida, despreciando el mundo, pero apoderándose del mundo. Su dicha no podía ser esa felicidad burguesa que se sacia con un guiso cada cierto tiempo, un agradable calentador en invierno, una lámpara para la noche y unas pantuflas nuevas al trimestre. No, se apoderó de la existencia como un mono atrapa una nuez, y sin entretenerse demasiado despojó sabiamente las vulgares envolturas del fruto para examinar su sabrosa pulpa. La poesía y los sublimes arrebatos de la pasión humana no le llegaron siquiera al tobillo. No cometió el error de los poderosos que, figurándose a veces que las almas pequeñas creen en las grandes, tienen la ocurrencia de trocar los altos pensamientos del futuro por la calderilla de nuestras ideas vitalicias. Como ellos, podía caminar con los pies en la tierra y la cabeza en los cielos; pero prefería sentarse y secar, con sus besos, más de un labio de una mujer tierna, lozana y perfumada porque, semejante a la Muerte, por donde pasaba devoraba todo sin pudor, anhelando un amor de posesión, un amor oriental, de placeres largos y fáciles. Como solo amaba a la mujer en las mujeres, hizo de la ironía una actitud connatural a su alma. Cuando sus queridas se servían de una cama para subir a cielos en los que se perdían en medio de un éxtasis embriagador, don Juan las seguía, serio, expansivo, tan sincero como pueda serlo un estudiante alemán. Pero decía YO cuando su querida, loca y enamorada, decía NOSOTROS. Sabía dejarse arrastrar admirablemente bien por una mujer. Siempre era lo bastante fuerte para hacerle creer que temblaba como un colegial que, en un baile, dice a la primera mujer con la que baila: «¿Le gusta bailar?». Pero también sabía ruborizarse adrede, sacar su poderosa espada y aniquilar a los comendadores. En su sencillez había burla y risa en sus lágrimas, porque siempre supo llorar tanto como una mujer cuando le dice al marido: «O me compras una carroza o moriré del pecho». Para los negociantes, el mundo es un baile o un montón de billetes en circulación; para la mayoría de los jóvenes, es una

mujer; para algunas mujeres, un hombre; para ciertas mentes, un salón, una camarilla, un barrio, una ciudad; para don Juan, ¡el universo era él! Modelo de gracias y nobleza, y de una inteligencia seductora, atracó su barca en todas las riberas; pero, cuando se dejaba llevar, solo iba hasta donde quería ser llevado. Cuanto más vio, más dudó. Analizando a los hombres, adivinó con frecuencia que el valor era temeridad; la prudencia, cobardía; la generosidad, astucia; la justicia, un crimen; la delicadeza, una bobada; la probidad, una predisposición; y, gracias a una singular fatalidad, reparó en que las personas realmente probas, delicadas, justas, generosas, prudentes y valerosas no alcanzaban ninguna consideración entre los hombres. «¡Qué broma tan fría! –se dijo–. No puede venir de un dios». Y entonces, renunciando a un mundo mejor, nunca volvió a quitarse el sombrero al oír pronunciar un nombre, y consideró a los santos de piedra de las iglesias como obras de arte. Por eso, comprendiendo el mecanismo de las sociedades humanas, nunca arremetía demasiado contra los prejuicios, porque no era tan poderoso como el verdugo; pero bordeaba las leyes sociales con la gracia y el ingenio que tan bien refleja su escena con el señor Domingo[12]. Fue, en efecto, el tipo del Don Juan de Molière, del Fausto de Goethe, del Manfredo de Byron y del Melmoth de Maturin[13]. Grandes imágenes trazadas por los mayores genios de Europa, a las que no han faltado los acordes de Mozart ni tal vez la lira de Rossini[14]. Imágenes terribles que eterniza el principio del Mal existente en el hombre, y del que de siglo en siglo se encuentran algunos ejemplares, bien porque ese tipo entre en conversaciones con los hombres encamándose en Mirabeau, bien porque se contente con actuar en silencio, como Bonaparte, o con exprimir el universo en una ironía, como el divino Rabelais; bien, incluso, porque se ría de los seres, en lugar de insultar a las cosas, como el mariscal de Richelieu[15]; y mejor, tal vez, porque se burle al mismo tiempo de los hombres y las cosas, como el más célebre de nuestros embajadores[16]. Pero el genio profundo de don Juan Belvidero resumió, por anticipado, a todos esos genios. Se burló de todo. Su vida era una burla que abarcaba hombres, cosas, instituciones e ideas. En cuanto a la eternidad, había conversado familiarmente media hora con el papa Julio II[17], y al final de la conversación, le dijo riendo:

—Si no hay más remedio que elegir, prefiero creer en Dios que en el Diablo; el poder unido a la bondad siempre ofrece más recursos de los que tiene el Genio del Mal.

—Sí, pero Dios manda hacer penitencia en este mundo…

—Nunca dejáis de pensar en vuestras indulgencias –respondió Belvidero–. Veréis, para arrepentirme de las faltas de mi primera vida, tengo toda una existencia en reserva.

—¡Ay! Si entiendes así la vejez –exclamó el papa–, corres el riesgo de ser canonizado.

—Después de vuestra elevación al papado, se puede creer cualquier cosa.

Y se fueron a ver a los obreros ocupados en construir la inmensa basílica

consagrada a san Pedro.

—San Pedro es el hombre de genio que creó para nosotros nuestro doble poder –le dijo el papa a don Juan–, se merece este monumento. Pero algunas veces, por la noche, se me ocurre que un diluvio pasará la esponja por todo esto, y habrá que volver a empezar…

Don Juan y el papa se echaron a reír, se habían comprendido. Un necio hubiera ido al día siguiente a divertirse con Julio II a casa de Rafael o a la deliciosa Villa Madama[18]; pero Belvidero fue a verle oficiar pontificalmente, para convencerse de sus temores. En una orgía, Della Rovere hubiera podido desdecirse y comentar el Apocalipsis.

De todos modos, no hemos emprendido el relato de esta leyenda para proporcionar materiales a quienes pretendan escribir unas memorias sobre la vida de don Juan; está destinado a probar a las gentes honradas que Belvidero no murió en su duelo con una piedra, como quieren hacerlo creer algunos litógrafos[19]. Cuando don Juan Belvidero alcanzó los sesenta de edad, fue a establecer su residencia a España. Allí, en sus últimos años, se casó con una joven y encantadora andaluza. Pero, por cálculo, no fue ni buen padre ni buen esposo. Había observado que son las mujeres en las que apenas pensamos las que siempre nos quieren con ternura, doña Elvira[20], santamente criada por una vieja tía en el remoto confín de Andalucía, en un castillo a varias leguas de Sanlúcar[21], era todo abnegación y gracia. Don Juan adivinó que aquella joven sería mujer capaz de luchar mucho tiempo con una pasión antes de ceder a ella, y por eso mantuvo la esperanza de poder conservarla virtuosa hasta su muerte. Fue una broma seria, una partida de ajedrez que quiso reservarse para jugarla en sus últimos años. Aleccionado por todas las faltas cometidas por su padre Bartholomeo, don Juan decidió consagrar las menores acciones de su vejez al triunfo del drama que debía tener lugar en su lecho de muerte. Por eso, la mayoría de sus riquezas permanecieron enterradas en los sótanos de su palacio de Ferrara, adonde iba raras veces. En cuanto a la otra mitad de su fortuna, la invirtió en una renta vitalicia, a fin de interesar en la duración de su vida tanto a su mujer como a sus hijos, argucia que su padre hubiera debido practicar; aunque esa especulación de maquiavelismo no le resultó muy necesaria. El joven Felipe Belvidero, hijo suyo, se convirtió en un español tan concienzudamente religioso como impío era su padre, en virtud tal vez del refrán que dice: A padre avaro, hijo pródigo. El abad de Sanlúcar fue elegido por don Juan para dirigir las conciencias de la duquesa de Belvidero y de Felipe. El eclesiástico era un santo varón, de buena figura, admirablemente proporcionado, de hermosos ojos negros y una cabeza de Tiberio agotada por los ayunos, blanca de maceraciones, y tentado a diario como lo son todos los solitarios. El viejo caballero tal vez esperaba todavía poder matar a un monje antes de acabar su primer plazo de vida. Pero, bien porque el abad fuese tan fuerte como podía serlo el mismo Don Juan, bien porque doña Elvira tuviera más prudencia o virtud de la que en España se concede a las mujeres, Don Juan se vio obligado a pasar sus últimos días como un

viejo cura rural, sin escándalo alguno en su casa. A veces se complacía en pillar a su hijo o a su mujer faltando a los deberes de la religión, y quería de forma imperiosa que cumpliesen todas las obligaciones impuestas a los fieles por la corte de Roma. Finalmente, nunca se sentía tan feliz como cuando oía al galante abad de Sanlúcar, a doña Elvira y a Felipe ocupados en discutir un caso de conciencia. Sin embargo, a pesar de los prodigiosos cuidados que el señor don Juan Belvidero prodigaba a su persona, llegaron los días de la decrepitud; con ese ángel del dolor surgieron los gritos de la impotencia, gritos tanto más desgarradores cuanto más ricos eran los recuerdos de su fogosa juventud y de su voluptuosa madurez. Aquel hombre, que en su grado de burla animaba a los demás a creer en las leyes y principios de los que él se burlaba, se dormía por la noche sobre un tal vez. Aquel modelo del buen tono, aquel duque[22] vigoroso en una orgía, soberbio en las cortes, gracioso junto a mujeres cuyos corazones había retorcido como un aldeano retuerce una vara de mimbre, aquel hombre de genio tenía una pituita obstinada, una ciática importuna y una gota brutal. Veía sus dientes abandonarle igual que al final de una velada las damas más blancas y mejor engalanadas se van, una tras otra, dejando el salón desierto y desamueblado. Finalmente, sus osadas manos temblaron, sus esbeltas piernas vacilaron, y una noche la apoplejía le oprimió el cuello con sus manos ganchudas y glaciales. Desde ese día fatal se volvió taciturno y duro. Acusaba a la abnegación de su hijo y de su mujer, pretendiendo en ocasiones que sus conmovedores y delicados cuidados solo se le prodigaban con tanta ternura porque había colocado su fortuna en rentas vitalicias. Elvira y Felipe derramaban entonces lágrimas amargas y redoblaban sus caricias con aquel viejo malicioso, cuya voz cascada se volvía afectuosa para decirles: «Amigos míos, querida mujer, me perdonáis, ¿verdad? Os atormento demasiado. ¡Ah, gran Dios! ¿Cómo te sirves de mí para probar a estas dos criaturas celestiales? Yo, que debería ser su alegría, soy su azote». Y los ató a la cabecera de su cama, haciéndoles olvidar meses enteros de impaciencia y crueldad por una hora en que desplegaba con ellos los tesoros siempre renovados de su gracia y de una falsa ternura. Sistema paternal que le resultó infinitamente mejor que el que en otro tiempo utilizara su padre con él. Finalmente, llegó a tal grado de enfermedad que, para meterlo en la cama, había que hacer con él las mismas maniobras que con una falúa para entrar en un canal peligroso. Luego llegó el día de su muerte. Aquel brillante y escéptico personaje, en quien solo el entendimiento sobrevivía a la más espantosa de todas las destrucciones, se vio entre un médico y un confesor, sus dos antipatías. Pero se mostró jovial. ¿No había para él una luz centelleante tras el velo del porvenir? Sobre aquella pantalla, de plomo para los demás y diáfana para él, bailaban como sombras las ligeras y arrebatadoras delicias de la juventud.

Fue una hermosa tarde de estío cuando don Juan sintió la cercanía de la muerte. El cielo de España era de una pureza admirable, los naranjos perfumaban el aire, las estrellas destilaban vivas y frescas luces, la naturaleza parecía darle prendas seguras

de su resurrección y un hijo piadoso y obediente lo contemplaba con amor y respeto. Hacia las once, quiso quedarse a solas con aquel cándido ser.

—Felipe –le dijo con voz tan tierna y afectuosa que el joven se estremeció y se echó a llorar de felicidad. Nunca aquel padre inflexible había pronunciado su nombre de aquel modo–. Escucha, hijo mío –prosiguió el moribundo–. Soy un gran pecador. Por eso durante toda mi vida he pensado en mi muerte. En otro tiempo fui amigo del gran papa Julio II. Este ilustre pontífice, temiendo que la excesiva sensibilidad de mis sentidos me llevase a cometer algún pecado mortal entre el momento de recibir los santos óleos y el de expirar, me dio un frasquito que contiene el agua santa brotada antaño de las rocas, en el desierto[23]. He mantenido el secreto sobre esta dilapidación del tesoro de la Iglesia, pero estoy autorizado a revelar el misterio a mi hijo *in articulo mortis.* Encontrarás el frasco en el cajón de esa mesa gótica que siempre ha permanecido a la cabecera de mi lecho… El precioso cristal podrá servirte luego, mi bienamado Felipe. Por tu salvación eterna, júrame que ejecutarás puntualmente mis órdenes.

Felipe miró a su padre. Don Juan conocía demasiado bien la expresión de los sentimientos humanos para no morir en paz fiado en aquella mirada, lo mismo que su padre había muerto desesperado fiado en la suya.

—Merecías otro padre –prosiguió don Juan–. Me atrevo a confesarte, hijo mío, que en el momento en que el respetable abad de Sanlúcar me administraba el viático, yo estaba pensando en la incompatibilidad de dos poderes tan amplios como los del Diablo y Dios…

—¡Oh, padre!

—Y me decía que, cuando Satán haga su paz, deberá estipular el perdón de sus secuaces so pena de ser un gran miserable. Este pensamiento me acosa. Por lo tanto, hijo mío, iré al infierno si no cumples mi voluntades.

—¡Oh, padre, decídmelas ahora mismo!

—En cuanto haya cerrado los ojos –continuó don Juan–, tal vez dentro de unos minutos, coge mi cuerpo caliente todavía y tiéndelo sobre una mesa en medio de este aposento. Luego apaga la lámpara: debe bastarte la luz de las estrellas. Despójame de mis ropas; y mientras recitas Pater y Ave elevando tu alma a Dios, ve humedeciendo, con esa agua santa, mis ojos, mis labios, toda la cabeza primero, y luego uno tras otro los miembros y el cuerpo; pero, querido hijo, es tan grande el poder de Dios que no deberás asombrarte de nada.

En este punto don Juan, que sentía llegar la muerte, añadió con voz terrible: «Sostén con fuerza el frasco». Luego expiró dulcemente en brazos de un hijo cuyas abundantes lágrimas corrieron sobre aquel rostro irónico y lívido.

Era aproximadamente medianoche cuando don Felipe Belvidero colocó el cadáver de su padre sobre la mesa. Tras haber besado su amenazadora frente y los grises cabellos, apagó la lámpara. La suave luz producida por la claridad de la luna, cuyos raros reflejos iluminaban el campo, permitió al piadoso Felipe vislumbrar de

forma indistinta el cuerpo de su padre como algo blanco en medio de la sombra. El joven empapó un trapo en el licor y, sumido en la oración, ungió fielmente aquella cabeza sagrada en medio de un profundo silencio. Oía estremecimientos indescriptibles, pero los atribuyó a los retozos de la brisa en las cimas de los árboles. Cuando hubo mojado el brazo derecho, sintió que un brazo joven y vigoroso, el brazo de su padre, le agarraba con fuerza por el cuello. Soltó un grito desgarrador y dejó caer el frasco, que se rompió. El licor se evaporó. Acudieron los criados del castillo, armados de antorchas. Aquel grito les había espantado y sorprendido, como si la trompeta del Juicio Final hubiese sacudido el universo. En un momento la habitación se llenó de gente. La muchedumbre temblorosa vio a don Felipe desvanecido, pero retenido por el brazo poderoso de su padre, que le apretaba el cuello. Luego, cosa sobrenatural, los asistentes vieron la cabeza de don Juan tan joven y tan hermosa como la de Antínoo[24], una cabeza de cabellos negros, ojos brillantes y boca bermeja, que se agitaba de modo espantoso sin poder mover el esqueleto al que pertenecía. Un viejo criado gritó: «¡Milagro!». Y todos aquellos españoles repitieron: «¡Milagro!». Demasiado piadosa para admitir los misterios de la magia, doña Elvira mandó en busca del abate de Sanlúcar. Cuando el prior contempló con sus propios ojos el milagro, decidió aprovecharlo como hombre ingenioso y como abad que no pretende otra cosa que aumentar sus rentas. Declarando al punto que el señor don Juan sería infaliblemente canonizado, indicó que la ceremonia de la apoteosis tendría lugar en su convento, que en adelante se llamaría, según dijo, San Juan de Lúcar. A estas palabras, la cabeza hizo una mueca bastante cómica.

El gusto de los españoles por este género de solemnidades es tan conocido que no debe de ser difícil creer en las solemnidades religiosas con que la abadía de Sanlúcar celebró el traslado del bienaventurado don Juan Belvidero a su iglesia. Pocos días después de la muerte del ilustre señor, el milagro de su imperfecta resurrección se había difundido tanto de pueblo en pueblo, en un radio de más de cincuenta leguas a la redonda de Sanlúcar, que no tardaron en verse llenos de curiosos los caminos; acudieron de todas partes, engolosinados por un *Te Deum* cantado a la luz de las antorchas. La antigua mezquita del convento de Sanlúcar, maravilloso edificio construido por los moros, cuyas bóvedas oían desde hacía tres siglos el nombre de Jesucristo sustituyendo al de Alá, no pudo contener a la multitud que se había congregado para ver la ceremonia[25]. Prensados como hormigas, hidalgos con capa de terciopelo y armados de sus buenas espadas permanecían de pie alrededor de los pilares sin encontrar sitio para doblar unas rodillas que solo allí se doblaban. Deliciosas aldeanas, cuyas basquiñas[26] dibujaban sus amorosas formas, daban el brazo a ancianos de cabellos blancos. Había jóvenes con ojos de fuego junto a viejas mujeres engalanadas. Y, además, parejas estremecidas de alborozo, novias curiosas acompañadas por sus novios, recién casados y niños cogidos de la mano con temor. Toda aquella gente estaba allí llena de colorido, brillante de contrastes, inundada de flores y esmaltada, produciendo un suave alboroto en el silencio de la noche. Se

abrieron las anchas puertas de la iglesia. Los que habían llegado demasiado tarde se quedaron fuera, viendo de lejos, por los tres pórticos abiertos, una escena de la que ni siquiera los vaporosos decorados de nuestras modernas óperas podrían dar una pálida idea. Devotos y pecadores, con prisa por ganarse el favor de un santo nuevo, encendieron en su honor millares de cirios en la vasta iglesia, luces interesadas que prestaron un aspecto mágico al monumento. Las negras arcadas, las columnas y sus capiteles, las capillas profundas y brillantes de oro y plata, las galerías, los festones sarracenos y los rasgos más delicados de la delicada escultura se dibujaban en medio de aquella luz superabundante como las figuras caprichosas que se forman en un brasero al rojo vivo. Era un océano de fuegos dominado, en el fondo de la iglesia, por el coro dorado donde se alzaba el altar mayor, cuya gloria hubiera rivalizado con la de un sol naciente. En efecto, el esplendor de las lámparas de oro, de los candelabros de plata, de los estandartes, de las borlas, de los santos y de los exvotos palidecía ante la urna en que se encontraba don Juan. El cuerpo del impío centelleaba de pedrerías, de flores, de cristales, de diamantes, de oro y de plumas tan blancas como las alas de un serafín, y reemplazaba sobre el altar a un cuadro de Cristo. A su alrededor brillaban numerosos cirios que lanzaban al aire sus ondas flameantes. El buen abad de Sanlúcar, adornado con hábitos pontificales, con su mitra cuajada de piedras preciosas, su roquete y su báculo de oro, estaba sentado, rey del coro, en un sillón de un lujo imperial, en medio de todo su clero formado por impasibles ancianos de cabellos argentados, revestidos de finas albas, que lo rodeaban semejantes a los santos confesores que los pintores agrupan alrededor del Eterno. El chantre mayor y los dignatarios del cabildo, con las condecoraciones de las brillantes insignias de sus vanidades eclesiásticas, iban y venían en el seno de las nubes que formaba el incienso, cual astros que ruedan por el firmamento. Cuando llegó la hora del triunfo, las campanas despertaron los ecos de la campiña, y esa inmensa asamblea lanzó hacia Dios el primer grito de alabanzas con que empieza el *Te Deum.* ¡Grito sublime! Eran voces puras y ligeras, voces de mujeres en éxtasis mezcladas con las voces graves y sonoras de los hombres, miles de voces tan potentes que el órgano no conseguía dominar su conjunto a pesar de los mugidos de sus tubos. Solo las notas penetrantes de la joven voz de los niños de coro y los amplios acentos de algunos bajos suscitaron ideas graciosas, pintaron la infancia y la fuerza en aquel maravilloso concierto de voces humanas confundidas en sentimiento de amor.

Te Deum laudamus!

Del seno de aquella catedral negra de mujeres y hombres arrodillados salió ese canto cual una luz que de pronto centellea en la noche, y el silencio fue roto como por un trueno. Las voces subieron con las nubes de incienso que entonces arrojaban unos velos diáfanos y azulados sobre las fantásticas maravillas de la arquitectura. Todo era riqueza, perfume, luz y melodía. En el momento en que esa música de amor y gratitud se lanzó hacia el altar, don Juan, demasiado cortés para no dar las gracias, demasiado ingenioso para reprimir una burla, respondió con una risa espantosa y se

contoneó en su urna. Pero tras haberle insinuado el Diablo que corría el riesgo de pasar por un hombre ordinario, por un santo, un Bonifacio o un Pantaleón[27], turbó aquella melodía de amor con un aullido al que se unieron las mil voces del infierno. La tierra bendecía, maldecía el cielo. La iglesia tembló sobre sus antiguos cimientos.

—*Te Deum laudamus*! –decía la asamblea.

—¡Idos todos al diablo, bestias, que no sois más que bestias! ¡Dios, Dios! ¡*Carajos del demonio*[28], animales, que no sois más que unos estúpidos con ese vejestorio de vuestro Dios!

Y un torrente de imprecaciones avanzó como un río de lavas ardientes tras una irrupción del Vesubio.

—*Deus sabaoth, sabaoth*[29]! —gritaron los cristianos.

—¡Insultáis la majestad del infierno! –respondió don Juan rechinando los dientes.

No tardó mucho en lograr pasar el brazo vivo por encima de la urna, y amenazó a la asamblea con gestos llenos de desesperación e ironía.

—¡El santo nos bendice! –dijeron las mujerucas, los niños y los novios, gentes crédulas.

De este modo nos engañamos con frecuencia en nuestras adoraciones. El hombre superior se burla de quienes lo cumplimentan, y a veces cumplimenta a aquellos de quienes se burla en el fondo de su corazón.

En el instante en que el abad, prosternado ante el altar, cantaba: *Sancte Johannes, ora pro nobis!*, oyó con toda claridad: *O coglione*[30].

—¿Qué ocurre ahí arriba? –exclamó el sub-prior viendo que la urna se agitaba.

—Que el santo está haciendo diabluras –respondió el abad.

Entonces aquella cabeza viva se desgajó violentamente del cuerpo, que ya no vivía, y cayó sobre el cráneo amarillo del oficiante.

—Acuérdate de doña Elvira –gritó la cabeza devorando la del abad.

Este último lanzó un grito horrible que perturbó la ceremonia. Todos los sacerdotes acudieron y rodearon a su soberano.

—¡Imbécil, di que hay un Dios! –gritó la voz en el momento en que el abad, mordido en el cerebro, estaba a punto de expirar.

París, octubre de 1830.

LOS PROSCRITOS

ALMAE SORORI[1].

En 1308[2] existían pocas casas en el Terreno formado por los aluviones y por las arenas del Sena, en lo alto de la Cité, detrás de la iglesia de Notre-Dame. El primero que se atrevió a edificar una casa sobre aquel arenal sometido a frecuentes inundaciones fue un alguacil de la ciudad de París que había prestado algunos servicios menores a los señores del cabildo de Notre-Dame; como recompensa, el obispo le arrendó veinticinco *perches*[3] de tierra, y le dispensó de todo censo o tasa por sus construcciones. Siete años antes del día en que comienza esta historia, Joseph Tirechair, uno de los alguaciles más brutales de París como demuestra su apellido[4], gracias a sus derechos en las multas percibidas por él por delitos cometidos en las calles de la Cité, había construido su casa a la orilla del Sena, precisamente en el extremo de la calle del Port-Saint-Landry. A fin de proteger de cualquier daño las mercancías depositadas en el puerto, la ciudad había construido una especie de depósito *de albañilería* que aún se ve en algunos viejos planos de París, y que preservaba los pilotes del puerto, frenando en la parte superior del Terreno los esfuerzos de las aguas y los hielos; el alguacil lo había aprovechado para asentar su hogar en él, de suerte que había que subir varios escalones para llegar a su casa. Semejante a todas las casas de la época, aquella chabola estaba rematada por un tejado puntiagudo que simulaba sobre la fachada la mitad superior de un rombo. Para dolor de los historiógrafos, apenas existen uno o dos modelos de esos tejados en París. Una abertura redonda iluminaba el desván, en el que la mujer del alguacil ponía a secar la ropa del cabildo, pues tenía el honor de lavar Notre-Dame, que no era desde luego una mala parroquiana. En el primer piso había dos habitaciones que, un año con otro, se alquilaban a forasteros a razón de cuarenta *sous* parisinos cada una, precio exorbitante justificado por otro lado por el lujo con que Tirechair las había amueblado. Tapices de Flandes guarnecían las paredes; una gran cama adornada con una vuelta de sarga verde, parecida a la de los campesinos, estaba honorablemente provista de colchón y recubierta de buenas sábanas de fina tela. Cada cuarto tenía su brasero, especie de estufa cuya descripción es inútil. El suelo, que las aprendices de la Tirechair limpiaban cuidadosamente, brillaba como la madera de un relicario. En lugar de banquetas, los inquilinos tenían por asientos grandes sillas de coro en nogal esculpido, procedentes sin duda del saqueo de algún castillo. Dos arcones con incrustaciones de estaño y una mesa de columnas salomónicas completaban un mobiliario digno de los caballeros feudales más encopetados a los que sus asuntos llevaban a París. Las vidrieras de esas dos habitaciones daban al río. Por una, no hubierais podido ver más que las orillas del Sena y las tres islas desiertas, las dos

primeras de las cuales fueron reunidas más tarde y forman la isla de Saint-Louis, la tercera era la isla Louviers. Por la otra habríais divisado, a través de una perspectiva del puerto Saint-Landry, el barrio de la Grève, el puente Notre-Dame con sus casas, las altas torres del Louvre recientemente construidas por Felipe Augusto[5] y que dominaban aquel París mezquino y pobre, que sugiere a la imaginación de los poetas modernos tantas falsas maravillas. El bajo de la casa de Tirechair, para servirnos de una expresión entonces en uso, se componía de una gran habitación donde trabajaba su mujer y por la que los inquilinos estaban obligados a pasar para dirigirse a las suyas, trepando por una escalera parecida a la de un molino. Luego, detrás, estaban la cocina y el dormitorio, que tenían vista al Sena. Un huertecillo conquistado a las aguas mostraba al pie de esa humilde morada sus cuadros de coles verdes, sus cebollas y algunos pies de rosales defendidos por estacas que formaban una especie de seto. Una cabaña construida de madera y barro servía de caseta a un perro grande, guardián necesario para aquella casa aislada. En esa caseta empezaba un recinto en el que cacareaban unas gallinas cuyos huevos se vendían a los canónigos. Aquí y allá, en el Terreno fangoso o seco, según los caprichos de la atmósfera parisina, se alzaban algunos arbolillos incesantemente batidos por el viento, atormentados y quebrados por los viandantes: unos sauces vivaces, juncos y hierbas altas. El Terreno, el Sena, el Puerto y la casa estaban enmarcados al oeste por la inmensa basílica de Notre-Dame, que proyectaba a capricho del sol su sombra fría sobre aquella tierra. Entonces, como hoy, no había en París lugar más solitario, ni paisaje más solemne ni más melancólico. La gran voz de las aguas, el canto de los sacerdotes o el silbido del viento eran los únicos que turbaban aquella especie de bosquecillo, donde a veces se hacían desembarcar algunas parejas amorosas para confiarse sus secretos cuando los oficios retenían en la iglesia a la gente del cabildo.

Una tarde del mes de abril el año 1308, Tirechair volvió a casa singularmente enfadado. Desde hacía tres días encontraba todo en orden en la vía pública. En su calidad de polizonte, nada le afectaba más que verse inútil. Tiró su alabarda con malhumor, masculló vagas palabras mientras se quitaba su casaca mitad roja y mitad azul, para ponerse una mala túnica de camelote. Después de haber cogido en el arca un trozo de pan sobre el que extendió una capa de manteca, se sentó en un banco, examinó sus cuatro paredes blanqueadas a la cal, contó las vigas del techo, inventarió sus utensilios caseros colgados de clavos, echó pestes contra un esmero que no le permitía criticar nada, y miró a su mujer, que no chistaba mientras planchaba las albas y sobrepellices de la sacristía.

—Por mi salvación –dijo para iniciar la charla–, no sé, Jacqueline, dónde vas a pescar tus aprendizas. Ahí hay una –añadió señalando a una obrera que planchaba con bastante torpeza un mantel de altar–, la verdad, cuanto más la miro, más pienso que se parece a una muchacha loca con su cuerpo, y no a una buena y gorda sierva de campo. ¡Tiene unas manos tan blancas como las de una dama! ¡Dios de Dios!, sus cabellos huelen a perfume, creo, y sus zapatos son tan finos como los de una reina.

Por el doble cuerno de Mahoma, estas cosas no son de mi gusto.

La obrera se ruborizó y miró de soslayo a Jacqueline con un aire que expresaba cierto temor mezclado de orgullo. La planchadora respondió a esa mirada con una sonrisa, dejó su labor, y dijo a su marido con una voz agridulce:

—¡Ah!, vamos, marido, no te impacientes. ¿Vas a acusarme de alguna artimaña? Trota en tu pavimento cuanto quieras y no te mezcles en lo que pasa aquí salvo para dormir en paz, beber tu vino y comer lo que yo te pongo en la mesa; de no ser así, no cuentes conmigo para mantenerte alegre y sano. ¡Que me encuentren en toda la ciudad un hombre más feliz que este mono! –añadió haciéndole una mueca de reproche–. Tiene dinero en su bolsa, casa a orillas del Sena, una virtuosa alabarda a un lado, una honesta mujer al otro, una casa tan limpia y tan pulcra como mis ojos; y encima se queja como un peregrino abrasado por el fuego de san Antón[6].

—¡Ah! –replicó el alguacil–, ¿crees, Jacqueline, que tengo ganas de ver mi casa arrasada, mi alabarda en manos de otro y a mi mujer en la picota?

Jacqueline y la delicada obrera palidecieron.

—Explícate de una vez –respondió vivamente la planchadora–, y deja ver lo que tienes en el buche. Ya me he dado cuenta, muchacho, de que, desde hace unos días, alojas una tontería en tu pobre cerebro. Vamos, ven aquí, y desembucha. Tienes que ser muy cobarde para tener miedo de la menor gresca llevando la alabarda del municipio y viviendo bajo la protección del cabildo. Los canónigos pondrían la diócesis en interdicto[7] si Jacqueline se quejase a ellos de la menor afrenta.

Y diciendo esto, se dirigió directamente al alguacil y le cogió por el brazo.

—Ven conmigo –añadió haciéndolo levantarse y llevándolo a los escalones.

Cuando estuvieron a la orilla del agua, en su huertecillo, Jacqueline miró a su marido con aire burlón.

—Has de saber, viejo truhán, que cuando esa bella dama sale de la casa, entra una moneda de oro en nuestra hucha.

—¡Oh, oh! –dijo el alguacil, que permaneció pensativo y callado ante su mujer.

Pero continuó enseguida:

—¡Eh!, estamos perdidos. ¿Por qué viene esa mujer a nuestra casa?

—Viene a ver al lindo muchachito que tenemos ahí arriba –contestó Jacqueline señalando la habitación cuya ventana daba a la vasta extensión del Sena.

—¡Maldición! –exclamó el alguacil–. Por unos malditos escudos, me habrás arruinado, Jacqueline. ¿Es ese un oficio que deba hacer la juiciosa y honesta mujer de un alguacil? Pero, aunque fuese condesa o baronesa, esa dama no podría sacarnos de la trampa en que antes o después nos veremos cogidos. ¿No tendremos contra nosotros a un marido poderoso y gravemente ofendido? Porque, vive Dios, es muy hermosa.

—Sí, pero es viuda, viejo estúpido. ¿Cómo te atreves a sospechar villanías y bobadas de tu mujer? Esa dama no ha hablado nunca con nuestro gentil muchacho, se contenta con verlo y pensar en él. ¡Pobre niño!, de no ser por ella, ya se habría

muerto de hambre, porque ella es casi su madre. Y él, el querubín, es tan fácil de engañar como acunar a un recién nacido. Cree que su dinero le va a durar siempre, y en los últimos seis meses ya se ha comido el doble.

—Mujer –respondió gravemente el alguacil señalándole la plaza de Grève[8]– ¿recuerdas haber visto desde aquí el fuego en el que asaron el otro día a aquella danesa?

—¿Y bien? –dijo Jacqueline asustada.

—Pues bien –replicó Tirechair–, los dos extranjeros a los que albergamos huelen a chamusquina. No hay cabildo, condesa ni protección que valgan. Cuando llegue Pascua, y haya acabado su año de alquiler, hay que poner a nuestros huéspedes en la puerta, y deprisa y corriendo. ¿Vas a enseñar a un alguacil a reconocer la carne de horca? Nuestros dos huéspedes habían practicado con la Porette[9], esa herética de Dinamarca o de Noruega, cuyo último grito oíste desde aquí. Era una valiente diablesa, ni pestañeó cuando estaba sobre los haces de leña, lo cual probaba inequívocamente su intimidad con el diablo; la vi como estoy viéndote a ti, aún predicaba al público, diciendo que estaba en el cielo y veía a Dios. Pues bien, desde ese día no he dormido tranquilo en mi camastro. El señor que se acuesta encima de nosotros es con toda seguridad más brujo que cristiano. ¡Palabra de alguacil!, siento un escalofrío cuando ese viejo pasa a mi lado; de noche no duerme nunca; si me despierto, su voz resuena como el estruendo de las campanas, y le oigo hacer sus conjuros en la lengua del infierno; ¿le has visto comer alguna vez una honrado mendrugo, una hogaza hecha por la mano de un tahonero católico? Su piel morena ha sido cocida y tostada por el fuego del infierno. ¡Ira de Dios, sus ojos ejercen un encanto como los de las serpientes! Jacqueline, no quiero a esos dos hombres en mi casa. Veo demasiado de cerca a la justicia para saber que nunca hay que tener nada que ver con ella. Pondrás a nuestros dos inquilinos en la puerta: al viejo porque me parece sospechoso, al joven porque es demasiado guapo. Ninguno de los dos parece que frecuente a los cristianos, desde luego no viven como nosotros vivimos; el pequeño mira siempre la luna, las estrellas y las nubes, como brujo que acecha la hora de montar en su escoba; el otro taimado se sirve con toda seguridad de ese pobre infeliz para algún sortilegio. Mi tugurio está ya en el río, y tengo suficiente con esta causa de ruina sin necesidad de atraer a ella el fuego del cielo o el amor de una condesa. He dicho. No rechistes.

A pesar del despotismo que ejercía en casa, Jacqueline quedó estupefacta al oír aquella especie de requisitoria fulminada por el alguacil contra sus dos huéspedes. En ese momento, miró maquinalmente hacia la ventana del cuarto donde se alojaba el viejo, y se estremeció de horror al encontrarse de golpe con la cara sombría y melancólica y la mirada profunda que hacían estremecerse al alguacil, por más acostumbrado que estuviese a ver criminales.

En esa época, pequeños y grandes, clérigos y seglares, todo temblaba al solo pensamiento de un poder sobrenatural. La palabra de magia era tan potente como la

lepra para destrozar los sentimientos, romper los vínculos sociales y helar la compasión en los corazones más generosos. La mujer del alguacil pensó de pronto que nunca había visto a sus dos huéspedes haciendo acto de criatura humana. Aunque la voz del más joven fuera dulce y melodiosa como los sonidos de una flauta, la oía tan raras veces que sintió la tentación de tomarla por efecto de un sortilegio. Al recordar la extraña belleza de aquel rostro blanco y sonrosado, al ver de nuevo mediante el recuerdo aquella cabellera rubia y el brillo húmedo de aquella mirada, creyó reconocer los artificios del demonio. Recordó haber estado días enteros sin haber oído el ruido más leve en los cuartos de los dos extranjeros. ¿Dónde estaban durante aquellas largas horas? De pronto, las circunstancias más singulares volvieron en tropel a su memoria. Quedó completamente sobrecogida de miedo y quiso ver una prueba de magia en el amor que la rica dama sentía por aquel joven Godefroid, pobre huérfano venido de Flandes a París para estudiar en la Universidad. Se llevó enseguida la mano a uno de sus bolsillos, sacó rápidamente cuatro libras tornesas en grandes blancas[10] y miró las monedas con un sentimiento de avaricia mezclado de temor.

—Sin embargo, estas no son monedas falsas –dijo mostrando los *sous* de plata a su marido–. Además –añadió–, ¿cómo echarlos de nuestra casa después de haber recibido por adelantado el alquiler del próximo año?

—Consulta con el deán del cabildo –respondió el marido–. ¿No es él quien nos dice cómo debemos comportarnos con los seres extraordinarios?

—¡Oh!, sí, muy extraordinarios –exclamó Jacqueline. ¡Qué malicia! ¡Venir a hospedarse en el seno mismo de Notre-Dame! Pero –continuó–, antes de consultar al deán, ¿por qué no avisar a esa noble y digna dama del peligro que corre?

Al terminar estas palabras, Jacqueline y el alguacil, que no había dejado de comer, volvieron a entrar en casa. Tirechair, hombre envejecido en las tretas de su oficio, fingió tomar a la desconocida por una verdadera obrera; pero esa indiferencia aparente dejaba traslucir el temor de un cortesano que respeta un incógnito regio. En ese momento dieron las seis en el campanario de Saint-Denis-du-Pas[11], pequeña iglesia que se hallaba entre Notre-Dame y el puerto Saint-Landry, la primera catedral edificada en París, en el lugar mismo en que san Dionisio fue puesto en la parrilla, dicen las crónicas. Inmediatamente, la hora voló de campanario en campanario por toda la ciudad. De repente gritos confusos se elevaron en la orilla izquierda del Sena, detrás de Notre-Dame, en el sitio donde proliferaban las escuelas de la Universidad. A esa señal, el huésped viejo de Jacqueline se movió en su cuarto. El alguacil, su mujer y la desconocida oyeron abrir y cerrar bruscamente una puerta, y el paso sordo del extranjero resonó en los peldaños de la escalera interior. Las sospechas del alguacil daban a la aparición de aquel personaje un interés tan intenso que los rostros de Jacqueline y del alguacil ofrecieron de pronto una expresión extraña que impresionó a la dama. Relacionando, como todas las personas que aman, el espanto de la pareja frente a su protegido, la desconocida aguardó con una especie de

inquietud el acontecimiento que anunciaba el miedo de sus pretendidos amos.

El extranjero permaneció durante un instante en el umbral de la puerta para examinar a las tres personas que estaban en la sala, dando la impresión de buscar allí a su compañero. Por más indiferente que fuese, la mirada que lanzó turbó los corazones. Era realmente imposible a todo el mundo, e incluso a un hombre fuerte, no admitir que la naturaleza había conferido poderes exorbitantes a aquel ser en apariencia sobrenatural. Aunque sus ojos estuvieran hundidos a bastante profundidad bajo los grandes arcos dibujados por sus cejas, eran como los de un milano, engastados en unos párpados tan anchos y bordeados por un círculo negro tan intensamente acentuado en la parte alta de su mejilla que sus globos parecían abombados. Aquel ojo mágico tenía no sé qué de despótico y de penetrante que sobrecogía el alma con una mirada pesada y llena de pensamientos, una mirada brillante y lúcida como la de las serpientes o de los pájaros, pero que dejaba pasmado, que aplastaba con la veloz comunicación de una inmensa desgracia o de algún poder sobrehumano. Todo armonizaba con aquella mirada de plomo y fuego, fija y móvil, severa y serena. Si en aquel gran ojo de águila las agitaciones terrenales parecían en cierto modo extinguidas, el rostro enjuto y seco llevaba también las huellas de pasiones desdichadas y de grandes acontecimientos realizados. La nariz caía recta y se prolongaba de tal forma que sus aletas parecían sujetarla. Los huesos de la cara estaban nítidamente realzados por unas arrugas rectas y largas que surcaban las descarnadas mejillas. Todo lo que formaba una cavidad en su figura parecía sombrío. Hubierais dicho el lecho de un torrente donde la violencia de las aguas que habían pasado estaba atestiguada por la profundidad de los surcos que revelaban alguna lucha horrible, eterna. Semejantes a la huella dejada por los remos de una barca sobre las ondas, anchos pliegues que arrancaban de cada lado de su nariz acentuaban enérgicamente su rostro, y prestaban a su boca, firme y sin sinuosidades, un carácter de amarga tristeza. Por encima del huracán pintado sobre aquel rostro, su frente tranquila avanzaba con cierta audacia y la remataba como una cúpula de mármol[12]. El extranjero conservaba esa actitud intrépida y seria que contraen los hombres acostumbraos a la desgracia, hechos por la naturaleza para afrontar impasibles a las multitudes enfurecidas y para mirar de frente a los grandes peligros. Parecía moverse en una esfera propia, desde la que planeaba por encima de la humanidad. Como su mirada, su gesto poseía un irresistible poder; sus manos descarnadas eran las de un guerrero; si había que bajar los ojos cuando los suyos se clavaban en vosotros, también había que temblar cuando su palabra o su gesto se dirigían a vuestra alma. Caminaba rodeado por una majestad silenciosa que hacía que se lo tomara por un déspota sin guardias, por algún Dios sin rayos. Su atuendo corroboraba las ideas que inspiraban las singularidades de su proceder o de su fisonomía. El alma, el cuerpo y la ropa se armonizaban así para impresionar las imaginaciones más frías. Llevaba una especie de sobrepelliz de paño negro, sin mangas, que se abrochaba por delante y bajaba hasta media pierna, dejándole el cuello desnudo, sin chorrera. Su jubón y sus

calzas, todo era negro. Sobre la cabeza llevaba un solideo de terciopelo semejante al de un sacerdote, que trazaba una línea circular por encima de su frente sin que de él escapase un solo cabello. Era el luto más severo y la indumentaria más sombría que un hombre pudiera llevar. De no ser por la larga espada que colgaba a su costado, sostenida por un cinturón de cuero que se distinguía por la abertura de su capa negra, un eclesiástico le hubiera saludado como a un hermano. Aunque fuese de estatura mediana, parecía alto; pero mirándole al rostro, era gigantesco.

—Ha sonado la hora, la barca espera, ¿no vendréis vos?

A estas palabras pronunciadas en mal francés, pero que fueron fácilmente oídas en medio del silencio, una leve agitación se dejó oír en el otro cuarto, y el joven descendió con la rapidez de un pájaro. Cuando Godefroid se dejó ver. el rostro de la dama se sonrojó, ella empezó a temblar, a estremecerse y formó un velo con sus manos blancas. Cualquier mujer hubiera compartido aquella emoción al contemplar a un hombre de unos veinte años, pero cuyo talle y formas eran tan frágiles que al primer golpe de vista habríais creído ver un niño o una muchacha disfrazada. Su gorra negra, parecida a la boina de los vascos, permitía distinguir una frente blanca como la nieve, donde la gracia y la inocencia brillaban expresando una suavidad divina, reflejo de un alma llena de fe. La imaginación de los poetas habría querido buscar en ella esa estrella que, en no sé qué cuento, una madre rogó al hada madrina que la imprimiese sobre la frente de su hijo abandonado como Moisés al capricho de las ondas. Se respiraba amor en los miles de rizos rubios que caían sobre sus hombros. Su cuello, auténtico cuello de cisne, era blanco, y de una admirable redondez. Sus ojos azules, llenos de vida y límpidos, parecían reflejar el cielo. Los rasgos de su rostro y el corte de su frente eran de una finura, de una delicadeza que habría entusiasmado a un pintor. La flor de belleza que, en el rostro de las mujeres, nos causa inagotables emociones, esa exquisita pureza de líneas, esa luminosa aureola colocada sobre unos rasgos adorados, armonizaban con una tez varonil, con una fuerza todavía adolescente, y formaban deliciosos contrastes. Era, en fin, uno de esos rostros melodiosos que, mudos, nos hablan y nos atraen; sin embargo, contemplándolo con cierta atención, quizá se habría reconocido en él esa especie de marchitez, que imprime una gran idea o la pasión, en un verdor mate que le hacía parecerse a una tierna hoja desplegándose al sol. Por eso, nunca hubo contraste más brusco ni más vivo que el ofrecido por la reunión de aquellos dos seres. Uno parecía estar viendo un grácil y débil arbusto nacido en el hueco de un viejo sauce, despojado por el tiempo, herido por el rayo, decrépito, uno de esos sauces majestuosos, admiración de los pintores; el tímido arbolillo se resguarda allí de las tormentas. El uno era un Dios, el otro era un ángel; aquel el poeta que siente, este el poeta que traduce; un profeta sufriente, un levita en oración. Los dos pasaron en silencio.

—¿Ha visto como le ha silbado? –exclamó el alguacil en el momento en que el paso de los dos extranjeros dejó de oírse en la arena–. ¿No son un diablo y su paje?

—¡Uf!, –respondió Jacqueline–, yo sentía una especie de opresión. Nunca había

examinado a nuestros dos inquilinos tan atentamente. Para nosotras las mujeres es una desgracia que el demonio pueda adoptar una cara tan agradable.

—Sí, échale agua bendita –exclamó Tirechair–, y lo verás convertirse en sapo. Voy a contarle todo esto a la oficialidad[13].

Al oír esa palabra, la dama despertó de la ensoñación en que estaba sumida, y miró al alguacil que se ponía su casaca azul y roja.

—¿Adónde corréis vos? –dijo.

—A informar a la justicia que alojamos a dos brujos, en nuestra propia defensa.

La desconocida sonrió.

—Soy la condesa Mahaut –dijo levantándose con una dignidad que dejó al alguacil atónito–. Guardaos de causar la menor molestia a vuestros huéspedes. Honrad sobre todo al anciano, a quien he visto en casa del rey vuestro señor, que lo acogió cortésmente, haríais mal en causarle la menor dificultad. En cuanto a mi estancia en vuestra casa, no digáis ni una palabra si amáis la vida.

La condesa calló y volvió a sumirse en su meditación. No tardó en alzar la cabeza, hizo una seña a Jacqueline, y las dos subieron al cuarto de Godefroid. La bella condesa miró el lecho, las sillas de madera, el arcón, los tapices y la mesa con una dicha parecida a la del desterrado que contempla, a su regreso, los tejados apiñados de su ciudad natal, asentada al pie de una colina.

—Si no me has engañado –le dijo a Jacqueline–, te prometo cien escudos de oro.

—Mirad, señora –respondió la anfitriona–, el pobre ángel no desconfía de nada, ¡aquí están todos sus bienes!

Al decir esto, Jacqueline abría un cajón de la mesa y mostraba algunos pergaminos.

—¡Oh, Dios de bondad! –exclamó la condesa mientras se apoderaba de un contrato que de pronto atrajo su atención, y en el que leyó: *Gothofredus comes Gantiacus* («Godofredo, conde de Gante»).

Dejó caer el pergamino, se pasó la mano por la frente; pero, creyéndose sin duda comprometida por mostrar su emoción a Jacqueline, recobró una actitud fría.

—¡Estoy contenta! –dijo.

Luego bajó y se fue de la casa. El alguacil y su mujer salieron al umbral de su puerta y la vieron tomar el camino del puerto. Cerca había amarrada una embarcación. Cuando el rumor de los pasos de la condesa pudo oírse, un marinero se levantó de pronto, ayudó a la bella obrera a sentarse en una banqueta y remó de forma que la barca voló como una golondrina Sena abajo.

—¡Eres un idiota! –le dijo Jacqueline golpeando familiarmente el hombro del alguacil–. Esta mañana hemos ganado cien escudos de oro.

—No me gusta más alojar a señores que a brujos. No sé cuál de ellos nos lleva más deprisa a la horca –respondió Tirechair cogiendo su alabarda–. Me voy –continuó– a hacer mi ronda por el lado de Champfleuri. ¡Ah!, que Dios nos proteja y me haga encontrar alguna galesa que se haya puesto esta noche sus anillos de oro

para brillar en la sombra como una luciérnaga.

Cuando Jacqueline se quedó sola en casa, subió corriendo a la habitación del señor desconocido para intentar encontrar allí alguna información sobre aquel misterioso asunto. Como esos sabios que se toman unos trabajos infinitos para complicar los principios claros y sencillos de la naturaleza, ya había imaginado una novela informe que le servía para explicar la reunión de aquellos tres personajes bajo su pobre techo. Registró el arcón, examinó todo, y no pudo descubrir nada extraordinario. Solo vio encima de la mesa una escribanía y algunas hojas de pergamino; pero, como no sabía leer, aquel hallazgo no podía informarle de nada. Un sentimiento de mujer la llevó al cuarto del joven guapo, desde donde divisó por la ventana a sus dos inquilinos que cruzaban el Sena en la embarcación del barquero.

«Son como dos estatuas –se dijo–. ¡Ah, ah!, atracan delante de la calle de la Fouarre[14]. ¡Qué ágil es el lindo muchacho! Ha saltado a tierra como un cabritillo. A su lado, el viejo se parece a un santo de piedra de la catedral. ¡Van a la antigua escuela de las Cuatro Naciones[15]! ¡Diablo!, ya no los veo. —¿Es aquí donde respira ese pobre querubín? –añadió mirando los muebles del cuarto–. ¡Es galante y seductor! ¡Ah, estos señores, están hechos de distinta pasta que nosotros!».

Y Jacqueline descendió después de haber pasado la mano por el cobertor de la cama, limpiado el polvo del arcón, y haberse preguntado por enésima vez desde hacía seis meses: «¿En qué diablos pasa todo el santo día? Es imposible que se pase todo el tiempo mirando el azul del cielo y las estrellas que Dios ha colgado ahí arriba como linternas. El querido muchacho ha de tener alguna pena. Pero ¿por qué el viejo maestro y él casi no se hablan?». Luego se perdió en sus pensamientos, que, en su cerebro de mujer, se enredaron como una madeja de hilo.

El anciano y el joven había entrado en una de las escuelas que en esa época hacían tan famosa en Europa la calle de la Fouarre. El ilustre Sigerio[16], el más famoso doctor de teología mística de la Universidad de París, subía a su cátedra en el momento en que los dos inquilinos de Jacqueline llegaron a la antigua escuela de las Cuatro Naciones, a una gran sala baja, a la misma altura de la calle. Las frías baldosas estaban cubiertas de paja fresca, sobre la que un buen número de estudiantes tenían una rodilla apoyada, la otra levantada, para estenografiar la improvisación del maestro con la ayuda de esas abreviaturas que son la desesperación de los descifradores modernos. La sala estaba llena, no solo de escolares, sino también de los hombres más distinguidos del clero, de la corte y del orden judicial. Se encontraban allí sabios extranjeros, gentes de espada y ricos burgueses. Allí podían verse esas caras alargadas, esas frentes protuberantes, esas barbas venerables que nos inspiran una especie de veneración por nuestros antepasados cuando vemos los retratos de la Edad Media. Caras enjutas de ojos brillantes y hundidos, coronados por cráneos empalidecidos en las fatigas de una escolástica impotente, la pasión favorita del siglo, contrastaban con unas jóvenes cabezas ardientes, con hombres graves, con figuras guerreras, con las mejillas rubicundas de algunos financieros. Aquellas

lecciones, aquellas disertaciones, aquellas tesis sostenidas por los genios más brillantes de los siglos XIII y XIV excitaban el entusiasmo de nuestros antepasados; eran sus corridas de toros, sus Italianos, su tragedia, sus grandes bailarines, en fin, todo su teatro. La representación de los misterios se produjo después de esas luchas espirituales que quizás engendraron la escena francesa. Una elocuente inspiración que reunía el atractivo de la voz humana hábilmente manejada, las sutilezas de la elocuencia y las atrevidas investigaciones de los secretos de Dios, satisfacía entonces todas las curiosidades, conmovía las almas y constituía el espectáculo de moda. La teología no resumía solo las ciencias, era la ciencia misma, como lo fue antaño la gramática entre los griegos, y presentaba un fecundo futuro a los que se distinguían en esos duelos, o, como Jacob, los oradores combatían con el espíritu de Dios. Las embajadas, los arbitrajes entre los soberanos, las cancillerías, las dignidades eclesiásticas, pertenecían a los hombres cuya palabra se había afinado en las controversias teológicas. La cátedra era la tribuna de la época. Ese sistema vivió hasta el día en que Rabelais inmoló el ergotismo bajo sus terribles burlas, del mismo modo que Cervantes mató la caballería con una comedia escrita[17].

Para comprender ese siglo extraordinario, el espíritu que dictó sus obras maestras hoy desconocidas, aunque inmensas, en fin, para explicárselo todo, incluso su barbarie, basta con estudiar las constituciones de la Universidad de París y examinar la extraña enseñanza en vigor. La teología se dividía en dos Facultades, la de TEOLOGÍA propiamente dicha, y la de DECRETO. La facultad de teología tenía tres secciones: la escolástica, la canónica y la mística. Sería enojoso explicar las atribuciones de estas diversas partes de la ciencia, puesto que una sola, la mística, es el tema de este estudio. La TEOLOGÍA MÍSTICA abarcaba el conjunto de las *revelaciones divinas* y la explicación de los *misterios.* Esa rama de la antigua teología ha pervivido secretamente con honor entre nosotros. Jacob Bœhm, Swedenborg, Martinez Pasqualis, Saint-Martin, Molinos, las señoras Guyon, Bourignon y Krudener[18], la gran secta de los extáticos, la de los iluminados[19], han conservado dignamente, en distintas épocas, las doctrinas de esa ciencia, cuyo objetivo tiene algo de espantoso y de gigantesco. En la actualidad, como en los tiempos del doctor Sigerio, se trata de dar al hombre alas para penetrar en el santuario donde Dios se oculta a nuestras miradas.

Esta digresión era necesaria para comprender la escena a la que el anciano y el joven salidos del Terreno Notre-Dame iban a asistir, pues defenderá de todo reproche a este estudio, que algunas personas de juicio osado podrían suponer embustero y tacharlo de hiperbólico.

El doctor Sigerio era de alta estatura y estaba en todo el vigor de la edad. Salvado del olvido por los fastos universitarios, su figura ofrecía sorprendentes analogías con la de Mirabeau. Estaba marcada con el sello de una elocuencia impetuosa, animada, terrible. El doctor tenía en la frente los signos de una creencia religiosa y de una ardiente fe de las que careció su sosias. Su voz poseía además una dulzura persuasiva,

un timbre brillante y halagüeño.

En aquel momento, la luz que las ventanas de pequeñas vidrieras emplomadas difundían con parsimonia, coloreaba aquella asamblea con tintes caprichosos creando acá y allá vigorosos contrastes por la mezcla de la luz y las tinieblas. Aquí, unos ojos brillaban en rincones oscuros; allá, negras cabelleras, acariciadas por rayos, parecían luminosas encima de algunos rostros sepultados en la sombra; luego, varios cráneos calvos, que conservaban un escaso cinturón de cabellos blancos, aparecían por encima de la multitud como almenas argentadas por la luna. Todas las cabezas, vueltas hacia el doctor, permanecían mudas, impacientes. Las voces monótonas de otros profesores, cuyas escuelas eran contiguas, resonaban en la calle silenciosa como el murmullo de las olas del mar. El paso de los dos desconocidos que llegaron en ese momento atrajo la atención general. El doctor Sigerio, dispuesto a tomar la palabra, vio al majestuoso anciano de pie, le buscó un sitio con la mirada y, al no encontrarlo, tan grande era la muchedumbre, bajó, fue hacia él con aire respetuoso y le hizo sentarse en la escalera de la cátedra prestándole su escabel. La asamblea acogió aquel favor con un largo murmullo de aprobación, reconociendo en el anciano al héroe de una admirable tesis recientemente sostenida en la Sorbona. El desconocido dirigió al auditorio, al que desde allí dominaba, esa profunda mirada que contaba todo un poema de desdichas, y a los que alcanzó experimentaron indefinibles estremecimientos. El joven que seguía al anciano se sentó en uno de los escalones y se apoyó contra la cátedra, en una postura encantadora de gracia y de tristeza. El silencio se hizo profundo, el dintel de la puerta, la calle misma fueron obstruidos en pocos instantes por una multitud de escolares que desertaron de las otras clases.

El doctor Sigerio debía resumir, en un último discurso, las teorías que había expuesto sobre la resurrección, sobre el cielo y el infierno, en sus lecciones precedentes. Su curiosa doctrina respondía a las simpatías de la época, y satisfacía aquellos deseos inmoderados por lo maravilloso que atormentan a los hombres en cualquier época del mundo. Ese esfuerzo del hombre por captar un infinito que sin cesar escapa de sus débiles manos, ese último asalto del pensamiento contra sí mismo, era una obra digna de una asamblea en la que brillaban entonces todas las luces de aquel siglo, donde quizá centelleaba la más vasta de las imaginaciones humanas. En primer lugar, el doctor se limitó a recordar, en un tono dulce y sin énfasis, los principales puntos anteriormente establecidos.

«Ninguna inteligencia era igual a otra. ¿Tenía derecho el hombre a pedir cuentas a su creador por la desigualdad de las fuerzas morales dadas a cada uno? Sin querer descifrar de golpe los designios de Dios, ¿no debía reconocerse de hecho que, a consecuencia de sus diferencias generales, las inteligencias se dividían en grandes esferas? Desde la esfera donde brillaba la menor inteligencia hasta la más translúcida donde las almas percibían el camino para ir a Dios, ¿no existía una gradación real de la espiritualidad? Los espíritus que pertenecen a una misma esfera, ¿no se entendían fraternalmente, en alma, en carne, en pensamiento, en sentimiento?».

Aquí, el doctor desarrollaba maravillosas teorías relativas a las simpatías. Explicaba en un lenguaje bíblico los fenómenos del amor, las repulsiones instintivas, las intensas atracciones que desconocen las leyes del espacio, las cohesiones repentinas de almas que parecen reconocerse. En cuanto a los diversos grados de fuerza de que eran susceptibles nuestros afectos, los resolvía por el lugar más o menos cercano al centro que los seres ocupaban en sus respectivos círculos. Revelaba matemáticamente un gran pensamiento de Dios en la coordinación de las distintas esferas humanas. Por el hombre, según decía, esas esferas creaban un mundo intermedio entre la inteligencia del bruto y la inteligencia de los ángeles. Según él, la palabra *divina* alimentaba la palabra *espiritual*, la palabra *espiritual* alimentaba la palabra *animada*, la palabra *animada* alimentaba la palabra *animal*, la palabra *animal* alimentaba la palabra *vegetal*, y la palabra *vegetal* expresaba la vida de la palabra *estéril*. Las sucesivas transformaciones de crisálida que Dios imponía así a nuestras almas, y esa especie de vida infusoria que, de una zona a la otra, se comunicaba cada vez más viva, más espiritual, más clarividente, desarrollaban de forma confusa, pero bastante maravillosa quizá para sus inexpertos oyentes, el movimiento que el Altísimo imprime a la Naturaleza. Ayudado por numerosos pasajes tomados de los libros sagrados, y de los que se servía para comentarse a sí mismo, para expresar mediante imágenes sensibles los razonamientos abstractos que le faltaban, agitaba el espíritu de Dios como una antorcha a través de las profundidades de la creación, con una elocuencia que le era propia y cuyos acentos solicitaban la convicción de su auditorio. Desarrollando aquel misterioso sistema en todas sus consecuencias, daba la clave de todos los símbolos, justificaba las vocaciones, los dones particulares, el genio, el talento humano. Convertido de pronto en fisiólogo por instinto, daba cuenta de las semejanzas animales inscritas en los rostros humanos por analogías primordiales y por el movimiento ascendente de la creación. Os hacía asistir al juego de la naturaleza, asignaba una misión, un futuro a los minerales, a la planta, al animal. Con la Biblia en la mano, después de haber espiritualizado la Materia y materializado el Espíritu, después de haber hecho entrar la voluntad de Dios en todo, e impreso el respeto por sus menores obras, admitía la posibilidad de llegar por la fe de una esfera a otra.

Tal fue la primera parte de su discurso, en el que con hábiles digresiones aplicó las doctrinas al sistema del feudalismo. La poesía religiosa y profana, la elocuencia abrupta de la época disponían de un amplio circuito en aquella inmensa teoría, adonde iban a fundirse todos los sistemas filosóficos de la antigüedad, pero de donde el doctor los hacía salir aclarados, purificados, cambiados. Los falsos dogmas de los dos principios[20] y los del panteísmo caían bajo su palabra que proclamaba la unidad divina, dejando a Dios y a sus ángeles el conocimiento de los fines cuyos medios se revelaban tan magníficos a los ojos del hombre. Armado de las demostraciones con las que explicaba el mundo material, el doctor Sigerio construía un mundo espiritual cuyas esferas gradualmente elevadas nos separaban de Dios, como la planta estaba

alejada de nosotros por una infinidad de círculos que franquear. Poblaba el cielo, las estrellas, los astros, el sol. En nombre de san Pablo investía a los hombres con un nuevo poder, les estaba permitido subir de mundo en mundo hasta las fuentes de la vida eterna. La escala mística de Jacob era a un tiempo la fórmula religiosa de ese secreto divino y la prueba tradicional del hecho. Viajaba por los espacios arrastrando a las almas apasionadas en las alas de su palabra, y haciendo sentir el infinito a sus oyentes, sumiéndolos en el océano celeste. El doctor explicaba así lógicamente el infierno por otros círculos dispuestos en orden inverso a las esferas brillantes que aspiraban a Dios, donde el sufrimiento y las tinieblas reemplazaban la luz y el espíritu. Las torturas se comprendían tan bien como las delicias. Los términos de comparación existían en las transiciones de la vida humana, en sus diversas esferas de dolor y de inteligencia. Así, las fabulaciones más extraordinarias del infierno y del purgatorio quedaban realizadas de forma natural. Deducía admirablemente las razones fundamentales de nuestras virtudes. El hombre piadoso, caminando en la pobreza, orgulloso de su conciencia, siempre en paz consigo mismo, y persistiendo en no mentirse en su corazón a pesar de los espectáculos del vicio triunfante, era un ángel castigado, caído, que recordaba su origen, presentía su recompensa, realizaba su tarea y obedecía a su bella misión. Las sublimes resignaciones del cristianismo aparecían entonces en toda su gloria. Ponía a los mártires sobre las hogueras ardientes, y los despojaba casi de sus méritos al despojarles de sus sufrimientos. Mostraba el ángel *interior* en los cielos, mientras que el hombre *exterior* terminaba destrozado por el hierro de los verdugos. Describía, hacía reconocibles, por ciertos signos celestes, a los ángeles entre los hombres. Llegaba entonces a arrancar de las entrañas del entendimiento el verdadero sentido de la palabra *caída*, que se encuentra en todas las lenguas. Reivindicaba las tradiciones más fértiles a fin de demostrar la verdad de nuestro origen. Explicaba con lucidez la pasión que tienen los hombres por elevarse, por ascender, ambición instintiva, revelación perpetua de nuestro destino. Con una mirada, hacía abarcar el universo entero, y describía la sustancia de Dios mismo, fluyendo sin límites como un río inmenso, del centro a los extremos, de los extremos hacia el centro. La naturaleza era una y compacta. En la obra en apariencia más insignificante, igual que en la más vasta, todo obedecía a esa ley. Cada creación reproducía en pequeño una imagen exacta, sea la savia de la planta, sea la sangre del hombre, sea el curso de los astros. Amontonaba una prueba tras otra, y siempre configuraba su pensamiento mediante un cuadro melodioso de poesía. Caminaba, además, osadamente al encuentro de las objeciones. Así, él mismo fulminaba bajo una elocuente interrogación los monumentos de nuestras ciencias y las superfetaciones humanas en cuya construcción las sociedades empleaban los elementos del mundo terrestre. Preguntaba si nuestras guerras, si nuestras desgracias, si nuestras depravaciones impedían el gran movimiento impreso por Dios a todos los mundos. Hacía reírse de la impotencia humana mostrando nuestros esfuerzos borrados en todas partes. Evocaba los manes de Tiro, de Cartago, de Babilonia;

ordenaba que Babel, que Jerusalén compareciesen; buscaba, sin encontrarlos, los surcos efímeros del arado civilizador. La humanidad flotaba sobre el mundo como una nave cuya estela desaparece bajo el nivel asible del océano.

Tales eran las ideas fundamentales del discurso pronunciado por el doctor Sigerio, ideas que envolvió en el lenguaje místico y en el extraño latín empleado en esa época. Las Escrituras, de las que había hecho un estudio particular, le proporcionaban las armas con las que se presentaba ante su siglo para acelerar su marcha. Cubría como con un manto su audacia bajo un gran saber, y su filosofía bajo la santidad de sus costumbres. En aquel momento, tras haber puesto a su audiencia cara a cara con Dios, después de haber hecho caber el mundo en un pensamiento y desvelado casi el pensamiento del mundo, contempló a su auditorio silencioso, palpitante, e interrogó al extranjero con una mirada. Aguijoneado sin duda por la presencia de aquel ser singular, añadió las siguientes palabras, despojadas aquí de la latinidad corrompida de la Edad Media.

—¿De dónde creéis que pueda el hombre sacar estas verdades fecundas si no es del seno de Dios mismo? ¿Qué soy yo? El débil traductor de una sola línea legada por el más poderoso de los apóstoles, una sola línea entre mil igualmente brillantes de luz. Antes que todos nosotros san Pablo había dicho: *ln Deo vivimos, movemur et sumus* («Vivimos, somos, nos movemos en Dios mismo»). Hoy, menos creyentes y más sabios, o menos instruidos y más incrédulos, preguntaríamos al apóstol: ¿para qué sirve este movimiento perpetuo? ¿Adónde va esta vida distribuida por zonas? ¿Por qué esa inteligencia que comienza por las percepciones confusas del mármol y llega, de esfera en esfera, hasta el hombre, hasta el ángel, hasta Dios? ¿Dónde está la fuente, dónde está el mar? ¿Si la vida, llegada a Dios a través de los mundos y las estrellas, a través de la materia y del espíritu, desciende de nuevo hacia otra meta? Vosotros querríais ver el universo por los dos lados. Adoraríais al soberano a condición de sentaros un momento en su trono. ¡Qué insensatos somos! Negamos a los animales más inteligentes el don de comprender nuestros pensamientos y el objetivo de nuestras acciones, no tenemos piedad para las criaturas de las esferas inferiores, las expulsamos de nuestro mundo, les negamos la facultad de adivinar el pensamiento humano, ¡y querríamos conocer la más elevada de todas las ideas, la idea de la idea! Pues bien, ¡id, marchad, ascended mediante la fe de globo en globo, volad en los espacios! El pensamiento, el amor y la fe son sus claves misteriosas. ¡Atravesad los círculos, llegad al trono! Dios es más clemente de lo que sois vosotros, ha abierto su templo a todas sus creaciones. ¡Pero no olvidéis el ejemplo de Moisés! Descalzaos para entrar en el santuario, despojaos de toda mancilla, dejad completamente vuestro cuerpo, de otro modo seríais consumidos, porque Dios… ¡Dios es la luz!».

En el momento en que el doctor Sigerio, con el rostro encendido y la mano alzada, pronunciaba estas grandes palabras, un rayo de sol penetró por un ventanal abierto e hizo brotar como por arte de magia una fuente brillante, una larga y

triangular banda de oro que revistió a la asamblea como con un echarpe. Todas las manos aplaudieron, pues los asistentes aceptaron aquel efecto del sol poniente como un milagro. Se alzó un grito unánime: *Vivat!, vivat!* El cielo mismo parecía aplaudir. Godefroid, sobrecogido de respeto, miraba sucesivamente al anciano y al doctor Sigerio que se hablaban en voz baja.

—¡Gloria al maestro! –decía el extranjero.

—¿Qué es una gloria pasajera? –respondía Sigerio.

—Quisiera eternizar mi gratitud replicó el anciano.

—Pues bien, ¿por qué no me escribís unas líneas? –respondió el doctor–, eso sería darme la inmortalidad humana.

—¿Eh!, ¿se puede dar lo que no se tiene? –exclamó el desconocido[21].

Acompañados por la multitud que, semejante a cortesanos alrededor de sus reyes, se agolpaba a su paso dejando entre ella y estos tres personajes una respetuosa distancia, Godefroid, el anciano y Sigerio se dirigieron hacia la fangosa orilla donde en aquel tiempo aún no había casas, y donde el barquero los aguardaba. El doctor y el extranjero no se hablaban ni en latín ni en lengua gala, hablaban gravemente un lenguaje desconocido. Sus manos se dirigían sucesivamente a los cielos y a la tierra. Más de una vez, Sigerio, a quien eran familiares las revueltas de la orilla, guiaba con un cuidado especial al anciano hacia las estrechas tablas echadas como puentes sobre el barro; la asamblea los observaba con curiosidad, y algunos escolares envidiaban el privilegio del muchacho que seguía a aquellos dos soberanos de la palabra. Finalmente el doctor se despidió del anciano y vio partir la embarcación del barquero.

En el momento en que la barca flotó sobre la vasta extensión del Sena imprimiendo sus sacudidas al alma, el sol, semejante a un incendio que se avivase en el horizonte, traspasó las nubes, derramó sobre los campos torrentes de luz, coloreó con sus tonos rojos, con sus reflejos pardos, tanto las cimas de las pizarras como los techos de bálago, rodeó de fuego las torres de Felipe Augusto, inundó los cielos, tiñó las aguas, hizo resplandecer las hierbas, despertó a los insectos medio dormidos. Aquel largo chorro de luz abrasó las nubes. Era como el último verso del himno cotidiano. Todo corazón debía estremecerse, entonces la naturaleza fue sublime. Después de haber contemplado aquel espectáculo, el extranjero sintió que sus párpados se humedecían con la más débil de todas las lágrimas humanas. Godefroid también lloraba, su mano palpitante encontró la del anciano, que se volvió y le dejó ver su emoción; pero, para salvar sin duda su dignidad de hombre que creyó comprometida, le dijo con una voz profunda:

—¡Lloro por mi país, estoy desterrado! Joven, a esta misma hora dejé mi patria. Pero allí, a esta hora, las luciérnagas salen de sus frágiles moradas, y se cuelgan como otros tantos diamantes en las ramas de los gladiolos. A esta hora, la brisa, dulce como la más dulce poesía, se eleva en un valle empapado de luz, exhalando suaves perfumes. En el horizonte yo veía una ciudad de oro, semejante a la *Jerusalén* celeste, una ciudad cuyo nombre no debe salir de mi boca. Allí también serpentea un ría. Esa

ciudad y sus monumentos, ese rio cuyas deliciosas perspectivas, cuyas capas de agua azulada se confundían, se juntaban, se separaban, lucha armoniosa que alegraba mi vista y me inspiraba el amor, ¿dónde están? A esta hora, las ondas tomaban bajo el cielo del poniente tintes fantásticos, y representaban caprichosos cuadros. Las estrellas destilaban una luz suave, la luna tendía por todas partes sus graciosas trampas, daba otra vida a los árboles, a los colores, a las formas, diversificaba las aguas brillantes, las colinas mudas, los edificios elocuentes. La ciudad hablaba, centelleaba: ¡me llamaba! Columnas de humo se elevaban junto a columnas antiguas cuyos mármoles resplandecían de blancura en el seno de la noche; las líneas del horizonte todavía se perfilaban a través de los vapores del atardecer, todo era armonía y misterio. La naturaleza no me decía adiós, quería conservarme. ¡Ah!, aquello lo era todo para mí: ¡mi madre y mi hijo, mi esposa y mi gloria! Las campanas mismas lloraban entonces mi proscripción. ¡Oh tierra maravillosa, tan bella como el cielo! Desde esa hora he tenido el universo por mazmorra. Mi querida patria, ¿por qué me has proscrito? —Pero ¡triunfaré! –exclamó lanzando esta palabra con tal acento de convicción y con un timbre tan sonoro que el batelero se estremeció creyendo oír el sonido de una trompeta.

El anciano estaba de pie, en actitud profética, y miraba al espacio hacia el sur, indicando su patria a través de las regiones del cielo. La palidez ascética de su rostro había dejado paso al color encendido del triunfo, sus ojos centelleaban, estaba sublime como un león erizando su melena.

—Y tú, pobre niño –continuó mirando a Godefroid, cuyas mejillas estaban bordeadas por un rosario de gotas brillantes–, ¿has estudiado como yo la vida en páginas ensangrentadas? ¿Por qué llorar? ¿Qué puedes añorar a tu edad?

—¡Ay! –dijo Godefroid–, añoro una patria más bella que todas las patrias de la tierra, una patria que no he visto y de la que tengo recuerdo. ¡Oh!, si pudiera hender los espacios volando, iría…

—¿Adónde? –dijo el proscrito.

—A lo alto –respondió el muchacho.

Al oír esa respuesta, el extranjero se estremeció, clavó su firme mirada en el joven y lo hizo callarse. Ambos se hablaron mediante una inexplicable efusión del alma escuchando sus deseos en el seno de un fecundo silencio, y viajaron fraternalmente como dos palomas que recorren los cielos con una misma ala, hasta el momento en que la barca, al tocar la arena del Terreno, los sacó de su profundo ensueño. Los dos, sumidos en sus pensamientos, caminaron en silencio hacia la casa del alguacil.

«O sea que este pobre pequeño –se decía a sí mismo el extranjero de más edad– se cree un ángel desterrado del ciclo. ¿Y quién entre nosotros tendría derecho a desengañarlo? ¿Seré yo? Yo, que con tanta frecuencia soy elevado por un poder mágico lejos de la tierra; yo, que pertenezco a Dios; yo, que para mí mismo soy un misterio. ¿No he visto acaso al más bello de los ángeles viviendo en este barro? Este

niño, ¿es acaso más o menos insensato que yo? ¿Ha dado un paso más audaz en la fe? Él cree, y su creencia le llevará sin duda por algún sendero luminoso semejante a aquel por el que yo camino. Pero, aunque es bello como un ángel, ¿no es demasiado débil para resistir tan rudos combates?».

Intimidado por la presencia de su compañero, cuya fulminante voz le expresaba sus propios pensamientos como el relámpago manifiesta las voluntades del cielo, el muchacho se contentaba con mirar las estrellas con ojos de amante. Abrumado por un lujo de sensibilidad que le oprimía el corazón, estaba allí, débil y temeroso, como un pabilo inundado de sol. La voz de Sigerio había revelado a ambos los misterios del mundo moral; el anciano debía revestirlos de gloria; el muchacho los sentía dentro de sí sin poder expresarlos; los tres expresaban mediante imágenes vivientes la Ciencia, la Poesía y el Sentimiento.

Al volver a la casa, el extranjero se encerró en su habitación, encendió su lámpara inspiradora y se entregó al terrible demonio del trabajo, pidiendo palabras al silencio, ideas a la noche. Godefroid se sentó en el alféizar de la ventana, miró sucesivamente los reflejos de la luna en las aguas, estudió los misterios del cielo. Entregado a uno de esos éxtasis que le eran familiares, viajó de esfera en esfera, de visiones en visiones, escuchando y creyendo oír sordos temblores y voces de ángeles, viendo o creyendo ver sus fulgores divinos en cuyo seno se perdía, tratando de llegar al punto alejado, fuente de toda luz, principio de toda armonía. No tardó en sosegarse el gran clamor de París propagado por las aguas del Sena, las luces se apagaron una a una en lo alto de las casas, el silencio reinó en toda su extensión y la vasta ciudad se durmió como un gigante fatigado. Sonó medianoche. El más leve ruido, la caida de una hoja o el vuelo de una chova cambiando de sitio en las cimas de Notre-Dame hubieran convocado el espíritu del extranjero a la tierra, hubieran hecho abandonar al muchacho las alturas celestiales hacia las que su alma había ascendido en las alas del éxtasis. En aquel momento, el anciano oyó horrorizado en la habitación contigua un gemido que se confundió con la caída de un cuerpo pesado que el oído experimentado del desterrado reconoció como el de un cadáver. Salió deprisa, entró en la habitación de Godefroid, lo vio yacente como una masa informe, distinguió una larga cuerda apretada alrededor de su cuello y que serpenteaba en el suelo. Cuando lo hubo desatado, el muchacho abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? –preguntó con expresión de placer.

—En vuestra casa –dijo el anciano mirando lleno de sorpresa el cuello de Godefroid, y el clavo al que había estado atada la cuerda, y que todavía se encontraba en su extremo.

—En el cielo –respondió el muchacho con una voz deliciosa.

—¡No, en la tierra! –replicó el anciano.

Godefroid caminó por el cinturón de luz trazado por la luna a través del cuarto cuya vidriera estaba abierta, volvió a ver el tembloroso Sena, los sauces y las hierbas del Terreno. Una atmósfera nubosa se alzaba por encima de las aguas como un dosel

de humo. Ante aquel espectáculo para él desolador, cruzó las manos sobre el pecho y adoptó una actitud desesperada; el anciano se acercó a él, con el asombro reflejado en su rostro.

—¿Habéis querido mataros? –le preguntó.

—Sí –respondió Godefroid dejando que el extranjero le pasase varias veces las manos por el cuello para examinar el lugar donde se habían concentrado los efectos de la cuerda.

A pesar de ligeras contusiones, el joven había debido de sufrir poco. El viejo supuso que el clavo había cedido muy pronto al peso del cuerpo, y que aquel fatal intento había concluido con una caída sin peligro.

—¿Por qué, querido niño, habéis intentado morir?

—¡Ay! –respondió Godefroid, sin poder retener ya las lágrimas que rodaban de sus ojos–, ¡he oído la voz de lo alto! ¡Me llamaba por mi nombre! Antes nunca me había llamado por mi nombre; pero esta vez me invitaba al cielo. ¡Oh, cuán dulce es esa voz! —Como no podía lanzarme a los cielos –añadió con un gesto ingenuo–, he tomado para ir a Dios la única ruta que tenemos.

—¡Oh, niño, sublime niño! –exclamó el anciano abrazando a Godefroid y estrechándolo con entusiasmo contra su corazón–. Tú eres poeta, tú sabes montar intrépidamente sobre el huracán. Tus vivos, tus ardientes pensamientos, tus creaciones marchan y crecen en tu alma. Vamos, no entregues tus ideas al vulgo. ¡Sé el altar, la víctima y el sacerdote todo junto! Tú conoces los cielos, ¿verdad? Tú has visto esas miríadas de ángeles de blancas plumas, de sistros de oro que tienden con vuelo uniforme hacia el trono, y has admirado a menudo sus alas que, bajo la voz de Dios, se agitan como las matas armoniosas de los bosques bajo la tempestad. ¡Oh, cuán bello es el espacio sin límites! Dímelo.

El anciano estrechó convulsivamente la mano de Godefroid y ambos contemplaron el firmamento cuyas estrellas parecían derramar dulces poesías que ellos oían.

—¡Oh!, ver a Dios –exclamó dulcemente Godefroid.

—¡Niño! –dijo de pronto el extranjero con voz severa–, ¿has olvidado tan pronto las enseñanzas sagradas de nuestro buen maestro Sigerio? Para volver, tú a tu patria celestial, y yo a mi patria terrestre, ¿no debemos obedecer la voz de Dios? Marchemos resignados por los rudos caminos donde su poderoso dedo ha marcado nuestra ruta. ¿No tiemblas ante el peligro al que te has expuesto? Ido sin que se te ordenase, tras decir: *¡Aquí estoy!*, antes de tiempo, ¿no habrías caído en un mundo inferior a aquel en el que tu alma revolotea hoy? Pobre querubín extraviado, ¿no deberías bendecir a Dios por haberte hecho vivir en una esfera en la que solo oyes acordes celestiales? ¿No eres puro como un diamante, bello como una flor? ¡Ay, si como yo solo conocieses la ciudad de los dolores[22]! De pasear por ella, tengo desgastado el corazón. ¡Oh!, hurgar en las tumbas para pedirles horribles secretos; enjugar unas manos sedientas de sangre, contarlas durante todas las noches,

contemplarlas alzadas hacia mí implorando un perdón que no puedo conceder; estudiar las convulsiones del asesino y los últimos gritos de su víctima; escuchar ruidos espantosos y horribles silencios; el silencio de un padre devorando a sus hijos muertos; interrogar la risa de los condenados, buscar algunas formas humanas entre las masas descoloridas que el crimen ha derribado y retorcido; aprender palabras que los hombres vivos no oyen sin morir; evocar siempre a los muertos para interpretarlos siempre y juzgarlos, ¿es esto una vida?

—¡Deteneos! –exclamó Godefroid–, no puedo miraros ni seguir escuchándoos. Mi razón se extravía, mi vista se nubla. Encendéis en mí un fuego que me devora.

—Sin embargo debo continuar-prosiguió el anciano agitando su mano con un movimiento extraordinario que produjo en el joven el efecto de un hechizo.

Durante un momento, el extranjero clavó en Godefroid sus grandes ojos apagados y abatidos; luego, extendió el dedo hacia el suelo: entonces hubierais creído ver un abismo entreabriéndose a su orden. Permaneció de pie, iluminado por los indecisos y vagos reflejos de la luna que hicieron resplandecer su frente, de la que escapó una especie de fulgor solar. Si, al principio, una expresión casi desdeñosa se perdió en los sombríos pliegues de su rostro, no tardó en adquirir su mirada esa fijeza que parece indicar la presencia de un objeto invisible a los órganos ordinarios de la vista. Cierto, sus ojos contemplaron entonces los lejanos cuadros que nos guarda la tumba. Tal vez nunca tuvo aquel hombre una apariencia tan grandiosa. Una lucha terrible trastornó su alma, vino a reaccionar sobre una forma exterior, y, por más poderoso que pareciera ser, se dobló como una hierba que se curva bajo la brisa mensajera de las tormentas. Godefroid permaneció en silencio, inmóvil, hechizado; una fuerza inexplicable lo clavó al suelo; y, como cuando nuestra atención nos arranca de nosotros mismos en el espectáculo de un incendio o de una batalla, dejó de sentir su propio cuerpo.

—¿Quieres que te diga el destino hacia el que caminabas, pobre ángel de amor? ¡Escucha! Me ha sido dado ver los espacios inmensos, los abismos sin fin donde van a sepultarse las creaciones humanas, ese mar sin orillas por donde corre nuestro gran río de hombres y de ángeles. Recorriendo las regiones de los eternos suplicios, me preservaba de la muerte el manto de un Inmortal, ese ropaje de gloria debido al genio y que se pasan los siglos de uno a otro, ¡me preservaba a mí, un ser insignificante! Cuando iba por los campos de luz donde se agolpan los afortunados, el amor de una mujer, las alas de un ángel me sostenían; llevado en su corazón, podía saborear esos placeres inefables cuyo abrazo es más peligroso para nosotros los mortales de lo que son las angustias del mundo del mal. Al hacer mi peregrinación a través de las sombrías regiones de abajo, había llegado de dolor en dolor, de crimen en crimen, de castigos en castigos, de silencios atroces en gritos desgarradores, al abismo superior a los círculos del Infierno. Ya veía a lo lejos la claridad del Paraíso que brillaba a una distancia enorme, estaba en la noche, pero en los límites del día. Yo volaba, llevado por mi guía[23], arrastrado por un poder semejante al que nos arrastra durante nuestros

sueños a las esferas invisibles a los ojos del cuerpo. La aureola que ceñía nuestras frentes hacía huir las sombras a nuestro paso, como un polvo impalpable. Lejos de nosotros, los soles de todos los universos apenas arrojaban el débil resplandor de las luciérnagas de mi país. Iba a alcanzar los campos del aire donde, hacia el paraíso, las masas de luz se multiplican, donde se hiende fácilmente el azul, donde los innumerables mundos brotan como flores en un prado. Allí, en la última línea circular que aún pertenece a los fantasmas que dejaba detrás de mí como penas que se quieren olvidar, vi una gran sombra. De pie y en una actitud apasionada, aquella alma devoraba los espacios de la mirada, sus pies seguían sujetos por el poder de Dios al último punto de aquella línea donde ella realizaba sin cesar la penosa tensión por la que proyectamos nuestras fuerzas cuando queremos tomar impulso, como pájaros dispuestos a levantar el vuelo. Reconocí a un hombre, nos miró, no nos oyó; todos sus músculos temblaban y jadeaban; por cada partícula de tiempo, parecía sentir sin dar un solo paso la fatiga de atravesar el infinito que lo separaba del Paraíso, donde su vista se sumergía sin cesar, donde él creía vislumbrar una imagen querida. Tanto en la última puerta del Infierno como en la primera, leí una expresión de desesperación en la esperanza. El desdichado estaba tan terriblemente aplastado por no sé qué fuerza que su dolor pasó a mis huesos y me heló. Me refugié en mi guía, cuya protección me devolvió a la paz y al silencio. Como la madre cuyos penetrantes ojos ven al milano en los aires o lo adivina en ellos, la sombra lanzó un grito de alegría. Miramos hacia donde él miraba, y vimos una especie de zafiro que flotaba por encima de nuestras cabezas en los abismos de luz. Aquella deslumbrante estrella descendía con la rapidez de un rayo de sol cuando aparece por la mañana en el horizonte y sus primeras claridades se deslizan furtivamente sobre nuestra tierra. El ESPLENDOR se volvió nítido, creció; pronto distinguí la nube gloriosa en cuyo seno van los ángeles, especie de humareda brillante emanada de su divina sustancia, y que aquí y allá chisporrotea con lenguas de fuego. Una noble cabeza, cuyo brillo es imposible soportar sin estar revestido del manto, el laurel y la palma, atributo de las Potestades, se alzaba por encima de aquella nube tan blanca, tan pura como la nieve. ¡Era una luz en la luz! Al estremecerse, sus alas sembraban resplandecientes oscilaciones en las esferas por las que pasaba, como pasa la mirada de Dios a través de los mundos. ¡Al fin vi al arcángel en su gloria! La flor de eterna belleza que adorna a los ángeles del Espíritu brillaba en él. Sujetaba en la mano una palma verde, y en la otra una espada flamígera; la palma, para adornar a la sombra perdonada; la espada, para hacer retroceder al Infierno entero con un solo gesto. Al acercarse, sentimos los perfumes del cielo que cayeron como rocío. En la región donde permaneció el Ángel, el aire tomó el color de los ópalos y se agitó con ondulaciones cuyo origen procedía de él. Llegó, miró la sombra, le dijo: «¡Hasta mañana!». Luego se volvió hacia el cielo con un movimiento lleno de gracia, extendió sus alas, franqueó las esferas como un navío hiende las ondas dejando ver apenas sus blancas velas a los exiliados abandonados en alguna playa desierta. La sombra lanzó horribles

gritos a los que respondieron los condenados desde el círculo más profundamente hundido en la inmensidad de los mundos de dolor hasta aquel más apacible en cuya superficie estábamos. La más desgarradora de todas las angustias había hecho un llamamiento a todas las demás. El clamor se incrementaba con rugidos de un mar de fuego que servía como de base a la terrible armonía de los innumerables millones de almas sufrientes. Luego, de repente, la sombra echó a volar a través de la *ciudad doliente* y descendió de su lugar hasta el fondo mismo del Infierno; remontó de forma súbita, volvió, se sumergió de nuevo en los círculos infinitos, los recorrió en todos los sentidos, semejante a un buitre que, encerrado por primera vez en una pajarera, se agota en esfuerzos superfluos. La sombra tenía derecho a vagar así, y podía atravesar las zonas del Infierno, glaciales, fétidas, ardientes, sin participar en sus sufrimientos; se deslizaba en aquella inmensidad como un rayo de sol se abre paso en el seno de la oscuridad. «Dios no le ha infligido ningún castigo –me dijo el maestro–; pero ninguna de estas almas cuyas torturas has contemplado sucesivamente querría cambiar su suplicio por la esperanza bajo la que esa alma sucumbe». En aquel momento, la sombra volvió cerca de nosotros, traída por una fuerza invisible que la condenaba a languidecer en el borde de los infiernos. Mi divino guía, que descifró mi curiosidad, tocó con su ramo al desgraciado tal vez ocupado en medir el siglo de sufrimiento que había entre aquel momento y aquel mañana siempre fugitivo. La sombra se estremeció y nos lanzó una mirada llena de todas las lágrimas que ya había derramado. «¿Queréis conocer mi infortunio? –dijo con voz triste–. ¡Oh!, me gusta contarlo. Yo estoy aquí, Teresa allá arriba, eso es todo. En tierra, éramos felices, siempre estábamos unidos. Cuando vi por primera vez a mi querida Teresa Donati, ella tenía diez años. Nos amamos entonces, sin saber lo que era el amor. Nuestra vida fue una misma vida: yo palidecía con su palidez, era feliz con su alegría; juntos, nos entregamos al encanto de pensar, de sentir, y conocimos el amor el uno por el otro. Nos casamos en Cremona, nunca conocimos nuestros labios sino adornados por las perlas de la sonrisa, nuestros ojos siempre irradiaron; nuestras cabelleras no se separaron más que nuestros anhelos; nuestras dos cabezas siempre se confundían cuando leíamos, siempre nuestros pasos se unían cuando caminábamos. La vida fue un largo beso, nuestra casa fue un lecho. Un día Teresa palideció y me dijo por primera vez: “¡Sufro!”. ¡Y yo no sufría! Ella no volvió a levantarse. Vi, sin morir, alterarse sus bellos rasgos, y apesadumbrarse sus cabellos de oro. Ella sonreía para ocultarme sus dolores, pero yo los leía en el azul de sus ojos cuyos menores temblores sabía interpretar. Me decía: “¡Honorino, te amo!” en el momento en que sus labios se pusieron lívidos; en fin, ella aún estrechaba mi mano entre las suyas cuando la muerte las heló. Me di la muerte al punto para que ella no se acostase sola en el lecho sepulcral, bajo su sábana de mármol. Teresa está allá arriba, yo estoy aquí. Quería no abandonarla, Dios nos separó; ¿por qué, pues, habernos unido en la tierra? Él es celoso. El Paraíso ha sido sin duda mucho más bello desde el día en que Teresa subió a él. ¿La veis? Está triste en su felicidad, ¡está sin mí! El Paraíso debe de estar

muy desierto para ella». «Maestro –dije yo llorando, porque pensaba en mis amores–, en el momento en que este desee el Paraíso solamente por Dios, ¿no será liberado?». El padre de la poesía inclinó suavemente la cabeza en señal de asentimiento. Nos alejamos hendiendo los aires, sin hacer más ruido que los pájaros que pasan a veces sobre nuestras cabezas cuando estamos echados a la sombra de un árbol. Habríamos intentado inútilmente impedir al infortunado blasfemar así. Una de las desgracias de los ángeles de las tinieblas es no ver nunca la luz, incluso cuando están rodeados de ella. Aquel no habría comprendido nuestras palabras.

En aquel momento, el paso rápido de varios caballos resonó en medio del silencio, ladró el perro, la voz gruñona del alguacil le respondió; unos jinetes se apearon, llamaron a la puerta, y de pronto el ruido se alzó con la violencia de una detonación inesperada. Los dos proscritos, los dos poetas, cayeron a tierra desde toda la altura que nos separa de los cielos. El doloroso golpe de aquella caída corrió como otra sangre por sus venas, pero silbando, haciendo rodar por ellas puntas aceradas y lacerantes. Para ellos, el dolor fue en cierta forma una conmoción eléctrica. El pesado y sonoro paso de un hombre armado, cuyas espada, coraza y espuelas producían un ruido ferruginoso, resonó en la escalera; luego no tardó en aparecer un soldado ante el extranjero sorprendido.

—Podemos regresar a Florencia –dijo este hombre, cuya gruesa voz pareció dulce al pronunciar palabras italianas.

—¿Qué dices? –preguntó el anciano.

—Los *blancos* triunfan[24].

—¿No te engañas? –replicó el poeta.

—No, querido Dante –respondió el soldado cuya voz guerrera expresó los estremecimientos de las batallas y las alegrías de la victoria.

—¡A Florencia! ¡A Florencia! ¡Oh, mi Florencia! –exclamó vivamente DANTE ALIGHIERI, que se irguió, miró al espacio, creyó ver Italia y se volvió gigantesco.

—Y yo, ¿cuándo estaré yo en el cielo? –dijo Godefroid, que permanecía con una rodilla en tierra ante el poeta inmortal, como un ángel frente al santuario.

—¡Ven a Florencia! –le dijo Dante con voz compasiva–. ¡Vamos! Cuando veas sus amorosos paisajes desde lo alto de Fiésole, creerás en el paraíso.

El soldado sonrió. Por primera, quizá por única vez, la sombría y terrible figura de Dante respiró alegría; sus ojos y su frente expresaban las pinturas de felicidad que él ha prodigado de forma tan magnífica en su *Paraíso.* Tal vez le parecía oír la voz de Beatriz[25]. En aquel momento, el paso ligero de una mujer y el rumor de un vestido resonaron en el silencio. La aurora derramaba entonces sus primeras claridades. La bella condesa Mahaut entró y corrió hacia Godefroid.

—¡Ven niño mío, hijo mío! Ahora me está permitido confesártelo. Tu nacimiento ha sido reconocido, tus derechos están bajo la protección del rey de Francia, y encontrarás un paraíso en el corazón de tu madre.

—Reconozco la *voz* del cielo –exclamó el muchacho emocionado.

Este grito despertó a Dante, que miró al joven enlazado por los brazos de la condesa; los saludó con una mirada y dejó a su compañero de estudio sobre el seno materno.

—Partamos –exclamó con voz de trueno–. ¡Muerte a los güelfos[26]!

París, octubre de 1831.



HONORÉ DE BALZAC. Nació el 20 de mayo de 1799 en Tours (Francia). Cursó estudios en el Colegio de Vendôme y más tarde de Derecho en la Sorbona por deseo de su padre entre 1818 y 1821. Posteriormente trabajó como pasante de un notario pero lo abandonó pese a la oposición paterna para dedicarse a la escritura. Desde 1821 trabajó con Auguste Lepoitevin en el taller de escritores a destajo de éste, y donde bajo seudónimos diversos, empezó a escribir novelas comerciales. Entre 1822 y 1829 vivió en la más absoluta pobreza, mientras escribía teatro trágico y novelas melodramáticas que apenas tuvieron éxito. En 1825 probó fortuna como editor e impresor, pero se vio obligado a abandonar en 1828 al borde de la bancarrota y endeudado para el resto de su vida.

En 1829 escribió la novela *Los chuanes*, la primera que lleva su nombre, basada en la vida de los campesinos bretones y su papel en la insurrección monárquica de 1799, durante la Revolución Francesa. Trabajador infatigable, produciría cerca de 95 novelas y numerosos relatos cortos, obras de teatro y artículos de prensa en los 20 años siguientes.

En 1832 mantuvo contacto a través de cartas con una condesa polaca, Eveline Hanska, quien prometió casarse con él tras la muerte de su marido. Éste murió en 1841, pero no se casaron hasta marzo de 1850.

En 1834 concibió la idea de fundir todas sus novelas en una obra única, *La comedia humana*, que pretendía ofrecer un retrato de la sociedad francesa en todos sus aspectos, desde la Revolución hasta su época. En un primer momento quiso llamarla

Estudios de costumbres del siglo XIX, correlato social de lo que había intentado Buffon en sus estudios sobre la Naturaleza. En una introducción escrita en 1842 explicaba la filosofía de la obra, en la cual se reflejaban algunos de los puntos de vista de los escritores naturalistas Jean Baptiste de Lamarck y Étienne Geoffroy Saint-Hilaire. La obra incluiría 150 novelas, divididas en tres grupos principales: Estudios de costumbres, Estudios filosóficos y Estudios analíticos.

Entre las novelas más conocidas de la serie destacan *Papá Goriot* (1834), *Eugénie Grandet* (1833), *La prima Bette* (1846), *La búsqueda del absoluto* (1834) y *Las ilusiones perdidas* (1837-1843). Entre sus numerosas obras destacan, además de las ya citadas, las novelas *La piel de zapa* (1831), *El lirio del valle* (1835-1836), *César Birotteau* (1837), *Esplendor y miseria de las cortesanas* (1837-1843) y *El cura de Tours* (1839); los *Cuentos libertinos* (1832-1837); la obra de teatro *Vautrin* (1839); y sus célebres *Cartas a la extranjera*, que recogen la larga correspondencia que mantuvo desde 1832 con Eveline Hanska.

En abril de 1845 recibió la Legión de Honor.

Honoré de Balzac falleció el 18 de agosto de 1850. Fue enterrado en el camposanto Père Lachaise; Victor Hugo pronunció el discurso fúnebre.

NOTAS

[1] *Amusements sérieux et comiques d'un Siamois à Paris* (1699; segunda edición aumentada: 1707), que también es una de las fuentes de las *Cartas persas* (1721) de Montesquieu. <<

[2] *La Comédie humaine*, París, Furne, 1842, II, pág. 139. <<

[3] *Eugenia Grandet*, M. Armiño (trad.), Madrid, Siruela, 2010, pág. 212. <<

[4] *La Comédie humaine*, ed. cit., II, pág. 455-456. <<

[5] Casanova, *Historia de mi vida*, M. Armiño (ed.), Vilaür, Atalanta, 2009; la historia de Bcllino se concentra sobre todo en el tomo I, págs. 283-316. <<

[6] *La Comédie humaine*, ed. cit., IV, pp. 1039-1040. <<

[7] A.-M. Meininger, «André Campi, du *Centenaire* à *Une ténebreuse affaire*», *L'Année Balzacienne*, 1969. <<

[8] R. Barthes, *S/Z, Essai sur «Sarrasine» de Honoré de Balzac*, 1970. <<

[9] France Vernier, «Le Corps createur ou L’artiste contre la nature», *Romantisme*, 1996. <<

[10] André Maurois, *Prométhée ou La vie de Balzac*, 1965, pág. 90. <<

[11] P. Berthier, *La Comédie humaine*, ed. cit., VII, pág. 805. <<

[12] Las subraya Patrick Berthier en las notas a su edición citada. <<

[13] Citado por Anne-Marie Meininger, E. Texier, *Tableau de Paris*, I, pág. 322. <<

[14] Anne-Marie Maininger, en *La Comédie humaine*, ed. cit., VIII, pág. 882. <<

[15] Ibidem, págs. 826-828. <<

[16] Citado por P. Berthier, en *La Comédie humaine*, ed. cit., VIII, pág. 1216-1217. <<

[17] Recogí los más notables en *Cuentos y relatos libertinos*, Siruela, 2008; y en Mirabeau, *El libertino de calidad*, Siruela, 2014. <<

[18] Philippe Berthier, *Nouvelles*, ed. cit., pág. 131. <<

[19] Madeleine Ambrière, *La Comédie humaine*, ed. cit., X, 310. <<

[20] Moïse le Yanouanc, en *La Comédie humaine*. ed. cit., X, pág. 339. <<

[21] René Guise, en *La Comédie humaine*, ed. cit., X, págs. 393-394. <<

[22] Aparecidos en *La Silhouette* en febrero, marzo y abril de 1830. <<

[23] René Guise, *La Comédie humaine*, ed. cit., X, pág. 411 y 412. <<

[24] Unos 2000 soldados españoles que formaban parte de las fuerzas napoleónicas se pasaron a las filas rusas. <<

[25] Citado por Moïse Le Yaouanc, *La Comédie humaine*, ed. cit., X, pág. 964. <<

[26] *Eugenia Grandet*, M. Armiño (ed.), Madrid, Siruela, 2010, págs. 225-226. <<

[27] P. Citron, en *La Comédie humaine*, ed. cit., X, pág. 127. <<

[28] René Guise, *La Comédie humaine*, ed. cit., XI, págs. 518-521. <<

[1] Sophie Kozlowska (1817-1878), conocida como Sofka, hija del príncipe ruso Piotr Kozlowski (1783-1840) y de la milanesa Giovanetta Rebora; Balzac la había conocido en 1842, cuando le ayudó a preparar el estreno de su obra de teatro *Les Ressources de Quinola*, en el Odéon. La dedicatoria fue añadida en la tercera edición de las *Scènes de la vie privée* (edición Furne, 1842). <<

[2] Lámparas inventadas en 1780-1782 por el químico suizo Ami Argand (1750-1803), basadas en una mecha tubular que permite el paso de una corriente de aire al centro de la llama, además del aire que llega del exterior; en 1784, el francés Antoine Quinquet (1745-1803) comercializó el invento con su nombre (quinqué), sustituyendo la chimenea de latón por otra de cristal, que favorecía la llegada del aire. <<

[3] Pierre Prudhon (1758-1823), pintor muy apreciado por los escritores franceses de la primera mitad del siglo XIX, por su realismo convincente y la calidad de su claroscuro. <<

[4] Anne-Louis Girodet (1767-1824), pintor neoclásico francés, discípulo de David; sin dejar de lado los temas históricos y mitológicos, prefirió las escenas de género y el retrato (Chateaubriand, Napoleón). Representó sentimientos exaltados con una especie de simbolismo etéreo que contradecía la fuente neoclásica de su pintura (*Endimión,* 1792) y agradaba a los románticos. Balzac, que lo apreciaba mucho, volverá a citarlo en *Sarrasine.* <<

[5] La calle de Surène arrancaba de La Madeleine en dirección al bulevar Malesherbes. La calle de los Champs-Élysées es la actual Boissy-d'Anglais. <<

[6] Se han sugerido como posibles modelos de Schinner los nombres de los pintores Ary Scheffer (1795-1858) y Jean-Victor Schnetz (1787-1870). <<

[7] Hasta 1849, fecha en la que entra en circulación en Francia el sello de correos, era el destinatario el que pagaba el porte de la carta. <<

[8] Una variante del manuscrito muestra que Balzac piensa en Metternich y su política del mantenimiento del estatuto definido por los tratados de 1814-1815. <<

[9] El Théâtre del Gymnase, construido en 1820 en el número 38 del bulevar Bonne-Nouvelle, se especializó en comedias de bulevar, sirviendo de escena a piezas de Dumas y de Aubier. El Teatro de la Porte Saint-Martin, inaugurado en 1781 en el bulevar Saint-Martin, se destinó primero a ópera, y, a partir de 1802, a obras de gran espectáculo como comedias y ballet; hasta 1840 se centró sobre todo en los grandes textos teatrales del romanticismo; luego pasó a representar *féeries*, piezas teatrales de grandes medios. Incendiado en 1870, fue reconstruido; en él actuaron famosos actores y actrices, de Frédérick Lemaître a Sarah Bernhardt, y se estrenaron obras como *Cyrano de Bergerac*. <<

[10] Personaje creado por Balzac en su novela *César Birotteau* (1837). <<

[11] Término francés (que traduzco en adelante por leonera) derivado de los Evangelios: «Y entró otra vez en Cafarnaúm después de algunos días, y oyose que estaba en casa. Y luego se juntaron a él muchos, que ya no cabían ni aún a la puerta», Marcos, II, 1-2 (Biblia del Oso, trad. de Casiodoro de Reina). <<

[12] Jean-Baptiste Réveillon (1725-1811), propietario de la manufactura real de papeles pintados, colaboró con los hermanos Montgolfier en la realización de los primeros aeróstatos (1783). Protagonizó el conocido affaire Réveillon en abril de 1789: tras una grave crisis agrícola de varios años y un invierno muy riguroso, Réveillon propuso la rebaja del precio del pan, acompañada de una rebaja del salario de los obreros; las revueltas contra la idea estallaron el 28 de abril y se saldaron con la quema en efigie de Réveillon, el incendio de su manufactura, y más de doscientas víctimas mortales entre las clases populares, antecedente precursor de la toma de la Bastilla casi tres meses más tarde. Con la Revolución, Réveillon se refugió en Inglaterra con toda su fortuna. Sus papeles pintados ya habían pasado de moda a principios del XIX. <<

[13] Charles Lebrun (1619-1690), primer pintor de Luis XIV desde 1664, dirigió la decoración del castillo de Versalles y de la Galería de los Espejos; sus cuadros, sobre todo históricos, mitológicos o religiosos, tienen un carácter áulico, en sintonía con todas las demás artes durante ese reinado. Balzac alude a la serie de cinco cuadros sobre la *Historia de Alejandro* (Museo del Louvre), reproducidos a menudo como grabados. <<

[14] La tapicería de Aubusson, no se sabe si de origen sarraceno o flamenco, empezó a florecer en el siglo XV, pasando en 1665 a formar parte de la Manufactura Real. Su decoración inicial estaba formada por imágenes de hierba, follajes y plantas hortícolas; a partir del XVI, dibujaron escenas de caza o religiosas, para inspirarse en el XVIII en cuadros de grandes pintores (Oudry, Boucher, Watteau). Desmanteladas por la Revolución, fueron recuperándose durante el XIX, limitándose entonces a imitar la pintura. En la actualidad, su trabajo continúa con artistas contemporáneos como colaboradores, pero con respeto a la tradición. <<

[15] Louis René Quentin de Richebourg de Champcenetz (1759-1794) escribió canciones y algunos versos, pero era citado sobre todo por el ingenio de sus frases y su elegancia a la moda; algunos epigramas satíricos le valieron la cárcel. Atacó a la Revolución y colaboró con el panfletario realista Antoine Rivarol (en cuyas *Œuvres* figura esta frase) en el panfleto político contra la Asamblea Nacional de Lafayette titulado *Actes des Apôtres* (1789). Fue condenado a muerte como conspirador y guillotinado. <<

[16] El capitán Toby y su fiel servidor el cabo Trim, son personajes de *Vida y opiniones de Tristram Shandy, gentilhombre*, novela del escritor británico Laurence Sterne (1713-1768), publicada en nueve volúmenes (1760-1767). Ambos, inválidos de guerra, consagran su retiro al estudio de las fortificaciones militares. <<

[17] Jean Pierre Guérin (1774-1833), pintor neoclásico francés que trabajó sobre temas históricos y mitológicos sobre todo; en el cuadro aludido, *Eneas contando a Dido las desgracias de la ciudad de Troya* (1815, Museo del Louvre), Guérin incluye elementos sensuales y pintorescos que habían estado ausentes en su anterior etapa. <<

[18] La cruz de San Luis, suprimida en 1791, fue restablecida por Luis XVIII para sustituir a la cruz de la Legión de Honor instituida por Napoleón en 1802; para la facción legitimista tenía mayor prestigio que la napoleónica. <<

[19] El juego de los cientos, o *piquet*, es un juego de naipes que utiliza 32 cartas y suele jugarse entre dos; obtiene la victoria el primero que llega a 100 puntos. <<

[20] Balzac utiliza el nombre de un personaje real para otro ficticio; el real aquí es Antoine-Jean Gros (1771-1835), pintor discípulo de David, con una primera etapa neoclásica, de cuadros de grandes dimensiones y temas históricos (Bonaparte en distintas batallas), y una segunda que anuncia el romanticismo, a cuyos representantes del primer momento tuvo por alumnos. En cuanto a Joseph Bridau, aparece en *La Comedia humana* en la novela *Un gran hombre de provincias en París* (1839). También figura como actor secundario en las tramas de *Un principio en la vida*, *La prima Bette* y *La Rabouilleuse*, donde termina heredando de su hermano sus propiedades y el título de conde. <<

[21] Alusión a un pasaje célebre de *La historia del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut*, más conocida como *Manon Lescaut*, del abate Prevost. El caballero sigue a su amada, incluida en un envío de «mujeres perdidas» hacia América. (*Manon Lescaut*, trad. M. Armiño, Editorial Siruela, 2013, págs. 22-24 y 150 y ss.). <<

[1] Hija de Laure Balzac, Valentine Surville, nacida en 1830, tenía doce años en la fecha de la dedicatoria. Casada con el abogado Louis Duhamel en 1859, futuro secretario del presidente Jules Grévy, murió en el palacio del Elíseo en 1885. <<

[2] Se alude a la coalición firmada el 9 de abril de 1809 entre Inglaterra y Austria contra Napoleón Bonaparte; fue la quinta de las siete coaliciones de las potencias europeas contra la Revolución y el Emperador. Tras la derrota de sus tropas en Wagram en julio de ese año, Austria hubo de firmar en octubre una paz ominosa que hizo pensar a algunos franceses en la próxima venganza de los derrotados. <<

[3] Con Maria Luisa, hija de Francisco I de Austria. Véase más adelante la nota 8. <<

[4] Según Napoleón, los frondistas del *faubourg* aristocrático tenían sus bastiones en los salones de la duquesa Laure de Abrantes, que cita a las hermanas del Emperador, Pauline y Caroline, como las primeras en entregarse a costumbres licenciosas. <<

[5] También *colback*, *colbaque* en francés: gorro de pelo en forma de cono truncado invertido, cerrado por un bolsillo inclinado cónico de paño, que llevaban distintos cuerpos de caballería durante el primer y segundo Imperios. <<

[6] Joachim Murat (1767-1815), mariscal del Imperio, se casó en 1800 con Caroline Bonaparte, hermana de Napoleón, que hizo a su cuñado rey de Nápoles (1808-1815) con el nombre de Joaquín I. Más de una fuente continua su afición al «lujo oriental»: su esposa confiaría a la duquesa que el mariscal se había gastado 27.000 francos en plumas en cuatro meses. <<

[7] Lucio Licinio Lúculo, senador romano (h. 118 a. C.-56 a. C.), militar a las órdenes de Sila, participó en todas las campañas asiáticas de Roma; privado del mando en el año 66, se retiró con una fortuna inmensa para vivir fastuosamente, con gran derroche de pedrerías y manjares suculentos y raros; su nombre ha pasado a la historia por esas extravagancias; sin embargo, Lúculo, hombre instruido y culto, se dedicó en esa etapa final al estudio de la filosofía. <<

[8] Josefina Bonaparte (1763-1814) se casa en 1796 con Napoleón cuando este empieza su carrera militar como jefe del ejército de Italia. Le acompañará en todos sus ascensos como esposa del Primer Cónsul y luego como Emperatriz (1804), hasta su divorcio en 1809; según los rumores, desde la victoria de Wagram se iba gestando por interés político el matrimonio de Napoleón con María Luisa, hija mayor del emperador Francisco I, de Austria, con lo que quedaba sellada el tratado de paz de Schönbrunn entre ambos países y el Emperador podía ver hecho realidad su sueño de fundar una dinastía, dado que con Josefina no tenía hijos. Con María Luisa tendrá uno (1811-1832), convertido en Napoleón II durante quince días (22 de junio-7 de julio de 1815), tras la segunda abdicación de su padre. <<

[9] El departamento de Lippe no existió hasta 1810, fecha posterior a la conversación narrada; el de Dyle, creado al sur del Brabante en 1795, pasó como tal a Holanda tras la caída de Napoleón en 1815. <<

[10] *Bouillotte*: Juego de naipes que se juega con media baraja, repartiendo a cada jugador tres cartas; cuando se consigue ligar las tres de un palo se forma el cacho; se llama cacho mayor el conjunto de tres reyes; era una adaptación del *brelan* (la berlanga). Fue creado hacia 1770 y practicado por la buena sociedad. <<

[11] André-Antoine Ravrio (1759-1814). broncista y cincelador, fue también, en su última etapa, autor de poemas burlescos, canciones y vodeviles. Sus bronces de mobiliario tuvieron una clientela prestigiosa que encabezaba el propio Napoleón. <<

[12] En el original, *péquin,* término despectivo utilizado por los militares para designar a los civiles. <<

[13] Personaje de *Clarisse Harlowe* (1748), novela epistolar del inglés Samuel Richardson (1689-1761); el nombre de su protagonista masculino se utilizaba como sinónimo de seductor libertino y poco escrupuloso; sin embargo, al leer el testamento de Clarissa, a la que ha seducido, Lovelace recurre al duelo para dejarse matar como forma de expiación. <<

[14] Según la mitología griega, Tántalo había sido condenado a tener cerca de sí agua y árboles frutales que se retiraban cuando intentaba beber o comer; los dioses le habían infligido este castigo porque, tras haberlos invitado a comer, les sirvió porciones del cuerpo de su propio hijo, al que había matado. <<

[15] Se citan a diplomáticos como Talleyrand, Chateaubriand y el conde de Melternich como los diplomáticos aludidos en este pasaje. Este último, embajador de Austria en Francia, fue amante la duquesa de Abrantes, que más tarde lo sería de Balzac. <<

[16] Personaje que reaparecerá con mayor papel en novelas como *Los campesinos, Los pequeños burgueses* o *La Prima Bette*, ocupando distintos puestos políticos. Se casa con una hermana de Rastignac, personaje capital de la *Comedia humana*, nombrado tras la Monarquía de Julio ministro (*Los secretos de la princesa de Cadignan*, *Un asunto tenebroso*) y par de Francia (*Los comediantes sin saberlo*). <<

[17] La expresión francesa, utilizada en el juego, significa retirarse en cuanto se gana sin conceder la revancha al adversario. <<

[18] Caroline Bonaparte (1782-1839), hermana del Emperador, casada con Joachim Murat, gran duque de Berg y de Clèves desde el 15 de marzo de 1806, antes de ser rey de Nápoles en 1808. <<

[19] Al mariscal Louis Alexandre Berthier (1806-1815), Napoleón, para quien era su general preferido, le obligó a casarse en 1808 con una sobrina del rey de Baviera, Marie Élisabeth von Wittelsbach (1784-1845), con el fin de introducirlo en una autentica familia reinante. En el momento en que Balzac concluye *La paz del hogar*, a la hasta entonces princesa de Neuchâtel le falta todavía un mes para ser princesa de Wagram. <<

[20] No se han encontrado rastros de esta expresión proverbial en los testimonios conocidos del duque de Alba de la época. <<

[21] Trénitz, maestro de danza francés, de gran éxito durante el Directorio; animador de bailes de salón y públicos, promovió la «danza social», adaptando pasos del mayor coreógrafo del antiguo Régimen, Vestris; entre los pocos datos que de él se conocen, se sabe que fue maestro de danza de la duquesa de Abrantes, y, hacia 1820, hay. testimonios de que había muerto en una casa de salud sin medios económicos. Lleva su nombre la *trénitz* (afrancesada como trénis o trénise), contradanza inserta en la cuadrilla, difundida por Europa y América. <<

[22] El incendio ocurrió el 1 de julio de 1810, durante una fiesta dada por el principe de origen austriaco al servicio de Napoleón Charles Philippe de Schwartzenberg (1771-1820), que concluyó las negociaciones del matrimonio del Emperador con la archiduquesa María Luisa. En el incendio murió la esposa de su hermano, Pauline d'Arenberg. <<

[1] Damaso Pareto (1801-186), erudito italiano, miembro de una familia de políticos y estudiosos, formó parte del romanticismo liderado por Giuseppe Manzini. Balzac lo conoció en 1838. <<

[2] Molière, *Amphytrion*, I, I. Sosias habla con la linterna como si fuera un personaje. <<

[3] Jean-Baptiste Louvet, o Louvet de Couvray (1760-1797); durante la Revolución fue jacobino cercano a los girondinos; atacó a Robespierre y se mostró contrario a la pena de muerte de Luis XVI; tras un periodo de clandestinidad, apoyó la Convención y el Directorio, que lo nombró cónsul en Palermo, cargo que no llegó a ocupar por fallecer entonces víctima de la tuberculosis. Dejó unas *Mémoires* (editadas completas en 1889), de interés para el estudio de la psicología de la Revolución. De todos modos se le conoce por su novela *Les Amours du chevalier de Faublas,* que ha servido de libreto para varias óperas; publicada en tres partes entre 1787 y 1790, es una novela libertina con lances cómicos y episodios sombríos que anuncian la novela negra; su protagonista, personaje equívoco, a menudo travestido, ama por igual a sus dos amantes, la marquesa de B. y la condesa de Lignolles. <<

[1] Alexandre de Berny (o Deberny, 1808-1881), hijo de Laure de Berny (1777-1836), la primer gran pasión de Balzac, se puso al frente de la imprenta que Balzac dirigía, para tratar de salvar las sumas de dinero invertidas en ella por su madre. Bajo su dirección (desde 1828), la imprenta consiguió enjugar las deudas, e inició una floreciente etapa de fundición y creación de caracteres. Saint-simoniano, mantuvo relaciones amistosas con el escritor, a quien prestó dinero hasta su muerte. <<

[2] Jean-Pierre Claris de Florian (1755-1794), hijo de madre española que murió en su infancia; su padre volvió a casarse con una sobrina de Voltaire, a quien Florian sería presentado con diez años y con quien viviría en estrecha amistad; escribió algunas comedias, novelas pastoriles (*Estelle et Némorin*, 1778) a imitación de *La Galatea* de Cervantes –se le debe una traducción del *Quijote*, publicada póstuma en 1798–, una epopeya en prosa, una «novela española», *Gonsalve de Cordoue* (1791), etcétera. Pero su nombre se mantiene vivo en la literatura por un libro de ochenta y nueve *Fábulas* (1792), a las que se unieron doce más póstumas; son estas las que lo convierten en el discípulo más aventajado de La Fontaine. <<

[3] Departamento creado en junio de 1805 por el Imperio para conmemorar la victoria de Napoleón en Montenotte (1796), situada al este de los Alpes Marítimos, con capital en Savona, en la costa ligur; su territorio se hallaba repartido entre las actuales provincias italianas de Savona, Alessandria, Imperia y Cuneo. En 1814 fue reintegrado por el tratado de París al reino de Cerdeña. <<

[4] Alexis-Nicolas Pérignon (1785-1864), pintor de retratos y de historia, estudió con Girodet y expuso en el Salón de 1814 a 1850. Tripet fue un horticultor de la avenida de Breteuil, introductor en Francia de varias flores. <<

[5] La ironía consiste en añadir un *de* a Dupin, abogado liberal y presidente de la Cámara de diputados, que, como Lafayette, rechazaba esa partícula nobiliaria. <<

[6] El Marais no tiene el mismo prestigio que el *faubourg* Saint-Germain; y, de haber sido procurador de la corte, el marido de la señora Firmiani estaría por encima de los procuradores de un vulgar tribunal de primera instancia. <<

[7] En la corte. En la requisitoria contra la señora Firmiani subyace el enfrentamiento que durante la Restauración se planteó entre los nobles anteriores a la Revolución y los creados por el Imperio. <<

[8] Balzac se remite a su propia obra narrativa, en la que la princesa de Cadignan, casada con el duque de Maufrigneuse en 1815, ocupa un importante papel en novelas como *El gabinete de los antiguos, Esplendores y miserias de las cortesanas* y *Los secretos de la princesa de Cadignan.* Durante la Restauración y principios de la Monarquía de Julio, Balzac convierte a la princesa en la figura inspiradora de la moda. <<

[9] Este calzado, de madera o de cuero, se llevaba encima del habitual para evitar el barro; su ausencia en la antecámara indica que las visitas han venido en coche. <<

[10] El teatro de los Bouffes-Parisiens, en la calle Monsigny, se inauguró en enero de 1827, con el nombre de Théátre des Jeunes-Élèves; en 1855, Jacques Offenbach trasladó a él el teatro que había creado para ejecutar sus propias obras y le dio ese nombre. <<

[11] Era imposible haber estado en el paso del Beresina (26-29 de noviembre de 1812) y haber participado en la conspiración del general Claude-François Mallet (22 de octubre), cuyo intento de golpe de Estado contra Napoleón (entonces en la campaña de Rusia) terminó siendo controlado siete días más tarde. <<

[12] Nombre genérico en latín de los felinos, *feles o felis*, que incluye al gato. <<

[13] François de Camps (1643-1723), abate de Ligny, fue historiador y anticuario famoso; reunió gran colección de archivos, documentos antiguos, libros preciosos y medallas, adquirida por el Estado francés; sus disertaciones sobre medallas aparecieron publicadas en *Le Mercure de France* de 1719 a 1723. <<

[14] Nombre que se dio, para estigmatizar sus operaciones, a una asociación de especuladores que, durante la Revolución, se dedicó a comprar a bajo precio los bienes del clero y de los emigrados, –castillos, abadías, conventos– para luego revenderlos y vender los materiales, desde el mobiliario a los bienes raíces, los muros, etcétera. A esta misma organización se refiere dos líneas más abajo con el nombre de compañía del Martillo. <<

[15] En *Los bandidos* (1782), tragedia del escritor alemán Friedrich Schiller; Karl Noor, el hijo bueno, dirige una partida de crueles bandoleros, mientras su hermano Franz, el preferido del padre, secuestra a este y lo deja morir de hambre. En *Los bandidos* es este, y no Karl, quien utiliza una noticia para matar. <<

[16] El Théâtre del Gymnase, construido en 1820 en el número 38 del bulevar Bonne-Nouvelle, se especializó en comedias de bulevar, sirviendo de escena a piezas de Dumas y de Aubier. <<

[17] Alusión a la *Carta de Tendre*, mapa de un país imaginario creado por el preciosismo de los salones en el siglo XVII; organiza las etapas de la vida amorosa y prescribe las obligaciones del sentimiento y la cortesía. El mapa, «representación topográfica y alegórica de la conducta y la práctica amorosa», apareció por primera vez en un grabado de *Clélie, Histoire romaine* (1654-1660), de Madeleine de Scudéry. <<

[18] Periódico realista, creado en 1790, mantenido por la oposición de derecha; a partir de 1794 adoptó otros títulos como *Le Tableau de Paris* o *L'Union* (1848). <<

[19] *Moisés en Egipto,* ópera italiana en cuatro actos de Rossini estrenada en 1818 y presentada en París en 1827, tras ser revisada con nuevo libreto de Étienne de Jouy y el título de *Moïse el Pharaon ou le passage de la mer Rouge.* <<

[20] Con el nombre de Peronet, Balzac parece aludir en primera instancia a Jean-Rodolphe Perronet (1708-1794) «que coincide por su periodo y por su profesión con Buffon y Gluck» (Guy Sagnes, ed. cit., *La Comédie humaine*, III, pág. 1271); también puede referirse al político Pierre-Denis de Peyronnet (1778-1854), ministro de Interior de Luis XVIII y de Carlos X; adoptó duras medidas contra la prensa y dirigió la represión en julio de 1830; a su caída, fue condenado a cadena perpetua acusado de traición. <<

[21] Alusión a la controversia musical que desde 1752 opuso a los defensores de la música francesa, agrupados tras Jean-Philippe Rameau (el rincón del rey) y a los partidarios de una apertura a la música italiana, sobre todo, que Jean-Jacques Rousseau defendió en su *Lettre sur la musique française* (rincón de la reina), y que tenían en Gluck su compositor de referencia. Los dos años que duró la querella hicieron avanzar la música francesa hacia su renovación sin apartarse de sus bases. <<

[22] Juana de Arco (1412-1431), heroína nacional de Francia, canonizada como santa en 1920; se enfrentó durante la guerra de los Cien Años al ejército inglés; capturada, fue procesada y condenada a ser quemada viva por herejía.

Agnès Sorel (1422-1450), la mujer «más bella del reino», fue desde 1444 favorita oficial del rey francés Carlos VII, al que dio cuatro hijas; murió en el último de esos partos; las sospechas de envenenamiento parecieron confirmarse en una autopsia realizada en 2004, que reveló la presencia de fuertes dosis de sales de mercurio en sus restos. <<

[23] En su poema dramático *Don Juan* (1819-1822), el poeta inglés lord Byron crea un personaje masculino que poco tiene que ver con sus antecesores español (Tirso de Molina) o francés (Molière): es un joven cándido, codiciado por las mujeres; solo doña Julia y Haydée lo aman con amor puro; la primera será encerrada en un convento cuando se descubra su adulterio con el joven, de dieciséis años entonces (canto I); Haydée lo recoge cuando este naufraga en una isla griega (cantos II y III), pero, descubiertos sus amores por el padre de la joven, jefe de una banda de piratas, terminará siendo vendido como esclavo a la mujer del sultán, tras ver morir de desesperación a su amada. <<

[24] Molière, *El misántropo*, acto V, escena última. <<

[25] Calle del Barrio Latino, que ocupaba parcialmente la actual calle Dupuytren. <<

[26] Gretna-Gren, pueblo de Escocia, en el que hasta 1857 se celebraban matrimonios rápidos: bastaba el consentimiento mutuo de los contrayentes ante un testigo. <<

[27] «También yo he vivido en Arcadia», frase latina sacada de Virgilio (*Bucólicas*, V, 42). En esa región de Grecia solía situarse la Edad de Oro, en un marco pastoril que idealizaba la Antigüedad clásica. Implícitamente, el texto de Balzac alude al cuadro de Poussin *Los pastores de Arcadia* (Museo del Louvre), en el que los pastores descifran ese texto en el epitafio de la tumba que centra el lienzo. <<

[28] Chateaubriand fue despedido por Joseph de Villèle (1773-1854), primer ministro (1821-1828), de su cargo de ministro de Asuntos Exteriores en junio de 1824. Sin embargo, la acción de *La señora Firmiani* transcurre en 1825. <<

[1] Casa de campo que aún existe en Saint-Cyr-sur-Loire (Indre-et-Loire), localidad cercana a Tours en la que Balzac pasó con una nodriza su primera infancia. Acudió a esa casa de campo en el verano de 1832, en compañía de Mme. de Berny, y trató de comprarla; la muerte de su amiga le hizo desinteresarse del proyecto. <<

[2] Capital de cantón cercana a Tours. <<

[3] Tras el tratado de Amiens de 1803, los ingleses que en ese momento viajaban por Francia fueron detenidos; por razones de salud lograron ser enviados a Turena en arresto domiciliario; pasado ese momento histórico, los ingleses volvieron con frecuencia al lugar atraídos por el clima y por su afición a la Turena. <<

[4] El *arpende* es una antigua medida francesa de longitud y unidad de superficie, equivalente aproximadamente a 58,47 metros. <<

[5] El pie es una antigua medida de longitud, superficie o volumen, que equivalía a 0,324 m. <<

[6] La toesa es una antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1,946 m. <<

[7] Célebre diamante de 104,5 quilates, descubierto en 1698 y comprado en 1717 por 6 500 000 libras esterlinas por Philippe d’Orléans, hermano de Luis XIV, que ocupó la Regencia de Francia durante la minoría de Luis XV. Pertenece a la colección de diamantes de la Corona de Francia y se halla en el Louvre. <<

[8] Valentin Jamery-Duval (1695-1755), profesor de historia y antigüedades y bibliotecario en Florencia del gran duque de Toscana; siguió a este a Viena al ser elegido emperador. Dirigió el gabinete de medallas, cuyo catálogo hizo, y la biblioteca imperial. <<

[9] La Restauración dejó en excedencia a los oficiales que habían servido en los ejércitos napoleónicos; igual que a los soldados en la misma situación, se les pagaba la mitad de sueldo *(demi-solde),* término que se sustantivizó en la época. <<

[1] Laure Junot, duquesa de Abrantes (1784-1838), casada con el general del ejército napoleónico Jean-Andoche Junot, que se suicidó en 1813 tras un periodo de alteraciones mentales. De conducta extravagante desde el principio del Consulado, la duquesa criticaba abiertamente al Emperador pese al cariño que Napoleón demostraba por la pareja; conocida por sus intrigas para restaurar a los Borbones, su prodigalidad y sus deudas, contactó con el joven Balzac hacia 1825 cuando pensó en escribir para recuperar su economía; convertido en su amante, el novelista la ayudó incansablemente a redactar unas memorias de gran éxito. Trató de reconstruir un salón mundano y literario, pero hubo de vender sus joyas y su mobiliario, amenazada por la indigencia en la que murió. <<

[2] *Lods et ventes:* tasas de la Edad Media pagadas al señor en caso de venta de una tierra dependiente de su dominio; se exigían tanto al comprador *(lods)* como al vendedor *(ventes).* <<

[3] Término inglés: lacayo, palafrenero; se trataba de muchachos que iban en la parte trasera de los carruajes y se apresuraban a abrir la portezuela a sus amos. <<

[4] Zoe Victoire Talón, condesa du Cayla (1785-1852), fue la última favorita de Luis XVIII; en 1802 había hecho un matrimonio de conveniencia con el conde Achille Baschi du Cayla, con el que se enfrentó en los tribunales durante veinte años. Fiel a los Borbones, y considerada como una gran intrigante dentro de la corte, su relación con el rey, iniciada en 1817, concluyó a la muerte de este (1824), tras la cual Mme. du Cayla se retiró a su pequeño palacio de Saint-Ouen, donde se dedicó a explotaciones agrícolas y obtuvo una raza de corderos que lleva su nombre. <<

[5] *La Gazette* se fundó en 1631 y aparecía los viernes con cuatro páginas en las que se informaba de las noticias de la corte y del exterior; a partir de 1762, con el título de *Gazette de France,* fue el órgano oficial del Gobierno, tan oficial que en 1789 no dio cuenta siquiera de la toma de la Bastilla. Desapareció en 1915.

Le Journal des Débats politiques et littéraires, fundado en 1789, se pretendía un periódico moderado y respetable; pasó por distintas etapas: en 1890, por ejemplo, era «republicano conservador», y cinco años más tarde «republicano liberal». Desapareció en 1944, cuando, tras la invasión nazi, Francia inició la Liberación. Sobre *La Quotidienne*, véase «La señora Firmiani», nota 18, página 100. <<

[6] Exactamente «El asno que lleva reliquias» (V, 14), cuya moraleja es: «De un magistrado ignorante /es la toga lo que se saluda». <<

[7] Dominio en el que el propietario explota personalmente los cultivos. <<

[8] Juego de cartas en el que dos parejas adversarias emplean la baraja francesa, de 52 naipes. El *rob* se compone de dos partidas, o mangas, que los jugadores deben ganar de forma seguida para triunfar; Balzac suele emplear tanto los término ingleses (*rubber, rob*) como su adaptación francesa: *robre.* <<

[9] Juego de sociedad en el que se utilizan dados para que las damas avancen sobre un tablero de dos compartimentos, cada uno de ellos con seis casillas triangulares o flechas. <<

[10] Episodio de *La Odisea:* la maga Circe utiliza sus filtros para convertir en cerdos y encerrar en una pocilga a parte de la tripulación de Ulises, que había ido a descubrir la isla de Ea; el héroe, ayudado por Hermes, la obligará a devolverles su forma humana. <<

[11] Según Balzac (*César Birotteau*, 1837), la rojez de las manos es «la firma de una vida puramente burguesa». <<

[12] Cecina Peto, cónsul romano implicado en una conjura contra el emperador Claudio en el año 42, fue condenado a darse la muerte por su propia mano; como no era capaz de apuñalarse, su esposa, Arria Major, se hirió a sí misma y ofreciéndole el puñal le dijo esa frase: «No duele, Peto», según recoge Plinio el Joven en su correspondencia. <<

[13] Conferencia celebrada por las principales potencias europeas en Londres en 1831; acordaron separar Bélgica de Holanda para conseguir una paz duradera entre ambos países. <<

[14] En páginas anteriores, la señora de Beauséant aseguraba: «Pronto tendré treinta años, señor, y usted apenas tiene veintidós», aunque en la presentación de la novela tiene veintitrés. Por lo tanto, si la cronología de la condesa es correcta, Gaston debería tener treinta y tres. <<

[15] Ferdinand Hérold (1791-1833), compositor francés, autor de más de una veintena de óperas; de ellas, en la actualidad sigue representándose *Zampa ou la Fiancée de marbre* (1831). Escribió además cuartetos, dos sinfonías, etcétera. <<

[1] Auguste Borget (1808-1877), pintor francés que en 1836 dio la vuelta al mundo durante cuatro años; volvió de su periplo con numerosos cuadernos de apuntes, dibujos y acuarelas. Expuso en el Salón de 1836 a 1859. En 1833 había conocido a Balzac, a quien llegó a prestar dinero que dos años más tarde todavía le reclamaba. <<

[2] Se da como modelo de Bianchon al doctor Mardochée Marx, a quien el cirujano Dupuytren (véase *infra* la nota 3) legó su maletín de médico. <<

[3] Desplein, que aparece en otras obras de *La Comedia humana (La interdicción, Ferragus)* encarna en la ficción a una eminencia de la medicina de la época: Guillaume Dupuytren (1777-1835), cirujano jefe del Hôtel-Dieu, que perfeccionó casi todas las operaciones quirúrgicas y realizó por primera vez otras. Un museo anatómico lleva en París su nombre. <<

[4] Georges Cuvier (1769-1832), anatomista francés, promotor de la anatomía comparada y de la paleontología. <<

[5] Religión y doctrina de los magos, basadas en el dualismo y la astrolatría, reformadas por Zoroastro y consignadas en el *Avesta.* Es «la alta ciencia que trata de descubrir el sentido íntimo de las cosas, y que busca por algunos hilos sueltos los efectos naturales vinculados a él», explica Balzac en sus *Obras diversas.* <<

[6] Napoleón proyectó invadir Inglaterra, y para ello reunió alrededor de Boulogne un gran número de barcazas, que tenían más posibilidades de pasar desapercibidas que los barcos. <<

[7] Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762), conocido como «el padre» para distinguirlo de su hijo, Claude Prosper Jolyot de Crébillon, también escritor y excelente novelista, se dedicó al género trágico, con temas sacados principalmente de la historia de Roma y de la mitología: *Idomenée*, *Atrée et Thyestes*, *Électre*, *Pyrrus*, *Catilina*, *Le Triumvirat*, etcétera, no consiguieron triunfar sobre las de Voltaire. Obtuvo sin embargo una pensión real, además del puesto de bibliotecario del rey. <<

[8] No parece confirmada una noticia periodística según la cual Dupuytren había ofrecido su fortuna (un millón de francos) al destronado Carlos X, que pasaba apuros económicos en su exilio londinense. <<

[9] Cordón de la orden de Saint-Michel, restaurada por Luis XVIII para premiar a personalidades de las ciencias, las artes o las letras. Dupuytren fue galardonado en 1816, y, según *La interdicción,* novela de *La Comedia humana*, Desplein fue nombrado caballero de la Orden. También se adjudicaba a Dupuytren el lance de la caída intencionada de su libro de horas ante la duquesa de Angulema. (Véase *supra.* nota 22). <<

[10] El hospital más antiguo de París se fundó en el año 651 como obra caritativa para menesterosos; tras pasar por muchas y diversas etapas, en el siglo XIX hubo de ser ampliado y sustituido por nuevas construcciones llevadas a cabo de 1864 a 1876 en la plaza del Parvis, de la catedral de Notre-Dame. <<

[11] Según la mitología griega, Pílades, hijo del rey Estrofio de Fócide y de Clitemnestra, se crio con Orestes, con el que trabaría lazos tan fraternales y afectivos que ambos se ofrecieron a sacrificarse el uno por el otro. Orestes, perseguido por las Erinnias, había matado a Clitemnestra, y Pílades ayudó a su amigo a superar los remordimientos de ese crimen. <<

[12] Seide es el esclavo de Mahoma en la tragedia *Mahnmet ou le Fanatisme* (1741) de Voltaire, que lo convirtió en símbolo de la ceguera religiosa: inducido por el profeta, que le promete la mano de la joven esclava Palmire, Seide mata al viejo Zopire, que resulta ser padre de ambos jóvenes. <<

[13] Según la autopsia, tras la muerte por pleuresía de Dupuytren, su corazón pesó veinte onzas, cuando la media está en doce; una onza equivale a 30,6 g. <<

[14] Antoine Dubois (1756-1837), cirujano francés, responsable de medicina en el equipo científico de la expedición de Napoleón a Egipto; fue elegido como tocólogo de la emperatriz María Luisa durante el nacimiento en 1811 de quien llegaría a ser Napoleón II. Antes había sido cirujano jefe del hospital del *faubourg* Saint-Denis, que terminó por tomar su nombre. Perfeccionó algunos instrumentos de cirugía como el fórceps. <<

[15] Departamento francés, en la región de Auvernia. <<

[16] Ninguna puerta de la iglesia de Saint-Sulpice da a la calle del Petit-Lion; se supone que Balzac quería referirse a la calle del Petit-Bourbon. <<

[17] Pierre Jean Georges Cabanis (1757-1808), médico, fisiólogo y filósofo francés, que basaba todo el saber científico en la observación y la experiencia física. <<

[18] François Broussais (1772-1828), cirujano francés, que explicaba todos los fenómenos por la irritación e inflamación de los tejidos, a los que liberaba de esa presión mediante abundantes sangrías. La epidemia de cólera de 1832 contribuyó al descrédito de su método. <<

[19] «Este es el cuerpo». <<

[20] *El citador:* obra de gran difusión aparecida en 1803 que denunciaba los errores, hipocresías y defectos de la Iglesia, recogiendo citas contra la religión cristiana sacadas en su mayor parte de Voltaire. Su autor, Charles Pigault-Lebrun (1753-1835), novelista y dramaturgo de vida aventurera que lo llevó en varias ocasiones a la cárcel, gozó de gran prestigio tanto por sus novelas de carácter picaresco –*El hijo del carnaval*, 1794; *El hijo del burdel*, 1800– como por sus abundantes comedias. <<

[21] Alusión a *De rerum natura* («Sobre la naturaleza de las cosas»), obra del escritor latino Lucrecio (99-55 a. C.), uno de los primeros filósofos materialistas. <<

[22] Marie Thérèse Charlotte de France (1778-1851), hija de Luis XVI y de María Antonieta, se casó con su primo Louis, duque de Angulema, hijo de Carlos X. <<

[23] El saqueo del Arzobispado tuvo lugar el 15 de febrero de 1831; este es el único dato cronológico que ofrece *La misa del ateo.* <<

[24] Alusión al mariscal Soult (1769-1851), uno de los militares más prestigiosos de Napoleón, pese al fracaso de su invasión de España, durante la que se dedicó al expolio sistemático de obras de arte. Tras la abdicación de Napoleón, sirvió a los distintos gobiernos monárquicos, desde Luis XVIII hasta Luis Felipe, para convertirse en republicano en 1848. Seguía las procesiones religiosas con un cirio en la mano: «Habrá que inventar una palabra nueva para designar esa nueva tartufería», escribe el *Journal* del pintor y crítico de arte Delécluze en 1825. <<

[25] Luces de medianería. Son ventanas o aberturas que lindan con la propiedad de un vecino que no puede negarse a que se abran; de ahí el término de *sufrimiento*. <<

[26] El personaje de ficción balzaquiana d'Arthez confiesa vivir en esa calle de los Quatre-Vents *(Ilusiones perdidas)*, que en la actualidad se encuentra entre la encrucijada del Odéon y la calle de Seine. <<

[27] El «señor Zoppi» dirigía ese café de gran prestigio, tras heredar el Procope, el café más famoso de la época de las Luces, con Voltaire, Rousseau, Diderot, etcétera, entre sus clientes; durante la Revolución, acudían a él, rebautizado con el nombre de su nuevo propietario, Danton Marat, Robespierre… En la actualidad, el Procope sigue existiendo en la calle de la Ancienne-Comédie. <<

[28] La frase se atribuye a la reina María Antonieta en los primeros momentos de la Revolución. <<

[29] Filopemen (253-184 a. C.), general calificado como «el último de los griegos»; desempeñó el cargo de estrategos en la Liga Aquea en ocho ocasiones; sus muestras de austeridad y dignidad aparecieron en la biografía que de él escribió Polibio, que portó la urna funeraria de sus cenizas cuando, tras ser capturado durante unas revueltas en Mesenia, fue obligado a beber veneno. <<

[30] En el manuscrito aparece una nota final: «Aunque todas las circunstancias de este relato sean verdaderas, sería un grave error aplicárselas a un solo hombre de esa época, pues el autor ha reunido en una misma figura documentos relativos a varias personas». <<

[1] Claire de Maille de la Tour-Landry (1796-1861), duquesa de Castries en 1842; fracasada en su matrimonio, se enamoró en 1822 del hijo de Metternich, del que tuvo un hijo en 1827; en 1829, año en que el joven Metternich muere de tuberculosis, la marquesa de Castries queda lisiada de la columna vertebral tras una calda de caballo. El esquema de estos episodios coincide con el de *La mujer abandonada.* Tenía un prestigioso salón, considerado como *la fleur* del *faubourg* Saint-Germain; conocería a Balzac en 1832, momento en el que el novelista manifiesta por ella una pasión llena de coquetería; pero esa relación amorosa no llegó a consumarse y estuvo acompañada de algunas tormentas; la dedicatoria de *El Ilustre Gaudissart* enfadó a la marquesa, que consideró el relato un texto menor; la correspondencia entre ambos se llena entonces de humillaciones mutuas; cuando se vio reflejada en el personaje de Antoinette de Langeais *(La duquesa de Langeais)* reanudaron una amistad no exenta de punzadas y alusiones de la duquesa contra el nuevo amor de Balzac, la condesa Hanska. <<

[2] «De hecho y por sus propios ojos». <<

[3] *Embêter* pertenece a la jerga militar, según explica un personaje balzaquiano en la novela *El último chuan* (1829). <<

[4] *«Similia similibus curantur»:* lo semejante se cura con lo semejante, principio de la homeopatía. <<

[5] El manuscrito alude concretamente a Charles Lautour-Mézeray (1801-1861), periodista y uno de los reyes de la moda parisina, cuya elegancia Balzac trataba de imitar. Fundó en 1832 *Le Journal des Enfants,* que aparecía en fascículos mensuales; esta idea, nueva para la época, tuvo tal éxito que le abrió las puertas de la política como funcionario; llegó a ser prefecto de Argelia. <<

[6] La difusión del término *fantástico* tras el descubrimiento de los cuentos de Hoffmann fue intensa en Francia, pero duró poco; en 1833, lo declara muerto el novelista Charles Nodier, que en 1820 había publicado unos *Voyages pittoresques et romantiques dans l'ancienne France* (en colaboración con el barón Taylor y Alphonse de Cailleux). En esa fecha, el incipiente romanticismo se vuelve hacia el color local, el exotismo y la novela histórica; en 1833 *pittoresque* se convierte en término común en la prensa y en la literatura; en ese mismo año aparecía el *Magasin pittoresque*, que doce meses después vendía 100.000 ejemplares. <<

[7] Nombre del pachá, de carácter crédulo, que protagoniza una «locura-vodevil», *L'Ours et le pacha* (1820), de Eugène Scribe (1791-1861), el dramaturgo y novelista más popular del siglo XIX en Europa, hoy olvidado, si no fuera por su colaboración con músicos que, como Meyerbeer, Rossini, Donizetti, Gounod, Verdi y Offenbach, entre otros, utilizaron sus libretos para composiciones operísticas. <<

[8] Periódico aparecido en París en 1824, que fue cambiando su subtítulo; de *literario* pasó a *filosófico y literario*; en 1828 a *periódico político;* en enero de 1831 rezaba: *periódico de la doctrina de Saint-Simon,* para convertirse seis meses más tarde en *periódico de la religión saintsimoniana,* de difusión gratuita cuando ya los antiguos lectores habían ido dándose de baja. La revolución de Julio acabó con la unidad de la redacción, dividida entre orleanistas constitucionales de centro izquierda (de los que fue órgano oficioso) y republicanos. Dejó de aparecer en abril de 1832. <<

[9] Es además fecha clave, política y periodísticamente hablando: hace tres meses que ha empezado a aparecer *Le Globe*, y *Le Mouvement*, tras el acceso de Casimir Perier al poder, ha pasado a la oposición. <<

[10] Desde 1790, prisión parisina, situada entre la calle de la Chef y la calle del Puits-de-l'Ermite (distrito V), destinada a condenados por «asuntos de costumbres» y deudas, y desde 1830, a detenidos políticos. <<

[11] Personaje cómico inventado por el caricaturista Charles-Joseph Travies (1804-1859), al que Balzac dedicaría dos artículos; en 1835, al ser proscrita toda caricatura de carácter político, Travies y el resto de caricaturistas se dedicaron a reflejar las costumbres: Mayeux es un tipo excéntrico, jorobado, que encama todos los defectos del burgués parisino durante el reinado de Luis Felipe. <<

[12] Guillaume Louis Ternaux (1763-1833), industrial y político francés cuya notoriedad se debió a su dedicación a los productos de lujo; en especial, sus chales, que fabricó en Francia, abaratando su precio, tras importar y aclimatar cabras del Tibet. Inspirador del liberalismo moderno, fue amigo de Tocqueville, de Comte y, sobre todo, de Saint-Simon, a quien financió la publicación de sus primeros escritos económicos. <<

[13] Balzac juega con el término *abonnement,* que significa «suscripción», pero también «abono». <<

[14] En otra novela de Balzac, en *Pierrette,* un personaje dirá que el sombrero de ese color es el que llevan los liberales. <<

[15] Ha participado, por lo tanto, en la insurrección de los días 27, 28 y 29 de julio de 1830, que derrocó a los Borbones y dio paso al reinado de Luis Felipe, de la casa de Orléans. <<

[16] Balzac cita varias personalidades nacidas en la Turena o de origen turenés: Jacques de Beaune, barón de Semblançay (h. 1465-1527), superintendente de finanzas de Francisco I; acusado de corrupción, fue ejecutado en la horca, aunque más tarde fue en cierto modo rehabilitado.

Aristide Boucicaut (1810-1877), empresario francés, creador de *Le Bon Marché*, el primer gran almacén de París en 1852.

Christophe Plantin (hacia 1514/1520-1589), que trabajó en Amberes (Países Bajos españoles): Felipe II le concedió la impresión exclusiva de los textos religiosos; se le debe la impresión de la *Biblia Políglota Regia*, llamada de Amberes o de (Arias) Montano; su imprenta se mantuvo durante tres siglos, y en la actualidad puede verse el Museo Plantin-Moretus, nombre este de su yerno, que prosiguió su obra.

Los Pinaigrier fue una familia de pintores de vidrieras de iglesias y catedrales; el más famoso fue Nicolas Pinaigrier (1566-1606).

François Béroalde de Verville (1566-1626), autor de *Le Moyen de porvenir (El medio de llegar)*, consiguió de Enrique II el cargo de canónigo de la catedral Saint-Gatien.

Paul-Louis Courier (1772-1825), panfletario francés, cuyos escritos le valieron procesos y cárceles, y que murió asesinado por sus criados. Este asesinato, aclarado en 1830, influiría en parte en la novela de Balzac *Los campesinos*. <<

[17] La abadía de Théléme es la primera utopía de la literatura francesa. La crea Rabelais (*Gargantúa*, cap. LVIII): y sus miembros deben pertenecer a la élite social: por vivir en plena libertad, los residentes desarrollan, gracias a la educación, el lado fundamentalmente bueno del ser humano. <<

[18] «Gazmoñería». <<

[19] Nombre de tres médicos claves en el estudio de la locura y las enfermedades mentales. Dubuisson escribió una *Dissertation sur la manie* (1812) y un *Traité des vésanies ou maladies mentales.* Jean-Étienne Esquirol (1772-1840), director de la Salpêtrière y fundador de una casa de salud privada, fue autor de ensayos sobre las enfermedades mentales; está considerado como el padre de los hospitales psiquiátricos franceses por su labor para convencer a los políticos de la necesidad de crear hospitales especializados. Esprit Blanche (1796-1852) abrió en las alturas de Montmartre una casa de salud para el tratamiento de la locura que tuvo entre sus pacientes al poeta Gérard de Nerval y al compositor Gounod. Su hijo Émile Blanche, que dirigió esa casa de salud, atendió también a Nerval y, en los últimos meses de su vida, al novelista Guy de Maupassant. <<

[20] Juego de naipes derivado del whist que utiliza la baraja francesa de 52 cartas; fue creada en 1773 por los habitantes de Boston, para entretener el asedio a que estaba sometida la ciudad durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos. <<

[21] *Endêver (mot du pays)*, dice el original, que utiliza ese término dialectal empleado aún hoy en la Turena. <<

[22] Italianismo: *dicho*. <<

[23] *Quesaco*, en el original. *O'ues aquo* («¿Eso que es?»), en occitano. Lo había utilizado Beaumarchais en uno de sus memoriales contra su enemigo Goëzman, y luego en *Las bodas de Fígaro* (ed. M. A., Alianza Editorial, 2011). *La* expresión «*Ques-a-co?*» divirtió a la reina Maria Antonieta, y su modista creó para ella un tocado de plumas de gran éxito, que recibió ese nombre de *quesaco.* <<

[24] Durante el reinado de Luis XIV, el napolitano Lorenzo Tonti (hacia 1602-hacia 1684) propuso al rey francés una especie de lotería, que permitiría sanear las arcas públicas; consistía en una mutua de renta vitalicia (con un tope de 1 100 000 libras) para ahorradores de diferentes edades; la parte de los socios que mueren se reparte entre los supervivientes, bien dividiendo entre ellos el capital acumulado, bien beneficiándose de la renta constituida a partir de ese capital. Tonti. que había sido gobernador de Gaeta, llegó a Francia a finales de los años 1640, huyendo de Nápoles tras haberse implicado en una insurrección contra los españoles. El padre de Balzac cotizó durante mucho tiempo en la más célebre de la época, la *tontine* Lafargue. <<

[25] *Le Temps* apareció entre el 15 de octubre 1829 y junio de 1842, con el subtítulo de «periódico de los progresos políticos, científicos, literarios e industriales». De inspiración liberal, evolucionó hacia el saintsimonismo, virando durante la monarquía de Julio hacia el centro izquierda. Balzac lo califica de «mal periódico»: no le agradó, en su primer contacto, su director, Jacques Coste, que en 1831 había rechazado una crítica elogiosa de Amédée Pichot de su novela *La piel de zapa*. <<

[26] Giambattista Vico (1668-1744), filósofo italiano de la historia, cuya obra principal, *Principi di Scienza Nuova* (1725), fue redescubierta y traducida en Francia por Michelet en 1827. Mientras que, en *Ilusiones perdidas,* los personajes balzaquianos consideran a Vico como una guía de pensamiento, para Gaudissart no es más que un nombre. <<

[27] Pierre-Simon Ballanche (1776-1847), filósofo contrarrevolucionario francés, al que se alude aquí como autor de *Essais de Palingénesie sociale* (1827-1829), en los que expone su visión mesiánica del progreso desde el punto de vista religioso y de la lucha entre libertad y necesidad, que se reproduce indefinidamente en un orden dado; veía en la Revolución un caos cósmico; esos ensayos eran la introducción a *Palingénesie sociale,* obra inacabada, editada en 1909, en la que pretendía reunir una especie de poemas religiosos consagrados a figuras como Antígona, Orfeo, etcétera. En la línea siguiente se insinúa que Margaritis ha entendido: *«¿Conoce la plancha?»*. <<

[28] Dominique Séraphin (1747-1800), marionetista que fundó en Francia el teatro de sombras chinas. En 1776 creó en París un Teatro de sombras, que en 1784 trasladó al Palais-Royal y que pervivió, dirigido por miembros de su familia, hasta 1870. <<

[29] Ambos protagonistas rivalizan en retruécanos: entre paréntesis añade Balzac *sans vin* para señalar la hontofonía con *cent vingt* (= ciento veinte). <<

[30] Jean-Baptiste Nicolet (1728-1796), actor y director de teatro, que en 1753 empezó con un espectáculo de marionetas al que más tarde añadió actores; seguidor del repertorio de la comedia Italiana, abrió el Théâtre de Nicolet en 1763 para representar vodeviles; su compañía, que en 1792 se llamará Théâtre de la Gaîté, llegó a representar 9.000 obras, y a emplear a 30 actores, 20 músicos y 60 bailarines. <<

[31] El texto de la ópera en cinco actos de *La Muette de Portici* (1828), musicada por Daniel Auber (1782-1871) sobre un libreto de Scribe y de Germain Delavigne (1790-1868), dice exactamente: «Habla bajo, pescador, habla bajo; / el rey de los mares no se te escapará». <<

[1] Fundado en 1769 en el bulevar du Temple, el Théâtre de l’Ambigú-Comique empezó ofreciendo pantomimas, para ir ampliando su programación con marionetas, vodeviles, comedias y dramas. Cercano al teatro de Nicolet, en 1827 fue destruido por un incendio y reconstruido en el bulevar Saint-Martin con el mismo repertorio variado. Convertido en sala de cine en los años 1920, recuperó su programa de teatro en 1954, para terminar cerrando definitivamente en 1966. <<

[2] Población situada al pie del barrio parisino de Belleville; de explotación agrícola pasó a convertirse en lugar de placer, con abundantes ventorrillos de comida, bebida y baile; a él acudían durante todo el año, y sobre todo en Carnaval, obreros, pequeños burgueses y comerciantes de la gran urbe. <<

[3] La fundación Les Quinze-Vingts («Los Trescientos»), creada por Luis IX hacia 1260, acogía a trescientos ciegos; tenía su sede en uno de los extremos del Louvre. Durante el periodo 1780-1843 se trasladó a la calle Charenton, en el *faubourg* Saint-Antoine, al palacio de los Mosqueteros negros. <<

[4] Amaurosis, forma de ceguera en la que el iris está constantemente inmóvil por lesión en la retina, el nervio óptico o el encéfalo (DRAE). <<

[5] «Es cierto». <<

[6] *Proveditóre:* En Italia, en el pasado, título del gobernador o administrador de una provincia, un ente, asociación, etcétera. <<

[7] Véase *supra* la nota 7 de «Un hombre de negocios», pág. 325. <<

[8] El dux era el magistrado supremo de la República de Venecia entre los siglos VIII y XVIII; el Consejo de los Diez, formado por diez magistrados, fue su órgano de gobierno (1310-1797); se encargaba de la seguridad del Estado, de la diplomacia y actividades comerciales en el extranjero, así como de las acciones militares. Actuaba de forma secreta tanto en las investigaciones como en los procesos, con facultades ilimitadas para imponer castigos, confiscaciones, destierros y penas de muerte. <<

[9] Jeanne Bécu de Cantigny, condesa du Barry (1743-1793), última favorita del rey francés Luis XV. <<

[10] Personaje de la *Historia de Gil Blas de Santillana*, novela picaresca de Alain-René Lesage (1668-1747), de ambiente español, protagonizada por el personaje del título, un criado al servicio de varios amos que permite al novelista observar distintos grupos sociales; tras numerosas peripecias, terminará convertido en favorito del rey. Para ella, Lesage se inspiró sobre todo en *Marcos de Obregón,* del español Vicente Espinel (1550-1624). <<

[11] Antiguo asilo construido en 1632 por Richelieu sobre un antiguo castillo edificado hacia 1290 por Jean de Pontoise, obispo de Winchester (nombre que corrompido dio primero Wincestre y luego el actual). Bicerta, destinado en principio por Luis XIII a militares heridos, terminó siendo en el siglo XIX hospital y cárcel para locos, vagabundos y galeotes a punto de ser trasladados a Toulon y condenados a muerte. <<

[12] «Junto a los ríos de Babilonia» (Salmo 136). <<

[1] Charles de Bernard (1804-1850), novelista y poeta francés, gran amigo de Balzac, que actuó como mentor suyo; su obra, escasa por su temprana muerte debida a una enfermedad de laringe, tiene en *Gerfaut* su mejor novela; en *La mujer de cuarenta años* siguió la pauta de *La mujer de treinta años* de Balzac. <<

[2] Léase *casba* o *casbah*, en la actual ortografía: palacio, ciudadela o fortaleza en el mundo oriental. <<

[3] María Malibrán (1808-1836), cantante francesa, hija del tenor y compositor sevillano Manuel García y de la cantante tarraconense Joaquina Briones, nació en París; junto con su hermana Paulina Viardot –último amor de Turguéniev–, fue uno de los hitos operísticos de la primera mitad del siglo XIX.

Henriette Sontag (1805-1854), cantante franco-alemana, hija de cómicos ambulantes. En 1824 participó en el estreno de la 9.ª Sinfonía de Beethoven; *partenaire* frecuente de la Malibrán, estuvo retirada casi quince años, volviendo a los escenarios en 1844.

Josephine Fodor (1789-1870), cantante francesa que, con el repertorio más importante de la época, recorrió Europa, de San Petersburgo a Viena pasando por Estocolmo y Nápoles, como la mejor cantante del mundo; su voz se caracterizaba no solo por su potencia, sino por su dulzura y una entonación sin fallos. Se retiró en 1828. <<

[4] En su *Album historique el anecdotique* –publicado en 1827 bajo anonimato– Balzac atribuye al señor de Jacourt un lance erótico: la doncella de su amante le habría aplastado los dedos cuando tuvo que esconderse precipitadamente en un armario por la llegada del marido; se puso de relieve entonces su mérito, por no haber gritado. <<

[5] Favorito y amante del emperador romano Adriano (siglo II) que murió a los veinte años, ahogado en el Nilo. Divinizado por las tradiciones egipcias, se convirtió en objeto de múltiples representaciones artísticas, que encarnan en él la belleza ideal. <<

[6] Tito Flavio Vespasiano (9-79), emperador romano desde el año 69 hasta su muerte. Entre los numerosos impuestos que instituyó, el de la recogida de la orina dio lugar al proverbio *Pecunia non olet* («El dinero no huele»). <<

[7] Ann Radcliffe (1764-1823), novelista británica, una de las primeras autoras de narraciones góticas, sobre todo por *Los misterios de Udolfo.* Influyó en las primeras novelas de la juventud de Balzac. <<

[8] La alusión puede referirse a Haidar Alí (muerto en 1782) o a su hijo, Tipu Sahib (1749-1799), ambos sultanes de Mysore; y los dos, pero sobre todo este último, lucharon encarnizadamente contra la colonización británica. <<

[9] Giuseppe Balsamo, más conocido como el conde Alessandro Cagliostro (pseudónimo que adoptó en 1776), había nacido en Palermo en 1743. Tras breves estudios en un seminario, se dedicó a la falsificación de monedas justificándose con la búsqueda del secreto para la fabricación del oro. Tuvo que dejar Palermo acusado de fraude y empezó a viajar por Europa vendiendo elixires y píldoras, y diciéndose dueño de poderes mágico-hipnóticos con los que curaba enfermos. En París, adonde llegó en 1784, gozó de gran prestigio entre la alta sociedad; dos años más tarde tuvo que huir; sus engaños habían sido descubiertos, así como su implicación en el asunto del collar de la reina, del cardenal de Rohan. Refugiado en Roma, fundó una logia masónica, por lo que fue arrestado (1789) y condenado a muerte (1791), pena conmutada por la de cadena perpetua en la Roca de San Leo donde murió en 1795. <<

[10] Jean-Claude Gérard, último bailío de Ferrette (antiguo condado de Alsacia), fue gran prior de la Orden de Malta y representó en París al gran duque de Badén. Su nombre figuró con ese título en el *Almanach royal* hasta 1830. <<

[11] Este personaje aventurero, que se hacía llamar conde de Saint-Germain, nació según la leyenda en Bayona hacia 1696, hijo de un judío portugués y de María de Neoburgo, mujer de Carlos II de España; de origen probablemente alemán, se supone que nació en ese año, como hijo natural del último rey de Transilvania; en realidad no se ha podido saber ni dónde había nacido ni quienes eran sus padres. Se desenvolvió en los círculos aristocráticos y en Francia se ganó la simpatía de Luis XV y de Madame Pompadour, hasta que, en 1760, perseguido por el primer ministro, duque de Choiseul, cayó en desgracia; a partir de ese momento se le sitúa en distintas cortes. Murió en 1784 dejando tras de sí una leyenda que tuvo acérrimos partidarios, casi adoradores; sus poderes alquímicos forjaron la leyenda de este personaje enigmático que aseguraba haber descubierto el elixir de la inmortalidad. <<

[12] Ópera de Gioachino Rossini, con libreto de Gaetano Rossi a partir de la tragedia del mismo título de Voltaire, estrenada en 1813; a París llegó en 1822; la Malibrán y la Sontag participaron en su puesta en escena de 1829. <<

[13] Joseph-Marie Vien (1716-1809), pintor y grabador francés, uno de los primeros cultivadores del neoclasicismo tras su paso por Roma; se acusó a su arte de frialdad; pese a ello fue nombrado primer pintor del rey en 1789 y ennoblecido con el título de conde por Napoleón; Vien es el único artista pintor enterrado en el Panteón de grandes hombres de Francia. <<

[14] En realidad, Saint-Dié-des-Vosges pertenece a los Vosgos, y no al Franco Condado como parece desprenderse del texto balzaquiano. <<

[15] Edme Bouchardon (1698-1762), artista francés, escultor del rey (1732), uno de los más ilustres del reinado, que rompió con la tradición escultórica francesa para preconizar el retorno al ideal clásico y anunciar la llegada del clasicismo; su pasión casi arqueológica por la Antigüedad clásica puede apreciarse en los bustos de su periodo romano (1723-1732) y en piezas para el castillo de Versalles como *El Amor haciéndose un arco con la maza de Hércules*, etcétera. <<

[16] Abel-François Poisson de Vandières (1727-1781) fue llamado a París por su hermana, la marquesa de Pompadour, favorita del rey; enseguida se le adjudicó la dirección general de Construcciones, Artes, Jardines y Manufacturas; se especializó en arte y seleccionó cuadros de las colecciones reales para exponerlos en el palacio de Luxembourg. Hasta 1773 ocupó ese cargo, animando el desarrollo de la pintura y la arquitectura neoclásicas. <<

[17] Antonio Canova (1757-1822), escultor italiano que llevó el neoclasicismo a su más alta expresión como continuador del arte griego. <<

[18] Marie-Thérèse Rodet Geoffrin (1699-1777) abrió de 1749 a 1777 un salón en su palacio de la calle Saint-Honoré, frecuentado por literatos y filósofos como Voltaire, Diderot, d'Alembert, Montesquieu, Marmontel, etcétera. Subvencionó parcialmente la publicación de la Enciclopedia. <<

[19] Sophie Arnould (1740-1802), actriz y cantante francesa, famosa entre sus contemporáneos por la agudeza de sus frases. <<

[20] El Teatro Argentina de Roma, inaugurado en enero de 1732, fue considerado el teatro romano más importante por los viajeros franceses del siglo XVIII. En su escenario se estrenaron importantes óperas como *El barbero de Sevilla* de Rossini en 1816, o *Los dos Foscari*, de Verdi, en 1844. En el siglo XX, las obras líricas compartieron el escenario con representaciones dramáticas (Pirandello, Ibsen, etcétera). <<

[21] Niccolò Jommelli (1714-1774), compositor italiano que trabajó en su país, en Austria y en Alemania; dejó un centenar de obras diversas, óperas, serenatas, cantatas y piezas religiosas como las *Lamentaciones de Jeremías.* <<

[22] «Abades». <<

[23] «Pobre pequeño». <<

[24] «Señores y bellas señoras». <<

[25] Ludovico Ludovisi (1595-1632), cardenal italiano, sobrino del papa Gregorio XV, construyó el Palazzo Ludovisi (en la actualidad Palazzo Montecitorio), con Gian Lorenzo Bernini como arquitecto. En él reunió una colección escultórica y pictórica –sobre todo pintura renacentista– que todavía puede verse en la Villa Ludovisi y sus jardines; su labor de mecenazgo literario se centró en la creación de la sociedad literaria Congregazioni dei Virtuosi. <<

[26] «Cocheros, conductores». <<

[27] Véase «La bolsa», nota 4, pág. 5. <<

[1] Louis-Nicolas Périolas (1785-1859), capitán instructor de Saint-Cyr cuando le conoció Balzac, que aprovechó «más de un detalle» de su personalidad para crear el teniente coronel Pierre-Joseph Génestas (*El médico rural*). Como militar había «ido adonde Napoleón nos llevó, y me encontré en línea en todas las batallas donde golpeó la Guardia Imperial», empezando por las «últimas guerras de España». Entre ambos amigos se cruzaron cartas recogidas en *Correspondance inédite de Honoré de Balzac avec le lieutenant-colonel L.-N. Périolas (1832-1845)* (1923, Slatkine, 1970). <<

[2] Después de esa fecha, el Salón sufre una inflación de obras presentadas, que fueron pasando de 1.702 en 1819 a 3.318 en 1833; los artistas podían presentar el número de obras que quisieran. <<

[3] Son siete las que enumera Balzac, para quien el «Género» incluye cuadros con escena anecdótica o histórica protagonizada por personajes. <<

[4] Alexander-Gabriel Decamps (1803-1860) empezó triunfando con pinturas de género: la naturaleza, los animales, en particular perros y monos; tras sus viajes a Grecia y Roma serán escenas históricas y bíblicas, con detallada descripción de fondo locales, las que predominen en sus cuadros: *José vendido por sus hermanos, Historia de Sansón* o *Moisés rescatado del Nilo*; a partir de 1831 se impuso como referencia ineludible del orientalismo en pintura. Su época llegó a compararlo con Rembrandt; solo consiguió exponer en el Salón de 1839 (las cuatro obras que aquí cita Balzac) gracias a las presiones de sus colegas. <<

[5] Balzac percibe la aparición del movimiento romántico en pintura, aunque no sea exacta su datación de «doce años antes». Con el título de *La cortesana*, parece referirse a la *Odalisca* de Ingres (1780-1867), presentada en el Salón de 1819, en el que también figuró *La balsa de la Medusa* de Géricault (1791-1824); Xavier Sigalon (1788-1837) exponía tres años más tarde su *Joven cortesana;* en 1824 fue el turno de *La matanza de Quíos*, de Delacroix (1799-1863). Eugène Deveria presentó *El nacimiento de Enrique IV* (título exacto) en 1827. <<

[6] Con distintos nombres, el Salón fundado por Luis XIV para mostrar obras de artistas vivos fue anual o bianual según los distintos regímenes; desde 1830 se celebraba todos los años. <<

[7] El obelisco del templo de Luxor fue regalado por el valí Mehemet Alí de Egipto en 1830 y llevado a París en 1834, para ser colocado en el centro de la actual plaza de la Concordia. <<

[8] En *La Comedia humana,* este personaje había aparecido en la novela *El contrato de matrimonio;* parece estar compuesto por los rasgos de Mage, anticuario del que Balzac fue cliente, y de Susse, almacén que «es una especie de Louvre», de donde «no se puede entrar ni salir» en las épocas de compra de regalos. <<

[9] «Temo a los dánaos incluso cuando traen regalos», frase que Virgilio pone en boca de Laocoonte dirigida a los troyanos para que no aceptasen el regalo del caballo de Troya *(Eneida,* II, 49). <<

[10] Lageingeole es el nombre de un comerciante extranjero, socio de Tristapatte, personaje necio casado con Roxelane, sultana favorita vendida al pachá Shahabaham, en la obra *L'Ours et le pacha*, obra de Scribe y de Joseph-Xavier Boniface, conocido como Saintine (1798-1865), estrenada en el Variétés en febrero de 1820. <<

[11] Balzac incluye en este listado de profesores de Grassou pintores reales al lado de otros ficticios, algunos creados para obras anteriores; por ejemplo: Schinner ya ha aparecido en *La bolsa*. Entre los reales figuran artistas de esas primeras décadas del XIX: Gros, Leithere, los dos Deveria, Granet, Martin Drolling y Pierre Duval-Lecamus. <<

[12] El nombre de Fougères aparece en una comedia de Fabre d'Églantine (1750-1794), poeta, actor y político revolucionario francés: *L'Intrigue épistolaire* (1791). Fabre saca a escena un pintor «del *faubourg* Saint-Germain». En cuanto a Fabre, jacobino, murió en la guillotina al lado de su amigo Danton, cuya aventura política acompañó en todo momento. <<

[13] *Gras:* gordo, entrado en carnes*; fougère:* helecho. <<

[14] Jean-Baptiste Greuze (1725-1805), pintor y dibujante francés, retratista y destacado autor de lienzos de género de carácter sentimental y moralizante. <<

[15] Brullon fue un vendedor de cuadros de pintura al óleo, en la tienda *La Palette d'Or,* abierta –pero no antes de 1828– en la calle del Arbre-Sec, 46. <<

[16] Véase «La bolsa», nota 17, pág. 20. <<

[17] Gabriel Metsu (1629-1667), pintor flamenco que se dedicó en su primera etapa a la pintura histórica y religiosa; luego evolucionó hacia las escenas de género y hacia el retrato. <<

[18] Gérard Dou, o Gerrit Dow (1613-1675), pintor flamenco discípulo de Rembrandt; trabajaba en pequeños formatos de madera con un estilo muy minucioso. Su obra maestra, *La mujer hidrópica* (Museo del Louvre), fue pintada hacia 1663. <<

[19] Alusión a los incendios provocados en Mortagne-au-Perche y en otras localidades de la Baja Normandía durante insurrecciones que preludiaron la revolución de 1830. En *El revés de la historia contemporánea* (1848), Balzac ficcionará el caso: dos personajes, Mme. de La Chanterie y su hija son condenados respectivamente a prisión y a pena de muerte. <<

[20] El párrafo es una burla de los políticos aludidos: Madame es la duquesa de Berry, María Carolina de Nápoles y Sicilia (1798-1870), casada con un hijo de Carlos X, Charles Ferdinand d'Artois, apuñalado en 1820, y madre del conde de Chambord, pretendiente legitimista, en cuyo favor intrigó apoyando a las fuerzas que promovieron una intentona ultrarrealista en La Vendée en 1832. Luis Felipe, rey de Francia (1830-1848), fundará en Versalles el Museo dedicado «A todas las Glorias de Francia», con 4000 cuadros y más de 1000 estatuas. Balzac estuvo interesado en 1839 en conocer las colecciones privadas del rey. El Delfín es Louis-Antoine d'Artois (1775-1844), primogénito de Carlos X, y la Delfina, su esposa y prima Marie-Thérése de France (1778-1851), primogénita de Luis XVI. La burla se ceba sobre todo en el Delfín, que admira, y mal, el polvo de los cuadros. <<

[21] Domenico Zampieri, conocido como Dominiquino (1581-1641), es uno de los mejores representantes del barroco clasicista italiano; discípulo de Carracci, fue autor de murales y frescos con personajes y paisajes mitológicos; sus trabajos en la basílica de San Andrés de Roma no gustaron y Dominiquino hubo de trasladarse a Nápoles para seguir pintando. <<

[22] Períodos de instrucción a los que estaban obligados los civiles en determinados periodos del siglo XIX en Francia. <<

[23] «Ocio digno», «Ocio con honor». Tiempo dedicado al descanso o empleado en las actividades preferidas por el individuo libre de la actividad política (Cicerón), militar o de otra índole. <<

[24] *Chocnoso,* con distintas variantes. Término que, en cierta época y en determinados círculos sociales (el *faubourg*), encarecía la excepcionalidad y la brillantez de algo; en la fecha de *Pierre Grassou* ya estaba pasado de moda. Tenían su origen en el empleo caricaturesco de términos rusos. <<

[25] Creado en 1795, el Institut de France agrupa las cinco academias (Francesa, de Inscripciones y Bellas Letras, de Ciencias, de Bellas Artes y de Ciencias Morales y Políticas); tiene su sede en el Quai Conti (distrito VI), en el colegio de las Quatre-Nations, y en la actualidad dependen de él fundaciones, monumentos históricos, etcétera. <<

[26] «Se dice por necio, lelo». <<

[27] Por tanto, color tostado, rojo oscuro de la caoba; tez, por tanto, vulgar. <<

[28] Balzac juega con el apellido Boucherat; con su sílaba inicial también empiezan, en plural, términos relacionados con el oficio de botellero: *bouteille* (botella), *bouchon* (tapón), *bouché* (taponado), *débouché* (desembocadura). <<

[29] «El abismo llama al abismo». Salmo XLI. <<

[30] Es decir, los acreedores. <<

[31] Daniel d'Arthez había ayudado durante su juventud a Lucien de Rubempré (*Ilusiones perdidas*); pero Balzac desarrolla este personaje sobre todo en *Los secretos de la princesa de Cadignan*, donde, tras enriquecerse gracias a la herencia de un tío y conocer a la princesa de ese título, vivirá con ella en el castillo heredado de Cinq-Cygne. <<

[32] El Museo dedicado «A todas las Glorias de Francia». <<

[33] En esa fecha, una sociedad secreta, la Société des Saisons, atacó el puesto de la Prefectura de Policía y luego el Ayuntamiento de París, pero sin conseguir desencadenar un proceso revolucionario que acabase con la Monarquía de Julio; por la acción, dirigida por Armand Barbès, (1809-1870) y Augusto Blanqui (1805-1881), ambos fueron condenados a muerte, pena conmutada por la cadena perpetua. <<

[1] James de Rothschild (1792-1868), banquero nacido en Alemania, fundador de la rama francesa de su apellido; enemigo declarado de Napoleón, especuló con la batalla de Waterloo, y ayudó al gobierno de la Restauración y a la Monarquía de Julio, que le devolvió el favor en concesiones, sobre todo de la Compañía de los ferrocarriles del Norte (1843). Consiguió una fortuna inmensa, cifrada en el momento de su muerte en 150 millones de francos-oro y en una colección de más de cien cuadros de maestros antiguos (de los pintores flamencos a Rembrandt o Fragonard). Su figura sirvió de modelo a Balzac para el barón de Nucingen en varias obras de *La Comedia humana*, y sobre todo en *La casa Nucingen*, a Stendhal para el padre de Lucien Lewen en la novela homónima, y a Zola para Gundermann en *El dinero.* <<

[2] Françoise-Joséphine Dacy (1761-1851), conocida como Malaga, era una bailarina famosa de los Grands Danseurs du Roi hacia 1785; luego dirigió en París el Théâtre Mareux, donde debutó en 1796 su hija Jeanne-Françoise-Catherine Bénefand, conocida como *Malaga hija* (1786-1852); tras bailar en Bruselas en 1803-1804, esta artista ecuestre y bailarina de cuerda instaló en el bulevar del Temple una barraca que fue cerrada en 1807 por un decreto imperial. Balzac se refiere a esta última. También interviene en novelas de *La Comedia humana* como *La falsa amante* (1841), *La musa del departamento* (1843) y *La prima Bette* (1846). <<

[3] Circo fundado en 1793 por el artista ecuestre Antonio Franconi (1738-1836); se llamó Franconi hasta 1807, año en que se trasladó al nuevo hipódromo entre las calles Mont-Thabory Saint-Honoré; en 1817 regresaron a su antigua sala en el faubourg du Temple, destruida por un incendio en 1826, y reinaugurada al año siguiente con 2.300 plazas y el apoyo del nuevo régimen; en 1834 se convierte en Théâtre National du Cirque Olympique, que sufrió los avatares políticos del momento; además de espectáculos circenses, en él se dieron también conciertos. Terminó cerrando en 1862. <<

[4] En la edición de 1846, Balzac sustituyó el nombre del pintor real que aparecía en la primera edición por su pintor imaginario Bixiou, y la referencia a su serie de dibujos sobre las *Lorettes:* Paul Gavarni (1804-1866), gran acuarelista y dibujante, cronista de su época a través de su obra que apareció en las principales revistas y periódicos: *La Mode*, *L'Illustration*, *L'Artiste*, *Le Diable à Paris.* Las 70 litografías de la serie *Las loretas* y 28 de la serie *Clichy* aparecieron en la publicación satírica y de oposición republicana *Le Charivari* entre 1840 y 1843. En esta última serie, Gavarni recordaba su estancia en 1835 en la prisión de esa localidad, que acogía a los condenados por deudas. <<

[5] En esa fecha, Rabelais, nacido en 1483 o 1494, todavía era un adolescente o un niño. <<

[6] Expresión procedente del latín: *pons asinorum*, metáfora con la que se significa que si alguien no comprende algo no es por falta de explicaciones. <<

[7] Atravesaban el *Ponte dei sospiri* veneciano los condenados que. una vez sentenciados en el Palacio del Dux, eran trasladados a las salas de tortura o a los *pozos,* mazmorras construidas en 1614 tanto en los sótanos del edificio como en los *plomos,* debajo de los tejados: Giacomo Casanova, que narró su evasión de ellos en *Historio de mi vida,* será su «cliente» más famoso. El puente, elevado sobre el Rio de Palazzo. estaba totalmente cerrado para impedir que los condenados tuvieran la tentación de lanzarse al canal, o se les pudiera ver u oír sus gritos, por lo que algunos escritores lo llamaron «sarcófago volante». <<

[8] Balzac conoció al compositor y pianista Frédéric Chopin (1810-1849) a través de su amiga, la novelista George Sand (1804-1876), que convivió con el músico y que en su biografía relata esta habilidad de Chopin para improvisar y remedar tipos y personas. <<

[9] *Méthode des cartes*, en el original, que hace un juego de palabras con *Descartes* y su *Discurso del método.* <<

[10] La carta figura en *Un príncipe de la bohemia* (pág. 321). <<

[11] No existió ningún gabinete de lectura en la calle Coquenard (la actual calle Lamartine); en ellos se leían periódicos y libros por una módica cantidad por sesión (15 a 39 céntimos); los lectores podían abonarse por meses (un mes, 5 o 6 francos) y llevarse los libros a casa pagando de 10 a 15 céntimos el volumen. <<

[12] *La Famille improvisée* es un vodevil de tres autores, Nicolas Brazier (1783-1838), Félix-Auguste Duvert (1795-1876) y Charles Dupeuty (1798-1865), estrenado el 5 de julio de 1831 en el Théâtre du Vaudeville. En él interpretaba hasta cuatro papeles Henri Monnier (1799-1877). caricaturista, ilustrador, dramaturgo y actor francés, que en *Los empleados* (1838) sirvió de modelo a Balzac para el personaje de Bixiou, que reaparece en varias novelas de *La Comedia humana*. Como autor se le debe la creación de un personaje famoso, Joseph Prudhomme, tipo de burgués solemne, ridículo y satisfecho de sí mismo, encarnación de la necedad sentenciosa. <<

[13] Juego de palabras entre *livres* (libros, libras, libres) y *francs* (francos o libertos). <<

[14] Austerlitz fue escenario de una de las grandes victorias napoleónicas; el ejército francés derrotó el 2 de diciembre de 1805 a las tropas austriacas y rusas a pesar de la inferioridad numérica. <<

[15] *Le Constitutionnel*, «periódico político y literario» desde 1817, se subtituló de 1819 a 1914, año de su desaparición, «periódico del comercio, político y literario». Encarnación de la ideología del liberalismo burgués, apoyó en 1848 la elección de Luis Napoleón Bonaparte para convertirse en gubernamental durante el Segundo Imperio. En sus folletones aparecieron varias novelas de Balzac, Dumas, Merimée, Musset, etcétera. En *Le Charivari* y en *La Caricature* empezaron a aparecer en 1833 caricaturas del *Constitutionnel*, representado por un viejo de aire altanero con el que Daumier se burlaba del director, Charles Guillaume Étienne (1778-1845), también dramaturgo y poeta menor. La alusión la incluyó Balzac después de la muerte de Étienne. <<

[16] El Théâtre du Vaudeville se había inaugurado en 1792, con el vodevil como género específico de su repertorio. Tras sobrevivir a un incendio en 1838, treinta años más tarde se instalaba en un edificio nuevo situado en la esquina del bulevar des Capucines y la calle de la Chaussée-d'Antin; para entonces, en su escenario se habían cosechado grandes éxitos, como *La dama de las camelias,* de Alexandre Dumas hijo, y como obras de Labiche, Meilhac, Jules Verne. Fue adquirido por la sociedad Paramount en los años 1920 y terminó convirtiéndose en sala de cine en 1927. <<

[17] El *Almanach des 25 000 adresses des principaux habitants de Paris pour l'année…* se editaba anualmente desde 1815. <<

[18] Expresión francesa: el momento en que cada cual debe pagar su parte. <<

[19] Con el relato *La bella Imperia* abre Balzac sus *Cuentos droláticos* (1832-1837); la protagonista, Imperia, nacida en Italia en 1485, es situada por el novelista en el concilio de Constanza, ocurrido mucho antes del nacimiento de Imperia; su poder para seducir a cardenales y príncipes sirve a Balzac para hacer una sátira de la moral del clero católico. <<

[20] André Boulle (1642-1732), ebanista francés del reinado de Luis XIV y la Regencia, que puso de moda un tipo de mobiliario muy ornamentado; empleaba los procedimientos de marquetería, en especial un fondo incrustado de escamas negras con arabescos de cobre, reproduciendo temas históricos, paisajes, animales y flores. <<

[21] El Théatre des Variétés, inaugurado en junio de 1807, sigue existiendo en el número 7 del bulevar Monmartre de París. En sus inicios, dotado de un gran plantel de actores y actrices, se dedicó sobre todo a la ópera bufa y el vodevil. <<

[22] La época adjudicó el adjetivo de *lions* a los jóvenes elegantes que vivían en el lujo y la ociosidad y marcaban la moda entre las élites de la época. <<

[23] Hugues Désiré Marie Bouffé (1800-1888), actor francés de salud enfermiza por la que tuvo que abandonar los escenarios en 1864. Había hecho una brillante carrera, entre cuyos éxitos figuró el papel de papá Grandet en *La Fille de l'avare*, comedia-vodevil en la que Jean-François-Alfred Bayard (1796-1853) y Paul Duport (1798-1866) habían adaptado la novela de Balzac *Eugénie Grandet*, estrenada en enero de 1835. <<

[24] Bosque situado a 15 km al este de París, que en la actualidad solo tiene 400 hectáreas, gozaba de muy mala reputación debido a la presencia, muchas veces legendaria, de bandidos y salteadores. Desde principios del siglo XIX se explotaban su madera y, sobre todo, sus canteras de yeso. <<

[1] Heinrich Heine (1797-1856), poeta alemán considerado como el último del movimiento romántico; su fama ya se había extendido en los años 1830 por Alemania y Europa; atacado por sus posiciones políticas y censurado constantemente en Prusia, se trasladó a París en 1831, y frecuentó los círculos literarios. Balzac lo conoció en 1837, y, como todos los círculos literarios franceses, profesó hacia él una profunda admiración. <<

[2] Parte de la calle de Courcelles; en la actualidad se halla entre la calle de Monceau y el bulevar de Courcelles. <<

[3] El término italiano *patito* designa en tono burlesco al pretendiente, al novio. <<

[4] El cuento *Serpentin vert*, que tiene en su base los amores de Psique y Cupido, fue escrito por Marie-Catherine Le Jumel de Barneville, baronesa d'Aulnoy (1651-1705), autora de relatos maravillosos en los que, mediante alegorías, hacía una crítica de la corte y de la sociedad francesa de su época. Dejó varios volúmenes de «cuentos de hadas», así como memorias sobre su estancia en España, donde vivió (1675-1685) refugiada tras una conspiración, fracasada, contra su marido el barón d'Aulnoy, treinta años mayor que ella cuando fue casada con él a los 16. <<

[5] Se dio el nombre de doctrinario durante la Restauración a un grupo político realista que trató de conciliar los principios monárquicos con los derivados de la Revolución; su patrocinador inicial, Royer-Collard (1763-1845), abogaba por una monarquía que conciliase autoridad y libertad, a igual distancia los monárquicos que apelaban al Antiguo Régimen, y de los valores revolucionarios. Si empezaron a surgir hacia 1818, en la época de Balzac se reunían en torno a François Guizot (1787-1874), embajador en Londres en el momento de la redacción de *Un príncipe de la bohemia*, y varias veces ministro durante la Monarquía de Julio. <<

[6] En 1840, una coalición de estados Europeos –Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia– trató de impedir que Egipto atacase al sultán Mehemet-Alí, que pretendía controlar Constantinopla. Rusia, que buscaba su acceso al Mar Negro, trataba de que Francia no entrase en la coalición, dados los tradicionales lazos de amistad de Francia con el pachá. <<

[7] Pierre-François Tissot (1768-1854) se sumó a la causa revolucionaria y fue luego admirador de Napoleón, a quien celebró en sus versos; catedrático de poesía latina en el Collége de France (1813), dirigió *La Gazette de France,* puesto que perdió en 1821 y que recuperó tras la Revolución de 1830. <<

[8] «Enviados del señor», enviados especiales de los soberanos carolingios, creados en el año 789. Se encargaban de controlar a los representantes del poder real en provincias. <<

[9] Louis-François Armand de Vignerot du Plessis, duque de Richelieu (1696-1788), sobrino nieto del cardenal, fue famoso por su libertinaje, sus aventuras amorosas –en las que quedaron comprometidas algunas princesas de sangre e incluso, según se pretende, su madrina, casada con el heredero del trono– y sus duelos, que le valieron ser encarcelado en la Bastilla en su juventud. Hábil diplomático y militar, participó en varias campañas entre 1733 y 1758, y ejerció gran influencia sobre Luis XV. Mecenas generoso y gran amigo de Voltaire, pese a no manejar siquiera los rudimentos de la ortografía, fue elegido por unanimidad miembro de la Academia Francesa en 1720. <<

[10] El 24 de agosto de 1572, día de san Bartolomé, se inició en París una matanza de protestantes que tuvo eco en distintas ciudades de provincia en las semanas siguientes. Carlos IX ordenó la muerte de los jefes militares protestantes, pero la aplicación de su orden se convirtió en una matanza generalizada de todos los protestantes de París, sin distinción de edad ni sexo. El número de muertos se estimó en 3.000 en París, y de 5.000 a 10 000 en toda Francia; algunas estimaciones elevan el número total a 30 000. <<

[11] «Por este signo vencemos»; la expresión latina retoca la inscripción «In hoc signo vinces» que llevó al emperador romano Constantino a convenirse al cristianismo en el año 315. <<

[12] Marie-Joséphine Laguerre (1755-1783), soprano que murió alcoholizada; en enero de 1781 llegó tarde y embriagada a interpretar la *Ifigenia en Táuride* de Piccinni; Luis XVI ordenó confinarla en Fort l'Évéque por «crímenes contra la ópera». <<

[13] Étienne-Michel Bouret (1710-1777), tesorero general de la Casa del Rey y recaudador general desde 1743. <<

[14] Louise de Stolberg-Gedern, condesa de Albany (1752-1824) se casó en 1772 con el pretendiente inglés Carlos Eduardo Estuardo, del que se separaría en 1780; luego vivió con el poeta y filósofo piamontés Vittorio Alfieri (1749-18903) y, a la muerte de este, con el pintor François-Xavier Fabre (1766-1837). <<

[15] Ilustre familia florentina del siglo XIV; en el XVI, bajo el poder de los Médicis, se exiliaron a Lyon y al sur de Francia. Balzac quizá conoció a Gino Caponi (1792-1876), político e historiador, jefe del partido liberal moderado y senador del gran ducado de Toscana. <<

[16] Probablemente Victor de Grailly (1804-1889), pintor, alumno del paisajista Jean-Victor Bertin. <<

[17] Charles Nodier publicó en 1828 la *Histoire du roi de Bohême et de ses sept châteaux,* con ilustraciones de Tony Johannot, que supuso una nueva relación, revolucionaria para la edición ilustrada de los años 1830, entre el texto y la imagen. Si la *Histoire* fracasó comercialmente, contó con la admiración de Balzac, Victor Hugo, Nerval, Delacroix… <<

[18] Armand-Louis de Gontaut Biron (1747-1793), duque de Lauzun y de Biron, participó en diversas campañas, así como en la guerra de independencia americana. Mariscal en 1784, se sumó a la Revolución, mandó el ejército de Italia en 1793 y luchó contra los vendeanos; pese a ello, acusado de traición por el Comité de Salud Pública, murió en la guilotina. Dejó unas memorias de 1747 a 1783 que se publicaron en 1822. <<

[19] Nombre de un personaje de *Les Vendanges,* comedia en un acto en verso de Jean-François Regnard (1655-1709), estrenada póstuma en 1823. <<

[20] Charles Gaudin (1756-1841), duque de Gaeta en 1809, ministro de Finanzas durante el Imperio. Gaudin es homófono de Godin. <<

[21] Un piso barato, porque el siglo XIX también marca la jerarquía de clases en los edificios; el más caro, y el que gozaba de mayor consideración social, era el primero; el valor de los pisos menguaba a medida que se ascendía, hasta las buhardillas o el desván. <<

[22] Alusión al cuadro *Mirabeau respondiendo al marqués de Dreux-Brézé*, de Hesse, premiado oficialmente en 1830; sitúa un momento histórico célebre: el marqués de Dreux-Brézé, gran maestro de ceremonias de la corte, se presentó con una orden de disolución de la Asamblea firmada por el rey el 23 de julio de 1789; la respuesta de Mirabeau fue la primera en cambiar las bases de la jerarquía de poder: «Id a decir a vuestro amo que estamos aquí por voluntad del pueblo y solo saldremos por la fuerza de las bayonetas», afirmando por primera vez la inviolabilidad de la Asamblea. En 1831 Delacroix repetiría tema y título en un lienzo (Museo del Louvre). <<

[23] Nerón evocaba a Junia en la obra de Racine *Britannicus:* «Bella sin adornos, en el sencillo atuendo / de una belleza a la que acaban de arrancar del sueño» (II, II). <<

[24] Véase «La bolsa», nota 15, pág. 19. <<

[25] Jacques Lafitte (1767-1844), político y banquero francés, gobernador del Banco de Francia, ministro y presidente del Consejo en agosto de 1830 con Luis Felipe. En marzo de 1831, al abandonar el cargo, estaba arruinado por sus contribuciones para la llegada al poder del nuevo rey y la mala gestión de su banco; solo consiguió quedarse con su palacete gracias a una suscripción nacional. Logró crear otro banco, de éxito escaso, y que desapareció a su muerte. <<

[26] Del rey Luis Felipe, ante una ventanilla con la inscripción: «Suscripción para el señor Lafitte»; la leyenda decía: «Suscribo por el amigo a quien debo. Aquí tiene cien *sous*, devuélvame cinco francos». <<

[27] Balzac, como más tarde Proust, denunciará el sistema crítico de Sainte-Beuve, más atento a hechos y chismes biográficos que a la calidad literaria de los escritores. <<

[28] Palacete situado en la calle Saint-Médéric de Versailles donde Luis XV mantuvo una especie de harén para relaciones galantes de 1755 a 1771. (Véase Benedetta Craveri, *Amantes y reinas. El poder de las mujeres,* Siruela, Madrid, 2003). El Hotel de Rambouillet, en la calle parisina Saint-Thomas-du-Louvre, albergó el salón literario más conocido de la época, el de las «preciosas», dirigido por la marquesa de Rambouillet desde 1608 hasta su muerte en 1665. Sobre él se construirá el Palais-Cardinal, convertido más tarde en Palais-Royal. <<

[29] Balzac alude a la distinción hecha por Sainte-Beuve en su obra *Port-Royal* entre Francisco de Sales y Saint-Cyran: los espíritus cristianos se dividirían en dos clases: los dulces y tiernos» y los «firmes, fuertes y ardientes». <<

[30] Véase «La bolsa», nota 15, pág. 19. <<

[31] La casa de Valois fue la rama menor de la dinastía capeta que reinó en Francia de 1328 a 1589; a la muerte de Enrique III, fue sucedido por Enrique IV, primer rey de la rama, también capeta, de los Borbones. <<

[32] Balzac había puntualizado un texto pascaliano citado mal por Saint-Beuve: «como en Epaminondas que tenía el extremo valor y la extrema benignidad. Porque de otro modo eso no es subir, es caer. No se muestra la grandeza por estar en un extremo, sino tocando los dos a la vez y llenando todo el espacio intermedio [*entre-deux*]» (*Pensamientos*, n.º 575 Pascal, ed. M. Armiño, Madrid, 2009). <<

[33] General y político griego del siglo IV a. C. que logró situar la ciudad estado de Tebas a la cabeza de Grecia, sustituyendo a Esparta en esa hegemonía; sus cambios no le sobrevivieron mucho tiempo; 27 años después de su muerte, Tebas fue destruida por Filipo II de Macedonia. <<

[34] George Villiers, primer duque de Buckingham (1592-1628), favorito de Jacobo I y de Carlos I de Inglaterra, fue famoso por su prodigalidad y por sus aventuras femeninas: su cortejo de la reina Ana de Austria y su personalidad política pasarían a obras literarias como las *Mémoires* de La Rochefoucauld, *Los tres mosqueteros* de Alexandre Dumas, o *A Child's History of England* de Dickens. <<

[35] Los niños saboyanos trabajaban como deshollinadores; su animal representativo era la marmota. <<

[36] Adélaide Louise d’Orléans (1777-1847), hermana menor del rey Luis Felipe, sobre el que ejerció gran ascendencia como consejera. A su muerte, parte de su gran fortuna fue a parar a sus sobrinos Antoine, duque de Montpensier, y François, príncipe de Joinville; el primogénito de su hermano, Ferdinand-Philippe d’Orléans (1810-1842), a cuyo matrimonio (1830) se alude en la línea siguiente, había muerto prematuramente. <<

[37] El nombre o apodo del *groom* de Balzac era Anchise; en la mitología griega, de los amores de Anquises con Afrodita nació Eneas. <<

[38] Antonia es protagonista de «Un hombre de negocios» (véase pág. 321). La cursiva indica que «aún no había hecho la calle». <<

[39] Paul Scarron (1610-1660), poeta, novelista y autor dramático, se había casado con una sobrina del poeta Agrippa d'Aubigné, Françoise d'Aubigné, amante titulada del rey como Mme. de Maintcnon y, desde 1684, esposa morganática de Luis XIV. <<

[40] «¿Y que diablos iba a hacer a esa galera?», frase que ha pasado a la cultura francesa como expresión común, figura en *Los enredos de Scapin* (VII, II), de Molière, que la tomó de *Lepédcmtjoue* (1654), obra de Cyrano de Bergerac; ese «plagio» sirve también a Edmond Rostand en su *Cyrano de Bergerac* (V, iv). <<

[41] Madame de Guébriant, cansada de la infidelidad de su amante el duque de Richelieu (véase *supra*, nota 9), le escribió: «Si os encontráis bien, y queréis verme, decidme donde queréis que sea, y si me enviáis vuestra carroza a la *cour* (“patio, corte”) de las cocinas»; a lo que el mariscal contestó: «Os aconsejo, señora, que os quedéis en esa corte, para encantar a los marmitones, para los que estáis hecha». <<

[42] Émile Blondet, personaje de *La Comedia humana*, que aparece por primera vez en *La piel de zapa* (1831). Es el arquetipo del periodista ambicioso, que termina casándose con la condesa de Montcornet; su peripecia se desarrolla a lo largo de numerosas novelas: *Esplendores y miserias de las cortesanas*, *Los secretos de la princesa de Cadignan*, *La casa Nucingen*, etcétera. <<

[43] Por lo tanto ha nacido en 1812; en la primera edición tenía veinticinco años, lo que hacía posible que su padre fuese un general muerto en Wagram en 1809; más joven, La Palférine puede intervenir en el desenlace de otra novela de Balzac, *Beatriz.* <<

[44] Alusión a su caída del caballo en el camino de Damasco (Hechos de los Apóstoles, 9, 13 y ss.). <<

[45] Según el *Dictionnaire* de la Academia (1835), la segunda vista es una «facultad de la que algunos habitantes del Norte pretenden estar dotados, y consiste en ver con la imaginación cosas reales, que existen o suceden en lugares alejados». <<

[46] «Soldadesca» porque la había puesto de moda un cadete, farmacéutico de Napoleón durante la campaña de Austria, con el sentido de «cosa hinchada, falsa»; durante mucho tiempo fue término jergal, que ha acabado pasando a la lengua normalizada. <<

[47] El texto exacto es «Otra vez Gessler»; pertenece a la ópera *Guillermo Tell* (I, vi), de Rossini, estrenada en 1829. <<

[48] Alusión a María Magdalena, curada de los siete demonio malignos que la poseían según el Evangelio de Lucas. <<

[49] El relato «Z. Marcas» (véase pág. 425) se publicó un mes antes que *Un príncipe de la bohemia* en su primera edición de la *Revue parisienne* (julio de 1840). <<

[50] Según la mitología griega, encerrada por su padre Acrisio, rey de Argos, en una cueva para que no tuviera hijos –según un oráculo, el rey sería asesinado por el hijo de su hija–, Dánae recibió la visita de Zeus en forma de lluvia de oro; de esa lluvia nacería Perseo, que dio cumplimiento a la profecía. <<

[51] Alusión al cuento en verso *La oración de san Julián,* de La Fontaine, en la que el protagonista, despojado por bandoleros, encuentra refugio, no en casa de su mujer, sino en el lecho de una joven viuda: «Al parecer lo mejor de este cuento / entre dos sábanas para Renaud pasó»; el personaje terminará recuperando lo robado por los bandoleros gracias a las oraciones a san Julián. <<

[52] Sobre este personaje, véase «La misa del ateo» (nota 2, pág. 183). <<

[53] En el siglo XVII se daba ese nombre en Italia al jefe de soldados mercenarios. <<

[54] Jean-François du Bruel, personaje de *La Comedia humana;* empleado de hacienda (*La Rabouilleuse*, *Los empleados*), se enriquece como autor de vodeviles (*Ilusiones perdidas*, *Una hija de Eva*) para terminar casándose con Tullia y consiguiendo triunfar en política (*Los pequeños burgueses*). <<

[55] Marie-Madeleine Guimard (1743-1816), bailarina célebre de la Ópera y mujer de moda en la sociedad libertina; amante del arte, en su casa de las afueras de París instaló el Théâtre de Pantin, un teatro de sociedad que congregaba a la sociedad aristocrática y en el que se presentaban espectáculos licenciosos; en 1772 inauguró en su palacio de París otra sala escénica, el Templo de Terpsícore. <<

[56] Alphonse de Chaulieu, duque de Rhétoré, es un personaje de *La Comedia humana,* amante de la bailarina Tullia en *Memorias de dos recién casadas,* y compañero de Lucien de Rubempré en *Esplendores y miserias de las cortesanas.* Figura también en *Albert Savarus.* <<

[57] El vizconde Sosthène de La Rochefoucauld (1785-1864), edecán de Carlos X, que lo nombró director de Bellas Artes (1824); desde ese cargo reglamentó la «virtud» del arte (tapando los desnudos del Louvre, alargando las faldas de las bailarinas), al mismo tiempo que se convertía en «protector» de una bailarina famosa como Julia (modelo de Tullia), o de un campesino visionario que hablaba en nombre del arcángel Rafael. <<

[58] De las dos hermanas Noblet, solo Lise (1801-1852) consiguió bastante éxito en las tablas de la Ópera de París en la década de 1820. La llegada de María Taglioni en 1827 supuso el inicio de su decadencia. <<

[59] Apellido de una famosa familia de bailarines florentinos instalada en Francia en el siglo XVIII, que pervivió durante el XIX, hasta Auguste Vestris (1760-1842), apodado «el dios de la Danza». <<

[60] Marie-Anne de Cupis Camargo, llamada la Camargo (1710-1770), bailarina muy elogiada por su arte (Voltaire, por ejemplo); actuó en la Ópera de 1726-1734, año en que la abandonó a instancias de uno de sus amantes, el conde de Clermont, príncipe de sangre, que llegó a secuestrarla para que dejase la escena, y de 1740-1751. Sobre Marie-Madeleine Guimard, véase, nota 55. <<

[61] Maria Taglioni (1804-1884), considerada como la primera gran bailarina romántica, arrasó en su presentación en París en 1827; tras pasearse por todos los escenarios de Europa, se dedicó a la enseñanza y a la coreografía. <<

[62] La Monarquía de Julio, que, con Luis Felipe I, se hizo con el poder en Francia y gobernó de 1830 a 1848. <<

[63] Alusión a la habilidad para la intriga cortesana con que Mme. de Maintenon consiguió casarse con Luis XIV en 1684. <<

[64] Para Berthier, es inaceptable la cronología interna de la novela, dado que la acción debe estar por lo menos en 1838 (*ed. cit.*, pág. 1519). <<

[65] Dominique-Joseph Garat (1749-1833) fue ministro de Justicia de octubre de 1792 a marzo de 1793; sin embargo, el título de Gran Juez fue una creación de Napoleón Bonaparte, ya durante el Imperio. <<

[66] Sophie Arnould (1742-1802), bailarina y cantante, que reinó en París durante la segunda parte del siglo con un salón al que acudían los *philosophes* de la Enciclopedia (de Voltaire a Rousseau, Diderot y Beaumarchais) y políticos como Lucien Bonaparte. Considerada la mayor soprano de su tiempo, encarnó a todas las heroínas del repertorio lírico; era famosa por sus frases ingeniosas; en el siglo XIX, de ella pervivía sobre todo su fama de mujer libre e impúdica. La Revolución la privó de su fortuna. Rosalie Duthé (1748-1830) se inició como bailarina pero fue famosa en el campo de la galantería; varias cabezas coronadas de Europa se preciaron de haber hecho su conquista. Inspiró a pintores como Fragonard, Lemoine o Prud'hon. Dejaba al morir una gran fortuna. <<

[67] En su primera edición, Balzac dice su nombre: Théophile Gautier. <<

[68] Véase «La paz del hogar», nota 10, pág. 43. <<

[69] Posible alusión a los caballos ingleses de montería, que sin mucho tardar eran destinados a faenas más ordinarias. <<

[70] Balzac, vicepresidente de la Societé des Gens de Lettres, formó parte en abril de 1840 de una comisión encargada de regular amablemente con la Sociedad de Autores dramáticos «los intereses de las dos sociedades». <<

[71] Restaurante parisino fundado en 1804 en el núm. 54 de la calle Montorgueil; durante el siglo XIX fue lugar de moda al que se acudía tras el teatro para saborear su especialidad, las ostras. Frecuentado por Balzac, por él pasan la mayoría de los personajes de *La Comedia humana*. <<

[72] Véase «Un hombre de negocios», nota 21, pág. 337. <<

[73] Balzac juega con una alusión al orador romano Marco Tulio Cicerón, cuyas «oraciones» (discursos) son las más famosas de la época romana; pertenecía a la *gens Tullia,* como indica su segundo nombre. <<

[74] *Les Petites Affiches*, periódico de anuncios, fue creado en 1628 por Théophraste Renaudot, medico del Luis XIII, que le concedió privilegio de exclusividad. Entre sus tareas figuró la publicación de anuncios y notificaciones legales o judiciales. <<

[75] Se alude a Florine, amante de Nathan, personaje de *La Comedia humana;* aparece sobre todo en *Una hija de Eva*. <<

[76] Balzac parece apuntar a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras o a la de Ciencias Morales y Políticas. <<

[77] Bernard Chérin (1718-1785). genealogista, heraldista e historiógrafo, el mayor de su época; incorruptible y escrupuloso, fue el primero en exigir cuatro grados de nobleza para la obtención de cargos. «Hombre injusto, a fuerza de ser justo», fue ennoblecido en 1774. <<

[78] El adjetivo ciudadano aplicado al rey Luis Felipe no tuvo al principio matiz peyorativo. <<

[79] El roc (rok, ruj), ave legendaria capaz de trasladar hasta su nido, a sus lomos, criaturas de gran tamaño (hasta un elefante), según las aventuras de Simbad *(Las mil y una noches);* también Marco Polo relata en su *Libro de las maravillas* las creencias de los habitantes de Madagascar sobre esa ave mítica. <<

[80] En la edición primera de la *Revue parisienne* la frase era más clara: «Mi querido Nathan –dijo ella lanzándome una amarga sonrisa–, conozco otro matrimonio donde es el marido el que es amado, y donde es la mujer la que es Du Bruel». <<

[81] Balzac se remite a su novela *Béatrix*, que había aparecido en agosto de 1839. <<

[1] Cristina Trivulzio Belgiojoso (1808-1871), escritora y periodista italiana. Implicada en conspiraciones contra los austriacos que dominaban Lombardía, huye en 1830 a Francia y abre en París un brillante salón político y literario al que acudieron Tocqueville, Musset, Victor Hugo, Lafayette, Heine, François Mignet –su marido secreto–, Franz Liszt… Balzac la conoció en 1833. Volvió a su país en 1840, luchó por la unidad italiana, y en la década de 1850 tuvo que exiliarse de nuevo a Grecia y Asia Menor; regresó a Locate tras una amnistía austriaca; una vez conseguida la unidad italiana, abandonó la política. <<

[2] Burla de la falta de gusto de Luis Felipe al crear en Versalles el Museo dedicado «A todas las Glorias de Francia»; véase «Pierre Grassou», nota 32, pág. 318. <<

[3] En 1787, el pintor inglés Joseph Barker había inventado y dado el nombre de panorama a un «vasto cuadro circular situado alrededor de una rotonda, de forma que el espectador vea los objetos representados como si, situado en una altura, descubriese todo el horizonte en torno». El primero en hacerlos en Francia, el pintor Pierre Prevost, representaban París visto desde las Tullerías y la evacuación de Toulon por los ingleses en 1793. Junto al n.º 2 del bulevar Monmartre se construyeron dos grandes torres para exponerlos, en un pequeño pasaje cubierto que recibió el nombre de Passage des Panoramas; en la actualidad, sus 133 metros de longitud por 3,20 de anchura quedan entre la Bolsa y la Ópera. <<

[4] Local de baile fundado en 1840 por el bailarín Mabille, que se convirtió en el lugar de moda por excelencia de París; dotado de 3.000 farolas de gas, pudo abrir por la noche. Estaba situado en la avenida de las Veuves (la actual avenida Montaigne), y desapareció en 1875. Dado el precio de la entrada, estaba reservado para clientes ricos. En *La Comedia humana* es lugar predilecto para la actuación de las loretas. <<

[5] Marc-Antoine-Madeleine Désaugiers (1772-1827), actor, autor de canciones y de más de un centenar de vodeviles, comedias o parodias (escritas en su mayor parte en colaboración), en las que se reflejan las costumbres de la época; al regreso de los Borbones en 1815 sería nombrado director del Théátre du Vaudeville.

Louis Barizain, alias Monrose (1811-1883), actor que llegaría a ser *sociétaire* de la Comédie-Française, obtuvo un gran éxito personal con *Les Ressources de Quinola* (1842), pese a que fuera un rotundo fracaso para su autor, Balzac; fue profesor de teatro de Lucien Guitry. <<

[6] Para Anne-Marie Meininger, el sentido algo confuso de la anécdota, se aclara recurriendo a la primera impresión: «elija la otra» va dirigido al dependiente; y debe entenderse «elija la otra [para usted], yo se la regalo». Al retocar el texto, Balzac añadió: «y usted joven», introduciendo «una incoherencia o, al menos, una torpeza». <<

[7] La calle Vivienne, que arranca en el Palais-Royal. Fue urbanizada en los años 1840, junto al Passage des Panoramas; gozó de gran esplendor en ese momento por la galería Vivienne. <<

[8] Tipo de cadena a la que se unían las llaves, las tijeras, el reloj u otras joyas, y que las damas llevaban en su cinturón. <<

[9] En la época designa a un seguidor de Étienne Cabet (1788-1856), pensador político que predicaba un comunismo cristiano y fundó una comunidad utópica, bautizada como Icaria, a orillas del Río Rojo en Texas (EE. UU.). Describió esa sociedad ideal en su obra *Viaje a Icaria* (1842). <<

[10] *Jupiter Olímpico o el arte de la escultura antigua considerada bajo un nuevo punto de vista*, obra del arqueólogo, filósofo y político Antoine Chrysostome Quatremère de Quincy (1755-1850). Según Pierre Larousse, en sus obras mostraba una «erudición vasta, pero mal digerida y una prolijidad demasiado grande». <<

[11] Sophi, o sufí: nombre que llevó antiguamente el sah de Persia. <<

[12] Anne-Marie Mieissinger puntualiza exactamente la situación tanto del almacén (la editorial de Hetzel) como de la tienda *Le Persan*: el n.º 76 de la calle Richelieu. <<

[13] A principios de la Restauración, Victorino Pierrard fundó una casa de costura que tuvo hasta cuatro razones sociales de su negocio, situado en el 104 de la calle de Richelieu cuando Balzac escribe el relato. Froment-Meurice pertenecía una dinastía de orfebres y joyeros parisinos iniciada por François Froment (1773-1803); François-Désiré Froment Meurice (1802-1855) fue joyero famoso; entre sus clientes figuraban escritores como Balzac y Gautier. <<

[14] Selim III (1761-1808), sultán del imperio otomano, aliado de Francia hasta el momento en que Bonaparte invade Egipto y Siria. Fue derrocado en 1807 por una revuelta de jenízaros y muerto al año siguiente. <<

[15] Estatua situada junto a la tienda de la calle de Richelieu. <<

[16] Exactamente Grünes Gewölbe, la Bóveda verde, museo fundado en 1723 en Dresde, que encierra tesoros de la historia de Europa, desde el Renacimiento, en orfebrería, piedras preciosas, estatuas de bronce y artistas de corte. <<

[17] «Es muy magnífico». <<

[18] «Muy bonito, bello, delicioso». <<

[19] Laurent Cunin-Gridaine (1778-1859), obrero de una manufactura de Sedán, ascendió en sociedad, asociándose primero con su patrón Gridaine, con cuya hija se casó; diputado liberal en 1827, a partir de 1830 se convirtió en defensor acérrimo de la Monarquía de Julio, cuyas leyes represivas apoyó; fue ministro de agricultura y comercio desde 1837 hasta 1848 prácticamente. <<

[1] Jean-Baptiste-Thérèse Guillonnet-Merville (o Guyonnet-Merville), muerto en 1832, abogado y juez de paz; Balzac, que trabajaría (1816-1818) como pasante en su despacho –como también lo hizo el dramaturgo y libretista Eugène Scribe (véase «El ilustre Gaudissart», nota 7, pág. 210)–, creó a partir de él al abogado Derville, que aparece en varias obras de *La Comedia humana: Gobseck, El coronel Chabert, Esplendores y miserias de las cortesanas.* <<

[2] El día anterior había sido guillotinado Luis XV; de hecho, el periodo histórico conocido como Terror no comenzaría hasta la ejecución de María Antonieta y de los girondinos, en octubre de ese mismo año. <<

[3] En el emplazamiento de la actual Gare de l’Est. <<

[4] Esa calle, por la que pasaban los cortejos fúnebres desde el hospicio al cementerio, arrancaba en la calle del Hospice-Saint-Louis para terminar en la calle del Faubourg-Saint-Martin. <<

[5] Color del luto real. <<

[6] Ex-noble. <<

[7] Un decreto sustituyó el tratamiento de señor y señora por el de «ciudadano» y «ciudadana», e imponía el tuteo. <<

[8] Ahí, en la calle Neuve-Saint-Jean (en la actualidad calle del Château-de-l'eau), vivía Sansón, el verdugo. <<

[9] El 2 de septiembre de 1792, de los 160 carmelitas que había encerrados en el convento por haberse negado a prestar juramento de fidelidad a la Constitución civil, 115 fueron ejecutados, junto con algún seglar. El resto consiguió huir. <<

[10] Abadía situada a 30 km de Meaux, fundada entre 657 y 660, tras la muerte de Clodoveo II por su esposa, la reina Batilda. La dirigieron durante mucho tiempo princesas de sangre real carolingia. Fue destruida en 1796. <<

[11] La primera versión hablaba del duque de Lorge y del marqués de Béthune; este último se remontaba a Robert de Béthune, muerto en 1037, y había tenido varias ramas; a la más famosa, la de Béthune-Charost, pertenecía su representante históricamente más conocido, el duque de Sully, amigo de Enrique IV. <<

[12] El apellido Sanson –por homofonía con el héroe bíblico, Sansón–, perteneciente a una familia de origen florentino, terminó convirtiéndose en sinónimo de verdugo; esa familia desempeñó en Francia el cargo hereditario de «ejecutores» de las condenas a muerte de 1688 a 1847. Charles-Henri Sanson, que era de estatura mediana. fue quien durante la Revolución cortó las cabezas más elevadas, desde la de Luis XVI y la de su hijo Henri a la de la reina María Antonieta. Llevó una especie de diario que su nieto Henri-Clément vendió a un editor para pagar sus deudas de juego en 1847: *La Révolution française vue par son bourreau;* poco antes, uno de sus acreedores había incautado la guillotina del abuelo. <<

[13] Los restos de Luis XVI fueron enterrados en el cementerio de la iglesia la Madeleine de la Ville-l'Évêque, donde, durante la Restauración, se construyó una capilla expiatoria. Esa antigua iglesia se hallaba aproximadamente en el n.º 11 de la actual bulevar Malesherbes. <<

[14] En realidad, sí hubo servicio religioso en el enterramiento de Luis XVI, realizado por dos vicarios de la parroquia de Sainte-Madeleine. <<

[15] Hay una impropiedad, dado que ese oficio solo podía ejercerse por un dignatario de rango por lo menos episcopal; en las líneas siguientes, Balzac parece confundir cáliz y ciborio; este último está destinado a conservar las hostias. <<

[16] Lo explica Balzac a continuación: oficio fúnebre sin la presencia del cuerpo difunto. <<

[17] «Y el que dé a beber [aunque sea] solo un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, a título de discípulo, os digo de verdad, no perderá su recompensa», Mateo, 10, 42. <<

[18] «Subiré al altar de Dios», inicio del ritual católico de la misa. <<

[19] «Señor, salva al rey», invocación que, bajo el Antiguo Régimen, se decía al final de todos los oficios. <<

[20] Luis XVII, hermano del rey guillotinado, fue proclamado rey por los realistas, pese a estar prisionero en el Temple. <<

[21] Siguiendo las aspiraciones de la Revolución, el portero se ha bautizado con el nombre de un patriota romano, Mucio Escévola (muerto h. 115 a. C.), jurisconsulto que, tras el asesinato del tribuno de la plebe Tiberio Graco, fue amenazado con la tortura por el rey etrusco Porsena si no delataba a los asesinos; para demostrar que no tenía miedo al dolor, metió la mano en un brasero encendido. <<

[22] Un criado del conde de Charolais, llamado Chesneau, habría protegido los intereses realistas e indicado a Sanson el sacerdote que podía celebrar la misa. Balzac lo convertirá en personaje importante en *Un asunto tenebroso* (1843) bajo el nombre de Michu, guarda general de la tierra de Gondreville; falso revolucionario radical, ayuda bajo mano a la aristocrática. <<

[23] A partir de aquí, en las dos primeras impresiones del texto (1830 y 1831), el desenlace del relato era distinto; lo damos al final de ese mismo texto. <<

[24] Caída de Robespierre, que pone fin al periodo histórico definido como el Terror (27 de julio de 1794); fue ejecutado junto a 22 compañeros de ese período revolucionario el 28 de julio. Sorpresivamente, líneas más adelante la señora Ragon dice: «pero hoy, cuatro días después del aniversario del 21 de enero, se puede mirar ese horrible cortejo sin pena». <<

[25] Los Ragon intervienen con mayor protagonismo en otra novela de *La Comedia humana,* en *César Birotteau* (1837). Líneas más adelante, la señora Ragon da el nombre anterior a la Revolución de esa plaza, que ya tenía el de Place de la Concorde. <<

[26] En realidad, la caída de Robespierre se produjo los días 26-28 de julio. <<

[27] Fecha a todas luces ficticia, porque el «episodio» había aparecido dos veces en 1830 *(Cabinet de lecture)* y otra más en 1839 *(Journal de Paris).* <<

[28] Tras el Concordato de 1801. <<

[29] Joseph Fouché (1759-1820) había sido lego en los oratorianos; diputado jacobino durante la Convención, se enfrentó a Robespierre, y votó en 1792 a favor de la muerte de Luis XVI. Hasta 1816 ocupó, gracias a su habilidad para apoyar a unos y a otros en distintas circunstancias, los cargos más altos, por ejemplo, el de ministro de la Policía con el Directorio y con el Imperio (1798-1802, 1804-1809). Un decreto de 1816 lo condenó a la proscripción y el exilio por su condición de regicida. <<

[1] Guillaume de Wurtemberg (1781-1864), segundo rey de Wurtemberg desde 1816 hasta su muerte. Balzac, que le había conocido en 1845, pensaba tenerlo por testigo de su matrimonio con Mme. Hanska. <<

[2] Calle de París que corre a lo largo del Odéon. <<

[3] El Théâtre de l’Odéon fue inaugurado en 1782 por la compañía del Théátre-Franfais, para la que fue construido. Incendiado en 1799 y en 1818, a raíz de la quiebra que sufrió en 1830 permaneció cerrado hasta 1841, salvo para representaciones puntuales. <<

[4] Durante el Antiguo Régimen, los cargos se compraban; durante el Imperio se pagaba a los solicitantes una cantidad tan baja que solo podían interesar a personas acomodadas, que los buscaban solo por la honorabilidad unida a ellos. <<

[5] Parecida, por tanto, a la de Luis Felipe, cuya cabeza el dibujante Philipon había representado en *La Caricature* (1831) en forma de pera. <<

[6] Desde 1830, Luis Felipe había concedido el título de par a numerosos personas extranjeros; a diferencia de los títulos dados por la Restauración, no tenían carácter hereditario. <<

[7] Hay que entender «de los banqueros». <<

[8] Habían ocurrido casos de este tipo: el de Benoît Laborgne, conde de Boigne (1751-1830), aventurero saboyano que hizo fortuna en la India sirviendo al frente del ejército de Mahadaji Sindhia, rey del imperio maltrato. De vuelta a Europa con una fortuna inmensa, se instaló en Inglaterra, en París (1802) y en su pueblo natal, Chambéry (Saboya, 1807). Y el de Claude Martin (1735-1800), hijo de artesano, que en 1751 se enroló en la Compañía Francesa de las Indias Orientales y en 1760 en la Compañía Inglesa. Preceptor en Awadk, se puso al servicio del nabab de Lucknow, Asafud-Daula, desarrollando sus talentos de hombre de las Luces y su genio militar. Reunió una gran fortuna que, por testamento, sirvió para crear escuelas para jóvenes en Lucknow, en Calcuta y en su villa Natal, Lyon. <<

[9] En 1836, el compositor y director de orquesta Philippe Musard (1792-1859) había inaugurado su sala de baile en la calle Vivienne –a la altura del actual n.º 49–, tras dirigir los Conciertos de los Campos Elíseos de Invierno. Como compositor, se inspiró en temas sacados de otras obras –por ejemplo, un galop derivado del *Réquiem* de Mozart, según Larousse, que lo considera el «maestro de la música desenfrenada»–. Dirigió tanto los bailes de la corte y de la Ópera como los de la ciudad. Obtuvo sus mayores éxitos en cuadrillas y en bailes populares, como el cancán, que introdujo en 1840 y fue considerado escandaloso. <<

[10] Alusión a la obra del filósofo y orientalista conde de Volney (1757-1820), *Les Ruines, ou Méditalions sur les révolutions des empires* (1791), más conocida como *Las ruinas de Palmira.* <<

[11] *Garde des Sceaux:* título en Francia del ministro de Justicia. <<

[12] En 1843 se inició la restauración de la Sainte-Chapelle parisina, edificio gótico mandado construir en la Île de la Cité por el rey san Luis en 1242. Hasta esa fecha de 1843, en las calles que fueron absorbidas por las ampliaciones del Palacio de Justicia vivían, sobre todo, familias relacionadas con la administración judicial. <<

[13] La calle sigue existiendo en el barrio del Marais; está muy lejos del alojamiento de Marcas; y tampoco el precio del restaurante es tan económico como para hacer el viaje. <<

[14] El juego se prohibió en Francia a finales de 1837. <<

[15] Alusión a *Le Postillón de Longjumeau*, ópera cómica de Adolphe Adam (1836), de gran éxito en la época; el protagonista, convertido en tenor («Ah, amigos míos, qué apuesto era el postillón de Longjumeau») se casa dos veces con la misma mujer, la segunda sin reconocer a la que ya había sido su esposa. <<

[16] Obrero encargado de limpiar los troncos de los árboles abatidos para quitarles las ramas y prepararlos para los «trenes de madera», después de 1830. Gavarni había puesto de moda la ropa que estos descargadores utilizaban como traje de carnaval: pantalón de terciopelo muy amplio y corto que dejaba ver el tobillo, blusón grueso de trabajo, de tela basta, ceñido en la cintura por un ancho cinturón rojo flotante, y gorro de policía ladeado sobre la oreja. Traje igual para hombres y mujeres, fue adaptado para los bailes más excéntricos. <<

[17] El restaurante *Véry,* en el Palais Royal, como el *Rocher de Cancale* (véase «Un príncipe de la bohemia», nota 71, pág. 373) estaban por encima de las posibilidades económicas de un estudiante. <<

[18] El violinista Niccolò Paganini (1782-1840) acababa de morir en Niza el 27 de mayo cuando Balzac escribía este relato. La cuarta cuerda del violín es la más baja. <<

[19] Toussaint Louverture (1743-1803), político francés nacido en las Antillas, jefe de la revolución haitiana; nacido esclavo, se sumó a la Revolución y ocupó los más altos cargos del poder militar y político en Santo Domingo. Una expedición francesa enviada por Bonaparte, que al mismo tiempo restableció la esclavitud, lo apresó, lo trasladó a Francia y lo encarceló; en abril de 1803 era hallado muerto en su celda, en circunstancias sospechosas. El 1 de enero de 1804, su antiguo lugarteniente Dessalines proclamaba la independencia de Haití. <<

[20] Lo intentó en el *Memorial de Santa Elena*, publicado en 1823. <<

[21] Hacia la actual calle Mouffetard. La referencia a los iroqueses remite a una novela célebre en la época, *El último de los mohicanos* (1826), del norteamericano Fenimore Cooper (1789-1851). <<

[22] Nombre dado por los conquistadores españoles a Cuauhtémoc (1496-1525), último gobernante mexica; fue capturado por Hernán Cortés tras la batalla de Tenochtitlán (agosto de 1521); después de pasar cuatro años en prisión, Cortés ordenó su tortura y su muerte en la horca. <<

[23] El viejo guarnicionero Pierre Morey, republicano radical, participó en el atentado de Guiseppe Fieschi (1790-1836) contra Luis Felipe y la familia real (28 de julio de 1835), causando dieciocho muertos; apresados, los principales conspiradores fueron guillotinados (19 de febrero de 1836). <<

[24] La metáfora alude a que el suelo aún estaba sin pavimentar y era de tierra batida. <<

[25] Es decir, redactaba la información de la Cámara de diputados y de la Cámara de los pares para la prensa. <<

[26] Alusión a dos abogados y políticos representantes de ideas opuestas: Pierre-Antoine Berryer (1790-1868). defensor de la causa legitimista, y de Adolphe Thiers (1797-1877), de centro izquierda, que apoyará a la Monarquía de Julio, con la que fue presidente del Consejo en 1836 y en 1840; posteriormente, las elecciones de 1870 celebradas durante la invasión prusiana, le permitieron ser jefe del Estado y del gobierno, y poco después primer presidente de la III República (1871). <<

[27] Para presentarse a la elección, había que pagar un «censo de elegibilidad» de quinientos francos y tener como mínimo treinta años; para votar, doscientos francos y veinticinco años. <<

[28] Paul Barras (1755-1829) había ordenado en 1795 a un joven capitán Bonaparte reprimir la insurrección realista contra la Convención. Intervino activamente en la caída de Robespierre, pero tras el golpe de Estado de Napoleón el 18 Brumario (9 de noviembre de 1799) hubo de dimitir de todos los cargos que había ocupado durante el Directorio y exiliarse en dos ocasiones. <<

[29] «¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!», clama en la obra de Shakespeare Ricardo III, derrotado en el campo de batalla de Bosworth (*Ricardo III*, V, IV). <<

[30] Le faltan por lo tanto dos años para poder presentarse a la elección. <<

[31] El gobierno de Thiers de 1836 duró prácticamente eso: del 22 de febrero al 6 de septiembre. <<

[32] En octubre de 1836, el propio Balzac había redactado las fichas de seis Borbones, de Luis XIII a Luis XVIII, para el *Dictionnaire de la conversation.* <<

[33] En Italia, jefe de soldados mercenarios. <<

[34] Charles André Pozzo di Borgo (1764-1842), partidario del apoyo a Inglaterra de su isla natal, Córcega, se enfrentó a Bonaparte, que encabezaba a los partidarios de Francia. Agente secreto de Inglaterra, Prusia y Austria, en 1809 era consejero del Emperador de Rusia, y como tal iba a intervenir en las conversaciones de paz de Viena; Napoleón exigió, como súbdito francés, su extradición. Pozzo abandonó Viena y dejó la política durante un año, pero en 1810 ya intrigaba en Londres contra Napoleón. <<

[35] Durante su iniciación, los discípulos de Pitágoras debían guardar un silencio absoluto durante varios años. <<

[36] Término tomado del Libro de los Jueces, 12, 5-6, que para Balzac es la señal de reconocimiento; había sido la contraseña de la masonería de rito escocés. <<

[37] En el palacio de Luxembourg tenía su sede la cámara de los pares. <<

[38] La alusión parece referirse sobre todo a Thiers; en menor medida, a otro político francés, François Guizot (1787-1874), que apoyó ardientemente a Luis Felipe I, y fue su ministro del Interior (1830); inspirador de la política de la Monarquía de Julio, organizó el partido conservador llevado por su temor al poder popular; presidente del Consejo hasta las revueltas de febrero de 1848, provocadas por su oposición a cualquier tipo de reforma, hubo de dimitir y exiliarse mientras se desmoronaba el reinado de Luis Felipe. <<

[39] Armand Carrel (1800-1836), de ideas republicanas, fundó con Thiers y Mignet el periódico *Le National*, órgano de la oposición a Carlos X; decepcionado con la política de Thiers, se convirtió en su principal enemigo político tras la revolución de Julio. Murió en un duelo con Émile de Girardin, fundador de *La Presse,* periódico en cuyo folletón aparecieron desde 1837 varias novelas de Balzac. <<

[40] El príncipe de Metternich (1773-1859) dirigió la política austriaca al subir al trono el archiduque Fernando, manifiestamente incapaz, y se convirtió en el «gendarme de la Europa» de la Restauración; se hizo cargo de la educación de su sobrino, Francisco José I; la revolución de 1848 le obligó a dimitir y exiliarse.

Joseph de Villèle (1773-1854), primer ministro (1821-1828) con Luis XVIII y con Carlos X; sus medidas ultraconservadoras resultaron tan impopulares entre la clase media burguesa que, en 1827, perdió la amplia mayoría anterior, y fue sustituido por el rey al frente del Gobierno. <<

[41] No todos los nombres citados alcanzaron sus mayores responsabilidades en su juventud: Richelieu fue obispo a los veintidós años y secretario de Estado a los treinta y uno; Mazarino, a los veintiocho; Turena fue nombrado mariscal de Francia a los treinta y dos; Colbert, secretario de Estado a los veintinueve; Pitt entró en el parlamento inglés con veintisiete, y Saint Just en la Asamblea francesa con veinticinco; Napoleón alcanzó el grado de general con veinticuatro, y Metternich fue ministro a los veintiocho. Edmund Burke (1728-1797), orador irlandés, firme opositor de la Revolución francesa, era célebre a los veintisiete; Richard Brinsley Sheridan (1751-1816), dramaturgo (*La escuela de la maledicencia*, 1777) y político irlandés, era diputado a los veintinueve; Charles James Fox (1749-1806), que sería jefe del partido whig, fue elegido diputado a los veinte, límite legal de edad. <<

[42] Es decir, el rey Luis Felipe, cuyo intento de controlar de forma absoluta la vida política era considerado una imprudencia por sus propios hijos: «ya no hay ministro, su responsabilidad es nula, todo depende del rey», escribe el príncipe de Joinville a su hermano el príncipe de Nemours en 1847. En cuanto a la avaricia de Luis Felipe, era una acusación constante. <<

[43] Una de las principales calles de la época, que unía el bulevar Saint-Germain con la calle Monsieur-le-Prince; las obras públicas de 1855 la recortaron en gran parte. <<

[44] Más que utilizar el término en su sentido etimológico, el de mala caligrafía, Balzac lo emplea como mala ortografía. <<

[45] Emperador Romano (244-311), que ocupó el poder del 284 305; fiel al panteón romano de los dioses, durante su mandato persiguió a las nuevas sectas que aparecía en el horizonte religioso: los maniqueos y los cristianos, sobre todo; en febrero de 303 decretó la «gran persecución» contra ellos en todo el Imperio, destruyendo las escrituras cristianas y los lugares de culto; en años posteriores, nuevos decretos crearon mártires hasta el final de su mandato. <<

[46] Los antiguos emigrados y los legitimistas. <<

[47] El diccionario de Littré define el sustantivo francés *escobar,* derivado del apellido del jesuita y casuista español Antonio de Escobar (1589-1669), como «hábil hipócrita, que sabe resolver, en el sentido conveniente a sus intereses, los casos de conciencia más sutiles» (*Dictionnaire* de la Academia). <<

[48] No fue la falta de botas sino la derrota de Abukir y las dificultades de la campaña de Egipto las que decidieron a Napoleón a renunciar a su marcha sobre la India. <<

[49] Muerto en 1751, Humann fue un famoso sastre instalado en la calle Neuve-des-Petits-Champs, cerca de la Ópera. <<

[50] La formada en 1837 contra Mole, a quien se acusaba de estar demasiado sometido al rey. En 1839, sería sustituido como presidente del Consejo por Jean-de-Dieu Soult (1769-1851), que ocupó el puesto durante siete años dominado por Guizot, que le sucedió en 1847. <<

[51] Frase con la que, en los inicios de la revolución de Julio, respondieron al duque de Mortemart, enviado por Carlos X con la propuesta de una enmienda de las ordenanzas. <<

[52] Charles Rabourdin es hijo de otro personaje de *La Comedia humana:* un funcionario que dejó la administración pública para probar suerte en el comercio: Xavier Rabourdin, de *Los empleados* (1844). <<

[1] Henri Martin (1793-1882), domador de fieras de origen holandés que, en 1829, abrió su casa de fieras; en 1831 creó en el Circo Olímpico de París una célebre pantomima con leones y tigres. Dejó unas *Memorias de un domador* (1891). <<

[2] Louis Charles Antoine Desaix (1768-1800), general que luchó primero durante la Revolución y luego, a las órdenes de Napoleón, hizo las campañas de Egipto y de Italia; remontó con gran éxito el Nilo hasta Asuán para acabar con los mamelucos. Tuvo en Vivant Denon (1747-1825) el cronista de su *Voyage dans la Basseet la Haute-Égypte pendant les campagnes du général Bonaparte* (1829, versión completa). <<

[3] En la época, el Magreb incluía, además de Marruecos, la región del norte de África, que abarcaba Túnez y Argelia. En los escritores románticos, su sentido es más lato, y designa impropiamente el Oriente. <<

[4] Aparentemente no hay ninguna columna sarracena en la catedral de Saint-Trophime de Arlès. <<

[5] Felinos. Véase «La señora Firmiani», nota. 12. <<

[6] En la edición de 1837, la frase concluía: «y volvía hacia él su cabeza elegante y fina con una adorable expresión de amor». <<

[7] De la Legión de Honor. <<

[1] Marceline Desbordes-Valmore (1785-1859), poeta, actriz y cantante de formación autodidacta; tuvo una existencia jalonada por dramas familiares que le ganaron el apodo de «Nuestra Señora de los Llantos». Fue autora de una lírica melancólica y armoniosa, pero falta de personalidad y de expresión artística, aunque inventó más de un ritmo aprovechado por Verlaine y Rimbaud. Balzac, que admiraba el espontaneísmo de sus versos, trabó amistad con ella en 1833. <<

[2] Elemento esencial de un relato de misterio, que remite a un pasado lejano; en este caso, a finales del siglo XV o principios del XVI, puesto que la universidad de Lovaina, citada en el texto, fue fundada en 1426. La acción es anterior, por otro lado, a las persecuciones religiosas que convirtieron Middelbourg en importante refugio protestante en los Países Bajos. <<

[3] Pequeña isla de Zelanda, en los Países Bajos, situada frente a la Esclusa, con dos poblaciones, Cadzant y Nieuvlier que, en la actualidad, se encuentran en el interior. Fue conquistada por los holandeses mientras los españoles sitiaban Ostende a principios del siglo XVII. Balzac confunde Cadzant con la isla de Walcheren, cuya capital era y sigue siendo Middelbourg, desarrollada a partir del siglo XII en torno a una abadía de premonstratenses fundada hacia el año 1100. <<

[4] Balzac utiliza fuentes muy imprecisas; aunque el mapa de Zelanda no ha cesado de cambiar en el curso de los siglos, Ostende se halla lejos de Cadzant. Esa ciudad era, en el siglo IX, una pequeña aldea de pescadores, cuya prosperidad la convirtió en villa en 1267. En 1445 se rodeó de sólidas murallas y en 1583 el príncipe de Orange la fortificó. <<

[5] Balzac juega con la incertidumbre como elemento de misterio. En esa época, Zelanda dependía de los duques de Borgofla; al morir en 1426 el duque Juan sin descendencia, pasó al duque Felipe y a su hijo Carlos el Temerario, padre de María de Borgoña, que casaría con Maximiliano de Austria. <<

[6] Esta universidad, una de las más florecientes de Bélgica, fue fundada en 1426. <<

[7] Término de caza con que los cazadores indican a la jauría que el ciervo está en el agua, por lo que debe detenerse y esperar. <<

[8] No existe en la catedral de Amberes ninguna estatua de la Virgen del Buen Socorro. <<

[9] Antigua ciudad de Flandes oriental, a orillas del Escalda y a una quincena de kilómetros de Amberes. Todavía pueden verse las ruinas del castillo de los poderosos condes de Rupelmonde. <<

[10] Usurero; eran los lombardos los que se dedicaban al comercio del dinero. <<

[11] Ciudad de Italia, a 21 kilómetros al sur de Ancona y a orillas del Adriático, cuya fama se debe en gran parte a la iglesia de la Madona, lugar de peregrinación; en su centro se halla la Santa Casa o casa de la Virgen, que, según la leyenda, fue transportada desde Nazaret a Dalmacia por los ángeles en 1291, tras ser encontrada bajo las ruinas de un templo destruido por los sarracenos. En 1294 fue llevada por los aires a Italia; después de pasar por varias poblaciones, quedó enclavada en los alrededores de Loreto. La iglesia que la custodia se levantó entre 1464 y 1513. <<

[12] La emperatriz romana Valeria Mesalina (15-48), esposa del emperador Claudio y madre de Británico, ha pasado a la posteridad como símbolo de la depravación y la crueldad femeninas. <<

[13] El sentido de esta última frase debe buscarse en el pensamiento político de Balzac, que, inspirándose en el *Catecismo social* de Bonald, afirmaba escribir «a la luz de dos Verdades eternas: la Religión, la Monarquía, dos necesidades que los acontecimientos contemporáneos proclaman, y hacia las que todo escritor de sentido común debe tratar de llevar a nuestro país». <<

[14] Fecha ficticia de carácter simbólico: el 14 de febrero de 1831 se había producido el saqueo de Saint-Gcrmain l'Auxerrois y del presbiterio; al día siguiente fue saqueado el Arzobispado. Balzac anotó esa fecha al final del manuscrito de *La iglesia*, relato que reescribe otros dos textos de 1830, antes de fusionarse en *Jesucristo en Flandes.* <<

[1] El general François de Pommereul (1745-1823) fue amigo del padre de Balzac, lo mismo que este lo fue de su hijo, el también general Gilbert de Pommereul (1774-1860), que acogió al novelista en su finca de Fougàres en 1828; le aportó en ese momento abundante documentación para la novela *Los chuanes.* <<

[2] Un piso barato; véase «Un príncipe de la bohemia», nota. 21, pág. 349. <<

[3] La equivalencia del escudo como moneda de cuenta era de tres francos. <<

[4] La actual calle de Turenne, que se llamó así antes y después de la Restauración. <<

[5] Roberto Montecuccoli (o Montecucculi, 1609-1680), nacido en Módena (Italia), generalísimo de las tropas del Emperador de los Romanos, gran adversario del general francés Turena (1611-1675) durante la guerra de los Treinta Años. Ambos fueron teóricos militares importantes. <<

[6] Balzac publicó en 1838 *La Femme supérieure*, rebautizada en 1844 como *Les Employés ou La Femme supérieure*, para terminar titulándola en 1845 *Les Employés*. En ella Balzac describe las intrigas y mezquindades de ese grupo social. <<

[7] Locución latina: «último argumento». <<

[8] Tipo de lámpara, de precio elevado, inventada por Guillaume Carcel (1750-1812), en la que el aceite ascendía hasta la mecha gracias a un resorte de relojería. <<

[9] La retaguardia de Napoleón se asentó durante un breve plazo de tiempo en Studzianka para facilitar el repliegue del resto del ejército por el río Beresina. Balzac, como en «Adiós» (véase pág. 573). sigue las referencias del relato del general de Ségur sobre esa retirada. <<

[10] Nombre inventado en el que Balzac pretende que suene el «tschild» del apellido del célebre banquero Rothschild, y el «ine» del también banquero Halpérine, con casas en Rusia y Austria. <<

[11] Vino de origen húngaro y eslovaco cuyas uvas se dejan pudrir con la ayuda de un champiñón microscópico; documentalmente se conoce desde 1353. <<

[12] Nombre que también lleva el héroe de la novela de Maturin. al que Balzac otorga así categoría de mito literario. <<

[13] Cheques bancarios. <<

[14] De las varias poblaciones que existen en los alrededores de París, Balzac parece referirse a la más famosa, cerca de Montmorency. <<

[15] En otra novela de *La Comedia humana*, en *Papá Goriot*, Rastignac ocupa, a principios de 1820, el vacío que De Marsay ha dejado en la existencia sentimental de la señora de Nucingen. En unas pruebas de *Melmoth* aparece inscrito en este pasaje el apellido De Marsay. <<

[16] En *La casa Nucingen* (1837), Balzac pondera la superioridad de esta casa comercial sobre la de Werbrust. <<

[17] Personaje que también aparece en *La casa Nucingen* y en *César Birotteau* (1837). En principio, Balzac escribió «Taillefer», banquero cuya historia aparece en «La posada roja» (véase pág. 669). Es en *Papá Goriot* donde el novelista hace hija de ese personaje a Victorine, pensionista de la casa Vauquer. <<

[18] En el barrio de los negocios financieros. <<

[19] Recibía ese nombre en los círculos legitimistas el bulevar de los Italiens, por ser en la ciudad de Gante donde se hallaba exiliado el rey. <<

[20] Según el Littré, banqueros y hombres de negocios utilizaban la letra P para indicar «pagado» o «protestado»; es este último término el que se abrevia con esa mayúscula en este pasaje. <<

[21] El ejército napoleónico, tras haber franqueado el río Beresina, prosiguió su retirada a través de las zonas pantanosas de Zembin. <<

[22] La libra esterlina tenía una equivalencia aproximada de veinticinco francos. Ese artificio financiero será utilizado por Carlos Herrera en *Esplendores y miserias de las cortesanas*, otra novela de *La Comedia humana*. <<

[23] El arcángel Miguel dirige las milicias divinas contra el demonio. <<

[24] *Venecia salvada* (1682) es una pieza teatral del ingles Thomas Otway (1652-1685) basada en una obra del francés César Vichard de Saint-Réal (1643-1692) titulada *La Conjuration des Espagnols* (1674). Balzac pudo verla en 1827 en París, en lengua inglesa, con Harriet Smithson, futura esposa de Berlioz, en el papel de Belvidera. <<

[25] No tiene equivalente español el término; se trataba de fiestas de jóvenes con bebidas y baile por eje de la reunión y el galanteo. <<

[26] Balzac elige el término científico para un insecto gigante natural de las selvas africanas. <<

[27] *Vaisselle plate:* vajilla de piezas macizas de oro o plata; pero «en la actualidad se dice más particularmente de las bandejas y platos de plata, para diferenciarla de la vajilla de porcelana, de loza, etcétera» (*Dictionnaire* de la Academia de 1835). <<

[28] *Remise*: así se denominaban vehículos que estacionaban en cocheras y no en la calle, como los de punto; eran más lujosos y su precio mayor. <<

[29] El equivalente actual podrían ser las «letras de pelota». <<

[30] En el manuscrito aparece el nombre de Mathéo, cajero del Tesoro Real que desapareció dejando un déficit de 1 800.000 francos para la banca Cauler y 1 200.000 y 1 400.000 para Forment. Apasionado por la señorita Bégrand, bailarina, a la que «situó», al verse perseguido desapareció sin que el Tesoro recuperase nada. Kessner, otro cajero general del Tesoro, fue condenado en 1832 a diez años de trabajos forzados y a restituir 4 500.000 francos que había robado, así como al pago de una multa. <<

[31] Véase «La señora Firmiani», nota 16, página 100. <<

[32] El nombre de Naqui aparece en *Venecia salvada*, no así el de Quiqui. <<

[33] Antes hemos leído: «el cajero era un hombre de unos cuarenta años». <<

[34] Traducción del nombre latino de «Lucifer». <<

[35] En *Le Comedien d'Étampes* (1821), comedia-vodevil en un acto de Charles François Jean-Baptiste Moreau (1783-1832) y Charles-Augustin Bassompierre, llamado Sewrin (1771-1853), Adrien Perlet (1795-1850), el actor de moda de los años 1820, encarnaba el papel de un cómico, Dorival, que se disfrazaba tres veces; en su estreno, se negó a cantar una melodía inglesa que tenía que interpretar disfrazado de *lady.* Ante las protestas del público, hubo de intervenir la policía, que detuvo al actor. <<

[36] Balzac utiliza nomenclatura real del callejero: la calle de Récollets tenía una especie de prolongación –la calle d'Artois– que, al menos en la actualidad, hace esquina con la calle de l'Orangerie. <<

[37] Hasta 1832 no se suprimió la afrenta de la exposición del condenado; en cuanto a la marca, abolida por la República, fue restablecida por Napoleón. La cadena de forzados salía de la cárcel de Bicerta (véase nota 11, página 257); Victor Hugo acababa de publicar *El último día de un condenado* (1829), donde se describe minuciosamente esa situación y el paso por la cárcel de Bicerta de su condenado. <<

[38] El vendedor de coco es un tipo pintoresco de las calles de París, ya en decadencia a finales de siglo, descrito por periodistas y novelistas como Balzac, Gautier o Maupassant, que convirtió a uno en protagonista de su cuento *¡Coco, coco, coco fresco!;* iban armados de una campanilla, un cubilete de estaño y un depósito de hojalata donde llevaban la mezcla de agua y malvavisco, calificada por un cronista de la época como «el champán del pobre». <<

[39] La actual Place de l'Hôtel de Ville de París, que hasta 1830 fue lugar de ejecuciones públicas; llevaba ese nombre por su cercanía al arenal *(grève)* que descendía lentamente hacia el Sena. En 1792, en ella se estrenó la guillotina. Hugo la describe en *Notre-Dame de París* (II). <<

[40] El lector de la época tiene todavía frescos en la memoria unos hechos: la conspiración conocida como de La Rochelle, fomentada por los carbonarios –sociedad secreta que se agrupaba en «ventas»– y que, el 21 de septiembre de 1822, costó la cabeza en la guillotina a cuatro sargentos de La Rochelle: Bories, Pomier, Goubin y Raoulx. Como todos los condenados a muerte, fueron enterrados en el cementerio de Clamart. El episodio aparece reflejado en numerosas alusiones a lo largo de *La Comedia humana.* <<

[41] Durante un festín, Baltasar, rey de Babilonia, profanó, según la Biblia (Daniel, 5, 25-28), los vasos sagrados robados del templo de Jerusalén; una mano misteriosa escribió entonces en la pared del palacio tres palabras: *Mane-Tekel-Phares* («contado, pesado, dividido»); la traducción moderna de estos términos árameos los interpreta así: Yahvé ha contado tu reinado, le ha fijado un fin; fuiste pesado en la balanza y encontrado falto de peso; destrozado y dividido será tu reino, y entregado a modos y persas. <<

[42] Balzac parece aludir a la Historia de *La bella y la bestia*, recreada por un relato de Mme. Leprince de Beaumont. <<

[43] La calle Férou va desde los jardines del Luxembourg a Saint-Sulpice, pero no llega al Sena. <<

[44] Alusión al rey David y a sus Salmos, recogidos en el Antiguo Testamento. <<

[45] El Melmoth de Maturin descendía de una familia inglesa, que en ningún momento se presenta como noble, instalada en Irlanda en la época de Cromwell. <<

[46] En el párrafo se alude a distintos textos o libros de catequesis religiosas, y de forma especial al *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* de Lammenais (1817). <<

[47] Se dice división «en las asambleas deliberantes, de la separación que se hace de las proposiciones contenidas en una moción, en una cuestión […] para discutirlas por separado». (*Dictionnaire* de la Academia de 1835). <<

[48] «Día de la ira», primeras palabras en latín del oficio de difuntos de la liturgia católica. <<

[49] La Banque de France, banco estatal del país. <<

[50] Juego de naipes; véase «La paz del hogar», nota 10, pág. 43. <<

[51] *Theriaki*: neologismo que no aparece recogido en los diccionarios de la época, traído por los viajeros románticos de Oriente, donde se da ese nombre a los fumadores y comedores de opio. <<

[52] No fue hasta 1826 cuando la Bolsa parisina se construyó en su actual ubicación. <<

[53] Jardín botánico de París, creado en 1635 como jardín del rey, convertido por la Revolución en Museo de Historia natural. Además de distintos invernaderos para plantas, contenía también un parque zoológico creado en 1795. <<

[54] Las variantes muestran las dudas de Balzac para el valor del chal –producto muy caro, véase «Gaudissart II» (pág. 383)– que pasó por distintas cantidades: dos mil, tres mil francos, muy alejadas de los diez mil que el pasante quiere conseguir. <<

[55] Libros populares, con historias más fantasiosas que fantásticas, que desde el siglo XVIII recibían ese nombre, *bleu,* en Francia por el color azul de sus cubiertas. <<

[56] El autor del *Melmoth* original ejerció como pastor y ministro de la iglesia reformada inglesa en Dublin. <<

[57] En los muros de París se pegaban anuncios y reclamos de remedios antivenéreos. <<

[58] La diosa fenicia (Siria) Astaroth terminó siendo identificada por la religión cristiana con una encarnación del diablo. Gran duque y tesorero general de los Infiernos –protector de los hombres de negocios–, Astaroth aparece en la Biblia bajo el nombre de la diosa Astarté; se representaba como un demonio de aspecto horrible que cabalga un dragón y lleva una serpiente en la mano izquierda. <<

[59] «Dios padre realizó todas las cosas mediante el verbo *fiat*; es decir, pronunció por la palabra, y lo pronunciado se ha quedado en el *fiat*, y el *fiat* es la severa matriz, en la primera voluntad del Padre [la cual matriz] comprende y capta la naturaleza que forma el espíritu nacido de mercurio y del espíritu de Dios», se dice en el párrafo 48 del libro *De la triple vida del hombre.* (Véase la nota siguiente). <<

[60] Obra impresa por Migneret en 1809. cuyo título precisa que ha sido traducida en 1793 por un «Filósofo desconocido», es decir, Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), pensador iluminista que fía la salvación de los creyentes en la intercesión de Cristo; véase «Los proscritos», nota 18, pág. 746; Balzac lo convertiría en maestro de la heroína de *El lirio en el valle.* <<

[61] El teósofo Jacob Boëhm (1575-1624) trabajó siempre como zapatero, y residió la mayor parte de su vida en Gœrlitz, localidad de Haute-Lusace, que en 1815 pasó a formar parte de los dominios del rey de Prusia. <<

[62] Hay un juego de palabras: *béquets/becquets*, que significa: trozos de papel escritos que se añaden a un texto, y también piezas de cuero para reforzar las suelas. <<

[63] Esta nota apareció en la edición *Le livre des conteurs*, de 1835, a continuación del texto de *Melmoth reconciliado.* <<

[64] En el prólogo a *La piel de zapa,* Balzac dice de Charles Robert Maturin: «… el autor moderno más original de que Gran Bretaña puede glorificarse, Maturin, sacerdote a quien debemos *Eva, Melmoth, Bertram,* era coqueto, galante, homenajeaba a las mujeres, y el hombre de concepciones terribles se convertía por la noche en un lechuguino, en un dandy». <<

[65] En 1821 aparecen en Francia dos traducciones de *Melmoth* debidas a Mme. E.-F. Bergin y a Jean Cohen; esta última fue comprada por Balzac en 1828 para reimprimirla. <<

[66] Balzac alude al primer *Fausto*, editado en 1807 (el segundo no se publicaría hasta 1831). *Manfredo* apareció en 1817. <<

[67] El personaje de Maturin, contra lo que Balzac afirma, busca personas víctimas de desgracias de las que él no es responsable. <<

[1] Subtítulo aparecido en la primera edición de este cuento, publicada en 1831 en *L'Artiste.* <<

[2] Continúa siendo un misterio esta dedicatoria, seguida de cuatro o cinco líneas de puntos, según las ediciones. Se ha supuesto que tales líneas son pura fantasía tipográfica o expresión de un emblema de lo indecible para el escritor. <<

[3] Parece tratarse del Hôtel de Savoie-Carignan, en el número 7 de la calle de los Grands-Augustins; en su granero se instaló en 1937 Pablo Picasso, que pintó allí el *Guernica*. <<

[4] Frans II Porbus llamado el Joven (Amberes 1570-París 1622). Trabajó en Italia y en Francia, donde en 1612 ya era célebre. El joven Poussin no fue alumno suyo, aunque algunos de sus cuadros de esa época están sometidos a su influencia. Además de un gran retrato de la reina María de Médicis, se deben a Porbus dos retratos de Enrique IV. <<

[5] Rubens hizo, a partir de 1620, una serie de telas alegóricas de la «Vida de María de Médicis» para el palacio del Luxembourg, que en la actualidad pueden verse en el Louvre. <<

[6] Jinetes alemanes de la época de las guerras de Religión, que la *Chronique du règne de Charles IX* de Merimée (1829) había vuelto familiares a los lectores románticos. <<

[7] Dibujos realizados sobre papel entintado, con mina de plomo, sanguina y lápiz blanco; la técnica, creada por Jean Clouet (hacia 1480-1541), se remonta al Renacimiento y se empleaba raramente en el siglo XVII. <<

[8] Entre los cuadros conservados de Porbus no figura ninguno relacionado con la leyenda de María Egipcíaca, adoptada aquí en una de sus variantes: la santa ofrece su cuerpo al barquero para pagar el pasaje. <<

[9] Con este término Balzac parece designar las venillas imperceptibles, muy difíciles de plasmar mediante el pincel. <<

[10] Según la mitología griega, por haber robado el fuego del Olimpo y habérselo entregado a los hombres, Prometeo fue encadenado por Zeus en el monte Cáucaso, donde un águila le roe todas las mañanas el hígado, que vuelve a crecer por la noche. <<

[11] Balzac opone la escuela veneciana de Tiziano y el Veronese –dominada por el color– y la alemana de Holbein y Durero, que otorga la primacía al dibujo. <<

[12] «Arcano» está empleado en su sentido (anacrónico) swedenborgiano: lo que existe tras el mundo de las apariencias que afecta solo a los sentidos, y que únicamente el espíritu puede conocer. En boca de Frenhofer es un anacronismo que pone de relieve la influencia de Swedenborg sobre la metafísica balzaquiana. Líneas más abajo aparece empleada, con el mismo sentido swedenborgiano, la palabra *forma*, en su diferenciación aristotélica de la *materia.* <<

[13] Proteo, divinidad marina de la mitología griega, hijo de Posidón y de Tetis; moraba en la isla de Faros, en la desembocadura del Nilo, como pastor de los rebaños de focas de su padre. Tenía el poder de metamorfosearse y adoptar diversas formas y apariencias a voluntad. <<

[14] Desde el siglo XVII, Rafael encarna para los artistas la reconciliación de la pintura. <<

[15] «Carro elegante u hombre hermoso». <<

[16] Jan Gossaert, llamado Mabuse o Maubeuge, pintor flamenco nacido entre 1478 y 1488 y muerto en 1532. Tras estudiar en Inglaterra e Italia, fue el introductor del estilo italiano en la pintura flamenca, reconciliando dos estilos antagónicos; se instaló en Middelbourg junto a Felipe de Borgoña. Fue encarcelado varias veces, más por su mal comportamiento y su vida desenfrenada que por sus deudas. <<

[17] «Copiar al trazo» es terminología más propia del grabado que del dibujo. <<

[18] Nicolas Poussin (1594-1665) trabajó sobre todo en Roma; tras el manierismo de su etapa de formación, su obra fue volviéndose cada vez más clásica y austera, frente al barroquismo predominante en Italia, hasta alcanzar un estilo propio; sus temas buscaron inspiración en la Antigüedad mitológica frente a los asuntos religiosos; con la austeridad de conceptos y su sometimiento a la norma clásica, Poussin intentaba reflejar emoción. Sus ideas literarias y psicológicas de la pintura terminaron convirtiéndose en la doctrina central del Clasicismo. <<

[19] *O filii et filiae* («Oh, hijos e hijas»), himno del tiempo pascual que celebra la resurrección de Cristo; fue escrito al parecer por un monje franciscano, Jean Tisserand, en 1494, para Notre-Dame. <<

[20] El alumno más famoso de Mabuse fue Lambert Lombart (1505-1566), autor de dibujos, estampas y vidrieras; en la actualidad, ninguna de las telas a él atribuidas tiene la paternidad segura. <<

[21] La acción se sitúa en los inicios de la regencia de María de Médicis, tras el asesinato de Enrique IV en 1610. <<

[22] Poussin había nacido en Andelys, comuna del Eure (Alta Normandía), a 100 km de París. <<

[23] Pintor de la escuela veneciana (1478-1511) que ya era un pintor mítico para los románticos. <<

[24] Apellido invención de Balzac, que ha provocado numerosas hipótesis; esa consonancia germánica parece no tener otro objetivo que evocar el universo hoffmanniano, lo mismo que Walhenfer en «La posada roja» (pág. 669). <<

[25] Según el Littré, la capacidad de una pipa –medida de capacidad– puede variar de 420 a 710 litros. <<

[26] Ovidio recoge de la mitología griega la historia del joven escultor Pigmalión, enemigo del matrimonio y consagrado al celibato; labró en marfil el cuerpo de una mujer, que vistió y adornó, y dio a la estatua el nombre de Galatea. A instancias de Pigmalión, Afrodita, la diosa del amor, termina animando de vida a la estatua; de la unión del autor y su obra nació Pafo. <<

[27] Orfeo, hijo del rey de Tracia y de la musa Calíope, poeta y músico que amansaba a las fieras con sus cantos; según la mitología griega, tras la muerte de su esposa Eurídice, provocada por una mordedura de serpiente cuando huía de Aristeo que trataba de forzarla, Orfeo bajó a los Infiernos en su busca; le fue devuelta por Hades, a condición de que el músico la precedería sin volver la vista antes de salir de los reinos infernales. No pudiendo resistir la tentación de mirarla, Orfeo fue castigado por su desobediencia con el retorno de Eurídice a los Infiernos. <<

[28] Balzac se apoya en fuentes erradas para adjudicar una estirpe noble a Poussin, que no era gentilhombre. <<

[29] El sueño de los artistas románticos se cifraba en el viaje a Grecia o a Oriente. <<

[30] Aquí, «viejo reitre», persona experimentada. <<

[31] Isla griega del archipiélago de las Cicladas, bañada por el mar Egeo; en la antigüedad fue lamosa por su mármol. <<

[32] La función del «realce» –pincelada que se añadía a la superficie pictórica– consistía en destacar un relieve, aportar luz, prestar volumen y crear un reflejo. <<

[1] Frédéric-Joseph, príncipe de Schwarzenberg (1809-1885), hijo de Charles-Philippe Schwarzenberg (1771-1820), fue aliado y luego adversario de Napoleón; acompañó a Balzac a visitar el campo de batalla de Wagram en mayo de 1835. <<

[2] La condición de marqués del señor d'Albon facilita a su amigo el uso de una expresión famosa literariamente: «¡Salta, marqués!» pertenece al teatro italiano; el dramaturgo francés Jean-François Regnard (1655-1709) la había utilizado en *Le Joueur* (1696), rematando esa pieza con ella; iba acompañada de un brinco explicado por un texto de Luigi Riccoboni en su *Histoire du théâtre italien*; «Lo primero que pide el pueblo es saber si Arlequín es ágil, si salta y si baila». Marivaux también rematará con ella *El juego del amor y del azar* (1730). <<

[3] Según las tablas del Observatorio de París, el verano de 1819 fue tórrido. <<

[4] D’Albon pertenece al centro, que apoyó al gobierno de Élie Decazes (1780-1860), ministro de Interior con Luis XVIII y presidente del Consejo; tuvo que dimitir de este último cargo en 1820 porque su política liberal de reconciliación había suscitado el odio de los ultramonárquicos. <<

[5] Patrón de los cazadores. <<

[6] Del tribunal de París. <<

[7] Comuna de Val-d’Oise, en la linde del bosque de L’Isle-Adam, cerca de Pontoise, a unos 20 km al norte de París. A este bosque está unido prácticamente el de Cassan, en cuyo castillo reside d’Albon. <<

[8] El artículo 304 concluye con la pena de muerte. <<

[9] *Bonnes-Hommes* (Buenos Hombres) nunca fue priorato, aunque su propietaria de 1600 recibía numerosas visitas de monjes capuchinos. Construido sobre una fortaleza feudal, se hallaba situado en la comuna de Maffliers (a unos 30 km de París), lindando con el bosque de L'Isle Adam; en el siglo XIX se reconstruyó como castillo, y a principios del siglo XX, pasó a convertirse en hotel. <<

[10] Nerville (en la actualidad Nerville-la-Fôret), en la linde del bosque de L’Isle Adam, a unos 30 km al norte de París. <<

[11] Región meridional del antiguo Egipto; a sus desiertos se retiraron los primeros ermitaños y anacoretas cristianos. <<

[12] El coronel hace un juego con el título de una ópera cómica de gran éxito, *La Dame blanche*, de Boieldieu, con libreto de Scribe, e inspirada en dos novelas de Walter Scott, *The Monastery* y *Guy Mannering*. Se estrenó en 1825, por lo que, dada la fecha de la acción narrativa, el coronel de Sucy no ha podido verla. <<

[13] *El último mohicano* y *La pradera*, del novelista norteamericano Fenimore Cooper (1789-1851) habían sido traducidas en 1828 y 1827 respectivamente. <<

[14] Ossian es el nombre de un guerrero y bardo gaélico legendario del siglo III. En 1760, el poeta escocés James Macpherson (1736-1796) publicó una antología de fragmentos de antiguos poemas gaélicos y dos años más tarde dos poemas épicos, *Fingal* y *Temora*, presentados como traducciones del bardo Ossian; aunque eruditos como Samuel Johnson trataron a Macpherson de falsificador, los poemas de Ossian entusiasmaron a toda Europa y entre sus admiradores figuraron Goethe, Napoleón, Chateaubriand, Lamartine y un largo etcétera. Las razones del éxito pueden buscarse en el motivo central de los poemas: la aspiración a un heroísmo primitivo, a una belleza grandiosa nimbada de misterio, donde la tristeza de los tiempos presentes se compadece con la nostalgia de los tiempos idos. En cuanto a la falsificación, al parecer Macpherson se limitó a inspirarse en viejos textos que transformó y desarrolló hasta el punto de conseguir una obra original, añadiéndole acentos románticos justo cuando ese movimiento literario empezaba a desarrollarse. <<

[15] Moulins es una comuna francesa a 300 km de París, en la región de Auvergne, capital histórica del Bourbonnais. <<

[16] Por tanto, su regreso puede situarse en octubre de 1818, después de haber estado prisionero desde 1812. <<

[17] Claude-Victor Perrin, duque de Bellune, conocido como mariscal Victor (1764-1841), tras la campaña de España, en abril de 1812 pasó a formar parte del Gran Ejército napoleónico durante la invasión de Rusia. El 25 de noviembre se le encomendó secundar al duque de Reggio en el puente de Studzianka, cubrir la retirada de las tropas francesas y contener a las rusas en el Duina. <<

[18] Alusión a la *Città dolente* de *La divina comedia* (III, I): «Por mí se entra en la ciudad de los dolores»; Dante califica con esos términos al Infierno. <<

[19] Piotr Wittgenstein (1769-1843), general del ejército imperial ruso, que participó en la batalla de Austerlitz (1805) y, con más éxito, en las campañas contra el Gran Ejército napoleónico de Rusia (1812), de Alemania (1813) y de Francia (1814). <<

[20] Jean-Baptiste Éblé (1758-1812), general del ejército napoleónico que participó en las campañas del Rhin, Westfalia y España; comandante en jefe de pontoneros (1812), esperó dos horas para que pasasen las tropas en su retirada antes de quemar los puentes. Destinado a Kónisbcrg, moriría en esa ciudad, prusiana (y no polaca como en la página siguiente afirma Balzac), el 31 de diciembre. <<

[21] François Fournier (1773-1827), general del Imperio que se distinguió en la campaña de España durante su defensa de Lugo (1811) y por su lucha brutal pero eficaz contra la guerrilla (que le apodó «el Demonio»), y en 1812 en la campaña de Rusia; durante la batalla de Beresina aplastó a 5.000 jinetes rusos con unas pérdidas propias de 500 hombres. Su afición a los duelos le convirtió en protagonista de una novela de Joseph Conrad, *El duelo* (1907). <<

[22] Sobre el mariscal Berthier, véase «La paz del hogar», nota 19, pág. 56. <<

[23] Balzac se remite a un personaje de *La Comedia humana*, Gondrin, retirado en el Delfinado según su novela *El médico rural* (1833). <<

[24] Véase «La paz del hogar», nota 22, pág. 75. <<

[25] Napoleón creó en Francia el grado militar de mayor, como segundo del coronel, encargado de la administración de los materiales. <<

[26] Vilna, capital de la entidad territorial y administrativa del Imperio ruso de su mismo nombre, tras el tercer reparto de Polonia entre Rusia, Prusia y Austria (1795); en ella mantenía una base el ejército napoleónico. <<

[27] No existió ningún general de ese apellido en el ejército imperial; Balzae había escrito «Marchagny» en el manuscrito para terminar llegando a Marigny (hubo un general de ese apellido muerto en Jena en 1806). Ambos apellidos figuran en el nombre del hermano de la marquesa de Pompadour, Abel François Poisson de Vandières, marqués de Marigny (1727-1781), gran arquitecto durante el reinado de Luis XV. <<

[28] «Al partir para Siria»: famosa canción compuesta por Hortense de Beauharnais (1783-1837), hija del primer matrimonio de la emperatriz Josefina; llegó a ser reina consorte de Holanda (1806-1810), y fue madre de Napoleón III. Compuso romances y canciones; entre ellas, esta, escrita por Alexandre de Laborde hacia 1807; fue el himno nacional no oficial durante el Segundo Imperio. <<

[1] Cita de la *Histoire intellectuel de Louis Lambert*, primera versión (1832) de *Louis Lambert:* la versión definitiva (edición Fourne, 1845), también recoge este fragmento. <<

[2] Los padres de Albert Marchand de la Ribellerie (1800-1840) compraron la casa de los Balzac en Tours, ciudad de la que Albert, condiscípulo de Balzac, sería subintendente militar; el novelista pasó temporadas en casa de su amigo, sobre todo en 1836; de ahí la fecha que figura al frente del relato; Marchand ya había muerto cuando Balzac se lo dedica en 1846. <<

[3] De agosto a octubre de 1793, momento en que la Convención da paso a los inicios del Terror. <<

[4] Que, tras la Revolución, no ha prestado juramento a la Constitución civil del clero. <<

[5] Día de vigilia para los católicos, que deben abstenerse, entre otras cosas, de comer carne. <<

[6] Comuna francesa, lugar militarmente estratégico de la costa del canal de La Mancha (Baja Normandia); el 14 de noviembre de 1793, los realistas vendeanos, dirigidos por el general La Rochejaquelin (1772-1794), asediaron la ciudad; fueron rechazados por la población. <<

[7] Théodore Tronchin (1709-1781), miembro de una familia ginebrina de médicos y banqueros célebres. Se ocupó de la salud de Voltaire y le sirvió de intermediario en su polémica con Rousseau sobre el terremoto de Lisboa. Fue uno de los primeros en efectuar la inoculación de la viruela (1775), que practicó, por ejemplo, a los hijos del duque de Orleáns. Desde ese momento, según Condorcet, «ningún inoculador en Europa era más célebre, ninguno había sido tan feliz». <<

[8] Más baratas que las bujías. <<

[9] Para el boston y el whist, véase «El ilustre Gaudissart», nota 20, pág. 224. El revesino es otro juego de naipes en el que, por lo general, participan cuatro jugadores. <<

[10] Atuendo republicano de faldones cortos, cuello amplio y varias hileras de botones de metal. <<

[11] En febrero y agosto de 1793 dos decretos trataron de conseguir una leva de trescientos mil hombres; todos los solteros de 18 a 40 años en la primera fecha, de 18 a 25 en la segunda. <<

[12] El Morbihan es un departamento de la región de Bretaña, a excesiva distancia de Granville; quizá Balzac pretende subrayar el fenómeno de telepatía de la madre. <<

[13] En el manuscrito, Balzac citaba «a un doctor Gall», aludiendo de forma explícita a Franz Joseph Gall (1758-1828), médico alemán padre de una ciencia nueva, la frenología, que interesó mucho a Balzac. Las investigaciones llevaron a Gall a la conclusión de que la morfología del cráneo refleja ciertos rasgos del carácter; a través de la palpación de los relieves del cráneo deducía las facultades e inclinaciones de los individuos. <<

[1] Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), poeta, dramaturgo y político español, vivió en París, primero como exiliado (1823-1833, 1840-1843) y luego como embajador (1844-1846); llamado por la regente María Cristina, presidió un gobierno de ideas moderadas en 1834-1835. Hombre de transición entre neoclasicismo y el romanticismo, inició este movimiento en la literatura española con tragedias como *Abén Humeya* y *La conjuración de Venecia*, de escaso valor artístico. <<

[2] «El respeto debido a unos infortunados contemporáneos obliga al narrador a cambiar el nombre de la ciudad y de la familia de que se trata», escribe Balzac en la primera edición del texto. Menda es nombre de una aldea de Galicia. La acción probablemente tuvo lugar en Santander, en 1808-1809, donde se produjeron sublevaciones populares e intentos de desembarco de tropas inglesas. Balzac utiliza, para dar verosimilitud a su ficción, nombres españoles de alguna resonancia, como ese marqués de Leganés, que mandó las tropas españolas frente al mariscal d'Harcourt durante el reinado de Luis XIV. <<

[3] El general Jean-Pierre Gauthier (1765-1821), que hizo la campaña de España (1809-1812); en la primera de esas fechas estuvo en Santander al frente, como coronel, de un regimiento de dragones. <<

[4] Carlos IV abdicó en 1808, tras la invasión francesa; Napoleón obligó a abdicar a su hijo, Fernando VII, para nombrar a su hermano José rey de España. <<

[5] El general Michel Ney (1769-1815), que había participado en las guerras de la Revolución, dirigió durante la campaña de España las tropas que ocuparon Galicia, pero no estuvo en la región de Santander. <<

[6] En el siglo XIX, en España la ejecución de los nobles se hacía mediante fusilamiento; la de los plebeyos, a garrote. <<

[7] José Bonaparte (1768-1844), hermano mayor de Napoleón, impuesto por este en el trono de España, vacante por la abdicación de la dinastía reinante de Carlos IV. Mantuvo la corona del 6 de junio de 1808 al 11 de diciembre de 1813. <<

[8] Entre los términos utilizados por Balzac «par dar pintoresquismo» español, Pierre Citron destaca como inconsecuente el uso de la cimitarra en una región, la de Santander, «la única que no sufrió ninguna influencia sarracena». Además de que la cimitarra solo se utilizó en el mundo árabe una vez concluida la Edad Media. <<

[1] Balzac mantuvo relaciones tirantes con Caroline Gallitzin de Genthod, hasta el punto de tratarla en a principios de los años 1830 de «mala pécora»; durante su estancia en Dresde, en 1845, la tirantez se había calmado. <<

[2] La descripción es ficticia; en la costa del Croisic, el punto más alto alcanza 26 metros sobre el nivel del mar. <<

[3] Pauline de Villenois es la amiga y ángel guardián de Louis Lambert en la novela homónima. <<

[4] En la iconografía tradicional la Fortuna lleva un moño sobre la nuca. <<

[5] Astolfo, rey de Inglaterra, es uno de los personajes que montan un hipogrifo en el *Rolando furioso* de Ariosto. <<

[6] Las cuerdas del arpa eólica vibran con el viento. <<

[7] Personaje de los cuentos persas de *Les Mille et un Jours*, obra publicada en 1710-1712 por el orientalista Pétis de la Croix (1653-1713). Abul-Cassem lega a un joven una fortuna inmensa. <<

[8] La iglesia de Batz está rematada por una torre de 60 metros. <<

[9] A la entrada de Le Croisic hubo un depósito de sal, ya abandonado. <<

[10] La distancia entre Batz y Le Croisic hay 3 km. <<

[11] Giovanni canta a Zerlina: «Vamos, vamos, bien mío» en el *Don Giovanni* de Mozart (I). <<

[12] Según *Louis Lambert*, ese tío había sido cura de Mer; juramentado, perdió su curato durante el Imperio. <<

[13] Nombre que se da habitualmente al párroco en Bretaña. <<

[14] Nombre de un burgo de Calvados; Proust también lo utilizará como nombre propio de persona en *A la busca del tiempo perdido.* <<

[15] Durante la Restauración, la libra solo era moneda de cuenta, igual que el escudo; sus equivalencias eran de un franco y de tres respectivamente. <<

[16] A una distancia de 25 km por mar; parece excesiva. <<

[1] El marqués Astolphe de Custine (1790-1857) tenía en su ascendencia dos personajes guillotinados, su abuelo y su padre. Miembro de la élite más selecta de la casa real al sobrevenir la Restauración, se casó en 1821 con Léontine de Saint-Simon, que falleció en 1823 después de darle un hijo. Al año siguiente, era rechazado por la buena sociedad por culpa «de un joven artillero». Marcado por la reprobación, se dedicó a viajar y a escribir las memorias de sus viajes, muy admiradas por Balzac; entre ellas *España bajo Fernando VII* (1838) y *Rusia en 1839,* libro que le creó problemas por sus críticas al absolutismo del zar; por temor a las represalias políticas que podía sufrir Mme. Hanska por parte de la policía zarista, Balzac retiró la dedicatoria a Custine de *El coronel Chabert*; en 1846 la relación entre ambos había vuelto a ser amistosa. <<

[2] Ciudad y castillo, en una colina bordeada por el Rin; su vino es un tinto muy claro que tira a color pajizo, debido al tratamiento de los racimos sobre paja. <<

[3] Marie Antoine Carême (1784-1833), pastelero y cocinero conocido como «el rey de los *chefs* y el *chef* de los reyes»: lo fue de Talleyrand –que se hizo acompañar por él y sirvió las mesas durante el congreso de Viena–, del rey de Inglaterra, del emperador de Austria, del zar de Rusia; fue autor de varios tratados especializados. <<

[4] Balzac ironiza sobre la «educación». Sobre el teatro del Gymnase, véase «La señora Firmiani», nota 16, pág. 100. <<

[5] Alude a *La Fisiología del gusto*, de Brillat-Savarin (1755-1826), la biblia de la gastronomía en la época; Balzac escribió su *Tratado de los excitantes modernos* para unirlo a una reedición de la *Fisiología* de 1839. <<

[6] Método de animación de inmensos cuadros mediante iluminación. El espectador mira unos lienzos transparentes y pintados por ambas caras; la luz ilumina unas veces la parte delantera y otras la posterior, permitiendo al espectador ver dos cosas en un mismo sitio. El primer diorama, de Daguerre y Boston, fue instalado en la calle Samson de París en 1822. <<

[7] Fórmula que imita la última réplica de *El burgués gentilhombre,* de Molière: «Si puede verse alguien más loco, iré a contarlo a Roma». <<

[8] Expresión latina –«sobre alma vil»– que por regla general designa a un ser de escaso valor, que se utiliza o sacrifica por necesidad en algún experimento o experiencia. <<

[9] Pierre-François-Charles Augereau (1757-1816) sustituyó en el año V en el ejército del Rin y Mosela al general Hoche que acababa de morir (es decir, dos años antes). En el año VII, era diputado del departamento del Alto Garona en el Consejo de los Quinientos, y en la época señalada por Balzac ya había vuelto a París; no tardaría en unirse a Bonaparte tras el 18 brumario (8 de noviembre de 1799). <<

[10] En 1798, Jean-Baptiste Jourdan (1762-1833), general de la Revolución y mariscal del Imperio, hizo votar la ley de reclutamiento en el Consejo de los Quinientos. <<

[11] François Coste (1741-1819), primer médico de los ejércitos franceses y miembro del consejo de salud militar; Jean-Baptiste Bernadotte (1763-1844) era ministro de la guerra desde el 15 mesidor del año VII (13 de junio de 1799). <<

[12] Existían el Electorado palatino, el de Maguncia, el de Tréveris y el de Colonia. <<

[13] De hecho, la Renania; Suabia se encuentra en Wurtemberg (Stuttgart). <<

[14] Expresión latina: «esto era el objeto de mis deseos» (Horacio, *Sátiras*, II, 6). <<

[15] Juego de cartas, que era el de los cientos modificado. <<

[16] Se firmó el 27 de marzo de 1802. <<

[17] Napoleón derrotó a los austriacos en Wagram el 29 de julio de 1809, por tanto doce años después del homicidio de Andernach; de ahí que el «olvido» de Taillefer resulte más torpe y significativo. <<

[18] Palabra muy apreciada por Balzac: «Introducción en un cuerpo organizado, de una sustancia que sirve a su crecimiento; y, más generalmente: Aprehensión interior, comunicación intuitiva». <<

[19] *Démarquer* «jugar a desmarcar se dice, sobre todo en el billar, de una partida en que uno de los dos jugadores consiente en desmarcar, en perder todos sus puntos, cuando el otro toma uno o varios», para volver a empezar una nueva partida (Littré). <<

[20] Término derivado del japonés *magusa:* hoja seca de artemisa, de la que se saca una substancia inflamable que sirve en medicina para cauterizar. <<

[21] Maximilien Sébastien Foy (1775-1825), general napoleónico, diputado del Aisne en 1819; defendió los principios constitucionales y se opuso a los gobiernos de la Restauración. Honrado hasta el exceso, a su muerte dejó a su mujer y a sus hijos en la miseria. <<

[22] «Como la virtud, el crimen tiene sus grados», Racine, *Fedra*, (IV, ii). <<

[23] La alusión a la revocación del edicto de Nantes sirve aquí únicamente para señalar que el antepasado fundó su gran fortuna sobre los despojos de un protestante perseguido bajo Luis XIV. <<

[24] Partidarios de la monarquía constitucional, célebres por su casuismo, su pedantería y su charlatanería. Véase «Un príncipe de la bohemia», nota 5, pág. 344. <<

[25] Condecoración romana, de uso muy extendido desde el momento en que el papado confirió a gran número de eclesiásticos e incluso a simples particulares el derecho a otorgarla; había caído en tal descrédito que, en 1821, el gobierno francés prohibió a sus ciudadanos aceptarla y llevarla. <<

[26] Exactamente *haceldama:* término hebreo que significa «campo de sangre»; fue dado al campo que compró Judas con los treinta denarios cobrados por entregar a Cristo a los romanos, y en el que se ahorcó. <<

[27] Alude Balzac al breviario de casuística *Summula casuum conscientiæ*, del español Antonio Escobar y Mendoza, editado en Pamplona en 1626, de gran predicamento en las disputas religiosas desde su publicación. Véase «Z. Marcas», nota 47, pág. 451. <<

[28] Teatro musical parisino; véase «La señora Firmiani», nota 10, pág. 97. <<

[29] Personaje de la novela *The Heart of Midlothian* (1818), de Walter Scott. <<

[1] Aunque la referencia más inmediata podría ser *Los elixires del diablo* de Hoffmann, cuya lectura marcó a Balzac, la fuente real de esta narración es una adaptación, más que traducción, de un cuento del irlandés Richard Steele (1672-1729), *Historia de Valentin, famoso químico alemán, y del secreto que había encontrado para dar de nuevo la vida a los muertos*, escrito en 1715; la adaptación anónima francesa apareció en *L'Almanach du prosateur* de 1805, con el título de *El elixir de la inmortalidad.* <<

[2] Miembros de una mutua denominada tontina, del nombre de su inventor, Laurent Tonti; véase «El ilustre Gaudissart», nota 24. pág. 233. <<

[3] Teatro musical parisino; véase «La señora Firmiani», nota 10, pág. 97. <<

[4] El mayorazgo unía a la posesión de un título el patrimonio familiar para preservar las fortunas; correspondía al mayor de los herederos y no podía ser enajenado. Los hijos menores se contentaban con una «legítima». <<

[5] *Diis ignotis*: «A los dioses desconocidos». El autor de los Hechos de los Apóstoles, 17, 22-23, cuenta que, cuando el apóstol Pablo llegó a Atenas, encontró un altar con esa inscripción, escrita en singular, y con un sentido distinto al que aquí se le atribuye, pues refrendaba el liberalismo religioso de los griegos. En la época de Balzac, la expresión ha perdido ese primitivo significado, y, convertida en cliché, es empleada por el narrador para dedicar el relato al público, esos amigos desconocidos que sus obras van ganándole. <<

[6] Balzac no sitúa la acción en un tiempo preciso, sino en un Renacimiento italiano convencional, con nombres tópicos de época, como los Ferrara, los Este, Julio II (papa de 1503 a 1513), etcétera. El empleo de tales nombres busca exclusivamente un colorido local. <<

[7] Término italiano, plural de *bravo*: «matón, asesino». <<

[8] Balzac cita de forma aproximativa el capítulo XXI del *Gargantúa* de Rabelais. <<

[9] Véase «Melmoth reconcialiado», nota 41, pág. 523. <<

[10] Alusión a la negación de Jesucristo por el apóstol Pedro. <<

[11] En ediciones anteriores a la definitiva, Balzac escribe: «del papa Alejandro», es decir, Rodrigo Borgia, que ocupó el papado con el nombre de Alejandro VI de 1492 a 1503 y que encarnó para Maquiavelo el ideal del príncipe. Es la segunda vez que Balzac elimina del texto definitivo el nombre del papa Borgia. En cuanto a la alusión al duque de Urbino, resulta imposible decidirse por cualquiera de los que en esa época llevaron tal título. <<

[12] Alusión a una escena de *Don Juan* (IV, iii), de Molière. <<

[13] Enumeración de personajes literarios rebelados contra Dios, donde se confunden los temas de Fausto y de Don Juan. <<

[14] Aunque escriba «tal vez», lo cierto es que Rossini, con quien Balzac mantuvo una amistad cordial y admirativa, no compuso ningún *Don Juan.* <<

[15] La enumeración convierte en seductores a varias figuras históricas: sobre el mariscal de Richelieu véase «Un príncipe de la bohemia», nota 9, pág. 346; para el siglo XIX, sus *Memorias* (1790), apócrifas, encarnaban el ideal del libertino; los novelistas extrajeron de ellas anécdotas y sucedidos galantes. <<

[16] Alusión a Talleyrand, nombrado recientemente (septiembre de 1830) embajador en Londres. A pesar de haber muerto en 1838, Balzac no precisa su alusión cuando corrige por última vez el texto del relato. <<

[17] Julio della Rovere, papa de 1503 a 1513, inició la construcción de la basílica de San Pedro. Encarna, en el relato, la imagen de un papa del Renacimiento: guerrero por un lado, aficionado por otro a las artes, amigo de artistas como Miguel Ángel y Rafael. Para la construcción de San Pedro decretó la venta de indulgencias a que se alude líneas más adelante, en la conversación entre Belvidero y el papa; la venta de indulgencias se cita como una de las muchas causas que provocaron la reforma luterana. <<

[18] Famosa villa romana edificada para Julio de Médicis (papa con el nombre de Clemente VII), según planos de Rafael y decoración interior de Julio Romano y Antonio da Sangallo el Joven. <<

[19] En la época romántica se puso de moda la litografía, método artístico que utilizó frecuentemente el tema de Don Juan. <<

[20] Nombre de la «esposa» del protagonista del *Don Juan* de Molière. <<

[21] Aunque hay varias Sanlúcar en Andalucía, la crítica balzaquiana propone Sanlúcar de Barrameda. <<

[22] Su padre, sin embargo, solo era un rico negociante. <<

[23] Alusión al episodio bíblico (Números, 20) en que Moisés hace brotar agua de la roca. <<

[24] Modelo de belleza en la Roma del siglo II. Véase «Sarrasine», nota 5, pág. 264. <<

[25] Pintoresquismo de época: Chateaubriand, con su *Itinéraire de Paris a Jérusalem*, y Victor Hugo con sus *Orientales*, y en especial con el poema «Granada» incluido en ese volumen, habían puesto de moda entre los románticos la imagen de una España mora cristianizada. <<

[26] Falda con que los románticos franceses describían a las españolas; era de raso o de terciopelo y llevaba el bajo adornado con varias hileras de franjas. En *La piel de zapa*, Balzac habla de la «basquiña lasciva de las andaluzas». <<

[27] Balzac elige esos nombres por su efecto ridículo. San Bonifacio fue papa (418-422), y san Pantaleón murió martirizado en el año 303. <<

[28] El texto dice en castellano: *Carajos demonios.* Se supone que Balzac, que no sabía español, debe a Eugenio Sue, que había frecuentado los puertos españoles, esos términos. <<

[29] La línea pertenece al *Sanctus*, parte del Oratorio de la misa católica: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, / Dominus Deus, Sabaoth*» («Santo, Santo, Santo, / Señor Dios de los Ejércitos»). <<

[30] «Santo Juan, ora por nosotros». El sentido que da Balzac da al término italiano *coglione* (que puede traducirse por *cobarde*) es claro: «carajo». <<

[1] «A la hermana bienhechora»; la expresión figura en Virgilio: «Interea soror alma monet succedere Lauso» (*Eneida*, X, 439); la dirige a la ninfa Juturna, deidad menor, ninfa de las aguas y manantiales. <<

[2] Esta fecha de la acción ficticia contradice los datos históricos: el filósofo escolástico Sigerio de Brabante (hacia 1240-antes de 1285) hacía casi treinta años que había muerto; René Guise ofrece otros errores históricos: la Porette fue quemada viva en 1310; en la actualidad –aunque no en la época de Balzac– se cuestiona la presencia de Dante en París, quien, de haber pasado por la capital francesa, lo habría hecho hacia esa época; por otro lado, Dante no fue llamado a Florencia, sino que murió en el exilio. <<

[3] Balzac utiliza, para dar color de época, términos antiguos: la *perche* fue una medida agraria de longitud, con una equivalencia aproximada de cincuenta metros cuadrados; Tirechair dispone por tanto de 1.250 metros cuadrados. <<

[4] De *tirer* (tirar, estirar) y *chair* (carne). <<

[5] Balzac olvida tanto la fortaleza del Louvre como el torreón, que llevaban construidos más de un siglo: Felipe Augusto levantó la primera en 1200 y el segundo en 1204. <<

[6] Durante los siglos IX y XII, Europa (sobre todo Francia, Rusia, Alemania) vivió episodios de una peste más temida que la lepra, el «fuego de san Antón» o «fuego del Infierno». Lo producía un hongo del centeno y otros cereales; los enfermos sufrían dolores de entrañas, quemazón dolorosa en las extremidades, con cambio de color, que terminaba en gangrena seca: las extremidades podían desprenderse sin sangrar. Además, un ergotismo nervioso (*ergot*, o *cornezuelo*, designa, en francés, el espolón del gallo, al que se parece la especie de espolón que sobresale en la espiga) provocaba alucinaciones, visiones de luz y color…, que la Iglesia de la época explicó como experiencias místicas. Fue tan frecuente en esos siglos que, para la enfermedad, se crearon hospitales exclusivos, regidos por frailes de la orden de san Antonio. Por todo remedio se ofrecía la peregrinación a Santiago de Compostela. <<

[7] Lo cual suponía prohibir el culto y la administración de sacramentos. <<

[8] Sobre este lugar de ejecuciones públicas, véase «Melmoth reconciliado» (nota 39, pág. 520). La primera ejecución tuvo lugar en 1310, y en ella fue quemada en la hoguera Marguerite Porette (véase nota siguiente). <<

[9] Marguerite Porette (hacia 1250-1310), oriunda del Hainaut (Países Bajos), y no danesa ni noruega, fue una escritora mística de la corriente beguina, reconocida en 1946 como autora de *El espejo de las almas simples*, libro escrito en antiguo francés en una época en que el latín era la lengua obligada para la literatura religiosa. Su original explicación del recorrido del alma para unirse a Dios cuestionaba los pilares de la sociedad medieval y el orden feudal. Pronto denunciado a la Inquisición por estar «lleno de errores y herejías», fue quemado en la hoguera junto con su autora; pese a ello, fue la Inquisición que la tradujo a latín ese libro, y desde finales del siglo XIV pasó a las principales lenguas europeas, hecho que demuestra el interés de una parte del clero por *El espejo.* (Hay traducción española moderna de Blanca Garí, Editorial Siruela, 2005). <<

[10] La libra tornesa equivalía a cinco *sous;* la blanca valía uno; la Tirechair tendría que llevar, por tanto, en su bolsillo las ochenta monedas que suponen el pago del alquiler durante un año de sus inquilinos. «Balzac no se preocupa demasiado por la verosimilitud y la coherencia» (Rene Guise, ob. cit., págs. 1458-1459). <<

[11] Construida probablemente antes del siglo XII, la pequeña iglesia de Saint-Denis-du-Pas fue desafectada, y en 1813 demolida; estaba situada en el supuesto emplazamiento del primer suplicio de san Dionisio, primer obispo de París, detrás la cabecera de Notre-Dame, en la actual plaza Jean-XXIII. <<

[12] El retrato sigue los trazos de la máscara mortuoria de Dante, muy conocida; de ahí que, aunque en la fecha de la acción, el poeta tuviera cuarenta y tres años, aparezca con los rasgos de un anciano. <<

[13] Los tribunales eclesiásticos. <<

[14] La calle de la *Fouarre* («paja de cereales»), junto a la plaza Maubert, recibía ese nombre por la gran cantidad de paja que utilizaban los estudiantes de teología para atender, rodilla en tierra, las lecciones de los profesores. <<

[15] La Universidad medieval se dividía en dos Facultades: la de teología y la de las artes; esta, a su vez, se encuadraba en cuatro «naciones», o conjunto de estudiantes de una misma universidad nativos de la misma provincia o diócesis; también acogían estudiantes extranjeros. No parece que Balzac conociera bien esas divisiones, y quizá cometa «una confusión con el colegio de las Cuatro Naciones fundado mucho más tarde por Mazarino» (René Guise, ed. cit., pág. 1461). <<

[16] Sigerio de Brabante (hacia 1240-antes de 1284) estudió en la «nación» de Picardía de la Universidad de París, donde fue profesor; de tendencias averroístas, polemizó con santo Tomás de Aquino, y fue uno de los principales profesores señalados por el obispo de París cuando en 1270 declaró subversivas las tesis de la Sorbona; huyendo de la Inquisición, se refugió junto al papa, en Orvieto; una carta de noviembre de 1284 le da por muerto, apuñalado por su secretario, que se había vuelto loco. Del olvido lo había sacado Dante, influido por las ideas averroístas, que lo sitúa al lado de Alberto el Grande y Tomás de Aquino (*Divina Comedia, Paraíso,* X. 133-138), y lo considera una víctima del pensamiento filosófico. <<

[17] Comedia, por su contenido, no como pieza de teatro. <<

[18] Jacob Böhm (1575-1624), místico y teósofo luterano, cuyas obras abordan el origen del bien y del mal. Emanuel Swedenborg (1688-1772), filósofo y teólogo sueco; con 56 años abandono sus investigaciones científicas para entregarse al esoterismo. Joachim Martinez Pasqually (1727-1779), teúrgo y taumaturgo, de cuyo origen apenas se sabe nada; fundó una orden de elegidos basados en un esoterismo cristiano que su discípulo Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803) desarrolló; por este último sus seguidores recibieron el nombre de *martinistas.* Miguel de Molinos (1628-1696), místico y teólogo español, sentó las bases del quietismo en su *Guía espiritual* (1675). Mme. Guyon du Chesnou (1648-1717), propagadora de la doctrina del amor puro, enraizó sus ideas en el quietismo de Molinos. Antoinette Bourignon (1616-1680), mística francesa, autora de no menos de 21 volúmenes, en los que trató de restablecer el verdadero espíritu evangélico. Barbe-Julie de Wietinghoff, baronesa de Krüdener (1764-1824), practicó a partir de 1804 un misticismo que le llevó a la Fundación de la Santa Alianza y de una colonia de elegidos para esperar la segunda venida de Cristo. <<

[19] Los grupos de extáticos y de iluminados, de doctrinas muy variadas e incluso contradictorias dentro de cada grupo, tienen por objeto la comunicación mística con el mundo espiritual. Participan de las ideas de los iluminados desde los Alumbrados españoles hasta los rosacruces franceses y, sobre todo, los martinistas de Martínez Pasqually. <<

[20] El del cuerpo y el del alma en el ser humano. <<

[21] El pasaje remite a los versos 136-138 de *Paraíso* (X), en el que Sigerio es presentado a Dante: «Esa es la luz eterna de Sigerio / que, en la calle de la Paja enseñando, / silogizó verdades para él dañinas». <<

[22] La *città dolente,* de la que Dante habla en el primer verso del canto III de *Inferno:* «Por mí se va a la ciudad doliente, / por mí se va al eterno dolor, / por mí se va entre la gente perdida (…) / Antes de mí no hubo cosas creadas / sino eternas, y yo eterno duro. / Vosotros que entráis dejad toda esperanza». A este último verso se alude líneas más abajo: «leí una expresión de desesperación en la esperanza». <<

[23] Dante recorre el Infierno de la mano del poeta Virgilio. <<

[24] Los gibelinos. La lucha entre los partidos güelfo y gibelino se inició en Florencia en los años 1240, y pronto se difundió por toda la Toscana; tuvo su origen en la sucesión del emperador Enrique V (1086-1125), rey de los Romanos y emperador del Santo Imperio Romano Germánico, que había muerto sin herederos. Los güelfos abogaban por la autonomía frente a cualquier tipo de intervención exterior y los privilegios nobiliarios, poniendo a la Iglesia como garante de independencia frente al Imperio; los gibelinos defendían la supremacía del Imperio por encima de los «papistas». El enfrentamiento, que afectó a todos los campos desde la política a la cultura, mostró su virulencia sobre todo en las ciudades de economía floreciente, como Génova y Florencia, encabezados por poderosas familias; a finales del siglo XIII, una vez derrotados los gibelinos, los güelfos se organizaron, con los nombres de «blancos» y «negros» en torno a dos familias enfrentadas, los Vieri dei Cerchi (blancos), cercanos al pueblo, y los Donati (negros), pertenecientes a la élite y muy próximos al papa Bonifacio VIII: vencieron estos últimos; en enero de 1302 empieza el exilio de los blancos a Ravena, entre ellos Dante, güelfo ardiente que había luchado contra la ingerencia papal, tras evadirse de la cárcel; procesado por concusión, ganancias ilícitas e insumisión, había sido condenado a la hoguera y todos sus bienes confiscados. Su tratado *De monarchia* sitúa sin embargo a Dante, en el plano de la doctrina, entre los gibelinos. <<

[25] Beatrice Portinari (1266-1290), dama florentina, figura real a la que Dante apenas si vio una vez, encarnación idealizada del amor en sus obras *La Vita nuova* y en la *Divina Comedia*. <<

[26] Véase la nota anterior sobre Dante y el partido gibelino. Como ya se ha observado, Dante nunca regresó a Florencia. <<